

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DEPARTAMENTO DE HISTORIA MODERNA

**HIGIENE Y ALCANTARILLADO EN EL MADRID DEL
ANTIGUO RÉGIMEN.**

TESIS DOCTORAL

Autor: Rafael Gili Ruiz

Director: Virgilio Pinto Crespo



Madrid, junio, 2017

RESUMEN

La finalidad de este estudio es constatar cómo se fueron articulando y desarrollando los sistemas de limpieza y de evacuación de residuos urbanos que se establecieron en la ciudad de Madrid durante el Antiguo Régimen. Estos sistemas e infraestructuras de saneamiento fueron el reflejo de la complejidad y la problemática que suponía para una ciudad cortesana, densamente poblada y carente de planificación urbanística previa, lograr unos niveles óptimos de higiene en las calles y espacios públicos. Pero también, fueron reflejo del importante papel institucional que desempeñó Madrid como corte de la monarquía. Al igual que otros negociados municipales, la limpieza también fue objeto de un creciente intervencionismo gubernamental hasta el punto de convertirse, ya entrada la segunda mitad del siglo XVI, en una cuestión de Estado. No sólo se trató de procurar el ornato y la debida decencia pública, sino de evitar las molestas y nefastas consecuencias de ambientes insalubres que afectaban a la generalidad de la población.

En los once capítulos que componen esta tesis se detallan los medios técnicos y humanos que se emplearon en cada momento, las estrategias urbanas, algunas fallidas, que se pusieron en marcha para combatir la suciedad de la urbe; y el despliegue jurídico e institucional que se fue creando y desarrollando para gestionar, administrar y hacer efectiva la limpieza. También, otros aspectos importantes y poco estudiados como fueron las llamadas *obligaciones* o contratas de la limpieza y los empedrados; los mecanismos coactivos y sancionadores que trataron de preservar la higiene y cambiar los hábitos poco saludables de los vecinos de la villa; y de los mecanismos de control y verificación de la propia limpieza y del personal del ramo. A su vez, de las contradicciones y limitaciones que hubo que superar, soslayar o simplemente asimilar, a nivel técnico, administrativo y económico.

Palabras clave: Historia Moderna, Antiguo Régimen, Madrid, Urbanismo, Policía Urbana, Higiene, Limpieza, Alcantarillado, Saneamiento, Empedrado, Muladares.

ÍNDICE _____

INTRODUCCIÓN (Pág. 15)

PRIMERA PARTE. ADECUACIÓN Y CONSOLIDACIÓN DE LA LIMPIEZA, EL EMPEDRADO Y EL ALCANTARILLADO A LAS NECESIDADES DE LA CIUDAD CORTESANA DE LOS AUSTRIAS. (Pág. 29)

CAPÍTULO 1. LOS ANTECEDENTES: LIMPIEZA, EMPEDRADOS Y MULADARES EN EL MADRID MEDIEVAL. (Pág. 31)

CAPÍTULO 2. LA LIMPIEZA EN MADRID DURANTE EL SIGLO XVI: LA CORTE SIN ORNATO. (Pág. 63)

2.1. El otro impacto de la Corte: las dificultades por preservar la limpieza y el ornato de las calles.

2.2. Las primeras alcantarillas de Madrid.

2.2.1. La *“bóveda del Arroyo”*.

2.2.2. La alcantarilla de la fachada sur del Alcázar.

2.2.3. La alcantarilla de la Fuente de los Caños Nuevos.

CAPÍTULO 3. LA CONSOLIDACIÓN Y SISTEMATIZACIÓN DEL RAMO DE LIMPIEZA EN EL MADRID DEL SIGLO XVII. (Pág. 95)

3.1. Hacia la consolidación de los servicios de limpieza y empedrados: iniciativas del Concejo madrileño, la creación de la Superintendencia de Limpieza de la Villa, y la nueva división de la ciudad en seis cuarteles (1606-1611).

3.2. La consolidación del sistema: las contribuciones de Antonio Ricci y el nuevo marco regulador del ramo (1611-1649).

3.3. Procedimientos de control y verificación de la limpieza de los cuarteles de la Villa: la presión coactiva sobre los vecinos y la precarización creciente de las obligaciones o contratas de la limpieza.

CAPÍTULO 4. HACÍA UN NUEVO MARCO REGULATORIO Y ÓRGANICO: LA SUPREMACÍA DE LA JUNTA DE LIMPIEZA DE MADRID. (Pág. 177)

4.1. Las Ordenanzas de 1641, la supresión de la Superintendencia o Comisaría General de Limpieza y la delegación del ramo en la autoridad del Corregidor (1641-1658).

4.2. La Junta de Limpieza y Empedrado de Madrid: la nueva planificación orgánica del ramo y la nueva división de la ciudad en trece cuarteles (1659-1700).

4.3. Los años críticos: las difíciles y frágiles relaciones contractuales entre la Junta de Limpieza y los obligados de la limpieza (1663-1680).

4.4. La cruda realidad: recortes presupuestarios, pauperización del servicio y limitación temporal de las contratas (1681-1700).

CAPÍTULO 5. EL DESARROLLO DEL ALCANTARILLADO DURANTE EL SIGLO XVII. (Pág. 231)

5.1. La alcantarilla de los Caños del Peral.

5.2. La alcantarilla de la Cava Baja de San Francisco.

5.3. La alcantarilla de Leganitos.

5.4. Las propuestas de Juan de Torija para la evacuación controlada de residuos.

SEGUNDA PARTE. EL INTERVENCIONISMO BORBÓNICO EN LA HIGIENE Y EL ORNATO DE LA CORTE, Y SUS CONTRADICTORIOS RESULTADOS. (Pág. 255)

CAPÍTULO 6. PRECEDENTES REFORMISTAS EN LA LIMPIEZA Y SALUBRIDAD DE LA CIUDAD DE LOS PRIMEROS BORBONES, Y SUS LIMITACIONES. (Pág. 257)

- 6.1. La limpieza, la evacuación de residuos y de aguas inmundas en las Ordenanzas de Teodoro Ardemans (1717-1730).
- 6.2. Los primeros proyectos integrales de evacuación de residuos (1735-1745).
- 6.3. El ramo de limpieza bajo el gobierno civil y militar del Conde de Maceda (1746-1747).
- 6.4. Nuevas propuestas para mejorar la higiene de la urbe (1748-1754).
- 6.5. El cese de las obligaciones. De la administración pública de la limpieza a la implantación de la contrata única (1754-1761).

CAPÍTULO 7. EL ESTANCAMIENTO DEL ALCANTARILLADO (1700-1759). (Pág. 331)

- 7.1. La alcantarilla vertedero de la Huerta del Convento de San Francisco el Grande.
- 7.2. La alcantarilla particular del duque de Medinaceli.
- 7.3. El mantenimiento del alcantarillado antiguo.
- 7.4. La controvertida reparación de la alcantarilla de la Cava Baja de San Francisco (1743-1757).

CAPÍTULO 8. EL INTERVENCIONISMO CARLOTERCISTA EN LA HIGIENE URBANA DE LA VILLA: LA INSTRUCCIÓN DE SABATINI Y SU DESARROLLO (1760-1765). (Pág. 351)

- 8.1. La *Instrucción* de Sabatini.
- 8.2. La generalización de los pozos negros o fosas sépticas en el subsuelo de la Villa.
 - 8.2.1. El temor de la Villa a convertir el subsuelo en una fosa séptica.

8.2.2. La construcción de los primeros pozos.

8.2.3. Los pozos negros y la contaminación de los viajes de agua de la Villa.

8.2.4. La culminación del proceso: la ciudad de los diez mil pozos negros y la hipoteca del presupuesto municipal de limpieza.

8.3. Los nuevos enlosados de las calles.

8.4. Canalones, sumideros y pozos para aguas menores y residuales.

8.5. La adecuación de las contratas de limpieza a las mejoras de la *Instrucción* de Sabatini.

CAPÍTULO 9. LA JUNTA DE POLICÍA URBANA Y LA ADECUACIÓN DE LOS SISTEMAS DE LIMPIEZA A LOS RESULTADOS DE LA INSTRUCCIÓN DE SABATINI (1766-1788). (Pág. 429)

9.1. La limpieza y los empedrados con posterioridad a los trabajos de la *Instrucción*, y la explotación de los muladares de la Villa.

9.2. “*Las Reglas para la Limpieza de Pozos*” y la controvertida normalización de su asiento.

9.3. La administración pública del asiento de los pozos negros y la fusión de las limpiezas diurna y nocturna.

TERCERA PARTE. LA RED DE ALCANTARILLADO DEL ANTIGUO RÉGIMEN. (Pág. 483)

CAPÍTULO 10. LA CONSTRUCCIÓN DEL ALCANTARILLADO DURANTE EL REINADO DE CARLOS III (1761-1788). (Pág. 485)

10.1. Proceso constructivo del alcantarillado (1762-1788).

10.1.1. El alcantarillado de la calle de Segovia y sus ramales.

10.1.1.1. El ramal de la calle del Rollo y de la plaza de San Javier.

10.1.1.2. Los ramales de la calle del Estudio o del Convento de monjas del Sacramento, y de las Casas de Alfaro.

10.1.2. La Mina Real de Lavapiés, de la Merced o de los monjes mercedarios calzados, y sus ramales.

10.1.2.1. El ramal del marqués de Perales o de la calle de la Cabeza.

10.1.2.2. El ramal de la Real Fábrica del Salitre.

10.1.2.3. El ramal de los Trinitarios Calzados.

10.1.3. Las alcantarillas de la Ribera de Curtidores y de la calle del Peñón, y el ramal de la calle de Rodas.

10.1.4. La alcantarilla de la calle del Arenal y sus ramales.

10.1.4.1. Los ramales de la bajada de la Iglesia parroquial de Santa Cruz por las calles de Postas y Esparteros, atravesando la calle Mayor.

10.1.4.2. El ramal de la plaza de Santa Catalina de los Donados y las acometidas desde la calle Mayor.

10.1.4.3. Ramales de las calles de los Tintes, Bonetillo, Mesón de Paños, plaza de Herradores y costanilla de Santiago.

10.1.4.4. El ramal de la calle de las Hileras.

10.1.5. La alcantarilla del Duque de Berwick o del Palacio de Liria.

10.1.6. La alcantarilla general del Prado o del Paseo de Trajineros y el encauzamiento del arroyo del Prado.

10.1.6.1. El encauzamiento del arroyo del Prado: del badén a los inicios de su alcantarillado.

10.1.6.2. La Alcantarilla General del Prado o del nuevo paseo de Trajineros.

10.1.6.2.1 El ramal de alcantarilla del Convento de los Capuchinos del Prado.

10.1.7. La mina o alcantarilla Real del Barquillo y sus ramales.

10.1.7.1. Los ramales de la costanilla de Santa Teresa y del Cuartel de la Guardia Valona.

10.1.7.2. La concatenación de los ramales de las calles del Caballero de Gracia, de las Torres, Infantas, Reina, Clavel, San Bartolomé y San Jorge.

10.1.8. La alcantarilla de las Cuatro Calles a la Puerta del Sol y a la del Arenal.

10.1.9. La alcantarilla de la calle del Rosario o de la casa que servía de cuartel al Regimiento de Sevilla.

10.2. Mantenimiento y ampliación del alcantarillado antiguo y sus nuevos ramales (1762-1788).

10.2.1. La reconstrucción de la antigua alcantarilla de los Caños del Peral, la prolongación de su embocadura hasta el puentecillo de la calle del Arenal, y su nuevo ramal de la costanilla de los Caños.

10.2.2. La prolongación de la alcantarilla de Leganitos por la calle de los Reyes y el nuevo ramal de las Capuchinas.

10.2.3. El mantenimiento de la alcantarilla de la Cava Baja de San Francisco.

10.2.4. La ampliación de la alcantarilla vertedero de la Huerta del Convento de San Francisco el Grande.

CAPÍTULO 11. LA CULMINACIÓN DE LA RED DEL ALCANTARILLADO DEL ANTIGUO RÉGIMEN: LA EVIDENCIA DE UN FRACASO (1789-1833). (Pág. 595)

11.1. Del gran impulso del alcantarillado de la década de 1790 a la práctica paralización de la primera década del siglo XIX.

11.2. Los discretos avances de la red durante la Guerra de la Independencia (1808-1813).

11.3. La culminación de la red del alcantarillado en el Madrid del Antiguo Régimen (1814-1833).

11.4. La incidencia del alcantarillado en la periferia de la urbe.

11.5. El malogrado Plan General del Alcantarillado de Madrid.

CUARTA PARTE. CONCLUSIONES. (Pág. 665)

BIBLIOGRAFÍA. (Pág. 681)

FUENTES DOCUMENTALES. (Pág. 699)

ÍNDICE DE GRÁFICOS. (Pág. 707)

ÍNDICE DE TABLAS. (Pág. 709)

ÍNDICE DE PLANOS. (Pág. 711)

ÍNDICE DE IMÁGENES Y FOTOGRAFÍAS. (Pág. 713)

APÉNDICES DOCUMENTALES. (Pág. 715)

A mi mujer, Olga, y a mis hijos Paula y Juan.

A mi familia, seres queridos, amigos y a los que ya no están.

A Fernando Velasco y Virgilio Pinto, compañeros de fatigas.

ABREVIATURAS EMPLEADAS

A.G.S.: Archivo General de Simancas

A.G.P.R.: Archivo General del Palacio Real

A.H.N.: Archivo Histórico Nacional

A.H.P.M.: Archivo Histórico de Protocolos de Madrid

A.R.C.V.: Archivo de la Real Chancillería de Valladolid

A.R.M.: Archivo Regional de Madrid

A.V.M.: Archivo de la Villa de Madrid

B.N.E.: Biblioteca Nacional de España

INTRODUCCIÓN

Desde la década de 1970, que comenzaron a proliferar los estudios históricos de la ciudad de Madrid, apenas se dio importancia a cuestiones tan elementales como la limpieza, la higiene y la salubridad de las calles, cuyo impacto directo sobre el medio urbano afectaron de lleno a sus antiguos habitantes, en no pocas ocasiones con efectos perniciosos para sus condiciones de vida. Quizá el poco interés hacia estas cuestiones urbanas se debió al escaso atractivo de la temática a tratar, tal y como ya apuntó Reimers cuando empezaron a sistematizarse los estudios higiénicos en las ciudades de la antigüedad, quien concluyó que estos temas eran *“decidedly unglamorous and not likely to promote anyone’s academia carree”*¹.

Para el caso concreto de Madrid, tan sólo se habían publicado unos pocos artículos que se centraban en cuestiones menores o transversales, generalmente de un periodo cronológico concreto, y con el común denominador de adolecer de una descripción acertada de los antecedentes sobre estas cuestiones, -salvada en la mayoría de los casos con breves notas y comentarios, e incluso con suposiciones-. Estos artículos son, en consecuencia, estudios sesgados, asimétricos y desnaturalizados; representan una mínima parte de todo el entramado institucional, constructivo, económico, urbano y social vinculado a los sistemas de limpieza y alcantarillado que se desarrollaron en la Villa de Madrid durante el Antiguo Régimen. Por lo tanto, y aunque aportan información y conclusiones que se pueden aprovechar para el conocimiento histórico del tema, al no haber tenido en cuenta de forma adecuada estos antecedentes, ni plantearse como hipótesis que los medios de limpieza y los sistemas de alcantarillado pudieron tener un desarrollo o evolución lineal desde el siglo XVI, adaptándose a los avances técnicos de cada época, y a las necesidades de una ciudad cortesana compleja y densamente poblada, desenfoca, a priori, el alcance de sus objetivos, los fundamentos de sus análisis y sus postreras conclusiones. En

¹ Reimers, P. “Opus ómnium dictu maximun”. Literari sources for the knowledge of roman city drainage”, *Opuscula romana* XVII, 10, pp. 137-141; (p. 137).

suma, las aportaciones historiográficas de estos escritos se han tenido que relativizar y forzosamente actualizar y contextualizar.

Dicho de otra manera, los antecedentes que tratan estos temas tan sólo aportan información puntual de cuestiones tales como el estudio de ordenanzas y bandos que permiten tener una idea de los problemas de limpieza e higiene que tenía la ciudad en diferentes periodos históricos, pero con pocas referencias y aportaciones de los medios y soluciones que se empleaban para su aplicación. Sobre la recogida de basuras y residuos dan a conocer sólo algunas disposiciones y los medios que se empleaban en periodos muy concretos. Sobre el tratamiento de las aguas residuales y fecales también se centran en algunas ordenanzas concretas, pero sin abordar las infraestructuras que se desarrollaron. De hecho, ni siquiera dan cuenta de cuando comenzó realmente el desarrollo del alcantarillado de la ciudad, ni donde se localizaban estas alcantarillas, ni cuantas había, ni tampoco su ulterior formalización como red integral de saneamiento. Lo que sí aportan algunas de estas publicaciones con más detalle son las disposiciones y medios técnicos del reinado de Carlos III, pero no la situación real ni el alcance del saneamiento urbano de este periodo, ni tampoco la evolución, ni los grados de satisfacción de estos medios –pozos negros, alcantarillas, limpiezas diurnas y nocturnas-; así como su impacto ulterior en la salubridad de la urbe y en las finanzas municipales. Por el contrario, no se interesan por constatar su alcance futuro, ni por establecer un nexo entre el alcantarillado del antiguo régimen y el que desarrolló desde mediados del siglo XIX el Canal de Isabel II, en lo tocante, por ejemplo, a la articulación con las redes existentes de abastecimiento de agua y del propio alcantarillado subsistente en el subsuelo. Tampoco aluden a todo lo relacionado con el empedrado de las calles de la Villa, como condición previa a la evacuación de lodos y basuras, la época en la que se generaliza la pavimentación de calles, los medios técnicos que se emplean, etc. Es más, se pensaba que la pavimentación de las calles se produjo durante el reinado de Carlos III, cuando realmente todas las calles de la Villa lo estaban desde comienzos de la década de 1480. Y claro está, tampoco hay constancia en estas publicaciones de los diferentes

entramados institucionales y administrativos vinculados al municipio y al gobierno de la monarquía que se encargaron de gestionar el día a día de los sistemas de limpieza y evacuación de residuos, junto al impacto económico que provocaron en las finanzas de la Villa. Casi todo estaba por estudiar.

En definitiva, al haberse empleado algunos pocos documentos, bandos u ordenanzas municipales, proyectos técnicos, citas bibliográficas o manuscritas, descripciones diversas, y relatos de viajes de diferentes épocas, se ha establecido una visión general y simplificada de la limpieza e higiene que tuvo la ciudad de Madrid a lo largo de la Edad Moderna. Esta visión general ha llegado, no sin parte de razón, a crear una imagen tópica y típica del deplorable aspecto que generalmente presentaban sus calles, del más que indeseable comportamiento de sus habitantes y de la falta acuciante de sistemas y medios técnicos, humanos y económicos eficaces para conseguir unos mínimos niveles de salubridad. Así, han ido arraigando conceptos y simplificaciones poco rigurosas, más basadas en el acervo popular y en la tradición literaria que legaron no pocos arbitristas, escritores, cronistas y costumbristas, sobre todo desde mediados del siglo XIX, que en la realidad material que nos ofrece un estudio riguroso y de conjunto de las numerosas fuentes de archivo que se conservan sobre estas cuestiones. Esta simplificación histórica y visión tipificada ha sido responsable, per se, de haber establecido certezas históricas desproporcionadas y desajustadas a la realidad material de la limpieza de la Villa.

Todas estas observaciones se pueden deducir del estudio de los antecedentes disponibles, y que los proporciona una bibliografía que de por sí es escasa y que denota que ha habido muy poco interés por estos temas. De hecho, se limita a una veintena de artículos y monografías, que a su vez, se pueden clasificar en dos grupos atendiendo a su naturaleza y la temática que abordan.

Dentro del primer grupo están las fuentes originales de época o de contexto histórico, como son los memoriales y fuentes impresas, que tratan la higiene, la limpieza, el alcantarillado y la salubridad. Entre ellas destacan diferentes disposiciones y bandos municipales, ordenanzas de policía y ornato como las de Torija (1661), Ardemans (1717) y Sabatini (1761); informes higiénico sanitarios como los del médico Juan Bautista Juanini (1689) o memoriales como los del célebre marqués de San Andrés o del marqués de Montealto, que describían el estado higiénico en que se encontraba la ciudad de Madrid en la década de 1740 y los medios que se usaban para la evacuación de residuos y limpieza². Algunas de estas obras son más científicas, como la de Blas Llanos (1825), rico en descripciones y de un mayor rigor técnico, pues se inserta en una corriente intelectual en la que se perciben los presupuestos de una pujante sensibilidad higienista que, como apuntó Martorell Linares (1991), irrumpirá con vigor en Madrid ya durante el régimen liberal³. En esta misma corriente higienista se encuadran también las descripciones de cronistas, informes y preámbulos de los diferentes reglamentos de los ramos de limpieza, alcantarillado y pozos negros que se conservan para la segunda mitad del siglo XIX. Pero casi todos carecen o hacen pocas alusiones a los sistemas y medios que se emplearon durante el Antiguo Régimen. Una excepción la representa P. Hauser (1902), quien nos describió minuciosamente la red de saneamiento que construyó el Canal de Isabel II desde finales de la década de 1850, dando cuenta de la red construida con anterioridad, durante el Antiguo Régimen, y a

² Torija, J. *Tratado breve sobre las Ordenanzas de la Villa de Madrid y Policía de ella*. Madrid, Pablo del Val, 1661. Ardemans, T. “Discurso político que Su Majestad -que Dios guarde- mando hacer a su Maestro Mayor de sus Reales Obras, sobre dar providencia en observar la limpieza de las calles de Madrid, lo que importa para la salud de sus habitantes y el modo de conseguir esta nueva disposición”, en su obra *Fluencias de la tierra y curso subterráneo de las aguas*. Imprenta de Francisco del Hierro, Madrid, 1724. Pp. 143-278; y *Declaración y extensión, sobre las Ordenanzas que escribió Juan de Torija, Aparejador de Obras Reales...* Imprenta de Francisco Hierro, Madrid, 1719. *Instrucción para el nuevo empedrado, y Limpieza de las Calles de Madrid, en que se contiene substancialmente el Proyecto de Don Francisco Sabatini (1761)*. Juanini, Juan Bautista. *Discurso político, y físico, que muestra los movimientos, y efectos, que produce la fermentación, y materias nitrosas en los cuerpos sublunares, y benignas influencias, que goza el ambiente de esta Imperial Villa de Madrid, de que resultan las frecuentes muertes repentinas, breves y agudas enfermedades, que se han declarado en esta Corte de cincuenta años a esta parte*. Madrid, Antonio González de Reyes, 1679. La traducción francesa se publicó en Toulouse, 1685, y la segunda edición castellana en Madrid, en la Imprenta Real por Mateo Llanos Guzmán, en 1689.

³ Llanos, B. *Memoria sobre los medios de mejorar el Clima de Madrid, restablecer su Salubridad y Fertilidad, etc., por Blas Llanos*. Madrid, 1825. Imprenta que fue de Fuentenebro. Martorell Linares, M.A. “El debate higienista (R.S.E. Matritense. Segunda Mitad del S. XIX”, en *Torre de los Lujanes*. Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País. Madrid, 1 trimestre de 1992. Nº. 19. Pp. 65-91.

simple vista debió de ser una infraestructura bastante más compleja de lo que pensamos, pues no de forma aleatoria se acoplaba a las escorrentías naturales de las cuencas hidrográficas que discurrían por el solar de la antigua ciudad⁴.

El otro grupo de fuentes bibliográficas son más actuales y se centran en dar a conocer algunos medios y sistemas que se empleaban para la limpieza de las calles, como, por ejemplo, la función que desempeñaron los obligados o contratistas de la limpieza de las calles en épocas concretas (Aragón Ramírez y Prieto Palomo; y Verdú Ruiz) o sobre las conocidas mareas (J. del Corral) –sistema de arrastre de los lodos y basuras por las calles hasta su evacuación fuera de la ciudad–; o estudian proyectos fallidos de alcantarillado como el del ingeniero José Alonso de Arce (1735), que, sin duda, aportan algunas claves importantes respecto a los problemas orográficos y subterráneos que tenía la morfología del casco urbano, para acometer este tipo de infraestructura⁵. Lo más llamativo es que buena parte de estos artículos (Cervera Vera, Domínguez Ortiz, Muñoz Jiménez, Sanz Sanjosé y Merino Navarro, entre otros) constriñen el ámbito del estudio al Madrid del siglo XVIII, y más concretamente al reinado de Carlos III, quizá seducidos por las conocidas instrucciones para limpieza, empedrado y alcantarillado que elaboró Sabatini en 1761 y de otros documentos de la época, como, por ejemplo, los referidos a la construcción de numerosos pozos negros, normas para la construcción de alcantarillas, etc.⁶. Esta focalización al referido periodo

⁴ Hausser, P. *Madrid desde un punto de vista médico social*. Madrid, 1900.

⁵ Aragón Ramírez, C. y Prieto Palomo, T. “La limpieza de una ciudad en la época preindustrial: Madrid (1561-1600)”, en *Torre de los Lujanes. Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País*. Madrid, 3º y 4º Trimestre, 1996. Pp. 175-188. Verdú Ruiz, M. “Limpieza y empedrado en el Madrid anterior a Carlos III”, en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*. Tomo XXIV. CSIC, Madrid, 1987. Corral Raya, J. del. *La vida cotidiana en el Madrid del siglo XVI*. Madrid, 2002. Alonso de Arce, J. *Dificultades vencidas y curso natural en que se dan reglas especulativas y prácticas para la limpieza y aseo de las calles de esta corte*. Francisco Abad, Madrid, 1735.

⁶ Cervera Vera, L. “Francisco Sabatini y sus normas para el saneamiento de Madrid”, en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*. CSIC. Madrid, 1975. Pp. 137-189. También, en Chueca Goitia, F. “Madrid y las reformas de Carlos III”, en *Urbanismo e historia urbana en el mundo hispánico*. Tomo II, 1985. Pp. 927-938. Domínguez Ortiz, A. “Una visión crítica del siglo XVIII”, en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*. Tomo VI. CSIC. Madrid, 1970. Pp. 299-317. Muñoz Jiménez, J. M. “Nuevos documentos sobre saneamiento y alumbrado de Madrid en el siglo XVIII: “las reglas para construir cloacas” de Francisco Sabatini y las “Instrucciones” para el servicio de iluminación”, en tirada aparte de los *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*. Tomo XXII. Raycar Impresores. Madrid, 1966. Sanz Sanjosé, M. G. y Merino Navarro, J. P. “Saneamiento y limpieza en Madrid, siglo XVIII”, en *Anales del*

se inserta en una tendencia que han seguido muchos historiadores, sobre todo de temática madrileña, al considerar el segundo tercio del siglo XVIII como una época fructífera, de grandes reformas y avances urbanos, hasta el punto de responsabilizar al ilustrado monarca de la construcción de la primera red de evacuación que tuvo la ciudad, de sistematizar unos mínimos estándares de limpieza e higiene, y de cambiar las costumbres poco lustrosas de los madrileños. Una excepción a este tipo de publicaciones es el libro que publicó la profesora Blasco Esquivias (1998) en el que por primera vez en la historiografía urbana de Madrid se planteó un estudio más riguroso, de largo recorrido cronológico, sobre la problemática de la limpieza de las calles, los métodos que se emplearon para llevarla a cabo en distintas épocas y las diferentes instituciones u organismos municipales y gubernamentales que se encargaron de hacerlo, si bien, y quizá por lo amplio de su estudio, no profundizó en muchas cuestiones derivadas de la limpieza como, por ejemplo, todo lo tocante al desarrollo del alcantarillado o los efectos que produjeron estas medidas de limpieza a medio y largo para la salubridad de la Villa o para las finanzas municipales⁷.

Queda claro que, con los antecedentes con que contábamos, era necesario hacer un estudio riguroso y en profundidad como el que presentamos en esta tesis doctoral, en el que el estudio de las fuentes primarias y documentales de archivo ha sido fundamental, y ha permitido desvelar en su justa proporción no sólo lo acometido y mejorado durante el reinado de Carlos III, sino también, de cuantas cuestiones afectaron e integraron los sistemas de limpieza y evacuación de residuos de que se dotó Madrid durante toda la Edad Moderna. En el desarrollo de este trabajo ha tenido un peso primordial la documentación histórica estudiada y analizada de diferentes secciones, de amplio abanico cronológico, del archivo de la Secretaría del Archivo de la Villa de Madrid, como son las de Limpieza y riego de calles, Limpieza de pozos negros, Aguas fecales, Saneamiento y fumigaciones, Alcantarillas, Acometidas a las alcantarillas, Planos de alcantarillas y un buen número de Ordenanzas, Bandos y

Instituto de Estudios Madrileños. CSIC. Madrid, 1976.

⁷ Blasco Esquivias, B. *¡Agua va! La higiene urbana en Madrid (1561-1761)*. Madrid, Caja Madrid, 1998.

Reglamentos Municipales sobre limpieza. También ha sido esencial y de gran utilidad el estudio de los Libros de Acuerdos del Ayuntamiento, los Libros de la Junta de Limpieza de Madrid, los libros de la Junta de Policía Urbana, los Libros de la Junta de Fuentes de Madrid y los Libros de la Junta de Propios y Sisas, de cuyo detalle y cronología se da cuenta al final de este trabajo.

Para complementar, enriquecer y solventar algunas “lagunas” que resultaron del estudio de los documentos del Archivo de la Villa de Madrid, se procedió a la localización y análisis de no pocos documentos y expedientes del Archivo Histórico Nacional, que se encuentran en los Libros de Gobierno de la Sala de Alcaldes (Ornato y Policía Urbana, Ordenanzas y Bandos de Limpieza, Expedientes sancionadores por contravenir las Ordenanzas, etc.), así como numerosos expedientes que se encuentran en una decena de legajos de la sección de Consejos, relacionados con el proceso constructivo de los pozos negros, algunas alcantarillas y organismos administrativos vinculados a la limpieza y el ornato de la Corte, de comienzos del reinado de Carlos III. En menor medida y como complemento a la documentación analizada se han utilizado otros documentos del Archivo Histórico de Protocolos de Madrid, del Archivo General del Palacio Real, del Archivo Regional de Madrid y algunos manuscritos de la Biblioteca Nacional. También, fueron esenciales algunos documentos de los siglos XV y XVI que se conservan en diversas secciones del Archivo General de Simancas y en el de la Real Chancillería de Valladolid, para poder establecer una comparativa de la limpieza de Madrid con la de otras ciudades de Castilla en el tránsito de la Edad Media a la Edad Moderna.

El estudio y análisis de todos estos documentos, con el apoyo de la bibliografía disponible ha permitido conseguir el objetivo principal de este trabajo de doctorado: analizar la realidad material de los sistemas y medios de limpieza, y alcantarillado que tuvo la ciudad de Madrid durante el Antiguo Régimen. Esta realidad material ha permitido formular una serie de conclusiones, que se exponen en la última parte de

este trabajo, y verificar las hipótesis de partida; que eran si durante el Antiguo Régimen Madrid contó con sistemas e instituciones de limpieza eficaces, acordes a su morfología urbana, demografía y desarrollo tecnológico; si la limpieza y la higiene, al igual que había sucedido con otros negociados municipales, fueron objeto de una creciente intervención y tutela por parte del gobierno de la monarquía; si la urbe se dotó de una red de alcantarillado suficiente e igualmente eficaz, cuyos orígenes constructivos se remontaban a la primera etapa cortesana de la Villa; y si realmente todas las actuaciones urbanísticas, medidas e infraestructuras para conseguir la limpieza y evacuación de residuos de las calles dieron los resultados esperados y mejoraron las condiciones de vida de los habitantes de la urbe.

Para la verificación de estas hipótesis y formular las correspondientes conclusiones este trabajo se ha estructurado en diversos apartados de investigación que abarcan desde el desarrollo normativo (normas, bandos, disposiciones legales, ordenanzas que afectaban a la limpieza, el empedrado, el comportamiento del vecindario, los usos urbanos y el alcantarillado); el desarrollo orgánico o institucional afín a la limpieza (funciones, organización, composición, marco competencial y jurídico); los recursos económicos (financiación, presupuestos, gastos, contratos u obligaciones de limpieza, empedrados y construcción de pozos y alcantarillado, endeudamiento); y los medios técnicos y humanos (sistemas empleados para la limpieza de las calles, pozos, alcantarillas, evacuación de residuos, muladares y basureros, personal del ramo, su organización y funciones, situación socioeconómica, etc.). También se han analizado las estrategias de actuación sobre la ciudad derivadas de la aplicación de las ordenanzas y la implantación de los sistemas de limpieza (impacto real en el medio urbano tanto a nivel administrativo, social e higiénico, como funcional dividiendo la ciudad en circunscripciones o cuarteles de limpieza, reubicando basureros, o estableciendo estándares de limpieza diferentes para según qué calles, conforme a las necesidades de una élite cortesana); y el proceso constructivo de los pozos negros y del alcantarillado (técnicas empleadas, costes y mantenimiento, si hubo realmente una planificación previa de una red integral de alcantarillas, beneficios

higiénicos y sanitarios de estas infraestructuras, perjuicios ocasionados a los vecinos, al subsuelo de la Villa y su entono –gastos para los propietarios de las casas, contaminación de infraestructuras hidráulicas y del río Manzanares, hundimientos de las vías públicas-, dificultades orográficas y limitación de recursos hídricos para su correcto funcionamiento, etc.).

Los resultados de estas investigaciones han permitido organizar este trabajo de doctorado en cuatro partes, en las que en forma de relato lineal y cronológico se van desgranando y describiendo las particularidades, los problemas y cuestiones transversales de los sistemas y medios de limpieza que se iban empleando para tratar de mantener limpia y saneada la Villa de Madrid.

La primera parte se centra fundamentalmente en el Madrid de los siglos XVI y XVII, coincidentes con la ciudad cortesana de los Habsburgo, si bien, se da cuenta de los medios de limpieza, empedrados y disposiciones legales que se emplearon en la Baja Edad Media. Durante esta primera etapa cortesana se perciben, por parte de la Villa y el gobierno de la monarquía, dos enfoques diferentes sobre la falta de higiene y el exceso de suciedad en las calles de la urbe. Hasta el traslado de la corte a Valladolid (1601) las actuaciones y medios empleados se centraron en mantener aseados los entornos inmediatos a la residencia regia del Alcázar así como los entornos frecuentados por la realeza y los lugares donde habitaban los principales cortesanos afines al gobierno de la monarquía. De hecho, las formas tradicionales de limpiar las calles no variaron sustancialmente con respecto al periodo bajomedieval, ni tampoco las obligaciones o contratas de limpieza que desempeñaban por asiento los carreteros, todo lo más, se fue aumentando su número con el propósito de limpiar un mayor número de calles a medida que iba creciendo la ciudad. Incluso las primeras alcantarillas construidas en el siglo XVI tuvieron como propósito adecentar los alrededores de la residencia regia. Lo que si se percibe con más claridad es el creciente intervencionismo del gobierno en las competencias municipales de policía urbana e

higiene, como pone de relieve la aparición en la década de 1590 de la Junta de Policía y Ornato, aunque su capacidad de actuación siempre estuvo limitada por la falta de recursos económicos y la extraordinaria suciedad que generaba una urbe en extraordinaria expansión demográfica y urbana.

Será después del retorno de la corte de Valladolid (1606), cuando bajo un intervencionismo más decidido del gobierno, la limpieza de la Villa se convierta en una cuestión de Estado, apareciendo en los años posteriores la Superintendencia de Limpieza de la Villa, controlada directamente por la Sala de Gobierno del Consejo de Castilla. Bajo su tutela se consolidaran los sistemas de limpieza que prevalecerán durante prácticamente todo el Antiguo Régimen, a la vez que se producirá un desarrollo jurídico sin precedentes en lo tocante a las ordenanzas de policía urbana, comportamientos higiénicos de los vecinos, procedimientos sancionadores, contratos de limpieza y empedrados de las calles. También, se asistirá a la zonificación de la Villa en cuarteles o distritos urbanos de limpieza, cuyo número y distribución variará a lo largo del siglo XVII, para favorecer y controlar la labor que desempeñaban los contratistas u obligados de la limpieza y los empedrados, al tiempo, que se consolidará una limpieza cortesana al establecerse un gradiente jerárquico sobre las calles de los referidos cuarteles, en función de su localización espacial, de su mayor volumen peatonal o comercial, ó de encontrarse en ellas residencias de personajes principales. Todo este proceso culminará en 1659 con la creación de la Junta de Limpieza de Madrid, que estuvo vigente y operante hasta el comienzo del reinado de Carlos III. Sin embargo, las últimas décadas del siglo XVII no estuvieron exentas de conflictos entre la Junta de Limpieza y los obligados de la limpieza y empedrados por los continuos recortes presupuestarios y el excesivo endeudamiento de la hacienda municipal, lo que afectó directamente a los niveles de higiene de la urbe. Con respecto al desarrollo del alcantarillado, durante el siglo XVII ya existían tres grandes alcantarillas, aunque su funcionamiento y mantenimiento fue problemático y costoso.

La segunda parte se centra en el creciente intervencionismo de los primeros Borbones en la higiene de la urbe, si bien durante los reinados de Felipe V y Fernando VI hubo una clara continuidad de los medios, sistemas, disposiciones normativas de la limpieza empleados en la centuria anterior. Salvo los discretos avances que produjeron las Ordenanzas Municipales de Ardemans (1717), que tampoco contaron con el apoyo económico que precisaban para su consecución, la primera mitad del siglo XVIII se caracterizó, fundamentalmente, por el estancamiento del alcantarillado; por la elaboración de proyectos fallidos de saneamiento y limpieza integral de la Villa; por los intentos frustrados del gobierno político y militar del Conde de Maceda de tratar de optimizar los escasos recursos disponibles para acometer el aseo de las calles; y por una notable reducción del presupuesto de limpieza que provocó, ya entrada la década de 1750, que el Ayuntamiento tomará por administración pública la limpieza y el empedrado de las calles, al no ser capaz de ofrecer contratas o asientos atractivos y lucrativos para los contratistas de la limpieza.

El reinado de Carlos III representa un punto de inflexión con respecto al periodo precedente, pues ciertamente se produjeron avances considerables en la higiene y salubridad de la Villa, aunque no en la medida deseada por el gobierno de la monarquía. Además, tuvieron un coste extraordinario para las finanzas municipales y sus resultados fueron muy controvertidos en lo tocante a la evacuación de las aguas negras y la contaminación del subsuelo. No cabe duda que el desarrollo de la *Instrucción* de Sabatini (1761), que recogía, sintetizaba y mejoraba algunos de los medios de limpieza e infraestructuras ya existentes, permitió dotar la ciudad de un aspecto más saludable e higiénico, al abordarse de forma integral y prácticamente al mismo tiempo, bajo la tutela de una Comisión de Limpieza gubernamental y específica, todas las cuestiones que afectaban a la limpieza de la urbe y a los comportamientos de los madrileños (enlosados de las aceras, reconducción de albañales, construcción de pozos de aguas menores y mayores, de sumideros y alcantarillas, de canalones de evacuación en el interior y en los tejados de las casas, reubicación de muladares, y en los tejados). En este trabajo, a diferencia de lo que se ha publicado hasta el momento,

se detalla todo lo realizado y planeado en la *Instrucción* de Sabatini, así como sus controversias y consecuencias en el medio urbano y la población, durante los cinco años que estuvo vigente la referida Comisión de Limpieza. Los trabajos de la *Instrucción* y las competencias de limpieza e higiene de la Villa tuvieron continuidad con posterioridad bajo la jurisdicción de la nueva Junta de Policía Urbana de Madrid, que estuvo vigente durante prácticamente lo que restaba del reinado de Carlos III, encargándose de ir adecuando los sistemas de limpieza, presupuesto y contrata a los resultados y avances producidos con el desarrollo de la *Instrucción*. En este sentido, fue extremadamente complejo abordar y sistematizar la limpieza de los pozos negros, en adelante convertidos en un problema de envergadura económica para Madrid, hasta el punto de hipotecar buena parte del presupuesto de limpieza durante décadas e impedir los avances de la red del alcantarillado.

En la tercera parte se detalla el proceso constructivo del alcantarillado durante el reinado de Carlos III, que tuvo como resultado la construcción de 7 alcantarillas o *minas generales*, dos pequeñas alcantarillas aisladas y al menos 25 ramales que vertían a éstas o a las alcantarillas preexistentes. Sumadas a las 4 alcantarillas existentes, que también fueron reparadas, modificadas y ampliadas, tras la muerte de Carlos III, el 14 de diciembre de 1788, Madrid contaba ya con 11 minas generales a las que en adelante acometerían numerosos ramales y se sumarían otras nuevas hasta culminar la primera red de alcantarillado que tuvo Madrid, a comienzos de la década de 1830.

Precisamente, en esta tercera parte también se detallada el desarrollo y la culminación de la red del alcantarillado entre finales de la década de 1780, cuando reina Carlos IV y comienzos de la década de 1830, cuando tras la muerte de Fernando VII, concluyó el Antiguo Régimen. En esta última etapa el ritmo de construcción de alcantarillas fue notable entre 1789 y 1804, espoleado por la necesidad de minorar los costes de la limpieza de los pozos negros; prácticamente se detuvo entre 1805 y 1808 por la grave crisis económica que afectó a las finanzas municipales, prolongándose

durante la ocupación francesa con discretos avances en la red; para culminar a un ritmo desigual en 1833, cuando finalmente Madrid había conseguido construir una red de alcantarillado compuesta por 25 alcantarillas generales, 5 alcantarillas particulares, una alcantarilla de encauzamiento del arroyo del Prado y numerosos ramales que vertían a ellas. Sin embargo, esta red tuvo un funcionamiento limitado, careció de una planificación integral y finalmente hubo que prescindir de ella, debiendo de reconstruirse prácticamente por completo durante la segunda mitad del siglo XIX.

La cuarta y última parte, a modo de conclusión, vendrá a verificar lo expuesto y analizado en este trabajo, que esperamos sirva para tener una mayor certeza histórica y comprensión sobre esta realidad material de la limpieza, la higiene y la salubridad de la ciudad de Madrid en la Edad Moderna.

**PRIMERA PARTE. ADECUACIÓN Y CONSOLIDACIÓN DE LA LIMPIEZA, EL EMPEDRADO
Y EL ALCANTARILLADO A LAS NECESIDADES DE LA CIUDAD CORTESANA DE LOS
AUSTRIAS.**

CAPÍTULO 1. LOS ANTECEDENTES: LIMPIEZA, EMPEDRADOS Y MULADARES EN EL MADRID MEDIEVAL.

Muy poco sabemos sobre la limpieza y la higiene de Madrid durante los más de dos siglos de su pasado islámico, al no disponer de fuentes documentales alusivas a estos aspectos, ni tampoco se conservan normas jurídicas que nos indiquen la implicación que tenían en estos menesteres las autoridades públicas, los medios técnicos y personal de que disponían, o las normas o preceptos que debía cumplir la población residente. Tampoco los hallazgos arqueológicos que se han producido hasta el momento nos permiten establecer evidencias claras sobre estas cuestiones. Si bien, la propia configuración urbana de la primitiva fortaleza musulmana y su ulterior desarrollo urbano a través de la medina, junto a una población que no debió ser muy abultada, como ocurrió en buena parte de las ciudades fortaleza de la frontera o Marca Media, nos permite intuir que fue beneficiosa a la hora de plantearse la evacuación de basuras, escombros, estiércol y aguas sucias, pues el solar y la orografía circundante contribuía a evitar la acumulación de residuos sobre en la antigua urbe.

La antigua fortaleza islámica se había fundado sobre una plataforma natural, elevada respecto a su campo circundante. Estaba precedida por los barrancos y abruptos escarpes provocados por los cursos de agua que delimitaban estratégicamente la referida plataforma. Al oeste de la plataforma el barranco presentaba un desnivel de unos 70 metros de altura con respecto al río Manzanares y, al sur, otro barranco, formado por el antiguo arroyo de las Fuentes de San Pedro, hoy calle de Segovia, era más profundo de lo que actualmente nos dan una idea las vaguadas de la referida calle, a la altura del viaducto. Por el norte, como ya apuntó en su día Fernando Urgorri Casado, el arroyo del Arenal, hoy calle, presentaba una hondonada muy profunda en el entorno de la actual plaza de Isabel II, como recientemente han puesto de relieve los hallazgos de la fuente de los Caños del Peral y

de la alcantarilla homónima⁸. Este arroyo se bifurcaba en este lugar dando lugar a un paisaje aledaño constituido por barrancos que se disponían al sur del actual Palacio Real y al norte del mismo edificio, como también hoy se puede comprobar por las cuestas que presentan las calles aledañas a Arenal⁹. Dicho de otra manera, esta plataforma natural donde surgió la fortaleza islámica se encontraba entre dos cuencas hidrográficas, las de los arroyos del Arenal y de las Fuentes de San Pedro, en su tramo final, donde sus arroyos desembocaban en el río Manzanares, y, por lo tanto, donde sus vaguadas eran más profundas.

En buena lógica no es de extrañar que ya entonces el arranque de la calle Mayor, que, precisamente, los musulmanes de la fortaleza madrileña lo convirtieran en el principal eje viario de aquella urbe al disponer en sus extremos, a oeste y este de esta calle, dos de las tres puertas de su muralla, las de la Vega y de la Mezquita o Santa María; predisponiéndose a través de él, de forma predominante, la articulación del futuro desarrollo urbano de la medina. Y también de la ciudad cristiana. Simple y llanamente era el mejor lugar para ello, más cómodo y menos accidentado, al tratarse de la divisoria de las dos cuencas hidrográficas antes mencionadas, y, por lo tanto, el desarrollo urbano de la medina, al igual que ocurrirá con el de la ciudad cristiana, se hizo ocupando la vaguada meridional que descendía hacia el arroyo del Arenal, y la vaguada septentrional que descendía hasta el arroyo de las Fuentes de San Pedro (calle de Segovia). Un solar idóneo para la defensa pero también para preservar unas condiciones higiénicas más salubres o aceptables en la fortaleza y su medina, coherente, también, con la concepción fisiológica y religiosa que en esta época se debía tener sobre la limpieza, la higiene y la salubridad¹⁰.

⁸ Penedo Cobo, E. (dir.). *La plazuela de los Caños del Peral. Investigaciones arqueológicas en la estación de Ópera*. Metro de Madrid, Madrid, 2011.

⁹ Urgorri Casado, F. "El ensanche de Madrid en tiempos de Enrique IV y Juan II. La urbanización de las Cavas". *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo*. Año XXIII, enero de 1954, número 67. Pp. 3-63.

¹⁰ Jiménez Rayado, E. *El agua en el origen y desarrollo de Madrid en la Edad Media*. Madrid, Asociación Cultural Al-Mudayna, 2011. Pp. 139-148.

Bastaba por tanto disponer de una mínima planificación e infraestructura para poder evacuar los residuos fuera de la ciudad, ya que de lo demás se encargaba la propia orografía. Esta infraestructura o si se la puede denominar red de evacuación, era simple y similar a la de buena parte de las poblaciones islámicas peninsulares de la época. Estaba compuesta por una red de pequeños albañales o canales en forma de “V” ó “U”, que se horadaban en el centro o en ocasiones en los laterales de las calles, aún sin empedrar. Al estar las calles generalmente situadas en pendiente, sobre las vaguadas antes mencionadas, a través de estos albañales se creaban cursos fluviales que servían para evacuar, fundamentalmente, las aguas de lluvia que se recogían desde los tejadillos o canalones de las casas y las de escorrentía de las propias calles. Estos cursos fluviales pensados para evacuar de forma controlada las aguas de lluvia de la urbe, también se utilizaron para verter las aguas sucias sobrantes de usos higiénicos y domésticos, y, probablemente, las que luego se conocieron como “*aguas meaderas*”. Este sistema, que podríamos considerar simple y sencillo, reportaba muchos beneficios al solar de la ciudad islámica y a sus moradores, al minorar de forma considerable los excesos de humedad, que podían afectar a los cimientos de casas y sótanos; disminuían considerablemente los olores repelentes; evitaban la formación de lodos y barroos que dificultaban el tránsito, y reducían la presencia indeseable de numerosos insectos y parásitos. En el caso de la medina estos albañales se prolongaban directamente hasta los barrancos colindantes a la urbe donde vertían directamente las aguas, mientras que en la zona delimitada por la muralla se contaba con pequeñas puertas que se habían abierto para facilitar su desagüe controlado y evitar perjuicios a la solidez de las defensas y a sus puertas de acceso. Cerca de la antigua Puerta de la Vega, en el actual parque del emir Mohamed I, en los restos que se conservan de la muralla islámica se encontró una de estas aberturas¹¹. En definitiva, con este sistema, adaptado a la tecnología y los conocimientos que se tenía sobre salubridad, se podían paliar algunos déficits higiénicos y salubres que padecían aquellas ciudades, lo que implicaba que las autoridades locales mantuvieran en buen estado de funcionamiento esta red, limpiando cada cierto tiempo los albañales y vertederos, con el propósito de

¹¹ Retuerce Velasco, M. “Testimonios materiales del Madrid andalusí”, en *Testimonios del Madrid medieval. El Madrid musulmán*. Museo de San Isidro, Madrid 2004. Pp. 81-116.

evitar atascos y otras desgracias que podrían provocar las lluvias torrenciales o las plagas de insectos y parásitos.

Como es de suponer, a la hora de planificar esta red de evacuación se tendría muy en cuenta evitar la contaminación de las fuentes y manantiales que se empleaban para el consumo y los usos cotidianos, ubicadas en el solar de la ciudad, así como las cabeceras de los arroyos circundantes donde manaban limpias y con mayor pureza las aguas. Por el contrario, los tramos finales de los mismos arroyos es probable que, desde esta época, ya recogieran buena parte de las aguas sucias y residuales de la ciudad, al igual que el tramo del río Manzanares donde desembocaban ambos arroyos, sin obviar que algunas de estas aguas residuales pudieran estar destinadas al regadío de sus huertas ribereñas. Pero lo cierto es que al arroyo del Arenal, y, sobre todo, al arroyo de San Pedro no sólo iban a parar estas aguas que podríamos considerar de usos cotidianos y domésticos, sino también, las aguas contaminadas por los agentes químicos que se empleaban en las tenerías y elaboración de curtidos, en la fabricación de cal o yeso, baldosas y ladrillos, así como los agentes nocivos y venenos que se empleaban para las pesquerías, junto con las aguas sobrantes que resultaban de remojar el pescado que se vendía en los mercados, o del lavado de tripas y despojos que se obtenían con el despiece de los ganados o animales, empleados para los oficios y usos más dispares¹².

Los residuos sólidos tales como basuras, restos orgánicos humanos, estiércol, materiales sobrantes o residuos de los procesos de elaboración de productos artesanales o manufactureros, tenían un tratamiento diferente al de las aguas sucias, ya que buena parte de ellos no se desechaban al emplearse o aprovecharse en otros usos o rendimientos económicos y domésticos. En el caso concreto del Madrid islámico debió de ser así, al tratarse de una población reducida, no contar con abundantes materias primas en un mercado bien abastecido y variado, y depender buena parte de

¹² Burguete Ors, L. y Lorenzo Arribas, J. "Limpieza y contaminación en la Villa de Madrid durante la Edad Media: casas de baño y tenerías", en Segura Graíño, C. (dir), *Agua y Sistemas Hidráulicos en la Edad Media Hispana*. Asociación Cultural Al-Mudayna. Madrid, 2003. Pp. 87-109.

su actividad económica de las necesidades de la fortaleza. Así, el estiércol o incluso los restos orgánicos humanos, salvo los orines que se evacuaban por los albañales, se empleaban para el abono y fertilización de los campos y huertas de labor circundantes; los restos de verduras, frutas y otras basuras orgánicas se empleaban en los corrales o gallineros particulares para el sostenimiento de gallinas, cabras y otros animales; incluso las astillas y serrines sobrantes de carpinterías o serrerías se emplearían para la combustión de hornos y hogares¹³. Tal y como ocurre todavía en la actualidad en algunas zonas rurales y del tercer mundo, este proceso selectivo de los residuos y su posterior aprovechamiento no sólo se antojaba como una estrategia para optimizar al máximo la escasez de recursos disponibles, sino también, contribuía a disminuir en gran medida el volumen de basuras y desperdicios que se arrojaban en los muladares o basureros. El resto de basuras y residuos que no se podían reutilizar o aprovechar se arrojaban en los muladares. El emplazamiento de los muladares probablemente se localizaba en los barrancos próximos a la urbe o en zonas periurbanas, previamente escogidos y acotados para esta función, estando controlados y regulados por el poder local, de la misma forma que ocurrirá en la ciudad cristiana.

Por norma general, esta tipología de ciudad, de origen hispano árabe, tuvieron mejores condiciones higiénicas y salubres, que las del centro y el norte de Europa, hasta bien entrada la Edad Moderna¹⁴. De hecho, poco debieron cambiar los medios y sistemas que se empleaban para evacuar aguas residuales y basuras después de pasar Madrid a formar parte de la nueva realidad territorial de la Corona de Castilla, pues apenas variaron las dimensiones de la vieja urbe, e incluso es probable que con la cristianización de la urbe se redujera su población. Desde un punto de vista militar, al contar con un potente alcázar y un nuevo recinto amurallado que se construyó en el siglo XII para proteger los antiguos barrios de la medina, Madrid siguió desempeñando

¹³ El aprovechamiento de todo tipo de despojos, miasmas y residuos orgánicos no sólo se daba en la Edad Media, sino que entrada la Edad Contemporánea se continuaban usando para todo tipo de aprovechamientos, en ciudades tan representativas como París, e incluso los intentos por limitar estos aprovechamientos ocasionaron grandes protestas. Corbin, A. *El perfume o el miasma. El olfato y lo imaginario social. Siglos XVIII y XIX*. México, 1987. Pp. 132.

¹⁴ Reklaityte, Y. "Las condiciones higiénico-sanitarias en las ciudades europeas: introducción al análisis", en *Revista Salduie*, nº 4., pp. 229-245, 2004.

prácticamente las mismas funciones defensivas que realizaron los musulmanes durante cerca de doscientos años más, con el objetivo de repeler primero las incursiones almorávides y después las almohades, al mismo tiempo que se alentaba la repoblación de la urbe, y de un alfoz o tierra de extensión considerable. A decir verdad, Madrid debía tener entonces un carácter más rural que urbano y no conocería un destacado desarrollo urbano hasta bien entrado el siglo XIII¹⁵. Quizá esto explique el discreto interés que ya entonces tenía el Concejo de la Villa por las cuestiones higiénicas y salubres, como así se desprende de las propias normativas jurídicas que regían el ámbito municipal.

En el Fuero de Madrid, ratificado por Alfonso VIII en 1202, corpus de normas y preceptos jurídicos que regulaban la vida en la ciudad, encontramos las primeras disposiciones legales escritas que aluden al mantenimiento de las calles, a la conservación de las aguas de fuentes y arroyos, y al control y calidad de las mercaderías y abastos de los mercados. El artículo XL regulaba el uso de ejidos y abrevaderos. El LVI, dedicado a los pescadores, venía a regular la pesca en el río Guadarrama –denominación antigua del Manzanares– penando el empleo de hierbas y otros elementos perjudiciales para las aguas, ya que el pescado de río al parecer constituía una parte importante de la dieta de aquella época. El LVII, aludía a las observancias que debían tener en cuenta los carniceros para vender la carne. El LXXXIII, venía a preservar la pureza y limpieza de las aguas del arroyo de las Fuentes de San Pedro, al prohibir expresamente el lavado de tripas aguas arriba del arroyo, desde la *alcantarilla de San Pedro o* puente que se encontraba en la calle de Segovia, sobre el lecho del arroyo, en las inmediaciones de la actual Iglesia de San Pedro el Viejo¹⁶.

¹⁵ Gómez Iglesias, A. "Madrid, Villa medieval", *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo*. Año XXIII, julio de 1954, número 68. Pp. 417-443. Sobre el desarrollo de la morfología urbana en Marín Perellón, F. "El Madrid medieval, desde el siglo IX hasta 1535", en Pinto Crespo, V. y Madrazo Madrazo, S. (dir). *Madrid, Atlas Histórico de la Ciudad, siglos IX-XIX*. Lunwerg Editores. Madrid, 1995. Pp. 18-31.

¹⁶ *Fuero de Madrid*. Edición facsimilar realizada por Ediciones La Librería y el Ayuntamiento de Madrid, Madrid, 2002. Las transcripciones fueron realizadas por Agustín Miralles Carlo y las traducciones por Agustín Gómez Iglesias. Pp. 61, 64, 65 y 71.

Lo más explícito sobre la limpieza de las calles lo encontramos en el artículo LXXXV: *“Todo hombre que arrojase estiércol dentro de la Villa, por las calles o en otro lugar, a la Puerta de Guadalajara o en las otras puertas donde colocaron los hitos, pague una ochava a los fiadores siempre que medien testigos y si no preste juramento; y a causa de ello, los andadores tomen prendas y el que resistiere al prendamiento pague una cuarta”*¹⁷. Probablemente, este artículo, como buena parte de todos los demás que contiene el Fuero, provenga de disposiciones legales y normas cívicas anteriores, que estuvieron vigentes desde mucho tiempo atrás, porque alude a una norma de civismo e higiene urbana básica y su contravención era nociva y perjudicial para toda la comunidad. Igualmente, deja claro que no se podía arrojar estiércol de forma deliberada dentro de la ciudad ni en sus calles o paraje alguno, y se emplea el término estiércol en el sentido más amplio de su acepción, ya que claramente incluiría cualquier tipo de residuo y resto orgánico. Si algún habitante de la Villa infringía la norma se le multaba con una ochava de maravedí, pero para ser sancionado se debía contar con el testimonio de testigos o, en su defecto, con el juramento del *fiador*, que a su vez, tenía capacidad para denunciar y recaudar las multas. En el caso de que el reprendido no satisficiera la multa, los *“andadores”* tenían potestad para confiscarle la parte de los bienes que cubrieran la multa, y si para ello se encontraban con resistencia por parte del denunciado, a este también se le añadía otra multa de una cuarta de maravedí. Este artículo también nos indica que los muladares y basureros se encontraban fuera de la ciudad, con lo que implícitamente se prohibía tener muladares clandestinos en el interior de corrales, patios o solares, y como fue costumbre durante lo que restaba del periodo medieval los muladares oficiales de la Villa se acotaron y señalaron con *hitos* –estacones de madera- a las afueras de la ciudad, en zonas próximas a las puertas de la muralla, para que pudieran ser conocidos e identificados por todos los habitantes.

Este artículo es muy importante porque se convierte en el precedente más antiguo que conservamos sobre la limpieza y evacuación de residuos de la Villa y sus

¹⁷ *Ibidem*. Pp. 71.

calles. Más aún, tuvo vigencia durante los siglos venideros y sirvió de base regulatoria para otras disposiciones afines que estuvieron vigentes en lo que restaba del periodo medieval, y en buena parte de la Edad Moderna. De hecho, la prohibición de verter basuras y estiércol en el interior de la urbe siempre estuvo presente en las ordenanzas y preceptos municipales que regularon la vida de la ciudad; las sanciones, multas y condenaciones se usaron con relativa frecuencia como mecanismos aleccionadores y coactivos que venían a corregir los comportamientos poco decorosos de los habitantes, y a advertir a los inmigrantes que se asentaban en la ciudad sobre la obligatoriedad que había de cumplir con el debido aseo de las calles. Los muladares y vertederos preferentemente se ubicaron a las fueras de murallas y, después, de las cercas fiscales que envolvieron la ciudad, hasta bien entrado el siglo XIX. Hasta el personal afecto al ramo de limpieza y policía urbana de la misma Edad Moderna tuvo en este artículo su precedente más remoto. Así, los *andadores* que menciona el Fuero era un tipo de personal dependiente del Concejo dedicado además de a otras funciones municipales, al cumplimiento de los preceptos de policía urbana, de forma similar a lo que realizarán los *fieles ejecutores* de la Villa desde finales de la Edad Media, o los porteros y alguaciles del ramo de limpieza durante la Edad Moderna.

Si comparamos estas disposiciones forales con las de otras ciudades europeas de la misma época, resulta que podemos considerar a Madrid como una ciudad adelantada o pionera en cuanto al interés que tenían las autoridades por preservar unas discretas condiciones higiénicas en la urbe, sobre todo, en lo tocante a evitar la contaminación del agua. Sorprendentemente, en ciudades ubicadas en latitudes más septentrionales y en las localizadas en la fachada Atlántica apenas se dieron estas disposiciones o todavía se desconocen. De hecho, su uso se fue generalizando en un momento posterior, durante los siglos XIII y XIV, cuando en muchas villas y pueblos que conocieron un notable desarrollo urbano y demográfico se aprobaron ordenanzas que pretendían mejorar la limpieza de las calles, y regular el uso y la ubicación de basureros o muladares¹⁸. Este fue el caso de las ordenanzas de Londres de 1372, o de

¹⁸ Leguay, J.P. *L'eau dans la ville au Moyen Âge*. París, 2002, Pp. 122.

Coventry o Bristol ya entrado el siglo XV, aunque no evitaron la contaminación de las aguas que se empleaban para los usos cotidianos ni erradicar las costumbres que tenían sus habitantes de improvisar muladares junto a las puertas de sus casas¹⁹. Prueba de ello es que los londinenses preferían beber de sus pozos antes que de las fuentes públicas, ya que estas, frecuentemente, se encontraban contaminadas por la cantidad de inmundicias que se arrojaban en sus aguas. Además, el agua de los pozos solía estar más fresca y tener una textura espumosa y centelleante. Sin embargo, estos desdichados desconocían que el agua de estos pozos estaba tan contaminada como la de las fuentes, alterada por altas concentraciones de amonio que resultaba de los procesos de putrefacción de restos orgánicos, y, por lo tanto, el agua que bebían de sus pozos estaba contaminada por encontrarse sus niveles freáticos muy superficiales y expuestos a todo tipo de filtraciones²⁰.

Los preceptos recogidos en el Fuero de Madrid estuvieron vigentes hasta finales de la década de 1340, cuando fueron derogados por el rey Alfonso XI y, en Madrid, al igual que en el resto de grandes ciudades y Villas del territorio castellano, empezó a servir como marco regulatorio del ámbito local el Ordenamiento Jurídico de Alcalá. Además, se creó la figura del corregidor, en adelante oficial real que se encargó de garantizar un control más estrecho de la urbe por parte de la Corona, y, en consecuencia, asumió importantes facultades y competencias de tipo administrativo, fiscal y judicial. A partir de entonces, al situarse el corregidor por encima del Concejo es más que probable que también asumiera importantes funciones de policía urbana. Estos cambios llegaron a Madrid en un momento de notable crecimiento urbano y demográfico. Desde mediados del siglo XIV se produjo una ferviente actividad urbanizadora en el interior de la Villa, ocupándose los solares del antiguo coso de la muralla del siglo XII, los aledaños del Alcázar, y áreas tradicionalmente agrícolas, como las vaguadas del arroyo de San Pedro, se empezaron a urbanizar. Extramuros, el desarrollo urbano fue mucho más destacado, ya que junto al arrabal de San Martín,

¹⁹ Salusbury-Jones, G. *Street life in medieval England*. Londres, 1975. Pp. 81 y 104.

²⁰ Sabine, E.L. "Latrines and Cesspools of Mediaeval London", en *Speculum* IX. Londres, 1934. Pp. 303-321.

que se consolidó en la centuria anterior, se produjo la ocupación de algunos solares de las cavas de la muralla, y surgieron otros dos arrabales llamados de San Ginés y Santa Cruz²¹. Su desarrollo urbano tuvo lugar, fundamentalmente, entre los siglos XIII y XIV, proyectándose hacia el este de la Villa vieja, respectivamente, en torno a la calle del Arenal y al arranque de la calle de Atocha, quedando delimitados por la calle Mayor, la divisoria de cuencas hidrográficas antes mencionada, y el espacio periurbano que había entre ambos, que más tarde ocupó la plaza del Arrabal, actual plaza Mayor.

Las nuevas dimensiones que iba adquiriendo la urbe y el alza de la población tuvieron un impacto positivo en el desarrollo de nuevas actividades económicas y comerciales, que vinieron a establecerse en los nuevos arrabales, en la proximidad de las cabeceras de los arroyos del Arenal y de las Fuentes de San Pedro, y en las inmediaciones de las fuentes públicas²². El agua fue primordial para realizar numerosas actividades artesanales y preindustriales en tenerías y alfarerías, e incluso para la ubicación de pescaderías y mataderos. Sin embargo, estas actividades pronto se revelaron insalubres y contaminantes para las aguas de los arroyos y las fuentes, por los productos químicos y materias primas que se empleaban para la elaboración de tintes, curtidos, lozas, vasijas y cerámicas, además de ocasionar malos olores; pestilencia que se incrementaba con los remojos del pescado que se vendía en las tiendas o con la limpieza de las carnes en los mataderos. A esta situación se añadía un incremento notable del volumen de residuos que podía generar esta ciudad, que por su extensión debía de tener el doble de población que en la época del Fuero, y, por lo tanto, la evacuación de residuos, légamos, basuras y aguas inmundas debió ser ya entonces una tarea compleja, costosa y no exenta de conflictividad. Buena parte de estos residuos provenían del numeroso ganado y caballerías que había en la ciudad, y que se empleaba no sólo con fines alimenticios o productivos, sino también para el acarreo y el transporte cotidiano. A la contaminación de las aguas se añadía la dificultad de evacuar las humedades, lodos e inmundicias permanentes de buena parte de las calles, muchas de las cuales eran estrechas, estaban encajonadas y presentaban,

²¹ Marín Perellón, F. Ob. cit.

²² Jiménez Rayado, E. Ob. cit. Pp. 128-133.

en general, trazados irregulares que no facilitaban el desagüe de las aguas sucias y la recogida de basuras. La proliferación de muladares debió ser algo habitual desde el siglo XIV, aunque se mantuvieron en solares próximos a las puertas de la muralla e incluso se improvisaron otros nuevos en las denominadas “lagunas”. Estas lagunas, tan reiteradamente citadas en algunos censos y documentos del siglo XV, no eran fluviales, si no descampados que se empleaban para arrojar basuras o realizar otras actividades de labor²³. Todos estos muladares que aparecen a lo largo de las cavas y de las puertas de la muralla del siglo XII, formaban un cinturón vacío entre la Villa vieja y los nuevos arrabales, es decir, llegó un momento en que los basureros se encontraban consolidados dentro de la población²⁴. Como apuntó Laredo Quesada, la sociedad medieval de la Península Ibérica, de no ser por los mecanismos coactivos de multas y sanciones fue poco dada a la limpieza y la higiene²⁵.

Al parecer, las autoridades concejiles tampoco pusieron el empeño necesario para paliar estos déficits higiénicos y sanitarios, hasta que entrado el siglo XV se empezó a percibir un mayor interés por la limpieza de una ciudad que ya entonces rebasaba las 60 hectáreas de superficie. Este interés estuvo motivado por la propia intervención de la Corona, a tenor del destacado desarrollo urbano que habían tenido algunas ciudades en Castilla, y la necesidad de imponer en ellas su poder para favorecer sus intereses políticos y económicos. En Madrid el afianzamiento del poder real y el intervencionismo en acometer reformas urbanas se produjo durante los

²³ Urgorri Casado, F. Ob. cit. Pp. 6 y 19.

²⁴ Ibídem. Pp. 22.

²⁵ Ladero Quesada, M.A. “La dimensión urbana: paisajes e imágenes medievales. Algunos ejemplos y reflexiones”, en *Mercado inmobiliario y paisajes urbanos en el Occidente Europeo (siglos XI-XIV)*. Pamplona, 2007, Pp. 23-63. Esta realidad se puede extrapolar a todo el orbe medieval de la Europa Occidental entre los siglos XIV y XV, donde se puede constatar que los ríos y arroyos de las principales ciudades eran considerados como cloacas a cielo abierto, muy contaminadas al recoger buena parte de los residuos procedentes de las actividades productivas; que las calles estaban repletas de basuras, excrementos y muladares; y al igual que en Madrid y otras ciudades mediterráneas las autoridades solían recurrir a métodos coactivos o represivos para mantener unas mínimas condiciones de higiene. Leguay, J.P. *L'eau dans la ville au Moyen Âge*. Rennes, 2002. Leguay, J.P. *La rue au Moyen Âge*. Rennes, 2003. Salusbury-Jones, G. *Street life in medieval England*. Londres, 1975.

reinados de Juan II y de Enrique IV, y afectó prácticamente a todos los ámbitos de la Villa durante el reinado de los Reyes Católicos²⁶.

Pero no cabe duda que el interés por la limpieza de las ciudades tuvo como principal acicate la propagación de enfermedades infecciosas y epidémicas, buena parte de ellas provocadas por la falta de higiene, la contaminación de las aguas, el exceso de parásitos e insectos, y hasta por las malas condiciones de almacenamiento, conservación y preparación de los alimentos. Desde entonces a la lepra, heredada del mundo antiguo, y otras enfermedades que podríamos considerar inherentes al ciclo vital, como las que provocaban diversas patologías óseas, cardiovasculares, renales, pulmonares; o las que afectaban a los niños (sarampión, difteria o *garrotillo*, varicela); o las que se consideraban epidémicas como la viruela o la epilepsia, llamada entonces *mal caduco*, *gota coral* o *ira de Dios*, se añadía ahora un amplio abanico de enfermedades que se tornaron endémicas para aquella sociedad. La tiña, la sarna, el usagre, la micosis y la rabia estaban estrechamente relacionadas con la falta de higiene y la convivencia con todo tipo de parásitos y animales enfermos, lo que también afectaba a la aparición de verrugas y fístulas oculares que derivaban en el célebre tracoma, patología responsable de no pocos casos de ceguera y trastornos oculares del periodo medieval. La falta de higiene también provocaba enfermedades de transmisión oral como la piorrea, la gengivitis y la alitosis; y venéreas o sexuales como las lupias, los flujos blancos, las verrugas genitales y la gonorrea. La peste, las bubas y las enfermedades infecciosas tampoco faltaron en Castilla desde finales del siglo XIV, y tuvieron, en general, impactos catastróficos en la demografía de las ciudades, incrementando de forma notable la mortalidad²⁷. La contaminación de las aguas y alimentos por exceso de humedades, también provocaba enfermedades de rango epidémico como el tifus o *tabardillo*, el cólera y el ergotismo o *fuego de San Antonio*, pese a que entrado el siglo XV se fue generalizando en prácticamente toda Europa la

²⁶ Jiménez Rayado, E. y Sánchez Ayuso, I. *La suciedad en las calles del Madrid medieval*, en Jiménez Rayado, E. y Sánchez Ayuso, I. (Eds.). "El paisaje madrileño. De Muhammad I a Felipe II". Madrid, Asociación Cultural Al-Mudayna, 2013. Pp. 76.

²⁷ Reverte Comas, J.M. "Condiciones sanitarias del Madrid Medieval", en www.gorgas.gob.pa/museoafc/loscriminales/paleopatologia/medicinamadrid.html

costumbre de hervir el agua para mitigar sus efectos insalubres, sobre todo la que se suministraba a los niños²⁸.

Madrid no fue una excepción y durante los siglos finales de la Edad Media se dieron repetidos episodios epidémicos, responsables de diezmar de forma notable su población²⁹. Al menos ya entonces era palpable la enorme preocupación de las autoridades, fueran estas municipales o regías, por hacer las ciudades más saludable y habitables³⁰. En Madrid, un síntoma claro de esta preocupación fue la aparición de numerosos hospitales, más especializados clínicamente en enfermedades de tipo infeccioso o epidémico que los del periodo precedente. Son ilustrativos los nombres con los que fueron fundados o bautizados estos hospitales, como, por ejemplo, el conocido de las “*Mujeres Perdidas*”, que realmente se llamaba de la Merced o del Campo del Rey, fundado alrededor de los años 1418 y 1420, para tratar las enfermedades venéreas o infecciosas que padecían las mujeres de vida licenciosa; el Hospital de Pestosos o Apestados fundado en 1438 con motivo de una peste que causó mucha mortalidad en Madrid y vino a situarse en un antiguo humilladero o ermita dedicada a San Andrés, que había en las inmediaciones de la Puerta del Sol, en lugar bien ventilado y aislado; el Hospital de la Sagrada Pasión, fundado en 1465 en la plaza de la Cebada esquina con las calles de Toledo y Maldonadas, con capacidad para 40 mujeres enfermas, y, entre otros, el célebre Hospital de la Latina que fundaron en 1499 Francisco Ramírez de Madrid y su esposa Beatriz Galindo, con capacidad para entre 8 y 10 enfermos.

Las disposiciones y normas en las ordenanzas municipales y la puesta en marcha de remedios para mejorar la limpieza y la higiene de calles, mercados y parajes públicos, también fueron aumentando desde el último tercio del siglo XV. Huelga decir que este fenómeno no fue exclusivo de Madrid, sino que, como apuntábamos antes,

²⁸ Bidon, A. “L’eau et l’hygiène” en Y. Esquieu, J. y Peséz, M (dir.). *Cent maisons médiévales en France (du XII au milieu du XVI). Un corpus et une esquisse*. París, 1998, pp. 118.

²⁹ Montero Vallejo, M. *El Madrid Medieval*. Ediciones La Librería. Madrid, 2003. Pp. 188-189.

³⁰ Córdoba de la Llave, R. *Las calles de Córdoba en el siglo XV: condiciones de circulación e higiene*, en “*Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval*”, 10. Pp. 125-167. Pp. 143.

se produjo de forma generalizada en Europa y en buena parte de las ciudades y pueblos de Castilla, debido a un intervencionismo más decidido de la Corona. Por citar algunos ejemplos, en ciudades europeas como Amiens, Blois o París ya se contaba con servicios para la recogida de basuras y residuos³¹. Algo similar a lo que entonces se estaba dando en no pocas ciudades de Castilla, como en la localidad de Lantadilla (Palencia) que en 1494 se ordenó a sus alcaldes que se cerrasen los hoyos que se acostumbraban a usar como muladares y que se trasladaran a las afueras de la Villa³². El mismo año se comisionó al corregidor de Valladolid, el doctor Alfonso Ramírez de Villaescusa, para repartir entre los vecinos de la ciudad 45.000 maravedís que hacían falta para pagar los *chirrones* –carros- destinados a la limpieza de las calles³³. En 1495 se dio licencia a la ciudad de Baeza para que anualmente pudiera repartir entre sus vecinos 9.000 maravedís que montaba el salario que había que satisfacer a la persona con la que se había concertado la limpieza de sus calles³⁴. El mismo año los Reyes Católicos, estando en Madrid, dieron licencia al Concejo de Medina del Campo para que pudieran hacer las ordenanzas del empedrado y limpieza de sus calles³⁵. También autorizaron al corregidor Alonso Téllez a dar licencia a la Villa de Molina (Guadalajara), para imponer una sisa entre sus vecinos de 30.000 maravedís con los que hacer frente a los empedrados de sus calles³⁶. En 1496, de nuevo en la ciudad de Valladolid, los Reyes Católicos, a petición de su Concejo, justicia y regidores mandaban que ninguna persona arrojase por los albañales y caños que había en algunas casas *“ningunas aguas nin otras cosas sucias, salvo las aguas que cayeran del cielo, so çiertas penas”*³⁷. En 1500, el Concejo de Medina del Campo informó a la Cancillería Real sobre la limpieza de sus calles, la ubicación de los muladares y sobre la prohibición de construir más casas en los arrabales³⁸. Tres cuarto de lo mismo se puede aplicar a la ciudad de Córdoba, tal y como describió el profesor Córdoba de la Llave, en la que se pusieron en

³¹ Leguay, J.P. *La rue au Moyen Âge*. Rennes, 2003. Pp. 71 y 86.

³² A.G.S. Registro General del Sello. Leg. 149.411, 301.

³³ A.G.S. Registro General del Sello. Leg. 149.410, 14.

³⁴ A.G.S. Registro General del Sello. Leg. 149.505, 13.

³⁵ A.G.S. Registro General del Sello. Leg. 149.503, 25.

³⁶ A.G.S. Registro General del Sello. Leg. 149.507, 20.

³⁷ A.G.S. Registro General del Sello. Leg. 149.605, 12.

³⁸ A.G.S. Registro General del Sello. Leg. 150.001, 325.

marcha no pocas medidas y actuaciones para mejorar sus condiciones higiénicas³⁹. Por citar algún ejemplo más, en la Sevilla de 1501 se estaban empedrando sus calles, si bien de su esfuerzo colectivo se libraron, con licencia real *“a la clerecía de Sevilla cuando no es debido”*⁴⁰.

Todas y cada una de estas medidas también se fueron aplicando en Madrid. La abundancia de órdenes y preceptos que venían a regular la salubridad de la urbe, como así se recogen en los libros de acuerdos del Concejo madrileño, y la insistencia de la Corona para que fueran cumplidos, ponen de relieve que ya entonces la Villa del Manzanares debía ser una de las ciudades más frecuentadas y estimadas por los Reyes Católicos, lo que no debe sorprender si tenemos en cuenta que era señorío realengo y tenía representación en las Cortes. Era pues una de las urbes más importantes de Castilla, en la que los deseos y órdenes de los reyes debían prevalecer como ejemplo y modelo de su autoridad. De hecho, por la documentación que hemos consultado parece que la Villa de Madrid fue de las primeras en poner en marcha los empedrados, el control y limpieza de los muladares, la subasta de los asientos de limpieza a particulares, junto con un sistema de penas o condenaciones que en apenas unos pocos años incrementó las cuantías de las multas en un 100%, además, de imponer penas coactivas muy duras a los infractores, que conllevaban castigos físicos, el destierro de la urbe e incluso la cárcel. Por ejemplo, en ciudades del entorno madrileño como Ávila y Cuenca, o más alejadas como Palencia, o como hemos ilustrado en las citas anteriormente de Molina de Aragón y Sevilla, los empedrados de sus calles no se generalizaron hasta entrada la década de 1490, mientras que en Madrid se habían empezado a realizar en la década anterior⁴¹.

Los empedrados se consideraban entonces la base para desempeñar una limpieza más eficaz de la urbe y permitir el tránsito por las calles de cabalgaduras de

³⁹ Córdoba de la Llave, R. Ob. cit.

⁴⁰ A.G.S. Registro General del Sello. Leg. 150.105, 324.

⁴¹ Sobre los empedrados de Palencia, Ávila y Cuenca respectivamente en A.G.S. Registro General del Sello. Leg. 149.607, 18; Leg. 149.703, 58 y Leg. 149.812, 7.

herradura y carruajes, lo que necesariamente conllevaba disponer medidas adicionales posteriores como la construcción de nuevos albañales para encauzar las aguas residuales, facilitar el trasiego de chirriones o carros de limpieza, y reiterar las prohibiciones habituales de arrojar basuras, aguas sucias e inmundicias a las calles. Los empedrados y sus albañales se habían experimentado de forma pionera en algunas ciudades italianas ya a finales del siglo XIII, como en Florencia, Siena o San Gimignano, y su uso se fue generalizando durante los siglos XIV y XV en los grandes centros urbanos como Londres, París, Amiens, Douai, Dijon o Poitiers⁴². Los empedrados de Madrid se hicieron más tarde, pero fue de las primeras y pocas urbes de la Corona de Castilla que se empedraron casi en su totalidad antes de finalizar el siglo XV. Incluso podemos considerar que los avances higiénicos que se produjeron en estos momentos sirvieron como modelo experimental de lo que en adelante debía de hacerse en otras ciudades castellanas. De hecho, los empedrados y otras medidas complementarias de higiene puestas en marcha no sólo tuvieron por objeto mejorar las condiciones salubres de la zona noble o señorial de la Villa vieja, como era lo habitual en los pueblos y ciudades de esta época, si no que la limpieza y los empedrados afectaron de pleno a los arrabales, e incluso se trató de poner en marcha una importante racionalización urbana dentro de éstos, que conllevo la reubicación y e incluso la clausura de algunas de las actividades económicas y productivas consideradas nocivas, molestas y peligrosas. Así, por ejemplo, mientras que en Madrid se obligaba a todos los vecinos sin excepción a arrojar las basuras en ningún lugar de la ciudad salvo en los muladares autorizados, en ciudades como Segovia, por el contrario, los Reyes Católicos en 1485 daban permiso al corregidor y su Concejo para prohibir que las basuras se echaran en los lugares principales “junto a los Palacios y plazas de los Leones y del Arqueta de la Reina”⁴³. A pesar de todo, a finales de la Edad Media no existían las mínimas infraestructuras urbanas para hacer frente con eficacia a las necesidades de limpieza, tal y como ocurría en otras grandes ciudades castellanas y europeas⁴⁴. Si

⁴² Franchetti Pardo, V. *Arezzo (Le città nella storia d'Italia)*, Laterza, 1986. Lavedan, P. y Hugueney, J. *L'Urbanisme au Moyen Âge*. Ginebra, 1974. Leguay, J.P. Ob. cit. Sabine, E.L. “City cleaning in Medieval London” en *Speculum XII*. Londres, 1937. Favreau, R. “Les rues de Poitiers au Moyen Âge”, en *Bulletin de la Société d'Antiquaires de l'Ouest*, n. 15. 1979.

⁴³ A.G.S. Registro General del Sello. Leg. 148.504, 55.

⁴⁴ Jiménez Rayado, E. y Sánchez Ayuso, I. Ob. cit. Pp. 75. Para el caso de la falta de medios e

bien, y como veremos a continuación, se pusieron en marcha no pocas medidas con el propósito de mejorar la higiene, el aspecto de las calles y, en general, el paisaje urbano madrileño; unas medidas que a la postre sirvieron como punto de partida para todo el desarrollo urbano y demográfico que experimentó la Villa, cuando rebasada la segunda mitad del quinientos se convirtió en sede de la Corte, y fue más perentorio y urgente mejorar y sofisticar el ramo de limpieza y empedrado.

El 12 de enero de 1483, siguiendo las instrucciones de los Reyes Católicos el corregidor de Madrid ordenó al Concejo de la Villa que se empedraran las calles, incluidas las de los arrabales, para mejorar su limpieza⁴⁵. Es probable que esta orden regia sea el documento más antiguo que hasta el momento conservamos sobre el empedrado de las calles de Madrid. Con estos empedrados se pretendía evitar los excesos de humedad de las calles, la formación de lodos y légamos durante las épocas de lluvia, la acumulación de aguas sucias, y minorar las polvaredas de las calles que durante el verano levantaban caballerías y acarreos.

Esta labor de mantener empedradas y aseadas las calles en un principio se centró en los lugares más principales de la Villa como el entorno de la Puerta de Guadalajara (1486), la delantera del portalón de la Iglesia de El Salvador, cuya sala capitular servía para las reuniones del Concejo, o la vecina calle de Luzón (1489). Al mismo tiempo, se establecieron las medidas necesarias para regular el sistema de empedrados, y cuando en la primavera de 1487 se comenzó a empedrar la calle de los Estelos, se ordenó a los dueños de las casas que costearan la mitad de los gastos que correspondían a los empedrados que comprendían las pertenencias o fachadas de sus casas, mientras que la otra mitad debía ser satisfecha por los que en ellas moraban. Hasta este momento el Concejo se había encargado de sufragar los gastos,

infraestructuras en la Sevilla bajomedieval en Collantes de Terán Sánchez, A. Sevilla en la Baja Edad Media. La ciudad y sus hombres. Sevilla, 1977. Pp. 102. Para el caso de Périgueux en Higounet-Nadal, A. "Hygiène, salubrité, pollutions au Moyen Âge. L'exemple de Périgueux" en *Annales de Démographie Historique*, 1975. Pp. 81-92.

⁴⁵ Libros de Acuerdos del Concejo Madrileño. Tomo I. 1464-1485. Artes Gráficas Municipales. Madrid, 1932. Pp. 217.

contrayendo deudas con algunos maestros empedradores, como Juan de París, y asumiendo que en adelante el presupuesto municipal, de por sí muy limitado, iba a tener que sufragar también la mitad de los empedrados de las calles, junto con el de buena parte de las plazas, callejones inhabitados y de los tramos de calles demasiado anchas. Probablemente, con la intención de minorar el elevado gasto que suponía hacerse cargo de la mitad del empedrado de las calles, se fueron estableciendo las condiciones del asiento o contrato con los maestros canteros que debían empedrar las calles, entre las que se incluía, además de sus honorarios correspondientes, el disfrute de una vivienda de titularidad municipal y de un cahíz de trigo, y, entre sus obligaciones, la de hacerse cargo a su costa de los empedrados que no superaran una superficie de media “*tapia*”⁴⁶. La *tapia* fue la unidad de medida de superficie que utilizaron los empedradores, y equivalía entre los siglos XVI y XVIII a cincuenta pies cuadrados, tal y como se deduce de las primeras ordenanzas que sobre los empedrados elaboró Madrid y aprobó el superintendente Diego López de Ayala el 7 de abril de 1607. Estas ordenanzas, que son las más antiguas que hasta el momento conservamos, fueron recopiladas y elaboradas a partir de las que en tiempos de Felipe II establecieron los maestros canteros Juan de Aranda y Juan Díaz⁴⁷. Probablemente en esta época de finales de la Edad Media, al tiempo que se generalizaban los empedrados en las ciudades, es cuando se estableció la referida medida.

Ya en los últimos años del siglo XV se contaba con un presupuesto para empedrados de 40.000 maravedís, con cargo a los bienes de propios; con un receptor de las penas de empedrar, encargado de cobrar las multas que ponía el corregidor a los empedradores por las faltas cometidas en su trabajo. Con este presupuesto más abultado se siguieron empedrando las calles e incluso el Concejo se permitió establecer algunas excepciones con unos pocos vecinos que no podían asumir su parte correspondiente, entre los que no faltaban monasterios. Por el contrario, el Concejo no tenía tantos reparos con los reacios y los morosos, si no pagaban su parte les

⁴⁶ Libros de Acuerdos del Concejo Madrileño. Tomo II. 1486-1492. Artes Gráficas Municipales. Madrid, 1970. PP. 17, 40, 41, 47, 65, 136 y 204.

⁴⁷ A.V.M. Secretaría 1-1-68.

embargaban los bienes de sus casas. El caso es que debían ser muy complejas las labores de recaudación de la parte que los vecinos debían costear, correspondiente a la calle donde se extendían las pertenencias de sus casas, y en buena lógica se mostraban reacios a estas mejoras que francamente eran muy onerosas para sus bolsillos. Como apuntó el profesor Córdoba de la Llave, en el mundo urbano del siglo XV existió un claro desfase entre la preocupación que mostraban sus gobernantes por mejorar las condiciones higiénicas de las calles y la colaboración que el común de los vecinos prestaba a ello⁴⁸. En 1494 se estableció un procedimiento más equitativo y proporcionado para sufragar los empedrados, correspondiendo a los dueños de las casas la tercera parte del coste y las dos terceras partes restantes a la hacienda municipal. Con este nuevo sistema se empedraron nuevas calles, buena parte de ellas localizadas en los arrabales, como las de la Herrería, de Cáceres, del Arrabal y su prolongación hasta la Puerta del Sol, de San Ginés, de Barrionuevo, de Santo Domingo; y entornos urbanos un tanto marginales como los de la Puerta de Moros y Puerta Cerrada⁴⁹. Al fin y al cabo, la municipalidad contaba con el presupuesto municipal, al que ya contribuían los vecinos a través de la fiscalidad pertinente, y con otros dineros procedentes de multas y sanciones que se les imponía por infringir normas, preceptos y bandos. Así, a los empedrados y otras necesidades de la limpieza se destinaban los caudales recaudados con las sanciones impuestas no sólo a los vecinos por contravenir cualquier precepto tocante al aseo de la Villa, sino también, a los empedradores y encargados de los asientos de limpieza por cometer faltas e irregularidades en sus obligaciones y tareas. Además, otras sanciones que no estaban relacionadas con la limpieza de la Villa también se emplearon para sufragar los costes del empedrado, como los 50 reales que suponía la sanción por maldecir públicamente, o los 10.000 maravedís de sanción que se imponía a los vendedores o artesanos que sacaban de la Villa calzado o corambre, sin la licencia pertinente⁵⁰.

⁴⁸ Córdoba de la Llave. Ob. cit. Pp. 143.

⁴⁹ Libros de Acuerdos del Concejo Madrileño. Tomo III. 1493-1497. Raycar S.A. Impresores. Madrid, 1979. PP. 23, 56, 57, 86, 94, 96, 104, 115, 166, 183, 209, 216, 283, 292, 302 y 323. Tomo IV. 1498-1501. Raycar S.A. Impresores. Madrid, 1982. PP. 8, 178, 271, 272 y 342.

⁵⁰ Libros de Acuerdos del Concejo Madrileño. Tomo III. 1493-1497. Raycar S.A. Impresores. Madrid, 1979. PP. 24 y 233.

Este sistema de distribución del coste de los empedrados, en el que los dueños de las casas debían sufragar la tercera parte, se entendido, en adelante, como el más eficaz y equitativo para empedrar las calles, pues se mantuvo en Madrid prácticamente igual durante toda la Edad Moderna, e incluso fue adoptado en otras ciudades. Así, en 1496 se le daba licencia a la ciudad de Palencia *“para repartir entre sus vecinos y moradores, y por espacio de un año, un tercio de lo que calculan ha de costarle el empedrado de la calle de Paniagua, principal de la dicha ciudad”*⁵¹. En 1497 ocurrió lo mismo con las calles de la ciudad de Ávila, y un año después con la de Cuenca, que se le dio licencia *“para empedrar sus calles con facultad de repartir, durante el tiempo que la dicha obra durare, una cuantía de maravedís equivalente al tercio de lo que dicho empedrado costare, y de apremiar a los vecinos para que contribuyan con las otras dos terceras partes”*⁵². Sin embargo, esto no quiere decir que este sistema y la propia técnica constructiva que empleaban los empedradores permitieron a la Villa librarse de la suciedad, las aguas inmundas y los malos olores de las calles, pues fue tal el deterioro que sufrían de rodaduras de carros, arrastres de mercancías y acumulación de humedades y basuras, que a menudo había que reemplazarlos. A lo que había que añadir el desgaste que sufrían de los propios sistemas que se empleaban para la limpieza, sobre todo de los frecuentes arrastres de rodadillos o mareas, que de continuo había que repararlos y, otras veces, rehacerlos por completo. Además, habría que seguir empedrando las calles nuevas que se trazarían en una ciudad que conocerá ya entrado el siglo XVI un notable crecimiento urbano. No es de extrañar que el Concejo cuidara con atención la labor que realizaban los empedradores y que estos se convirtieran en personal fundamental para preservar la higiene de la Villa, como desde tiempo atrás ya ocurría en otras ciudades europeas⁵³.

⁵¹ A.G.S. Registro General del Sello. Leg. 149607, 18.

⁵² A.G.S. Registro General del Sello. Leg. 149703, 58; y Leg. 149812, 7. Dos años después cuando estaban adelantados los empedrados de la ciudad de Cuenca tuvieron que paralizarse porque, al estar buena parte de sus calles situadas sobre abruptas pendientes, no podían subir el ganado al resbalar con el nuevo pavimento de piedra. Leg. 149901, 6.

⁵³ Jiménez Rayado, E. y Sánchez Ayuso, I. Ob. cit. Pp. 102-103. En el siglo XIII en Londres ya había cuatro *surveyers of pavement* por cada barrio, que fueron el antecedente ya entrada la década de 1340 de los *serjeants of the wards*, mientras que en París existía un *visiteur du pavé*. Leguay, J. P. Ob. cit. Pp. 71; y Sabine, E.L. Ob. cit. Pp. 22.

Con respecto a la higiene de la vía pública, el 23 de julio del año 1483 se reiteraba la prohibición, ya existente desde bastante tiempo atrás, de que los cerdos deambularan por las calles, permitiéndose a los vecinos poder matarlos para su propio provecho en detrimento de los propietarios, a los que además se les imponían penas pecuniarias. Esta disposición o prohibición de tener a los cerdos sueltos en las calles se estableció y pregonó con bastante frecuencia durante lo que restaba del periodo medieval, y también durante buena parte de la Edad Moderna. Hasta mediados del siglo XV la presencia porcina en la ciudad ya había sufrido restricciones porque solían invadir huertas y corrales ajenos, ocasionando no pocos destrozos y desperfectos, como así se desprende de las numerosas quejas de los vecinos⁵⁴. Pero no debieron ser pocos los cochinos que había en la ciudad, y además de enfangar las calles y contribuir a sus altos niveles de humedad, se les responsabilizó de transmitir enfermedades y parásitos. Desde finales del siglo XV se fue limitando cada vez más la presencia de cerdos en las calles, debido, también, al decoro que trataba de imponer el Concejo con respecto al aseo de la Villa, y de evitar por todos los medios el desagradable espectáculo que suponía contemplar la alimentación de las pjaras en los “nutritivos” lodazales que abundaban en la urbe. Prueba de ello es que en diciembre del mismo año se recordó la prohibición de tener cerdos en las calles; y como debía ser algo bastante frecuente que estas prerrogativas no las cumplieran ni porqueros ni particulares, el Concejo recordó reiteradamente la referida prohibición y sus consecuentes sanciones en los años 1487, 1493, 1496, 1500, 1502 y 1529⁵⁵.

Otras disposiciones estuvieron encaminadas a modificar ciertos comportamientos de los vecinos, como la dada el 20 de agosto de 1484 que prohibía contaminar arroyos, arrojar estiércol en solares ajenos y regular los usos de muladares o basureros. Pero como no debieron dar mucho resultado, tres años después hubo una importante ofensiva municipal para mantener aseada la Villa y se ordenó a los *fieles* de la Villa -cargos similares a los ordenanzas municipales u oficiales de policía urbana- que

⁵⁴ Puñal Fernández, T. *Registro de la documentación notarial del Concejo de la Villa y tierra de Madrid 1449-1462*. Comunidad de Madrid. Consejería de Cultura y Deportes. Dirección General de Archivos, Museos y Bibliotecas. Madrid, 2005. Pp. 354.

⁵⁵ *Ibidem*. Tomo II, pp. 69; Tomo III, pp. 254 y 285; y A.V.M. Secretaría 1-1-4, 1-1-5, 1-1-22 y 1-1-23.

mantuvieran aseadas las calles previniendo a los vecinos de las penas que se les podían imponer si dos horas después de la salida del sol se encontraban restos de suciedad. Al parecer, la medida no fue eficaz, razón por la que el 6 de junio de 1487 se ordenó a todos los vecinos de Madrid que limpiaran las calles correspondientes a las pertenencias de sus casas, en principio cada ocho días, bajo pena de 5 maravedís. Para contribuir a esta medida, nueve días después se acordó que el corregidor y los regidores fueran a visitar los lugares donde en adelante se debían establecer los muladares, quedando perfectamente señalados con estacones, para que no dando lugar a equivocaciones y distracciones, fácilmente pudieran ser localizados por los vecinos⁵⁶. Paradójicamente, estas medidas aplicadas en Madrid se aplicaron al mismo tiempo en otras ciudades tan distantes como Murcia⁵⁷.

Estas medidas fueron el inicio de un largo corpus normativo que vino a tratar de mantener, con no pocos medios coactivos y expeditivos, el aseo y ornato de las calles de la Villa, más aún cuando buena parte de sus calles se encontraban ya empedradas, y era más adecuado y conveniente acometer su limpieza. Así lo recoge un acuerdo del Concejo del 23 de enero de 1490 que se mandó pregonar públicamente y mediante el que fueron advertidos los vecinos y hortelanos que las condenaciones o multas por faltar a la limpieza de calles y solares pasaban de 5 a 20 maravedís, y, de nuevo, un año después se les obligó a limpiar las calles de sus respectivas casas todos los sábados⁵⁸.

A pesar de estas medidas, el estado que presentaban las calles no era el más adecuado que se podía esperar y poco a poco fueron asumiendo en el Concejo que no se podía dejar al voluntarioso esfuerzo vecinal el aseo de la Villa. Por esta razón el 3 de enero de 1494 se ordenó pregonar *“quien quisiere arrendar el alimpiar de las calles de esta Villa”*, esto es, se intentaba sacar a pública subasta el arriendo de los servicios de

⁵⁶ Ibídem. Tomo I, pp. 350-351; Tomo II, pp. 69, 70 y 71.

⁵⁷ Asensi Artiga, V. *“Murcia: sanidad municipal (1474-1504)”*. Universidad de Murcia, 1992. Pp. 21-27.

⁵⁸ Libros de Acuerdos del Concejo Madrileño. Tomo II. 1486-1492. Artes Gráficas Municipales. Madrid, 1970. Pp. 58, 69 y 203.

limpieza. Sin embargo, como no debió ser muy lucrativa la oferta municipal no se presentó ningún postor. El consistorio no cejó en el empeño y apenas tres meses después se volvió a pregonar, sin que, tampoco en esta ocasión, se presentaran postores. Así que pocos días después, ya entrado el mes de abril, los regidores, un tanto contrariados, mandaron *“que todos los vecinos desta Villa alimpien lo empedrado en sus puertas e pertenencias, de manera que quede descubierta lo empedrado”*, y para que surtiera efecto elevaron la cuantía de las penas a 30 maravedís⁵⁹. De nuevo, la falta de iniciativa y determinación de la municipalidad se reemplazó por la medida coactiva y disuasoria. Pero no es menos cierto que los comportamientos higiénicos de los vecinos dejaban mucho que desear; y que los albañales de las nuevas calles empedradas daban poco de sí para desaguar tantas aguas de las calles, pues a las pluviales y residuales de usos domésticos se unían las aguas sucias, excrementos e inmundicias de las *bacinadas* que arrojaban los vecinos desde puertas y ventanas, con el pertinente aviso de *“agua va”*. Este santo y seña, tan habitual en las calles de la Villa, tenía por objeto prevenir a los viandantes descuidados o distraídos de caminar cerca de fachadas o ventanas cercanas desde las que les pudieran arrojar cualquier suciedad, lodo o porquería. Ni que decir tiene, que estos comportamientos debieron ocasionar no pocos perjuicios y problemas entre particulares, y que el mal olor y la pestilencia de las calles se convirtiera en una constante fuente de malestar entre el vecindario de la Villa.

Teniendo en cuenta la tradición legal vigente desde el Fuero de Madrid de 1202, que prohibía, taxativamente, arrojar estiércol y cualquier tipo de basura a las calles, es más que probable que estos vertidos y bacinadas se hicieran de forma clandestina y furtiva, sobre todo por las noches. Más aún, cuando estaba vigente la obligatoriedad para todos los vecinos de deshacerse de sus residuos en los muladares existentes. Sin embargo, la ciudad de finales del siglo XV no era ni por asomo la Villa del siglo XIII, pues presentaba altos índices de densidad demográfica en el centro urbano y en algunas zonas de los arrabales, y en proporción directa había aumentado

⁵⁹ Libros de Acuerdos del Concejo Madrileño. Tomo III. 1493-1497. Raycar S.A. Impresores. Madrid, 1979. PP. 59, 77 y 78.

considerablemente el volumen de residuos, junto con las dificultades que entrañaba su eliminación. Pero además, las casas en las que se habitaba entonces no eran aquellas de la Villa vieja que poseían corrales y cobertizos, donde poder echar los residuos, hacerlos desaparecer con intimidad, o re-aprovecharlos para alimentar a gallinas o cochinos. Estos cambios en la morfología urbana y del caserío ya fueron tratados por Fernando Ugorri, quien apuntó que desde mediados del siglo XV se había constatado una acusada reparcelación de las antiguas casas del casco viejo y de los arrabales, resultando que donde antes hubo una casa con corral o patio, se habían construido sobre el mismo solar dos o más casas de menores dimensiones⁶⁰. Esta fragmentación y atomización creciente del parcelario se debió en muchas ocasiones tanto al incremento de la población de la Villa como a los propios repartimientos y herencias familiares del patrimonio inmobiliario, de lo que resultó, en algunos casos, un nuevo caserío que presentaba peores condiciones higiénicas por la falta de luz y ventilación que proporcionaban los antiguos corrales y, en otros casos, estructuras habitacionales con pocas posibilidades para poder deshacerse discretamente de sus aguas sucias, basuras y excrementos, a no ser que sus moradores dispusieran de cubas, recipientes cerámicos u orinales para almacenarlos y trasladarlos en su momento a los muladares. Claro que podían recurrir, a riesgo de ser sancionados, a las desconsideradas bacinadas del “*agua va*”. Y es que el decoro y la vergüenza de tener que depositar a la luz del día las inmundicias personales, seguro que se convirtió en un prejuicio social para más de un habitante de la Villa. En su lugar, era preferible mantener las calles sucias, como luego continuó ocurriendo entre los siglos el siglo XVI y XVIII, al mostrarse los vecinos reacios a depositar sus desechos en los carros de la limpieza, cuando pasaban por la delantera de sus casas.

El 30 de enero de 1495 el Concejo volvió a tomar la iniciativa y con cargo a la tesorería municipal encargó a su mayordomo que hiciera unos “*rodadillos*” y tomara peones para hacer la limpieza. Probablemente estos *rodadillos* –rodillos o tablones curvados de madera- fueron el precedente de las célebres “*mareas*”, un sistema

⁶⁰ Ugorri Casado, F. Ob. cit. Pp. 11-12.

rudimentario que utilizó la Villa durante todo el Antiguo Régimen, frecuentemente en las épocas invernales y de lluvia, con la finalidad de arrastrar los fangos y barros putrefactos de las calles⁶¹. Estos rodadillos se fijaban contra el suelo y se iban arrastrando al ras del pavimento con el tiro de mulas, con el propósito de arrancar, desincrustar y trasladar los lodos y basuras hasta los muladares situados a las afueras de la Villa, o hasta los pocos sumideros o vertederos de las alcantarillas que se fueron construyendo ya entrado el siglo XVI. Tras las *mareas* unas cuadrillas de mangueros iban regando y barriendo las inmundicias que no se habían podido arrastrar.

También, con el propósito de acometer con celeridad las tareas y contar con liquidez para afrontar los gastos, trataron sin éxito de arrendar las penas que se imponían a los vecinos por ensuciar las calles, esto es, que en lugar de encargarse los *fieles ejecutores*, encargados de vigilar y de denunciar los malos hábitos y cobrar sus preceptivas multas, lo hiciera un particular. Por razones obvias, los *fieles* se negaron a este arriendo porque les iba en ello la percepción de parte de su exiguo salario⁶². Estos *fieles* derivaron en el siglo XVI en los porteros y alguaciles de la Villa, y continuaron haciendo las mismas funciones denunciatorias y recaudatorias, bajo la supervisión del corregidor y los regidores encargados del ramo de limpieza. Tanta improvisación tuvo una inesperada respuesta; el 29 de abril siguiente el comendador Amoroso presentó una orden de los reyes, ratificada por el Consejo de Castilla, mandando a los regidores que sin dilación acometiesen la limpieza de las calles⁶³. Y es que Madrid no era una urbe cualquiera, ya entonces era una de las ciudades realengas más importantes de la Corona de Castilla, visitada a menudo por los personajes regios, y como era previsible, se pretendía, en la medida de lo posible que la Villa tuviera el decoro y la higiene que le correspondía a su alcurnia. Otra cosa es que se consiguiera.

⁶¹ Libros de Acuerdos del Concejo Madrileño. Tomo III. 1493-1497. Raycar S.A. Impresores. Madrid, 1979. Pp. 120.

⁶² Jiménez Rayado, E. y Sánchez Ayuso, I. Ob. cit. Pp. 89.

⁶³ Los datos referidos a 1495 en Libros de Acuerdos del Concejo Madrileño. Tomo III. 1493-1497. Raycar S.A. Impresores. Madrid, 1979. Pp. 120, 134 y 141.

El celo municipal se tornó entonces más agresivo al comprobar que meses después las calles continuaban sucias y los vecinos no cumplían lo mandado en las ordenanzas. El 29 de septiembre de 1500 se acordó elevar desproporcionadamente la cuantía de las multas hasta los 100 maravedís, claro que con la mitad de dicha cantidad se pretendía pagar el salario de los *fieles* y, con la otra mitad, los honorarios de las justicias –normalmente del corregidor o de los regidores que tenían competencias sancionadoras-. Como novedad a los infractores se les condenaba a *“que estén diez días en la cárcel el que lo echare o mandare echar o que sea tomado echándolo, quien se sepa por pesquisa por cada vez”*⁶⁴.

Desde luego, el aseo de las calles se había convertido en una de las prioridades para el Concejo y ensuciarlas prácticamente en un delito, llegándose a animar a los vecinos a denunciar a los desaseados, bajo el pertinente juramento. Al mismo tiempo, y disponiendo de mayor capacidad presupuestaria, el asiento de la limpieza comenzó a ser arrendado anualmente a particulares, y con una clara finalidad aleccionadora se mandaron pregonar regularmente las disposiciones de limpieza de la urbe. Ya entonces, los primeros asentistas de la limpieza se encargaron de trasladar la basura de las calles a los muladares, por medio de carros o *chirriones* tirados por mulas y asistidos por mozos. El primer asentista conocido fue Sancho de Villanueva que se hizo cargo de la limpieza de las calles durante un año a cambio de un salario de 2.000 maravedís y parte de lo recaudado con las multas o condenaciones por faltar a los pregones de la limpieza⁶⁵. No cabe duda que estas ordenanzas y disposiciones sobre la limpieza y los nuevos asientos o contratos de limpieza tomaron desde entonces una relevancia destacada en el conjunto de atribuciones del Concejo y, como cabe suponer, el consistorio se encargaría de que se fueran mejorando y actualizando, al tiempo que reiteradamente se daban a conocer a los vecinos de la Villa. Sin embargo, los asientos de limpieza no estuvieron exentos de problemas con los *fieles ejecutores*, que veían como iban perdiendo sus competencias y salarios, y en no pocas ocasiones

⁶⁴ Libros de Acuerdos del Concejo Madrileño. Tomo IV. 1498-1501. Raycar S.A. Impresores. Madrid, 1982. PP. 240, 241 y 269.

⁶⁵ Libros de Acuerdos del Concejo Madrileño. Tomo III. 1493-1497. Raycar S.A. Impresores. Madrid, 1979. PP. 214-215.

las condiciones contractuales que el Concejo ofrecía a los asentistas se consideraron poco rentables, con lo que no es de extrañar que a los regidores les costara muchísimos esfuerzos negociadores y otorgar contraprestaciones para conseguir que alguna persona se hiciera cargo de estas tareas⁶⁶.

Entre las ordenanzas municipales que explícitamente regulaban la limpieza se encontraban las que mandó pregonar el Concejo el 2 de marzo de 1496, que resumiendo las tres disposiciones tocantes a esta materia, prohibían echar basuras, estiércol, perros muertos y otras porquerías en las calles bajo multa de 12 maravedís y obligaban a limpiarlas a costa del infractor. A los artesanos y ciertas actividades gremiales también se les recordaba la prohibición de ensuciar o entorpecer las calles con el desempeño de sus labores, bajo pena de una sustancial multa. Igualmente, se prohibía a los vecinos los vertidos en la calle de *“agua que hieda”* o de cebada desde ventanas, puertas o albañales, bajo pena de 12 maravedís⁶⁷. Cuatro años después unas nuevas ordenanzas insistieron en los mismos mandamientos bajo la pena más abultada de 100 maravedís, se volvió a prohibir que los cerdos deambularan por las calles y se obligó a los carniceros a limpiar los mataderos una vez al mes, y las carnicerías semanalmente. De paso, se aprovechó para reglamentar las funciones del personal afecto al ramo, como el de los *fieles*, que con más relevancia que en el periodo precedente, pasaron a convertirse en pieza clave para mantener aseadas las calles y velar por el cumplimiento de estos preceptos, como se deduce de la disposición siguiente: *“Otrosí y por cuanto es apostanza de esta villa de Madrid y sus arrabales que sus calles y plazas estén limpias y llanas y aún porque los malos olores no rompen el aire de que puede venir enfermedad a los hombres que por ellas andan o por causa de ellas moran, porque los dichos fieles han de hacer las dichas calles y plazas a limpiar”*. Además, a los referidos fieles se les facultó para imponer, estipular y repartir una tasa de limpieza a los propietarios de las casas, y si estuvieran alquiladas, los dueños deberían satisfacerla y luego cobrársela a los inquilinos, so pena de 100

⁶⁶ Jiménez Rayado, E. y Sánchez Ayuso, I. Ob. cit. Pp. 90-91.

⁶⁷ Tomadas de Cambrónero Martínez, C. *Revista contemporánea (Madrid)*. “Policía Urbana del siglo XV”, 10/1891, nº 84, pp. 518-527.

maravedís. Incluso, se les facultó con ayuda de “*las justicias*” o alguaciles a obligar a los vecinos rebeldes o que no lo quisieran hacer⁶⁸. Pero parece que los *fieles* no debieron tomarse demasiado en serio la responsabilidad y las funciones que se les había encomendado y entrado el siglo XVI tampoco se estaban consiguiendo arrendar los asientos de limpieza de las calles. En 1503 ante las quejas de la Corona, el Concejo llegó a amenazar a los *fieles* con hacerles pagar la limpieza de las calles e incluso se les amenazó con cuantiosas sanciones si descuidaban sus atenciones⁶⁹. En 1513 se decidió optar por una medida que ya se había estado meditando tiempo atrás, que consistió en obligar a los vecinos a costear la limpieza de las calles, lo que permitió que un año después se mandaran limpiar todas las zonas que no correspondían a las pertenencias de los vecinos. Finalmente, en 1515 el asiento de limpieza se concertó con Juan de Orduña, a cambio de percibir como salario los dineros de las sanciones estipuladas en las ordenanzas, más un cahiz de trigo, y el compromiso de la Villa de proporcionarle un chirrión para trasladar la basura a los muladares⁷⁰.

Desde mediados del siglo XV, la preocupación por la higiene también se extendió al tratamiento que se le daba a los residuos y basuras, y a la ubicación de los muladares. Al parecer, y aunque ya existían zonas acotadas en los arrabales donde los vecinos pudieran arrojar estiércol, basura y animales muertos, como en las inmediaciones de las Puertas Cerrada y de Valnadú; el comportamiento descuidado de los mismos y la lejanía de estos parajes daban lugar a la aparición de muladares improvisados en callejones, corrales y solares desocupados, que solían ocasionar no pocas quejas, malos olores y focos constantes de insalubridad, a pesar de las sanciones que por estas prácticas, tan poco cívicas, imponía el Concejo a los desconsiderados⁷¹. La palabra muladar deriva de *muradal* –muro- debido a que la mayoría de los basureros se solían establecer pegados a muros o paredes, generalmente colindantes

⁶⁸ El cuadernillo que contiene estas ordenanzas se encuentra en A.V.M. Secretaría 2-309-21. Algunos apuntes sobre las mismas en Rico-Avelló y Rico, C. *Madrid en el siglo XVII. Algunos datos sobre higiene urbana*. Gráficas Rodríguez. Madrid, 1948.

⁶⁹ Jiménez Rayado, E. y Sánchez Ayuso, I. Ob. cit. Pp. 91.

⁷⁰ Ibídem. Pp. 92.

⁷¹ Jiménez Rayado, E. y Sánchez Ayuso, I. Ob. cit. Pp. 62.

con solares desocupados, o en las proximidades de las murallas y sus cavas⁷². Huelga decir, que esta situación no era exclusiva de Madrid, pues se producía sistemáticamente en todas las ciudades y pueblos de la Europa bajomedieval, en las que todo espacio deshabitado servía para convertirlo en un basurero⁷³.

Algunos de los basureros de Madrid llegaron a establecerse en las proximidades del llamado Campo del Rey, en el espacio desocupado entre el Alcázar y la parroquia de Santa María⁷⁴. Otros, directamente, se improvisaron en los corrales y solares del interior de la Villa, como el que hizo el célebre asentista judío, Menahen Cidre, entre su casa y la de su madre, y que en 1449 el Concejo le pidió que clausurara y limpiara; o como el solar que Ruy Sánchez Cerezo improvisó en una casa de la parroquia de El Salvador y que, también, fue obligado a clausurarlo el mismo año, a raíz de la demanda que le puso Elvira Martínez de Mirarejo, dueña de la referida casa⁷⁵. Como se puede apreciar el Concejo trataba de evitar la formación de basureros dentro de la población, regularmente recordaba a los vecinos la obligatoriedad de llevar sus desperdicios a los muladares establecidos, como el existente en 1452 en la cárcava del camino de Santo Domingo, y hasta algunos solares desocupados en las proximidades de las inmediaciones de la Puerta Cerrada y en la plaza del Rey fueron subastados a particulares, para que labraran casas y evitar que se convirtieran en muladares⁷⁶.

Pero la situación se torno todavía más compleja durante las dos últimas décadas del siglo XV debido al crecimiento demográfico y urbano de la Villa, y, por consiguiente, al aumento proporcional de residuos y basuras. El Concejo, entre otras medidas, trató de controlar los vertidos ilegales tapiando los solares que había junto a la Puerta Cerrada; en 1487 incrementó las sanciones por arrojar basuras en las calles y,

⁷² Suarez Álvarez, M. J. *La villa de Talavera y su tierra durante la Edad Media, 1369-1504*. Universidad de Oviedo. Departamento de Historia Medieval. 1982. Pp. 60.

⁷³ Leguay, J.P. Ob. cit. Pp. 56.

⁷⁴ Urgorri Casado, F. Ob. cit. Pp. 20. También se señala en la página siguiente que el muladar que llamaban entonces de la Puerta de Moros realmente correspondía al de Puerta Cerrada, y no se localizaba en la actual plaza de la Cebada, cuyo solar estuvo ocupado por un cementerio musulmán.

⁷⁵ Puñal Fernández, T. Ob. cit. Pp. 287 y 337.

⁷⁶ *Ibidem*. Pp. 446 y 530.

de nuevo, se tuvieron que acotar y señalar con estacones de madera los muladares que debían usar obligatoriamente los vecinos⁷⁷. A su vez, se continuaron subastando o arrendando los solares del interior de la Villa o de sus inmediaciones para fomentar su urbanización y evitar la formación de muladares clandestinos. Se daba la circunstancia que se habían llegado a crear basureros en los lugares más céntricos de la urbe medieval, como en el edificio arruinado que ocuparon las carnicerías viejas -en la parte trasera de la actual Casa de la Villa-, y que propició que en 1486 el Concejo se lo cediera al regidor Diego González de Madrid⁷⁸. La costumbre de arrendar o subastar solares para evitar muladares y contaminar las fuentes públicas fue frecuente hasta bien entrado el siglo XVI, como así recogen los Libros de Acuerdos del Concejo y otros datos que dio Urgorri Casado para los solares de las cavas y junto a las puertas de la muralla cristiana⁷⁹.

Hacer un cálculo aproximado del volumen de residuos que generaba la Villa al finalizar la Edad media es a todas luces imposible, pero podemos hacernos una idea de su magnitud si tenemos en cuenta que ya en 1494 se tuvieron que emplear cerca de 100 peones y 3.000 maravedís en limpiar el muladar que había junto a la puerta de Valnadú⁸⁰. En 1495 se obligó a los hortelanos a sacar el estiércol que precisaban para el abono de sus tierras, de los muladares existentes en la Puerta Cerrada, en la cava que iba a la Puerta de Valnadú, en el barranco de la izquierda de la Puerta de la Vega y en el de la referida de Valnadú, aunque tuvieran estiércol en sus propios muladares, bajo pena de entre 12 y 24 maravedís, según fuera carga -serón- o carreta. Un año después, se daba cuenta de la existencia de otros muladares públicos junto a las Puertas de Moros, Atocha, Santo Domingo y del Sol, y la pena por no tirar en ellos las

⁷⁷ Libros de Acuerdos del Concejo Madrileño. Tomo II. 1486-1492. Artes Gráficas Municipales. Madrid, 1970. Pp. 58, 70 y 71.

⁷⁸ Urgorri Casado, F. Ob. cit. Pp. 17.

⁷⁹ Libros de Acuerdos del Concejo Madrileño. Tomo IV. 1498-1501. Raycar S.A. Impresores. Madrid, 1982. Pp. 26, 61 y 67. Sobre la urbanización de las cavas y los entornos de las puertas de la muralla, Urgorri Casado, F. Ob. cit. Pp. 21, 42, 44.

⁸⁰ Libros de Acuerdos del Concejo Madrileño. Tomo III. 1493-1497. Raycar S.A. Impresores. Madrid, 1979. Pp. 77, 83 y 84.

basuras y residuos había ascendido a 100 maravedís, equiparándose su cuantía a la del resto de multas relacionadas con las infracciones de limpieza⁸¹.

Con todo, era tal el volumen de residuos que se generaba y los comportamientos de los vecinos tan poco decorosos que incluso aparecieron muladares clandestinos en lugares próximos a dependencias regias, como en los desmontes del Alcázar, lo que obligó al Concejo en 1499 a actuar rápidamente para evitarlo. Y no era para menos, el propio Concejo conocía los graves problemas de salubridad que estaban ocasionando algunos basureros en sus vecindarios colindantes, como el de la Puerta de Valnadú que obligó a su traslado más abajo del arroyo del Arenal. Sin embargo, con estas pocas medidas no se evitaba el riesgo de contagio de las enfermedades que podían provocar, así como los malos olores que generaban y el paisaje tan indecoroso que presentaban las puertas y caminos que accedían a la Villa. Aún así, el Concejo trató de tenerlos controlados y claramente localizados. En las ordenanzas de 1500 se prohibió explícitamente establecer muladares cerca de las eras o en solares del interior de la ciudad, ni a cuarenta pasos de sus cavas y muros. En adelante su ubicación tan sólo se permitió en los lugares escogidos por la Villa, claramente identificados con estacas altas como era costumbre, bajo pena a los infractores de 17 maravedís y de tener que recoger a su costa la basura o estiércol, impunemente arrojado en otros lugares prohibidos. Además, como debió ser muy grande el volumen de residuos que de continuo se arrojaban, en ocasiones se ordenó la limpieza integral de los muladares, función que con cargo al presupuesto municipal controlaba directamente el mayordomo del consistorio, como así ocurrió escasamente un año después con los muladares establecidos en las proximidades de las Puertas Cerrada y de Valnadú⁸².

⁸¹ Libros de Acuerdos del Concejo Madrileño. Tomo III. 1493-1497. Raycar S.A. Impresores. Madrid, 1979. Pp. 94, 161 y 214.

⁸² Ibídem. Tomo IV. 1498-1501. Raycar S.A. Impresores. Madrid, 1982. PP. 117, 140 y 313. A.V.M. Secretaría 2-309-21.

Todos estos esfuerzos por mantener la urbe limpia y adecentada se completaron con otras disposiciones que venían a racionalizar los usos del suelo y a evitar que las actividades consideradas contaminantes y molestas alterasen la convivencia. En este contexto se produjo el traslado de las tenerías, fraguas y herrerías a los arrabales y la construcción de nuevos mataderos en terrenos no estrictamente urbanos⁸³. Esta inquietud por trasladar estos establecimientos a zonas periurbanas no era nueva. Ya a mediados del siglo XV habían aparecido tenerías y el remojadero del pescado en las proximidades del arroyo del Arenal, frente al llamado barranco de Santa Catalina, y mataderos, tejares y pescaderías en las inmediaciones de la puerta Cerrada⁸⁴. La suciedad, los malos olores y los riesgos de contaminación que podían provocar en las fuentes cercanas, movieron al Concejo en repetidas ocasiones a obligar a sus propietarios a mantener limpios sus establecimientos y las fuentes cercanas⁸⁵. Finalmente, el desarrollo urbano de estas zonas de arrabal y las reiteradas quejas de los vecinos llevaron a los Reyes Católicos, por una Real Cédula del 14 de julio de 1490, a suprimir las tenerías y curtidos del entorno de la antigua Puerta de Valnadú, obligando a buena parte de sus artesanos a trasladarse a zonas más alejadas y menos pobladas de la urbe, como la plaza del Arrabal, la cuesta de San Lázaro, delante de la Puerta de la Vega, el Pozacho, junto a la actual calle de Segovia, y el arranque de la Ribera de Curtidores. Sin embargo, algunos de estos artesanos todavía mantuvieron durante no pocos años sus incómodas labores en estas zonas, en virtud de las repetidas prórrogas que concedía la municipalidad hasta que, en 1541, por mandato del rey, el corregidor de la Villa puso fin a estas actividades⁸⁶.

⁸³ Marín Perellón, F.J. Ob. cit. Pp. 18-31.

⁸⁴ Urgorri Casado, F. Ob. cit. Pp. 33 y 39.

⁸⁵ Burguete Ors, L. y Lorenzo Arribas, J. Ob. cit. Pp. 103.

⁸⁶ Urgorri Casado, F. Ob. cit. Pp. 61.

CAPÍTULO 2. LA LIMPIEZA EN MADRID DURANTE EL SIGLO XVI: LA CORTE SIN ORNATO.

Durante las primeras décadas del siglo XVI, nuevas medidas vinieron a completar los servicios de limpieza de la Villa, como la que estableció el Concejo en 1513, por la que obligaba a todos los vecinos a asumir los costes de la limpieza de las calles. En adelante, los vecinos no sólo debían costear la tercera parte de los empedrados, sino también, para alivio de las arcas municipales, sufragar los gastos del incipiente ramo de limpieza. A su vez, continuaron las limpiezas generales de la urbe bajo la observancia de los *fieles ejecutores* y se continuó apremiando a los vecinos de que mantuvieran el debido aseo de las vías públicas, junto a las pertenencias de sus casas, sobre todo, en el interior de la Villa vieja. A este respecto, en 1531 el corregidor Antonio Vázquez Cepeda trató sin mucho éxito que las calles de Madrid se repartieran entre los vecinos para que las barrieran y limpiaran, al tiempo que trató de que se sustanciara un cuerpo municipal que se encargase, de forma regular, del aseo de las calles⁸⁷. El Concejo de ordinario se encargaba de recordar a propios y extraños los bandos y preceptos que regulaban el aseo de la ciudad, venían a prevenir la contaminación de las fuentes públicas y evitar la formación de muladares ilegales; o como la prohibición, tan reiterada desde siglos atrás, de que no deambularan los cerdos por las calles, bajo la advertencia de la pertinente sanción.

El servicio de limpieza que realizaban los asentistas también se fue normalizando, aunque con la novedad de contar, desde 1515, con un nuevo carretón o chirrión tirado por mulas, que proporcionó la municipalidad, para que los mozos contratados por el asentista pudieran recoger con mayor celeridad la basura que se acumulaba en las calles y los albañales, y trasladarla en reiterados viajes hasta los muladares⁸⁸. No era para menos, todavía estaban muy presentes los estragos que

⁸⁷ Faraldo, F. y Ullrich, A. *Corregidores y alcaldes de Madrid (1219-1906)*. Madrid, 1906. Pp. 21.

⁸⁸ Libros de Acuerdos del Concejo Madrileño. Tomo V. 1502-1515. Raycar S.A. Impresores. Madrid, 1987. Pp. 188, 189, 237, 253, 288 y 379.

había causado la peste de 1507, y ya, entonces, se empezaba a establecer una clara relación entre la enfermedad y la falta de higiene de las calles⁸⁹.

Otras medidas del Concejo vinieron a continuar las ya iniciadas a finales del siglo precedente, como las de ir trasladando a la periferia de la urbe las actividades artesanales y comerciales contaminantes, peligrosas y molestas. Por estos años los regidores mandaron trasladar las herrerías, caldererías y cerrajerías a unas casas que había mandado labrar en el lugar llamado “*laguna de Puerta Cerrada*”, próximas a un matadero y al muladar, a cuyo entorno también se fueron trasladando las fraguas⁹⁰. El interés municipal por racionalizar los usos urbanos no se debía exclusivamente a necesidades higiénicas o de seguridad, sino también, y en gran medida, al extraordinario crecimiento urbano que se estaba produciendo en la urbe, hasta el punto de quedarse prácticamente sin solares edificables en el interior de la Villa y en buena parte de los arrabales⁹¹. Y es que desde comienzos de la década de 1510 Madrid conoció una ferviente actividad urbanizadora que se localizó fundamentalmente en los arrabales y en las cavas de la antigua muralla. Así entre 1510 y 1512 se edificaron numerosos solares de la acera llamada de la *Panadería*, de la Cava de San Miguel y el frente de la Puerta Cerrada; en 1521 ya se encontraba edificado el interior de las cavas; diez años después se poblaron los solares exteriores de la Cava Baja, cuya urbanización había iniciada la célebre Beatriz Galindo a comienzos del siglo, cuando llevo a cabo la fundación del Hospital de la Latina; y en 1535 comenzaron a otorgarse solares para su edificación en el entrono del Convento de San Francisco, como continuación de las edificaciones próximas a la antigua puerta de Moros⁹².

⁸⁹ Corral, J. del. *La vida cotidiana en el Madrid del siglo XVI*. Madrid, 2002. Pp. 46.

⁹⁰ Urgorri Casado, F. “El ensanche de Madrid en tiempos de Enrique IV y Juan II. La urbanización de las Cavas”. *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo*. Año XXIII, enero de 1954, número 67. Pp. 42-44.

⁹¹ Marín Perellón, F. “El Madrid medieval, desde el siglo IX hasta 1535”, en Pinto Crespo, V. y Madrazo Madrazo, S. (dir). *Madrid, Atlas Histórico de la Ciudad, siglos IX-XIX*. Lunwerg Editores. Madrid, 1995. Pp. 15-31.

⁹² Urgorri Casado F. Ob. cit. pp. 10, 23. La ocupación del espacio urbano con detalle en Marín Perellón, F. La forma de la Villa de Madrid.

La actividad urbanizadora en los arrabales se complementó con el nuevo empedrado de sus calles, como el del camino al Convento de San Francisco que se realizó en torno a 1513, y debió de servir de infraestructura previa a la urbanización de la zona, como mostraba la preocupación de los regidores por mantenerlo aseado⁹³. En 1522 se empedró buena parte de la calle del Arenal y un año después la calle que bajaba desde la puerta de Santo Domingo hasta Santa Catalina de los Donados⁹⁴. También, se continuaron empedrando plazas y calles de la Villa vieja, como el de la nueva plaza que surgió en 1535 al norte de la antigua Puerta de Valnadú; las calles aledañas a la Parroquia de Santa María de la Almudena en dirección al Alcázar y la Puerta de la Vega; en 1542 se pavimento la calle Mayor desde el arco de Santa María, que fue derribado en 1544 para facilitar el tránsito hasta la Puerta de Guadalajara; y en 1547 la plaza delantera de la Capilla del Obispo, o lo que es lo mismo, parte de la actual plaza de la Paja⁹⁵.

Para complementar los nuevos empedrados y dar cauce ordenado a las aguas de lluvia y sobrantes de usos domésticos se realizaron nuevos albañales, como el que en 1515 vino a evitar que se acumulara el agua en la Puerta Cerrada al ser trasladadas, a zonas alejadas de las cavas, las fraguas, herrerías y cerrajerías⁹⁶. Si bien, en una urbe que rebasada la década de 1530 se aproximaba a los 10.000 habitantes y contaba una extensión de más de 70 hectáreas de superficie, la construcción de estos albañales y las canalizaciones que debían verter a ellos, desde las casas y cocinas, no debieron de ser los más adecuados⁹⁷. Todo ello a pesar que desde marzo de 1530, el Consejo Real

⁹³ Libros de Acuerdos del Concejo Madrileño. Tomo V. 1502-1515. Raycar S.A. Impresores. Madrid, 1987. Pp. 237.

⁹⁴ Libros de Acuerdos del Concejo Madrileño. Tomo II. 1486-1492. Artes Gráficas Municipales. Madrid, 1970. Pp. LIX.

⁹⁵ Sobre la formación de la plaza delantera a la Puerta de Valnadú, plaza que se correspondería en la actualidad con el solar que ocupa el parte de la plaza de Isabel II y el Teatro Real, y los empedrados de la delantera de la Capilla del Obispo en Urgorri Casado, F. Ob. cit. Pp. 45, 49 y 55. Sobre la pavimentación de las calles inmediatas a la parroquia de Santa María y de la calle Mayor hasta la Puerta de Guadalajara en Gerard, V. *De castillo a palacio. El Alcázar de Madrid en el siglo XVI*. Xarait Ediciones. Madrid, 1984. Pp. 121-122.

⁹⁶ Libros de Acuerdos del Concejo Madrileño. Tomo V. 1502-1515. Raycar S.A. Impresores. Madrid, 1987. Pp. 375.

⁹⁷ El dato de la población de Madrid en 1530 ha sido tomado de Hernán Elvira, J.L. "El preludio de la capitalidad", en Pinto Crespo, V. (dir.). *El Madrid militar. I. Ejército y ciudad (850-1815)*. Ministerio de

confirmara las ordenanzas de la Villa que venían a obligar a los dueños de las casas a construir sumideros o evacuatorios o albañales particulares, a través de los que desaguar sus aguas sobrantes de los usos domésticos⁹⁸. Sin embargo, su ubicación en fachadas, medianerías y otros lugares no siempre se ajustaron a las normas de buena vecindad y a la finalidad de asear las calles, como ponen de relieve las sanciones que imponía la municipalidad por su uso indebido y las reiteradas quejas de los vecinos, que llegaron incluso a acabar en largos pleitos y litigios. Este fue el caso de Alonso Cornejo, *contino* del rey, que demandó en 1553 a su vecino Francisco Rodríguez porque cerró un albañal que estaba entre las casas de ambos; o el de Andrés de Ribera que en 1556 litigaba contra Domingo de Olabarría, criado del príncipe Felipe, porque en sus casas recibía las aguas sucias de su albañal⁹⁹.

2.1. El otro impacto de la Corte: las dificultades por preservar la limpieza y el ornato de las calles.

Cuando en 1561 Felipe II estableció la Corte en Madrid, la urbe que aproximadamente tenía una extensión de 80 hectáreas de superficie y una población cercana a las 20.000 personas, se tenía por una de las ciudades más salubres de la Corona de Castilla. Numerosos cronistas y escritores así lo relataron en sus libros, como fue el caso de Gonzalo Fernández de Oviedo que a través de sus obras genealógicas describió la ciudad de finales del siglo XV, con un clima templado, con vientos suaves y poco nuboso, con buenas y abundantes aguas, y provista a su alrededor de buenas tierras, cultivos, pastos y hermosos parajes naturales. En esta misma línea, se encuadran los escritos que en época coetánea al primer periodo que estuvo la corte en Madrid legó el cronista y catedrático Juan López de Hoyos o el insigne Pedro de Medina; o las que todavía en el siglo XVII se empeñaron en transmitir

Defensa. Madrid, 2004. Pp. 111-135. El dato sobre la extensión de Madrid en 1530 ha sido tomado de Marín Perellón, F. Ob. cit. Pp. 15-31.

⁹⁸ Millares Carlo, A. *Contribuciones documentales a la Historia de Madrid*. Madrid, 1971. Pp. 170.

⁹⁹ A.G.S. Consejo de Castilla, leg. 742, 6; y en A.R.CH.V. Registro de ejecutorias, caja 871, 25.

Francisco de Pereda o cronistas y eruditos consagrados como Jerónimo de la Quintana y Gil González Dávila. Hubo, no obstante, escritores menos conocidos como Lope Deza y Juan de Xerez, que a mediados del seiscientos y al igual que los escritores anteriores, en un manuscrito inédito que se conserva en la Biblioteca Nacional con el título *Razón de Corte*, justificaron las razones por las que Madrid se había convertido en sede de la corte, y entre la que no faltaban las bondades de su clima y situación geográfica¹⁰⁰.

Pero quizá lo que querían indicar estos autores de forma tan hiperbólica era que el solar de la Villa, convertida en Corte de la Monarquía, pese a los muchos inconvenientes y perjuicios demográficos, sociales, urbanos, higiénicos y de orden público que esta dignidad provocó en la vieja villa medieval, reunía, sin embargo, unas condiciones naturales muy ventajosas y un emplazamiento excepcional para servir de residencia al rey y al gobierno de la monarquía. Estos escritos dan la impresión de querer transmitir que la Villa del Manzanares, bendecida según ellos por extraordinarias condiciones naturales, estaría preparada para soportar lo que se le viniera encima.

Esta opinión también fue compartida por algunos médicos y hombres de ciencia de aquella época, incluso llegaron a esgrimir que era *tan sutil* y puro el aire que se respiraba en la ciudad, que podría dañar la salud y originar enfermedad, razón por la que no consideraban una aberración sanitaria que ese aire *tan sutil* se *engordara* o perdiera parte de su pureza a través de las exhalaciones de los vapores que de continuo emanaban las aguas pútridas y hediondas, y las basuras e inmundicias que abundaban en las calles. Pero además, destacaban sobremanera el papel que jugaban

¹⁰⁰ Fernández de Oviedo, G. *Quincuagenas de la Nobleza de España*. Ed. Facsimilar. Real Academia de la Historia. Madrid, 1880. López de Hoyos, J. *Real aparato, y sumptuoso recebimiento con que Madrid (como casa y morada de su Majestad) rescibió a la Sereníssima reyna Ana de Austria*. Madrid, 1572. Medina, P. de *Libro de grandezas y cosas memorables de España. Agora nuevo fecho y recopilado por el Maestro Pedro de Medina vezino de Sevilla*. Sevilla, Dominico de Robertis, 1548. Ed. Facsímil del Instituto de España, Madrid, 1994. Pereda, F. de. *Libro intitulado la Patrona de Madrid y venidas de Nuestra Señora a España*. Valladolid, Sebastián de Cañas, 1604. Quintana, J. de la. *A la muy Antigua, Noble y Coronada Villa de Madrid. Historia de su antigüedad, nobleza y grandeza*. Madrid, 1629. González Dávila, G. *Teatro de las Grandezas de la Villa de Madrid, Corte de los Reyes Católicos de España*. Madrid. Tomas Iunti. 1623. El Manuscrito de López Deza y Juan de Xerez se encuentra la Biblioteca Nacional de España Mss/909, y se conserva una copia impresa con signatura 9/222404.

las sales de tártaro o las sales vegetales provenientes de azúcares que se desprendían de los propios residuos en putrefacción o de los restos orgánicos, pues provocaban una descomposición lenta y no tan corrosiva en carnes y animales muertos, con lo que no perjudicaban tanto la salud de las personas, y aplacaban el hedor de la propia descomposición. Entonces, en Europa no eran pocos los médicos que sostenían que la orina y los excrementos contenían algunos beneficios terapéuticos, siendo conocidos por casi todos ellos los casos de curaciones que narró Herodoto; o las curaciones que más gráficamente atribuyó Plinio a la orina en su conocida Historia Natural, seguida posteriormente por los médicos medievales¹⁰¹. Del mismo modo, se consideraba que los excrementos eran beneficiosos para algunas patologías y, sobre todo, se valoraban positivamente sus propiedades para combatir el envejecimiento. No fueron pocos los tratados y disertaciones médicas que se hicieron al respecto como, por ejemplo, la publicada en el siglo XVI con el título *“De excrementis, De egestionibus, Disertatio de expulsione et retentione excrementorum”*; o la que se editó en 1693 bajo la denominación de *“Dissertatio de utilitate inspiciendorum ut signorum”*; o, entre otras, las más célebres de la primera mitad del siglo XVIII tituladas *“Dissertatio de medicina stercoraria”* (1700) y *“Chylogologia historicomedica”* (1725 y 1750)¹⁰².

En 1689, Giovanbattista Giovannini, natural de Milán, que había sido médico y cirujano de Juan de Austria, hermano del rey Carlos II, y que fue conocido en España como Juan Bautista Juanini, publicó una disertación o discurso técnico desmontando científicamente estas consideraciones que se tenían por ciertas. Fue taxativo al afirmar que los excesos de basuras y excrementos en las calles, junto a la falta de medios y medidas higiénicas, provocaban todo lo contrario, un cúmulo de enfermedades, verdaderos estragos en la salud y propiciaban una acusada mortalidad. También argumentaba Juanini que en Madrid era tan elevado el exceso de sales volátiles y en fermentación, que habitualmente ennegrecían la plata, provocando moho en toda clase de hierros y herrajes, y hasta contribuían al nacimiento de plantas y hierbas en

¹⁰¹ Menéndez Pidal, G. *La España del siglo XIII. Leída en imágenes*. Madrid, 1986. Pp. 160.

¹⁰² Laporte, D. *History of shit*. Cambridge (Massachusetts), 2002. Pp. 100-106. También en Gregory Bourke, J. *Escatología y civilización: los excrementos y su presencia en las costumbres, usos y creencias de los pueblos*. Círculo Latino S.L. Editorial. Barcelona, 2005.

los tejados de las casas¹⁰³. Juanini ha sido considerado como uno de los renovadores de la medicina moderna y uno de los precursores de la defensa de la salud pública, si bien, en el contexto en el que se publicó su disertación, fue tildado despectivamente de “*novator*”, un científico engreído que pretendía cambiar los paradigmas establecidos. Sus estudios, como los de otros médicos de la época, fueron fundamentales para transformar la medicina convencional y posibilitar el notable desarrollo científico que se produciría durante el siglo XVIII, bajo los nuevos presupuestos de la Ilustración¹⁰⁴.

A Juanini no le faltaba razón. Desde finales de la Edad Media la higiene y la limpieza de la urbe se había convertido en uno de los principales caballos de batalla de la municipalidad, con lo que el establecimiento de la corte y la sedentarización del gobierno de la monarquía en la Villa, iban a complicar todavía más las cosas en materia de higiene y salubridad. Esto se debió fundamentalmente a que Madrid pasó en muy poco tiempo a convertirse en una de las ciudades más populosas y dinámicas de Europa, pero no contó por parte de las autoridades con una respuesta proporcionada en tiempo y forma a las necesidades reales que precisaba la nueva escala de la urbe, con el consiguiente despliegue de medios técnicos, humanos y económicos adecuados para acometer no ya con eficacia, sino discretamente las tareas de limpieza, los empedrados, la evacuación de residuos, e incluso la construcción temprana de alcantarillas para la evacuación de lodos, de aguas pluviales, sobrantes del riego y de los usos domésticos. Fue tan acelerado el crecimiento de la villa que apenas 20 años después de la llegada de la corte la población había aumentado a 40.000 habitantes, y

¹⁰³ Juanini, Juan Bautista. *Discurso político, y físico, que muestra los movimientos, y efectos, que produce la fermentación, y materias nitrosas en los cuerpos sublunares, y benignas influencias, que goza el ambiente de esta Imperial Villa de Madrid, de que resultan las frecuentes muertes repentinas, breves y agudas enfermedades, que se han declarado en esta Corte de cincuenta años a esta parte*. Madrid, Antonio González de Reyes, 1679. La traducción francesa se publicó en Toulouse, 1685, y la segunda edición castellana en Madrid, en la Imprenta Real por Mateo Llanos Guzmán, en 1689. Un estudio comentado de la disertación de Juanini ya la hizo en 1982 el Ingeniero de Caminos Fernando Mínguez Izaguirre, en una obra no publicada titulada “Breve relación de los más importantes sucesos acontecidos en Madrid, cercanos a la Ingeniería Sanitaria”.

¹⁰⁴ Jori, G. *Salud pública e higiene urbana en España durante el siglo XVIII. Una perspectiva geográfica*. Tesis doctoral dirigida por el Dr. Horacio Capel Sáez, y leída en la facultad de Geografía e Historia, de la Universidad de Barcelona. Barcelona, 2012. Pp. 201-234. Sobre las contribuciones de Juanini Pp. 234-243.

cuando en 1598 murió Felipe II superaba los 90.000. Por motivaciones semejantes, el desarrollo urbano fue también vertiginoso al pasar la ciudad, en apenas los mismos cuarenta años, a tener una superficie urbana de 282 hectáreas, o lo que es lo mismo, multiplicar por tres veces y media su extensión¹⁰⁵.

Como era previsible, la llegada de la corte a Madrid alteró profundamente la forma de vida y las dimensiones de la vieja villa del Manzanares, provocando en un corto periodo de tiempo una transformación que afectó a todos los ámbitos de la urbe, ya fueran demográficos, sociales, económicos, culturales, y, desde luego, la limpieza y la evacuación de residuos no fueron una excepción. En adelante, el volumen de basuras, inmundicias y lodos que se generaban en la regia urbe fue proporcional al de su población y extensión urbana. Un problema prácticamente irresoluble de tintes endémicos, pese a los ingentes esfuerzos que hizo el Concejo para conseguir el aseo y ornato de la Villa. Apenas transcurridos tres meses desde la llegada de la corte, el aspecto de las calles era francamente desolador. El 12 de septiembre de 1561 en sesión plenaria del Concejo, el teniente del corregidor daba cuenta de que había mandado limpiarlas, incluso él mismo había tomado bajo su control los dos carros que debían efectuar la limpieza, pero se quejaba de pagarlo de su costa, porque repartir su coste entre los vecinos ocasionaba no pocas quejas y agravios. Proponía, en consecuencia, que además de los dos chirriones o carros con que contaba la municipalidad, se dispusiera de otros dos para acometer una limpieza más exhaustiva, antes de que se adentrara el invierno y la porquería acumulada en las calles diera lugar a la formación de lodos y barro. En la misma sesión el regidor Álvaro de Mena compartió las observaciones del teniente, pero advertía que no se podía perder tiempo si se quería disponer de más carros, ya que entrado el otoño serían muy caros, puesto que si llovía sus dueños los debían de emplear en la sementera. Por su parte, el regidor Diego de Vargas responsabilizaba del mal aspecto y la fetidez que presentaban las calles a los usos indiscriminados que se hacía de los albañales, en principio orientados a recoger aguas de lluvia y sobrantes de usos domésticos, pero por los que

¹⁰⁵ Marín Perellón, F. "La configuración de centro y periferia", en Pinto Crespo, V. y Madrazo Madrazo, S. (dir). *Madrid, Atlas Histórico de la Ciudad, siglos IX-XIX*. Lunwerk Editores. Madrid, 1995. Pp. 88-93.

se evacuaban todo tipo de aguas inmundas y de cocinas, pese a las reiteradas órdenes que sobre su uso había dado el Consejo de Castilla¹⁰⁶.

Tal y como dijera el regidor Vargas, era de tan “*gran vergüenza*” el estado de la Corte, que el Consejo de Castilla trató entonces de poner remedio a la situación y ordenó que al frente de las tareas de limpieza se situara un regidor del Concejo madrileño. En adelante se encargaría de controlar y distribuir el trabajo de las tres o cuatro cuadrillas de limpieza con las que contaría la municipalidad para hacer desaparecer las brozas, lodos, desperdicios y basuras de las calles. A su vez, estas cuadrillas, con sus correspondientes carros, mulas y mozos, estarían cada una de ellas bajo el mando y el celo de un sobrestante -capataz o encargado-, que fue realmente quien a pie de calle hacía trabajar a mozos y carros¹⁰⁷. Seguidamente, se dieron órdenes para que se continuaran empedrando las calles, requisito considerado fundamental para hacer más eficaces las labores de limpieza y disponer la evacuación de las aguas por los nuevos albañales. Así, en 1563 el Concejo comisionó al portero Ayllón y a Pedro de Porras a que fueran a buscar empedradores a Alcalá de Henares, Guadalajara y Toledo. Sin embargo, poco se pudo hacer. La escasez de recursos económicos de la Villa y los fallidos intentos de repartir el coste de estas mejoras entre los vecinos y comerciantes, frustraron estas disposiciones. De hecho, la tentativa de establecer los repartimientos no era nueva, ya en 1531 el corregidor Antonio Vázquez de Cepeda lo había intentado sin éxito, y en esta ocasión también se fracasó por la oposición que mostró el diputado de los mercaderes y tratantes, argumentando que las labores de limpieza eran competencia exclusiva del Concejo¹⁰⁸. En consecuencia, Madrid tuvo que seguir afrontado con cargo al estrecho presupuesto municipal las labores de limpieza, los empedrados y otros gastos afines, junto a los consabidos mecanismos coactivos como eran las multas o como se decía entonces “*sacar prendas*

¹⁰⁶ Alvar Ezquerra, A. (dir). “Clima, técnica y poderes. Madrid 1561-1598”, en *Revista de Historia Moderna*. C.S.I.C., Madrid, 2005. Pp. 137-138.

¹⁰⁷ A.V.M. Secretaría 1-1-68. En el expediente con fecha de 6 de noviembre de 1606 se da cuenta de los medios que se usaron para la limpieza tras la llegada de la corte.

¹⁰⁸ Aragón Ramírez, C. y Prieto Palomo, T. “La limpieza de una ciudad en la época preindustrial: Madrid (1561-1600)”, en *Torre de los Lujanes. Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País*. Madrid, 3º y 4º Trimestre, 1996. Pp. 175-188.

a los vecinos". Este sistema sancionador se había empleado con frecuencia en el periodo medieval y las multas, ya entonces, fueron muy onerosas para los vecinos. Pero ahora se aprovechó el extraordinario proceso urbanizador de la urbe para hacerlas extensivas a no pocos vecinos, recién llegados, alarifes, comerciantes y artesanos que dejaban a total discrecionalidad en la calle basuras, aguas sucias, escombros, materiales de construcción, áridos y todo tipo de desechos y desperdicios. Fue tan habitual esta falta que como castigo no sólo se obligaba a los dueños de las casas, comerciantes y artesanos a retirarlos de la vía pública, sino que las sanciones que sufrían permitieron mantener a duras penas los nueve carros de basuras que entonces dedicaba la municipalidad para estas funciones, además de recaudar dineros que servían para cubrir buena parte de los gastos de personal del ramo¹⁰⁹. Claro que con medios humanos y económicos tan exigüos, y con un sistema de limpieza en absoluto normalizado, a duras penas se podía mantener el aseo de una ciudad que estaba experimentando un fuerte desarrollo urbano y demográfico. En 1563 en Madrid ya había 2.520 casas y cerca de 14. 000 habitantes¹¹⁰. Se empezaban a encarar entonces las enormes dificultades para el buen gobierno de la nueva ciudad cortesana.

Dos años después, el Consejo de Castilla decidió controlar más decididamente el aseo de las calles y le encomendó la limpieza de la Villa a uno de sus propios consejeros, al licenciado Villagómez, con lo que el Concejo madrileño tuvo que asumir un tutelaje creciente en materia de limpiezas de este alto funcionario del rey y del gobierno de la monarquía. Bajo su control se trataron de limpiar las calles con la determinación de no defraudar las expectativas puestas en su celo y poder demostrar su lealtad de servicio a la Corona. Lo que se vino a traducir, desde el 15 de junio de 1565, en dividir la ciudad en ocho cuarteles o distritos urbanos de limpieza,

¹⁰⁹ A.V.M. Secretaría 1-1-68.

¹¹⁰ Iñiguez Almech, F. "Juan de Herrera y las reformas en el Madrid de Felipe II", en *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo*. Año XIX, año 1950, número 59 y 60. Pp. 3.

dependiente cada uno de ellos de un regidor que vigilaría y velaría por su limpieza¹¹¹. Estos cuarteles fueron los siguientes¹¹²:

- Desde la Puerta de Guadalajara, por la calle de Santiago y calle del Sr. Pedro de Herrera, a San Juan y a Palacio; y desde la Puerta de Valnadú hasta la cerca de la ciudad. Quedó al cargo del regidor Pedro de Ribera.
- Desde Puerta Cerrada al Arco de Santa María, y todo lo que comprende hasta la calle que va de la Puerta de Guadalajara a Palacio. Quedó al cargo del regidor Francisco Herrera.
- Desde el Arco de Santa María a la Puerta Cerrada, a la mano derecha, todo lo que está cercado de la Villa hasta la Puerta de Moros. Quedó al cargo del regidor Diego de Vargas.
- Desde la salida de la Puerta de Valnadú, donde estaban las fuentes de la calle del Arenal hacia delante, por detrás de las casas de Doña María de Aragón hasta la Puerta del Sol, la calle de San Luis, todo lo que quedaba hasta la parroquia de San Martín y Puerta de Santo Domingo. Quedó al cargo del contador Peralta.
- Saliendo por la Puerta de Guadalajara por la calle Mayor a la Puerta del Sol, por la carrera de San Jerónimo y la calle del Príncipe, que va hasta la calle de Pedro Díaz Laso, y, desde ésta, por la calle derecha, por el horno de ladrillo de Juan Alonso, incluyendo toda la zona que hay hasta la calle del Arenal. Quedó al cargo del regidor Pedro Herrera.

¹¹¹ El 15 de junio de 1565 el Concejo acordó dividir la ciudad en ocho cuarteles. El dato se ha tomado de Blasco Esquivias, B. *¡Agua va! La higiene urbana en Madrid (1561-1761)*. Madrid, Caja Madrid, 1998. Pp. 22-25.

¹¹² García Pérez, R. "Descripción Topográfica de Madrid en el siglo XVI", en *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo*. Año XIX, año VI, número 13 (1927). Pp. 85-88.

- La plaza Mayor y la plaza de Santa Cruz, calle de Toledo, y toda la zona que había hasta la calle Mayor y calle del Príncipe, que va a dar a la casa de Pedro Díaz Laso y el horno de ladrillo de Juan Alonso. Quedó al cargo del regidor Jerónimo de Pisa.

- Saliendo por la Puerta Cerrada, por la calle de Toledo y por la calle de los Teatinos hasta el Hospital de Antón Martín, incluyendo todas las calles que hay hasta la plaza Mayor y calle de Atocha, y entrando por la Cava de San Miguel. Quedó al cargo del regidor Álvaro de Mena.

- Desde la mitad de la calle de Toledo, a la altura de la esquina de la casa del pintor Villa Real, por la calle del carretero Diego Sánchez, a dar en casa de Juan Caballero, con todas las calles que quedan a la izquierda, hasta la calle que va de los Teatinos al Hospital de Antón Martín. Quedó al cargo del regidor Lorenzo de Vargas.

- Desde la casa de Francisco de Rojas en la calle de Toledo, y casa de Pinedo, y el matadero de la Villa, a mano derecha hasta la puerta del Convento de San Francisco y Puerta de Moros, y la calle de San Francisco y Puerta de Cerrada. Quedó al cargo del regidor Pedro de Ludeña.

La creación de estos cuarteles implicó, al mismo tiempo, reubicar los muladares de la Villa donde los carros debían verter las basuras y residuos, ya que al encontrarse buena parte de ellos en solares de los antiguos arrabales medievales, acabaron por clausurarse para su posterior edificación. En adelante, los nuevos muladares se situaron en parajes más alejados de la urbe, en concreto se establecieron en las inmediaciones del arroyo de San Jerónimo, en el Prado, a las afueras de la Puerta de la Vega y en los barrancos próximos a las cuestas de Toledo y de Lavapiés.

La descripción y localización de estos cuarteles no debe dejarnos indiferentes, pues mientras que tres de ellos se corresponderían con el recinto urbano que había ocupado la Villa Vieja, lugar en el que, por otra parte, habían establecido sus residencias notables cortesanos, altos funcionarios de la administración y del gobierno; los cinco restantes abarcaban prácticamente todas las zonas de arrabal y de reciente expansión de la urbe, como, también, se puede observar en la forma que se tenía de identificar las calles, muchas de ellas carentes de nombre oficial y conocidas popularmente por la existencia en ellas de conventos, hospitales, casas de vecinos u obradores. Pero además, tal y como había ocurrido en el periodo medieval, la limpieza fue mucho más asidua y copiosa en las zonas céntricas y aledañas a la posesión regia, en las que vivían destacados cortesanos o en los lugares donde concurrían el gentío, que en las zonas de arrabal. Así se desprende de las libranzas y pagos que efectuó el Concejo durante el mes de enero del referido año, por un monto total de 206.715 reales, por diversas tareas realizadas por el sobrestante Pero ó Pedro López. Al frente de una cuadrilla de carros, mulas y peones, se encargó en repetidas ocasiones del allanamiento de la Puerta de la Vega, de la limpieza de las calles que iban desde la Iglesia de San Juan al Alcázar o por barrer la delantera de dicho Palacio; mientras que al alguacil Pedro de Lobera se le satisfacían los honorarios por limpiar la calle desde la delantera de la casa del gobernador del Consejo de Castilla, que se encontraba en la bajada hacia el Alcázar, o por *“hacer paso desde la iglesia de San Juan hasta Palacio”*¹¹³.

La limpieza de estos cuarteles la realizaban los chirriones de la villa con sus respectivos sobrestantes y mozos, pero las zonas más céntricas y comerciales de la urbe, al estar más concurridas de gente, oficios, comercios, carruajes y caballerías, precisó de intervenciones más decididas. Al igual que en el periodo precedente se fue generalizando la práctica de sacar a pública subasta o contrata, en principio de manera individualizada, la limpieza de algunas calles y plazas, como fue el caso de la plaza del Arrabal y de las calles Mayor, de Platerías, Panadería, Herrería y la Cava¹¹⁴. Estas

¹¹³ A.V.M. Secretaría 1-1-74.

¹¹⁴ A.V.M. Secretaría 1-1-68.

contratas conocidas entonces como “*obligaciones de limpieza*” se mantuvieron con algunas modificaciones prácticamente hasta finalizar el Antiguo Régimen. Las *obligaciones* se materializaban mediante subasta pública del servicio de limpieza de una calle determinada o cuartel entre los postores que se presentaban. En dicha subasta se debía pujar siempre a precios más bajos del ofertado por la municipalidad, hasta quedar adjudicada al postor que remataba la puja al precio más bajo. La formalización de estas *obligaciones* se realizaba a través de un contrato o escritura pública entre el Concejo y el adjudicatario, donde quedaban recogidas las condiciones, requisitos y obligaciones que se le exigían para el correcto desempeño del servicio, al precio del remate final ofertado en la puja, que cubría el coste y su beneficio marginal por el servicio diario de un carro con sus mulas y mozos. En el caso de incumplimiento de la obligación, y a pesar de que normalmente se pedían avales o garantías económicas en la formalización de la contrata, al *obligado* se le sancionaba con multas por descuidar sus tareas, y hasta le podían confiscar los bienes e incurrir en un delito que llevaba aparejada la pena de prisión. En el caso de fallecimiento, su viuda, hijos u otros herederos debían continuar con la referida obligación hasta la conclusión del plazo estipulado. Sin embargo, las reiteradas modificaciones de las dimensiones y límites de los cuarteles, junto a las continuas quejas de los regidores que se dieron en los años posteriores, impidieron que la limpieza se realizara con la eficacia deseada¹¹⁵.

Otro de las medidas que desde el Consejo de Castilla se trató de impulsar fue la de continuar con los empedrados. En adelante, con la llegada del buen tiempo y el cese de la época de lluvias, el Concejo nombraría a dos regidores o comisarios de los empedrados con el encargo de visitar las calles que se debían empedrar. Realizada la visita daban cuenta de las que se necesitaban empedrar por primera vez, volver a empedrar o reparar. Previamente a su empedrado se contrataban los servicios de un alarife o maestro empedrador y de un secretario que levantaba acta de las mediciones y del número de casas y vecinos que había en la calle a empedrar. Una vez empedrada se procedía al abono de su coste por el llamado sistema de repartimientos, igual que en el periodo medieval, mediante el que obligatoriamente los dueños de las casas

¹¹⁵ Aragón Ramírez, C. y Prieto Palomo, T. Ob. cit. Pp. 178.

debían satisfacer el coste de empedrar las dos aceras o pertenencias de sus casas, y el municipio hacerse cargo de la calzada central o de las zonas céntricas de las plazas. En suma, la tercera parte del coste lo asumían los vecinos mientras que las dos terceras partes restantes se sufragaban con cargo a lo que sobraba de las rentas municipales o en su defecto con los efectos de las sisas -impuestos de carácter local que afectaban a diversos consumos, abastos o bienes-. Para verificar y hacer efectivos los cobros de los repartimientos el corregidor nombraba a un portero del Concejo. Aún así, estos repartimientos no estuvieron exentos de quejas y reclamaciones, por lo que se acabó disponiendo que los dueños de las casas se personasen en las calles que iban a ser medidas por los alarifes y así verificar personalmente la distribución de los repartimientos¹¹⁶. Con este sistema se regularizaron y empedraron la delantera del Palacio –plaza de la Armería-, la calle de San Juan y parte de la Cuesta de la Vega (1565), la Cava de San Miguel (1567), la calle que iba desde la plazuela del Salvador al Arco de Santa María y buena parte de las calles que comprendieron el itinerario de la entrada real en Madrid de Ana de Austria para tomar matrimonio con Felipe II en 1570¹¹⁷.

Al margen de estas actuaciones en los alrededores del Alcázar, en las zonas más concurridas por cortesanos y funcionarios, y en los itinerarios urbanos que frecuentemente usaban los personajes regios, el aparente ornato de la Corte se desvanecía con el aspecto que presentaban la generalidad de las calles. El mismo año de 1570, poco después de la solemne entrada de Ana de Austria en Madrid, uno de los cortesanos de su séquito, llamado Wyts, no tuvo reparos en afirmar categóricamente *“tengo a esta Villa de Madrid por la más sucia y puerca de todas las de España”*. Esta suciedad la achacaba a las constantes bacinadas de aguas sucias que arrojaban los vecinos indiscriminadamente a las calles, más aún a partir de las diez de la noche; a los lodazales que se creaban con la mezcolanza de residuos y aguas de todas clases que se vertían por los albañales de las casas, y, tan fétidas y corrompidas debían estar, que no

¹¹⁶ A.V.M. Secretaría 1-1-68.

¹¹⁷ Sobre el empedrado de estas calles Alvar Ezquerro, A. Ob. cit. Pp. 138 y 140; Lopezosa Aparicio, C. *El Paseo del Prado de Madrid. Arquitectura y desarrollo urbano en los siglos XVII y XVIII*. Fundación de Apoyo a la Historia del Arte Hispánico. Madrid, 2002. Pp. 35 y 36. Urgorri Casado, F. Ob. cit. Pp. 40.

se podía pasear por ellas puesto que los “zapatos se ponen negros, rojos y quemados”¹¹⁸. No le faltaba razón, además de los comportamientos indecorosos de los vecinos y a la falta de medios eficaces de recogida de residuos, se añadía una maraña creciente de conductos o albañales particulares producto de la creciente densidad demográfica de la corte, que desde las casas permitían evacuar a las calles todo tipo de aguas sucias, sin siquiera haberse establecido una correcta reglamentación y vigilancia. Prueba de ello son los numerosos pleitos que se dieron entre los propios vecinos que se sintieron perjudicados por los vertidos de estos albañales. Por ejemplo, en 1566 la Real Chancillería de Valladolid daba ejecutoria del pleito litigado por Andrés Ribera contra Domingo de Olabarría porque había construido un albañal que vertía las aguas sobre su casa¹¹⁹. Un año después, el mismo tribunal daba cumplida satisfacción a los vecinos Diego Meneses y Ana María de Valencia para que se paralizara la construcción de un albañal junto a la pared de su casa¹²⁰. En 1573 se dio otra ejecutoria favorable al sastre Francisco Sutil porque el pastelero Gil Pérez había hecho dos albañales que vertían en su huerta, y, entre otros, en 1581 se obligaba a Catalina López a clausurar un albañal que ocasionaba perjuicios a Alonso de Montufar¹²¹. Estos comportamientos tan poco cívicos no eran exclusivos de los madrileños y en el mismo periodo los pleitos, demandas y reclamaciones por los perjuicios que ocasionaban los vertidos de aguas sucias desde albañales o ventanas, arrojar basuras en corrales, calles, delanteras de casas y la ubicación inapropiada de letrinas, se repitieron con frecuencia en ciudades de importancia como Segovia, Burgos, Soria, Salamanca, Ávila, Ciudad Rodrigo y Salamanca, y también en otras villas y pueblos de cierta entidad como Béjar y Valdemoro¹²².

La humedad de las calles, a todas luces perjudicial para los nuevos empedrados que se estaban ejecutando, llegaba a ser tan excesiva en algunas zonas de la urbe, que

¹¹⁸ García Mercadal, J. *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. Madrid, 1962. Tomo I, pp. 1.169.

¹¹⁹ A.R.CH.V. Registro de ejecutorias, caja 1105, 61.

¹²⁰ A.R.CH.V. Registro de ejecutorias, caja 1127, 37.

¹²¹ A.R.CH.V. Registro de ejecutorias, caja 1265, 18 y caja 1452, 18. En 1584 y 1602 se han localizado otras ejecutorias sobre perjuicios de albañales entre vecinos de Madrid, A.R.C.H.V. Registro de ejecutorias, caja 1524, 3 y caja 1938, 76.

¹²² A.R.CH.V. Registro de ejecutorias, caja 420, 6; caja 893, 17; caja 1223, 6; caja 1251, 7; caja 1314, 28; caja 1334, 11; caja 1340, 23; caja 564, 4; caja 1526, 42; caja 1664, 25 y caja 1712, 35.

impedía el paso de viandantes y carruajes, e inundaba sótanos y casas. Este fue el caso del entorno del alhóli de la Villa, los alrededores de la Fuente de los Caños del Peral o en el Prado de San Jerónimo, y, más todavía, en la calle del Arenal donde la densificación del caserío había estrechado tanto la calle por donde discurría su arroyo, que en épocas de lluvias iba tan crecido que las aguas penetraban a raudales en las casas. Para poder cruzarlo el consistorio tuvo que echar mano en repetidas ocasiones de grandes bloques de piedra, solución que no debió ser la más adecuada ni segura para los transeúntes, pues años más tarde, en 1587, se mandará hacer un puentecillo a la altura de la calle que subía al Hospital de Santa Catalina de los Donados¹²³.

Entrada la década de 1570 se hizo una nueva ofensiva para tratar de mejorar el estado de la Corte. Desde entonces se establecieron de forma regular y permanente cuatro cuadrillas de carros y se estipularon las nuevas contratas u obligaciones de limpieza de los diferentes cuarteles y calles de la Villa, con el incentivo de dar mejores remuneraciones a los contratistas. Estos obligados en los años posteriores llegaron a percibir una media de entre 10 y 14 reales diarios, por un servicio de carro, dos mulas, carretero y mozo de limpieza. Además, buena parte de ellos al ser labradores ricos con aperos, se les permitió comprar a precios bajos el estiércol y las inmundicias que ellos mismos vertían en los muladares, para su propio aprovechamiento o la venta del mismo a otros agricultores. Una compensación elevada para las maltrechas arcas municipales, habida cuenta de los enormes desembolsos que hubo que afrontar con la llegada de Ana de Austria, con la que se pretendió minorar la presión que ejercía la monarquía sobre el Concejo, y que se tradujo en efectuar una limpieza más asidua y constante.

Hasta entrada la década de 1580 la limpieza de los cuarteles las efectuaron los obligados con entre 12 y 14 carros diarios, si bien su distribución por las calles de la urbe fue siempre desigual, dotándose los cuarteles más céntricos y nobles, que, a su vez, eran los más pequeños, con mayor número de carros que en los cuarteles de los

¹²³ Alvar Ezquerro, A. Ob. cit. Pp. 139-140.

arrabales¹²⁴. También, continuaron con mayor vigor los empedrados, sobre todo, a partir de 1576, cuando se tomaron a crédito 500 ducados con la imperiosa necesidad de pavimentar las calles Mayor, Concepción Jerónima, parte de la de Toledo, la de los Caños Viejos a Santander, y de paso aderezar los existentes junto al Alcázar. Entre 1580 y 1581, no sin reticencias de algunos vecinos y del Hospital de San Juan de Dios, y con parte de las rentas de las velas, se procedió al empedrado de la calle de Atocha hasta Antón Martín¹²⁵. A estas actuaciones se añadió la apertura de la calle *Real Nueva*, actual calle Segovia, con el propósito de permitir al rey tener un acceso más directo y cómodo al Alcázar, lo que implicó una re-ordenación de todo este sector por el que discurría el antiguo arroyo de las Fuentes de San Pedro. La creación de la nueva calle afectó al desagüe de las fuentes públicas, que hubo que replantear, y a su empedrado entre la Puerta Cerrada hasta el antiguo Puente de Segovia, que fue más amplio y monumental, trazado por Juan de Herrera¹²⁶. Estas obras, que se desarrollaron entre las décadas de 1570 y 1580, tuvieron un impacto muy oneroso sobre la hacienda municipal. Sin duda, la tendencia del gobierno de la monarquía a considerar a la Villa como una fuente de ingresos para sufragar sus necesidades y comodidades, lastraron todo intento por enderezar los precarios negociados municipales, que, como la limpieza y los empedrados, no acababan de normalizarse.

En 1584, dos años después de la inauguración del nuevo Puente de Segovia, la Villa comunicó un tanto desesperada al Consejo de Castilla que *“ha hecho y hace muchas diligencias para limpieza della”* pero que *“a causa de ser tan grande el concurso de gente”... “ha sido imposible limpiarse de una vez por ser tanta la inmundicia y lodo que hay en las dichas calles”*. Para remediarlo sugerían los regidores que el Consejo de Castilla ordenara a los pueblos cercanos a Madrid que trajeran carros y peones a la ciudad para limpiar sus calles¹²⁷. Así fue como se establecieron las llamadas limpiezas generales, que en adelante, sobre todo, durante los siglos XVII y XVIII, se realizaron una o dos veces cada año. Para su materialización, por mandato

¹²⁴ Aragón Ramírez, C. y Prieto Palomo, T. Ob. cit. Pp. 181 y 185.

¹²⁵ Alvar Ezquerro, A. Ob. cit. Pp. 140-142.

¹²⁶ Sobre las actuaciones en la calle Real Nueva y Puente de Segovia Iñiguez Almech, F. Ob. cit. Pp. 17 y siguientes. Gerard, V. Ob. cit. Pp. 141 y siguientes. Marín Perellón, F. Ob. cit. Pp. 88-93.

¹²⁷ A.V.M. Secretaría 1-1-75.

irrevocable del corregidor y previo a un repartimiento proporcionado, se obligaba a los pueblos de Getafe, Vallecas, Vicálvaro, Carabanchel, Villaverde, Aravaca y otros, a llevar a la gran urbe madrileña un número determinado de carros y peones para recoger las basuras y los lodos. A cambio, Madrid satisfacía a los propietarios de las mulas y carros de esos pueblos el precio que costaba diariamente un carro de limpieza, teniendo como referencia lo que concertaban con los obligados o contratistas del ramo de limpieza. Sin embargo, esta contraprestación en absoluto debió ser atractiva para ellos pues sus carros, mulas y aperos solían acabar muy perjudicados y, además, les privaban de dedicarlos a actividades más rentables o afines a las necesidades que imponía el ciclo agrario, ya que buena parte de los propietarios de los mismos eran hortelanos o labradores. Los pueblos protestaron, pero no hubo manera de eludir esta obligación a sabiendas del carácter disuasorio que imprimían las multas, la confiscación de los bienes o las temidas penas de prisión. Llegó a ser tan lesiva esta práctica que incluso en ciertas temporadas afectó a los transportistas y arrieros que acudían a los mercados madrileños con todo tipo de abastos y mercaderías, pues al acabar sus tareas, y en las mismas puertas de salida de la ciudad, se les obligaba por imperativo legal a que prestaran sus carros y mulas para acarrear escombros hasta los vertederos o la piedra que se precisaba para los empedrados de las calles.

A corto plazo los resultados de estas limpiezas generales fueron beneficiosas para la urbe, pero no suficientes para el volumen de residuos que se generaban. En 1585, apenas un año después, se produjo la primera reestructuración de los cuarteles de limpieza. A los ocho cuarteles existentes se les impostó un cuartel específico que comprendía la plaza del Arrabal (Mayor) y sus calles inmediatas. Del mismo modo que se limpiaban los demás cuarteles, la villa pregonó las condiciones y precio de su asiento o contrata de limpieza, para que en adelante lo desempeñara un *obligado* con sus correspondientes mozos, carros y mulas. Sin embargo, la labor de limpiar la plaza ya entonces debió resultar compleja y precisó disponer de no pocos medios que incrementaron de forma considerable los gastos. Ni si quiera había transcurrido un año cuando el corregidor obligó a los vendedores de la plaza y sus aledaños a sufragar los gastos de su aseo, estableciendo un repartimiento de un real al mes que debían

satisfacer los propietarios de casas y tiendas, y de medio real para los que residían de alquiler y los que situaran tablas o cajones en la propia plaza y sus portales, indistintamente si se trataba de mercaderías, bastimentos u oficios¹²⁸. La conversión de la plaza en cuartel y el establecimiento de este repartimiento para sufragar los gastos, induce a pensar que su limpieza se había convertido en una prioridad para la Villa. De hecho, en las dos restructuraciones de los cuarteles que se hicieron en el siglo XVII, a la plaza Mayor se le siguió dando el rango de cuartel específico por las funciones que en ella se desarrollaban, como principal mercado de la Villa y escenario de grandes ceremonias y celebraciones de la corte. Huelga decir, que en la centuria del seiscientos, sobre todo después de la reforma integral de la plaza realizada entre 1617 y 1619, se concentraría buena parte de la actividad económica de la Villa, volumen comercial que debía ser ya considerable en las últimas décadas del quinientos¹²⁹.

Huelga decir que de continuo se siguió recordando a los vecinos las normas y disposiciones relativas a la limpieza y aseo de la Villa. En diciembre de 1585, la Sala de Alcaldes de Casa y Corte mandaba cumplir el *“Pregón General para la buena gobernación desta corte”*, donde no pocas de sus disposiciones o artículos insistían en recordar la prohibición de los vertidos y bacinadas indiscriminadas a las calles, recalcan los perjuicios que ocasionaban los albañales y la forma que debían estar dispuestos en casas y fachadas, al tiempo que volvían a obligar a los vecinos a barrer las calles que lindaban con las pertenencias de sus casas. Pero al igual que en todas las pasadas normativas de limpieza, en las del pregón continuó prevaleciendo el carácter coactivo y una clara finalidad recaudadora, aunque no faltó en su justificación un argumento socializador al tener en cuenta las legiones de pobres que había en la ciudad, y a los que se pretendía socorrer con parte de lo recaudado con las multas:

“Otrosí mandan que ninguna persona sea osada de echar por las ventanas en las calles públicas agua ni ynmundiçias ni otra cosa, so pena de çien azotes al criado o criados de seruicio que lo echaren y el dueño de la casa o apozento de donde se echare

¹²⁸ Aragón Ramírez, C. y Prieto Palomo, T. Ob. cit. Pp. 182 y 186-187.

¹²⁹ Pinto Crespo, V. *Ferias y mercados de la Comunidad de Madrid. Comprar y vender: reminiscencias históricas*. Madrid, Lunwerg, 2000. Pp. 34.

*sea desterrado desta corte e cinco leguas por cinco años e pague diez ducados para los pobres e la otra mitad para el denunciador*¹³⁰.

Como ya había ocurrido con las ordenanzas anteriores, estas tampoco cumplieron las expectativas del gobierno. La urbe, sumida en permanente desarrollo urbano y demográfico, siguió teniendo no pocas zonas llenas de lodos, basuras y humedades, y al haber carecido su rápido desarrollo urbano de una previa planificación, habían surgido en ella callejuelas, callejones y rincones que facilitaban, todavía más, la formación de basureros y la acumulación de residuos, convirtiéndose en focos peligrosos de insalubridad. De esta situación daba cuenta en 1586 Francisco de Albornoz, del Consejo Real, quien pedía al Consejo de Castilla que cerrasen una calle de la parroquia de San Pedro donde tenía su residencia, porque se había convertido en un muladar *“de que resulta notable mal olor y contagio a su casa”*, y, además, pese a los mandatos del pregón, les comunicaba la frecuencia con que los vecinos usaban las calles para hacer sus necesidades, sin tener siquiera vergüenza de desnudarse. Queda claro que algunos vecinos ya advertían sobre los riesgos que para la salud podían provocar los excesos de suciedad de las calles, y, también, que esta situación incontrolada afectaba sensiblemente al debido decoro de las personas principales, pues debía ser tal la costumbre que tenían los vecinos de hacer sus necesidades y vaciar sus excrementos en las calles, que, por ejemplo, impedía a las damas de la casa de Albornoz asomarse a las ventanas sin dañar su honor¹³¹.

Todas estas medidas y esfuerzos orientados a mantener aseada la ciudad apenas daban resultados satisfactorios, porque a menudo llegaban tarde y con escasos medios para hacer frente a las necesidades de una urbe en permanente proceso de cambio. No cabe duda que esta situación era más que conocida por las autoridades de la Villa y del gobierno de la monarquía, pero la cruda realidad dejaba en poco tiempo caduca o sin efecto cualquier tipo de iniciativa o regulación. Aún así, en la década de

¹³⁰ Se ha tomado de González de Amezúa y Mayo, A. “Las primeras ordenanzas municipales de la Villa y Corte de Madrid”. *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo*. Año III, octubre de 1926, número 12. Pp. 422.

¹³¹ Aragón Ramírez, C. y Prieto Palomo, T. Ob. cit. Pp. 178.

1590 se redoblaron notablemente los esfuerzos para mejorar las condiciones higiénicas y sanitarias de la corte, y se optó por una regulación más completa que afectaba a no pocos ámbitos del urbanismo, la construcción de casas, la higiene y la limpieza; en definitiva al ornato de la corte.

Para este propósito se creó una junta ad hoc, con el suficiente control y respaldo del gobierno de la monarquía, pero no sólo para gestionar más eficazmente las tareas propias del ramo de limpieza, sino también, las de otros negociados o ámbitos municipales que precisaban de una actuación más decidida. En efecto, por orden real del 4 de mayo de 1590 fue creada la Junta de Policía y Ornato de Madrid, pasando a estar compuesta por el gobernador del Consejo de Castilla, dos consejeros y el fiscal del mismo, el corregidor de Madrid, un alcalde de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, dos regidores y el secretario del Concejo madrileño. Esta Junta no debe considerarse como una institución municipal, sino como un organismo mixto en el que participaban a la vez representantes del gobierno local y del gobierno de la monarquía, teniendo capacidad para decidir y resolver sobre todos los asuntos relacionados con el gobierno de la ciudad y de policía urbana, razón por la que sus resoluciones debían ser acatadas, indistintamente, por el regimiento y por la Sala de Alcaldes de Casa y Corte. Esta nueva realidad ejecutiva en el gobierno de la ciudad no evitó que se produjeran algunas disputas o interferencias competenciales entre ambas instituciones¹³². De este modo, con la creación de esta Junta, servicios o ramos municipales como las obras públicas, la limpieza, el abastecimiento de agua y el ornato de la corte se convirtieron en asuntos de Estado¹³³. Sin embargo, en la práctica se siguió con los procedimientos habituales, pregonándose nuevos autos o tratando de mejorar las normas ya establecidas.

Un auto del corregidor Luis Gaytán de Ayala, del Consejo de Castilla, pregonado el 11 de julio siguiente, así lo hacía saber. Resumiendo el referido auto, se prohibía

¹³² Pablo Gafas, J. L. de *Justicia, gobierno y policía en la Corte de Madrid: la Sala de Alcaldes de Casa y Corte (1583-1834)*. Tesis doctoral dirigida por el Dr. José Miguel López García y leída en facultad de Filosofía y Letras, de la Universidad Autónoma de Madrid. Madrid, 1999. Pp. 149.

¹³³ Iñiguez Almech, F. Ob. cit. Pp. 33-35.

echar en las calles estiércol de caballería u otras cosas similares; también, tener albañales y vaciaderos en las casas que no estuvieran contruidos a ras del suelo, apremiando a los que los tuvieran a quitarlos en un plazo de seis días. A su vez, se recordaba a cualquier persona, criado o criada que no se podía arrojar por las ventanas, a cualquier hora del día, ningún género de inmundicia ni agua sucia ni limpia, sino que las debían sacar y vaciar por las puertas principales o traseras de sus casas y depositarlas en mitad de la calle y no en otra parte, pero debiendo hacerlo obligatoriamente en verano desde las diez de la noche en adelante y en invierno desde las nueve de la noche en adelante, lo que debía cumplirse bajo la amenazante sanción de 4 ducados. Estas multas las pagarían los dueños o moradores de las casas, pero se les permitía detraer sus cuantías de los salarios de los criados que hubieran contravenido lo mandado. Otras disposiciones del auto venían a regular los usos de las vías públicas, como, por ejemplo, que ninguna persona tuviera tienda, ni sitio ni mesa en la plaza de la Villa, o que los maestros de coches y carros no los labraran en las calles ni tirar en ellas las maderas y astillas sobrantes¹³⁴.

Como medida más novedosa se empezaron a ensanchar algunas calles con el propósito de hacer pequeñas alcantarillas o canalones a cielo abierto que sirvieran para canalizar y facilitar el desagüe, y arrastre del lodo y las inmundicias, contribuyendo con ello a su limpieza y permitir el tránsito por ellas, una tarea no exenta de inconvenientes por el trazado irregular y quebradizo que presentaban buena parte de las referidas calles. Se continuaron empedrando otras calles, como la del Barco, a partir de 1591¹³⁵; y se aumentó de forma notable el número de carros y mulas que efectuaban la limpieza diaria, llegando en estos momentos a contar la municipalidad con 24 carros diarios dispuestos por las contratas u obligaciones de los cuarteles¹³⁶. La junta no cejó en su empeño, y apenas dos años después de su creación, el 28 de enero de 1592, volvió a pregonar las ordenanzas consabidas que venían a regular la construcción de edificios y sus elementos accesorios (voladizos, rejas, albañales...); los usos que de las vías públicas hacían mercaderes, comercios y oficios, y

¹³⁴ A.V.M. Secretaria 2-173-10.

¹³⁵ Iñiguez Almech, F. Ob. cit. Pp. 72.

¹³⁶ Aragón Ramírez, C. y Prieto Palomo, T. Ob. cit. Pp. 185.

también, las que afectaban a la higiene y la limpieza de la corte. Y ni que decir tiene, que de forma puntual la Junta siguió introduciendo cambios para mejorar los comportamientos poco cívicos de los vecinos y el aspecto de las calles. Por ejemplo, como las calles de la villa debían de estar muy transitadas hasta entrada la noche, el 4 de julio de 1592 se decidió cambiar los horarios en los que los vecinos podían hacer sus vaciadas y depositar en los albañales de las calles sus basuras e inmundicias. En adelante, deberían de hacerlo después de las once de la noche, entre el 1 de abril y el 30 de septiembre; y después de las diez de la noche, entre el 1 de octubre y el 31 de marzo¹³⁷.

Pero en el transcurso de los dos años siguientes la Junta y el Concejo habían recibido numerosas quejas de vecinos y de algunos cortesanos influyentes cansados de que sus calles cerradas, callejones y pertenencias se usaran como basureros y muladares improvisados. Daban cuenta también del hundimiento de algunas casas, del desplome de muros y desperfectos por los excesos de la humedad que había en las calles, incluso por las que provocaban sumideros, albañales y canalones. También, pidieron mejorar o reparar los empedrados¹³⁸. Ese mismo año de 1594 visitó Madrid el nuncio Camilo Borghese, el futuro papa Paulo V, y las impresiones que tuvo de la ciudad no fueron en absoluto todo lo saludables que cabría esperar: *“hay la calle larga, -probablemente se refería a la calle Mayor o a la del Arenal- la cual sería hermosa si no fuese por el fango y las porquerías que tiene [...], las casas son malas y feas y hechas casi todas de tierra y, entre las otras imperfecciones, no tiene aceras ni letrinas; por lo que todos hacen sus necesidades en los orinales, los cuales tiran después a la calle, cosa que produce un hedor insoportable”*¹³⁹.

Al nuncio apostólico no le faltaba razón, dos años después, como la situación seguía igual, algunos vecinos se ofrecieron a costear los gastos de limpieza de sus calles, como fue el caso de los que tenían sus casas en la calle de la Panadería, que

¹³⁷ Iñiguez Almech, F. Ob. cit. Pp. 43.

¹³⁸¹³⁸ A.V.M. Secretaría 1-136-9. Diversos expedientes. Sobre la formación de muladares en las calles y traseras de casas en estos momentos da cuenta Blasco Esquivias, B. Ob. cit. 36-37.

¹³⁹ Arroyo Ilera, F. “Arbitrismo, población e higiene en el abastecimiento hídrico de Madrid en el siglo XVIII”, en Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles, n. 37, 2004, pp. 257-278; p. 261.

estaba tan sucia en invierno que no se podía transitar por ella; o los de la calle de Majadericos que llegaron a pedir licencia para concertar cita y pagar el servicio de un chirrionero -carro de recogida de basura-, al tiempo que pedían permiso para poder denunciar a las personas que no siendo de esa calle iban a tirar en ella basuras, por estar junto a la espalda del Convento de la Victoria. También fue llamativo el caso de los desesperados vecinos de la calle de la Concepción Jerónima que pidieron encarecidamente que se procediera a su empedrado para poder ir más “cómodamente” a por agua a las fuentes de Lavapiés, por no decir sin mancharse¹⁴⁰.

Teniendo en cuenta lo anteriormente reseñado, se puede concluir que a finales del siglo XVI la evacuación de residuos, lodazales y la limpieza de la corte del gran imperio español, se había convertido en una tarea extremadamente difícil de realizar. Más aún cuando a partir de 1599, poco después de la subida al trono de Felipe III, se le fueron quitando y recortando atribuciones a la Junta de Policía y Ornato, entre las que se encontraban las que afectaban a la higiene de la urbe¹⁴¹.

2.2. Las primeras alcantarillas de Madrid.

Las reiteradas visitas de Carlos I a Madrid, un rey en cierto sentido extranjero y conocedor de otras grandes urbes europeas, influyeron de forma notable en el adecentamiento y el aseo de la Villa¹⁴². Ya entonces, en ciudades importantes y de envergadura como París trataban de poner en marcha sistemas de limpieza y de evacuación de residuos más sofisticados. Esto es, al mismo tiempo que se evacuaban las aguas llovedizas desde los tejados de las casas a los albañales, por medio de canalones o voladizos, se establecía una red de sumideros que, a pie de fachada, permitían evacuar las aguas sucias y “meaderas” hasta los sótanos de las casas, donde

¹⁴⁰ A.V.M. Secretaría 1-134-47 y 1-135-18. Diversos expedientes.

¹⁴¹ Iñiguez Almech, F. Ob. cit. Pp. 43.

¹⁴² Sobre las numerosas estancias de Carlos I en la Villa, Cervera Vera, L. “Obras en el Alcázar Madrileño de Carlos V”, en Checa, F. *El Real Alcázar de Madrid*. Comunidad Autónoma de Madrid y Editorial Nerea. Madrid, 1994. Pp. 44-59.

se recogían en grandes cubas para su posterior desalojo; mientras que de la retirada de los residuos sólidos y basuras se encargaba un servicio regular de limpieza¹⁴³. Claro que entonces ya en París como en Londres sus caudalosos ríos absorbían buena parte de la porquería que generaban sus habitantes, e incluso fue costumbre construir las letrinas encima de los mismos, lo que ocasionó innumerables molestias y enfermedades que llevaron a sus respectivos ayuntamientos a tratar de restringir este tipo de prácticas¹⁴⁴. En Madrid, en cambio, las iniciativas más destacadas que se pusieron en marcha derivaron de los propósitos regios de adecentar los entornos del Alcázar y sus entornos urbanos inmediatos.

El 3 de abril de 1536 Carlos I ordenaba la transformación y ampliación del Alcázar madrileño, una empresa que se prolongó hasta bien entrado el reinado de Felipe II, y que afectó de forma notable tanto a la orografía del terreno circundante como a la morfología urbana de la antigua Villa medieval, hasta el punto de su total desaparición¹⁴⁵. La realización de estas obras fue compleja y de envergadura, ya que conllevó la nivelación y embellecimiento de los terrenos adyacentes a la posesión real, sobre todo, los barrancos y desmontes que se encontraban en las estribaciones de la fachada norte y este, además, de controlar los cursos fluviales existentes en el entorno. Esta primera gran remodelación que conoció el solar de la Villa, implicó, forzosamente, la desaparición de zonas agrícolas y de antiguos muladares, el derribo del caserío colindante y de parte de la muralla y de la Puerta de Valnadú, junto con el cegamiento de sus cavas, además de evacuar las actividades artesanales molestas y contaminantes allí establecidas. También, implicó, y esto es lo más novedoso para el tema que tratamos, la construcción de las primeras alcantarillas de la ciudad.

¹⁴³ Milley, J. *La vie parisienne à travers les âges. Tome 1: Des origines-1600*. Societe Continentale d Editions Modernes Illustrees. París, 1965.

¹⁴⁴ La conversión de los ríos que discurrían por trazados urbanos en muladares y vertederos se dio de forma generalizada en toda Europa, teniendo ya en el siglo XVI un notable impacto sobre las condiciones higiénico-sanitarias de las urbes. Esta situación de los ríos urbanos se mantuvo hasta finales del siglo XIX cuando se empezaron a controlar los vertidos a través del desarrollo de complejas redes de saneamiento. Sabine, E.L. "City cleaning in Medieval London" en *Speculum XII*. Londres, 1937. Pp. 32. Salusbury-Jones, G. *Street life in medieval England*. Londres, 1975. Pp. 91.

¹⁴⁵ Gerard, V. Ob. cit. Pp. 9.

En las proximidades del antiguo Alcázar, esencialmente en el espacio que había entre éste y, por un lado, los arrabales de San Martín y San Ginés, y, por el otro lado, los desmontes que bajaban desde las parroquias de Santa María y San Juan, abundaban los barrancos y las aguas. Hacia el este se encontraba el arroyo del Arenal, y diversas fuentes como la de los Caños del Peral, los Pilares Nuevo y Viejo, la Fuente Nueva, la Fuente de la Piora y el estanque homónimo, que se usaba para regar las huertas colindantes. No es de extrañar que durante el periodo medieval vinieran a establecerse aquí no pocos talleres de curtidos, tenerías y pescaderías, que para su laboreo precisaban agua abundante. El arroyo nacía en la actual calle del Arenal, más arriba de la parroquia de San Ginés, continuaba encajonado por el barranquillo de Santa Catalina de los Donados y por la subida hacia la urbe a través de las callejuelas que conducían a la calle Mayor, hasta que al alcanzar la actual calle de las Fuentes se bifurcaba en dos arroyos, justo donde hoy comienza la plaza de Isabel II, dejando entre medias un arenal, que dio lugar al nombre del arroyo y de la actual calle. Uno de los arroyos, que tomaba su curso hacia la zona septentrional del entorno palaciego, pasaba encajonado entre la Fuente de los Caños y varias tenerías; atravesaba los llamados Pilares Nuevo y Viejo, y volvía a unirse con las aguas del arroyo meridional. Desde aquí, delimitado al norte por los barranquillos y pendientes que luego dieron lugar a la costanilla de los Ángeles y la cuesta de Santo Domingo, continuaba su curso hacia el este. En este tramo, junto a su rivera norte se habían establecido diversas tenerías, entre las que se encontraba la de Carcasón, colindantes a la llamada Huerta de Alcocer, y por otras tenerías junto a la rivera sur, hasta atravesar, ya de forma controlada por debajo de la luz de un puentecillo, el camino que desde la Puerta de Valnadú comunicaba con el Convento de Santo Domingo. Atravesado el puente, el curso continuaba extendiendo sus riveras hasta los muladares que lo flanqueaban y se encontraban a allí desde la centuria precedente, junto con alguna tenería cercana a la subida a Santo Domingo, de donde también recibía las aguas sobrantes de la llamada Fuente Nueva, que allí se encontraba. Salvado el terraplén que precedía a la loma del Alcázar, el arroyo, dejando en su lado meridional la Fuente de la Piora, continuaba su curso por la Huerta de la Piora para alcanzar el profundo desnivel que corría junto a la fachada norte del Alcázar, desde donde continuaba hasta desembocar en el río

Manzanares. El otro brazo del arroyo, el que discurría en la zona meridional del entorno palaciego, aunque se había bifurcado y recibido las aguas que bajaban por la cava de la muralla desde la Puerta de Guadalajara, y vuelto a unir con el brazo septentrional del arroyo, al rebasar el Pilar Viejo, presentaba otra bifurcación cuyo curso comenzaba a correr frente a la antigua Torre de la Alzapierna, yendo su curso por la cava de la muralla del siglo XII, próximo a la Huerta de Don Bernardino. A la altura de la Torre de los Huesos, rebasaba el terraplén que por el este precedía la loma del Alcázar, y continuaba hasta el estanque que se encontraba entre las Huertas de la Priora y de Ribadeneyra. Continuaba entonces su curso por delante de la parroquia de San Miguel de la Sagra a desembocar en el Manzanares, por la vaguada que se abría entre los barrancos fronteros a la fachada norte del Alcázar y los de las estribaciones de las parroquias de San Juan y de Santa María.

2.2.1. La “bóveda del Arroyo”.

Como se puede apreciar, todos estos cursos de agua habían configurado un paisaje de la zona con no pocas vaguadas, barrancos, hondonadas y torrenteras que en estos momentos Carlos I mandó nivelar y transformar, como parte indispensable de las reformas que estaba emprendiendo en el viejo Alcázar medieval. En 1535, un año antes de iniciarse estas reformas, había mandado abrir una plaza frente a la puerta de Valnadú, desaparecida al poco tiempo con las actuaciones urbanísticas de su sucesor, con el propósito de adecentar y mejorar los accesos que desde el Arenal conectaban con el Alcázar, y acabar de una vez con las molestias que ocasionaban las tenerías y los curtidos. Entre estas mejoras se realizó una alcantarilla de fábrica, abovedada, para soterrar el brazo septentrional del arroyo del Arenal, dándole un curso uniforme y regular, que fue conocida desde entonces bajo la denominación de “*bóveda del arroyo*”¹⁴⁶. No sabemos exactamente cuáles fueron sus dimensiones. Debió ser una alcantarilla de pequeña longitud, ya que su construcción estuvo motivada

¹⁴⁶ Urgorri Casado, F. Ob. cit. Pp. 48, 49, 55 y 56.

principalmente por la apertura de la plazuela delantera de la Puerta de Valnadú, y probablemente, y como ocurriera en otras ciudades europeas, con el fin de evitar la fetidez de las aguas contaminadas del arroyo¹⁴⁷. Tampoco contamos con referencias documentales o arqueológicas que nos permitan conocer sus trazas u otros detalles, todo lo más, los datos que proporcionó Fernando Urgorri, quien apuntó que principiaba junto a la tenería de Carcasona, al este del puente que permitía el paso del camino que desde la Puerta de Valnadú se dirigía al Convento de Santo Domingo¹⁴⁸. Lo más probablemente es que su trazado se prolongara hasta alcanzar el terraplén que precedía la subida a la loma del Alcázar y la Huerta de la Priora, una zona hasta entonces copada por los muladares cercanos a la Puerta de Valnadú, donde se abrió la mencionada plazuela.

Esta alcantarilla abovedada es, sin duda, la más antigua que conocemos de la Villa de Madrid, y el precedente de la que será conocida como alcantarilla de los Caños del Peral. En principio tuvo como objetivo el encauzamiento soterrado de un pequeño tramo del arroyo del Arenal, pero pocas décadas después, ya reinando Felipe II, comenzará a utilizarse también para la evacuación de las aguas del complejo palatino, y, ya entrado el siglo XVII, para el vaciado de los lodos que arrastraban las llamadas *mareas* de la limpieza de las calles, a través de su vertedero. Así, entrada la década de 1560 se fue reforzando y ampliando a raíz de las obras de contención del terraplén que precedía la subida al Alcázar –*paredón de Valnadú*–, y de la creación del Jardín de la Huerta de la Priora. Entonces, se prolongó, por un lado, hasta el desagadero de la Fuente y de los nuevos lavaderos de los Caños del Peral, hoy plaza de Isabel II, y, por el otro, hasta alcanzar el abrupto desnivel que había junto a la fachada norte del Alcázar, donde ya, a cielo abierto, surcaba el denominado Parque del Palacio –Campo del Moro– antes de desaguar en el río Manzanares. Esta alcantarilla con no pocas reformas y reparos se utilizó durante todo el Antiguo Régimen y hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX.

¹⁴⁷ En Londres la extremada suciedad, contaminación y fetidez que a finales del siglo XV presentaba el arroyuelo de Walbrook llevó a las autoridades municipales a cubrirlo. Salusbury-Jones, G. Ob. cit. Pp. 94-95.

¹⁴⁸ *Ibidem*. Pp. 57 y 58.

2.2.2. La alcantarilla de la fachada sur del Alcázar.

La otra alcantarilla abovedada que se hizo con motivo de las reformas que emprendió Carlos I, también vino a encauzar un pequeño tramo del arroyo meridional del Arenal, a su paso por la vaguada que había entre la fachada sur del Alcázar y la subida a las collaciones parroquiales de San Juan y Santa María de la Almudena. El dato lo proporciona también Urgorri, quien en buena lógica supuso que su trazado iba por la cava de la muralla, y nos lo refuerza Gerard, al apuntar que con motivo de la apertura de la nueva calle de San Juan, a partir de 1544, se creó un espacio ancho y recto entre la parroquia de San Juan y el Alcázar, que permitiera un acceso más cómodo desde la Puerta de Guadalajara¹⁴⁹. La apertura de esta espaciosa calle, precedente de la plaza de la Armería, implicó el derribo de numerosas casas, la supresión de las huertas colindantes y la nivelación del suelo para allanar los barrancos de la zona. No es, por tanto, aventurado sostener que, como Urgorri sospechara, también en este lugar se hizo otra alcantarilla de fábrica de ladrillo para encauzar el arroyo meridional. Lo que si conocemos con más exactitud es que esta alcantarilla apenas estuvo en funcionamiento unos pocos años. Se hundió por el peso de la piedra que echaron encima después del derribo en 1567 de la Puerta de Valnadú y las torres de la muralla que la flanqueaban, a raíz de la construcción de la Casa del Tesoro, el Jardín de la Huerta de la Priora y del *“paredón de Valnadú”* o muro de contención del antiguo terraplén de la subida al Alcázar, lindero a la plazuela de los Caños del Peral¹⁵⁰.

2.2.3. La alcantarilla de la Fuente de los Caños Nuevos.

Más alejada del entorno palaciego se construyó otra alcantarilla, la de la Fuente de los Caños Nuevos, con motivo de la apertura y regularización de la llamada calle Real Nueva, hoy calle de Segovia, y de la construcción del nuevo Puente de Segovia. Como esta calle vino a situarse sobre el antiguo cauce del arroyo de las Fuentes de San

¹⁴⁹ Urgorri Casado, F. Ob. cit. Pp. 48; y Gerard, V. Ob. cit. Pp. 122-123.

¹⁵⁰ Urgorri Casado F. Ob. cit. Pp. 49.

Pedro, fue esencial minorar los excesos de agua de escorrentía que recibía desde sus vertientes y de los remanentes de las fuentes públicas y particulares de su entorno, sobre todo, en la zona del *Pozacho*, próxima al nuevo Puente de Segovia, donde se acumulaba gran cantidad de agua que aprovechaban las huertas limítrofes. De este modo, en 1588 se decidió trasladar la llamada Fuente de los Caños Viejos, desde su antiguo emplazamiento en las proximidades de la plaza de la Cruz Verde, hasta al otro lado de la nueva calle, más abajo de la entonces llamada plazuela del Alamillo. El traslado de esta fuente fue una tarea compleja, implicó prolongar los encañados de sus aguas hasta su nuevo emplazamiento; construir la nueva fuente con dos paredones y pilares de notables dimensiones; remodelar parte de la plazuela del Alamillo para captar de forma controlada las aguas que desde la costanilla de San Andrés y la plaza de la Paja vertían a la nueva calle de Segovia, y realizar los nuevos empedrados. A su vez, implicó, necesariamente, construir una nueva alcantarilla con el propósito de evacuar sus remanentes de agua, desde la nueva fuente hasta las huertas colindantes, evitando, de este modo, la acumulación de agua y humedad en la entrada al nuevo Puente de Segovia. Por una real provisión de Felipe II, refrendada por el Consejo de Castilla, el 27 de enero de 1588 se daba licencia al Concejo para que el coste de todas estas obras se repartiera entre los vecinos de Madrid y su tierra¹⁵¹.

Esta alcantarilla, junto con las actuaciones reseñadas con motivo del traslado de la fuente y del empedrado de la nueva calle de Segovia, fue construida por el maestro de cantería Pero o Pedro de Nares, a quien se le adjudicó la obra el 8 de julio de 1588, tras haberla rematado en pública subasta al precio de 12.000 reales, y el compromiso de tenerlo todo ejecutado en cuatro meses, contados desde la fecha de la adjudicación¹⁵². La alcantarilla, aunque longitudinalmente no fue muy extensa, se proyectó con notables dimensiones y con la suficiente solidez en sus cimientos, muros y bóveda. La descripción que se hace de ella en el pliego de la licitación de las obras, nos da una idea no sólo de su complejidad y de la técnica que ya en esta época empleaban los canteros, fontaneros y poceros para realizar este tipo de

¹⁵¹ A.H.P.M. T. 192, 1ª. foliación, f. 74 r.-v.

¹⁵² A.H.P.M. T. 192, 1ª. foliación, ff. 184 r. – 185 r.; ff. 186 r. – 193 r.

infraestructuras, sino también, del volumen de agua que debía recibir de la fuente y de las zonas aledañas:

“El maestro que de esta obra se encargare ha de ser obligado a hacer una alcantarilla en todo el largo del pilar en el arroyo, haciéndola con su cimientó de un cabo y de lo otro, que tenga dos pies de grueso, y ésta ha de ser de cal y canto, y la han de ahondar los dichos cimientos, así de un cabo como de otro, que quede el alcantarilla de cinco pies de ancho y seis pies de alto, desde el suelo a la corona de la alcantarilla, y que los cimientos, así de un cabo como del otro, entren un pie más bajo que el hondo de la alcantarilla, y ésta se ha de hacer en la abertura su bóveda del cal y ladrillo, y de costa y frente de rosca, y que el ladrillo sea todo colorado y el alto de la rosca quede al piso de la calle, y esta dicha alcantarilla ha de ser diez pies más larga que el pilar de cada parte, de manera que la alcantarilla ha de ser veinte pies más larga que el pilar, y esto ha de ir todo muy bien hacho y acabado, y la cal, de buena medida, volviendo una espuerta de cal y dos de arena, y a la vista y parecer del maestro o maestros que esta Villa pusiere para que lo vea”¹⁵³.

¹⁵³ Ibidem.

CAPÍTULO 3. LA CONSOLIDACIÓN Y SISTEMATIZACIÓN DEL RAMO DE LIMPIEZA EN EL MADRID DEL SIGLO XVII.

En 1600, cuando Felipe III llevaba escasamente dos años de reinado, una gran epidemia causó estragos en la ciudad, en un momento en que la población ya estaba sufriendo los perniciosos efectos de las reiteradas crisis agrarias que se produjeron desde comienzos de la centuria, y que habían provocado la carestía de los bienes de primera necesidad y paros estacionales y prolongados en los mercados y gremios. Esta situación incrementó la mortalidad y las filas de menesterosos y desvalidos de la villa. La población de la Villa, por sus altos niveles de densidad y sus condiciones urbanas, también se volvió más vulnerable que la del ámbito rural o la de otras ciudades más modestas y menos masificadas.

La falta de higiene y la suciedad de las calles sirvieron para propagar estas circunstancias indeseables y sus letales consecuencias. Así lo pensaban algunos intelectuales de la época como el italiano Giulio Antonio Brancalasso, o médicos como Cristóbal Pérez de Herrera, protomédico de las Galeras de España, que ese mismo año de 1600 dirigía un memorial al rey con toda una serie de sugerencias para mejorar la limpieza de la urbe, la calidad de su aire y la salud de los ciudadanos. Fueron muchas las medidas que propuso, entre las que destacaban, especialmente por su novedad, la ejecución de un sistema de cloacas con la finalidad de evacuar las *aguas inmundas y llovedizas* que se acumulaban en la superficie de las calles, y que en gran medida eran responsables de formar esos lodos tan perjudiciales y hediondos. Otras medidas, más basadas en el sentido común, recomendaban el traslado del remojadero del pescado hacía las zonas bajas de la ciudad, donde sus aguas sucias y malolientes pudieran verter al río sin ser perjudiciales, así como darle igual tratamiento a los mataderos, tenerías y talleres de curtidos. También sostenía Pérez de Herrera que era más higiénico proceder a la ampliación de presidios y ubicar en la periferia otras actividades consideradas molestas como muladares, tejares y hornos de cal. Otras medidas menos originales conectaban con las medidas coactivas de siempre como, por ejemplo, obligar a los vecinos a barrer las delanteras de sus casas dos veces al día y

cumplir las ordenanzas vigentes; mejorar el empedrado con el empleo de hileras de piedras gruesas cada cierto tramo para evitar su excesivo desgaste y deterioro; regar en verano las calles; y, entre otras, como ya era costumbre también, que los pueblos colindantes a Madrid situados en un radio de 3 leguas de distancia fueran obligados a realizar cuatro limpiezas generales al año con sus carros, mulas y mozos. No se le olvidaba a Pérez de Herrera que uno de los elementos que precisaba Madrid para acometer con mayor eficacia la limpieza era un organismo rector más ejecutivo y resolutivo, al apuntar que debería estar bajo las órdenes de un regidor o sobrestante mayor de la limpieza, a imagen y semejanza del cargo romano de *“comes riparum alvei Tiberi o cloacarum”*. Huelga decir, que este cargo aparecerá bajo la denominación de Visitador General de Limpieza apenas once años después.

Las propuestas de Pérez de Herrera no sólo se produjeron en un contexto caracterizado por la enfermedad, la carestía y la pobreza que se daban en la Villa, sino a sabiendas, también, que en el gobierno de la monarquía se estaba discutiendo sobre la conveniencia de trasladar la corte a Valladolid. Ante esta contrariedad, Madrid necesitaba convencer al rey de que había buena voluntad por parte de las autoridades de la Villa y los ciudadanos por mejorar la situación de la urbe. De hecho, el título del discurso que le hizo el eminente doctor al rey es más que explicativo al indicar que se trataba de poner remedio a pecados, excesos y desórdenes de la Villa para que no se mudara la corte a Valladolid¹⁵⁴.

Pero no sólo se trataba de un problema de aseo y ornato, sino de un cúmulo de factores entre los que se encontraban, también, la falta de recursos hídricos abundantes, o los intereses particulares de principales cortesanos como el mismísimo duque de Lerma, valido del rey, lo que iba a provocar finalmente el traslado de la corte. Además, Valladolid supo aprovechar muy bien la coyuntura. El 28 de enero de aquel año el consistorio vallisoletano había nombrado una comisión de procuradores

¹⁵⁴ Pérez de Herrera, C. *“A la Católica Real Magestad del Rey don Felipe III nuestro señor: Cerca de la forma y troças como parece podrían remediarse algunos pecados, excesos y desórdenes en los tratos, vastimentos y otras cosas, de que esta villa de Madrid al presente tiene falta, y de que suerte se podrían restaurar y reparar las necesidades de Castilla la Vieja, en caso que su magestad fuese servido de no hazer mudança con su corte a la ciudad de Valladolid”*. B.N.E. Mss.n. 18.205, fols. 18-21.

con el propósito de entrevistarse con el rey y el poderoso duque de Lerma y convencerles de las inmejorables condiciones que tenía su ciudad para acoger la corte. La tentadora oferta incluía un suculento donativo de 150 millones de maravedís para la Corona y algunos cargos y preeminencias para el duque. Apenas siete meses después se adelantaban los acontecimientos, Lerma fue nombrado regidor perpetuo de Valladolid y todo presagiaba lo peor para Madrid. El 10 de enero de 1601 el Consejo de la Cámara de Castilla despachó las órdenes referentes a los preparativos del traslado de la corte y las jornadas del viaje¹⁵⁵.

Pero al margen de los intereses que pudieran tener el gran valido y otros cortesanos con el traslado de la corte a Valladolid, lo cierto es que la Villa había mostrado con toda su crudeza las limitaciones que padecía para tener bien abastecida la ciudad de aguas potables y de mantener un discreto aseo de sus calles. Limitaciones que ya se antojaron insuperables en la década de 1590 cuando comenzó a funcionar la Junta de Ornato y Policía, y se puso de relieve la escasez de fondos de la hacienda municipal para poder satisfacer las necesidades básicas de una urbe que había conocido un extraordinario proceso de expansión en las décadas precedentes. Sin duda, el mal estado en que se encontraba la hacienda municipal se debió en gran parte a todos los desembolsos que Madrid tuvo que realizar en su primer periplo cortesano, al tener forzosamente que sufragar buena parte de las reformas palaciegas y urbanísticas que le había exigido Felipe II.

Durante lo que restaba del año 1601, el ayuntamiento, despojado en parte de la vigilante y acostumbrada presión del Consejo de Castilla, a duras penas continuó haciendo frente a la limpieza de las calles con los pocos medios que disponía. De hecho, por un acuerdo municipal del 17 de marzo se pidió autorización al Consejo para traer una cuadrilla de 8 carros con los que poder limpiar las calles, que tan necesitadas estaban de aseo, y que los vecinos ayudaran a empedrar las calles. Una semana después, con el visto bueno del Consejo, de nuevo fueron los sacrificados vecinos

¹⁵⁵ Alvar Ezquerro, A. *Los traslados de Corte de 1601 y 1606*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 2006, pp. 38-39.

quienes costearon los servicios de los 8 carros que la Villa emplearía en limpiar las calles más necesitadas durante el invierno y los 4 carros que lo harían en verano, además de obligar a los dueños de las casas de las calles de San Juan y de Santiago a reparar sus empedrados. Al frente de esta cuadrilla de carros se decidió poner a Francisco de Benegas, que había sido el sobrestante más antiguo de las cuadrillas de limpieza del periodo precedente, quedando bajo la supervisión del comisario Antonio Laso. Pero de poco sirvió esta tentativa, el 25 de mayo siguiente, el ayuntamiento daba cuenta de que irremediablemente había cesado la limpieza de las calles por no tener fondos con que pagarla, y, de nuevo, instaban al corregidor para que se pregonara en los lugares acostumbrados si algún interesado quería encargarse de limpiarlas bajo la correspondiente obligación o contrata. Conocedores de la precaria situación, los regidores, en caso de que no se presentara ningún postor, facultaron al comisario Antonio Laso para que procurara *“encontrar quienes limpien las calles o averiguar si los vecinos mismos quieren hacerlo cobrando lo que gastaren en ello”*. Fue tan precaria la situación que cuando se obligó a los dueños de las casas de la calle de Santiago a empedrar su calle, la parte que le correspondía a la Villa se hizo cuidando que *“no se desempiedre para empedrarla más de lo que fuera necesario”*. Un mes después, por seguir dando cuenta de la precariedad que padecía la municipalidad para hacer frente a estas tareas, se recurrió a un particular para que en el plazo de diez días retirara la abundancia de perros y gatos muertos que había en las calles, y evitar el mal olor que desprendían. Finalmente, el 23 de julio siguiente se tuvo que constituir una nueva cuadrilla de carros, a cargo de Juan Ruiz, para reforzar la limpieza de las calles¹⁵⁶.

Madrid se había quedado sin corte, aunque apenas por un corto periodo de seis años, por fortuna para sus habitantes, interesados tratantes, comerciantes y élites locales. Pronto se pusieron de relieve las incomodidades de la ciudad del Pisuerga, sobre todo para el rey que no tenía casa o alcázar propio y añoraba con nostalgia sus preciados Reales Sitios. Tanto es así que durante buena parte del tiempo que estuvo la corte en Valladolid el rey lo pasó en los palacios del Pardo, El Escorial y Aranjuez, tal

¹⁵⁶ Pérez de Castro, F. “Estracto de los “Libros de Acuerdos” del Ayuntamiento de Madrid a partir del año 1601”, en *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo*. Año XIX, año 1950, número 59 y 60. Pp. 417-450.

como se describe en la obra del cronista Luis Cabrera de Córdoba, lo que, por otra parte, no dejaba de ser una paradoja y una evidencia de que el poder estaba con el duque de Lerma en Valladolid¹⁵⁷. Pero lo cierto es que Valladolid no era una ciudad cómoda para el rey, ni para los cortesanos ni para los aparatos centrales del gobierno de la Monarquía, lo que situó de nuevo a la villa del Manzanares en condiciones de acoger la corte. Las expectativas de los madrileños se acrecentaron cuando en 1602 el duque de Lerma dispuso construir en el Prado de San Jerónimo -Paseo del Prado con vuelta a la Carrera de San Jerónimo- un gran palacio provisto de una hermosa huerta y un amplio jardín, en parte de los solares que para este propósito le había cedido la Villa. Este gesto tan generoso se completó al año siguiente cuando se mandó trasladar el viejo Hospital General desde la carrera de San Jerónimo hasta las inmediaciones de la Puerta de Atocha, y evitarle al gran valido la cercanía de este establecimiento tan indecoroso y pernicioso. En el Concejo todo eran cumplidos y agasajos con el poderoso valido, incluso se siguieron remozando las arboledas y las fuentes del Prado para hacer más agradable el entorno de su futuro palacio¹⁵⁸.

Las posibilidades del retorno de la corte se acrecentaron cuando a partir del 16 de enero de 1606 el Concejo de Madrid decidió crear una comisión formada por cuatro regidores o procuradores encabezada por el corregidor Silva de Torres, con el propósito de acudir a Valladolid a entrevistarse con el rey y el duque de Lerma, y tratar los pormenores del retorno de la corte. Tras la citada audiencia, se acordó felizmente el regreso de la corte, conviniendo que Madrid compensaría al rey con 250.000 ducados, pagaderos en un plazo de diez años para acometer una profunda reforma en el Alcázar, junto con la entrega de las rentas que produjeran los alquileres por un periodo de seis años, y de costear los gastos del retorno de la corte con cargo a las sisas municipales. Felipe III y sus principales cortesanos regresaron a Madrid en la madrugada del 4 al 5 de marzo de 1606.

¹⁵⁷ Cabrera de Córdoba, L. *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614*. Madrid, J. Martín Alegría, 1857.

¹⁵⁸ Lopezosa Aparicio, C. *El Paseo del Prado de Madrid. Arquitectura y desarrollo urbano en los siglos XVII y XVIII*. Fundación de Apoyo a la Historia del Arte Hispánico. Madrid, 2002. Pp. 39.

Comenzaba entonces un nuevo periplo para la ciudad marcado por el firme compromiso de la Villa de mejorar y solucionar muchos de los problemas que habían provocado la marcha de la corte a Valladolid. Pero este firme compromiso de agradar al rey iba a suponer muchos esfuerzos económicos y fiscales que en adelante soportarían los vecinos, y un de por sí maltrecho presupuesto municipal, a la vez que asumir la creciente tutela y la intromisión en las cuestiones urbanas y municipales de los aparatos centrales del gobierno de la monarquía. Y como mantener la limpieza de las calles formaba parte del compromiso contraído con la Corona, entre lo que restaba del año de 1606 y 1614 se produjo un desarrollo sin precedentes en cuestiones organizativas y jurídicas, junto con un importante despliegue de medios técnicos y humanos, que en adelante trataron de dotar a Madrid del aseo y decoro que exigía su función cortesana. En efecto, en los diez años inmediatamente posteriores al retorno de la corte de Valladolid se sentaron las bases del servicio de limpieza de la Villa, que se mantuvieron con algunas modificaciones durante prácticamente todo el Antiguo Régimen.

3.1. Hacia la consolidación de los servicios de limpieza y empedrados: iniciativas del Concejo madrileño, la creación de la Superintendencia de Limpieza de la Villa, y la nueva división de la ciudad en seis cuarteles (1606-1611).

Antes de finalizar aquel agitado año de 1606, el corregidor Gonzalo Manuel inició la nueva ofensiva por conseguir el aseo de las calles e hizo pregonar las preceptivas disposiciones de limpieza que tan bien conocían los vecinos, por sus consabidas sanciones. Se les recordaba el deber de mantener limpias las pertenencias de sus casas, desocupar las calles de estorbos y escombros bajo la pena de 3 ducados para el dueño de la casa y el maestro de obras que lo contraviniera, y el coste de su limpieza. También reiteraba la prohibición de arrojar a las calles basura, tierra, trapos viejos, ni retazos, vidrios rotos, cascotes, cascotes de ollas o tinajas, retazos de papel, esteras o espuelas viejas, estiércol de caballo ni de otro animal, verduras, cáscaras de

fruta, ni pluma de aves, ni otra cosa alguna de ningún género ni otra cosa que pudiera ensuciar la calle, *“sino es la dicha inmundicia de los servicios, que no se puede excusar, la cual los peones de la limpieza cada mañana la quitarán, que las demás los vecinos las han de recoger, y recogida en espuerta o otra cosa, la ha de dar a los peones de los carros de la limpieza, sin pagar por ello cosa alguna, so pena de tres reales por cada cosa que echaren”*. Y, por supuesto, *“que nadie sea osado de echar desde las ventanas aguas de ninguna fuente, sino fuere desde la puerta de día, y de noche desde donde pudiese, avisando primero tres veces con la seña de agua va, so pena de seis reales”*. Para facilitar las cosas a los vecinos se les permitió sacar sus basuras e inmundicias a las horas acostumbradas para que las recogieran los carros de la limpieza¹⁵⁹.

Así mismo, mandó que todos los cajones de las plazas, postes de piedra y de las verduras tuvieran sus pertenencias limpias, y las basuras que produjeran las mantuvieran recogidas junto a sus pertenencias para dárselas a los carros de limpieza cuando pasaran por sus calles. Si bien, recordaba el corregidor que no era competencia de los carros de limpieza recoger las basuras o escombros de los solares en obras, granjas, estiércol o cascaras de la vendimia, si no obligación de sus dueños el depositarlo en los muladares. Con respecto a las casas que tenían alta densidad de ocupación les daba facultad para que entre sus moradores se pudieran organizar, por semanas o meses, o como mejor les conviniese, para tener limpias sus aceras, ya que de no cumplirlo se ejecutaría la pena en el vecino que se eligiese, sin más averiguación.

Como novedad, en el nuevo sistema de multas por las faltas de limpieza cometidas por los vecinos se estableció que los dineros cobrados se repartieran en tres partes. Un ducado para los gastos de la limpieza, otro para el comisario general de la limpieza, cargo que ostentaba el corregidor por sus atribuciones jurídicas, y el otro ducado para el denunciador. Para proceder al cobro de estas multas a todo vecino sancionado se le daba la carta de pago pertinente¹⁶⁰.

¹⁵⁹ A.V.M. Secretaría 1-134-39.

¹⁶⁰ *Ibidem*.

Tampoco perdió el tiempo el Concejo, tomando la iniciativa el célebre regidor Juan Fernández, que curiosamente también tuvo una participación destacada en el desarrollo de los primeros viajes de agua de titularidad municipal. Desde mediados del otoño del mismo año de 1606, propuso toda una serie de medidas que serían bien recibidas y aprobadas por el Consejo de Castilla y el propio ayuntamiento. Básicamente, afectaban a la propia organización del sistema de la limpieza, a los empedrados, a las necesidades presupuestarias y a las nuevas obligaciones o contrataciones que habrían de sacarse en pública subasta¹⁶¹.

Como condición previa y en aras de conseguir resultados eficaces en el aseo de las calles, el regidor consideró imprescindible dividir la ciudad de Madrid en cuarteles - distritos urbanos-, una medida que ya se había dado en 1565, poniendo al frente de cada uno de ellos a un regidor con la función de inspeccionarlos y controlar el estado de los empedrados y la limpieza de sus calles. En consecuencia, estos regidores ostentarían el cargo de comisarios de cuartel. El 10 de noviembre siguiente se reunieron todos los regidores de la Villa, aprobaron dividir la ciudad en siete cuarteles y nombraron a sus respectivos regidores comisarios¹⁶². Estos cuarteles con sus respectivos comisarios y dotaciones fueron los siguientes:

- Parroquia o cuartel de San Justo. Comisario el regidor Juan Fernández.
- Parroquia o cuartel de San Ginés y San Luis. Comisario el regidor Gregorio de Usategui
- Parroquia o cuartel de San Martín. Comisario el regidor Juan de la Bañeza.
- Parroquia o cuartel de Santa Cruz. Comisario el regidor Luis de Valdés.

¹⁶¹ A.V.M. Secretaría 1-1-68.

¹⁶² *Ibidem*.

- Parroquia o cuartel de San Sebastián y San Lorenzo. Comisario el regidor Diego de Urbina.
- Parroquia o cuartel de San Pedro y San Andrés. Comisario el regidor M. de Madrid.
- Cuartel formado por las parroquias de Santa María, El Salvador, Santiago, San Juan, San Gil, San Nicolás y San Miguel. Comisario el regidor Gregorio de Paz.

Cada uno de estos cuarteles se dotó con una cuadrilla compuesta por cuatro carros y su correspondiente sobrestante o capataz, los que estando bajo las órdenes de los referidos comisarios tuvieron la función principal de limpiar las calles que les fueran señaladas de sus respectivos cuarteles. No faltó tampoco una cuadrilla de carros para el caso que fuera necesario socorrer o sustituir a otra cuadrilla o para lo que ordenase el corregidor.

Al mismo tiempo, se establecieron las competencias que debía asumir cada uno de los regidores comisarios, como dar y firmar las libranzas o mandamientos de pago por los servicios prestados por los carros, carreteros y mozos al final de cada semana, estando prevenidos de que los obligados o contratistas de la limpieza se dedicaban exclusivamente a sus tareas, haciendo constar en certificaciones que se habían cumplido los trabajos y obligaciones de los mismos, e indicando que las inmundicias se trasladaban fuera de la Villa. Por este motivo, otra de sus competencias fue la de visitar y señalar los vertederos o muladares donde debían de vaciar los carros, en lugares próximos a las entradas públicas de la Villa, y facilitar con ello el mayor trasiego diario posible de los carros. Con respecto a los empedrados debían tomar la precaución de que las calles de sus cuarteles estuvieran bien empedradas, evitando hoyos, y que los gastos fueran librados por orden y conocimiento del corregidor. Si

una calle nueva hubiera de empedrarse otra vez, deberían dar primero cuenta al ayuntamiento para su preceptiva consideración¹⁶³.

La reunión del pleno acabó con el nombramiento de los sobrestantes de las ocho cuadrillas de carros, las siete que debían estar a cargo de los comisarios-regidores, y la otra al servicio del ayuntamiento y corregidor. Los sobrestantes nombrados fueron, primeramente los cuatro que ya lo fueron en las cuadrillas viejas de la centuria precedente, a la sazón, Pedro de la Puente, Juan Ruiz, Banegas y Cereda, mientras que los cuatro nuevos fueron Juan Román, Gerardo de Encisos, Pedro Fernández de Silva y Pedro de Henao.

Todas estas medidas afectas a la creación de cuarteles, nombramientos de comisarios regidores y dotaciones fueron refrendadas y aprobadas por el Consejo de Castilla el 11 de marzo de 1607. Pero la disposición más importante que adoptó el Consejo fue la creación de la Superintendencia de Limpieza de Madrid, ya que sus miembros entendían que, tras el retorno de la Corte de Valladolid y con la antigua Junta de Policía y Ornato inoperante, las competencias de limpieza debían ser controladas más directamente por su Sala de Gobierno, lo que nos da una idea del firme propósito que se tenía por establecer un sistema de limpieza y empedrados más eficaz que el del periodo precedente. El 27 del mismo mes, el Consejo de Castilla puso al frente de la limpieza de la Villa nada menos que al presidente de su Sala de Gobierno, Diego López de Ayala, que pasó a ser el primer superintendente o comisario general de la limpieza¹⁶⁴. Así se cumplía lo decretado por el rey, de nombrar a uno de sus consejeros para hacerse cargo *“de todas las cosas que se ofreciese tocantes al ornato, policía y limpieza de esta Villa, para que el Señor del Consejo lo diga en la Sala de Gobierno y en ella se tome la resolución que conviniese”*¹⁶⁵. En adelante, a López de Ayala le sucederían en el cargo otros ministros relevantes de la Sala de Gobierno del Consejo de Castilla, como Pedro de Tapia, que estuvo en el cargo hasta finalizar la

¹⁶³ Ibídem.

¹⁶⁴ Ibídem.

¹⁶⁵ Tomado de Tovar Martín, C. *Arquitectura madrileña del siglo XVII*. Madrid, 1983. Pp. 49.

década de 1610; Alonso de Cabrera, durante la década de 1620, y durante la siguiente Francisco de Tejada y Mendoza.

De este modo, las antiguas competencias de la Junta de Ornato y Policía fueron transferidas a la Sala de Gobierno del Consejo de Castilla, pero en la práctica la Superintendencia se entendía en la ciudad como el principal órgano de gobierno y administración del ramo, y en ella participaban tanto el corregidor como el ayuntamiento a través de los regidores comisarios de limpieza. Contaba con una junta consultiva, que se reunía periódicamente o cuando la situación lo requiera, donde se trataban todos los asuntos de policía y limpieza de la urbe. Estaba compuesta por el superintendente y el corregidor de la Villa, que eran realmente los que tenían potestad ejecutiva y resolutive en las juntas, y comunicación con la Sala de Gobierno, además de los regidores comisarios de cada cuartel y el secretario del ayuntamiento. Trataban, fundamentalmente, cuantos asuntos administrativos, organizativos y de personal afectaban al ramo en general y los que en el día a día se daban en cada cuartel, además de pregonar y sacar las licitaciones públicas de limpieza y empedrados, y de dar curso a los procesos sancionadores que se aplicaban a los vecinos y obligados de la limpieza por contravenir las ordenanzas o contratas. No obstante, todos sus acuerdos y necesidades presupuestarias debían someterse a la aprobación de la Sala de Gobierno del Consejo, tal y como se había hecho anteriormente con la Junta de Ornato y Policía¹⁶⁶. Del mismo modo, los pleitos derivados de los procesos sancionadores por cometer faltas contra las ordenanzas de limpieza competían a la Sala de Gobierno, a la que se reconocía como tribunal con jurisdicción y competencias sobre policía urbana. La Superintendencia estuvo vigente y operante hasta 1649, momento en el que el corregidor de la villa asumió las atribuciones del superintendente, porque de facto ya las venía realizando desde prácticamente su creación, aunque sus acuerdos siguieron dependiendo de la Sala de Gobierno del Consejo de Castilla.

¹⁶⁶ Algunas aclaraciones sobre el ámbito competencial del Consejo de Castilla y la posterior Junta de Limpieza y Empedrado, se pueden consultar en el libro de Blasco Esquivias, B. *¡Agua va! La higiene urbana en Madrid (1561-1761)*. Madrid, Caja Madrid, 1998. Pp. 45 y 46.

Pero apenas asumido el cargo, López de Ayala comprobó que Madrid tan sólo contaba en ese momento con 24 carros para acometer las tareas de limpieza y empedrado, lo que le obligó a unir los cuarteles o parroquias de San Sebastián y Santa Cruz, quedando desde entonces dividida la ciudad en seis cuarteles, y cabe destacar que la condición de cuartel exclusivo que se le había dado a la plaza del arrabal o Mayor desde 1585 ya no la tenía¹⁶⁷. El 4 de mayo siguiente, a estos 24 carros se unieron los 18 con los que servirían los obligados de la limpieza que habían pujado por hacerse con este servicio municipal, disponiendo, con esta agregación, de tres carros más para cada uno de los seis cuarteles¹⁶⁸. Así quedaron organizados los seis cuarteles de limpieza:

- El cuartel de la parroquia de San Ginés -y San Luís- a cargo del regidor comisario Gregorio de Usategui, por sobrestante Andrés González; y por los tres carros obligados que se le repartían de Andrés Rejón, Pablo Banco y Juan Martínez el Manchego.
- El cuartel de la parroquia de San Justo a cargo del regidor comisario Juan Fernández, por sobrestante Martín de Villanueva; y por los tres carros obligados que se le repartían de Jerónimo Fernández, Andrés Herrero y Francisco Gómez.
- El cuartel de la parroquia de Santa Cruz y San Sebastián a cargo del regidor comisario Luis de Valdés, por sobrestante Juan Alonso; y por los tres carros obligados que se le repartían de Alonso de Benavente, Luis Rojel y Domingo Jaques.

¹⁶⁷ La división de Madrid en seis cuarteles o distritos urbanos para la limpieza de sus calles estuvo vigente hasta el 30 de julio de 1662 que pasó a dividirse en 13 cuarteles por una orden dada a Madrid por el Conde de Castriello, a la sazón gobernador del Consejo de Castilla. A.V.M. Secretaría 1-13-84.

¹⁶⁸ A.V.M. Secretaría 1-1-68.

- El cuartel de San Pedro y San Andrés a cargo del regidor comisario Juan de Almunia, por sobrestante a Enrique (sic); y por los tres carros obligados que se le repartían de Antón Bravo, Juan Martínez Panadero y Martín García.

- El cuartel de la parroquia de Santa María y las otras parroquias a cargo del regidor comisario Miguel Martínez del Sol, por sobrestante a Alberto (sic) y por los tres carros obligados que se le repartían de Santos Muñoz, Justo Alonso y otro (sic).

- El cuartel de la parroquia de San Martín a cargo del regidor comisario Martín de Montalvo, por sobrestante Francisco González; y por los tres carros obligados que se le repartían la cuadrilla de Diego Miguel.

Sin embargo, las disputas competenciales entre el corregidor y los regidores comisarios no se hicieron esperar, ya que estos últimos se quejaban al superintendente López de Ayala que el corregidor no les dejaba que dieran las órdenes oportunas a los sobrestantes de las calles que debían limpiar y, en consecuencia, no podían hacer las correspondientes libranzas de pago, por eso añadían *“no es justo que treinta mil ducados que en esto se gasta cada año se paguen por sola certificación que dan los sobrestantes”*, por mandato del corregidor. Pero el corregidor pidió no tener en cuenta las queja de los regidores, pues ya era costumbre que sus antecesores ordenaran a los sobrestantes los lugares que debían limpiar, y recordaba que la función de los regidores comisarios era comprobar y vigilar que los sobrestantes, obligados, carros y peones hacían bien su trabajo. Como no hubo manera de buscar una solución arbitrada, el ayuntamiento puso pleito contra el corregidor, que finalmente, el 15 de marzo de 1608, visto el pleito por el Consejo de Castilla, se ordenó que los sobrestantes tomaran las órdenes del corregidor, como hasta entonces lo

habían hecho¹⁶⁹. Igualmente, para evitar conflictos competenciales entre el corregidor y la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, tribunal con jurisdicción y competencias sobre la policía urbana, el Consejo mandó a los alcaldes de la Sala que *“no se entrometan en lo tocante al ornato y policía y puestos de las plazas y calles sino que lo haga el señor corregidor a quien está cometido como siempre lo ha hecho”*¹⁷⁰.

Los regidores no cejaron en su empeño y con el pretexto de tratar de mejorar el sistema de limpiezas, en repetidas ocasiones le recordaron al corregidor que cómo los carros de la limpieza se empleaban para servicios particulares no se atendía bien la limpieza de las calles. Incluso, en 1610 llegaron a hacer propuestas que se podrían considerar transgresoras para aquella sociedad estamental, como las relativas a los pagos del coste de limpieza y empedrados, en las que planteaban la disyuntiva de o bien hacer un repartimiento general a todas las personas poderosas y a las que tuvieran coches para que cada una pagase lo que al Consejo le pareciese señalar *“pues de sus casas se saca la más inmundicia y los empedrados son los que más daños reciben con los dichos coches con lo cual se relevarían a los pobres que tienen casas pequeñas que ni de ellas se sacan inmundicias ni gastan empedrado”*; o bien se hicieran cargo de dichos costes las sisas municipales porque todos las pagaban¹⁷¹.

Con todo, a comienzos de ese año 1610 se había puesto a funcionar el nuevo sistema de limpieza y, tras efectuar algunos ajustes por necesidades presupuestarias, en la Villa se contaba finalmente con 36 carros para la recogida de basuras e inmundicias de las calles, repartidos en seis carros por cada uno de los seis cuarteles existentes. Así lo daba a conocer un auto del corregidor Gonzalo Manuel fechado el 20 de enero del mismo año, en el que se explicitaba que cada cuadrilla estaba mandada por un sobrestante, que acudía diariamente a darle cuenta al corregidor de lo que hacían a hora señalada, pudiendo recibir encargo de acudir a limpiar donde más necesidad se tuviera. De su trabajo y comprobación del aseo de las calles hacían la preceptiva verificación los regidores comisarios o la persona en quien estos delegaban.

¹⁶⁹ Ibídem.

¹⁷⁰ A.V.M. Secretaría 1-73-30.

¹⁷¹ A.V.M. Secretaría 1-1-63.

Mientras que las obligaciones o contratas se debían pregonar y rematar *“en quien por menos lo hace y se obligan las personas en quién se rematan a servir todo un año que corre desde el día de San Andrés”*. De no hacerse así, en agosto y durante la vendimia no se encontrarían carros disponibles para hacer la limpieza de las calles a no ser que por ellos se pagara un precio alto, y menos después de haber bajado a los obligados el precio de 18 a 17 reales por el servicio de carro diario. Pero por ser tan extensa la urbe, el auto también explicitaba que los porteros y alguaciles de la Villa celarían para evitar los excesos de suciedad, que se añadirían algunas cuadrillas de peones en las épocas de lluvia, y para que la ciudad estuviera más aseada mandaba que se realizaran una o dos veces al año una limpieza general de las calles, como ya se había hecho en la centuria precedente, razón por la que había que estar prevenidos de encontrar carros disponibles en la comarca, o, en su defecto, mandar a los vecinos de cada calle que tuvieran carros para su limpieza repartiendo su coste entre ellos, tal y como ya ocurría en algunas calles y en la Plaza Mayor¹⁷².

Otra de las medidas impulsadas por el regidor Juan Fernández en 1606 tras el retorno de la corte de Valladolid, consistió en sistematizar los empedrados para todas las calles de la ciudad, porque *“el lugar de esta villa está tan desempedrado y sucio”*, que sería conveniente aprovechar los meses de verano. Sin embargo, como había conciencia de la escasez de dineros, propuso también que lo que costase se repartiera entre los dueños y moradores de las casas, como ya se hizo anteriormente y *“como se hizo cuando Vuestra Excelencia ha tenido su corte en la ciudad de Valladolid, y haciéndose así el lugar estará para habitar”*, porque había el consenso que era necesario empedrar para que estuvieran limpias las calles, ya que *“hay grandísimos hoyos y muy hondos y con los albañales se van hundiendo de agua y hay calles que no tienen dos palmos de empedrado donde pueda andar la gente de a pie”*¹⁷³.

El 7 de abril de 1607 el superintendente Diego López de Ayala aprobó las condiciones elaboradas por los alarifes de la Villa Juan de Aranda y Juan Díaz, por las

¹⁷² Ibídem.

¹⁷³ A.V.M. Secretaría 1-1-68.

que en adelante se debían empedrar las calles y plazas. Como quiera que estas condiciones tienen un importante interés y valor histórico para la ciudad de Madrid, porque son inéditas y, que se sepa, son las más antiguas que se conservan, se reproducen a continuación¹⁷⁴:

- *Primeramente hay que limpiar los hoyos de calles y plazas de cieno y basuras, y rehenchirlos con buena tierra negra, sin arcilla, y si fuera necesario se puede mezclar con arena. Si estuviese seco se echará agua y se sazonará como para una tapia - cincuenta pies cuadrados de superficie- y se irá vaciando en los hoyos que se han de empedrar, y lo saquen a pisón con sus tingas de tres dedos de alto.*
- *Luego se ha de empedrar con buena piedra gruesa, de cabeza de perro, grandes, todas de punta muy junta una con otra, derecha y a plomo y no trastornada, y acabándolo de empedrar se barrerá y se maceará y se recebará con buena tierra negra y arena, no arcilla, muy bien empedrado y rematado. Si fuere menester poner en algunas calles traviesas, deben ser de la piedra más conveniente pagándose lo que costase, y debiendo poner toda la piedra y tierra que fuera necesaria.*
- *Todos los albañales que salen de las casas se han de empedrar de piedra de cimiento hasta el conducto de aguas que está en la mitad de la calle, con una vara de ancho y media a cada lado y en caso que no hagan postura estos albañales por ser de diferente piedra han de pasar por la tasación que deberá hacer el alarife que la visitase. (Según consta en una glosa que está escrita al margen en el documento original, esta disposición no se incluyó finalmente en las condiciones generales de los empedrados).*

¹⁷⁴ Ibídem.

- *Es condición la persona o persona en quien se rematen los empedrados después de acabada una calle, tiene que verificarlo el comisario del cuartel o a quién tocasse –quiere decir al comisario que estaba al frente de cada cuartel o en su defecto al que éste delegase-, con uno de los alarifes de la villa y el escribano real, y en su presencia hacer la medición correspondiente y comprobar el remate de la obra, y si al parecer no se hubiera cumplido y fuera necesario tener que volver a empedrar por no estar bien ejecutado o ser inadecuada la piedra, el comisario y el alarife podrán estipular una bajada de precio por no haberse cumplido las condiciones, aunque se reconoce el derecho de apelar este dictamen ante el ayuntamiento que designará a otro comisario y alarife para que lo vean también y dictaminen.*
- *Hasta que la visita arriba estipulada no dé su conformidad no se podrá pedir libranza para que la villa pague que le tocasse.*
- *Se estipulan los 4 maravedís acostumbrados para pagar al escribano del ayuntamiento por los pregones y remates y estar presente en las mediciones, y a los alarifes por ver hacer dichas mediciones y como se empiedra. Así mismo, los empedradores tendrán que pagar el precio en que se remate cada tapia - cincuenta pies cuadrados de superficie-, sin que a la villa ni a los vecinos se les haga repartimiento por los dichos 4 maravedís.*
- *Las personas en quien se rematasen los empedrados -contratistas- están obligados a mantenerlos durante un año, desde el día en que se les diera por buena la obra; así que si en este tiempo se abriera un agujero tendrían que repararlo, y para que lo cumplan al acabar la obra tan sólo cobrarán la mitad del precio hasta que cumpla el año de garantía.*

- *Una vez iniciado el empedrado de una calle no se puede interrumpir, so pena de reducir en medio real de cada tapia -cincuenta pies cuadrados de superficie- que lo conforma.*

Estas condiciones de los empedrados se completaron con otras medidas afines en el auto del corregidor Gonzalo Manuel del 20 de enero de 1610, que mandaba dar cuenta al superintendente de las calles que se empedraban o reparaban, y que para su mayor diligencia pedía al ayuntamiento que se les pagase con puntualidad, pues al parecer *“es muy gran suma de maravedís”*¹⁷⁵.

El 10 de mayo siguiente Diego López de Ayala y el corregidor Gonzalo Manuel dieron orden al Concejo para que se pregonasen las *posturas* (Pliego técnico y Precio de licitación) que se habían de hacer para los empedrados y tapar los agujeros. Como norma general solía adjudicarse al obligado que había rematado la licitación o postura al precio más bajo. El remate siempre se hacía en presencia del regidor comisario del cuartel afecto, junto con la representación de dos vecinos “honrados” de la calle a empedrar, por lo que previamente se había hecho la medición de la calle en su presencia por un alarife y un escribano de la Villa. Pero tres años más tarde todo lo realizado no había dado los frutos esperados, pues *“la muchedumbre de coches maltratan los empedrados de suerte que es imposible dejar de tener oyos y barrancos que es de grande inconveniente para la limpieza, y así sea necesario que las calles estén bien empedradas y para que esto se haga como conviene se pague con puntualidad a los empedradores lo que se les debe que es muy gran suma de maravedís”*¹⁷⁶.

Desafortunadamente, estas primeras medidas se quedaron cortas *“por ser el lugar tan grande y algunas calles de tan malas corrientes es imposible que todas estén limpias, tienese particular cuidado de las principales por ser esto lo más necesario”*¹⁷⁷. Así que fue necesario insistir con otras medidas complementarias que sirvieran, de una

¹⁷⁵ A.V.M. Secretaría 1-1-63.

¹⁷⁶ *Ibidem*.

¹⁷⁷ *Ibidem*.

vez por todas, para consolidar de forma estable un sistema eficaz de limpieza. Los regidores comisarios, conocedores de la realidad cotidiana de las calles de sus respectivos cuarteles, volvieron a tomar la iniciativa y entrado 1611 le propusieron al corregidor una serie de medidas para su consideración, y la del superintendente López de Ayala. Entre ellas, aconsejaron incrementar el número de cuarteles; hacer un reparto equitativo de los costes de limpieza entre los vecinos; realizar una limpieza general de la ciudad durante el mes de septiembre; y que se vigilara escrupulosamente que el servicio de carros de los obligados no se dedicaran a otras tareas más que a la mera limpieza de las calles, debiendo permanecer en sus cuarteles, con la excepción de las necesidades que conllevaran los preparativos de las fiestas de la Villa o las propias del rey. También, que se limpiaran con puntualidad las calles más principales y concurridas; que se utilizaran en los empedrados piedras de cabeza de perro de gran tamaño; y que se ampliaran las contratas de los empedradores entre cuatro o seis años de duración, dándoles, a cambio, una satisfacción económica moderada para que hicieran bien su trabajo. Además, los propios regidores comisarios se comprometieron a visitar y vigilar con mayor asiduidad las calles de sus respectivos cuarteles, dando cuenta de su estado al corregidor, si bien, de comprobarse su desaseo pidieron sin tapujos poder cesar a sus sobrestantes, cuyo nombramiento era competencia exclusiva del corregidor, lo que volvía a denotar la pervivencia de la pugna que todavía existía entre los regidores y el corregidor en las tareas de limpieza, pues los sobrestantes estaban a las órdenes de éste último y no de los regidores¹⁷⁸.

De todas estas iniciativas tan sólo prosperó inicialmente la de acometer la limpieza general de la Villa. El 30 de agosto de 1611 en el Concejo de la Villa se recibía una orden de la Sala de Gobierno del Consejo, por la que se daba licencia al corregidor Gonzalo Manuel para que *“pueda hacer y haga en todas las calles de esta Villa la limpieza general que en cada un año antes de entrar el invierno se suele y acostumbra a hacer; para lo cual tome de esta Villa y de los lugares de su jurisdicción de cinco leguas, los carros que fueren necesarios”*; pagándoles a los carreteros los maravedís que el Consejo tenía asignados para la limpieza. Previamente, mandaban quitar todos

¹⁷⁸ Ibídem.

los montones de tierra y cascotes que había en las calles por las obras de los edificios que se estaban construyendo, cobrándose lo que costase su retirada a los dueños de las casas que los hubiesen echado¹⁷⁹. No obstante, algunas de las iniciativas propuestas por los regidores y otras más se enderezarían a la pública viabilidad entre 1611 y 1613, cuando por primera vez se produjo una reglamentación exhaustiva de las ordenanzas de limpieza de la villa, al tiempo que se completaba el organigrama del personal del ramo y se regulaban más detalladamente los mecanismos de control para procurar el aseo de las calles. Pero sin duda, algunas de las aportaciones más destacadas de este proceso regulador no vino de la superintendencia y su junta consultiva, sino de un pintor y orfebre de origen italiano llamado Antonio Ricci, que con sus propuestas e ideas cambiaría los métodos de hacer la limpieza de las calles, de evacuar parte de sus lodos y de establecer un sistema más eficaz para las contratas u obligaciones.

3.2. La consolidación del sistema: las contribuciones de Antonio Ricci y el nuevo marco regulador del ramo (1611-1649).

Desde comienzos del año 1611 Ricci había estado convenciendo al corregidor y a los regidores comisarios para que le permitieran probar su experimento de recoger la basura de las calles, ofreciendo mejores resultados que el sistema que se empleaba hasta el momento. Para ello, con la colaboración del maestro de carros Francisco Daza, había diseñado unos grandes carros con buena caja o bañera, provistos con ruedas de notables dimensiones, con diámetros de 5 pies castellanos las traseras y 4 pies las delanteras, ambas montadas con hierro. Como el pie castellano equivale a 30,48 cm, las ruedas traseras de estos carros llegaban a rebasar el metro y medio, y las delanteras el metro veinte. Esta particularidad permitía salvar con comodidad la zona central de la calzada, que era donde se encontraba el albañal o conducto al que llegaban y se depositaban las inmundicias y lodos que no se podían tener en las casas,

¹⁷⁹ A.V.M. Secretaría 1-2-29.

permitiendo su recogida más fácilmente al paso del carro, con la ayuda de las cuadrillas de mozos de escobas y palas que lo acompañaban. Además, los carros estaban dotados con dos escaleras, dos grandes cubas de madera reforzadas con hierro para recoger la basura que entregaban los vecinos al paso del carro, y con otras dos cubas grandes de madera, impermeabilizadas, que provistas con un sistema de bombeado, se empleaban para regar y quitar los lodos¹⁸⁰.

La propuesta de Ricci fue tan bien acogida, que la superintendencia se comprometió, sin pedir autorización previa al Consejo de Castilla, a satisfacer el coste del experimento que finalmente ascendió 4.840 reales con la mano de obra y mulas incluidas¹⁸¹. Más aún, el 26 de marzo de 1611 se dispuso que el experimento se probara en las calles del Príncipe, de la Cruz, la plazuela del Ángel y otras calles aledañas. Antes de hacerlo y siguiendo las instrucciones de Ricci, el corregidor Gonzalo Manuel dio una serie de instrucciones a los vecinos de las calles del experimento, como que tuvieran bien limpias las delanteras de sus casas; que no hubiera obstáculos ni escombros; que dejaran en el centro de la calle las inmundicias conforme al horario acostumbrado; y que en adelante los peones ya no les iban a avisar que llegaban los carros de la basura, sino que estando provistos de campanillas, al oírlas deberían bajar a la calle a depositar la basura en los carros. Ricci consiguió demostrar lo que había

¹⁸⁰ A.V.M. Secretaría 1-1-62.

¹⁸¹ A.V.M. Secretaría 1-1-62. Las partidas y el coste que supuso construir estos nuevos carros son las siguientes:

- Ocho ruedas, de las que cuatro con 4 pies de altura, y las otras cuatro de 5 pies de altura. Una con otra a 15 ducados que montan con hierro.
- Dos cubas para regar con sus aros o bardo de hierro, a 30 ducados cada una.
- Dos cubas para la basura, de madera más gorda y con más hierro que las de agua, a 40 ducados cada una.
- De dos escaleras de dos carros con sus correspondientes anclajes de hierro para colgarlas de cubas y la armadura del carro, 40 ducados cada una.
- Del instrumento del agua –bomba- con su regadera y llave de bronce, 45 ducados.
- Otros gastos de mano de obra en la elaboración y prueba de estanqueidad de las cubas de agua, 5 ducados.

propuesto, y las calles del experimento se limpiaron de lodos e inmundicias, y las basuras se recogieron con economía de tiempo y costes.

Animado el superintendente por el resultado tan satisfactorio del nuevo método, el 16 de enero de 1612 decidió que se repitiera el experimento delante de los miembros del Consejo de Castilla, pero esta vez incrementando el desafío, pues se tendría que limpiar la Calle Mayor, desde la Puerta de la Vega hasta la plaza de la Puerta del Sol y su prolongación por la Carrera de San Jerónimo, hasta el emplazamiento del Convento del Espíritu Santo, cuyo solar hoy lo ocupa el Congreso de los Diputados. Así, la Sala de Gobierno del Consejo de Castilla en pleno debía comprobar *“la traza, forma y orden que Antonio Richi da sobre la limpieza de las calles de la Villa y la traza de los carros que para ello ha hecho”*. Para la nueva demostración Ricci contaría con los dos carros que había diseñado, con cuatro mozos cada uno de ellos, acompañados de un visitador y un sobrestante con sus varas, para ambos carros. El Consejo autorizó el salario que para este personal solicitó Ricci, que en total por dos carros, dos carreteros, ocho mozos o peones ascendió a 48 reales, incluyendo las palas, azadones y escobas, más los 6 reales que percibirían el visitador y el sobrestante, estipulándose que, de funcionar el experimento, en adelante se les pagaría por semanas y que el coste de las cocheras o corrales donde se guardaran los carros se hiciera con cargo a las sisas de Madrid, que era de donde se pagaban buena parte de los gastos de la limpieza.

De nuevo Ricci obtuvo el resultado esperado, tanto es así, que apenas un mes después, el 11 de febrero siguiente, su método, con otros dos carros que se tendrían que construir conforme a su diseño, se extendió a muchas más calles de la ciudad, como, por ejemplo, a la calle de la Vidriera, que salía desde la plaza Mayor y subía a la plazuela de Santa Cruz, incluyendo la limpieza de esta plazuela; a la plaza delantera de la Cárcel, junto a toda la calle que conduce hasta la plazuela del Ángel; a las de Carretas y la de la Cruz hasta llegar a la calle Mayor; a otra calle, que no he podido identificar, desde la de la Cruz hasta la espalda de la Victoria, hasta llegar a la calle Mayor; a la callejuela que iba desde el frente de de la puerta del Corral de Comedias

de la Cruz, que bajaba y tenía la salida a la calle de Carretas; a otra callejuela que estaba más delante de otra que iba a dar a la portería de la Victoria; y a la calle del Príncipe, empezando donde vivía Alonso de Agreda hasta la calle Mayor. Todos estos parajes se tendrían que limpiar con dos carros, con cuatro peones cada uno, en compañía de un visitador o sobrestante. Al mismo tiempo, Ricci quedó con el encargo de la limpieza de la calle Mayor, pero además, unas pocas semanas después, se convirtió en el primer Visitador General de la Limpieza que tuvo Madrid, cargo técnico más importante con el que contaría el ramo durante toda la centuria y buena parte de la siguiente¹⁸².

En adelante el Visitador General de la Limpieza se encargaría, bajo la supervisión y autoridad del corregidor, y el control de los regidores comisarios de cada cuartel, de la administración y organización de la limpieza y empedrado de las calles de la Villa, verificando el cumplimiento de las labores de los obligados o contratistas, del correcto trabajo de las cuadrillas de carros y mozos, y de los empedrados. También, vigilaría que los carros y pertrechos estuvieran en buen estado para su labor; de la organización y ejecución de las limpiezas generales y mareras de las calles en épocas invernal o de notable suciedad; de las necesidades materiales del servicio de limpieza y empedrado, así como del estado de los muladares; de las intervenciones extraordinarias de limpieza e higiene con motivo de fiestas públicas o celebraciones cortesanas; del correcto empedrado de las calles, así como de los materiales y tipo de piedra que se debían emplear. Desde entonces, fueron de su competencia las cuestiones afectas al personal del ramo y dependientes de su cargo, como sobrestantes, alguaciles, mozos y temporeros, teniendo facultad para distribuir y organizar los trabajos de las cuadrillas cómo conviniese, así como de imponerles sanciones, con la preceptiva aprobación de la superintendencia, cuando faltaran al trabajo, fueran indisciplinados o incurrieran en dejación de sus labores. Además, podía proponer a nuevos candidatos a los puestos bacantes por cese, accidente o jubilación, así como proponer los sueldos, honorarios o gratificaciones que debían percibir.

¹⁸² Ibídem.

De todas las labores realizadas en materia de limpieza y empedrados, debía dar la preceptiva certificación firmada, pero debía ser refrendada por un escribano y un comisario regidor cuando se hicieran las llamadas visitas generales de limpieza, que en adelante se harían con mayor regularidad como un mecanismo de control y verificación de lo realizado en cada cuartel, y como requisito previo a los mandamientos de libranzas o pagos que debían percibir los obligados y el personal dependiente del ramo. Igualmente, debía dar la preceptiva certificación para imponer las faltas y sanciones por el incumplimiento de las obligaciones de limpieza. En el caso de los empedrados, la visita general la realizaría en compañía del comisario de cada cuartel, un escribano del ramo de limpieza y un alarife de la Villa. Se hicieron generalmente por la festividad de San Miguel, entrado septiembre, antes de la época de lluvias, con el propósito de verificar las reparaciones o nuevos empedrados de las calles realizados durante el verano, como requisito previo al libramiento de los honorarios que debían percibir los obligados del empedrado o, en su defecto, para imponerles las sanciones por el incumplimiento de sus tareas.

No cabe duda que con la propuesta de Ricci se había dado un paso muy grande para conseguir mejorar el aseo de las calles y la recogida de las basuras. Conscientes del avance los miembros de la Sala de Gobierno del Consejo de Castilla el 26 de mayo de 1612 dieron a Madrid un nuevo *Pregón*, que puede considerarse el primer reglamento específico o conjunto de ordenanzas de policía urbana encaminadas a preservar el aseo y el ornato debido de las calles¹⁸³. Este pregón estaba compuesto por 13 ordenanzas que recogía, modificaba o mejoraba las disposiciones que con anterioridad se habían mandado cumplir en lo tocante a urbanismo, vías públicas, limpieza y ornato, y esbozaba el procedimiento sancionador contra el incumplimiento de su articulado. Recogía, pues, buena parte de las normas que ya se habían establecido en los Bandos dados por la Junta de Policía y Ornato en 1590 y 1591, en las primeras disposiciones mandadas cumplir por el superintendente López de Ayala y en el Auto del corregidor Gonzalo Manuel de 1610, pero adaptados y actualizados a los cambios institucionales, administrativos y mejoras que en el servicio de limpieza se

¹⁸³ A.V.M. Secretaría 1-1-18.

habían introducido hasta el momento. Además, mostraba un creciente interés por actualizar y diferenciar pormenorizadamente las prohibiciones que afectaban a cada tipo de residuos, ya fueran los derivados de las diferentes actividades productivas, comerciales o urbanizadoras o ya fueran basuras o restos orgánicos, especificando el modo que se debía proceder para retirarlos, los plazos que se daban para ello y las sanciones que acarrearía su incumplimiento¹⁸⁴.

En su introducción, daba cuenta de la realidad de la urbe reconociendo el desorden que había imperado hasta entonces en la ciudad en lo referente a ornato y policía, incluso, en su primera ordenanza, se proponía limitar la población, ya fuera de la condición social que fuera, impidiendo que se edificaran nuevas casas más allá de los límites establecidos en la Villa. La segunda ordenanza, al igual que hiciera el Bando de 1591 y el Auto de 1610 también prohibía dejar escombros de obras o materiales de construcción en las calles sin la preceptiva licencia otorgada por el regidor comisario de cada cuartel, habida cuenta del extraordinario crecimiento urbano y demográfico que soportaba la ciudad, y las dificultades que entrañaba para el tránsito y la limpieza de las calles, con la novedad de otorgar un plazo de diez días para retirarlos. Desde la tercera a la duodécima ordenanza del pregón también se recogían las prohibiciones y obligaciones ya dadas en los Bandos de 1590 y 1591, y en el Auto de 1610, si bien, se orientaban de forma más específica a cada tipo de residuo y actividad productiva o comercial que lo generaba, como la prohibición de no poder dejar residuos en las calles resultantes de mercaderías o labores artesanales o gremiales, que entorpecieran la limpieza y el tránsito a los viandantes y carruajes; así como, venía a regular los usos que estas actividades realizaban en las vías públicas, mandado sustituir los pórticos de madera de los soportales por los de piedra en zonas céntricas y comerciales, restringiendo la ubicación de salientes en fachadas, la venta de materiales de construcción, maderas, etc., y estableciendo limitaciones a las actividades artesanales molestas, sucias y peligrosas que pudieran ocasionar perjuicios y calamidades. A los moradores de las casas y cuartos de alquiler se les prohibía tirar a la calle, ya fuera de

¹⁸⁴ Blasco Esquivias, B. *¡Agua va! La higiene urbana en Madrid (1561-1761)*. Madrid, Caja Madrid, 1998. Pp. 49 y 50.

día o de noche, cualquier tipo de basura e inmundicia, recordándoles que debían hacerlo por la puerta principal o falsas de las casas, debiendo depositarlas en mitad de la calle y no en otro lugar, pero insistiendo en que debían sacarlo a la calle a partir de las once de la noche en verano, desde primeros de abril hasta finales de septiembre, y después de las diez de la noche en invierno, desde comienzos de octubre hasta finales de marzo, bajo las penas estipuladas. Se facultaba a los dueños de la casa a repercutir las multas a los criados e inquilinos que lo contravinieran. Igualmente, se prohibía echar a la calle estiércol o desechos de animales y caballerizas, y cuando tuvieran que limpiar sus casas, corrales u obradores debían contratar previamente un servicio de carros o proveerse de serones, para sacarlo fuera de la Villa sin manchar ni entorpecer las calles.

Igualmente, como ya se había mandado en los Bandos de 1590 y 1591, se estipulaba que ninguna persona tuviera albañal o vaciadero en sus casas de no ser a ras del suelo o a una tercia levantado del mismo, y no más alto aunque fuera para la evacuación de aguas limpias o de lluvia, obligando al que lo tuviera a quitarlo en el plazo de seis días, bajo la amenazante sanción de 600 maravedís al que no lo hiciera. Sin embargo, como no se indicaba la forma en que los dueños de las casas debían ubicarlos, construirlos y utilizarlos, los albañales siguieron provocando humedades, lodos y pestilencia, y continuaron ocasionando pleitos y demandas entre los vecinos, como en la centuria precedente. También, reiteraba la prohibición de tener las lumbreras de las cuevas y sótanos descubiertas, que no debían ser pocas, y, con respecto a echar inmundicias y aguas sucias a la calle, se pronunciaba en los mismos términos ya conocidos, recordando la prohibición de tirarlas por ventanas y azoteas, e insistiendo que se sacaran a la mitad de la calle por las puertas en los horarios establecidos bajo la pena de 600 maravedís por su incumplimiento. La decimotercera ordenanza y última, estipulaba sucintamente que todos los asuntos, negocios y sanciones debían tramitarse a través del escribano Pedro Martínez, a quien también se facultaba para oficializar los nombramientos de los porteros y alguaciles del ramo, prohibiéndoles a estos últimos cualquier tipo de intromisión en estos asuntos, pues tan sólo les competía la imposición de denuncias y el cobro de las sanciones a los

infractores, bajo la pena de la privación de su oficio y el destierro de cuatro años de la Villa.

Este pregón, que estuvo vigente durante tres décadas, se fue mejorando con el añadido de algunas modificaciones y disposiciones referentes a empedrados, muladares y policía urbana en general, y sirvieron de base para el nuevo reglamento de policía urbana de la Villa, que fue dado por la Sala de Gobierno del Consejo de Castilla el 13 de agosto de 1641. Así, en lo tocante a los empedrados, el 17 de noviembre del mismo año 1612, la Sala de Gobierno, habiendo visto lo propuesto por la Superintendencia de Limpieza y Madrid, mandaron que las dos aceras de las calles que se empedrasen, las pagasen los dueños de las casas cuyas delanteras *“se empedraren pagando cada uno lo que le tocara conforme a la pertenencia de la casa que se empedrara, y lo de en medio de las calles y todas las plazas las pague esta villa de Madrid de las sisas como estaba mandado, sin concurso con que en lo que toca a las plazas se entienda las calles que tuvieran más de sesenta pies de ancho; y los veinte pies de ancho de cada acera de las dichas plazas paguen los dueños de las casas y lo de en medio la Villa”*. En adelante, también mandaron, que de todo lo relacionado con los empedrados se encargase Antonio Ricci, Visitador General de la limpieza, y que por su certificación se despachasen todos los mandamientos, repartimientos y libranzas que fueran necesarias para la cobranza de los empedrados. En el caso de producirse reclamaciones o dudas en la aplicación de este mandato, el superintendente Diego López de Ayala se encargaría de solucionarlas¹⁸⁵.

Las innovaciones de Ricci no acabaron aquí, en los meses posteriores a su nombramiento como primer Visitador General de la Limpieza se dedicó a analizar la situación en la que se encontraban las calles de la Villa y los modos con los que tradicionalmente se venían limpiando para, finalmente, proponer un nuevo método por el que los obligados o contratistas debían de limpiar todos los cuarteles de la Villa, que en adelante, conforme a sus indicaciones adoptaron un cambio nominal en sus designaciones, rebautizándoles con un nombre más sencillo y práctico, normalmente

¹⁸⁵ A.V.M. Secretaría 1-2-24.

alusivo a una parroquia o monasterio conocido de cada cuartel. Para elaborar este método Ricci se centró primero en el Cuartel de Santa Cruz, el más complejo por comprender zonas concurridas y principales como la calle Mayor, para que le sirviera de modelo de sus propuestas y, de ser aceptado, extrapolarlo y adaptarlo al resto de los cuarteles, con algunas especificaciones y variaciones concretas atendiendo a la zona de la ciudad en la que se encontraban y a la calidad de sus moradores. Así, en el citado cuartel, extrapolable a los restantes, se establecieron tres modos de limpieza para las calles de la Villa: el primero llamado de “*cumplida limpieza*”; el segundo de “*mediana limpieza*” y el tercero de “*venturero*”¹⁸⁶.

La *cumplida limpieza* consistía en barrer diariamente las calles principales de cada cuartel y recoger la basura de todas las casas que se encontraban en ellas. La *mediana limpieza* consistía en limpiar cada sábado otras calles de menor importancia que las anteriores, y recoger diariamente la basura y las inmundicias que se hubiera echado en ellas. Finalmente, el *venturero* o *limpieza venturera* tenía por objeto limpiar el resto de calles de cada cuartel tan sólo una vez al mes y recoger la basura todos los viernes. Este tipo de limpieza estaba orientado a satisfacer no tanto las necesidades generales de higiene de la urbe sino a las calles principales, a las más comerciales, y a una minoría de privilegiados, de cortesanos, aristócratas y grandes funcionarios, que tenían sus residencias en ellas. Más aún, la inclusión de una calle en uno de los tres modos posibles de limpieza, radicaba en que previamente residiera en ella o no un personaje importante o de alcurnia. Esta “*polarización socio higienista*” también se observa en las zonas de la ciudad que estaban sujetas al servicio de riego obligatorio, entre las que no faltaban todas las pertenencias de las casas de los señores del Consejo y presidentes de los mismos que hubiera en un cuartel, la delantera y los patios del Alcázar del rey, la plaza de las Descalzas, la delantera del palacio del duque de Uceda, y otras similares.

Los modos de la limpieza del Cuartel de Santa Cruz, conformado por la calle Mayor, desde la puerta de la Vega hasta las fuentes del Prado, la calle de San Jerónimo

¹⁸⁶ A.V.M. Secretaría 1-2-10 y 1-2-25.

y todas las que había hasta la calle de Atocha y plaza Mayor, sin formar parte de él la calle de Atocha ni la plaza Mayor, Ricci los estipulo de la siguiente manera¹⁸⁷:

- Cumplida limpieza: Todos los días se debían barrer las calles y recoger la basura de todas las casas de: la calle Mayor desde Santa María hasta el Espíritu Santo; calles de los Sombreros, de la Amargura, calle de las “Ubas” (sic), de Santa Cruz, de Carretas, plazuela del Ángel con toda la calle del Prado, calles de las Huertas hasta llegar a la de los Leones, calle de la Cruz y calle del Príncipe.
- Mediana limpieza: se limpiarían las calles cada sábado y se recogerían diariamente la basura y las inmundicias que se hubieran echado en las calles. Este modo se aplicaría a todas las calles que había hasta llegar a la calle de los Leones, que salía a la plazuela de Antón Martín y va dar al Prado, incluida la referida de los Leones.
- Venturero: una vez al mes se limpiarían las calles y se recogerían las basuras todos los viernes. Se aplicaría en el resto de las calles del cuartel.

Además, añadía algunas particularidades específicas para dotar de más eficacia su limpieza como:

- Durante todo el año el cuartel tenía que estar servido con 7 carros, 3 fijos para la recogida de las basuras de sus calles y cuatro “cajas” que tendría que proveer su obligado o contratista.
- Todos los días, la calle Mayor tendría que estar limpia a las doce de la mañana, con condición, además, de que todos los carreteros y barrenderos estuvieran a las órdenes del alguacil para lo que mandase, *“so pena que el visitador le imponga, porque el alguacil a de cuidar de ellos y cobrarle el salario de los mismos al obligado semanalmente, lo que entre ellos estuviera concertado”*.

¹⁸⁷ A.V.M. Secretaría 1-2-10.

- Los carreteros debían vaciar los carros de basuras solamente en los lugares señalados, bajo la pena de 2 ducados por cada carro no vaciado en su vertedero correspondiente, con obligación de que toda la broza que dejaran los empedradores en las calles tendrían que retirarla referidos obligados empedradores o, con su licencia, por los que estos contratasen.
- Otorgaba a los obligados la facultad de denunciar a las personas que *“delinquieren al pregón”*, y, como era costumbre en el sistema de denuncias, podían llevarse la tercera parte de la multa impuesta al infractor.

En vista de la aceptación que tuvo su propuesta, seguidamente adapto los modos de limpieza y algunas de las especificaciones anteriores a los cuarteles de Santa María, de San Hermenegildo y de la Merced; obviándose las de los dos cuarteles restantes, el de Santo Domingo y el de Santiago, ya que no hemos encontrado documentación que nos la describa¹⁸⁸.

Con respecto al cuartel de Santa María, conformado por la calle de Jacometrezo, que comenzaba desde *“la cruz”* de la Red y plaza de San Luis y terminaba en el Monasterio de monjas de los Ángeles, y desde ésta la bajada al Juego de Pelota, a la Casa del Tesoro y al Alcázar, hasta llegar la Puerta de la Vega. También, todas las demás calles que había entre estas y las calles Mayor y de la calle de San Luis formaban parte del cuartel, sin entrar las calles Mayor y de San Luis. Ricci estipuló que este cuartel se debía limpiar exclusivamente con los dos primeros modos de limpieza por ser todas las calles muy frecuentadas y *“llenas de casas de Respeto”*.

Así, de cumplida limpieza serían la calle de Santiago, desde la puerta de Guadalajara hasta Palacio, y la calle que va desde El Salvador a San Juan; la que iba por las Cocinas del Alcázar hasta el Juego de la Pelota, y desde las Casas del Tesoro a la calle de Santiago, que se llamaba de Santa Clara, *“con toda la pertenencia de las casas*

¹⁸⁸ A.V.M. Secretaría 1-2-25.

del Duque de Uceda, la plaza de las Descalzas con toda la calle que sale della a la mayor que llaman de San Ginés”, y la calle del Arenal, desde la Puerta del Sol hasta incluir toda la plazuela de Santa Catalina de los Donados. En todas las restantes calles del cuartel se establecería el modo de la mediana limpieza.

También matizaba que el riego debía realizarse todas las mañanas en los tres patios del Alcázar y su delantera, desde la puerta principal hasta la del Tesoro, y *“lo que le tocare de la pertenencia del Sr. Presidente, por la mañana a las cinco”*. Y por las tardes también habría que regar los mismos lugares más la plaza de las Descalzas, la pertenencia del Duque de Uceda, y *“las demás que hubiere de los señores del Consejo y presidentes, y también se ha de regar todas las mañanas que mandare el Presidente, desde su casa a Palacio a las cinco”*. En lo demás debían regir las condiciones del cuartel de Santa Cruz.

Para el cuartel de San Hermenegildo, conformado por las calles de Fuencarral, calle de San Luis, hasta la Puerta del Sol, y todas las demás que desde éstas iban hasta la Carrera de San Jerónimo, sin entrar la Carrera de San Jerónimo que iba desde la Puerta del Sol hasta el Prado; proponía que la persona que se obligase a su limpieza debía seguir los tres modos propuestos de la siguiente manera:

- Las calles donde se debía establecer la cumplida limpieza eran las de San Luis, hasta la de los Padres de San Basilio, y desde la Red de San Luis toda la calle del Caballero de Gracia hasta la iglesia de San Hermenegildo, la calle de Nuestra Señora de los Peligros, y la que iba desde el Hospital de los Italianos a la de Alcalá, llamada de los Cedaceros.
- La mediana limpieza le correspondería a la calle de las Infantas, que comenzaba en la de Fuencarral e iba hasta las espaldas del Monasterio de San Hermenegildo, junto a todas las que había entre ellas, las de San Luis y Carrera de San Jerónimo.
- La de venturero serían las restantes calles hasta las afueras del cuartel.

En cuanto al riego, se debían regar las delanteras de las pertenencias o casas *“de los señores del consejo y presidentes que hubiera”*, y regir en lo demás lo mismo que para el cuartel de Santa Cruz.

Con respecto al cuartel de la Merced, la persona que se obligase a limpiarlo, conformado por toda la calle de Atocha, desde la Plaza Mayor hasta el Hospital General que llamaban de San Roque, y todas las calles que había entre ésta y la calle de Toledo y plaza Mayor, sin entrar la referida plaza ni la calle de Toledo, debía atender a los tres modos de limpieza siguientes:

- La cumplida limpieza debía aplicarse a la calle de Atocha, desde la plaza Mayor hasta el Hospital de los Desamparados, calle de los Relatores con la plazuela del Conde de Alba de Liste y la calle que iba desde la dicha plaza a Nuestra Señora de la Merced y la Compañía de Jesús hasta topar con la de Toledo. También se incluían las calles de Barrionuevo, hasta llegar con la de Atocha.; la calle Imperial con la del Crimen hasta llegar a la de Toledo; y la calle de la Concepción Jerónima, hasta la de Toledo.
- Las calles de mediana limpieza eran las de la Magdalena, que salía de la plazuela de Antón Martín e iba al Hospital de la Pasión, junto a todas las que había entre ésta y las calles de Atocha, Toledo y plaza Mayor.
- En las restantes calles que había desde la calle de la Magdalena hacia fuera serían del modo venturero.

El riego de este cuartel se aplicaría a la calle de Atocha, desde la plaza Mayor hasta la plazuela de Antón Martín, y a todas las pertenencias de las casas de los señores del consejo y presidentes que hubiese en el cuartel. Para lo demás se guardarían las condiciones dadas para el cuartel de Santa Cruz.

Además de los modos de limpieza y particularidades que debían realizarse en cada cuartel, Ricci también propuso otras condiciones que debían asumir los obligados en sus contratas y en el desempeño de su trabajo diario, y que básicamente se resumían a las siguientes¹⁸⁹:

- Los peones de los carreteros, a su paso por las calles, deberían avisar a los vecinos de la recogida de las basuras al grito de “*¿Hay basura?*”, sin por ello percibir compensación alguna de los vecinos, pues ya estaba concertado su pago con el obligado.
- Los obligados tendrían que regar durante todas las tardes del verano las calles principales de cada cuartel, además de las pertenencias de los señores del gobierno que estuviesen en el cuartel, a los ocho de la mañana de cada día, así como barrer sus patios y soportales.
- Todos los obligados de la limpieza deberían acudir a las fiestas públicas de la ciudad para lo que ordenase el comisario general –superintendente- y para tal fin la Villa les daría cubas, sin perjuicio de tener que llevar sus carros bien enramados y compuestos.
- Al obligado que se le señalase acudiría a la casa del visitador general para lo que este le mandase o precisara la limpieza, así como acompañarle cuando hiciera la visita a su cuartel, con el propósito de comprobar su estado, señalar las cosas que habría que mejorar o imponer penas por las faltas, cuya cuantía se usaría también para los gastos de la limpieza, sin que se llevara parte alguna el visitador general.

¹⁸⁹ A.V.M. Secretaría 1-2-10.

- La limpieza concertada se pagaría a los obligados por semanas o meses, como mejor prefiriesen, para que ellos también pudieran pagar a sus oficiales y trabajadores con puntualidad y conforme al salario concertado.

Como incentivo para los obligados, *“en parte de pago y merced de lo bien que deben hacerlo se les dará las comodidades siguientes”*:

- Todos los terreros que se ofrecieren de cada cuartel, a costa de los dueños de la tierra a retirar, la podrían quitar cobrándolo conforme a la tasación realizada por los oficiales que designe el comisario del cuartel. Así mismo, todo lo que no fuera basura o lo que no estaban obligados a recoger, podrían retirarlo concertando el precio con el dueño de la casa.
- El comisario regidor de cada cuartel haría pregonar en todas las calles y casas la obligación de cumplir las ordenanzas para mejorar las condiciones de trabajo de la limpieza.
- Todos los vecinos estarían obligados a empedrar la pertenencia de sus casas hasta el medio de la calle y en las plazas hasta 20 pies en ancho, y lo demás se haría a costa de la Villa. Los empedradores tendrían como obligación que toda la tierra y broza que saliera de su labor la retiraran sin dilación al acabar el empedrado de una calle. *“Con esto estarán las calles siempre bien empedradas y con más facilidad se podrán conservar y limpiar”*.
- El comisario regidor de cada cuartel estaría facultado para nombrar en su cuartel a un alguacil y un escribano, a costa de la Villa, para que juntos hicieran las preceptivas rondas *“ejecutando a los delincuentes que vieren ensuciando de la limpieza -multas- y haciéndoles también limpiar a su costa de ellos lo que hubieren ensuciado”*. Se facultaría también a alguaciles, oficiales y escribanos a denunciar a los obligados que no cumplieran con la limpieza.

- Los comisarios regidores limitarían la concesión de licencias de obras en sus cuarteles, a no ser de gran necesidad, con el propósito de evitar echar a la calle material alguno y mucho menos tierras o escombros que son los que más perjuicios causan a la limpieza.
- Se tendría que dar sitio señalado en la parte que quisieren, fuera de la Villa, para que se hicieran sus muladares, y que pudieran disponer libremente de ellos, con pena de dos ducados por cada carreta que los carreteros vendieran a otra persona distinta de los obligados, por plazo de un año.

Pero, como veremos más adelante, por más incentivos que se dieran a los obligados de la limpieza, lo cierto es que a medida que transcurría la centuria sus condiciones laborales y económicas fueron empeorando notablemente. Esta situación estuvo propiciada tanto por una deliberada presión administrativa, que reiteradamente subastaba las contratas a presupuestos más bajos, como por las subidas de los precios de los efectos que se precisaban para prestar el servicio (paja, cebada, hierro, madera...). Fue tal la situación de algunos contratistas en algunos momentos puntuales, que las contratas ya no sólo fueron gravosas para sus bolsillos, sino que se convirtieron en auténticas pesadillas, abocándoles a la quiebra económica y conllevando la enajenación de sus bienes y la imposición de duras penas de prisión por incumplir con su obligación.

Todas estas propuestas y nuevas innovaciones de Ricci fueron tan bien acogidas, que sin encontrar razón para interpelarlas o modificarlas, fueron aprobadas por el superintendente López de Ayala el 30 de mayo de 1613, momento en el que gracias a estos cambios introducidos se conocía de primera mano lo que costaba diariamente limpiar cada cuartel, e incluso el ahorro que supuso para algunos de ellos. De este modo, el cuartel de la Merced, bajo la obligación de Juan de Pastrana, antiguo obligado del de Santo Domingo, tenía un coste diario de 8 ducados; el de Santiago, bajo obligación de Juan de Usátegui costaba 100 reales al día; el de Santa Cruz 120 reales bajo la obligación de Juan Alonso; el de San Hermenegildo llevado por Juan de

Agreda, 60 reales; y el de Santo Domingo, cuya obligación empezó a llevar en estos momentos Fabricio Bruneti a un coste diario de 60 reales, lo que supuso 26 reales diarios menos del coste con el que lo había servido su anterior obligado Juan de Pastrana¹⁹⁰.

Lo que si precisó de una mayor reformulación y esfuerzo regulatorio fueron las propuestas de Ricci tocantes a los procesos denunciatorios y sancionadores por faltas cometidas por los obligados o por los vecinos contra lo dispuesto en los pregones. Fue, pues, necesario revestir de legalidad y reglamentar adecuadamente las funciones de los alguaciles, porteros y escribanos para que dieran el curso correcto a las denuncias, ya que algunas terminarían siendo vistas por la Sala de Alcaldes de Casa y Corte. En este sentido se les exigió hacer las pesquisas necesarias para identificar a los infractores, cobrar las sanciones y vigilar el debido aseo y ornato de las calles. Y es que a la Villa y al Consejo de Castilla le iba mucho en ello, pues además de corregir las faltas de contratistas y de aleccionar coactivamente a los vecinos sobre las cuestiones de limpieza, las sanciones y multas proporcionarían una importante fuente de ingresos con los que cubrir buena parte de los salarios del personal del ramo, y otros costes de la limpieza y los empedrados de las calles. Como veremos más adelante, con las sanciones a particulares y obligados se llegaría a recaudar una parte importante del presupuesto total del ramo. En este sentido, la Sala de Gobierno del Consejo de Castilla, el 11 de enero de 1613, dio un nuevo pregón, cinco meses antes de que el superintendente aprobara las propuestas e innovaciones de Ricci, sobre los modos de limpieza de los cuarteles y otras particularidades ya descritas. En su dilatada experiencia como juristas, los componentes de la Sala de Gobierno querían tener todo bien dispuesto antes de que comenzara su andadura el nuevo sistema.

Este Pregón de 1613 estaba compuesto por ocho disposiciones que en adelante se debían cumplir escrupulosamente, y eran las siguientes¹⁹¹:

¹⁹⁰ A.V.M. Secretaría 1-2-25.

¹⁹¹ A.V.M. Secretaría 1-1-18 e impreso en A.V.M. Secretaría 1-2-9.

- Que haya seis alguaciles de limpieza, que sirvan a su vez de sobrestantes, uno por cada uno de los seis cuarteles de la corte, y que cada uno diera cuenta de su correspondiente limpieza.
- Los referidos alguaciles se encargaran de las funciones tanto de policía urbana como de la limpieza, y denuncien de lo uno y de lo otro, mientras que a los porteros sólo les facultaba para las funciones y denuncias de policía urbana. El visitador general podrá elegir a cuatro porteros para que le acompañen en la visita de los cuarteles. Que estos cuatro porteros y los seis alguaciles tuvieran de salario cada uno 4 reales diarios, además de la tercera parte que les corresponde del cobro de las multas. Los 40 reales de salario diario de los seis alguaciles y los cuatro porteros *“se pague de la tercia parte que por los pregones de la policía y limpieza se aplican para obras públicas –se refiere a las denuncias–”,* y si la tercera parte de las multas no alcanzase para a pagar sus salarios, se tomaran de la tercera parte de las multas que le corresponde percibir al juez que las sentencia, que no es otro que *“uno de los dichos señores del Consejo, y no llevar la dicha parte –se refiere al superintendente–”.* Y si aún así no se cubriesen los salarios, haciéndose la cuenta cada cuatro meses el superintendente o comisario general de la limpieza ordenara pagarles lo que falte con cargo a los gastos ordinarios de limpieza.
- Todas las sanciones cometidas contra los pregones de limpieza serán sentenciadas por el superintendente Diego López de Ayala, del Consejo, mientras que las tocantes a la policía urbana las sentenciara el corregidor, como hasta ahora se ha hecho en la Villa. Todas las multas se repartirán en tres partes: una para los denunciantes, otra para el juez –superintendente- y otras para obras públicas. El corregidor percibirá su tercera parte acostumbrada como juez de las condenaciones que afectan a la policía urbana.
- Las penas que no excedan de 12 reales no comportarán la apertura de causa judicial, sino que bastara con las cédulas que expidan los escribanos del

ayuntamiento, Francisco Testa y Pedro Martínez, para que los alguaciles y porteros las cobren a los infractores. Las de mayor cuantía se tramitaran, previa a su proceso judicial, dando mandamiento en el reverso de las cédulas, donde constará la denuncia, la fe del escribano que estuvo con el alguacil o portero denunciador, o en ausencia del escribano con el testimonio de testigos.

- La relación de todas las condenaciones y denuncias estarán a cargo del escribano Diego de Robles, oficial del escribano del ayuntamiento Pedro Martínez, como hasta ahora se registran las de policía, para dar cuenta y razón de la parte que de las multas le toca a porteros y alguaciles (los salarios de estos se obtenían de estas multas), y para lo que dispondrán de un libro donde asentarán todas las condenaciones, y porque causa y cuantía se les condena a los infractores.
- Por las denuncias que hicieran los escribanos percibirán un real y medio de costas, así como para el que acompañe a los alguaciles y porteros que hicieran las denuncias tanto de policía como de limpieza, esto es, a favor de Francisco Testa y Pedro Martínez, cobrando cada uno la mitad. Se matiza, que el escribano Pedro Martínez se encargue, como hasta el momento, de las denuncias afectas a la limpieza y ornato, mientras que de las de policía urbana se encargue Francisco Testa. Para todas las demás cuestiones de ornato y policía recaerán en el referido Pedro Martínez conforme a las cédulas reales y autos expedidos por el Consejo de Castilla. No obstante, cualquiera de los dos escribanos tendrá facultad para firmar las cédulas de las denuncias y cobranzas *“para que no se impida el despacho”*.
- Que los alguaciles y porteros de la policía guarden y cumplan las órdenes que reciban del visitador general sobre limpieza y policía, y que los cuatro porteros que le acompañen en sus tareas reciban su salario por semanas, de dos en dos, para que se les pueda quitar cuando no cumplan con sus obligaciones y poder

nombrar a otros en su lugar. *“Y si los dichos Alguaciles o porteros no cumplieren con las órdenes del dicho Visitador, los pueda poner en la Cárcel de la Villa”.*

- Que en la villa se hagan más cuarteles de los que hay, y así se le comunica a Diego López de Ayala para que mande hacer lo que convenga a este respecto, y haga cumplir y ejecutar todo lo contenido en este auto.

A través de la lectura de estas disposiciones, queda claro que se establecía una organización jerarquizada del ramo de limpieza y policía urbana con la finalidad de vigilar e inspeccionar los cuarteles la limpieza de las calles de la Villa. Dependientes del Visitador General, revestido de autoridad en las cuestiones que afectaban al control de los cuarteles, se encontraban los seis alguaciles y cuatro porteros, a los que se les había otorgado capacidad jurídica para denunciar y cobrar las multas, e incluso con la presencia de un escribano o testigos iniciar una causa penal que debía juzgar la Sala de Alcaldes. Tanta responsabilidad otorgada a los alguaciles y porteros no se correspondía con el sueldo modesto que se les había asignado de apenas 4 reales diarios mientras que la dejación o incumplimiento de sus deberes podría acarrearles la pérdida del empleo o incluso la prisión. La Sala de Gobierno del Consejo de Castilla a sabiendas que el complemento de su salario se obtendría de la tercera parte de las multas que debían de imponer, supuso que cumplirían más eficazmente con su trabajo. También, el pregón deja claro la potestad y capacidad, ya presente con anterioridad, del superintendente como juez de las causas que afectaban a la limpieza y el ornato, y del corregidor como juez de las causas que afectaban a las obras públicas, cuando las condenaciones que sentenciaban ambos no excedían 12 reales, ya que de ser mayor la cuantía de la multa, entendida como una infracción más grave, la causa le competía al tribunal de la Sala de Alcaldes. Por esta razón, no es de extrañar que este pregón y los que contenían las ordenanzas de limpieza y policía vigentes en la Villa también se mandaran guardar por la Sala de Alcaldes, en cuyos libros de gobierno se insertaban anualmente, junto a la graduación de las penas punibles que acarrearba cada

infracción, puesto que con frecuencia los miembros del tribunal de la Sala debieron recurrir a ellos para proceder a resolver las causas judiciales¹⁹².

También, se sistematizaban y dejaban definidos los procedimientos que se habían de seguir para realizar las denuncias, el cobro de las multas, su registro detallado en libros, o proceder a la apertura de una causa judicial. Para todos estos procedimientos, igualmente, se establecían las facultades y actuaciones que debían desempeñar los dos escribanos de la Villa, precisando sus respectivos ámbitos competenciales, limpieza y ornato, y policía y obras públicas, como garantes de la veracidad y legalidad de los mismos, así como los derechos que debían percibir por ellos. Sin embargo, en lo tocante a la consideración de la Sala de Gobierno de que se aumentasen los cuarteles, finalmente no tuvo aplicación y siguió prevaleciendo la división de Madrid en seis cuarteles hasta 1662, que pasó a trece.

Pero como toda regulación legal precisa de su entrada en vigor y funcionamiento para comprobar sus resultados, apenas un año después, el 3 de abril de 1614, por iniciativa del corregidor Pedro de Guzmán, se ponía pleito contra los escribanos, alguaciles y porteros del ramo de limpieza. Al parecer se habían dado quejas y noticias al referido corregidor de que los susodichos *“con poco temor de Dios y de la justicia, tienen por trato todos en general de mucho tiempo a esta parte de hacer como hacen muchos cohechos...”*, e iban acumulando las denuncias que imponían a muchas personas recibiendo de ellas mucho dinero, y no solo eso, sino que también, se quedaban con parte del dinero que no les correspondía a ellos como denunciadores, contraviniendo lo que estaba mandado por la Sala de Gobierno del Consejo de Castilla. Como ya apuntamos, la escasa remuneración que se había asignado a este personal hacía tentador poner más celo, pero también picardía en el desempeño de sus funciones al depender de ello su complemento retributivo. En consecuencia, se abrió proceso penal contra los acusados, encargándose al escribano Felipe Núñez Bravo las pertinentes averiguaciones e interrogatorios a los testigos, tras cuyos testimonios, finalmente, el gobernador del Consejo de Castilla ordenó el auto de

¹⁹² González de Amezúa, A. 1933 pp. 61

prisión para los encausados¹⁹³. Para evitar en lo sucesivo estas tentaciones, el 16 de septiembre por un auto de la Sala de Gobierno se mandó que los alguaciles y porteros no retuvieran el dinero recaudado de las multas en el arca acostumbrado, bajo la amenaza de perder su oficio.

Los problemas continuaron y dos años después se volvía a acusar a los alguaciles y porteros de no haber dado cuenta y razón de 1.500 reales de multas impuestas a los vecinos, pese a que se les había reclamado en diversas ocasiones, más aún, cuando ya llevaban ocho meses sin dar cuenta de la relación dineraria que obraba en su poder. De nuevo, se les condenó a prisión quedando bajo la custodia del visitador general Ricci hasta que dieran cuenta de las multas impuestas y dineros recaudados¹⁹⁴. A finales de ese año 1616, Ricci, al haberse quedado sin parte de los alguaciles y escribanos cuarteleros, encerrados en prisión, propuso al superintendente López de Ayala los nombramientos de sus sustitutos, con su compromiso de que todo el que no ejerciese correctamente sus funciones lo pondría en su conocimiento para su cese y reemplazo. El 14 de enero de 1617, López de Ayala autorizaba los nombramientos propuestos por el visitador general, aunque precavido por los antecedentes, por un corto periodo de prueba de apenas dos meses, con el salario acostumbrado¹⁹⁵.

Los nuevos alguaciles cumplieron con la confianza que se había puesto en ellos, como así dieron cuenta los escribanos en diversas relaciones de las sanciones que habían puesto y cobrado. Así, la relación de cuentas tomada al alguacil Juan Alonso presentaba detalladamente todos los dineros que recibió del cobro de las condenaciones por faltas de limpieza a los vecinos de la Villa, y se verificó dicha relación el 14 de enero de 1619, resultando un monto total de 2.065 reales por 79 expedientes de denuncia –a vecinos solos, grupos, a un constructor y dueño de una casa. Sin embargo, no se los entregó al licenciado y receptor de los dineros de los alguaciles, Diego de Robles, por tener un auto de la Sala de Gobierno que le permitía

¹⁹³ A.V.M. Secretaría 1-2-5.

¹⁹⁴ A.V.M. Secretaría 1-2-7.

¹⁹⁵ A.V.M. Secretaría 1-11-60.

retenerlos a cuenta de sus salarios y los de Alonso Benegas, su escribano. Más aún hubo de recibir del citado Diego de Robles 418 reales que montaron las costas de las referidas denuncias y que hubo que satisfacer a los escribanos del ayuntamiento. En otra relación del propio Diego de Robles se daba cuenta de las cantidades que le entregó el alguacil Bartolomé Sierra de las multas recaudadas entre el 19 de febrero de 1618 y la fecha de esta relación, 22 de febrero de 1619, en virtud de mandato del licenciado Pedro de Tapia, a la sazón nuevo superintendente o comisario general de la limpieza, del Consejo y Cámara de S.M., que ascendía a 935 reales más 118 reales de costas. Por último, otra relación del 13 de marzo de 1619, daba cuenta de las multas y cobros del alguacil Gonzalo González -ya difunto-, y que también había tenido que tomar a su cargo el alguacil Diego de Robles, receptor de los dineros de las multas, en colaboración con Juan de Langarica, escribano del cuartel del difunto alguacil, y de su testamentario Juan de Peñalosa. Dicha relación se concluyó el 21 de marzo del dicho año, montando 570 reales de multas y 105 reales de costas¹⁹⁶.

Como podemos apreciar, mientras que estos alguaciles trataban de cumplir con sus funciones, sus retribuciones solían retrasarse, lo que motivaba que la Sala de Gobierno se viera obligada a dar autos específicos a algunos de ellos, como al alguacil Diego de Robles, permitiéndole percibir su salario directamente de lo recaudado. Esta descoordinación no se podía mantener y se antojaba desaconsejable para el correcto control de los cuarteles, habida cuenta de los antecedentes y procesos penales abiertos contra alguaciles, porteros y escribanos. Así que fue preciso recurrir a la continua remoción de sus cargos, a ceses continuos y al sometimiento de un mayor control por parte del visitador general de la limpieza. Prueba de ello es que el 25 de febrero del mismo año, mientras se estaban viendo las relaciones de cobros y multas de los alguaciles recientemente nombrados, se produjo el cese y nombramiento de otros nuevos o que estaban ejerciendo el cargo con provisionalidad¹⁹⁷. La manera de nombrar a los alguaciles y escribanos era la siguiente:

¹⁹⁶ A.V.M. Secretaría 1-135-27.

¹⁹⁷ A.V.M. Secretaría 1-1-85.

“En la villa de Madrid a 25 días del mes de febrero de 1619 años, el Sr. Licenciado Pedro de Tapia, del Consejo de S.M. y Comisario de esta Villa de Madrid, dijo que nombraba y nombró a Gonzalo Bustos de Lara por alguacil de la limpieza del cuartel de San Hermenegildo y a Juan de Plaza por escribano, para que lo sirvan por el tiempo que fuere de su voluntad, para los quitar sin causa o con ella, y lleven cada uno de ellos los 4 reales de salario que han llevado los demás sus antecesores, dando primero el dicho alguacil fianzas de que usará su oficio bien y fielmente y darán cuenta de los maravedís que cobrasen, prendas que sacaren por las condenaciones que se hicieren de la dicha limpieza y empedrado y para ello se les dio poder y comisión para poder usar los dichos oficios de alguacil y escribano. Lo firmo: Pedro de Tapia”¹⁹⁸.

Con todo, la Sala de Gobierno del Consejo de Castilla era consciente de que por más que se removieran los cargos, la lealtad y fidelidad de los alguaciles, porteros y escribanos devenía del pago de sus salarios con prontitud, razón por la que el 13 de junio de 1619 en un auto mandaba de nuevo que *“todas las dichas condenaciones se conviertan y gasten en pagarles los dichos salarios y también se les pague de la tercia que de las condenaciones de policía se aplican para obras”*, tal y como ya se había mandado también por otro auto del pasado 11 de enero de 1618¹⁹⁹.

Los alguaciles, porteros y escribanos no fueron los únicos que padecían la precariedad y el retraso en el pago de sus honorarios; el mismísimo visitador general también padeció no pocas estrecheces económicas y falta de medios para el desempeño de su oficio. Ya en 1615 Ricci había solicitado en repetidas ocasiones que se le concediese una ayuda de costa para atender sus obligaciones, a las que finalmente se les dio satisfacción, incrementándosele el salario en 800 reales anuales para que pudiera mantener con ellos la cabalgadura que tenía a su cargo y suplir los gastos de paja, cebada, alquiler de cuadra y mozo que la atendiera. Cuando Ricci hizo esta petición de ayuda al superintendente su situación personal no era nada halagüeña, ya que en su casa tenía que alimentar a 17 miembros de su familia y

¹⁹⁸ Ibídem.

¹⁹⁹ A.V.M. Secretaría 1-135-27.

criados²⁰⁰. Pero como esta ayuda de costa le era insuficiente, en compañía de algunos escribanos trató de incrementar sus ingresos haciendo informes técnicos y preceptivos a particulares para que les fueran concedidas licencias de obras. Por razones obvias, a la Sala de Gobierno del Consejo de Castilla no le pareció correcto lo que estaba haciendo su visitador, por lo que en diferentes autos de 1615 a 1618, se le advirtió que le estaba prohibido cobrar por otros medios que no lo fueran por el desempeño de su cargo, y de seguir haciéndolo sería sancionado. Al parecer, al atender Ricci sus asuntos particulares descuidaba sus obligaciones, de ahí que de nuevo el 3 de febrero de 1620 se comisionó a un escribano para notificarle y recordarle que debía visitar todos los días, por la mañana y por la tarde, las calles de la Villa para comprobar si estaban limpias y empedradas, llevando consigo a un escribano que diera cuenta y razón de lo que había visitado para, con su certificación, poder percibir su salario. Más aún, dicho escribano debía dar cuenta en la certificación de las calles que Ricci había visitado a caballo para que se le pudiera librar la ayuda de costa que cinco años antes se le había concedido²⁰¹.

A la altura de 1620, finales del reinado de Felipe III, por primera vez la Villa de Madrid contaba con un sistema de limpieza regulado y sistematizado en todos sus ámbitos competenciales. Distinto es que fuera todo lo eficaz que se pretendía, pues, como veremos en los epígrafes siguientes, a menudo las calles continuaron presentando un aspecto deplorable, y en lugar de dotar al ramo de mayores recursos económicos, de incrementar los medios técnicos y humanos, y de procurar a los vecinos una mínima educación cívica, se siguió optando, como en los periodos precedentes, por una presión continua sobre los obligados de la limpieza y un férreo control del personal del ramo, a través de los consabidos procedimientos coactivos y sancionadores, y de las siempre recurrentes limpiezas generales, a costa del esfuerzo de los agricultores, hortelanos y carreteros de la tierra de Madrid.

²⁰⁰ A.V.M. Secretaría 1-2-2.

²⁰¹ A.V.M. Secretaría 3-493-19.

En adelante, pocos cambios se introducirían en el ramo de limpieza hasta entrada la década de 1640, salvo algunas actuaciones puntuales. Todo lo más, se afanaron en resolver problemas puntuales o necesidades concretas, como en 1618 que la Sala de Alcaldes tuvo que resolver un contencioso entre Madrid y los sesmeros de su tierra puesto que habían pedido que no se les exigiera que fueran más con sus carros a limpiar las calles, porque al parecer la última vez que lo hicieron estuvieron sus campesinos tres meses sin poder labrar sus tierras²⁰². De igual modo, en 1624, el licenciado Gilimón de la Mota, superintendente de los viajes de agua y sus obras, del Consejo de Castilla, investido de la autoridad que le daba su cargo, y aún no perteneciendo al ramo de limpieza, prohibía a Lucas Martín, obligado del pescado, que vertiera a la calle las aguas sucias e inmundas del remojadero del pescado. Paradójicamente, el remojadero se encontraba junto a una de las casas del eminente letrado, y, peor todavía, junto a una fuente nueva que se había establecido en su proximidad, razón por la que se obligaba al referido Martín a sacar fuera de la ciudad el agua sucia y la basura del remojadero y evitar el riesgo de *“entrarse dentro de las arcas y cañerías, por ser agua sucia y de tan mal olor”*²⁰³.

Otras actuaciones tuvieron lugar en el Alcázar, donde frecuentemente se mandaban limpiar las secretas o letrinas de las damas y sus conductos, pues al parecer se atascaban y llenaban con bastante frecuencia y precisaba de una limpieza anual²⁰⁴. Igualmente, en 1631 se repararon y limpiaron las “necesarias” o letrinas de la Cárcel de la Villa por el albañil Mateo Sánchez de Oliva y los poceros Pedro López y Tomás Gómez; y en 1636, Francisco Martín, maestro empedrador, por mandato de los comisarios regidores de los mataderos de la Villa, y a un coste de 508 reales, empedró todo lo necesario en ellos, como las naves de las vacas y carneros, boticas, corrales donde se encierran las vacas, el patio principal, un albañal que sale abajo de la nave del corral nuevo y a la puerta del corral otro pedazo; y en el Hospital de San Lorenzo otro albañal que salía a la calle²⁰⁵.

²⁰² A.V.M. Secretaría 1-2-37.

²⁰³ A.V.M. Secretaría 3-493-14.

²⁰⁴ A.G.P.R. Administrativa. Obras. Leg. 712 bis, exp. 29 y Leg. 5.207, diversos expedientes.

²⁰⁵ A.V.M. Secretaría 3-493-19.

Lo más destacado fue el auto mandado por el superintendente de limpieza Alonso de Cabrera, del Consejo y Cámara de S.M., el 18 de noviembre de 1626, por el que se notificaba a los obligados de la limpieza el lugar donde debían verter la basura de sus respectivos cuarteles. Con este auto se venía a corregir una disposición mandada por la Sala de Gobierno del Consejo de Castilla en 1618, por la que se permitió establecer muladares en los baldíos que se encontraban en los arrabales, *“porque aún siendo muchos los carros no bastarían si hubiesen de dilatarse más a lograr el fin por la precisa y considerable detención de los repetidos viajes que se necesitaban”*²⁰⁶. Gracias a este nuevo auto de 1626 podemos conocer aproximadamente donde se localizaban algunos de los muladares existentes en la villa en este momento, y la sanción de 3.000 maravedís que se les podía imponer a los obligados de no usarlos, sanciones que se repartirían en tres partes, una para el denunciador y las dos restantes para los gastos de la limpieza²⁰⁷.

Estos muladares se encontraban en:

- Una tierra o solar que había en la bajada de la calle de la Mancebía, frente a las calle de Miraelrío y del Peñón, bajando por cualquiera de estas dos calles. En este muladar tenía que verter la basura Francisco Martín, obligado del cuartel de San Miguel, que hasta este momento usaba el muladar que había junto a la Puerta de Toledo.
- El obligado de la limpieza de la Plaza Mayor, Juan Fernández, se le mandaba que en adelante hiciera los vertidos en el mismo lugar que el anterior.
- Al obligado Juan de Pastrana, se le mandaba seguir vaciando las basuras a espaldas del cercado propiedad del regidor Juan de Pinedo.

²⁰⁶ A.V.M. Secretaría 1-13-84.

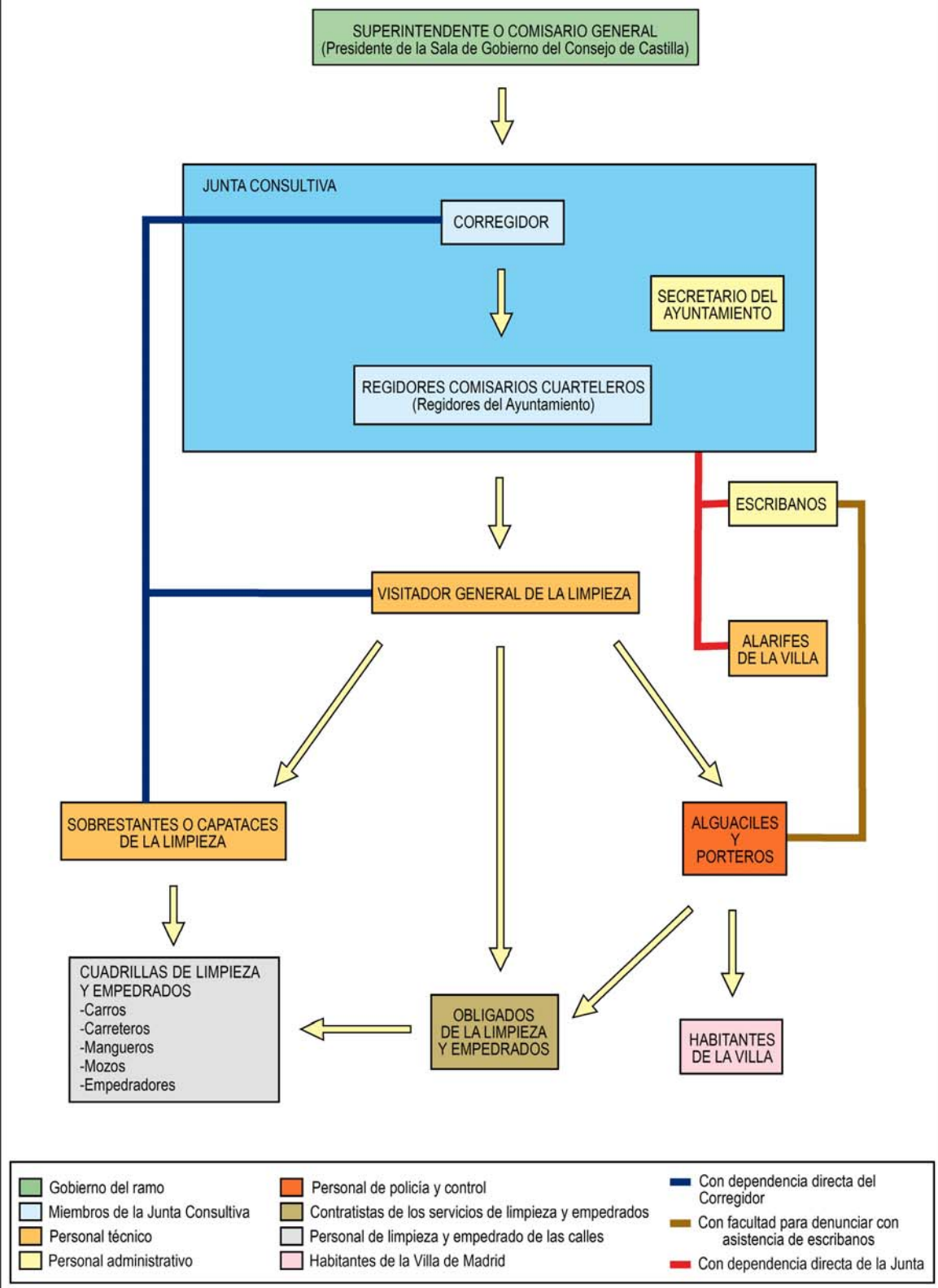
²⁰⁷ A.V.M. Secretaría 3-493-14.

- El obligado del cuartel de Santa Cruz, Felipe de Morales, debía hacerlo en una tierra que estaba a la espalda de una casa que Gabriel Baras o Bajas tenía junto al Monasterio de Santa Isabel, que al parecer era propiedad de las iglesias de Santa María y San Pedro. Si bien, por tener el referido obligado arrendado el cercado de don Diego Ramírez, se le autorizaba a vaciar en él alguna basura, pero lo más alejado que pudiera del camino de Vallecas.

- Al obligado del cuartel de San Hermenegildo, Diego López, se le ordenaba verter la basura en una tierra que había enfrente de la cruz del camino de Alcalá, dejando la cruz a mano izquierda, que según parece era propiedad del licenciado Cuadros, a la que se accedía por un camino que se encontraba antes de llegar a la cruz y que conducía también al cercado de los frailes Jerónimos.

A modo de resumen en el siguiente cuadro se detalla gráficamente la composición del ramo de limpiezas, con sus respectivas atribuciones y funciones, que estuvo vigente desde la creación de la Superintendencia de limpieza de Madrid, en 1607, hasta la década de 1640, que se introdujeron nuevas variantes que comentaremos más adelante.

Gráfico 1. ORGANIZACIÓN DE LA SUPERINTENDENCIA O COMISARÍA GENERAL DE LIMPIEZA DE MADRID (1607-1649).



3.3. Procedimientos de control y verificación de la limpieza de los cuarteles de la Villa: la presión coactiva sobre los vecinos y la precarización creciente de las obligaciones o contratas de la limpieza.

Uno de los procedimientos más habituales a los que se recurrió para mantener la limpieza de las calles fue la condenación a los vecinos de la Villa por contravenir las ordenanzas de limpieza, un procedimiento que era conocido también bajo la denominación de *sacar prendas a los vecinos*. Estas condenaciones, que pretendían adoctrinar y prevenir coactivamente a los vecinos sobre los comportamientos indeseables que afectaban al aseo de las calles, ya se venían utilizando con frecuencia desde la Edad Media. A lo largo de todo este tiempo, conocieron una reglamentación creciente, paralela al notable desarrollo urbano y demográfico de la urbe, a través de los autos y pregones normativos que mandaron la extinta Junta de Policía y Ornato, el Concejo, el corregidor y la Sala de Gobierno del Consejo de Castilla, y que con cierta periodicidad se daban a conocer al público, para su estricto cumplimiento. En estas normas no sólo se establecían los modos y comportamientos que se debían emplear para mantener limpias las calles o la forma en la que se debían disponer albañales o dejar la basura en las calles, sino también, la sanción estipulada y punible por su deliberada o descuidada contravención. Esto es, hubo un interés creciente por reglamentar las sanciones punitivas para cada disposición de las ordenanzas que se incumpliera, al igual que, con la graduación de las penas, se permitía establecer una clasificación de las mismas para su correcto control administrativo y proceder, en el caso de algunas de ellas, las más graves, a abrir una causa penal contra los infractores en la Sala de Alcaldes.

La graduación y punición de las multas o condenas requirió, igualmente, de un creciente desarrollo administrativo, jurídico e institucional. Así, al superintendente o comisario general de la limpieza se le había investido con capacidad jurídica para poder sancionar a los vecinos, al personal dependiente del ramo y a los obligados de la limpieza cuando cometían faltas en el cumplimiento de sus contratas. Esta potestad o capacidad jurídica también la poseía el corregidor en el ámbito de policía urbana y

obras públicas. Si la sanción superaba los 12 reales por ser falta grave, entonces, estos daban curso al procedimiento que debía resolver en causa penal la Sala de Alcaldes. También comentamos, como a través de los pregones normativos de 1612 y 1613 se reglamentaron los procesos sancionadores a través de las cédulas y denuncias que validaban los escribanos de la Villa, y como se invistió a los sobrestantes o capataces de cada uno de los cuarteles en alguaciles o autoridades del ramo de limpieza con capacidad jurídica para denunciar, imponer multas a los vecinos y a los obligados, que incumplieran las ordenanzas o sus obligaciones²⁰⁸. Del mismo modo, se matizaron los procesos recaudatorios de las multas, que quedaban bajo control administrativo y contable de los escribanos de la Villa, utilizando, para este propósito, libros de registro en los que debían asentar las denuncias, dando cuenta de quiénes eran los infractores de las mismas, las sanciones que se les imponían y la cobranza de las mismas. Estos libros permitían conservar la debida constancia administrativa de los hechos y de los infractores, y verificar contablemente lo recaudado, para poder proceder a su distribución, generalmente en las tres partes acostumbradas, si no había disposición específica en contrario por parte de la Sala de Gobierno del Consejo de Castilla. Así, una tercera parte del dinero recaudado con las sanciones las percibía el superintendente o corregidor como juez que resolvía e imponía la sanción pertinente; otra tercera parte se destinaba al presupuesto de limpieza y empedrados, con el propósito de aliviar sus abultados gastos; y una última tercera parte se destinaba íntegramente a financiar los sueldos y honorarios de los alguaciles y porteros. Los derechos que debían percibir los escribanos por dar curso legal a las denuncias o procedimientos sancionadores se cobraban aparte a los sancionados.

Estas multas o condenaciones, que con total discrecionalidad imponían los alguaciles, e incluso los porteros del ramo, llegaron a ser muy gravosas para los vecinos porque de su cantidad y cobro no sólo dependía el salario de los alguaciles y porteros, sino también, un suculento incentivo para sus honorarios, y un medio eficaz para la autoridad del ramo de persuadir a los vecinos de cometer infracciones. Sin embargo, las condenaciones llegaron a ser tan lesivas y continuadas, sobre todo en lo tocante a

²⁰⁸ A.V.M. Secretaría 1-1-18 y 1-2-9.

dejar escombros, materiales de obras y enseres de oficios artesanales o mercaderías en las calles, que apenas un año después del pregón de 1613, y ante los enormes perjuicios que ocasionaban a no pocos vecinos, muchos de ellos con escasos recursos económicos, el mismo Consejo de Castilla, habiendo visto *“el pregón que está dado de las penas que tienen los que no guardan la orden que estaba dada sobre la limpieza de las calles de esta corte; dijeron que moderaban y moderaron las dichas penas que tienen los que no guardan el pregón de la limpieza”*; en consecuencia se establecía la siguiente cuantía de las penas²⁰⁹:

- El vecino que hiciese o labrase obra en su casa y sacase sin licencia materiales y escombros a la calle se le castigaría con 2 ducados de multa al dueño de la casa que la hiciese y al maestro de obras con otros 2 ducados.
- El que tuviese materiales en la calle sin licencia pagaría 1 ducado.
- El que tirase basura, tierra, arena u otra cosa que contraviniera el pregón, 3 reales hasta dos espuestas, y de dos espuestas a una carga 6 reales. Si fuese más de una carga pagaría los 6 reales más lo que determinase el comisario de la limpieza (superintendente).
- El que echase aguas hediondas de pescados, 12 reales contenidos en el pregón.
- El que echase inmundicias antes de las horas señaladas, 6 reales, contenidos en el pregón.

No era para menos, en 1615, tan sólo en la docena de denuncias que tramitó el alguacil Pedro Zapata algunas de las multas impuestas a particulares, sancionadas por el superintendente López de Ayala, ascendían a cantidades considerables²¹⁰. El vecino Diego de Crialle (sic) fue multado con 54 reales, más uno y medio de costas para el

²⁰⁹ A.V.M. Secretaría 1-134-54.

²¹⁰ A.V.M. Secretaría 1-135-45.

escribano, por dejar en la calle de la Cruz nueve cargas de tierra sin la licencia pertinente; a dos mujeres que vivían frente a los Trinitarios Descalzos, que no quisieron decir su nombre, se las sancionó con 6 reales por haber sacado a la calle dos espuestas de basura contraviniendo la ordenanza; a otra vecina llamada María de la O, de la calle de las Negras, con 12 reales, más uno y medio de costas, por vaciar en la calle espuestas de ceniza y paja; a un chirrionero que vertió arena en la calle de San Luis se le multó con 6 reales por cada carga de tierra vertida; a una bodegonera de la calle de Fuencarral, que tampoco quiso decir su nombre, se la multó con 9 reales, más uno y medio de costa para el escribano, por tirar a la calle 3 espuestas de estiércol.

Estas denuncias de 1615, a las que había que añadir las de los alguaciles Cuevas, Gonzalo González, Nicolás Juárez, Diego Pérez de San Martín, Pedro Franco y los porteros de la vara, son sólo un pequeño esbozo de la cantidad de multas con las que regularmente se castigó a los vecinos, valiendo de muy poco los escritos, recursos y peticiones de amparo que elevaban al superintendente para que les perdonase la sanción o les permitiera aplazar su pago, con el fin de evitar el embargo de sus bienes o acabar en prisión²¹¹. Para hacernos una idea de quiénes soportaban estas multas y sus cuantías son representativos los datos de los expedientes de condenaciones de los años 1616 y 1626, donde claramente los condenados eran individuos que a toda costa querían preservar su anonimato, pues solían negarse a decir su nombre, aspiración que no fructificaba porque los alguaciles, tras efectuar las pesquisas acostumbradas, acababan sabiendo quiénes eran y dónde vivían.

Las faltas más habituales eran cometidas normalmente por mujeres, por algunas criadas y, por ejemplo, hasta por la esclava de un boticario que vertió aguas sucias por la noche, pasadas las diez y media, en la Cuesta de Santo Domingo, enfrente de Leganitos. La multa habitual era de 300 maravedís, más un real y medio de costas, por verter aguas negras, a partir de las diez de la noche, por la puerta de la casa que daba a la calle, pero se incrementaban hasta los 600 maravedís, más la costa habitual, cuando las inmundicias y aguas sucias se arrojaban desde la ventana. Si no pagaban las

²¹¹ A.V.M. Secretaría 1-134-54.

multas se tomaban medidas más expeditivas como la confiscación de algunos de sus bienes con el propósito de subastarlos y rematarlos al precio que satisfaría la cuantía de la multa. De no tener bienes propios se les encerraba en la Cárcel Real hasta satisfacer el pago al receptor de la policía, que a la sazón era el corregidor de la Villa de Madrid²¹².

A finales de la década de 1630 la cuantía de las multas con las que se castigaban las faltas más habituales continuó en niveles similares a los de las dos décadas precedentes, si bien, se fue incrementando notablemente el volumen de sanciones que padecían los vecinos. Desde entonces, fue preciso disponer de un mayor control de los asientos y registros contables de los dineros que se recaudaban, con el fin de proceder sin equivocaciones al posterior reparto de lo recaudado en las tres partes acostumbradas, esto es, una tercera parte para el alguacil o portero denunciador; otra para el superintendente o corregidor como jueces de las condenaciones; y la tercera para el presupuesto de la limpieza y los empedrados. En consecuencia, la superintendencia estableció una puntual reglamentación de las sanciones, con el propósito de diferenciar claramente las distintas faltas que se podían cometer y la cantidad o multa punible correspondiente a cada una de ellas.

Con esta nueva reglamentación también se facilitaba bastante la labor de los alguaciles y porteros a la hora de determinar, en las denuncias que imponían, el tipo de falta cometida y su correspondiente sanción, al mismo tiempo que les permitía minorar el margen de que disponían los vecinos de protestar, reclamar o alegar cualquier tipo de confusión o justificación, con el fin de evitar su oneroso pago. Así, el 24 de abril de 1638 la Sala de Gobierno del Consejo de Castilla aprobó, y dio a conocer mediante los pregones acostumbrados, la relación de penas con las que podían ser sancionados los vecinos, ya fueran eclesiásticos o seglares, que contravinieran lo estipulado en las ordenanzas de limpieza y empedrados, así como, en diversas disposiciones que competían a urbanismo y a obras en la vía pública²¹³.

²¹² A.V.M. Secretaría 1-135-1, 3-493-14 y 1-135-45.

²¹³ A.V.M. Secretaría 1-4-16.

En la tabla siguiente se detallan las faltas y la multa con que se castigaba cada una de ellas, además, del real y medio de costa que también tenían que satisfacer los infractores como pago de los derechos que debían percibir los escribanos de la limpieza, por cada cédula o denuncia que cursaban.

Tabla 1. Relación de sanciones punibles por contravenir las ordenanzas de la limpieza (1638).

TIPO DE FALTA COMETIDA	SANCIÓN
Labrar la delantera de una casa saliendo a la calle, sin licencia.	4 ducados*
Ocupar la calle con cualquier tipo materiales de obras, escombros o enseres de cualquier oficio, sin licencia.	1 ducado
Por cada espuerta ordinaria de tierra, estiércol o basura que se echara en la calle.	3 reales
Por cada carga ordinaria de tierra, estiércol o basura que se echara en la calle.	6 reales
Por cada carretada de tierra, estiércol o basura que se echara en la calle.	1 ducado
Por hacer cueva o sótano sin licencia.	4 ducados*
Por minar la calle más allá del sitio de su casa y por hacer lumbreras que salgan del plomo de la pared.	4 ducados
A la persona que edificara más allá de los límites de esta Villa.	15.000 maravedís
Por alterar o modificar los empedrados de las calles	4 ducados**
Vaciar una letrina en la calle, sin licencia.	4 ducados
Por vaciar el muladar de una casa, sin licencia.	2 ducados
Por cada espuerta de basura que no se llevaran de balde los basureros de los vecinos.	3 reales
Por cada carro de basura que vendieran los carreteros sin licencia, porque lo debían llevar a los puestos señalados.	2 ducados
A los chirrioneros que derramaran tierra por las calles, por el mal estado de las cajas de sus carros o chirriones, y lo mismo a los carreteros de la limpieza.	12 reales
A cualquier borriquero que no llevase azadón ni espuerta, cuando sus pollinos o cabalgaduras iban cargadas de tierra, basura u otra cosa, por si se les cayese en la calle y debían recoger y limpiar.	3 reales
Por cada hoyo que se hiciese en la calle para luminarias, sin licencia.	5 reales
Por no vaciar las aguas inmundas de noche en el medio del conducto de la calle – albañal-.	4 reales
A los tratantes de pescado o porqueros que vaciaran el agua sucia o las inmundicias de su trato en la calle, a cualquier hora.	12 reales

* Pagaderos por el dueño de la casa y el maestro de obras responsable a partes iguales.

** Pagaderos por el empedrador que lo cometa y el dueño de la casa cuya pertenencia afecte a ese empedrado. *Elaboración propia a partir de A.V.M. Secretaría 1-4-16.*

Pero por más que se trataran de corregir los comportamientos incívicos de los vecinos, a través de estos medios coactivos, lo cierto es que se lograban muy pocos avances. Apenas un año después la Sala de Alcaldes volvía a pregonar las preceptivas ordenanzas, recordando la prohibición de arrojar inmundicias, basuras y aguas sucias a las calles, fuera de los horarios autorizados, tal y como se venía haciendo con regularidad desde el auto del corregidor Gonzalo Manuel de 1610 y del pregón de 1612; a la vez que se seguía extremando la vigilancia para evitar la formación de basureros clandestinos²¹⁴. Quizá, una urbe tan densamente poblada como Madrid, de unos 140.000 habitantes que moraban en un caserío distribuido en apenas 700 hectáreas de superficie urbana, entre los que no debían faltar buen número de inmigrantes y recién llegados, obligaba a la autoridad competente a reiterar la publicación de estos pregones normativos con sus correspondientes apercibimientos sancionadores²¹⁵.

Otros de los procedimientos empleados por la Superintendencia y la Sala de Gobierno del Consejo de Castilla, para procurar el aseo de las calles, fueron las llamadas visitas generales de la limpieza de los cuarteles, que en adelante se convertirían en un mecanismo fundamental del sistema de limpieza establecido. Estas visitas, al igual que ocurría desde época medieval, no sólo estaban previstas como un mecanismo de control o de verificación de las limpias y empedrados que debían hacer los obligados o contratistas, sino que, a partir de este momento, con su estandarización se buscó la manera de minorar los costes de las contratas presupuestadas por la Villa, a través de las succulentas multas que se imponía a los obligados por faltar a la limpieza o los empedrados de sus respectivos cuarteles. Por

²¹⁴ Este pregón fue mandado por la Sala de Alcaldes el 23 de septiembre de 1639. Deleito Piñuela, J. *Sólo Madrid es Corte. La capital de dos mundos bajo Felipe IV*. Espasa Calpe. Madrid, 1942. Pp. 128. El mismo año, se notificó a Juana de Cardona, viuda de Diego Santayo, caballero de Santiago, que cercara unos patios derribados pertenecientes a su casa, porque en ellos los vecinos hacían muladares y se vertían muchas inmundicias, en A.V.M. Secretaría, 3-493-19.

²¹⁵ Los datos sobre las dimensiones de la urbe en Marín Perellón, F. "La configuración de centro y periferia", en Pinto Crespo, V. y Madrazo Madrazo, S. (dir). *Madrid, Atlas Histórico de la Ciudad, siglos IX-XIX*. Lunweg Editores. Madrid, 1995. Pp. 88-93. Sobre la demografía en Reyes Leoz, J. L. de los, "Evolución de la población", en Pinto Crespo, V. y Madrazo Madrazo, S. (dir). *Madrid, Atlas Histórico de la Ciudad, siglos IX-XIX*. Lunweg Editores. Madrid, 1995. Pp. 140-145.

esta razón, las visitas a los cuarteles se hicieron con bastante regularidad durante todo el Antiguo Régimen.

Había dos tipos de visitas generales. Por un lado, se realizaban las visitas generales de limpieza con el propósito de controlar el trabajo realizado por los obligados, en principio con una periodicidad anual, pero entrada la década de 1610, cuando se consolidó el nuevo sistema de limpieza, pasaron a hacerse mensualmente, y ya en la década de 1630 incluso se hicieron semanalmente. Por otro lado, se realizaban las visitas generales de los empedrados, que se solían efectuar conjuntamente con las de la limpieza para verificar que los empedradores habían realizado su trabajo conforme a lo estipulado en sus contratas, y, por lo tanto, con su misma periodicidad.

Pero la visita general más importante de todas, que podemos decir que fue todo un ritual del sistema que se mantuvo durante prácticamente todo el Antiguo Régimen, fue la que se hacía una vez al año, coincidiendo con la festividad de San Miguel, al finalizar el verano. Con su ejecución había necesariamente que verificar que durante los meses estivales se habían realizado los empedrados de las calles que así lo requerían, previa limpieza exhaustiva de las mismas, y evitar con su ejecución los perjuicios que ocasionaban las lluvias, los excesos de agua o humedad y los pestilentes lodos. En el Archivo de la Villa de Madrid, en la sección de Secretaría, se conservan numerosos documentos sobre las diferentes visitas efectuadas a los cuarteles de la Villa durante todo el Antiguo Régimen. Se pueden consultar en el tomo LXXVIII del índice de los documentos de Secretaría, que trata sobre la limpieza y el riego de las calles entre 1494 y 1843. La periodicidad a la que aludimos está documentada desde el año 1607, momento en el que ha entrado en vigor la nueva división de Madrid en seis cuarteles y se ha creado la Superintendencia de Limpieza. Gracias al vaciado de algunos de estos documentos se ha podido comprobar que todos los años se hacía una importante labor por mantener saneadas y empedradas las calles, hasta el punto que se puede asegurar que las calles de Madrid se encontraban totalmente empedradas antes de acabar la década de 1610, aunque era menester estar permanentemente reparándolas.

Las visitas eran organizadas y realizadas por el visitador general de la limpieza, en compañía del regidor comisario de cada cuartel, un escribano o secretario, un alguacil, un alarife o maestro de empedrar y el obligado que estaba al frente de la limpieza del cuartel. Inspeccionaban todas las calles tomando nota de las faltas cometidas, tales como encontrar en ellas restos de brozas, basuras y lodos sin recoger o por faltar *tapias* – cincuenta pies cuadrados de superficie- de calles sin empedrar, presentar agujeros o desperfectos. Para hacernos una idea de cómo se realizaban estas visitas, a modo de ejemplo en el APÉNDICE I de este trabajo detallo la que se efectuó al cuartel de la Merced en diciembre de 1615, y por la que se condenó a su obligado Juan de Pastrana a la abultada cantidad de 600 reales de multa, por las faltas cometidas en el cumplimiento de sus funciones²¹⁶.

Como podremos comprobar, el visitador general ejecutaba la visita escrupulosamente e imponía las faltas y sanciones pertinentes con la discrecionalidad que le otorgaba su cargo. También, se pudo comprobar que en el desarrollo de esta visita no se pusieron faltas a los empedradores, de lo que se deduce que sus calles estaban totalmente empedradas, como también lo sugiere el hecho de encontrarse los restos de broza resultantes de empedrar, que no había retirado el obligado, pese a que se le había notificado.

También podemos observar que los distintos tipos de faltas que se ponían a los obligados llevaban aparejadas sus correspondientes multas, que eran de diferentes cuantías en función del tipo y cantidad de residuo o basura que se encontraba en la calle, así como si había broza o restos de materiales de obra de los empedrados o animales muertos; o se les sancionaba por las reiteradas quejas de los vecinos, a los que, no hay que obviar, se les podía denunciar por arrojar basura y aguas sucias a las calles; o por los días que permanecían sucias las calles y sin pedir ni recoger la basura a los vecinos. Esta relación de faltas con su correspondiente sanción económica la formalizaba oficialmente el visitador general de la limpieza mediante una certificación,

²¹⁶ A.V.M. Secretaría 1-131-1.

que como en la vivista efectuada apenas un mes después al mismo obligado Juan de Pastrana, literalmente solía comenzar de la siguiente forma²¹⁷:

“En la villa de Madrid a veintiocho días del mes de enero de 1616, Antonio Ricci, Visitador General de la Limpieza de las calles de esta Corte, en presencia de mi, Juan de Langarica, escribano de la limpieza, y Gonzalo González y Pedro Zapata, Alguaciles de la dicha limpieza, fue hacer la visita del Cuartel de la Merced que está a cargo de Juan de Pastrana el tener las calles limpias del –cuartel- y por defecto de no lo estar algunas de ellas y hallar otras faltas le señalo en cada una los maravedís que merece pagar y que se llevase al Sr. D. Diego López de Ayala, del Consejo y Cámara de S.M., para que provea lo que más convenga”.

Estas certificaciones rubricadas por el visitador, seguidamente se elevaban al superintendente que era quien tenía potestad jurídica para hacer efectivas las sanciones a los obligados, y cuya resolución solía darse del siguiente tenor²¹⁸:

“En la villa de Madrid a ocho días del mes de julio de 1616 años, visto por el Sr. Don Diego López de Ayala, del Consejo y Cámara de S.M., la visita de esta otra parte –cuartel- y las condenaciones hechas –impuestas- por Antonio Ricci, Visitador de la Limpieza y Empedrado, dijo que se lo cobrasen del dicho Juan de Pastrana obligado del Cuartel de la Merced, los ciento veinticuatro reales y se llevasen al arca de la limpieza y se señalen”.

El obligado Juan de Pastrana, estuvo sometido a un control sistemático y exhaustivo de la limpieza que realizaban sus cuadrillas en su cuartel, y de nuevo le hicieron una visita en el mes de julio, aunque esta vez la cuantía de las sanciones fue bastante más moderada, al haberse esforzado más en procurar el aseo de las calles. Pero este mismo celo también se constata hacía el resto de los obligados de los cinco cuarteles restantes. En la visita general que se había realizado al finalizar el año 1615 a

²¹⁷ A.V.M. Secretaría 1-131-1.

²¹⁸ *Ibidem*.

Juan de Mas (sic), obligado del cuartel de San Hermenegildo se le condenó a 247 reales; y a Giuseppe Delgado, obligado del cuartel de Santa Cruz a 150 reales²¹⁹. En febrero del año siguiente a los nuevos obligados del mismo cuartel de Santa Cruz, Pedro Barragán, Juan de la Espada y Domingo de Noriega se les condenó a 65 reales por las faltas de limpieza²²⁰.

El importe de las sanciones impuestas a los obligados entonces se deducía automáticamente del pago de las mesadas que debían percibir, aunque a menudo era tal la suma de dinero que había que detraerles que el propio superintendente, a veces por intercesión del propio visitador, aplicando una justicia un tanto paternalista, les condonaba la mitad de las sanciones o les rebajaba la pena estipulada en algún tipo de faltas. Prueba de ello es que en noviembre de 1615, al mismo Juan de Pastrana se le había condenado a 80 reales por las faltas encontradas en la visita general que se efectuó en el mes de noviembre, y que finalmente el superintendente rebajó a 5 ducados o 55 reales. También solían rebajarse las cuantías de las sanciones cuando las circunstancias personales de los obligados así lo aconsejaban o cuando había constancia de su evidente situación de precariedad económica, ya que de efectuar sobre ellos una excesiva presión u obligarles a resarcir la totalidad de las sanciones podía repercutir negativamente en la prestación del servicio. Así, por ejemplo, en la visita efectuada el 22 de noviembre de 1621 al cuartel de Santo Domingo mientras que al obligado de la limpieza de sus 61 calles, Pedro de la Paz, se le condenó a 30 reales por las faltas cometidas, al obligado de sus empedrados, Marcos de Sabugal, se le condenó a 410 reales, esto es a 5 reales por cada una de las 82 tapias que había dejado sin empedrar, aunque por haber quedado viudo y encontrarse en estado de pobreza se le perdonaron a cambio de que con la llegada del buen tiempo las empedrase²²¹. Todo lo contrario que, por ejemplo, a los obligados de la limpieza y empedrados del cuartel de Santa María, Jerónimo Hernández, Juan de Pastrana y Juan Rodríguez, que se les condenó a 171 reales por las faltas cometidas, y cuyo castigo, según detallaba el visitador Ricci, pidió expresamente el alguacil de su cuartel: *“El alguacil D. Juan de*

²¹⁹ A.V.M. Secretaría 1-135-45.

²²⁰ A.V.M. Secretaría 1-131-2.

²²¹ A.V.M. Secretaría 3-493-14.

*Cuevas suplica a v.m. se sirva de condenar a los dichos condenados con las penas en las que han incurrido y yo el presente escribano doy fe vi las dichas calles...*²²².

Fue tan habitual el proceso sancionador de las visitas que los obligados, cuando pujaban por las contratas en las nuevas licitaciones que subastaba la municipalidad, ya tenían en cuenta en sus márgenes económicos las pérdidas que les iba a suponer estas condenaciones estandarizadas en el servicio de limpieza. Por esta razón, a sabiendas de que se les iba a sancionar *per se*, relajaron sus esfuerzos y redujeron los medios que empleaban en el aseo de las calles. Así se desprende de una relación dada el 7 de enero de 1619 por el escribano Pedro de Mejía, por mandato del corregidor Pedro de Villacis, donde se da cuenta del mal estado en que se encontraban los cuarteles de la Villa: *“en el cuartel de Juan de Mas -obligado- en la calle de los Preciados hasta los Ángeles muy lleno de lodo y en el dicho cuartel por otras partes también muy sucio. En el cuartel de Fabricio –Bruneti-que es en Santo Domingo, en el dicho cuartel por muchas partes con mucho lodo que no se puede pasar; y en el cuartel de Bajas (sic), en la calle donde están las Verduleras con mucho lodo; y en el cuartel de Juan de la Espada y Baltasar Domínguez y Barragán por muchas partes con mucho lodo y en medio de una calle estaba echada una estera con un montón grande de lodo; en el cuartel de Pastrana por algunas partes con lodo puesto en las calles y embarrado; y en el cuartel de Usátegui, que es hacia Palacio está en las calles con mucho lodo, en el cuartel de Gerónimo Hernández que es en la calle de Toledo está hacia la puerta y la calle de Toledo con mucho lodo que por partes no se puede pasar”*²²³.

Ante este panorama la reacción del visitador general Ricci no se hizo esperar y pidió expresamente al superintendente que se actuara con firmeza contra los obligados, incluso que se les encerrase en prisión, ya que conocedores de que la Superintendencia suplía a su costa parte de los gastos de limpieza con las faltas con que se les sancionaba les *“servía para relajar todavía más sus obligaciones,*

²²² Ibídem.

²²³ A.V.M. Secretaría 1-135-27.

ocasionando mucho más trabajo a los alguaciles y escribanos y muchas más dejaciones en sus obligaciones”²²⁴.

Frente a este panorama tan peculiar tuvo que intervenir la Sala de Gobierno del Consejo de Castilla, y por un auto del superintendente Pedro de Tapia del 26 de enero siguiente se reconocía la extraordinaria suciedad que había en las calles de la Villa por el descuido de los obligados, por lo que mandaba limpiarlas con urgencia no sólo con los medios que ya disponían (carros y mozos) y estaban obligados a servir, sino también, incrementándolos mediante el alquiler de otros carros, a los que se deberían poner cajones de madera o tablas para que no se cayera la basura recogida. El coste de estos medios adicionales, 1.000 reales según lo prescribía el referido auto, se pagaría con cargo a los maravedís que todavía se les debía a los obligados del atraso de sus mesadas, y ordenaba, igualmente, al alguacil Pedro Ortiz de Urbina y al escribano de S.M. Francisco Mata que hicieran cumplir y ejecutar este auto²²⁵. Este auto venía a corroborar las tensiones laborales existentes en el ramo de limpieza, entre la Superintendencia y los obligados, debido a la creciente presión, cuasi policial, a la que eran sometidos para acometer sus tareas y a la disminución creciente de sus honorarios. En consecuencia, habían optado por una dejación deliberada de sus funciones, al no sentirse debidamente compensados.

Pero una vez más, a costa de los obligados, el auto se hizo cumplir y se limpiaron las calles. La firme determinación por cumplir lo mandado por el visitador Ricci, el alguacil Ortiz de Urbina y el escribano Mata dio sus resultados. En primer lugar, entre los días 30 y 31 de enero, y el 1 y 2 de febrero hicieron los preceptivos requerimientos a cada uno de los obligados de los seis cuarteles de la Villa para que cumplieran lo mandado. Seguidamente, el mismo 2 de febrero Ortiz de Urbina y Mata ordenaron a los alguaciles y escribanos de cada cuartel que acudieran esa misma mañana a comprobar que los obligados estaban cumpliendo con su tarea. El mismo día como refuerzo al personal de los obligados se concertó el servicio de 8 nuevos peones

²²⁴ *Ibidem*.

²²⁵ A.V.M. Secretaría 3-493-15.

para barrer las calles, con un salario de 3,25 reales y se compraron las pertinentes picas y escobas²²⁶. Por su parte el visitador general Ricci también redobló sus tareas, y el mismo 31 de enero, en compañía de su regidor comisario Fernán González de Madrid, de su alguacil, Gonzalo Cuetos, y de su escribano, Juan de la Plaza, visitó el cuartel de San Hermenegildo que estaba a cargo de Juan de Más y le recriminaron que sus calles estaban sucias y muchas calles desempedradas, a lo que el obligado contestó que el mismo visitador había dispuesto que se usaran parte de sus cuadrillas para limpiar otros cuarteles que *“deben ser más forzosos”*²²⁷. El 3 de febrero siguiente, como la situación que presentaban las calles debía ser espeluznante, Ricci se personó en las calles del cuartel de Santa María y reprendió a su obligado, Juan de Usátegui, porque todavía había muchas de sus calles sin limpiar²²⁸.

Hubo entonces que recurrir a 10 nuevos barrenderos para retirar la excesiva suciedad que había en la calle de Carretas y en sus calles aledañas, con un salario diario de 3,5 reales. Al día siguiente, 4 de febrero, Antonio Ricci hizo lo mismo con el cuartel de Santo Domingo, y tras comprobar que algunas de sus calles todavía se encontraban sucias y algunas desempedradas, requirió severamente a su obligado, Fabricio Bruneti, a que lo tuviese limpio y empedrado, con el apercibimiento de que en el caso de tener que recurrir a poner personal y medios adicionales sería a su costa. El apercibimiento se cumplió, el mismo día se contrataron 10 nuevos peones para barrer las calles, con un salario de 3,5 reales cada uno. Al día siguiente, 5 de febrero, se contrataron a otros diez peones pero a cinco de ellos se les subió el jornal a 3 reales y tres cuartillos porque *“eran hombres que sabían barrer”*, mientras que a los cinco restantes se les estipuló un salario de 3 reales y un cuartillo. Ese mismo 5 de febrero Antonio Ricci visitó el cuartel de San Hermenegildo, del que era obligado Juan de Mas, que estaba ausente de la corte, y comprobando que todavía no estaba limpio ordenó que sin dilación se aseara. En los dos días siguientes, 6 y 7 de febrero, se encargaron de limpiar sus calles los diez últimos peones contratados. Al día siguiente, 8 de febrero se reforzó de nuevo el servicio con trece peones, 7 percibieron 3 reales y tres cuartillos y

²²⁶ Ibídem.

²²⁷ A.V.M. Secretaría 1-1-87.

²²⁸ A.V.M. Secretaría 3-493-15.

seis 3 reales y un cuartillo, que les pagó, como era costumbre en este proceso, Juan Alonso de los 1.000 reales consignados por el auto. Entre el 9 y el 13 de febrero se mandó a todo el personal subalterno que barriese las calles que fueran necesarias. El 13 de febrero se notificó que este personal ya no era necesario, dándose a entender que se había ejecutado lo mandado por el auto. Los referidos, Pedro Ortiz de Urbina y Francisco de la Mata, solicitaron entonces el pago por sus servicios²²⁹.

La descripción de cómo se procedió a limpiar las calles de la Villa de forma extraordinaria y urgente no deja lugar a dudas de que otro de los procedimientos que utilizaba la Sala de Gobierno del Consejo de Castilla para que los obligados cumplieran con sus funciones, fue la de disponer, conforme a la discrecionalidad que se entendía necesaria, de medios y personal externo al habitual con cargo al presupuesto de las contratas, pese a la excesiva presión que ya soportaban y al retraso continuado en la percepción de sus mesadas. La situación de algunos obligados debía de ser crítica, como la de Pedro de Salazar, a cargo del cuartel de San Miguel, que pedía encarecidamente al superintendente que le librasen sus costas, que las tenía retenidas el regidor Gaspar Rodríguez, comisario de su cuartel²³⁰. Pero aún así, la presión continuó y las medidas extraordinarias tomadas surtieron su efecto. Por ejemplo, en la visita general realizada apenas un mes después a su obligado Juan de Pastrana se le sancionó con tan sólo 37 reales²³¹.

Los obligados, pues, habían relajado su resistencia, aunque por poco tiempo. De nuevo, por un auto mandado por el nuevo superintendente de limpieza, Alonso de Cabrera, del Consejo de S.M., de fecha 17 de septiembre de 1620, tras constatar que los obligados *“andan remisos en el cumplimiento de su obligación con el número de oficiales empedradores que están obligados y lo demás perteneciente a la limpieza”*, se ordenó a Ricci que pusiera por cuenta y a cargo de los obligados los oficiales, peones, carros, piedra y lo que fuera necesario para limpiar las calles, lo que se les debía notificar por el procedimiento habitual. Parte de los nuevos servicios extraordinarios

²²⁹ Ibidem.

²³⁰ Ibidem.

²³¹ A.V.M. Secretaría 1-1-87.

que se utilizaron entre el 1 y el 2 de noviembre del mismo año, estuvieron motivados por la procesión que la villa dedicó a la deseada canonización de San Isidro. Así mismo, se ordenó a Juan García de Veldoña, receptor de las sisas de la Villa, que procediera al pago de los gastos con cargo a lo que luego se tenía que pagar a los obligados. Los gastos ascendieron a 10.033 reales, de los que 7.238 correspondían a peones, escobas, palas, tablas, etc., y los 2.795 restantes a salarios de alguaciles y escribanos, más los cerca de 500 reales que costó la limpieza del itinerario de la procesión²³².

Sin embargo, ante el excesivo gasto soportado, los obligados se sintieron desamparados y agraviados por las diligencias que había emprendido Ricci para llevar a cabo esta limpieza extraordinaria. Al considerar que el visitador había abusado y extralimitado sus funciones ocasionándoles un gran perjuicio económico, concurrieron conjuntamente en hacer valer sus demandas al superintendente de la limpieza. Los obligados, en su demanda al visitador, expusieron diversos argumentos. En primer lugar, que no se les había notificado el auto del superintendente lo que en su aplicación les había ocasionado grandes perjuicios económicos, sobre todo por los salarios que percibieron por acometer la limpieza extraordinaria los alguaciles y escribanos. En segundo lugar, sostuvieron que ellos no tenían que asumir este coste salarial, ya que de habérseles notificado el auto hubiera bastado con recurrirlo argumentando que los alguaciles y escribanos ya trabajaban en sus respectivos cuarteles con un sueldo de 4 reales cada uno por día, y no por los 8 reales que percibieron por este servicio extraordinario. En tercer lugar, se quejaron de que a los peones que se contrataron se les había dado de refresco vino y castañas también a su cargo, cuando el sueldo que se les debía pagar era, únicamente, de 3 reales sin más compensación. En cuarto lugar, se quejaban de que se cobró muy caro el lugar que se alquiló para guardar los enseres y útiles para la limpieza, y que se emplearon más escobas y palas de las debidas, entre otras quejas de índole similar²³³.

²³² A.V.M. Secretaría 1-14-19.

²³³ *Ibidem*.

El superintendente dio curso a la demanda de los obligados y ordenó a los contadores de la Villa que le remitieran una relación detallada de todos los gastos que se habían producido en los salarios de los alguaciles y escribanos, de los peones con rodillos, de los chirriones y carros, del vino y las castañas, de picas y escobas y de alquiler del aposento donde se guardaron temporalmente estos enseres. Al mismo tiempo, ordenó al visitador general que hiciera su declaración pertinente de los hechos que le reclamaban los obligados.

Antonio Ricci alegó en su defensa no pocas argumentaciones con el propósito de convencer al superintendente. En primer lugar, acusó a los obligados de tener *“grande remisión”* en sus deberes; y que no debía valer que se justificaran argumentando que no se les había notificado el auto mandado por el superintendente de la limpieza, porque ellos sabían, sobradamente, cuáles eran sus obligaciones, que, principalmente, es *“tener en todo tiempo las calles de esta corte bien empedradas y limpias”*, por lo que percibían 30.000 ducados al año (330.000 reales). Añadía que, conforme a lo estipulado en sus contratas, sólo estaban obligados a poner más carros y personal del ordinario, cuando así se les requiriese. Incluso, matizó, para dar coherencia a su defensa, que todos los obligados procuraban *“no toparse con los escribanos de este oficio por temor que no les notifique algo y si por mal de su pecados no puede escaparse, y llega a esta desgracia, lo que hace el obligado es ponerse muy mesurado y con mucha gravedad responde y dice. No oigo nada notifíquese V.M. a nuestro agente Gregorio García a quienes hemos dado poder cumplido y en el ínterin no me grave perjuicio”*. Así mismo, daba cuenta que no siempre ponían los carros y mozos concertados para el servicio de la limpieza, y que en ocasiones los empleaban en servicios a particulares. Alegaba, que como visitador tenía que soportar burlas y cancioncillas tales como: *“El visitador entra a limpiar mi cuartel, ea pues buen remedio, quitare la gente que tenga puesta y ahorrare de costa, y con vueltas, cabriolas y castañetas hacía mucha fiesta”*. Otras cancioncillas contra su persona lo hacían con no poco disimulo: *“paleaba muy bien a sus mozos por los achaques que él quería y no les*

daba de comer, con esto se iban todos y se ahorraba de costa en tiempos de tantas blanduras, que todo el mundo es poco para limpiar Madrid”²³⁴.

En segundo lugar, Ricci alegó que en cumplimiento del auto mandado señaló un doblón (8 reales) de salario por cada día de trabajo a cada alguacil y escribano, y aunque lo habitual era pagarles 4 reales, les incrementó la paga porque tuvieron que emplearse a fondo para cumplir el auto, soportar lluvias, buscar barrenderos y mozos, y pagar cada noche con puntualidad los salarios de la gente subalterna que se había contratado. En tercer lugar, justificó que el gasto de 4 reales en castañas y vino lo hizo para *“dar un refresco a los pobres trabajadores que andaban en el lodo a media pierna”*, y así poder ahorrarles a los obligados más de 400 reales que *“se les acrecentaba de costa”* al día siguiente. Al parecer ya era muy tarde cuando seguía trabajando el personal subalterno y para evitar que dejaran la tarea comenzada les dio este incentivo, para que acabasen aún entrando la noche. En cuarto lugar, el visitador daba cuenta de su sorpresa por el atrevimiento de los obligados a cuestionar la labor y honradez de los 6 escribanos reales, que trabajaron en estos servicios extraordinarios de limpieza. En quinto lugar, que para evitar más trabajo y confusiones se decidió por alquilar un aposento para guardar los enseres y útiles del servicio extraordinario. En sexto lugar argumentaba toda una serie de pequeños detalles contra los obligados, como, por ejemplo, que mientras que los peones de los referidos obligados gastaban una escoba diaria, los contratados por él la usaban tres o cuatro días, e incluso una semana y no se quejaban y *“se huelgan de ello porque ahorran escobas”*²³⁵.

Visto el expediente por la Sala de Gobierno del Consejo de Castilla, el superintendente, Alonso de Cabrera, dio resolución al mismo el 23 de abril de 1621, declarando culpable al visitador Antonio Ricci. Se le responsabilizaba, principalmente, de no haber notificado por el cauce ordinario las órdenes del auto que mandó hacer la limpieza extraordinaria de la Villa, y, también, por excederse en los gastos y salarios por encima de lo habitual, ocasionando agravios económicos a los obligados. En

²³⁴ Ibídem.

²³⁵ Ibídem.

consecuencia, se le condenó a pagar de su dinero y hacienda los costes de esta limpieza extraordinaria que excedieron de los precios habituales por salario de alguacil, escribano, peón, escobas y palas, alquiler de carros y chirriones y aposento. En total, Ricci debía pagar 4.965 reales, de los que 2.506 correspondían a lo agraviado a los obligados y los 2.468 restantes del dinero que se le entregó para que lo empleara en las necesidades que surgieran y al parecer no había justificado su gasto. Más aún, tras conocer la Sala de Gobierno que parte de estos reales los adelantó un comerciante de la puerta de Guadalajara llamado Duran Mauri, en concreto 2.012 reales que previamente le habían adelantado a éste los obligados como depósito, siguiendo las órdenes del auto que supuestamente les dio el visitador. Conocida la sentencia, Ricci se quejó de que no se hubiera abierto un proceso judicial ordinario contra él para poder defenderse en derecho, y que se le condenase en virtud de un proceso de cuentas. De nada le sirvieron las reiteradas apelaciones al superintendente y contadores de la villa para que le condonaran o rebajaran la sanción²³⁶.

Pero este castigo ejemplar soportado por el visitador Ricci en absoluto vino a rebajar la presión sobre los obligados. En junio del mismo año, el superintendente Cabrera mandaba hacer las preceptivas visitas generales a los cuarteles de la Villa, y de nuevo facultaba a Ricci para poder contratar personal subalterno, con cargo a las contratas de los obligados, si las calles no estaban limpias y empedradas²³⁷. Por los numerosos expedientes de visitas, faltas y condenaciones que se han consultado, y que afectaron tanto a los obligados de la limpieza como a los comportamientos incívicos de los vecinos, se deduce que entonces se produjo una nueva ofensiva para procurar el aseo de las calles. Así, además de las faltas habituales devenidas de las visitas generales, hubo un aluvión de denuncias de oficio por parte de los alguaciles contra los mismos obligados, fundamentalmente por desatender sus tareas, sobre todo, en los empedrados. Por ejemplo, el alguacil Simón Pérez denunció al obligado Fabricio Bruneti, del cuartel de San Miguel, porque habiéndosele notificado muchas veces que tenía que disponer de 8 oficiales empedradores, llevaba varios días que sólo

²³⁶ *Ibíd.*

²³⁷ A.V.M. Secretaría 1-136-4.

habían acudido a empedrar cinco “*martillos*” –empedrados- con cinco oficiales. Igualmente, por faltar personal para los empedrados de las calles que se desempedrabán o quedaban sueltos sus cantos, se denunció a Juan de Pastrana, que era obligado de una parte del cuartel de Santa María. El celo de los alguaciles, probablemente acuciados por Ricci, rayaba la extrema severidad para que los obligados cumplieran estrictamente lo estipulado en sus contratas, y las denuncias dejaban claro que no iban a pasar por alto ninguna dejación. Así, por ejemplo, a Enrique (sic), obligado también del cuartel de Santa María, se le multó y reprendió por habersele olvidado regar la plaza del palacio²³⁸. Pero no había concluido aquí esta ofensiva de la superintendencia cuando entre el 20 y el 22 de noviembre del mismo año se ordenó a Ricci realizar una nueva visita a los cuarteles, tras la que, por citar algunos ejemplos, a los obligados de limpieza y empedrado del cuartel de Santo Domingo, Pedro de la Paz y Marcos de Sabugal, se les puso una sanción por las faltas cometidas, respectivamente, de 30 y 410 reales, que finalmente el superintendente condonó la de este último, por su extremado estado de pobreza, a cambio de que empedrase lo que faltaba con urgencia. En la efectuada en el cuartel de Santa María, a los obligados de la limpieza Juan Rodríguez y Juan de Pastrana se les condenó a 66 reales, mientras que a su obligado de los empedrados, Jerónimo Hernández se le sancionó con 105 reales²³⁹.

En los años siguientes, la presión y el celo policial que se ejerció sobre los obligados se tornó en costumbre, abocándoles a una permanente situación de fragilidad y precariedad, induciéndoles, incluso, a todo tipo de artimañas para aligerar sus costes laborales y desalojar con prontitud la basura de las calles. Y es que debía ser tan lento y costoso el trajín diario de los carros hasta los muladares, que algunos obligados directamente arrojaban los residuos en los caminos colindantes próximos al caserío de la Villa, lo que motivó, que entre 1626 y 1628, el superintendente mediante diversos autos advirtiera coactivamente a los obligados, ya que *“llenar el camino de inmundicia de manera que no se puede pasar coche ni cabalgadura y los olores malos*

²³⁸ Ibídem.

²³⁹ A.V.M. Secretaría 3-493-14.

bastan apestar". Para evitarlo se facultó a Gaspar Fernández "*que tiene vara del campo*", con el propósito de vigilar que no tiraran la basura en los caminos y al que lo contraviniera poder prenderlo y encerrarle en prisión²⁴⁰.

Ya entonces el visitador general Ricci y algunos alguaciles, a pesar de las disputas que mantenían, eran conocedores de la extremada situación de precariedad a la que se estaba sometiendo a los obligados, algunos de los cuales se encontraban, realmente, al límite de sus posibilidades económicas para hacer frente a sus compromisos contractuales. Al parecer, algunos obligados habían optado por subarrendar sus contratas a precios más bajos de lo habitual y los que las habían tomado a su cargo, al poco tiempo, no cobraban lo suficiente para cubrir los gastos, con lo que se producía su inminente ruina y se desatendía la limpieza de las calles. Esta situación se dio en el cuartel de San Hermenegildo en 1631, cuando su obligado Pedro Gutiérrez de España traspasó la contrata a Pedro Salazar con los cinco carros y sus mulas que era lo que estaba obligado a poner para dicha limpieza. A su vez, Pedro de Salazar lo traspasó a Gregorio González, vecino de la villa, con condición que de los 90 reales que costaba cada carro al día, le diese 30 reales por cada carro y así hacer el pago de su uso, que pertenecían a Pedro Gutiérrez de España, quién realmente era el principal y primer obligado. Por esta razón, a Gregorio González tan sólo le quedaban 60 reales por cada carro al día, lo que era insuficiente para cubrir con eficacia el coste del servicio y la limpieza de dicho cuartel. Además, cumpliendo con sus funciones, el visitador general apremiaba y presionaba a Gregorio González para que cumpliera con su obligación, pero como a todas luces era imposible, apelaba al superintendente Francisco de Tejada y Mendoza a que obligara a Pedro Gutiérrez de España a que cediera parte de los 30 reales que recibía por cada carro en concepto del arriendo de sus carros.

El superintendente se interesó entonces por el problema y le pidió a Ricci un informe detallado sobre el asunto, quién, el 8 de febrero del mismo año, le envió la correspondiente notificación, en la que afirmaba que para hacer la limpieza de este

²⁴⁰ A.V.M. Secretaría 3-493-19.

cuartel se habían dado varios conciertos entre particulares, y que el referido Pedro Gutiérrez de España, que era el obligado principal *“no cuida sino de cobrar lo que monta cada mes su arrendamiento, ni quiere mirar si cumple en la dicha limpieza ni ha querido venir conmigo a la visita para que vea y remedie las faltas que hubiere, y deja ante la obligación al pobre que le sirve”*. Ricci también le hacía saber que en repetidas ocasiones le había rogado y pedido que ayudase al subcontratista. En justicia, pedía que se sirviera mandar que al subcontratista Gregorio González se le pagase lo que estaba estipulado en la contrata hasta el final de su arrendamiento, que en los dos últimos meses pasados, hasta fin de enero del mismo año, ascendieron a 5.820 reales. Con respecto al concierto que mantenía el obligado principal con otros particulares, también le sugería que resolviera en justicia. Tres días después, el superintendente Francisco de Tejada y Mendoza resolvió que a Gregorio González, en detrimento de Pedro Gutiérrez de España, obligado principal, se le librasen los dineros que se le debían de la limpieza hasta el fin del arrendamiento de la contrata, entendiéndose que cada cual luego atiende sus negocios particulares²⁴¹. El superintendente, como podemos comprobar, tan sólo trataba de mantener el servicio de la limpieza del referido cuartel, sin atender a los negocios de particulares.

Al margen de las resoluciones que tomaba el superintendente sobre los diversos problemas y contratiempos que afectaban a los obligados y a la limpieza de los cuarteles, el visitador general Ricci, al tener muy presente la cruda realidad de la situación, como la descrita anteriormente, en junio del mismo año, de nuevo, hizo una de sus últimas aportaciones al ramo de limpieza. Propuso al superintendente Tejada crear un depósito en el que se guardasen 50 ducados por cada uno de los seis cuarteles de la ciudad, sufragados por sus correspondientes obligados, para paliar con sus fondos las faltas y carencias que se cometían en la limpieza y empedrado de las calles, ya que *“no cuidan tanto como deben ni es justo que se lleven el salario concertado sin cumplir”*. Como requisito previo a utilizar los fondos de este depósito y la reparación pertinente que hubiera que hacer, se debía citar y mostrar al obligado su falta para que la remediara, y de no hacerlo, mediante una certificación y libranza

²⁴¹ A.V.M. Secretaría 3-493-19.

otorgada por el escribano lo haría otro personal subalterno con cargo al dinero de ese depósito. Este depósito siempre debería contar con la liquidez de los 50 ducados de cada cuartel, que se obtendrían mediante la preceptiva rebaja de las libranzas que habría que satisfacer a los obligados, hasta que se acabase su arrendamiento, a cuyo final, y en caso de no emplearse, a cada uno se le devolvería lo que le correspondiese.

El superintendente acogió de buen grado la propuesta, pero quiso que Ricci le corroborara si los obligados cumplían enteramente con sus contratas, a lo que respondió *“que ninguno de los obligados de la limpieza cumplen como deben y están obligados y que es necesario que haya este poco de freno que yo pido para ellos, que el que cumpliera hay tendrá su dinero guardado y sino yo cumpliré por su cuenta con toda la que se debe y le descargare la conciencia y entre ambos nos iremos al cielo por medio de V.S. a quien suplico de proveerlo como lo pido”*. El 29 de julio de 1631, el superintendente Francisco de Tejada y Mendoza resolvió afirmativamente la propuesta de Ricci, y ordenó a Miguel de Haro, receptor de las sisas ordinarias de la Villa que entregara al alguacil Lucas Jiménez, 50 ducados por cuenta de los obligados de cada cuartel, para que fueran empleados *“en lo que tocase hacer por libranza de Antonio Ricci”*²⁴².

Esta medida no debió ser bien acogida por los obligados, como tampoco la elaboración de las sucesivas condiciones que regulaban las contratas de limpieza, en las que se mantuvieron e incrementaron los mecanismos de presión y coacción. Cada vez se exigía más por menos. Por lo pronto, el periodo contractual de las obligaciones se fue ampliado primero desde uno hasta tres años y a partir de 1626 se generalizó en periodos contractuales de seis años, hasta 1668 que se fueron acortando o ampliando en función de la capacidad presupuestaria del ramo y de la situación económica de los obligados del ramo²⁴³. A su vez, las visitas de control de la limpieza se fueron

²⁴² Ibidem.

²⁴³ V. Tovar ya apuntó que con carácter general desde 1626 en adelante se fueron sacando a licitación pública las obligaciones de limpieza con una periodicidad de seis años, aunque no tuvo en cuenta la difícil coyuntura económica que padecieron los obligados de la limpieza durante las últimas cuatro décadas del seiscientos. De hecho, en 1668 los obligados presionaron a la Junta de Limpieza para reducir el periodo de duración de las contratas a tan sólo cuatro años, lo que finalmente consiguieron hasta

generalizando con carácter semanal y se les exigió un esfuerzo adicional en la recogida de los lodos, *“que aunque parece tierra, no se ha de tener sino por basura”*. También, se les pidió reiteradamente aumentar las dotaciones de carros, mozos y mulas; mejorar la ejecución de los empedrados, se ampliaron las zonas y calles que se tenían que regar, e incluso se estableció una organización más eficaz del espacio físico de la Villa delimitando claramente los cuarteles existentes, incluyendo en el servicio de limpieza otras zonas específicas de la urbe, junto con la provisión de carros y enseres que se debían de emplear en todas ellas.

Estos cambios en las contraprestaciones del servicio que debían cumplir los obligados se observan, claramente, en las nuevas condiciones estipuladas en el pliego contractual aprobado por la superintendencia el 24 de abril de 1638, bajo la denominación de: *“Condiciones con que se han de obligar a la limpieza, empedrado y riego de las calles y plazas de esta Corte, y calzadas, y a enarenar y desarenar a sus tiempos para las fiestas las plazas y calles aquí contenidas. Todo por seis años que han de comenzar a correr desde trece de julio de mil y seiscientos treinta y ocho”*²⁴⁴. La importancia que tienen estas condiciones, además de sus particularidades específicas, que pasaremos a comentar a continuación, es que se mantuvieron con apenas cambios durante lo que restaba del siglo XVII y las primeras décadas del siglo XVIII. Así, fueron reeditadas para los sexenios que comenzaron en 1644, 1650, 1656, 1662 y 1668; para los cuatrienios que comenzaron en 1668, 1672 y 1676; desde 1680 se reeditaron anualmente hasta 1680, momento en el que pasaron a reeditarse con carácter trienal hasta la conclusión del siglo, pese a que desde 1662 se operó la nueva división de la Villa en trece cuarteles²⁴⁵. Hay que matizar, que de todas y cada una de estas reediciones de condiciones, la Junta de Limpieza de la Villa, que vino a sustituir a la Superintendencia o Comisaria General de Limpieza en 1659, y estuvo vigente hasta

1680. De 1680 a 1687 la situación económica que padeció el ramo fue todavía más grave y las contratas se tuvieron que licitar con carácter anual, hasta que en 1687 se pudieron retomar por periodos de tres años, hasta la conclusión del siglo. Tovar Martín, V. *La arquitectura madrileña del siglo XVII (1600-1700)*. CSIC. Madrid, 1984. Pp. 51-52.

²⁴⁴ A.V.M. Secretaría 1-4-16.

²⁴⁵ A.V.M. Secretaría 1-4-251, 1-14-6 y 1-13-84. Para las del sexenio de 1662 a 1668, y de 1668 a 1674, B.N.M., Mss. 18.205 (h.141-150). En el capítulo siguiente (IV) de este trabajo se da cuenta de la variación en la temporalidad de las contratas desde 1668 hasta finalizar el seiscientos.

1765, siempre se basó para la adjudicación de las obligaciones en las que se sacaron a pregón en 1656, si bien, contrastadas unas con otras, se puede afirmar categóricamente que son idénticas a las de 1638. Esta aclaración se antoja necesaria y clarificadora porque se han encontrado documentos de la Junta de Limpieza en el Archivo de la Villa de Madrid, que aluden a que las condiciones más importantes y mejores que había tenido Madrid con los obligados de limpieza, se aprobaron el 24 de marzo de 1656²⁴⁶. En lógica consecuencia, las pocas publicaciones y estudios que se han hecho sobre estas cuestiones no han tenido en cuenta las condiciones de 1638, ni tampoco los cambios introducidos en la duración temporal de las mismas²⁴⁷.

En efecto, estas condiciones de las obligaciones de limpieza de 1638 presentaban algunos cambios importantes con respecto a las estipuladas con posterioridad al retorno de la corte de Valladolid, y a las propuestas por el visitador general Antonio Ricci, entre 1611 y 1612, que incluyeron, también, cambios en los modos de limpieza que se efectuaban en los cuarteles. Uno de los cambios más importantes fue que a partir de este momento, la limpieza y empedrado de cada cuartel se licitaba mediante una sola obligación, es decir, que tanto la limpieza como el empedrado se integraban en una única contrata por cada cuartel, ya que desde la Sala de Gobierno del Consejo se creía que los obligados de la limpieza y el empedrado siempre debían *“andar juntos, sin poderse dividir el uno del otro, por los muchos inconvenientes que han sucedido entre los obligados en perjuicio de la limpieza”*²⁴⁸. En aras de conseguir una mayor eficacia en la limpieza de las calles, además de la integración y coordinación de ambos servicios, y, teniendo en cuenta los antecedentes acaecidos, se prohibía expresamente subcontratar la totalidad o parte de cualquiera de los servicios de limpieza o del empedrado, debiendo asumir el nuevo obligado la totalidad de los trabajos comprometidos, así como, el número de carros que debían

²⁴⁶ Se puede contrastar a través de las deliberaciones que se dieron en la Junta de Limpieza en 1714, acabada la Guerra de Sucesión, en la que se planteó un estado general del ramo de limpieza, y algunos capitulares como Juan Antonio Carballio indicaron que las condiciones de los obligados de 1656 habían sido las mejores. A.V.M. Secretaría 1-13-84.

²⁴⁷ Verdú Ruiz, M. "Limpieza y empedrado en el Madrid anterior a Carlos III", en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*. Tomo XXIV. CSIC, Madrid, 1987. Pp. 417-443.

²⁴⁸ A.V.M. Secretaría 1-4-16.

dotar para el servicio de cada cuartel, más uno de reserva. De lo que se difería, que el obligado que así se comprometiera, también debía de reparar todos los daños que existieran en las calles de su cuartel al inicio de su contrata, aunque, por lo menos, se les permitía tasar los costes de estas reparaciones y, con la conveniente intervención de la superintendencia, poder cobrárselo a los obligados cesantes con cargo a los capitales o fianzas que, todavía, estuvieran pendientes de liquidación. Además, los nuevos obligados recibirían de los cesantes las cubas que hubieran empleado para el riego de las calles, cada una provista de su camilla de madera, aros de hierro, manga de baquetas, y con su cordel, embudo grande de cobre, hojalata doble, dos cubetos por cada cuba, angarillas y sogas para atarlas; en el número que cada uno estuviera obligado a tener y mantener por cada cuartel. Si estos enseres no se entregaban en buen estado se les permitía fabricarlos pasándole el coste a los obligados cesantes, porque así estaba estipulado. La entrega de estos enseres se verificaba por el regidor comisario de cada cuartel.

Otros requisitos que debían cumplir los nuevos obligados aludían a los medios técnicos y humanos que se tendrían que emplear para el servicio, con lo que se les obligaba a realizar nuevos desembolsos e inversiones para poder cumplir con lo estipulado. Por ejemplo, los carros ordinarios debían ser de los llamados de *“caja”*, para cargar en ellos todo lo que se barriera en las calles y toda la basura que se recogiese de las casas, teniéndolos bien aderezados de manera que *“por las cajas no se pueda salir lo blando del cargallo de las calles”*²⁴⁹. También, se les exigían mulas sanas y el servicio de dos mozos por carro; uno de los cuales se emplearía como carretero y el otro como barrendero y encargado de echar la basura en el carro. Además, no debían escatimar en la provisión de enseres y útiles necesarios como palas, escobas, picas, estacas, espuelas, rodillos y azadones, en cuyo defecto el regidor comisario de cada cuartel les aplicaría la correspondiente sanción.

Las nuevas condiciones de las contratas también cambiaron sustancialmente los modos establecidos para la limpieza de las calles. Así, el viejo sistema introducido

²⁴⁹ *Ibidem*.

por Ricci en 1612, consistente en aplicar a cada cuartel un tipo de limpieza diferenciada (cumplida limpieza, mediana limpieza y venturera) en función del rango social de sus moradores y la importancia de las calles de cada cuartel, se fue relegando por otro sistema más simple. A partir de este momento se iba a optar por limpiar, con urgencia y brevedad, las calles de la Villa que más lo necesitaran, aunque entendiéndose por necesidad no sólo aquellas que estaban cargadas de basura y lodos, o que eran muy concurridas y transitadas por la gente, sino también, y, al igual que había dispuesto Ricci en su sistema, priorizando la de aquellas calles donde residían principales cortesanos, aristócratas, embajadores y representantes del gobierno, junto con la de las zonas urbanas donde se localizaban las fuentes públicas. De ahí que a los nuevos obligados se les exigiera barrer y recoger la basura, todos los días, de las calles de cada cuartel, si bien, se matizaba que en primer lugar se limpiaran entre el amanecer y el mediodía las plazas y calles más principales que se les señalaran. El resto de las calles que no se pudieran limpiar por las mañanas se limpiarían por las tardes *“de pared a pared, para que todo quede limpio por la noche”*²⁵⁰.

En adelante, de dar cumplimiento a esta exigencia se encargarían los regidores comisarios de cada cuartel, quienes todas las mañanas mandarían los carros a las partes que creyeran convenientes, mientras que los escribanos de la limpieza, por su parte, hacían la pertinente certificación en la que se registraban los carros y el personal que diariamente se empleaban para el servicio. Esta certificación fue indispensable para que los obligados pudieran recibir los libramientos de sus mesadas o, en su defecto, las sanciones por las faltas cometidas en la prestación de sus servicios. Además, para evitar confusiones, a los obligados se les advertía que durante todo el día los carros debían emplearse en las labores propias de la limpieza, prohibiéndoles, expresamente, trasportar o acarrear cosa distinta. Por último, para evitar confusiones que condujeran a engaños o malentendidos se les describía y tipificaba, detalladamente, todo lo que se consideraba basura o suciedad, debiendo recogerlo o retirarlo.

²⁵⁰ Ibídem.

En el nuevo sistema de limpieza estipulado por las condiciones de 1638, también se mantenía lo dispuesto por Ricci en 1612 para el riego de las calles, aunque se puntualizaba que la época de los riegos iba desde primero de mayo hasta fin de septiembre, y, al igual que en la limpieza de las calles, los regidores comisarios les indicarían las que tendrían que regar cada tarde, junto a las delanteras de las casas de los personajes principales de la Corte. Igualmente, se exigía que todos los obligados concurrieran a regar conjuntamente con sus carros y cubas cuando se celebraran fiestas públicas, corridas de toros o procesiones, o cuando se supiera que el rey, su familia, o los personajes principales del gobierno iban a desplazarse por la ciudad. Como novedad, se les impuso enarenar a su costa las calles y plazas en las que se celebraran corridas de toros, máscaras, encamisadas o carreras, sobre todo, en la plaza de Palacio, en las del Buen Retiro, en la delantera del Real Monasterio de las Descalzas, en la plaza Mayor y en la calle de las Platerías. Esta labor de enarenar las calles no era una tarea sencilla, pues no solo consistía en echar una espuerta de arena por cada pie cuadrado de superficie, sino también, acabada la celebración, retirar la arena y regar la calle. Esta medida se hacía extensiva a las calles que se encontraban entre las parroquias de Santa María y El Salvador, por donde iba el itinerario de la procesión anual de la Santa Cruzada, así como a las calles que se les señalasen para la procesión anual del Santísimo Sacramento (Corpus Christi). Por último, cuando había corridas de toros, los obligados tendrían que llevar bien vestidos a sus mozos de carros y regantes, así como llevar los carros *“bien enramados”*²⁵¹.

Con respecto a los empedrados, las nuevas condiciones de 1638 establecían detalladamente los requisitos organizativos, de personal y los aspectos técnicos que debían cumplir los obligados, durante los seis años que duraba la contrata. Fundamentalmente, se les requería el personal suficiente (oficiales y peones) para acometer las reparaciones de las calles de cada cuartel durante todo el año y de disponer de piedra abundante en los corrales de sus casas. No obstante, se les especificaba que durante la campaña de empedrar las calles, desde primeros de mayo hasta finales de septiembre, coincidiendo con la estación seca del verano, debían

²⁵¹ Ibídem.

disponer al menos de un oficial empedrador que estuviera a cargo de los martillos – albañiles empedradores- que se empleaban en cada cuartel, así como, disponer de las herramientas y medios necesarios. Se dejaba claro que para estas labores los obligados no podían emplear los carros, mulas y enseres que se usaran para la limpieza ordinaria de las calles, si no que debían disponer de cabalgaduras con serones, en el número que se les señalase. A cambio, se les permitían algunas licencias como el poder depositar la tierra y materiales necesarios para empedrar o reparar una calle, ocho días antes de la ejecución de la obra, previo permiso concedido por el corregidor o, en su defecto, por el regidor comisario de cada cuartel.

Otra concesión consistió en autorizarles a empedrar las calles que se habían abierto para la construcción de minas particulares o conducciones de aguas a fuentes privadas, permitiéndoles el cobro a los interesados, previa tasación de la obra y el coste de la retirada de escombros y brozas. También, se les reconocía que los gastos de una calle nueva a empedrar los sufragaría la Villa, porque ya se le cobraba a los vecinos, aunque el coste de encaminar los albañales particulares de las casas hasta el albañal de las calles correría de su cuenta. Claro que, a cambio, se les imponían otras contraprestaciones prioritarias para el ramo como acudir con sus carros y cubas a sofocar incendios; tapar y pavimentar todos los agujeros y socavones que hubiera sido menester abrir por obras públicas; laborear con extremada precaución en el macizado de las zanjias por donde conducían soterradamente los viajes de agua, así como su posterior empedrado, junto con el de la boca de los pozos que hubiera que abrir, además de tener que sacar la tierra sobrante de estas labores al campo²⁵².

Desde un punto de vista técnico, estas condiciones también nos permiten conocer como se realizaban los empedrados de las calles. Se prohibía expresamente usar piedra menuda porque los empedrados se deshacían con facilidad, y para que fueran duraderos y resistentes se debían utilizar piedras de gran tamaño, de las que llamaban de *“cabeza de perro”*, que se obtenía de las canteras de Coslada y Vallecas. Este mismo tipo de piedra era obligatorio para el empedrado de los albañales que

²⁵² Ibídem.

salían de las casas hasta el medio de la calle, donde se encontraba el albañal común. El empedrado se ejecutaba por hiladas, debiendo hincar las piedras de puntas muy apretadas unas con otras, rellinando sus espacios con buena tierra y no arcilla, y maceándolas y apisonándolas bien, bajo la supervisión del regidor comisario de cada cuartel. Como dato interesante, se ponía especial cuidado en el empedrado del albañal, que debía estar empedrado con cuatro *levadas* de piedra, dos por cada lado o cara del conducto por donde corrían y se vertían las aguas, y el resto de la calle hasta las paredes de las casas por las *levadas* que fueran necesarias. Las *levadas o levas* del albañal no debían pasar de cuatro pies de ancho con las hiladas que las formaban, porque a través de ellas se gobernaba la vertiente y la corriente de las aguas de cada calle o plaza²⁵³.

Ni que decir tiene que para hacer cumplir todas estas condiciones la Superintendencia se seguiría valiendo de los procedimientos habituales de control y coacción, como las condenaciones por faltas en el servicio, la estricta vigilancia del visitador general, de los alguaciles y porteros, y de los propios regidores comisarios de cada cuartel. No faltaron tampoco las tradicionales visitas generales de limpieza, que empezaron a tener una periodicidad semanal y se fueron simultaneando con otras visitas generales mensuales, y con la que anualmente se realizaba al acabar el verano, en la víspera de la festividad de San Miguel. En adelante, estas visitas semanales fueron realizadas por los regidores comisarios de cada cuartel y por el visitador general, en compañía de sus respectivos alguaciles y escribanos. Tras su conclusión se escribía y rubricaba la certificación correspondiente que se emplearía fundamentalmente para dar testimonio veraz de la labor realizada por los obligados, así como de las faltas con las que se les podía sancionar por infracciones o dejaciones en el servicio. Estas certificaciones servían para proceder al pago de los honorarios de los obligados, y, en su caso, deducirles la cantidad estipulada por las faltas cometidas y sancionadas. Al igual que había ocurrido con las condenaciones que se imponían a los vecinos, que fueron objeto de una reglamentación creciente, las faltas de los obligados y sus correspondientes multas o penas punitivas se fueron tipificando y

²⁵³ Ibídem.

reglamentando. Por ejemplo, por dejar de barrer una fuente y sus cercos o no retirar la suciedad de sus cercanías, la falta se multaba con 600 reales, misma cantidad que se podía imponer a los mozos que trataran de percibir dinero de los vecinos a cambio de retirar sus basuras. Por poner algún ejemplo más, se les podía multar con 50 reales por no retirar los escombros de broza y escombros resultantes de los empedrados en el plazo estipulado.

Por último, en las condiciones de 1638 se describían las zonas urbanas de la Villa correspondientes a los seis cuarteles de limpieza, a los que se añadía también la Plaza Mayor, con la consideración de cuartel específico que ya tuvo entre 1585 y 1607. Si bien, se observan algunas modificaciones, como la división funcional que se hizo del cuartel de la Merced en dos partes, debido probablemente a su notable densidad demográfica y tratar de que los obligados pudieran asumir su limpieza y empedrados con eficacia. También se trató de crear sin éxito un nuevo cuartel formado por las calles periféricas de la Villa, con el propósito de limpiar las dos calzadas que se encontraban entre la Puerta y el Puente de Toledo; la llamada calle de la Puente Segoviana, desde la Puerta de Segovia hasta su Puente homónimo, junto con la calzada empedrada que conectaba con el camino que conducía a la Ermita de San Isidro. Para todos estos cuarteles los obligados debían servir con los siguientes carros y enseres:

- El cuartel de Santa Cruz debía estar servido con 10 carros, 8 cubas grandes para el riego y 4 cabalgaduras con serones para los empedrados.
- La primera parte del cuartel de la Merced con 3 carros, 2 cubas grandes para el riego y 4 cabalgaduras con serones.
- La segunda parte del cuartel de la Merced con 5 carros, 4 cubas para el riego y 4 cabalgaduras con serones.
- El cuartel de San Miguel, con 6 carros, 4 cubas y 4 cabalgaduras con serones.

- El cuartel de Santa María, con 6 carros, 6 cubas grandes y 4 cabalgaduras con serones.
- El cuartel de Santo Domingo, con 5 carros, 4 cubas y 4 cabalgaduras con serones.
- El cuartel de San Hermenegildo, con 5 carros, 4 cubas y 4 cabalgaduras con serones.
- La plaza Mayor, con 2 carros, 2 cubas y 2 cabalgaduras con serones.

Dos años después, los obligados realizaban sus tareas en los cuarteles de la Villa tal y como se había estipulado en las nuevas condiciones. Por mandato del superintendente Francisco Antonio de Alarcón, acudían todas las mañanas a la delantera del Hospital del Buen Suceso, junto con los regidores comisarios, el visitador general y los alguaciles, de quienes tomaban las órdenes que debían observar en la limpieza de sus respectivos cuarteles, o para dar cuenta de los contratiempos o negligencias susceptibles de sanción. Por ejemplo, en 1640 el alguacil de limpieza Simón González pedía que se castigara al obligado del cuartel de Santa María, porque habiéndosele avisado más de tres veces que limpiara algunas calles de su cuartel, no lo había hecho, a lo que se unía que tan sólo se había presentado con 4 de los 6 carros con los que tenía que prestar el servicio, y, mucho más grave aún, dejó sin limpiar las calles que comunicaban el Alcázar con el Monasterio de las Descalzas Reales, lo que conllevó desembolsar 30 reales adicionales porque se negó a limpiarlas y evitar un espectáculo desagradable para el rey²⁵⁴.

En definitiva, tanta presión económica y coactiva a la que fueron sometidos los obligados y los vecinos de la Villa, por las faltas de limpieza cometidas, estuvieron motivadas principalmente por un descenso constante en el presupuesto que se

²⁵⁴ A.V.M. Secretaría 3-493-19.

asignaba al ramo de la limpieza y los empedrados. Esta minoración presupuestaria no fue ajena a las crecientes imposiciones a las que se había empezado a someter a la hacienda municipal, al deber de transferir buena parte de sus ingresos fiscales –sisas- y su capacidad de endeudamiento a las necesidades de la hacienda real²⁵⁵.

Tabla 2. Variación del presupuesto del ramo de limpieza entre los sexenios de 1632-1638 y 1638-1644.

CUARTEL	PRESUPUESTO ENTRE JULIO DE 1632 Y JULIO DE 1638 (DUCADOS)	PRESUPUESTO ENTRE JULIO DE 1638 Y JULIO DE 1644 (DUCADOS)	REDUCCIÓN DEL PRESUPUESTO ENTRE 1638 Y 1644
Santa Cruz	12.000	10.000	16,7%
Santa María	6.432	5.750	10,6%
Merced	8.821	4.600	47,9%
Santo Domingo	6.200	5.000	19,4%
San Hermenegildo	5.660	4.666	17,6%
San Miguel	5.634	4.700	16,6%
Plaza Mayor	1.450	1.200	17,6%
Total	46.204	35.916	22,3%

Elaboración propia a partir de A.V.M. Secretaría 1-5-1.

Como se puede comprobar en la tabla anterior, donde figuran las partidas presupuestarias de la limpieza de los diferentes cuarteles de la Villa y de la plaza Mayor, entre los sexenios de 1632 a 1638 y de 1638 a 1644, la asignación se redujo en nada menos que un 22,3%²⁵⁶.

²⁵⁵ Hernández Benítez, M. y Monturiol González, M.A. “El Ayuntamiento de Madrid”, en Pinto Crespo, V. y Madrazo Madrazo, S. (dir). *Madrid, Atlas Histórico de la Ciudad, siglos IX-XIX*. Lunwerg Editores. Madrid, 1995. Pp. 268-275.

²⁵⁶ A.V.M. Secretaría 1-5-1.

CAPÍTULO 4. HACÍA UN NUEVO MARCO REGULATORIO Y ÓRGANICO: LA SUPREMACÍA DE LA JUNTA DE LIMPIEZA DE MADRID.

Rebasada la década de 1630 la ciudad de Madrid, que pasaba por ser una de las capitales más pobladas de Europa, continuó presentando notables déficits en el aseo y la limpieza de sus calles, a pesar de todos los avances que en materia regulatoria y organizativa se habían dado en las décadas precedentes, y de la constante presión y vigilancia que se ejercía contra los obligados, y sobre los vecinos que contravenían las disposiciones de policía urbana. Esta realidad fue constatada por la propia Sala de Gobierno del Consejo de Castilla que, *“habiendo visto el desorden que hay en esta Villa sobre lo tocante al ornato y policía de ella, poniendo en ella el remedio que conviene”*, el 13 de agosto de 1641, en reunión plenaria, aprobó las nuevas ordenanzas de policía que en adelante se debían observar y hacer cumplir por todos los habitantes de la urbe²⁵⁷.

4.1. Las Ordenanzas de 1641, la supresión de la Superintendencia o Comisaría General de Limpieza y la delegación del ramo en la autoridad del Corregidor (1641-1658).

Estas ordenanzas constituyen el compendio más completo sobre las diferentes atribuciones y competencias que tenía asignada la policía urbana de Madrid en el Antiguo Régimen. Tanto es así, que se ha podido constatar su vigencia hasta entrado el siglo XIX, y, por lo tanto, podemos afirmar que se convirtieron en el marco jurídico de referencia para buena parte de los asuntos que afectaron al ramo de limpieza. Así, en 1714 la entonces Junta de Limpieza de la Villa consideraba estas ordenanzas como las más adecuadas y eficaces con las que contaba la ciudad²⁵⁸. De nuevo, en 1805, el

²⁵⁷ Se conservan distintas copias de estas Ordenanzas de 1641 en A.V.M. Secretaría, 1-114-96 y 3-465-75; pero he optado por el original que fue aprobado por la Sala de Gobierno del Consejo de Castilla y se conserva en A.H.N. Consejos. Libro de Gobierno de la Sala de Alcaldes, 1.227, fol. 563 y siguientes.

²⁵⁸ A.V.M. Secretaría 1-13-84.

Consejo de Castilla mandaba a la Sala de Alcaldes que se les remitiese una copia certificada de las ordenanzas de 1641, con motivo de la causa judicial que se había iniciado contra un particular, con motivo de haber reedificado la fachada de un edificio en la calle del Ave María, sin atenerse a lo estipulado en las disposiciones de policía urbana²⁵⁹. Esto no quiere decir que a lo largo de todo este tiempo, algunas de las disposiciones de las ordenanzas se modificasen o que se establecieran otras normas complementarias, que se daban a conocer a la población por medio de autos o bandos. Ni tampoco quiere decir, que estas disposiciones fueran en absoluto novedosas, ya que en su conjunto, esto es, buena parte de sus 24 artículos, ya formaban parte de las normas dictadas por el Pregón de 1612.

Como se podrá comprobar en el APÉNDICE II de este trabajo, las disposiciones de las nuevas ordenanzas son idénticas a las del Pregón de 1612 en lo referente a sus tres ámbitos: limpieza, urbanismo y orden público. Así, en el artículo 13 se volvían a repetir las prohibiciones de vertidos indiscriminados desde ventanas, balcones y puertas, y se obligaba a depositar las basuras y aguas inmundas en el albañal de las calles en los horarios establecidos, bajo la pena de la pertinente sanción, cuya cuantía de 600 maravedís tampoco había variado. De igual modo, los artículos 1 al 4 repetían las disposiciones urbanísticas del Pregón de 1612, esto es, volvía a quedar clara la firme determinación de proseguir manteniendo cercada la ciudad, esto es, los límites y extensión urbana establecida; al igual que continuaban estando vigentes las prohibiciones de construir casas o edificios sin la pertinente licencia, dejar escombros y materiales de obras en las calles; así como, se mantenía la obligatoriedad para los propietarios de las casas de ubicar los albañales con sus vertederos a ras del suelo, y de cerrar las lumbreras de cuevas y sótanos, para evitar desgracias e incomodidades. El incumplimiento de alguna de estas disposiciones llevaba aparejada la sanción acostumbrada.

²⁵⁹ A.H.N. Consejos. Libro de Gobierno de la Sala de Alcaldes, 1.395, fols. 205-215. En este expediente también hay una copia íntegra de las Ordenanzas de 1641.

Los artículos 5 al 12 estaban dedicados al ornato y el orden público de la Villa, o lo que es lo mismo, a la vigilancia de las labores de los distintos gremios y comercios que se realizaban en las calles de la Villa, y que tantos perjuicios ocasionaban en las zonas más concurridas de la ciudad. Estas normas no eran del todo nuevas, pues ya se abordaron en el Pregón de 1612, aunque de manera más generalista. Por el contrario, en las nuevas ordenanzas presentan una regulación mucho más detallada y concisa, lo que denota, claramente, la creciente preocupación de la autoridad competente hacia los numerosos inconvenientes que ocasionaban estas labores en el espacio urbano, tales como suciedad, insalubridad, peligrosidad, ruido, malos olores y trastornos en el tráfico rodado y peatonal. Esto explica que las nuevas ordenanzas dediquen un artículo específico para cada tipo de actividad artesanal o comercial que se realizaba en la Villa. Así, en todos ellos se alude a los espacios de la Villa en los que tenían permitido realizar sus labores productivas o comerciales; los usos que debían hacer de plazas, calles y portales, junto con la disposición de sus puestos, cajones, postes, mesas, arcas y bancos. Por otra parte, abordaban la reglamentación de ciertas mercaderías en la vía pública; los trámites administrativos y licencias que había que suplir o disponer; el tratamiento y la ubicación que debían dar a sus enseres, materiales, mercancías, así como a los residuos que generaban. Al igual que en las disposiciones anteriores, el incumplimiento de estas normas se castigaba con fuertes sanciones económicas.

Pero al margen de la herencia del Pregón de 1612, en las ordenanzas de 1641 también tuvieron cabida otras disposiciones anteriores, como, por ejemplo, el artículo 18, que retomaba la prohibición vigente desde 1624, que tenían los tratantes de pescado y los confiteros de arrojar el agua a la calle con la que refrescaban pescados y maceraban frutas, causando mucha fetidez. Para evitarlo, bajo la amenaza de la pertinente sanción, se les obligaba a depositarla en cubas que luego debían verter en el campo. No faltaba tampoco la prohibición, ya vigente desde la Baja Edad Media, de que los cerdos y pjaras deambularan por las calles, alimentándose de sus nutritivos fangos (artículo 19).

Uno de los cambios más significativos que presentan las ordenanzas de 1641 consistió en reunir en una misma compilación de normas no sólo estas disposiciones heredadas del Pregón de 1612 o de otros autos de la Superintendencia, sino también, buena parte de las que se establecieron en el Pregón de 1613, y cuya finalidad estribaba, fundamentalmente, en regular las funciones de los alguaciles o porteros del ramo, a quienes se había otorgado capacidad jurídica para denunciar y sancionar; así como, de la potestad jurídica que detentaba el corregidor para enjuiciar pleitos y condenar las sanciones. Esto es, la Sala de Gobierno del Consejo de Castilla resolvió que para el mejor funcionamiento orgánico del ramo era necesario englobar y simplificar en un único marco normativo todas las funciones y competencias de policía urbana. En consecuencia, entre el articulado de las nuevas ordenanzas se seguía reconociendo la potestad jurídica atribuida a porteros y alguaciles para denunciar, bajo relación jurada de los hechos, a los obligados y vecinos que contravinieran las normas (artículo 15); se establecían los derechos acostumbrados de real y medio que debían percibir los escribanos por hacer certificaciones y denuncias (artículo 16); así como, el deber de llevar registro de todos los infractores, las multas que se les imponían y las cuantías de las mismas (artículo 23), como requisito necesario para efectuar el tradicional reparto de lo recaudado en tres partes iguales, a saber, una para el alguacil o potero denunciador, otra para el corregidor como juez, y la otra restante para los fondos del presupuesto de limpieza (artículo 22).

Ahora bien, la lectura detallada de los artículos 14 y 23 merecen especial atención, ya que denotan que en estos momentos se está produciendo un cambio fundamental en la dirección y composición orgánica del ramo de limpieza, consistente en una creciente delegación de las competencias del superintendente hacia el corregidor, que culminarán convirtiendo a éste último en el máximo responsable de la limpieza de la Villa. De este modo, en el artículo 14 se le reconocía la capacidad para poder nombrar a 12 porteros o alguaciles de policía con competencias sancionadoras, una capacidad que hasta este momento había desempeñado el superintendente o comisario general de la limpieza. Más aún, en detrimento de éste, se le otorgaba facultad para ver, entender y sancionar privativamente cuantas causas y pleitos

afectasen a la policía urbana, sin que pudieran inhibirse otros jueces o el tribunal de la Sala de Alcaldes; reservándose las causas de apelación la propia Sala de Gobierno del Consejo de Castilla²⁶⁰. Sin duda, con esta disposición también se despojaba al superintendente de su capacidad para poder sancionar las contravenciones de limpieza, y se traspasaba al corregidor para reunirse con las que ya ostentaba sobre los demás ámbitos de policía urbana. De nuevo, a través del artículo 23 se le otorgaban otras competencias que había detentado el superintendente, como la de disponer de la tercera parte de las cantidades recaudadas por las condenaciones, que iban a parar a los fondos de limpieza, para que *“lo pague a quien el dicho corregidor lo librare y mandare pagar siendo lo tocante a la dicha limpieza, sin que se convierta en otra cosa”*²⁶¹.

A lo largo de la década de 1640, respaldado por las ordenanzas y la Sala de Gobierno del Consejo de Castilla, el corregidor de la Villa se fue convirtiendo en el máximo responsable del ramo, y es de suponer que con la propia connivencia del superintendente o comisario general de la limpieza, pues este cargo era parejo al de la presidencia de la propia Sala de Gobierno. En consecuencia, habría que entender estos cambios orgánicos como una delegación de funciones en el corregidor de la Villa, quien poseía un conocimiento más certero de la realidad cotidiana de la Villa, al estar más familiarizado con sus numerosos problemas, que el superintendente, quien dedicaba buena parte de su trabajo a la alta política del Estado. De hecho, el corregidor, junto a los regidores comisarios de limpieza, a diario se ocupaba de organizar, mantener y supervisar el aseo de las calles, ordenando a los obligados y demás personal dependiente del ramo a acudir a las zonas que más lo precisaban.

²⁶⁰ Artículo 14: para hacer cumplir este auto el corregidor nombrará a 12 porteros de policía, los cuales estarán facultados para denunciar a todos los que *“contravinieren a este auto y no otros ningunos, y las causas que se han de pasar y pasen ante el corregidor privativamente con inhibición de la Sala de Alcaldes y de otros cualesquiera jueces y justicias reservados como se reservan las apelaciones de lo que dicho corregidor hiciere y sentenciar al Consejo y Sala de Gobierno y ante el escribano mayor del Ayuntamiento de esta Villa a quien toca la dicha policía y no ante otro ninguno”*. A.H.N. Consejos. Libro de Gobierno de la Sala de Alcaldes, 1.227, fol. 563 y siguientes.

²⁶¹ A.H.N. Consejos. Libro de Gobierno de la Sala de Alcaldes, 1.227, fol. 563 y siguientes.

A comienzos de 1649 estos cambios se precipitaron con la aparición de un brote de peste que afectó a la ciudad de Madrid, lo que hizo tomar una mayor conciencia y preocupación por la clara relación que existía entre la enfermedad y la falta de higiene en las calles de la Villa. Pero también, se puso de manifiesto la escasez de los medios económicos con que se contaba para hacer frente a la limpieza, y la patente descoordinación entre el gobierno y la Villa. Con el propósito de rebajar la grave insalubridad que se padecía, el Consejo de Castilla decidió que el nuevo impuesto de la nieve se empleara en la limpieza, al mismo tiempo que se ordenaba una limpieza general de todas las calles de la urbe, *“pues están de tal suerte que de ninguna manera se puede andar por ellas ni a pie ni a caballo, por cuyas causas se puede tener accidente en la salud”*²⁶². En este contexto, el 2 de febrero del mismo año se produjo el espaldarazo definitivo al corregidor, por un Real Decreto de Felipe IV se reconocía *“que la gravedad de las acusaciones que están a cargo del Consejo no les deja cuidar de esta comisión”*, y, en consecuencia, mandaba *“encargarla enteramente al Corregidor como propia de la obligación de su oficio y uno de los capítulos de su residencia, sin que en ella intervengan más comisarios ni superintendentes”*²⁶³. El 19 de febrero siguiente, Íñigo Fernández de Córdoba y Mendoza, conde de Torralva, corregidor de la Villa, daba su primera orden como nuevo comisario del ramo, mandando a los obligados hacer la limpieza general que necesitaba la ciudad y si fuera menester proporcionándoles más carros²⁶⁴.

Torralva no era nuevo en estas cuestiones pues de facto ya las venía realizando desde su nombramiento como corregidor en 1644. Sin embargo, apenas se mantendría unos pocos meses en el cargo. A finales de 1649 el nuevo corregidor Luis Jerónimo de Contreras, vizconde de la Laguna, se ponía al frente de los asuntos de limpieza, y, como su antecesor, tuvo que enfrentarse sin dilación a la cruda realidad que presentaban las calles y tratar de paliar las acuciantes necesidades que padecía el ramo de limpieza. Apenas un año después, tendría que hacer frente a la quiebra de los obligados de los cuarteles de Santa María y San Hermenegildo, Juan de Ocaña y Pedro Gutiérrez de

²⁶² A.V.M. Secretaría 3-493-19.

²⁶³ A.V.M. Secretaría 1-14-6 y 3-493-14.

²⁶⁴ A.V.M. Secretaría 3-493-19.

España, quienes no podían hacer frente no sólo a sus obligaciones contractuales, sino a la cuantía, nada despreciable, de 20.000 reales que montaban las faltas con las que se les había sancionado por la dejación de sus funciones. Lejos de mejorar la situación de los obligados, el alguacil Simón González embargó las 20 mulas con las que Ocaña limpiaba el cuartel de Santa María, debiendo soportar un coste añadido por su sostenimiento de 100 reales e imposibilitándole la percepción de sus honorarios. El corregidor, ante las dificultades crecientes que ya padecían los obligados para hacer frente a sus labores, y el estado de permanente suciedad que empezaban a presentar las calles de estos cuarteles, medio para que se reconociera el cumplimiento del trabajo que habían realizado, retirándoles las sanciones, devolviéndoles las mulas y costeando con cargo al presupuesto el sostenimiento de las mismas²⁶⁵. Esta gracia del corregidor no bastó para mejorar la situación, antes de finalizar el año se vio en la necesidad de decretar una nueva limpieza general. Debió ser tal el trajín de los carros de basura e inmundicias, durante los cerca de quince días que duro esta limpieza extraordinaria, que incluso para facilitar su evacuación mandó que se utilizaran las puertas de Atocha y de los Pozos de la Nieve, lo que le obligó a reforzar la vigilancia de las mismas con el personal de las puertas de Fuencarral y Alcalá, para que *“no dejen entrar ni salir por ellas ningún género de persona, ni mercadería”*, con la orden expresa de cerrarlas por las noches²⁶⁶.

Pero por más desvelos que padeciera el corregidor y por más limpiezas extraordinarias que se realizaban, la ciudad seguía presentando altos niveles de suciedad e insalubridad. De ello dan cuenta las reiteradas quejas del propio Consejo de Castilla, quien además apuntaba que la dejación que hacían los obligados de la limpieza de las calles se debía a la falta de control por parte de los regidores comisarios, con lo que apremiaban al corregidor para que lo remediara²⁶⁷. Tampoco contribuían los comportamientos de la abultada población madrileña, dada a despojarse de sus basuras y restos orgánicos de forma incívica e indecorosa; ni tampoco las continuas oleadas de inmigrantes que se asentaban en la Corte buscando

²⁶⁵ Ibídem.

²⁶⁶ Ibídem.

²⁶⁷ A.V.M. Secretaría 1-5-42.

mejorar sus condiciones de vidas, y desconocedoras de los comportamientos que se tenían que observar en el tratamiento que se debía dar a basuras y despojos. De esta falta de civismo dio cuenta el viajero francés Antoine de Brunel cuando visitó Madrid en 1655²⁶⁸. La llegada constante de inmigrantes y forasteros a la ciudad obligaba a pregonar continuamente las ordenanzas de policía urbana vigentes para su estricto cumplimiento. Pero al igual que en las décadas precedentes, su eficacia fue más bien escasa debido, probablemente, a los medios y lugares públicos que se empleaban para darlos a conocer, y al escaso interés que sobre estas cuestiones tenían propios y recién llegados.

Pronto se reveló que la responsabilidad del cargo que había asumido el corregidor era demasiado costosa para que la pudiera ejercer en solitario, como una más de sus numerosas atribuciones de policía urbana. El 12 de diciembre de 1658, el Consejo de Castilla ordenaba al corregidor y al Concejo madrileño que se le diera información puntual de la forma establecida para el nombramiento de todos los dependientes del ramo, comenzando por los regidores comisarios de cada cuartel, el visitador general, los alguaciles, porteros y escribanos, así como de los sueldos y gajes que percibía cada uno de ellos²⁶⁹. El Consejo apuntaba directamente a la falta de coordinación y dejación de funciones de algunos de estos dependientes como uno de los males que afectaban al correcto funcionamiento del ramo, lo que a todas luces no conseguía controlar el corregidor. El 5 de febrero de 1659 el corregidor y el ayuntamiento en pleno cumplieron la información que le había requerido el Consejo de Castilla, aunque éste ya había resuelto enviar al rey, junto al informe remitido por Madrid, una serie de recomendaciones que en adelante debían observarse para la provisión de los cargos de los regidores comisarios de limpieza²⁷⁰. Realmente, el Consejo de Castilla fue mucho más lejos, y convencido el rey de la imposibilidad del corregidor para hacer frente a la limpieza de la Villa, el 6 de junio de 1659 por real decreto se creaba la Junta de Limpieza y Empedrado de Madrid,

²⁶⁸ *Voyage d'Espagne, Curieux, Historique et Politique, fait en l'Année 1655. Paris, 1665. Pp. 25.*

²⁶⁹ Se ha tomado de Blasco Esquivias, B. *¡Agua va! La higiene urbana en Madrid (1561-1761)*. Madrid, Caja Madrid, 1998. Pp. 80.

²⁷⁰ *Ibidem*.

organismo, que en cierto sentido, se asemejaba a la Junta de Ornato y Policía de 1590, ya que su presidencia seguiría recayendo sobre el corregidor y su tutela estaría a cargo del Consejo de Castilla, pero a diferencia de aquella, en sus juntas consultivas sólo tendrían cabida los regidores comisarios cuarteleros que el Consejo se cuidaría en designar. En definitiva, se estableció una mayor tutela para lograr el hasta ahora difícil objetivo de limpiar decentemente las calles de la Corte, mediante un organismo jerarquizado, cualificado, perfectamente coordinado, y, en sus principales decisiones de índole económico, presupuestario, administrativo y de personal, tutelado por el gobierno de la monarquía.

4.2. La Junta de Limpieza y Empedrado de Madrid: la nueva planificación orgánica del ramo y la nueva división de la ciudad en trece cuarteles (1659-1700).

La Junta de Limpieza y Empedrado de Madrid, estuvo vigente entre 1659 y 1765, que acabó siendo absorbida por la nueva Dirección de Policía Urbana, junto a otros negociados municipales. En el Archivo de la Villa de Madrid se conservan los 8 libros de acuerdos de la Junta de Limpiezas y Empedrado que estuvo vigente durante todo este tiempo, e incluso en el último libro hay actas cruzadas con las que ya aprobaba desde 1765 la Dirección de Policía Urbana, y alcanzarán fechas tan tardías como 1781²⁷¹. A través de la lectura de estas actas o acuerdos se pueden deducir todas las funciones y atribuciones que desempeñó la Junta, así como su composición orgánica. Sin embargo, al tratarse generalmente de acuerdos no hay constancia en ellos más que de las resoluciones o mandamientos que se daban en cada momento, además de los pormenores que afectaban a la administración cotidiana del ramo. Lo que más abunda son los acuerdos referentes al pago de mesadas de los obligados y del personal del ramo, así como de las preceptivas visitas generales que se hacían, tanto

²⁷¹ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I (desde 16 de junio de 1659 a 12 de abril de 1672); II (desde 12 de enero de 1677 a 17 de junio de 1687); III (desde 10 de enero de 1688 a 20 de enero de 1714); IV (desde 29 de abril de 1715 a 4 de mayo de 1746); V (desde 13 de septiembre de 1747 a 6 de agosto de 1756); VI (desde 3 de julio de 1754 a 2 de abril de 1755); VII (desde 23 de agosto de 1756 a 9 de octubre de 1766) y VIII (desde 16 de agosto de 1765 a 18 de junio de 1781).

semanales o mensuales como las anuales que se verificaban por la festividad de San Miguel. Aún así, a través de algunos de sus acuerdos, ricos en deliberaciones previas que abordan diferentes problemáticas, y otros documentos del Archivo de la Villa de Madrid podemos reconstruir el devenir histórico de la limpieza y la higiene de las últimas cuatro décadas del siglo XVII.

En efecto, lo que restaba del siglo XVII, esta Junta, con ligeras variaciones en el número de sus componentes, entre 8 y 14 miembros, estuvo compuesta por un presidente, cargo que ejerció el corregidor, o en su defecto, por un teniente de corregidor; por los regidores comisarios de cada cuartel, quienes tenían derecho a voto, y con uno o dos secretarios del ayuntamiento. Sus sesiones, solían celebrarse como mínimo con una periodicidad semanal, en una sala del ayuntamiento, o cuando alguna situación extraordinaria lo requiriera. Este tipo de juntas, compuestas fundamentalmente por representantes del ámbito local, fueron frecuentes durante el siglo XVII; se establecían con la finalidad de tratar de acabar con una situación de crisis o de decadencia de los diferentes ámbitos de la municipalidad o de su patrimonio, y su constitución por lo general respondía a las necesidades del gobierno²⁷².

En cuanto a sus funciones, no difieren en absoluto de las que ya vino ejerciendo la Superintendencia y el corregidor después de 1649, si bien, su capacidad ejecutiva y administrativa quedaba limitada a la determinación por la que optase la Sala de Gobierno del Consejo de Castilla, de todas las consultas que le hacían llegar, y afectaban prácticamente a todas sus atribuciones.

Entre sus funciones se encontraban las de organizar y gestionar la limpieza diaria y los empedrados de las calles; hacer cumplir a los vecinos las ordenanzas de limpieza, y de pregonar aquellos otros autos o mandatos que perseguían remediar otros problemas puntuales, como, por ejemplo, atender las necesidades que

²⁷² Hernando Ortego, J. "La gestión financiera de las haciendas municipales en la Edad Moderna. EL caso de los bienes de propios de Madrid"; en *Economic History, Working Paper Series*. Universidad Autónoma de Madrid. Departamento de Análisis económico: Teoría económica en Historia económica. Working Paper 03/2010. Pp. 6.

precisaban las pocas alcantarillas que funcionaban en la Corte. Con respecto a las contrataciones u obligaciones de limpieza y empedrados, fue de su competencia convocar, publicar y adjudicar las correspondientes licitaciones públicas de los diferentes cuarteles de la Villa con el visto bueno del Consejo de Castilla; así como, de las demás contrataciones encargadas de servir enseres y materiales. En lógica consecuencia llevaron a cabo un meticuloso control, seguimiento y vigilancia sobre los adjudicatarios y sus servicios, además de tener potestad para autorizar el libramiento de sus preceptivas mesadas. También, se encargó de la reorganización de los muladares o basureros, de la realización de mareas o limpiezas generales o extraordinarias, además de llevar a cabo inspecciones periódicas para verificar los trabajos realizados, a través de las visitas generales, y comprobar que los contratistas disponían de los medios técnicos y humanos requeridos. Al igual que la antigua Superintendencia y el corregidor, tuvo potestad para sancionar a vecinos y obligados, valiéndose de los métodos ya establecidos, salvo de las causas graves o apelaciones que permanecieron bajo la jurisdicción del Consejo de Castilla.

Bajo su jurisdicción se encontraba todo el personal del ramo, desde el visitador general y su teniente, hasta los alguaciles, porteros, escribanos, mozos, mangueros y personal eventual, teniendo facultad para proponer y consultar al Consejo nombramientos, ceses, jubilaciones, y, también, los salarios, pensiones o ayudas de costa que debían percibir. En consecuencia, tuvo potestad para emitir los libramientos de los salarios, previa certificación otorgada por el visitador general del cumplimiento de sus labores, así como para entender en todos los asuntos laborales, ya fueran de tipo organizativo o disciplinario, como las faltas injustificadas al trabajo, delitos o cohechos detectados y derivados de los procedimientos sancionadores o del tratamiento amistoso con los obligados, etc.

Por último, se encargó de gestionar los recursos y el presupuesto del ramo bajo la preceptiva autorización del Consejo, así como proponer cuantos remedios y soluciones consideraba adecuados para mejorar el servicio o remediar problemas, tales como la reiterada estrechez económica del presupuesto o hacer frente a los

pagos debidos a los obligados. A su vez, podían crear comisiones específicas para evaluar, analizar y solucionar cualquier eventualidad o requerimiento del Consejo de Castilla; tomar bajo su administración un cuartel, cuando su obligado quebraba, se encontraba imposibilitado para cumplir con su contrata o resultaba imposible que algún interesado se hiciera con su obligación.

La Junta celebró su primera reunión el 16 de junio de 1659, bajo la presidencia del corregidor Martín Arrese Girón, Marqués de Casares, y con participación de los regidores comisarios de limpieza y empedrado de cada cuartel, previamente nombrados por el rey, que a la sazón eran Íñigo López de Zarate, Francisco Ignacio de Trasmiera, Pedro Vicente, Rodrigo de Rocas, Pedro Loalli, Cosme Vaca de Herrera, Juan Polo, Luis del Castillo, Francisco Vela y Diego Carballido. En el orden del día se trató de la propia constitución de la Junta y se vieron las órdenes que había mandado el rey para procurar el aseo de las calles junto con las instrucciones del Consejo que en adelante se debían seguir para el mejor funcionamiento del ramo²⁷³.

Según se dio a conocer a todos los asistentes, el rey había mandado que se *“continúe la superintendencia en lo universal cuidando muy especialmente de la limpieza y empedrado, visitando los cuarteles y calles, andando V.S. –corregidor- a caballo como lo solían hacer otros señores corregidores y que todo lo que hallase digno de remedio en cada cuartel comunicándolo con el regidor superintendente se disponga ejecute el remedio, teniendo V.S. entendido que el nombramiento de los regidores superintendentes –comisarios- no excusarán a V.S. de la obligación y cuidado de la limpieza y empedrado y del cargo que se hará a V.S. en cualquier falta que hubiere porque esto es principal cuidado que debe tener por razón del oficio”*. Quedaba claro que el corregidor seguiría ostentando la máxima autoridad del ramo, pero debiendo asumir la total responsabilidad de todo cuanto se obrase y, más aún, de dar cuenta puntual a la Sala de Gobierno del Consejo de Castilla todos los sábados, en lo referente

²⁷³ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdo del 16 de junio de 1659. Con respecto a la Orden del rey y las Instrucciones dadas por la Sala de Gobierno del Consejo de Castilla aparecieron reproducidas diez años después a tenor de una serie de requerimientos de la Sala de Gobierno, en el Acuerdo del 17 de diciembre de 1669.

a la limpieza y el empedrado de la calles; los carros que habían trabajado cada semana y los que hubiesen faltado, conforme la obligación de los arrendadores, así como de las cabalgaduras menores que debían andar con serones en cada cuartel.

El Consejo se había servido de esta prerrogativa impuesta al corregidor como una forma de amonestarle y de obligarle a ejercer un control más directo sobre las labores que se realizaban, puesto que habían verificado que apenas se veían carros por las calles, muchas de las cuales, sobre todo las principales, estaban llenas de basura y muladares, *“cosa que no se observa ni en la más pequeña aldea”*. Más aún, le recriminaron que *“unas y otras están tan mal empedradas que ni a caballo, ni con coche ni a pie se puede andar y principalmente de noche”*. Estas aseveraciones dan la impresión que para el Consejo, los males que aquejaban a la limpieza se debían al poco celo con el que se vigilaban y controlaban los carros y cabalgaduras con que servían los obligados, y *“los que traen son tan malos y con tan malas mulas que es lo mismo que no traerlos, y esto no se debe tolerar”*. En consecuencia, se tendría que prevenir a los obligados que de incumplir lo que habían capitulado, se les detraería de sus honorarios los costes de la limpieza y el empedrado extraordinario que hubiera que hacerse, en su respectivo cuartel. Recordaban a la Junta, que los obligados debían tener todas las calles limpias y empedradas para el día de San Miguel, finales de septiembre, y que de no cumplirlo habría que detraérselo de sus honorarios, para hacérselo ejecutar. Como ejemplo, el Consejo exponía lo ocurrido el año anterior de 1658, en el que no quedaron ni empedradas ni limpias las calles y por no haber sancionado debidamente a los obligados, no sólo no se recaudaron mal los cobros de las sanciones, sino que se produjo una merma considerable en los caudales del presupuesto de limpieza del presente año. Por lo tanto, se insistía al corregidor que, dándoles cuenta de ello, les apremiara que de no hacerlo la Villa lo haría a su costa.

Otras instrucciones que la Junta de Limpieza debía observar y cumplir consistieron en citar todos los días a todos los carros del servicio, a las siete de la mañana en verano y a las ocho de la mañana en invierno, en la plazuela de cada cuartel, junto con las cabalgaduras menores y mozos de la obligación. Lo novedoso de

esta instrucción es que se iba a tratar de dotar al nuevo espacio físico de la Villa con diez cuarteles de limpieza, tres más que los seis establecidos y el específico de la Plaza Mayor. Todas las mañanas el corregidor debía recorrer estas plazuelas para verificar si faltaban carros, mientras que los regidores comisarios también acudirían a sus respectivos cuarteles, a las mismas horas que los obligados, para dar las órdenes necesarias, conocer el estado de su cuartel y tener constancia de lo que se había limpiado y empedrado. De todo esto se tendría que enviar relación detallada al Consejo de Castilla.

Con respecto a las multas y penas que se sacasen de las faltas cometidas por los obligados, se deberían depositar en la tesorería de la Villa, y sin orden expresa del Consejo no se podrían distribuir ni aplicar a otros conceptos, sino para, visto el estado de los cuarteles, poderlos aplicar a su aseo.

Por último, siguiendo las instrucciones, el corregidor puso en conocimiento de los regidores *“que el rey no les admitirá excusa ninguna porque esta materia es tan necesaria así para la policía como para la salud pública que nadie debe excusarse della y el comisario estará con mucha atención para su aumento”*. Y les advertía, que la autoridad de los regidores comisarios es la misma que tenían antes, pero que el Consejo se reservaba la facultad de removerlos de sus cargos y de proveer lo que conviniese según las circunstancias que surgieran.

Queda claro, que con el mandato de estas órdenes e instrucciones, se responsabilizaba del mal estado de las calles no sólo a la insuficiente labor que realizaban los obligados, sino en gran medida, al escaso interés y celo que había caracterizado la vigilancia y el control de los anteriores regidores comisarios de limpieza, y del propio corregidor. Incluso para tratar de hacer más eficaces sus instrucciones habían decidió aumentar a diez el número de cuarteles con el propósito de disminuir el espacio físico de los anteriores y de poder establecer en cada uno de ellos un servicio proporcionado de carros y mozos. Sin embargo, esta tentativa de reforma se tradujo finalmente en dividir en dos partes el cuartel de Santa Cruz, como

ya se había hecho años atrás con el de la Merced y para su estricto control y policía urbana se ordenará el nombramiento de diez porteros o alguaciles, uno por cada cuartel.

Vistas las referidas órdenes e instrucciones los capitulares se comprometieron a cumplirlas y, para contentar al Consejo, la primera medida que adoptaron fue la de realizar una visita a cada cuartel, en compañía del visitador general, Juan de Vargas, con el objeto de verificar que los obligados procedían a su limpieza, para luego dar cuenta de todo lo realizado. No faltó en la preceptiva visita una inspección a las propias casas de los obligados con el fin de comprobar que disponían de todos los carros, mulas y enseres que se requerían para el servicio. Sin embargo, apenas 10 días después la Junta comunicaba *“que algunas calles estaban tan cargadas que no es posible limpiarlas si no es usando del número de las carreterías como se hizo el año pasado”*²⁷⁴. Además, informaban que uno de los grandes problemas que tenían los obligados para limpiar los lodos de las calles, era por el exceso de agua y humedades que había en ellas, debido a los vertidos indiscriminados provenientes de los remanentes o sobrantes de las fuentes públicas y de las casas particulares. Daban cuenta que se sentían imposibilitados para poder controlar a los obligados y los comportamientos indeseables de los vecinos, porque sólo contaban con dos alguaciles o porteros con jurisdicción disciplinaria. Como solución, el 5 de julio siguiente, el Consejo de Castilla autorizó la evacuación de las basuras utilizando las carreterías del carbón y para que se arreglaran los desperfectos de los empedrados que causaban los remanentes de las aguas, autorizaba a la Junta a nombrar a los diez alguaciles ya pretendidos, con el sueldo anual de 100 ducados para cada uno de ellos²⁷⁵.

Estas declaraciones de la Junta preconizaban los grandes problemas a los que se iba a tener que enfrentar durante las restantes décadas de la centuria, todos ellos derivados de la falta constante de presupuesto y, en consecuencia, de la merma considerable de medios técnicos y humanos que se requerían para hacer limpiar las

²⁷⁴ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdo del 27 de junio de 1659.

²⁷⁵ A.V.M., Secretaría. 1-6-16.

calles. Así que tuvieron que encararlos y resolverlos bajo la rígida observancia del Consejo, con no pocos esfuerzos y decisiones que, normalmente, ocasionaron perjuicios y cargas onerosas para los vecinos, los obligados de la limpieza y empedrados, los carreteros de los pueblos de la tierra de Madrid, y hasta para el propio personal del ramo. De hecho, el 5 de septiembre de 1659 la Junta daba cuenta abiertamente de esta situación tan precaria por *“la mucha cantidad que la Real Hacienda y Tesorería de Millones están debiendo a estos efectos de las sisas del aceite y que será muy conveniente vuelva Madrid a reintegrarse de ellas con la reducción que corre”*²⁷⁶. Y lo volvía a comunicar a la Sala de Gobierno el 4 de marzo de 1660²⁷⁷.

Con este panorama, la Junta tuvo que poner remedio con los pocos medios de que disponía. Por lo pronto, no se pudo verificar el nombramiento de los 10 alguaciles de los cuarteles porque no había suficiente presupuesto para pagarles su salario, razón por la que el 21 de mayo de 1660 se acordó reducir el número de alguaciles a la mitad y que cada uno se encargase de dos cuarteles diferentes. A su vez, para no desanimarles se mandó librarles lo que se les venía debiendo de atrasos hasta finales del pasado mes de abril, junto con el pago de las costas de los cinco alguaciles cesantes²⁷⁸. Por su parte, los vecinos tuvieron que volver a coger las escobas para barrer y regar las delanteras de sus casas, bajo la amenazante sanción de 1 ducado ó 11 reales para el que lo incumpliera, aunque lo paradójico es que, como cabría esperar, estas condenaciones no se destinaron al presupuesto de limpieza sino a sufragar las obras de la Capilla de San Isidro²⁷⁹.

Como ya era habitual, la peor parte recayó sobre los obligados, que sufrieron la implacable vigilancia de los regidores comisarios, en un momento en el que el Consejo

²⁷⁶ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdo del 5 de septiembre de 1659.

²⁷⁷ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdo del 4 de marzo de 1660.

²⁷⁸ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdo del 21 de mayo de 1660. La distribución de los cinco alguaciles quedó de la siguiente forma: a Blas Caro se le nombró alguacil para el medio cuartel de la Merced, hasta entonces a cargo de Luis Martín, y medio del cuartel de Santa Cruz, hasta entonces a cargo de Francisco Martín. A Pedro de Vargas se le nombró para los cuarteles de Santo Domingo y San Ildefonso. A Francisco de Ugarte para los de San Hermenegildo y Santa María. A Lorenzo de Grado para el otro medio de Santa Cruz que estaba a cargo de Sabugal y para la Plaza Mayor. A Luis Gómez para el de San Miguel y el otro medio de la Merced, del obligado Juan Téllez.

²⁷⁹ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdo del 24 de julio de 1660.

vigilaba de cerca sus quehaceres. En adelante, las condenaciones que sufrieron por las visitas generales de limpieza y empedrado, tanto las semanales como las anuales, les minoraron tal cantidad de recursos, que se convirtieron en un medio eficaz para paliar otros costes del ramo, como fue el caso del pago de sus propias mesadas y del resto de salarios del personal del ramo, junto a los costes de las limpiezas extraordinarias y generales que se hicieron periódicamente. Ahora bien, a la postre estos mecanismos sancionadores aceleraron tanto la precariedad económica de algunos obligados, que acabaron sumidos en la ruina o se declararon en quiebra, y, peor todavía, la imposibilidad de contar con recursos suficientes para hacer frente a sus contratas les llevó directamente a prisión. Así, por ejemplo, el 13 de diciembre de 1659 se vieron en la Junta las visitas e informes de las faltas de los obligados del empedrado, que ascendían a 353 tapias sin empedrar –una tapia equivalía a 50 pies cuadrados de superficie–, más otras 2.060 que estaban mal empedradas, por lo que se acordó que se les condenará a 7 reales por cada tapia sin empedrar y a 4 por cada una de las mal empedradas, elevándose la sanción total a 10.771 reales.

Seguidamente, la Junta dio permiso para que se descontaran de lo que había que pagarles mensualmente, y que estas cantidades quedaran *“por caudal de Madrid y para reintegrar a los efectos de limpieza”*, con los que pagar los salarios de los alguaciles y otros dependientes del ramo²⁸⁰. Apenas cuatro meses después se vio la relación de condenas impuestas a los obligados por las visitas de la limpieza de los cinco meses que distaban entre diciembre de 1658 y abril de 1659, arrojando una cuantía de 4.510 reales. Las visitas del mes de abril no terminaron aquí, y de nuevo se les condenó a 6.733 reales, aunque al considerar la Junta que se estaba actuando con excesiva severidad y merma para la correcta ejecución del servicio *“se reducen y condenan a la mitad y correspondientemente lo que a cada uno (obligado) toca”*. En las visitas de mayo y junio siguientes las condenas ascendieron a 4.097 reales, aunque la clemencia de la Junta dispuso que a cada obligado se le perdonase la tercera parte de las sanciones; en las de octubre y noviembre alcanzaron los 6.623 reales, y las de los empedrados los 7.337 reales, a los que habría que añadir los 2.044 reales de condenas

²⁸⁰ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdo del 13 de diciembre de 1659.

que se pusieron al obligado del cuartel de San Hermenegildo, Alfonso Rubio, cuya visita se efectuó en febrero de 1661. Las de diciembre de 1660 y los tres primeros meses de 1661 montaron nada menos que 10.027 reales²⁸¹. Tan abusivas fueron las condiciones que soportaron y tan cuantiosas las multas, que aunque se les perdonaba parte de ellas, no evitaron situaciones dramáticas, como la ocurrida el 16 de marzo de 1661 que se dio orden de encarcelar al obligado del medio cuartel de la Merced, Juan Téllez, por no cumplir con su obligación, facultándose al visitador general, Juan de Vargas a que buscara a persona interesada para hacerse cargo del cuartel²⁸².

Lo paradójico de este caso es que mes y medio antes, en las deliberaciones de la Junta se reconoció que era insuficiente la dotación de carros de los cuarteles de San Hermenegildo, de Santa María y de una parte del cuartel de la Merced, servido este último por el desdichado Juan Téllez. Realidad tan inexcusable obligó a la Junta a proponer al Consejo un aumento de los cuarteles, con el fin de reducir el espacio de los existentes, mediante su división en dos partes y poder poner al frente de cada una a un obligado, tal y como recientemente se había hecho con el cuartel de Santo Domingo. De este modo, añadirían los de la Junta, se podrían destinar tres carros más a los cinco que ya operaban en San Hermenegildo; otros dos a los seis del cuartel de Santa María y otro más a los cinco de una de las partes del cuartel de la Merced²⁸³. Vista la propuesta por la Sala de Gobierno, se ordenó a la Junta que informara del coste que supondría el aumento de los carros y de los “*efectos*” de los que se podrían obtener los ingresos para costear los aumentos propuestos.

El 26 de febrero La Junta informó que cada carro de los que se aumentarían con el empedrado tendría un coste de 1.000 ducados anuales, el mismo al que ya estaban arrendados todos los carros de los cuarteles, con lo que el coste total anual para el aumento de los seis carros propuestos ascendería a 6.000 ducados. Estos dineros, puntualizaba la Junta, se consignarían en las sisas del vino de Olivenza, el vino de la

²⁸¹ Toda la relación de visitas y condenas en A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdo del 4 de marzo de 1660; Acuerdo del 7 de mayo de 1660; Acuerdo del 24 de julio de 1660; Acuerdo del 24 de diciembre de 1660 y Acuerdo del 16 de marzo de 1661.

²⁸² A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdo del 16 de marzo de 1661.

²⁸³ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdo del 5 de febrero de 1661.

plaza, el vino de Lérida, en la de la primera blanca del carnero, y en la del vino y aceite que llamaban de los tres millones, a razón de 1.000 ducados en cada “efecto”²⁸⁴. Pero el Consejo de Castilla no se dio excesiva prisa en autorizar lo que le solicitó la Junta, con lo que entrado el otoño, cuando comenzó la época de lluvias, las calles de los cuarteles de San Hermenegildo, de Santa María y la mitad de la Merced tomaron un aspecto deplorable. Entonces, la Junta ordenó que se obligara a traer los carros de otros oficios y hortelanos, con el propósito de que trabajaran diez carros en cada uno de los cuarteles durante diez días, además de los mozos y escobas que fueran necesarios contratar para limpiarlos, conjuntamente con los obligados, a los que se les requirió redoblar sus esfuerzos bajo la pena de 30 ducados de sanción²⁸⁵.

El 30 de julio de 1662, finalmente se comunicó a Madrid una orden del Conde de Castrillo, gobernador del Consejo de Castilla, por la que se autorizaba a dividir la ciudad en trece cuarteles, con el aumento de carros que había propuesto la Junta²⁸⁶. Un día después en la Junta se veía la orden, junto con los nombramientos que el mismo presidente había hecho de los nuevos comisarios regidores que debían servir en los nuevos cuarteles, y algunas puntualizaciones que se debían seguir para su correcta materialización²⁸⁷. Así que siguiendo estas indicaciones, la Junta mandó pregonar las condiciones de las nuevas obligaciones de limpieza de los cuarteles, estableciendo que sus posturas o pujas se resolvieran al día siguiente; a la vez que mandaba pregonar que todos los vecinos barrieran y regaran las pertenencias de sus casas, bajo la pena de 2 ducados en el caso de su incumplimiento; y dispuso que los regidores comisarios, acompañados por el visitador y los alguaciles, realizaran las preceptivas visitas generales a los cuarteles. Sin embargo, cuando el 12 de agosto siguiente se vieron los informes de las visitas, la situación era gravísima, pues prácticamente todas las calles de los cuarteles estaban repletas de basura y lodos. La junta indirectamente había contribuido a ello al haberse dilatado durante muchos días

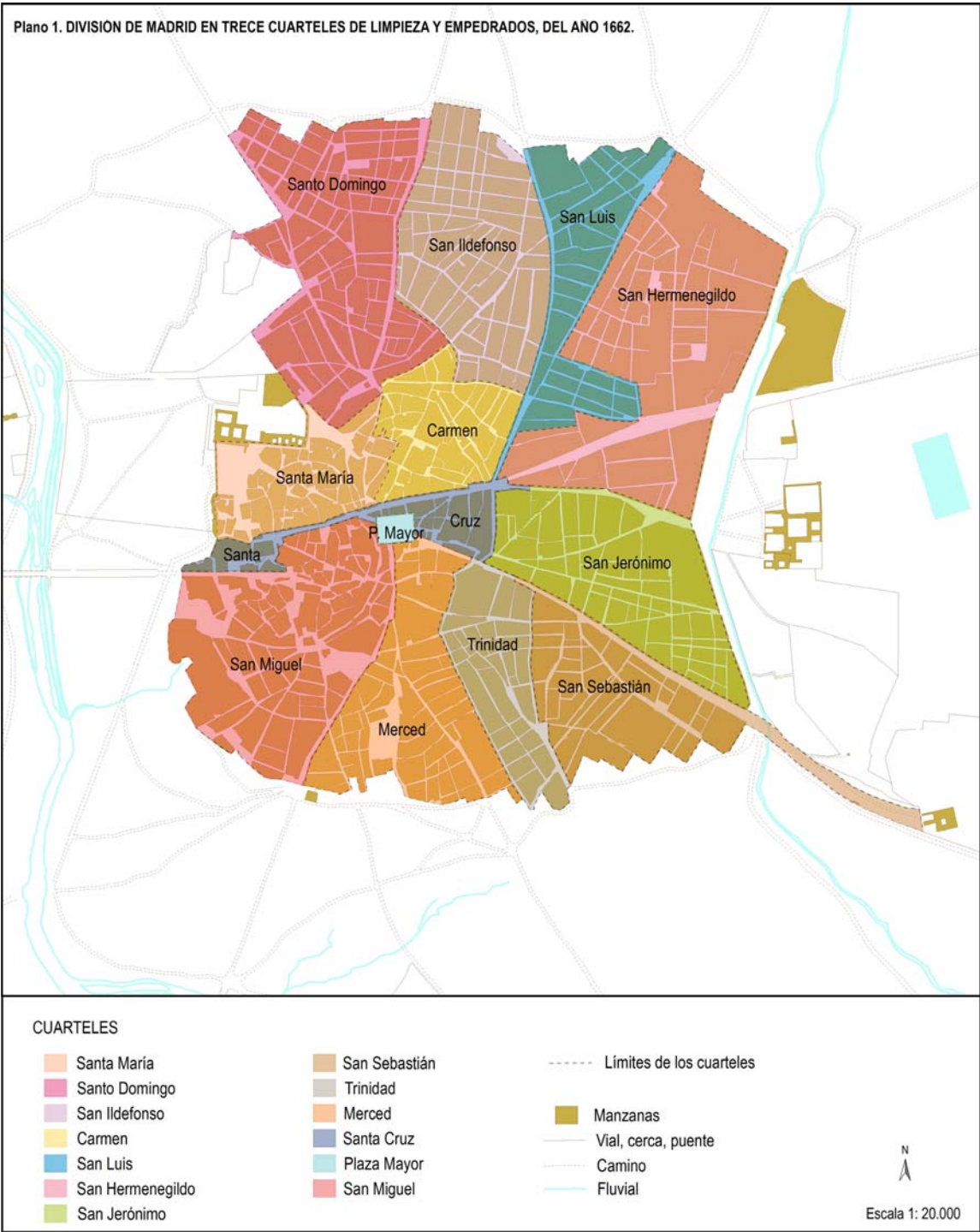
²⁸⁴ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdo del 26 de febrero de 1661.

²⁸⁵ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdo del 19 de octubre de 1661.

²⁸⁶ A.V.M., Secretaría, 1-13-84.

²⁸⁷ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdo del 31 de julio de 1662.

la realización de las visitas, puesto que apenas contaba con alguaciles suficientes para cubrir los 13 cuarteles establecidos.



Elaboración propia a partir de A.V.M. Secretaría 1-169-14.

Pese a todo, rápidamente se mandó realizar una nueva limpieza extraordinaria, que, para hacernos una idea de lo sucia que estaba la ciudad, se prolongó hasta entrado el mes de septiembre, y recayó, por auto del corregidor, en 8 carros de Vallecas, 6 de Vicálvaro, 8 de Getafe y 4 de Villaverde, además de los carros de los obligados y de los mozos y mangueros que, eventualmente, se contrataron para que amontonaran las basuras. No bastó, el 19 de agosto siguiente, al mismo tiempo que la Junta recibía autorización para cubrir las plazas pendientes de alguaciles, se ordenó embargar todos los carros que entrasen en la Villa, para que cuando saliesen de la urbe fueran cargados de basura²⁸⁸.

Un mes después parece que la ciudad volvió a la normalidad, los 13 obligados trabajan diariamente en sus respectivos cuarteles, porque la Junta había conseguido rebajar la tensión al comprometerse a pagarles íntegramente sus mesadas y descontarles los dineros de las faltas cometidas de las mesadas del invierno; e incluso Juan Téllez antiguo obligado del cuartel de San Miguel, había recobrado su libertad y servía en el cuartel de la Merced. Entonces, la distribución de los nuevos cuarteles y sus respectivos obligados fue la siguiente²⁸⁹:

1. Francisco Bellorito del cuartel de Santa Cruz.
2. Diego Aguado del cuartel de San Luis.
3. Gabriel Sanz del cuartel del Carmen
4. Juan de Lope del cuartel de Santo Domingo.
5. Juan de Lope también del cuartel de San Ildefonso.
6. Luis Martín del cuartel de San Sebastián
7. Andrés Hernández del cuartel de la Trinidad.
8. Martín Bernal del cuartel de San Miguel.
9. Isidro de Fuenlabrada del cuartel de San Jerónimo
10. Juan Sánchez Cabezas, no figuraba su cuartel, pero le correspondía el de Santa María.

²⁸⁸ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdos del 12, 19 y 26 de agosto de 1662.

²⁸⁹ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdo del 7 de octubre de 1662.

11. Alfonso Rubio, no figuraba su cuartel, pero le correspondía el de San Hermenegildo.
12. Agustín de Fuentes de la Plaza Mayor
13. Juan Téllez de Nogués del cuartel de la Merced

Pero como ya adelantamos, la falta de dotación económica en los presupuestos de limpieza de los años venideros, abocó a la Junta a un conflicto permanente con los obligados, a recurrir frecuentemente a las limpiezas generales y extraordinarias, a la reducción de la plantilla del ramo y a atender asuntos cotidianos relacionados con mareas, vertederos o muladares, albañales, reparación de alcantarillas, visitas generales, pagos de salarios, etc. Huelga decir, que también se dedicaron ingentes esfuerzos por persuadir y convencer a la Sala de Gobierno del Consejo de Castilla de las necesidades reales que tenía el ramo, así como de la pauperización creciente a la que se estaba sometiendo a los obligados. El panorama de creciente conflictividad social que se estaba produciendo en la Corte, debido al incremento de la presión fiscal, el alza de los precios de los abastos, el desempleo y la precariedad salarial, también se percibía en el ramo de la limpieza²⁹⁰.

4.3. Los años críticos: las difíciles y frágiles relaciones contractuales entre la Junta de Limpieza y los obligados de la limpieza (1663-1680).

Sería imposible y valdría de poco glosar el quehacer diario de la Junta, pero para hacernos una idea de lo que tratamos de argumentar, entre 1663 y 1700 se hizo un promedio de dos limpiezas generales o extraordinarias anuales, en las que, para realizarlas, normalmente se mandaba a los carreteros de los pueblos de la tierra de Madrid a traer un número determinado de carros, bajo el mandato directo del

²⁹⁰ Sobre la conflictividad social en la corte durante la segunda mitad del seiscientos se puede consultar Castroviejo Salas, A. "Las revueltas populares en Madrid en la segunda mitad del siglo XVII", en *Revista Historia Autónoma*, 3 (2013), pp. 47-62; y en Nieto Sánchez, J.A. "“El vulgo mal contentadizo”: sobre la conflictividad social en el Madrid Moderno", en *Veinticinco años después. Avances en la Historia Social y Económica de Madrid, 1988-2013. Grupo Taller de Historia Social*. UAM Ediciones, Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Madrid. Madrid, 2014, pp. 361-377.

corregidor, además de contratar no pocos mangueros y mozos. Estos carreteros forzosos, aunque recibían sus preceptivas compensaciones económicas por la prestación de sus carros, normalmente el mismo precio que por carro y día percibían los obligados, no podían negarse a acudir a la Villa, porque de no hacerlo acabarían en prisión con sus carros confiscados para el mismo fin. Ni que decir tiene que acudían a la ciudad en contra de su voluntad porque se les privaba de atender sus propias labores, además de ocasionarles graves perjuicios en la salud de sus mulas y en el deterioro de herrajes y carros²⁹¹. Y no estamos hablando ni de una ni dos docenas de carros, por ejemplo, el 14 de marzo de 1664 el corregidor Alonso de Navarra y Haro dispuso que “... *habiéndose reconocido el mal estado y empedrado de esta dicha villa y cuanto conviene limpiarla las –calles- que están más cargadas –de basura- de una vez. Considerando que esta limpieza general no se pudo hacer con los carros de la dotación de los obligados se tomó por medio el hacer repartimiento de cincuenta carros cada día entre diferentes lugares de la jurisdicción de esta villa en esta manera: Al lugar de Vallecas doce carros; al de Vicálvaro ocho; al de Getafe dieciséis; al de Villaverde seis; al de Fuenlabrada cuatro; al de Alcorcón otros cuatro; pagándoles su jornales como se ha hecho en otras ocasiones...*”²⁹².

Las mareas o sistemas que se empleaban para arrastrar los fangos de las calles también se realizaron con frecuencia, sobre todo entre los meses de octubre y marzo coincidiendo con el periodo de mayor humedad en las calles. Tanto para las limpiezas generales como para las mareas se solían contratar un número próximo a la veintena de mozos y mangueros que, bajo las órdenes de un sobrestante, iban amontonando y recogiendo las basuras de las zonas que se les indicaba. Para atender a su labor se les dotaba de una especie de poncho impermeabilizado con cera de vela, similar al de los mozos de los obligados, y se les proveía de piqueta, estaca o escoba. Su salario, dependiendo si era experto o inexperto, oscilaba entre los 4 ó 5 reales, además del

²⁹¹ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I, 2 y 3.

²⁹² A.V.M., Secretaría. 3-493-14.

vino caliente y las castañas que se les solía dar para aguantar las humedades y lodos de las calles, que en ocasiones podían llegarles hasta las rodillas²⁹³.

Precisamente, los perjuicios que provocaban las humedades fue uno de los asuntos que más preocupó a la Junta de Limpieza, ya que dificultaba la recogida de las basuras, facilitaba la formación de lodos, deterioraba los empedrados y contribuía a propagar enfermedades, además de malos olores, insectos y parásitos. Hubo, por lo tanto, un interés creciente por minorar y hacer desaparecer la humedad de las calles, puesto que también afectaba perniciosamente a los cimientos de las casas, sótanos y covachuelas, y provoca indeseables y peligrosas filtraciones en las infraestructuras hidráulicas de pozos y Viajes de Agua. En este sentido, fueron constantes las actuaciones para desatascar los canalones o albañales centrales de las calles, como en 1659, que se reconocieron y limpiaron las vertientes de la calle de la Concepción Jerónima, que desaguaban junto al Peso de la Harina y en la Cava Baja de San Francisco, y conllevó también disponer de un nuevo albañal que condujera más directamente las aguas sucias a la Puerta Cerrada y a la calle de Segovia²⁹⁴. En 1662 y, de nuevo en 1664, se mandó limpiar la alcantarilla de la Cava Baja, que se encontraba cegada y se temía que con la llegada de la época de lluvias las casas colindantes se inundaran, como también era frecuente en las casas colindantes a la calle del Arenal²⁹⁵. Sin embargo, la limpieza y desatasco de albañales y alcantarillas no siempre se hacía a su debido tiempo. Por citar algún ejemplo, en 1676 la casa de los vecinos Mateo de Becha y su mujer Isabel Mansilla, situada en la calle Atocha, enfrente del Hospital General, se inundó por los atascos de las calles limítrofes ocasionándoles destrozos por valor de 500 ducados, y pedían que se los resarciera la Junta²⁹⁶.

Estas humedades de las calles provenían, además de las generadas por las aguas de lluvia y las nieves, de la acumulación constante de aguas residuales provenientes de usos domésticos de cocinas y de la limpieza de los hogares, junto a las

²⁹³ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I, 2 y 3.

²⁹⁴ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdo del 11 de julio de 1659.

²⁹⁵ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdo del 2 de septiembre de 1662 y del 3 de julio de 1664.

²⁹⁶ A.V.M., Secretaria. 3-493-19.

sobrantes de los riegos de jardines y huertas particulares. Pero, también, por un volumen importante de orines y otros líquidos de origen orgánico, tanto animal como humano, de una ciudad que en las últimas décadas del siglo XVII rebasó con creces los 120.000 habitantes. A estos ríos urbanos contribuían de manera destacada los remanentes o aguas sobrantes de fuentes públicas y particulares, que directamente corrían por los albañales o por la superficie de las calles. La Junta trató en diversas ocasiones de minorar estos cursos de agua urbana, a todas luces insalubres y focos permanentes de enfermedad, a través de numerosos mandatos y pregones a la población, aunque iban especialmente dirigidos a aquellos vecinos que en sus casas gozaban de fuentes o pozos particulares. Ya en 1659 la Junta elevó una consulta al Consejo de Castilla con el fin de que dispusiese lo necesario para acabar con los remanentes de agua y los canalones que indiscriminadamente vertían en las calles²⁹⁷. La laxitud del Consejo hizo que tres años después la Junta consultara directamente a Antonio de Contreras, Superintendente de los Viajes de Agua de la Villa, para que mandara quitar los remanentes que salían a las calles, y que las zanjias y calas que hicieran los fontaneros se cerrasen con prontitud, y evitar perjuicios en los empedrados. En octubre del mismo año 1662, finalmente, la Junta, tras la autorización pertinente del Consejo, prohibió a los dueños de los remanentes de agua verterlos en las calles, y para que se cumpliera mandó a los regidores comisarios hacer una memoria de los existentes en cada uno de los 13 cuarteles²⁹⁸. Pero al igual que ocurría con las disposiciones de las ordenanzas de limpieza, también se hizo caso omiso a la referida prohibición, y todavía en 1669 se trataban en la Junta los daños que provocaban en las calles. Hubo que tomar entonces medidas más expeditivas: se autorizó al visitador general, Juan de Vargas, a proporcionar al corregidor una relación de todos aquellos vecinos que vertían los remanentes en las calles, para que directamente Pedro de Sevilla, maestro mayor de fuentes, les cortase el agua. Y es que las ordenanzas obligaban a sus dueños a consumirlos en su totalidad, sin causar perjuicios en las vías públicas y viviendas o propiedades colindantes. No sirvió de

²⁹⁷ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdo del 27 de junio de 1659.

²⁹⁸ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdo del 2 de septiembre y del 14 de octubre de 1662.

mucho, apenas tres meses después, ya entrado 1670, se seguían produciendo los vertidos y la Junta apremiaba de nuevo a Pedro de Sevilla para que lo remediara²⁹⁹.

Más delicado y más complejo resultó el trato cotidiano con los obligados de la limpieza y empedrados hasta entrada la década de 1680, víctimas en repetidas ocasiones de las limitaciones, a veces demasiado ajustadas, del presupuesto de la limpieza, y de las actuaciones que colateralmente llevaba a cabo la Junta de Limpieza. Ya no se trataba sólo de los perjuicios que frecuentemente les ocasionaban las faltas que se les aplicaban tras la realización de las visitas a los cuarteles, o de tener que costear con cargo a sus honorarios parte de las limpiezas extraordinarias, sino también, de un cúmulo de factores que empeoraron sobremanera sus condiciones laborales, obstaculizaron en repetidas ocasiones el servicio de limpieza y llevaron a algunos de ellos a la quiebra, a prisión, e incluso, colectivamente, a negarse a realizar su trabajo. De este modo, fue frecuente presionarles para que se esforzaran mucho más en el desempeño de sus obligaciones diarias, incluso se les mandaba proporcionar sus carros y mozos para limpiar otros cuarteles cuando se antojaba necesario, lo que en cierto sentido suponía una contravención a lo capitulado en las contratas³⁰⁰. Para reducir cualquier atisbo de rechazo u oposición a estas medidas la Junta optó entonces por aumentar considerablemente las cuantías de las faltas, hasta el punto que en 1662 la propia Junta tuvo que rebajar forzosamente a la mitad los 14 reales estipulados por cada tapia sin empedrar.

No cabe duda, que los miembros de la Junta sopesaron los inconvenientes que suponía imponer penas tan altas, puesto que eran conscientes que dejar sin cobrar a los obligados por el exceso de las multas y sus cuantías redundaba, todavía más, en el aseo de los cuarteles³⁰¹. Sin embargo, además de encontrar en las multas una forma de retroalimentar el presupuesto, les servía para someterlos a sus necesidades y acallar sus reivindicaciones. Por otra parte, sufrieron inspecciones periódicas y exhaustivas del

²⁹⁹ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdo del 26 de octubre de 1669 y del 6 de febrero de 1670.

³⁰⁰ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdo del 24 de julio de 1660 y del 19 de febrero de 1664.

³⁰¹ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdo del 5 de diciembre de 1662.

personal a su cargo y de sus carros, mulas y aperos, lo que les llevó, no sin esfuerzo, a mantenerlos en el mejor estado posible a cuenta de los ingresos mermados que entonces percibían o de las deudas que para este fin contraían. A modo de ejemplo, en el APÉNDICE III de este trabajo se detalla la inspección realizada el 9 de marzo de 1664, su resultado y el modo en el que se informó a la Junta³⁰².

Pero al margen de estas rutinas, lo que más daño les ocasionó fue el continuo retraso en el pago de sus mesadas, de por sí adelgazadas por la retracción de las faltas cometidas, a lo que habría que añadir las bruscas oscilaciones de los precios de la paja, cebada, hierro y madera con la que tenían que mantener a sus mulas y aderezar sus carros. Esta situación hizo muy difícil mantener las condiciones de las contratas, e incluso se tornaron inviables para algunos obligados. El 10 de marzo de 1663, se daba cuenta en la Junta que el obligado de una parte del cuartel de la Merced, Juan Téllez Nogués había quebrado. Dos años antes este desdichado ya había pasado bastantes apuros económicos e incluso había acabado en prisión por el incumplimiento reiterado de su obligación. En estos momentos la situación era más grave, pero la Junta optó por desentenderse de él, puesto que podía ofrecer muy poco, y acordó ceder su obligación a Domingo Cirujano, que entonces también estaba a cargo del cuartel de la Trinidad. Para que pudiera servirlo el corregidor ordenó que le fueran embargados los carros y enseres a Juan Téllez y que le fueran cedidos a Domingo Cirujano, además de embargarle todos sus bienes, por si hubiera necesidad de reclamarle daños o costas pendientes³⁰³. No fue el único, apenas ocho meses después el regidor comisario Juan de Álava expuso a la Junta que el obligado de su cuartel de San Miguel, Martín Bernal, apenas podía mantener a su personal, al que no pagaba sus salarios, ni tampoco el aderezo de los carros, ni mantenía sus mulas, que estaban tan *“flacas y viejas”* que no servían para tirar. En consecuencia Martín Bernal se negaba a trabajar. Pero la Junta, teniendo en cuenta el estado en que se encontraba el referido cuartel, *“tan cargado de basura”*, facultó al regidor comisario para que el obligado lo limpiara *“por los*

³⁰² A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdo del 9 de marzo de 1664.

³⁰³ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdo del 10 de marzo de 1663.

*medios que fuera*³⁰⁴. Martín Bernal apenas aguantaría la situación siete meses más. El 28 de junio de 1664 la Junta le encerró en la Cárcel de la Villa, procedió al embargo de sus bienes, se certificó oficialmente su quiebra y se mandó buscar persona para que se obligara a limpiar su cuartel³⁰⁵.

Pero en el verano de 1664 buscar un nuevo sustituto resultaba una misión imposible de satisfacer. El problema radicaba en la brusca subida que habían tenido los precios de la paja y la cebada, provocada, como en el resto de los abastos de los mercados, por el descenso del valor del vellón³⁰⁶. Tanto es así, que la Junta no tuvo más remedio que consultar a la Sala de Gobierno del Consejo de Castilla sobre la conveniencia de dar una compensación a los obligados para evitar que se interrumpiera la limpieza, como ya había ocurrido en el cuartel de San Miguel, que tras la quiebra y prisión de Martín Bernal, nadie había querido hacerse con su obligación, y sus calles se encontraban muy sucias. Los demás cuarteles tampoco estaban limpios y a duras penas se mantenían los servicios de limpieza y empedrado, de no ser en parte gracias al obligado Marcelo Román, quien generosamente socorría a sus compañeros de tanta adversidad. Prueba de ello es que enterada la Junta ordenó que a este obligado se le aceleraran los pagos para que no cesase la limpieza en el resto de los cuarteles, mientras que las mesadas que debían percibir los demás obligados, como de costumbre, se retrasaron más de lo que se podía soportar³⁰⁷. A finales del verano, como no se encontró a persona interesada, la Junta no tuvo más remedio que tomar bajo su administración el cuartel de San Miguel, a un coste estimado de 12.000 ducados que debía autorizar el Consejo, y en los que se incluían las ayudas que debían percibir los obligados para poder comprar la paja y cebada que necesitaban sus mulas³⁰⁸.

³⁰⁴ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdo del 29 de noviembre de 1663.

³⁰⁵ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdo del 28 de junio de 1664.

³⁰⁶ Castroviejo Salas, A. Ob. cit. Pp. 52-53.

³⁰⁷ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdos del 3 de julio y 12 de agosto de 1664.

³⁰⁸ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdos del 20 de septiembre y del 9 y 30 de octubre de 1664. La consulta de la Junta para que se dispusiera de los 12.000 ducados se encuentra en A.V.M., Secretaría. 3-493-14.

La Sala de Gobierno del Consejo de Castilla, más inclinada por hacer prevalecer los medios persuasivos que empleaba la Junta, no satisfizo tal libramiento de dineros. Entonces los obligados comunicaron que de no contar con una ayuda de costa y del pago íntegro y sin retraso de sus mesadas no podían hacer frente a los gastos que les ocasionaba la prestación de sus servicios. Esta tesitura la aprovechó de nuevo la Junta para informar a la Sala de Gobierno de que la carestía presupuestaria que se padecía era frecuente y regular. En concreto, que todos los años faltaban 6.000 ducados para cubrir los gastos del ramo, y sin tapujos les hacía saber *“que de no pagarles con puntualidad se sigue el no poder apretar para que ellos cumplan con su obligación, demás que en este año es más justo y preciso por el excesivo precio de la cebada y la paja, herrajes, madera y demás como es notorio”*³⁰⁹.

Pese a la advertencia, la Sala de Gobierno no resolvió nada al respecto, en vista de lo cual la Junta prosiguió con las inspecciones rutinarias, con la imposición de multas por las faltas apreciadas en las visitas generales y con los retrasos continuos en el pago de las mesadas, haciendo oídos sordos a los reiterados y desesperados llamamientos que hacían los obligados sobre la gravedad de su situación. Finalmente, el 30 de julio de 1665 se recibía la autorización de la Sala de Gobierno para pagarles los atrasos hasta finales de marzo del mismo año, por un importe de 46.000 reales que se obtendrían de las sisas de la Villa. No se llegó a tiempo, el mismo día se daba cuenta en la Junta de la quiebra de los obligados de los cuarteles de San Luis y de San Hermenegildo, que eran, respectivamente, Diego Aguado y Alonso Rubio³¹⁰. A este panorama tan desolador tuvo que hacer frente la Junta, poniendo bajo su administración el cuartel de San Hermenegildo, mientras que el de San Luis consiguió que finalmente se obligase Juan de Lope el Mayor y su esposa. Aquí no acabaron los problemas para la Junta, ya que ante la dificultad de continuar haciendo frente a los costes de administración del cuartel de San Miguel, se vio en la obligación de permitir la venta del muladar donde se vertía su basura³¹¹.

³⁰⁹ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdo del 21 de noviembre de 1664.

³¹⁰ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdo del 30 de julio de 1665.

³¹¹ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdo del 17 de agosto de 1664.

Esta situación de permanente tensión en la gestión cotidiana de los asuntos de la Junta y la precarización constante que soportaban los obligados se mantuvo en parámetros similares durante no pocos años. Para hacernos una idea de los atrasos que padecían en el pago de sus mesadas, contamos con una relación oficial fechada el 10 de febrero de 1666, donde consta lo que se le estaba debiendo a cada obligado entre los meses de julio y diciembre del año anterior³¹²:

- A Luis Martín, obligado del Cuartel de San Sebastián se le había quitado cada mes 330 reales. En total, del año 1665 se le adeudaban 1.980 reales.
- A Alonso Rubio, obligado del Cuartel de San Hermenegildo se le había quitado cada mes 440 reales. En total, del año 1665 se le adeudaban 2.640 reales.
- A Isidro de Fuenlabrada, obligado del Cuartel de San Jerónimo se le había quitado cada mes 550 reales. En total, del año 1665 se le adeudaban 3.300 reales.
- A Juan de Lope, el mayor y el menor, obligados de los cuarteles de San Luis, Santo Domingo y San Hermenegildo, se les había quitado cada mes 1.375 reales. En total, del año 1665 se les adeudaban 8.250 reales.
- A Agustín Fuertes, obligado del Cuartel de la Plaza se le había quitado cada mes 220 reales. En total, del año 1665 se le adeudaban 1.320 reales.
- A Francisco Bellorito, obligado del Cuartel de Santa Cruz, se le había quitado cada mes 605 reales. En total, del año 1665 se le adeudaban 3.630 reales.
- A Gabriel Saez, obligado del Cuartel del Carmen se le había quitado cada mes 440 reales. En total, del año 1665 se le adeudaban 2.640 reales.

³¹² A.V.M., Secretaría. 3-493-14.

- A Juan Sánchez Cabezas obligado del Cuartel de Santa María se le había quitado cada mes 495 reales. En total, del año 1665 se le adeudaban 2.970 reales.
- A Domingo Cirujano, obligado del Cuartel de la Merced y Trinidad se le había quitado cada mes 660 reales. En total, del año 1665 se le adeudaban 3.960 reales.

Estos datos bastan por sí mismos para constatar la precariedad económica a la que estaban sometidos, aunque a juicio de la autoridad del ramo, todavía algunos de ellos tenían margen para soportarlo y mantener al mismo tiempo la limpieza de sus cuarteles. Claro que en vista de la situación a la que les sometían, no les debía preocupar tanto cómo se realizaba la limpieza y, con tal de solventar los apuros más perentorios, ni siquiera se paraban a considerar cuales debían ser los grados de efectividad sobre su incidencia en las calles. El mismo año de 1666 se bajaban forzosamente los precios estipulados del carro por día y además se les imponía costear de su bolsillo los mangueros o personal subalterno que se precisara para mantener más atendida la limpieza. Las protestas y las quejas no se hicieron esperar, como las protagonizadas por los obligados Isidro de Fuenlabrada y Francisco Suarez, quienes dieron cuenta que servían con 56 carros con dos mulas cada uno, y por los que hasta ese momento se les había pagado 30 reales por carro y por día, pero que tras haberles bajado el precio e imponerles pagar de su bolsillo el coste de los mangueros y sus pertrechos, les había ocasionado un gasto adicional de 70.000 reales al año. Recordaron a los capitulares que por sendos autos de la Junta del 17 de enero y 15 de julio, y por un decreto del corregidor del 10 de noviembre del año anterior, se les había garantizado el pago de una ayuda de costa para suplir estos gastos, lo que hasta la fecha se había incumplido. Por todas estas razones, y también por la carestía de la paja y la cebada, exponían que no se encontraban en condiciones de continuar con su obligación³¹³. Lejos de las esperanzas que podían albergar estos obligados, la autoridad competente no acostumbrada a amilanarse frente a terceros actuó con mayor rigor. En

³¹³ A.V.M., Secretaría. 3-493-19.

las visitas generales de los empedrados que se vieron en la Junta a mediados de marzo de 1667 no sólo se estipuló que se hiciera un descuento en los importes de las mesadas por faltas de carros, enseres o empedradores, sino que, de nuevo, se incrementó la cuantía de las faltas de empedrar hasta los 14 reales por tapia³¹⁴.

Estas medidas no eran nuevas, se habían venido reiterando durante todo el periodo estudiado, pero en estos momentos, la crudeza y el exceso de celo puesto en algunas de ellas, deben entenderse más bien como parte de un sistema que podríamos considerar incluso perverso, basado en la represión constante y en los métodos coactivos que conscientemente se ejercieron sobre los obligados. Su finalidad radicaba en tenerlos sometidos a las necesidades de la Junta en una época de delicada coyuntura económica, hipotecando su trabajo y sus recursos hasta niveles casi inaceptables, aunque para ello hubiera que abusar del poder y emplear el chantaje, pues para los obligados ya no sólo se trataba de mantener sus contratas, sino, sobre todo, de procurarse un medio con el que poder subsistir aunque fuera a costa de sus exiguas mesadas. Precisamente, fue la necesidad imperiosa que padecieron los obligados de contar con ingresos para hacer frente a sus pagos, enseres y deudas, junto a la dilatada periodicidad que duraban las contratas, lo que permitió a la autoridad del ramo utilizar este sistema de represión y coacción. Como ya hemos visto en algunas ocasiones, incluso se iba demasiado lejos, no se controlaba suficientemente la presión ejercida o no se tenía en cuenta la capacidad real de aguante de alguno de estos desdichados. Entonces, sobrevenía la quiebra económica de algunos de ellos quedando abocados a la pobreza lacerante o incluso a tener que saldar sus cuentas en la cárcel. Estas relaciones laborales tan perjudiciales y coactivas, que sin duda tendrían un fuerte impacto psicológico, se puede observar en todas las visitas efectuadas y valoradas por la Junta, además de en los descuentos frecuentes que se estipulaban en las mesadas, así como en otras imposiciones y coacciones que soportaban. Baste como ejemplo, que esas mismas condenaciones de 14 reales impuestas a los obligados por el visitador general y los alguaciles, eran suavizadas conscientemente por la Junta, rebajándolas a la mitad, y no por un acto de clemencia o de justicia paternal, sino para

³¹⁴ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdo del 12 de marzo de 1667.

evitar nuevas quiebras y mantener enganchados en el servicio a los obligados, aún a sabiendas de su delicada situación económica. También se observa esta actitud en la Sala de Gobierno del Consejo de Castilla en lo tocante a la autorización del pago de atrasos, puesto que se efectuaban de forma calculada y siempre por debajo de las expectativas de los obligados. Así, el mismo mes de marzo de 1667 se autorizó el pago de 4.000 ducados que se les debía hasta finales del año anterior, pero no se incluían los que computaban hasta el mes en curso³¹⁵.

En definitiva, se había establecido un sistema coactivo que permitía mantener a los obligados en el límite de sus posibilidades económicas para realizar el servicio de sus contratas, durante nada menos que los seis años estipulados en las mismas, en el que de no darse a tiempo las contramedidas oportunas se les abocaba a la quiebra. Más aún, tras la conclusión de las contratas, las inversiones y las deudas que habían contraído eran tan cuantiosas que, buena parte de ellos, e incluso sus descendientes o viudas, renovaban las obligaciones de limpieza porque era el único medio con que contaban para afrontarlas y poder subsistir; situación que, sin duda, beneficiaba a la Junta de Limpieza. Por citar algún ejemplo, en noviembre de 1667 Ángela de Murcia y su esposo continuaron con la obligación del cuartel de Santa María, por muerte del padre de ésta, Juan Sánchez Cabezas, *“en las mismas condiciones y precio, con hipoteca de los carros y mulas”*³¹⁶. Tres cuartos de lo mismo hizo María Ramírez de Arellano en 1676 tras enviudar del obligado de los cuarteles de la Merced y la Trinidad, Domingo Cirujano³¹⁷. Del mismo modo, se observa en la documentación de los libros de la Junta de Limpieza, que buena parte de los obligados suscribieron reiteradamente las obligaciones de limpieza de los diferentes cuarteles de la Villa, destacando algunos de ellos y sus familias, por desempeñar estas obligaciones durante un periodo de más de 20 años, como fue el caso de los hermanos Juan de Lope el mayor y Juan de Lope el menor, o de Isidro Fuenlabrada y Francisco Bellorito.

³¹⁵ Ibídem.

³¹⁶ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdo del 19 de noviembre de 1667.

³¹⁷ A.V.M. Secretaría. 3-493-19.

Pero este sistema coactivo no derivaba tan sólo de una política arbitraria de la Junta de Limpieza hacía sus subordinados y contratistas, sino, fundamentalmente, de la falta permanente de recursos económicos para mantener en niveles aceptables el aseo de las calles. Un informe del 23 de enero de 1668, de Gaspar Rodríguez de Castro, contador de hacienda de la Villa de Madrid, sobre las sisas y efectos que se empleaban para la limpieza, no deja lugar a dudas. Hacía saber que aunque en un principio los efectos contables que se emplearon para la limpieza eran caudalosos, por el contrario, en aquel momento *“no alcanzan ni son suficientes para dar entera satisfacción a los obligados de la limpieza”*. Lo justificaba argumentando que habían bajado los valores de las sisas donde estaban consignados sus gastos, al tiempo que sus arrendamientos. Por lo tanto, proporcionaban menos caudales y estos no bastaban para cubrir el pago anual que se concertó con ellos, *“por cuya causa de las mesadas que se les libra se les hacen algunos descuentos por falta de consignación y los que en los años pasados se les hizo se satisficieron por entero rateando lo que montaron en las sisas más desembarazadas de esta villa”*. Para concluir, se permitía prevenir al corregidor que era necesario *“guardar la formalidad que se tiene que es no hacer rateos en las sisas menos que con decreto de V.A. y ser solamente en que en tales casos puede dispensar por causa de los muchos acreedores que tienen consignados sus pagos en tales sisas”*³¹⁸.

En vistas del catastrófico estado financiero de las arcas municipales, la Junta continuó poniendo en práctica las habituales medidas coactivas. En febrero de 1668 de los 7.000 ducados de atrasos que se debían a los obligados hasta diciembre del año anterior, se les libró únicamente 3.000 porque había que acometer con prontitud los empedrados de las calles. El 14 de junio siguiente se daba cuenta en la Junta de la caótica situación económica en la que se encontraban y se tuvo que abordar la manera de cómo poder socorrerles. No quedando más remedio, el 7 de agosto la Junta informó al Consejo que hasta finales de junio a los obligados se les debía 66.866 reales, y que se necesitarían 108.876 reales más de dotación para cubrir los gastos que en

³¹⁸ A.V.M., Secretaría. 3-493-15.

adelante surgieran³¹⁹. Pero en el mismo mes de agosto se produjo un cambio de actitud en los obligados, y tras convocarse la licitación de las nuevas contratas de limpieza ninguno de ellos concurrió. Entonces, al corregidor no le quedó otra salida que mediar directamente con ellos con el fin de llegar a un acuerdo ventajoso. Un mes después, todos los obligados, menos uno, aceptaron volver a hacerse cargo de sus obligaciones bajo los mismos precios y condiciones, pero a cambio se debía disminuir el periodo contractual de las mismas a tan sólo cuatro años, *“con calidad que se les haya de pagar al contado lo que se les debe atrasado y corriente y enteramente las mesadas, sin descontarles nada de falta de consignación”*³²⁰.

Las pretensiones de los obligados apuntaban directamente a poder evadirse o liberarse de este sistema de coacción tan manido por la Junta, y que tanto les perjudicaba. Felizmente para los obligados, fueron aceptadas por la Junta de Limpieza, aunque para poder cumplirlo se tuvieron que hacer bastantes artificios económicos y no pocas composiciones y reorganizaciones en los cuarteles de la Villa³²¹. De este modo, se refundieron en un solo cuartel los antiguos de Santo Domingo y San Ildefonso, que junto al de San Luis quedó bajo obligación de Juan de Lope el mayor. También se refundieron los de Santa María y del Carmen, a cargo de Gabriel Sanz; el de la Merced y la Trinidad también se fusionó quedando a cargo de Domingo Cirujano; el de San Hermenegildo quedó a cargo de la viuda de Alonso Rubio; el de Santa Cruz a cargo de Francisco Bellorito, el de San Jerónimo para Isidro Fuenlabrada y la plaza Mayor quedó a cargo de Andrés Fuertes. El único obligado que no aceptó los tratos con el corregidor fue Luis Martín, del cuartel de San Sebastián, hasta un mes después que obtuvo el compromiso firme de aquel de cumplir lo pactado. Por último, cabe decir que no se encontró solución para que alguien se encargara del cuartel de San Miguel, por lo que continuó bajo la administración directa de la Junta.

³¹⁹ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdos del 29 de febrero, 14 de junio y 7 de agosto de 1668.

³²⁰ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdo del 7 de agosto de 1668.

³²¹ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdo del 7 de septiembre de 1668.

La Junta y el corregidor parece que tenían claro que para continuar la limpieza de las calles había que intentar cumplir con las demandas de los obligados. Sabedores del *“corto cabimiento que hay en ellas –sisas- para cargar cantidad tan considerable”*, y teniendo necesidad de contar con 123.304 reales para poder pagarles hasta finales de diciembre del presente año de 1668, además de los 78.866 reales que todavía se les debía por falta de consignación, hasta finales de junio pasado; más los 54.438 reales que harían falta por dicha causa durante los seis meses desde primero de julio hasta fin de diciembre, se acordó proponer al ayuntamiento y a la Sala de Gobierno del Consejo de Castilla una relación de arbitrios con los que poder obtenerlos. Pero además, para poder pagarles enteramente las mesadas a partir de 1669, y no incurrir en bajárselas por falta de consignación, dieron cuenta a la Sala de Gobierno que habría que proveer otros 88.000 reales anuales, que se podrían obtener de los cuatro cuentos de maravedís que sobraban de la refacción del estado eclesiástico, en cuya sobra ya se aplicaron hasta finales de diciembre del presente año 20.000 ducados, para la obra de la capilla de San Isidro. Advertían que optaban por este arbitrio porque el prorrateo de las sisas ya se encontraba muy reducido por la cantidad que tenía de acreedores. Además, continuaron informando que cada año seguirían faltando 20.876 reales, pero consideraban que esta cantidad era aproximadamente lo que importarían anualmente las condenaciones y multas que se les imponía por faltas de carros y empedrado, ya que *“estos medios parece a la junta son los más suaves, efectivos y de menos perjuicio e inconveniente y de mayor providencia para dar entera satisfacción a los obligados de lo atrasado”*³²².

³²² Ibídem. Los arbitrios propuestos deberían proporcionar 33.000 reales de los censos de fuentes que cobra Nicolás Freile, en el dinero que de este efecto se encuentre en su poder hasta finales del pasado año de 1667 y en el presente de 1668. 22.000 reales que se consideran que sobran en las adealas de toros de este año. 11.000 reales de los mismos que ha pagado María Rubia de los 25.000 ducados que se le prestaron para la obligación del tocino de este año. 44.000 reales que se presupone se sacarán del efecto que Madrid tiene de los 53.980 reales al seis por ciento sobre la sisa del vino de la plaza, que se había dado al maestro de campo Pedro Díaz Romero de Arellano, que por ejecutoria del Consejo está aplicado y restituido a Madrid, dándose por esta Villa poder y comisión a cualquier persona en la cantidad que se ejecutase, y cuyos efectos vienen a importar 110.000 reales. No obstante, para poder cumplir con los 123.304 reales que se necesita para pagar a los obligados hasta finales de este año, todavía faltaban 13.304, que se les descontarían de las condenaciones que se les pusiera por faltar en sus obligaciones, después de la visita general de finales del mes de septiembre o de San Miguel.

La Sala de Gobierno, ante la delicada situación planteada por la Junta, autorizó pagar lo que faltase a los obligados del año en curso, mediante un arbitrio perteneciente a la Villa, en concreto del 6% de los 53.980 reales que alcanzaba la sisa del vino de la plaza, y de los que al menos, su administrador Marcelo Román de Ortega tendría que obtener un reintegro de 46.000 reales, con los que socorrerlos³²³.

A finales de los meses de noviembre y diciembre los obligados pudieron comprobar que cobraron íntegramente y sin retrasos sus mesadas, compromiso que se prolongó durante los años de 1669 y 1670. Durante el mismo tiempo, también se produjo un descenso en el número de faltas sancionables, incluso se procedió al reintegro de parte de sus atrasos y las limpiezas generales que se realizaron tampoco fueron tan lesivas para sus bolsillos³²⁴. Además, los obligados habían conseguido que la Junta les hiciera un anticipo de 500 ducados, en el momento de la firma de la escritura pública de sus contratas, con el propósito de poder hacer frente a los pagos de paja y cebada, cantidad que luego se reintegraría de los libramientos de sus mesadas³²⁵.

Esta aparente normalidad a la que se había llegado no se mantuvo por mucho tiempo. En marzo de 1672, Antonio Pérez Chamarro, obligado de los carros volantes o auxiliares que habían servido durante un año como refuerzo a los que operaban en los cuarteles, anunció que no tenía intención de renovar la contrata porque no tenía fondos con los que poder cubrir los gastos, habiendo perdido más de 4.000 ducados debido a la muerte de 21 de sus mulas y gastos de mantenimiento. La fragilidad del servicio de limpieza no se había disipado, y de nuevo, el 13 de octubre de 1672, la Junta de Limpieza, ante la falta de encontrar persona que quisiera obligarse a limpiar el cuartel del Carmen, ordenó a su regidor comisario que lo tomara bajo su administración. Para este propósito se mandó librar 4.000 ducados que debían

³²³ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdo del 13 de noviembre de 1668.

³²⁴ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Limpieza I. Acuerdos del 29 de noviembre y 19 de diciembre de 1668. Según el acuerdo del 16 de marzo de 1669 se procedió a pagarles los atrasos que se les debía hasta finales del año 1667.

³²⁵ A.V.M. Secretaría, 3-493-19.

emplear en la adquisición de cuatro carros con sus correspondientes mulas que debía hacer el maestro Antonio Redondo³²⁶.

Queda claro que no debía ser muy atractivo el margen de beneficios que se podía obtener con las contratas de limpieza, y más aún, cuando en estos momentos se estaba estableciendo una nueva reubicación de los muladares en los que debían verterse las basuras de los carros. Para tratar de aumentar estos márgenes tan estrechos los obligados pedían reiteradamente que se aumentaran los carros de los cuarteles, con lo que además se cubrirían mejor las necesidades de su aseo. El mismo año 1672 Juan de Lope, obligado de los cuarteles de Santo Domingo, San Ildefonso y San Luis, pedía tímidamente que se le aumentase tan sólo medio carro más para la limpieza del cuartel de Santo Domingo, sobre los cuatro y medio con los que ya servía. Del mismo modo, Francisco Suarez, obligado del cuartel de San Miguel, se quejaba de que los costes de sus servicios se habían incrementado porque le habían prohibido verter la basura en unos eriales que se encontraban más abajo del Matadero, lugar en el que llevaba 18 años haciéndolo, y en su lugar se le había mandado verterlas en las proximidades de la calzada de Toledo, debajo de la Cruz, con lo que se había aumentado la distancia que debían recorrer los carros y el tiempo en realizar el servicio. Pero además, tanto por verter en el antiguo muladar como en el nuevo, la Sala de Alcaldes le había multado en dos ocasiones por pertenecer los eriales a un particular. En consecuencia, ponía de relieve que el cuartel de San Miguel ya no tenía vertedero. Todavía entre 1674 y 1675 la Junta seguía viendo peticiones de los obligados para que no surtiera efecto la bajada a 28 reales del precio por carro y día, dos reales menos de los que habían pujado para hacerse con las contratas. Estas demandas no era nuevas, pero ahora los obligados estaban decididos a asumirlas a cambio de que no les hicieran el cargo de los mangueros que se empleaban regularmente en la realización de las mareas y limpiezas generales³²⁷. De hecho, tan sólo dos años antes la Junta libraba directamente con cargo a su presupuesto el coste de los salarios de los mangueros.

³²⁶ Ibidem.

³²⁷ Ibidem.

Entonces, el coste de la limpieza de las calles de Madrid no es que fuera muy abultado, pero el problema seguía siendo la falta permanente de presupuesto. Para hacernos una idea de los gastos de limpieza que se producían tenemos una relación contable, fechada entre el 22 de noviembre de 1675 y el 6 de abril de 1676, en la que figura que la partida de los 10 obligados que servían los 13 cuarteles había ascendido a 12.225 reales, de los que había que deducirles las faltas de las visitas y los anticipos de la paja y la cebada. Los demás gastos ascendían a 5.089 reales (salarios de mozos o mangueros, cordel y escobas), con lo que en total los gastos de los cinco meses ascendieron a 17.314 reales³²⁸.

A la falta de presupuesto, se añadía la coyuntura económica del momento, que en absoluto contribuía a mejorar las cosas. En 1678, los obligados pidieron a la Junta de Limpieza una ayuda de costa para hacer frente a la espectacular subida de los precios de la cebada, que había alcanzado los 46 reales la fanega, y de la paja *“como es notorio”*. Recordaron a la Junta que por sus autos de 17 de enero y 15 de julio de 1675 se habían comprometido a satisfacerles dicha ayuda, pero que los 500 ducados que les daban de anticipo los percibían a destiempo, cuando los precios estaban más caros, razón por la que solicitaron que les fuera dado en la época más conveniente para ellos³²⁹. Además, informaron de que se les morían muchas mulas y que era frecuente aderezar los carros, lo que nos da idea de lo corrosivo e insalubre que debían ser los residuos que manipulaban estos individuos, procedentes de las calles de la Villa. La Junta, en lugar de socorrer a los obligados, volvió a hacer uso de los tradicionales mecanismos coactivos, obviando las peticiones, redoblando la vigilancia, etc. Pero los obligados no estuvieron dispuestos a ceder más. En 1680, tras concluirse los plazos de vigencia de las contratas, decidieron conjuntamente no renovarlas, provocando con su decisión una situación muy incómoda para las autoridades de la Villa. Ciertamente, estaban pasando por enormes dificultades para mantener el servicio y sus propias haciendas:

³²⁸ *Ibidem*.

³²⁹ *Ibidem*.

“Los obligados de la limpieza de la Villa de Madrid decimos que nosotros cumplimos con nuestra obligación en fin del mes que bien de agosto, y respecto de que hemos perdido nuestras haciendas con los años tan estériles que ha habido y es al presente, y no podemos servir a la Villa por los veintiocho reales cada carro que se nos ha dado, aquello que fuere justo, damos cuenta a V.S.”

Ante la reiterada negativa de los obligados, el corregidor de Madrid, Marqués de Ugena, del Consejo de S.M. y Contador Mayor de Hacienda, optó por una medida autoritaria y represiva, nada menos que amenazó a los obligados con penas de 200 ducados a cada uno de los que no quisieran continuar, en el ínterin que Madrid ajustase las condiciones de la nueva obligación³³⁰.

4.4. La cruda realidad: recortes presupuestarios, pauperización del servicio y limitación temporal de las contratas (1681-1700).

Entre los meses de enero y febrero de 1681, la Junta de Limpieza deliberó ampliamente sobre las nuevas contratas que se habrían de ofertar a los obligados, valorándose los pros y contras de las demandas que reiteradamente habían solicitado, y partiendo de que los 28 reales por carro y día que se les podía pagar eran inamovibles, porque en el mismo año el precio de la fanega de cebada había bajado desde los 12 hasta los 10 reales. Por el contrario, estaban dispuestos a anticiparles, en el mes que solicitasen, los 500 ducados que precisaran para abastecerse de paja y cebada aprovechando las mejores condiciones del mercado. Abiertamente se reconoció que el estado de pobreza de muchos de ellos les había impedido adquirir a la vez ambos géneros. Por otra parte, también consideraron aceptable satisfacerles sus mesadas a comienzos de cada mes, siendo pagaderas por el receptor de las sisas y no por cualquier otro arrendador. Sin embargo, el problema no radicaba en el voluntarismo de la Junta, sino en poder contar con un presupuesto de nada menos que 33 *cuentos* –millones- de maravedís, que importarían los gastos anuales de todas las

³³⁰ *Ibidem.*

obligaciones de limpieza, empedrados y demás gastos del ramo. Para que así le constara al Consejo de Castilla y a la Contaduría de Hacienda, el 10 de febrero se les envió una relación detallada de lo que percibiría cada obligado de limpieza y empedrado mensualmente, junto con el monto total de los carros con los que servirían durante los 365 días del año. La cifra total alcanzó los 22.933.680 maravedís, distribuidos de la siguiente forma³³¹:

- Isidro de Fuenlabrada, obligado del Cuartel de San Gerónimo, por seis carros, percibiría al año 61.320 reales, y cada mes 5.110 reales
- Alonso de Barahona, obligado del cuartel de Santa Cruz, por seis carros, percibiría al año 61.320 reales., y cada mes 5.110 reales.
- María Ramírez, obligada del cuartel de la Merced, por seis carros, percibiría al año 61.320 reales, y cada mes 5.110 reales.
- Francisco Suarez, obligado del cuartel de San Miguel, por seis carros, percibiría al año 61.320 reales, y cada mes 5.110 reales.
- Juan de Lope el menor, obligado del cuartel de Santa María, por cinco carros, percibiría al año 51.100 reales, y cada mes 4.258 reales y 11 maravedís
- Juan de Lope el mayor, obligado del cuartel de Santo Domingo, por cinco carros, percibiría al año 51.100 reales, y cada mes 4.258 reales y 11 maravedís.

³³¹ A.V.M. Secretaría, 3-493-19.

- José Doblado, por cinco carros volantes con los que serviría cada día, percibiría al año 51.100 reales, y cada mes 4.258 reales y 11 maravedís.

- Francisco Bellorito, por cinco carros de los diez volantes con los que serviría cada día, percibiría al año 51.100 reales, y cada mes 4.258 reales y 11 maravedís.

- Juan de Escoto, obligado del cuartel de San Luis, por cinco carros, percibiría al año 51.100 reales, y cada mes 4.258 reales y 11 maravedís.

- Pedro Fernández, obligado del cuartel de San Ildefonso, por cuatro carros, percibiría al año 40.880 reales, y cada mes 3.406 reales y 8 maravedís.

- Isidro Alonso de Encinas, obligado del cuartel de San Sebastián, por tres carros, percibiría 30.660 reales, y cada mes 2.555 reales.

- Diego Ginés, obligado del cuartel del Carmen, por cuatro carros, percibiría al año 40.880 reales, y cada mes 3.406 reales y 8 maravedís.

- Al mismo Francisco Bellorito, anteriormente citado, obligado del cuartel de plaza Mayor, por dos carros, percibiría al año 20.440 reales, y cada mes 1.703 reales.

- Al mismo Juan de Escoto, anteriormente citado, obligado del cuartel de San Hermenegildo, por cuatro carros, percibiría al año 40.880 reales, y cada mes 3.406 reales y 8 maravedís.

Ni el Consejo de Castilla ni la Cámara de Hacienda pusieron objeciones a las necesidades presupuestarias del ramo de limpieza, pese haberse aumentado las contratas de los carros volantes o auxiliares, con lo que la Junta entendió que se podían satisfacer buena parte de las demandas de los obligados. En agosto de 1680, cuando los obligados comenzaron a servir las nuevas contratas de limpieza, se daba cumplimiento a algunas de ellas. Por lo pronto, la periodicidad de las contratas se había reducido a tres años, la mitad de tiempo del habitual con la que se habían venido sirviendo las obligaciones durante buena parte del siglo XVII, y que tantas servidumbres y deudas les había acarreado. A su vez, recibieron el compromiso de la Junta de percibir, en el mes de enero de cada ejercicio, los 500 ducados de anticipo que precisaban para la compra de paja y cebada, así como del pago mensual de sus mesadas. Y a tenor de las pocas incidencias que se vieron en la Junta durante los tres años de su vigencia, se puede argumentar que se fueron normalizando las relaciones contractuales entre ésta y los obligados. A este clima de creciente entendimiento contribuyó la aparente mejoría económica de la Villa, que registró en estos momentos una bajada de los precios de la paja y la cebada en sus mercados, provocada por la devaluación del vellón, que perseguía controlar las altas tasas inflacionistas de bienes y servicios³³². Sin duda, esta bajada de precios fue un alivio para los mermados ingresos de los obligados, pero en modo alguno supondría a posteriori mejorar sensiblemente sus condiciones económicas. La Junta también aprovechó la coyuntura para ir renegociando los precios de los carros en el transcurso de la contrata. En julio de 1681, tras la bajada notable de los precios de la cebada, el corregidor de la Villa y presidente de la Junta, marqués de Campo Sagrado, presionó a los obligados a que bajaran 2

³³² El 10 de febrero de 1680 se devaluó de nuevo la moneda de vellón con el fin de adecuar su valor nominal al intrínseco. Castroviejo Salas, A. Ob. cit. Pp. 53.

reales el precio del carro diario. De nuevo, en marzo de 1682, les volvió a presionar para que bajaran 1 real más, hasta quedar en 25 reales el precio por carro y día³³³.

Los obligados cedieron y para su desgracia también dejaron de percibir los anticipos que la Junta se había comprometido a darles. De nuevo la falta de recursos venía a hacer inviable cualquier normalización de las contratas. De esta situación tenía conocimiento exhaustivo la Cámara de Hacienda, que interesada por la problemática presupuestaria que afectaba al ramo de limpieza, y atendiendo a la delicada situación que mantenía la Junta con los obligados, trataba de ejercer el mayor control posible sobre los libramientos o ingresos procedentes de las sisas u otros arbitrios municipales que se destinaban para estos fines. Así, por ejemplo, el 16 de noviembre de 1682, a su requerimiento, Antonio Frechilla, tesorero de los efectos y sisas con los que se pagaban los gastos de limpieza, les daba cuenta de los libramientos para los gastos siguientes³³⁴:

1. Por nueve libranzas dadas en 17 de marzo de 1682 se le libraron 13 cuentos – millones- y 200.000 maravedís, en las sisas y rentas siguientes:
 - En la de carnicerías y aceite de a veinticuatro mil, 5.000.000 maravedís.
 - En la renta del cacao y chocolate de a mil, 1.400.000 maravedís.
 - En la del carnero de quiebras, 1.200.000 maravedís.
 - En la del carnero de hospitales, 1.200.000 maravedís.
 - En la dicha sisa también 1.200.000 maravedís.
 - En la renta de la onza del azúcar, 1.200.000 maravedís.
 - En las sisas de ocho mil, 800.000 maravedís.
 - En la sisa del cuarto de palacio, 700.000 maravedís.
 - En las sisas ordinarias, 500.000 maravedís.

³³³ A.V.M. Secretaría 1-10-21.

³³⁴ A.V.M. Secretaría 3-493-19.

2. Por otra libranza de 21 de abril de 1682, se libraron 37.472,50 reales de vellón, que equivalen a 1.273.725 maravedís.
3. Por otras tres libranzas de 30 de junio de dicho año, se le libraron 6.800.000 maravedís en las sisas y rentas siguientes:
 - En la de carnicería y aceite de a veinticuatro mil: 3.605.360 maravedís.
 - En la del cacao y chocolate: 194.640 maravedís.
 - En la del vino de la limpieza: 3.000.000 de maravedís.
4. Por otra libranza de 8 de agosto de ese año se le libraron 5.000.000 de maravedís.

Todas estas partidas importaban 26.273.725 maravedís de vellón, pero estando todavía a un mes y medio de finalizar el año, y para poder llegar a cubrir el presupuesto total de los 33 cuentos –millones- de maravedís estipulados, todavía faltaban por librar 6.726.275 de maravedís. No cabe duda que la exorbitante deuda pública que había contraído la hacienda municipal comenzaba a producir efectos devastadores en la capacidad distributiva de las rentas que proporcionaban las sisas y arbitrios municipales, al tener que destinar buena parte de su montante a satisfacer sus enormes obligaciones, con lo que quedaba poco margen para atender las necesidades de los diferentes ramos municipales, pese a haberse devaluado la moneda de vellón y establecer estímulos al consumo reduciendo las imposiciones fiscales indirectas sobre la población³³⁵. Con esta situación, a comienzos del verano de 1683, cuando estaba próxima la conclusión de las contratas, los obligados pidieron encarecidamente el cumplimiento de lo acordado, más aún cuando había vuelto a

³³⁵ Entre 1640 y 1689 se pusieron a la venta más de 60.000 efectos de la Villa por un valor superior a los 206 millones de reales, de los cuales el 86% se emitió entre 1659 y 1679, con el propósito de atender las necesidades presupuestarias de la Corona y de los intereses de las clases dominantes que acapararon buena parte de la deuda municipal emitida, apropiándose de una parte considerable de la renta de los consumidores urbanos, ya que buena parte de los bienes y productos de los mercados estaban gravados fiscalmente con las sisas que respaldaban los efectos o deuda emitida. López García J. M. (dir.). *El impacto de la Corte en Castilla. Madrid y su territorio en la Época Moderna. Siglo veintiuno de España Editores*. Madrid, 1998. Pp. 313.

subir el precio de la cebada a 22 reales la fanega y el carro de paja a 110 reales, lo que les daba derecho a exigir una revisión del precio por carro y día de servicio.

Para que tuvieran más fuerza sus demandas los obligados decidieron remitir conjuntamente un memorial a la Junta, tras haber recibido de ésta los pliegos que habrían de regir las nuevas contratas de limpieza durante los tres próximos años, es decir, hasta agosto de 1686. En el memorial, firmado por los obligados Francisco Bellorito, Juan de Lope, Isidro Alonso de Encinas, Francisco Suarez, Juan de Escoto, Antonio Palomares, Diego Gómez, María Ramírez, Pedro Fernández, Miguel de Salinas y Juan Pérez, comunicaban que no estaban dispuestos a servir por un precio por carro y día inferior a 29 reales, pagados por mesadas cumplidas, en atención al brusco incremento de los precios de la cebada y la paja. Recordaron que en la anterior contrata *“con gran pérdida hemos estado sirviendo”*, e insistieron, sobre todo, que en *“el precio a que nos obliguemos a servir ha de quedar por obligación cerrada, sin que por nosotros ni por Madrid ni los señores corregidores se pretenda alterar”*. Además, pusieron como condición que cada año de la obligación, como era la costumbre, se les anticiparan 500 ducados para proveerse de paja y cebada, cantidad que se les descontaría proporcionadamente de sus mesadas. Por último, incluyeron algunas demandas nuevas como que no se les debía descontar el servicio diario de los carros si, habiendo salido a limpiar, estos se les averiaban o se quebraba alguna de sus ruedas, así como darles el tiempo justo para repararlo³³⁶.

La junta vio el memorial de los obligados pero conocedora de las limitaciones del presupuesto no lo tuvo en consideración. En su lugar, mandó pregonar la licitación de las contratas por las localidades de Getafe, Vallecas y Vicálvaro, por si algún interesado quería presentar pliego y postura. No concurrió nadie, lo que sugiere que sus precios no eran atractivos e incluso deficitarios para los posibles interesados. El siete de septiembre de 1683 en las puertas del ayuntamiento se dio también pregón por si había algún interesado en presentar pliego y postura. Tampoco concurrió nadie. Tres cuartos de lo mismo ocurrió los días 9, 10, 11, 13, 14, 15, 16, 17... y en repetidos días

³³⁶ A.V.M. Secretaría 1-10-21.

de octubre y noviembre, y finalmente el 1 de diciembre con idéntico resultado. En consecuencia, la junta se vio obligada a sacar la licitación por un precio mayor, de 28 reales por carro y día, aunque eso sí, reduciendo el periodo de la obligación a tan solo un año de duración por las limitaciones presupuestarias consabidas. Cuando esta nueva licitación se pregonó el 3 de diciembre, tampoco se presentó ningún interesado, ni al día siguiente, ni sucesivamente los días 6, 7 y 9.

Entonces, el corregidor no tuvo más remedio que entenderse con algunos de los antiguos obligados, y, finalmente, el 11 de diciembre se efectuó el remate de la obligación fijada en 28 reales por carro y día y una duración de un año. Además, como los antiguos obligados habían sido forzados a continuar limpiando hasta la resolución de la adjudicación de las nuevas contratas, acordaron que los nuevos precios debían pagarse desde 1 de septiembre anterior, que es cuando legalmente concluyó la anterior contrata. De este modo, Juan de Lope se hizo con la obligación de la limpieza de los cuarteles de Santo Domingo y Santa María, con 5 carros cada cuartel y con un carretero y barrendero por carro. Juan de Escoto se obligó por el cuartel de Santa Cruz, con cinco carros, y por el de San Hermenegildo con otros cuatro carros. Juan Pérez por el cuartel de San Jerónimo con seis carros; Pedro Fernández por el de San Ildefonso con cuatro carros; Diego Gómez por el cuartel del Carmen con cuatro carros; Francisco Suarez por el de San Miguel con seis carros; María Ramírez por los de la Merced y la Trinidad con seis y tres carros respectivamente; Isidro Alonso de Encinas por el de San Sebastián con 3 carros; Miguel de Salinas por el de Santa Cruz con seis carros; Francisco Bellorito por el de la plaza Mayor con dos carros más otros cinco carros volantes, y Antonio Palomares se obligó por otros cinco carros volantes³³⁷.

En total se iban a emplear 59 carros diarios para limpiar y empedrar las calles de la Villa, más otros 10 carros volantes que también acudirían a diario a asear las zonas que requerían más urgencia, a un precio de 28 reales, lo que ascendía a un coste diario de 1.932 reales y un coste anual de 23.976.120 maravedís. Sin embargo, apenas había concluido el año cuando algunos de los obligados se encontraron prácticamente en la

³³⁷ Ibídem.

ruina. No habían percibido los 500 ducados de adelanto que les hubiera permitido adquirir la paja y la cebada más barata, y tampoco percibieron sus mesadas a tiempo. De continuo se les vino debiendo los atrasos de cuatro meses, e incluso al acabar la obligación, a finales de agosto de 1684, todavía se les debían cinco mesadas. Ni que decir tiene que cuando el 4 de septiembre siguiente la Junta les pidió pliego y postura para hacerse cargo de la nueva obligación de tres años, se mostraron todavía más obcecados e inflexibles. Nada menos que pusieron como precio 30 reales de vellón por carro y día pagaderos por mesadas, esto es, dos reales más por carro y día que en la contrata anterior. Igualmente, exigieron el pago de las mesadas que se les debía para poder comprar la cebada y la paja que precisarían en el invierno, antes de que subiera más su precio, sin olvidar que debían anticiparles los consabidos 500 ducados anuales para estos menesteres. También, pidieron que se les franqueasen los portillos para ir a verter a los basureros, pues al tener que usar las puertas principales se les obligaba a dar mucha vuelta, ocasionándoles muchos perjuicios, razón por la que también solicitaron que, al carecer de muladar específico los cuarteles de Santo Domingo y Santa María, se les permitiera echar su basura en una porción de tierra junto al puente de Segovia, que siempre se uso como muladar. Con estas condiciones y no otras afirmaron que se obligarían a servir. Pero al igual que había ocurrido el año anterior, apenas dos días después los obligados llegaron a un nuevo acuerdo con el corregidor, Marqués de Vallehermoso. Servirían por un año más a un precio de 28 reales por carro al día³³⁸.

Bajo estas premisas de ir regateando los precios del servicio de carros, en función de la carestía de la paja y la cebada, de ir aumentando o disminuyendo la periodicidad de las contratas en función de los mismos precios, y de disminuir progresivamente el número de carros para el servicio de limpieza, se fueron ajustando las contratas durante los años que faltaban para culminar el siglo XVII. Así, en 1686 se atendió la limpieza de las calles con 3 carros menos que dos años antes, es decir, con 66 carros, incluidos los 10 volantes, a un precio de 26 reales por carro, mula y barrendero al día, que importaron un coste anual de 626.340 reales (21.295.560 maravedís). Al año

³³⁸ Ibídem.

siguiente se bajo todavía más el precio, hasta situarse en los 20 reales, con el consecuente desahogo para el presupuesto del ramo. Pero para los obligados el tener que asumir una bajada tan desproporcionaba les abocaba a una situación de extremada fragilidad económica, y más aún, tenían la sospecha generalizada de que la Junta aprovecharía esta tendencia bajista para reducir todavía más el precio y el número de carros en la nueva licitación que, con una duración de tres años, comenzaría en agosto de 1687.

Estas sospechas no eran infundadas, razón por la que los obligados antes de dicha licitación pidieron a la Junta que tuviera en cuenta todos los gastos que debían asumir, como mantener carros y mulas -que morían a menudo-, herrarlas, más los costes de personal y enseres que periódicamente debían satisfacer. Concurrir a una licitación a 20 reales el carro para un total de 56 carros, 10 menos que el año anterior, suponía pujar y rematar la obligación en niveles tan bajos como los 16 reales, razón por la que quedaría *“reducido el gasto de dicha limpieza a casi una mitad del que se tenía antecedente”*, precios que sus haciendas no podrían asumir³³⁹. Ahora bien, esta bajada tan considerable en el precio del servicio de diario de los carros había estado condicionada por el compromiso de la Junta de asumir los costes del personal de limpieza –mozos, mangueros y sobrestante- que hasta entonces dependía de los obligados, con lo que se les liberaba de una parte importante de los gastos que debían de soportar. Los obligados asumieron los nuevos precios y condiciones, y continuaron durante la siguiente obligación que corrió entre primeros de agosto de 1690 y finales de julio de 1693. Además, la Junta cumplió con ellos en lo tocante a la concesión de los 100 ducados de anticipo por cada uno de los carros que servían, para poder proveerse de paja y cebada sin dificultad³⁴⁰.

Pero tratar de satisfacer los compromisos contraídos con los obligados no fueron los únicos que tuvo que asumir la Junta, sino también, los contraídos con todo el personal afecto al ramo y con todos sus proveedores. Así, por ejemplo, Domingo

³³⁹ A.V.M. Secretaría, 3-493-15.

³⁴⁰ A.V.M. Secretaría, 3-493-19.

Dominguez obligado de la provisión de escobas y piquetas para los mangueros y barrenderos de los obligados de limpieza, reclamaba 5.625 reales que correspondía a la tercera parte de los honorarios de su obligación, y el pago se estaba demorando por más de seis meses³⁴¹. Y es que los gastos en palas y escobas no eran poco presupuesto. Según una relación enviada a la Junta el 15 de septiembre de 1693 por el tesorero Frechilla los gastos del quinquenio entre 1688 y 1692 ascendieron a 93.263 reales de vellón o lo que es lo mismo a 3.170.942 maravedís, una parte importante del presupuesto³⁴².

En definitiva, la permanente falta de presupuesto nunca permitió cubrir la consignación de los 33 cuentos –millones- de maravedís que todavía en la década de 1670 se habían considerado factibles para hacer frente a las necesidades de la limpieza y empedrado. Si, como hemos apuntado anteriormente, ya en 1682 fue complicado para Antonio de Frechilla, tesorero de los efectos de las sisas, llegar a consignar algo más de 26 millones de maravedís para los gastos de la limpieza, quedándole todavía pendiente consignar la tercera parte restante de los 33 millones previstos; en la última década del siglo fue imposible superar siquiera los 26 cuentos. De hecho, la consignación del presupuesto se mantuvo a duras penas entre los 24 y 25 cuentos de maravedís anuales, y las contratas de limpieza y empedrado por fuerza se tuvieron que adecuar a estos márgenes presupuestarios. Y es que la mayor parte de los rendimientos fiscales municipales continuaron destinándose a pagar los efectos de la enorme deuda emitida por el consistorio, en un momento en el que la capacidad recaudatoria de las sisas se venía reduciendo debido a la disminución de la población de la Villa, el bajo poder adquisitivo de los consumidores y la supresión de algunos impuestos indirectos³⁴³.

³⁴¹ Ibídem.

³⁴² Ibídem. Para el año 1688 los gastos de palas y escobas fueron de 10.582 reales; para el de 1689 de 16.375 reales; para el de 1690 de 10.052 reales; para el de 1691 de 24.413 reales y para el de 1692 de 31.841 reales.

³⁴³ López García, J.M. Ob. cit. Pp. 314. Sobre la fiscalidad y la reducción del poder adquisitivo de la población Andrés Ucendo, J.I. "Fiscalidad real y fiscalidad municipal en Castilla durante el siglo XVII: el caso de Madrid", en *Investigaciones de Historia Económica*, 5 (2006). Pp. 58-60.

Frente a esta situación, los obligados no tuvieron más remedio que asumir la realidad económica que les tocó vivir, y prestar sus servicios a precios bastante más bajos que en las décadas precedentes. Aún así, fueron sacando el trabajo adelante y cumplieron con su cometido. Así, por ejemplo, en 1691 los obligados pedían que se les premiara con una ayuda de costa por lo mucho que habían trabajado *“pues nunca se ha visto el lugar tan limpio como hoy lo está”*³⁴⁴. Pero no hay que llevarse a engaños y de lo que no cabe duda es que esta carestía presupuestaria fue un síntoma más de la aguda crisis económica que se dio en la Villa durante las décadas finales del siglo, provocando el empobrecimiento generalizado de la población y su lógica reacción en el estallido del Motín de Oropesa de 1699³⁴⁵.

Tabla 3. Variaciones en el presupuesto del ramo de limpieza entre 1691 y 1694.

AÑO	CONSIGNACIÓN DEL PRESUPUESTO	LIMPIEZA Y EMPEDRADO	MANGUEROS	GASTOS EXTRAORDINARIOS	PARA OBRAS	GASTADO DE MÁS
1691	23.932.337	16.578.091	4.776.019	2.676.921	400.350	499.044
1692	23.927.043	15.847.039	7.243.802	2.089.021	63.290	1.316.059
1693	23.912.637	16.084.855	7.189.606	4.320.271	1.230.698	4.912.793
1694	25.952.637	18.870.056	9.825.490	4.963.709	1.531.785	9.238.403

Las cifras son en maravedís de vellón.

Elaboración propia a partir de A.V.M. Secretaría 3-493-2.

Esta realidad se puede constatar en la tabla anterior donde figura la planta y distribución del caudal de limpieza, empedrado y otros gastos afines entre los años 1691 y 1694³⁴⁶. Si atendemos a los datos de la tabla se comprueba que el presupuesto no sobrepasó en ninguno de estos cinco años los 26 cuentos de maravedís, aunque también se observa que hubo un aumento progresivo de los gastos extraordinarios, de

³⁴⁴ A.V.M. Secretaría, 3-493-15.

³⁴⁵ Egido, T. “El motín madrileño de 1699”, en *Investigaciones Históricas*, 2 (1980). Pp. 255-294.

³⁴⁶ A.V.M. Secretaría, 3-493-2.

los mangueros, empedrados y obras. De algún modo estos datos denotan otra de las consecuencias que se derivaban de las limitaciones presupuestarias, que era la de no atender debidamente los mantenimientos de las calles, con la calidad y trabajo que precisaban los empedrados y las reparaciones de hoyos y hundimientos.

Para hacernos una idea de las reparaciones de calles que se tenían que hacer anualmente basta con describir las que se realizaron en 1698, tras haber realizado la preceptiva inspección y visita Juan de Silva y Quiñones, visitador general del ramo. Así, en el mes de abril hubo que arreglar hundimientos en las calles de León, Segovia, Espíritu Santo, Valverde, en la callejuela que salía de Antón Martín a la Merced, y en la del Gobernador. En el mes de mayo hubo hundimientos en las calles de los Reyes, en la cuesta de Santo Domingo, en la calle de Amanuel junto a la casa del conde de Monterey, y en la Ancha de San Bernardo. En junio los hubo en las calles de la Torrecilla del Leal, Mesón de Paredes, en el Prado Viejo junto a las casas del Almirante de Castilla, Juan Enríquez, en la Carrera de San Jerónimo junto a las casas del Duque de Alcalá, y en la calle del Prado junto a las casas del conde de Baños. En julio se pusieron palenques junto a las casas de los Almirantes de Castilla (hoy Paseo de Recoletos) y del Duque de Gandía, y se repararon los hundimientos de la calle de los Afligidos, Santa Catalina, Zarzas y callejuela de San Nicolás. En agosto se arreglaron los hundimientos de la plazuela del Palacio, de la plazuela de la Villa, de las calles del Río y Corredera de San Pablo. En septiembre en las calles de Huertas, Olmo, Reyes, Espíritu Santo y Gorguera. En octubre, dos hundimientos en la calle de Bordadores, uno junto a San Ginés y otro junto la Casa Profesa, más otros junto a la Estafeta de Castilla, en la calle de la Zarza, en la de Hita junto a la carnicería de la calle de Alcalá, y otro que se produjo junto a San Juan. En noviembre en las calles de Urosas, Ancha de San Bernardo, Madera Baja, junto a los Basilio, otro junto a Santa Catalina de los Donados, y en la calle de los Cojos a la de Toledo³⁴⁷. Y claro el presupuesto de 1698 también se resintió como había ocurrido en los años anteriores. De hecho se habían consignado 23.912.637 maravedís de vellón que se habían obtenido del valor de³⁴⁸:

³⁴⁷ A.V.M. Secretaría, 3-493-19.

³⁴⁸ A.V.M. Secretaría, 3-493-15.

- La sisa de vino ordinaria: 8.686.762 maravedís.
- En la sisa del vino y aceite de tres millones estaban consignados 1.000.000 maravedís.
- En las de 8.000 soldados 2.500.000 maravedís.
- En las de nuevos impuestos de millones 5.000.000 maravedís.
- En la nueva de carnes 1.218.849 maravedís.
- En la del carnero del cuarto de palacio 2.000.000 maravedís.
- En la del carnero de quiebras 2.000.000 maravedís.
- En la del cacao 1.507.026 maravedís.

Sin embargo, se hacía saber que la sisa del vino ordinaria aplicada para la limpieza sólo rentaba 8.083.968 de maravedís, porque su valor había caído en 602.794 maravedís anuales, los cuales faltaban para llegar a las consignaciones establecidas para la limpieza. Esto es, la consignación del presupuesto se reducía más todavía, hasta los 23.309.843 maravedís, aunque finalmente se consiguió aumentar hasta los 23.915.600 maravedís de vellón³⁴⁹. Ni de lejos se pudieron cubrir las necesidades del ramo del referido año de 1698, ya que según una relación oficial de la Junta de Limpieza, los gastos ascendieron a 747.909 reales de vellón, o lo que es lo mismo a 25.428.906 reales, un millón y medio más de maravedís de los consignados. La propia Junta daba cuenta de esta notable desviación entre ingresos y gastos, que ni siquiera el haber sacado franquicias de algunos servicios les permitía solventar. Pero peor todavía si cabe es que ya se venía arrastrando una desviación de 300.000 reales del año anterior de 1697, y se reconocía que *“no se pueden resarcir ni recortar con nada de franquicia pues en estas también alcanzó en mucho”*³⁵⁰.

³⁴⁹ A.V.M. Secretaría, 3-493-19.

³⁵⁰ *Ibidem*.

CAPÍTULO 5. EL DESARROLLO DEL ALCANTARILLADO DURANTE EL SIGLO XVII.

Una ciudad como Madrid, que llegó a alcanzar cerca de 140.000 habitantes en las décadas centrales del seiscientos, debió generar tal volumen de basuras, materias fecales, orines humanos y animales, desperdicios domésticos y residuos derivados de actividades económicas, que hicieron de la limpieza una labor ya no ingente sino casi imposible de conseguir, con los medios disponibles entonces.

Cuantificar o calibrar el nivel de recursos óptimos o adecuados que se hubieran tenido que emplear para conseguir el aseo de la Villa dependía, además, de otras variables o condicionantes que afectaban en grado sumo a la eficacia de los mismos. Una de estas variables radicaba en la propia naturaleza de los residuos, porque no era lo mismo recoger las basuras sólidas que se amontonaban en los albañales o que depositaban los vecinos directamente en los carros cuando pasaban por la delantera de sus casas, que las basuras blandas, detritus orgánicos y lodos que se formaban en unas calles que, por norma general, presentaban altos grados de humedad. Ya hemos visto que para facilitar la evacuación de lodos y mejorar los rendimientos higiénicos se tuvieron que acometer los empedrados de las vías públicas, y realizar mareas periódicas para arrastrar y evacuar los lodos superficiales de las calles.

Una de las calles que más necesitó las socorridas mareas durante buena parte de la Edad Moderna fue la del Arenal, ya desde el siglo XVI convertida en una arteria principal que comunicaba el entorno palaciego con el centro urbano, colindaba con el gran mercado de la plaza Mayor y vertebraba un importante tejido residencial y comercial en sus alrededores³⁵¹. Esta calle, al igual que otras similares de la Corte, presentaba unas características orográficas que condicionaron extraordinariamente su limpieza. Al estar trazada sobre el cauce de un antiguo arroyo, se producía en la calle una alta concentración de humedades, lodos y montoneras de basuras. Esta situación era análoga a otras calles cuyo trazado se asentaba en los cauces de los arroyos integrados en las 15 cuencas que componían la hidrografía del casco urbano de la Villa,

³⁵¹ Sobre mareas específicas en la calle del Arenal A.V.M. Secretaría 1-5-4 y 1-5-5.

como era el caso de las calles de Leganitos, Barquillo, Prado o Lavapiés por citar algunas de ellas. Las aguas de lluvia o residuales, los detritos y las inmundicias tendían a concentrarse en los cauces de los antiguos arroyos o en las zonas bajas de la urbe, donde embocaban calles empinadas trazadas sobre sus vaguadas, de forma que, en época de lluvias, se convertían en auténticas arroyadas o torrenteras que arrastraban todo tipo de brozas y lodos, ocasionando, de paso, no pocos destrozos en el caserío del vecindario. Así, es indicativo que el 11 de julio de 1659 en la Junta de Limpieza se dieran a conocer los destrozos que se habían producido en el Peso de la Harina y el Pósito de la Villa de la Cava Baja de San Francisco -Cava Baja-, ocasionados por las arroyadas provenientes desde la calle de la Concepción Jerónima; también lo fueron las indemnizaciones que solicitaron en 1676 los vecinos Mateo de Becha y su mujer Isabel Mansilla, porque la parte baja de su casa de la calle de Atocha se había inundando, arruinando parte de su estructura y mobiliario, por un valor de 500 ducados, debido a las intensas lluvias y porque la callejuela contigua estaba completamente atascada³⁵².

Pero uno de los factores más importantes que afectó a los niveles de eficacia de limpieza de las calles de la Villa, fue, sin duda, el hecho de carecer de abundantes recursos hídricos, ya que los pocos disponibles casi íntegramente se emplearon para cubrir las necesidades básicas de la población, que se limitaban a calmar la sed de individuos y animales, a las tareas domésticas y artesanales, y a un mínimo aseo personal³⁵³.

En suma, la naturaleza de los residuos, la orografía del terreno y la falta de recursos hídricos condicionaron a priori la limpieza y el aseo de Madrid y, en consecuencia, los niveles de bienestar y de salud pública de sus habitantes, cuando entonces la Villa del Manzanares era una de las diez ciudades más pobladas de Europa. Teniendo en cuenta estas limitaciones y tal y como hemos visto en los capítulos

³⁵² A.V.M. Secretaría 3-493-19 y Libro de Acuerdos de la Junta de Limpieza de los años 1659 a 1672.

³⁵³ Sobre los recursos hídricos se puede consultar Pinto Crespo, V., Gili Ruiz, R., Velasco Medina, F. *Los viajes de agua de Madrid durante el Antiguo Régimen*. Madrid, Fundación Canal, 2010. Sobre la higiene se puede consultar Landa Goñi, J. *El agua en la higiene del Madrid de los Austrias*. Madrid, Canal de Isabel II, 1986.

antecedentes, desde el gobierno y la municipalidad se pusieron en marcha numerosas iniciativas con el fin de solucionar una parte importante de la limpieza. Esto es, la evacuación de los lodos y limos de las calles con el propósito de mejorar la higiene, facilitar el tránsito por la vía pública, minorar los efectos nocivos de gases putrefactos, los malos olores y evitar la excesiva humedad que deterioraba sótanos, cimientos, muros de viviendas, y otras infraestructuras urbanas como los pozos y viajes de aguas aptas para el consumo.

Otra de las soluciones que se adoptó consistió en ir dotando al solar de la Villa de una serie de alcantarillas o canalizaciones que se construyeron en los antiguos cauces de los arroyos, ocupados ya entonces por calles, para facilitar la evacuación de las basuras y humedades. Estas alcantarillas o canalizaciones no deben ser entendidas en el sentido actual del término, pues no tuvieron la vocación de formar parte de una red o plan de saneamiento integral, sino como infraestructuras aisladas que tenían la finalidad de producir beneficios higiénicos puntuales, es decir, de evacuar las grandes concentraciones de aguas y lodos en zonas concretas de la ciudad, y que, además de paliar los perjuicios antes reseñados, facilitaban la limpieza de las calles de su entorno. Frente a la corriente historiográfica establecida que sitúa la construcción de las primeras alcantarillas en la urbe a partir del siglo XVIII, fue en el siglo XVII cuando realmente se construyeron las primeras con el propósito de minorar los efectos perversos de la insalubridad de las calles y utilizarlas como vertederos de todo tipo de légamos y humedades. Entre estas alcantarillas se incluyeron, reformaron y ampliaron las pequeñas secciones de las construidas durante el siglo XVI.

Es importante aclarar que lo que entonces se entendía por alcantarilla era técnicamente poco preciso y tenía diferentes significados, al margen de que su finalidad consistiera ya entonces en la evacuación de aguas pluviales, residuales y lodos, e incluso el encauzamiento de regatos y arroyos. Con bastante frecuencia en la documentación de la época se describe que se construyeron numerosas alcantarillas, cosa que en puridad no fue así, porque lo que mayoritariamente se construyó, como ya había ocurrido en el siglo XVI, fueron, además de canalizaciones de arroyos,

albañales encajonados en muros, embutidos en los propios empedrados de las calles, o dispuestos en zanja abierta sobre algunas calles o plazas para encauzar, conducir y evacuar las aguas residuales y pluviales. También fue frecuente su construcción en las inmediaciones de las fuentes públicas con la finalidad de evacuar sus remanentes o sobrantes, o en zonas determinadas de huerta y jardín para evacuar de forma controlada los excedentes de los riegos, y no ocasionar destrozos en pavimentos ni humedades. Así, entre las canalizaciones o encauzamientos que se hicieron para minorar los excesos de aguas de arroyos, riegos y sobrantes de las fuentes, cabe citar el que en 1618 mandó hacer el regidor Juan Fernández, comisario de las Fuentes de la Villa, consistente en el encauzamiento, con muros de mampostería, de un arroyo que venía de las arboledas del Prado Viejo -paseo del Prado- próxima a la calle nueva de San Jerónimo y que finalmente realizó el maestro de obras Francisco Dávila Velasco³⁵⁴. De nuevo, en 1637, y aunque en el documento original figura como alcantarilla, se hizo otra canalización superficial en la calle de Alcalá para desaguar los arroyos de los jardines del Buen Retiro³⁵⁵.

Las obras de la calle de la Verónica y del llamado Carcabón de Atocha –también denominadas alcantarillas- tuvieron el mismo sentido, pero su ejecución fue más compleja porque hubo que asentarlas firmemente bajo tierra y construirlas de buena fábrica de cantería, mampostería y ladrillo en sus cimientos, paredes y bóvedas. El entorno del Prado Viejo de San Jerónimo era una zona con abundantes regatos y manantiales, y a lo largo de su trazado estaba surcado por el llamado arroyo de la Fuente Castellana o del Prado, al que, además, desaguaban otros arroyuelos provenientes de la huerta del Convento de los Agustinos Recoletos, de los jardines del Buen Retiro, o el que bajando por la calle de Alcalá, unido al del Barquillo, llegaba al paseo y se unía con el referido arroyo en las proximidades de la Carrera de San Jerónimo. Ni qué decir tiene que sus aguas se acrecentaban con la llegada de las lluvias, con las residuales que se generaban en la zona de la urbe que se encontraba en la vertiente occidental del paseo y con las sobrantes de los riegos de los jardines del

³⁵⁴ A.V.M. Secretaría 1-85-58.

³⁵⁵ A.V.M. Libro de actas de la Junta de Fuentes. Tomo III. 20 de abril de 1637.

Real Sitio del Buen Retiro. Buena parte de estas aguas discurrían superficialmente provocando filtraciones y humedades que afectaban a las propias calles, paseos y sus entornos inmediatos, anegándolos y embarrándolos durante buena parte del año. También, ocasionaban otros perjuicios considerables en empedrados, puentes, encañados, minas de los viajes de agua, fuentes ornamentales y hasta en las raíces del arbolado ornamental de los paseos³⁵⁶.

Para evitar que se anegaran las zonas aledañas, que se depositaran en ellas lodos y basuras, y minorar las humedades en los cimientos de las casas, ya en 1624 fue preciso hacer tres *alcantarillas* sobre las regueras o regatos que pasaban por el Prado delante de la calle de la Verónica en su discurrir hacia la entonces llamada calle de los Álamos y la carrera o parte del paseo que iba hacia la calle Atocha. Para hacernos una idea del tipo de alcantarillas que se construyeron en la calle de la Verónica y de los Álamos, cada uno de sus muros tenía una anchura de 3 pies realizados con piedra de Carabanchel y cal, con una altura de 6 pies, estando cubiertas por una bóveda de ladrillo y cal de un grosor de un pie de ancho³⁵⁷.

Más importantes fueron los esfuerzos destinados a acabar con las acumulaciones de agua en las inmediaciones de la Puerta de Atocha, lugar por donde el arroyo del Prado salía de la ciudad. Durante siglos, la acumulación de agua en este lugar había favorecido la creación de un barranco o cárcava -por disolución de sus suelos calizos- que no hubiera tenido mayores consecuencias de no ser porque la ciudad se había extendido hasta aquí cuando se rebasó el segundo tercio del siglo XVII, y afectó de forma considerable al tránsito de la puerta de Atocha y al paseo que se dirigía al Convento de Nuestra Señora de la Asunción (Dominicos de Atocha). Además, esta puerta era de las más comerciales de la Villa, por ella se traían desde el Levante y Andalucía los productos, manufacturas y materias primas que se empleaban en los talleres artesanales de las cercanas calles de Santa Isabel, Atocha y de Lavapiés. Para

³⁵⁶ La problemática de las aguas en el Prado en Lopezosa Aparicio, C. *El Paseo del Prado de Madrid. Arquitectura y desarrollo urbano en los siglos XVII y XVIII*. Madrid, Fundación de Apoyo a la Historia del Arte Hispánico, 2005. Pp. 99-133.

³⁵⁷ A.V.M. Secretaria 1-85-59.

solucionar el problema del llamado “Carcavón de Atocha” la Villa tuvo que enfrentarse a uno de los mayores retos en materia de obras públicas. Durante la segunda mitad de la centuria se emprendieron numerosas e importantes obras de contención y encauzamiento del arroyo del Prado, así como de las aguas de escorrentía que bajaban por la calle de Atocha y del Hospital General, a fin de permitir evacuar las aguas fuera de la urbe y evitar el anegamiento de la puerta. Ya en 1644 se hicieron unos primeros trabajos de adecentamiento en el entorno de la puerta, pero no fue hasta 1660, cuando a tenor de haber aprobado la Villa un programa específico de sus principales accesos, se produjeron mejoras de consideración en la zona. Sin embargo, apenas duraron unos meses ya que cuando llegaban las lluvias resultaban muy afectadas por las crecidas del arroyo. Por este motivo en 1666 se trató de intervenir más decididamente. Pero los retrasos no se hicieron esperar por las complicaciones técnicas del lugar (excesos de lodos, aguas, movimientos de tierras, cimientos endeblés), la falta de presupuesto y aún de criterio entre los maestros de obras involucrados o consultados. Las obras no finalizaron hasta el 16 de noviembre de 1674, cuando el alarife Gaspar de la Peña certificó la conclusión de la alcantarilla del Carcavón y de la nueva Puerta de Atocha, como así se la conocía.

Pocas alegrías trajo la nueva *alcantarilla*, apenas siete años después de su ejecución se pusieron al descubierto los defectos de construcción de sus cimientos, lo que a duras penas se consiguió reformar, y de nuevo, en 1691, el maestro de obras Teodoro de Ardemans volvió a certificar ya no sólo la endeblez de sus cimientos, sino los perjuicios en toda la línea de su estructura³⁵⁸. Hubo que esperar entonces hasta bien entrado el siglo XVIII para dar una solución más definitiva al Carcavón y a las aguas del Prado. Los efectos del agua sobre los suelos calizos de la zona todavía se perciben con nitidez en el paisaje urbano, pues es lo que explica que el solar de la Estación de Atocha quede muy por debajo de la rasante del paseo del Prado.

³⁵⁸ Para el proceso constructivo de la alcantarilla del Carcavón de Atocha ver Lopezosa Aparicio, C. *Ob. cit.* Pp. 112-116.

Otras *alcantarillas*, o más propiamente albañales superficiales o condutales que se hicieron en esta época fueron los destinados a evacuar aguas residuales de casas particulares y de diferentes establecimientos. Fue el caso de las minas clandestinas que en 1625 trató de poner en marcha la duquesa de Medina de Rioseco en la calle de la Flor, para evacuar los residuos de su casa. Enterado el superintendente de limpieza de la ilegalidad, fue obligada a construir paredones sobre las minas para que sus lodos no contaminaran las aguas de las fuentes de Leganitos, ni afectaran a las viviendas de sus vecinos³⁵⁹. Para proceder a la construcción de estos albañales había que seguir el procedimiento establecido. Lo más habitual era hacer una petición formal al corregidor, al Concejo o al superintendente para que dieran el permiso pertinente de abrir canales, albañales o alcantarillas, bajo la prescripción de los alarifes y fontaneros de la Villa. Este fue el caso de un grupo de menuderos que en 1660 solicitaron hacer un albañal a su costa en la plazuela del Rastro, porque el oficio que desempeñaban provocaba mucha suciedad en la plaza; o el que solicitó en 1683 el Hospital de San Juan de Dios, próximo a la plaza de Antón Martín, porque sus secretas -letrinas- que se llevaban usando desde el siglo anterior estaban en tan mal estado que las húmedas y los olores penetraban en las viviendas de los monjes y las habitaciones de los enfermos, por lo que consideraban necesario hacer un conducto o albañal que evacuara las aguas negras por la calle del Ave María, es decir, que dichas aguas sucias fueran a parar al albañal de dicha calle. Otros se hicieron por oficio o iniciativa propia de la Superintendencia, como en 1636, que se ordenó empedrar el matadero y hacer su correspondiente albañal, junto al del Hospital de San Lorenzo; o los que, por citar alguno más, promovió el visitador general de la limpieza, Juan de Vargas, que en 1676 alentó la construcción del albañal de la Cárcel de Corte y que supuso también rehacer el de la calle de la Concepción Jerónima, ya que probablemente no se encontraba en el estado más adecuado para recibir mayores aportes de aguas sucias y residuales³⁶⁰.

En el Madrid del siglo XVII también hubo alcantarillas de titularidad municipal que se pueden considerar como obras de saneamiento. Fueron las llamadas de los

³⁵⁹ A.V.M. Secretaría 1-85-60.

³⁶⁰ A.V.M. Secretaría 3-493-19,1-10-11.

Caños del Peral, de la Cava Baja de San Francisco y de Leganitos. Sus dimensiones, su complejidad técnica, su diseño y sus funciones de evacuar aguas pluviales, residuales, lodos y mareas, sitúan a estas tres obras en el privilegiado honor de ser las primeras de que se dotó el subsuelo madrileño. No obstante huelga recordar que parte de la alcantarilla de los Caños del Peral había sido construida en el siglo XVI, junto al entorno del Alcázar, aunque hubo prácticamente que ampliarla y reconstruirla en el siglo XVII, cuando aumentó de forma considerable el volumen de residuos que tuvo que evacuar. También, cabe adelantar que estas tres alcantarillas son las únicas que funcionaron durante el siglo XVII y las primeras décadas del siglo XVIII, ya que después de la construcción, entre 1615 y 1616, de las alcantarillas de la Cava Baja y de Leganitos el gobierno y la Villa no mostro interés por dotar a la ciudad con otras nuevas. Como veremos seguidamente, esto se debió a los tremendos costes que suponía su mantenimiento, sobre todo por los frecuentes hundimientos y los atascos que se producían en ellas, tanto por los excesos de humedad que dañaban sus cimientos, paredes y bóvedas, como por el abultado volumen de residuos sólidos y légamos que se desechaban en su interior. Estas circunstancias, unidas a la falta de recursos hídricos necesarios para su funcionamiento, llevaron a considerar a las alcantarillas como una infraestructura poco eficaz para la limpieza de las calles de la Villa.

5.1. La alcantarilla de los Caños del Peral.

La alcantarilla de los Caños del Peral, también conocida como *alcantarilla de la Priora*, por ir su trazado por debajo de este jardín aldaño al Alcázar, presentaba bastantes complicaciones, pues fue construida sobre parte del lecho del antiguo arroyo del Arenal -calle del Arenal-. Como ya comentamos en el capítulo 2 de este trabajo, había sido construida a partir de 1535, con motivo de la apertura de la plaza frente a la antigua puerta de Valnadú, con el fin de adecentar y mejorar los accesos que desde el Arenal conectaban con el Alcázar, y acabar de una vez con las molestias que ocasionaba las tenerías, los curtidos y el espectáculo tan deplorable que proporcionaban las aguas turbias y hediondas del arroyo del Arenal, en su discurrir

hacia el río Manzanares. Esta alcantarilla construida de buena fábrica, con cimientos y bóveda, permitió soterrar el brazo septentrional del arroyo del Arenal, dándole un curso uniforme y regular, y ya entonces fue conocida como la “*bóveda del arroyo*”. Entrada la década de 1560, reinando Felipe II y Madrid convertida en Corte, se fue reforzando y ampliando a raíz de las obras de contención del terraplén que precedía la subida al Alcázar –*paredón de Valnadú*–, y de la creación del Jardín de la Huerta de la Priora. De este modo, se prolongó, por un lado, hasta el desagadero de la Fuente y de los nuevos lavaderos de los Caños del Peral, hoy plaza de Isabel II, y, por el otro, hasta alcanzar el abrupto desnivel que había junto a la fachada norte del Alcázar, donde ya, a cielo abierto, surcaba el denominado Parque del Palacio –Campo del Moro– antes de desaguar en el río Manzanares. A partir de entonces se utilizó también para la evacuación de las aguas del complejo palatino y sus jardines, y probablemente fue cuando comenzó a conocerse como la alcantarilla de los Caños del Peral, perdiendo su antigua denominación.

El mantenimiento de esta alcantarilla recayó por completo en la Villa de Madrid, porque aunque bien es cierto que se beneficiaba de ella el Alcázar y sus dependencias, no lo es menos que por ella se evacuaran todas las aguas inmundas que arrastraba el arroyo del Arenal, los lodos de las mareas de sus calles colindantes y de los remanentes de la Fuente de los Caños del Peral, lo que, por otra parte, producía excesos importantes de humedad en los terrenos de los Jardines de la Huerta de la Priora y aún de la propia plaza de los Caños del Peral. En 1635, el maestro albañil Juan de Villoria tuvo que reconstruir el muro que contenía el terraplén que daba a los Caños del Peral porque se encontraba sin antepecho, así como recomponer el cubo y paredón de la fuente. También prolongó unos metros la embocadura de la alcantarilla hasta el encuentro con los sobrantes de la referida fuente, en la propia plaza de los Caños del Peral, e igualmente poder recoger más eficazmente las aguas superficiales de la calle del Arenal a través de su vertedero³⁶¹. A duras penas pudo Villoria concluir la obra, pues al poco tiempo de iniciadas se paralizaron por falta de dineros. La intervención decidida del Consejo de Castilla, que mandó librar 1.500 ducados,

³⁶¹ A.V.M. Secretaría 1-4-1.

permitió su completa ejecución, pues se trataba de un lugar por el que frecuentemente pasaban los soberanos cuando se dirigían al Monasterio de las Descalzas Reales.

Apenas un año después, los excesos de humedad provocaron un importante hundimiento en los jardines regios y los destrozos fueron considerables. Prueba de ello es que se formó una comisión compuesta por el corregidor, el conde de Montalvo y los regidores Francisco Sardeneta y Mendoza y Juan de Obalda, con el objetivo de proceder con celeridad a la reconstrucción de la alcantarilla que pasaba por debajo de los Jardines de la Huerta de la Priora. Se dictaminó que la obra debía ejecutarse según las trazas y condiciones que había establecido el maestro de obras Jerónimo Fernández, y prácticamente supuso reconstruir y reforzar la totalidad de la alcantarilla. Entre las condiciones técnicas se estipuló que:

- Cada pie de cantería labrada a picón en sillares y losas valía 20 reales por pie. Si bien se especificaba que las losas debían tener una cuarta de grueso y los sillares dos pies de lecho, y pie y medio de alto donde fuere menester hacer el reparo.
- Cada pie de mampostería de piedra de Vallecas y buena mezcla de cal, a 30 reales.
- Cada pie de albañilería que fuera menester hacer, a 2,5 reales.
- Limpiar la alcantarilla para el reparo, se tasó en 2.000 reales.

También se estipuló que se debían quitar las losas que se encontraban en el vaciadero de la alcantarilla para que pudiera desaguar la inmundicia.

La obra fue en principio rematada en el maestro albañil Juan de Villoria, el 25 de septiembre de 1636, comenzando las obras con el reparo de la boca de la alcantarilla que se encontraba junto a la Fuente de los Caños del Peral. Pero cuando Villoria pidió que se le adelantaran los dineros para reparar la alcantarilla, con el fin de de empezar cuanto antes los trabajos y evitar los perjuicios que pudieran causar las lluvias del

otoño, la comisión decidió pararlas. Al parecer sus componentes no estaban muy convencidos de los aderezos propuestos por Villoria, lo que motivó que un año después se volvieran a sacar a pública subasta las obras, como así consta en la *“Memoria y advertencia con que se ha de hacer el reparo interior de la alcantarilla que parte desde los Caños del Peral, a pasar por la Huerta de la Priora, hasta entrar en el parque (1637)”*³⁶².

Según esta memoria la obra se tendría que hacer conforme a lo proyectado en un gran plano que se incluía, y que de hecho es el plano más antiguo que en la actualidad conservamos de esta alcantarilla y de cuantas se hicieron en Madrid. En los textos que aparecen en el plano, que se puede consultar en el APÉNDICE IV de este trabajo, se va describiendo lo que había que realizar en cada tramo de la alcantarilla:

- *“A treinta varas a delante de los Caños del Peral, se ha de meter una hilada de sillares sobre losas de 4 varas de largo.*
- *A 8 varas adelante, se han de meter dos hiladas de sillares de 4 varas de largo sobre losas.*
- *Treinta varas adelante en tres varas de largo se ha de meter una hilada de sillares encima de losas”.*

Llega un momento en el punto 4 que parece que esta alcantarilla se junta con otra alcantarilla que viene de la Priora y que desagua en ésta, pudiendo tratarse de la alcantarilla de desagüe del estanque del jardín y de las letrinas o secretas del Alcázar.

- *“A 46 varas adelante se ha de hacer un pedazo de alcantarilla de 8 varas de largo.*
- *12 varas adelante es menester hacer otro tanto.*
- *Desde la Priora hasta los caños del Peral, a 41 varas se las ha de hacer un adoquín de piedra y losar de losas, cantidad de 10 pies de largo y el ancho de la alcantarilla”.*

³⁶² A.V.M. Secretaría 1-85-63.

A partir de este tramo empezaban los resaltos de la alcantarilla adaptándose al desnivel que existía entre los Jardines de la Priora y la bajada al Parque del Palacio (Campo del Moro).

- *“A diez varas adelante hay un gran resalto y arrimado a él se han de echar 3 hiladas de sillares sobre losas a cada lado acompañando el resalto de 46 varas de largo, y se ha de solar todo el golpeadero.*
- *A 10 varas adelante hay otro resalto, se ha de echar una hilada de sillares sobre losas de 6 varas de largo.*
- *A 10 varas adelante hay otro resalto y se ha de hacer de dos varas de largo y una hilada de sillares con sus losas debajo.*
- *Entrando desde el parque la alcantarilla se han de hacer 6 varas...”* -texto cortado por deterioro del plano-.

En la referida memoria se advertía encarecidamente que los sillares que se empleasen en los zócalos, asentados sobre las losas del badén o suelo de la alcantarilla, debían estar labrados para durar y cumplir su función, es decir, *“han de ser de a dos pies de lecho y pie y medio de altos, de grano duro, y lo requiere labrados a picón”*. Además, las condiciones técnicas se describieron con mucho más detalle que un año antes, cuando Villoria había tratado de ejecutar las obras:

- La piedra para la mampostería de muros o paredes debía ser de pedernal de Vallecas o de Coslada, y debía quedar asentada hasta aislar el suelo de la alcantarilla.
- El mortero de cal para hacer esta obra se debía mezclar en la proporción de dos partes de cal y tres de arena, debiendo quedar bien mezclada y batida dos o tres días antes de usarla.
- El piso donde se asentaran los sillares y las losas debía quedar totalmente llano, y pies derechos, y si hubiese concavidad pequeña se tendría que macizar.

Tras diversos pregones invitando a pujar a la baja a los posibles maestros de obras y albañiles que quisieran licitar, finalmente, se presentó e hizo postura el maestro de cantería Eugenio Montero, con una oferta de 3.200 ducados. Entonces, la comisión creyó que podía bajar todavía más el precio de licitación, razón por la que de nuevo hizo pregonar la puja. Como nadie concurrió, la comisión dio por buen precio el ofertado en la anterior puja por Eugenio Montero, notificándosele el 3 de septiembre de 1637 que la obra le había sido adjudicada al precio que había ofrecido. La escritura pública de obligación o contrato de obras se formalizó el 30 de septiembre de 1637, donde se estableció el compromiso por parte del adjudicatario de acabar la obra antes de finalizar diciembre del mismo año 1637, y tras la que se librarían sus honorarios correspondientes, con cargo a las sisas de Madrid. Pero planteaba tantas dificultades técnicas esta alcantarilla que, apenas un año después, el 7 de julio de 1637, el arzobispo de Granada y gobernador del Consejo de Castilla comunicaba al Concejo una orden del rey por la que se debía volver a reparar un hundimiento ocurrido cuatro días antes, por un turbión de agua provocado por las fuertes lluvias³⁶³.

En 1648 la alcantarilla volvió a hundirse en el tramo de los jardines de la Huerta de la Priora, pero esta vez el alarife de la Villa, José de Villareal, hizo una reforma más duradera. Consistió en hacer una exhaustiva limpieza del tramo afectado para dejar el firme despejado y aclarado, y de este modo poder asentar sobre éste la base, compuesta íntegramente de losas de piedra de cantería de un pie de grueso, y previamente haber rellenado los despeñaderos o desniveles con piedra de mampostería de pedernal. Además, por las dificultades orográficas del terreno y los excesos de humedad, se vio obligado a realizar un cimiento a lo largo de todo el hundimiento, disponiendo por la parte de la alcantarilla dos hiladas de sillares atizonados y labrados a picón, hasta alcanzar el cimiento un grosor de 4 pies. Las obras las realizó el cantero Diego Gómez por 8.975 reales, y, efectivamente, la alcantarilla no se volvió a hundir en lo que restó de siglo³⁶⁴. Hubo, no obstante, algunas pequeñas y curiosas incidencias, como la que ocurrió en 1686, cuando fue necesario que los

³⁶³ Ibídem.

³⁶⁴ A.V.M. Secretaría 1-85-65.

maestros tapiadores Juan de Padilla y Jerónimo Bustillo repararan el desagadero del Parque -Campo del Moro- que iba al río porque por ahí se introducían no pocos contrabandistas³⁶⁵.



Fotografía 1. Restos arqueológicos de la alcantarilla de los Caños del Peral (Metro Ópera).

Los restos arqueológicos de parte de esta alcantarilla fueron descubiertos apenas hace seis años por los trabajos emprendidos por la Dirección General de Patrimonio de la Comunidad de Madrid, dentro del plan de rehabilitación y modernización de la Estación de Metro de Ópera (plaza de Isabel II). Se trata de un tramo de unos 15 metros de longitud que los arqueólogos denominaron “*Alcantarilla del Arenal*”, aunque su verdadero nombre es, como apuntamos anteriormente, “*Alcantarilla de los Caños del Peral*”³⁶⁶.

³⁶⁵ A.V.M. Secretaría 1-86-5.

³⁶⁶ Penedo Cobo, E. (dir.). *La plazuela de los Caños del Peral. Investigaciones arqueológicas en la estación*

Como no podía ser de otra forma se trata de una sección en galería, o cañonería, provista con suelo o badén enlosado con dos filas paralelas de losas de piedra caliza, bien trabajadas y proporcionadas; cimientos o zócalo compuesto por dos hileras de piedra de sillería, sobre los que se proyectan los alzados o muros contruidos con mampostería; y cerrada por un galápago o medio cañón sobre peralte o cítara de aparejo de ladrillo. También se han encontrado diferentes acometidas de ramales secundarios y atajeas de fosas sépticas a la referida alcantarilla. Con lo removido que se encuentra el subsuelo de Madrid, es una suerte poder conservar una de las alcantarillas generales que funcionaron en la antigua urbe.

5.2. La alcantarilla de la Cava Baja de San Francisco.

La alcantarilla de la Cava Baja de San Francisco tenía su embocadura a cielo abierto junto a las primeras casas de la misma Cava Baja, próximas a la plaza de la Puerta de Moros. Desde ahí iba atravesando por dicha plaza y por debajo de las manzanas número 125, 126 y 141, delimitadas por las calles de Don Pedro, Yeseros y Mancebos, para continuar a bastante profundidad por la Cuesta de los Ciegos y enlazar, ya a cielo abierto, con la calle de Segovia y bajar hasta su puente homónimo, por cuyo estribo meridional desaguaba en el río Manzanares. Es muy curioso comprobar que buena parte del trazado que seguía esta conducción era prácticamente el mismo que seguía por este sector la muralla cristiana del siglo XII, claramente perceptible en su discurrir por el interior de las manzanas 126 y 141, y por la Cuesta de los Ciegos. Por esta razón, se puede concluir que fue construida sobre la propia cava exterior -foso- de la citada muralla, aprovechando, probablemente, no sólo los restos de la antigua zanja de la cava, sino también, la pendiente pronunciada sobre la que se asentaba para facilitar la evacuación de las aguas residuales³⁶⁷. Sin embargo, el hecho

de Ópera. Metro de Madrid, Madrid, 2011. Pp. 45-49.

³⁶⁷ Se puede ver el trazado de la muralla por este sector en VV.AA. *Las murallas de Madrid, arqueología medieval urbana*. Madrid, Comunidad de Madrid, Dirección General de Patrimonio, 1998. Pp. 36.

de que a priori existiera este desnivel en el terreno no implicaba una evacuación de residuos efectiva, ya que a menudo se atascaba por la falta de corrientes de agua en su interior y por el exceso de vertidos procedentes de los lodos de las calles aledañas y de las mareas de limpieza que se operaban en sus calles colindantes. De tal suerte que cuando llegaban las lluvias con sus crecidas, las aguas encontraban taponada la alcantarilla y los excesos de presión que se producían en su interior provocaban numerosos destrozos y hundimientos a lo largo de su trazado.

De su construcción nos da cuenta un documento encontrado en el Archivo Histórico de Protocolos de Madrid. Se trata de una certificación dada por el maestro de obras y capitán Alonso Turrillo de Yebra el 7 de enero de 1616, por la que daba tasación de las obras que había hecho el maestro de obras Juan de Miranda en las casas principales de Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, en el barrio de San Francisco. En el transcurso de la tasación de las obras Turrillo de Yebra dio cuenta que *“bió un pedazo de alcantarilla que se estaba haziendo por lo baxo de su jardín –de la casa del marqués-, y pasaba por debaxo de un salón de su casa, y ansimismo, bio un rezibo que tenía hecho para sustentar el salón, por pasar la dicha alcantarilla por debaxo de él”*³⁶⁸. Teniendo en cuenta este documento, lo más probable es que la alcantarilla de la Cava Baja de San Francisco se construyera entre 1615 y 1616.

De esta alcantarilla se conserva una sección en el subsuelo del antiguo Palacio del Marqués de Villafranca, antes mencionado, en la calle de Don Pedro, precisamente ubicado en la antigua manzana número 126, cuya alcantarilla la atravesaba longitudinalmente junto a la manzana 141, como así describen no pocos documentos que se conservan en el Archivo de la Villa de Madrid³⁶⁹. En la actualidad, esta sección de alcantarilla se confunde o tiende a identificar con una vieja galería o mina de un viaje de agua, lo que supone un grave error de catalogación del resto arqueológico,

³⁶⁸ A.H.P.M. Protocolo 2.020 f. 37r-v. Sigue en ff. 38r-39r.

³⁶⁹ Se conserva un amplio resumen con diversos documentos sobre buena parte de todas las alcantarillas construidas en el Madrid del Antiguo Régimen y sus correspondientes itinerarios. A.V.M. Secretaría. 4-295-36. El trazado de parte de esta alcantarilla por la Cuesta de los Ciegos, y su notable profundidad, también se puede constatar en el plano de la Manzana 139 de la *Planimetría General de Madrid (1762-1774)*. Archivo General de Simancas, Patronato Real, n. 7.886.

porque hasta este lugar nunca llegaron las galerías de las antiguas infraestructuras hidráulicas y porque su técnica constructiva, aunque parecida a la de las minas de los viajes de agua, era la propia de una alcantarilla, en la que claramente no se han podido hallar restos de atajeas, inherentes a los referidos viajes de agua³⁷⁰.



Fotografía 2. Sección de la alcantarilla de la Cava Baja de San Francisco, en el antiguo Palacio del Marqués de Villafranca (calle de Don Pedro).

³⁷⁰ Pinto Crespo, V., Gili Ruiz, R., Velasco Medina, F. *Los viajes de agua de Madrid durante el Antiguo Régimen*. Madrid, Fundación Canal, 2010.

En 1638 ya se encontraba en pleno funcionamiento pues se tienen noticias de qué hubo que reparar algunos hundimientos. De nuevo, en la sesión de la Junta de Limpieza y Empedrado del 2 de septiembre de 1662 se dio a conocer que la alcantarilla estaba tan cegada que, de forma urgente, y para evitar los estragos que podrían provocar las lluvias, se mandó que todos los carros que limpiaban la calle del Arenal se destinaran a su limpieza, tras lo que se aconsejó reconocerla por si persistían atascos importantes³⁷¹.

Con este panorama no es de extrañar que algunos detractores de las alcantarillas, más partidarios de otros medios de limpieza, como Martín Liñán y Vera comentara que *“no son de servicio porque embaraza las calles como la alcantarilla de la Cava Baja y por ella no puede correr las inmundicias por falta de agitación o movimiento y no haber aguas y sería mucho daño a los conductos de las fuentes y cuevas y a muchos edificios faltándoles sus cimientos y otras muchas ruinas”*³⁷². No le faltaba razón, ya que de nuevo en 1690 hubo que hacer un reparo general por la ruina que presentaba la alcantarilla, bajo las prescripciones técnicas del maestro mayor de obras de la Villa, Manuel del Olmo, del alarife Manuel de Torija y del empedrador Juan de la Peña. Se tuvo que rehacer su maltratada embocadura y terraplenarla hasta 100 pies a pisón hasta los empedrados, reconstruir y reforzar sus paredes y bóvedas, por un valor de 800 reales. Nueve años después, se registró un nuevo hundimiento por la embocadura que daba a la Cuesta de los Ciegos. Para arreglarlo, teniendo en cuenta la profundidad del tramo afectado, fue preciso emplear a más de 50 hombres para desmontar el terreno en el que se encontraba asentada, a un coste de 7.000 reales³⁷³.

El elevado coste de esta reparación llevó al regidor comisario Pedro de Alava a plantear la construcción de una alcantarilla alternativa, que saliera a la Puerta de Moros y bajara por la Carrera de San Francisco a verter en la huerta del Convento de San Francisco. Sin embargo, el coste estimado de 28.000 reales de vellón que se presupuestaron para poder construirla, desanimó a la Junta de Limpieza de Madrid. En

³⁷¹ A.V.M. Secretaría 1-85-64 y Libro de Acuerdos de la Junta de Limpieza de los años 1659 a 1672.

³⁷² A.V.M. Secretaría 3-493-15.

³⁷³ A.V.M. Secretaría 1-85-75 y 1-86-2.

su lugar se prefirieron pagar los 7.000 reales que costaron las obras de reparación ejecutadas, ya entrado el año 1700, por el maestro Juan de Quintás³⁷⁴.

5.3. La alcantarilla de Leganitos.

La alcantarilla de Leganitos es coetánea a la alcantarilla de la Cava Baja, aunque cabe advertir que tan sólo se construyó la parte de su cabecera, ubicada en la plazuela de Leganitos, más algunas de las secciones de su trazado, que a cielo abierto se asentaban sobre el lecho del antiguo arroyo de Leganitos, el cual iba bajando por la margen derecha del llamado Camino del Río -parte de la actual Cuesta de San Vicente próxima a la plaza de España-, hasta penetrar en el Parque -Campo del Moro-, por debajo de su puente. En el Parque se unía a la alcantarilla de los Caños del Peral, y antes de toparse con el actual paseo de la Virgen del Puerto, salía de nuevo a la superficie para desaguar ambas alcantarillas en el Manzanares.

Su construcción comenzó a partir de 1616, una vez que el alarife de la Villa, Gaspar Ordóñez, estableció las condiciones de sus trazas, pues no sólo se trataba de hacer una alcantarilla que facilitara la evacuación de las aguas de esta zona de la ciudad hacía el viejo arroyo de Leganitos y el río Manzanares, sino también, de regularizar el piso de la plaza de Leganitos, adecuar las fuentes públicas allí existentes, canalizar ordenadamente sus remanentes, el de las aguas de escorrentía de sus calles colindantes, y de los lodos que arrastraban las mareas desde la vertiente de las calles del Pez y de los Reyes. Pero además, era importante arreglar todo este entorno porque el rey y los principales cortesanos lo atravesaban cuando se dirigían al Prado de San Jerónimo -Paseo del Prado- y al Convento dominico de Atocha.

Las obras, financiadas a duras penas por la Villa de Madrid, fueron realizadas entre 1617 y 1618 por los maestros albañiles y canteros Sebastián de la Caña y Juan de Urosa, centrando parte de los esfuerzos en aderezar y regularizar el trazado de la plaza

³⁷⁴ A.V.M. Secretaría 1-86-2.

de Leganitos, para controlar sus aguas superficiales y dotar al entorno de una alcantarilla eficaz. Para ello, hicieron la boca de la alcantarilla junto a la casa que fue de Sebastián Hurtado, consistente en un gran vaciadero o tragadero dispuesto en la misma plaza, con una boca delantera de 8 pies de ancho (2,70 metros) y trasera de 16 pies de ancho (5,33 metros). Adosada al tragadero construyeron una alcantarilla abovedada de 8 pies de ancho, 10 de alto y con unos muros de 3 pies de grosos en toda la línea de su recorrido. La alcantarilla fue trazada por debajo de la plaza hasta el encuentro de un pequeño estanque circular, con más de un metro de profundidad, situado en el arranque de la cuesta que bajaba al río, y que servía para evacuar lodos y aguas superficiales. Encima de la parte del estanque más próxima a la plaza se dispuso un paso elevado a modo de puentecillo, con su correspondiente paredón y ornamentación herreriana de bolas y pináculos³⁷⁵.

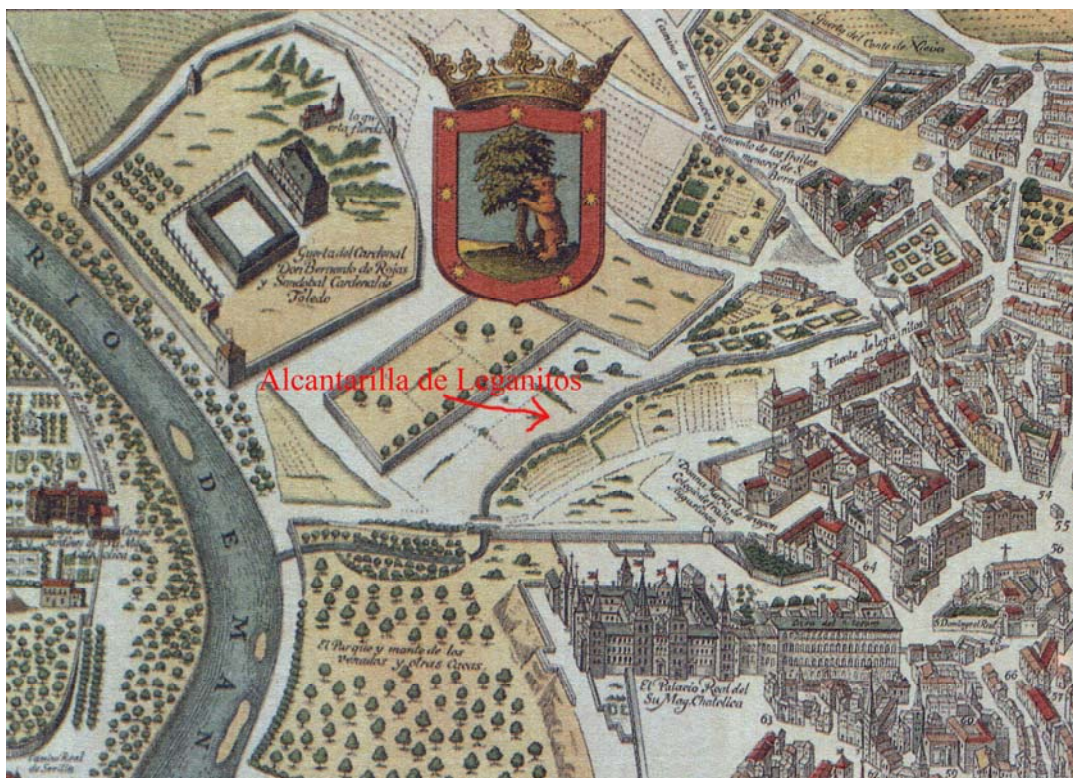


Imagen 1. Detalle de la alcantarilla de Leganitos en el Plano de Witt o Marcelli, fechado en 1622, donde se percibe que la mayor parte de su trazado discurría a cielo abierto.

³⁷⁵ A.V.M. Secretaría 1-90-9.

Tal y como apuntó Molina Campuzano, esta alcantarilla con su pertinente trazado aparece representada en el *Plano de Witt o Marcelli*, fechado en 1622 y considerado el más antiguo de la ciudad de Madrid, así como en otras descripciones de la Villa, tales como *Madrid dividido en ocho cuarteles... escrito por Juan Francisco González* o en el *Lazarillo o nueva guía para naturales y forasteros de Madrid, por Manuel Alonso* (1783)³⁷⁶.

A diferencia de las otras alcantarillas, la de Leganitos no tuvo un mantenimiento muy oneroso, al discurrir parte de su trazado a cielo abierto, con una sección transversal holgada, que se desarrollaba por zonas apenas edificadas y transitadas. Salvo los pequeños destrozos que ocurrieron en 1649, en parte del embocadero situado en la plaza, las únicas incidencias destacables se produjeron a finales de la centuria³⁷⁷. Una primera en 1686, cuando tras largos años de funcionamiento se percibió que estaba arruinado el muro y el fondo de la alcantarilla, donde acometían los sobrantes de la fuente de los Caños de Leganitos. El maestro de obras de la Villa, Manuel del Olmo, pudo comprobar que se había abierto un socavón en la misma de un metro de profundidad afectando a un tramo de unos 6,5 metros. Fue reparada por el alarife Manuel Gómez Torres por 2.800 reales³⁷⁸. La segunda, se produjo cinco años después, producida por una avenida de aguas torrenciales que trajeron las lluvias estivales y afectó al paredón del puentecillo y a una sección de alcantarilla de cerca de 12 metros de longitud. Reconocida por Manuel del Olmo, al año siguiente fue reparada por el maestro de obras Eugenio Serrano, con un coste de 15.775 reales³⁷⁹.

³⁷⁶ Molina Campuzano, M. *Planos de Madrid de los siglos XVII y XVIII*. Ed. Facsímil de la publicada en 1960 por el Instituto de Estudios de Administración Local. Ministerio de Administración Pública e Instituto Nacional de Administración Pública. Madrid, 2002. Pp. 673 y 686.

³⁷⁷ A.V.M. Libro de actas de la Junta de Fuentes. Tomo IV. 25 de junio de 1649.

³⁷⁸ A.V.M. Secretaría 1-86-3.

³⁷⁹ A.V.M. Secretaría 1-86-8.

5.4. Las propuestas de Juan de Torija para la evacuación controlada de residuos.

La inquietud creciente por evacuar de forma controlada los residuos, trató de hacerse extensiva al resto del caserío y del vecindario, como se puede comprobar en las Ordenanzas de Policía Urbana que elaboró en 1661 el maestro mayor de obras de la Villa, Juan de Torija. Aunque no llegaron a entrar en vigor porque no fueron aprobadas por el Consejo de Castilla, sentaron un precedente muy importante para avanzar en los métodos que se usarían en el siglo XVIII para la evacuación de los residuos domésticos.

Buena parte de sus disposiciones fueron recopiladas por Teodoro de Ardemans en las Ordenanzas de 1719³⁸⁰. Así, en los capítulos 3 y 4 Torija proponía la evacuación de las aguas residuales de casas y tejados mediante canalones de plomo que debían verter a la calle, adosados a la pared. En los capítulos 5 al 7 describía cómo se tenían que construir y colocar los albañales o “condutales” particulares, que en todo caso debían evitar perjuicios a las casas colindantes, priorizar los vertidos directamente a la calle, fijarlos adecuadamente en las paredes medianeras de casas colindantes e impermeabilizarlos con betún. En el capítulo siguiente abordaba la construcción de sumideros –pozos- como un medio alternativo para aquellas casas que no tenían otros medios de evacuar las aguas inmundas, pero, claro está, debiendo ubicarse a cierta distancia de pozos y viajes de aguas potables, preferentemente en el medio de patios o corrales, a modo de fosa séptica (más anchos por la base que por la boca y provistos de contraminas para entretener las aguas sin ocasionar perjuicios).

En otras disposiciones se inclinó por prohibir los canalones de madera que vertieran a las calles desde las casas, establecer basureros en patios y callejones, o hacer covachuelas que alteraran el subsuelo. Ya entonces el subsuelo de la Villa se

³⁸⁰ Torija, J. *Tratado breve sobre las Ordenanzas de la Villa de Madrid y Policía de ella*. Madrid, Pablo del Val, 1661.

encontraba horadado por no pocos viajes de agua, algunas alcantarillas, covachuelas, bodegas, y hasta sótanos que se empleaban como viviendas³⁸¹.

Una propuesta a tener en cuenta es la que hizo en el capítulo X, sobre la necesidad de que se construyeran en la Villa “*secretas comunes*” o letrinas, como era costumbre en los conventos y monasterios, estableciendo una serie de instrucciones para su ubicación, construcción y limpieza anual, y cuyo uso se fue generalizando a lo largo del siglo XVIII.

³⁸¹ Del gran número de sótanos que en Madrid se usaban como viviendas dio cuenta la obra de Pereda, F. de. *Libro intitulado la Patrona de Madrid, y venidas de Nuestra Señora a España*. Valladolid, Sebastián de Cañas, 1604.

**SEGUNDA PARTE. EL INTERVENCIONISMO BORBÓNICO EN LA HIGIENE Y EL ORNATO
DE LA CORTE, Y SUS CONTRADICTORIOS RESULTADOS.**

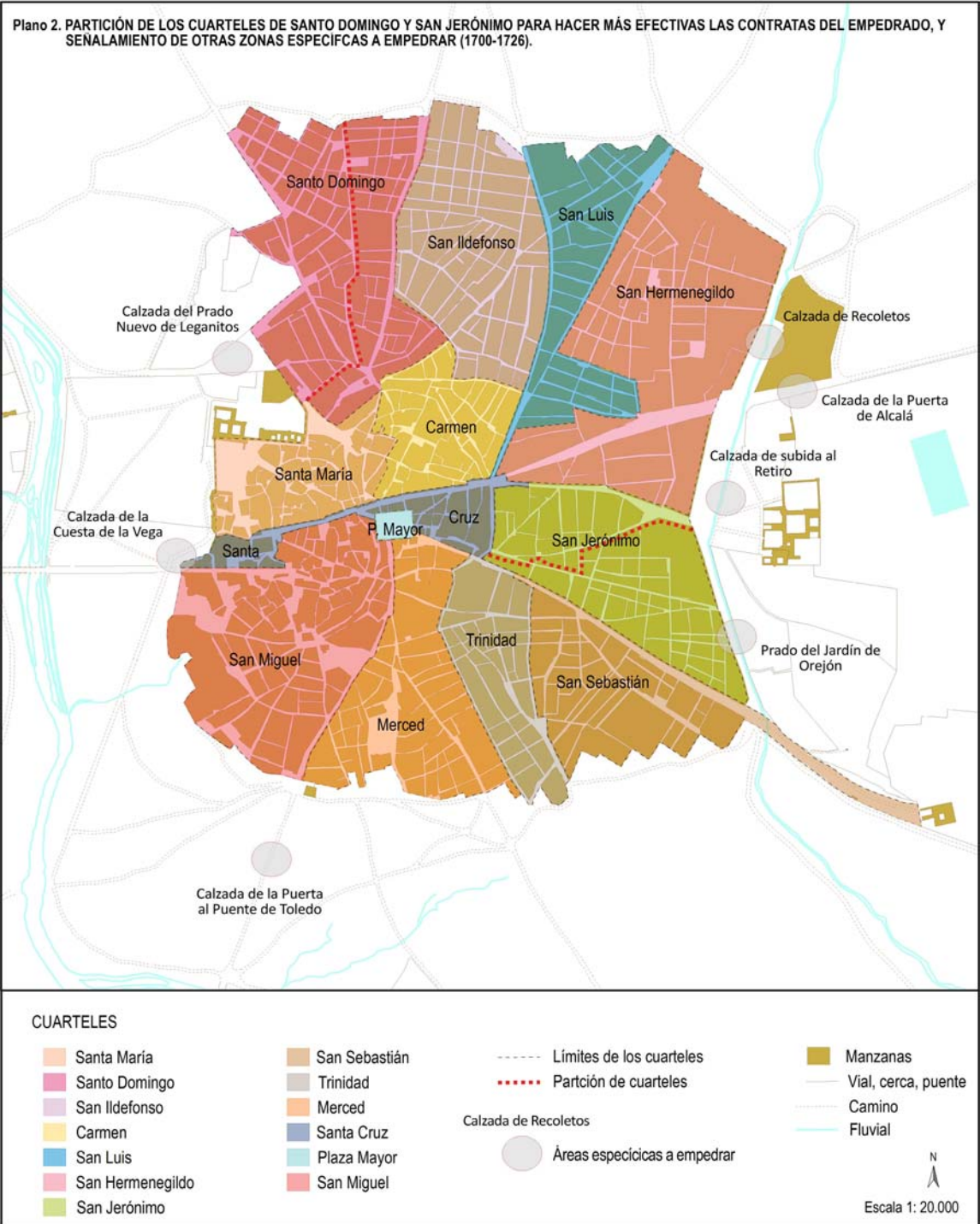
CAPÍTULO 6. PRECEDENTES REFORMISTAS EN LA LIMPIEZA Y SALUBRIDAD DE LA CIUDAD DE LOS PRIMEROS BORBONES, Y SUS LIMITACIONES.

A comienzos del siglo XVIII poco había cambiado el panorama en la administración del ramo de limpieza y el estado en que se encontraban las calles. La llegada al trono de la nueva dinastía borbónica, centrada en mantener la herencia de los Habsburgo en la Guerra de Sucesión, todavía estaba lejos de mostrar interés por los problemas que afectaban a la Villa. No hubo, pues, grandes cambios hasta la finalización de la guerra y, durante la primera década del nuevo siglo, la Junta de Limpieza de Madrid continuó desempeñando sus funciones como lo había venido haciendo con anterioridad.

Las dificultades económicas y las limitaciones presupuestarias también continuaron afectando al devenir cotidiano de la administración del ramo, a las siempre difíciles relaciones contractuales con los obligados y a la propia higiene y aseo de las calles. Aún así, no faltaron nuevas iniciativas o tímidos intentos por optimizar los niveles y medios de limpieza establecidos sin que éstos afectaran a los recursos disponibles. Ya a finales de enero de 1700, cuando apenas quedaban pocos meses para la conclusión del reinado de Carlos II de Habsburgo, la Junta de Limpieza aprobó una nueva reorganización de los servicios que se realizaban en los cuarteles de la Villa. Por iniciativa de los regidores comisarios José de Noriega y Pedro de Álava se intentó distribuir, más eficazmente, los medios disponibles que prestaban los obligados de las contratas de limpieza, junto con el personal extraordinario que se contrataba con carácter temporal. Esta reorganización no alteró la configuración del espacio físico de la Villa, establecida desde 1662 en 13 cuarteles de limpieza, si bien, con el propósito de distribuir más eficazmente las labores de los empedradores se dividieron en dos partes los cuarteles más grandes, que eran los de Santo Domingo y de San Jerónimo³⁸². Esto no implicó que se aumentaran las cuadrillas de empedradores ni poner en marcha nuevas contratas, sino que, como venía siendo costumbre, se priorizó el trabajo de las

³⁸² A.V.M. Libro de Acuerdos de la Junta de Limpieza de los años 1688 a 1714. Acuerdo del 29 de enero de 1700.

cuadrillas existentes en las zonas urbanas que más lo necesitaban, a la vez que transitadas y concurridas, y, también, habitadas por gentes de calidad.



Elaboración propia a partir de A.V.M. Secretaría 1-169-14.

El presupuesto existente, cercano a los 25.000 millones de maravedís anuales, no daba para más. Tampoco la hacienda municipal había experimentado mejoría, sino todo lo contrario, su capacidad recaudatoria continuaba centrada en atender las onerosas obligaciones de los efectos o deuda contraída en las décadas precedentes, implementada y agravada por las necesidades de la Guerra de Sucesión³⁸³. En consecuencia, hubo que establecer nuevos impuestos para atender asuntos tan prioritarios como la higiene de la Villa. Pero también, empezó a percibirse un control más directo de la nueva dinastía borbónica por la higiene de la Corte. El 27 de noviembre de 1704 el Consejo de Castilla ordenaba a Agustín de Fuentes Valdés, *“tesorero de la Villa de Madrid de las sisas que llaman los nuevos impuestos, que pague al secretario de S.M. en cuyo poder entran los maravedís y efectos aplicados para la limpieza y empedrado de las calles de esta Villa”*³⁸⁴.

En efecto, la fiscalización de los dineros del ramo en estos momentos no dependía tanto de la Sala de Gobierno del Consejo de Castilla sino del propio secretario del rey. El monto que se le debía proporcionar al secretario era de 602.747 maravedís, cantidad de igual valor a la que se había dejado de recaudar con la sisa del vino ordinario, aplicada para los gastos de limpieza y empedrado, en los cuatro años de su arrendamiento a un particular, Gregorio Redondo de Guevara. Para poder hacerle efectiva esta cantidad al secretario del rey, al día siguiente, 28 de noviembre, se ordenó al referido tesorero de las sisas que *“ratease”* en las demás sisas del vino que se aplicaban a los gastos de limpieza. El tesorero, avalado por una certificación de la Contaduría de Cuentas de Madrid, dio cuenta que la sisa del vino de tres millones andaba con retrasos en su recaudación, y que el rateo que se podía obtener de la del vino de ocho mil soldados era muy poco, razón por la que por fuerza habría que sacar los 602.747 maravedís de la sisa de los *“nuevos impuestos”* y, de paso, evitar *“perjuicio a ningún interesado”*, es decir, a los particulares tenedores de efectos de deuda o arriendos de sisas³⁸⁵.

³⁸³ López García J. M. (dir.). *El impacto de la Corte en Castilla. Madrid y su territorio en la Época Moderna. Siglo veintiuno de España Editores*. Madrid, 1998. Pp. 314-316.

³⁸⁴ A.V.M. Secretaría. 1-11-52.

³⁸⁵ *Ibidem*.

Como se puede observar, la falta de liquidez y presupuesto continuaron siendo los grandes problemas a los que se enfrentaba la Villa para mantener el aseo decente de las calles. Lo que está claro es que con tanta improvisación y con tan pocos medios no se podía conseguir. La suciedad de las calles continuó siendo endémica y a ello contribuyó sobre manera el comportamiento incívico de los vecinos. Apenas seis meses después, a comienzos de junio de 1705, la priora del Convento de San Antón el Real o de las Maravillas, se quejó al ayuntamiento de que un callejón colindante a su casa se había convertido en un improvisado muladar, por lo que pedía que lo desmantelaran. Dos años después, la queja fue de los clérigos teatinos del Convento de San Cayetano, en el barrio de Lavapiés, afectados por los perniciosos efectos que provocaban las mareas o arrastres de lodos en su huerta de la calle de Embajadores. Más aún, tomando al dictado las palabras del prior, la misma calle Embajadores estaba tan llena de porquería *“que ni a pie, a caballo, ni en coche, se puede pasar de una acera a otra”*³⁸⁶.

Lo realmente preocupante era que la Junta de Limpieza asumiera que algunas de las quejas de los demandantes no se podían solucionar e incluso que se decidiera dejar algunas situaciones insalubres y molestas tal cual se encontraban. Apenas un año después, en 1708, Teodoro Ardemans, maestro mayor de obras de la Villa, fue requerido por el ayuntamiento para verificar que las aguas sucias de las letrinas del Convento de los Capuchinos de San Antonio o del Prado, habían contaminado la mina del viaje de aguas gordas que abastecía las huertas del vecino Convento de los Trinitarios –hoy Basílica de Jesús de Medinaceli-. Al parecer, también habían anegado las cuevas y sótanos de la antigua calle de los Francos –hoy de Cervantes-, así como rezumado superficialmente por sus calles colindantes, ocasionando malos olores y no pocas incomodidades a sus vecinos. Ardemans verificó todos estos perjuicios para la salud pública, tras lo que el Ayuntamiento dispuso que el alarife Felipe Sánchez realizara las obras necesarias para proceder a su arreglo³⁸⁷.

³⁸⁶ Estos ejemplos han sido tomados de Blasco Esquivias, B. *¡Agua va! La higiene urbana en Madrid (1561-1761)*. Madrid, Caja Madrid, 1998. Pp. 125.

³⁸⁷ A.V.M. Secretaría. 1-86-9.

Sin embargo, apenas se hizo nada por las disputas que se dieron entre ambas comunidades monásticas, que llegaron a entablar un pleito, sin preocuparles en demasía las molestias y quejas reiteradas que manifestaban otros vecinos y comerciantes afectados. Por parte del Ayuntamiento tampoco sirvió de mucho la comisión creada para tratar de solucionar el problema, a pesar de estar compuesta por representantes de la Junta de Limpieza, de la Junta de Fuentes y del maestro mayor de obras de la Villa, que lo era también de las fuentes. Debían ser de tal cantidad los desembolsos que requería limpiar las letrinas y sótanos, aderezar la mina de aguas gordas y acometer el refuerzo del pavimento en las calles de los Francos, Trinitarios, del Prado y de las Huertas, que ante la imposibilidad de contar con fondos para acometer estas obras, a lo que se añadía la indisposición económica de los vecinos afectados y las injerencias de los monasterios implicados, que no hubo más remedio que dejarlo como se encontraba y que el pleito corriera su curso³⁸⁸. Volvían a ponerse de relieve y con toda su crudeza la falta no ya de medios económicos, siempre tan exigüos, sino también, un desarrollo normativo que definiera claramente las funciones y competencias que se debían tomar frente a este tipo de problemas, y, sobre todo, de otros remedios alternativos a los existentes que vinieran a regular más eficazmente la evacuación de las aguas mayores del caserío y de las calles de la Villa³⁸⁹.

La precaria situación presupuestaria no mejoró en los años posteriores y cada vez fue más frecuente dedicar parte de los recursos disponibles a los gastos extraordinarios de reparaciones urgentes en los empedrados, aderezo de paseos, composición de hundimientos en las vías públicas, arreglo de pilones y compra de enseres para realizar las mareas invernales o en la época de lluvias. En la tabla siguiente se puede comprobar cómo en el ejercicio presupuestario de 1712 se tuvieron que destinar, entre los meses de enero y noviembre, 67.359 reales de vellón para gastos extraordinarios, una cantidad que equivalía a la mitad del coste anual de las contratas de los empedrados, y que desde finales de la centuria anterior venía provocando grandes desviaciones en el presupuesto.

³⁸⁸ Blasco Esquivias, B. Ob. cit. pp. 128-130.

³⁸⁹ *Ibidem*.

Tabla 4. Distribución de los gastos de la limpieza y empedrado de la Villa, entre enero y noviembre de 1712.

MES	56 mozos para los 56 carros de la villa y mareas, a razón de 4 reales diarios	18 mangueros ordinarios en mareas y composición de caminos y calles que frecuentan SS.MM. y otras cosas, a razón de 4 reales diarios	12 mozos extraordinarios de refuerzo de los anteriores, a razón de 4 reales diarios	Un sobrestante de los mozos, a razón de 5 reales cada día	TOTAL LIMPIEZA	Otros gastos: tapias de empedrados a reparar, compra y acarreos de piedra, salario del guarda de Lavapiés, composición de hundimientos, pilones, compra de cubas de agua para mareas	TOTAL
ENERO	6.944	2.232	1.488	155	10.819	3.033	13.852
FEBRERO	6.496	2.088	1.392	145	10.121	5.593	15.714
MARZO	6.944	2.232	384	155	9.715	930	10.645
ABRIL	6.720	2.160	-----	150	9.030	4.737	13.767
MAYO	6.944	2.232	-----	155	9.331	5.734	15.065
JUNIO	6.720	2.160	-----	150	9.030	10.526	19.556
JULIO	6.944	2.232	-----	155	9.331	11.688	21.019
AGOSTO	6.944	2.232	-----	155	9.331	5.024	14.355
SEPTIEMBRE	6.720	2.160	-----	150	9.030	9.277	18.307
OCTUBRE	6.944	2.232	816	155	10.147	4.842	14.989
NOVIEMBRE	6.720	2.160	1.440	155	10.475	5.975	16.450

Las cifras son en reales de vellón.

Elaboración propia a partir de A.V.M. Secretaría 1-13-78.

En esta tabla, en la que no están incluidos los costes de las contratas de los obligados de la limpieza y los empedrados, también se detallan los gastos del personal

del ramo, (mozos, mangueros y sobrestante), cuyos salarios fueron pagaderos directamente por la Junta de Limpieza desde comienzos de la década de 1690, previa certificación de los escribanos y visitador general del ramo³⁹⁰.

Superadas las adversidades de la Guerra de Sucesión, el gobierno actuó de forma más decidida en la administración del ramo de limpieza. Por un auto del Consejo de Castilla del 8 de diciembre de 1713 se recriminó a la municipalidad el mal estado y el exceso de suciedad que había en las calles de la Villa, a pesar de los esfuerzos económicos realizados y de los reiterados autos y decretos que se hacían publicar para que los vecinos observaran las ordenanzas de limpieza³⁹¹. En dicho auto añadieron una serie de propuestas para mejorar la situación, si bien, de su lectura y por el tipo de propuestas que plantearon a la Junta, se deduce su inexperiencia o poco conocimiento sobre los problemas reales que afectaban al ramo de la limpieza. La Junta de Limpieza se reunió el 9 de enero de 1714 para dar cumplida satisfacción a lo requerido en el auto, conscientes de que las propuestas planteadas por el Consejo ya fueron apuntadas, sin éxito, por Juan de Torija en la centuria anterior, o se tenía el convencimiento de que eran imposibles de realizar porque la experiencia así lo había demostrado³⁹².

A la propuesta del Consejo sobre la conveniencia de construir encañados de plomo, barro u hojalata que conectarán las ventanas de las casas con la rasante de la calle para evacuar las aguas menores, se contestó que su materialización era imposible en no pocas casas de la Villa, sobre todo, las más densamente pobladas, provistas de muchos cuartos que se alquilaban cada uno de ellos como vivienda habitual para las familias, como ocurría en las zonas aledañas a la Plaza Mayor. Para la Junta estos canalones debían llegar hasta la mitad de las calles, en las de regular latitud y en las de hasta doce pies de anchura, estando provistos con una tabla o antepecho en el extremo, de modo que la violencia de la vertiente no incomodara a los viandantes, y

³⁹⁰ A.V.M. Secretaría. 1-13-78.

³⁹¹ A.V.M. Secretaría. 1-13-84. Este auto, deliberaciones posteriores de la Junta y determinaciones del Consejo también fue estudiado por Verdú Ruiz, M. "Limpieza y empedrado en el Madrid anterior a Carlos III", en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*. Tomo XXIV. CSIC, Madrid, 1987. Pp. 417-443.

³⁹² *Ibidem*.

cayera totalmente perpendicular en el medio de la calle, donde se encontraba el albañal. A su vez, advirtieron de los perjuicios que podrían provocar estos canalones, ya que se tenía la convicción de que no pocos vecinos emplearían los encañados o bajantes para evacuar aguas mayores o fecales, provocando además grandes atascos y filtraciones en los mismos.

Del mismo modo, a la propuesta de cambiar los vertederos que se encontraban a la salida de las puertas de la ciudad, por huertas y tierras de labor de particulares, más dispersas y con el fin de favorecer su abono, la Junta replicó que por una orden de la Sala de Gobierno del Consejo de Castilla de 1618, se había mandado establecerlos en los baldíos que se encontraban en los arrabales *“porque aún siendo muchos los carros no bastarían si hubiesen de dilatarse más a lograr el fin por la precisa y considerable detención de los repetidos viajes que se necesitaban”*. A su vez, se recordó que por otra orden de la Sala de Gobierno de 6 de junio de 1648, se permitió a los obligados de las contratas de limpieza de los cuarteles obtener parte de sus beneficios con la venta de las basuras y el estiércol de los vertederos a los hortelanos y labradores, como modo de incentivar su trabajo y compensar otros perjuicios que soportaban³⁹³. En consecuencia, no se les podía quitar dicho privilegio sin que afectara al buen servicio de la limpieza.

La retención de las aguas mayores en las casas, hasta que pasaran los carros de la limpieza, también fue replicada por la Junta, aduciendo que en muchas casas o cuartos no se tenía lugar para poder retenerlas, no era lo más adecuado para personas de cierta calidad y, además, generaban malos olores y propagaban infecciones³⁹⁴. A la única propuesta que no puso objeciones la Junta fue a la de obligar a los vecinos a barrer y asear las aceras de las delanteras de sus casas, una medida que no tenía nada de novedoso, ya que se venía aplicando con bastante frecuencia desde finales de la Edad Media.

³⁹³ *Ibídem.*

³⁹⁴ *Ibídem.*

En esta tesitura, la Junta aprovechó para proponer al Consejo de Castilla una medida que consideraron más eficaz, consistente en dividir la ciudad en 18 cuarteles, cinco más de los existentes en este momento, y aumentar el número de carros, mulas y *mangueros* -barrenderos-. Pero como esta medida implicaba aumentar el presupuesto, la Junta, a sabiendas de las posibles objeciones que le podía plantear el Consejo, aprovechó para recordarle que con cargo a las partidas del ramo de limpieza y empedrado se venían imputando otros gastos que no le correspondía, como los ocasionados por la extinción de incendios, los enarenados de las calles, reparaciones y hundimientos de vías públicas y de alcantarillas, el riego y la compostura de las calles por las que iba el rey desde el Alcázar hasta Leganitos y el Retiro, además de otros gastos accidentales. En efecto, los miembros de la junta eran profundos conocedores de las limitaciones presupuestarias, por eso se permitieron recordar *“que si se quisiese asignar consignación fija o suficiente para la limpieza sólo sería preciso exonerar a Madrid y al corregidor de los demás encargos y providencias, y para las precisas del común asignar otro caudal separado, y se podría ver que no es un gasto tan exorbitado el de la limpieza”*³⁹⁵. Por último, y con el fin de orientar en estas cuestiones a los miembros del Consejo, la Junta les remitió copia de todas las ordenanzas y normativas del ramo desde el auto de 1610, pasando por los pregones de 1612 y 1613 y las ordenanzas de 1641 que todavía estaban vigentes, junto con las condiciones que regían las contratas de limpieza y empedrados.

En estas deliberaciones que se llevaron a cabo en la Junta para dar contestación a las propuestas del Consejo de Castilla, tuvo especial relevancia la participación del Marqués de Hermosilla, quien informó de los medios que se empleaban en otras cortes y ciudades europeas, y la imposibilidad de poder aplicarlas en Madrid por su *“situación, planta y genios de sus habitantes”*. En París, informó el marqués a los demás miembros de la Junta, era habitual que los vecinos bajaran las basuras y desperdicios de sus casas todas las mañanas al paso de los carros de la limpieza, algo imposible de hacer en la Villa porque el primer viaje de los carros pasaba al amanecer, el segundo sobre las ocho de la mañana y el tercero dos o tres horas después, cuando

³⁹⁵ Ibídem.

ya estaban en las calles las gentes distinguidas y principales, con lo que ya no gustaba en absoluto bajar las basuras a la calle “*por la decencia de las criadas y el rubor de los criados*”. En Roma, continuó informando, disponían de un río caudaloso como el Tíber que facilitaba mucho la limpieza, y el solar de la ciudad de Nápoles y su morfología urbana permitían que llegara el agua limpia a las casas y se pudieran verter las comunes sin necesidad de salir a la calle. Lo que quería decir es que todavía se encontraban en uso las viejas infraestructuras de la época romana. También, comentó que en algunas ciudades de Flandes se disponían en todas las casas depósitos en los que se echaban las aguas menores y mayores, y se limpiaban a partir de las doce de la noche, lo que era “*moda*” en algunas casas de Madrid. Concluyó el marqués haciendo saber la calidad de los empedrados, enlosados y encajonados de piedra menuda que se empleaban en las calles de otras ciudades, a diferencia de los de Madrid, que era conveniente restaurar cada poco tiempo por su poca resistencia, por estar atravesadas las calles de albañales y encañados de fuentes públicas y particulares, y soportar un importante trasiego de carros³⁹⁶.

El Consejo de Castilla no adoptó ninguna determinación sobre las argumentaciones de la Junta, y por sendas órdenes dadas el 8 de marzo y el 23 de mayo siguientes se requirió a la Junta que se le informara fehacientemente del estado en que se encontraba la administración del ramo de limpieza y el empedrado de la Villa³⁹⁷. Para dar cumplida satisfacción al Consejo, el 13 de agosto del mismo año 1714 la Junta de Limpieza elaboró un exhaustivo informe en el que, como era de esperar, se hacía patente que apenas habían cambiado los medios que se empleaban para la evacuación de residuos y la limpieza de las calles y, por lo tanto, no se habían producido mejoras higiénicas destacables desde prácticamente el último tercio del siglo XVII.

En efecto, desde 1662 el número de cuarteles o distritos urbanos habían aumentado a 13 con el fin de tratar de recoger y evacuar con mayor rapidez y eficacia

³⁹⁶ Ibídem.

³⁹⁷ A.V.M. Secretaría 1-169-13.

la basura y los lodos de las 489 calles que entonces había en la ciudad. Estos cuarteles se denominaron de San Hermenegildo, de San Ildefonso, de Santa Cruz, de San Luis, del Palacio, de San Miguel, de San Sebastián, de la Trinidad, de la Merced, del Carmen, de Santo Domingo, de San Jerónimo y de la Plaza Mayor. Desde 1656 –realmente desde 1638- también seguían vigentes las condiciones de las contratas u *obligaciones de la limpieza* de los cuarteles que el Concejo sacaba a pública subasta, con excepción del precio por servicio diario de carro y mulas que se empleaba para recoger las basuras, que registró una bajada considerable hasta descender a los 16 reales, diez menos de los que se pagaron por el mismo servicio en 1687. No obstante, esta reducción se justificó por pasar a la Junta el sostenimiento de los 74 mozos, con su correspondiente sobrestante o capataz, que se empleaban exclusivamente para barrer y “*marear*” las calles, con sueldos respectivamente de 4 y 5 reales al día, y de los que 56 de ellos, llamados mangueros, se pusieron al servicio de los *obligados* o contratistas de la limpieza. También se contaba con una plantilla de reserva de 12 mozos para cuando la situación lo requiriera, mientras que el corregidor de la Villa y el visitador general de la limpieza se encargaban directamente de la provisión de los enseres y útiles que se empleaban para el servicio diario (escobas, picas, serones, espuelas, astiles, sogas, etc.), así como del mantenimiento de los caminos y la extinción de incendios. Para realizar los empedrados se sacaban a subasta pública 15 contratas con una duración quinquenal y un coste total para las arcas municipales de 127.753 reales.

Paralelamente, la ampliación de cuarteles implicó aumentar la composición de los miembros de la Junta de Limpieza a 13 regidores comisarios, uno por cada cuartel, y junto al corregidor trataban semanalmente todas las cuestiones relativas a limpieza, empedrados, alcantarillado, caminos y extinción de incendios, bajo la supervisión de la Sala de Gobierno del Consejo de Castilla. A nivel técnico y a pie de calle el control de la limpieza siguió en manos del visitador general, asistido por 13 alguaciles, uno por cada cuartel, y dos escribanos, que ordenaban los servicios que debían realizar carros y mulas, y supervisaban las mareas de las calles. También, daban cuenta de los hundimientos de las calles, atascos de alcantarillas, o cualquier tipo de incidencia; verificaban el trabajo de los contratistas u *obligados* con las preceptivas visitas a los

cuarteles; imponían las condenaciones estipuladas a los vecinos que incumplían las ordenanzas y trataban por todos los medios de hacerlas cumplir.

Tabla 5. Costes presupuestados para cubrir los gastos de limpieza entre 1714 y 1717.

CUARTELES	COMISARIOS	ALGUACILES	OBLIGADOS LIMPIEZA	CARROS	COSTE ANUAL	COSTE MENSUAL
SAN MIGUEL	Pedro de Álava	Isidro Rodríguez	Francisco García Conde	5	29.200 rs.	2.433 rs 11 mrs.
SAN JERÓNIMO	Fernando Núñez	Lorenzo Rivadeneyra	Bartolomé Pacheco	4	23.360 rs.	1.946 rs. 22 mrs.
LA MERCED	Marqués de Hermosilla (también Bilbao)	Ventura Ruiz	Isabel de Huertas	4	23.360 rs.	1.946 rs. 22 mrs.
SAN LUIS	Portilla	Sebastián Tello	Andrés García Velázquez	5	29.200 rs.	2.433 rs 11 mrs.
SAN HERMENEG.	Gerónimo de Miranda	Manuel Navarro	Andrés García Velázquez	4	23.360 rs.	1.946 rs. 22 mrs.
SAN SEBASTIÁN	Juan Cristóbal de Arcos o Barcos	Julián de Benito	Francisco González	4	23.360 rs.	1.946 rs. 22 mrs.
SANTA CRUZ	Mateo de Tobar	Luis de Parra	Juana de Cuevas	6	35.040 rs.	2.920 rs.
PLAZA MAYOR	Miguel Ventura Zorrilla	Bartolomé Fernández	Manuel Navarro	4	23.360 rs.	1.946 rs. 22 mrs.
SANTO DOMINGO	Sebastián Pacheco	Francisco Tello	Antonio Ximénez	4	23.360 rs.	1.946 rs. 22 mrs.
SAN ILDEFONSO	Francisco Ochoa	No consta	Guillermo de la Farja	4	23.360 rs.	1.946 rs. 22 mrs.
LA TRINIDAD	Alfonso de Buendía	Pedro Riesgo	Andrés Mendo	4	23.360 rs.	1.946 rs. 22 mrs.
SANTA MARÍA	Juan de Prast	José de Casanova	Félix Pérez	4	23.360 rs.	1.946 rs. 22 mrs.
CARMEN	Mateo Ezquíñigo	Pedro Trigo	Juan Herráez	4	23.360 rs.	1.946 rs. 22 mrs.

Por último, en el informe aludido de la Junta de Limpieza se indicaba que desde 1700 el presupuesto asignado por la municipalidad al ramo de la limpieza y los empedrados era de 26 *cuentos* o millones de maravedís, de los que 9 se obtenían del impuesto de 2 maravedís con que se gravaba cada azumbre de vino que se vendía en la ciudad, mientras que el resto se obtenía de otras sisas municipales. La Junta también aprovechó para recordar que, desde finales de la centuria anterior, se había venido disminuyendo la asignación presupuestaria, con la excepción de unos pocos años en los que se había aumentado discretamente. Por ejemplo, el presupuesto anual que debía cubrir las necesidades del ramo, entre el 1 de abril de 1692 y el último día de marzo de 1693, había ascendido tan sólo a 23 cuentos -millones- y 912.637 maravedís. Sorprendentemente, del referido ejercicio anual sobraron 57.702 reales que, en lugar de emplearse para cubrir otras necesidades o mejoras, se aprovecharon para dar una ayuda de costa a los obligados de la limpieza, satisfacer la franquicia de embajadores de la sisa del vino y, entre otros, pagar las nuevas *colgaduras* -tapices y cortinas- de la sala capitular del ayuntamiento³⁹⁸. Estas asignaciones presupuestarias, como las de otros negociados de titularidad municipal, fueron cada vez más cuestionadas por la nueva administración borbónica, y con el propósito de reducir gastos e incrementar la eficacia burocrática, el Consejo solicitó a la Junta que informará de los costes totales que suponían las contratas de limpieza y empedrados así como de los gastos del personal a su cargo.

En las tablas anterior y siguiente se detallan los costes presupuestados para asumir estos gastos durante la vigencia de las contratas de limpieza entre los años de 1714 y 1717, y de los empedrados entre los años de 1715 y 1720³⁹⁹.

³⁹⁸ A.V.M. Secretaría 3-493-14.

³⁹⁹ A.V.M. Secretaría 1-6-54.

Tabla 6. Costes presupuestados para cubrir los gastos de empedrado entre 1715 y 1720.

OBLIGADOS EMPEDRADO	MARTILLOS	COSTE DE 7 MESES EN LOS QUE SE EMPEDRABA CADA AÑO (de marzo a septiembre)	COSTE MENSUAL
Francisca Sanz	7	14.700 rs.	2.100 rs.
Sebastián Izquierdo y Jacinta García	8	16.500 rs.	2.397 rs. 6 mrs.
Blas López	4	8.900 rs.	1.271 rs.14 mrs.
Felipe Fernández	4	8.371 rs.	1.195 rs.29 mrs.
Francisca de Oro	4	9.650 rs.	1.378 rs.14 mrs.
María Pérez	4	8.082 rs.	1.154 rs.22 mrs.
Gregorio José de Paz	5	7.800 rs.	1.114 rs 9 mrs.
Pedro Cantero	2	2.000 rs.	289 rs. 24 mrs.
Santiago de la Calle y Manuel de Torres	8	14.000 rs.	2.000 rs.
Catalina Blanco	4	9.100 rs.	1.300 rs.
Tomás González	4	9.100 rs	1.300 rs.
Josefa Fernández	5	10.700 rs.	1.528 rs.19 mrs.
Pascual Pantoja	4	8.850 rs.	1.264 rs. 9 mrs.

Reales de vellón: rs. Maravedís de vellón: mrs.

Elaboración propia a partir de A.V.M. Secretaría 1-6-54.

Estas estimaciones de gasto sirvieron al gobierno para establecer el nuevo presupuesto del ramo, que finalmente fue aprobado por S.M. y remitido a la Junta para que se cumpliese desde comienzos de enero de 1715. Con este nuevo reglamento se establecía una asignación fija de 651.800 reales, o lo que es lo mismo de 22 cuentos y 161.200 maravedís, casi un millón menos de maravedís que en los presupuestos anteriores, aunque a cambio se liberó a la Junta de los costes producidos por los

hundimientos en las calles provocados por conducciones de agua, alcantarillas y sótanos furtivos que pasarían a depender, previo dictamen del Maestro Mayor de Obras de la Villa, de otra asignación presupuestaria determinada por el gobierno⁴⁰⁰.

Tabla 7. Distribución del presupuesto de limpieza y empedrado, conforme al Reglamento de 1715.

PARTIDAS	PRESUPUESTO
Empedrados de los 13 cuarteles en los que tenía que haber un total de 61 martillos –empedrades-. 56 carros, a 16 reales cada carro al día, menos los de los días de Pascua y Resurrección (363 días al año).	125.793
74 mozos diarios a 4 reales día, y un sobrestante o capataz a 5 reales día, los mismos 363 días al año que trabajan los carros.	325.248
Empedrado de la calzada del Puente de Toledo y plaza de la Cebada.	109.263
Empedrado de la salida de la Puerta de Alcalá y calle de Atocha.	1.500
Provisión de palas y escobas, aguzar piquetas y azadones.	1.200
Sueldos de los 13 comisarios regidores de cada cuartel, a 700 reales cada uno.	16.470
Sueldo del visitador general de la limpieza.	9.100
Sueldo de los 13 alguaciles de cada cuartel y dos escribanos, a 100 ducados al año cada uno.	9.696
Costas de los dos oficiales mayores de las escribanías del Ayuntamiento, 50 ducados al año a cada uno.	16.470
Enarenado de calles en fiestas o funciones públicas.	1.100
TOTAL	36.000
	651.800

Las cifras son en reales de vellón.

Elaboración propia a partir de A.V.M. Secretaría 1-6-54.

El creciente intervencionismo y control del gobierno en los asuntos municipales continuó con otro Real Decreto de Felipe V, del 8 de marzo de 1715, por el que estableció el nuevo marco legal que regulaba los salarios y emolumentos de los funcionarios del Concejo madrileño. Este decreto no debió de coger desprevenida a la

⁴⁰⁰ *Ibidem.*

municipalidad, ya que desde el 1 de octubre de 1713 la administración de las sisas en Madrid había pasado a depender del gobierno de la monarquía⁴⁰¹.

En la tabla anterior se detallan las partidas presupuestarias establecidas en el reglamento de 1715.

6.1. La limpieza, la evacuación de residuos y de aguas inmundas en las Ordenanzas de Teodoro Ardemans (1717-1730).

Estas primeras medidas intervencionistas que acabamos de ver no consiguieron mejorar sustancialmente la limpieza y la higiene de las calles. La acumulación de lodos y aguas inmundas, junto con los vertidos indiscriminados de basuras, continuaron siendo la tónica dominante de las calles de la Villa. A estas alturas Madrid todavía no contaba con suficientes medios para remediarlo. El 9 de octubre de 1715, Francisco Antonio Aguirre y Salcedo, marqués de Vadillo, fue nombrado corregidor de Madrid, y ya desde entonces uno de sus principales cometidos fue mejorar por todos los medios posibles el aseo de las calles, conforme a los deseos de adecentamiento y ornamentación de la corte que perseguía Felipe V⁴⁰². De este modo, Vadillo, como nuevo corregidor, se puso al frente de negociados municipales tan importantes como la Junta de Fuentes y la Junta de Limpieza.

Sus primeras medidas se centraron en contrarrestar los efectos nocivos que provocaba la alta acumulación de lodos provenientes del exceso de las aguas mayores y residuales que se vertían en las calles. Apenas unos meses después, la Junta de Fuentes mandó construir un pilón grande junto a la fuente de la Red de San Luis, con el

⁴⁰¹ Verdú Ruiz, M. Op. Cit. Con anterioridad a esta medida, otra orden del Consejo de Castilla del 19 de abril de 1708, obligó a que todos los valores de las sisas estuvieran en poder de un único tesorero general de Madrid, bajo la superintendencia del corregidor de la Villa, de dos regidores y la intervención de un contador.

⁴⁰² Sambricio, C. *Territorio y ciudad en la España de la Ilustración*. Ministerio de Obras Públicas. Instituto del Territorio y Urbanismo. Madrid, 1991. Pp. 205 y 206. También en Ortega Vidal, J. "Los inicios de la transformación borbónica, 1725-1765", en *Madrid, Atlas Histórico de la Ciudad, siglos IX-XIX*. Lunwerk Editores. Madrid, 1995. Pp. 56-63.

fin de aprovechar más cantidad de agua del viaje de la Alcubilla, para la extinción de incendios, facilitar la limpieza de las mareas y mejorar la higiene de las calles aledañas. Dos años después, se daría una orden similar con el fin de construir nuevos pilones en la calle de Alcalá y en la plaza de Santo Domingo⁴⁰³. Sin embargo, el agua era un bien escaso en Madrid, habida cuenta de la limitación de los caudales de los viajes de agua y del aumento progresivo de la población que se produjo durante las primeras décadas del siglo XVIII, y, por lo tanto, el agua no sobraba para estos menesteres, con lo que se podía esperar muy poco de la eficacia de estas primeras medidas⁴⁰⁴. La pretensión de utilizar los pocos recursos hídricos que existían en la Villa para la evacuación de los lodos, denota que las aguas mayores, los orines y todo tipo de detritus orgánico y animal se habían convertido en un problema de difícil solución, a diferencia de las basuras e inmundicias que a duras penas se podían ir recogiendo con los carros. Tratar de atajar este problema se iba a convertir desde entonces en una prioridad para el gobierno y las autoridades de la Villa, conscientes no sólo de la necesidad de mejorar el estado de las calles sino de minorar los efectos nocivos que provocaban los lodos inmundos en la salud pública.

El 27 de abril de 1717, el marqués de Vadillo daba a conocer al Concejo madrileño una orden de Felipe V por la que exhortaba a los regidores a poner remedio y conseguir que *“las aguas, inmundicias y demás cosas que por las ventanas se arrojan en las calles de esta Villa no tuvieren detención alguna, buscándose y discurriéndose el medio que podría practicarse para que salieran al Campo, haciendo sumideros –pozos negros- o dando bastantes corrientes a las calles pues parecía proviene de este daño el perjuicio que se deja conocer y especialmente el de la salud pública”*⁴⁰⁵. Esta orden del rey, así como las primeras medidas impulsadas por Vadillo demuestran el interés creciente que ya existía por la salubridad pública, una cuestión que entonces no se consideraba elemental y que requirió, comenzando por las clases dirigentes, de un cambio profundo en la percepción de la realidad de aquellas sociedades y la

⁴⁰³ A.V.M. Libro de actas de la Junta Fuentes, tomo VII, 11 de octubre de 1716; y tomo VIII, 27 de mayo de 1718.

⁴⁰⁴ Sobre las limitaciones de los recursos hídricos en la Villa de Madrid en las primeras décadas del siglo XVIII en Pinto Crespo, V., Gili Ruiz, R. y Velasco Medina, F. Ob. cit. Pp. 102.

⁴⁰⁵ La referencia se ha tomado de Blasco Esquivias, B. Ob. cit. Pp. 147.

intolerancia creciente hacía la suciedad y la falta de higiene⁴⁰⁶. Si bien, todavía se estaba lejos de abordar decididamente la problemática higienista de las ciudades.

Al día siguiente, el Concejo transmitió la orden a la Junta de Limpieza y a Teodoro Ardemans, Maestro Mayor de Obras de la Villa, de sus Fuentes y de las Obras Reales, quién dedicó algo más de seis meses para elaborar un nuevo corpus de normas u ordenanzas que debían regir para la limpieza de las calles⁴⁰⁷. El 15 de noviembre de 1717 Ardemans respondía al encargo real con la propuesta de hacer extensiva la construcción de las llamadas *secretas* o *servidumbres secretas* a buena parte del caserío madrileño, con la finalidad de minorar los nocivos y pestilentes lodos, detritus y excrementos que había en las calles⁴⁰⁸. En realidad, la propuesta de Ardemans era en cierto sentido continuista, ya que durante la centuria anterior se había empleado con bastante frecuencia en conventos, palacios y edificios institucionales. La diferencia radicaba en la obligación que en adelante tendrían los dueños de las casas de construir a su costa estas fosas sépticas, pozos negros y letrinas como medio indispensable para mejorar la higiene. Para este propósito daba una serie de instrucciones precisas tocantes a su ubicación y construcción, basándose para ello en algunas de las sugerencias que ya había recomendado en 1661 el maestro de obras Juan de Torija, en el capítulo X de sus fallidas Ordenanzas de Policía Urbana.

De acuerdo con Ardemans, las secretas o letrinas debían construirse en los lugares más cómodos de las casas y menos perjudiciales para paredes, muros y cimientos, y en lugares bien ventilados. Mediante una mina, provista con su correspondiente pendiente, se acometería a un pozo negro bien construido y tapado

⁴⁰⁶ Corbin, A. *El perfume o el miasma. El olfato y lo imaginario social. Siglos XVIII y XIX*. México, 1987. Pp. 173.

⁴⁰⁷ Un análisis exhaustivo de las propuestas de Ardemans para contribuir al aseo de la ciudad, en Blasco Esquivias, B. Ob. cit. Pp. 143-165.

⁴⁰⁸ Ardemans, T. "Discurso político que Su Majestad -que Dios guarde- mando hacer a su Maestro Mayor de sus Reales Obras, sobre dar proviencia en observar la limpieza de las calles de Madrid, lo que importa para la salud de sus habitantes y el modo de conseguir esta nueva disposición", en su obra *Fluencias de la tierra y curso subterráneo de las aguas*. Imprenta de Francisco del Hierro, Madrid, 1724. Pp. 143-278. También en Corral Raya, J. del. "Teodoro Ardemans, maestro mayor de las obras de la villa de Madrid y su fontanero mayor", en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, Tomo X. CSIC. Madrid, 1974, pp. 171-197.

con losas de piedra berroqueña. Los pozos o sumideros se ubicarían en los patios, corrales o debajo de los huecos de escaleras, teniendo la prevención de no provocar filtraciones a los pozos y viajes de aguas potables, ni perjudicar con humedades los cimientos de casas. Tampoco debían provocar malos olores ni infecciones por la falta de impermeabilización o de su limpieza. Lo novedoso de su propuesta radicaba en la conveniencia de ubicar un segundo pozo o fosa séptica de depuración o drenaje a la que pudiera verter el pozo que recibiese las aguas negras; aunque si no se disponía de ella los residuos se podían seguir almacenando en la secreta o pozo habilitado para este propósito. Para garantizar la eficacia de este sistema todos los pozos negros se debían limpiar preferentemente durante los meses del invierno. Para el caso de los edificios densamente poblados y compuestos por multitud de cuartos, recomendaba hacer las secretas en los sótanos de los cuartos bajos, mientras que los restantes cuartos del inmueble, sirviéndose de un vertedero abierto en una de *“las mesillas de la escalera”*, podrían verter directamente en las referidas secretas de los sótanos.

Una de las propuestas más interesantes de Ardemans consistió en que las aguas de lluvia y de los remanentes de las fuentes se pudieran llevar a estas minas y pozos, y también, junto a las aguas mayores, a otras minas o alcantarillas *“madres”* que debía construir la municipalidad. A su vez, debían estar provistas de otros pozos - de registro- a lo largo de su recorrido y con salida a algún arroyo coincidente con su recorrido. Esta idea, bien considerada por Felipe V, propició que antes de finalizar el mismo año 1717, se le encargara al arquitecto e ingeniero militar portugués Manuel de Fonseca un estudio y la realización de un plano de una barriada específica de Madrid donde figurasen las alcantarillas y acometidas a las casas. Sin embargo, dicho estudio no se concretó hasta bien entrada la década de 1730 y nunca se llevó a cabo.

Ardemans era consciente de que generalizar el uso de secretas o letrinas en las casas iba a provocar muchas contrariedades, razón por la que aconsejó a las autoridades que prohibieran el uso de canalones, caños o vertederos que vertían las aguas mayores y menores directamente a las calles, a la vez que recomendaba a la municipalidad que concediera préstamos a los vecinos que no podían financiar las

obras. Por último, las aguas negras extraídas de la limpieza periódica de los pozos negros de las secretas, junto a todo tipo de basuras y escombros debían depositarse en los nuevos muladares que se situarían a una distancia de *medio cuarto de legua* de la ciudad -602 metros-, mientras que para la recogida de las basuras de las casas se seguiría empleando el habitual sistema de carros o *chirriones*.

Las medidas recomendadas por Ardemans apenas se pusieron en práctica, ni siquiera cuando en 1719 pasaron a formar parte de las nuevas Ordenanzas Municipales de la Villa⁴⁰⁹. Y es que llevar a cabo esta propuesta implicaba no sólo la construcción en el subsuelo de la Villa de miles de pozos negros, sino también, de una red de alcantarillado que facilitara su evacuación controlada, a un coste que entonces se antojaba inasumible. Así pues, la falta de inversiones y el escaso interés por parte de las autoridades de informar debidamente a los madrileños en el uso de las secretas, ni de dotar a los propietarios de las casas ni a la municipalidad con los medios que se requerían para establecerlas, vinieron a retardar todavía más el pretendido saneamiento de la urbe. Pero además, las secretas, sumideros o pozos negros que se fueron construyendo desde entonces, e incluso las ya existentes, no impidieron que las aguas mayores e inmundas acabaran en las calles. Como vimos anteriormente, el propio Ardemans ya había tenido conocimiento de las limitaciones del uso de las secretas, cuando en 1708 tuvo que certificar que las aguas sucias de las letrinas del Convento de los Capuchinos de San Antonio o del Prado, habían contaminado la mina del viaje de aguas gordas que abastecía las huertas del vecino Convento de los Trinitarios –hoy Basílica de Jesús de Medinaceli-; también, habían anegado las cuevas y sótanos de la antigua calle de los Francos –hoy de Cervantes-, así como rezumado superficialmente por sus calles colindantes, ocasionando malos olores y no pocas incomodidades a sus vecinos. Cuatro años después de la elaboración de sus Ordenanzas, el corregidor Vadillo y la Junta de Limpieza trataban un asunto de

⁴⁰⁹ Ardemans, T. *Declaración y extensión, sobre las Ordenanzas que escribió Juan de Torija, Aparejador de Obras Reales...* Imprenta de Francisco Hierro, Madrid, 1719.

extremada gravedad: las aguas sucias de buena parte de las fosas sépticas de los conventos y otros edificios públicos se acababan vertiendo a las calles⁴¹⁰.

En efecto, el 14 de julio de 1721 se reunían el corregidor y la Junta de Limpieza, y entre otros acuerdos vieron un memorial donde se expresaban las quejas de no pocos vecinos del Convento de las Calatravas de la calle de Alcála, al que responsabilizaban de las obras que se estaban realizando en su pozo negro o “común” con el propósito de dar salida a las aguas fecales directamente hacia el albañal de la calle del Caballero de Gracia, lo que les estaba ocasionando muchas molestias, provocando malos olores y riesgos para la salud. Vadillo y la Junta de Limpieza en pleno, *“reconociendo ser justo lo pedido y que se evite el daño que de esto puede resultar y se reconoce en los conductos de los Conventos que vierten las aguas a las calles públicas, como son la Comunidad de la Victoria, la de los Basillos, la de religiosas del Sacramento y otras que por inadvertencia de quien debió evitarlo en su principio usando este perjudicial estilo”*, mandaban que se diera cuenta del estado de sus secretas y vertidos a las calles con el fin de buscar el remedio más urgente y oportuno. A su vez, mandaron cesar las obras de los vertidos del Convento de las Calatravas, apercibiendo a su maestro de obras bajo la amenaza de un *“castigo personal si prosigue o hiciese el expresado conducto”*⁴¹¹.

Teniendo en cuenta las inquietudes del gobierno sobre la pésima salubridad de las calles, esta circunstancia fue aprovechada para recomendar al rey que se sirviera ordenar *“que todas las comunidades que tuviesen las vertientes de los lugares comunes a las calles públicas hagan sumideros o conductos por donde salgan al campo por las alcantarillas, de las atarjeas o en la forma que pareciese más conveniente a la referida limpieza, ejecutándose con noticia de Madrid y reconocimiento de su maestro mayor para la seguridad de la obra y que nunca sea ni pueda ser en perjuicio de las cañerías de las fuentes públicas y particulares”*. De nuevo se reconocía la validez de la propuesta de Ardemans sobre la necesidad de construir alcantarillas como el medio

⁴¹⁰ A.V.M. Secretaría 1-15-35.

⁴¹¹ *Ibidem*.

más eficaz para evacuar las aguas fecales de las secretas. Sin embargo, buena parte de los conventos, incluso de los edificios públicos de la Corona y de la Villa, carecían de medios económicos suficientes para poder construirlas.

El 11 de agosto siguiente, en la Junta de Limpieza se veía un memorial de las religiosas del Convento de las Calatravas, justificando la necesidad de las obras emprendidas y de los vertidos que de su fosa séptica iban a parar a la calle del Caballero de Gracia. Daban cuenta que cuando se construyó el convento, durante el reinado de Felipe IV, tenían muy poco presupuesto, de ahí que se vieron obligadas a ubicar la *“pieza común”* con un pozo profundo para evitar filtraciones, en el centro del monasterio, inmediato a la iglesia y a las habitaciones de las monjas. Con el paso del tiempo se había llenado el pozo, de tal suerte que el monasterio se había hecho inhabitable por su mal olor, y de continuar así llegaría a provocar mucha pestilencia en el barrio, pues ya era muy notoria en la iglesia y en el coro. Por este motivo y con permiso de S.M., que a la sazón era su patrono como gran maestro de la Orden de Calatrava, las monjas habían tomado una casa que daba a la calle del Caballero de Gracia, colíndate al monasterio, para hacer en ella la *“pieza común”* y darle salida a la dicha calle, de igual modo que lo hacían otras comunidades monásticas. En el referido memorial daban a conocer algunas soluciones que se habían realizado para mitigar los efectos de los vertidos y evitar los perjuicios a los vecinos, como proceder a ensanchar y ampliar el albañal de la calle del Caballero de Gracia, con el fin de que puedan salir todas las aguas mayores y menores, recogiendo en un estanquillo las aguas de los tejados, patios, fuentes y lavaderos para que unidas, a las horas más cómodas, salieran a la referida calle, aprovechando su pendiente y minorando así los perjuicios a los vecinos, y todo ello arreglado conforme a las Ordenanzas de Madrid. Estando ejecutada en esta forma la obra, se habían producido las quejas de los vecinos y se había ordenado a las monjas no continuarla. Si bien, justificaban que los vertidos no eran tan perjudiciales con el sistema que estaban empleando y que no podrían usar otro porque el pozo antiguo ya se había macizado. Tampoco tenían medios para hacer una alcantarilla subterránea hasta el campo. Concluían recordando a la Junta que este tipo de vertientes de las comunes a las calles no sólo los hacían los conventos, sino

también las gentes principales desde sus casas y palacios. Por esta razón, suplicaban poder verter las aguas de sus comunes mediante el ensanche de su albañal hasta el arroyo de la calle del Caballero de Gracia, como lo tenían y hacían otros conventos⁴¹².

Para tomar una resolución al respecto el corregidor ya se había informado sobre cuantas comunidades monásticas y establecimientos públicos vertían sus aguas fecales a las calles. El panorama fue desolador. Además de algunas casas de gentes principales aludidas por las monjas de Calatrava, otros 25 conventos hacían sus vertidos a las calles, junto a 9 asilos, hospitales y colegios, además de las cárceles de la Villa y de la Corte. De todos estos establecimientos se da cuenta en el APÉNDICE V de este trabajo.

El mismo 11 de agosto, en lugar de obligar a todas estas instituciones a verter controladamente las aguas fecales sin provocar perjuicios al aseo de las calles y a la salud pública, se optó, finalmente, por dar licencia a las monjas de Calatrava para que pudieran hacer las vertientes a la calle. No obstante, para tratar de superar la incapacidad manifiesta de evacuar los lodos de las calles, se volvió a consultar a la Sala de Gobierno del Consejo de Castilla sobre la necesidad que tenía Madrid de que todas las vertientes de las aguas inmundas se realizaran por conductos subterráneos, hasta verter en el campo, o en las pocas alcantarillas existentes por donde se vertían las montoneras de porquería que arrastraban las mareas⁴¹³.

Queda claro que las limitaciones para poner en práctica cualquier tipo de mejora en el saneamiento de la Villa venían directamente de la falta de determinación y de inversiones del gobierno, junto a la incapacidad manifiesta de estos establecimientos o de otros vecinos particulares de contar con economías holgadas para construir conductos subterráneos o alcantarillas. A esto se añadía el desorden imperante en las calles, recurrentemente convertidas por los vecinos en estercoleros,

⁴¹² *Ibidem*.

⁴¹³ *Ibidem*.

a pesar de las disuasorias ordenanzas y sanciones vigentes, y de la actuación ejemplarizante de la justicia.

Así, por ejemplo, el 5 de abril de 1725, el alcalde Luis de Cuéllar daba cuenta en la Sala de Alcaldes que el día anterior, sobre las 10:30 horas de la mañana *“yendo el coche de Don Luis Arroyo, fiscal de la Santa Inquisición, por enfrente de la Trinidad – calle de Atocha-, le echaron por el canalón de una casa diferentes inmundicias y viscosidad de forma que echaron a perder la librea del cochero”*. Como estos vertidos se habían realizado en horas en las que estaba prohibido hacerlo, contraviniendo las ordenanzas, se decidió abrir auto de procesamiento al infractor, para lo que el alcalde Eugenio de Luján dio las órdenes oportunas para proceder a identificarle y aplicarle su correspondiente castigo. Abierta la causa lo primero que hicieron los pesquisidores fue tomar declaración jurada al cochero, Pedro Santos, quien ratificó los hechos, añadiendo que ni siquiera el infractor gritó la consabida advertencia de *“agua va”*. Afirmaba que se había echado a perder su casaca, chupa de librea y sombrero. El cochero también declaró que por orden de *“su amo”* y en compañía del lacayo Francisco García, que les acompañaba en el coche, subieron hasta el cuarto segundo del que salía el canalón, y que habiendo llamado a la puerta del mismo, salió una mujer, que parecía la dueña del cuarto, y contándole lo que había ocurrido les dijo que ella no había sido, pero en presencia de ellos riñó bastante a su criada. También se tomó declaración jurada al lacayo, quien ratificó lo ocurrido, añadiendo que antes de abandonar el lugar preguntaron a los vecinos sobre el dueño del referido cuarto, a lo que le respondieron que pertenecía a Dionisio Beltrán, asistente de negocios. Dos días después, vistas las declaraciones por la Sala de Alcaldes, el alcalde Luis de Cuéllar, ordenó que Dionisio Beltrán compareciera en la Sala a primera hora del lunes 9 de abril, bajo la multa de 50 ducados en caso de no asistir al requerimiento.

En el día de la vista compareció el encausado, como propietario del cuarto desde el que se realizaron los vertidos. La Sala de Alcaldes sentenció enviarle a prisión en el ínterin que satisfacía la sanción de 10 ducados con la que le condenaron, apercibiéndole, además, que en adelante tanto su familia como criados debían cumplir

las ordenanzas⁴¹⁴. Como se puede comprobar, todavía regían las ordenanzas de comienzos del siglo anterior, donde claramente quedaba estipulado que las sanciones y castigos los soportarían los dueños de las casas, aunque en el caso de ser el infractor uno de sus criados, luego se les permitía castigarlos y retraerles la cantidad dineraria de la sanción recibida.

Otro caso similar, que da cuenta de la frecuencia con la que los vecinos de la Villa usaban las calles como estercoleros, tuvo como protagonista al teniente coronel de caballería Juan Caballera y Bodias, quien puso denuncia al alguacil Martín Casimiro, dándole cuenta que el 7 de abril del mismo año 1725, dos días después del caso anterior, sobre las 11:00 horas de la mañana le cayó encima una vaciada de basuras y de aguas inmundas que al parecer se había vertido desde un cuarto que pertenecía a un tal Carlos Rico. Abierta la causa, hechas las pesquisas y declaraciones pertinentes, se averiguó que el vertido lo había hecho la hija del referido Carlos Rico, una niña de entre 8 y 9 años de edad, que en el momento de los hechos se encontraba atendiendo a su madre, que se encontraba muy enferma y además no tenían criada. Dos días después, Carlos Rico compareció en la Sala de Alcaldes y fue condenado a pagar 10 ducados de sanción, si bien, teniendo en cuenta la dramática situación que atravesaba esta familia con la grave enfermedad de su esposa, le eximieron de entrar en prisión y le rebajaron la sanción, apercibiéndole de que debían cumplir las ordenanzas⁴¹⁵.

Con este panorama huelga decir que poco había mejorado la limpieza y la higiene de las calles durante las tres primeras décadas del siglo XVIII. Los consabidos y reiterados pregones de limpieza que venían a recordar a los vecinos el cumplimiento de las ordenanzas vigentes, seguían sin cumplirse. Tampoco era suficiente la labor que desempeñaban los obligados de la limpieza por lo exiguo del presupuesto del ramo, a pesar de la creciente racionalización de sus funciones, como pone de relieve la nueva reedición de la división de Madrid en 13 cuarteles de limpieza que se hizo en 1726, esta vez impresa, dando cuenta fehaciente de todas y cada una de las calles de cada

⁴¹⁴ A.H.N. Consejos. Libro de Gobierno de la Sala de Alcaldes, 1.312, fols. 197-200.

⁴¹⁵ A.H.N. Consejos. Libro de Gobierno de la Sala de Alcaldes, 1.312, fols. 205-206.

cuartel, y de otras zonas específicas que había que limpiar y empedrar con contratas separadas⁴¹⁶. A todas luces, se empezaba a echar en falta un proyecto integral de evacuación de aguas fecales, que tuviera alcance y desarrollo en buena parte de las calles de la Villa, y que funcionara en paralelo a la recogida de basuras e inmundicias por los carros de los obligados de la limpieza.

6.2. Los primeros proyectos integrales de evacuación de residuos (1735-1745).

Por fortuna, las ideas y medidas de Ardemans no cayeron en el olvido. Entre mediados de la década de 1730 y mediados de la década de 1740, bajo la tutela del gobierno, se realizaron nuevos estudios y proyectos que buscaron mejorar la limpieza y la higiene de las calles. De entre todos los que se hicieron destacó el realizado por el ingeniero José Alonso de Arce, con una propuesta innovadora que pretendía dotar a Madrid de un sistema integrado de alcantarillado, capaz de evacuar hacía las afueras de la ciudad y al río Manzanares las aguas mayores y menores, provenientes de las casas y las calles.

Desde tiempo atrás, Alonso de Arce había tenido contacto con los inconvenientes, dificultades e inquietudes higiénicas que se daban en la urbe madrileña. Ya en 1719, cuando Ardemans estaba elaborando las ordenanzas municipales, trabajaba como colaborador del ingeniero Manuel de Fonseca, haciendo los estudios previos que culminaron en la elaboración de un plano, de una barriada de Madrid, con sus correspondientes alcantarillas y acometidas. Esta barriada comprendía parte de lo que hoy se conoce como el Barrio de las Letras y se la pretendía dotar, por una parte, con una mina que principiaba en la plaza del Ángel, a la que acometerían 13

⁴¹⁶ A.V.M. Secretaría 1-169-14. Las zonas específicas a limpiar y empedrar con obligaciones distintas a las de los 13 cuarteles eran la Plaza de la Cebada, la calzada que comunicaba la Puerta y el Puente de Toledo, el Prado del Jardín del Orejón, la calzada que subía al Buen Retiro, la calzada de la Puerta de Alcalá, la calzada de Recoletos, el Prado Nuevo desde Leganitos hasta la Huerta de los Cipreses y la calzada de la Cuesta de la Vega.

ramales de sus calles aledañas y, de otra, una “*Mina Real*” situada en la calle del Prado a la que debían verter también los ramales de sus calles colindantes⁴¹⁷.

Sin embargo, el estudio quedó parado por algunos contratiempos inesperados como la abdicación en 1724 de Felipe V en su hijo Luis I, quien murió apenas unos meses después, y de los fallecimientos de Ardemans (+1726) y del corregidor de Madrid, el Marqués de Vadillo (+1729). No fue hasta que transcurrió casi un año cuando el nuevo corregidor, Martín González de Arce y Villa, se interesó de nuevo por el proyecto y tras comprobar que Arce estaba en disposición de poder ejecutarlo y satisfacer así la voluntad del rey, le encargó que lo proyectase de nuevo para una barriada más extensa que la anterior y del centro urbano de la Villa. Pese a los esfuerzos de Alonso de Arce, pronto se puso de relieve la imposibilidad de acometerlo con éxito. Por lo pronto, no contó con el respaldo de los peritos que había nombrado el corregidor para verificar la viabilidad del proyecto. Tanto Pedro de Ribera, sustituto de Ardemans al frente de la jefatura de las obras municipales, como otros alarifes reputados entre los que se encontraba Juan Roman, esgrimieron que la construcción de minas subterráneas afectaría peligrosamente a los viajes de aguas potables; una cuestión a todo punto negada por Alonso de Arce, quien defendía su proyecto alegando que no había viajes de agua en las dos terceras partes de la ciudad y que, en el caso de haberlos, se podrían ejecutar las minas sin causarles perjuicios⁴¹⁸.

La opinión contraria de los peritos, que chocó frontalmente con los deseos reiterados del rey por mejorar la higiene de la Corte, tal y como recordaba el propio Alonso de Arce, provocó la intervención del Consejo de Castilla y aún de los miembros de la Cámara del Rey, para discutir sobre la conveniencia de su materialización. Finalmente, decidieron que las obras se pusieran en marcha, aunque quedando bajo el control y cuidado del corregidor. Pero poco tiempo después comenzaron los problemas con los viajes de agua, los hundimientos de calles y unas desviaciones

⁴¹⁷ A.V.M. Secretaría 10-236-8. También se encuentra la descripción del proyecto en Alonso de Arce, J. *Dificultades vencidas y curso natural en que se dan reglas especulativas y prácticas para la limpieza y aseo de las calles de esta corte*. Francisco Abad, Madrid, 1735.

⁴¹⁸ *Ibidem*.

presupuestarias mayores de las previstas. Alonso de Arce se vio en la urgente necesidad de modificar el proyecto, pero ya era demasiado tarde. La muerte del corregidor poco después, que había sido uno de sus principales valedores, provocó la paralización definitiva de las obras. Por lo menos, Alonso de Arce consiguió que se imprimiera y editara su proyecto, sabedor de que sería un trabajo fundamental para los futuros estudios que se hicieran sobre el saneamiento de la Villa. No se equivocaba.

El proyecto de Alonso de Arce debe considerarse el embrión de los estudios del alcantarillado de Madrid, en el que por primera vez no se proponían actuaciones dispersas y puntuales, con la construcción de alcantarillas aisladas, sino la ejecución de una red integrada, teniendo en cuenta, además, aspectos técnicos fundamentales como el desnivel de las calles; la delimitación de las cuencas hidrográficas y el trazado de los cauces originales; el aprovechamiento de las minas existentes y los cursos superficiales de las aguas que debían cumplir con las mismas funciones que las alcantarillas subterráneas; o la posibilidad de poder hacer contrapendientes en aquellos ramales que acometieran a minas principales más profundas. Incluso sugería la construcción en la cabecera de cada uno de los ramales de depósitos de agua para facilitar su limpieza. Con respecto a la construcción de las alcantarillas, describía las dimensiones de lo que denominaba Mina Real, que identificaba con la vieja de los Caños del Peral, con medidas de 0,98 metros de ancho y 1,82 metros de alto. Los muros de 0,63 metros cuando el terreno sobre el que se asentaba era firme, y de 0,84 cuando no lo era. La bóveda de asta y puente de espesor. El resto de las minas eran de 0,70 metros de ancho por 1,68 metros de alto; y las minetas de 0,49 por 1,54 metros. Los suelos de las minas se debían hacer poniendo una cuarta de grueso de mezcla de cal, arena y guijo pelado, bien obrado y bruñido para dar apariencia vítrea. La solera no debía ser plana, sino en forma de uve o badén para facilitar la evacuación de las aguas menores y mayores.

Otros aspectos aludían a la necesidad de construir las minas por el medio de la calle para evitar su interferencia con viajes de agua; construir en cada mina dos pozos de registro con sus correspondientes losas de cierre, uno situado en el lugar de

arranque del ramal y el otro en la intersección con otro ramal o mina principal; preparar los conductos en obra de fábrica que debían acometer desde las casas a las alcantarillas, para evitar roturas posteriores y alterar su correcto funcionamiento; aprovechar en las minas, mediante rejillas o “*absorbederos*”, las aguas sobrantes de patios, zaguanes o portales, además de dotar los sumideros o rejillas de los vertederos con sifones hidráulicos para evitar la salida de los gases y los malos olores⁴¹⁹.

Alonso de Arce también aprovechó la edición de su proyecto para minimizar los riesgos y objeciones que habían esgrimido el gremio de arquitectos y algunos sectores del gobierno y la municipalidad. Justificaba que su elevado coste, 40.000 doblones, habría que considerarlo desde el extraordinario beneficio que se haría a la población, y que, por esta razón, debía ser sufragado por los vecinos. Ante la posibilidad de que las minas contaminasen los pozos y viajes de agua potables, argumentaba que serían construidas a suficiente distancia y profundidad y que, además, estarían impermeabilizadas. Por último, y entre otras argumentaciones, consideraba que las minas no se atascarían por falta de corrientes de agua porque, en primer lugar, contarían con depósitos llenos de agua en el extremo de los ramales y, también, porque todas las aguas de las casas irían a parar a las minas favoreciendo el curso de sus aguas.

Las objeciones al proyecto de Alonso de Arce enfatizaban uno de los problemas endémicos que padeció la Villa del Manzanares durante el Antiguo Régimen, que era el de la escasez de recursos hídricos. En esos momentos, la situación era todavía más delicada porque la población de la ciudad se acercaba a los 150.000 habitantes⁴²⁰. Por esta razón, también se trataron de poner en marcha otros proyectos que buscaban incrementar la disponibilidad de agua en la Villa. Uno de los primeros fue obra del capitán de goleta Antonio Martí, quien pretendía trasvasar las aguas del río Jarama al río Manzanares y transformar en zonas de regadío y huertas las tierras que circundaban la ciudad. Como suponía que las aguas del Jarama iban a incrementar

⁴¹⁹ Ibídem.

⁴²⁰ Sobre la limitación de los recursos hídricos ver Pinto Crespo, V. (dir). *Los viajes de agua de Madrid durante el Antiguo Régimen*. Fundación Canal. Canal de Isabel II. Madrid, 2010.

notablemente los caudales de fuentes y acequias, concluía que se podrían emplear en mejorar la limpieza y la higiene de la Villa. Sin embargo, los medios que propuso para conseguirlo no debieron ser los más adecuados. El mismo Alonso de Arce apuntó que no había tenido en cuenta los obstáculos que planteaban algunos accidentes geográficos para poder acometerlo, y, en consecuencia, su complejidad técnica y elevado presupuesto lo hacían inviable. En 1738 Vicente Alonso Torralba, ingeniero y maestro mayor de obras de Toledo, publicó un discurso en el que se mostraba partidario de trasvasar las aguas del Jarama y de aprovechar sus caudales para limpiar las calles, pero no en los términos que había planteado Antonio Martí. La oposición de Torralba a las tesis de Martí ya se preludiaban en el título de su discurso: *“Empeño español que hace patente el modo de limpiar las calles de Madrid con modo no practicado en España. Propone algunos reparos acerca de la limpieza a el proyecto de Antonio Martí y hace patente el modo practicado de la conducción del río Xarama”*⁴²¹.

A pesar de los proyectos presentados y el debate que suscitaron, lo cierto es que el estado de la limpieza de las calles no había mejorado y la evacuación de residuos y de las aguas mayores y menores requería cada vez más esfuerzos humanos, técnicos y económicos. Y claro está, la situación presupuestaria y las condiciones de las contratas de los obligados de la limpieza apenas habían mejorado y la situación del ramo continuaba por los mismos derroteros que durante las últimas décadas de la centuria precedente.

En junio de 1740, Andrés Mendo y otros obligados de la limpieza pedían encarecidamente que se les pagasen los atrasos que se les debía. Ante la ausencia de respuesta por parte de la Junta, de nuevo en julio del año siguiente, una vez que terminaron los plazos contractuales de sus contratas, volvieron a reclamar lo que se les

⁴²¹ Los proyectos de Martí y Torralba en Arroyo Illera, F. “Arbitrismo, población e higiene en el abastecimiento hídrico de Madrid en el siglo XVIII”, en Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles, n. 37, 2004, pp. 257-278. También en Martí, A. *Proyecto que D. Andrés Martí Capitán de Galeota, pone a los Reales Pies de vuestra magestad, sobre la limpieza de las calles de Madrid, construcciones de jardines...* Imprenta de Manuel Fernández. Madrid, 1738. Martí, A. *Empeño y desempeño Español, ilustre defensorio que hace a su proyecto Don Andrés Martí... en que con razones divinas y humanas satisface las endeble objeciones que contra él hacen D. Joseph de Arce y D. Vicente Alonso Torralva.* Imprenta de Manuel Moya. Madrid, 1738.

adeudaba y dieron cuenta de todos los perjuicios que padecieron por no haberles pagado en tiempo oportuno los anticipos para proveerse de paja y cebada. En consecuencia, y como ya había sido habitual en las décadas finales de la centuria precedente, los obligados decidieron no concurrir a las nuevas licitaciones contractuales que convocaría la Junta, mientras que por compromiso del cardenal Molina, gobernador del Consejo de Castilla, no se les garantizara el pago de sus atrasos, el anticipo para la paja y cebada, y las mesadas de la nueva obligación dentro del mes en curso. Pero la Junta decidió no elevar al Consejo las demandas de los obligados y se comprometió a cumplirlas, a sabiendas de que no lo podían hacer. De hecho, una vez iniciadas las contratas y por más que se reclamara el pago de lo comprometido, Madrid no tuvo liquidez con que poder satisfacerlo, hasta el punto que se les volvió a deber íntegramente las cinco primeras mesadas de las nuevas contratas, elevando la deuda con los obligados a nada menos que 172.792 reales de vellón, además de los perjuicios que se derivaban de la falta de liquidez que padecían para atender adecuadamente la limpieza⁴²².

El 21 de septiembre siguiente, el Consejo de Castilla tuvo que intervenir. Prevenido de los caudales disponibles en la Tesorería de la Villa, mandó que pagasen a los obligados 73.246 reales de vellón, más los dineros que hubiese en la propia Tesorería de los réditos que generaban las fiestas de los toros. A su vez, se ordenó a la Junta que propusiera el modo o el arbitrio por el que se les debía pagar el resto de lo que se les seguía debiendo. No debieron encontrar el modo para hacerlo. El 22 de septiembre de 1742, el Consejo se vio en la obligación de apremiar al superintendente de las sisas para que pagase a los obligados los adelantos que les debían hacer para la provisión de paja y cebada, y que pasado un año todavía no las habían percibido⁴²³.

Con este panorama no es de extrañar que la limpieza de las calles dejara mucho que desear, y en este contexto hay que situar la célebre memoria que escribió el Marqués de la Villa de San Andrés sobre la situación higiénica de la Villa, entrada la

⁴²² A.V.M. Secretaría 1-94-61.

⁴²³ *Ibidem*.

década de 1740. Para el referido marqués, cuyo relato, según el historiador Antonio Domínguez Ortiz, hay que tomarlo con prevención por sus afirmaciones exageradas, sarcásticas e incluso volterianas, la Villa era un lugar de incesante trajín de gentes, carruajes, animales y mercancías. Tenía un clima con cambios súbitos de temperatura y el estado de sus calles, edificios y los comportamientos de sus gentes no eran precisamente lo que debía corresponder a la corte de la monarquía.

Con respecto a la higiene y la limpieza de las calles, indicaba que era una ciudad extremadamente sucia, en parte porque los vecinos arrojaban al grito de *jagua va!* todas las porquerías a unas calles, de por sí surcadas por numerosos albañales por los que corrían las aguas sobrantes del riego, de los usos domésticos y de las lluvias. Continuaba el marqués indicando que en cada corral, patio, e incluso zaguán de cada casa había un improvisado basurero; que era tal la concentración de basuras y lodos en algunas calles, sobre todo de las zonas bajas de la ciudad, que se formaban islas de fango y basura en tal tamaño, que para poder atravesarlas se necesitaba una vara o pértiga de 15 pies de altura.

A esta situación se tenía que enfrentar la Junta de Limpieza de la Villa, con un exiguo presupuesto cercano a los 60.000 ducados anuales, que se empleaban fundamentalmente en las contratas de los obligados de la limpieza y los empedrados, o lo que es lo mismo, en los pocos carros *“podridos”* con sus mulas maltratadas y enfermas, y en las mareas que arrastraban los lodos de las calles, denominadas por el marqués, *“función olorosa y divertible a los sentidos de todos”*. Por último, describía otros perjuicios que provocaba la concentración de basuras y lodos, como la contaminación del aire, la imposibilidad de transitar las calles sin la ayuda de carruajes y sillas de manos, los malos olores, etc.⁴²⁴.

Esta exposición crítica del marqués de Villa de San Andrés, que puede que fuera discutible, unida a la preocupación creciente de arquitectos e ingenieros como Alonso

⁴²⁴ Domínguez Ortiz, A. “Una visión crítica del siglo XVIII”, en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*. Tomo VI. CSIC. Madrid, 1970. Pp. 299-317.

de Arce, Martí y Torralba, por mejorar la higiene e incrementar los recursos hídricos, sugieren que, efectivamente, la situación higiénica de Madrid no fuera la que cabría esperar. Más aún, lo ratifica el hecho de que en pleno invierno de 1745 el Consejo de Castilla ordenara a la Junta de Limpieza que se hiciese un reconocimiento de las calles, sobre todo de los arrabales, y su preceptiva limpieza general porque estaban cargadas de basuras y lodos. El 20 de febrero del referido año, la Junta encargaba a cada uno de los regidores comisarios capitulares de cada cuartel que, en compañía de un maestro de obras que ellos mismos eligiesen, pasasen a reconocer las calles y estimar el número de *“cargas de estiércoles, cenizas y brozas que extraordinariamente y con tolerancia de tiempo se han ido echando”*⁴²⁵.

La previsión no era exagerada. Así, por ejemplo, el 21 de febrero siguiente el regidor comisario y el maestro de obras Félix Suarez, estipularon que había que retirar 2.230 cargas del Cuartel de Santo Domingo, entendiéndose como carga lo que se podía transportar en un carro de caballerías, a un precio de medio real por carga, sin perjuicio de las mareas y limpiezas que habitualmente se hacían en sus calles. De igual modo se hizo con los otros doce cuarteles, si bien los carros de la limpieza extraordinaria de los cuarteles más céntricos se destinaron a limpiar a fondo algunas de sus calles o las de otros cuarteles más periféricos. En la tabla siguiente se detallan los costes de esta limpieza general.

⁴²⁵ A.V.M. Secretaría 1-19-6.

Tabla 8. Costes de la limpieza general efectuada en febrero de 1745.

CUARTELES	OBLIGADOS	COSTE LIMPIEZA GENERAL
SANTA CRUZ (sin arrabales)	Vicente Coronel	3.000 rs.
SAN HERMENEGILDO	Gabriel Peralta	9.308 rs.
SAN SEBASTIÁN	Lope Hurtado	7.789 rs.
SAN ILDEFONSO	Sancho Saez Ezquíñigo	9.220 rs.
SAN LUIS (Las brozas y tierras las echaron para macizar un barranco de su cuartel).	Julián Moret	4.200 rs.
SAN MIGUEL	Francisco Robles	8.100 rs.
SAN JERÓNIMO	Juan de Miranda	2.300 rs.
CARMEN (Se habían mareado sus calles poco tiempo antes).	Joaquín Novales	0
TRINIDAD	Sebastián Espinosa	4.000 rs.
SANTO DOMINGO	Antonio pinedo	1.115 rs.
PLAZA MAYOR	Francisco González	960 rs.
MERCED	Antonio Bengoa	10.020 rs.
PALACIO O SANTA MARÍA	José Treceño	1.330 rs.
TOTAL		58.342 reales de vellón.

Elaboración propia a partir de A.V.M. Secretaría 1-19-6.

De muy poco sirvió esta limpieza general, apenas unos meses después las calles de la Villa volvían a presentar un estado deplorable. La falta de presupuesto, aún de liquidez en la Tesorería de Sisas, provocó irremediablemente la suspensión de la limpieza de las calles. Los obligados no pudieron continuar sin percibir sus mesadas y los impagos reiterados lastraron el mantenimiento del servicio. Fue entonces cuando el mismo rey Felipe V se preocupó por el problema presupuestario que afectaba al ramo de limpieza, a tenor de lo que le había manifestado el cardenal Molina, gobernador del Consejo de Castilla, quien previamente se había informado de la

gravedad de la situación por el marqués de Montealto, corregidor de la Villa. En efecto, el gobernador le expuso al rey que se necesitaban *“caudales para poder subvenir al socorro de los que ocupan, en la limpieza y empedrado de esta Corte, por ser el tiempo, oportuno, en que los obligados hacen sus prevenciones de que se hallan imposibilitados, por falta de pagos, lo que ha motivado la suspensión de la limpieza – porque no podían hacerse cargo de ella-, pidiendo providencia para atajar el daño, que se puede recelar en la estación presente –calor del verano-, deseando el cardenal gobernador la mayor conveniencia y utilidad del público”*⁴²⁶. Para solucionar esta falta endémica de liquidez el gobierno, con autorización real, negoció un préstamo de 120.000 reales con la Casa de los Cinco Gremios de Madrid, a un interés anual del 3%, debiendo ser reintegrados por el superintendente de las sisas. La copia de la cédula del Consejo de Castilla que verificaba el préstamo se dio el 15 de diciembre de 1745.

Teniendo en cuenta esta patente falta de caudales y de inversiones en los servicios de limpieza de la Villa, cómo iban a poder fructificar los nuevos proyectos e ideas de Arce, Torralba o Marti, que proponían mejorar sustancialmente las condiciones higiénicas de la urbe. En lógica consecuencia no podían llevarse a la práctica no sólo por la falta de determinación del gobierno, sino por la consabida falta de presupuesto para afrontar sus costes y dificultades técnicas.

6.3. El ramo de limpieza bajo el gobierno civil y militar del conde de Maceda (1746-1747).

A la falta de liquidez presupuestaria y a la limitada capacidad de endeudamiento del Concejo, se añadían las perniciosas costumbres de los madrileños de seguir usando las calles como estercoleros. El 17 de septiembre de 1746 la Sala de Alcaldes de Casa y Corte tomaba cartas en el asunto con el objetivo de contener *“la demasía con que se arrojan por las ventanas aguas, aunque sean inmundas, a todas horas del día”* y se consideró preciso renovar los bandos que sobre estas prohibiciones

⁴²⁶ A.V.M. Secretaría 1-19-4.

ya se habían publicado en repetidas ocasiones en los parajes acostumbrados de la Villa. Si bien, los alcaldes recalcaron que se tenían que cumplir por todos, sin excepciones ni privilegios, ya que se dirigían a *“la conservación y utilidad común”*. Eran pues partidarios de la necesidad de derogar ciertas excepciones que disfrutaban algunos particulares de la jurisdicción o fuero real, como así estaba recogido por reales decretos de 30 de octubre de 1715 y 16 de septiembre de 1740, y someter a todos los habitantes de la ciudad a la justicia de la Sala, *“para la causa y la pena”*. Así se lo dieron a conocer el mismo día al gobernador del Consejo de Castilla, para que lo pusiera en conocimiento de S.M. No hubo respuesta alguna.

La Sala de Alcaldes se tuvo que conformar recordando a los madrileños la vigencia del bando de 1637, por el que expresamente se prohibía echar aguas inmundas e inmundicias desde las ventanas, *“y que por las puertas de las calles pudiesen vaciar otras aguas en verano a las 11 de la noche y en invierno dadas las 10, pena de 4 años de destierro y 20 ducados a los amos que lo consintiesen, y de 100 azotes y 6 años de destierro a los criados y criadas que lo echaren y de pagar los daños que hicieren”*. Por instancia del gobernador del Consejo, al que le habían llegado quejas *“de los desórdenes que se hacían en Madrid, vaciando a todas horas del día por las ventanas, agua basuras y otro género de inmundicias, lo que ocasionaba perjuicios y estaba próximo a suceder alguna desgracia”*, la Sala también hizo publicar y pregonar otro bando de 1639, por el que se recordaba que en las horas en que se permitía arrojar los bacines era obligatorio avisar a los transeúntes (*jagua va!*). La realidad de las calles de la Villa lo hacía francamente aconsejable, pues poco habían cambiado las costumbres de los madrileños durante esos 110 años. En este mismo momento una de las víctimas de tan molestas costumbres fue el capitán del Regimiento Galicia, José Arias, que sufrió la ruina de su uniforme al recibir un bacín de inmundicias, que fue arrojado desde una ventana de una casa de la calle de Jacometrezo. Ni que decir tiene que al responsable de tamaña afrenta, Diego de Lira, se le hizo comparecer en la Sala y

se le condenó a pagar los 150 reales que costó el nuevo uniforme del capitán, más la correspondiente sanción y apercibimiento⁴²⁷.

El gobierno, tal y como apuntó el marqués de Uztáriz en su *Discurso sobre el gobierno de Madrid*, comenzó a entender entonces la necesidad de poner remedio a tan caótica situación, sobre todo, de la hacienda municipal, lo que pasaba por una mayor intervención estatal en la gestión financiera de las finanzas municipales⁴²⁸. En este contexto, por un real decreto de 22 de septiembre de 1746 se suprimía el Corregimiento de la Villa y en su lugar se establecía un gobierno político-militar dotado con amplias competencias y atribuciones, que se tradujo en investir a Pedro Nolasco de Lanzós, conde de Maceda, con importantes cuotas de poder, esencialmente en el ámbito municipal, con la particularidad de estar exclusivamente subordinado, no al tradicional Consejo de Castilla, sino al mismísimo rey, por medio de su Secretario del Despacho Universal de Gracia y Justicia, y de Hacienda, el referido marqués de Uztáriz. Quedaba claro que con Maceda al frente de los negociados municipales se perseguía unificar y clarificar no sólo los sistemas financieros y los problemas de deuda de la Villa, sino también, establecer una alternativa ministerial vinculada al gobierno de la monarquía, en detrimento de la excesiva burocracia y tutela que venía ejerciendo el Consejo de Castilla sobre Madrid, con resultados insatisfactorios⁴²⁹.

Una de las principales novedades del gobierno del conde de Maceda fue la creación de una nueva Contaduría y Tesorería de Causa Pública, con el propósito de fiscalizar todos los caudales que se precisaran para financiar infraestructuras urbanas y servicios públicos básicos como la limpieza, los empedrados, los viajes de agua y las fuentes públicas. Para optimizar los recursos y clarificar el estado contable también se ordenó que por cada uno de los ramos que la hacienda municipal percibía ingresos,

⁴²⁷ A.H.N. Consejos. Libro de Gobierno de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, 1.333, fol. 459-463.

⁴²⁸ B.N.E. Mss. 7.049. Marqués de Uztáriz. *"Discurso sobre el Gobierno de Madrid, la importancia de su execución y las ventajas que pueden producir con utilidad del Real Servicio y bien público"*. Madrid, 26 de noviembre de 1746. Sobre la intervención en la hacienda municipal, Fernández Hidalgo, A.M. *"Una medida innovadora en el Madrid de Fernando VI: el Gobernador Político y Militar (1746-1747)"*, en *Cuadernos de Investigación Histórica*, n. 11. Madrid, 1987. Pp. 171-200. Sobre la in

⁴²⁹ Fernández Albaladejo, P. *"Monarquía ilustrada y haciendas locales en la segunda mitad del siglo XVIII"*, en *Fragmentos de monarquía*. Madrid, 1992. Pp. 455-468.

como eran de los propios, rentas, cuarteles y dotación de causa pública, se establecieran contabilidades anuales e independientes de ingresos y gastos, y una vez cerradas las cuentas en el plazo de seis meses, se debían enviar para su cotejo a la Secretaría de Gracia y Justicia⁴³⁰.

De todos estos cambios se dio cuenta a la Junta de Limpieza de Madrid el 30 de septiembre siguiente mediante una orden del Consejo de Castilla, en la que se añadía el cese del corregidor en las funciones que desempeñaba como máximo responsable de la Junta de Limpieza y Empedrados, junto a sus subalternos. A su vez, se ordenó entregar todos los efectos y dineros del ramo al nuevo tesorero que, con aprobación de S.M., nombraría el conde de Maceda. Del mismo modo, toda la documentación de la gestión cotidiana del ramo debía entregarse al nuevo secretario del gobierno que propusiera Maceda. En lo sucesivo y bajo la discrecionalidad del nuevo gobernador no sólo quedaron los asuntos de limpieza y empedrados, sino también, de fuentes y cuarteles para que *“se traten y resuelvan con el conocimiento y prontitud que necesitan”*. Para ello se le facultó a nombrar a los regidores que considerase más adecuados para los diferentes negociados municipales, debiendo concurrir *“a la posada de dicho señor gobernador, a conferir y proponer lo que convenga, practicar y instruirse de lo que el señor conde determinare para cuidar de su ejecución”*. Por último, se permitió a Maceda estar asistido por un teniente de gobernador para ayudarle o sustituirle en sus diversos encargos, cuando la ocasión lo requiriera⁴³¹. En adelante, como señaló la propia Sala de Alcaldes de Casa y Corte, todas las funciones de policía urbana de la Villa quedaron bajo el control del conde de Maceda⁴³². Como no podía ser de otra forma la Junta de Limpieza, en pleno, acordó su estricto cumplimiento.

⁴³⁰ Hernando Ortego, J. “La gestión financiera de las haciendas municipales en la Edad Moderna. EL caso de los bienes de propios de Madrid”; en *Economic History, Working Paper Series*. Universidad Autónoma de Madrid. Departamento de Análisis económico: Teoría económica en Historia económica. Working Paper 03/2010. Pp. 19-20.

⁴³¹ A.V.M. Libro de actas de la Junta de Fuentes. Tomo IX. 30 de septiembre de 1746.

⁴³² Cuando Maceda fue nombrado gobernador de Madrid la propia Sala de Alcaldes se vio obligada a suspender las consultas al Consejo de Castilla sobre las competencias afectas a los ramos de policía urbana de Madrid. A.H.N. Consejos. Libro de Gobierno de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, 1.335, fol. 463.

En la práctica, estos cambios afectaron tímidamente a la composición orgánica y a las funciones habituales de la Junta, teniendo su mayor relevancia en la sustitución del corregidor por la jefatura nominal del conde de Maceda. De hecho, junto al conde, en la nueva Junta continuaron los mismos regidores comisarios de la etapa anterior, aunque para el desempeño de sus funciones se volvieron a replantear y actualizar sus competencias. La necesidad de volver a clarificar y puntualizar las funciones y obligaciones que los regidores debían observar en sus respectivos cuarteles pudo estar condicionada por el evidente relajamiento en sus quehaceres diarios, ya que este replanteamiento no implicó cambios sustanciales respecto a las normas y funciones ya establecidas. De este modo, entrado 1747 el conde de Maceda aprobó la nueva *Instrucción* que debían observar los regidores en los respectivos cuarteles, tocantes a la limpieza de las calles, empedrados, obras, incendios y policía⁴³³.

La Instrucción de 1747 estaba formada por 31 artículos. Los artículos 1 al 7 estaban dedicados a las funciones que debían realizar con respecto a la limpieza de las calles, sobre todo poniendo empeño en que los obligados cumplieran con lo concertado, como tener los carros, mulas y rodillos para las mareas, todo en buen estado, incluidos los de reserva y una cuba montada en un carro durante el día y la noche. Además, el regidor del cuartel de la Plaza Mayor debía celar para que el gremio de los hortelanos que vendían sus géneros en la plaza, tuvieran bien dispuesto los carros que estaban obligados a prestar para la limpieza de la verdura. Por otra parte, se les requería que hicieran dos revistas mensuales para comprobar el estado de los medios que se empleaban en el servicio de limpieza, con asistencia de un escribano y un celador del cuartel, y en presencia de los obligados. De lo que resultase de estas revistas darían cuenta al secretario del ayuntamiento para determinar o providenciar lo que fuera necesario. También, a través de un celador, tendrían que llevar cuenta puntual y diaria de lo que ocurría en sus respectivos cuarteles: calles que se habían limpiado, las que habían quedado “*cargadas*” sin limpiar; viajes que hubieran realizado los carros a los vertederos; y si hubiesen trabajado conforme a los horarios establecidos, es decir, desde primero de noviembre, que comienzan las mareas de las

⁴³³ A.V.M. Secretaría. 1-47-107.

calles, desde las 7:00 hasta las 12:00 horas, y por la tarde desde las 14:00 hasta encerrarlas; mientras que en verano, a partir de primero de marzo, entre las 6:00 y las 11:00 horas, y, por la tarde, desde que “*tocan a vísperas*” hasta las 19:00 horas. Ni que decir tiene que los regidores debían dar cuenta puntual al secretario del ayuntamiento de las faltas de carros y ausencias de personal, mediante certificación firmada, para posteriormente descontárselo de sus honorarios. Del mismo modo, darían las instrucciones pertinentes a los celadores cuarteros de la existencia de escombros, estiércol o brozas que debían retirar los obligados de las calles. Por último, se les recordaba su obligación de hacer las preceptivas visitas de control a los cuarteles en compañía del visitador general de la limpieza, su teniente y demás dependientes del ramo⁴³⁴.

Los artículos 8 al 12, se centraban en las funciones que desempeñaban los regidores en los ámbitos de policía urbana y obras públicas, como evitar que se construyeran inmuebles, fachadas y palenques sin la preceptiva licencia municipal, pudiendo enviar a la cárcel al maestro de obras que lo incumpliera. Debían vigilar que todas las obras que se hicieran en la Villa fueran ejecutadas por alarifes y arquitectos autorizados por el Consejo de Castilla. Con respecto al orden que debía prevalecer en las vías públicas, debían vigilar que ningún vecino pusiera “*tabladillos*” entre los balcones para colocar tiestos; que ningún menestral o maniobrero obstaculizara el tránsito de viandantes o carruajes con la ubicación de sus enseres, útiles, mesas o bancos de sus oficios en las calles; así como evitar que se depositaran a pie de calle materiales de construcción o se levantaran tablados para rifas, sin las licencias correspondientes⁴³⁵.

De los artículos 14 al 23 se volvían a recoger las disposiciones vigentes sobre los empedrados de las calles y el celo y vigilancia que debían emplear los regidores para que se ejecutaran de forma correcta: con buena piedra de “*cabeza de perro*” de los montes de Vallecas o Coslada; empleando tierra de tapiadores y nunca arcilla; con

⁴³⁴ *Ibidem*.

⁴³⁵ *Ibidem*.

piedras maestras lo más gruesas que fuera posible, observando que en el piso de la calle o aceras no quedaran desiguales y permitieran sacar los conductos de las aguas hasta los albañales, y así evitar la detención de las aguas. En definitiva, se recordaba a los regidores las ordenanzas dadas el 26 de febrero de 1745 tocantes a la correcta ejecución de los empedrados. Durante los siete meses anuales que duraba la campaña de los empedrados de las calles (marzo-septiembre), los regidores debían al menos visitar dos veces al mes sus respectivos cuarteles para verificar que se estaban ejecutando correctamente, y en su caso proceder a enmendar y castigar lo que no estuviese bien hecho, teniendo cuidado de que los empedradores, sin su orden pertinente, levantasen alguna calle o rebajasen los empedrados dejándolas semi planas. También, debían visitar por lo menos cuatro veces los corralones donde los obligados del empedrado almacenaban la piedra o sus repuestos, estando precavidos de que se almacenase en ellos la piedra que se fuera a usar durante la campaña, y así dar *“cumplimiento de que los empedrados se ejecuten en realidad, y no en apariencia, y nombre, como en lo pasado se ha experimentado”*, para lo que tendría que dar cuenta del resultado de estas visitas al secretario del ayuntamiento. Al igual que con la limpieza, recibirían relación puntual y diaria de los celadores de sus respectivos cuarteles, sobre los “martillos” –oficiales- que hubiesen trabajado, así como del número de personas que cada obligado debía proporcionar, *“entendiéndose que éstas han de ser hombres que puedan trabajar y no muchachos, como suelen hacer”*. En caso de constar faltas de personal, al finalizar cada mes natural el regidor, por certificación firmada, tendría que dar cuenta al secretario del ayuntamiento para que se le descontase de sus honorarios a los obligados. Los mismos celadores también informarían de los días o medios días que los 63 martillos trabajaban en la campaña -7 meses anuales-, y de los que no podían laborar por la lluvia u otros motivos, para que el regidor recuperara esas faltas en otros días que no fueran fiestas de precepto o en otros reparos, caminos o parajes que se determinase. Fuera de los meses de campaña, entre octubre y febrero, los regidores tendrían que aprovechar los días secos para que se reparasen empedrados, baches, rodadas y desperfectos, entendiéndose este cuidado también para las calles de los arrabales. Igualmente, se les recordó que toda zanja, hundimientos de cuevas, calas de fontanería, palenques de obras, atajos de

calles y hoyos para tablados de rifas se debían hacer con la licencia pertinente, poniendo especial cuidado en que se macizaran a pisón y se empedraran conforme a las ordenanzas, a costa de las casas o fontaneros que las hubieran causado, bajo la pena de 4 ducados de multa, que se aplicarían para aliviar a los pobres de la Cárcel de la Villa⁴³⁶.

Para todos estos cometidos los regidores contarían con la ayuda del visitador general y los demás dependientes del ramo, quienes también les comunicarían cuanto fuese necesario remediar y así poder ordenar lo más conveniente, y, de forma reiterada, en la Instrucción se les insistía en prevenir urgentemente al gobernador, conde de Maceda, cuando se produjeran sucesos graves o extraordinarios. Ni que decir tiene que los incendios eran considerados sucesos muy graves, de ahí que entre los artículos 24 al 31 quedaran explícitamente detalladas sus funciones. Así, debían acudir de día o de noche a los incendios, teniendo especial vigilancia de que todo mueble u objeto que se sacase a la calle fuera custodiado en lugar seguro, para dar tranquilidad al público. Junto al regidor comisario debían acudir todos los alarifes de Madrid, oficiales y *“matafuegos”*. Al que no acudiera se le multaría con 8 ducados que serían aplicados para los gastos de los propios incendios. En caso de faltar tres veces se les castigaría proporcionalmente. A cada uno de los alarifes y matafuegos les tendrían que proporcionar las herramientas necesarias de piquetas, barras, hachas y aguatochos. Estas herramientas serían controladas por el secretario del Ayuntamiento, y acabado el incendio o ruina pública se le devolverían. Además, se dispuso que en cada uno de los trece cuarteles se dispusieran de tres o cuatro parajes, según lo extenso del cuartel, como casas o tiendas de gente conocida, donde hubiera el repuesto necesario de cubos, sogas, hachas de viento, etc., para ganar el mayor tiempo posible al fuego. A estos parajes debían concurrir con toda rapidez el alguacil mayor de Madrid, el visitador general y su teniente, y demás dependiente para proveerse de ellas. Ni que decir tiene, que también debían acudir las cubas de los carros de limpieza, siguiendo las órdenes de los regidores comisarios, así como los fontaneros o menestrales de los

⁴³⁶ Ibídem.

gremios cercanos al incendio para trajinar agua o sacar muebles o enseres de las casas afectadas⁴³⁷.

Pocas novedades aportaba esta Instrucción al ramo, salvo insistir en las obligaciones que debían desempeñar los regidores comisarios y darle un repaso a la normativa vigente. Lo más importante que afectaba a la problemática cotidiana del ramo ni siquiera se trató. No hubo el más mínimo intento por tratar de mejorar las dotaciones presupuestarias, a pesar de que los bienes de propios quedaron integrados en la nueva estructura económica de causa pública, ni tampoco se consiguieron avances contables de consideración por los conflictos competenciales que se sucedieron entre la nueva Contaduría de Causa Pública y la antigua Contaduría de Cuentas. A pesar de todo, y con no pocos apaños jurídicos, la nueva estructura financiera de causa pública se mantuvo hasta 1766⁴³⁸. No ocurrió lo mismo con el gobierno del conde de Maceda, al que se puso fin por real decreto de 14 de octubre de 1747, apenas un año después de su creación, verificándose, una vez más, los fallidos intentos reformistas de la hacienda y de los servicios municipales esenciales.

6.4. Nuevas propuestas para mejorar la higiene de la urbe (1748-1754).

Ya entrado 1748, el nuevo corregidor de la Villa, Antonio de Heredia y Bazán, marqués de Rafal, se encontraba al frente de la Junta de Limpieza. Como su predecesor, el conde de Maceda, trató de mejorar la higiene de las calles intentando sacar mayor rendimiento a los servicios disponibles de limpieza y empedrado. Por acuerdo de la Junta del 23 de julio del mismo año, se mandó al visitador general que arreglase las tierras y parajes que debían servir a los carros de la limpieza como vertederos, y una vez aderezados *“se pongan edictos públicos en las Puertas de Madrid*

⁴³⁷ Ibidem.

⁴³⁸ Hernando Ortego, J. Ob. cit. Pp. 20. Para solucionar los problemas competenciales entre ambas contadurías el 17 de agosto de 1753 se decidió que se presentasen duplicadas las cuentas por entenderse que la Contaduría de Causa Pública era un mecanismo estatal de control de los fondos locales.

*para que todo labrador, hortelano y demás personas acudan a dichos sitios a cargar basura para el beneficio de sus tierras, sin gravamen ni contribución alguna*⁴³⁹.

Pero con esta medida no se pretendía tanto minorar el volumen de residuos de los muladares como allanar los desniveles de terreno que se encontraban en el espacio circundante a la urbe, en un momento en el que ingenieros franceses y españoles como Corona, Guiz y Nangle se encontraban aderezando y ornamentando los paseos de la periferia⁴⁴⁰. De hecho en los bandos que se pregonaron al público se hacía saber también a arquitectos, alarifes y fontaneros el *“Arreglo de los sitios y parajes destinados por el señor corregidor y por la Junta de Limpieza y Empedrado de las calles de esta Villa de Madrid, para echar los descombros de tierra, que saquen de ella los arrieros, y demás trajineros en galeras, carromatos y recuas, a fin de allanar los huecos y barrancos que hay en las cercanías de esta Villa”*⁴⁴¹.

De este modo se explicitaba que:

- La tierra que saliese por las puertas del Hospital General y de Valencia se debía echar en las inmediaciones de la Ermita de Santa María de la Cabeza, en los barrancos que sirvieron de cantera para sacar la piedra de la obra del Real Palacio.
- La tierra que se sacase por la Puerta de Embajadores, se debía verter en el barranco de las Peñuelas.

⁴³⁹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza V. Acuerdo del 23 de julio de 1748.

⁴⁴⁰ La intervención en los paseos de la periferia de la Villa durante el reinado de Fernando VI en Sambricio, C. y Ortega Vidal, J. Ob. cit.

⁴⁴¹ A.V.M. Secretaría. 1-20-36.

- La que saliese por la Puerta de Toledo, se vertería en un barranco que se encontraba a la mano izquierda del camino real, antes de llegar a la Ventilla.
- La que se sacase por el portillo de Gilimón en un barranco contiguo al camino de dicho portillo.
- La que saliese por la Puerta de Segovia, siendo de buena calidad se emplearía en el Paseo Nuevo, en una vega que había donde se acumulaba el agua durante el invierno, en perjuicio del público, y con la intervención del guarda de los álamos.
- La que se sacase por la puerta de San Bernardino se vertería entre la cabaña y el tejár contiguo al camino real.
- La que saliese por la Puerta del Conde Duque, en los hoyos de donde se sacó arena para el Real Palacio.
- La que saliese por la Puerta de Fuencarral se debía verter en una vega que se encontraba *“más allá del quemadero”* –de la inquisición-, en el mismo camino de Fuencarral, para que *“reinchendola tengan corrientes las aguas”*.
- La que se sacase por las Puertas de los Pozos de la Nieve y de Santa Bárbara se verterían en los barrancos de los Tejares.

Por último se prohibía expresamente sacar tierra por las Puertas de Recoletos, Alcalá y San Vicente *“por no haber paraje en donde echarla sin perjuicio del público, como también que los dueños de los Tejares no puedan hacer cortas de tierra para ladrillo, sin sacar primero licencia para ello, la que concedida ha de ser con la circunstancia de que diste la corta veinte varas del camino real, por el perjuicio que de lo contrario resulta”*. Además, a todo infractor se le sancionaría con una multa de 4 ducados, de los que la mitad serían para el ministro o guardas que los apercibieran y la otra mitad para la causa pública, *“y que se asegure y ponga al delincuente en la Cárcel Real de esta Villa, para que dando se cuenta al señor corregidor, proceda a lo que sea conveniente, imponiéndole el correspondiente castigo al remedio de este grave daño y perjuicio de los caminos y pasos públicos y del embarazo de los aires de esta Corte, y de la salud común”*⁴⁴².

El corregidor y la Junta también trataron de optimizar el trabajo de los empedradores. Apenas un mes después concertaron con el arquitecto Manuel de Villegas la realización de un plano de la ciudad en el que figuraran todas las calles, con su correspondiente anchura y longitud, así como de las plazas públicas, con el propósito de averiguar con más precisión las tapias de empedrado –cada tapia 50 pies cuadrados- que requería cada una de ellas. Por la elaboración de este plano la Junta se comprometió a pagarle 3.000 reales de vellón con cargo al caudal de limpieza⁴⁴³. Sin embargo, Villegas nunca llegó a hacer este plano por la evidente incapacidad económica para soportar este gasto extraordinario. Prueba de ello es que en mayo del siguiente año cuando la Junta tuvo que proceder al nombramiento de los nuevos celadores de los cuarteles, encargados de las funciones que en la centuria anterior realizaron los alguaciles y porteros del ramo, como vigilar y sancionar a los obligados y a los vecinos que contravenían las ordenanzas, no hubo presupuesto más que para contratar a 12 celadores más otro de reserva. Por lo tanto, hubo que repartirles las

⁴⁴² *Ibíd.*

⁴⁴³ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza V. Acuerdo del 27 de agosto de 1748.

tareas de sus cuarteles por meses alternos⁴⁴⁴. Los nombramientos de los celadores y de sus respectivos cuarteles fueron:

- Para los cuarteles de Santo Domingo, Palacio (Santa María) y el de Afligidos se nombró a Salvador García y a Pedro Vegadoya.
- Para los cuarteles de San Miguel y Santa Cruz se nombró a Lorenzo González y Pedro Alemán.
- Para los de la Merced, San Sebastián y la Trinidad se nombró a Salvador Muñoz y Francisco Suarez.
- Para los de San Jerónimo, parte de Trinitarios y San Hermenegildo se nombró a Juan de Céspedes y Diego Osorio.
- Para los de San Luis y San Ildefonso se nombró a José Velázquez y Antonio Meléndez.
- Para los del Carmen y la plaza Mayor se nombró a Benito Vidal y Juan Rodríguez.

En adelante, los referidos celadores tendrían que alternar por meses, empezando los primeros nombrados con la vigilancia de las labores del empedrado de sus cuarteles asignados mientras que los segundos nombrados harían lo propio con los servicios de limpieza y los carros. Al mes siguiente intercambiarían las tareas. Por último, también se nombró a Francisco de Rivadeneira como celador *“supercreciente”*, con la misión de asistir a los empedrados si algún celador se ponía enfermo. Queda claro que las cosas habían cambiado muy poco en la administración cotidiana del ramo, y hasta para los nombramientos del personal técnico y de confianza se seguían los procedimientos habituales. Así, con motivo del fallecimiento de Juan de San Juan

⁴⁴⁴ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza V. Acuerdo del 13 de mayo de 1749.

Berrahondo, alguacil mayor de la villa, y de haberse dado su cargo a José Gabriel de Molina, que hasta entonces servía como visitador general de la limpieza y empedrados, el 9 de septiembre de 1750 fue nombrado nuevo visitador Manuel de Ureña Girón, hasta ese momento teniente de visitador. Paradójicamente, el cargo de teniente le fue dado a Juan Antonio Berrahondo, hijo del difunto alguacil mayor de la villa, con el sueldo de 500 ducados al año⁴⁴⁵. Había pues un claro nepotismo en la ocupación de los cuadros medios de los negociados municipales, y la promoción laboral dependía básicamente del escalafón jerárquico que previamente se había ocupado.

Ante la falta de evidentes mejorías, entrada la década de 1750, el marqués de la Ensenada, Secretario de Estado de Hacienda, Guerra y Marina, se interesó por la salud pública de las diferentes ciudades y pueblos del país, y particularmente de la higiene de la Corte⁴⁴⁶. Para ello, además de mandar observar toda una serie de providencias e instrucciones, impulsó la realización de nuevos estudios y propuestas destinados a mejorar la situación. Para este propósito se mandó al extranjero, sobre todo a las principales ciudades y cortes europeas, a no pocos médicos, científicos, ingenieros y arquitectos, cuyas pesquisas, averiguaciones e informes sobre cualquier tipo de adelanto industrial, técnico o sanitario llegaron a rozar lo que se consideraba espionaje⁴⁴⁷. De entre los estudios que llegaron al gobierno destacó el del naturalista y militar Antonio de Ulloa, consistente en una memoria que realizó en 1750 tras su viaje a Francia, titulado *“Limpieza de París. Methodo que se observa para ello; y el que parece más proporcionado que pudiera aplicarse a Madrid”*. En ella se describe el sistema que se empleaba para la limpieza de las calles y casas de la capital de Francia, y la forma en que se podía aplicar a Madrid⁴⁴⁸. Sin embargo, al estar el grueso de la misma dedicada a cuestiones puramente administrativas, aportaba muy poco con

⁴⁴⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza V. Acuerdo del 9 de septiembre de 1750.

⁴⁴⁶ *Addición a la Ordenanza de seis de Octubre de mil setecientos cincuenta y uno, sobre Providencias para asegurar el cuydado de la pública salud en todo el Reyno, principalmente en la Corte*. Mallorca, impresa en la Oficina de la viuda de Frau, 1752.

⁴⁴⁷ Sanz Sanjosé, M. G. y Merino Navarro, J. P. “Saneamiento y limpieza en Madrid, siglo XVIII”, en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*. CSIC. Madrid, 1976.

⁴⁴⁸ Sobre el estudio realizado por Antonio Ulloa se puede consultar Blasco Esquivias, B. *¡Agua va! La higiene urbana en Madrid (1561-1761)*. Madrid, Caja Madrid, 1998. Pp. 207-209.

respecto a lo avanzado hasta el momento. De hecho, como elemento primordial para la evacuación de basuras y aguas mayores defendía la imperiosa necesidad de construir pozos negros en todas las casas de la Villa, mientras que para las aguas menores y las de lluvias se seguirían usando los albañales y canalones de las calles, algo que, como vimos anteriormente, ya apuntó Juan de Torija en la centuria anterior y trató de generalizar Teodoro Ardemans en sus Ordenanzas de 1719.

Como el informe de Ulloa no cumplió las expectativas de Ensenada, poco después el arquitecto Jaime Bort fue enviado a Flandes y de nuevo a Francia, con el encargo específico de estudiar los métodos que se empleaban en estos lugares para la limpieza, empedrado y la iluminación⁴⁴⁹. Bort, a diferencia de Ulloa, realizó un estudio más minucioso y preciso con objeto de poder aplicarlo sin entrar en demasiadas divagaciones, y lo envió a la Corte de España en agosto de 1752. Bort no sólo coincidía con las descripciones que había hecho Ulloa de los sistemas de limpieza de París, sino que los amplió con los de Bruselas y otras ciudades europeas. Hizo toda una serie de recomendaciones con objeto de racionalizar y hacer más eficaz los asientos de los diferentes negociados municipales -contratas de los obligados de limpieza, empedrados e iluminación-. El punto más destacado de su estudio, como también lo había sido el de Ulloa, fue la construcción de pozos como el medio fundamental que se debía emplear en todas las casas de la Villa. Planteaba que su construcción debía realizarse con carácter general y obligatorio en toda la Villa para que sus calles estuvieran aseadas. Prueba de la importancia que daba a los pozos fue la realización de un plano que ilustraba el funcionamiento de los pozos y de las acometidas de desagüe que iban a parar a éstos desde las casas, con todo tipo de detalle. Pero fue más lejos todavía, consciente de que el gobierno ya conocía la necesidad de construirlos, propuso que al mismo tiempo se ejecutara un nuevo empedrado de las calles y se hiciera una ofensiva institucional para hacer cumplir a los vecinos las ordenanzas de limpieza⁴⁵⁰. La novedad de este estudio radicaba en que se podían

⁴⁴⁹ Sobre el estudio realizado por Jaime Bort se puede consultar Blasco Esquivias, B. Ob. cit. Pp. 209-218.

⁴⁵⁰ Sanz Sanjosé, M. G. y Merino Navarro, J. P. "Saneamiento y limpieza en Madrid, siglo XVIII", en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*. CSIC. Madrid, 1976.

realizar al mismo tiempo los empedrados, los pozos negros y sus desagües bajo el control de unos ramos municipales mejor organizados, a pesar del rechazo que iba a suscitar entre los vecinos, por las inversiones que tendrían que satisfacer, y el de un siempre maltrecho presupuesto municipal.

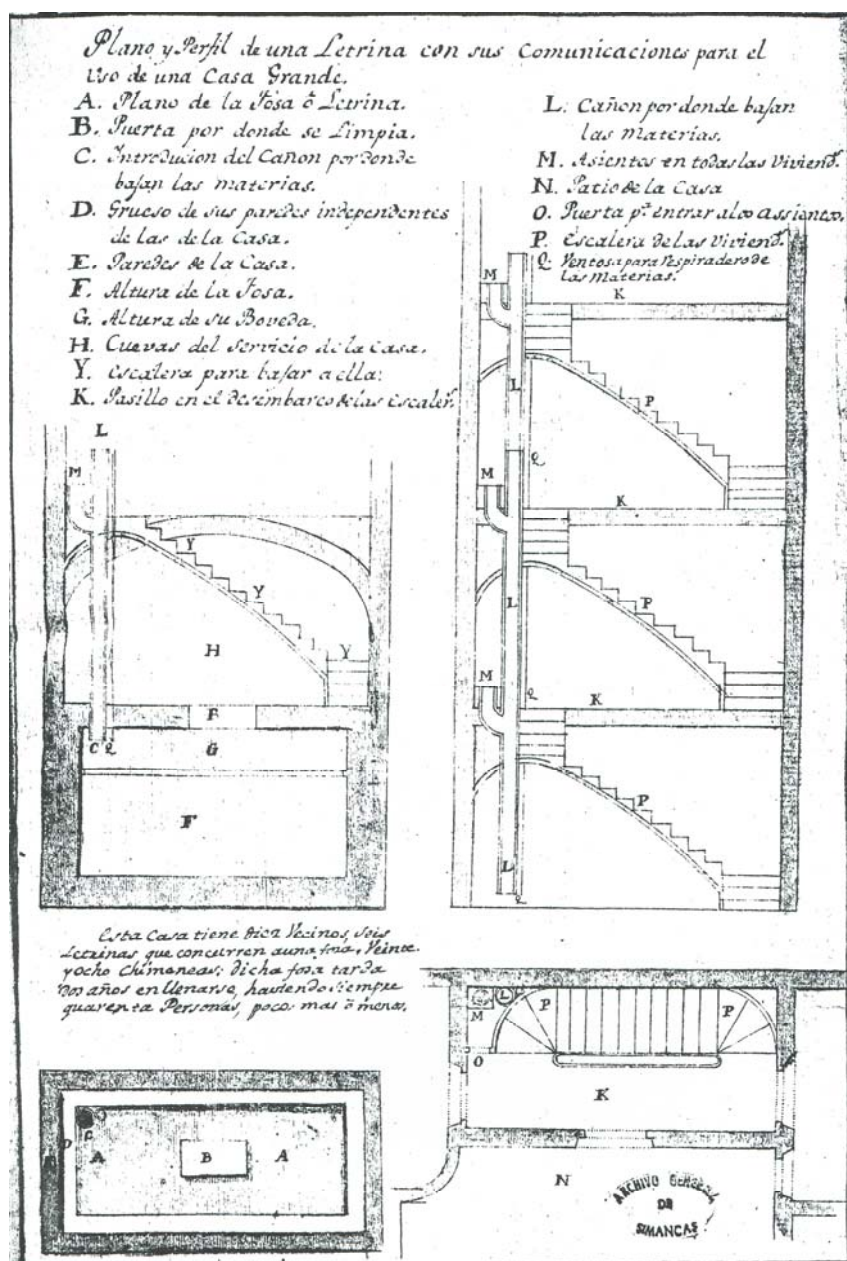


Imagen 2. Plano y perfil de una letrina, con los conductos que acometen a ésta desde los cuartos de un edificio, por Jaime Bort. Archivo General de Simancas (AGS), Gracia y Justicia, legajo 998.

Hubo, no obstante, otras propuestas e indicaciones para mejorar la higiene de los madrileños y sus casas como las presentadas en torno a 1750 por el médico Félix Fermín Eguía y Arrieta o las soluciones que propuso para mejorar la limpieza Pedro del Campo y Veneras en 1755, que, ciertamente, no implicaron avances sustanciales con respecto a lo que se había planteado hasta el momento, y su repercusión fue meramente testimonial.

Ninguno de estos estudios aludía a la necesidad de dotar al subsuelo de la Villa con una red de alcantarillado para mitigar los efectos tan nocivos que provocaban las aguas mayores, probablemente por la certeza que tenían sus autores de los múltiples problemas para construirlas, y que ya se plantearon cuando a partir de 1735 José Alonso de Arce trató de poner en marcha su proyecto de alcantarillado. Paradójicamente, estos estudios tampoco tuvieron una aplicación práctica y no supusieron mejoras en los sistemas establecidos para la limpieza, con lo que daba la impresión del poco interés del gobierno por procurar el aseo de las calles. Más que estudios, la ciudad necesitaba cuantiosas inversiones que permitieran mejorar los niveles de la limpieza y ni el presupuesto estaba en condiciones de asumirlas ni los vecinos de la Villa eran partidarios de sufragarlas.

6.5. El cese de las obligaciones. De la administración pública de la limpieza a la implantación de la contrata única (1754-1761).

A comienzos de 1754, los obligados mantenían unas relaciones muy graves con la Junta de Limpieza. Al igual que en las últimas décadas de la centuria precedente, atravesaban una crítica situación económica por los retrasos continuados en el pago de sus adelantos y mesadas. Tanto es así que el 3 de julio siguiente, estando reunida la Junta, se hizo presente la negativa de todos los obligados a *“allanar las condiciones de*

sus pliegos” para la nueva contrata. Desafiantes habían ofrecido continuar por un precio de 50 reales de vellón por día y carro, sabedores de que no se les podía pagar, sin duda, con el propósito de tener más ventajas en el caso de que hubiera que negociar el precio final con la Junta. Pero la Junta tan sólo podía pagar de los fondos de causa pública 18 reales por carro y día de servicio, con lo que resolvió dar cuenta al gobierno de la postura intransigente de los obligados⁴⁵¹.

La resolución adoptada por el gobierno, comunicada al corregidor por el gobernador del Consejo de Castilla, planteaba una solución que probablemente ya se había barajado desde tiempo atrás y que implícitamente reconocía la situación de precariedad a la que se había llevado a los obligados. El 15 de julio siguiente se ordenó a la Junta que sacase a *“pregón”* las nuevas contratas de limpieza, y de no resultar postores, que la limpieza de las calles se hiciese directamente bajo su administración. Pero la Junta, a sabiendas del escaso éxito que iba a tener la convocatoria decidió adelantarse y el mismo día creó una comisión para tratar de enderezar la administración pública de la limpieza⁴⁵². No se equivocaron, no hubo postores. Desde finales de julio hasta mediados de septiembre la actividad de la Junta y la comisión fue incesante para establecer la nueva administración de limpieza. Al menos, las labores de los empedrados continuaron realizándose mediante contratas u obligaciones temporales.

La comisión, compuesta por el Vizconde de Huerta, los regidores comisarios Ambrosio Negrete, Cándido Negrete y Francisco de Milla, y el procurador general de Madrid, expusieron sus recomendaciones una semana después. En primer lugar, propusieron crear una comisión directora mientras durase la administración pública de la limpieza, compuesta por tan sólo 4 regidores comisarios y el propio corregidor, Juan Francisco de Luján. En segundo lugar, para facilitar la gestión, distribuir al personal del ramo y las tareas de limpieza, y tratar de minorar los costes, propusieron pasar de 13 a

⁴⁵¹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VI. Acuerdo del 3 de julio de 1754.

⁴⁵² A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VI. Acuerdo del 15 de julio de 1754.

4 cuarteles, uno por cada comisario regidor de la comisión directora aludida. A su vez, para tener constancia de los acuerdos de esta comisión y contabilizar los gastos que debía suplir la Tesorería y la Intervención, aconsejaron que se facultara al procurador general de Madrid y al secretario del ayuntamiento para que llevaran cuenta y razón de todo, sin que supusiera incrementar costes y sueldos, y para lo que debían concurrir a la comisión dos veces por semana. En tercer lugar, dieron cuenta de la existencia del gran número de normas, antiguas y modernas, que se empleaban para la limpieza, siendo del parecer de adaptarlas a la nueva administración, perfeccionándolas conforme a la experiencia, y que sirvieran, a la vez, para establecer un nuevo presupuesto económico, con el fin de que la comisión directora pudiera proponer los medios que fueran necesarios de la manera menos gravosa posible. Realmente, eran sabedores de que los costes de la limpieza se iban a incrementar bajo su administración directa, aunque al menos *“no serán tan elevados como lo que han ofrecido los obligados”*⁴⁵³.

Oídas las propuestas se decidió elevar a consulta del gobierno, quien apenas seis días después daba su conformidad a la comisión. Al día siguiente, de nuevo reunida la Junta, se vio un memorial del corregidor que se elevaría a la aprobación de S.M. en el que se incluía el nombramiento de los cuatro regidores comisarios propuestos por el mismo corregidor, que fueron los que formaron parte de la comisión inicial creada por la Junta. También recogía una declaración de intenciones de no incrementar el presupuesto, a pesar de la carestía de la paja y la cebada, y se informaba de que la administración de la limpieza empezaría a efectuarse desde primero de agosto siguiente. El mismo día el gobierno aprobó lo contenido en el memorial del corregidor⁴⁵⁴. No obstante, antes de comenzar la administración hubo que hacer frente a muchas cuestiones y contratiempos. Por ejemplo, al día siguiente se le pidió a Manuel de Cenarro, contador de causa pública, que elaborase un reglamento con el que se pudiera manejar esta administración, en lo tocante a autorizar el libramiento de los caudales que se gastasen y el modo en el que se debía llevar la

⁴⁵³ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VI. Acuerdo del 22 de julio de 1754.

⁴⁵⁴ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VI. Acuerdo del 29 de julio de 1754.

contabilidad, *“para su mayor claridad”*. Como es lógico, todos los acuerdos de la comisión, las resoluciones dadas por el gobierno a este respecto y los pormenores de la gestión diaria de la administración quedarían registrados en un libro de acuerdos, que curiosamente es el que he utilizado para documentar buena parte de este epígrafe (Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VI, desde 3 de julio de 1754 a 2 de abril de 1755). También, se puso de relieve la necesidad de contar con cuatro casas grandes, una por cada cuartel, en las que se pudieran guardar los carros, mulas, cubas, paja, provisiones y aperos. El ramo ya contaba con dos de ellas situadas en la plazuela del Rastro y la otra inmediata al Hospital General, y para las otras dos que faltaban se autorizó al visitador general y su teniente a que las buscaran en los barrios altos de las Maravillas. Por último, fueron citados en el ayuntamiento los antiguos obligados para hacerles saber que a *“justa tasación se les tomará los carros, mulas y demás aperos que sean útiles y se hallen servibles”*, y se les pidió que continuaran con la limpieza entre 6 y 8 días más, a pesar de haber concluido sus contratas, por la imposibilidad de asumirla la administración pública desde comienzos de agosto⁴⁵⁵.

En los días siguientes los antiguos obligados asumieron su compromiso de continuar limpiando temporalmente las calles; se alquilaron y aderezaron las dos casas que faltaban para la guarda de carros, mulas, aperos y provisiones, una en la calle de San Lorenzo, propiedad de Diego de León López y, la otra, en la calle de San Hermenegildo, propiedad del marqués de Villafranca de Gaitán. A su vez, al frente de cada casa se puso a uno de los cuatro regidores de la comisión y a un administrador específico⁴⁵⁶. Esto es, la casa cuartel de la calle de San Lorenzo quedó bajo el gobierno del regidor vizconde de Huerta, teniendo como administrador a Jacinto Pérez; la casa cuartel de la calle de Santa Ana quedó bajo el gobierno del regidor Ambrosio Negrete y como administrador Manuel Olao; la de la calle del Norte, con el regidor Francisco de Milla y el administrador Juan Rodríguez Aler; y la de la calle de Atocha con el regidor Cándido Negrete y de administradora a María Sanz, sirviendo a su nombre su sobrino Juan Ponguita.

⁴⁵⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VI. Acuerdo del 30 de julio de 1754.

⁴⁵⁶ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VI. Acuerdos de los días 30 de julio, 1, 3, 5 y 8 de agosto de 1754.

Sin embargo, bajo la nueva administración la limpieza diaria de las calles pronto se reveló más costosa de lo habitual, tanto que el 20 de agosto siguiente la Junta se reunió para proponer al gobierno una reducción notable del número de carros que operaban diariamente en las calles, es decir, pasar de 60 a 44 carros, lo que también conllevaría emplear a tan sólo 44 mozos mangueros –barrenderos-, uno por cada carro. Sin esperar autorización del gobierno, la Junta ordenó al visitador general que despidiera a los 16 mangueros que sobran⁴⁵⁷. Esta reducción en el número de carros y de personal evidenciaba las crecientes dificultades a las que en adelante se tendría que enfrentar la administración de la limpieza, conscientes de las siempre maltrechas arcas municipales. De hecho, para maximizar sus esfuerzos se volverían a emplear las consabidas presiones laborales, aunque esta vez, al no existir obligados ni relaciones contractuales externas, recayeron sobre el personal técnico y subalterno del ramo. Así se desprende de las nuevas instrucciones formadas el 30 de agosto siguiente, por el corregidor Juan Francisco de Luján y Arce y los cuatro regidores comisarios de la comisión, para que, en adelante, fueran cumplidas con rigor por el visitador general de la limpieza y empedrados, su teniente, los celadores de los cuarteles –antiguos alguaciles y porteros-, los administradores de las casas cuartel, los mozos de carros, los mozos mangueros o barrenderos y los dos escribanos del ramo⁴⁵⁸. Además, al visitador general y a su teniente se les recordaba que tenían que hacer cumplir con sus tareas a todos los dependientes del ramo; que observaran cuanto se les mandaba hacer por esta instrucción, sin permitir *“los perjudiciales abusos que hasta aquí se han practicado”*, y para lo que diariamente informarían al corregidor.

Con respecto a los administradores de las cuatro casas cuartel donde se guardaban carros, aperos y mulas, debían cumplir escrupulosamente con sus obligaciones para el buen gobierno de estas dependencias y atender las siguientes funciones:

⁴⁵⁷ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VI. Acuerdo del 20 de agosto de 1754.

⁴⁵⁸ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VI. Acuerdo del 10 de septiembre de 1754.

- Contar con suficiente paja y cebada para el mantenimiento de las mulas.
- Procurar una ración diaria a cada mula de un celemin y medio de cebada y tres cuartillos de paja trigaza, repartiéndolo en los piensos regulares y con puntualidad a sus respectivas horas, comprobando que los mozos se lo echaban a las mulas, para evitar el fraude y desperdicio.
- Dar de beber a las mulas a sus horas correspondientes y no cuando estén cansadas y sudadas.
- Ordenar a los mozos que limpiaran diariamente las mulas para que se las tenga con el mejor aseo, así como los pesebres y cuadras.
- Cuidar de que el maestro herrador de la casa cuartel tenga su correspondiente banco de trabajo.
- Reconocer todas las mulas que prestan el servicio, tanto al salir como al volver de la casa cuartel, comprobando que van bien herradas, y en su caso mandar herrarlas correctamente.
- En el caso de que las mulas enfermasen, mandar al herrador que las examinara y aplicara los cuidados que necesitasen, poniéndolas en cuadras separadas. De esto darían cuenta al celador o regidor comisario de su cuartel.
- Cuidar de que todos los carros, cubas, rodillos y demás pertrechos estuviesen corrientes y servibles, mandando al maestro carretero que los componga y repare cuando sea necesario, y para lo que este último debería tener un taller en la casa cuartel.

- Tener todos los carros equipados y en disposición de hacer útil su trabajo en su horario de trabajo, cuidando de que por las noches las cubas estuvieran llenas de agua y montadas en 3 carros, para que en el caso de que se produjera un incendio fueran con rapidez a sofocarlo.
- Habilitar todos los carros, mulas y cubas disponibles en caso de incendio de consideración.
- En ningún caso debían permitir que las mulas y carros se destinasen a otro fin al que servían, de no ser por orden expresa del corregidor.

A los celadores del ramo también se les detallaron sus encargos y obligaciones, como la de tener que vivir, uno de los dos celadores de cada cuartel, en su respectiva casa cuartel, para procurar que se observase y cumpliera todo lo contenido en las instrucciones para los administradores de los mismos, así como procurar el cuidado que se le debía dar a la casa cuartel. En adelante sus habituales labores de control y vigilancia se centrarían en:

- Acompañar a los carros a sus destinos y llevar diariamente una relación de los carros que servían, los viajes que hacían y las calles que limpiaban.
- Anotar la relación de mozos mangueros que servían, dando cuenta de las faltas al trabajo y lo que las motivaba, para que a fin de mes, mediante certificación, se la expidiera al director o regidor comisario del cuartel, sin perjuicio de la que debía formar para el visitador general. Con estas certificaciones el regidor comisario tendría conocimiento de lo que se hubiera hecho cada día y podría dar las órdenes que procedieran.
- Controlar que todos los barrenderos trabajasen sus horas estipuladas, sin permitirles separarse de sus cuadrillas.

A los celadores también se le recordó que, sin distinción, todos estaban bajo las órdenes de los regidores comisarios cuarteleros, para todo lo que ocurriese relacionado con la policía urbana, la limpieza, los empedrados y los incendios, con sujeción a las ordenanzas antiguas que, *“adaptadas a estos tiempos”* formó el gobernador conde de Maceda en 6 de marzo de 1747, *“las que deben quedar por su fuerza y vigor por su observancia, a excepción de lo que pueda oponerse, a lo que en esta instrucción se previene mediante variar las reglas de la administración de los carros, a las de las obligaciones”*.

Por último también se vigorizaron las instrucciones que debían observar los dos escribanos del ramo, *“uno en los cuarteles altos y sus cuadrillas, y el otro en los dos bajos”*. Pero entre sus atribuciones no hubo grandes novedades y continuaron dando cuenta o testimonio de los trabajos diarios que se hacían; señalando las horas en las habían comenzado las cuadrillas, la gente y aperos que se empleaban en las diferentes labores que se les encomendaba; debiendo estar dispuestos y prevenidos a lo que les ordenase el corregidor, los regidores comisarios directores de cada cuartel, los demás regidores comisarios cuarteleros, el visitador general o su teniente.

Estas instrucciones fueron aprobadas por la Junta de Limpieza el 10 de septiembre de 1754, y el mismo día se completaron con los nombramientos de los nuevos celadores y escribanos de la nueva administración, aunque casi todos ellos ya venían desempeñando con anterioridad estos encargos para el ramo⁴⁵⁹.

Los dos celadores para cada uno de los cuatro cuarteles fueron:

- Para la casa cuartel de la calle de Santa Ana, Juan de Céspedes y Antonio Meléndez.
- Para la casa cuartel de la calle de Atocha, Diego García Osorio y José Velázquez.

⁴⁵⁹ Ibídem.

- Para la de la calle de San Lorenzo, Salvador Muñoz y Agustín González

- Para la de la calle de San Hermenegildo, Francisco Javier y Domingo Rodríguez.

También se nombró a Francisco de Rivandira como celador de la limpieza del Buen Retiro, con la particularidad de que el tiempo que le sobrase lo empleara en asistir a la cuadrilla del cuartel de la calle de Atocha. Por otra parte, el celador Lorenzo Gonzalez cuidaría de las libranzas, nóminas y reducciones de moneda, e igualmente, asistiría a los carros del cuartel de la plazuela de la Cebada. Los dos escribanos de la limpieza fueron Manuel de Bobadilla para las casas cuarteles de las calles de Santa Ana y de Atocha, y Antonio Francisco Izquierdo para las de las calles de San Lorenzo y San Hermenegildo.

Por último, en la misma junta se expusieron y aprobaron las reglas que elaboró la contaduría para llevar la cuenta y razón de los gastos de la nueva administración de limpieza, que se detallan en el APÉNDICE VI de este trabajo, así como se acordó que se verificará la división de la ciudad en los cuatro cuarteles previstos para el desempeño de la nueva administración de limpieza, conforme al reparto de calles que debía realizar el visitador general, y en los que en cada uno de ellos en adelante comenzarían a servir 12 carros, 9 cubas y 4 rodillos para las mareas⁴⁶⁰. Si bien, como cuatro de estos carros se destinaban diariamente al Buen Retiro, el Hospital General, casas del gobernador del Consejo de Castilla, y específicamente a las calles del Duque de Alba y de Barrionuevo, se acordó que se emplearan los de las casas cuarteles más inmediatas a estos lugares, autorizándose a estos carros el cambio diario de mulas por tener que hacer frente a estas tareas extraordinarias, esto es, en la práctica las calles de Madrid se limpiarían con 44 carros diarios.

Con todas estas novedades, instrucciones y ajustes en el número de carros comenzó la nueva administración de limpieza de Madrid, contando con un presupuesto más holgado que lo acostumbrado y no sólo por la reducción de

⁴⁶⁰ *Ibidem*.

cuarteles, carros y personal, sino también, por un incremento en la partida de limpieza que autorizó el gobierno apenas cuatro días después. En adelante, se le permitió a la Junta de Limpieza tomar 60.000 reales de los 92.823 del fondo de obras públicas, con lo que el presupuesto anual se pudo incrementar hasta los 394.200 reales de vellón. Sin embargo, esta cantidad pronto se reveló insuficiente. Los 30 reales que costaba cada carro por día de trabajo, pese haberse reducido a 44 el número de carros, arrojaban un desfase negativo de 87.600 reales, o lo que es lo mismo, el coste estimado para la administración de limpieza se incrementaría anualmente hasta 481.800 reales, cantidad que ni siquiera con el incremento concedido por el gobierno serviría para suplir todos los gastos, incluidos los 4.400 reales anuales que se decidió establecer de salario para cada uno de los cuatro regidores comisarios (17.600 reales en total), que se encargaban de la nueva administración. Para minorar los costes la Junta redujo selectivamente el número de carros y barrenderos que se empleaban en la limpieza diaria de las calles⁴⁶¹.

Sin embargo, esta medida apenas iba a permitir aligerar gastos. En el mes de octubre siguiente, la llegada prematura de las lluvias puso de relieve la escasa eficacia que había tenido el reparto de las calles de la Villa entre los cuatro cuarteles establecidos para la nueva administración de la limpieza⁴⁶². El 31 del mismo mes en la Junta se vio una representación del visitador general, Manuel Ureña Girón, en la que urgentemente pedía que se utilizaran las mareas para limpiar las calles. Claro que marear las calles implicó contratar a 34 nuevos mangueros y comprar 8 pares de cubas para los cuatro cuarteles, con lo que de nuevo se incrementaron los gastos para dotar a cada cuartel con las seis cubas y tres rodillos necesarios para marear sus calles. No obstante, la Junta advirtió al visitador que los nuevos mangueros sólo debían trabajar los días útiles de mareas *“debiendo excusarse su trabajo cuando no haya necesidad de*

⁴⁶¹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VI. Acuerdo del 14 de septiembre de 1754. En esta Junta también se acordó pedir autorización al gobierno para sustituir al regidor comisario José Antonio de Pinedo por Ambrosio José de Negrete.

⁴⁶² A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VI. Acuerdos del 7 y del 16 de octubre de 1754. En estas sesiones de la Junta se vio y acordó el repartimiento de las calles entre los cuatro cuarteles conforme lo había hecho el visitador general.

ellos”⁴⁶³. Un mes después, los apremios para procurar la limpieza recaían en María García, obligada o proveedora de las palas, escobas, calzar y aguzar piquetas y azadones. Entrado el año 1755 la aludida recordó a la Junta que era costumbre que las escobas las fabricaran los mozos y mangueros, *“debiendo ser acopladas a sus manos”*, por lo que sólo estaba obligada a proveer palos y cordeles para escobas. Por si faltasen las complicaciones, el 26 de febrero siguiente en la Junta se vio una petición de la Casa de los Cinco Gremios de Madrid, reclamando el pago de los 2.126 reales y 33 maravedís de vellón, correspondientes al 3% de interés de los 150.000 reales que prestaron a la Madrid para la limpieza de las calles y la compra de paja y cebada, por cuenta del arrendamiento de la sisa del cacao y el chocolate, correspondientes a los 236 días que iban desde el 7 septiembre del año anterior hasta el 30 de abril del corriente. La Junta acordó el pago de los intereses, pese a la evidente merma que ya presentaba la liquidez presupuestaria de la nueva administración⁴⁶⁴.

Pero lo que para la administración de la limpieza era una situación de fragilidad económica para algunos particulares se antojaba como una oportunidad de negocio. El 6 de junio se vieron en la Junta unas recomendaciones y propuestas de un vecino llamado Manuel Hernando, con la intención de tomar a su cargo la obligación de la limpieza de todas las calles de la ciudad y *“teniéndose presente que esta providencia si se proporcionase en precio y condiciones podrá ser útil al beneficio público, se acordó que los señores Vizconde de Huerta y Don Felipe López de la Huerta traten y confieran con la persona que ha entregado la referida relación y faciliten el que tenga efecto la entrega del pliego arreglado en precio y condiciones”*⁴⁶⁵. Cuatro días después la Junta sacó a licitación pública la nueva obligación o contrata para la limpieza de las calles, dando un plazo de seis días para la presentación de ofertas. Tan sólo concurrió el referido Manuel Hernando, y la Junta fijó para el 19 de junio siguiente la fecha en la que debía quedar rematada la nueva obligación, en las puertas de la Casa de la Villa, y

⁴⁶³ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VI. Acuerdo del 31 de octubre de 1754.

⁴⁶⁴ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VI. Acuerdos del 29 de noviembre de 1754 y del 26 de febrero de 1755.

⁴⁶⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VI. Acuerdo del 6 de junio de 1755.

para lo que de nuevo se pusieron carteles en los parajes acostumbrados⁴⁶⁶. Finalmente, a las 11:00 h. del día fijado quedó rematada la obligación de la limpieza de todas las calles de la Villa en Manuel Hernando, quien se había comprometido a servir por un periodo de seis años, hasta finales del mes de julio de 1761, con 60 carros diarios, sus correspondientes dotaciones de personal, mulas y aperos, con el pago de la garantía correspondiente, y por un precio total anual de 384.000 reales de vellón. El mismo día, la Junta ordenó que se tasasen todos los carros y enseres que habían sido utilizados en la administración para que le fueran traspasados al nuevo obligado, cuyo valor final se le deduciría de sus honorarios⁴⁶⁷.

Con el establecimiento de única contrata u obligación para la limpieza de todas las calles de la Villa, la Junta resolvía muchos problemas y encontraba no pocos ventajas en la gestión del ramo. Por lo pronto, iba a disminuir notablemente la burocracia que regía el control, la administración y financiación de los 13 cuarteles y sus correspondientes obligaciones. A esto contribuyó también el volver a incrementar el periodo de la contrata desde los tres hasta los seis años, tal y como había sido lo habitual entre los años de 1626 a 1668, y ni que decir tiene que alargar la periodicidad permitiría a la Junta relajar más si cabe el pago de sus gastos y deudas. Otras ventajas redundaron en mejoras en el servicio como, por ejemplo, las mayores dimensiones que debían tener las cajas de los carros que en adelante se había comprometido en fabricar el nuevo obligado⁴⁶⁸. Pero sin ninguna duda, la mayor ventaja radicaba en el beneficio económico que surtiría en el presupuesto del ramo. Hasta que se empezó a llevar la administración pública de la limpieza, el presupuesto para satisfacer el pago a los obligados de los 13 cuarteles se había situado en torno a los 350.000 reales anuales. Durante el año que aproximadamente estuvo la limpieza bajo la administración pública el presupuesto total había ascendido a 478.719 reales y 27 maravedís. Con la nueva contrata única el presupuesto anual se redujo hasta 384.000

⁴⁶⁶ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VI. Acuerdo del 16 de junio de 1755.

⁴⁶⁷ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VI. Acuerdo del 19 de junio de 1755.

⁴⁶⁸ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VI. Acuerdo del 7 de julio de 1755. La caja debía tener 7 cuartas de largo, las gualderas 3 cuartas de alto, el ancho del tapador de arriba 2 tercias y el ancho del tapador de abajo, con su encaje, una vara y cuatro dedos, siendo de vano de dicha caja las referidas medidas.

reales, conforme a lo rematado por Manuel Hernando⁴⁶⁹. En resumen, con la contrata única se conseguiría un ahorro presupuestario cercano a los 95.000 reales de vellón al año, y se obtenían otras ventajas como la obligación del nuevo contratista de servir con los 60 carros acostumbrados para la limpieza de las calles, esto es, 16 carros más que los 44 con los que había servido la administración. Estos carros, además, darían mayores rendimientos que los habituales, ya que, en adelante, el obligado debía dotarlos con una caja más grande para la recogida de las basuras y desperdicios. Por su parte, el nuevo obligado también vería incrementados sus honorarios anuales entre 30.000 ó 40.000 reales de vellón, con respecto a las antiguas obligaciones de los 13 cuarteles.

A pesar de las ventajas obtenidas con el nuevo sistema de obligación única, que se mantendría durante lo que restaba del siglo XVIII, en marzo de 1756 el gobierno tuvo que dar nuevas providencias para el manejo de la administración y las finanzas del ramo, tanto de la limpieza como de los empedrados. Al parecer no consideran correcta la manera en que se había llevado la gestión financiera y la contabilidad de los gastos de la limpieza durante la administración pública del servicio⁴⁷⁰. Revisadas las relaciones juradas y cuentas de los regidores comisarios, junto a la del contador de causa pública, y examinada también la certificación que dio Felipe López de Huerta, secretario del ayuntamiento, sobre el mantenimiento de los empleados de la Villa, el Consejo de Castilla llegó a la conclusión de que se observaba con poco rigor lo que prevenían *“las Reales Órdenes y providencias tomadas para el bien común, y como*

⁴⁶⁹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VI. Acuerdo del 2 de diciembre de 1755.

⁴⁷⁰ En la Junta del 2 de diciembre de 1755 se había visto un informe del contador de causa pública, Manuel de Cenarro, con fecha 28 de noviembre, sobre las cuatro cuentas que le enviaron los cuatro administradores de la limpieza de los cuarteles, durante el año de su administración, que dio comienzo en agosto del pasado año y terminó al finalizar julio del presente año, resultando la suma de ellas un total de 397.975 reales y 7,5 maravedís. Pero como la tesorería les había abonado 399.850 reales y 6 maravedís, había que justificar 1.874 reales y 32,5 maravedís gastados de más, cifra que el contador imputó como gastados entre los cuatro cuarteles. Daba cuenta también, que además de estos gastos se habían librado otros 173.261 reales y 22 maravedís, más otros 16.692 reales que se habían librado separadamente para enseres, albardas y serones, sumando todos los gastos un total de 573.111 reales y 28 maravedís. A este montó había que deducir 94.392 reales y 4 maravedís que entregaron del producto de estos géneros el actual obligado y el visitador general Ureña, quedando reducido el gasto líquido que a supuesto mantener esta administración de limpieza a 478.719 reales y 24 maravedís de vellón, que repartidos entre los 44 carros del servicio han resultado a un precio diario de 29 reales y 27 maravedís. A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VI. Acuerdo del 2 de diciembre de 1755.

*S.M. quiere se cumplan, a fin de que en adelante se observe así, me manda S.M. entere a V.S. de las cosas notadas en este asunto*⁴⁷¹. Estas providencias -órdenes e instrucciones que se debían acatar- fueron aprobadas por el rey el 16 de mayo siguiente en el Buen Retiro y comunicadas a la Junta de Limpieza por el marqués de Campo del Villar.

Con respecto a los gastos de la limpieza, en primer lugar se amonestó a la Junta recordando a sus miembros que las certificaciones que hacía el visitador general sobre los servicios diarios de carros, mangueros y enseres no bastaban por sí mismas para proceder al libramiento de los pagos, sin siquiera establecer las debidas prevenciones ni observar las resoluciones que tenía mandadas la Junta sobre estos encargos. Por este motivo, se la ordenaba que, en adelante, las certificaciones del visitador general no se admitieran para el pago de los operarios, carros y aperos, sin que primero se hubieran visto en la propia Junta y anotado por el secretario, a primeros de cada mes, *“de suerte que tomando en esta ocasión noticia la Junta, por aquel certificado, de lo que durante aquel mes se ha hecho, y exponiendo cada uno de los comisarios cuarteleros, del estado de las calles de su distrito, se trate y confieran de un mes para otro, el medio más proporcionado y las providencias más arregladas..., y de lo que se acordase debe dar nota el mismo secretario al visitador, para hacerlo cumplir, sin que esto sea motivo, de detener el pago a los interesados”*⁴⁷².

Con respecto a los empedrados, el Consejo también recriminó a la Junta que no se hubieran justificado correctamente ni las tareas ni los gastos de los trabajos que hacían los empedradores durante los cinco meses de “invierno”, que se empleaban en reparar baches y hoyos de las calles de tráfico regular cuando el clima lo permitía. Por tanto, no podían aceptar la certificación que de estos trabajos otorgaba el secretario del ayuntamiento, basada a su vez en la del visitador general, y en la que escuetamente comunicaba *“haber cumplido los obligados –del empedrado- su capitulación, como si se hallase con autoridad para semejante declaración, ni ella*

⁴⁷¹ A.V.M. Secretaría 1-69-2.

⁴⁷² Ibidem.

bastase a considerar indemnizado al público de su perjuicio". Para subsanar este defecto, se ordenó que el visitador hiciera una certificación por cada uno de los 5 meses "de invierno", para que separadamente se pudieran ver en la Junta a primeros de cada mes, tal y como también se hacía con las certificaciones de limpieza. De todo ello debía dar fe el secretario, debiendo constar *"si las calles de tráfico regular están o no tratables, o reconoce en algunas los baches y hoyadas que dificulten el uso de los coches, carruajes, caballerías y gentes, para que con esta noticia, la misma Junta disponga su pronto reparo apremiando si fuese menester a los obligados al cumplimiento de lo tratado, y si no bastase haciendo ejecutar las composiciones por cuenta de estos, supliendo el coste que se causase del caudal de empedrados que existirá en la tesorería y descontándoselo de su haber en el primer pago"*. Igualmente, se recordó a la Junta que durante los meses de verano se debían empedrar las calles con piedra de calidad y el número de martillos —oficiales— capitulados con los obligados. Para que constara que las cuentas de los trabajos de los empedrados se hicieran correctamente, como en la visita general que se hacía al final de cada temporada, se ordenaba que *"se evidencien cumplidos y bien acondicionados los empedrados, aunque para cautelar el logro no se desatiendan los medios prevenidos, escrituras, ni se falte a la práctica de dar mensualmente el visitador certificación de lo que se ejecuta y de la piedra y gente que se emplea, y tampoco ésta debe estimarse para los pagos sin que primero la haya visto la Junta, y notado el secretario, a fin de que así los que la componen además de lo que examine su celo, se hallen con conocimiento de lo que resulte de las certificaciones, para facilitar el desempeño de su cuidado, pero sin que tampoco sea esto motivo de detener o atrasar la satisfacción de su haber a los obligados"*⁴⁷³.

Por deseo del rey también se mandó que los 24 mangueros extraordinarios, con su sobrestante y el teniente de visitador, que normalmente se empleaban para las mareas, pasaran también a emplearse *"en tener compuestos y llanos en todo tiempo, y limpios y regados en el verano los caminos por donde transitan S.M. y los del contorno y ronda de Madrid, con la prevención de que si no bastaren para ellos se tomen peones*

⁴⁷³ Ibídem.

a jornal o como considerase V.S. más a propósito". Además, se recordaba que para el cuidado y control de estos caminos y paseos ya estaban los regidores comisarios de calzadas, caminos y puentes, asistidos por la propia Junta y el procurador general. Por lo tanto, no consideraron como buenas las certificaciones que emitía el visitador general que, a su vez, utilizaba el procurador general para justificar los gastos de los cuidados de los caminos, porque no se detallaban correctamente los referidos gastos ni trabajos. En consecuencia, el Consejo ordenó *"que, en adelante, tampoco se admitan ni estimen ninguna de las expresadas certificaciones para el pago de los referidos mangueros, sobrestante y visitador de caminos, sin que tengan toda la debida explicación, y sin que primero se hayan visto en la Junta que conoce de su conservación"*. Por su parte, el secretario del ayuntamiento debía anotar todas estas certificaciones, además de indicar, con las cuentas anuales, que todos los caminos se habían reparado y estaban corrientes⁴⁷⁴.

Lo que pretendía el Consejo de Castilla era imponer un mayor control y una fiscalización más eficaz en la gestión diaria de los trabajos realizados y de los gastos soportados por el ramo, para optimizar los recursos disponibles y conseguir niveles óptimos en la limpieza y empedrados de las calles. En definitiva, nada nuevo a lo que ya hemos visto hasta ahora, si bien, la aplicación práctica de este control riguroso tenía por objeto volver a incrementar la presión sobre los obligados, a través de las reiteradas inspecciones e imposiciones de faltas y cuantiosas multas, sin que por ello dejarán de percibir, rigurosamente y en cada mes, los anticipos y honorarios que les correspondían. Había que alejar cualquier posibilidad o argumento que pudieran utilizar los obligados para negarse al desempeño de sus contratas, y evitar por todos los medios volver a los elevados costes que había supuesto la administración pública de la limpieza.

Para dar cumplida satisfacción al Consejo, el mismo día la Junta aprobó unas reglas específicas, algunas ya establecidas con anterioridad, que debían cumplir no sólo el visitador general, su teniente, los sobrestantes y los celadores, sino también, los

⁴⁷⁴ Ibídem.

obligados de los empedrados, con el fin de que todos los trabajos y requisitos del servicio se realizaban conforme a las ordenanzas⁴⁷⁵. Así con respecto al personal del ramo se establecía que:

- El visitador general diera cuenta mensualmente a la Junta de los destinos diarios de los mangueros de caminos y su sobrestante.
- Todos los meses en la Junta se verían las certificaciones del visitador y los informes de los regidores comisarios de cada cuartel, sobre el cumplimiento de las tareas de todos los dependientes de la limpieza. Vistos, se mandarían librar sus salarios o resolver lo conveniente a beneficio del público.
- Los celadores de la limpieza darían diariamente noticia a los comisarios de todo cuanto ocurriese en sus cuarteles, para que estén enterados y puedan mandar lo más conveniente al beneficio público.
- Las certificaciones del visitador general, concernientes al trabajo realizado por todos los dependientes del ramo, también debían estar firmadas por su teniente, con la expresión de ser ciertos los trabajos realizados, haciendo constar el número de dependientes, barrenderos y horas de trabajo.

Con respecto a los empedrados:

- La piedra que debía usarse para conductos, albañales y vertederos tenía que ser de pedernal.
- La de cabeza de perro en los parajes anchos y secos.

⁴⁷⁵ *Ibidem.*

- La introducción de la piedra debían justificarla los obligados con certificaciones del mercader que cada mes entrase en la Villa, con expresión de su calidad y corrales donde se almacenaba. Estas certificaciones se debían conservar en la secretaría del ayuntamiento.
- Los obligados debían reparar y componer las calles de los arrabales, los puentes y sus calzadas.
- Los obligados, conforme a sus capitulaciones, debían emplear 63 martillos, con los peones, miradores, muchachos, recuas y demás necesario para el empedrado de las calles, todos los días de los siete meses, desde primero de marzo hasta fin de septiembre, excepto los festivos de precepto, y los que el tiempo no diese lugar por las lluvias. Si en los 5 meses de invierno se hiciesen algunos baches en las calles principales que embaracen el tránsito regular de los coches, carros, galeras y gente de a pie, los tendrían que reparar cuando el tiempo lo permitiera, y evitar que con la llegada de más agua se perjudicaran aún más.
- Habiendo alguna urgencia que reparar en un cuartel, se podrían destinar la cuadrilla o cuadrillas de los cuarteles inmediatos que tuvieran más adelantados sus reparos, dando noticia de ello al comisario cuartelero que correspondiese. Una vez hecho retornarían a su cuartel, encargándose el visitador general que se de el más exacto cumplimiento a la obligación del empedrado.
- Los obligados debían presentar relación jurada con los nombres de los 63 oficiales de empedrado que trabajasen en las calles, desde 1 de marzo de 1756, y el visitador general informaría a los comisarios cuarteleros de los que se destinasen a sus respectivos cuarteles.

Por último, con respecto a la limpieza:

- Se prohibía expresamente que los barrenderos y carros se empleasen en otro fin distinto a la limpieza de las calles.
- El sobrestante y los mangueros de caminos debían ocuparse en sus destinos, como mandaban las reales resoluciones, y el visitador general debía informar de los parajes en los que trabajaban diariamente, debiendo poner celo para que así fuera.
- El visitador debía expresar en su certificación que la caja de los carros de la limpieza tenía la medida estipulada.

Estas reglas e instrucciones fueron acatadas por todo el personal subalterno del ramo y por los componentes de la propia Junta, como así se puede comprobar en el Libro de la Junta de Limpieza de 1756 a 1766 que se conserva en el Archivo de la Villa de Madrid. A través de su lectura se comprueba cómo en las reuniones ordinarias que la Junta celebraba a primeros de cada mes, se veían las certificaciones hechas por el visitador general o su teniente, junto a las de los celadores, conforme a las reglas mandadas por el Consejo, y como requisito previo y fundamental para el libramiento de los salarios del personal del ramo, y de los pagos a los obligados de la limpieza y el empedrado.

Precisamente, haciendo una lectura de los acuerdos y discusiones mantenidas en las reuniones periódicas de la Junta, hasta entrada la década de 1760 se siguieron atendiendo los quehaceres cotidianos del ramo sin demasiadas dificultades ni contratiempos. Los empedradores iban cumpliendo con sus obligaciones, ateniéndose a las nuevas reglas impuestas por la Junta, aunque para ello se tuviera que recurrir a los tradicionales métodos coactivos de las visitas generales de los cuarteles y

almacenes de la piedra, o a los disuasorios apercebimientos y amenazas de prisión⁴⁷⁶. También, se atendieron semestralmente los pagos de María García, obligada de proveer palas, escobas y de aguzar azadones y piquetas, además de otros asuntos contables y gastos extraordinarios derivados del trabajo cotidiano de la Junta, como, por ejemplo, los 99.000 reales que vino a costar la reparación de los empedrados del Prado Viejo de San Jerónimo –Paseo del prado- a comienzos de junio de 1757⁴⁷⁷. Como era costumbre, cada noviembre se recibió a los 28 mangueros que debían servir de refuerzo para hacer las mareas de las calles durante el invierno y la época de lluvias, cuando las calles estaban más cargadas de lodos. También se tuvieron que atender asuntos administrativos, como fue el caso de la jubilación, en 1757, del visitador general, Manuel Ureña Girón, por su delicado estado de salud, quien finalmente fue sustituido en el cargo por su teniente Juan Antonio de Berrahondo, y éste por Lorenzo de Prado⁴⁷⁸. Igualmente, se tuvieron que proveer nuevas plazas de celadores, porque, al parecer, los honorarios por el desempeño de este cargo no eran lo suficientemente

⁴⁷⁶ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 7 de julio de 1758. *“Enterada esta Junta de las providencias dadas en Justicia por el señor Corregidor y particularmente del auto proveído por su S^a, con acuerdo de su asesor D. Ignacio de Santa Clara en tres de este mes ante Santiago Gutiérrez de Ajo, escribano del número, Mandando se notificase a los obligados del empedrado de las calles de esta villa, y a todos sus dependientes destinados para el cumplimiento de esta obligación, que **bajo el Apercebimiento de prisión, y de trescientos ducados de multa**, aprovechasen el presente oportuno tiempo aumentando los martillos para conseguir tener empedradas todas las calles, como es su obligación, empleando para ello los días festivos que lo permite la Bula Pontificia.”*

⁴⁷⁷ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 1 de junio de 1757.

⁴⁷⁸ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdos del 1 de febrero, 4 de mayo y del 9 de julio de 1757. Manuel Ureña había pedido que le jubilasen por su mal estado de salud y poder regresar a su país, con el sueldo que le correspondiese, y que tras su muerte lo pudiera seguir percibiendo su mujer Mariana Garriga. Ya el año anterior había solicitado la jubilación con medio sueldo, tal y como le concedió al anterior visitador Juan de Silva. Sin embargo, esto iba a suponer un gasto considerable, aunque se tratase de medio sueldo, porque no había presupuesto. Si bien, por resolución de S.M., se le relevó de asistir personalmente a las calles cuando su salud no se lo permitiera, y en esos casos podía dar las órdenes desde su casa por medio de su teniente. De hecho, con fecha 12 de agosto S.M. se sirvió nombrar como sustituto en las ausencias de Manuel de Ureña al teniente de visitador Juan Antonio Berrahondo, con opción a la vacante de este empleo con el sueldo y emolumentos que le correspondieran. Desde la Junta, atendiendo a los méritos de Manuel Ureña informaron a S.M. que se le podía jubilar con la mitad de su sueldo, 4.848 reales de vellón al año, y así poder formalizar el nombramiento de su sustituto con el sueldo y emolumentos acostumbrados, así como nombrar un nuevo teniente *“hábil, práctico e inteligente”*, como lo era Lorenzo de Prado, hasta entonces Celador, pero con el sueldo de 5.500 reales, que eran 1.100 menos que los que había estado cobrando hasta el momento el teniente Berrahondo. Con estos reajustes se incrementaría el presupuesto de la causa pública en 3.748 reales anuales. También sugerían que si falleciera Manuel Ureña, a su mujer Mariana Garriga, que no tenía medios de mantenerse, se la compensase con 2.200 reales anuales. El 27 de enero de 1757 el rey estando en el Buen Retiro resolvió conceder todo lo que le propuso la Junta a excepción de la compensación de los 2.200 reales anuales a Mariana Garriga, en caso de muerte de su marido.

dignos y si a alguno de ellos se le ofrecía la oportunidad de tener un empleo mejor remunerado, tardaba poco en abandonar el servicio. Este fue el caso del celador Juan de Céspedes, que había dejado el empleo *“por el poco salario que percibía y porque le habían ofrecido hacerse cargo de la administración de un corral de maderas”*. Sin embargo, el cierre del corral de maderas obligó a Céspedes a pedir a la Junta que le readmitiera, la que resolvió tenerle en cuenta si se producía una bacante⁴⁷⁹.

Otros esfuerzos de la Junta se centraron en resolver la caótica situación que se vivió en la Villa a causa de los temporales de nieve del invierno, como los ocurridos entre el 7 y 8 de enero de 1757, que según se dijo fue similar al que padeció la villa en 1729; o los que de nuevo se produjeron el 28 de enero y el 4 de febrero de 1758. En ambos casos se mandó a todo el personal de la limpieza, incluidos los 28 mangueros extraordinarios de las mareas, a que picaran los hielos de las calles, retirasen la nieve, desprendieran los carámbanos de hielo de las cornisas de las casas y usaran todo el estiércol que se encontrara en caballerizas, mesones y panaderías para cubrir las calles de mayor necesidad y trasiego, y de aquellas otras que tenían pendientes pronunciadas. Como no fue suficiente, a instancia del Corregidor se mandó venir a Madrid a todos los carreteros de los pueblos limítrofes a retirar el hielo y a la nieve que se amontonaba en las calles⁴⁸⁰.

Hubo también lugar para nuevas atenciones y competencias administrativas y financieras, como las que pasó a desempeñar la Junta sobre el control de las obligaciones o contratas para *“la guarda, el riego, plantío y desorugo”* de zonas concretas de arbolado, jardines y paseos de la Villa. Ya a comienzos de abril de 1757, el obligado Juan Doanido se encargaba del mantenimiento del arbolado del Prado Viejo de San Jerónimo –Paseo del Prado-⁴⁸¹. Apenas un año después, La Junta también asumía competencias sobre la iluminación nocturna de las calles, pasando a controlar las *“lumbreras”*, y atendía el mantenimiento del arbolado y riegos de zonas concretas

⁴⁷⁹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 4 de julio de 1759.

⁴⁸⁰ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdos del 8 de enero de 1757 y del 28 de enero y 4 de febrero de 1758.

⁴⁸¹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 2 de abril de 1757.

de la ciudad con nuevas contratas, que nada tenían que ver con los riegos que tenía que hacer el obligado de la limpieza de las calles⁴⁸². Así, además de la obligación del mantenimiento del arbolado y riego del Prado Viejo de San Jerónimo, había una contrata u obligación a cargo de Feliciano Fernández, con la finalidad de mantener dos paseos muy frecuentados por el rey, a saber, el que iba desde la calle de la Mina hasta la Puerta Azul de la Casa de Campo, y el que desde la referida puerta, ya por el interior de la posesión real, comunicaba con el paraje que llamaban de los Siete Hermanos, a un precio de 7.300 reales de vellón al año. Cuando en 1758 se renovó la obligación por otros seis años en los hijos de la difunta Feliciano, se añadió el riego del paseo que conducía desde la Puerta del Conde Duque hasta la entrada del camino nuevo de San Bernardino, y que según el visitador general supuso un ahorro a la causa pública de 4.000 reales, al no tener que asumirlo directamente la administración del ramo⁴⁸³. Otros riegos y mantenimientos de arbolados que se sacaban a contrata fueron los del paseo de la Virgen del Puerto y del camino de El Pardo⁴⁸⁴. Huelga decir, que a los obligados del riego y mantenimiento del arbolado se les permitía usar las norias, charcas y pocillos de los alrededores de estos paseos.

Lo que no pudo evitar la Junta fue la quiebra del obligado de la contrata única de limpieza, Manuel Hernando, y de su socio Domingo Melendreras. Desde que en mayo de 1756 se incrementaran las inspecciones y se efectuaran con mayor rigor las visitas a los cuarteles, siguiendo las órdenes del Consejo de Castilla, Manuel Hernando y su socio habían ido perdiendo una parte importante de sus ingresos, a tenor del excesivo rigor con que se le castigaba por las faltas cometidas de carros y personal, además de otras sanciones por incumplir algunas de las condiciones de su contrata. El mantenimiento del servicio de los 60 carros capitulados, del personal y los mangueros se le fue complicando, y, peor aún, le acarreó más sanciones por no adecuar los medios del servicio a lo exigido en su obligación. De hecho, en el mismo mes de mayo de 1756, Hernando había pedido a la Junta que le permitieran limpiar las calles durante 16 días con tan sólo 40 de los 60 carros del servicio, ya que era

⁴⁸² A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 5 de abril de 1758.

⁴⁸³ *Ibidem*.

⁴⁸⁴ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 3 de abril de 1759.

extremadamente necesario que las mulas de 20 carros pudieran salir a pacer hierba y “sangrarse” para fortalecerse⁴⁸⁵. La junta se lo autorizó, aunque con la opinión en contra de algunos regidores comisarios. Es más que probable que ya entonces el obligado no dispusiera de las mulas de refresco que requería la contrata.

Un año después, también con la oposición de algunos regidores comisarios, la Junta volvió a autorizarle que sangrara y paciera sus mulas, quizás sabiendo las grandes dificultades económicas que ya padecía. El 19 de abril de 1758, en la Junta se vio un memorial del obligado por el que pedía se le permitiera volver a sangrar sus mulas. Hubo entonces una discusión más acalorada en la Junta, porque según algunos regidores comisarios los años anteriores se le había concedido como una “gracia”, que no se debía tornar en costumbre porque no constaba en su capitulación. Finalmente, los miembros de la Junta votaron y le fue autorizado. Todos los componentes de la Junta sabían que durante las nevadas del invierno se le “desgraciaron ocho mulas” en las plazuelas del Retiro⁴⁸⁶.

Un año después se le volvió a conceder esta gracia⁴⁸⁷. Pero por una inspección rutinaria y el preceptivo informe de la misma, hecho por el escribano del ramo Antonio Francisco Izquierdo, se dio cuenta a la Junta que los carros con que debía servir, de las casas cuarteles de las calles de Santa Ana, San Hermenegildo y San Lorenzo, “no tenían el buque y medida correspondiente”. La Junta actuó con rigor y acordó que sin “falta de tiempo” el visitador general obligará a Hernando “a que los carros se compongan como deben”⁴⁸⁸. Por si no le faltaron complicaciones, cuando a comienzos de enero de 1760 arreció el temporal de nieve, no pudo mantener el servicio diario de limpieza con todos los carros, y las multas que ya entonces soportaba por las faltas de carros superaron con creces lo que percibía por el servicio. Esto es, por cada falta diaria de un carro se le sancionaba con 24 reales, mientras que él percibía 17,5 reales por el servicio diario de un carro. Encarecidamente pidió a la Junta que le rebajaran las

⁴⁸⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 4 de mayo de 1757.

⁴⁸⁶ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 19 de abril de 1758.

⁴⁸⁷ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 5 de abril de 1759.

⁴⁸⁸ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 3 de agosto de 1759.

condenaciones⁴⁸⁹. La puntilla que mandó a la quiebra al obligado se la dio el duque de Medinaceli al ordenarle que sus mulas abandonaran la casa cuartel y corral de la calle de Santa Ana, porque iba a ser utilizada para caballerizas del rey⁴⁹⁰. El 4 de marzo siguiente, Manuel Hernando comunicó a la Junta su cese en la obligación de la limpieza y pidió que se le devolvieran los dineros que había dejado de percibir, puesto que en su capitulación con Madrid constaba que las faltas por cada carro se le debían multar con 17, 5 reales y no con 24, como se le había sancionado⁴⁹¹.

El cese de Hernando no fue un problema para la Junta de Limpieza porque con antelación se había venido preparando su reemplazo. De hecho, el mismo día que cesó la obligación pasó a desempeñarla Bartolomé López de Lara con las mismas condiciones. De este cambio se dieron los avisos oportunos al visitador general y a los celadores de la limpieza⁴⁹². Al menos al pobre Hernando le devolvieron 420 reales de los 1.227 que le tenían que suplir de las sanciones por las faltas de carros que le cobraron de más⁴⁹³.

⁴⁸⁹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 9 de enero de 1760.

⁴⁹⁰ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 14 de enero de 1760.

⁴⁹¹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 4 de marzo de 1760.

⁴⁹² *Ibidem*.

⁴⁹³ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 5 de mayo de 1760.

CAPÍTULO 7. EL ESTANCAMIENTO DEL ALCANTARILLADO (1700-1759).

Durante la primera mitad del siglo XVIII la situación del alcantarillado madrileño apenas había conocido modificaciones o mejoras sustanciales respecto al siglo XVII. Ya vimos como las iniciativas y propuestas de Alonso de Arce habían quedado paralizadas y desestimadas por la falta de abundantes recursos hídricos necesarios para su funcionamiento; por el riesgo a la contaminación que podían sufrir los viajes de aguas potables, además de por las fuertes inversiones que precisaba su desarrollo; unas inversiones que ni siquiera el gobierno sopesó adecuadamente, ni los madrileños se mostraron muy dispuestos a costear. De este modo, hasta la década de 1760 básicamente continuaron funcionando las tres alcantarillas del periodo precedente, las llamadas del Parque o de los Caños del Peral, la de Leganitos y la de la Cava Baja de San Francisco. Por toda novedad, se llevaría a cabo la construcción, a comienzos de siglo, de un pequeño tramo de alcantarilla entre la calle de San Buenaventura y la huerta del Convento de San Francisco el Grande, concebida, realmente, con un gran vertedero por el que desaguar los arrastres de las mareas y las aguas sobrantes y procedentes de la plaza de la Cebada y sus alrededores. Desde el punto de vista de la iniciativa particular, a partir de 1713 también comenzó la construcción de la pequeña alcantarilla o mineta del Palacio del Duque de Medinaceli, en el Prado Viejo de San Jerónimo.

El sostenimiento de estas pocas alcantarillas no estuvo exento de problemas y dificultades técnicas y económicas, un mal endémico que ya se había dado durante el siglo XVII, y que lastraba cualquier tentativa de introducir mejoras técnicas o consolidar trazados alternativos a las alcantarillas más problemáticas. Este fue el caso de la alcantarilla de la Cava Baja de San Francisco, cuyo mantenimiento fue francamente complejo, pero siempre preferible a tener que afrontar una cuantiosa inversión en la construcción de otra alcantarilla que la reemplazase.

7.1. La alcantarilla vertedero de la Huerta del Convento de San Francisco el Grande.

No se conservan o no he encontrado referencias bibliográficas o documentales que nos indiquen, fehacientemente, cuando se produjo la construcción de esta alcantarilla vertedero. Los documentos consultados aluden a que ya funcionaba con regularidad a comienzos del siglo XVIII y que de su sostenimiento se encargaba la Villa. Probablemente, este vertedero ya lo usarían los monjes franciscanos desde mucho tiempo atrás, al estar situado en un lugar apropiado e higiénico, justo a las afueras de su huerta, colindante a la cerca fiscal de Madrid y a la linde de los terrenos del palacio de los duques del Infantado.

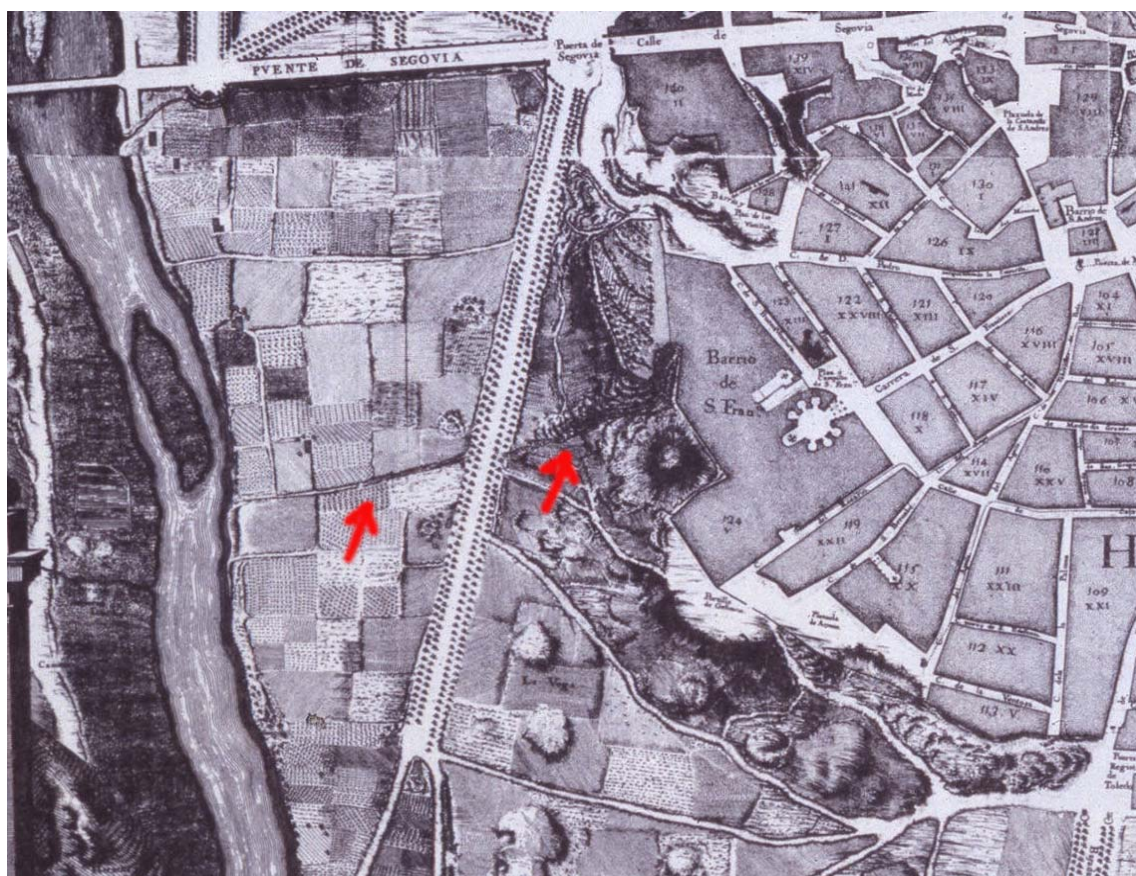


Imagen 3. Detalle del vertedero y arroyo formado por la alcantarilla de la Huerta del Convento de San Francisco el Grande, a desaguar en el río Manzanares. Plano Topográfico de la Villa y Corte de Madrid, dibujado y grabado por Espinosa de los Monteros. Madrid, 1769.

A través de este vertedero alcantarillado se podían evacuar las mareas y los fangos provenientes de las calles que bajaban desde la plaza de la Cebada. Su embocadura se localizaba en la calle de San Buenaventura y su mina estaba construida con la misma técnica que se había empleado hasta entonces para la construcción del antiguo alcantarillado: cimienta y firme de losas de piedra formando un badén; muros de ladrillo que se apeaban desde varias hileras de piedra de sillería bien labradas, y cubierta de bóveda de “media rosca” o galápago. La salida de la alcantarilla o vertedero estaba situada un tanto alejada de la huerta del Convento de San Francisco el Grande, en el campo exterior a la cerca que rodeaba la ciudad, lindando también con los terrenos del palacio de los Duques del Infantado. Todas las aguas sucias, lodos e inmundicias que se introducían por él, iban a parar a la escarpada pendiente de los barrancos circundantes, formándose un arroyuelo artificial que desaguaba en el río Manzanares y, contribuía, todavía más, a enturbiar sus aguas. Al ser de propiedad municipal, como las tres alcantarillas antes mencionadas, su mantenimiento y sostenimiento estuvo a cargo de la Junta de Limpieza de Madrid.

Al igual que le ocurría al resto de alcantarillas, debía de desaguar y recoger tal cantidad de residuos provenientes de las mareas y fangos de las calles, que fueron frecuentes los atascos y hundimientos de sus muros y bóveda. De esta situación dio cuenta el propio guardián del convento de los franciscanos en un memorial que remitió a la Junta de Limpieza el 30 de junio de 1724, a propósito de un nuevo hundimiento registrado en el interior de la alcantarilla y cuyo atasco había provocado que las aguas inmundas afloraran en su huerta. Según el guardián, no era la primera vez que se hundía y anegaba el campo de los monjes. En esta ocasión, Pedro de Ribera, maestro mayor de obras de Madrid, reconoció y verificó que el hundimiento de la alcantarilla se había producido en un tramo considerable, de nada menos que 50 pies lineales –unos 17 metros aproximadamente-. El arquitecto presupuestó en 3.500

reales el coste de su reparación, debiendo pagarlos la Villa porque por esta alcantarilla se evacuaban todas las aguas y mareas vertientes desde la plazuela de la Cebada⁴⁹⁴.

Las reparaciones ejecutadas bajo la supervisión del arquitecto Pedro de Ribera permitieron que la alcantarilla funcionara con normalidad durante 34 años, hasta mediados del mes de junio de 1758, que volvió a atascarse y hundirse en un tramo de 25 pies de longitud -8,5 metros aproximadamente-. En esta ocasión también quedó dañada la cimentación de su boca de salida, que se encontraba próxima a la huerta de los monjes. La nueva reparación fue tasada por el arquitecto Francisco Pérez Cabo en 7.500 reales de vellón, y con el visto bueno de la Junta y del regidor comisario a su cargo, Manuel de Angulo, durante las tres semanas siguientes fueron realizadas las obras por el mismo arquitecto. El 1 de septiembre siguiente habiendo reconocido Juan Bautista Sachetti, maestro mayor de obras de la Villa, la reparación de la alcantarilla, que midió y tasó en 5.350 reales, la Junta de Limpieza autorizó el pago a Pérez Cabo contra el presupuesto de la cuada pública⁴⁹⁵.

7.2. La alcantarilla particular del duque de Medinaceli.

En 1713, el administrador Diego de Soto, en nombre del duque de Medinaceli, Cardona, Segorbe, Alcalá de los Gazules y Feria, marqués de Priego, pidió licencia a la Villa de Madrid para construir una alcantarilla que sirviera para evacuar las aguas sobrantes del riego de los jardines y patios de su palacio, situado entre la Carrera de San Jerónimo y el paseo del Prado, además de las llovedizas. Esta alcantarilla vendría a desaguar en el albañal o conducto superficial que bajaba por el flanco occidental del

⁴⁹⁴ A.V.M. Secretaría 1-86-13.

⁴⁹⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdos del 15 de junio, 8 de agosto y 1 de septiembre de 1758.

paseo del Prado. Vista la petición por el corregidor y la Junta de Limpieza, Teodoro Ardemans, maestro mayor de obras de Madrid, pasó a reconocer el sitio por donde debían abrirse las zanjas y caja de la mina, tras lo que dio su aprobación siempre que se construyera *“habiendo lámina con su rosca de albañilería para que las cañerías de las fuentes queden recibidas y que en ningún tiempo puedan recibir de limpieza”*. La Junta otorgó la licencia al duque el 28 de septiembre de 1725, recordándole que debía ejecutarse en los términos expresados por Ardemans⁴⁹⁶.

Durante las semanas posteriores se construyó la alcantarilla, si bien cabe matizar que no se trataba del mismo tipo de alcantarillas que hemos visto hasta ahora, sino de una pequeña mina subterránea, no visitable, recubierta de fábrica y bóveda de ladrillo por la que se podían verter las aguas sucias y sobrantes en el albañal del paseo del Prado, sin provocar molestias o salpicaduras. Huelga recordar que este tipo de minas que desaguaban en los albañales de las calles también lo empleaban otros palacios, conventos y casas de particulares, para evacuar las aguas negras de sus letrinas o “secretas”. Ahora bien, la del duque de Medinaceli tuvo un tratamiento diferenciado por Madrid porque parte de su recorrido iba por el paseo del Prado antes de desaguar en el arroyuelo que discurría en paralelo al arroyo del Prado. Por esta razón, el mantenimiento de su desagüe y del tramo del paseo estaba a cargo de la Junta de Limpieza. Así se deduce de la reparación que tuvo que hacer y costear Madrid a comienzos de marzo de 1757, lo que también nos da una idea del volumen de agua que debía desalojarse por ella desde la posesión ducal.

Del mal estado de la bocamina del duque se dio cuenta a la Junta de Limpieza a través de un memorial fechado el 18 de febrero anterior, realizado por el alarife de la Villa Manuel de Molina, quien fue a reconocer los destrozos en compañía de los regidores comisarios Ambrosio José Negrete y Francisco de Milla, responsabilizando de sus destrozo a las copiosas avenidas de agua y nieve que padeció la ciudad en los días anteriores. Al parecer, se habían deteriorado y socavado notablemente los paredones

⁴⁹⁶ A.V.M. Secretaría 1-14-17.

de sus dos costados dejándolos en el aire, por lo que Molina recomendaba construir, en el plano fuera de la boca de la alcantarilla, un zampeo de vigas de pies y cuartos, para unirlo con el existente, de 16 pies de salida y todo el ancho de los paredones de costados con sus *“trabeses y olambres”*, y los huecos de cajones de cuatro pies en cuadro, sin estacas de madera de a seis. Continuaba sugiriendo que, después de bien sentado el zampeado con el correspondiente declive a la madre del arroyo para evitar el golpeo, se macizaran todos sus senos con fábrica de pedernal y buena mezcla de cal, recibiendo sobre él los *“socabos”* de los enunciados paredones de costados. Para garantizar la eficacia de la reparación y que fuera duradera sugirió que, por un lado, se llenaran los citados senos o cajones con la fábrica, y, por otro lado, se cubriera con un solado de tablas de *“gordo”* hechas sus juntas y clavadas contra el zampeo, para que las aguas pasen por encima y de lugar a la consolidación de la fábrica. El coste total de esta reparación, incluidos jornales y materiales, lo tasó Molina en 5.500 reales de vellón. Visto el memorial por la Junta ordenó pasarlo al Sachetti, el arquitecto mayor, para que emitiera su dictamen, y de ser afirmativo que el propio Molina u otro que fuese de su satisfacción ejecutase la obra⁴⁹⁷.

El 2 de abril siguiente, se vio en la Junta el dictamen de Sachetti sobre el estado de la alcantarilla. No se diferenciaba en nada respecto al presentado por Molina, aunque apremiaba a su urgente reparación por los vertidos indiscriminados que se estaban produciendo en el Prado. Entonces, se decidió que ambos arquitectos se reunieran para que evaluaran lo necesario para ejecutar las obras. El 4 de mayo siguiente la Junta autorizó su reparación, encargándosela al alarife Juan de Ocaña. Sin embargo, como éste trató de incrementar el presupuesto aludiendo razones de seguridad, finalmente fueron realizadas las obras por el arquitecto Juan Antonio de Castro, al precio ajustado de 5.500 reales, quien las concluyó a comienzos de agosto⁴⁹⁸.

⁴⁹⁷ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 5 de marzo de 1757.

⁴⁹⁸ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdos del 5 de marzo, 2 de abril, 4 de y 18 de mayo, 5 de julio, 1 y 12 de agosto de 1757.

7.3. El mantenimiento del alcantarillado antiguo.

El funcionamiento y sostenimiento de las viejas alcantarillas y vertederos tampoco varió sustancialmente y siguió presentando las mismas complicaciones técnicas y económicas que en la centuria anterior. Los atascos fueron continuos por la acumulación excesiva de residuos y por la falta de corrientes de agua necesarios para evacuarlos, al igual que los hundimientos provocados por los altos niveles de humedad, que afectaban a las minas en su estructura o asiento de sus cimientos; o por la falta de un mantenimiento adecuado, que, a menudo, derivaba en otros perjuicios en la vía pública o en las casas de los vecinos.

En esta línea se encuadran diferentes intervenciones que se realizaron en la alcantarilla de la Cava Baja de San Francisco, como, por ejemplo, cuando en 1719 se hundió súbitamente la escalera y parte de la casa del regidor Pedro de Álava y Aragón, que se encontraba situada justo encima de su recorrido, en la antigua calle de la Obrería de San Francisco, y que precisó desatascarla, limpiarla y recomponerla en su totalidad, en una longitud de 24 pies lineales y un coste de 1.400 reales⁴⁹⁹. En 1732, también se registraron importantes daños en la alcantarilla de Leganitos que tuvieron que ser reparados por el maestro de cantería y pocero Ángel de la Ballina, por un importe de nada menos que de 51.272 reales de vellón⁵⁰⁰. La alcantarilla de los Caños del Peral, del Parque o como la denominó Alonso de Arce, la *mina real*, corrió mejor suerte al no registrarse averías de consideración. Pero con motivo de las obras de construcción del nuevo Palacio Real de Madrid, en 1737 Felipe V dispuso que se cubriese el tramo de la alcantarilla que discurría a cielo abierto por el Parque -Campo del Moro-, donde confluía con la alcantarilla de Leganitos. Se trataba de cubrir un tramo de 784 pies lineales –unos 260 metros-, cuyo trazado se desarrollaba en dirección al río, próximo al codillo de la Puerta de San Vicente, con un presupuesto de

⁴⁹⁹ A.V.M. Secretaría 1-86-12.

⁵⁰⁰ A.V.M. Secretaría 1-16-93.

281.285 reales de vellón. Para este propósito, unos meses antes el rey había ordenado a la Villa de Madrid que entregase 130.000 reales con cargo al presupuesto de limpieza y empedrado, para sufragar parte de las obras⁵⁰¹.

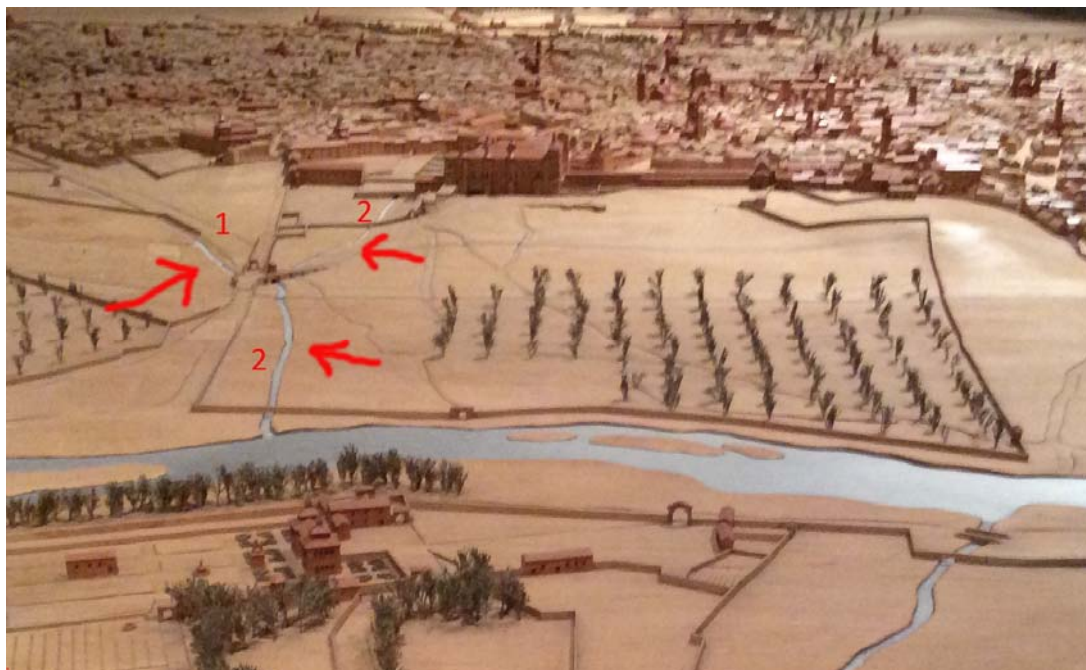


Imagen 4. Detalle del Parque del Palacio –Campo del Moro– en la maqueta que recrea el estado de Madrid en 1656, ubicada en el Museo Municipal de Historia de Madrid. Se pueden ver con detalle (1) la bajada de la alcantarilla de Leganitos, a cielo abierto, a introducirse en el Parque del Palacio, donde se unía a la alcantarilla de los Caños del Peral. También se puede ver con detalle (2) cómo la alcantarilla de los Caños del Peral desaguaba por el cauce del antiguo arroyo del Arenal, discurriendo a cielo abierto por el Parque del Palacio. En 1737 Felipe V ordenó a la Villa cubrir y soterrar esta sección de la alcantarilla, como actuación previa al inicio de las obras del nuevo Palacio Real.

Ni que decir tiene que la envergadura de estas intervenciones, que venían a satisfacer los deseos del rey, minoraron notablemente el ya exiguo presupuesto del ramo, y a pesar de tener que continuar con las reformas y obras de encauzamiento de los arroyuelos y cursos de agua superficiales que discurrían por el casco urbano, y eran en gran medida las causantes de la formación y acumulación de lodos y barrizales. Sobre este respecto huelga recordar que Alonso de Arce ya había apuntado la

⁵⁰¹ A.V.M. Secretaría 1-17-18 y 1-161-42.

posibilidad de introducir estas aguas superficiales y las aguas menores provenientes de los usos domésticos en las alcantarillas subterráneas, para favorecer con sus corrientes la evacuación de las aguas mayores. Además, con relativa frecuencia se tuvo que hacer frente a otras averías y problemas que provocaron las minetas y letrinas -*secretas* - de particulares, como, por ejemplo, en 1713, cuando tras conocerse que algunas minas que pasaban por debajo del Colegio Imperial, tiempo atrás usadas para conducir agua potable, se encontraban tan cegadas y cargadas de basuras y lodo, que el olor se hizo irrespirable para los vecinos de la calle de la Merced y provocó una plaga de mosquitos⁵⁰². Idéntica situación la padecieron los vecinos de la calle de las Hileras, especialmente por el acceso a la casa del Conde de Fuenrubia, cuando los monjes de la Casa Profesa limpiaron su secreta y dejaron sus aguas negras esparcidas en la calle. En 1729 la Junta de Limpieza ordenó a los monjes y a otros vecinos que vertían sus aguas negras a la calle, a construir conductos o pequeñas alcantarillas, desde sus letrinas hasta el albañal de la calle del Arenal⁵⁰³. Por poner un ejemplo más, en septiembre de 1750 el arquitecto José Gómez, siguiendo las órdenes del regidor comisario Blas Ruiz Bayllo, cubrió con losas de piedra berroqueña, de tres pies de ancho y una cuarta de grosor, 26,5 pies de longitud la alcantarilla-albañal que se encontraba en la costanilla de San Agustín, proveniente del Convento de los Capuchinos del Prado, a un coste de 477 reales de vellón, precisando inevitablemente hacer el pertinente desmonte y mezcla de cal para su asiento y refuerzo de la citara con ladrillo⁵⁰⁴.

A su vez, se tuvieron que paliar los daños que con relativa frecuencia se producían en el Paseo del Prado, en los caminos que conducían a los Reales Sitios del Pardo y del Buen Retiro, y en los entornos de las Puertas de Atocha y de Recoletos. Así, por ejemplo, en 1723 el corregidor marqués de Vadillo a requerimiento de las quejas del conde de Bornos, ordenó reparar los conductos de la alcantarilla –canalización de encauzamiento superficial- del Paseo del Prado, porque sus aguas habían anegado sus

⁵⁰² A.V.M. Secretaría 1-35-33.

⁵⁰³ A.V.M. Secretaría 1-15-71.

⁵⁰⁴ A.V.M. Secretaría 1-86-22.

huertas⁵⁰⁵. En 1736 Andrés de la Ballina tuvo que reconstruir la referida “alcantarilla” en la zona inmediata a la Torrecilla que atravesaba el paseo que subía al Retiro, con un coste de 50.000 reales de vellón⁵⁰⁶. De nuevo, en 1743 las tormentas torrenciales del mes de agosto provocaron destrozos en la alcantarilla del Carcavón de Atocha, en su puerta homónima y en la de Recoletos, así como en las canalizaciones del arroyo del Prado y del camino del Pardo⁵⁰⁷. Dos años después las lluvias volvieron a ocasionar destrozos similares que hubo que reparar⁵⁰⁸.

En efecto, la conservación de estas alcantarillas se tornaba más compleja cuando se producían las tormentas torrenciales del verano, porque los destrozos que se producían eran mucho mayores. Así ocurrió en la noche del 23 de agosto de 1743 cuando una tempestad causó estragos en prácticamente toda la ciudad, y de cuyos daños dio cumplida relación al corregidor el alarife de la Villa, Manuel López Corona. Entre las zonas más afectadas se encontraban el paseo del Prado y su entorno, en uno de cuyos extremos se localizaba la “alcantarilla del Carcavón” o de la Puerta de Atocha, que era por donde salían las aguas del Prado. Presentaba un notable hundimiento en el pretil del cerco de la referida alcantarilla. Tres cuartos de lo mismo había ocurrido en otro pretil del paseo del Prado, que servía para sostener el terraplén y las aguas del arroyo. Algunas casas próximas al Convento de los Agustinos Recoletos, como las del Conde de Oñate sufrieron considerables desperfectos. Los alrededores de la Puerta de Recoletos, donde el agua llegó a alcanzar una altura de 3 varas, por el atasco de los sumideros, ocasionaron daños en la cerca y casas aledañas, incluso fue “milagroso que no se llevara toda la portada”. Todas las fuentes de la zona habían perdido sus antepechos y se registraron numerosos socavones en el terreno. El coste de todos estos destrozos en el Prado los estimaba López Corona en 60.000 reales de vellón.

⁵⁰⁵ A.H.N. Nobleza. Bornos, C. 185, D.1.

⁵⁰⁶ A.V.M. Secretaría 1-17-17.

⁵⁰⁷ A.V.M. Secretaría 1-86-14.

⁵⁰⁸ A.V.M. Secretaría 1-19-13.

Otros perjuicios importantes, valorados en 50.000 reales de vellón, se localizaron en el tramo de la cerca y los nuevos paseos que se extendían entre la Puerta de Recoletos y el portillo de Fuencarral, que era por donde los reyes solían ir a sus Reales Sitios. Otros daños de consideración se registraron en el camino que conducía al Real Sitio del Pardo, entre la bajada de la Cuesta de Areneros -hoy calle del Marqués de Urquijo- y el llamado Puente Verde -hoy de la Reina Victoria-, sobre todo, en un tramo de 100 varas de cerca de la llamada Huerta del Boticario, junto a la Venta de Migas Calientes, que se evaluó en un coste de 12.000 reales, además de los registrados en otras tierras y huertas cómo la perteneciente al Noviciado de los jesuitas. Por último, daba cuenta que en la ciudad se habían producido muchas inundaciones y destrozos de casas, y que la Villa tendría que emplear 20.000 ducados en reparar buena parte de los empedrados que se habían desencajado y en retirar los numerosos árboles que se cayeron. Fue de tal magnitud el agua caída y los torrentes que se formaron en las calles que, por ejemplo, fue arrancada de cuajo la reja de hierro de la alcantarilla de Leganitos, de dos arrobas de peso⁵⁰⁹. Cuando el corregidor tomó razón de los daños causados por la tempestad no cabía en su asombro. Para verificarlo, ordenó a Juan Bautista Saquetti, maestro mayor de las obras del rey, de las de Madrid y sus fuentes, que se volvieran a reconocer los daños. Tres días después el referido arquitecto lo ratificó, tal cual se había expuesto.

Pero de lo que no dieron cuenta suficiente fue del daño que habían sufrido las alcantarillas, como así se hizo saber apenas dos meses después a raíz de un reconocimiento que realizó el maestro de obras Francisco Ruiz, quien detectó un hundimiento e importantes atascos en la mina de los Caños del Peral o del Parque. Advertía que en el caso de que volvieran las lluvias podrían provocar el derrumbe de la misma Puerta de San Vicente, porque se cimentaba en el terreno inmediato al hundimiento. Esta advertencia entrañaba todavía más peligros y perjuicios como apuntaron Ángel de Figueroa, arquitecto de la Real Casa, Fausto Manso, teniente de arquitecto de la Villa de Madrid, y Ángel de la Ballina, maestro cantero y pocero, que

⁵⁰⁹ A.V.M. Secretaría 1-86-14.

habían pasado a reconocer la alcantarilla y el terreno colindante. No sólo podría provocar la ruina del paseo nuevo que subía a Leganitos y que empleaban los Reyes para ir hacia Atocha, sino que causaría graves perjuicios para los vecinos del barrio de los Afligidos, al ver como sus calles se convertían en un lago de cieno formado por las aguas que revertían de la alcantarilla de Leganitos. Además, alertaban de que al no tener las aguas por donde poder ir hacia el río, necesariamente lo harían por encima del paseo nuevo -hoy paseo de la Virgen del Puerto- e, inevitablemente, saldrían por la misma Puerta de San Vicente causando graves perjuicios en el paseo, la propia puerta, casas y huertas aledañas. El panorama que se planteó fue tan catastrófico que rápidamente se ordenó su reparación, partiendo desde el río y continuando por debajo del paseo de la Virgen del Puerto, con el propósito de facilitar así el desagüe de las alcantarillas de los Caños del Peral y de Leganitos, cuyos caudales se unían en el Parque -Campo del Moro-, antes de llegar al río⁵¹⁰.

Las obras de reparación en las alcantarillas, paseos y zonas de la urbe que habían sufrido los destrozos de este pernicioso temporal se prolongaron durante más de dos años. Los mayores esfuerzos hubo que concentrarlos en la pretendida reconstrucción de la alcantarilla de la Cava Baja de San Francisco, que veremos detenidamente en el epígrafe siguiente, y, en menor medida, en la de Leganitos, que hubo que volver a recomponer parte de su trazado por las lluvias torrenciales que se produjeron a mediados del mes de mayo de 1757. De estos destrozos en la alcantarilla de Leganitos dio cuenta el maestro mayor de obras Sachetti, a instancia del visitador general de la limpieza, como consecuencia de un hundimiento considerable en las losas que formaban el piso sobre que golpeaba el agua de las vertientes y, en consecuencia, dificultaba el regular curso de la corriente.

En el reconocimiento que hizo Sachetti verificó que *“el solado del hexágono de piedra berroqueña ordinaria se hallaba casi todo quitado y también el cimientto de mampostería”*, de modo que el golpeo del agua había originado un agujero de cuatro pies de hondo y de seis pies en cuadro. Para arreglarlo, informaba Sachetti, se debía

⁵¹⁰ A.V.M. Secretaría 1-87-37.

macizar con buena mampostería para poder poner sobre ésta un solado de piedra berroqueña de una cuarta de grueso, machihembrado para su mayor fortaleza. El solado debía estar compuesto por losas de una cuarta de grueso, porque las antiguas se las habían llevado las avenidas de agua. En el desembarco de la alcantarilla, en la huerta del Príncipe Pío, también fue necesario poner otras dos losas de 4,5 pies de largo por 3 de ancho, ya que el golpeo que las aguas producían en este lugar, que vertían arrimadas al paredón de la referida huerta, había creado un gran agujero que estaba lleno de agua, y las continuas avenidas se habían llevado el zampeado y enlosado de parte de la alcantarilla. Para seguridad de este paredón, aconsejó hacer un nuevo zampeado, de vigas de pie y cuarto, y estacas de madera de a ocho, de 20 pies en cuadro, con sus cajones de cuatro pies, macizado de buena mampostería con piedras gruesas, atizonando y rehinchiendo sus paredes como 90 pies de línea en ambas por 7 de alto, lo que costaría de mano de obra y materiales 7.320 reales. La junta acordó que se hicieran las reparaciones por el cantero de fuentes o el arquitecto que designasen los regidores comisarios Julián Moret y Luis Carballido. Las obras de reparación se prolongaron durante los dos meses siguientes, siendo ejecutadas por el maestro cantero Pedro Fol, a un precio final de 8.857 reales de vellón⁵¹¹.

7.4. La controvertida reparación de la alcantarilla de la Cava Baja de San Francisco (1743-1757).

En principio, y a tenor de los informes que emitieron los alarifes de la Villa, esta alcantarilla no había sufrido daños de consideración durante las fuertes lluvias de agosto de 1743, pero los materiales de derrubio, piedras y lodos que arrastró por su interior, unido a la gran pendiente y profundidad que presentaba, entre la cima de la ladera de las Vistillas y la calle de Segovia, ocasionó importantes destrozos, atascos y hundimientos, sobre todo en la zona de desagüe de la alcantarilla, en las cercanías del

⁵¹¹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdos del 18 de mayo, 15 de julio y 1 de agosto de 1757.

lado meridional de la referida calle. Incluso se temió un embalsamiento de las aguas en las zonas aledañas que pudiera inundar las casas de los vecinos y contaminar los pozos de agua potable, como ya había ocurrido con las casas del Duque de Sesa. Era tal el deterioro que presentaba la mina que el Consejo de Castilla tuvo que valorar la conveniencia de alterar su trazado y cegar parte de su viejo trazado, atendiendo a los proyectos y dictámenes técnicos dados por Sachetti y otros maestros de obras.

Uno de estos proyectos se inclinaba por cegar la alcantarilla vieja, bajar el terreno de la Cava Baja para poder conducir su desagüe a través de la Casa Mesón de Madrid hasta la calle del Almendro, y desde ésta a la de Segovia. Pero esta solución conllevaba un gasto aproximado de 68.000 reales vellón, e implicaba necesariamente tener que rebajar las cañerías públicas de las calles afectadas. El otro proyecto era parecido, pero entendían que era más ventajoso para Madrid comprar las casas del Marqués de Aravaca, derribarla y abrir por su solar una calle nueva por la que poder comunicar la Cava Baja con la calle del Almendro, y permitir el desagüe de vertientes y mareas en la de Segovia⁵¹². El Consejo de Castilla tuvo por más útil y menos perjudicial este último proyecto y para costear las obras estimo que serían necesarios 120.000 reales que podrían financiar la Casa de los Cinco Gremios Mayores de Madrid, a un interés anual del 3%, consignándose para su reintegro los cuatro cuartos ciento setenta y ocho mil maravedís que estaban asignados para la conservación y reparos del Puente Verde, en el camino del Pardo. Del manejo y contabilidad de los 120.000 reales decidieron que podría encargarse Pedro Colón⁵¹³.

Sin embargo, este proyecto y su financiación tuvieron que someterse a la voluntad y decisión del rey, y a otros inconvenientes, como los planteados por el cura de la parroquia de San Pedro el Real quien, conocedor del mismo, tomo rápida conciencia de lo perjudicial que sería para su feligresía tener los desagües de la porquería tan cerca. En cura acudió entonces al Infante Cardenal, Luis de Borbón y

⁵¹² A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 9 de julio de 1757. En esta sesión se trató de una nueva reparación de la alcantarilla y se volvieron a ver todos los expedientes antiguos sobre la problemática que presentaba.

⁵¹³ *Ibidem* y A.V.M. Secretaría 1-86-17.

Farnesio, quien, a su vez, representó a su hermanastro el rey Fernando VI los inconvenientes y perjuicios que soportaría la Parroquia de San Pedro el Real, además de las molestias que se ocasionarían a otros vecinos de la zona. Por su parte, el Consejo se mantuvo en su postura esgrimiendo que la antigua alcantarilla no se podía utilizar sin ocasionar perjuicios y cuantiosos costes de mantenimiento.

El Cardenal Infante fue todavía más lejos y ordenó al arquitecto Virgilio Rabaglio que reconociese la alcantarilla. El referido arquitecto, tras hacer el reconocimiento preceptivo, comprobó que las aguas tenían un curso regular hasta su desagüe, es decir, que no estaba atascada o padecía hundimientos, aunque verificó un rompimiento en la boca de su derrame. Como solución, propuso recomponer la boca del desagüe rehaciendo su rosca, bóveda o galápago, dotándola de un nuevo registro en un tramo próximo a su desagüe y procediendo a su total limpieza. Todas estas actuaciones calculaba que se podrían hacer a bajo coste, en apenas 15 o 20 días, y con ellas se aseguraría el mantenimiento de la alcantarilla durante muchos años. Sin embargo, los peritos que había enviado Pedro Colón a reconocer la alcantarilla suscribieron que era inútil cualquier obra que se hiciese y no remediaría los perjuicios que amenazaba. Incluso informaron que no pudieron recorrer la totalidad de su interior por encontrarse algún derrumbe intermedio, viéndose obligados a salir de la alcantarilla por una casilla que pertenecía a la Duquesa del Infantado. Además, sostenían que la solución no estaba en limpiarla porque el deterioro se encontraba en sus cimientos, realizados con piedra de San Isidro, ya que se habían encontrado algunas de estas piedras en la boca de la alcantarilla, a distancia considerable de donde debían estar colocadas. Por otra parte, el maestro mayo Sachetti, en una de sus declaraciones sobre el estado de la alcantarilla, informó que la calle que cargaba sobre el cañón de la bóveda se estaba arruinando, y que este mal no se remediaría exclusivamente con la composición de *“un pedazo de rosca”*⁵¹⁴.

El rey ordenó que se limpiase la alcantarilla y que el maestro mayor Sachetti reparase la boca de su desagüe de cara al invierno, lo que éste delegó en su ayudante

⁵¹⁴ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 9 de julio de 1757.

Virgilio Rabaglio. A mediados de noviembre de 1745 los trabajos de reconstrucción iban muy lentos, todavía no se había conseguido desatascar y limpiar del todo la boca de desagüe para que los peritos pudieran inspeccionar fehacientemente el interior, y, peor todavía, se habían detectado irregularidades en el terraplén que cubría la alcantarilla. Al parecer los obreros estaban vertiendo la tierra de relleno sin compactar, lo que podía provocar su pronta ruina. La reacción del Consejo de Castilla no se hizo esperar. Saquetti y Ravaglio fueron amonestados, se les exigió que contratasen más gente para acabar cuanto antes las obras, y que compactaran debidamente el terraplén y la zona donde se había producido el hundimiento de la casa yesería⁵¹⁵. Pocas semanas después Rabaglio terminó las obras a un coste final de 6.000 reales.

Pero ni Madrid ni el Consejo de Castilla quedaron convencidos de las obras ejecutadas por Ravaglio. Enterado el Cardenal Infante, pidió a su hermano el rey que ordenara que se reconocieran las obras realizadas en la alcantarilla y que se hiciera *“con la debida imparcialidad”*. El Consejo se vio entonces en la obligación de invitar al cura de la parroquia de San Pedro el Real a concurrir al reconocimiento, que se había fijado para las tres de la tarde del 23 de noviembre de 1745, comenzando en la boca de la alcantarilla, situada en la Cava Baja. Al reconocimiento también acudieron Sachetti y Rabaglio, y en calidad de oficio los arquitectos Felipe de Hueva y Ventura Rodríguez, junto al escribano de cámara del Consejo, Eugenio Aguado. Así fue como este grupo entró en la alcantarilla en compañía de 8 oficiales provistos de seis hachas de cera encendidas. En presencia del escribano la recorrieron desde su entrada hasta su salida en la Cuesta de los Ciegos, empleando una hora en inspeccionar con detalle sus bóvedas, paredes y piso, así como los reparos que había hecho Rabaglio, quien fue explicando las obras ejecutadas. Como resultó que la alcantarilla tenía algunos *“bancos de fábrica”* o resaltos que se adaptaban al desnivel de la alcantarilla, se llevaron dos o tres tablones para facilitar su bajada sin mancharse. Los arquitectos hicieron constar que había algo de acumulación de broza en un trecho próximo a su desagüe, a un lado del corriente de las aguas, y dijeron que era necesario retirar. Ya fuera de la alcantarilla

⁵¹⁵ A.V.M. Secretaría 1-86-16 y 1-19-13.

cada arquitecto dio su dictamen al escribano, coincidiendo en afirmar que la alcantarilla tenía la firmeza necesaria para durar más tiempo que el de aquel invierno, y que los repararos hechos por Rabaglio habían sido bien ejecutados. Enterado el rey, ordenó que se continuase con las diligencias para el reparo de la alcantarilla – carcavón- del camino de Atocha, que también estaba deteriorada⁵¹⁶.

Apenas sirvieron estos remiendos, no habían transcurrido diez años cuando de nuevo se volvieron a detectar irregularidades en la alcantarilla, susceptibles de ocasionar perjuicios a los vecinos e impedir el desagüe de las aguas inmundas. Por un informe realizado el 22 de abril de 1756 por Sachetti, maestro mayor de obras del rey, y del alarife de la Villa Manuel de Molina, que habían reconocido la alcantarilla, se informaba que su estado era *“muy deplorable por los muchos hundimientos que tiene su fábrica expuesta a una ruina con grave perjuicio del público, y a que experimenten lo mismo las casas que sobre ella están fabricadas”*. Pero siendo conscientes de que aunque se reparase continuarían subsistiendo los mismos problemas de ruina y perjuicios, con la circunstancia de ser muy costoso remediarlos, propusieron darle un nuevo trazado a la alcantarilla, a fin de evitar el pronunciado desnivel de la Cuesta de los Ciegos. Así, propusieron la construcción de una nueva alcantarilla que, principiando en la misma boca de la Cava Baja, continuara por la plazuela de la Puerta de Moros (quedando reducida su línea) hasta salir por debajo del contra pilón de la fuente de dicha plazuela, desde donde *“descubiertamente”* siguiera el curso de las aguas y mareas que bajaban por toda la Carrera de San Francisco, hasta introducirse, por la calle de San Buenaventura, en el vertedero de la alcantarilla que salía de ella y continuaba atravesando la huerta del Convento de San Francisco al campo. Esto es, pretendían conectar la nueva alcantarilla de la Cava con la alcantarilla de la Huerta del Convento de San Francisco. Para este trazado alternativo, detallaron el modo en que debía construirse y dieron como presupuesto aproximado la cantidad, nada despreciable, de 180.000 reales de vellón⁵¹⁷.

⁵¹⁶ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 9 de julio de 1757.

⁵¹⁷ Ibidem.

El 29 de abril siguiente la Junta de Limpieza acordó que los regidores comisarios Julián Moret y Luis Carballido, en compañía de los directores de arquitectura de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando pasasen a reconocer la alcantarilla, junto con Sachetti y Molina, para ratificar que, con la reforma propuesta por estos últimos, las mareas tendrían toda la corriente que necesitaban para su arrastre, además de valorar los perjuicios que se podía ocasionar a los dueños de las casas y vecinos de la Carrera de San Francisco. A su vez, debían de valorar que las casas que se encontraban sobre la vieja alcantarilla de la Cava Baja y Cuesta de los Ciegos permanecerían seguras, o si se tendría que macizar el terreno para evitar riesgos de derrumbe y otros perjuicios.

Así se hizo, pero los arquitectos de la Real Academia de San Fernando discreparon de la propuesta de Sachetti y Molina. El arquitecto y académico José de Hermosilla y Sandoval sostuvo que la vieja alcantarilla de la Cava Baja que salía a la Cuesta de los Ciegos se podía reparar, atendiendo al riguroso examen que hizo de los tramos que pudo visitar, ya que otras partes no las vio por encontrarse cegadas por el exceso de inmundicias. Declaró que la parte inferior –badén y sillares que sustentaban las paredes- no estaba dañada ni tampoco su bóveda y, por lo tanto, no presentaba *“vicio de ruina, siguiéndose que tampoco padecía ruina en sus lados porque cargando sobre ellos la bóveda no podría permanecer entera, como lo estaba”*. Señaló que lo que se debía reparar era su embocadura, sita en el barranco de la Cuesta de los Ciegos, y no precisamente por hundimiento u otros perjuicios que tenía la alcantarilla, sino por estar continuamente desmoronándose aquel terreno. Como remedio sugirió prolongar la alcantarilla desde la boca o vertedero que entonces tenía, hasta un machón que distaba de ella unas 20 varas, dejando su desagüe en este lugar, y forzosamente terraplenar y macizar toda la zona, desde la parte de arriba del barranco. A su juicio, se debía aprovechar esta reforma para introducir en la misma alcantarilla, por medio de un conducto proporcionado y firme, las aguas que bajaban de las Vistillas, causantes de socavar el terreno donde se asentaba la alcantarilla y su desagüe. De este modo, además de conseguir evitar peligros y perjuicios para los vecinos se lograría comunicar todo este barrio, pues *“sin esta solución dentro de poco tiempo se encontraría sin el*

estrecho paso que existe, pudiéndose terraplenar todo el barranco en el caso de querer continuar la Alcantarilla hasta donde termina el descanso del terreno, quedando aquel sitio, que en el día solo sirve de deformidad, capaz de algunos usos útiles al público". Por su parte, el también arquitecto y académico Ventura Rodríguez, consideró que lo prioritario era asegurar los cimientos que cargaban sobre la vieja alcantarilla y, por lo tanto, que lo más útil sería efectuar su completa y solida reparación⁵¹⁸.

No cabe duda que el gran problema se encontraba en el tramo de la alcantarilla situada en el subsuelo de la Cuesta de los Ciegos, en cuya zona más baja se encontraba su desagüe, próximo al canalón o albañal de la calle de Segovia por donde se evacuaban sus vertidos. Todo el terreno de la Cuesta de los Ciegos que cubría la alcantarilla se encontraba en un escarpe o barranco sometido a una fuerte erosión provocada por el continuo lavado de las aguas residuales y de escorrentía que provenían de las Vistillas. Por este motivo, la caja de la alcantarilla perdía solidez y su asiento en el terreno se debilitaba, hasta el punto que el barranco iba engullendo la propia terraza de las Vistillas. Tanto es así que el 1 de octubre siguiente la Junta tuvo que actuar con urgencia a tenor del aviso dado por el alarife de la Villa Francisco Pérez Cabo, quién advirtió sobre el peligro que corrían los transeúntes que pasaban por las callejuelas inmediatas a la plaza de las Vistillas y la Cuesta de los Ciegos, justo donde se encontraba el terraplén que cobijaba, a gran profundidad, la alcantarilla de la Cava Baja. Las fuertes lluvias habían deteriorado seriamente el firme del terreno y hundido algunas casas. Apenas había quedado un estrecho paso de *"una vara de ancho para transitar la gente, en lo que hay más de sesenta pies de altura"*, por lo que aconsejaba apuntalar el terraplén en una longitud de 46 pies, con vigas de madera de media vara de grosor, rematarlo con un entablado de 12 pies de anchura y dotado con su correspondiente antepecho, para facilitar el tránsito de los vecinos. La obra se ejecutó con un presupuesto de 4.000 reales⁵¹⁹.

⁵¹⁸ Ibidem.

⁵¹⁹ A.V.M. Secretaría 1-22-40.

Sin embargo, aunque la situación del barranco de las Vistillas entrañaba peligros evidentes para los vecinos, en la Junta se tomaron las cosas con calma y dieron por buenos los remedios practicados. Quizá, sus capitulares sabían que no sería fácil ni económica cualquier intervención de calado en la vieja alcantarilla. Pero el 9 de julio de 1757, apenas un año después, de nuevo hubo necesidad de reparar la alcantarilla y surgió otra vez la oportunidad de valorar las reparaciones o alternativas que se podían realizar. De nuevo se trajeron a estudio y discusión todos los expedientes anteriores que había sobre el asunto, aunque, finalmente, se decidió elevar el problema a consulta del rey. También, se mandó hacer un nuevo reconocimiento y dictamen a los arquitectos José de Hermosilla, Ventura Rodríguez y a otros más, *“excusando a D^o Juan Bautista Sacheti y D^o Manuel de Molina”*, con el fin de que de sus conclusiones se pudiera dejar *“con el uso que conviene y evitar perjuicios en cimientos y casas que tiene encima”*⁵²⁰. Pero el gobierno respondió a la Junta que estos arquitectos de la Real Academia de Bellas Artes estaban al servicio exclusivo del rey y de sus jefes inmediatos, y para que pudieran hacer dicho reconocimiento se tenía que solicitar su servicio por la *“vía reservada”*, para luego pasar a Madrid y al corregidor su pertinente informe. Sólo así la Junta lo podría elevar más tarde a la consulta del rey⁵²¹. Daba la impresión de que por el momento había que aparcar toda idea de abordar la reforma de la vieja alcantarilla, como así sucedió hasta entrado el reinado de Carlos III.

⁵²⁰ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 9 de julio de 1757.

⁵²¹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 2 de septiembre de 1757.

CAPÍTULO 8. EL INTERVENCIONISMO CARLOTERCISTA EN LA HIGIENE URBANA DE LA VILLA: LA INSTRUCCIÓN DE SABATINI Y SU DESARROLLO (1760-1765).

Cuando el 9 de diciembre de 1759 Carlos III hizo su entrada en Madrid como nuevo soberano de la monarquía española, se reencontró con una ciudad que no le era en absoluto desconocida. A fin de cuentas había nacido en ella y pasado los años de su mocedad. Tampoco desconocía los intentos reformistas que, sin mucho éxito, habían impulsado su padre Felipe V y su medio hermano Fernando VI para mejorar la higiene, la salubridad de las calles y corregir los malos hábitos de los vecinos. Al menos, se habían conseguido abordar, con mayor detenimiento, los problemas y carencias que padecía la urbe, aunque las numerosas propuestas y medios que se barajaron para solucionarlos apenas se llegaron a concretar o poner en funcionamiento. Sin duda, la llegada de Carlos III desde Nápoles, con el horizonte de poner en marcha una política reformista más contundente y constante, iba a propiciar una coyuntura más favorable para acometer las mejoras urbanas que, se entendía, requería con urgencia la ciudad.

Carlos III había reinado en las Dos Sicilias durante 25 años. Durante todo este tiempo es indudable que se consiguieron avances en los principales centros de poder, como las ciudades de Nápoles y de Palermo, donde no faltaron mejoras en infraestructuras y servicios urbanos. En ambas ciudades se estableció una nueva división administrativa en distritos o cuarteles urbanos, que permitió controlar mejor la población y organizar los diferentes negociados municipales. A su vez, se produjo un importante despliegue de instituciones patrocinadas por la Corona (albergue de pobres, hospitales, pósito real, Teatro de San Carlos, maestranza de artillería, etc.), y se remozaron y construyeron los palacios reales de Capodimonte y Portici, e incluso de la regia Caserta, un real sitio al más puro estilo español, ubicado a 30 kilómetros al norte de la ciudad de Nápoles. Todos estos logros se consiguieron no sólo por la determinación del rey, sino también, por el respaldo financiero y social que recibieron y, sobre todo, por la tutela y el empeño personal de algunos ministros del rey, como, fue el caso de Tanuchi, Esquilache, Grimaldi o Gazola. Pero asumir el reto de gobernar la monarquía española, con su enorme amplitud territorial y sus particulares

entramados y estructuras de poder, era muy distinto. Como Carlos III en cierto sentido se sentía ajeno a las tradicionales formas de gobierno y a las costumbres de los españoles, vino a España acompañado por buena parte de los ministros italianos que tan lealmente le habían servido en las Dos Sicilias. Durante los primeros meses de su reinado también llegaron a España otros servidores italianos como el célebre arquitecto y oficial del cuerpo de ingenieros Francesco Sabatini Giuliano, quien desempeñó un papel muy importante en el intervencionismo de la Corona en la corte.

Sin embargo, la toma de contacto del nuevo gobierno carolino con la realidad de la urbe madrileña fue decepcionante, al igual que las impresiones que sacaron sus principales ministros, que en poco tiempo debieron percatarse de los escasos logros que hasta el momento se habían conseguido para mejorar las condiciones higiénicas de la Villa. Desde entonces, uno de los primeros objetivos del gobierno radicó en mejorar el estado general de la ciudad. De hecho, a los pocos meses de la llegada del nuevo rey a la Villa, la limpieza se había convertido en una prioridad para el gobierno, y para conseguirlo no se escatimó en medidas imperativas y coactivas, aplicadas con celo y rigor. Se tuvo el convencimiento de que Madrid necesitaba una actuación integral y contundente. Esto es, se trataba de poner en marcha una política más intervencionista y decidida que las precedentes, bajo la determinación de un rey y un gobierno que en cierta medida eran desconocidos en España y en la corte. En consecuencia, el nuevo gobierno de *“extranjeros”* no se sintió condicionado ni por las servidumbres acostumbradas de la tradicional burocracia, ni por las limitaciones económicas que padecía una asfixiada fiscalidad municipal, que, hasta entonces, se empleaba prioritariamente en apuntalar el abultado déficit de la hacienda local. Además, en la plasmación de este intervencionismo tampoco se sopesaron demasiado las interferencias o la presión que podían ejercer las élites tradicionales de poder, los intereses espurios de personas o sectores afectados por los nuevos cambios, y mucho menos los inconvenientes y perjuicios que se podían ocasionar al pueblo. A la postre, la mejora de la higiene de las calles tuvo un precio muy alto para los sectores más desfavorecidos de aquella sociedad madrileña, y, ni que decir tiene, contribuyó al creciente descontento social que, junto con el resentimiento de algunos sectores de la

nobleza y el clero, le valdrían al rey numerosos enemigos y, sobre todo, a alguno de sus ministros, que finalmente se vieron obligados a abandonar España tras el estallido del célebre motín contra Esquilache del 23 de marzo de 1766, cuando apenas Carlos III llevaba cinco años en el trono.

A las pocas semanas de establecerse el rey en Madrid, Leopoldo de Gregorio, marqués de Esquilache, secretario de estado de Hacienda, recibió el encargo de acometer la limpieza integral de la urbe, de mejorar sus condiciones higiénicas y de procurar su ornato. Para este propósito, y previa consulta a numerosos médicos de la Corona y la Villa, dispuso que el arquitecto Francisco Sabatini se encargara de elaborar una memoria donde quedaran contenidas las medidas y ordenanzas que se debían realizar (*Instrucción* de Sabatini). Fue uno de los primeros trabajos que realizó el arquitecto siciliano en Madrid, junto a la construcción de la Real Casa de la Aduana de la calle de Alcalá (1761-1769). Para su elaboración contó con la ayuda de la Junta de Limpieza, de los arquitectos de la Villa, con sus ayudantes habituales y con toda la información, estudios y propuestas que se habían manejado hasta el momento. Apenas un año después, entrado el año 1761, el rey ordenó la creación de una Comisión de Limpieza, entendida como un organismo *ad hoc*, con el encargo de dirigir y seguir puntualmente el desarrollo de las medidas que debía proponer Sabatini, además de hacer cumplir las órdenes que a este respecto recibiría del propio Esquilache, quien, por su parte, mantendría puntualmente informado al rey de los logros y avances que se fueran produciendo⁵²².

Esta Comisión de Limpieza, que tuvo su funcionamiento efectivo a partir del 14 de mayo de 1765, fue dotada con amplios poderes ejecutivos para hacer cumplir lo estipulado en la *Instrucción* de Sabatini, junto a lo ordenado por Esquilache, ya fuera sobre el personal subordinado que temporalmente se le asignó para materializar su cometido, como sobre los dueños de las casas de la Villa y la generalidad de sus

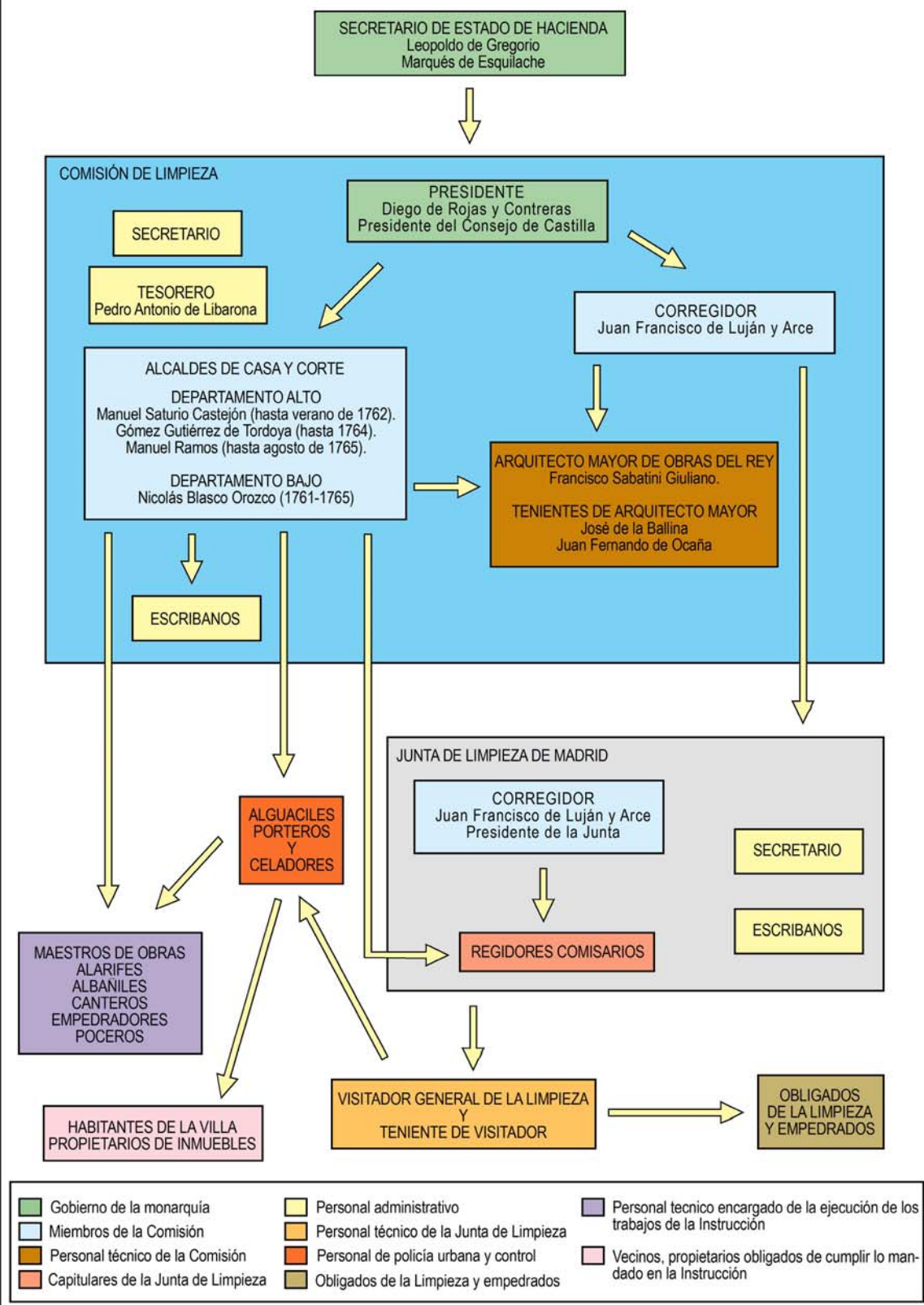
⁵²² Los documentos que aluden a esta Comisión de Limpieza *Ad hoc*, sus componentes, funciones y encargos se han tomado de diferentes documentos existentes en A.H.N. Consejos, legajos 9424, 9426, 9427 y 9497. También de diferentes acuerdos insertos en A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII.

vecinos. También, se la dotó de importantes atribuciones administrativas y económicas para entender en todas las tareas organizativas y contables que precisara el desarrollo de cuantas actuaciones se pusieran en marcha en la ciudad, e incluso judiciales, en tanto que podía sancionar y castigar el incumplimiento de lo mandado, o por las negligencias que se pudieran producir en su ejecución. Por deseo del rey, de su gestión, procedimientos y decisiones tan sólo se daba cuenta a Esquilache, y no se permitieron injerencias de otras instituciones de la administración ni al mismísimo Consejo de Castilla. Esta comisión se diseñó como el instrumento más eficaz con que podía contar la monarquía para conseguir sus propósitos, y, por lo tanto, se entendió como una extensión del propio gobierno que, de forma decidida, se proponía controlar las intervenciones que requería la Villa, en materia de limpieza y policía urbana, evitando cualquier interferencia. Prueba de su importancia y de su carácter gubernamental es que estuvo presidida por el propio gobernador del Consejo de Castilla, el obispo de Cartagena, Diego de Rojas y Contreras, y compuesta, además de por el corregidor Juan Francisco de Luján y Arce, por dos alcaldes de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte y por el arquitecto mayor de obras del rey, Francisco Sabatini⁵²³.

La labor desempeñada por el obispo gobernador del Consejo fue, sin lugar a dudas, determinante para la prosecución de los objetivos del gobierno. Personalmente, atendió con interés, puntualidad y carácter resolutivo cuantos encargos le ordenó Esquilache, así como todos los despachos, trámites y cuestiones administrativas que a diario afectaron al desarrollo y ejecución de las medidas puestas en marcha para procurar la higiene y el ornato de las calles.

⁵²³ *Ibídem.*

Gráfico 2. ORGANIZACIÓN DE LA COMISIÓN DE LIMPIEZA DE MADRID, ENCARGADA DE LLEVAR A TÉRMINO LA INSTRUCCIÓN DE FRANCISCO SABATINI (14 DE MAYO DE 1761-13 DE AGOSTO DE 1765).



También, fue destacable la labor realizada por los dos alcaldes de la Sala, quienes a pie de calle fueron haciendo un seguimiento exhaustivo de todos los trabajos, teniendo que asumir, además, todas las consecuencias, problemas e inconvenientes que, de todo tipo, se derivaron de su ejecución, como hacer cumplir los bandos y órdenes que obligaban a los dueños de las casas a contribuir con el pago de los nuevos empedrados, pozos, canalones y alcantarillas; vigilando estrechamente a los remisos y morosos; apremiando a arquitectos, fontaneros, albañiles y empedradores a realizar las obras con puntualidad, según lo planeado; resolviendo conflictos laborales; imponiendo sanciones; procurando la seguridad de las calles para evitar peligros a vecinos y operarios... De toda su labor dieron cuenta puntual al obispo gobernador del Consejo y al corregidor en determinados asuntos. Tres cuartos de lo mismo se puede decir de la labor desempeñada por Francisco Sabatini y sus tenientes de arquitecto, José de la Ballina y Juan Fernando de Ocaña, que se vieron inmersos en una labor desbordante y casi simultánea de intervenciones en las calles y casas de la Villa, bajo la supervisión directa del gobernador del Consejo y los dos alcaldes de la Sala.

Estos dos alcaldes, comisionados directamente por el rey, fueron inicialmente Nicolás Blasco de Orozco y Manuel Saturio Castejón, si bien este último fue sustituido a comienzos del verano de 1762 por Gómez Gutiérrez de Tordoya, quien a su vez, en 1764 fue reemplazado por Manuel Ramos. Para desempeñar su labor fueron investidos como la máxima autoridad en el ámbito competencial de la policía urbana de la Villa, incluso por encima del corregidor, del arquitecto Sabatini, de los comisarios regidores de los diferentes cuarteles de limpieza de la Villa y de cualquier alarife, cantero o albañil que se precisase en la ejecución de las medidas a desarrollar. Para hacer más efectiva su labor, previamente se decidió dividir la ciudad en dos departamentos, el Alto y el Bajo, teniendo como línea divisoria el eje formado por la calle Mayor, la Puerta del Sol y la calle de Alcála. Al frente de cada departamento se situó uno de estos alcaldes, junto con los dos tenientes de arquitecto de Sabatini. Así, a Nicolás Blasco de Orozco se le encomendó el departamento Bajo y a Manuel Saturio Castejón el departamento Alto.

En esta tesitura la Junta de Limpieza de Madrid también fue subordinada a los dictados y órdenes de Esquilache y del obispo gobernador, situación que tampoco era novedosa para un ayuntamiento acostumbrado a estar bajo la permanente tutela del Consejo de Catilla y supeditado a las necesidades de la Corona. Tanto el corregidor, que presidía la Junta, como los regidores comisarios que la componían, desde comienzos del invierno de 1760 ya intuyeron lo que se proponía Esquilache. El 23 de diciembre del mismo año se les había presentado una resolución de S.M., comunicada por el gobernador del Consejo al corregidor, por la que se les ordenó *“hacer las diligencias convenientes y que se han ejecutado hasta ahora para la limpieza y empedrado”*⁵²⁴. No obstante y por el momento, continuaron realizando sus funciones con normalidad. Así, el 30 de enero de 1761 se vieron los pliegos presentados para la nueva obligación o contrata de los empedrados, tras lo que decidieron elevar a consulta del gobierno el que creyeron más ventajoso para Madrid; el presentado por los arquitectos Manuel Paniagua y su socio Juan Fernando de Ocaña, que a la sazón era también teniente de arquitecto de Sabatini. El 30 de marzo siguiente, en la Junta se vio la resolución adoptada por S.M. aprobando el referido pliego para hacerse con la contrata de los empedrados durante un periodo de seis años, a un precio de 180.000 reales cada año y la mejora de 400 tapias adicionales de empedrado nuevo⁵²⁵.

Esto no quiere decir que la Junta, como veremos más adelante, permaneciera sumisa e indiferente a las formas de proceder de la comisión en lo tocante a la materialización de las medidas que propuso Sabatini, pues, en no pocas ocasiones y producto de su experiencia, manifestó abiertamente su parecer, sus preocupaciones y temores, como ocurrió con la problemática que destapó la construcción de los pozos negros en el subsuelo de la Villa, o a raíz de los trabajos excesivos que tuvieron que asumir los obligados del empedrado. La imposibilidad de la Junta de hacer prevalecer algunas de sus demandas u objeciones al proceder de la comisión, así como de algunos asentistas que estaban realizando las obras en las calles, les llevó en más de una

⁵²⁴ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 9 de enero de 1761.

⁵²⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdos del 30 de enero y del 3 de marzo de 1761.

ocasión a interponer sus demandas al Consejo de Castilla. De poco le sirvió. El gobierno efectivo que ejercía Esquilache sobre la ciudad neutralizó cualquier intentona de inmiscuirse en los asuntos de la nueva Comisión de Limpieza. Así, por ejemplo, el 13 de octubre de 1764 se le comunicó al Consejo una Real Orden, a propósito del recurso que habían hecho al mismo Consejo y Sala de Justicia los apoderados de los primeros asentistas del embaldosado que realizaban las nuevas aceras de las calles de Madrid. El rey mandaba *“que se prevenga al Consejo que los dos Alcaldes –de la Sala- de la Comisión de limpieza, la tienen privativa para conocer de todo lo que concierne a las obras del nuevo empedrado, embaldosados y pozos de limpieza, y de todas sus incidencias, sin que las partes tengan recurso de sus determinaciones por vía del agravio, a otro que V.S.I. como Gobernador del Consejo”*. A su vez, mandaba que *“se abstenga el Consejo de conocer del asunto que los asentistas del embaldosado tienen pendiente ante el alcalde Orozco, y de otro cualquiera que concierna a su comisión de limpieza”*. Así se le participó al obispo gobernador el 16 de octubre para que se cumpliese⁵²⁶.

El 14 de mayo de 1761 Carlos III aprobó las medidas propuestas por Sabatini, que se publicarían y darían a conocer bajo el título de *“Instrucción para el nuevo empedrado, y Limpieza de las Calles de Madrid, en que se contiene substancialmente el Proyecto de Don Francisco Sabatini”*. Entre las numerosas disposiciones y medidas de la célebre *Instrucción* no había novedades técnicas o innovaciones que no se hubieran considerado o abordado antes, pero el valor de la instrucción radicaba en que por primera vez la limpieza de la corte se iba a realizar de forma sistemática e integral desarrollando, al mismo tiempo, todas y cada una de las acciones que se perseguían, o lo que es lo mismo, las soluciones que precisaba la generalidad de la urbe y sus ámbitos específicos de actuación: pozos negros, letrinas o secretas, empedrados-enlosados, vierteaguas y canalones, reubicación de muladares y construcción de alcantarillas, cambios operativos en los mantenimientos de limpieza y empedrados,

⁵²⁶ A.H.N. Consejos. Legajo, 9.430. *“Orden del rey para que en el Consejo de Castilla no se admitan recursos del nuevo proyecto de limpieza y empedrado por ser de privativo conocimiento de los dos alcaldes de esta comisión, con las apelaciones al gobernador del Consejo”*.

nuevas prohibiciones y órdenes que modificaron los hábitos de los vecinos, etc. Tan importante como el alcance que perseguía la *Instrucción*, fue el empeño decidido que puso el gobierno en su consecución, especialmente Esquilache, y, sobre todo, el respaldo financiero necesario para acometer las reformas, que ascendió en principio a 250.000 reales anuales con cargo a los fondos públicos municipales. De este presupuesto adicional se fueron entregando mensualmente las cantidades necesarias para hacer frente a los costes, a disposición y decisión del obispo gobernador del Consejo de Castilla, presidente de la Comisión de Limpieza⁵²⁷. No obstante, de la fiscalización de estos dineros se encargó el contador Juan Francisco del Corral, por deseo del referido gobernador⁵²⁸.

Según algunos historiadores, en todos estos aspectos radicaba el “éxito” de la *Instrucción* de Sabatini, pero, como veremos en los epígrafes siguientes, a medio y largo plazo el coste final del intervencionismo carlotercista en la ciudad fue muy elevado para los dueños de las casas y los vecinos, y muy comprometido para el presupuesto municipal, por las permanentes servidumbres y continuos desembolsos que conllevó la reiterada e irremediable limpieza y mantenimiento de los pozos negros⁵²⁹. Fue tan oneroso que apenas dejó margen presupuestario para poder construir una eficiente red de alcantarillado, cuyo desarrollo fue lento y carente de una previa planificación integral. Y es que hasta el momento no ha habido historiadores que se hayan interesado por analizar el ulterior funcionamiento y eficacia de las

⁵²⁷ El 1 de junio de 1761, se hizo presente en la Junta de Limpieza una resolución de S.M. de 31 de mayo anterior, comunicada al corregidor por el Marqués de Esquilache, previniendo que a consecuencia de la resolución tomada por el rey para la ejecución del nuevo empedrado y limpieza de las calles de Madrid, “quería que de la dotación de causa pública que esta Villa tiene se destinen por ahora 250.000 reales de vellón al año para las obras que se debían costear de estos fondos entregándose mensualmente lo que correspondiese a ellos a disposición del gobernador del Consejo, a fin de que pudieran aplicarlo en las referidas obras según fuese conveniente.” Se acordó cumplir y dar noticia de lo mismo a la contaduría, previniéndola que con la mayor brevedad certificase las cantidades aplicadas por Reales Resoluciones para limpieza y empedrado, y demás fines de la causa pública, junto con lo que por cada uno se satisfizo al año con los gastos indispensables que les tocaban. A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 1 de junio de 1761.

⁵²⁸ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 5 de junio de 1761.

⁵²⁹ Una descripción detallada de la Instrucción de Sabatini y el desarrollo de su ejecución entre los años 1761 y 1765 en Cervera Vera, L. “Francisco Sabatini y sus normas para el saneamiento de Madrid”, en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*. CSIC. Madrid, 1975. Pp. 137-189. También, en Chueca Goitia, F. “Madrid y las reformas de Carlos III”, en *Urbanismo e historia urbana en el mundo hispánico*. Tomo II, 1985. Pp. 927-938.

medidas adoptadas con la *Instrucción*, como tampoco tuvieron en cuenta toda la labor previa realizada con anterioridad a Carlos III⁵³⁰. Prueba de ello es que algunas de las iniciativas puestas en marcha, como la proliferación de pozos negros y el desarrollo de la red del alcantarillado, se revelaron como un auténtico fracaso, y todo lo hecho desde entonces y por hacer hasta finales del reinado de Fernando VII, se tuvo que dejar de utilizar, por inservible. Más aún, prácticamente se tuvo que construir de nuevo toda la red, ya entrado el régimen liberal⁵³¹.

Sin duda, las valoraciones históricas que tradicionalmente suelen darse sobre los resultados del intervencionismo de Carlos III en la ciudad están sobredimensionadas, carecen de un adecuado respaldo analítico de los hechos y, salvo algunas excepciones, no están bien argumentadas documentalmente⁵³². Han pesado más afirmaciones categóricas y juicios de valor como los enunciados por el marqués de San Leonardo en 1764, según el cual se consiguió poner remedio a una “*empresa imposible*” que permitió a los viandantes transitar por las calles sin estar expuestos a todo tipo de salpicaduras; o a los relatos de viajeros extranjeros, como el de Peyron, que visitó Madrid entre 1772 y 1773, quedando asombrado de su limpieza; o las declaraciones de Beaumarchais, quien concluyó que Madrid pasaba por ser una de las ciudades más limpias que había visto⁵³³. No se pretende dudar de estas

⁵³⁰ Hasta la fecha sólo existen dos publicaciones que recogen con detalle la labor previa realizada en Madrid con anterioridad a Carlos III, en materia de limpieza, saneamiento e higiene. Estos trabajos son los de Blasco Esquivias, B. *¡Agua va! La higiene urbana en Madrid (1561-1761)*. Madrid, Caja Madrid, 1998; y Pinto Crespo, V., Gili Ruiz, R., Velasco Medina, F. *Historia del Saneamiento de Madrid*. Fundación Canal de Isabel II. Madrid, 2014.

⁵³¹ Pinto Crespo, V., Gili Ruiz, R., Velasco Medina, F. *Historia del Saneamiento de Madrid*. Fundación Canal de Isabel II. Madrid, 2014.

⁵³² Tal es el caso de algunas publicaciones como las colectivas que se editaron con motivo del bicentenario de la muerte de Carlos III, tituladas *Carlos III, Alcalde de Madrid*. Ayuntamiento de Madrid, Madrid, 1988; *Carlos III y la Ilustración*. Ministerio de Cultura, Madrid, 1988; las de Cervera Vera, L. Ob. cit.; Sanz Sanjosé, M. G. y Merino Navarro, J. P. “Saneamiento y limpieza en Madrid, siglo XVIII”, en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*. CSIC. Madrid, 1976; Rodríguez Ruiz, D. (dir.). *Francisco Sabatini (1721-1797). La arquitectura como metáfora del poder*. Electa, Madrid, 1997; Martínez Ruiz, E. *Ilustración, ciencia y técnica en el siglo XVIII español*. Universidad de Valencia. Valencia, 2008.; y por citar alguna más la de Sica Paolo. *Historia del Urbanismo. El siglo XVIII*. Instituto de Estudios de Administración Local. Madrid, 1982. Por el contrario, también ha habido publicaciones que venían a desmitificar y relativizar los éxitos del intervencionismo carlotercista en la ciudad, como se puede ver en Equipo Madrid. *Carlos III, Madrid y la Ilustración*. Siglo XXI, Madrid, 1988.

⁵³³ Los testimonios del marqués de San Leonardo en Cervera Vera, Ob. cit.; el del viajero Peyron en López Gómez, A. “Madrid a mediados del siglo XVIII”, en *Planimetría General de Madrid*. Editorial

afirmaciones ni tampoco se pretende malbaratar los logros conseguidos por Carlos III, pues como veremos en los epígrafes siguientes, el intervencionismo más decidido del gobierno en los diferentes negociados municipales provocó mejoras sustanciales con respecto a los periodos precedentes. Pero, en todo caso, y esto si conviene matizarlo y recalcarlo, a un coste muy elevado para los dueños de las casas, los vecinos, la hacienda local, y hasta para el primer gobierno de Carlos III. La conflictividad social registrada en Madrid durante el Motín contra Esquilache, en marzo de 1766, tuvo como principales causas no sólo el incremento de los precios del pan, sino también el descontento y los costes ocasionados por las obras de mejora y las reformas que se iniciaron a partir de 1761, fundamentalmente, con cargo a los bolsillos de los dueños de las casas y, en menor medida, de una población que había sufrido el incremento del precio de los alquileres y de los combustibles empleados para iluminar las calles⁵³⁴.

La comisión de limpieza presidida por el obispo gobernador del Consejo estuvo funcionando hasta mediados de agosto de 1765. Cinco meses antes, y tras considerar el rey que se habían alcanzado buena parte de los objetivos de la *Instrucción* de Sabatini, el marqués de Grimaldi sustituyó a Esquilache al frente de este cometido tan importante para la ciudad, con el encargo de velar por el aseo de las calles, continuar los embaldosados y acometer el nuevo alumbrado. Del cese de la comisión se dio cuenta a la Junta de Limpieza el 16 de agosto, haciéndosele presente una R.O. de S.M. comunicada por el Marqués de Grimaldi, el 13 anterior, por la que se mandaba que los asuntos de limpieza “*corriesen únicamente al cuidado del Ayuntamiento, cesando en ellos al Ilustrísimo Señor Gobernador del Consejo –de Castilla–, y la exacción de los doscientos y cincuenta mil reales de vellón que en cada año sufrían las dotaciones de causa pública*”. Además, se informó al ayuntamiento que con cargo al presupuesto municipal ya no se necesitaría la aportación anual extraordinaria de 250.000 reales de vellón⁵³⁵.

Tabapress. Pp. 17-40; las declaraciones de Beaumarchais se han tomado de Thomas, H. *Madrid, una antología para el viajero*. Grijalbo, Madrid, 1988. Pp. 83.

⁵³⁴ López García, J.M. *El motín contra Esquilache*. Alianza Editorial. Madrid, 2006.

⁵³⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta Nueva de Policía. Acuerdo del 16 de agosto de 1765.

8.1. La *Instrucción* de Sabatini.

La *Instrucción* estaba compuesta por 13 artículos o medidas que se agrupaban en dos bloques, en función de si debían ser cumplidas y realizadas por los dueños de las casas, porque afectaban a mejoras en sus viviendas y fachadas, o si debían ser satisfechas con los fondos públicos, porque se trataba de servicios urbanos básicos como la recogida de basuras, la limpieza de pozos o los nuevos embaldosados o enlosados de algunas partes de las calzadas de las calles o plazas públicas⁵³⁶.

Dentro del primer bloque hay varias disposiciones referentes a los nuevos enlosados que debían realizarse en las calles y, aunque no era novedad obligar a los vecinos a empedrar las pertenencias de sus casas, en adelante deberían hacerlo también todos los edificios públicos y religiosos. No obstante, esta medida fue impopular para los dueños de las casas, ya que además de sufragar los antiguos empedrados de las delanteras de sus casas, también, con cargo a las sisas que gravaban fiscalmente productos básicos como el vino se habían venido manteniendo las contratas del antiguo empedrado. Teniendo en cuenta lo visto en los capítulos anteriores, cabe recalcar que más que a empedrados, que la ciudad ya los tenía, la disposición se refiere a embaldosar las aceras con losas de piedra berroqueña, por el frente y los laterales de las casas que lindaran con las vías públicas, en anchura de una vara -0,835 metros-, con la prevención de dotar las nuevas losas con muescas y agujeros en el centro, por si era menester levantarlas en un futuro para instalar encañados o albañales. Esto es, se trataba de reemplazar los empedrados de los costados de las casas por aceras de baldosas o losas de piedra berroqueña, preparadas para recibir por debajo de las mismas las aguas residuales de los canalones de las viviendas, y dirigirlas ordenadamente a los albañales, sumideros o alcantarillas. De esta obligación tan sólo fueron exceptuados las instituciones benéfico-asistenciales y los conventos de monjas, cuyos enlosados se realizarían con cargo a los caudales públicos. En el caso de que algún propietario no cumpliera la medida, sobre todo si su casa

⁵³⁶ Una copia impresa de la *Instrucción* se encuentra en A.H.N. Consejos. Libro de Gobierno de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, 1.348, fols. 448-452.

estaba en una calle principal, se le confiscarían los alquileres, y si fuese comunidad religiosa se aplicarían las refacciones que correspondieran.

Otra obligación que debían satisfacer los propietarios, bajo las mismas premisas coactivas, consistió en poner en todos los tejados exteriores de sus casas canalones de hojalata o plomo con sus desagües correspondientes al ancho de cada calle. Otra más, aludía a la obligación de instalar canalones o conductos, preferentemente colocados en el interior de las casas, embebidos o adosados a las paredes, para que todos los cuartos de las mismas pudieran verter en ellos las aguas sobrantes de usos domésticos y cocinas. Por esta razón, los canalones debían tener la forma de una i griega -Y-, con los brazos menores de la misma en forma de embudo para permitir, por uno de ellos, el vertido de las aguas, y, por el otro, el empalme con el canalón de otros cuartos del inmueble y así facilitar el vertido en la misma bajante que, a su vez, desaguaría en un pozo o sumidero. Si se diera el caso de no poderse habilitar dichos conductos las aguas debían ser obligatoriamente conducidas cubiertas por los patios o portales de las casas hacia la calle, con la debida pendiente, sin provocar molestias a los transeúntes que caminaban junto a las fachadas de las casas, ni estorbos a carruajes y caballerizas con arroyuelos o canales. Para garantizar que, efectivamente, por esos conductos sólo se podían evacuar las aguas menores se obligó a poner *rallo* (rejilla) en su vertedero.

Además de estos canalones para las aguas menores, todos los cuartos y casas de la Villa debían tener otros canalones para la evacuación de la *inmundicia principal*, aguas negras o mayores, conectados a pozos negros contruidos a la debida profundidad y forma, para que pudieran limpiarse a su debido tiempo. Quedaban exceptuados los inmuebles que podían verter directamente a las alcantarillas existentes. Estos conductos debían ser de barro, de 14 dedos de diámetro y revestimiento vítreo en su interior. Tenían que construirse en el interior de los muros de la casa, machihembrados, disponiendo un tramo en forma de i griega -Y- para usar uno de sus brazos cortos como vertedero, sin rejilla y con tapón para evitar los malos olores, y, el otro, para conectar con el del cuarto del piso superior, y sucesivos, hasta llegar al tejado donde abiertos favorecerían su ventilación. La evacuación de las aguas

mayores debía ir a parar a los pozos negros en tanto se pudieran continuar “*las Minas y Conductos de que trató Don Joseph Alonso de Arce*”-alcantarillas- en 1735. Conforme se fueran ejecutando estos canalones se debían quitar los de madera que se habían empleado hasta entonces. Para dar fuerza a esta disposición se prohibió rigurosamente arrojar cualquier despojo o inmundicia por las ventanas, aún a las horas que hasta entonces se había permitido a la población. Con esta medida se ponía fin a una tradición, la del *¡Agua va!*, que durante tantos siglos había convertido las calles en estercoleros y provocado innumerables perjuicios y molestias al propio vecindario.

Huelga recordar que buena parte de estas obligaciones que recaían directamente en los dueños de las casas ya fueron apuntadas por Ardemans, Alonso de Arce y Bort en las décadas precedentes, como también el supuesto rechazo y oposición que iban a tener por parte del vecindario. Por esta razón, y para compensar el excesivo coste que iba a suponer para los propietarios desembolsar los fondos que se necesitaban para realizar todas estas obras, la Corona autorizó a los dueños de las casas a subir el precio de los alquileres hasta un 5% del coste total de las obras, una solución que, como era de esperar, tampoco gustó a una población que mayoritariamente vivía en régimen de alquiler.

Con respecto a las medidas que debían satisfacer los caudales públicos y atender los servicios municipales, esto es, las del otro bloque de disposiciones antes aludido, nuevamente se traían a colofón las tradicionales ordenanzas y normas que regulaban la recogida de basuras y desperdicios de los vecinos, gremios y derivadas de otras actividades económicas. Como era costumbre, los obligados de la limpieza seguirían encargándose de estos menesteres por medio de las contratas habituales, así como de la limpieza de las plazas públicas y de los pozos negros que en adelante también pasaron a depender de la Junta de Limpieza. Sobre este respecto, se previno que los dueños de las casas debían usar el estiércol de animales y las cenizas de sus hogares, para mezclarla con las inmundicias de las aguas mayores de los pozos y minorar así los efectos nocivos de su limpieza.

En la recogida de basuras, despojos y estiércol se exceptuaron los generados por tahonas, panaderías, almacenes, puestos de carbón y los escombros acumulados por obras, que tendrían que recogerlos sus dueños o quienes los produjeran con los medios de que dispusieran. Por último, también se planteó ejecutar con cargo a los caudales públicos los enlosados de las calzadas de las calles que no estaban obligados a realizar los dueños de las casas, con la prevención de hacerlos con baldosas de un pie cuadrado y rayadas, como se había realizado en el patio, pórtico y entrada del Palacio Real, resultando más duradero y cómodo para los viandantes y el tránsito de carruajes, además de su más ágil limpieza.

Al mismo tiempo, los canales o albañales que se debían habilitar en el centro de la calzada se ejecutarían con las mismas baldosas, de un pie de ancho por dos de largo, sin que tuvieran bordes o vértices de ninguna clase, *“pues solamente se han de distinguir dichos arroyos en el tamaño de las baldosas y en el declive correspondiente en el embaldosado, desde cada cera a dicho arroyo”*. A los canales o conductos de las calles principales debían verter los de las calles aledañas pero dispuestos en línea recta, buscando la corriente, y no oblicua como habían realizado los empedradores hasta el momento. En consecuencia, no se permitían otras conducciones superficiales que atravesaran los embaldosados de las calles con las aguas menores y de lluvias de las casas, salvo los que fueran irremediables y debiendo hacerse rectos y planos.

La *Instrucción* finalizaba recordando una de las disposiciones más habituales de las ordenanzas de limpieza, cuya antigüedad se remontaba a la Edad Media, como era la de prohibir que las pjaras y los cerdos deambularan por las calles, aunque se tuviese privilegio o permiso para hacerlo, como en el caso de los religiosos que regentaban el Hospital de ergóticos de San Antonio Abad, de la calle de Hortaleza. A cambio, se les compensó custodiando y guardando sus pjaras cuando se sacaban al campo, con cargo al erario público⁵³⁷.

⁵³⁷ A.H.N. Consejos. Libro de Gobierno de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, 1.348, fols. 415-422. El 7 de agosto de 1761, el fiscal de la Sala, en vista del memorial enviado por la Real Casa Hospital de San Antonio Abad, con sus privilegios, bulas y certificaciones, y teniendo en cuenta el capítulo 13 de la Real Instrucción por el que se prohíbe tener cerdos por la calle, *“sin embargo de cualquier privilegio que*

Todas estas disposiciones y obras se fueron desarrollando durante los cinco años siguientes a la aprobación de la *Instrucción*, bajo el celo de los alcaldes de la Sala, los diferentes arquitectos y maestros de obras que directamente recibían las órdenes de Francisco Sabatini, y con el impulso decidido del gobierno y del corregidor⁵³⁸. Así, el 25 de mayo de 1761 el Concejo en reunión extraordinaria hacía presente las órdenes que había dado el corregidor Francisco de Luján para que se ejecutase lo mandado por el rey, se liberaron los 250.000 reales anuales de los caudales de los fondos públicos para acometer parte de las obras y se votaron las comisiones que, en adelante, debían de encargarse de la limpieza y empedrados de los cuarteles de la ciudad. También hubo que solventar algunas objeciones planteadas por los propietarios de las casas tocantes a las obras de pozos y empedrados, sobre todo, por los riesgos de

pretendan tener los religiosos del citado San Antonio, bien que se les compensará del caudal de causa pública la satisfacción del gasto, que la custodia de su ganado de cerda ocasione en el campo". El fiscal también aludía a otros gastos que debía soportar esta indemnización de causa pública, como hacer frente al alimento diario de los cerdos "*por ser tan estéril el campo que rodea esta capital como está a la vista*", así como el alquiler de los corrales para encerrar de noche tan excesivo número de cerdos. El fiscal propuso indemnizarles con la celebración de una fiesta de toros anual para no incrementar los gastos de causa pública y "*se libre para siempre la Corte de tanto inmundo animal como la infesta y afea*". En el memorial enviado al fiscal por los clérigos figuraba que el privilegio de poder tener cerdos a los hospitales de San Antonio Abad y que puedan deambular por las calles, le fue concedido por Enrique III, hijo de don Alonso en la era de 1406. Este dato lo cuestionó el fiscal argumentando que "*en las eras de 1406 correspondiente al año de Cristo de 1366 imperaba el Sr. Rey D. Pedro, y no D. Enrique tercero, como porque en tiempo de este monarca no se contaba ya por eras, y ni fue hijo, sino bisnieto del Sr. Rey D. Alonso*". Pero el caso es que gozaban de este privilegio desde tiempo inmemorial. Y es que la manutención de este hospital y la comunidad de monjes dependían de la venta de los cerdos, que los alimentaban y paseaban por el barrio del Barquillo, la cual ascendía a más de 35.000 reales al año, como se sustentaba por la certificación dada por el Administrador general del Abasto de Tocino, habiendo vendido la Casa de San Antón en el quinquenio de 1756 a 1760, 1.235 cerdos en valor de 175.366 reales de vellón. En el informe y valoración que hizo la Sala sobre este asunto se dio cuenta que realmente este privilegio fue dado por Enrique II. En 1744 se les reconoció su privilegio pese a contravenir los numerosos bandos que se publicaban sobre la limpieza, e incluso se mandó a la Sala que con respecto a este asunto "*no hiciese novedad*", pero ya entonces se les obligó a reducir el número de cerdos que poseían, lo que no hicieron ya que al año siguiente tuvieron entre 40 ó 50 cerdos, y entre los años de 1756 a 1760 habían vendido para el abasto de Madrid más de 240 cerdos cada año. La Sala concluyó que S.M. no estaba obligado en fuerza, según el capítulo 13 de la instrucción, a dar alguna recompensa por privar a la casa de San Antón de la libertad de criar y apacentar sus cerdos en las calles de Madrid, pero como el capítulo 13 de la Instrucción les privaba de recoger los cerdos que les diesen en las casas a donde llegaban a pedirlos para sacarlos sin dilación al campo, se posicionaron favorables a darles alguna recompensa equivalente.

⁵³⁸ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta Nueva de Policía. Acuerdo del 16 de agosto de 1765.

hundimientos y humedades que podían derivarse de su construcción, lo que se resolvió mediante la creación de una comisión técnica, formada nada menos que por arquitectos de renombre como el propio Saquetti y otros alarifes conocedores del subsuelo, quienes darían el informe preceptivo para acometer dichas obras. Otras objeciones, como la dejación, la pasividad y la falta de celo del Concejo fueron solventadas por la acción y determinación del marqués de Esquilache y del obispo gobernador del Consejo de Castilla en hacer cumplir la *Instrucción*.

En los epígrafes siguientes se da cuenta detallada de todas las medidas que se realizaron conforme a lo mandado por la *Instrucción*.

8.2. La generalización de los pozos negros o fosas sépticas en el subsuelo de la Villa.

Apenas unas semanas después de la aprobación de la *Instrucción* de Sabatini (14 de mayo de 1761), comenzó la construcción de los pozos negros de la Carrera de San Jerónimo y sus calles aledañas, de las calles del Prado y Mayor hasta la Parroquia de Santa María de la Almudena, y de la calle de Segovia, lugar por el que el rey solía salir a cazar. Para que no hubiera dilación en su rápida ejecución, el 20 de junio siguiente una Real Orden mandaba a los arquitectos de la Villa que se dedicaran exclusivamente a la construcción de pozos negros, y para verificar que así se hacía los dos alcaldes de la Sala, al frente de sus respectivos departamentos, cada quince días darían certificación al obispo gobernador del Consejo de los progresos que se iban haciendo y de cuantos arquitectos se empleaban para su construcción⁵³⁹. Fue prioritario abrir y construir en primer lugar los pozos negros, los sumideros –pozos de aguas sobrantes y residuales- y las cajas de algunas alcantarillas que más adelante comentaremos, para posteriormente realizar los nuevos enlosados de las calles y el resto de mejoras contenidas en la *Instrucción*.

⁵³⁹ A.H.N. Consejos. Legajo, 9.496. “Listas enviadas al obispo gobernador del Consejo de Castilla por los alcaldes de los dos departamentos, dando cuenta de los arquitectos que les habían remitido las relaciones de pozos, que había construido cada uno de ellos”.

Para llevar a término su construcción Francisco Sabatini terminó de redactar las reglas específicas que debían observar los arquitectos a la hora de dirigir y construir cloacas o pozos, conductos y vertederos de aguas mayores y menores, con el fin de que no pudieran alegar desconocimiento⁵⁴⁰. Realmente, se trataba de una reedición de las disposiciones de la *Instrucción* aprobada el 14 de mayo anterior, que ampliaba en algunos aspectos como la ubicación idónea de los pozos, teniendo en cuenta por donde desaguaban las vertientes, el numero de cuartos de las casas, la existencia de panaderías, tahonas u otras industrias, aconsejando que se hicieran en el lugar menos útil de la casa (garajes, sótanos, patios, escusados, etc.); y, entre otras, que a los pozos vertieran directamente los conductos, evitando minas y atarjeas. No cabe duda de que era una tarea muy delicada por la porosidad y fragilidad del subsuelo de la Villa (arenas y gravas), de por sí horadado por no pocas minas, sótanos y cuevas, pudiendo afectar a los cimientos de las casas y de las calles colindantes. También, se antojaba peligrosa y no sólo por la dificultad y el riesgo que implicaba para los operarios abrir y construir los pozos, sino también por las temidas filtraciones o “*trasporaciones*” a cursos de aguas limpias, como la red de minas de los Viajes de Agua u otros pozos de aguas potables que quedarían inservibles y contaminados. Sabatini se había esforzado en matizar estas reglas constructivas, pero apenas un año después se empezaron a percibir notables perjuicios y dificultades en los pozos construidos. Fueron frecuentes los casos de ejecuciones y ubicaciones defectuosas e inadecuadas; en muchos de ellos se emplearon materiales de mala calidad en el revestimiento de su fábrica; se proyectaron con poca capacidad de llenado y de impermeabilización, provocando *trasporos* y su rápido colmatado. También, influyó negativamente la incapacidad económica y la morosidad de los dueños de las casas que tuvieron que asumir el coste de su construcción bajo los incesantes apremios de los alcaldes de la Sala y los bandos coactivos del gobierno. Todas estas cuestiones que veremos a continuación, afectaron al proceso constructivo de los pozos negros de la Villa y a la postre a su costoso mantenimiento, por la creciente y permanente necesidad de su reparación y limpieza.

⁵⁴⁰ Estas reglas fueron comentadas por Muñoz Jiménez, J. M. “Nuevos documentos sobre saneamiento y alumbrado de Madrid en el siglo XVIII: “las reglas para construir cloacas” de Francisco Sabatini y las “Instrucciones” para el servicio de iluminación”, en tirada aparte de los *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*. Tomo XXII. Raycar Impresores. Madrid, 1966.

Para hacernos una idea del volumen de trabajo y del ritmo de las obras empleado en su construcción, en los primeros estudios que hicieron algunos historiadores contemporáneos se estimó que entre 1762 y 1765 se ejecutaron un total de 13.029 pozos negros⁵⁴¹. Sin embargo, cabe advertir que según el informe realizado el 24 de julio de 1766 por los alcaldes de corte Nicolás Blasco Orozco y Manuel Ramos, que, respectivamente, tenían bajo su control los departamentos Alto y Bajo de la ciudad, tan sólo se habían construido 9.890 pozos, esto es, 3.000 menos de los que se pensaba, repartidos entre las 7.398 casas que había entonces en la ciudad, distribuidas en sus 506 calles⁵⁴². Aún así, la cifra es considerable. Como Madrid tenía entonces cerca de 7.400 casas, resulta que en algunas de ellas se habían tenido que construir más de un pozo o incluso tres, sobre todo, en algunas zonas del departamento Bajo próximas al centro urbano y con mayor población como Carretas, barrio de la Latina, Concepción Jerónima, Atocha, Carrera de San Jerónimo, Embajadores y Huertas. Tampoco faltaron zonas en el departamento Alto donde se concentraron en gran número, como en las calles del Arenal y su entorno, Sol, Preciados, Jacometrezo, Mayor, Hortaleza, Alcalá y Fuencarral⁵⁴³. El número tan imponente de pozos construidos fue debido a la extraordinaria densidad de población que soportaba una ciudad de apenas 800 hectáreas de superficie, en la que entonces vivían alrededor de 150.000 habitantes.

8.2.1. El temor de la Villa a convertir el subsuelo en una fosa séptica.

Apenas iniciadas las obras de los primeros pozos, el ayuntamiento envió una representación al gobernador del Consejo de Castilla, presidente de la Comisión de Limpieza, remitida por su procurador general, José Antonio de Pinedo el 31 de agosto de 1761, en la que se le daba cuenta de algunos peligros y prevenciones que tenía la Villa sobre la nueva *Instrucción* de limpieza.

⁵⁴¹ Los datos del proceso constructivo de los pozos y las áreas de densificación de los mismos se encuentran en Sanz Sanjosé, M. G. y Merino Navarro, J. P. Ob. cit.

⁵⁴² A.V.M. Secretaría 1-36-26.

⁵⁴³ Sanz Sanjosé, M. G. y Merino Navarro, J. P. Ob. cit.

Pineda informaba al obispo gobernador que el 14 de agosto de 1761, tras haber recibido su orden para llevar a cabo los pormenores de la *Instrucción*, se dispusieron a hacerla cumplir pero que a tenor de los incidentes que se estaban provocando, como la necesidad de apuntalar algunas casas, *“por tener poco cimientto, y en otras ser este de la que llaman piedra de San Isidro, pues como generalmente por la poca disposición interior han salido todos a la calle a hacer los pozos pegados a los umbrales de las puertas, o paredes de las casas, luego que se abrieron se advirtió el riesgo, pudiéndose igualmente temer en las calles con repetidos hundimientos, estando por una cera y otra abiertas por tantas partes, pues es regular que de unas a otras con el tiempo se comuniquen y ocasionen este perjuicio que será de mucha consideración y muy expuesto a desgracias, que es lo que al presente se reconoce con sólo ver los pozos, y su disposición, quedando el recelo que si las aguas podrán padecer por lo inmediatas que en algunas partes van sus cañerías, porque aunque en el pronto se advierte estar mucho más hondos los pozos que ellas, puede temerse por lo muy poroso de la arena, y también como estos han de ir llenándose la inmundicia irá subiendo y acercándose a las aguas”*. En consecuencia, la Villa era del parecer y pedía que *“bajo de juramento, el Maestro Mayor, los fontaneros y Ángel Ballina, quien por su grande inteligencia, así en esto como en las aguas subterráneas de los pozos está entendiendo en las obras reales de Aranjuez y Buen Retiro, declaren si tiene o pueden tener alguno de estos riesgos, y en la misma forma los maestros arquitectos y el mayor lo ejecuten en cuanto a la seguridad de casas y calles”*⁵⁴⁴.

En la misma representación de la Villa, se aludía al capítulo 4 de la *Instrucción*, por el que se obligaba a los dueños de las casas a costear un conducto para las aguas de cocina y demás menores con sumidero o pozo, y donde no hubiese esta disposición ni la de encaminarla a conductos públicos, se cubrieran dichas aguas por los patios o portales a las calles, de modo que pudieran salir por la superficie de estas, con un principio de vertiente a la salida solamente. Y según lo que había advertido la Villa se estaba haciendo por medio distinto, pues para estos fines también se hacen pozos –

⁵⁴⁴ A.H.N. Consejos. Legajo, 9.424. *“Expediente sobre los perjuicios que ocasionaban los pozos a los edificios y aguas de las fuentes, con dictámenes de los arquitectos Sabatini, Sachetti, Moradillo, Ballina, Arredondo, etc., y de los fontaneros de los Viajes de Agua”*.

sumideros- en las calles con lo que se aumentaban mucho los riesgos en ellas con motivo de la apertura de los otros pozos, *“y más el que queriendo recoger en ellos todas las aguas interiores llovedizas, si hubiese muchas, como regularmente sucede, es preciso que busquen su salida, y esta ocasiona perjuicio en el terreno de las calles, y más particularmente en los pozos que para servidumbre común de las casas y caballerizas están contruidos, y sólo con introducirse en ellos aguas llovedizas se corrompen y quedan inútiles, y siendo de otra naturaleza las que pueden trasporarse de los nuevos pozos, se deja discurrir el perjuicio irreparable al público, sobre cuyo punto deberán declarar en la misma forma que en los antecedentes los arquitectos, y lo mismo sobre si, haciéndose interiores en los patios igualmente podrán causarle en los sótanos, cuevas y cimientos de las casas exponiéndolas a venirse abajo, por cuyas consideraciones y la de no poder dejar de recibir las calles toda el agua que enderechura caiga del cielo, y lo mismo cuanta reciban los tejados de todas las fachadas de las casas, y por los canalones viertan igualmente a ellas, si son fuertes o continuas no comprendo que aumente o disminuya para el empedrado el que salgan las interiores a las calles y todas tengan la vertiente juntas como hasta aquí, reconociéndose sólo de esto aumentarse gasto a lo grande que ocasionan los otros pozos, y baldosas en que los dueños padecen el pronto desembolso, y los inquilinos en ellos la nueva contribución del cinco por ciento del coste de las obras”*. Se recordaba que en el propio capítulo 11 de la *Instrucción* sólo se debían permitir los arroyos que sean indispensables para la salida de las aguas interiores, llovedizas u otras de dichas casas⁵⁴⁵.

La inquietud del ayuntamiento también estuvo motivada por un supuesto brote de peste que se inició en unos pozos que pertenecían a las casas del abad Alejandro Pico –de la Mirándola-, pero que atajó el obispo gobernador del Consejo, tras mandar a Sabatini examinar en profundidad los referidos pozos. El 23 de agosto Sabatini comunicaba al obispo que tal peste era *“una fábula de las muchas que en todos tiempos se fraguan y se publican por algunos ociosos en esta Villa, pues teniendo en su*

⁵⁴⁵ Ibídem.

*casa ya hechos los conductos no ha experimentado ni experimenta la menor novedad, ni mal olor y si mucha conveniencia y limpieza*⁵⁴⁶.

El 8 de septiembre el obispo gobernador del Consejo ordenaba a los alcaldes de ambos departamentos, Nicolás Blasco de Orozco y Manuel Saturio Castejón, que se examinasen todos los particulares de la representación que le había remitido el procurador general de la Villa, con asistencia de Francisco Sabatini y su teniente José de la Ballina; del maestro mayor de obras de Madrid y Fontanero Mayor, Juan Bautista Sachetti, así como de *“otros maestros del mayor concepto”* para que expusieran todos *“su dictamen por escrito”* y se le informase. Dos días después, en la posada del alcalde Nicolás Blasco de Orozco, se reunieron el otro alcalde de departamento, Manuel Saturio Castejón, el escribano de la cámara y todos los arquitectos citados, salvo el Fontanero Mayor Domingo García que se encontraba ocupado en las obras de fontanería del Palacio de Boadilla, del Infante Luis de Borbón, y del fontanero Benito Pardo que se encontraba enfermo. Comenzada la reunión se les leyó la representación del procurador general de la Villa y lo que al respecto ordenó el obispo gobernador del Consejo, a lo que todos respondieron que darían pronto escrito de lo que se les requería, y se les proporcionó copia de la referida representación⁵⁴⁷.

En el dictamen que suscribieron el 19 de septiembre siguiente, Antonio Beade y Domingo García, fontaneros de la Villa encargados de los viajes de agua, opinaron que era improbable la contaminación de las aguas dulces y potables por los vapores o gases que pudieran exhalar los pozos negros: *“parece que estos no sean poderosos a perjudicar a las aguas de los viajes, que van conducidos por sus cañerías, y zanjas abiertas, a causa de hallarse guarnecidas todas estas que son de barro o plomo, de fábrica de albañilería de cuadrado, y tener acreditado la experiencia de que en los mayores vaciaderos de inmundicia de las calles, en donde hay muchas cañerías que con dificultad tienen un pie de tierra sobre la guarnición, jamás se ha visto había penetrado lo acre del légamo inundo más que a la primera tonga de tierra, sobre que se sienta*

⁵⁴⁶ Ibídem.

⁵⁴⁷ Ibídem.

el empedrado, si bien, nos hacemos cargo, que la ventilación y pureza de los aires contribuye mucho para desvanecer sus halitos, y que en los pozos donde se halla encerrado debe creerse sean más activos los que levanten, pero no suficientes a traspasar la fábrica y embetunado de los caños, por cuyo motivo puede desvanecerse todo recelo en esta parte según lo que comprendemos". Con respecto a que si podían los líquidos inmundos de los pozos traspasarse o "trasporarse" a las minas de los viajes de agua *"nos parece no admite la menor duda de que las aguas se viciarían, lo que es muy temible respecto a que en la mayor parte donde se construyen los pozos se hallan inmediatas las minas de los viajes, bien que se dirá se salva este perjuicio con el vestido de fábrica de ellos, y que entre estos y las minas, que da a tierra firme entre sus costados, además del resguardo de fábrica de su guarnecido, en muchas partes que están vestidas".* Por último, para evitar con garantías las filtraciones insistían que *"es necesario la proporcionada distancia y mayores gruesos de fábrica en sus guarnecidos de los dichos pozos, respecto la calidad de los terrenos"*⁵⁴⁸.

El dictamen remitido por Sachetti, Maestro Mayor de Obras y Fontanero Mayor de la Villa, el 24 de septiembre de 1761, presentó más reticencias que el de los fontaneros, coherente con las funciones que realizaba en virtud de su cargo, pero también por la experiencia que poseía sobre la problemática del subsuelo madrileño. Con respecto a los daños que se podrían producir en los edificios con la construcción de los pozos, *"en parte de sus sitio o contiguos a su fábrica",* se habían detectado defectos en los cimientos de algunos edificios *"y la precisión de haberse debido apear algunas casas donde se arguye sucederá lo propio en otras muchas así de antigua, como moderna fundación por haberse en todos tiempos balanceado la economía con arreglo a las miras particulares de los dueños de las casas, y maestros de obras, y a la mayor o menor suficiencia de estos, cuanto por haber sido común en lo antiguo el uso de la piedra de San Isidro",* si bien, con el propósito de cumplir la Instrucción *"dirigida al fin del bien público respecto abundar el arte de arbitrios para, aunque a mayor costa de los dueños, salvar los riesgos, hacese por esta parte remoto el recelo de ruinas*

⁵⁴⁸ A.H.N. Consejos. Legajo, 9.424. "Dictamen de Antonio Beade y Domingo Garcia, fontaneros de los viajes de agua".

siempre que los edificios constituidos en semejantes contingencias estén cometidos al cuidado de Maestros experimentalmente idóneos, y estos con el conocimiento debido los apliquen oportunamente por las reglas de la facultad el reparo interino y formal que el estado o circunstancias de cada uno de ellos requiera, con anticipación a la obra de pozos o depósitos referidos". Sin embargo, se mostró más receloso con el impacto que podían producir en la solidez de las calles, habida cuenta que en el subsuelo ya había muchos "vacuos subterráneos conocidos e incognitos: los primeros son de cuevas y sivils que vestidos, y por vestir, salen del plomo de las fachadas, unos y otros menos, y algunos atraviesan la acera opuesta; otros son de las minas de los Viajes de Agua, que a trozos están vestidas, y en partes no; los segundos son cavidades y serros cuya situación se ignora, y sólo la casualidad en distintas ocasiones ha descubierto algunos bastante capaces y peligrosos que se han terraplenado y macizado; y a estos se agrega por relación de Patricios, haber minas de larga y tortuosa línea, y mucha profundidad". Prevenía por tanto que si se abriese un pozo cerca de estas cuevas o minas "es indubitable que, no obstante vestirse por el método ordinario, que se observa, se debilite mucho el terreno en tales parajes, aunque por naturaleza sea sólido y firme, y mucho más en donde fuera flojo o echadizo". Y continuaba. "En estos casos, y en el de hacerse por la angustia de algunas calles frontero el uno al otro los depósitos –pozos-, como se nota practicarse, de modo que únicamente queda exento y medianero el arroyo, se hace dudosa su permanencia por motivo de tener un corto hueso la fábrica con que generalmente se guarnecen, carecer de los codales y empotros, que su común figura cuadrilonga necesita repartidos en la altura, y por no emplearse material adecuado, y con el conocimiento que pide esta clase de obras". Y añadía. "Con los citados fundamentos, y de haber depósitos de figura irregular es temible la subsistencia del cañón de rosca y bóveda con que se cubren, escasos algunos en la correspondiente imposta, volteados otros en elevación contra los cimientos de las casas, y distintos con tal altura que para su resguardo los tocará poca capa de tierra, pues siendo continuo el batidero de ruedas aun por las calles que por su limitada anchura sólo admiten un coche, es indispensable que al desviarse unos de otros en las espaciosas, o al tomarlos desde los portales, y apearse en estos, tengan incesantemente dichos cañones, o

*bóvedas que sufrir encima dos de sus ruedas, y carguen todas cuatro en las angostas sobre los depósitos que se hallasen uno al otro fronteros*⁵⁴⁹.

Con respecto a la contaminación de las aguas de pozos y viajes de agua, Sachetti explicó que estas iban conducidas por minas, dando cuenta de los detalles de esta infraestructura, para aseverar *“que la transporación de líquidos es un efecto natural de ellos, cual lo es de los terrenos y materiales el absorberlos, y franquearlos paso en proporción de la propia mayor o menor porosidad no sería extraño que haciéndose depósitos para légamo y líquidos inmundos con material muy esponjoso y destituido de la congruente crasitud y nervio, se rezumasen fácilmente algunos, aunque baje más que la de las dichas minas –de los viajes- su planta, ya sea por la citada causa de porosidad o ya por sentimiento que el peso de los edificios y empujo, o flojedad de los terrenos que los ciñen motivase a la fábrica o guarnecido de ellos, máxime reflexionando que con el tiempo se mediaran unos y en otros subirá a mayor altura el contenido hasta llenarlos”*. Quedaba claro que más tarde o más temprano acabarían filtrándose a las minas de viajes y pozos, con el aditivo que provocaban las sales corrosivas de los líquidos, además, de los distintos ramales que conducirán a ellos, al aproximar su comunicación a las minas de los viajes, y aún bien vestidos no garantizarían su impermeabilidad por *“ser fácil la traspiración de los líquidos y álitos nocivos de un barro a otro, y no ser suficiente preservativo para impedir la el construirse los recipientes por el método común con materiales del consumo ordinario de esta Villa, y con escasez de los competentes gruesos tiene lugar el recelo de que puedan, aunque no tan prontamente, perjudicar a las aguas de las fuentes”*. En definitiva, Sachetti insistió en que no se escatimaran medios económicos y humanos (mejores materiales y arquitectos) ni prevenciones y seguridad para minorar los riesgos de los pozos, tanto en cimientos de edificios, como en las calles, como en relación a los viajes de agua y las fuentes públicas. Con todo, concluyó afirmando *“que no debe por lo expuesto figurarse absolutamente perjudicial e inejecutable el intento de los mencionados pozos, cuyo concepto tampoco cabe si se considera ser comunes en*

⁵⁴⁹ A.H.N. Consejos. Legajo, 9.424. *“Dictamen de Juan Bautista Sachetti, Maestro Mayor de Obras de la Villa y Fontanero Mayor de la Villa”*.

distintas poblaciones de España, y de otros dominios". Puso el ejemplo de Roma, en la que había numerosas cavidades antiguas en el subsuelo y a su vez estaba minada de cañerías de agua dulce; aunque en esta ciudad las obras de pozos negros se hacían *"con especial cuidado, empleando los mejores materiales"*⁵⁵⁰.

El 26 de septiembre el arquitecto José Arredondo remitió su informe y cuatro días después los alcaldes recibieron el informe conjunto de los arquitectos José de la Ballina, teniente de arquitecto de Sabatini; Francisco Ángel de Figueroa, Gabriel Eugenio González y Juan Durán. Básicamente, todos consideraron que los pozos se podían ejecutar con las debidas precauciones para casas, calles y aguas potables. El mismo día también lo presentó el prestigioso arquitecto Francisco Moradillo, constructor de las Salesas Reales, que, resumiendo, opinaba que *"se puede disponer su fábrica dando toda seguridad a las casas"*, y si en su apertura hubiese cuevas o huecos estas se podían condenar y cortar con buena fábrica y paredones. Y si en la apertura de un pozo se topase con una mina o conducto se remediará igualmente según el caso. Con respecto a la contaminación de las aguas de viajes y fuentes no observaron especiales consecuencias *"estando cometido este punto a los Fontaneros de Madrid, junto con el Mayor –fontanero–, y Don Ángel de la Ballina, persona de la mayor inteligencia y práctica en esta materia"*. Con respecto al capítulo IV de la *Instrucción*, sobre que los dueños de las casas tenían que construir un conducto para la evacuación de las aguas menores y de cocina, con su sumidero o pozo, y donde no hubiese esta disposición ni la de encaminarla a conductos públicos, salgan dichas aguas cubiertas, por los patios o portales a la calle por la superficie de ella, con un principio de vertiente; Moradillo, recordó que en la reunión que habían tenido en la posada del alcalde Blasco de Orozco, previa a la elaboración de estos dictámenes, Sabatini ya les explicó que *"la casa que tenga proporción para hacer dicho pozo o sumidero la hará, y la que no en el mismo pozo que las mayores, podrá incluir las aguas menores, y así parece se ha dado a entender a todos los que no los han hecho en las visitas que se han practicado, como dirá en su informe dicho Don Francisco Sabatini, a que me remito*

⁵⁵⁰ Ibídem.

*igualmente en los demás puntos que resten para la cabal inteligencia y perfección de esta grande obra*⁵⁵¹.

El 10 de octubre siguiente, Francisco Sabatini remitió su dictamen a los alcaldes de la Sala, que contenía también, curiosamente, algunas observaciones a las prevenciones del dictamen de Sachetti. Hacía saber, que las ruinas y quebrantos que pudieran ocasionarse en las casas y en las aguas potables, junto a otros inconvenientes ya habían sido tenidos en cuenta cuando se elaboró la *Instrucción*, y recordó que *“hasta ahora no se ha visto que se haya hundido casa alguna, ni que se hayan maleficiado las aguas, ni seguido otro daño alguno, por causa de la obra comenzada”*. También, puso de relieve que todas las objeciones que había planteado la Villa ya habían sido rebatidas en el *Discurso Político* que sobre la limpieza de Madrid hizo D. Teodoro Ardemans en el 15 de noviembre de 1717, *“y aunque allí se encuentra una clara y difusa respuesta a todas ellas, no me excusaré yo de responder, en cuanto alcanzar a las mismas y a las demás particularidades que contiene dicha representación”*. Así, con respecto a la construcción de pozos negros sostuvo que en lugar de ocasionar ruina a las casas les daría mayor solidez *“supliendo en ellas el cimientto de que carecen; porque siendo hechos dichos pozos de buena albañilería, y no siendo muy anchos, sus paredes con la bóveda de suficiente grueso que los cubre, servirán de estribo a las fábricas, sin que perjudique para este fin, el que algunos (son muy pocos) estén contiguos a otros”*. Igualmente, negó que se pudieran comunicar entre si sus humedades *“mediante el grueso grande de las paredes que lo circundan”*. Tampoco creyó que se pudrieran las fábricas contiguas, especialmente por debajo de tierra, *“según nos demuestra cada día la experiencia; porque llenándose los poros de las paredes con los cuerpos que la humedad lleva consigo, se deberá reducir su materia a mayor solidez y consistencia, sirviéndole la humedad como de cola, y haciendo que sus partes se acerquen más al contacto, de donde procede la coherencia; lo que no sucede fuera de la tierra; porque disipando el aire la humedad en la parte que descubre, da lugar a la otra parte de operar, según y conforme se demuestra por las*

⁵⁵¹ A.H.N. Consejos. Legajo, 9.424. *“Dictámenes de los arquitectos José Arredondo, José de la Ballina Ballina, Francisco Ángel de Figueroa, Gabriel Eugenio González, Juan Durán y Francisco Moradillo”*.

leyes mecánicas de una cuña, y además le priva de aquella sustancia, mediante la cual se unen los cuerpos unos a otros". Hacía saber que las casas que ha sido necesario apuntalar fue sólo por la seguridad *"que acostumbra cualquier artífice inteligente"*⁵⁵².

Sabatini tampoco creía que los pozos pudieran provocar hundimientos en las calles, debido al continuo trasiego de carros *"ya por no estar todos ellos en las calles; ya porque están estos a la orilla de las casas; y ya por el modo y precauciones con que están contruidos"*. Garantizó que no había que temer por el hundimiento de los pozos porque su anchura apenas llegaba a 5 pies, la bóveda que los cubría era como poco de media vara de grueso -0,415 metros-, y sobre sí tenía otra media vara de terraplén, con una losa de piedra por encima. Todo esto con sus correspondientes paredes firmes de ladrillo, o cal y canto, capaz de resistir el mayor peso y con una solidez fuera de dudas, pues era mayor que la bóveda de las cuevas que estaban hechas con menor arte, y, por lo tanto, podían aguantar de sobra el continuo trasiego de los carros y lo que se vierte en ellas. Proseguía diciendo que *"la experiencia nos demuestra en otras partes de la Europa, que se usan de semejantes pozos, que no vistiéndolos o murándolos en seco, no suceden los repetidos hundimientos que aquí se temen. Ni tampoco es verosímil el que se puedan hundir las minas subterráneas – acometidas a los pozos– por la mucha capa de tierra que tienen por encima, y por no ser muy largas desde los pozos"*⁵⁵³.

Con respecto a la posibilidad de la contaminación de las aguas de los viajes, Sabatini, que reconocía que no era ni físico ni fontanero, argumentó que *"no podrán maleficiarse en manera alguna por la detención de la inmundicia en los pozos que se fabrican"*, como así demostraba la experiencia en muchas partes de Europa *"en donde aunque los pozos de la inmundicia tienen sus paredes medianeras con las de las aguas, no se sigue ningún perjuicio a estas, ni a las gentes que las beben"*, e, igualmente, recordaba que cuando expuso en su proyecto que dio lugar a la *Instrucción* ya observó *"la proximidad que ha tenido toda suerte de porquerías con los conductos de las aguas"*

⁵⁵² A.H.N. Consejos. Legajo, 9.424. *"Dictamen de Francisco Sabatini Giuliano, Arquitecto Mayor de Obras del Rey"*.

⁵⁵³ *Ibidem*.

muy someras, pero omitidas estas, y otras muchas razones que me ocurren, por no hacer más molesta mi narración; sólo digo que sería simpleza el creer que el agua que bebemos sea el puro y natural elemento de ella. Las mismas aguas que vienen a esta corte tienen descubiertos en partes sus conductos por bastante trecho, hacia su nacimiento, y estando expuestas a recibir por allí toda suerte de inmundicias de los animales que se abreven de ellas, y de las gentes que las usen para lavar sus ropas, bañarse y hacer sus necesidades, no se nota que por esto provengan daños algunos a los que las bebemos”. Puso como ejemplo que las “aguas del río de Valencia, después de haber pasado limpiando todas las inmundicias de los lugares comunes de la misma ciudad, se beben por muchas gentes de las alquerías o quintas de más abajo con preferencia a las de sus pozos, sin que les ocasione el menor perjuicio. Las del río de la Sena en París después de haber recibido toda la suciedad del Hospital llamado L’Hotel Dieu y de otras casas, se beben, igualmente, por más abajo de estas sin el menor daño”. Por el contrario, “las aguas mismas del Manzanares, después de haber recogido todas las inmundicias de Madrid no se beben más abajo de esta Villa”⁵⁵⁴.

En suma, Sabatini concluyó esta cuestión afirmando que a pesar de que las aguas se mezclaban con las inmundicias, estas no se contaminaban y su uso no ocasionaba perjuicios, razón por la que mucho menos lo harían las aguas que estuvieran detenidas en los pozos por estar a mayor distancia de ellas “y con cuerpos tan sólidos de por medio”. Recordó que al igual que los cursos naturales de agua se iban despojando de sus inmundicias a lo largo de su corriente y recorrido, los pozos se deshacían de ellas al penetrar por la tierra y arena “alambicándose en ella”, con lo que el agua resultante ya estaba despojada de las inmundicias. Afirmó “que esta es la razón porque no se han infeccionado hasta ahora las aguas de las Fuentes de Madrid, sin embargo de haber tenido por tanta serie de años tan gran porquería sobre sus conductos, pues el agua inmunda, aunque haya penetrado hasta dentro de las mismas cañerías, ha depuesto en el corto trecho de tierra, o arena que ha pasado todas sus sales y acrimonia, y habrá llegado a incorporarse con la de las Fuentes libre ya de aquellas partículas hediondas que pudieran viciarla”. Respaldó su parecer poniendo

⁵⁵⁴ Ibídem.

algunos ejemplos de física elemental sobre los fluidos, para afirmar *“que aun estando los pozos llenos, y que el fluido que contengan no pueda por algún impedimento salirse por debajo según su inclinación natural, deberá saliendo por la boca superior buscar su huída hacia abajo por entre la tierra que encuentra fuera de su vaso. Y así aun cuando fuera cierto que si llegaran a mezclar las aguas de los pozos con las de las fuentes, quedarían estas infeccionadas, no se debe temer que llegue nunca tal daño, considerada la imposibilidad a llegar impuras a las cañerías”*⁵⁵⁵. Como veremos más adelante, Sabatini no estaba en lo cierto.

El 25 de octubre remitió su dictamen el arquitecto José Ignacio Gutiérrez, quien tampoco veía inconvenientes en ejecutar los pozos *“sin que se dé motivo a experimentar alguna de las ruinas y perjuicios prenotados pues aunque el asunto es grande no es tanto ni tan difícil como el público la ha abultado, haciendo imposible lo posible, escandalizando a los ignorantes y gentes de poco espíritu por lo que se hace y se ha hecho tan ruidoso”*⁵⁵⁶.

El 28 de octubre siguiente los alcaldes de ambos departamento dieron cuenta al obispo gobernador de los pormenores de la reunión que habían mantenido con los arquitectos aludidos el 10 de septiembre anterior, así como de sus respectivos dictámenes, que le enviaron para su valoración. No obstante, los alcaldes le anticiparon que *“en lo sustancial quitan y desvanecen enteramente los recelos que en su representación expone el procurador general de esta Villa, pues por lo que respecta a los edificios, fundados en los que latamente exponen van conformes en que haciéndose los pozos según arte y con buenos materiales (que esto se da por supuesto) quedan más asegurados con la fortaleza que se les da a los cimientos”*. Igualmente, le informaron que estos pozos podrían recoger el agua de las fuentes y de los pozos caseros. *“Y siendo constante que en ninguno se satisface, con tanta claridad, venciendo todas las dificultades, como en el del Director, D. Francisco Sabatini, así por lo que prácticamente dice, se observa en otras Cortes y Pueblos grandes que señala, como*

⁵⁵⁵ Ibidem.

⁵⁵⁶ A.H.N. Consejos. Legajo, 9.424. *“Dictamen del arquitecto José Ignacio Gutiérrez”*.

*porque ya de antemano estaban satisfechas todas estas mismas dificultades, y que no lo podía ignorar el Procurador General, siguiendo en todo el dictamen del referido Director Sabatini; nos parece que nada de lo que pondera el Procurador General puede suspender los efectos del proyecto del nuevo empedrado y limpieza que se está ejecutando y que debe seguirse enteramente, repitiéndose a los Maestros de Obras que todas estas las hagan en la forma y con los materiales prevenidos*⁵⁵⁷. Visto el asunto por el obispo, los temores de Madrid no fueron tenidos en suficiente consideración y ni siquiera se llegaron a interrumpir las obras de construcción de los nuevos pozos, desde su comienzo a finales de junio de 1761.

8.2.2. La construcción de los primeros pozos.

El 20 de junio de 1761, apenas un mes después de haberse aprobado la *Instrucción*, el gobierno ordenó la movilización de buena parte de los arquitectos, maestros de obras, albañiles y fontaneros de la Villa para proceder a construir los pozos negros que recibirían las aguas mayores o fecales. Revestía tanta prioridad esta medida, que incluso se les prohibió atender sus trabajos y encargos personales, ya que de su rápida construcción dependía la ejecución posterior de los nuevos enlosados y las demás medidas contenidas en la *Instrucción*. Para verificar que efectivamente los arquitectos se dedicaban a la construcción de los pozos y comprobar el ritmo de las obras, los dos alcaldes de la Sala, Nicolás Blasco Orozco y Manuel Saturio Castejón, al frente de ambos departamentos de la Villa, dieron cuenta puntual al obispo gobernador del Consejo, a través de las certificaciones quincenales que realizaban los arquitectos, maestros de obras y albañiles de los pozos que iban abriendo y construyendo, así como de cualquier incidencia. A su vez, el obispo informaba puntualmente de los progresos al marqués de Esquilache⁵⁵⁸.

⁵⁵⁷ A.H.N. Consejos. Legajo, 9.424. *"Informe remitido al obispo gobernador del Consejo de Castilla sobre los dictámenes de los arquitectos Sabatini, Sachetti, Moradillo, Ballina, Arredondo, etc., y de los fontaneros de los Viajes de Agua"*.

⁵⁵⁸ A.H.N. Consejos. Legajo, 9.497. *"Certificaciones realizadas por los arquitectos, maestros de obras y albañiles, de los pozos que estaban construyendo o habían construido, mandadas hacer por orden del obispo gobernador del Consejo de Castilla"*.

Para la elaboración de estas certificaciones los arquitectos y albañiles tuvieron que seguir un procedimiento previamente establecido por la Comisión de Limpieza, con el propósito de que no hubiera confusiones y se informara del progreso de las obras con claridad y sencillez. Así, para verificar el estado de las obras se establecieron cuatro clases de pozos y los arquitectos tuvieron que señalar en que clases de las establecidas se encontraban los pozos que estaban construyendo⁵⁵⁹. Estas cuatro clases eran:

- Pozos de primera clase o que estaban totalmente contruidos y se podían usar.
- Pozos de segunda clase o que estaban por concluirse; estaban revestidos de fábrica y se le estaban ejecutando las acometidas.
- Pozos de tercera clase o que estaban excavados y abiertos, comenzando a revestir de fábrica y formados con sus respectivos registros.
- Pozos de cuarta clase o que estaban abriéndose, vaciándose o a punto de excavar.

De este modo, a partir de agosto y durante los meses restantes del año 1761, conforme a los deseos del rey, se empezaron a construir los pozos de la Carrera de San Jerónimo y sus calles aledañas; de las calles del Prado y Mayor hasta la Iglesia parroquial de Santa María de la Almudena, y de la calle de Segovia en la que también se empezaron a abrir las cajas de sus correspondientes alcantarillas. En estos primeros meses trabajaron un promedio quincenal de 35 arquitectos, además de un buen número de albañiles y poceros. Entre estos arquitectos no faltaron algunos de los más reputados del gremio como José Arredondo, José de la Ballina, Juan Durán, Fernando y Francisco Moradillo, Antonio Machuca, Manuel Rodríguez, Andrés Díaz Carnicero; maestros de obras como Manuel de Molina, Juan José Collado, José Velasco, Domingo

⁵⁵⁹ Ibidem.

de Oleaga, Jerónimo Álvaro, Antonio Valenciano, Francisco Prieto, Francisco Ángel Álvarez Figueroa, Juan Saavedra, Francisco Rodríguez el menor, Eugenio García, Felipe González, Antonio Balcárcel, Vicente Barcenilla, Alejandro Yuste, Bernardo Morales, Pedro Lorenzo de Paredes, José de Castañeda, Juan Antonio de Castro, Juan Fernando de Ocaña, Pedro Martínez Morales, Miguel Fernández, Manuel Paniagua, Cristóbal Álvarez, Pablo Ramírez, José Sánchez, José y Nicolás Serrano, Manuel de Villegas, Manuel de Alarcón, Manuel López Corona; o fontaneros reputados como Antonio de Berete⁵⁶⁰.

Pero además los arquitectos tenían que ceñirse a las normas constructivas establecidas por Sabatini. Conforme a lo estipulado en su *Instrucción* en todas las casas de la Villa debían de construir uno o varios pozos negros, según el tamaño y número de sus vecinos, salvo aquellas que directamente vertieran sus aguas mayores a las cuatro alcantarillas existentes. A estos pozos acometerían los canalones o conductos de los diferentes cuartos repartidos por la casa, realizados en barro cocido, con un grosor de 14 dedos de diámetro y revestimiento vítreo en su interior. Debían construirse en el interior de los muros de la casa, machihembrados, disponiendo un tramo en forma de i griega -Y-, para usar uno de sus brazos cortos como vertedero, sin rejilla y con tapón para evitar los malos olores, y, el otro, para conectar con el del cuarto del piso superior, y sucesivos, hasta llegar al tejado donde abiertos favorecerían su ventilación.

De este modo toda la “*inmundicia principal*” acabaría en el interior del pozo, y su capacidad, profundidad y forma, se adecuaría a las características de cada casa y del número de sus inquilinos, tratando siempre de construirlo en los lugares menos perjudiciales como patios, huecos de escaleras, sótanos, cocheras o escusados, primando también su cercanía a las calles para facilitar su ulterior limpieza. Por norma general, y con el propósito de evitar sus hundimientos o deterioros, los pozos se proyectaron de forma cuadrangular, con una anchura que no sobrepasaba los 5 pies, revestidos con buena fábrica de ladrillos vítreos, de buena arcilla y bien cocidos en los hornos, o en algunos casos de cal y canto. Las paredes del pozo se remataban con una

⁵⁶⁰ Ibídem.

sólida imposta que tenía la función de sustentar el cerramiento mediante bóveda de media vara de grueso, que se cubría con otra media vara de terraplén, bien macizada, y se tapaba con una losa de piedra berroqueña⁵⁶¹. A su vez, el interior de estos pozos ya se iba preparando con sus correspondientes registros, para recibir las acometidas de los canalones de los cuartos del inmueble y de su posterior acometida a las alcantarillas que tendrían que construirse, ya que no hay que olvidar que estos pozos se entendían como una medida provisional en el ínterin que se iban construyendo las nuevas alcantarillas. No obstante, y para verificar que los pozos se construían en los lugares adecuados de los inmuebles, Sabatini y sus tenientes de arquitecto que se encontraban al servicio de la Comisión de Limpieza, a requerimiento de los arquitectos o maestros de obras encargados de construirlos o de los dueños de las casas que tenían la obligación de hacerlos, pasaban, en compañía de uno de los escribanos de la Comisión, a reconocer las casas para indicar el lugar más adecuado para construirlo, así como tasar las obras a realizar. Por estos trabajos de señalamiento los arquitectos de Sabatini tenían derecho a percibir por los dueños de las casas 30 reales de vellón si se trataba de *“casa regular”*, 60 reales de vellón si era *“casa grande”* y en las demás, *“de extraordinario trabajo”*, lo que se pactase. Los honorarios que también debían percibir por la tasación de las obras doblaban aquellas cantidades. Así, por casa regular percibían 60 reales de vellón, por casa grande 120 reales de vellón y *“por trabajo extraordinario con arreglo a lo que se practicaba en Madrid”*. Con respecto a los honorarios de los escribanos de la comisión, tenían derecho a percibir 30 reales de vellón por cada señalamiento y la misma cantidad por la declaración certificada⁵⁶². Huelga decir, que todos estos gastos los tenían que sufragar los dueños de las casas, junto con los de la construcción de los pozos.

⁵⁶¹ Los detalles para la construcción de los pozos negros se han tomado de Muñoz Jiménez, J. M. Ob. cit. y de A.H.N. Consejos. Legajo, 9.424. *“Dictamen de Francisco Sabatini Giuliano, Arquitecto Mayor de Obras del Rey”*.

⁵⁶² Estas tasas se normalizaron a raíz de una reunión celebrada el 24 de agosto de 1762 entre los alcaldes de la Sala, miembros de la Comisión de Limpieza, Nicolás Blasco Orozco y Gómez Gutiérrez de Zordoya, y Sabatini y sus tenientes de arquitecto, quienes hicieron prevalecer sus derechos. A.H.N. Consejos. Legajo, 9.430. *“Orden de 1764 para que se averiguara la conducta de José Guadix, uno de los dos escribanos de la Comisión de Limpieza. Consta la relación de derechos y tasas que debían percibir los tenientes de arquitecto de Sabatini y escribanos de la referida Comisión”*.

Bajo esta dinámica se construyeron los pozos negros en el subsuelo de la Villa. A comienzos de febrero de 1762 ya se habían concluido 658 pozos; el 30 de marzo siguiente se alcanzaron los 900 construidos; el 25 de mayo siguiente los 1.118 y el 29 de agosto ya se habían materializado un total de 1.873 pozos. El ritmo de las obras fue trepidante, apenas un año después de iniciados los trabajos casi se había conseguido construir la quinta parte de todos los pozos de la Villa. Ni que decir tiene, que la presión ejercida por Esquilache y el obispo gobernador del Consejo sobre el gremio de arquitectos fue incesante, por el control que sobre estos ejercían los alcaldes de la Sala pertenecientes a la Comisión de Limpieza. Así, mientras que en los meses finales de 1761 trabajó un promedio de 35 arquitectos, maestros de obras y fontaneros, a mediados de febrero de 1762 el promedio ascendió a 43; en mayo siguiente a 47 y a mediados de agosto se llegó a los 59 arquitectos y maestros de obras empleados en la construcción de pozos, entre los que se encontraban, por ejemplo, hasta Diego de Villanueva, que a la sazón dirigiría la rama de arquitectura de la Real Academia de las Nobles Artes de San Fernando⁵⁶³. Es más, si hubiera sido por el alcalde de la comisión, Nicolás Blasco Orozco, todavía se hubiera presionado, coaccionado y escarmentado más a algunos arquitectos, maestros de obras y a los dueños de las casas que tardaban en pagar los costes de las obras de sus respectivos pozos. De hecho el 14 de mayo dio cuenta al obispo gobernador del Consejo, presidente de la Comisión de Limpieza, de la excesiva morosidad de los dueños y algunos administradores de casas pese a *“las repetidas providencias, notificaciones y recuerdos que se les han dado, y multas que se les han impuesto, así por mi compañero Manuel Saturio Castejón en su Departamento, como por mí, en el que está a mi cargo”*. Para dar veracidad a sus palabras adjuntaba una certificación hecha por el escribano de la comisión de limpieza, Fermín Antonio Gaiguer, que contenía una exhaustiva relación de los pozos inconclusos que tenían morosidad o retraso. Por esta razón, el alcalde Blasco Orozco venía a recordar al gobernador que ya el marqués de Esquilache estando informado que desde la callejuela de la Victoria se vertían aguas inmundas a la Carrera de San Jerónimo, le

⁵⁶³ A.H.N. Consejos. Legajo, 9.496. *“Listas enviadas al obispo gobernador del Consejo de Castilla por los alcaldes de los dos departamentos, dando cuenta de los arquitectos que les habían remitido las relaciones de pozos que había construido cada uno de ellos”*.

había encargado que por todos los medios se evitasen estos vertidos y perjuicios a los nuevos empedrados de la Carrera; y que para hacerlo había hecho todo lo posible, pero que al seguir notando la salida de aguas inmundas, *“motivada de la expresada morosidad”*, pedía que de nuevo el gobernador informase a Esquilache para *“que de una vez, escarmiente a los Maestros y Dueños morosos que constan en el mismo testimonio, y sirva de estímulo a todos los demás”*⁵⁶⁴.

El obispo gobernador, prudente, pidió al alcalde Manuel Saturio Castejón, responsable del otro Departamento, el Alto, que le informara sobre lo expuesto por su compañero Blasco Orozco. Cuando el 20 de mayo siguiente contestó al gobernador, efectivamente, reconocía la tardanza en acabar las obras de los pozos y las dificultades que implicaba su conclusión, aunque añadía: *“Tengo por imposible el poder estrechar a los Maestros, porque unos, por escasearles los dueños el dinero; otros, a pretexto de obras públicas y urgentes; otros, con el de faltar materiales; y otros, por querer abrazar muchas obras con pocos operarios, nunca será averiguable si su omisión en concluir los pozos es o no culpable”*. Si bien, no creía que los maestros de obras omitieran voluntariamente las obras *“de que depende su interés y el fruto de su profesión, pues no tienen otro de que vivir, ni son gentes que puedan suplir crecidas cantidades por los dueños; ni por las instrucciones no está mandado más que estrechar a los dueños y administradores de casas de quien en verdadera y propiamente la obligación, y con quienes debemos entendernos, a cuya consecuencia, si estos cumplen y los maestros no, los dueños clamarán contra ellos cuando los estrechemos”*. *“En estos casos particulares deberán ser castigados los maestros, no por prisiones y embargos, ni con suspensiones o privaciones de oficio, porque será imposibilitarlos más y aumentar la retardación y el daño; si no es por las multas, embargos de alquileres, conminaciones y apercibimientos a los dueños”*. Porque, continuaba, *“no dejan de producir bastante efecto”*. Quedaba claro que no compartía la opinión de su compañero de emplear providencias mucho más severas. En este sentido se pronunció también el obispo

⁵⁶⁴ A.H.N. Consejos. Legajo, 9.425. *“Petición del alcalde Blasco Orozco para que se escarmiente a los maestros de obras y dueños de casas, morosos, en la construcción de pozos”*.

gobernador el 24 de mayo siguiente, desestimando la propuesta de Blasco Orozco⁵⁶⁵. A fin de cuentas, las obras se estaban ejecutando a un ritmo satisfactorio y con mucho sacrificio para los dueños de las casas.

De la marcha de las obras iba dando cuenta a Esquilache el obispo gobernador del Consejo, quien a su vez recibía la confirmación de que el rey se daba por enterado de los progresos que se iban consiguiendo, y, más aún, se iba mandando y apremiando a los dueños de las casas a que sus inquilinos y moradores comenzaran a usarlos. De este tenor es la orden que el 29 de marzo de 1762 dio Esquilache al obispo gobernador, para que por medio del pertinente Bando se obligase a los vecinos a usar los pozos. De esta orden se dio traslado a la Sala de Alcaldes de Casa y Corte:

“El Sr. Marqués de Esquilache con fecha de 29 del que acaba me previene de orden del Rey lo siguiente:

Ilustrísimo.

Enterado el Rey de que muchos vecinos de Madrid sin embargo de estar hechos los pozos en sus casas, no usan de ellos, continuando en verter las inmundicias a la calle, me manda prevenir a V.I. que inmediatamente disponga que se extienda un bando que hará V.I. fijar en los parajes públicos y acostumbrados para que en las casas en donde estén finalizados los pozos se use de ellos, y no se permita que de ellas se vierta a la calle, imponiendo a los transgresores las penas pecuniarias que tenga V.I. por convenientes, las cuales quiere S.M. que se exijan sin dilación, y que se aplique una tercera parte al denunciador, y las otras dos para ayuda al empedrado. Y al mismo tiempo quiere S.M. que V.I. encargue particularísimamente a todos los alcaldes que en sus respectivos cuarteles celen cuidadosísimamente el entero cumplimiento de esta providencia. Y lo participo a V.I. para que en su inteligencia prevenga a los alcaldes cumplan con lo que manda S.M. y que me avisen lo que ocurra en este particular.

⁵⁶⁵ Ibídem.

*30 de marzo de 1762. Firmado por el Obispo de Cartagena, gobernador del Consejo de Castilla*⁵⁶⁶.

Los pozos concluidos a los que se refería el Bando firmado por los dos alcaldes de la Comisión de Limpieza, que se publicó el mismo 30 de marzo en los parajes acostumbrados, se encontraban en la calle del Prado, desde el Arco de Santa Catalina hasta la plazuela del Ángel, y en la Carrera de San Jerónimo desde el Hospital de los Italianos hasta la esquina de la Iglesia del hospital del Buen Suceso, así como de los pozos de todas las calles vertientes a éstas. A los que contravinieran esta orden se les multaría la primera vez con 4 ducados y a los reincidentes con 6 ducados⁵⁶⁷. De nuevo, y atendiendo al mayor vigor constructivo que se dio en los meses siguientes, el 17 de agosto siguiente se volvía a publicar un Bando *“mediante estar enteramente concluidos los pozos, no sólo en la calle del Prado siguiendo por la de Atocha a la Puerta de Segovia, y en la Carrera de San Jerónimo, continuando por la calle Mayor hasta la Parroquia de Santa María, que son las que actualmente se están empedrando; si también en las demás calles, que a las dos referidas tienen sus vertientes, para que de todos se use, y por este medio se consiga la limpieza a que se dirige la Instrucción, y la subsistencia del nuevo empedrado; desde el día de la fijación de este Bando, los Inquilinos de los cuartos bajos, principales y demás viviendas de que se componen las casas, en que ya están contruidos los pozos, usen de ellos y no viertan a la calle las aguas mayores, ni menores, ni otra basura, porque lo primero lo han de echar a los mismos pozos por sus conductos, y lo segundo –está cortado– los portales y zaguanes, en la forma prevenida en la Instrucción, ínterin que, según lo que en ella se manda, de costa del público se saca fuera de las Puertas de esta Villa”*. De no cumplirse se les aplicaría las mismas sanciones ya fijadas en el Bando anterior, cuyos dineros, por

⁵⁶⁶ A.H.N. Consejos. Libro de Gobierno de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, 1.349, fols. 132-133.

⁵⁶⁷ A.H.N. Consejos. Legajo, 9.425. *“Bando de S.M. ordenando a los vecinos a que vertieran sus aguas en los pozos que ya estaban contruidos, y a los que lo contravinieran que se les impusieran las pertinentes multas”*.

orden del obispo gobernador serían aplicados por mitades, al denunciador y para ayuda al nuevo enlosado de las calles⁵⁶⁸.

Sin embargo, tanta presión sobre los arquitectos, maestros de obras y dueños y administradores de las casas, trajo consigo no pocos inconvenientes y desgracias. Así, fueron frecuentes los accidentes por descuidos o por la falta de medidas de seguridad en las obras, o por la rapidez con que se estaba trabajando. Este fue el caso del pocero Lorenzo Conde, que murió accidentalmente cuando limpiaba el pozo del cirujano José Fernández, en su casa de la calle del Prado, lo que notificó el alcalde del departamento Bajo, Blasco Orozco, al obispo gobernador el 19 de agosto de 1762⁵⁶⁹. Apenas veinte días después, el mismo alcalde notificaba al obispo gobernador el accidente que sufrió la vecina Manuela Quiros, que era invidente, al caer a un pozo que se encontraba descubierto en la calle de la Cruz y que al parecer estaba limpiando el pocero José Sánchez. El obispo decidió castigar con contundencia al pocero con una multa de 10 ducados que debían ser entregados a la mujer accidentada para que pudiera afrontar los gastos de su convalecencia, al tiempo que ordenaba a los dos alcaldes de la comisión a que, en sus respectivos departamentos, todos los maestros de obras y poceros pusieran palenques para evitar desgracias⁵⁷⁰. El 11 de octubre siguiente, de nuevo Blasco Orozco, con certificación levantada por el escribano de la comisión Fermín Antonio Gaiguer, notificó al obispo la muerte accidental del pocero Francisco Rodríguez, natural de Galicia y viudo. Al parecer, estaba trabajando en un pozo, bajo las órdenes del maestro de obras Francisco Pérez Cabo, en la trasera de una tienda de cabestrería de la Plaza Mayor, y no se habían retirado las arenas movidas que se habían extraído del pozo. Al día siguiente, el obispo gobernador contestó al alcalde *“que S.I. queda enterado; que dé cuenta a la Sala –de Alcaldes- de esta desgracia como si fuera acaecida en otra parte y que no tiene que prevenirle en el asunto”*⁵⁷¹.

⁵⁶⁸ A.H.N. Consejos. Legajo, 9.425. *“Pozos ya contruidos y empedrados, y obligación de usarlos”*.

⁵⁶⁹ A.H.N. Consejos. Legajo, 9.425. *“Accidente mortal del pocero Lorenzo Conde”*.

⁵⁷⁰ A.H.N. Consejos. Legajo, 9.425. *“Accidente de una mujer ciega al caer a un pozo, 7 de septiembre de 1762”*.

⁵⁷¹ A.H.N. Consejos. Legajo, 9.425. *“Accidente mortal del pocero Francisco Rodríguez”*.

No dejan de sorprender estas palabras viniendo de un obispo, pero entonces su prioridad no era la misericordia sino culminar las obras en el menor tiempo. Sin embargo, cabe recalcar que las obras complejas siempre requieren su tiempo para su correcta ejecución y, sobre todo, emplear las técnicas y materiales adecuados. De hecho, tanta presión y rapidez hizo que no pocos alarifes y poceros comenzaran a relajar la observancia de las reglas impuestas por Sabatini para la construcción de los pozos. El 3 de septiembre de 1762, el obispo gobernador del Consejo comunicó al alcalde del departamento Bajo, Nicolás Blasco de Orozco, que iniciara autos contra el maestro de obras Juan Esteban por construir un pozo contra las reglas de las *Reales Instrucciones*, por ser perjudicial, poder ocasionar graves daños y “*por ser uno de los que tiene más pozos o cloacas que construir, y rara o ninguna lo ejecutaría con arreglo*”. También, aludía a la infracción que había cometido otro maestro de obras, Agustín López, en la construcción de un pozo en la calle del Príncipe, pero al no ser reincidente en infringir las reglas tan sólo había que apercibirle⁵⁷². A su vez, empezaron a construirse pozos con materiales inadecuados y de peor calidad, más baratos para los dueños de las casas. Los defectos constructivos en los pozos podían provocar consecuencias indeseables, como así lo hicieron saber los alcaldes de ambos departamentos al obispo gobernador por una comunicación enviada el 9 de octubre de 1762, en la que se puso de relieve que no pocos pozos rezumaban y filtraban sus aguas sucias por haberse construido con ladrillos de mala calidad. Ambos alcaldes pidieron al obispo que los alarifes de la Villa, Francisco Pérez Cabo y Francisco Prieto, a quienes el corregidor había nombrado para reconocer la fábrica de los pozos que se iban revistiendo, verificaran la calidad de los ladrillos que en adelante se debían emplear. Al día siguiente, el obispo mandó que así se hiciera⁵⁷³. Y es que ya entonces empezaron a darse con frecuencia casos de pozos que vertían sus aguas sucias a las calles, anegaban sótanos de casas colindantes o, peor todavía, sus aguas fecales y hediondas comenzaban a contaminar las aguas potables de otros pozos y viajes de agua.

⁵⁷² A.H.N. Consejos. Legajo, 9.425. “*Sanciones contra los arquitectos que no cumplen las reglas para construir los pozos*”.

⁵⁷³ A.H.N. Consejos. Legajo, 9.425. “*Sobre la mala calidad de los ladrillos que se empleaban en la construcción de los pozos*”.

Hubo otros imponderables como la incapacidad económica de no pocos dueños de casas para hacer frente a sus obligaciones de construir los pozos y embaldosar sus aceras, con lo que se estaba contribuyendo a generar un ambiente de creciente malestar entre los habitantes de la Villa. A este mal ambiente contribuyó la determinación del obispo gobernador de retener y confiscar los alquileres de no pocos propietarios de casas y cuartos, así como de censos sobre patronato de legos, y destinarlos a los gastos de las obras estipulados en la *Instrucción*⁵⁷⁴. Esta situación se hizo extensiva a algunas comunidades monásticas, también obligadas a sufragar los costes de sus pozos y aceras, aunque algunas de ellas tuvieron la suerte de contar con la generosa ayuda del rey. Tal fue el caso de los Conventos de Capuchinos de San Antonio del Prado y del Cristo de la Paciencia, que en virtud de una orden de Esquilache, comunicada al obispo gobernador del Consejo el 15 de noviembre de 1762, se mandaban librar los 39.160 reales de vellón que había regulado y tasado Sabatini de las obras que había que hacer en ambos conventos⁵⁷⁵. Tres días después, Esquilache comunicaba al obispo gobernador que se construyesen los dos pozos de las dos casas pertenecientes a la Real Hacienda, que se encontraban en las calles del Factor y Angosta de San Bernardo. Este encargo debía ejecutarlo el propio Sabatini con sus tenientes y el obispo satisfacer sus gastos con los dineros que proporcionaba el erario municipal⁵⁷⁶.

8.2.3. Los pozos negros y la contaminación de los viajes de agua de la Villa.

A comienzos de enero de 1763 la alerta la daba Andrés Rodríguez, fontanero del viaje de agua del Bajo Abroñigal, quien advertía que las aguas limpias se estaban contaminando por las filtraciones de aguas inmundas que sufría el viaje, en la calle del Baño. Sachetti, Maestro Mayor de Obras de la Villa y su Fontanero Mayor, recibía entonces el encargo de verificar lo prevenido por el fontanero, y constató que,

⁵⁷⁴ A.H.N. Consejos. Legajo, 9.425. *"Diversos expedientes sobre retención y confiscación de alquileres y censos de patronatos de legos a propietarios de casas para que se construyan los pozos"*.

⁵⁷⁵ A.H.N. Consejos. Legajo, 9.426. *"Petición de ayuda o limosna de los Conventos de Capuchinos de la Paciencia y de Capuchinos de San Antonio del Prado para sufragar las obras de pozos y enlosados"*.

⁵⁷⁶ A.H.N. Consejos. Legajo, 9.425. *"Construcción de pozos en las casas de la Real Hacienda"*.

efectivamente, se estaban produciendo los *trasporos* de un pozo de 18 pies de profundidad, casi la misma que la de la mina del viaje, y cuyas aguas inmundas se habían extendido 80 pies lineales sobre la cañería del citado viaje. Sachetti recordó que lo mismo había ocurrido con otros pozos de la calle del León, de la Cruz y Ancha de Peligros, e incluso de la calle de Atocha, y prevenía, en atención a lo que le había advertido el maestro fontanero Manuel de Beade sobre otros casos en el viaje del Alto Abroñigal, que *“es temible y con efecto natural que con la continuación y en lo venidero se pierdan ambos referidos viajes”*. Para remediarlo Sachetti sacaba a colofón el dictamen que remitió a Nicolás Blasco de Orozco el 24 de septiembre de 1761, que comentamos anteriormente, y donde ya apuntó las prevenciones y medidas de seguridad que se debían tener en cuenta a la hora de abrir pozos en las proximidades de cañerías o minas de los viajes de agua. Debía ser tal la contaminación que los pozos podían causar a los viajes -se dieron seis casos en apenas unas semanas- que visto de nuevo por el ayuntamiento el dictamen de Sachetti del 24 de septiembre de 1761, se acordó, el 29 de enero de 1763, citar en la posada del regidor Francisco de la Mata Linares, del Consejo de Castilla, a Sachetti, al reputado fontanero Ángel de la Ballina y a los fontaneros encargados de los viajes, donde se habían producido las *trasporaciones* o filtraciones, para que contestasen tres preguntas sobre el asunto⁵⁷⁷.

El primero en contestar las preguntas fue Ángel de la Ballina. Tenía entonces 64 años y en su haber mucha experiencia como maestro minero y fontanero de la Villa, reputado entre la gente del gremio y perfecto conocedor de las técnicas que requerían la construcción de minas y viajes de agua, tal y como le alabó en su dictamen de comienzos de otoño de 1761 el célebre arquitecto Francisco Moradillo, cuando la Villa manifestó sus temores a llenar el subsuelo de pozos negros. El informe de Ballina, bajo pertinente juramento realizado el 5 de febrero siguiente, no fue muy optimista con las soluciones que se podían establecer para evitar la contaminación de los viajes y las aguas de las fuentes públicas y particulares, si bien, dio algunas indicaciones para tratar de evitarlo, y, sobre todo, dio a conocer que las obras de fábrica de pozos y

⁵⁷⁷ A.H.N. Consejos. Legajo, 9.424. *“Expediente sobre los perjuicios que ocasionan los pozos a los edificios y aguas de las fuentes”*.

cloacas se estaban haciendo con ladrillos de mala calidad. Con respecto a la primera pregunta, sobre cuántas varas o pies de distancia se podrían prudentemente considerar y deberían mediar entre los viajes de agua y las fuentes públicas, y los pozos o cloacas, con sus ramales, para que la *trasporación* de estos no penetrase e infectase las aguas; respondió que *“según los terrenos que se tienen experimentados en los más parajes de Madrid, todos son arenosos y arcillosos y muy porosos, por cuyo motivo siempre se repasarán – trasporarán- a las minas que conducen las aguas dulces a sus fuentes y particulares, y eso mismo sucederá aunque los desvíen de las dichas minas, pues más o menos, según su distancia de donde se hagan las cloacas se repasará –trasporará- a ellas”*. Con respecto a la segunda pregunta, sobre qué grosor debería tener la fábrica de albañilería de los pozos, cloacas y ramales, por la parte que mira hacia las minas de agua; respondió *“que por experiencia cierta que se tiene en las fábricas antiguas, así de minas como de sumideros –pozos- que hay en algunas casas que no tienen comodidad para tener salida las aguas llovedizas de los tejados a las calles, están vestidos de buena fábrica y bastante gruesos, y los vemos repasar así a los pozos de agua como a sus cuevas y sótanos, y en muchas partes ha sido forzoso el tener que hacer a las cuevas, o sótanos, para que queden habitables, una mina y tajeas para que por ellas vayan a los pozos de otras casas, y esto se ha experimentado muchas veces, con que siendo lo que recibe dichas cloacas una materia tan corrosiva y penetrante como el orín, que todo lo penetra, hallo que siempre que las minas que conducen el agua dulce estén más bajas que las cloacas se repasarán – trasporarán- más o menos, según sus gruesos tengan las fábricas de que estén contruidos y están en grave peligro los viajes del agua dulce que surten las fuentes públicas y particulares”*. A la tercera pregunta, sobre si sería indispensable la presencia de los maestros fontaneros de los respectivos viajes de agua a su cargo, en las calles donde haya que abrir pozos o cloacas, por ser éstos los más instruidos en composiciones y quiebras de los encañados; Ballina respondió afirmativamente, porque estaban capacitados y controlaban los viajes de agua, pero llamó la atención sobre una cuestión que consideraba muy importante: *“También debo decir que sobre los materiales así de ladrillo como de cal, y en particular sobre el ladrillo se hizo una Junta en Madrid, en que asistieron los fabricantes del ladrillo y cuatro alarifes de Madrid, y*

los señores caballeros regidores que estaban comisionados para ello, y el Procurador General de Madrid, y no habiéndose podido convenir sobre precios del ladrillo y su calidad, se me nombró para que arreglase los precios según se pedía por Madrid, que era que no se había de echar reparo a los hornos después de cocido, según lo tenían por costumbre, a que asistí, y en presencia de los señores arriba nominados con asistencia de los alarifes y fabricantes de ladrillo, se ajusto que siendo de buena calidad se había de pagar el millar a ciento setenta reales de vellón, y que si se justificase el que echasen algún reparo en los hornos se les pudiere multar a dichos fabricantes, y todo esto no ha servido de nada, pues los están haciendo fabricar a dichos ladrilleros fuera del tiempo a propósito y regular, y dándoles precios muy exorbitantes y es, el que lo vendan a doscientos veinte reales de vellón el millar, lo que es en grave perjuicio del público, y justamente este ladrillo que se ha fabricado fuera de temporada no valen nada para dichas obras, por su mala calidad”⁵⁷⁸.

El informe conjunto de los fontaneros, Domingo García, Manuel de Beade y Andrés Rodríguez, se remitió, bajo el pertinente juramento de los mismos, el 6 de febrero siguiente. Al igual que el maestro Ballina tampoco se mostraron muy optimistas con las soluciones que se pudieran dar y dudaron de la eficacia de las que se habían puesto en marcha. Respecto a la primera pregunta, sobre cuántas varas o pies de distancia se podrían prudentemente considerar y deberían mediar entre los viajes de agua y las fuentes públicas, y los pozos o cloacas, con sus ramales, para que la traspiración de estos no penetrase e infectase las aguas; respondieron que *“no es posible señalar a causa de la gran diferencia que se encuentra en los terrenos, unos de arena (y es la mayor parte), y otros aunque más apretados con diferentes betas capaces de dar paso al líquido inmundo de dichos pozos, ayudado de su natural actividad, añadiéndose a esto los muchos huecos que se ocultan debajo de tierra, ya de minas y cuevas antiguas, como otros subterráneos que cada día se descubren ignorándose su origen”*. A la segunda pregunta, sobre qué grosor debería tener la fábrica de albañilería de los pozos, cloacas y ramales, por la parte que mira hacia las minas de agua; les embargó la misma duda *“porque el líquido encerrado en estos*

⁵⁷⁸ Ibídem.

depósitos trabaja de un modo muy oculto, para determinar razón contraria su fuerza, que no respeta la obra más sólida y fuerte como hemos visto y notado en los casos que se dirán adelante, además de enseñar la experiencia que el agua salitrosa no deja hacer froga a la fábrica, antes separando sus partes, las deja sin hacer unión alguna, como se reconoce en algunas fábricas antiguas, y modernas, pues que será las sales, que acompañan al liquido de estos depósitos, siendo tan acres y corrosivas, como se deja discurrir, añadiéndose a esto la mala calidad de los materiales y el tiempo tan poco oportuno en que se ejecutan, por todas estas razones no podemos decir que grueso será suficiente a impedir el trasporo que con tanto fundamento se teme". A la tercera y última pregunta, sobre si sería indispensable la presencia de los maestros fontaneros de los respectivos viajes de agua a su cargo, en las calles donde hubiera que abrir pozos o cloacas; comenzaron afirmando que siempre habían advertido de los riesgos de abrir pozos en las proximidades de los viajes de agua, y que a pesar de sus advertencias se había producido ya la *trasporación* de las aguas inmundas a los viajes de agua del Alto y del Bajo Abroñigal; en el primero tres veces desde pozos construidos en la calle de Atocha y, en el otro, otras tres desde un pozo situado en la calle del León, desde otros dos pozos en la calle del Baño, desde otros dos en la calle Ancha de Peligros y añadía el de otro de la calle de la Cruz. Aseguraron que la fábrica de las minas de los viajes estaba hecha con materiales de buena calidad. En su entender, *"las providencias que para impedirlos se han tomado, nos parecen no son bastantes a evitarlo"*, ni siquiera la mayor profundidad de los pozos garantizaba que no se contaminasen las aguas *"pues siempre que lleguen a repujar con el concurso de uno y otro día las aguas inmundas a las aguas dulces, será preciso se experimenten sus perniciosas resultas, y recelosos de que recaiga sobre nuestras conciencias cualquiera impropicio acontecimiento que ocurra, como diariamente sucede en estos viajes"*. Sus conclusiones a este respecto no dejaron lugar a duda. *"Decimos con mucho dolor nuestro pero con el más ingenuo ardor de nuestra fidelidad y amor a S.M. y a la Patria, están en el próximo inminente riesgo de perderse las aguas dulces de los dos Viajes Alto y Bajo Abroñigal, por ser estos dos los que se hallan más expuestos por su profundidad, y tener la mayor parte de su curso por minas"*⁵⁷⁹.

⁵⁷⁹ Ibidem.

Sachetti, que como Ballina también se encontraba en la madurez profesional, apenas le quedaba un año de vida, hizo su informe y juramento el 13 de febrero siguiente. Si bien, de entre todos fue el más resolutivo al considerar que se podían tomar algunas medidas para evitar la contaminación de las aguas, si se seguían puntualmente. Con respecto a la primera pregunta, sobre cuántas varas o pies de distancia se podrían prudentemente considerar y deberían mediar entre los viajes de agua y los pozos o cloacas, con sus ramales, para que la *trasporación* de estos no penetrase e infectase las aguas; respondió que teniendo en cuenta la experiencia que se ha visto con las *trasporaciones* en distintos parajes, lo primero que había que hacer es considerar la calidad del terreno. Siendo firme y gredoso sería suficiente el desvío *“lo menos tres varas de los dichos depósitos inmundos a las minas, previniendo que si en este intermedio o por un lado inmediato hubiese concavidades de cuevas, minas antiguas o que el terreno no fuese firme se deberá dejar todavía mayor distancia, bajo las posesiones mismas de los dueños de las casas, en los parajes que mejor convenga, dándoles la profundidad suficiente”*. Señalaba, también, que los ramales, *“ya estén cerca o lejos, nunca se conducirán o saldrán a la calle”*. Con respecto a la segunda pregunta, sobre qué grosor debería tener la fábrica de albañilería de los pozos, cloacas y ramales, por la parte que mira hacia las minas de agua; dijo que *“es de advertir que según la profundidad y concavidad de los pozos, se deberán vestir por igual en toda su circunferencia, dándole el grueso que contemplen los maestros, que bajo su dirección los hayan de vestir consiguientemente a los reconocimientos, en la inteligencia que su ejecución debe ser sin economía, con buenos materiales y operarios”*. A la tercera pregunta, sobre si sería indispensable la presencia de los maestros fontaneros de los respectivos viajes de agua a su cargo, en las calles donde hubiera que abrir pozos o cloacas, por ser éstos los más instruidos en composiciones y quiebras de los encañados; respondió *“que ya lo tengo prevenido, que es conducente y muy esencial su asistencia, los cuales deberán dar su parecer para que se haga el correspondiente desvío de las minas y encañados”*⁵⁸⁰.

⁵⁸⁰ Ibidem.

8.2.4. La culminación del proceso: la ciudad de los diez mil pozos negros y la hipoteca del presupuesto municipal de limpieza.

El 17 de febrero de 1763 el ayuntamiento dio cuenta puntual al obispo gobernador del Consejo de Castilla, sobre el riesgo de contaminación de los viajes de agua del Alto y del Bajo Abroñigal, junto con los informes jurados y remitidos por los fontaneros de los viajes, el maestro Ballina y Sachetti⁵⁸¹. Pero las obras no se detuvieron ni tampoco el obispo consideró oportuno establecer una comisión técnica para abordar el asunto, todo lo más, se observaron con mayor atención las recomendaciones de Sachetti y se reforzó la vigilancia e inspección de los pozos que se estaban construyendo, especialmente de aquellos que se abrían en las cercanías de los viajes de agua.

El ritmo constructivo tampoco se ralentizó ni se vio alterado. De hecho, días antes, el 2 de enero de 1763 se daba curso a una nueva orden del marqués de Esquilache, mediante la publicación de un nuevo Bando en los parajes acostumbrados de la Villa, que no era más que una repetición de los Bandos del 30 de marzo y del 18 de agosto del año anterior, y por el que, de nuevo, se obligaba a los vecinos a utilizar los pozos que se habían construido en las calles que ya se encontraban con los nuevos enlosados. Al igual que en los anteriores Bandos, su contravención se multaría con 6 ducados y con 10 si se era reincidente, y la recaudación de las multas sería repartida la mitad para el denunciador y la otra para suplir los gastos de los nuevos enlosados. Las multas serían exigidas a los denunciados por los celadores de la limpieza que vigilaban las calles⁵⁸².

Bajo constantes apremios a los dueños y administradores de las casas continuó el proceso constructivo de los pozos negros entre los años de 1763 y 1764. De poco sirvieron las numerosas peticiones que muchos de ellos elevaron al obispo gobernador del Consejo, pidiéndole “suavizar” los apremios y los embargos de sus alquileres en el

⁵⁸¹ Ibídem.

⁵⁸² A.H.N. Consejos. Legajo, 9.430. *“Orden del rey para que se vierta en todos los pozos de la nueva limpieza que están acabados y se recoja la basura en los basureros de los zaguanes. 2 de enero de 1763”*.

ínterin que estaban realizando las obras. Otros le solicitaron poder verter sus aguas negras, que anegaban sus sótanos con motivo de la apertura de los nuevos pozos, en el arroyo o albañal de las calles; incluso alguno de ellos se ofreció a trasladar las aguas sucias hasta el vertedero de la alcantarilla de Leganitos. Otros dueños de casas, que pasaban más apuros económicos, directamente le pidieron ayuda o limosna. En algunos casos, atendiendo a la situación personal de cada peticionario, se le concedió o se le permitió dilatar en el tiempo el pago de sus obligaciones. También, hubo algunos dueños de casas que valiéndose de sus administradores justificaron los retrasos en la ejecución de las obras por problemas burocráticos, al tener situados en sus propiedades fundaciones piadosas, patronatos de legos y capellanías; o, peor todavía, por existir disputas y pleitos entre los herederos de casas en litigio. Los menos también solicitaron permiso del obispo para vender juro y poder hacer frente a los costes de las obras⁵⁸³.

Mejor trato tuvieron no pocas comunidades monásticas masculinas, que al igual que el resto de propietarios de casas de la Villa, se las había obligado a asumir el coste de las mejoras de limpieza e higiene establecidas en la *Instrucción* de Sabatini. A las ayudas y peticiones de limosna que el rey ya había concedido en noviembre de 1762 a los dos conventos de capuchinos, se sumaron las concedidas a los siguientes monasterios masculinos, además de algunas comunidades femeninas que, según la *Instrucción*, ya estaban exentas de asumir los nuevos enlosados de las calles⁵⁸⁴:

- Al Convento de monjas de Santa Clara se le permitió pagar los gastos que le tocaban de la nueva limpieza con las refacciones que percibían anualmente, por deseo del obispo gobernador del Consejo, a quien Esquilache, el 5 de abril de 1763, le permitió tomar *“la providencia que juzgara conveniente pues si efectivamente son pobres podría acordárseles el modo que proponen para hacer los pozos de limpieza”*.

⁵⁸³ A.H.N. Consejos. Legajo, 9.430. *“Diversos expedientes de peticiones de vecinos frente a los apremios para que construyan sus pozos y empedrados”*.

⁵⁸⁴ Los expedientes de petición de ayuda o limosna de las comunidades monásticas para la construcción de pozos y sufragar los nuevos enlosados, y su resolución, se encuentran en A.H.N. Consejos. Legajo, 9.426.

- A la Comunidad de Agonizantes de la calle de Fuencarral se le concedió una ayuda de 15.055 reales de vellón, y a las dos Escuelas Pías de San Fernando y San Antón, respectivamente de 18.200 y 13.900 reales de vellón para suplir parte de los gastos de las obras que debían hacer, conforme a una orden comunicada por Esquilache al obispo gobernador del Consejo el 23 de junio de 1763.

- Al Convento de San Gil el Real le fueron sufragados por la Hacienda Real todos los gastos de pozos, canalones y enlosados que le correspondían, siendo ejecutadas las obras por Sabatini, conforme a la orden comunicada por Esquilache al obispo gobernador del Consejo el 17 de octubre de 1763.

- A los Padres Agonizantes de la calle Atocha se les concedió una ayuda de 15.000 reales de vellón para sufragar parte de los costes de las obras que tenían que realizar, por orden comunicada por Esquilache al obispo gobernador el 13 de enero de 1764.

- Al Convento de las Góngoras –Mercedarias-, le fueron sufragadas las obras con cargo a la Hacienda Real, conforme a la orden comunicada por Esquilache al obispo gobernador el 3 de febrero de 1764.

- Al Real Hospital de San Andrés de los Flamencos por una orden comunicada por Esquilache al obispo gobernador, el 15 de febrero de 1764, se le concedieron mil pesos de ayuda para hacer frente a los gastos de las obras.

- Al Hospital de San Lorenzo de la Puerta de Toledo, le fueron costeadas íntegramente las obras con los fondos de causa pública que administraba el obispo gobernador del Consejo, por resolución del rey comunicada por Esquilache el 18 de junio de 1764.

- Al Convento de Carmelitas Recoletas de las Maravillas o de San Antón el Real, se las concedió una ayuda de 25.736 reales que tasó el teniente de arquitecto Ballina, de las obras que tenían que hacer las monjas, y tras lo que el obispo gobernador por una comunicación enviada a Esquilache el 3 de septiembre de 1764, le pedía al rey *“que se digne consignar a este convento la nominada cantidad, a mi me parece sería una limosna de las muchas que su grande piedad ha tenido conveniente librar con iguales motivos para el mismo fin”*.

También, conforme a una Real Orden comunicada por Esquilache al obispo gobernador el 15 de enero de 1764, se empezaron a construir los pozos negros y canalones del Real Hospicio de San Fernando y de los Cuarteles de las Guardias Walonas y Españolas, en la barriada del Barquillo, con cargo a la Hacienda Real. Teniendo en cuenta que casi todos los conventos y hospitales anteriormente citados eran de patronato real, estaban bajo la protección de la Corona, o eran pobres de solemnidad, no es de extrañar que se les ayudara a sufragar el coste de las mejoras de limpieza. Por el contrario, otras comunidades monásticas que no poseían vínculos especiales con la Corona no vieron atendidas sus peticiones de ayuda. Este fue el caso de la Casa Profesa de la Compañía de Jesús, o del Monasterio de San Cayetano al que tan sólo se le eximió de hacer frente a los costes de los nuevos enlosados⁵⁸⁵.

A mediados de 1764 se habían construido más de las dos terceras partes de los pozos negros que precisaban las casas de la Villa y los vecinos e inquilinos de cuartos y casas los usaban con normalidad para evacuar sus aguas fecales. Pero el gobierno, en su afán por conseguir la pronta limpieza de todas las calles de la Villa, decidió imprimir mayor ritmo a las obras de los pozos que quedaban por hacer. El 28 de septiembre del mismo año el marqués de Esquilache informó al obispo gobernador del Consejo de Castilla que el rey *“quiere que absolutamente se concluyan en lo que queda de este año los que faltan para la entera ejecución del nuevo proyecto”*. El 1 de octubre siguiente el obispo gobernador mandó a los alcaldes de ambos departamentos, Nicolás Blasco Orozco y Manuel Ramos, que así se cumpliera *“sin permitir excusas ni dilaciones, y*

⁵⁸⁵ Ibídem.

*estrechando a los dueños de las casas o sus administradores a que lo ejecuten puntualmente dentro del expresado término*⁵⁸⁶. Ni que decir tiene, que tanta presión ejercida por la Comisión de Limpieza contra morosos, rezagados e imposibilitados económicamente, iba a contribuir, todavía más, no sólo al malestar generalizado que se sentía en la ciudad desde que se pusieron en marcha las mejoras de la *Instrucción* de Sabatini y sus onerosos costes, sino también, iba a propiciar una creciente aversión al gobierno carlotercista de extranjeros, que tan radicalmente estaban cambiando las costumbres de la urbe.

Pero al margen de este lógico descontento social, el exceso de celo del gobierno y de la Comisión de Limpieza, junto al extraordinario ritmo constructivo con que se habían construido los pozos, iban a provocar muchos problemas e inconvenientes a los madrileños y al erario municipal, apenas un año después de finiquitada la comisión y dadas por concluidas las mejoras higiénicas y de limpieza dispuestas en la *Instrucción* de Sabatini, en agosto de 1765. De hecho, los defectos en los pozos negros provocados por su rápida construcción, con materiales y emplazamientos inadecuados se hicieron notorios a finales de 1764, cuando se estaba culminado su proceso constructivo. Así, el 6 de noviembre de 1764 el obispo gobernador del Consejo de Castilla comunicaba a los alcaldes Nicolás Blasco Orozco y Manuel Ramos, que tenía *“entendido que muchos de los pozos de la nueva limpieza que se hallan contruidos, y se vierte en ellos, se traspora por causa de la mala fábrica con que están ejecutados; y siendo este un perjuicio muy dañoso al Proyecto de dicha limpieza, y que acredita poco el fijo reconocimiento que se habrá hecho antes de verter en ellos”*. El obispo continuaba, *“Prevengo a Vms. –vuestras mercedes- me informen con toda individualidad y menudamente sobre este asunto en que es preciso emplear el mayor cuidado para obviar los inconvenientes que puedan resultar al público, y los dueños de las casas, causándoles duplicados gastos”*⁵⁸⁷.

⁵⁸⁶ A.H.N. Consejos. Legajo, 9.430. *“Real Orden del 28 de septiembre de 1764 para que todos los pozos se concluyan en lo que restaba de año”*.

⁵⁸⁷ A.H.N. Consejos. Legajo, 9.430. *“Orden dada a los alcaldes de la Comisión de Limpieza para que extremen el reconocimiento de los pozos contruidos con el fin de evitar los trasporos. Incluye un informe de los tenientes de arquitecto de Sabatini sobre el estado de los pozos”*.

Al día siguiente los alcaldes mandaron a los tenientes de arquitectos de Sabatini, José de la Ballina y Juan Fernando de Ocaña, que hicieran un reconocimiento exhaustivo de los pozos construidos. Efectivamente, corroboraron que se daban no pocas filtraciones, y, peor aún, que para estar recientemente construidos estaban colmatados de aguas inmundas. La relación de los dos tenientes fue remitida por los alcaldes al obispo gobernador el 18 de diciembre siguiente, y literalmente decía:

“Debemos informar es cierto se experimentan varios trasporos de los pozos construidos conforme a la Real Instrucción para la nueva limpieza de esta Corte, a los sótanos, cuevas y pozos de servidumbre más inmediatos, cuyas trasporos los motivan las causas, que adelante exponremos; y no obstante decirse son muchos los trasporos (con licencia de Su Ilustrísima), no se debe entender así como suena pues respecto el gran número de pozos construidos de esta clase, en esta Corte, no merece el nombre de muchos, el número de pozos de que hasta el presente hay noticia haberse trasporado, y bien notorio es a V.S. que de los que ha habido noticia se han reparado todos aquellos que ha permitido el tiempo para su reconocimiento”⁵⁸⁸.

Los tenientes apuntaron que las causas más comunes que producían los trasporos o filtraciones se debían, en primer lugar, a la *“prontitud con que se han principiado a usar y verter en dichos pozos no permitiendo el tiempo suficiente para que la fábrica del vestido de ellos se hiciese su natural consolidación, y petrificase la mezcla de cal,... lo que ha motivado la ninguna dificultad en trasporarse”*. A este respecto añadieron sin tapujos que haberse utilizado los pozos cuando todavía su fábrica estaba fresca se debió al *“obedecimiento de los repetidos bandos, que mandándolo así se han publicado en 30 de marzo y 18 de agosto de 1762, y 2 de enero de 63, y el último de 28 de marzo de este año, en los cuales bajo la prevención de varias multas se mandó que todos los inquilinos de las casas de esta Corte, luego que estuviesen concluidas estas obras usasen de ellas”*. Corroboraron que a los inquilinos que no lo hicieron se les multó. En segundo lugar, expusieron que no solían hacerse los reconocimientos de los pozos ejecutados, salvo los que hizo Sabatini que se

⁵⁸⁸ Ibídem.

encontraban en las dos Carreras de calles del Prado, y de San Jerónimo *“que fue por donde dio principio el establecimiento de la nueva limpieza”*. En tercer lugar, comprobaron que algunos pozos que *transporaban* se habían construido con ladrillos de mala calidad; otros pozos se habían construido con dificultades por la estrechez del hueco disponible en la casa donde hubo que ubicarlo; otros se ubicaron en la proximidad de otros pozos y además muy próximos a las cuevas de las casas. Otros se construyeron en terrenos movedizos y blandos, o *“terreno que antiguamente se había rellenado”*, y en los que con facilidad se introducen aguas inmundas; y otros por su proximidad a venas de aguas firmes o falsas. Concluyeron aconsejando a la Comisión de Limpieza que se fueran realizando todos los reparos necesarios, y reiteraron con total vehemencia que para la correcta construcción de pozos *“se necesitara emplear mucho tiempo y sólo se ha reducido a muy poco tiempo”*⁵⁸⁹.

No cabe duda que los tenientes de arquitecto Ballina y Ocaña pintaban un panorama menos halagüeño que el gobierno, y fueron los primeros en relativizar los beneficios que podían deparar los 9.980 pozos negros de la Instrucción de Sabatini⁵⁹⁰. Tampoco se equivocaron al apuntar los principales defectos de estos pozos, que, como veremos más adelante, estuvieron presentes durante décadas, obligando a emplear, hipotecando, buena parte del exiguo presupuesto del ramo de limpieza a su constante limpieza, vaciado y reparación, hasta el punto de lastrar y ralentizar, por la falta de liquidez presupuestaria, la construcción de alcantarillas.

⁵⁸⁹ *Ibidem*.

⁵⁹⁰ Como ya apuntamos, el dato de los pozos se ha tomado de una certificación que realizaron los alcaldes de la Comisión de Limpieza, Nicolás Blasco Orozco y Manuel Ramos el 24 de julio de 1766, resultando 3.000 pozos menos de los que se creía que se habían construido en su totalidad. A.V.M. Secretaría 1-36-26.

8.3. Los nuevos enlosados de las calles.

En mayo de 1760, mientras Carlos III aprobaba la *Instrucción* de Sabatini, en la Junta de Limpieza de Madrid se autorizó al comisario cuartelero Ambrosio José de Negrete a hacer un nuevo empedrado de las calles, al parecer más resistente y duradero que el existente, “*por lo mal empedradas que se hallan las calles de esta Villa*”⁵⁹¹. La Junta ni si quiera llegó a valorarlo adecuadamente, en atención a las órdenes que el 23 de diciembre siguiente les comunicó el corregidor, dadas por el obispo gobernador del Consejo de Castilla. En atención a lo mandado, la Junta pidió a los obligados del empedrado que volvieran a presentar sus pliegos para concurrir a la nueva contrata que debía comenzar a comienzos de 1761, sin que al parecer se sacaran a licitación ni les afectaran los cambios introducidos por la *Instrucción*, es decir, con la finalidad de continuar con el mantenimiento de los antiguos empedrados de las calles⁵⁹². De los nuevos embaldosados estipulados en la *Instrucción*, se encargó directamente Madrid, concertándolo aparte mediante asientos independientes con otros maestros empedradores y canteros, y quedando su ejecución controlada por el obispo gobernador del Consejo y la Comisión de Limpieza. Y es que las contratas tradicionales estaban generalmente orientadas a la reparación de baches, agujeros y albañales, además de empedrar 200 tapias nuevas de calles cada año, en los lugares que se indicara a los contratistas – cada tapia equivalía a cincuenta pies cuadrados de superficie-. La disposición de colocar las nuevas losas, formando aceras junto a las fachadas de las casas, junto con los nuevos albañales o conductos, eran de exclusiva competencia municipal, al tratarse de nuevos empedrados en calles ya empedradas, que precisaban sus correspondientes nivelaciones y desmontes, y cuyo coste sufragarían por mitades tanto la Villa como los propietarios de las casas.

El 30 de enero de 1761 se vieron los pliegos presentados para la nueva contrata. El actual obligado, Ángel Valiña, no tuvo intención de proseguir por los pocos beneficios que le deparaba esta labor; pero persuadido por algunos regidores

⁵⁹¹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 5 de mayo de 1760.

⁵⁹² A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdos del 5 de diciembre de 1760 y del 9 de enero de 1761.

cuarteleros “*por la mucha confianza que de él se tiene y su notorio abono –solvencia–*”, finalmente accedió y ofertó continuar durante 6 años más a un precio de 184.000 reales anuales más la mejora de 200 tapias de empedrado nuevo, que haría donde la Junta se lo indicara. Otro pliego le fue pedido a los maestros Alonso Primo y Antonio Pérez de Lagar, que en lo antiguo ya corrieron con estos encargos, pero siendo conscientes en la Junta de su notoria pobreza, fueron desestimados. Por último, también presentaron pliego los maestros de obras Manuel Paniagua y Juan Fernando de Ocaña, este último teniente de arquitecto de Sabatini, por un periodo de seis años al precio anual de 4.000 reales menos que el ofertado por Valiña, una mejora de 400 tapias más de empedrado nuevo sobre las 200 habituales, y comprometiéndose a pagar la fianza que se les impusiera⁵⁹³. Las ofertas le fueron enviadas al obispo gobernador del Consejo, quien tras informar al rey, resolvió adjudicar la nueva obligación del empedrado a Manuel Paniagua y Juan Fernando de Ocaña por un periodo de seis años que concluiría al finalizar febrero de 1767⁵⁹⁴.

A comienzos de marzo de 1761, los nuevos obligados ya estaban a cargo del mantenimiento de los antiguos empedrados y apenas un mes después los regidores comisarios Blas Ruiz Baillo y Antonio Moreno Negrete recibieron el encargo de inspeccionar la piedra que se iba a emplear para los reparos de las calles. No obstante, los nuevos obligados solicitaron a la Junta poder hacer algunos cambios organizativos que a su entender serían más provechosos para el mantenimiento de las calles. Argumentaron que los 63 *martillos* que se empleaban en los mantenimientos –oficiales empedradores- no estaban bien distribuidos en los cuarteles de la Villa, y tampoco las cuadrillas que formaban eran equilibradas. A cambio, propusieron reducir a 6 el número de cuadrillas, pero todas iguales y constituidas con más martillos que las anteriores, además de disponer de una cuadrilla volante de 3 oficiales, para que pudiera acudir a las calles más estrechas y a las reparaciones más urgentes. Con cuadrillas más grandes se podrían acabar con mayor rapidez los mantenimientos de las calles que más lo necesitaran en los diferentes cuarteles de la Villa, evitando las quejas

⁵⁹³ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 30 de enero de 1761.

⁵⁹⁴ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 3 de marzo de 1761.

de los vecinos. La Junta autorizó a los nuevos obligados hacer los cambios propuestos⁵⁹⁵. Con estos cambios organizativos comenzaron a contratar los nuevos obligados, bajo el vigilante celo del visitador general de la limpieza, que mensualmente daba noticia puntual a la Junta de los trabajos que realizaban los 63 martillos, así como del tipo y cantidad de piedra que usaban para las reparaciones –nueva de pedernal, pareja y de cabeza de perro-. Sin embargo, apenas iniciado el mes de julio, el corregidor dio cuenta a la Junta que los nuevos obligados, además de la piedra que debían usar, aprovechaban todo tipo de escombros para el reparo de las calles. La Junta, en consecuencia, con autorización del corregidor, facultó al visitador general a buscar a cuatro o seis personas de confianza para que asistieran a los trabajos que realizaban los 63 martillos y verificar la calidad de la piedra. Quedaba claro que el gobierno no sólo estaba interesado en los nuevos embaldosados dispuestos en la *Instrucción*, sino también, en garantizar que los viejos empedrados de las calles tuvieran el mantenimiento adecuado⁵⁹⁶.

Para proceder a instalar los nuevos enlosados hubo que esperar hasta el mes de agosto, una vez que se hizo efectiva la orden del rey de proveer los 250.000 reales anuales del presupuesto de causa pública, para financiar los gastos de mejora estipulados en la *Instrucción*, quedando bajo el control administrativo y contable del obispo gobernador del Consejo de Castilla. Apenas quince días después, el obispo mandó librar los primeros 20.833 reales de vellón para suplir los gastos del mes anterior, correspondientes a los primeros trabajos de la *Instrucción*⁵⁹⁷. Sin embargo, los asientos de los nuevos enlosados que debía concertar la Comisión de Limpieza con los maestros canteros se demoraron hasta finales de 1761, porque previamente hubo que excavar los pozos negros y sumideros en casas y calles, y las cajas de unas pocas alcantarillas. La extracción, movimiento y amontonamiento de tierras en las calles obstaculizaba notablemente estos trabajos. Esto explica también que los nuevos enlosados se fueran haciendo, en primer lugar, en las calles principales para, posteriormente, realizar las de sus calles vertientes o colindantes. En el ínterin que se

⁵⁹⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 4 de mayo de 1761.

⁵⁹⁶ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 3 de julio de 1761.

⁵⁹⁷ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 5 de junio de 1761.

ponían en marcha los asientos, se fueron ejecutando las 600 tapias de empedrados nuevos que cada año tenían que hacer los obligados, como mejora ofertada en su contrata, a las que se añadieron las nuevas losas estipuladas en la *Instrucción*. De este modo, se ejecutaron los nuevos pavimentos de la plazuela frontera al Convento de las Capuchinas y en el entorno de la Puerta de Valencia para recoger más eficazmente las aguas que bajaban por las calles de San Bernardo y de Zorita⁵⁹⁸.

Pero ya entonces se pusieron de relieve otros problemas, como las dificultades que se ocasionaba a los viandantes y carruajes con el levantamiento de los viejos empedrados para ser reemplazados por losas, así como para las labores cotidianas de la limpieza de las calles⁵⁹⁹. Por esta razón, entrado el mes de octubre, la Junta pidió al obispo gobernador del Consejo que las obras de los enlosados se efectuaran primero en una acera y luego en la otra para no embarazar toda la calle, tal y como ya había mandado hacer el gobernador cuando pocas semanas antes, con un asiento o contrata independiente, se procedió a enlosar la Carrera de San Jerónimo, desde el Retiro a continuar hasta la Puerta de Segovia⁶⁰⁰. Otros problemas surgieron a comienzos de 1762, cuando se verificaron los perjuicios que ocasionaban las nuevas losas de las aceras en los encuentros con los empedrados de las calzadas, que se levantaban con relativa frecuencia. Para remediarlo se mandó que los obligados del mantenimiento de los viejos empedrados las arreglaran⁶⁰¹.

Pese a los inconvenientes, los nuevos enlosados se fueron ejecutando a buen ritmo, a medida que se iban terminando de construir los pozos negros y sumideros de casas y calles. De hecho, a finales de julio de 1762 la Junta envió un borrador al obispo gobernador del Consejo dando cuenta que del fondo de causa pública se habían gastado ya 270.833 reales con 7 maravedís en los nuevos empedrados y las mejoras de limpieza⁶⁰². Entonces, la Junta preguntó al gobernador si Madrid debía seguir pagando los costes del empedrado por razón de haberse rebasado los 250.000 reales

⁵⁹⁸ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 5 y 26 de agosto de 1761.

⁵⁹⁹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 25 de septiembre de 1761.

⁶⁰⁰ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 16 de octubre de 1761.

⁶⁰¹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 11 de enero de 1762.

⁶⁰² A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 28 de julio de 1762.

estipulados por el rey. Dos semanas después los obligados estaban realizando los enlosados de la calle de Leganitos, en el entorno del vertedero de su alcantarilla homónima y de la calle frontera a la casa del marqués de la Ensenada, junto a la de Tribulete, entre las Escuelas Pías de San Fernando y la plaza de Lavapiés; y la del Almirante, inmediata a la casa del marqués de Astorga, junto al Prado Viejo⁶⁰³. También los asentistas independientes se encontraban enlosando otras calles principales como la de Alcalá, Carrera de San Jerónimo, Prado, Mayor, Segovia y Atocha y parte de sus calles vertientes y colindantes. Para minorar los abultados gastos que soportaba el erario municipal, el 24 de agosto el obispo gobernador del Consejo ordenaba a los regidores comisarios de los cuarteles y los dos alcaldes de la Sala de la Comisión de Limpieza que en adelante los dineros que se recaudasen de las multas impuestas a los maestros canteros responsables de los nuevos enlosados, y a los propietarios de las casas por el retraso o morosidad en el pago de la parte que les tocaba, incluidos los embargos de sus alquileres, le fueran entregadas al tesorero de causa pública, Pedro Antonio de Libarona, para que los aplicase a los gastos de los enlosados⁶⁰⁴.

Por su parte, los alcaldes de la Sala de los dos departamentos vigilaban cuidadosamente de que todo lo que se ejecutaba era conforme a lo mandado en la *Instrucción*, y que se iban cumpliendo las nuevas disposiciones que el gobierno iba dando para la preservación de los nuevos enlosados. Por ejemplo, el Bando del 22 de septiembre siguiente, por el que expresamente se prohibió encender fuego para tostar cacao, calentar agua o quemar paja, así como poner luminarias en las nuevas aceras y calzadas⁶⁰⁵. Además, con mayor insistencia los dos alcaldes tuvieron que apremiar a los dueños de las casas y morosos a que pagaran su parte correspondiente. Ni que decir tiene, que fueron numerosas las peticiones de vecinos solicitando que se “suavizaran” los apremios y embargos; otros pidieron directamente ayudas o limosnas porque no podían atender los gastos; otros justificaban el retraso de los pagos argumentando

⁶⁰³ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 11 de agosto de 1762.

⁶⁰⁴ A.H.N. Consejos. Leg. 9425. Expedientes “Pozos ya construidos y empedrados, y obligación de usarlos” y “Orden para que los dineros de las multas se destinen a los empedrados”.

⁶⁰⁵ A.H.N. Consejos. Leg. 9430. Expediente “Bando de 22 de septiembre de 1762, sobre prohibiciones que afectan al nuevo empedrado”.

complicaciones administrativas al tratarse de casas en las que se habían fundado capellanías, obras piadosas, o incluso existían disputas o litigios por herencias; y otros pedían permiso para vender juros y así poder satisfacer lo que les correspondía⁶⁰⁶. Al menos a los maestros canteros y trajineros que acarreaban la piedra les permitieron franquear las puertas de la Villa sin tener que hacer frente a las consabidas imposiciones fiscales⁶⁰⁷.

Entrado el año 1763 ya estaban prácticamente enlosadas las calles principales de la Villa, junto con otras más modestas que habían ejecutado los obligados, como las del Baño, Lobo y Visitación. Pero ya entonces los abultados gastos que soportaba la Villa para atender las mejoras de la *Instrucción*, llevaron a la Junta a ajustar la contrata con los obligados del empedrado, reduciéndoles 18 de los 63 martillos u oficiales capitulados y su coste proporcional, es decir, en adelante para el mantenimiento de las calles tan solo se dispondría de 45 martillos. Esta minoración de efectivos vino acompañada de nuevas exigencias por parte del gobierno. En virtud de una orden de Esquilache, comunicada por el corregidor a la Junta de Limpieza el 10 de julio siguiente, los 45 martillos u oficiales, a los que había quedado reducido el mantenimiento de los empedrados, se debían emplear en los nuevos enlosados de las calles vertientes y colaterales a las carreras o calles principales. Enterada la Junta acordó su puntual cumplimiento, pero advirtió al obispo gobernador del Consejo que las condiciones de la obligación sólo estaban destinadas a reparar las calles y no a empedrarlas de nuevo, para lo que debían de trabajar diariamente con 63 martillos y oficiales, y la demás gente de la obligación, durante 7 meses al año, desde marzo hasta fin de septiembre, *“cuyo modo de obligación es antiquísimo”*. Por esta razón, y el limitado precio de 180.000 reales que se le pagaba anualmente al obligado, nunca se les había podido ordenar que hicieran otro tipo de empedrado, ni tampoco mandarles empedrar calles nuevas porque así estaban aprobadas sus contratas. Más aún, argumentaban que si se hacía un desmonte de calle o empedrado nuevo debía ser por

⁶⁰⁶ A.H.N. Consejos. Leg. 9.430. Expediente: “Petición de vecinos para hacer frente a los apremios de construir sus pozos y empedrados”.

⁶⁰⁷ A.H.N. Consejos. Leg. 9.425. Expedientes “Permisos y licencias que pedían los canteros y trajineros de piedra y ladrillo”.

cuenta de Madrid, y en este caso el obligado tan sólo tenía que poner algunos oficiales de las cuadrillas que menos falta le hicieran, de modo que el resto de las calles no experimentaran faltas ni retrasos. Hacían constar que aun trabajando los 63 martillos durante los 7 meses estipulados, descontando los días de temporal, *“con dificultad se ha podido conseguir que el empedrado de las calles haya estado reparado y sin baches que tanto molestan al público, y mucho menos podrá verificarse en lo sucesivo habiéndose minorado el número de martillos a cuarenta y cinco; en consecuencia de Real Resolución de S.M., mandando se separasen en cada año cincuenta y un mil reales del precio de la obligación del empedrado para con ellos y otros gastos mandados excusar se contribuía con 250.000 reales para los gastos del nuevo proyecto de limpieza y empedrado”*.

Por todas estas razones, la Junta literalmente suscribía que no impugnaba los nuevos empedrados de las calles colaterales pero tampoco podía desatender la necesidad de reparar las demás, *“cuyos vecinos como iguales contribuyentes tienen derecho ya que no al nuevo empedrado a lo menos al reparo del que existe en sus calles”*. La Junta concluyó preguntando si la Real Resolución se refería a que los 45 martillos de la obligación debían repartirse en todas las calles o destinarlos íntegramente a las de los nuevos enlosados⁶⁰⁸. Apenas una semana después, el corregidor comunicó a la Junta la resolución de Esquilache, aclarando que no era ánimo del rey que se destinaran 45 martillos a los nuevos enlosados, pero sí algunas cuadrillas para ir *“acomodando las calles que faltaban”*. La Junta para cumplir lo mandado, creó una comisión compuesta por varios regidores capitulares y el encargo de organizar el trabajo de las cuadrillas del obligado que debían destinarse a los nuevos enlosados, sin desatender el mantenimiento del empedrado viejo⁶⁰⁹.

El 29 de julio se comunicó a los obligados del empedrado lo resuelto por Esquilache y se les ordenó enlosar las calles del Príncipe y de la Cruz, aprovechando el parón de las representaciones teatrales para, después, proseguir con la calle del León y

⁶⁰⁸ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 10 de julio de 1763.

⁶⁰⁹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 18 de julio de 1763.

otras alledañas. Para esta tarea debían emplear a 15 martillos u oficiales, mientras que los 30 restantes, que previamente solicitó sin éxito Esquilache, se emplearían en el mantenimiento de los viejos empedrados.

Enterado el obligado Juan Fernando de Ocaña, replicó que no era de su obligación hacerse cargo del nuevo empedrado, y aunque podía ceder 15 martillos, los trabajos y gastos que tendría que cubrir excedían con creces el precio estipulado en su contrata. Además, alegó que era competencia de la Villa suplir los gastos ocasionados por los desmontes de las calles, sacar la tierra al campo, levantar y volver a sentar las losas de las fachadas de las casas y el abono de la piedra nueva que fuese preciso utilizar. La Junta, en consecuencia, acordó que el obligado concurriera con los 15 martillos, que del desmonte se encargarían los mangueros de caminos, de los demás gastos se daría cuenta al corregidor y, a su debido tiempo, los tendrían en cuenta para que le fueran abonados en el caso de rebasar el presupuesto de su contrata⁶¹⁰.

Con estos cambios y nuevas exigencias del gobierno se fueron realizando los enlosados del resto de las calles, además de otros inconvenientes motivados por los crecidos gastos que debían soportar los vecinos. La morosidad y el impago de los dueños de las casas para hacer frente al coste de las losas, pozos, conductos, etc. fue tan frecuente que llevó al mismo Esquilache a apremiarlos e intimidarlos por reiteradas órdenes. Por ejemplo, el 15 de enero de 1764 se mandó al obispo gobernador del Consejo y a los alcaldes de la Sala de ambos departamentos que “*se estreche a los dueños de las casas de la calle de Hortaleza*”. De nuevo, el 28 de septiembre por una orden del rey se volvía a apremiar a los dueños de las casas⁶¹¹. Como cabría suponer, también se resintieron más de la cuenta los mantenimientos de los viejos empedrados. Así, cuando el 3 de octubre de 1764 en la Junta de Limpieza se vieron las certificaciones de la visita general efectuada sobre los trabajos de los empedradores, fueron notorios los inconvenientes de haberse minorado el número de martillos y de destinar varias cuadrillas a los nuevos enlosados. En dicha certificación

⁶¹⁰ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 29 de julio de 1763.

⁶¹¹ A.H.N. Consejos. Leg. 9.430. Expediente: “*Orden del Rey para que se estreche a los dueños de las casas de la calle de Hortaleza a que terminen las obras de limpieza*”.

se dio cuenta de que las calles principales se encontraban medianamente reparadas pero que *“era impracticable el que estas y las demás lo estuvieran como correspondía, en atención a los motivos insinuados que son notorios”*, además de constatarse que los obligados estaban padeciendo *“más gasto y dispendio que el que hubieran tenido si sólo hubieran practicado lo capitulado en su obligación”*. En compensación, se acordó declarar que los referidos obligados cumplieron con su obligación en el año pasado de 1763, y se dio cuenta a la contaduría para que les librara sus honorarios⁶¹².

Entrado el año 1765 los enlosados se fueron ejecutando en la calle de Jacometrezo y sus vertientes, y en la plaza Mayor y sus calles aledañas. Sin embargo, los nuevos empedrados que debían realizarse en la plaza Mayor volvieron a provocar fricciones con los obligados, ya que por deseo del rey en lugar de emplear y disponer las losas como era habitual, se tendría que ejecutar su enlosado en “pirámide” y, además, con los oficiales o martillos que se empleaban en el reparo de las calles. El 6 de febrero los obligados manifestaron a la Junta los perjuicios que esta providencia les podía causar, y más cuando no era una función de su contrata. Alegaron que con la reducción de martillos que les hicieron dos años antes, sus honorarios anuales se habían reducido a 128.000 reales, más todavía, al tener que asumir los nuevos enlosados. Por esta razón, advirtieron a la Junta que si se les obligaba a empedrar la plaza Mayor cesarían en su asiento, eximiéndose de cualquier responsabilidad y exigiendo el pago de la fianza de su contrata. La Junta de Limpieza no tuvo más remedio que asumir los sobrecostos que pudieran derivarse de la ejecución de los empedrados de la plaza y de sus calles aledañas, y los obligados cumplieron con los deseos del rey. Hasta la conclusión del año también realizaron los nuevos enlosados de las calles de Santiago, del Tesoro, Concepción Jerónima, Preciados, Puebla Nueva, las dos de los Peligros, de los Reyes Alta y Baja, y se terminó la de Jacometrezo. Según las certificaciones dadas por el visitador general, Manuel de Ureña, tuvieron un coste para Madrid de 49.965 reales de vellón. Sólo por la de Jacometrezo los dueños de las casas

⁶¹² A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 3 de octubre de 1763.

situadas en esta calle tuvieron que desembolsar 4.057 reales de vellón de la mitad de los costes suplidos en su desmonte y enlosado⁶¹³.

8.4. Canalones, sumideros y pozos para aguas menores y residuales.

Conforme a lo contenido en la *Instrucción* de Sabatini, los dueños de las casas también se vieron obligados a poner en los tejados exteriores de sus inmuebles canalones de hojalata o plomo, con sus desagües correspondientes al ancho de cada calle. Mediante estos canalones las aguas de lluvia se podrían recoger y evacuar de forma controlada hacía los albañales de las calles, evitando los chorreones que tradicional e indiscriminadamente anegaban las calles y dificultaban el tránsito a los peatones. Por otra parte, con esta medida, que venía a complementar a los nuevos enlosados de las aceras, también se embellecían las fachadas de las casas de la Villa.

Para proceder a la colocación de los nuevos canalones se tuvo que esperar a que se hubieran concluido las obras de los pozos negros, de los nuevos enlosados de aceras y de los nuevos cursos que se dieron a los albañales o arroyos de las calzadas. Así, a medida que se iban acabando estas obras se iba obligando a los dueños de las casas ubicar estos canalones en los aleros de sus tejados. Pero como el gobierno quería acabar a la mayor prontitud las mejoras de la corte contenidas en la *Instrucción*, tal y como ocurrió con los pozos negros, y se tenía la certeza de que los canalones no se estaban colocando en los tejados de muchas casas, Esquilache decidió apremiar al gobernador del Consejo para que se cumpliera lo mandado. Así, se dio cuenta al obispo gobernador de una orden del rey, del 6 de noviembre de 1764, por la que se mandaban quitar todos los canalones de las casas que sus aguas caían a la calle, y como *“parece que no se ha hecho diligencia alguna en este asunto hasta ahora”*, se le apremiaba a que lo hiciera cumplir⁶¹⁴. A Esquilache no le faltaba razón, ya que los

⁶¹³ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdos del 6 de febrero y 17 de octubre de 1765.

⁶¹⁴ A.H.N. Consejos. Leg. 9.430. Expediente: *“Nueva orden para que se quitasen todos los canalones que sus aguas caían a la calle”*.

celadores y alcaldes de ambos departamentos le habían remitido al obispo gobernador diversas certificaciones en las que se le informaba de la existencia de los viejos canalones en muchas calles de la Villa. El 17 de noviembre siguiente, el obispo gobernador comunicó a los alcaldes de la comisión al frente de los dos departamentos de la Villa, Nicolás Blasco Orozco y Manuel Ramos, la orden del marqués de Esquilache:

“Dispondrán Vmdes –vuestras mercedes- se pongan con toda prontitud los canalones en los aleros de los tejados de las casas, y demás edificios de esta Corte sin permitir excusas, ni dilaciones, porque estoy informado se lleva esta diligencia muy despacio y por lo mismo faltan muchos de poner en varias calles”⁶¹⁵.

Pero los dueños de las casas no tenían la misma prisa que Esquilache, razón por la que de nuevo, el 22 de noviembre siguiente, el obispo volvió a apremiar a los alcaldes de ambos departamentos a que *“se quiten los referidos canalones y demás que se encuentren y que los celadores cuiden de este encargo con la mayor exactitud avisándome V.Ms –vuestras mercedes- puntualmente de lo que se ejecute en cada uno de sus Departamentos, con expresión de las casas y parajes donde se hallen”*. Según consta en algunas de las certificaciones remitidas al obispo, los canalones aludidos se encontraban en los balcones y ventanas de las casas, por los que se vertía todo tipo de aguas inmundas *“siendo esto muy defectuoso a la hermosura de las fachadas, y que por el nuevo proyecto de limpieza manda S.M. no se permitan en parte alguna”*. En consecuencia, el obispo mandó que inmediatamente se quitasen *“todos los que se hallen puestos a la vista de las calles”⁶¹⁶*.

Los apremios de Esquilache surtieron sus efectos y en los nueve meses siguientes que todavía estuvo vigente la Comisión de Limpieza, con el encargo de hacer cumplir los encargos de la *Instrucción* de Sabatini, en los aleros de los tejados de las casas de la Villa ya se habían colocado los nuevos canalones. Sin embargo, esta nueva

⁶¹⁵ A.H.N. Consejos. Leg. 9.430. Expediente: *“Orden de apremio para que todos los dueños de las casas pongan canalones en los tejados”*.

⁶¹⁶ A.H.N. Consejos. Leg. 9.430. Expediente: *“Nueva orden para que se quitasen todos los canalones que sus aguas caían a la calle”*.

mejora, que sin duda no fue muy costosa y sí muy beneficiosa para la ciudad, supuso un nuevo quebranto para las economías de no pocos madrileños, puesto que vino a incrementar los enormes gastos que tuvieron que satisfacer para la construcción de pozos negros, canalones de evacuación de aguas mayores en el interior de cuartos y casas, canalones para la evacuación de aguas menores y orines, y de los nuevos enlosados de las aceras.

Pero el quebranto económico fue todavía peor para algunos propietarios, dueños de inmuebles o casas, que por tener determinadas características físicas o estructurales, se vieron en la obligación de construir otros pozos o sumideros para la evacuación y retención de las aguas menores, esto es, residuales, sobrantes de usos domésticos y las llamadas “meaderas”. De hecho, la *Instrucción* de Sabatini obligaba a los propietarios a instalar canalones o conductos, preferentemente colocados en el interior de las casas, embebidos o adosados a las paredes, para que todos los cuartos de las mismas pudieran verter en ellos las aguas sobrantes de usos domésticos y cocinas. Por esta razón, los canalones debían tener la forma de una i griega -Y-, con los brazos menores de la misma en forma de embudo para permitir, por uno de ellos, el vertido de las aguas, y, por el otro, el empalme con el canalón de otros cuartos del inmueble y así facilitar el vertido en la misma bajante que, a su vez, desaguaría en un pozo o sumidero. Si se diera el caso de no poderse habilitar dichos conductos las aguas debían ser obligatoriamente conducidas cubiertas por los patios o portales de las casas hacia la calle, con la debida pendiente, sin provocar molestias a los transeúntes que caminaban junto a las fachadas de las casas, ni estorbos a carruajes y caballerizas con arroyuelos o canales. Para garantizar que, efectivamente, por esos conductos sólo se podían evacuar las aguas menores se obligó a poner *rallo* (rejilla) en su vertedero. Pero si por las características físicas del inmueble o por la alta concentración de inquilinos no se podían evacuar las aguas de forma controlada, por los patios o portales hasta los nuevos albañales de las calles, pasando por debajo de los enlosados de las nuevas aceras, entonces, sus propietarios tenían la obligación de construir otros pozos, distintos a los negros, para la recogida controlada de las aguas menores.

La construcción de los pozos o sumideros de aguas menores fue bastante problemática -entendiéndose un sumidero de esta época, más como un pozo que como un conducto de evacuación de aguas residuales que acomete a una alcantarilla-. La razón principal es que los sótanos, patios y corrales de muchas casas ya se habían abierto para la construcción de pozos negros, con lo que era contraproducente ubicar un nuevo pozo a tan corta distancia por los problemas que se podía ocasionar en las cimentaciones de las casas o por las filtraciones y humedades que se podrían producir, afectando no sólo a las casas, sino también, a los viajes de agua y a las fuentes públicas. Ya a finales de octubre de 1761, cuando la Comisión de Limpieza analizó los dictámenes de los arquitectos y fontaneros más reputados de la corte, a propósito de los temores que había manifestado la Villa por la proliferación de pozos negros, se resolvió que de no poderse construir un pozo o sumidero para la recogida de aguas menores, se pudiesen emplear para estos fines los pozos negros⁶¹⁷. Sin duda, esta decisión fue muy perjudicial para los propios pozos, que en muy corto periodo de tiempo se llenaron, colmataron y con frecuencia rebosaron sus aguas sucias, ocasionando perjuicios higiénicos, malos olores y, peor todavía, anegando sótanos y provocando filtraciones en cimientos, pozos de aguas limpias y viajes de agua. Acabados los trabajos de la Comisión de Limpieza en agosto de 1765, el marqués de Grimaldi, sustituto de Esquilache en las tareas que afectaban a la higiene de la urbe, tuvo que hacer frente a la constante problemática de los pozos, llevándole a establecer un sistema exclusivo de limpieza de pozos con un coste elevadísimo para el erario municipal.

Huelga decir, que los problemas de los pozos negros ya eran notables a finales del año 1764, razón por la que se volvió a presionar a los propietarios a que construyeran en sus casas pozos o sumideros para la recogida de las aguas menores. Así, el 23 de diciembre de 1764 Esquilache comunicó al obispo gobernador del Consejo que *“sin embargo de lo adelantadas que están en Madrid las obras de limpieza, se experimenta que de muchas casas salen aguas claras por los conductos de las*

⁶¹⁷ A.H.N. Consejos. Legajo, 9.424. *“Informe remitido al obispo gobernador del Consejo de Castilla sobre los dictámenes de los arquitectos Sabatini, Sachetti, Moradillo, Ballina, Arredondo, etc., y de los fontaneros de los Viajes de Agua”.*

llovedizas, cocheras o patios y algunos orines de los portales, a causa de no haberse hecho los pozos sumideros en que se han de recoger; y para evitar los perjuicios que se siguen de esto, ha resuelto el Rey que se hagan fijar carteles, mandando que dentro de un breve término se ejecuten y concluyan estas obras como están proyectadas". El gobernador del Consejo así se lo ordenó a los alcaldes de ambos departamentos para que se cumpliera⁶¹⁸.

Al mismo tiempo que los dueños de las casas construían sus sumideros para la recogida de las aguas menores, la Comisión de Limpieza mandó canalizar y recoger de forma controlada las aguas residuales y sobrantes de las fuentes públicas de la Villa, mediante la construcción de pozos o sumideros en las vías públicas o mediante encañados o acometidas a las pocas alcantarillas existentes. Así, el 20 enero de 1763 el teniente de arquitecto Ballina concluyó la construcción de dos sumideros, uno en la calle Ancha de Peligros y el otro en la calle de la Victoria, a un coste de 523 reales de vellón y 13 maravedís, para recoger las aguas sobrantes que iban a parar a los nuevos empedrados de la Carrera de San Jerónimo, y las *"aguas que salían por debajo de la tapia del Convento de la Victoria"*. Sin embargo, tras el reconocimiento realizado por el teniente de arquitecto Juan Fernando de Ocaña, se detectó que las aguas provenían de la fuente de las monjas de Santa Ana, lo que obligó a construir otro sumidero que tuvo un coste total de 1.872 reales de vellón⁶¹⁹.

Mucho más problemático y costoso resultó la construcción del gran sumidero que vino a recoger las aguas sobrantes de la fuente de la plazuela de Antón Martín. El 16 de junio de 1763 el alcalde del departamento bajo, Nicolás Blasco de Orozco informaba al obispo gobernador del Consejo que los nuevos empedrados que se estaban haciendo en la calle Atocha ya habían llegado a la plazuela de Antón Martín, pero que se *"nota que las aguas sobrantes de la fuente que hay en ella, perjudican al empedrado y pareciéndome, convendrá se suman, como se hizo con las aguas*

⁶¹⁸ A.H.N. Consejos. Leg. 9.430. Expediente: *"Orden del rey para que en todas las casas se hicieran pozos sumideros para los orines y que para este fin se fijaran carteles"*.

⁶¹⁹ A.H.N. Consejos. Leg. 9.426. Expediente: *"Sumideros de la calle Ancha de Peligros y calle de la Victoria, y de la fuente de las monjas de Santa"*.

sobrantes de las fuentes que hay enfrente de la Cárcel de Corte, de inmediato al Convento de monjas de Santa Ana y cuya obra corrió a cargo del arquitecto D. Juan Fernando de Ocaña, uno de los tenientes del Director D. Francisco Sabatini, por si fuese de la aprobación de V.S.I. que con las aguas sobrantes de la fuente que hay en la plazuela de Antón Martín se haga igual sumidero”... “y que corra a cargo del aludido teniente o de la persona que se designe”⁶²⁰.

El obispo ordenó la construcción del sumidero y el 20 de junio siguiente la obra fue tasada por el teniente de arquitecto Ocaña en 3.000 reales de vellón. Según el arquitecto había que construir un pozo sumidero *“de figura circular de dos pies y tres cuartos de diámetro de luz, y se debe profundizar hasta el filo de la vena de las aguas firmes, y vestirle con paredes de fábrica de albañilería, y también un pocillo recipiente en el contra pilón de la misma fuente vestido de igual fábrica, y unido al sumidero con una tajea de media vara de ancho -0,415 metros- y tres pies de alto de luz, cubriendo el sumidero y recipiente con losas de piedra berroqueña”*. Dos días después el obispo gobernador del consejo autorizó su construcción⁶²¹. Sin embargo, el coste de esta obra se duplicaría por la extraordinaria profundidad que hubo que darle al nuevo sumidero. El 25 de octubre siguiente Juan Fernando de Ocaña, teniente de arquitecto de Sabatini, informaba al obispo gobernador del Consejo que el sumidero ya estaba construido y en uso, pero que su coste final había ascendido hasta los 7.510 reales de vellón, muy superior a lo inicialmente tasado en 3.000 reales. Esta diferencia la justificaba argumentando que *“cuando hice la regulación, fue en la inteligencia y concepto de que la vena de las aguas firmes –subterráneas- a que forzosamente se deben unir las sobrantes, para conseguir el fin a que se dirigen estos sumideros, se hallaría a la distancia de la profundidad de los pozos del barrio, que lo es la de sesenta pies, unos poco más, y otros, algo menos; y al construir este sumidero se reconoció ser de la clase que llaman aguas falsas la vena que surte a los pozos de servidumbre de las casas de las inmediaciones, y no siendo esta a propósito para sumir las aguas, y conseguir lo estabilidad de la obra y fines a que se dirige; se continuó profundando*

⁶²⁰ A.H.N. Consejos. Leg. 9.426. Expediente: *“Sumidero de la fuente de la plazuela de Antón Martín”*.

⁶²¹ *Ibidem*.

*dicho sumidero con el mayor trabajo e incomodidad por los desgajes de los terrenos hasta la profundidad con que se halla dicho sumidero, que es la de ciento veintiún pies, a cuya altura se halló el filo de la vena de las aguas firmes, de cuyo hecho ha dimanado el mayor gasto en la obra por la duplicada fábrica y de excavación*⁶²². La lectura del informe del teniente Ocaña no deja de sorprender por la extraordinaria profundidad que llegó a alcanzar este sumidero, de nada menos que 33,63 metros de profundidad – un pie castellano equivale a 0,278 metros-.

Otros sumideros construidos fueron los de la fuente de los Capellanes, obra del teniente de arquitecto Ballina que culminó el 15 de septiembre de 1763, con un coste de 1.489 reales de vellón; además de los cuatro sumideros situados en las inmediaciones de las fuentes de la Puerta del Sol, de la Red de San Luis y de las calles del Soldado y de Hortaleza, también construidos por Ballina y a un coste de 9.361 reales de vellón y 24 maravedís, por mandato y aprobación de Esquilache del 28 de septiembre del mismo año⁶²³. También existían antiguos sumideros en algunas fuentes públicas, como en las de las plazas de la Cruz y de la Villa, que con frecuencia se tuvieron que limpiar para evitar que sus aguas sobrantes se derramasen por los nuevos empedrados⁶²⁴.

Más aún, algunos de estos sumideros como el de la fuente de la plaza de la Villa acabarían reemplazándose por encañados que acometieron a las alcantarillas cercanas. En efecto, la otra alternativa a los sumideros fueron los encañados, es decir, mediante canalizaciones subterráneas no muy profundas se evacuaba controladamente el agua sobrante de las fuentes hasta su desagüe en las pocas alcantarillas existentes en la Villa, a través de caños con revestimiento vítreo en su interior. El 29 de mayo de 1764 Esquilache comunicó al obispo gobernador del

⁶²² Ibídem.

⁶²³ A.H.N. Consejos. Leg. 9.426. Expediente: *“Sumidero de la fuente de los Capellanes y de los cuatro sumideros hechos en la Puerta del Sol, Red de San Luis y en las calles del Soldado y de Hortaleza”*.

⁶²⁴ A.H.N. Consejos. Leg. 9.426. Expediente: *“Limpieza de los sumideros de las fuentes de las plazas de la Villa y de Santa Cruz”*. El 3 de marzo de 1764, Nicolás Blasco Orozco informó que el teniente de arquitecto Juan Fernando de Ocaña había limpiado estos sumideros por un importe de 974 reales de vellón.

Consejo, que *“en lugar de los sumideros que se habían de hacer en las Fuentes públicas de la calle de Relatores y Plazuela de Lavapiés, para recoger sus aguas sobrantes, ha resuelto el rey que se procuren incluir en la mineta que construyen los padres Mercenarios Calzados, con el fin de sacar las de su convento al arroyo que desde el Portillo de Valencia sale al campo”*. Estas cañerías fueron tasadas por el teniente de arquitecto Juan Fernando de Ocaña en 5.100 reales de vellón y se ordenó al alcalde del departamento Bajo, Nicolás Blasco de Orozco, que dispusiera su ejecución y que los gastos de estas obras se pagaran por el caudal destinado al nuevo proyecto de limpieza y empedrado. El 22 de diciembre siguiente, Nicolás Blasco de Orozco informó al obispo gobernador del Consejo la conclusión del las cañerías *“incluyéndolas en la – alcantarilla- que han fabricado los Padres Mercenarios Calzados, que sale al campo por el arroyo del Portillo de Valencia”*. Si bien, el coste final de las obras se había incrementado hasta los 5.522 reales y 2 maravedís, y como Juan Fernando de Ocaña había suplido los costes, pedía que del caudal de causa pública se le libaran *“para que pueda acudir a percibirlos y pagar lo que estuviese debiendo de los materiales y jornales”*⁶²⁵. Deben destacarse estos datos porque aluden a la llamada alcantarilla de Lavapiés que fue construida por el Convento de la Merced y ya funcionaba a finales de 1764.

El 19 de diciembre de 1764 también se concluyeron las nuevas cañerías que permitieron desaguar las aguas sobrantes de la fuente de la plaza de la Villa en la nueva alcantarilla de la calle de Segovia. Del estado y conclusión de estas obras, que se habían iniciado el 15 de octubre anterior, dio cuenta Sabatini, como también del coste final de las mismas, que ascendió a 7.932 reales de vellón y 24 maravedís. La obra había sido tasada en 9.660 reales, una cifra elevada porque hubo que disponer los encañados a lo largo de la calle del Azotado, y a la postre resultó un coste menor para la causa pública⁶²⁶.

⁶²⁵ A.H.N. Consejos. Leg. 9.426. Expediente: *“Cañerías para recoger las aguas sobrantes de las fuentes de Relatores y Lavapiés e introducirlas en la alcantarilla que estaban construyendo los padres Mercedarios Calzados”*.

⁶²⁶ A.H.N. Consejos. Leg. 9.426. Expediente: *“Cañerías para recoger las aguas sobrantes de la fuente de la plaza de la Villa e introducirlas en la alcantarilla de la nueva alcantarilla de la calle de Segovia”*.

8.5. La adecuación de las contratas de limpieza a las mejoras de la *Instrucción* de Sabatini.

Apenas un mes después de aprobada la *Instrucción* de Sabatini (14 de mayo de 1761), y teniendo en cuenta que la contrata u obligación de la limpieza de las calles tocaría a su fin al concluir el mes de julio siguiente, la Junta de Limpieza de Madrid recibió la autorización del obispo gobernador del Consejo, para que se invitara a los actuales obligados a que presentaran sus ofertas⁶²⁷. En todo caso, las nuevas ofertas no podían superar el precio de 17 reales de vellón con 18 maravedís por servicio de carro diario. Pero cuando el 3 de julio siguiente volvió a reunirse la Junta tan sólo había presentado pliego el vecino de Madrid Francisco Delgado, ofreciendo tomar a su cargo los 60 carros de limpieza por un periodo de dos años, que comenzaría a primeros de agosto de 1761 y finalizaría al finalizar julio de 1763, por un precio más elevado del licitado, de 18 reales de vellón por servicio diario de carro. La Junta tras comprobar que el precio excedía en casi un real lo estipulado y comprobar que no se habían presentado más ofertas, resolvió remitir la oferta de Delgado al obispo gobernador del Consejo⁶²⁸.

Trece días después el obispo envió a la Junta una serie de observaciones sobre la oferta presentada por Fernando Delgado, y de paso, les recordó lo mal que hasta el momento se habían gestionado los fondos públicos para hacer la limpieza de la Villa. Así, sobre la clausula segunda del pliego ofertado, suscribió que el interesado debía contar con mulas de repuesto para que nunca faltasen de las calles. Sobre la clausula 3 afirmó categóricamente que era perjudicial para la causa pública que en tiempos de mareas sólo se acudieran a la limpieza de las calles con 51 carros, porque los mozos de los nueve restantes se encargaban del baldeo y las cubas de agua. Y es que un mozo costaba 4 reales y un carro 18 reales, diferencia que se embolsaría el obligado sin tener por qué hacerlo. Sobre la clausula 6, referente a la ayuda de costa que recibían los obligados por regar la plaza de toros, afirmaba que no lo debían hacer porque los

⁶²⁷ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 19 de junio de 1761.

⁶²⁸ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 3 de julio de 1761.

carros que se emplearían para ello dejarían de dar servicio a la limpieza de las calles. Sobre la clausula 14, recordaba a la Junta que nunca se habían librado los anticipos de dineros de los géneros necesarios para mantener carros y mulas; y que en el caso de concedérselos los obligados tendrían que bajar el precio del coste de carro/día de 17 reales de vellón y 18 maravedís, sin consideración a la abundante cosecha que se había producido ese mismo año y la brevedad del tiempo de la obligación. Sobre la clausula 19, consideraba imprescindible que los obligados debían estar en todo a las órdenes que recibieran de la Junta, y las que recibiese el visitador de ésta, ya que era de su cargo la distribución de carros por las calles, según las urgencias y necesidades de S.M., por lo que se entendía que cada carro debía hacer 9 viajes diarios y más cuando lo pida la necesidad. Sobre la clausula 23, indicaba que era inadmisibile que no se hiciera baja o mejora en el precio de la obligación, debiendo hacerse en el tiempo correspondiente de la licitación y en pública subasta, para quedar rematada en el postor que hiciese más beneficio al común.

Por todo lo antedicho, resolvió que la Junta devolviera el pliego y su oferta a Fernando Delgado; que se tuvieran en cuenta las observaciones indicadas y que se volviera a sacar a pública subasta el servicio de limpieza de las calles, durante un plazo de 8 días, debiendo rematarse en el postor que ofreciera mejor precio aunque fuera sólo por un año de duración. En el caso de que no se presentase ningún postor o que no fuese capaz de cumplir con las condiciones, la Junta tendría que hacerse cargo de la limpieza tomándola bajo su administración por un periodo de dos años con todas las mulas y carros, *“pues todo el daño que experimenta el público, proviene de lo mal que se han gastado los Caudales en Limpieza, se hace increíble que anden todos los días sesenta carros, que son quinientos cuarenta viajes al día”*. A su vez, el obispo gobernador propuso una reunión a los miembros de la Junta para dilucidar un método más eficiente de limpieza, aunque fuera por calles o barrios⁶²⁹.

Pero esta reunión, celebrada el 14 de julio siguiente, apenas sirvió para concluir en volver a sacar a licitación pública la obligación de limpieza de las calles. Fue

⁶²⁹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 13 de julio de 1761.

entonces, cuando Francisco Delgado pidió a la Junta que le devolvieran su pliego y la oferta que anteriormente les había presentado, al parecer, contrariado, porque habían pasado los días óptimos para hacer acopio de la paja y la cebada que se precisaba para el mantenimiento de las mulas⁶³⁰. Cumplidos los 8 días que había establecido la Junta para la presentación de ofertas, resultó que no se había presentado ningún postor. Informado el obispo gobernador, resolvió que el ínterin se buscaba una solución se comunicase a los antiguos obligados que continuaran limpiando las calles y que, de nuevo, se volviese a sacar a pública subasta el asiento de limpieza dando de plazo nueve días⁶³¹.

Cumplidos los nueve días tampoco se presentó ningún postor. De nuevo la Junta tuvo que pedir a los antiguos obligados que continuaran prestando sus servicios, mientras se empezaban a preparar para volver a tomar la limpieza de las calles bajo su administración, tal y como ya ocurrió en el bienio de 1754 – 1755, y que, como vimos en el epígrafe 6.5 del presente trabajo, tuvo un sobrecoste para los fondos públicos de casi medio millón de reales de vellón al año. El 5 de agosto siguiente, se dio cuenta en la Junta de la tasación realizada de todos los recursos y medios técnicos con que contaban los obligados para hacer la limpieza de las calles, ascendiendo a un coste de 190.346 reales de vellón, por 117 mulas, 64 carros y cuatro cajas de repuesto, 40 cubas de agua, rodillos, galeras, maderas, hierro, esparto, mantas, palas, cribas, arneros, etc⁶³². Esta cantidad, más tres mulas nuevas y los aderezos que precisaban algunos carros para tener los 60 operativos acostumbrados, tendría que desembolsarla la Junta para proceder a efectuar la limpieza bajo su administración, con el convencimiento de que, al igual que había ocurrido en el bienio de 1754 – 1755, los costes se volverían a disparar. Paradójicamente, y como cabría de esperar de un gobierno ilustrado y pragmático como el ejercido por el obispo de Cartagena, presidente de la Comisión de Limpieza, el 26 de agosto siguiente se le hizo presente a la Junta una resolución de S.M. mediante la que se le adjudicaba el asiento de limpieza de las calles de la Villa a Francisco Delgado, *“según sus condiciones y hallanamientos hechos por él”*. La Junta

⁶³⁰ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdos del 15 y del 17 de julio de 1761.

⁶³¹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdos del 23 y del 24 de julio de 1761.

⁶³² A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 5 de agosto de 1761.

acordó cumplir lo mandado y pedir al interesado escritura pública de su obligación. A su vez, dio aviso al visitador general de la limpieza y su teniente, a los comisarios cuarteleros y a los celadores, de las condiciones del pliego del interesado, de quedar a las órdenes de los regidores comisarios Blas Ruiz Bayllo y Juan de Novales, junto con el procurador general, para los problemas y disputas que pudieran surgir en la nueva obligación⁶³³.

El 25 de septiembre siguiente, el nuevo obligado Francisco Delgado comenzó a servir en su obligación, tras haber gozado de una breve prorrogar que necesitó para aderezar los carros de la limpieza. Si bien, y conforme había capitulado, de los 60 carros con los que servía, 32 de ellos fueron cedidos a otros dos obligados; 20 de ellos, acantonados en la casa cuartel de limpieza de la calle Atocha, a favor de Miguel Valero; y los 12 restantes, acantonados en la casa cuartel de la calle de Toledo, a favor de Diego Hidalgo. La Junta de Limpieza, como no podía oponerse a lo capitulado con el obligado, aprobó la cesión y para que todo quedará atado legalmente obligó a los cesionarios y al propio Francisco Delgado a hacer la preceptiva escritura pública⁶³⁴.

Con el servicio de estos tres obligados y con los 60 carros estipulados se fue realizando la limpieza de las calles de la Villa, que para menoscabo de los intereses de Madrid se reducían a 51 en la época de las mareas, durante los dos años que estuvo vigente la contrata. No obstante, hubo forzosamente que alterar el normal funcionamiento de servicio de limpieza en algunas zonas de la ciudad debido a la construcción de los pozos en las casas y de los nuevos enlosados y empedrados de las calles. Así, para facilitar las labores de los carros, habida cuenta del amontonamiento de escombros y barros en las calles, sobre todo en la época de lluvias, desde el 16 de octubre de 1761 las obras de los enlosados debían hacerse primero en una acera para tras concluirlos hacer los de la otra y así facilitar el trasiego de los carros y facilitar la limpieza de las calles, tal y como se había hecho en la Carrera de San Jerónimo, desde

⁶³³ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 26 de agosto de 1761.

⁶³⁴ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdos del 25 de septiembre y del 9 de octubre de 1761.

el Retiro, calle Mayor y de Segovia hasta su Puerta homónima⁶³⁵. Fue tan azarosa la labor de los carros que operaban en las calles llenas de arena y escombros, que el obligado Delgado no cejó de protestar. Tanto es así que a comienzos de septiembre de 1762, al acabar las obras de los nuevos enlosados de la Carrera de San Jerónimo y de la Calle del Prado, el obispo gobernador del Consejo ordenó a la Junta que se encargara de su limpieza con la prevención de no obligar a Francisco Delgado a hacer más viajes con sus carros que los nueve diarios que tenía capitulados⁶³⁶. Cabe señalar que otras medidas mandadas por el gobierno vinieron a mejorar la labor de los carros de la limpieza, como, por ejemplo, el Bando del 2 de enero de 1763, que además de obligar a los dueños de las casas a que usaran los pozos que se habían concluido, les mandaba dejar la basura en los zaguanes de los portales de las casas, para facilitar su recogida por los carros⁶³⁷. Pero no cabe duda que la relación contractual entre la Junta de Limpieza y el obligado Francisco Delgado fue poco ventajosa para los intereses de Madrid, habida cuenta de cómo se habían llevado hasta entonces los asientos de limpieza.

Apenas quince días antes de la finalización de la contrata de Delgado, la Junta, siguiendo las órdenes de la Comisión de Limpieza que presidía el obispo gobernador del Consejo de Castilla, comenzó a gestionar la reducción o cese de 20 de los 60 carros que realizaban la limpieza diaria de las calles. El uso que se le empezó a dar a los nuevos pozos de las casas estaba minorando notablemente el volumen de residuos que se depositaban en las calles. Entonces, la Junta tasó el precio de los 20 carros a extinguir, con sus mulas y aperos, en un precio de 48.805 reales de vellón, que se debían satisfacer a los obligados, al tiempo que comunicaba el despido de los mozos y barrenderos que atendían los carros cesados. A su vez, y sin ánimo de proseguir contando con los servicios del obligado Francisco Delgado, se acordó que se sacara a subasta pública la nueva obligación de limpieza de las calles de la Villa, con el servicio

⁶³⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 16 de octubre de 1761.

⁶³⁶ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 7 de septiembre de 1762.

⁶³⁷ A.H.N. Consejos. Legajo, 9.430. *“Orden del rey para que se vierta en todos los pozos de la nueva limpieza que están acabados y se recoja la basura en los basureros de los zaguanes. 2 de enero de 1763”*.

reducido a 40 carros diarios⁶³⁸. Sin embargo, la nueva licitación no tuvo efecto ya que a comienzos de septiembre una nueva orden del gobierno venía a reducir hasta 28 los carros que debían servir en la nueva obligación de limpieza, y, por lo tanto, mandaba cesar otros 12 carros con su correspondiente personal⁶³⁹. En el ínterin se resolvía la nueva licitación, los antiguos obligados tuvieron que prorrogar sus servicios. Pero los meses pasaban y el nuevo asiento o contrata de 28 carros no resultaba atractivo para los postores, tanto es así, que durante los dos años siguientes se tuvieron que limpiar las calles por procedimientos extraordinarios gestionados no sólo por la Junta de Limpieza, sino también, por el corregidor y por no pocos alcaldes de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte. Ni que decir tiene que a esta labor extraordinaria se sumaron los esfuerzos y obligaciones que las repetidas órdenes imponían a los vecinos de la Villa.

De este modo, en una representación enviada al obispo gobernador del Consejo por el corregidor Luján y Arce, el 4 de noviembre de 1763, le proponía que la limpieza diaria de las calles le fuera confiada a él mismo, mientras que los alcaldes de Casa y Corte se podían dedicar a vigilar que no se formaran basureros en los portales de las casas. Para ello contaría con la *“agilidad”* del visitador general y su teniente, pudiendo ahorrar algunos gastos en celadores y carros⁶⁴⁰. El obispo así se lo comunicó al marqués de Esquilache. La respuesta del secretario de Estado se dio a través de una Real Orden firmada en el Buen Retiro el 29 de noviembre siguiente, por la que efectivamente se dejaba la limpieza al cuidado del corregidor y se facultaba a los alcaldes de Casa y Corte a que dispusieran de un celador en sus barrios respectivos con el propósito de vigilar que los vecinos no arrojaran a las calles basuras ni inmundicias y verificar que las aguas negras se vertían en los pozos de sus casas. Para llevarlo a término se les permitió imponer las correspondientes sanciones. Pero como S.M. consideró que esta providencia no bastaba porque *“se junta mucha basura en las mismas calles embarazando su aseo”*, mandaba que cada día se sacara la basura que había en las calles al campo *“valiéndose para ello los alcaldes, de los carros que entren*

⁶³⁸ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 15 de junio de 1763.

⁶³⁹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 5 de septiembre de 1763.

⁶⁴⁰ A.H.N. Consejos. Legajo, 9.428. *“Diversos expedientes que contienen las certificaciones de la limpieza diaria que hacían los carros, dadas por el Visitador General de la Limpieza”*.

en Madrid, y pagándoles lo que merezca el trabajo que tuvieren en ello". El 9 de diciembre siguiente, se hizo entrega de esta orden de Esquilache para su estricto cumplimiento a los alcaldes de Casa y Corte, Guell, Sesma, Blasco Orozco, Azpilicueta, Moreno, Ramos, Salaberry, Granados, Zordoya, Morales y Ceballos, quienes respondieron el mismo día al obispo gobernador del Consejo, que lo cumplirían⁶⁴¹.

Al parecer, estas iniciativas resultaron insuficientes como así se lo hizo saber Esquilache al obispo gobernador del Consejo, el 23 de enero de 1764, argumentando que *"no habiendo producido el deseado efecto la providencia que comuniqué a V.S.I. en el mes de noviembre próximo pasado para que los alcaldes de corte dispusiesen la limpieza de las calles valiéndose de los carros que entran en Madrid y remitiendo mensualmente una relación de lo que supliesen en este gasto para su pronto reintegro, ha considerado el rey conveniente que se confiera esta comisión a los dos alcaldes – habituales de cada departamento–que están encargados de la limpieza, y que V.S.I. use de los caudales de la causa pública destinados al nuevo empedrado para satisfacer con puntualidad el importe del referido gasto"*. También, mandaba al obispo que obligara a los vecinos a limpiar las delanteras de sus casas y retener los montones de basura en los zaguanes de los portales hasta que pasasen los carros por sus puertas, así como el sistema de *"las mareas se ha de usar en las calles donde sean precisas"*. Hasta ese momento la limpieza extraordinaria dirigida por los alcaldes de corte había costado 14.943 reales de vellón, debidamente justificados por las certificaciones que hacían el visitador general y su teniente, en las que hacían constar los trabajos realizados por los carros y el personal de limpieza, así como de las calles que se limpiaban⁶⁴².

Pero los dos alcaldes de la Comisión de Limpieza, que se encontraban al frente de los dos departamentos, tampoco pudieron hacer efectiva la limpieza de las calles, por lo que bajo el control del corregidor Luján y Arce, y la supervisión del visitador general, se fueron haciendo con regularidad limpiezas extraordinarias, además de otras limpiezas que se mandaban cuando hacía su entrada en Madrid algún embajador

⁶⁴¹ A.H.N. Consejos. Libro de Gobierno de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, 1.350, fols. 666-670.

⁶⁴² A.H.N. Consejos. Legajo, 9.428. *"Diversos expedientes que contienen las certificaciones de la limpieza diaria que hacían los carros, dadas por el Visitador General de la Limpieza"*.

o personaje notable vinculado a la Corte, como cuando llegó a Madrid el embajador de Viena, con motivo de la boda de la infanta⁶⁴³. En el año 1764 se hicieron tres limpiezas extraordinarias con una duración, cada una de ellas, de dos meses. La primera se realizó entre mediados de enero y mediados de marzo; la segunda entre mediados de junio y mediados de agosto; y la tercera entre mediados de octubre y finales de diciembre⁶⁴⁴. A su vez, fueron frecuentes los Bandos que obligaban a los vecinos a limpiar las aceras de sus casas, como el ordenado por el corregidor el 8 de junio del mismo 1764, que venía a repetir el publicado el 6 de abril anterior, y en el que, de nuevo, se venía a obligar a los vecinos de la Villa a barrer las nuevas aceras de sus casas todos los lunes por la mañana, *“haya o no lodo, recogiénolo y dejándolo amontonado en el medio de la calle, para que con más comodidad, y brevedad se pueda cargar y conducir al campo”*⁶⁴⁵.

La limpieza de las calles se mantuvo con estas medidas hasta el 19 de junio de 1765, que se publicaron en los parajes habituales de la Villa, los Bandos para la nueva licitación de la limpieza de las calles y sus portales, aprobados por S.M. Entrado el mes de julio el nuevo obligado Carlos Bernasconi desempeñaba con normalidad la limpieza diaria con los 28 carros a que se había reducido el servicio, además de encargarse de las limpiezas extraordinarias que se le ordenaban, conforme se iban acabando las obras de los pozos y de los enlosados, y de las específicas que había que hacer en el gran mercado de la plaza Mayor⁶⁴⁶.

⁶⁴³ Ibidem.

⁶⁴⁴ A.H.N. Consejos. Legajo, 9.429. *“Diversos expedientes con las certificaciones de limpiezas extraordinarias”*.

⁶⁴⁵ A.H.N. Consejos. Legajo, 9.428. *“Bando del Corregidor para que los vecinos o inquilinos de las casas barran las aceras”*.

⁶⁴⁶ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdo del 19 de junio de 1765 y del 10 de septiembre de 1766.

CAPÍTULO 9. LA JUNTA DE POLICÍA URBANA Y LA ADECUACIÓN DE LOS SISTEMAS DE LIMPIEZA A LOS RESULTADOS DE LA INSTRUCCIÓN DE SABATINI (1766-1788).

El 16 de agosto de 1765 en la nueva Junta de Policía Urbana de Madrid se dio a conocer una Real Orden de S.M., del 13 del mismo mes, por la que mandaba que los asuntos de limpieza *“corriesen únicamente al cuidado del Ayuntamiento, cesando en ellos al Ilustrísimo Señor Gobernador del Consejo –de Castilla-, y la exacción de los doscientos y cincuenta mil reales de vellón que en cada año sufrían las dotaciones de causa pública”*. El rey consideró que no había más motivo para ocupar la atención del obispo gobernador del Consejo de Castilla, *“por su edad, su robustez y el concepto que se ha adquirido, no está en estado de dedicarse al desempeño de semejantes encargos”*. Por esta razón mandó que todo el personal que había estado a sus órdenes, ya fuera de limpieza, empedrados u otros ramos de policía, pasasen a presentarse al corregidor y que, en el ínterin que se les comunicara lo que tendrían que hacer, continuaran en sus labores ordinarias⁶⁴⁷.

Esta Real Orden puso fin a la Comisión de Limpieza, creada cinco años antes, con el encargo de poner en marcha las medidas contenidas en la *Instrucción* de Sabatini, pero también introdujo otros cambios importantes. En primer lugar, los asuntos de limpieza, empedrados y de la nueva iluminación de las calles pasaron a depender del secretario de Estado, Pablo Jerónimo Grimaldi y Pallavicini, marqués de Grimaldi, liberándose a Esquilache de estos cometidos. Por deseo de Grimaldi, tan sólo el alcalde de la Sala, Manuel Ramos, que había estado al frente de los trabajos del departamento alto de la Villa, continuó con los encargos que le habían sido encomendados en la Comisión de Limpieza, *“entendiéndose directamente conmigo”*. En segundo lugar, al cesar la Comisión de Limpieza pasaron a tutela del ayuntamiento los trabajos y medidas contenidas en la *Instrucción* que no se habían concluido o que estaban pendientes de ejecutarse, como el alumbrado de las calles, además de continuar con sus competencias habituales sobre la limpieza de calles y pozos, y el mantenimiento de los empedrados. Ahora bien, la asunción de estas nuevas tareas por

⁶⁴⁷ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 16 de agosto de 1765.

parte de la Villa implicó un cambio orgánico de consideración al quedar bajo la tutela y jurisdicción ordinaria de la nueva Junta de Policía de Madrid, creada en este momento, y no de la tradicional Junta de Limpieza de Madrid⁶⁴⁸. De este modo, se puso fin a la antigua Junta de Limpieza que había estado en funcionamiento desde 1659.

La nueva Junta de Policía comenzó a funcionar el mismo 16 de agosto de 1765, cuando se dio a conocer la Real Orden comunicada por Grimaldi antes comentada. Estuvo compuesta inicialmente por el corregidor de la Villa, Luján y Arce; por los regidores Antonio Moreno Negrete y Manuel Pardo, por el procurador general de Madrid y por el secretario del ayuntamiento, Felipe de Huerta. Su composición, más reducida en el número de regidores comisarios que la antigua Junta de Limpieza, perseguía la intención de dotarla con mayor capacidad operativa y resolutive, además de reducir trámites burocráticos y costes de personal. No obstante, y al igual que la antigua Junta de Limpieza, su capacidad ejecutiva y presupuestaria estuvo tutelada y limitada en un primer momento por el marqués de Grimaldi y, después, por las resoluciones que tomase la Junta de Propios y Sisas de Madrid, organismo creado en 1766, y, a su vez, dependiente del Consejo de Castilla.

A nivel técnico también hubo novedades. Francisco Sabatini fue nombrado nuevo director de la limpieza de Madrid, con unos honorarios de 6.000 reales de vellón al año, quien continuó asistido por sus tenientes para poder atender los números encargos que le iban encomendando desde los diferentes negociados municipales⁶⁴⁹. Al asumir Sabatini, Arquitecto Mayor de Obras del Rey, esta relevancia en los cometidos municipales quedaba claro no sólo la tutela y control que ejercía el gobierno en los asuntos concernientes a la higiene de la Villa, sino también, del incremento de las competencias que iba a desempeñar la nueva Junta de Policía. Así, y como veremos en el capítulo siguiente, fue a partir de 1766 cuando se dio un impulso más decidido a la construcción de alcantarillas, y cuando el subsuelo de la urbe fue objeto de una preocupación y vigilancia permanente por la existencia de miles pozos

⁶⁴⁸ *Ibidem*.

⁶⁴⁹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 20 de diciembre de 1765.

negros. Prueba de ello es que desde 1771 el subsuelo de la Villa no se podía alterar sin el visto bueno de Sabatini o de sus tenientes: *“siempre que por cualquier vecino de Madrid se presente planta para fabricar cavas, se ha de prevenir a los respectivos dueños, que las obras de ellas corresponden a la nueva Policía, se han de ejecutar precisamente con intervención de los tenientes del Sr. Don Francisco Sabatini, Juan Durán y José de la Ballina, cada uno en su departamento, para que señalen el sitio y modo de ejecutarlas”*⁶⁵⁰. A nivel subalterno continuaron funcionando con normalidad y sin alterar las funciones de su cargo el visitador general de Madrid, Juan de San Juan Berrahondo, hasta su muerte en 1777, y sus sucesores José Domingo de Molina y, tras su muerte en 1788, Juan García de Lama; el teniente de visitador general Lorenzo González de Prado hasta su muerte en 1772, que pasó a ostentarlo Hipólito Casiano de Velo; además de los alguaciles o celadores de la limpieza, el sobrestante y los mangueros o barrenderos contratados por la municipalidad. Como novedad, fueron nombrados escribanos de la nueva Junta Pedro Arias y Félix Berrón con un salario anual, cada uno de ellos, de 150 ducados, los mismos que habían percibido los dos escribanos de la extinta Comisión de Limpieza⁶⁵¹.

Ya en la primera sesión de la nueva Junta de Policía le fueron señaladas sus principales prioridades por el marqués de Grimaldi. Con respecto a la limpieza de las calles se dio cuenta de estar a punto de firmarse la nueva contrata con el obligado Carlos Bernasconi, pero antes de su formalización se debía estudiar un método más efectivo para el aseo de las calles, sin la necesidad de recurrir a las costosas limpiezas extraordinarias. Grimaldi pidió a los capitulares de la Junta que le dijese el número total de carros que hacían falta y su coste anual porque, hasta el momento, habiéndose empleado los 16 carros que había tutelado directamente el obispo gobernador del Consejo, más los 26 carros de la obligación de la limpieza, más los 8 ó 12 carros que se empleaban de forma extraordinaria, habían supuesto un coste anual para el erario municipal de 600.000 reales de vellón, que no podían ser satisfechos con

⁶⁵⁰ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 4 de marzo de 1771.

⁶⁵¹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 6 de julio de 1766.

la dotación asignada⁶⁵². Con respecto a la limpieza de los pozos negros, Grimaldi ordenó que continuaran arreglándose los que provocasen *trasporaciones* o filtraciones y que se limpiaran los que se iban llenando o colmatando, con el método que se empleaba habitualmente, entretanto se enderezaba un asiento o contrata específica para estas tareas. Pero advirtió que por ser la limpieza de los pozos un *“asunto no conocido antes será susceptible tal vez de alguna variedad o mayor economía según lo vayan manifestando el tiempo y la experiencia, que será un asunto de la inspección de los subalternos celadores que lo manejen”*. Al ministro genovés no le faltaba intuición, ya que, pocos meses después, el mismo se encargaría de reglamentar y normalizar la limpieza de los pozos negros de la Villa, hasta el punto de convertirla en una de las competencias principales de la nueva Junta de Policía. Y es que el gran problema continuó siendo el limitado presupuesto municipal para atender la limpieza y la higiene de la urbe, de ahí que incluso apremiase a la nueva Junta a que, una vez firmada la nueva contrata con el obligado Bernasconi, hiciese una reducción del personal del ramo porque *“en el día pueden reducirse a muy poco”*. En palabras del propio Grimaldi *“ya no hay otra cosa que hacer para conservar a Madrid generalmente limpio sino vigilar en que el asentista cumpla exactamente y en que los otros dependientes y subalternos lo ejecuten también en sus encargos particulares”*⁶⁵³.

Los deseos de Grimaldi se cumplieron pocos años después con una reducción considerable de los componentes del cuerpo subalterno a cargo de la Junta de Policía. Entrada la década de 1770 este cuerpo estaba compuesto por el visitador general, el teniente de visitador, un escribano, 5 celadores, un sobrestante y los mangueros o barreneros, que normalmente solían ser 24 y se contrataban por temporadas⁶⁵⁴. Pero no sólo se redujo el personal, sino también, las percepciones salariales de los que prosiguieron. Así les ocurrió al visitador general y su teniente porque entendiéndose que al estar las calles más limpias tenían que trabajar menos y, en proporción, percibir menor retribución. En octubre de 1769 la dotación del visitador general fue reducida a

⁶⁵² A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 16 de agosto de 1765.

⁶⁵³ *Ibidem*.

⁶⁵⁴ La composición del cuerpo subalterno se puede ver en los diferentes acuerdos que aluden al pago de sus mesadas en A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía.

9.690 reales al año, que en palabras del propio visitador, Juan de San Juan Berrahondo, no le alcanzaban para su manutención ni para la del caballo que empleaba para sus labores de asistencia y control. Su teniente, Lorenzo González de Prado, también se lamentaba de ver reducidos sus honorarios a 500 ducados anuales, 100 menos de los que había estado percibiendo su antecesor. Ni que decir tiene, que por el conducto ordinario, esto es, a través de la Junta de Policía, apelaron a la bondad y comprensión del marqués de Grimaldi, quien resolvió subir en 1.310 reales de vellón el sueldo del visitador y los 100 ducados demandados por su teniente⁶⁵⁵.

No cabe duda de que estos cambios se adecuaron a la nueva realidad de la urbe, con sus calles mucho más limpias y con más higiene que en los periodos precedentes. Sin embargo, la estrechez del presupuesto asignado al ramo de limpieza y los problemas crecientes que estaban generando las aguas inmundas de los pozos y sus letales consecuencias, se iban a convertir en una autentica pesadilla para la nueva Junta de Policía y aún para el propio gobierno, a pesar de las importantes reformas introducidas en la Hacienda Municipal. En efecto, el 16 de marzo de 1766 se había aprobado el *Reglamento de Madrid*, entendido como una nueva reforma que perseguía amortizar la elevada deuda de la hacienda local, al tiempo que permitiría cubrir los gastos derivados de la gestión y mantenimiento de los diferentes ramos municipales⁶⁵⁶. Este *Reglamento* contenía una rigurosa reconstrucción de la estructura hacendística del municipio, dando cuenta, en primer lugar, de la composición de sus ingresos, incluso de una estimación de los mismos –propios, impuestos, sisas y arbitrios–, para, a continuación, poder establecer los gastos que se podían afrontar, junto con las partidas sobrantes que se podían destinar a la amortización de la deuda. Según el artículo 144 del *Reglamento*, para los gastos de limpieza y el aseo de las calles se estableció una dotación presupuestaria de 900.000 reales de vellón al año, que podía directamente administrar la nueva Junta de Propios y Sisas de Madrid. Por

⁶⁵⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 2 y el 23 de octubre de 1769.

⁶⁵⁶ Martínez Neira, M. *Una reforma ilustrada para Madrid. El Reglamento del Consejo Real de 16 de marzo de 1766*. Madrid, 1994.

encima de dicha cantidad todos los gastos debían ser autorizados y aprobados por el Consejo de Castilla⁶⁵⁷.

De hecho, para llevar a cabo lo estipulado en el *Reglamento*, fue creada la referida Junta de Propios y Sisas de Madrid, con la principal función de encargarse de la administración, recaudación y distribución del valor de todos los ingresos municipales, lo que, por otra parte, implicó el cese de las antiguas Juntas de Propios, Fuentes, Causa Pública y de las demás juntas o comisiones que existieran hasta el momento⁶⁵⁸. La Junta de Policía Urbana, creada apenas seis meses antes, fue una excepción y denotaba el interés que tuvo el gobierno por convertir Madrid en una ciudad limpia y aseada. Ahora bien, en lo fundamental, esto es, en su capacidad ejecutiva y presupuestaria dependió totalmente de las decisiones que adoptaba la Junta de Propios y Sisas, la que, a su vez, también estuvo limitada y controlada por el Consejo de Castilla y la Contaduría de Propios y Arbitrios. En efecto, la Junta de Propios y Sisas estuvo tutelando a la Junta de Policía prácticamente hasta su extinción entrada la década de 1780, en todo lo tocante a limpieza, pozos negros, alcantarillado y

⁶⁵⁷ Ibídem. Pp. 63. Artículo 144 del *Reglamento de Madrid: Para los gastos de Limpieza y empedrados de las calles de Madrid, riegos de los paseos del camino del Pardo y prado de San Gerónimo, conservación de las norias de entre puertas (con la prevención de que se han de arrendar a favor de las Sisas para el riego de las tierras de sus inmediaciones, con la obligación de hacer el de los árboles de aquel paseo, como también las del camino de Chamberí, respecto de haber suplido el coste que ha tenido su construcción) aseo y cuidado de los paseos públicos; ayudas de costa de los comisarios cuarteros de dicha limpieza; salarios del Visitador de ella y su teniente, los de los celadores, guardas de álamos del camino de entre puertas y N^a S^a del Puerto; el del sobrestante y veinte y cuatro mozos destinados a la composición de caminos, obras públicas de dentro y fuera de la Corte, pretilles, alcantarillas, puentes, incendios, hundimientos, y para todos los que corresponden a la Policía y aseo de Madrid, se señalan novecientos' mil reales de Vellón solamente, respecto de quedar considerados en este Reglamento lo que tenía consignado en esta dotación interina, como parte de su sueldo el Corregidor; el Secretario de Ayuntamiento por cuyo oficio se despachan los negocios de este ramo; los dos oficiales mayores y segundo de dicha Secretaría y la de su compañero y el Contador y oficiales, Tesorero, Cajero y Escribiente de la misma Causa pública, ínterin se le da otro destino, la dotación de la cárcel y el gasto de la guardia de inválidos de las casas Capitulares, y estar mandado por Reales órdenes que se excusen los de los Escribanos de limpieza; el gasto de toldos y faroles de la Carrera del Retiro; el que causaban los veinte y ocho mangueros que se recibían en la temporada de invierno para las sacas de las marcas, y el de los alquileres de las casas para banderas y estandartes de reclutas; pero con la prevención de que se ha de justificar con cuenta final la distribución por menor de dicha cantidad, y la de que si sobrare de ella alguna cosa, ha de quedar a beneficio del fondo principal: 900.000 (reales de vellón).*

⁶⁵⁸ Hernando Ortego, J. "La gestión financiera de las haciendas municipales en la Edad Moderna. EL caso de los bienes de propios de Madrid"; en *Economic History, Working Paper Series*. Universidad Autónoma de Madrid. Departamento de Análisis económico: Teoría económica en Historia económica. Working Paper 03/2010. Pp. 22.

alumbrado. La Junta de Propios y Sisas estuvo compuesta por el corregidor, cinco regidores, por el procurador general y por el secretario del ayuntamiento, todos conocedores de la compleja estructura municipal y con una dilatada experiencia en los diferentes negociados municipales, al haber formado parte de las juntas extintas.

Sin embargo, ni la Junta de Propios y Sisas ni el *Reglamento de Madrid* fueron instrumentos muy eficaces para cubrir los gastos que precisaba la limpieza y la construcción de alcantarillas, porque los remanentes de la Tesorería municipal continuaron empleándose en satisfacer las necesidades de la Corona⁶⁵⁹. De la carencia de liquidez para poder hacer frente a los gastos ordinarios de la limpieza dio cuenta la propia Junta de Propios y Sisas apenas tres años después. El 17 de febrero de 1769 se había hecho presente un informe de la Contaduría de Cuentas del año anterior, que informa de las partidas en que se habían distribuido los 900.000 reales de vellón consignados por el nuevo *Reglamento de Madrid* para los gastos de causa pública. El referido informe concluía que se había gastado todo lo consignado pero *“que por no haber alcanzado para todos los de él, se había satisfecho por cuenta de la del presente y en virtud de acuerdo de esta junta de 12 de enero próximo 19.891 reales y 26 maravedís, resto del importe de la mesada de diciembre del asiento de carros que hizo D. Carlos Bernascone; otros 19.527 reales y 11 maravedís por el importe de la limpieza de los pozos en la misma mesada; 325 reales por composturas de azadones y aguce de piquetas”*. Las tres partidas habían tenido un sobrecoste de 39.744 reales y 7 maravedís de vellón, y aconsejaban *“que sería más el empeño si de las cuentas del importe de empedrados y hundimientos resultase mayor cantidad de gastos que las libradas a este fin o hubiese otros de que la Contaduría no tenía noticia”*⁶⁶⁰. Queda claro que el dinero consignado por el *Reglamento* para cubrir los gastos de limpieza había surgido lastrado y sin la dotación suficiente para cubrir todos los gastos anuales, teniendo en cuenta, además, que había que suplir los gastos de construcción de las nuevas alcantarillas. De esta precariedad presupuestaria también informó la Junta de Propios y Sisas al Consejo de Castilla, lo que motivó que por Reales Órdenes

⁶⁵⁹ Ibídem. Pp. 22.

⁶⁶⁰ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 17 de marzo de 1769.

comunicadas por el conde Aranda, presidente del Consejo de Castilla, al corregidor, el 7 y 8 de julio del mismo año, se permitiera a la Junta usar el producto del arbitrio de tabernas para hacer frente a los gastos de causa pública, *“dejando S.M. a beneficio de esta Villa el referido derecho de tabernas, comenzando todo desde primero del presente mes; y también para que el sobrante del caudal destinado para el alumbrado de las calles quede a beneficio de Madrid, después que se haya pagado lo que este debiendo a este ramo, uno y otro arbitrio para cumplir la obligaciones indispensables y diarias de limpieza, empedrado, fuentes y otras que contribuyan a la hermosura de Madrid y las comodidades de su público”*⁶⁶¹.

No cabe duda que la cesión del arbitrio de tabernas, cuya recaudación depositaba por meses en la Tesorería General de Madrid el depositario de propios, iba a suponer un alivio para el presupuesto de causa pública. Para hacernos una idea de su montante, por un informe realizado por el tesorero general, durante el quinquenio que iba desde el 1 de enero de 1764 hasta 31 de diciembre de 1768, se habían recaudado *“un cuento –millón- sesenta y cinco mil ciento noventa y un reales, y diez maravedís de vellón, correspondiendo al año doscientos trece mil treinta y ocho reales y nueve maravedís de vellón, y al mes diecisiete mil setecientos cincuenta y tres reales y seis maravedís de vellón”*⁶⁶². Pero como era de suponer, buena parte de estos dineros acabaron empleándose para otros fines estipulados por el gobierno. De hecho, el mismo día que fue concedido el arbitrio de tabernas para suplir los gastos de causa pública, el conde de Aranda dispuso que *“por el momento el producto de estos arbitrios se destine a las obras del Paseo del Prado”*⁶⁶³. Bajo esta dinámica, caracterizada por la estrechez presupuestaria y la improvisación gubernamental, se mantuvo el ramo de limpieza y la construcción de alcantarillado durante lo que restaba de reinado a Carlos III. Ni que decir tiene que lo consignado en el *Reglamento* no cubría ni de lejos los gastos de limpieza e higiene de la Villa.

⁶⁶¹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 12 de julio de 1769.

⁶⁶² A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 2 de octubre de 1769.

⁶⁶³ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 12 de julio de 1769.

9.1. La limpieza y los empedrados con posterioridad a los trabajos de la *Instrucción* y la explotación de los muladares de la Villa.

Ya anunciamos que una de las primeras órdenes que dio el marqués de Grimaldi a la nueva Junta de Policía Urbana, en su primera sesión plenaria celebrada el 16 de agosto de 1765, estuvo orientada a racionalizar y abaratar los sistemas de limpieza que se habían empleado hasta el momento, puesto que con las mejoras introducidas durante los años anteriores se había conseguido reducir, notablemente, el volumen de residuos, aguas inmundas y humedades de las calles. Tanto es así que, como vimos en el epígrafe 8.5, incluso antes de finalizarse los trabajos de la *Instrucción* el servicio diario de limpieza se había reducido de 60 a 26 carros diarios. En este sentido, Grimaldi había mandado a la Junta de Policía que le comunicara al obligado Bernasconi que debía cumplir con algunas condiciones que se entendían indispensables, si quería hacerse con la nueva contrata de limpieza. Entre estas condiciones Bernasconi tendría que hacer la limpieza de las calles y portales adaptándose a la división de cuarteles establecida; barrer y limpiar las plazas y parajes anchos, con excepción del Paseo del Prado que se hacía por asiento separado, todo por un precio anual de 30.000 ducados, pagaderos por mesadas, durante los 9 años de vigencia que tendría que durar la contrata, y tras haber depositado como garantía o fianza 230.000 reales de vellón. Como era costumbre en la obligación de limpieza, también debía acudir con sus carros y ganado a sofocar los incendios que se produjeran⁶⁶⁴.

A comienzos de septiembre de 1765 Carlos Bernasconi ya había formalizado su asiento mediante escritura pública y desempeñaba su obligación con normalidad. Lejos quedaban las difíciles relaciones contractuales entre la Villa y los obligados de la limpieza que predominaron en los periodos precedentes, debido, fundamentalmente, a la excesiva carga de trabajo que tuvieron que soportar con precios reducidos por sus servicios y con no pocos retrasos, coacciones y sanciones. Por la información que proporcionan los libros de acuerdos de la Junta de Policía y de la Junta de Propios y

⁶⁶⁴ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 16 de agosto de 1765.

Sisas sobre los nueve años que estuvo vigente esta contrata, sabemos que Carlos Bernasconi realizó de forma satisfactoria sus funciones y percibió el pago de sus mesadas con regularidad y sin retrasos de consideración. A su labor contribuyó el “renovado” comportamiento de los vecinos, que bajo el vigilante celo de la autoridad, se fueron acostumbrando a no arrojar desperdicios, basuras y aguas mayores y menores en las calles. En su lugar, se fue generalizando el uso de basureros, situados en los zaguanes de los portales de las casas, para que al paso de los carros del obligado se pudieran retirar las basuras con mayor facilidad y presteza, y trasladarlas a los muladares situados en los alrededores de la ciudad.

Carlos Bernasconi cumplió su asiento el último día del mes de julio de 1773. Apenas un mes antes en la Junta de Policía se había visto una orden del marqués de Grimaldi, comunicada el 20 de junio anterior, dando cuenta que S.M. había aceptado las nuevas condiciones del pliego presentado por el asentista Antonio Conti. Las negociaciones habían sido muy duras, puesto que Conti tuvo que presentar reiteradamente los pliegos corregidos conforme a las exigencias y rebajas de precio que le imponía el gobierno. Finalmente, mediante escritura pública y el pago de la fianza de 30.000 reales, formalizó la contrata de la limpieza por un periodo de nueve años, habiendo aceptado una rebaja de 180.000 reales o, lo que es lo mismo, de 20.000 reales al año sobre los 30.000 ducados anuales que había percibido el anterior obligado. Pero además de la limpieza de las calles, plazas y recogida de la basura de los portales, tuvo que asumir el riego del Prado de San Jerónimo –Paseo del Prado- en toda su extensión, labor que, hasta entonces, se había realizado con un asiento específico⁶⁶⁵.

Antonio Conti no era nuevo en el oficio, estaba casado con Isabel Bernasconi y por lo tanto era yerno del anterior obligado Carlos Bernasconi. De hecho, había estado trabajando para éste durante buena parte de los años de su contrata. No deja de ser curioso que esta familia fuera de origen italiano, como buena parte de los servidores que formaron los primeros gobiernos de Carlos III, y que se encargasen de la limpieza

⁶⁶⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 23 de junio de 1773.

de las calles de la villa durante dieciocho años, desde el mes de agosto de 1765 hasta el mes de agosto de 1783, momento a partir del cual fue unida la limpieza de las calles a la limpieza nocturna de los pozos negros. Como veremos más adelante, la fusión permaneció bajo la administración de la Junta de Propios y Sisas durante los cinco primeros años de su funcionamiento. Al igual que su suegro, para el desempeño de su labor Antonio Conti se benefició de los cambios higiénicos operados en las costumbres de los madrileños. Cuando éstos se relajaban o descuidaban el celo vigilante del gobierno trataba automáticamente de corregirlos. Así, por ejemplo, el 21 de septiembre de 1774 el marqués de Grimaldi comunicó a la Junta de Policía haber tenido noticia de que no se observaban las normas y Bandos establecidos sobre limpieza, empedrados, riego de calles y otros ramos de policía. Para que los miembros de la Junta tuvieran más sonrojo les adjuntó una carta del mismo tenor firmada por el quinto duque de Abrantes, Manuel Bernardino de Carvajal y Zúñiga. En opinión de Grimaldi, *“desde la venida del Rey, Nuestro Señor, a España, se han dado las más acertadas providencias en punto de limpieza, empedrados, alumbrado y otros ramos relativos a la Policía de esta Villa, de suerte que mientras aquellas disposiciones se han observado, con rigor, y exactitud el público de Madrid, ha estado contentísimo, y hasta los extranjeros han visto con admiración el sumo aseo que se había logrado establecer. Pero de dos a tres años a esta parte notan las gentes juiciosas y bien intencionadas de este pueblo que se va entibiando aquella eficacia con que todos contribuían generalmente a tan loable objeto; y aún puedo decir que en las temporadas así de invierno como en verano, en que S.M. ha residido en Madrid, he experimentado yo lo mismo”*⁶⁶⁶.

En esta ocasión Grimaldi responsabilizó a los criados y a los tenderos de arrojar a la calle, sin reparo, ya fuera de día o de noche, todo tipo de aguas, brozas y otras cosas de manifiesta contravención a los Bandos publicados, causando perjuicios a personas que transitan por las calles y *“como conocen que obran mal se aguardan bien de gritar agua va -subrayado por Grimaldi-, sabiendo que por este medio ellos mismos se delatarían”*. Además, creía que había bastante abandono por parte de los criados en

⁶⁶⁶ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 28 de septiembre de 1774.

el barrido de las pertenencias de sus casas y en la ubicación de las basuras, *“pues no poniendo en tiempo y en paraje competente la basura de sus casas, o a su frente de calle, o no estando prontos cuando pasa el carro de limpieza que le ha de sacar, inutilizan la providencia y queda así la broza detenida por una semana más”*. Otra queja del marqués a la Junta apuntaba a la falta del riego de las calles y parajes que los vecinos tenían que realizar en verano. Argumentó que cuando el riego se ejecutaba de mañana y tarde con método y regularidad, el público estaba muy satisfecho, pues a pesar del continuo trasiego de carruajes, no se padecían las incomodidades que causaba la nube de polvo esparcido por las calles, pero como en los dos últimos veranos muchos vecinos habían reducido el riego a *“una mera plataforma, contentándose con que un criado vacíe una taza de agua”*, el polvo se había vuelto sumamente incomodo ocasionando muchas quejas. También, dio cuenta a la Junta de la existencia de regueras en muchas calles, producidas por la rotura o colmatación de cañerías y pozos, accidentes lógicos en poblaciones grandes, pero que requerían de poner el mayor cuidado y vigilancia para su rápido arreglo. Grimaldi tuvo algunas quejas más, como que se estaba permitiendo dejar los coches estacionados en las calles sin sus mulas y caballos, dificultando el tránsito y la limpieza. Por todas estas razones ordenó a la Junta de Policía que los celadores vigilasen por el cumplimiento estricto de los Bandos, así como a los vecinos infractores. A su vez, reiteró la importancia de publicar con más frecuencia los Bandos, y que los asentistas y el personal de los ramos de policía urbana desempeñaran correctamente sus funciones⁶⁶⁷.

El 28 de septiembre siguiente la Junta de Policía acordó cumplir lo mandado por Grimaldi, aunque por el cauce ordinario se le informó que sólo se disponía de cinco celadores para toda la ciudad con capacidad para denunciar a los infractores y, en consecuencia, ya estaban sometidos a mucho trabajo. Con respecto a los barridos se mandó volver a publicar el Bando que sobre este asunto se publicó el pasado mes de abril, y también se le informó de que generalmente las calles de la Villa estaban barridas. Con respecto a las humedades que producían los regueros, la Junta le

⁶⁶⁷ Ibídem.

recordó que el agua clara y limpia estaba permitido echarla a la calle, así como que los riegos se hacían con regularidad⁶⁶⁸. La Junta de Policía, que conocía de primera mano el estado de las calles de la Villa, parecía minorar esta llamada de atención de Grimaldi, sin perjuicio de actuar con prontitud para remediar esta dejadez detectada por el gobierno.

La contrata del mantenimiento de los empedrados de las calles y de los nuevos enlosados de las aceras, también se adecuaron a las pautas establecidas en la *Instrucción* de Sabatini. La labor de empedrar y enlosar las calles no se había interrumpido desde mayo de 1761, cuando fue aprobada la *Instrucción*, y en agosto de 1765, cuando cesó la Comisión de Limpieza y el marqués de Grimaldi sustituyó a Esquilache, todavía quedaban calles en la villa sin lucir los nuevos enlosados. En adelante, los nuevos enlosados quedarían bajo la supervisión de la Junta de Policía y el control directo de su director, el arquitecto Francisco Sabatini. De este modo, el 30 de octubre de 1765, en la Junta de Policía se vio un informe de Sabatini que venía a regularizar la nueva contrata, a propósito del pliego que le había presentado el asentista Pedro Martín Guaita, para hacerse cargo de los nuevos enlosados de todas las casas y edificios de la Villa. Sabatini estableció que la duración de la contrata tendría que ser de tres años, debiendo empezar el 1 de noviembre de 1765 y concluir a finales de octubre de 1768, y para lo que previamente se debía pagar una fianza de 10.000 reales de vellón. En cuanto a la remuneración de los servicios del obligado, estableció que los dueños de las casas le pagasen cada pie de losa a 30 cuartos y medio por pie superficial, debiendo tener las referidas losas medio pie de grosor. La Junta acordó aceptar las propuestas de Sabatini y comunicó a Pedro Martín Guaita que formalizara su asiento mediante escritura pública⁶⁶⁹.

Pronto comenzaron los problemas para el asentista Pedro Martín. A mediados de enero de 1766 enviaba un memorial a la Junta quejándose de que le era imposible cobrar las cantidades que le adeudaban los dueños de las casas que estaban obligados

⁶⁶⁸ Ibídem.

⁶⁶⁹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 30 de octubre de 1765.

a enlosar las aceras de sus pertenencias, y, en consecuencia, le era imposible continuar su contrata. Solicitaba encarecidamente a la Junta que se notificase a los dueños de las casas que en el menor tiempo posible pusieran las losas que faltasen en sus respectivas casas, o que en su defecto, las podría poner él siempre que le “*aprontaran*” su importe. En el caso de que los deudores no le pagasen, solicitaba que, con los debidos apercibimientos de embargo de bienes o de los alquileres de las mismas casas, se lo abonasen en un plazo no superior a 3 días. Sus quejas fueron atendidas y el corregidor apremió a los dueños de las casas bajo la amenaza de los embargos. Ahora bien, la Junta de Policía iba a tratar al asentista con el mismo rigor que el trataba a los dueños de las casas y le hicieron saber que estarían muy vigilantes con su labor. Prueba de ellos es que el mismo corregidor mandó nombrar un sobrestante, con el sueldo de 12 reales diarios que debía pagar el asentista, para que midiera las losas que se habían de sentar en las aceras de las casas y certificara semanalmente que el obligado cumplía con las condiciones del asiento. El corregidor advirtió al asentista que se desecharían las losas que no se ajustaran a lo estipulado, corriendo de su cuenta sacarlas al campo⁶⁷⁰.

Francisco Sabatini, director de policía urbana, también se encargó de diseñar los empedrados y pavimentos de otras zonas específicas y concurridas de la ciudad, como, por ejemplo, la plaza Mayor. Hay que recordar que en febrero de 1765, cuando todavía estaba operativa la Comisión de Limpieza, se dispuso que los nuevos empedrados que debían realizarse en la plaza Mayor se hicieran con losas en “*pirámide*” y no de la forma habitual, porque era deseo del rey. Sin embargo, este capricho regio había provocado fricciones con los obligados, de por sí perjudicados por tener forzosamente que dedicar parte de sus cuadrillas a los nuevos enlosados de las calles, sin estar capitulado en sus contratas⁶⁷¹. Finalmente, el 28 de enero de 1766 se acordó enlosar la plaza Mayor “*con la mayor hermosura y fortaleza*” y se dispuso que Sabatini estableciera el medio para ejecutarlo, así como su coste⁶⁷².

⁶⁷⁰ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 18 de enero de 1766.

⁶⁷¹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza VII. Acuerdos del 6 de febrero de 1765.

⁶⁷² A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 28 de enero de 1766.

La labor realizada por el obligado Pedro Martín fue sometida a los procedimientos de control tradicionales. Junto a la inspección semanal del sobrestante, que medía el grosor y el número de losas puestas en las aceras, se le hicieron las preceptivas visitas anuales de los empedrados, vigentes desde el primer tercio del siglo XVII. El 14 de enero de 1768, se dio cuenta en la Junta de Policía de un memorial de los comisarios del empedrado del departamento Bajo, Julián Moret y José de Olivares, dando cuenta del estado de los empedrados, acompañándolo de una extensa relación de las calles donde se había ejecutado y firmada por celador Hipólito Casiano de Velo. También, del dinero que se había obtenido de la venta de desecho y guijo, como de las calas que se habían empedrado y otros pormenores. El 9 de febrero siguiente se vio el memorial de los comisarios del empedrado del departamento Alto, Juan de Novales y Ramón Sotelo, así como de los mismos asuntos aludidos en el memorial anterior, y se acordó estar conformes con lo realizado por el asentista⁶⁷³.

El 31 de octubre de 1768, Pedro Martín Guaita concluyó su contrata y comunicó su decisión de no renovarla. Entonces, los tenientes de arquitecto de Francisco Sabatini informaron que todavía quedaban algunas calles de la Villa por enlosar, aunque aclaraban que no por la dejadez del obligado, sino por las dificultades que tenían algunos propietarios de casas para hacer frente a su coste *“por estar en concurso unas y otras tan gravadas de cargas”* que les era imposible asumirlo. La Junta acordó dar por concluido el asiento y que le fuera devuelta la fianza al asentista⁶⁷⁴. Queda claro que a finales del año 1768 todas las calles de la Villa estaban provistas con los nuevos enlosados y con sus nuevos conductos o albañales, quedando tan sólo por ejecutarse en aquellos puntos donde fue preciso tener más paciencia y generosidad con la precaria situación económica de algunos propietarios. En adelante, y como venía siendo habitual desde la Baja Edad Media, la labor se centro fundamentalmente en el mantenimiento y reparación de calzadas y aceras, puesto que la ciudad no crecería hasta la segunda mitad del siglo XIX.

⁶⁷³ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 14 de enero y del 9 de febrero de 1768.

⁶⁷⁴ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 17 de noviembre de 1768.

En los años posteriores a la disolución de la Comisión de Limpieza, los muladares de la Villa también fueron objeto de una regularización y explotación creciente. Según el nuevo *Reglamento de Madrid*, aprobado en marzo de 1766, con el propósito de reestructurar todos los ingresos y gastos del consistorio, se debía arrendar el producto y valor de los muladares –venta de basuras y estiércol-, convirtiéndose en una más de las fuentes de ingresos de la Villa o en un nuevo arbitrio municipal. Huelga decir que la basura que entonces se vertía en estos muladares era fundamentalmente de tipo orgánico, y se consideraba apta para los aprovechamientos agropecuarios. De este modo, el 25 de noviembre siguiente, la Junta de Policía ordenó poner carteles en los parajes públicos habituales por si hubiera persona interesada en arrendar los aprovechamientos de los muladares que había junto a las puertas de la ciudad⁶⁷⁵.

En un primer momento este arbitrio no tuvo la acogida esperada, ya que hasta entonces y con no poca frecuencia la Villa había permitido a hortelanos y agricultores llevarse las basuras de los muladares para abonar sus campos. De hecho, a comienzos de febrero de 1767, como todavía estaban sin arrendar y era necesario aliviarlos, se dio permiso a los hortelanos para aprovechar sus basuras⁶⁷⁶. No había concluido el mes cuando finalmente los vecinos Leonardo Orgaz y Francisco Villarín presentaron las primeras ofertas para tomar en arriendo los muladares de la Villa por un periodo de seis años. Estas ofertas fueron analizadas por Antonio Moreno Negrete, regidor capitular de la Junta, quien informó que la oferta presentada por Leonardo Orgaz era la más beneficiosa para Madrid, por ofrecer el valor líquido que produciría este arbitrio en un quinquenio, que según informe de la Contaduría ascendía a cerca de 6.238 reales de vellón al año. La oferta de Francisco Villarín fue de 5.000 reales de vellón al año. Sin embargo, teniendo en cuenta el informe del visitador general, Manuel Ureña Girón, sobre los gastos de mantenimiento y vigilancia de los muladares, la Junta determinó que la oferta de Leonardo Orgaz se quedaba corta, puesto que tendría un margen a su favor muy abultado, de unos 8.500 reales anuales, razón por la que se

⁶⁷⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 25 de noviembre de 1766.

⁶⁷⁶ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 10 de febrero de 1766.

consideró necesario replantear las condiciones que debían regir este asiento o arrendamiento, y que se volviera a pregonar por si alguna persona estuviera interesada en asumirlo⁶⁷⁷.

En adelante y por orden de la Junta, el visitador general de la limpieza también pasó a desempeñar el cargo de administrador de los muladares, quedando a su cargo y bajo sus órdenes los celadores o guardas que tendrían que vigilarlos. Por este concepto el visitador general percibiría unos honorarios de 2.200 reales de vellón al año, mientras que los dos guardas percibirían un salario anual de 1.642,5 reales de vellón, cada uno, que se podía incrementar si realizaban tareas extraordinarias, como, por ejemplo, en 1780 que percibieron 1.997,25 reales de vellón⁶⁷⁸. La Junta imputaba directamente estos gastos salariales contra lo que producían los arriendos de los muladares, así como las gratificaciones que regularmente solía dar a los guardas de los álamos de los caminos que había entre las puertas, por vigilar los muladares⁶⁷⁹.

Pero el arriendo de los muladares con las estrecheces económicas que imponía la Villa se iba demorando. En julio de 1768 se volvía a pregonar en los parajes habituales de la Villa sin obtener la acogida esperada⁶⁸⁰. Ya habían pasado dos años desde que se trató de enderezar a la pública viabilidad este nuevo arbitrio, y hubo que esperar hasta entrada la década de 1770 para que se formalizaran los primeros arriendos. Así, no fue hasta 1771 cuando el vecino Fausto de Herrera Ibarra se comprometió a pagar a la Villa 7 reales diarios, pagaderos por meses, por permitirle que su ganado de cerda se apacentara en el muladar que había junto a la Puerta de Toledo, durante un año⁶⁸¹. En 1774, Juan Manuel del Corral también arrendó los

⁶⁷⁷ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 24 de febrero y del 17 de marzo de 1766.

⁶⁷⁸ Estos guardas inicialmente fueron Diego de Burgos y Juan Jiménez, y tras estos pasaron a desempeñar el cargo Juan Fernández Valentín Agustín Gálvez. A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 27 de enero de 1778, acuerdo del 5 de febrero de 1781 y acuerdo del 11 de febrero de 1783.

⁶⁷⁹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 5 de febrero de 1781.

⁶⁸⁰ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 12 de julio de 1768.

⁶⁸¹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 28 de enero de 1771.

muladares de las Puertas de Toledo y Gilimón para apacentar sus pjaras durante un año⁶⁸².

Sin embargo, las obras puestas en marcha un año después en la periferia meridional de la Villa, con el propósito de adecentar el espacio exterior de la cerca, y de remodelar y crear la nueva red de caminos que se dirigían hacia el río, vino a alterar el normal funcionamiento de los muladares⁶⁸³. De estas obras se quejaba el obligado de la limpieza Antonio Conti, porque al haberle prohibido usar los muladares de las Puertas de Segovia y de Toledo para vaciar sus carros, le ocasionaban muchos perjuicios al tener que trasladar la basura a otros muladares más lejanos, razón por la que a cambio de estas molestias exigía una compensación. La Junta acordó que el visitador general señalará a Conti los lugares provisionales que en adelante debía usar para verter las basuras⁶⁸⁴. Estos muladares improvisados vinieron a situarse en tierras y solares privados, y supusieron un coste de 222 reales de vellón al año para la Villa. Entre estos solares utilizados provisionalmente como basureros se encontraba una tierra del Colegio de Niñas de la Paz, y, paradójicamente su administrador, Juan José Arnaiz, fue nombrado apoderado e interlocutor de los demás dueños de solares que se emplearon como basureros temporales⁶⁸⁵.

Los demás muladares que se encontraban junto a las puertas de la ciudad no tuvieron problemas y se fueron arrendando con normalidad a diferentes labradores y hortelanos⁶⁸⁶. Pero entrada la década de 1780, conforme se iban arreglando y embelleciendo los alrededores de la ciudad y sus puertas, fue necesario replantear la ubicación de los muladares, sobre todo, por los perjuicios que se le estaba

⁶⁸² A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 28 de enero y del 4 de febrero de 1774.

⁶⁸³ Sobre estas obras de remodelación de la periferia sur de la ciudad, consistentes en la remodelación y ornamentación de las rondas y la creación de buena de los paseos que conectaban la ciudad con el río Manzanares se puede consultar Marín Perellón, F. "La configuración de centro y periferia", en Pinto Crespo, V. y Madrazo Madrazo, S. (dir). *Madrid, Atlas Histórico de la Ciudad, siglos IX-XIX*. Lunwerg Editores. Madrid, 1995.

⁶⁸⁴ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 20 de marzo y del 6 de abril de 1775.

⁶⁸⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 30 de enero de 1777 y acuerdo del 27 de enero de 1778.

⁶⁸⁶ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 28 de enero de 1777.

ocasionando al obligado de la limpieza, Antonio Conti. De esta situación se volvía a quejar Conti a través de un memorial que envió a la Junta de Policía en diciembre de 1781, dando cuenta de los perjuicios que soportaban los trasiegos de sus carros por haberle prohibido usar no sólo el muladar que existía en el camino de Alcalá, sino también, la propia Puerta de Alcalá. Igualmente, dio a conocer los perjuicios que le estaba ocasionando las obras del portillo de Embajadores, porque le obligaban a recorrer una distancia mucho mayor para verter la basura en los nuevos muladares, y por lo tanto, afectaba al tiempo y número de viajes que debía hacer al día, según lo tenía capitulado en su asiento. Pedía que se le compensara o que le supliesen las multas por las faltas de carros que había cometido⁶⁸⁷.

A Conti no le faltaba razón y la Junta de Policía acordó compensarle con 2.000 reales anuales por la mayor distancia a la que se encontraban los vertederos. No obstante, para ahorrarse esta cantidad se mandó al visitador general que buscara y reconociera los lugares o solares más cercanos a la urbe, que pudieran emplearse como nuevos muladares. A comienzos de mayo de 1782 el visitador presentó sus propuestas a la Junta y se acordó que se volviera a utilizar el muladar próximo a la Puerta de Segovia, sin provocar molestias a nadie, situándolo en una tierra contigua a las huertas que se encontraban a la izquierda del Puente de Segovia, según se salía por la referida puerta. Con respecto al muladar suprimido que se encontraba junto al Portillo de Embajadores decidieron restablecerlo, pero más acotado a una rinconada que formaban las *“atarazanas por el costado que da al hueco grande entre la población y la tapia del resguardo, la cual preserva al nuevo paseo del mal aspecto y olor”*⁶⁸⁸. Por el contrario, esta solución no se pudo aplicar al Portillo de la Campanilla, porque la Real Fábrica de Salitre ocupaba por todos sus lados los terrenos que mediaban entre la población y la *“tapia del resguardo”*. En su lugar, se decidió que se emplease una *“corraliza”* que se encontraba en la calle que subía desde la calle de Lavapiés hasta la Iglesia de San Lorenzo, que daba también a la calle de Miraelrío, y que ya empleaban los *“bujarreros”* para secar la basura. La Junta asumió que la

⁶⁸⁷ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 22 de diciembre de 1781.

⁶⁸⁸ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 2 de mayo de 1782.

conversión de este corral en muladar iba a suponer nivelar su superficie con tierras y dotar de puertas a ambas calles que lo delimitaban.

Con esta solución la Villa iba a mantener en el interior de la ciudad un basurero, cómo no, en la barriada popular de Lavapiés, contraviniendo los paradigmas higiénicos del buen gobierno de la urbe. La Junta consideró que estos dos nuevos muladares, situados junto al Portillo de Embajadores y el corral próximo a la calle de Lavapiés, servirían para verter las basuras de esta barriada y acortar la distancia que empleaban los carros en su trasiego diario, con el menor perjuicio para el asentista y los caudales de Madrid. Por último, la Junta valoró la posibilidad de establecer otro vertedero en el *“Corralón de los Agonizantes”* de la calle de Atocha, paradójicamente también ubicado en el interior de la ciudad, porque en su parecer, al estar despoblado no incomodaría a nadie, y podrían verterse las basuras de aquel barrio e incluso parte de la del barrio que debía verter junto al Portillo de la Campanilla⁶⁸⁹. No cabe duda, que los nuevos muladares permitieron a la Junta ahorrarse los 2.000 reales anuales que se le estaba dando al obligado Conti como compensación. A cambio tan sólo se tenía que hacer frente a un gasto de 356 reales de vellón, pagaderos al apoderado Juan José Arnaiz, por el arriendo de todos los solares, corrales y tierras que la Villa empleaba como vertederos⁶⁹⁰.

⁶⁸⁹ Ibídem.

⁶⁹⁰ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 11 de febrero de 1783.

9.2. “Las Reglas para la Limpieza de Pozos” y la controvertida normalización de su asiento.

El 16 de agosto de 1765, en la primera sesión que celebró la recién creada Junta de Policía, el marqués de Grimaldi ya anunció que hasta el momento la limpieza de los pozos negros era un asunto poco conocido en la Villa y que en lo sucesivo se tendría que establecer un sistema de limpieza económico y eficaz⁶⁹¹. No se perdió el tiempo, habida cuenta de que muchos de los pozos construidos en el quinquenio anterior se encontraban llenos, colmatados, y, aún peor, provocaban *trasporaciones* o derrames en la vía pública, lo que obligaba a limpiarlos y a repararlos con urgencia, y también con improvisación. Se dio el caso de que algunos propietarios de casas tuvieron que vaciar sus pozos y sacar las aguas inmundas al campo, asumiendo unos costes que luego reclamaron a la municipalidad por ser de su competencia. Prueba de ello es que el 23 de agosto siguiente Francisco Sabatini, director de policía, informó al corregidor, que desde el día 18 del mismo mes su teniente, José de la Ballina, se estaba encargando de reconocer y medir “los pozos de aguas mayores que se van desocupando” para saber los pies cúbicos que tiene cada uno de ellos y poder tasar el coste de su limpieza.

Otra de las iniciativas puestas en marcha fue la creación del cargo de visitador general de la limpieza de pozos, que recayó en José Calvo Pruano, en principio con el encargo de controlar que las aguas que vaciaban de sus pozos los particulares quedaran almacenadas en vasijas, para que la municipalidad pudiera sacarlas al campo en sus cubas correspondientes y evitar reclamaciones económicas. A su vez, para evitar el rápido llenado de los pozos por las aguas de lluvia, el arquitecto regio dispuso que todos los dueños de las casas, una vez limpiados sus pozos, mandaran colocar sus losas de cierre “bien enchutadas en cal, acompañando su empedrado en la misma forma”. Por último, insistió en poner el mayor cuidado en la limpieza de los pozos situados en las cercanías de los viajes de agua, para lo que se contaría con la asistencia

⁶⁹¹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 16 de agosto de 1765.

de los fontaneros de la Villa. La Junta acordó que mediante un auto del corregidor se cumpliera lo dispuesto por Sabatini⁶⁹².

La situación requería de estas medidas urgentes y de muchas más si se querían evitar los perjuicios que estaban provocando los desbordamientos y filtraciones constantes de los pozos. Apenas siete días después, el fontanero Andrés Rodríguez informó a la Junta de Policía que las aguas del viaje de agua del Bajo Abroñigal estaban siendo contaminadas por las *trasporaciones* de un pozo perteneciente al marqués de Cogolludo. De igual modo, se conocieron los perjuicios que había sufrido el vecino Antonio Martín Salazar, en el sótano de su casa de la calle del Gobernador, por las filtraciones de aguas mayores de algún pozo colindante⁶⁹³. Para paliar esta situación la Junta de Policía ordenó al visitador de la limpieza de pozos, Calvo Pruano, que se encargara de limpiar y componer los pozos que lo precisasen entretanto se sacaba un asiento específico para este cometido. Pero Pruano tan sólo contaba con la ayuda de los poceros mayores Andrés Díaz y Sebastián Castro, y aunque estaban bien remunerados, con 12 reales de jornal por noche de trabajo, ni de lejos podían cubrir todas las urgencias que les demandaban. De hecho, el 4 de septiembre siguiente el visitador de pozos se quejó a la Junta y les informó que sus poceros no podían limpiar y reparar tantos pozos al mismo tiempo⁶⁹⁴.

La Junta también pidió a Sabatini que apremiase las obras de aquellos pozos que estaban reparando sus tenientes, algunos por haberse proyectado y construido defectuosamente, como el pozo situado en la plaza del Ángel, que hubo que hacerlo mucho más profundo⁶⁹⁵. Pero como el visitador Calvo Pruano y sus poceros continuaron desbordados por el incesante trabajo, los vecinos de la Villa no tuvieron más remedio que limpiar sus pozos, mientras la Junta contrataba a poceros particulares para atender las numerosas urgencias. Así, el 25 de septiembre siguiente la abadesa del Convento de la Concepción Francisca pidió a la Junta que le reintegrase

⁶⁹² A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 23 de agosto de 1765.

⁶⁹³ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 30 de agosto de 1765.

⁶⁹⁴ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 4 de septiembre y del 1 de octubre de 1765.

⁶⁹⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 2 de septiembre de 1765.

el importe que había costado limpiar uno de los pozos de su cenobio y se acordó pagarle la mitad del coste, que era lo que le correspondía a Madrid⁶⁹⁶.

Con este panorama, el presupuesto del ramo de limpieza se empezó a resentir por los elevados costes que estaban provocando los pozos negros. A comienzos de octubre de 1765, el visitador Calvo Pruano daba a conocer a la Junta los gastos que se habían suplido en tan sólo diez días, entre el 14 y el 24 de septiembre anterior, conforme a las certificaciones elaboradas por los celadores de la limpieza y con los precios establecidos de 22 reales por cuba llenada de noche y de otros 22 reales por carretón que las sacaba a vaciar al campo. En total se habían gastado 981 reales y 2 maravedís en la limpieza y reparación del pozo del marqués de Cogolludo, cuyas aguas sucias habían contaminado la Fuente del Ave María; más otros 935 reales y 26 maravedís de la limpieza de dos pozos y una mina de la calle del Gobernador, responsables de haber causado perjuicios al vecino Antonio Martín Salazar. La Junta, siguiendo lo dispuesto por Sabatini, mandó que estas cantidades fueran satisfechas por los dueños de los pozos, ya que las *trasporaciones* se habían producido por haberse construido sus pozos defectuosamente.

En lo sucesivo, para tratar de evitar nuevas y peligrosas *trasporaciones*, se mandó que se volvieran a inspeccionar todos los pozos construidos hasta el momento, por si alguno necesitaba mayor capacidad o profundidad o fuera susceptible de reparar algún defecto futuro. En el ínterin que se realizaban las obras de mejora de los pozos que lo precisaran, se ordenó que el visitador de la limpieza de pozos y sus poceros acudieran cada noche con sus cubas a sacar el agua sucia de los mismos, siendo este coste asumido por la Villa⁶⁹⁷.

Al mismo tiempo Sabatini se encontraba trabajando en las condiciones que debían regular el nuevo asiento de la limpieza de pozos, con la ayuda del pliego que le había presentado el vecino y caballero Cristóbal Jiménez de Cisneros, quien estaba

⁶⁹⁶ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 25 de septiembre de 1765.

⁶⁹⁷ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 8 de octubre de 1765.

dispuesto a hacerse con esta nueva contrata, cobrando sus honorarios por cuba llenada de noche y con el compromiso de servir en la obligación durante tres años. A este respecto Sabatini se negó, puesto que iba a ser muy lesivo para el presupuesto pagar 22 reales por cuba y otros 22 por el carretón que las sacaba al campo. De hecho, en tan sólo 10 días del mes de agosto anterior se habían gastado 12.816 reales y 24 maravedís, y entre el 5 de septiembre y el 14 de octubre 11.421 reales y 4 maravedís, cifras bastante abultadas que tenían visos de crecer notablemente en los meses venideros. Pese a las objeciones de Sabatini, los problemas que planteaban los pozos hicieron posible que Cristóbal Jiménez de Cisneros comenzara a servir el asiento desde comienzos de noviembre de 1765, permitiéndosele vaciar las cubas empleadas para la limpieza de los pozos en los vertederos de las alcantarillas de Leganitos y de los Caños del Peral⁶⁹⁸. No obstante, el empeño de Sabatini y del marqués de Grimaldi iba a permitir que la Villa se dotara con una nueva *Instrucción* para la limpieza de pozos, más eficaz y beneficiosa para los caudales de causa pública.

La *Instrucción* que venía reglamentar la limpieza de los pozos negros fue aprobada por una Real Orden del 24 de enero de 1766, que le fue comunicada por el marqués de Grimaldi al corregidor de la Villa un día antes para que previniera a los componentes de la Junta de Policía. Contenía no sólo el procedimiento que debía seguirse para limpiar adecuadamente los pozos, sino también, la creación de un cuerpo específico y especializado dentro del ramo de limpieza que debía encargarse de este cometido, adaptado a una nueva organización del espacio físico de la urbe para que pudiera realizar mejor sus funciones⁶⁹⁹. En el APÉNDICE VII de este trabajo se encuentra una copia de esta *Instrucción* que a continuación se comenta.

Esta *Instrucción* formada por 16 artículos, que apenas se conoce, sirvió de base regulatoria para efectuar la limpieza de los pozos negros durante lo que restaba del Antiguo Régimen. En su artículo primero se otorgaba al corregidor y a los miembros de la Junta de Policía la exclusiva jurisdicción sobre este cometido que debía desempeñar

⁶⁹⁸ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 1, 22 y 30 de octubre de 1765, y del 28 de enero de 1766.

⁶⁹⁹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 28 de enero de 1766.

un asentista. Con el fin de realizar la limpieza con prontitud y eficacia se procedió a dividir el espacio físico de la urbe en dos departamentos, Alto y Bajo, adscribiendo a cada uno de ellos su correspondiente personal técnico y administrativo (artículos 2 al 5). Así, tal y como se había practicado durante la vigencia de la Comisión de Limpieza entre 1761 y 1765, de nuevo la ciudad fue dividida en dos departamentos para limpiar los pozos, denominados de igual forma, el Alto y el Bajo, y teniendo como divisoria la Carrera de San Jerónimo, desde el Palacio del Retiro, la plaza de la Puerta del Sol, y la calle Mayor hasta la Puerta de la Vega. Como excepción se incluyó la plaza de la Villa en el departamento Alto. Al frente de cada departamento se designó a un regidor capitular o comisario de la Junta de Policía, asistido técnicamente por un teniente de arquitecto de Sabatini y, administrativamente, por un celador del ramo de limpieza designado por la referida Junta. De la división de Madrid en departamentos se informó a los vecinos de la Villa (artículo 15), con el siguiente Bando:

“DASE NOTICIA AL PÚBLICO

Que por la nueva Ordenanza que el Rey (Dios le guarde) se ha servido expedir para las mejores, y metódicas reglas, con pública utilidad que deben observarse en la Limpieza de los pozos de Madrid: ha determinado S.M. se considere como dividido en dos cuarteles, uno con la denominación del Alto, que comprende desde el Palacio del Retiro, Casa de Atri, siguiendo a los Italianos, Carrera de San Jerónimo, Puerta del Sol, Calle Mayor, Platería, Plazuela de la Villa, Santa María, Callejuela de Malpica, hasta la Puerta de la Vega; en inteligencia que en este Cuartel se comprenden todas las calles que están a su derecha, viniendo desde el citado Real Sitio a Madrid hasta sus extremos.

El otro Cuartel con la denominación de Bajo, incluye, viniendo desde el Retiro, mano izquierda, todas las casas comprendidas en las calles arriba referidas hasta los extremos de Madrid.

De esta policía, en el Cuartel Alto está encargado el Caballero Capitular Don Manuel Pardo, que vive en la calle de la Magdalena, inmediato a las casa de los Pando a quien han de dirigirse todos los dueños o inquilinos de las casas de su Cuartel, por medio de Memoriales en que expresen la precisión que tienen de la limpia de los Pozos, para que se de pronta providencia.

El Cuartel Bajo está a cargo del Caballero Capitular Don Antonio Moreno de Negrete, que vive en casas propias en la calle de Atocha, junto al Colegio de Loreto, a quien en los mismos términos acudirán todos los Vecinos del distrito de su demarcación”⁷⁰⁰.

En efecto, para comenzar el procedimiento de limpieza de un pozo (artículo 6) los dueños de las casas debían notificarlo al regidor de cada departamento mediante un memorial, tras lo que el referido regidor ordenaría, mediante decreto comunicado por un celador, que el teniente de arquitecto del departamento lo inspeccionase para verificar la necesidad de su limpieza, y, mediante el mismo celador, dar aviso al asentista para que lo limpiara. Si el teniente de arquitecto consideraba que no había que limpiar algún pozo debía justificarlo al regidor mediante la certificación correspondiente. Se consideraba primordial que los tenientes de arquitecto inspeccionasen los pozos (artículo 7), “*para rebajar de la medida aquella corta parte que les falte para estar llenos*” y hecha la limpieza calcular los pies cúbicos de cabida de los mismos, con el fin de poder dar certificación mensual a la Junta, y que esta pudiera pagar sus honorarios al asentista, ya que cobraba por pie cubico de agua inmundada extraída.

Esta inspección exhaustiva de los pozos permitía a los tenientes dictaminar si precisaban reparaciones, lo que comunicaban al regidor, para que éste obligara al propietario a repararlo en el tiempo que le indicara. También, se limpiaban los pozos de aguas potables (artículo 8), cuando se contaminaban por las filtraciones o

⁷⁰⁰ A.V.M., Secretaria. 2-173-27. Cabe advertir que este documento está mal fechado. En su catalogación consta que es de 1700, cuando realmente es de primeros de febrero de 1766.

trasporaciones de las aguas inmundas de los pozos negros, pero como no se podían vaciar por completo los tenientes de arquitecto cubicaban las aguas que se extraían con las cubas del asentista para su posterior abono, y en todo caso a un precio menor que el pie cúbico de aguas inmundas. Si los tenientes comprobaban que la contaminación había sido provocada por un vertido o pozo negro defectuoso de un particular, a este se le exigía el pago de la limpieza efectuada. Acabada la limpieza de los pozos y con el fin de evitar que las aguas de lluvia y las corrientes de las calles los pudieran llenar, el asentista debía impermeabilizarlos sentando sus losas de cierre con una tortada de cal y arena, teniendo la precaución de emplear cal para aquellos empedrados que había que componer por encima de los que se encontraban en vías públicas, patios o corrales (artículo 12)⁷⁰¹.

El desempeño de toda esta labor implicó crear un cuerpo específico dentro del ramo de limpieza dedicado a estos menesteres (artículos 9 al 11). A los dos regidores capitulares y los dos tenientes de arquitecto se sumaron por cada departamento un oficial albañil, dos peones y un celador, con el encargo, los primeros, de asistir a los tenientes en todo lo que ordenaban, y, principalmente, de comprobar, bajando por los mismos pozos, que se habían efectuado correctamente las limpiezas y no se encontraban desperfectos. Los peones se encargaban del acarreo de los pertrechos y enseres necesarios para la labor de los tenientes y los albañiles, mientras que los celadores, más dependientes de los regidores capitulares, quedaban atentos a sus órdenes y comunicaciones; vigilaban que los mozos del asentista que limpiaban los pozos no ensuciaran las calles; que estuvieran limpios los vertederos de las alcantarillas situados en el interior de la población, y tomaban cuenta y razón de las cubas de aguas dulces que extraía el asentista cuando se habían infectado o contaminado por alguna *trasporación*.

De todas las limpiezas que se hacían o de los incidentes o particularidades que se producían tenían que dar cuenta los dos regidores capitulares de ambos departamentos, todos los martes de cada semana en reunión plenaria de la Junta de

⁷⁰¹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 28 de enero de 1766.

Policía, para poder determinar la solución o medida que se estimara más conveniente (artículo 13). Por su parte, el mismo Sabatini tendría que dar el visto bueno a las certificaciones que elaboraban sus tenientes y que servían al asentista para justificar la percepción de sus honorarios (artículo 14)⁷⁰². La Instrucción concluía recordando las debidas precauciones que debían tomarse al efectuar la limpieza de los pozos para evitar accidentes y desgracias (artículo 16). Así, todo pozo que se abría se debía cerrar por el día con dos grandes losas de piedra hasta la conclusión de su limpieza⁷⁰³.

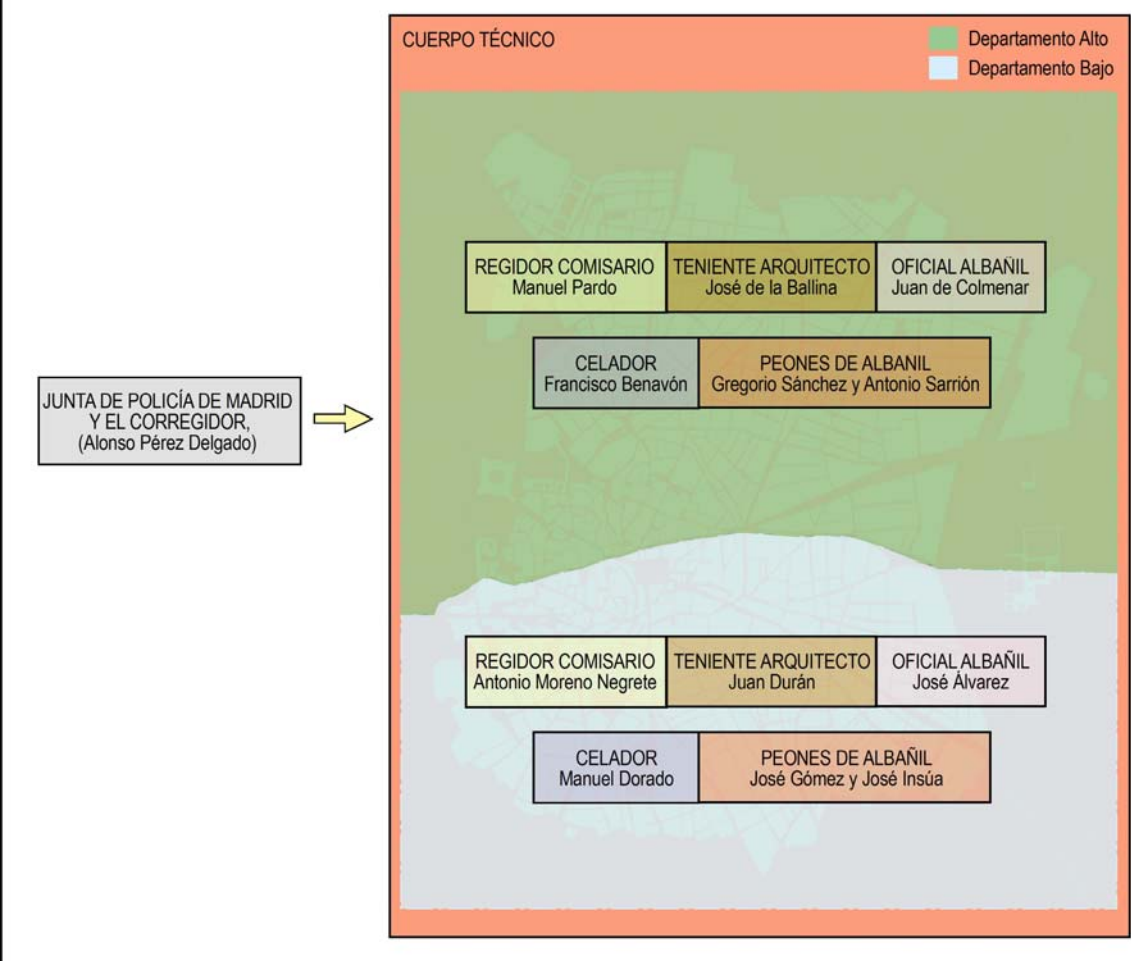
Esta Instrucción para la limpieza de los pozos fue vista en la Junta de Policía el 28 de enero de 1766, y se acordó cumplirla en su totalidad. El mismo día quedó prácticamente formalizado y compuesto el cuerpo específico que debía encargarse de su cometido. Como regidor del departamento Alto se nombró a Manuel Pardo, y del Bajo a Antonio Moreno de Negrete, mientras que el teniente de arquitecto del departamento Alto recaía en José de la Ballina, y el Bajo en el teniente Juan Durán. El albañil del departamento Alto fue Juan de Colmenar y los peones Gregorio Sánchez y Antonio Sarrión, y los del Bajo José Álvarez, oficial albañil, y los peones José Gomez y José Insua. También se estableció la retribución de los albañiles en 9 reales diarios y la de los peones en 4 reales diarios. Como celadores quedaron Francisco Beravón, que vivía en la calle de la Puebla, para el departamento Alto, y Manuel Dorado, que vivía en la calle de los Reyes, para el Bajo, con los honorarios que ya percibían por las funciones que realizaban en la limpieza de las calles. Por el contrario, el cargo de visitador general de limpieza de pozos que ostentaba Calvo Pruano se extinguió, al igual que el de sus poceros, quedando los honorarios que aquel percibía, de 600 ducados anuales, para los tenientes de arquitecto de Sabatini, a razón de 300 ducados para cada teniente⁷⁰⁴.

⁷⁰² Ibidem.

⁷⁰³ Ibidem.

⁷⁰⁴ Ibidem.

Gráfico 3. PRIMER CUERPO TÉCNICO - OPERATIVO CREADO PARA LA LIMPIEZA DE LOS POZOS NEGROS Y DE AGUAS DULCES CONTAMINADAS, CONFORME A LA INSTRUCCIÓN QUE REGULABA LA REFERIDA LIMPIEZA, APROBADA POR REAL ORDEN DE 24 DE ENERO DE 1766.



Este cuerpo específico dedicado a la limpieza de pozos se completó el 8 de febrero siguiente cuando la Junta acordó disponer de ocho alguaciles del “*juzgado de la Villa*”, para que los regidores de ambos departamentos pudieran hacer mejor su trabajo. Así, bajo las órdenes de Manuel Pardo se puso a los alguaciles Joaquín de Alarcón, Francisco Fiel, Gregorio López y Juan Rodríguez; y bajo las órdenes de Antonio Moreno Negrete a Ventura Martín Marchena, Vicente Pimentel, Miguel de Madrid y Matías Carbonell⁷⁰⁵.

⁷⁰⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 8 de febrero de 1766.

Curiosamente, la nueva *Instrucción* no iba a alterar el asiento que Cristóbal Jiménez de Cisneros había suscrito con la Villa desde comienzos de noviembre del año anterior. Es más, aceptó las nuevas reglas que de algún modo Sabatini ya había preestablecido en las condiciones de su asiento, e incluso se le permitió subcontratarlo durante los casi tres años que restaban para su conclusión. El mismo 8 de febrero, apenas 15 días después de aprobada la Instrucción, el vecino Miguel de Arana había tomado a su cargo el asiento de Jiménez de Cisneros, y pedía a la Junta que para realizar su cometido se le entregasen todos los carros, cubas y pertrechos que se empleaban en el servicio, propiedad de la Villa, pidiendo igualmente que se le permitiera seguir usando la casa de la calle de la Cabeza que se empleaba para guardarlos. La Junta accedió a sus demandas mandando previamente hacer inventario de todo el material que se le entregase, para que lo devolviera íntegramente al cesar en la subcontrata, con la obligación de reparar y reponer lo que estuviera deteriorado, así como asumir el pago del alquiler de la casa almacén de la casa de la Cabeza⁷⁰⁶. Una semana después también pidió a la Junta que le franqueasen la entrada por las puertas de la Villa de todos los materiales y pertrechos que emplearía para su trabajo, lo que la Junta aceptó, como era costumbre con los asentistas y obligados del ramo⁷⁰⁷.

Estas gracias concedidas por la Junta pronto se iban a revelar insuficientes para el asentista Miguel de Arana. En julio les envió un recurso detallando las pérdidas que estaba sufriendo en el ejercicio de su asiento y pedía que se le aumentase el precio al que le pagaban el pie cúbico de agua sucia extraída. Sabatini y sus tenientes se encargaron de estudiar las demandas y las cuentas presentadas por el asentista, conscientes de que su margen de beneficio estaba bastante ajustado. El que se estaba beneficiando del asiento era Cristóbal Jiménez de Cisneros, quien había puesto la fianza exigida y el aval para subcontratar el servicio en Miguel de Arana. Sabatini se inclinó por ayudarle, procurándole *“una moderada ganancia”*, con el fin de evitar la interrupción del servicio de limpieza. Pidió a la Junta que se le pagase entre 14 ó 15 maravedís el pie cúbico de aguas sucias. Miguel de Arana vio cumplida sus aspiraciones

⁷⁰⁶ *Ibidem*.

⁷⁰⁷ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 14 de febrero de 1766.

y a comienzos de septiembre la Junta acordó pagarle el pie cúbico a 15 maravedís. A fin de cuentas Sabatini reconoció que tenía que enfrentarse a muchas dificultades en su trabajo, por encontrarse muchos de los pozos que tenía que limpiar en el interior de las casas, en sótanos, cuevas y *“tener poco líquido y mucho grueso, por ser de bastante profundidad, tener largas las minas u otro cualquier inconveniente que produzca mayor trabajo”*⁷⁰⁸.

A Sabatini no le faltaba razón, la labor desempeñada por Arana debió ser ardua, compleja y peligrosa. El otro inconveniente que tuvo que sortear fue el traslado y vaciado de las aguas sucias a los vertederos de la Villa. En un principio se le había permitido hacer los vertidos en los embocaderos de las alcantarillas de los Caños del Peral, de Leganitos y de la huerta del Convento de San Francisco, que estaban en el interior de la población, así como en el arroyo del Prado y en otros vertederos colindantes a la cerca o resguardo que delimitaba la ciudad. Sin embargo, las quejas crecientes de los vecinos que tenían sus casas en las proximidades, por los malos y continuos olores que provocaban, junto con la puesta en marcha de importantes reformas urbanísticas, como la del Paseo del Prado, iban a ir restringiendo el uso de los vertederos del interior de la Villa. En mayo de 1767, el asentista Arana se quejó de que ya no le dejaran verter las aguas sucias en el arroyo del Prado, lo que suponía tener que desplazarse a otros vertederos más lejanos. La Junta por no perjudicar todavía más su compleja labor no tuvo más remedio que permitirle verter en la parte baja del arroyo, pasadas las *“Huertas”*, frente a la calle del Gobernador⁷⁰⁹.

Los vertederos se estaban convirtiendo en otro gran problema para la Junta de Policía. El 29 de julio de 1767 el teniente de arquitecto Juan Durán dio cuenta de las numerosas quejas del Convento de San Francisco el Grande, por los malos olores que se padecían en la Capilla del Santo Cristo de los Dolores, de la Venerable Orden Tercera, por la cercanía del vertedero por el que se vaciaban las cubas de la limpieza

⁷⁰⁸ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 2 y 16 de septiembre y del 7 de octubre de 1766. En este último acuerdo y como dato curioso consta que la Villa tenía 12 carros pintados de verde, con sus correspondientes cubas para la extinción de incendios.

⁷⁰⁹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 12 de mayo de 1767.

de los pozos. Consciente de la gravedad de las molestias que padecían los franciscanos, el teniente propuso a la Junta usar como vertedero alternativo el de la plazuela de Armas, que se encontraba frente a la calle del Águila y de la Ventosa, y no perjudicaba al público. Además, los sobrantes o remanentes de la fuente de aguas limpias de la referida plazuela servirían para limpiarlo, aunque para seguridad del vertido de los carros aconsejó construir un parapeto, entre el vertedero y la rejilla que se encontraba encajada en la tapia o cerca del resguardo que delimitaba la Villa. Este parapeto con embocadura al vertedero se construyó con un badén de 8 pies de ancho, empedrado para evitar la indisposición del terreno con la corriente de las aguas, a un coste de 1.239 reales de vellón y 25 maravedís⁷¹⁰. Apenas un año después, Josefa Rodríguez, viuda del asentista Miguel de Arana, que había asumido continuar con el asiento, se volvió a quejar de que la habían prohibido usar los 4 vertederos que había en el Prado Viejo de San Jerónimo, por las obras de remodelación que se estaban realizando en todo el entorno, y donde hasta entonces vaciaba las aguas sucias de toda aquella barriada. En esta ocasión la Junta y Sabatini, director de policía, se mostraron inflexibles. Le recordaron que conforme a lo que estaba capitulado, los vertidos debían hacerse fuera de la ciudad, además, ya se les había compensado con el pago de 15 maravedís el pie cúbico de aguas sucias⁷¹¹.

El asiento de Josefa Rodríguez, viuda de Miguel de Arana, concluyó a comienzos de noviembre de 1768. Un mes antes Sabatini había presentado a la Junta el pliego que debía regir para la contrata del nuevo asiento de la limpieza de pozos. Este pliego por ser de los primeros de su clase que se conservan se encuentra reproducido en el APÉNDICE VIII. Estaba compuesto por 20 cláusulas y condiciones que debía cumplir el asentista, como ofertar precio por pie cúbico de aguas sucias y limpias, que debían mantener a los vecinos cuando se les imputaba el coste de la limpieza por la *trasporación* de sus pozos; tener las cuadrillas de peones y albañiles necesarias, junto

⁷¹⁰ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 29 de julio de 1767. La orden para la construcción de este vertedero fue dada por la Junta de Policía el 9 de julio de 1767 y el coste de las obras fue aprobado por la Junta de Propios y Sisas. A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 5 de julio de 1769.

⁷¹¹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 7 de abril y del 28 de junio de 1767.

con los pertrechos, enseres, carros y cubas para el servicio nocturno de limpieza, además de 2 ó 3 carros con cubas de repuesto; incluyendo el polvo, la basura o cenizas que se empleaba para sacar *“lo grueso de los pozos”*, evitando ensuciar las calles. El horario para hacer las limpias se establecía entre las 24:00 h. y las 5:00 h. de la madrugada durante los meses de abril a octubre, y el resto del año entre las 23:00 h. y las 6:00 h. Se matizaba que los vertidos de las aguas sucias debían realizarse en el barranco del Prado (Carcavón de Atocha), o si conviniera en las inmediaciones de la propia Puerta de Atocha, lo más inmediato al barranco, e igualmente en el de Lavapiés o en sus alrededores, o junto al portillo más próximo a éste, pudiendo también hacer los vertidos en la alcantarilla del Convento de San Francisco. Para los vertidos de las aguas sucias de los barrios lejanos a los vertederos se permitía llevarlos a otros solares cercanos a las puertas y portillos de la cerca, lo más apartado posible de los caminos reales y los parajes públicos. Se insistía de nuevo en la importancia de sellar bien las tapas de los pozos para evitar su llenado por las aguas corrientes de la vía pública y la lluvia. Como novedad, y para evitar los problemas que generaban los vertederos, Sabatini estableció como obligación del asentista tener que hacer los vertidos fuera de la Villa cuando por las circunstancias se lo ordenasen, sin dar lugar a compensación alguna. Por último, dejaba claro que el pago de los honorarios al asentista debía realizarse sin demora, por semanas o meses, y dejaba a la Junta la decisión de determinar la duración del asiento⁷¹².

El 25 de octubre la Junta había aprobado el pliego y ordenó que en los parajes públicos acostumbrados se pusieran carteles para los interesados que quisieran licitar el nuevo asiento. Josefa Rodríguez, viuda de Miguel Arana, que todavía se encargaba de la limpieza de los pozos, presentó su oferta, junto a la del vecino Antonio Ucero, fijándose como fecha para el remate de la licitación el 5 de diciembre. Ese día también concurrió el vecino Juan de Carmona ofreciendo un precio de 13 maravedís el pie cúbico de aguas sucias y una fianza de 40.000 reales de vellón. Pero para sorpresa de la concurrencia, el personero del común del ayuntamiento presentó unos informes del antiguo visitador general de la limpieza de pozos, José Calvo Pruano, que ponían en

⁷¹² A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 25 de octubre de 1768.

entredicho las condiciones del pliego de Sabatini⁷¹³. La Junta decidió paralizar la subasta del asiento y estudiar las demandas del antiguo visitador, que, básicamente, alertaban sobre los perjuicios que suponía para el presupuesto pagar la extracción de aguas sucias por pies cúbicos. A cambio, con una serie de informes y mediciones, alegaba que era mejor pagar por cubas de aguas extraídas. La Junta decidió remitir a Sabatini los informes del antiguo visitador, y en el ínterin que se resolvía la situación se pidió al corregidor que ordenara a la anterior asentista, Josefa Rodríguez, que continuara haciendo la limpieza de los pozos⁷¹⁴. Al parecer, los capitulares de la Junta todavía se mostraban recelosos a las cuestiones referentes al asiento de la limpieza de los pozos. Sabatini tuvo que demostrar que Calvo Pruano se equivocaba, lo que suponemos no fue del agrado del flamante arquitecto siciliano. Lo demostró informando a los capitulares de que mediante la medición de los pozos por pies cúbicos, Madrid se había ahorrado en la limpieza de 64 pozos 19.082 reales de vellón, respecto de las cuentas de Calvo Pruano⁷¹⁵. Salvada la honorabilidad del arquitecto, el 31 de enero de 1769 se vio una Real Orden, del 24 anterior comunicada por el marqués de Grimaldi, dando cuenta que S.M. había aprobado el remate en el nuevo asiento de la limpieza de pozos a favor de Juan de Carmona, por un periodo de seis años, al precio de 13 maravedís el pie cúbico de aguas sucias, reducido a 10 maravedís para el de aguas limpias y una fianza que debía pagar de 40.000 reales de vellón⁷¹⁶.

Juan de Carmona desempeñó con normalidad su trabajo aunque también fue advertido en repetidas ocasiones por la falta de carros, cubas y enseres que debía emplear en el servicio, así como de lo maltratados que se encontraban y, sobre todo, fue apercibido por el reiterado retraso con el que realizaba la limpieza de los pozos cuando comenzaba el verano. Al parecer, usaba los aperos y las mulas de los carros para el cultivo y recogida de los granos de su propia cosecha. En este caso la Junta le advirtió que emplearía el dinero depositado como fianza para suplir o reparar los

⁷¹³ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 17 y 22 de noviembre y del 5 de diciembre de 1768.

⁷¹⁴ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 14 de diciembre de 1768.

⁷¹⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 17 de enero de 1769.

⁷¹⁶ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 19 y 31 de enero de 1769.

carros⁷¹⁷. Carmona falleció en 1773, antes de concluir su asiento, por lo que su viuda, Antonia de Higuera, y sus hijos tuvieron que continuar con la limpieza de los pozos durante los dos años que faltaban para su conclusión. Si bien, de todas las gestiones y tratos con la Junta de Policía se encargó por vía de testamentaria, Juan Ángel de Salcedo y su apoderado Antonio Jiménez⁷¹⁸. El referido Salcedo hizo prevalecer los intereses de sus representados en el desempeño del asiento, como por ejemplo, en agosto de 1773 cuando al haberles prohibido usar los vertederos inmediatos al Prado de San Jerónimo pidió a la Junta que se le señalasen otros lugares “cómodos” para vaciar las aguas sucias. Esta petición motivó que el teniente de arquitecto Juan Durán compusiera el vertedero de la Puerta de Valencia (Barranco de Lavapiés), y que el propio Sabatini y sus tenientes determinaran el lugar donde se podía establecer otro vertedero, entre la calle de la Redondilla y la Puerta de Atocha⁷¹⁹.

No era para menos, la frecuencia y el aumento de los pozos que se tenían que limpiar implicó dotar la periferia de la Villa con nuevos vertederos, y también incrementar el presupuesto para estos menesteres. Por orden del Consejo de Castilla del 7 de junio de 1774 el presupuesto para los gastos de causa pública de la Villa se fijó en 1.128.681 reales de vellón y 28 maravedís al año⁷²⁰. Sólo para la limpieza de los pozos hacían falta entre 220.000 y 250.000 reales anuales, esto es, casi la cuarta parte del presupuesto total. Prueba de ello es que, según la Contaduría de Cuentas, el mismo año se gastaron 26.544 reales y 15 maravedís en enero; en marzo 26.618 reales y 23 maravedís; en mayo 28.544 reales y 28 maravedís; 20.984 reales y 10 maravedís en junio; 21.631 reales y 21 maravedís en julio; 22.220 reales y 23 maravedís en agosto; 24.010 reales y 33 maravedís en septiembre; 23.663 reales y 8 maravedís en octubre; y 25.458 reales y 30 maravedís en noviembre⁷²¹. A estos gastos cercanos a los 220.000 reales hubo que añadir los 883 reales y 20 maravedís que costó recomponer el

⁷¹⁷ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 20 y 23 de julio de 1770.

⁷¹⁸ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 27 de febrero de 1773.

⁷¹⁹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 14 de agosto de 1773.

⁷²⁰ A.V.M., Secretaría. 1-29-29.

⁷²¹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 19 de febrero, 29 de abril, 27 de julio, 26 de agosto, 22 de septiembre, 21 de octubre, 18 de noviembre y 13 de diciembre de 1774.

hundimiento del pozo sumidero que recogía las aguas de lluvia en el patio del Ayuntamiento, más la de otros pozos que regularmente había que recomponer⁷²². Si a los gastos de la limpieza de los pozos le añadimos los 310.000 reales que costaba la limpieza anual de las calles que realizaba el obligado Antonio Conti, resulta que más de la mitad del presupuesto asignado, unos 600.000 reales de vellón, se empleaba en la limpieza y ornato de la Villa. Esta misma cantidad es la que venía gastando Madrid en la limpieza de las calles cuando a mediados de agosto de 1765 cesó la Comisión de Limpieza, tras la ejecución de buena parte de los trabajos de la *Instrucción* de Sabatini, y se creó, bajo la tutela del marqués de Grimaldi, la nueva Junta de Policía. Los objetivos planteados entonces por el secretario de Estado, orientados a minorar los costes de la limpieza, no se habían alcanzado. En 1774, casi diez años después, se gastaba lo mismo pese a las mejoras y reformas introducidas. Con el paso de los años la limpieza de los pozos negros demandaría mayores esfuerzos económicos y acabaría por lastrar a un presupuesto de causa pública, que en su montante se mantuvo invariable hasta entrada la década de 1790, cuando ya reinaba Carlos IV⁷²³.

El 2 de enero de 1775 se remató la subasta del nuevo asiento de la limpieza de pozos a favor del vecino Antonio Uceró, pero al no poder hacer frente al pago de la fianza de 40.000 reales que se había comprometido, el 22 de febrero siguiente el asiento fue capitulado con los vecinos Santiago Aguado y Francisco Santillán, a un precio de 12 maravedís el pie cúbico de aguas inmundas y de 9 el de aguas dulces, por un periodo de seis años⁷²⁴. No habían transcurrido ni dos años, cuando los nuevos asentistas comenzaron a padecer las estrecheces económicas de la causa pública, además de tener que asumir la limpieza de más pozos de lo inicialmente previsto y de disponer de más medios técnicos y humanos para poder realizarlo. A comienzos de mayo de 1776 se quejaron a la Junta de Propios y Sisas de que no habían percibido el pago de las mesadas de marzo y abril, y añadían que cómo cada vez era más necesario aumentar el ganado y los carros para atender con prontitud las limpiezas, tenían que

⁷²² A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 10 de junio de 1774.

⁷²³ A.V.M., Secretaría. 1-29-29.

⁷²⁴ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 29 de julio y 18 de noviembre de 1774; y del 2 de enero, 17 y 22 de febrero de 1775.

hacer *“grandes gastos que no podían soportar”*. Suplicaron que se les devolviera la fianza de 40.000 reales para poder hacer frente a los pagos, porque *“cuando cobraban el importe de una mesada, tenían ya caído el importe de otra”*⁷²⁵. A duras penas continuaron con su labor. De nuevo, en septiembre de 1778 enviaron un memorial a la Junta de Propios y Sisas pidiendo que les pagasen sin demora puesto que llevaban un retaso de dos meses⁷²⁶. Tres cuartos de lo mismo les volvió a ocurrir en diciembre, cuando fueron a cobrar a la Tesorería 43.701 reales de vellón y 21 maravedís por las limpias que hicieron el mes anterior y se tuvieron que conformar con los 24.535 reales y 17 maravedís que había en caja, hasta entrado el año siguiente que percibieron el resto⁷²⁷.

La reiterada falta de liquidez en las arcas municipales y la rigidez del presupuesto, que no se adecuó a las necesidades reales del servicio de la limpieza de los pozos, estaba empezando a reproducir las mismas pautas coactivas y de presión económica que padecieron algunos obligados de la limpieza durante la centuria anterior. En efecto, si como hemos visto, en 1774 el promedio de gasto mensual en la limpieza de pozos era de unos 24.500 reales de vellón, cinco años después había ascendido a 37.450. Este aumento notable de gasto se puede comprobar a través de las certificaciones realizadas por los tenientes de arquitecto Durán y Ballina, que obraban en poder de la Contaduría de Intervención de Arcas de Sisas para pagar a los asentistas. Así, para 1779 arrojaban un gasto de 40.308 reales y 4 maravedís por las limpias del mes de enero; de 40.542 reales y 23 maravedís de febrero; de 38.458 reales y 4 maravedís de abril; de 40.851 reales y 26 maravedís de mayo; de 33.529 reales y 32 maravedís de junio; de 35.441 reales y 29 maravedís de julio; de 36.224 reales y 14 maravedís de agosto, y de 34.260 reales y 14 maravedís de septiembre⁷²⁸. Resumiendo, quedaban tres meses para la conclusión del año y ya se habían gastado

⁷²⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 7 de mayo de 1776.

⁷²⁶ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 3 de septiembre de 1778.

⁷²⁷ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 24 de diciembre de 1778.

⁷²⁸ Estos datos se han tomado de diferentes acuerdos de A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid del año 1779.

cerca de 300.000 reales en tan sólo 8 mesadas, 80.000 más que cinco años atrás. Un año después el promedio mensual de lo gastado fue de 35.000 reales de vellón, casi diez mil reales más que seis años antes⁷²⁹. La gravedad de la situación económica del ramo la enfatizó con más claridad la Contaduría de Cuentas de Intervención de Arcas de Sisas cuando, a comienzos de julio del mismo año 1780, informó a la Junta de Propios y Sisas que sólo disponían de 561.386 reales de vellón en caja para el pago de las consignaciones de causa pública y otros imponderables que pudieran ocurrir. Quedaba menos de la mitad del presupuesto y todavía faltaban seis meses para la conclusión del año. Por esta razón y atendiendo a que los gastos de la limpieza de pozos se venían incrementando, informaba a la Junta que aunque sus partidas mensuales *“iban reguladas a 40.000 reales, se cree que excedan de ellos por el aumento que se experimenta en este gasto”*⁷³⁰. Sin duda, estas cifras y afirmaciones ponen de relieve el gran problema económico que venían soportando las finanzas municipales en la limpieza de los pozos y todavía sería peor durante los años venideros.

Tener que afrontar un mayor número de limpiezas, también dejaba entrever otras complicaciones y perjuicios que la Villa tuvo que solventar durante las últimas décadas del siglo XVIII. Fueron frecuentes las infestas y malolientes *trasporaciones* y filtraciones de los pozos, que constantemente provocaron barrizales en las calles, inundaciones en sótanos y cuevas, y fatales consecuencias para las aguas limpias de pozos y viajes de agua. Con bastante frecuencia se dio cuenta de estos sucesos en los libros de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas. Por ejemplo, el 6 de mayo de 1779, Antonio Moreno Negrete, regidor comisario del departamento Bajo, hacía saber que el fontanero de la Villa, Andrés Rodríguez, le había avisado repetidamente que el pozo de la casa bodega del Hospital de San Juna de Dios, próximo a la plazuela de Antón

⁷²⁹ Este promedio se ha tomado de los datos que se han tomado de diferentes acuerdos de A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid del año 1780; y que son los siguientes: 36.420 reales y 14 maravedís de enero; 40.553 reales y 28 maravedís de marzo; 39.995 reales y 33 maravedís de abril; 33.111 reales de junio; 32.027 reales y 32 maravedís de julio; 32.109 reales y 5 maravedís de vellón de agosto; 32.040 reales y 24 maravedís de septiembre; y 33.196 reales y 4 maravedís de octubre. En total se gastaron cerca de 279.500 reales de vellón en el año 1780.

⁷³⁰ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 6 de julio de 1780.

Martín, *trasporaba* sus aguas infestas al viaje de agua dulce del Bajo Abroñigal, que estaba a su cargo, a pesar de que ya lo habían limpiado. Según el dictamen del fontanero, el referido pozo y otros colindantes recibían demasiada agua a través de una pequeña mina que comunicaba con el Hospital de Naturales de San Pedro, situado en la calle de la Torrecilla del Leal, y, a su vez, esta mineta comunicaba con el viaje de agua, poniendo en peligro la salubridad de sus aguas. Andrés Rodríguez aprovechó la ocasión para mostrar a los capitulares de la Junta, con toda crudeza, los peligros que estaban provocando estos pozos para la salud de los vecinos. Detalló que el pozo de la Alojería situada en la plazuela de Antón Martín (manzana 237, casa 12), el de la casa 15 de la manzana 155 de la calle de la Magdalena y el de la casa del marqués de Cogolludo estaban filtrando sus aguas inmundas a la mina principal del viaje de agua del Bajo Abroñigal, que abastecía las fuentes públicas del Ave María y de Lavapiés, y a otros particulares de la zona. Advirtió a los capitulares de la Junta que de no poner remedio urgente, no sólo limpiándolos, sino suprimiendo esos pozos, se tendría que cegar aquel ramal del viaje de agua⁷³¹.

Al fontanero no le faltaba razón, como ya vimos anteriormente, no era la primera vez que el pozo del marqués de Cogolludo contaminaba las aguas del viaje. El mismo día la Junta de Propios y Sisas ordenó que se limpiara todo con la intervención del teniente de arquitecto Juan Durán. Además, se encargó al célebre y experimentado arquitecto Ventura Rodríguez que reconociera la situación y, en compañía de Durán y el fontanero Rodríguez, buscaran una solución⁷³². Apenas 20 días después se volvió a dar cuenta a la Junta de que varios pozos de la calle del León y de otras aledañas estaban filtrando sus aguas inmundas a la mina del viaje de agua del Bajo Abroñigal. En esta ocasión Ventura Rodríguez dio su parecer a la Junta sin rodeos; además de limpiarlos, había que proceder a construir alcantarillas en estas calles del Barrio de las Letras para dar salida a las aguas y minorar los daños tan considerables que ocasionaban⁷³³. El parecer de Ventura Rodríguez era compartido por los capitulares de la Junta de Propios y Sisas, que desde un año antes reclamaban a Sabatini la

⁷³¹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 6 de mayo de 1779.

⁷³² *Ibidem*.

⁷³³ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 27 de mayo de 1779.

elaboración de un plan de alcantarillas que fuera capaz de minorar los costes de la limpieza de los pozos. Se empezaba a echar en falta un plan integral de alcantarillado mucho más ambicioso del que se estaba ejecutando, adaptado a las necesidades reales de la población y al extraordinario volumen de aguas negras y residuales que se generaban. Apenas siete meses después, a finales de enero de 1780, en la Junta se volvió a dar noticia de que el pozo de la casa que había ocupado la Aduana vieja, en la plazuela de la Leña, propiedad de las memorias y capellanías que fundó la marquesa de la Lapilla, había rebosado sus aguas sucias, anegando sus sótanos y poniendo en peligro sus cimientos. Se acordó que el teniente Durán lo construyera de nuevo, a un coste de 4.600 reales de vellón, teniendo en cuenta que podría ser mayor su coste si durante las obras surgían otros imponderables⁷³⁴.

9.3. La administración pública del asiento de los pozos negros y la fusión de las limpiezas diurna y nocturna.

El aumento de pozos y la frecuencia con que se tenían que limpiar animó a algunos particulares con respaldo económico, a presentar ofertas para hacerse con el asiento que se debía renovar a comienzos de 1781. A fin de cuentas estaban en condiciones de hacer un buen negocio pese a los retrasos que pudieran recibir en el pago de sus retribuciones. En febrero, el vecino José Álvarez había presentado una oferta rebajando medio maravedí el precio del pie cúbico de aguas sucias y otro medio el de las aguas claras⁷³⁵. En diciembre hizo lo mismo nuestro conocido Antonio Conti, obligado de la limpieza de las calles, ofreciéndose a llevar el asiento de la limpieza nocturna de los pozos por un periodo nada menos que de nueve años⁷³⁶. Esta propuesta de Conti, aunque no se enderezó a la pública viabilidad, fue premonitoria en el sentido de que apenas dos años después la limpieza de día de las calles y la limpieza de noche de los pozos quedarían finalmente unidas y administradas conjuntamente

⁷³⁴ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 28 de enero de 1780.

⁷³⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 7 de febrero de 1780.

⁷³⁶ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 12 de diciembre de 1780.

por la Junta de Policía. Sin embargo, para sorpresa de los interesados, cuando a comienzos de 1781 la Junta de Propios y Sisas convocó la licitación del nuevo asiento, el pliego de condiciones técnicas y económicas era mucho más rígido, exigente y desfavorable para sus intereses. Al parecer se había estado pagando demasiado por un servicio que no daba los resultados esperados y en el que con bastante frecuencia se habían cometido irregularidades, *“porque siendo y debiendo ser igual la condición del pago en medición, eludían la obligación, y como la operación era subterránea únicamente los oficiales reconocedores podían advertir el daño, pero lo toleraban por el lucro que en su disimulo tenían”*⁷³⁷. En consecuencia, no se presentó ningún postor para hacerse con el asiento, ni a las reiteradas convocatorias que se fijaron con posterioridad, y tampoco tuvieron interés en proseguir los antiguos asentistas⁷³⁸.

El 18 de junio de 1781, con el visto bueno de José Moñino y Redondo, Conde de Floridablanca, que había sustituido en 1777 al marqués de Grimaldi en la Secretaría de Estado, se facultó a la Junta de Policía a tomar bajo su administración directa la limpieza de los pozos de la Villa. Diez días después se ordenó a los antiguos asentistas que dieran relación puntual de todos los enseres, pertrechos, mulas, carros y cubas de su propiedad, excluyendo los pertenecientes a Madrid, con el fin de tasarlos y comprarlos⁷³⁹. Para llevar a cabo la pública administración, el 11 de julio siguiente se ordenó a Sabatini y sus tenientes que establecieran las instrucciones que debían regular la referida administración y la limpieza de los pozos, con la prevención de excluir el vertedero de la alcantarilla de los Caños del Peral⁷⁴⁰. Un mes después, Sabatini presentó las instrucciones en la Junta de Propios para que fueran valoradas por el personero del ayuntamiento y por los regidores comisarios de ambos departamentos, Antonio Moreno Negrete y Manuel de Pinedo⁷⁴¹. El arquitecto siciliano se había demorado por la muerte de su teniente Juan Durán, el 14 de julio anterior⁷⁴². Entre el 11 de septiembre y el 9 de octubre fueron aprobadas las

⁷³⁷ A.V.M. Secretaría 1-36-26.

⁷³⁸ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 10 de mayo de 1781.

⁷³⁹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 28 de junio de 1781.

⁷⁴⁰ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 11 de julio de 1781.

⁷⁴¹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 14 de agosto de 1781.

⁷⁴² A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 24 de julio de 1781.

instrucciones de Sabatini; se ordenó que el visitador general de la limpieza de la Villa, José Domingo Molina, dispusiera de 30.000 reales de vellón para el pago de salarios, paja, cebada y demás enseres que se precisaran en la limpieza de los pozos; y se autorizó el pago de 126.176 reales y 18 maravedís a los asentistas por la compra de sus carros, cubas, mulas y aperos, que se seguirían empleando como hasta entonces⁷⁴³. En este sentido, se mantuvo el arriendo de la casa y corral que servía para guardar los carros y pertrechos, propiedad de la viuda Josefa Cambiaso y se procedió al nombramiento del nuevo personal técnico y administrativo. Así, el vecino José Álvarez fue designado nuevo administrador interino con un salario de 15 reales diarios, ya que era experto en la materia y meses antes había presentado una oferta para hacerse con el asiento que no fructificó. También, fue nombrado como sobrestante o capataz de las cuadrillas de carros Andrés Martí Castejón, con el salario de 9 reales diarios. Como celadores, con salario de 6 reales diarios, se nombraron a Manuel Cartón y Francisco Calera, porque tenían sobrada experiencia al haber ocupado el cargo con los antiguos asentistas. A todos los dependientes de la nueva administración se les hizo saber su cometido para que fuera cumplido pronta y eficazmente, lo que también se informó al visitador general de la limpieza y a su teniente para que vigilasen su cumplimiento⁷⁴⁴.

Todos estos acuerdos, actuaciones y nombramientos fueron aprobados por una Real Orden comunicada por el Conde de Floridablanca el 29 de noviembre de 1781, aunque desde el gobierno se insistía en la necesidad de suprimir el vertedero de la alcantarilla de los Caños del Peral, que se encontraba próximo a su fuente homónima, en la actual plaza de Isabel II. Floridablanca había recibido numerosas quejas de los vecinos por los perjuicios que les ocasionaban los vertidos de los carros en el vertedero, lo que en palabras del propio secretario de Estado era *“un horror demasiado impropio para dentro de Madrid, y a las inmediaciones del Palacio Real”*⁷⁴⁵. Para poner el remedio requerido la Junta clausuró el vertedero de los Caños del Peral y

⁷⁴³ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 11 de septiembre y del 9 de octubre de 1781.

⁷⁴⁴ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 29 de noviembre de 1781.

⁷⁴⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 25 de octubre y del 29 de noviembre de 1781.

en su lugar mandó que los carros que vertían en él arrojasen sus aguas al vertedero de la alcantarilla de Leganitos, situado en su plaza homónima. Pero sabedores de que concurrirían muchos carros en el referido vertedero ordenaron al teniente de arquitecto José de la Ballina que proyectase y ejecutase su ampliación, para que con comodidad pudieran vaciar sus aguas el mayor número de carros⁷⁴⁶. Las obras de este vertedero, conocido también como el de la *Fuente de los Cuatro Caños* o de la *Bajada de Leganitos* concluyeron dos meses después, entrado febrero de 1782, y tuvo un coste de 8.452 reales de vellón y 12 maravedís, incluidos los honorarios de Ballina de 616 reales de vellón y 7 maravedís⁷⁴⁷.

Apenas dos meses después, con motivo de la remodelación integral y embellecimiento del Prado Viejo de San Jerónimo, el corregidor ordenó a Sabatini y sus tenientes que fueran a reconocer el final de la calle del Gobernador, colindante al Paseo del Prado, con el fin de habilitar un nuevo vertedero, cerrado, donde pudieran vaciarse las cubas de aguas mayores y menores, y que reemplazara al existente⁷⁴⁸. Sabatini, hecho el preceptivo reconocimiento, informó que se podía habilitar en ese preciso lugar porque sus vertidos irían con rapidez y comodidad a la alcantarilla general del Prado que había construido pocos años antes Ventura Rodríguez, justo por debajo del nuevo paseo de Trajineros. Cabe subrayar que la alcantarilla estaba situada en el extremo occidental del paseo del Prado, su construcción dio lugar a la creación del paseo de Trajineros, y no se debe confundir con la alcantarilla de encauzamiento del arroyo del Prado que discurría por el otro extremo. La ubicación de este vertedero, considerado por Sabatini muy ventajoso para minorar los costes de la limpieza de los pozos, implicaba varias actuaciones. Por un lado, cerrar la calle con un muro o pared paralela al paseo, y levantar otra pared por la calle de la Redondilla, donde debían habilitarse sus portones, provistos de tejaro, herrajes y guardarruedas de piedra berroqueña. Por otro lado, había que quitar el viejo vertedero, que estaba formado por una losa de piedra que tapaba el recipiente de una mineta que acometía a la

⁷⁴⁶ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 10 de diciembre de 1781.

⁷⁴⁷ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 20 de febrero y del 13 de marzo de 1781.

⁷⁴⁸ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 9 de abril de 1782.

alcantarilla general del Prado, y en su lugar *“colocar una reja grande con su cerco y patillas a media vara de altura, y un barrón atravesado en dos sillares para que sirva de reparo o tope a las ruedas”*. Por último, habría que empedrar todo el corral resultante al levantar las paredes, con los nuevos *“paralelepípedos”*, y sin techarlo para evitar mayores gastos y favorecer su ventilación⁷⁴⁹.

La Junta autorizó las obras, presupuestadas en 7.000 reales de vellón, quedando bajo el control del capitular Antonio Moreno Negrete hasta su conclusión a finales de abril de 1782. En adelante su custodia y sus llaves estuvieron a cargo tanto del visitador general de la limpieza, José Domingo de Molina, como del administrador José Álvarez, con el principal encargo de que todas las mañanas se limpiase el vertedero⁷⁵⁰. Para evitar los malos olores que exhalaba, Sabatini había recomendado que todas las mañanas al concluir los vertidos de las cubas de aguas inmundas se limpiara con dos cubas de aguas limpias del pilón de la fuente de la plaza de San Juan o de otra inmediata, y *“laven y barran bien el vertedero y recipiente haciendo entrar en la alcantarilla general del Prado todo el grueso y líquido, pues de lo contrario, si soplase el aire de poniente, que era muy común, crearía muy mal olor en el paseo del Prado, y si soplara del otro lado el mal olor iría a la calle del Gobernador”*⁷⁵¹.

Huelga decir que la pestilencia fue uno de los grandes inconvenientes y perjuicios que padecieron los vecinos de la Villa durante todo el Antiguo Régimen. Con anterioridad, porque toda la porquería y los desechos orgánicos se arrojaban o depositaban en las calles, mientras que en este momento eran provocados por los cerca de 10.000 pozos que se habían construido, los numerosos vertederos de aguas inmundas que había repartidos por la ciudad y por no pocos sumideros y registros de las alcantarillas y fuentes públicas. Para remediarlo se usaron los métodos y sistemas más llamativos que nos podamos imaginar, como, por ejemplo, el empleado en abril de 1782, cuando el corregidor instó a la Junta a que se usara vinagre y otros

⁷⁴⁹ *Ibídem*.

⁷⁵⁰ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 30 de abril de 1782.

⁷⁵¹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 9 de abril de 1782. En 1788 las quejas de los vecinos eran de los malos olores del vertedero de Leganitos. A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 2 y 16 de septiembre de 1788.

“ingredientes” para evitar los malos olores que se padecían en algunas zonas de la urbe y lugares como la Cárcel de la Villa, recordando, además, las enfermedades e infecciones que se habían producido el año anterior. La Junta acordó usar este remedio durante un mes en la limpieza de los pozos y cloacas para verificar sus efectos y evitar *“las desgracias de los poceros que bajan a ejecutarla, como también para evitar la infección que resulta al vecindario con el tránsito de los carros hasta los vertederos”*⁷⁵². Otros remedios se orientaron a preservar la vida de los poceros u operarios que bajaban a limpiar los pozos, con la generalización de las llamadas máquinas fumigatorias para los sofocados por gases o hundimientos de los pozos⁷⁵³.

A pesar de estos inconvenientes, la administración pública de la limpieza de los pozos parecía funcionar eficazmente e incluso un año después de su puesta en marcha se habían conseguido rebajar notablemente los gastos. Por una representación de los regidores capitulares de los departamentos Alto y Bajo, Antonio Moreno Negrete y Antonio Quijada, a comienzos de diciembre se dio a conocer a la Junta de Propios que el año anterior a la administración pública de la limpieza, los asentistas habían limpiado 1.360.124 pies cúbicos y tres cuartillos de un pie, a un precio de 11,5 maravedís el pie cúbico, resultando un coste para la causa pública de 460.042 reales de vellón y 6 maravedís. Bajo la nueva administración pública, en tan sólo un año de funcionamiento se habían limpiado 1.373.615 pies cúbicos y medio cuartillo de otro pie, como así constaba en las certificaciones de los tenientes José de la Ballina y Ramón Durán, ocasionando un gasto mucho menor de 362.447 reales de vellón y 5 maravedís, en los que además se incluyeron 48.396 reales de vellón y 3 maravedís que hubo que pagar al maestro carretero Manuel Montemayor, por los nuevos carros y enseres que se compraron para mejorar el servicio. Para los capitulares no cabía lugar a dudas, Madrid se había ahorrado 102.158 reales de vellón y 3 maravedís, y, además, se había ampliado el número de carros y cubas⁷⁵⁴.

⁷⁵² A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 11 de abril de 1782.

⁷⁵³ El 15 de unió de 1784 la Junta de Propios y Sisas ordenó que se estableciera una máquina fumigatoria para los sofocados en una botica céntrica de cada uno de los ocho cuarteles de la ciudad. A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 10 septiembre de 1784.

⁷⁵⁴ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 2 de diciembre de 1782.

La buena marcha del servicio y estas noticias tan beneficiosas hicieron que la Junta no tuviera en cuenta las nuevas propuestas y ofertas que le enviaron algunos particulares para hacerse cargo de la limpieza conjunta de las calles por el día y de los pozos por las noches. Es más, las ofertas presentadas por Antonio Conti en julio de 1782, de Fernando Riaño en agosto y de Juan García de la Plaza en noviembre del mismo año, no fueron atendidas hasta el 9 de mayo de 1783 que la Junta decidió elevarlas al Conde de Floridablanca para su valoración⁷⁵⁵. Lo que si valoró positivamente el gobierno es que se pudieran realizar conjuntamente las dos limpiezas, y como la limpieza nocturna de los pozos estaba resultando tan beneficiosa bajo la administración pública, se decidió que la limpieza de diaria de las calles *“se una a la limpieza de noche, y se administren ambas por la Villa durante un quinquenio para que viendo las resultas haya un dato o punto fijo para conocer si los asientos que después se propongan, son o no ventajosos a la causa pública”*. El 10 de junio de 1783 la Junta de Propios y Sisas acordó cumplir lo mandado por esta Real Orden que Floridabalca les había comunicado el 28 de mayo anterior⁷⁵⁶.

Comenzaba así la re-municipalización integral de los servicios de limpieza de la Villa, que salvo los años 1754 a 1755, prácticamente había sido desempeñada por asientos y obligaciones desde su normalización a comienzos del siglo XVII. El 22 de julio de 1783 se comisionó a los regidores capitulares Antonio Moreno Negrete y Agustín de la Cana, junto a los diputados del común Martín de Herrera y Manuel Gabaldón, este último en calidad de personero por sustitución del ordinario, para que teniendo en cuenta los pliegos presentados por los asentistas y los antecedentes sobre la administración pública de la limpieza de las calles, compusieran a la mayor brevedad *“la instrucción o reglamento que deberá observarse en dicha administración”*⁷⁵⁷. Sin embargo, quienes se encargaron realmente de elaborar este reglamento fueron el visitador general de la limpieza, José Domingo de Molina, y su teniente Juan García de Lama. Visto el reglamento en la sesión celebrada el 11 de agosto siguiente, la Junta de

⁷⁵⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 31 de julio, del 23 de agosto y del 5 de noviembre de 1782. A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 9 de mayo de 1783.

⁷⁵⁶ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 10 de junio de 1783.

⁷⁵⁷ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 22 de julio de 1783.

Propios y Sisas acordó aprobarlo, *“dando a dichos señores la más amplia facultad para ponerlo en ejecución, y que con la formalidad correspondiente dispongan se haga la transacción y entrega de todos los enseres y pertrechos que tiene el asentista; para cuyo pago servirá el sobrante del ramo de alumbrado de calles, y el resto del producto del arbitrio de tabernas con calidad de reintegro según se proponía”*. A su vez, se acordó compensar el mayor trabajo y esfuerzo que en adelante tendrían que asumir los regidores capitulares encargados de la administración, así como, el visitador general y su teniente⁷⁵⁸.

El nuevo reglamento de la limpieza conjunta, bajo la administración directa de la Villa, estaba compuesto por 14 artículos o ítems que se terminaron de redactar el 31 de julio de 1783⁷⁵⁹. En el APÉNDICE IX de este trabajo se encuentra reproducido, si bien esbozamos en unos párrafos parte de su contenido por el interés que suscita. No cabe duda que en su elaboración primaron los principios de ahorro, eficacia y pragmatismo, de ahí que se optase por un administrador general único para las dos limpiezas, quien haría una mejor distribución del personal a su cargo y del ganado que empleaban los carros de ambas limpiezas. Junto a éste, habría otros seis administradores, uno por cada uno de los cinco cuarteles de limpieza de la urbe, más otro de noche, encargados de su gobierno económico. Para ello contarían con la asistencia permanente de 3 mozos, con los encargos de tener alimentado y en buen estado el ganado, pertrechados los carros, cubas y enseres, y asistir con urgencia a los incendios y otros trabajos que se les encargase. Los carros y las cubas se guardarían en sus respectivas casas cuartel debiendo estar listas a las horas que comenzaban su labor.

Con respecto a los medios que se emplearían para limpiar, se estipuló que se usaran 30 carros para la recogida diaria de la basura y el barrido de las calles, tirados por una sola mula. Su distribución, por cada uno de los cinco cuarteles, se efectuaría atendiendo al número de calles que tendrían que limpiar las cuadrillas, y se especificó

⁷⁵⁸ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 11 de agosto de 1783.

⁷⁵⁹ A.V.M. Secretaría. 1-29-4.

que los viernes, sábados y domingos, cuando se hacen los vertidos en los muladares de la Ronda Alta, se podrían usar las mulas de gancho o cuerda que fueran precisas. Los carros debían concluir su trabajo a las 13:00 h. para darle el debido descanso a las mulas, con el fin de que si la necesidad lo requiriese poder volverlas a usar en los riegos o en la limpieza nocturna de los pozos⁷⁶⁰.

A la limpieza de las calles seguirían contribuyendo forzosamente los vecinos de la Villa, porque estaban obligados a barrer las delanteras de sus casas bajo la vigilancia de los celadores y la amenaza de las pertinentes multas. Los mismos celadores, junto a los del turno de noche y los sobrestantes o capataces de los carros y cuadrillas de barrenderos debían vigilar y cuidar que todas las tareas se hicieran correctamente y a su debido tiempo. Más aún, cuando el propio reglamento, en su propósito ahorrativo, estipulaba que los trabajadores de la limpieza de noche de los pozos pudieran emplearse por las mañanas en otras labores del ramo, como los empedrados, desaguar pozos de aguas dulces, etc. Se advertía específicamente a los conductores de los carros y a los mozos que les acompañaban, hacer acopio de trapos, papeles y otros objetos, así como de transportar caballerías muertas, materiales de obras y *“otras maulas a las que están acostumbrados”*⁷⁶¹.

El reglamento también aludía a la limpieza específica que ya se venía realizando en la plaza Mayor, el gran mercado y recinto ferial de la urbe, y para lo que se contaba con un gran carretón tirado por dos mulas, propiedad de Madrid, que ya había utilizado el asentista Conti. Igualmente, los 600 ducados que anualmente percibía el asentista de los tenderos como contribución a la limpieza de la plaza, los continuaría percibiendo la Villa, con el compromiso de aumentar los carros durante la Navidad o en la temporada de la venta de frutas. Del mismo modo, se aludía a los riegos que se hacían en los paseos del Prado y de Trajineros, sobre todo durante el verano, debiendo emplearse 30 cubas de agua. Estas cubas se custodiaban y mantenían siempre llenas de agua en los cinco casas cuarteles del ramo por si se producían incendios,

⁷⁶⁰ Ibídem.

⁷⁶¹ Ibídem.

distribuidas equitativamente en invierno. En verano, 14 cubas se custodiaban en la casa cuartel de la calle del Sordo, y el resto proporcionalmente entre las otras cuatro casas cuartel. Con respecto a los muladares, sobre todo durante el invierno que eran menos perjudiciales los malos olores, se permitió que se ubicaran a corta distancia de la Villa, siempre y cuando no estuvieran a la vista del público. Según el reglamento, se verificaba la existencia de un muladar a las afueras de la Puerta de Toledo, contiguo al Portillo de Gilimón, en un solar propiedad de Madrid, dentro de la cerca del *Matadero de las Vacas*. Otro vendría a establecerse junto al Portillo de Valencia, detrás de las casas de *Almagacen del Pescado*, en un sitio erial entre ésta y una tenería, para lo que había que explanar el terreno y cerrarlo con paredes y portones capaces para los carros. Los muladares situados al norte de la ciudad en las proximidades de las Puertas de Santa Bárbara, de los Pozos y del Conde Duque fueron aproximados a la urbe. Así, el de la Puerta de Santa Bárbara, se situó oculto a la vista y detrás de la cabaña de los guardas; el de la Puerta de los Pozos en un solar que acababa de comprar la Villa en una hoyada poco visible, pasada la *Casa de la Artillería*; mientras que el vertedero cercano al portillo del Conde Duque se decidió no trasladarlo hasta encontrar un lugar oportuno⁷⁶². Por último, el reglamento abordaba instrucciones específicas que debían seguirse para la extinción de los incendios, catástrofes o cualquier aflicción pública, así como el personal y los medios que debían emplearse para estos cometidos.

A finales de agosto de 1783 ya funcionaba con normalidad la nueva administración pública del ramo. El cargo de administrador general de las dos limpiezas pasó a desempeñarlo José Álvarez, quien hasta entonces había sido administrador de la limpieza nocturna de los pozos, y quien también se encargaría del gobierno de la casa cuartel de la calle de la Cabeza. Como administrador secundario se nombró a Francisco Delgado, quien debía compaginar su cargo con el de administrador de la casa cuartel de la calle del Sordo. Los otros tres administradores fueron los antiguos sobrestantes de policía Lorenzo Rubio Albarrán, Antonio Escribano y Santiago Posada, respectivamente a cargo de las casas cuartel de las calles de Santa Ana, Buey y de Fuencarral. Con respecto a los celadores, se nombraron dos por cada cuartel, uno

⁷⁶² Ibídem.

para la limpieza diaria y otro para la nocturna de los pozos. Entre estos celadores se encontraban Antonio Jiménez, Antonio Páez e Ignacio Delgado, que lo habían sido de la limpieza de las calles mientras el obligado Antonio Conti estuvo desempeñando el asiento, con el mismo salario de 6 reales diarios. Así mismo, se decidió mantener a los antiguos secretarios que llevaban el papeleo del antiguo asiento con unos honorarios de 2.000 reales anuales. Por último, al obligado Conti se le abonaron 35.129 reales de vellón por sus carros y mulas para que continuaran utilizándolos en el aseo de las calles⁷⁶³.

No habían transcurrido ni dos años cuando en la Junta de Propios y Sisas se dio a conocer que el coste de la limpieza de los pozos, tan sólo del mes de mayo de 1785, había ascendido a 75.494 reales de vellón, *“y que en el supuesto de que cada día iría tomando mayor incremento este gasto, se hacía preciso que la Junta tomase las providencias convenientes a contenerle, pues de lo contrario en breve tiempo sería el sólo capaz de consumir toda la consignación de causa pública”*. Entre los capitulares de la Junta había el convencimiento generalizado de que la construcción de alcantarillas era el único medio que se podía optar para minorar los abultados costes de la limpieza de los pozos. Fue entonces cuando la Junta tuvo presente el oficio que el 21 de diciembre de 1778 se le había pasado a Francisco Sabatini, director de policía, *“para que en el concepto de ser el único medio de liberrar a los caudales públicos de tan considerable –gasto-, la construcción de alcantarillas, informase con sus dos tenientes porque paraje o parajes se podría con más proporción y equidad empezar dichas obras, declarando su coste y las reglas que se deberían observar en su ejecución”*. En la Junta se responsabilizó a Sabatini de no haber atendido este encargo después de siete años, concluyéndose que *“podrá llegar el caso sensible de no poderse atender a tantas limpiezas, como se ofrecieran, si con tiempo no se toman las providencias oportunas a evitarlo”*. En consecuencia, el 30 de junio de 1785 se acordó recordarle a Sabatini lo que se le pidió en 1778, *“manifestándole las críticas circunstancias en que la Junta se halla”*, para que con brevedad lo despache y la junta disponga lo más conveniente⁷⁶⁴.

⁷⁶³ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 28 de agosto de 1783.

⁷⁶⁴ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 30 de junio de 1785.

El 22 de julio siguiente Sabatini respondió a la Junta recordándoles que les había presentado un esbozo de proyecto o plan de alcantarillado que fue remitido al personero del común para que fuera estudiado. Más aún, el arquitecto siciliano, perfecto conocedor de la situación, recordó que la precaria situación económica de la hacienda municipal había impedido valorar su plan a su debido tiempo *“para que en su vista la grande utilidad que se puede seguir al fondo de causa pública de la construcción de estas alcantarillas, beneficie al vecindario por libertarle de las incomodidades que padece en las limpias de sus respectivas casas, y la fetidez que indispensablemente despiden los carros por las calles, y con atención a la escasez de caudales con que se halla Madrid, proponga los medios de que se podrá valer para su ejecución”*⁷⁶⁵. Sin duda, la responsabilidad que había asumido Sabatini como director de policía fue enorme, habida cuenta de las grandes dificultades que se tenían que sortear para conseguir el aseo y ornato de la Villa. Los presupuestos, tan limitados siempre, dejaban poco margen para poner en marcha un plan integral de alcantarillado, a lo que no contribuían los crecientes gastos de las limpias de los pozos. Como veremos en los capítulos siguientes, este círculo vicioso caracterizado por un presupuesto poco dotado, que se consume en gran medida en la limpieza de pozos, dejando poco margen para el desarrollo de la red de alcantarillado, se mantuvo prácticamente invariable hasta la década de 1820. Esto es, durante lo que restaba del Antiguo Régimen la construcción de alcantarillas dependió de no pocos esfuerzos extraordinarios y malabarismos financieros.

Dos años después la situación no había cambiado mucho, pese a que Madrid ya contaba con una red de 11 alcantarillas generales con una veintena de ramales. Francamente, eran muy pocas alcantarillas para una ciudad densamente poblada de 800 hectáreas de superficie, y, además, tres de estas alcantarillas realmente formaban una gran alcantarilla que comunicaba la plaza de las Cuatro Calles –plaza de Canalejas– con su vertedero en el río Manzanares, atravesando la Carrera de San Jerónimo, la Puerta del Sol y la calle del Arenal; mientras que otras dos alcantarillas generales constituían un colector muy largo que se extendía por prácticamente toda la periferia

⁷⁶⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 3 de agosto de 1785.

este de la ciudad. Así, el 24 de marzo de 1787 la Junta de Propios y Sisas volvió a llamar la atención sobre los enormes gastos que ocasionaba la limpieza de pozos, *“considerando ser preciso tomar providencia que atajen y minoren tan crecidos gastos pues de lo contrario sólo ellos consumirán en breve toda la consignación de causa pública”*. Fue entonces cuando implícitamente se empezó a reconocer el fracaso de la administración pública de la limpieza conjunta, y se volvió a valorar la posibilidad de que de nuevo se llevaran por asiento⁷⁶⁶.

Por su parte Sabatini y sus tenientes informaron a la Junta de los pozos que se podían ir introduciendo en las alcantarillas ejecutadas y en funcionamiento, como eran las de Lavapiés, Arenal y Segovia y de otras antiguas, como la de la Cava Baja de San Francisco, y propuso la construcción de numerosos ramales de alcantarillas con el propósito de ir acometiendo a todas ellas los pozos de las aguas mayores y menores de las casas⁷⁶⁷. Estas propuestas fueron seguidas con mucha predisposición por parte de la Junta, que mandó hacer la correspondiente certificación al visitador general de la limpieza, José Domingo Molina, de la relación de los pozos que se podían ir introduciendo en las alcantarillas. Seguidamente, se pidió al corregidor que dictase un auto obligando a los dueños de las casas que expresaba la citada relación a acometer sus pozos a las alcantarillas, mediante la construcción de sus correspondientes atarjeas que debían pagar a su costa, *“señalándoles para ello un término perentorio, con apercibimiento de que sin más plazo ni citación se practicará todo de oficio a costa de los morosos procediendo a ello con embargo de alquileres, y encargando a los escribanos comisionados procedan en el asunto con la mayor actividad”*⁷⁶⁸. Además de

⁷⁶⁶ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 24 de marzo de 1787.

⁷⁶⁷ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 12 de mayo de 1787. Según el informe de Sabatini, conforme lo habían dictaminado sus tenientes José de la Ballina y Ramón Durán después de haber reconocido las calles y minas, no se encontraba reparo en la introducción de los pozos que se indicaban –no consta– en la Mina de la calle de Lavapiés tratándolo previamente con el prelado o comunidad de Mercenarios calzados. También se podrían introducir en la alcantarilla del Arenal los pozos que acometerían a los dos ramales que proponía construir en las de las Hileras y la Zarza, al igual que los pozos de la casa de Alfaro –Palacio del Cordón– que se podían introducir en la alcantarilla de la calle de Segovia. Los pozos de las calles de la Cava Alta y Baja con los demás que indicaba el visitador general Molina, también consideraba que se podían introducir en el nuevo ramal de mina que proponía el referido visitador general, dándole comunicación a la de Segovia pero sin recibir las aguas llovedizas, ni tampoco entrar en las de esta calle las que bajaban por la Cuesta de los Ciegos.

⁷⁶⁸ *Ibidem*.

estos apercibimientos, se tomaron otras providencias que, paradójicamente, fueron contrarias a los principios ilustrados que habían servido para cambiar los malos hábitos y comportamientos higiénicos de los vecinos. En virtud de una representación de los regidores comisarios Moreno Negrete y Quijada, y con el propósito de evitar las frecuentes limpiezas de los pozos que se aumentaban a comienzos del verano, con la época del baño generalizado de los madrileños, la Junta pidió al corregidor que se dictase un Bando que prohibiría arrojar en los pozos el agua de los referidos baños, y en su lugar se permitiera su vertido en las calles, previa autorización de los regidores comisarios⁷⁶⁹.

A comienzos de octubre de 1787 se habían conseguido acometer o introducir en las alcantarillas un total de 283 pozos, de los que 193 se encontraban en el departamento Alto y 90 en el departamento Bajo. Ante la gravedad del asunto, el fiscal del Consejo de Castilla había ordenado que se habilitasen los caudales necesarios para proceder a la construcción y reparación de alcantarillas y nuevos ramales. Por su parte los regidores comisarios Moreno Negrete y Quijada dieron cuenta de los progresos que se estaban haciendo en la construcción de alcantarillas, de los pozos que se habían introducido en las mismas y de los que podrían hacerlo en poco tiempo, conforme a las indicaciones que iba dando Sabatini y sus tenientes⁷⁷⁰. Pero no hay que olvidar que

⁷⁶⁹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 27 de junio de 1787.

⁷⁷⁰ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 5 de octubre de 1787. El informe de los regidores comisarios Moreno Negrete y Quijada, del 4 de octubre de 1787, fue realizado como respuesta a la sugerencia había hecho Sabatini el 3 de mayo anterior, vista en la Junta el 12 de mayo siguiente, sobre la introducción que se podría hacer de diferentes pozos en las alcantarillas Real de Lavapiés, construida por la comunidad de Mercenarios calzados; en la del Arenal y sus ramales de las calles de las Hileras y Zarza; y Cava Baja y Cava Alta a la de Segovia. Manifestando dichos comisarios sobre ésta última, que enterados de la orden del Fiscal del Consejo habilitando caudales para su reparación y encargando al mismo tiempo el cuidado de los pozos que se debían introducir en ella les parecía que se diesen las órdenes oportunas a los tenientes Ballina y Durán. Además, recordaban que se debía tener presente el expediente que pendía en justicia por la escribanía del número de Santiago Estepar, sobre introducir la casa cuartel de la plazuela de la Cebada en la referida alcantarilla de la Cava Baja. Que por lo tocante a la que se estaba construyendo por la Puerta del Sol hasta la esquina de las Cuatro Calles, que quedaría concluida entrado el mismo mes de octubre, ya se habían introducido algunos pozos en ella, manifestando al mismo tiempo los que faltaban y la providencia que se debía tomar para que lo ejecutasen, a fin de evitar los gastos de la limpieza, siendo una de estas casas la Inclusa. Ignoraban si el corregidor había dado auto de ello al juez protector de la Inclusa para la construcción de la tajea. Con respecto al ramal de mina de la calle de Hileras se estaba ejecutando con anuencia de los dueños de las casas que se han de introducir. Que por lo tocante a la alcantarilla de Lavapiés, por autos del corregidor ya se habían introducido las aguas de 11 pozos, estando pendientes

Madrid tenía entonces cerca de 10.000 pozos de aguas mayores y menores, y no pocos sumideros. El 18 de septiembre de 1788, tres meses antes de la muerte de Carlos III, la Junta de Propios y Sisas reconoció que su principal prioridad era *“la construcción de alcantarillas maestras que den salida a las aguas de las casas para conseguir por este único medio (pues no se ha encontrado otro) la mejor limpieza de la Corte y evitar considerable y excesivo gasto a que asciende la de los pozos de las inmundas que se acerca a 100.000 reales cada mes y en algunos ha pasado de esta cantidad, originando de la frecuencia con que se llenan todos”*⁷⁷¹. La dotación de causa pública para estos menesteres no cubría siquiera los gastos para efectuar las limpiezas de seis meses. De hecho, el montante del arbitrio de tabernas que estaba asignado para sufragar estos gastos había arrojado un saldo de tan sólo 509.876 reales de vellón en el ejercicio de 1786 a 1787⁷⁷². Teniendo en cuenta estos datos nos podemos hacer una idea del coste de la herencia que recibió Madrid del intervencionismo carlotercista, así como de la tremenda labor que se tuvo que hacer en las décadas siguientes, bajo un contexto de enormes dificultades presupuestarias y de continuos problemas ocasionados por los pozos negros.

todavía 20 según lo referían las certificaciones de los celadores de los departamentos Lorenzo Rubio Albarrán y Miguel de Aspe, a quienes convenía se les volviera a notificar, aunque teniendo en cuenta que algunos dueños habían representado a la junta los inconvenientes de hacer las atajeas ya que estando a virtud de providencia de la junta, y que incluso para facilitar las limpiezas habían hecho buzones en la cubierta de los pozos.

⁷⁷¹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 18 de septiembre de 1788.

⁷⁷² A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 2 de diciembre de 1788.

TERCERA PARTE. LA RED DE ALCANTARILLADO DEL ANTIGUO RÉGIMEN.

CAPÍTULO 10. LA CONSTRUCCIÓN DEL ALCANTARILLADO DURANTE EL REINADO DE CARLOS III (1761-1788).

La *Instrucción de Sabatini* de 1761 había considerado la construcción de pozos negros como una medida “*provisional ínterin se verificaba el principal y gran proyecto de alcantarillas en todas las calles de esta corte*”, lo que finalmente se mandó ejecutar por diferentes reales órdenes dadas por Carlos III a partir del 13 de octubre de 1762, cuando se mandó construir las dos alcantarillas de la calle de Segovia⁷⁷³.

En efecto, de 1762 datan las primeras noticias disponibles en las fuentes documentales de archivo sobre el proceso de construcción de las nuevas alcantarillas, ya que hasta este momento, y salvo la que fue construida a comienzos del siglo XVIII en la huerta de los monjes de San Francisco el Grande, las únicas que funcionaban desde la centuria anterior, eran la de los Caños del Peral, la de Leganitos y la de la Cava Baja de San Francisco. Con anterioridad a la redacción de este trabajo no se contaba con datos fidedignos de las alcantarillas construidas durante el reinado de Carlos III, ni del número de las que funcionaban, ni sus nombres, ni donde se encontraban..., todo lo más suposiciones, testimonios de viajeros y embajadores, informaciones sesgadas o interpretaciones de cronistas, junto con algunas referencias indirectas de otras fuentes documentales que no impidieron aseverar que, efectivamente, la ciudad había mejorado notablemente sus condiciones higiénico sanitarias. No deja de sorprender que un tema tan importante como éste no se haya estudiado minuciosamente, habida cuenta de la fascinación que supone para no pocos historiadores el reinado de Carlos III y su incidencia en la ciudad de Madrid⁷⁷⁴.

Gracias a la abundante documentación que se conserva en el Archivo de la Villa de Madrid y de algunos legajos del Archivo Histórico Nacional se puede concluir que, al finalizar el reinado de Carlos III, se habían construido en Madrid 7 alcantarillas o *minas*

⁷⁷³ A.H.N. Consejos. Leg. 9.427. Exp. “*Alcantarilla de la calle de Segovia*”.

⁷⁷⁴ La única publicación que existe hasta el momento sobre el alcantarillado en Madrid durante el reinado de Carlos III, es parte de este trabajo que se publicó en 2014. Pinto Crespo, V., Gili Ruiz, R., Velasco Medina, F. *Historia del Saneamiento de Madrid*. Fundación Canal de Isabel II. Madrid, 2014.

generales, dos pequeñas alcantarillas aisladas y al menos 25 ramales que vertían a éstas o a las alcantarillas preexistentes⁷⁷⁵. Sumadas a las 4 alcantarillas existentes, que también fueron reparadas, modificadas y ampliadas, tras la muerte de Carlos III, el 14 de diciembre de 1788, Madrid contaba ya con 11 minas generales a las que en adelante acometerían numerosos ramales y se sumarían otras nuevas hasta culminar la primera red de alcantarillado que tuvo Madrid, a comienzos de la década de 1830.

Las alcantarillas o minas generales construidas entre 1764 y 1788 fueron:

1. **Alcantarilla de la calle de Segovia** (1764). Realmente estaba compuesta por dos alcantarillas de modestas dimensiones, una por cada acera de la calle con el propósito de poder recoger también las aguas que bajaban desde San Andrés y su vertiente opuesta. El trazado de ambas comenzaba frente a la Iglesia parroquial de San Pedro el Real y concluía pasada la Puerta de Segovia, desde donde se dirigía a cielo abierto a desaguar al río Manzanares, junto a los estribos del Puente de Segovia. A la alcantarilla de la acera meridional de la calle de Segovia vino a desaguar, por la Cuesta de los Ciegos, la antigua alcantarilla de la Cava Baja de San Francisco.
2. **Mina Real de Lavapiés** (1764). Fue construida y sufragada por la comunidad de monjes mercedarios calzados y posteriormente comprada por Madrid. Comenzaba en la calle de los Remedios, en el mismo Convento de la Merced

⁷⁷⁵ Contrariamente a lo que sostuvo Blasco Esquivías, B., en *¡Agua va! La higiene urbana en Madrid (1561-1761)*. Madrid, Caja Madrid, 1998, nota 138 de la página 113, para las averiguaciones de las alcantarillas que se hicieron en la Villa entre los siglos XVII y XIX ha sido imprescindible y determinante vaciar los expedientes referenciados en los libros XLII y XLIII del Índice General del Archivo de la Secretaría, del Archivo de la Villa de Madrid. De los expedientes estudiados y analizados, sin entrar en los pormenores de cada una de las alcantarillas que analizaremos más adelante, son de gran importancia A.V.M. Secretaría 1-25-13, 4-295-7, 4-225-10, 4-295-8, 4-295-9, 1-87-51, 4-295-11, 4-295-12, 4-420-75, 4-295-32, 4-295-2, 4-295-13, 1-36-26, 1-86-38, 4-295-34 y 4-295-36. También del Archivo de la Villa de Madrid, son imprescindibles para el estudio del alcantarillado el Libro de Acuerdos de la Nueva Junta de Policía de Madrid (1765-1781) y los Libros de Acuerdos de la Junta de Propios y Sisas entre los años 1769 y 1788. Del Archivo Histórico Nacional, sección Consejos, los legajos 9.426 y 9.427. Para algunos detalles de la alcantarilla general del Prado o del paseo de Trajineros, y de la alcantarilla de encauzamiento del arroyo del Prado (Paseo del Prado); también se ha consultado Lopezo Aparicio, C. *El Paseo del Prado de Madrid. Arquitectura y desarrollo urbano en los siglos XVII y XVIII*. Madrid, Fundación de Apoyo a la Historia del Arte Hispánico, 2005. Pp. 213, 222, 233 y 235.

(hoy plaza de Tirso de Molina) y discurría por toda la calle de Lavapiés, cruzando su plaza homónima, hasta llegar a las inmediaciones del portillo de Valencia, donde vertía a cielo abierto al campo, en el llamado Barranco de Lavapiés, rebasada la cerca.

3. **Alcantarillas de la Ribera de Curtidores y de la calle del Peñón (1765-1766).**

Estas alcantarillas tenían la función de evacuar las aguas de los pozos de sus respectivas calles y de sus zonas aledañas, en la que abundaban las tenerías y otras instalaciones afines como el matadero del Cerrillo del Rastro. La de la Ribera de Curtidores era la más importante, comenzaba su trazado en la plaza del Rastro, a la altura de la calle de la Ruda, y discurría por toda la Ribera de Curtidores hasta verter a cielo abierto al campo, rebasado el resguardo o cerca fiscal de la Villa, en las proximidades de las calles de Mirael sol y de la Huerta del Bayo. La alcantarilla de la calle del Peñón era más modesta que la anterior, su trazado discurría por parte de esta calle, entre la calle del Carnero y el campo, donde rebasada la cerca de la Villa vertía sus aguas inmundas a cielo abierto en los barrancos colindantes.

4. **Alcantarilla de la calle del Arenal (1767-1769).** Fue construida por iniciativa particular de los vecinos de la calle. Su trazado iba desde las casas del marqués de Montealegre, que se encontraban a la altura de la antigua calle de la Zarza, hasta el puentecillo que, ubicado a la altura de la calle de las Fuentes, delimitaba la depresión o pequeño barranco con el que lindaba la plaza de los Caños del Peral, y donde, desde la centuria anterior, se encontraba el vertedero de la antigua alcantarilla de los Caños del Peral. Las aguas de la alcantarilla del Arenal vertían a través de ésta al río Manzanares, en las proximidades de la Puerta de San Vicente. En consecuencia, a la alcantarilla de los Caños del Peral vertían tanto la del Arenal como la antigua de Leganitos.

5. **Alcantarilla General del Prado o del Paseo de Trajineros (1775-1778).** No hay que confundirla con la alcantarilla de encauzamiento del arroyo del Prado. Fue

construida en la parte occidental del Paseo del Prado, en el lado opuesto al Real Sitio del Buen Retiro, colindante con el caserío que se asomaba al paseo, siendo parte de su proyecto de reforma integral, lo que dio lugar a la creación del nuevo paseo de Trajineros, pues su trazado iba por debajo de éste. Iniciaba en la intersección de la calle de Alcalá y desaguaba a cielo abierto al campo junto a la Puerta de Atocha, buscando las aguas del Carcabón.

6. **Mina Real del Barquillo** (1782-1784). Comenzaba en la calle de Fuencarral, junto al Real Hospicio de San Fernando, desarrollando su trazado por la calle de San Benito -hoy Beneficencia-, calle de la Florida –actualmente de Mejía Lequerica y Fernando VI- y tomar toda la calle Real del Barquillo hasta la de Alcalá, desde donde se dirigía a unirse con la alcantarilla General del Prado o de Trajineros, a verter sus aguas en las cercanías de la Puerta de Atocha al campo.
7. **Alcantarilla de las Cuatro Calles a la Puerta del Sol y a la del Arenal** (1785-1786). Vino a continuar la alcantarilla de la calle del Arenal, iniciando su trazado en las llamadas Cuatro Calles –hoy plaza de Canalejas-, pasando por la plaza de la Puerta del Sol hasta unirse con la alcantarilla del Arenal, y, en consecuencia, también vertía sus aguas en el río Manzanares a través de la vieja alcantarilla de los Caños del Peral.

Junto a estas alcantarillas generales también se construyeron otras dos alcantarillas de trazados pequeños y modestas dimensiones cuyas aguas iban a verter al campo y fueron:

- **Alcantarilla del Duque de Berwick.** Construida con el propósito de evacuar las aguas de la huerta, jardines y palacio de Liria. Su trazado iba por debajo de la calle del Arroyo, atravesaba la calle de San Joaquín y se introducía en la posesión del Príncipe Pío, donde ya a cielo abierto creaba un arroyo serpenteante que iba a desaguar en el tramo de la alcantarilla de Leganitos, que también atravesaba a cielo abierto la referida posesión (1771).

- **Alcantarilla de la calle del Rosario.** Construida para dar salida a las aguas sucias del cuartel de la calle del Rosario, que había ocupado la Guardia Chamberga y entonces lo ocupaba el Regimiento de Sevilla, y de sus casas colindantes. Discurría por la calle del Rosario y sus aguas iban a verter directamente al campo tras rebasar la cerca de la Villa (1787).

Los ramales construidos en el mismo periodo fueron:

- El de la costanilla o bajada a los Caños del Peral a acometer a la antigua alcantarilla de los Caños del Peral (1764-1765).
- El de la calle Rodas a acometer en la alcantarilla de la Ribera de Curtidores (1766-1767).
- Los de las calles de Postas y Esparteros, conectados con la alcantarilla de la calle del Arenal (1769).
- El de la calle de la Cabeza, también conocido como el del palacio del marqués de Perales, a conectar con la Mina Real de Lavapiés (1769).
- El del Oratorio de San Fermín de los Navarros y de la casa del Marqués de San Nicolás a verter en el arroyuelo del Prado (1769), para acometer finalmente a la Alcantarilla General del Prado después de su construcción en 1778.
- El del Convento de Capuchinos del Prado, por la calle de San Agustín, que en principio enlazaba con el albañal del Prado de San Jerónimo, atravesando la medianería del Palacio de Medinaceli y del Convento de Jesús Nazareno (1769-1771), y a partir de 1778 vino a verter sus aguas a la nueva alcantarilla General del Prado.

- El de la calle del Rollo y de la plaza de San Javier que conectaba con la alcantarilla de la calle de Segovia (1771-1772).
- El de la antigua calle del Estudio –hoy de la Villa-, también llamado de las monjas del Convento del Sacramento, que vertía a la alcantarilla de la calle de Segovia (1776-1787).
- El de la plaza de Santa Catalina de los Donados (1777-1778) que conectaba con la alcantarilla de la calle del Arenal, construido por iniciativa del Colegio de Santa Catalina de los Donados y del vecino Pedro Pérez Valiente.
- El de la Real Fábrica del Salitre a verter a la Mina Real de Lavapiés (1781).
- El de la calle de los Tintes que conectaba con la alcantarilla de la calle del Arenal; y los ramales de las calles del Mesón de Paños, Bonetillo y Costanilla de Santiago y plaza de Herradores que desaguaban en el referido ramal de la calle de los Tintes (1785-1786).
- El del Convento de Capuchinas o de la calle de San Bernardino, por la calle de San Joaquín, desaguaba en la antigua alcantarilla de Leganitos (1787).
- El de las Casas de Alfaro, conocidas hoy como Palacio del Cordón, que acometía a la alcantarilla de la calle de Segovia (1787).
- El de la calle de las Hileras, que estaba conectado con la alcantarilla de la calle del Arenal (1787).

- El del Real Pósito situado al comienzo del Paseo de Recoletos, vertía en la alcantarilla de encauzamiento del arroyo del Prado (1787).
- El de la calle de Carretas, que llegaba hasta la plaza del Ángel, y acometería a la alcantarilla de la calle del Arenal, plaza de Puerta del Sol y de las Cuatro Calles. Se proyectó en 1785 pero sus obras no se iniciaron hasta 1799.
- El del Convento de los Trinitarios Calzados, que vertía en la Mina Real de Lavapiés por la calle de los Remedios (1788).
- El de la costanilla de Santa Teresa y del Cuartel de la Guardia Valona a acometer en la Mina Real del Barquillo (1788).
- La concatenación de los ramales de las calles del Caballero de Gracia, de las Torres, San Jorge, Infantas, Reina, Clavel y San Bartolomé, que vertían en la alcantarilla Real del Barquillo (1788-1789).

Otras alcantarillas comenzaron a construirse en los años finales del reinado de Carlos III, materializándose y entrando en funcionamiento a comienzos del reinado de su hijo Carlos IV. Este fue el caso de la alcantarilla de la calle de Embajadores y de la Real Fábrica de Aguardientes, Naipes, Papel Sellado y Efectos Plomizos. De hecho, su construcción se debió a que el arquitecto Manuel de la Ballina no pudo iniciar las obras de esta Real Fábrica, ya proyectadas y aprobadas por Carlos III, porque su emplazamiento, junto al Portillo de Embajadores, sobre la antigua huerta del Convento de San Cayetano, estaba justo delante del arroyo o albañal por el que se evacuaban las aguas sucias y residuales de aquella barriada. El arquitecto Manuel de la Ballina solicitó entonces que el referido arroyo se alcantarillase o se terraplenase, según conviniera, para lo que pidió que el reputado maestro de obras Ventura Rodríguez reconociese el lugar y diera su dictamen. Ventura comprobó que efectivamente la fachada principal de la nueva Real Fábrica daba al arroyo, más bien, caía sobre él, puesto que se había

proyectado en línea con la fachada del vecino colegio de Niñas de la Paz. Concluyó apoyando la necesidad de hacer una alcantarilla para evitar el peligro a las gentes que entraban y salían por el portillo, puesto que quedaba muy cerca el barranco del arroyo, además de permitir que la Real Fábrica pudiera tener su *“correspondiente uso”* y la calle de Embajadores su debido ornato. Con más detalle argumentó que la alcantarilla *“debía ser construida por entero de cuenta del público, pero que como la construcción de este edificio y su situación facilitaba que el cimientó de su fachada principal pueda ser también pared de uno de los costados del conducto o alcantarilla de dichas aguas dejando entre zócalo o zarpa la imposta para la bóveda que la ha de cubrir en el área de la calle, resultaba quedar hecha desde luego la pared de uno de dichos costados, que en rigor de justicia la causa pública debía satisfacer a la fábrica de la nominada casa (a proporción solamente de lo que sea necesario para el conducto y no de lo que haya menester la fachada), costeando también la misma causa pública lo restante a perfeccionar la alcantarilla”*. El 27 de mayo de 1784 la Junta acordó que Ventura Rodríguez valorase el coste de estas obras que tendría que satisfacer la causa pública y que se diera cuenta a través del corregidor a Rosendo Saenz, director de rentas, *“que desde luego puede darse principio a la obra, pidiéndole se costee del mismo fondo que las de la Real Hacienda, quedando Madrid pronto a satisfacer concluida que sea la parte que le corresponda”*⁷⁷⁶. La dificultad de la Real Hacienda para hacerse con todos los solares que requería la Real Fábrica y de las mismas obras, por la envergadura del edificio, dilataron su construcción hasta 1792.

A toda esta labor constructiva de alcantarillas y ramales hay que añadir la no menos importante intervención urbanística que conllevó el encauzamiento del arroyo del Prado. En primer lugar, mediante la construcción de un badén de sillería de sección regular y uniforme, y, en segundo lugar, mediante la construcción de una alcantarilla que soterró ordenada y definitivamente las aguas del arroyo. Esta alcantarilla de encauzamiento comenzaba en el Real Jardín Botánico yendo su trazado por debajo de todo el recorrido de la verja que asomaba al Prado. Enlazaba con la alcantarilla que a finales del siglo XVII se había construido en el Carcabón para dar

⁷⁷⁶ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 27 de mayo de 1784.

salida a las aguas del arroyo y evitar la anegación de la Puerta de Atocha, y se prolongaría hacia el norte del paseo durante la última década del reinado de Carlos III y los primeros años del de Carlos IV, hasta finalizar, en una primera fase, en las inmediaciones de la Fuente de la Cibeles. Reinando Fernando VII su trazado se prolongó hasta alcanzar la Puerta de Recoletos.

También se proyectaron y empezaron a construir otras alcantarillas que se tuvieron que paralizar y posponer forzosamente por la falta de presupuesto, la aparición de dificultades técnicas o por estar supeditadas a la materialización de otras alcantarillas o actuaciones urbanísticas consideradas más prioritarias y necesarias. Este fue el caso de la alcantarilla de la calle del Mesón de Paredes, que en agosto de 1764 se intentó construir por iniciativa de algunos de los vecinos de esta calle, con el fin de evitar tener que construir los pozos en el interior de sus casas y para lo que habían propuesto seguir las mismas pautas que Sabatini empleó en la construcción de las alcantarillas de la calle de Segovia. El propio Sabatini se negó a emprender las obras de esta alcantarilla y apremió a que se construyeran los pozos de las casas de la calle⁷⁷⁷. Algo similar ocurrió con la alcantarilla que quiso construir en 1784 el Hospital de San Pedro de presbíteros naturales de Madrid, en la calle de la Torrecilla del Leal⁷⁷⁸. También fue el caso de los ramales de la calle de Bordadores y el portal de Manguiteros, cuyos trámites para su construcción comenzaron en noviembre de 1788, por la iniciativa particular de la Real Congregación del Oratorio de San Felipe Neri, y de otros tres vecinos que tenían sus casas en estas calles⁷⁷⁹. Tres cuartos de lo mismo ocurrió con motivo de la construcción del nuevo palacio del conde de Altamira y marqués de Astorga en la calle de la Flor Alta, que pidió infructuosamente que le dejaran verter sus aguas al conducto de las llovedizas de la referida calle de la Flor Alta, que iba a desaguar al albañal de la calle de San Bernardo⁷⁸⁰. El mismo fracaso se produjo con la tentativa de prolongación, a comienzos de 1788, del ramal de la calle de

⁷⁷⁷ A.H.N. Consejos, Legajo 9.427. Exp.: *"Alcantarilla de la calle del Mesón de Paredes"*.

⁷⁷⁸ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 10 de septiembre de 1784.

⁷⁷⁹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 11 de noviembre de 1788.

⁷⁸⁰ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 24 de julio de 1788.

San Bernardino o del Convento de las Capuchinas, construido apenas un año antes para verter las aguas de dicho convento a la alcantarilla de Leganitos. Se pretendía prolongar por toda la calle de San Bernardino, teniendo como principal valedor al conde de Superunda, quien recientemente se había construido un hermoso palacio en la misma calle, haciendo esquina a la calle del Limón, posteriormente habitado por los marqueses de Santa Cruz. Sabatini informó que estas obras tendrían un coste de 70.000 reales de vellón por *“por deberse componer de seiscientos setenta pies de línea desde la enfermería del nominado convento de Capuchinas hasta los últimos pozos que se hallan cerca de la plazuela de Afligidos”*. Se acordó *“que mediante no hallarse esta Junta con disposición de emprender la obra que se propone, se tenga presente para cuando lo haya”*⁷⁸¹.

Pero la tentativa frustrada más importante fue la de las alcantarillas de las calles de Huertas, Santa María, San Juan, Costanilla de los Desamparados, Fúcares y Berenjena, todas ellas situadas en el barrio de las Letras, mandadas construir por Real Orden comunicada a la Junta de Policía Urbana el 31 de agosto de 1765. A comienzos de abril de 1766 Sabatini ya había proyectado estas alcantarillas, con el propósito de que las aguas inmundas de los pozos fueran a parar al Prado. Según el arquitecto siciliano, los dueños de las casas debían pagar menos que en la alcantarilla de la calle de Segovia, es decir, tan sólo las dos terceras partes de su coste y Madrid la tercera parte restante, porque *“no parece justo se les grave con el todo de ellas cuando ya sufrieron los dispendios de las obras que hicieron por la nueva limpieza, y por esta razón deberá costear la causa pública una tercera parte del importe de estas nuevas obras”*⁷⁸². El 2 de septiembre de 1766 se acordó subastar públicamente estas obras, pero los informes del maestro fontanero de la Villa, Andrés Rodríguez, apuntando los riesgos y las debidas precauciones que se debían tomar por la existencia en el subsuelo de no pocas secciones de la mina del viaje de agua del Bajo Abroñigal, provocaron la suspensión cautelar de las obras⁷⁸³. A finales de enero la Junta volvió a concertar la

⁷⁸¹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 5 de enero y del 3 de abril de 1788.

⁷⁸² A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 15 de abril de 1776.

⁷⁸³ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 2 y 16 de septiembre, 7 de octubre

subasta pública de las obras, adaptadas a las nuevas exigencias técnicas del subsuelo. Tras varios meses de negociaciones con los interesados, de cambios en los pliegos técnicos y de rebajas en los precios, el 9 de abril de 1767, las obras se adjudicaron a Doménico Bosqueti y Francesco Porta, avalados por el maestro de obras Giovanni Tami, arquitectos italianos que habían estado trabajando en la construcción del Palacio Real⁷⁸⁴. Para vigilar que estas alcantarillas se hicieran con solidez y firmeza, empleando buenos materiales, fue nombrado como sobrestante Agustín Naranjo, con salario de 12 reales diarios⁷⁸⁵. Apenas 3 meses después, el 14 de julio siguiente se mandaron parar las obras, los tenientes de Sabatini tasaron lo ejecutado hasta el momento por los contratistas para su correspondiente abono, y se ordenó rellenar y macizar las zanjás que se habían abierto⁷⁸⁶.

La paralización de estas alcantarillas no sólo estuvo motivada por la existencia en la zona de la mina del viaje de agua del Bajo Abroñigal, sino por el extraordinario volumen de vertidos que podían acabar en el Paseo del Prado, creando un arroyo de aguas fecales. Esto contrastaba fatalmente con los deseos del rey de adecentar el Prado Viejo, que, precisamente, en este mismo momento, había comenzado su reforma integral el ingeniero José de Hermosilla y Sandoval. Pero además, fue necesario que Ventura Rodríguez proyectara y se construyera la Alcantarilla General del Prado (1775-1777) con el propósito no sólo de canalizar las aguas inmundas que surcaban el paseo entre la calle de Alcalá y la Puerta de Atocha, sino también, con la finalidad de facilitar el desagüe o acometida a ésta de futuras alcantarillas y ramales que bajaban entre las cuencas del Prado, Huertas y Atocha. Esta falta de coordinación o de concatenación de órdenes opuestas, denota que la Villa de Madrid carecía de un plan general bien racionalizado y organizado no sólo de alcantarillado, sino también, de reforma interior de la urbe, habida cuenta del calado y volumen de las intervenciones urbanísticas que se estaban ejecutando.

y 11 de noviembre de 1766.

⁷⁸⁴ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 28 de enero, 17 de febrero, 17 de marzo, y del 7 y 9 de abril de 1767.

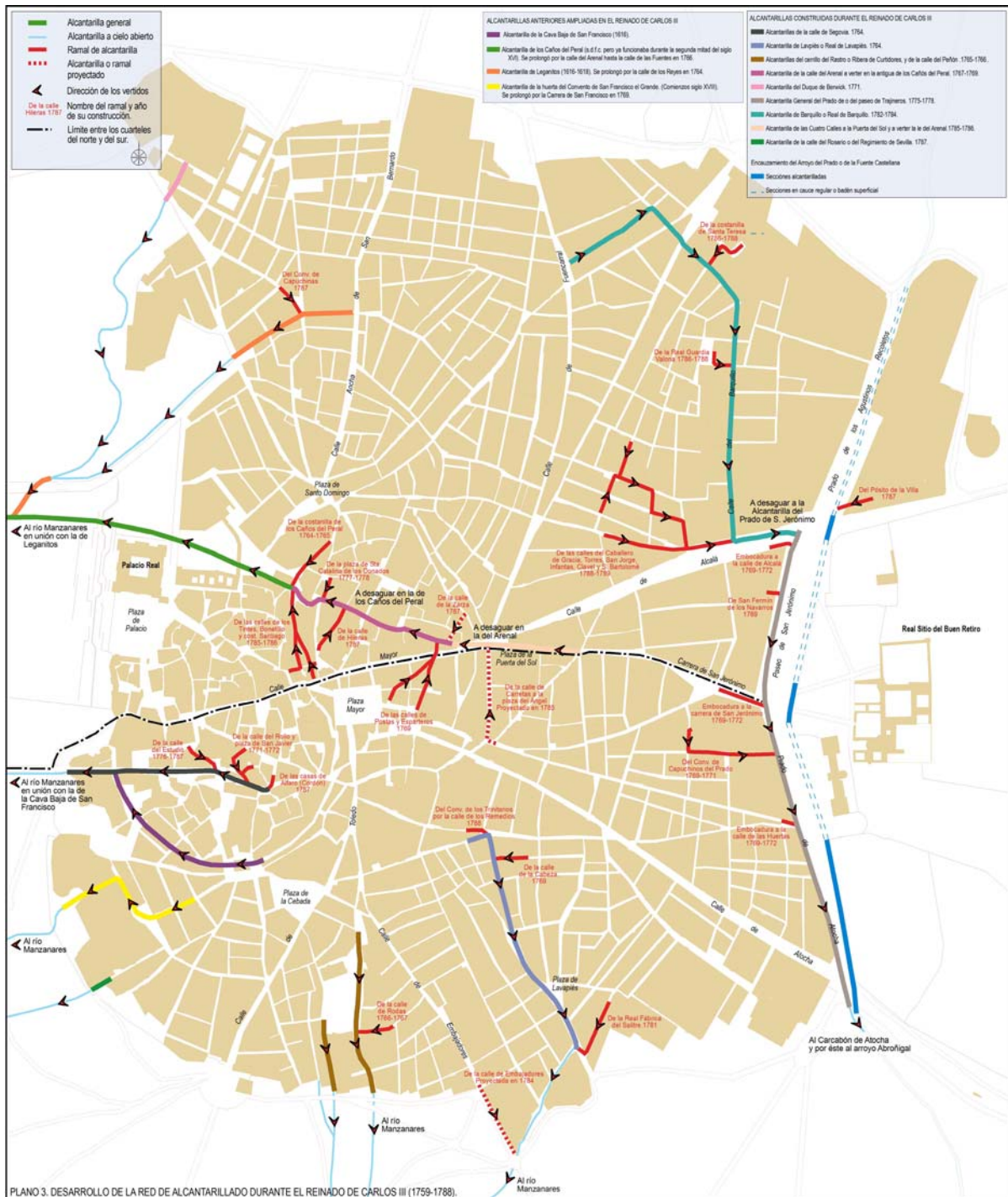
⁷⁸⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 5 y 12 de mayo de 1767.

⁷⁸⁶ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 14 de julio de 1767.

Al menos, en la construcción de todas estas alcantarillas y ramales se tuvo en cuenta la existencia de las antiguas minas y las condiciones orográficas del solar de la Villa. Buena parte de las minas generales discurrían por debajo del lecho de los antiguos cauces asociados a las cuencas hidrográficas del casco viejo, o como prolongación de éstos, reforzando una tendencia que se había iniciado en la centuria anterior, cuando se construyeron las alcantarillas de los Caños del Peral y de Leganitos. Su objetivo fundamental consistió en la recogida eficaz de las aguas pluviales y residuales de sus vertientes colindantes, necesarias también para el funcionamiento de los colectores, junto con las aguas mayores procedentes de los pozos negros y las menores de los canalones ubicados en las edificaciones aledañas, a través de sumideros o de pequeñas acometidas o atarjeas. Pero a diferencia del periodo anterior, se hizo un importante despliegue constructivo tratando de que no quedaran los antiguos arroyos de las cuencas hidrográficas sin encauzar o zonas de la urbe donde no pudieran verter las aguas o acometer futuras alcantarillas o ramales.

Así, se trató de facilitar la evacuación de las aguas mayores, eliminar los numerosos pozos negros que se habían construido en tan poco tiempo y minorar los costes de la limpieza de las calles y de los referidos pozos. En la zona sur de la ciudad se construyeron las alcantarillas de la Ribera de Curtidores y de Lavapiés, que se sumaban a la de la Huerta del Convento de San Francisco el Grande. Ya en los primeros años del reinado de Carlos IV se irían completando las alcantarillas de las zonas aledañas a las calles de Toledo y Atocha, para dotar con suficientes minas generales el área más meridional de la ciudad. En la zona occidental, a las alcantarillas existentes de Leganitos, Caños del Peral y Cava Baja se unieron las de Segovia y del Arenal para verter sus aguas en el río Manzanares. Uno de los objetivos de estas nuevas alcantarillas fue conseguir que los vertidos de las zonas céntricas y más pobladas de la urbe fueran a parar también al Manzanares, como los procedentes de los entornos de la Puerta del Sol, de la Plaza de Santo Domingo y parte de la Calle Mayor, minorando con ello no sólo la suciedad de las calles principales, sino también, los cuantiosos costes de las mareas y los espectáculos tan desagradables que provocaba su limpieza. Por esta razón, en estos momentos se produjo la creación de grandes colectores,

aunque en realidad no eran más que varias minas generales unidas. Este fue el caso de la alcantarilla de los Caños del Peral - Arenal - Puerta del Sol - Cuatro Calles, o de la alcantarilla de la calle de Segovia que contribuyó a evacuar las aguas de la vieja y problemática alcantarilla de la Cava Baja, junto con las de buena parte del caserío que había ocupado la zona meridional de la vieja ciudad medieval. También supuso un avance muy importante la unión de las alcantarillas generales del Prado o Trajineros – Paseo del Prado- y Real del Barquillo porque permitió crear un gran colector al este de la ciudad, al que con posterioridad acometerían buena parte de las alcantarillas de las cuencas hidrográficas de la zona oriental, ya que su trazado se extendía prácticamente entre los límites norte y sur de la ciudad. Sin duda, la reforma integral del paseo del Prado y la cubrición de su arroyo fue determinante para la creación de este gran colector al que en años posteriores acometerían no pocas alcantarillas y ramales.



10.1. Proceso constructivo del alcantarillado (1762-1788).

El proceso constructivo de estas alcantarillas comenzaba con la apertura de zanjas en la calle, a lo largo de toda la longitud de la mina proyectada, hasta llegar a la profundidad o lecho donde debía quedar asentada, o se efectuaba la excavación de la mina mediante la apertura de pozos intermedios a lo largo de su recorrido. La máxima profundidad a la que llegaban las excavaciones oscilaba entre 10 y 15 pies desde la rasante de la calle, o lo que es lo mismo a tan sólo 3 ó 4 metros de profundidad. Una vez construida la alcantarilla se debía dejar media vara de tierra bien apisonada entre la parte superior de su bóveda y el empedrado de la superficie de la calle.

Abierta la zanja o galería por donde debía ir su trazado, la alcantarilla se asentaba en la tierra previamente compactada y debidamente enrasada con mampostería, para recibir un enlosado de piedra berroqueña de medio pie de grosor, que hacía la función de suelo de la mina, asentando bien las losas con su *“torta”* de cal. Este suelo de losas de piedra recibía el nombre de badén, porque tenía la forma de un cauce regular con la concavidad suficiente para facilitar el arrastre de las aguas sucias. En ocasiones, cuando los suelos donde había que asentar las minas eran blandos o inestables, fue preciso construir un zampeado previo, con estructura de madera y relleno de piedras para asegurar la cimentación. Por ambos extremos del enlosado del badén se levantaban las cítaras o paredes de la mina, previamente enrasadas con mampostería o con un zócalo de piedra de sillería, sobre el que se asentaba el resto de la pared de ladrillos denominados *“de la Rivera”*, que también se empleaban para los registros, con una mezcla en la argamasa de dos de arena y una de cal. El cerramiento de la alcantarilla se realizaba mediante una bóveda de medio cañón o galápago, con los mismos ladrillos y argamasa. Para finalizar, se terraplenaba la alcantarilla con la arena que se había extraído de la propia excavación y se realizaba el nuevo empedrado de la calle. Estas minas se construyeron con unos materiales y con una sección más que suficiente para el objetivo que se perseguía y a menudo eran visitables para facilitar su mantenimiento y limpieza.

Sin embargo, y salvo excepciones, no sabemos las dimensiones exactas de sus secciones ni otras especificaciones técnicas como los gradientes de desnivel aplicados a lo largo de su longitud, ni el ancho de muros y bóvedas, ni la forma de acometer ramales y atarjeas, porque no hemos encontrado o no se conservan los proyectos de obras u otros documentos que lo especifiquen con claridad y detalle. Lo que si conocemos es que algunas de ellas se construyeron a escasa profundidad, lo que pocos años después entorpecería e impediría el correcto acometimiento de ramales y pozos que se encontraban a mayor profundidad.

Al igual que la construcción de los pozos negros, la construcción de las primeras alcantarillas estuvo supervisada y controlada por la Comisión de Limpieza, creada en mayo de 1761 y presidida el obispo gobernador del Consejo de Castilla. En agosto de 1765, tras el cese de la Comisión, fue la nueva Junta de Policía Urbana la que se encargó de este cometido, bajo la tutela y administración de la Junta de Propios y Sisas de Madrid y del Consejo de Castilla. En ambos organismos, Comisión y Junta, el Arquitecto Mayor de Obras del Rey, Francisco Sabatini, desempeñó un papel esencial como director de policía urbana de la Villa. Junto a sus tenientes José de la Ballina, Juan y Ramón Durán, realizó no sólo los proyectos de obras de buena parte de las nuevas alcantarillas y ramales que se construyeron durante el reinado de Carlos III, sino también, de determinar el número de pozos que debían acometer a éstas y por lo tanto de calcular los prorrateos económicos necesarios, para que los dueños de las casas que las utilizaran pagaran la parte que les correspondía de su coste. A este cometido se sumó el también arquitecto Ventura Rodríguez, tras recibir el encargo de proyectar la construcción de la Alcantarilla General del Prado o del Paseo de Trajineros, coincidiendo con la remodelación integral que se estaba operando en el Prado viejo de San Jerónimo –paseo del Prado-.

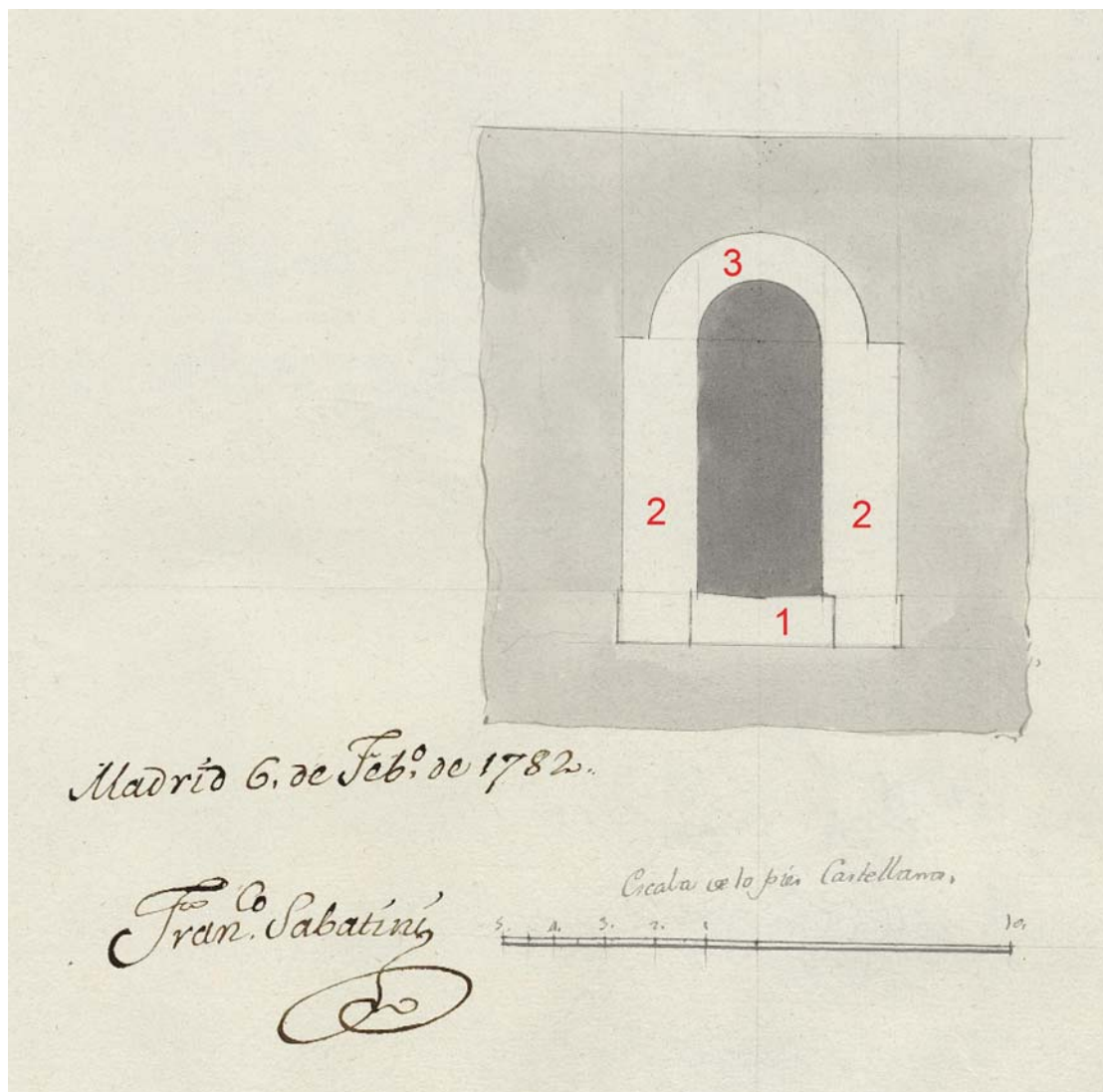


Imagen 5. Sección de la alcantarilla Real del Barquillo proyectada en 1782 por el Arquitecto Mayor de Obras del Rey y director de Policía de Madrid, Francisco Sabatini, y construida durante los dos años siguientes. Se puede observar el suelo en forma de badén (1), la disposición y grosor de sus cítaras o paredes (2), y el cerramiento mediante bóveda de media rosca o galápago (3). La imagen corresponde a un detalle del proyecto de la Real Alcantarilla del Barquillo que se conserva en A.V.M., Planos, O, 69-22-1.

Hecho el proyecto de construcción de una alcantarilla y sus correspondientes prorratesos, se elevaba a la aprobación del rey para que finalmente fueran autorizadas las obras, dando cuenta a los regidores capitulares o comisarios de cada departamento y a los dueños de las casas afectados. Al mismo tiempo, se sacaban las obras a licitación o concurso público, siendo adjudicadas al mejor postor, esto es, al que remataba la subasta a los precios más ventajosos para la causa pública. El

adjudicatario, que estaba obligado a elevar a escritura pública la contratación de las obras con la Villa, también debía comprometerse a usar los materiales especificados y cumplir los requisitos técnicos exigidos en el pliego técnico, que previamente había elaborado Sabatini, sus tenientes o, en su caso, Ventura Rodríguez. A estas licitaciones podía concurrir cualquier alarife, maestro cantero, fontanero o albañil, como fue el caso de Pedro y Ramón Durán adjudicatarios de no pocas obras o, sobre todo, el maestro fontanero y pocero Antonio Rodríguez que construyó la de las Cuatro Calles a la del Arenal, el ramal del Convento de las Capuchinas a la de Leganitos, además de diferentes ramales de la alcantarilla Real del Barquillo. Otras alcantarillas como las de la calle del Arenal hasta la de los Caños del Peral y los ramales de las calles de Postas y Esparteros fueron construidas por no pocos arquitectos, canteros y fontaneros extranjeros afincados en Madrid, como Giovanni Tami, Francesco Porta, Doménico Bosqueti, Michele Cremong, Francesco Notatri y Antonio Rossi, que a la sazón también se encontraban trabajando en las obras del nuevo Palacio Real⁷⁸⁷.

Estos arquitectos, maestros fontaneros y albañiles también estuvieron obligados a cumplir las ordenanzas y disponer de los medios necesarios para evitar y prevenir accidentes laborales. Sin embargo, no se debieron observar con el rigor necesario puesto que fueron frecuentes los edictos que publicaba el gobierno para evitar la excesiva siniestralidad, sobre todo, cuando a finales de la década de 1770 se incrementó el ritmo constructivo del alcantarillado. Prueba de ello es que el 3 de febrero de 1778 el Consejo de Castilla mandó publicar y pregonar un edicto: *“Teniendo presente los señores del Consejo que las frecuentes desgracias, y muertes que padecían los Peones y Oficiales Albañiles que trabajaban en las Obras Públicas de esta Corte, dimanaban en gran parte de la poca seguridad, y cuidado en la formación de andamios, por el descuido y ahorro con que los Maestros de Obras proceden en esta parte, resultando de aquí privarse la República de unos Individuos útiles, que fallecen prontamente, o quedan lisiados, de suerte que no pueden continuar su trabajo en lo sucesivo, cayendo ellos, sus mujeres, e hijos en la miseria, y mendicidad....”* En consecuencia, se ordenaba a los jueces que una vez expuestos y reconocidos los

⁷⁸⁷ A.V.M. Secretaría, 4-225-10, 4-295-7 y 4-295-36.

cadáveres en el lugar del accidente, se investigaran las causas del accidente, ya hubiera ocurrido en obra pública o privada, por si hubiera negligencias imputables al maestro de obras o aparejador “.... Y sin que para impedir la averiguación, castigo y resarcimiento de daños se pudiese declinar la jurisdicción ordinaria, ni alegar fuero”. Francamente, este tipo de edictos debieron servir de muy poco. El 24 de octubre de 1782, se tuvieron que volver a publicar porque se pretendía “cortar de raíz todo abuso, y precaver en lo posible tan lastimosos sucesos”⁷⁸⁸.

Las malas condiciones del trabajo y de ejecución de las obras fueron la tónica habitual. Apenas dos años después, el 8 de enero de 1784, Pedro Rodríguez de Campomanes, gobernador interino del Consejo de Castilla, con motivo de un accidente ocurrido a dos peones en unas zanjas abiertas en la plazuela de la Morería, ordenó, tanto a los regidores comisarios de cada cuartel como a los alcaldes de la Sala, que hicieran una inspección en sus respectivos cuarteles, tanto de “vagos” como de solares u otras obras que podían entrañar peligro o hundimiento⁷⁸⁹.

La construcción de alcantarillas no fue competencia exclusiva de la administración pública. En gran medida fueron promovidas por vecinos particulares que entendieron que la mejor solución que debían adoptar para la evacuación de las aguas negras o los residuos que generaban sus actividades o posesiones, era mediante la construcción de alcantarillas o minas particulares, en lugar de los molestos, limitados y perjudiciales pozos negros. Cabe advertir que no todas las propuestas e

⁷⁸⁸ A.V.M. Secretaría, 1-28-19.

⁷⁸⁹ *Ibidem*. Cuando se cursó esta orden tanto la Villa como Sala de Alcaldes la tomaron con precaución porque tradicionalmente el reconocimiento y visita a los cuarteles era competencia de los regidores comisarios y no de las justicias o alcaldes de corte. La situación provocó que se elevaran consultas al Consejo y que hubiera discrepancias, de tal suerte que el reconocimiento se fue retrasando e incluso no llegó a realizarse en su totalidad en algunos cuarteles. Entonces la ciudad seguía dividida en 13 cuarteles para la limpieza de las calles y cada uno controlado por un regidor comisario: Cuartel de la Merced (Antonio Benito de Cariga); Cuartel de Santa María (el marqués de Portazgo); Cuartel de Santo Domingo (José Pacheco); Cuartel de San Ildefonso (Manuel de Santa Clara); Cuartel del Carmen (Juan José de las Peñas); Cuartel de San Luis (Agustín de la Cana); Cuartel de San Hermenegildo (Francisco García Tahona); Cuartel de San Jerónimo (marqués de Hermosilla); Cuartel de San Sebastián (Félix de Yanguas); Cuartel de la Trinidad (Antonio Moreno de Negrete); Cuartel de Santa Cruz (conde de la Vega del Pozo); Cuartel de la Plaza Mayor (Antonio María de Quijada) y Cuartel de San Miguel (Juan de las Peñas).

iniciativas de los particulares se atendieron o materializaron a su debido tiempo, ya que, como veremos más adelante, la Villa tuvo que asumir una parte importante del coste de las obras y, como hemos visto con la problemática de los pozos, la capacidad presupuestaria fue bastante limitada. Con todo vieron la luz numerosas iniciativas particulares, como la alcantarilla Real de Lavapiés (1764) que fue construida y sufragada íntegramente por el Convento de la Merced Calzada, cuyo solar hoy está ocupado por la plaza de Tirso de Molina, y que poco tiempo después compró la Junta de Policía para ordenar, ya en 1769, que los pozos de las casas de sus alrededores vertieran en ella sus aguas negras. Tres cuartos de lo mismo ocurrió con la alcantarilla de la calle del Arenal (1767-1769), cuya construcción se produjo por iniciativa del marqués de Montealegre y de otros vecinos de la calle, *“para el surtimiento de toda clase de aguas fuera de sus posesiones y de las demás que a ésta se quieran agregar”*⁷⁹⁰.

No pocos ramales que acometieron a las alcantarillas fueron también contruidos por iniciativa particular. El de la calle de Rodas (1766-1767) se debió al vecino Juan Facundo Domínguez, con el fin de acometer los pozos de su casa a la alcantarilla de la Ribera de Curtidores, que se acababa de construir. Este ramal no estuvo exento de problemas para la Junta, por las disputas que se produjeron entre este particular y sus vecinos, al querer estos últimos prolongar el ramal sin indemnizarle. A fin de cuentas iban a utilizar lo previamente construido por aquel para evacuar las aguas de sus pozos a la alcantarilla. La Junta no tuvo más remedio que compensarle. Con posterioridad, se siguieron construyendo numerosos ramales particulares como el de la calle de la Cabeza que fue sufragado por el marqués de Perales para facilitar los vertidos desde su palacio a la mina de Lavapiés; el de las Casas de Alfaro a verter a la alcantarilla de la calle de Segovia, etc.; así como buena parte de las minetas, atarjeas o ramalitos particulares que se precisaban para trasvasar los residuos de los pozos negros de las casas a las alcantarillas y sus ramales⁷⁹¹.

⁷⁹⁰ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 17 de marzo de 1767.

⁷⁹¹ Sobre la mina Real de Lavapiés o de la Merced Calzada y del ramal de la calle de Rodas A.V.M. Secretaría 4-225-10 (2), 4-295-32 y 1-25-13. También en A.H.N. Consejos. Leg, 9.426. Exp.: *“Cañerías para recoger los sobrantes de las Fuentes de Relatores y Lavapiés e introducirlas en la alcantarilla que*

Pero ya fuera la construcción de alcantarillas de promoción pública o privada, los dueños de las casas siempre tuvieron que contribuir a su financiación, al igual que habían sido obligados a costear los nuevos empedrados, los canalones de sus casas para evacuar aguas menores y mayores, y los pozos negros. En un primer momento esta imposición fue bastante onerosa para las economías domésticas que tuvieron que soportar estos costes, ya que se les obligó a contribuir con las tres cuartas partes del coste total de su construcción, mientras que la municipalidad tan sólo se hacía cargo de la cuarta parte restante. Para determinar lo que le tocaba pagar a cada uno de los dueños de las casas, cuyos pozos iban a ser introducidos en la nueva alcantarilla, esto es, para establecer lo que ellos denominaban el *“prorrateo”*, el regidor comisario y los tenientes de arquitecto de Sabatini realizaban las averiguaciones pertinentes sobre lo que producían o rentaban los alquileres de sus casas y en función de estas rentas establecían el porcentaje que tocaba pagar a cada una. Ni que decir tiene, que tamaña desproporcionalidad contributiva, entre lo que pagaba Madrid y lo que pagaban los particulares, retrasó el ritmo de ejecución de las obras y paralizó algunas iniciativas. Aún así, con este sistema se construyeron las dos alcantarillas de la calle de Segovia, conforme a lo mandado por el rey, a un coste de 170.000 reales de vellón, de los que 106.978 fueron satisfechos por los dueños de las casas y los 63.022 restantes por la causa pública⁷⁹².

De igual manera se financió la alcantarilla de de la Ribera de Curtidores y el Cerrillo del Rastro que alcanzó un coste total de 160.000 reales de los que la Junta de Policía tan sólo sufragó 29.164 reales; o de la Real de Lavapiés que, aunque fue financiada por el Convento de la Merced, ya en 1769 se dio orden al arquitecto Durán y al comisario de limpieza Antonio Moreno Negrete a dar cumplida cuenta de los dueños de las casas que debían conectar sus pozos con la alcantarilla, satisfaciendo 20.200 reales del prorrateo correspondiente de su coste, porque la referida alcantarilla fue comprada por el Ayuntamiento de Madrid⁷⁹³. Tres cuartos de los mismo se hizo

estaban construyendo los padres mercedarios calzados (1764)”.

⁷⁹² A.H.N. Consejos. Leg. 9.427. Exp. *“Alcantarilla de la calle de Segovia”*.

⁷⁹³ Sobre los costes de la alcantarilla de la Rivera de Curtidores y sobre la introducción de pozos de los casas aledañas a la alcantarilla Real de Lavapiés ver respectivamente A.V.M. Secretaría 1-87-51 y 4-225-

con la alcantarilla de la calle del Arenal, construida a partir de 1768 con un presupuesto inicial de 200.000 reales, cuyas tres cuartas partes se prorrateó entre los dueños de las casas que en adelante verterían sus pozos en ella. Por fortuna para los propietarios, el coste de la alcantarilla del Arenal costó menos de lo previsto, en total 167.417 reales y 16 maravedís, con lo que la municipalidad tuvo que devolver parte de los dineros adelantados⁷⁹⁴. Huelga decir que, en ocasiones, los dueños de las casas eran compensados por la municipalidad cuando a la alcantarilla que habían sufragado se añadían los vertidos de otros pozos que no habían entrado en el prorrateo inicial.

Este sistema de financiación pronto se reveló inadecuado por la resistencia que imponían los propietarios a desembolsar sumas tan considerables, teniendo en cuenta, además, que la municipalidad estaba obligada a limpiar los pozos negros de sus casas sin coste para ellos. En consecuencia, la construcción de las alcantarillas fue muy lenta entre mediados de la década de 1760 y comienzos de la década de 1780, como se puede apreciar también en la relación de minas generales y ramales que se han detallado anteriormente. Los costes tan elevados que debieron soportar los propietarios de las casas constituyen un síntoma más de la delicada situación económica que tuvo que sortear la Junta de Policía, a sabiendas de tener que gestionar un presupuesto limitado y lastrado, no tanto por las tradicionales funciones de limpieza y mantenimiento de los empedrados, sino, en gran medida y como vimos detalladamente en el capítulo anterior, por los extraordinarios gastos que provocaba la limpieza de los pozos negros.

Esta situación cambió en 1782, cuando con el permiso de la Junta de Propios y Sisas, Francisco Sabatini estableció las nuevas condiciones del alcantarillado y el sistema que se debía seguir para sufragar sus gastos. Estas nuevas condiciones fueron elaboradas por el arquitecto siciliano con motivo de la construcción de la alcantarilla *Real del Barquillo*, y en adelante se emplearían como modelo a seguir para la ejecución

10.

⁷⁹⁴ Sobre la construcción de la alcantarilla del Arenal, prorrateos de pago y devoluciones A.V.M. Secretaría 4-295-7 y 4-225-10.

de otras alcantarillas⁷⁹⁵. La gran novedad consistió en cambiar el enfoque de partida. Ya no se partía de la voluntariedad o iniciativa de un grupo determinado de vecinos que pretendía construir una alcantarilla para verter las aguas de sus pozos. En adelante, se decidía construir una alcantarilla por el interés general del público y, en consecuencia, se señalaban todas las casas que obligatoriamente debían vaciar en ella sus pozos. Se trataba de introducir el mayor número de pozos posibles de la calle por la que se iba a construir la alcantarilla y si era posible los de sus calles colindantes. De este señalamiento se encargaban los tenientes de arquitecto de Sabatini y los alarifes de la Villa, mientras que por la pertinente Real Orden se obligaba a los propietarios a conectar sus pozos con la referida alcantarilla, en un plazo de 15 días después de su construcción, incluidas las acometidas de las *“aguas de los meaderos”*, y sin distinción por pertenencia a clase social. De no ejecutarse la orden, los regidores comisarios de la limpieza darían cuenta al administrador del ramo para que, en adelante, el coste de la limpieza de los pozos negros de las casas que lo requirieran fuera sufragado por sus dueños, y en su defecto mediante la confiscación de sus alquileres, bajo intervención del escribano del ramo y de un alguacil⁷⁹⁶.

Este nuevo sistema resultó menos oneroso para los propietarios que el anterior, puesto que en adelante sólo tuvieron que sufragar la tercera parte del coste total de construcción de una alcantarilla, mientras que la municipalidad asumía las dos terceras partes restantes. Así, los propietarios pasaron de sufragar tres cuartas partes a una tercera parte del coste total de una alcantarilla, pero a cambio también tuvieron que sufragar la construcción de las acometidas de sus pozos mediante minetas o atarjeas, lo que, por otra parte, beneficiaba al ayuntamiento al minorar notablemente los gastos de limpieza de los pozos, que era de su competencia. De este modo se había conseguido llegar a una situación más equilibrada y razonable entre las capacidades económicas de los propietarios afectados y la delicada situación del presupuesto del ramo. Este sistema que se inaugura en torno a los años de 1782 y 1783 estuvo vigente

⁷⁹⁵ Sobre la construcción de la alcantarilla Real del Barquillo A.V.M. Secretaría 4-295-11; y los ramales de la calle de los Tintes, Bonetillo y otras a la del Arenal, así como la mina general de las Cuatro Calles al Arenal como se hizo con la del Barquillo A.V.M. Secretaría 4-295-12 (2) y 4-420-75.

⁷⁹⁶ Los términos de esta Real Orden se han tomado de una copia de la misma de 5 de septiembre de 1789 que hizo saber el corregidor José Antonio de Armona. A.V.M. Secretaría 4-295-13.

durante todo el proceso de construcción de alcantarillas en lo que restaba de Antiguo Régimen, y, más aún, fue empleado por el Canal de Isabel II durante la segunda mitad del siglo XIX, cuando hubo que reconstruir de nuevo prácticamente toda a red del alcantarillado de la *Villa Vieja* y de los nuevos barrios del *Ensanche*.

Este sistema ideado por Sabatini también permitió acelerar el proceso de construcción de las alcantarillas, pero en ningún modo pudo colmar las expectativas de la municipalidad de ver minorados los excesivos gastos que suponía la limpieza de los pozos negros. En 1787 los comisarios de limpieza daban cumplida relación a la Junta de Propios y Sisas de los progresos que se iban realizando con la construcción de alcantarillas y de los pozos que se iban introduciendo en las de la calle de Segovia, Cava Baja, Arenal-Sol-Cuatro Calles, y en los nuevos ramales de la calle de la Zarza, Hileras y otros más⁷⁹⁷. Sin embargo, poco antes de finalizar el reinado de Carlos III la situación era muy grave. Los pozos negros, después de haberse limpiado, se volvían a llenar en apenas unos meses llegando a provocar derrames y filtraciones que ocasionaban destrozos en sótanos, cimientos, cocinas, patios y calles. La municipalidad no tuvo más remedio que redoblar los esfuerzos aumentando la regularidad de las limpiezas, lo que, por otra parte, implicó incrementar los gastos del presupuesto en detrimento de otras tareas y servicios del ramo, e incluso de la propia construcción del alcantarillado.

A finales del verano de 1788 se gastaron cerca de 100.000 reales de vellón al mes en estas limpiezas y los dineros cada vez fueron más escasos⁷⁹⁸. Fue de tal magnitud la “*trasporación*” de las aguas inmundas que el subsuelo de la Villa permanecía constantemente húmedo y contribuía, todavía más, al rápido llenado de los mismos pozos, además de provocar otros perjuicios de consideración en cimentaciones de edificios, generar malos olores, propagar enfermedades e incluso favorecer situaciones peligrosas para los operarios responsables de su limpieza. El 25 de septiembre del mismo año la Junta de Propios comunicó al conde de Floridablanca,

⁷⁹⁷ A.V.M. Secretaría 4-295-32.

⁷⁹⁸ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 18 de septiembre de 1788.

secretario de Estado del rey, que no podían continuar las obras del alcantarillado por tener hipotecados los dineros del presupuesto. Tanto el montante del arbitrio de tabernas como los 60.000 reales del sobrante del alumbrado que se empleaban para la limpieza, pozos y alcantarillado, se estaban empleando en reintegrar los 800.000 reales que había costado reparar los empedrados de las calles, conforme a dos Reales Órdenes de 31 de marzo de 1786 y de 3 de septiembre de 1787. Para paliar esta situación el gobierno *“había servido resolver que pagando anualmente para el referido reintegro 100.000 reales del expresado arbitrio de tabernas, y 30.000 del sobrante de faroles, pueda lo demás invertirse en las citadas obras, lo que participaba a dicho Sr. Corregidor de Orden de S.M., para que haciéndolo presente a esta Junta y acomodándole en los términos expresados se dispusiera lo correspondiente a su cumplimiento”*⁷⁹⁹. Queda claro que con esta situación presupuestaria fue muy complejo atender los gastos del alcantarillado e incrementar su ritmo constructivo, panorama que, como veremos más adelante, continuó en lo que restaba del siglo XVIII y las tres primeras décadas del siglo XIX.

10.1.1. El alcantarillado de la calle de Segovia y sus ramales.

El 18 de julio de 1762, Francisco Sabatini informó al obispo gobernador del Consejo de Castilla, presidente de la Comisión de Limpieza, que la construcción de los pozos negros de la calle de Segovia que estipulaba su *Instrucción*, aprobada el 14 de mayo de 1761, resultaría muy compleja y costosa por la orografía del terreno. Esta afirmación se apoyaba en el reconocimiento previo que había hecho de la calle y de los sótanos de sus casas colindantes:

“He hallado está llena de manantiales y tan próxima el agua, que apenas hay una vara escasa de la superficie de la tierra a ella, además de ser su terreno falso y de tierra echadiza, de que se colige haber sido barranco antiguo, por cuya razón es

⁷⁹⁹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 11 de noviembre de 1788.

*indispensable hacer una mina desde la Costanilla de la Iglesia Parroquial de San Pedro hasta la entrada de las huertas de la salida de la Puerta de Segovia, sobre la izquierda, que son dos mil doscientos pies de longitud*⁸⁰⁰.

La mejor solución para proceder a la evacuación de las aguas mayores y menores de las casas de la calle de Segovia pasaba por la construcción previa e imprescindible de una alcantarilla, *“pues de lo contrario se hace impracticable la de los pozos”*. Junto al reconocimiento del terreno, el arquitecto siciliano informó al obispo gobernador que la alcantarilla a construir debía ser de notables dimensiones, esto es, de 3 pies de ancho (1 metro aproximadamente), 7 de alto de luz (más de 2 metros de alto), provista con un suelo bien grueso de mampostería y canto pelado, que se obtendría de los viejos empedrados de la propia calle, teniendo un coste aproximado de 285.000 reales de vellón, que debían costear los propietarios de las casas⁸⁰¹. A esta cantidad había que añadir otros 9.500 reales que costarían las obras de contención que habría que hacer en *“el erial que descendía del Alamillo”*, saliendo su terreno a la calle de Segovia desde la manzana más baja de la Costanilla de San Andrés⁸⁰².

⁸⁰⁰ A.H.N. Consejos. Leg. 9.427. Exp. *“Alcantarilla de la calle de Segovia”*.

⁸⁰¹ *Ibidem*. Como el terreno era inestable, húmedo y de relleno, a lo largo de toda su línea debía estar provista del correspondiente *“zampeado de viga de terciá bien encadenado y con estacas de madera de a seis, formando sus cajones en una proporción regular de modo que no pueda soplarse el agua manantial que resulte de dicha mina, ni las que han de concurrir a ella de las casas. El cimienta suelo expresado continuando el levantar las paredes de sus lados con el expresado guijo de dos pies de grueso, y enrasado, a dos de altura, se echará un verdugo de fábrica de tres hiladas de ladrillo de la mejor calidad, y levantado otra tanta altura con el nominado guijo se hará otro verdugo en la forma dicha para que enlacen la expresada fábrica, sirviendo el último de imposta para la bóveda que ha de ser esférica de los tres pies de diámetro, dos de grueso, hecha con buena mezcla de cal y buen ladrillo, quedando por la tangente de su superficie combeja –convexa- dos pies más baja que el plano inclinado de la calle, para que puedan caber el rehenchido de arena, adoquines y empedrado, dejando los correspondientes bujeros en los lados guarnecidos de ladrillo para la salida de la fluencia de las aguas; y para las minillas que ha de haber para el desagüe de las casas han de quedar a los lados en la entrada de ella sus machones de ladrillo y arcos que formando arista cortarán la expresada bóveda de la mina madre dejando sus agrajas en las referidas pilastras por la parte de afuera, para que enlacen y traben las nominadas minas chicas”*.

⁸⁰² *Ibidem*. *“Para contener el terreno, y que no salga de la línea de su acera, desmontar lo que está fuera de la dicha línea hasta dos pies de entrada en ella, en la que se formará su pared de mampostería con el referido guijo, dos pies de grueso con sus lengüetas a la parte interior de dicho terreno, con dos pies de entrada y dos de grueso para evitar su empuje, levantando un pie de cimienta de dicho grueso, y cuatro y cuarto de alto paralelo con dicha calle; y sobre dicha altura se echará su sardinel de ladrillo ordinario del expresado grueso, y tres cuartos de pie de altura, que es el ancho de ladrillo, que por este medio quede resguardada la salida del expresado terreno y embarazo de la calle”*.

Cuando el obispo gobernador vio el informe de Sabatini le asaltaron no pocas dudas sobre la solución que proponía y sobre su extraordinario coste. De hecho, el 23 de julio siguiente, le preguntó abiertamente si a la hora de proyectar la alcantarilla había tenido en cuenta lo *“que dice el arquitecto Joseph de Arce de sus minas y si lo que V.M. propone será más costoso o menos que lo que dijo aquel y más o menos firme y durable”*. Sabatini no lo había tenido en cuenta, pero argumentó que había proyectado la alcantarilla con mayor solidez y capacidad de lo que aconsejaba Alonso de Arce; con un presupuesto ajustado y nada excesivo. Teniendo en cuenta que la vara lineal de alcantarilla propuesta por Alonso de Arce costaba entonces 366 reales, el coste total hubiera sido de 268.400 reales. Pero en ese momento el coste era algo mayor, de 285.000 reales de vellón, porque desde 1735 habían subido los precios de los materiales de construcción, y, aún así, la diferencia era de tan sólo 16.600 reales⁸⁰³.

Los argumentos de Sabatini convencieron al obispo y al gobierno. El 6 de septiembre de 1762, estando en el Real Sitio de San Ildefonso, el marqués de Esquilache mandó al obispo la orden para que los contratistas hicieran el nuevo empedrado *“de la calle del Prado hasta la Puerta de Segovia para que en vista de su contenido disponga V.S.I. se execute la alcantarilla que está proyectada, tratando con los mismos asentistas el que se encarguen de esta obra, si sus proposiciones correspondieren a la equidad que desea S.M. consiga el público”*. Esto es, se debía proponer la construcción de la alcantarilla de la calle de Segovia a los mismos asentistas que iban a hacer su embaldosado. Y claro, cuando éstos recibieron la propuesta preguntaron a la Comisión de Limpieza si tenía que ejecutarse primero la

⁸⁰³ Ibídem. Sabatini argumentó al obispo gobernador que el método a emplear para la recogida de las aguas era el que practicaban los fontaneros *“quienes como bien instruidos y prácticos en este asunto hicieron la declaración, y arreglaron el coste, que pasé a manos de V.S.I.”*. Continuó diciéndole que *“en cuanto a la mina de la calle de Segovia, a la verdad, no tuve yo presente lo que dice Arce de sus minas para proyectarla; pero con el motivo de responder a V.S. he mirado la respuesta que el da a la dificultad quince, en que pone cada vara lineal de mina a 366 reales de vellón, tomando por supuesto que la mina tenga 6 pies de alto y 3 de ancho y el grueso de paredes de 2 pies y cuarto, y el suelo 1 pie de grueso, y este sin zampeado, aun tratándose de terreno en donde se encuentren manantiales, como se puede ver en la respuesta que da a la dificultad doce; yo pero tengo por preciso el zampeado, aunque se diese principio a la mina por la parte más baja de la calle, para que no se sople el agua, que al pronto debe cargar y correr por el expresado suelo, ni la que ha de concurrir después a ello. Así mismo, doy un pie más de altura a la mina que el nominado Arce, para poder cualquier hombre andar derecho por ella, y un pie más al suelo para su mayor consistencia”*.

alcantarilla maestra, para facilitar los desagües y su limpieza, o hacer antes los empedrados⁸⁰⁴. Las dudas, la falta de determinación y la envergadura de las obras a realizar en la calle de Segovia, se iban a prolongar más de lo deseado por el gobierno.

En vista de estos inconvenientes la Comisión de Limpieza pidió a Sabatini que planteara alguna alternativa más ventajosa. El arquitecto real no defraudó. El 1 de octubre se comunicó al marqués de Esquilache que Sabatini había resuelto prescindir de hacer una alcantarilla madre en la calle de Segovia, y en su lugar construir dos alcantarillas más modestas, una por cada acera de casas, sufragadas por sus dueños, y con los derrames correspondientes de modo que puedan ir las aguas hasta el campo sin obstáculos. Con esta solución se evitaría la construcción de no pocos pozos en la calle de Segovia, puesto que por medio de atajeas las aguas sucias de las casas verterían directamente a las alcantarillas, rebajando considerablemente los costes y la dificultad de prolongar las acometidas hasta el medio de la calle, además de permitir continuar las obras de los nuevos embaldosados. No cabe duda que Sabatini también había tenido en cuenta los problemas que desde décadas atrás provocaban los vertidos de la alcantarilla de la Cava Baja de San Francisco, en la cuesta de los Ciegos y en su encuentro con la calle de Segovia. De ahí, que al disponer de una mina en cada acera de la calle de Segovia, la situada en la acera meridional permitiría recoger más ordenadamente los vertidos de la alcantarilla de la Cava Baja y de las zonas altas de las parroquias de San Pedro y de San Andrés. El 13 de octubre siguiente, Esquilache comunicó al gobernador del Consejo que S.M. había resuelto que en lugar de hacer una alcantarilla maestra se hicieran dos, una por cada acera de casas *“que corra desde las pozas de unas a las de otras a costa de los dueños de ellas, con los derrames correspondientes a que puedan ir las aguas sin embarazo hasta el campo”*⁸⁰⁵. El 19 de octubre el alcalde de la Sala Nicolás Blasco Orozco, que estaba al frente del Departamento Bajo de la Villa, se lo comunicó a los dueños de las casas.

⁸⁰⁴ Ibídem.

⁸⁰⁵ Ibídem.

Del 17 de diciembre de 1762 data la Real Orden que autorizaba la construcción de las dos alcantarillas de la calle de Segovia, una por cada acera. Fue entonces cuando Sabatini recibió el encargo de realizar el nuevo proyecto y reglas que debían seguirse para su construcción. En el ínterin lo concretaba, fue del parecer que se concluyera el empedrado nuevo de la calle de Segovia, hasta su puerta homónima, aunque no se hubieran construido las alcantarillas. Así, se notificó al asentista del empedrado de la calle, Eusebio González, que concluyera su trabajo llevando los empedrados de pared a pared, a sabiendas que ya se había optado por dos alcantarillas, en lugar de una. Sin embargo, pronto empezaron los problemas. Entrado 1763, los celadores que vigilaban las labores del empedrado dieron cuenta al alcalde Blasco Orozco de que salía mucha agua a la calle de Segovia. Al parecer provenía de la casa y fuente donde vivía el Vicario de Madrid, en la calle del Estudio, y de otras que había en las inmediaciones, y en el Mesón de los Maragatos. Para evitar perjuicios al nuevo empedrado se pidió al teniente de arquitecto Juan Fernando de Ocaña que reconociera la situación. El alarife no sólo corroboró lo suscrito por los celadores, sino también, que había provocado la suspensión de las obras de los pozos.

De estos perjuicios se dio cuenta a Sabatini, quien respondió, el 8 de marzo de 1763, *“que para poder dar enteramente curso a la limpieza de la calle de Segovia, era menester experimentar si con bombas se podrían apurar las aguas de cada pozo de por sí, para poder facilitar el construirlos, se podría hacer la mina en la forma que anteriormente tenía proyectada”*. Y es que hasta el momento no se había hecho nada y hubo que esperar hasta el 20 de septiembre siguiente, para que Sabatini y sus tenientes Juan Durán y Juan Fernando de Ocaña, tuvieran señalados los pozos que debían introducirse en las dos alcantarillas que había que construir. Dos meses después, tras concluirse las obras de los nuevos empedrados de la calle de Segovia, las obras de los pozos iban muy lentas, a pesar de los apremios, apercibimientos y coacciones que se emplearon. Se optó por volver a apremiar a los propietarios de las casas e incluso se decidió dejar algunos pozos para después de la construcción de las

alcantarillas⁸⁰⁶. Pero fue entonces cuando el obispo gobernador del Consejo presionó a Sabatini para que concluyera el proyecto de obras de las alcantarillas, a pesar de las *“muchas indisposiciones que había tenido y sus muchas ocupaciones”*. Finalmente, el 17 de diciembre de 1763 el obispo gobernador envió a Esquilache el proyecto de las alcantarillas y su presupuesto. Cinco días después mandó que las obras se sacaran a pública subasta⁸⁰⁷.

El 7 de enero de 1764 se hizo la subasta pública de las obras en presencia de Francisco Sabatini y de los alcaldes de la Sala de ambos departamentos, Nicolás Blasco Orozco y Manuel Ramos. Quedó rematada en el asentista Eusebio Morales por un precio de 195.000 reales de vellón, entregando como garantía o fianza 40.000 reales y debiendo ejecutarse en un plazo de tres meses. Pero al día siguiente, Sabatini presentó una oferta más ventajosa que había enviado a Esquilache el asentista de empedrados y arquitecto Antonio de Berete, comprometiéndose a hacer las dos minetas por un precio de 160.000 reales con ladrillo tosco o de 170.000 si se empleaba ladrillo fino. El inconveniente era que ya se había oficializado la adjudicación de las obras a Eusebio Morales, con lo que la oferta de Berete se tuvo que descartar. No obstante, fue empleada hábilmente por la Comisión de Limpieza y por Sabatini para presionar al asentista, quien finalmente *“se allanó”* a ejecutar las dos minetas por los 170.000 reales de vellón ofertados por Berete, empleando sólo ladrillos finos. Según los cálculos de Sabatini, se trataba de nada menos que 280.000 ladrillos finos, que a un precio de 300 reales el millar, iba a suponer un gasto para el asentista de 84.000 reales de vellón.

El 23 de enero siguiente, el marqués de Esquilache estando en El Pardo comunicó al obispo gobernador que el rey había aprobado el allanamiento del

⁸⁰⁶ Ibídem. El 10 de diciembre de 1763 el alcalde del departamento Bajo, Nicolás Blasco de Orozco informó al gobernador del Consejo, que no se habían construido todos los pozos, que las inmundicias no iban a parar la calle de Segovia, pero si el agua sobrante de las fuentes que había en algunas de sus casas. Que había conseguido que monseñor nuncio, el Duque de Santiesteban, el conde de Taboada, el marqués de Villafranca y el marqués de San Vicente, construyeran sus pozos tras repetidas diligencias y requerimientos. Por el contrario, en otras casas se ha tenido que recurrir al apremio de construirlos bajo la amenaza de dos soldados, cuyo coste diario asumían los propietarios de las casas.

⁸⁰⁷ Ibídem.

asentista Morales, aunque las obras le fueron oficialmente adjudicadas el 3 de febrero de 1764, mediante la correspondiente escritura pública. Con la autorización del obispo gobernador dieron comienzo las obras de las dos alcantarillas y de los pozos de las casas que faltaban por hacer y debían introducirse en ellas. Las zanjas de las dos alcantarillas comenzarían a abrirse entre la zona más baja de la calle de Segovia y la Iglesia parroquial de San Pedro el Real, que es el lugar donde comenzaban. Así mismo, se nombró a José Fernández Benavides sobrestante celador, con salario de 12 reales diarios y con la función de vigilar que las obras se realizaran *“con toda ley”*, mientras que al asentista se le permitió franquear los materiales de obras y aperos que necesitara para las obras, como era costumbre en la construcción de obras públicas. Siguiendo instrucciones del obispo gobernador, el coste de las obras se prorratearía *“entre los dueños de las casas y el caudal de Causa Pública, teniendo VM presente – se lo decía al alcalde Blasco de Orozco- que en caso de haber algún perjuicio se aplique más bien del Público que a los referidos dueños”*⁸⁰⁸.

Pero por diversos motivos las obras se fueron demorando. De hecho, apenas habían comenzado a abrirse las zanjas cuando transcurrieron los tres meses de plazo estipulados en la contrata. Sabatini estaba tardando más de la cuenta en calcular los prorrateos de los costes que tenían que soportar los dueños de las casas, esenciales y necesarios para contar con liquidez en la Tesorería Municipal y poder satisfacer los honorarios del asentista. A pesar de los apremios que recibió el arquitecto, los prorrateos no se establecieron hasta el 28 de junio de 1764. El 17 de julio siguiente era el marqués de Esquilache quien recriminaba al obispo gobernador la tardanza de las obras y le pedía que presionara al asentista para que *“trabaje con más aplicación y adelantamiento, en las expresadas dos minetas, de forma que se concluyan con toda brevedad”*, ya que todavía no se habían podido construir los pozos de limpieza de las casas que se encontraban en las cercanías de los Consejos. Al parecer, el asentista tuvo algunas diferencias económicas con algunos de los socios que le habían prestado parte del dinero que necesitaba para pagar la fianza de las obras. También, ralentizó las obras la frágil y precaria situación económica de no pocos propietarios que estaban

⁸⁰⁸ Ibídem.

obligados a construir los pozos y acometidas a las alcantarillas. De esta situación dieron cuenta al obispo gobernador los arquitectos italianos Giovanni Tami y su ayudante Mosqueti, que estaban al frente de estos encargos, junto al alcalde de la Sala, Nicolás Blasco Orozco, responsable del departamento Bajo. Y por si faltara poco, las lluvias torrenciales que cayeron en la Villa durante el mes de septiembre de 1764 obligaron a parar las obras y hacer un reconocimiento exhaustivo de todo lo que se había construido hasta el momento por si tuviera necesidad de repararse. No hubo que lamentar perjuicios y ya entonces se pudo verificar la solidez de las alcantarillas y pozos que se estaban ejecutando en la calle de Segovia⁸⁰⁹.

El 8 de octubre de 1764 el asentista Morales comunicaba al alcalde Blasco Orozco que había concluido las obras, quien para verificarlo encargó al teniente de arquitecto José de la Ballina que hiciera la pertinente inspección. El 31 de octubre siguiente Ballina informaba *“que las dos citadas alcantarillas están enteramente concluidas con arreglo a lo capitulado por los asentistas, habiendo echado la tierra al campo, por lo que no se le ofrece reparo alguno en que se defiera a su pretensión”* de que le paguen los honorarios pendientes y le devuelvan la fianza. De los 170.000 reales que tuvo de coste, 106.978 fueron sufragados por los propietarios de las casas y los 63.022 restantes del fondo de causa pública⁸¹⁰.

⁸⁰⁹ Ibídem.

⁸¹⁰ Ibídem. El 8 de noviembre de 1764 el obispo gobernador del Consejo autorizó la cancelación de la escritura que tenía otorgada el asentista y que se le liberara de la fianza de los 40.000 reales. A su vez, autorizó dos libramientos al asentista, uno de 27.179 reales de vellón por cumplimiento a los 63.022 reales que había tocado satisfacer a la causa pública, y el otro de 10.483 reales que estaban en poder de la Tesorería de causa pública correspondiente a lo que habían entregado los dueños de las casas, faltando aún por cobrar los 9.053 reales y 10 maravedís de Petronila Monclús y 4.288 reales y 23 maravedís de Ramón Robles, lo que se apuntaba era necesario satisfacer con prontitud.

En unos papeles contables fechados el 7 de noviembre constan los pagos que se le fueron haciendo al asentista de las obras de las dos alcantarillas de la calle baja de Segovia:

- De lo que habían entregado en la Tesorería los dueños de las casas por el prorrateo del coste de las obras, sus pozos y atarjeas les tocaban 106.978 reales de vellón, de los que se le habían abonado de la tesorería el 31 de agosto de 1764 42.100 reales, el 28 de septiembre 41.053, quedando pendientes 23.825 reales entre los que figuraba el impago de Petronila Monclús y otros. A estos había que deducirle los 10.483 que mandó librar al día siguiente el obispo gobernador del Consejo, luego de la parte del prorrateo la deuda estaba casi saldada.
- De los 63.022 reales restantes que correspondían a la causa pública, el 25 de junio de 1764 se le abonaron 6.000 reales, el 25 de julio siguiente 17.500; el 28 de septiembre 12.343 y el resto hasta los 27.179 reales se los mandó librar al día siguiente el gobernador del Consejo.

A la conclusión de las obras, prácticamente se le había pagado todo al asentista.

Como veremos en el capítulo siguiente, el resto de la calle de Segovia, hasta su encuentro con la calle de Toledo, se alcantarilló entrada la década de 1790 cuando reinaba Carlos IV.

10.1.1.1. El ramal de la calle del Rollo y de la plaza de San Javier.

El 12 de febrero de 1770, por un informe del teniente de arquitecto Juan Durán, se dio a conocer a la Junta de Policía de Madrid que un pozo negro situado en la casa número 4 de la manzana 181, que daba a la calle del Rollo y había pertenecido a la Compañía de Jesús, recibía las aguas sucias *“de diez vecindades que ocupan dicha casa, por cuya razón eran muy frecuentes las limpias que se hacían, tanto que desde el día 13 de julio del año pasado de 1767 hasta el 31 de enero del presente se había limpiado diez veces, siendo su cabida la de 3.155 pies, resultaba haberse pagado a los asentistas, sólo por ella, 31.107 reales y cuarto de otro”*. A los gastos de este pozo había que añadir los que ocasionaban los de las casas 3, 4 y 7 de la misma manzana 181; y de las casas 2 y 3 de la manzana 187, razón por la que para minorarlos el teniente Durán había sugerido construir una alcantarilla que, comenzando en el pozo de la casa que fue de los jesuitas, bajara por la calle del Rollo a acometer a la alcantarilla de la calle de Segovia. El coste de este ramal o pequeña alcantarilla lo tasó en 16.000 reales de vellón, a todas luces beneficioso para Madrid, porque se ahorrarían los 5.600 reales que costaba limpiar el pozo mencionado cada año, además de poderse introducir el de otras casas y evitar los gastos de sus limpiezas⁸¹¹.

La junta acordó aprobar la propuesta de Juan Durán y pasarla al regidor comisario Antonio Moreno Negrete para que, con la mayor brevedad, se hiciera el pertinente reconocimiento del número de pozos que se podían introducir en la alcantarilla y el prorrateo de los costes a repartir entre los propietarios de las casas, siguiendo el mismo sistema que se empleó en la alcantarilla de la calle del Arenal. Sin embargo, al tratarse de un pozo negro situado en una antigua propiedad de la

⁸¹¹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 12 de febrero de 1770.

Compañía de Jesús, confiscada por la Corona tras su expulsión de los territorios de la monarquía en 1767, hubo que conciliar una solución con Pedro de Ávila, del Consejo de Estado de S.M. y comisionado de las Temporalidades de la Compañía de Jesús. Así, el comisionado solicitó que las obras del ramal que partían de esta casa fueran reconocidas y tasadas de nuevo por el arquitecto Juan Antonio de Castro, para posteriormente con la autorización de la Junta de Policía subastar públicamente sus obras, conforme a las condiciones técnicas que formase el teniente Juan Durán⁸¹².

Las obras del ramal de la calle del Rollo fueron finalmente ejecutadas entrado el año 1771, por el maestro de obras y fontanero Pedro Durán⁸¹³. Si bien, para poder evacuar el agua de los pozos de las manzanas 179 y 181, en septiembre de 1772 se construyó un ramalito que conectaba la plaza de San Javier con el ramal de la calle del Rollo⁸¹⁴.

10.1.1.2. Los ramales de la calle del Estudio o del Convento de monjas del Sacramento, y de las Casas de Alfaro.

El 22 de octubre de 1776 el Monasterio de monjas Bernardas del Santísimo Sacramento, pedía a la Junta de Propios y Sisas de Madrid la pertinente licencia para construir un ramal de alcantarilla por la calle del Estudio –actual de la Villa-, con el fin de poder evacuar las aguas de los pozos de las casas 10 y 11, de la manzana 186, pertenecientes al referido convento. Lo que pretendían las monjas era hacer un ramal que conectara con una mina o tajea que ya existía en la casa 9 de la referida manzana, colindante a sus casas, por la que podrían desaguar sus pozos a la alcantarilla de la calle de Segovia, a través de la plaza de la Cruz Verde. Esta mina de la casa número 9 que pretendían prolongar las monjas con su ramal se había construido a la par que la alcantarilla de la calle de Segovia, con la finalidad de evacuar las aguas inmundas de su

⁸¹² A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 26 de noviembre de 1770.

⁸¹³ A.V.M. Secretaría. 4-295-36. En este expediente consta que el maestro fontanero Pedro Durán hizo la alcantarilla de la calle del Rollo, si bien, confunden la fecha de su ejecución.

⁸¹⁴ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 19 de septiembre de 1772.

pozo. La Junta acordó darle la licencia, informando al corregidor y comisionando al regidor Antonio Moreno de Negrete para indicar a las monjas cómo debían de proceder a su ejecución⁸¹⁵.

Con posterioridad, este ramal fue aprovechado por Madrid para introducir los pozos de otras casas colindantes, mediante su prolongación por medio de tajeas o minetas. Así, el 20 de agosto de 1787, el regidor comisario Moreno Negrete informó a la Junta de Propios y Sisas lo útil y conveniente que sería para la causa pública el que, por medio de dos tajeas, se introdujeran las aguas de los pozos de dos casas situadas en la calle de la Vicaría Vieja, en el ramal construido por las religiosas, tal y como se había hecho con otros de la propia calle de la Vicaría. El coste de estas minetas fue regulado por el teniente de arquitecto Ramón Durán en 4.000 reales de vellón, repartidos en la casa del conde de la Vega del Pozo (1.500 reales) y la casa que habitaba el diputado Manuel Limón Puerta (2.500 reales). El 27 de agosto la Junta ordenó su ejecución y se pasó aviso a los dueños de las casas para que lo hicieran a la mayor brevedad⁸¹⁶.

Al mismo tiempo que se ejecutaba la prolongación de este ramal, los herederos de Cristóbal y José de Alfaro también obtuvieron licencia para construir un pequeño ramal que permitiera verter en la alcantarilla de la calle de Segovia, las aguas sobrantes y de los pozos de su casa palacio que ocupaba la totalidad de la manzana 178, y cuya fachada principal daba y sigue dando a la actual plaza del Cordón. El ramal, construido en 1787, conectaba con la alcantarilla por la parte trasera de la casa, donde se encontraban las dependencias domésticas y del servicio, y era de pequeñas dimensiones porque prácticamente la casa se asomaba a la calle de Segovia⁸¹⁷.

⁸¹⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 22 de octubre de 1776.

⁸¹⁶ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 27 de agosto de 1787. También consta en A.V.M., Secretaría. 1-86-38.

⁸¹⁷ A.V.M. Secretaría. 4-295-32.

10.1.2. La Mina Real de Lavapiés, de la Merced o de los monjes mercedarios calzados, y sus ramales.

La alcantarilla de la Merced, fue construida en la primavera de 1764 por iniciativa de los frailes mercedarios calzados con el propósito de evacuar las aguas sucias y sobrantes de su convento, que estaba situado en la actual plaza de Tirso de Molina. Su trazado comenzaba en el citado convento, por la parte que daba a la desaparecida calle de los Remedios, entre las calles de Barrionuevo y de Urosas, para posteriormente recorrer toda la calle de Lavapiés y verter, a cielo abierto, en el Barranco de Lavapiés hacía el campo, antes de alcanzar el Portillo de Valencia. Para la considerable longitud que tuvo esta alcantarilla, su coste no fue muy elevado para los monjes. Ascendió a 63.211 reales de vellón, cantidad mucho menor de lo que, por ejemplo, costaría tres años después la alcantarilla de la calle del Arenal, que alcanzó los 167.417 reales y 16 maravedís. Esta diferencia tan notable nos indica que la alcantarilla de Lavapiés aunque capaz, debía ser de modestas dimensiones.

Esta iniciativa de los monjes fue muy bien valorada por el gobierno en un contexto en el que se estaba procediendo a renovar la imagen de la ciudad y mejorar sus condiciones higiénicas mediante la construcción de pozos negros, alcantarillas, nuevos embaldosados, etc. Además, para eliminar el exceso de humedad de algunas calles y plazas, provocado por los remanentes o aguas sobrantes de las fuentes públicas, se estaban abriendo numerosos pozos sumideros en el subsuelo de la Villa. La alcantarilla de la Merced permitió minorar las humedades de la zona al recoger los vertidos de las fuentes públicas de sus aledaños y de las aguas de los pozos de no pocos vecinos, evitando sus onerosas limpiezas. Así, el 29 de mayo de 1764 el marqués de Esquilache comunicó al obispo gobernador del Consejo de Castilla, presidente de la Comisión de Limpieza, que *“en lugar de los sumideros que se habían de hacer en las Fuentes públicas de la calle de Relatores y Plazuela de Lavapiés, para recoger sus aguas sobrantes, ha resuelto el rey que se procuren incluir en la mineta que construyen los padres Mercenarios Calzados, con el fin de sacarlas de su convento al arroyo que desde el Portillo de Valencia sale al campo”*. Las cañerías que había que hacer desde las

fuentes hasta la alcantarilla fueron reguladas por el teniente de arquitecto Juan Fernando de Ocaña en 5.100 reales de vellón y se ordenó al alcalde del departamento Bajo, Nicolás Blasco de Orozco, que dispusiera su ejecución y que los gastos de estas obras fueran satisfechos por el caudal destinado al nuevo proyecto de limpieza y empedrado. Los monjes aceptaron recoger las aguas sobrantes de las fuentes en su alcantarilla porque sin duda contribuirían a mejorar su funcionamiento, al disponer de mayores corrientes de agua en su interior. El 22 de diciembre siguiente el alcalde de la Sala, Blasco de Orozco, comunicó al obispo gobernador que ya se habían concluido las obras de las cañerías *“incluyéndolas en la que han fabricado los Padres Mercenarios Calzados, que sale al campo por el arroyo del Portillo de Valencia”*; si bien el coste de las cañerías se había incrementado hasta los 5.522 reales y 2 maravedís⁸¹⁸.

Lo que está claro es que a finales del año de 1764 ya se había concluido la obra de la alcantarilla de la Merced o de Lavapiés y funcionaba con normalidad. Tanto que poco tiempo después, algunos vecinos conocedores de la existencia de la alcantarilla comenzaron a hacer tratos con los monjes y con la Junta de Policía para introducir las aguas de sus pozos. Con el dictamen favorable de Sabatini, el consentimiento de la Junta y el pago de la correspondiente compensación a los frailes, los vecinos de Lavapiés poco a poco fueron introduciendo las aguas de sus pozos. Así, por ejemplo, a comienzos de octubre de 1767 se vio la petición de Simón Tomé Santos, dueño de unas casas en la calle de Lavapiés, y de su inquilino José Santos, de oficio guantero, aludiendo a que por razón de su oficio necesitaba mucha agua, con lo que el pozo de la casa se llenaba rápidamente, y por lo que era necesario hacerle dos limpiezas al año. En consecuencia, pedía licencia para poder introducir las aguas en la alcantarilla de los monjes, pero pagando por este acometimiento 300 ó 400 reales y no los 900 con que habían contribuido otros particulares que estaban introduciendo sus aguas en la referida alcantarilla⁸¹⁹.

⁸¹⁸ A.H.N. Consejos. Legajo, 9.426. *“Cañerías para recoger los sobrantes de las Fuentes de Relatores y Lavapiés, e introducirlas en la alcantarilla que estaban construyendo los padres mercedarios calzados”*.

⁸¹⁹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 6 de octubre de 1767.

Dos años después, el excesivo coste que suponía limpiar algunos pozos de la barriada hizo que la Junta de Policía mandara introducir en la alcantarilla los pozos que se pudieran, dándoles a los mercedarios la debida compensación, *“con reflexión de lo útil y conveniente que es la providencia de la extensión de las minas o alcantarillas en esta Villa para el recogimiento de las aguas de sus casas; y deseando esta Junta, se vaya haciendo por los medios más suaves para evitar en lo posible incomodidades y perjuicios”*⁸²⁰. De este modo, con asistencia del regidor comisario Antonio Moreno Negrete y del teniente de arquitecto Juan Durán, a partir del 24 de mayo de 1769 se introdujeron en la alcantarilla otros pozos negros, entre los que había de algunas tenerías que provocaban muchos problemas, previo pago de la correspondiente compensación. Hasta el momento se habían introducido 13 pozos y se había compensado a los monjes por un montante de 20.200 reales⁸²¹. A esta dinámica se sumó el marqués de Perales, cuando el 7 de agosto siguiente comenzó a hacer las gestiones pertinentes con la Junta de Policía para construir un ramal que, recorriendo la calle de la Cabeza, permitiera verter las aguas sucias de su palacio en la alcantarilla de Lavapiés, a la vez las aguas sucias de los pozos de sus casas colindantes.

Pese a algunas diferencias entre los mercedarios y el marqués de Perales, que más adelante comentaremos sobre la construcción de este ramal, a comienzos del mes de octubre el regidor comisario Moreno Negrete informó a la Junta de Policía que de los 63.211 reales de vellón que había costado a los monjes construir la alcantarilla, había que descontarles 17.300 reales del uso que hacían de ella, según lo había tasado el teniente de arquitecto Juan Fernando de Ocaña. Esta cuestión era importante,

⁸²⁰ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 22 de mayo de 1769.

⁸²¹ A.V.M., Secretaría. 4-225-10(2). Los pozos introducidos eran los siguientes: de una casa que administra don Narciso Crespo (pagó de compensación 1.500 reales); de otra de la Sacramental de San Lorenzo que servía de tenería (1.200 reales); de otra que servía de tienda, y pertenecía a los Trinitarios Calzados. (1.800 reales); de otra de la Cofradía de San José que administraba Pedro Rodríguez (900 reales); de otra de la viuda de don Manuel de Paniagua (900 reales); de otra de don Manuel Gálvez (900 reales); de otra del conde de Bornos (3.200 reales); de otra de Santiago Canosa (1.000 reales); de otra de los trinitarios calzados que servía de tenería (1.200 reales); de otra de los padres Jerónimos (3.000 reales); de otra del cura y beneficiados de San Juan (900 reales); de las casas de Antonio Berete (2.800 reales); y de otra de Lorenzo Cardona (900 reales).

porque Madrid sólo tendría que compensar a los frailes con los 55.911 reales restantes, conforme a los pozos de los particulares que se fueran introduciendo en la alcantarilla. Pero además, como ya les habían pagado 20.200 reales de vellón por introducir los pozos de 13 casas, tan sólo se les debía 35.711 reales. Pozo a pozo Madrid estaba comprando la alcantarilla a los monjes y la situación era cada vez más ventajosa para el presupuesto municipal y para los propietarios de las casas. Según el reconocimiento de las casas de la zona que efectuó el mismo Ocaña en 1769, se estaba en condiciones de poder introducir en la alcantarilla otros 62 pozos, pagando cada propietario algo menos de 600 reales, y liberándose a Madrid de los enormes gastos que suponía limpiarlos. Para alentar la introducción de estos pozos la Junta de Policía decidió adelantar a los monjes 17.850 reales y 17 maravedís, la mitad de lo que se les debía, y que luego detraería de lo que tuvieran que pagar los propietarios de los pozos⁸²².

Pero la introducción de todos estos pozos en la alcantarilla fue muy lenta, debido a los problemas económicos y a la morosidad de algunos propietarios que debían saldar sus deudas con los monjes. Esta situación llevó a Madrid a saldar las deudas con los monjes y a hacerse con la propiedad plena de la alcantarilla, pues se antojaba indispensable el control municipal de esta infraestructura y su correspondiente mantenimiento. El 27 de marzo de 1787 se otorgó y firmó la escritura pública ante el escribano de número Juan Villa Olier, previamente acordada el 31 de enero anterior, por la que se hacía la correspondiente transacción y ajuste hecho a los monjes por la alcantarilla de Lavapiés. Al día siguiente, la Junta de Propios y Sisas de Madrid solicitó al corregidor que apremiase a los propietarios de las casas que figuraban en la relación que hizo el teniente de arquitecto Juan Fernando de Ocaña en 1769, cuyos pozos todavía no se habían introducido en la alcantarilla, *“a fin de ahorrar a la causa pública los crecidos gastos de la limpieza de sus pozos y cargarles aquella cantidad que reguló el arquitecto”*; así como los de la relación que dio el administrador de la limpieza de pozos, José Álvarez el 4 de agosto de 1786 y que forzosamente se

⁸²² A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 23 de octubre de 1769.

tuvo que actualizar en estos momentos⁸²³. De poco debieron servir estos apremios, el 19 de agosto de 1788, Pablo Martín Rama, agente que había sido nombrado por Madrid para cobrar a los morosos, informó de las dificultades que tenía con no pocos propietarios y administradores de casas⁸²⁴.

10.1.2.1. El ramal del marqués de Perales o de la calle de la Cabeza.

El 7 de agosto de 1769 en la Junta de Policía de Madrid se vio la tasación que había hecho el teniente de arquitecto Juan Durán, del ramal de alcantarilla que estaba dispuesto a construir el marqués de Perales, con el propósito de evacuar las aguas sucias y sobrantes de su palacio situado en la calle de la Magdalena. El ramal daría comienzo en unas casas accesorias del palacio, situadas en la calle de la Cabeza, y por esta calle iría hasta el encuentro de la Mina Real de Lavapiés o de la Merced. Según Durán, el ramal debía tener 346 pies de línea -96,18 metros de longitud-, *“profundizando al recipiente de ella-de la alcantarilla- 15 pies, y 9 al desembarco”*. Se debía construir con un badén de *“losas de medio pie de grueso y tres de ancho, las paredes de pie y cuarto de grosor de fábrica de cal y ladrillo, con la elevación de cuatro pies, sobre las cuales se ha de formar la bóveda con un pie de dovela, macizando de mampostería lo correspondiente de las enjutas, volviendo a terraplenar a pisón la apertura del terreno y empedrar lo comprendido en toda la línea, dejando en la distancia de ésta dos registros de dos pies y medio de diámetro tapados con losas de piedra berroqueña, para que cuando llegue el caso de su registro facilitar el desahogo correspondiente”*. Así construido el ramal tendría un coste estimado de 24.000 reales, incluidos los jornales de los obreros, los materiales y sacar las tierras de la excavación al campo. La junta acordó dar licencia al marqués de Perales para su construcción bajo

⁸²³ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 28 de marzo y 10 de mayo de 1787. También en A.V.M., Secretaría. 4-295-32.

⁸²⁴ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 19 de agosto de 1788.

los términos expresados y bajo la supervisión del regidor comisario Antonio Moreno Negrete⁸²⁵.

Apenas un mes después, el marqués tuvo que parar las obras por las quejas que había expuesto a la Junta fray Francisco Ravadán, prior del Convento de la Merced, porque consideraba que, al igual que había ocurrido con otros interesados, el referido marqués tenía que pagar su parte correspondiente por el uso que iba a hacer de la alcantarilla, a través de su ramal. La Junta dio la razón al prior y obligó al marqués a satisfacer su parte correspondiente a los monjes. Solventados estos inconvenientes se procedió a la construcción del ramal⁸²⁶.

Al igual que había ocurrido con la alcantarilla de los mercedarios, en el ramal del marqués también se fueron introduciendo los pozos de las casas colindantes para evitar los onerosos gastos de su limpieza. Más aún, las mismas motivaciones que habían llevado a la Junta de Propios y Sisas a comprar la alcantarilla de la Merced, propiciaron también la compra de este ramal de la calle de la Cabeza. En efecto, en octubre de 1787, siete meses después de haberse comprado la alcantarilla de Lavapiés, se iniciaron los trámites para comprar el ramal, en principio valorado por la Junta en 22.600 reales de vellón. Si bien, como el marqués de Perales era regidor del ayuntamiento se le pasó oficio para que *“diga la cantidad que quiere y el término en que se le ha de pagar en atención a que el coste de las atajeas y la tercera parte de su principal ha de ser de cuenta de los dueños de las casas”*. Después del preceptivo reconocimiento realizado por el teniente de arquitecto Ramón Durán, el coste del ramal se tasó en 36.271 reales de vellón⁸²⁷.

⁸²⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 7 de agosto de 1769.

⁸²⁶ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 18 de septiembre y del 23 de octubre de 1769.

⁸²⁷ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 20 de octubre y del 3 de noviembre de 1787.

10.1.2.2. El ramal de la Real Fábrica del Salitre.

Su construcción se planteó en 1780 y estuvo motivada tanto por la acumulación de aguas que se producían junto a la puerta de la Real Fábrica del Salitre, como por las obras que había que realizar en el perfil de la calle que comunicaba la referida fábrica con la calle de Lavapiés⁸²⁸. El 2 de marzo de 1781, en la Junta de Propios y Sisas se dio cuenta que en la última semana de febrero se habían terminado las obras de este ramal de alcantarilla, inmediato al Portillo de Valencia, y que había requerido empedrar de nuevo toda la calle que se extendía entre la plaza de Lavapiés y la fachada de la Real Fábrica. El coste total del ramal había ascendido a 41.292 reales de vellón y 11 maravedís, y el de los empedrados a 28.559 reales de vellón, que fueron pagados por el comisionado de la Real Fábrica, Rosendo Parayuelo. Acabadas las obras, la Junta de Propios y Sisas estaba obligada a devolverle estas cantidades con cargo a los 200.000 reales de vellón que el Reglamento General tenía consignados para gastos extraordinarios. Además, se tuvieron que suplir los gastos que surgieron con motivo de los perjuicios y humedades que se había causado a los vecinos con motivo de tener que elevarse la calle, y satisfacer los honorarios del teniente Juan Durán que había ejecutado estas obras⁸²⁹.

Este ramal de alcantarilla culminaba en un vertedero que daba al campo y estaba provisto con una puerta o reja de hierro de forja con cerradura. Sus dos llaves estaban bajo la custodia del visitador general de la limpieza y del asentista de la limpieza de los pozos. Este último debía dar cuenta diaria de los mozos que la abrían para hacer los vertidos de las cubas que trajinaban los carros de la limpieza de los pozos, además de procurar tenerlo limpio y evitar los malos olores.

⁸²⁸ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 28 de noviembre de 1780.

⁸²⁹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 2 de marzo de 1781.

10.1.2.3. El ramal de los Trinitarios Calzados.

El 12 de marzo de 1788 la Junta de Propios y Sisas acordó la construcción de este ramal que surgió por iniciativa de los monjes del Convento de la Santísima Trinidad, situado entre las calles de Atocha y de los Remedios, con el propósito de verter sus aguas sobrantes en la alcantarilla de Lavapiés, así como la de los pozos de sus casas colindantes. El ramal se proyectó con salida por la parte trasera del convento, es decir, en dirección a la calle de los Remedios, por la que acometía a la alcantarilla de Lavapiés.

Según el reconocimiento efectuado por los tenientes de arquitecto Ballina y Durán, estas obras fueron tasadas en 44.349 reales de vellón y 7 maravedís. De esta cantidad Madrid tendría que pagar las dos terceras partes, 29.572 reales y 8 maravedís, y la tercera parte restante, 14.786 reales y 14 maravedís, los dueños de las casas que introducirían sus pozos en el ramal. Pero el presupuesto municipal estaba tan limitado y condicionado por el gasto de la limpieza de los pozos que ni siquiera se podía abordar una obra menor como era la de este ramal. Finalmente, el coste total lo asumieron los trinitarios, a cambio de que Madrid se lo devolviera en un plazo de tres años⁸³⁰.

10.1.3. Las alcantarillas de la Ribera de Curtidores y de la calle del Peñón, y el ramal de la calle de Rodas.

La denominada alcantarilla del Rastro o de la Ribera de Curtidores realmente estaba compuesta por dos minetas o minas de pequeñas dimensiones situadas, una, a lo largo de toda la Ribera de Curtidores hasta alcanzar la plaza del Rastro, y, la otra, sobre parte de la calle del Peñón, hasta su intersección con la calle del Carnero. Ambas desaguaban a cielo abierto en los barrancos inmediatos tras rebasar la cerca fiscal de la Villa.

⁸³⁰ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 12 de marzo de 1788.

Estas alcantarillas o minetas fueron de las últimas actuaciones realizadas en la Villa bajo la jurisdicción de la Comisión de Limpieza y las primeras de la nueva Junta de Policía de Madrid, siendo construidas entre finales de 1765 y los primeros meses de 1766 por el teniente de arquitecto Juan Fernando de Ocaña, bajo la supervisión del alcalde del departamento Bajo, Blasco Orozco, y de Francisco Sabatini, director de policía y maestro mayor de obras del rey⁸³¹. Su trazado en calles paralelas, separadas la una de la otra, estuvo justificada por la anchura tan considerable que entonces tenía la Ribera de Curtidores y por las actividades que se daban en la zona, dominada en el Cerrillo del Rastro por el matadero de cerdos, además de por no pocas tenerías, talleres de curtidos y otras industrias afines. El 20 de diciembre de 1769 la Contaduría de Cuentas informó que el coste total de estas alcantarillas había ascendido a 160.000 reales de vellón, de los que 29.164 reales fueron sufragados por los fondos de causa pública y los 130.836 restantes por los dueños de las casas colindantes y de la casa matadero del Rastro, que estaban obligados a verter sus aguas en ellas⁸³².

De las dos minetas, a la situada en la Ribera de Curtidores se le dio la consideración de alcantarilla general por la longitud de su trazado y por los ramales y acometidas de pozos que le fueron incorporando. Sin embargo, al haber sido construida con modestas dimensiones pronto hubo que reformarla para evitar sus atascos y hundimientos. El 20 de septiembre de 1768, apenas dos años y medio después de entrar en funcionamiento, el teniente Juan Durán recibió orden de la Junta de Policía de limpiar las minetas de la Ribera de Curtidores y de la calle del Peñón, además de construir en esta última tres registros tapados con su correspondiente losa de piedra berroqueña, para facilitar sus futuras limpiezas, habida cuenta de que iban creciendo los pozos que introducían en ella sus aguas. El coste de esta limpieza y registros fue de 1.360 reales y 15 maravedís⁸³³.

⁸³¹ A mediados de febrero de 1766 el teniente Juan Durán dio cuenta del estado de las obras de estas alcantarillas. A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 18 de febrero de 1766.

⁸³² A.V.M., Secretaría. 1-87-51.

⁸³³ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 20 de septiembre de 1768 y del 17 de julio de 1769. A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 5 de julio de 1769.

A la incomodidad que soportaban los vecinos por estas limpiezas hubo que añadir los malos olores que provocaban los vertidos del matadero de cerdos en plena calle, a pesar de estar obligado a construir una atajea para conducirlos directamente al interior de la mina de la Ribera de Curtidores. De esta situación se quejaron los vecinos a la Junta de Policía el 30 de julio de 1771, responsabilizando al director del Abasto de Carnes de Madrid de no haber ejecutado la atajea que estaba obligado a construir⁸³⁴. Pero debía ser tal el volumen de vertidos que se producían en la zona que estas modestas alcantarillas pronto se quedaron pequeñas para realizar eficazmente su función. El 7 de mayo de 1787, el teniente de arquitecto Mateo Guill dio aviso al corregidor de que la calle de la Ribera de Curtidores se había hundido a la altura de la Huerta del Bayo, por las riadas de agua que provocaron las tormentas y que bajaban con virulencia desde el Cerrillo del Rastro y sus calles aledañas. Guill informó que la alcantarilla se encontraba *“descubierta como unas 14 varas -11,9 metros-, principiaba a devorarse y lo restante de ella amenazando próxima ruina”*. Así mismo, advirtió de los peligros y perjuicios que podrían sufrir los cimientos de las casas colindantes y el tránsito de los vecinos por esta calle que se encontraba cortada. La Junta acordó que el teniente reparara la alcantarilla, lo que implicó demoler parte de la antigua mina, abrir de nuevo algunas zanjas y recomponerla desde sus cimientos. Estas obras se prolongaron durante más de cinco meses y costaron 16.099 reales y 28 maravedís⁸³⁵.

Junto a los pozos de las tenerías, casas particulares y el matadero de cerdos, a la alcantarilla de la Ribera de Curtidores vino a desaguar el ramal de la calle de Rodas. Su construcción se debió al vecino Juan Facundo Domínguez cuando a comienzos de 1766 pidió construir un ramal de alcantarilla desde su casa situada en la calle de Rodas, con vuelta a la Ribera de Curtidores, en lugar de los pozos negros que estaba obligado a abrir. En estos momentos el teniente de arquitecto Juan Fernando de Ocaña estaba construyendo la alcantarilla de la Ribera de Curtidores, a la vez que los propietarios de las casas colindantes abrían sus pozos. Juan Facundo Domínguez obtuvo el permiso pertinente de la Junta de Policía y construyó el ramal vestido de ladrillo, entre sus

⁸³⁴ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 30 de julio de 1771.

⁸³⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 22 de mayo y del 25 de octubre de 1787. También se da cuenta de esta reparación en A.V.M., Secretaría. 1-86-38.

casas y la alcantarilla de la Ribera, disponiendo su trazado por el medio de la calle de Rodas. Sin embargo, no se le eximió de pagar los 3.239 reales de vellón y 16 maravedís, que según el prorrateo establecido por el teniente de arquitecto Ocaña le correspondían por sus pozos. En noviembre del mismo año, el matrimonio Bernardo Pérez y Catalina Ortiz Vidal, también pidió licencia a la Junta de Policía para prolongar el ramal por la calle hasta llegar a sus tres casas, las números 2, 3 y 4 de la manzana 81, ya que la presencia de aguas someras en el subsuelo impedían la solidez de los pozos. En el caso de tener que construirlos sabían que les iba a ocasionar muchos perjuicios, porque ya les ocurrió con el hundimiento de un pocillo que tenían en la casa número 2 de la referida manzana. La junta les dio la pertinente licencia el 17 de febrero de 1767 y prolongaron el ramal hasta sus casas. Sin embargo, pronto surgieron las desavenencias entre el matrimonio y el vecino Juan Facundo Rodríguez ya que éste último pedía que le compensaran económicamente por usar la alcantarilla que había construido y prolongado. Tras varias reclamaciones y alegaciones de unos y otros, el 11 de agosto la Junta determinó que el matrimonio compensara a Juan Francisco Rodríguez en los términos que neutralmente lo determinaran los maestros de obras⁸³⁶.

10.1.4. La alcantarilla de la calle del Arenal y sus ramales.

El origen de esta alcantarilla se remonta al 17 de marzo de 1767 cuando la Junta de Policía vio una petición del marqués de Montealegre, duque de Arcos y otros vecinos de la calle del Arenal, solicitando la construcción de una alcantarilla *“por la que pudieran verter toda clase de aguas fuera de sus posesiones y de las demás que a ésta se quisieran agregar”*. La Junta acordó citar para el 25 de marzo siguiente al director de policía Francisco Sabatini, a sus tenientes, al comisario del departamento Alto Manuel Pardo y a los representantes de los vecinos interesados, con el fin de establecer las condiciones de técnicas y económicas para su construcción. Dos meses después lo

⁸³⁶ A.V.M., Secretaría. 1-25-13. También en A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 25 de noviembre de 1766 y del 17 de febrero y 26 de mayo de 1767.

único que se había hecho fue encargar al comisario Pardo que hiciera todas las diligencias necesarias para que se sumaran a esta iniciativa el mayor número de propietarios de casas de la calle del Arenal⁸³⁷. Estas diligencias también se hicieron extensivas a los vecinos de la calle de Postas y a otras instituciones de los alrededores, como a la Real Casa del Correo que se iba a empezar a construir en la Puerta del Sol, a la vecina Inclusa y al Convento de San Felipe el Real, que estuvo situado en el arranque de la calle Mayor⁸³⁸.

Conocer el interés de estas instituciones era crucial para determinar el lugar donde debía comenzar a construirse la alcantarilla, al tiempo que los costes de la misma se repartirían entre un mayor número de interesados. La construcción de esta alcantarilla era muy importante para la Junta de Policía y el gobierno, porque permitiría la evacuación de las aguas inmundas y las humedades permanentes de una zona céntrica de la urbe, densamente poblada, cuya limpieza siempre había sido muy problemática y costosa, por el particular relieve de vertiente que presentaba la calle del Arenal en la que se acumulaban residuos de todo tipo. Huelga recordar que la calle del Arenal fue el lecho de un antiguo arroyo, parte del cual se soterró en el siglo XVI mediante la construcción de la alcantarilla de los Caños del Peral.

El 8 de junio de 1768, casi un año después, Francisco Sabatini presentó a la Junta el presupuesto y prorrateo que debían satisfacer los propietarios de las casas interesados en construir la alcantarilla, cuyo trazado de 1.300 pies de longitud -351 metros- discurriría desde la esquina de las casas del conde de Clavijo hasta su incorporación en la antigua alcantarilla de los Caños del Peral, más abajo del *puentecillo* que había a la altura de la calle de las Fuentes y permitía salvar el arroyo y los cursos de agua que se formaban en la calle del Arenal. Además, *“debía de ser capaz para que en adelante pueda continuarse hacia la Puerta del Sol, y desaguar en ella si se ofrecieren hacerlas en las calles que concurran a dicha calle y sus descensos”*. La Junta acordó elevar a la aprobación de S.M. el proyecto de Sabatini. Doce días después, el

⁸³⁷ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 17 de marzo y del 26 de mayo de 1767.

⁸³⁸ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 18 de agosto de 1767.

secretario de Estado, Jerónimo Grimaldi, comunicaba al corregidor la orden del rey por la que mandaba construir la alcantarilla del Arenal, con arreglo a lo estipulado por Sabatini, esto es, a un coste aproximado de 200.000 reales de vellón, de los que una cuarta parte, 50.000 reales, serían sufragados por Madrid, y las tres cuartas partes restantes entre los dueños de las casas⁸³⁹.

Para proceder al cobro de los 150.000 reales que tenían que costear los dueños de las casas, Sabatini hizo el correspondiente prorrateo. Para calcularlo, en primer lugar se averiguó lo que rentaban los alquileres de las casas interesadas en construir la alcantarilla, que, en este caso, las 15 casas interesadas rentaron en alquileres anuales un total de 189.847 reales. Seguidamente y teniendo en cuenta el coste de la alcantarilla, se calculaba un promedio, que, en este caso, se estableció en 790 reales y un cuarto de real, cantidad que cada dueño tenía que pagar del coste de la alcantarilla por cada 1.000 reales de renta de su casa. De este modo, se estableció el prorrateo inicial de la alcantarilla del Arenal y se comunicó a la Contaduría de Cuentas de Propios y Sisas para que el dinero sufragado por los dueños de las casas se custodiara en la Tesorería de Sisas, para pagar las obras de la alcantarilla⁸⁴⁰. En la tabla siguiente se muestran los prorrateos calculados por Sabatini que proporcionalmente tuvieron que satisfacer los propietarios conforme al valor de los alquileres de sus casas.

⁸³⁹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 8 y 21 de junio de 1768.

⁸⁴⁰ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 21 de junio y 12 de julio de 1768.

Tabla 9. Prorratio inicial del coste de la alcantarilla del Arenal (21 de junio de 1769).

CASA	RENTA DE SU ALQUILER	PRORRATIO: A PAGAR
La casa enfrente de la enunciada esquina de la calle que atraviesa a San Felipe, de Luis Cerdeño	2.200 rs.	1.738 rs. 18 mrs.
Nº 3, de Cayetano Urbaneja	3.300 rs.	2.607 rs. 28 mrs.
Del conde de Fuerte Ventura, su administrador Francisco Campero	6.778 rs.	5.356 rs. 40 mrs.
De fray Miguel de Santa María, del Convento de San Pablo (Valladolid)	5.000 rs.	3.957 rs.
Nº 2, del conde de Torrubia que administraba Fco. Javier Sornoza	14.200 rs.	11.224 rs.
Nº 1, del marqués de Salinas	6.958 rs.	5.498 rs. 40 mrs.
Del duque de Arcos	47.244 rs.	37.370 rs.
Del marqués de Montealegre, conde de Oñate, su casa principal y dos que le servían de cocheras.	42.000 rs.	33.190 rs.
Otra del marqués de Salinas que administraba José Miranda, Nº 24	12.000 rs.	9.483 rs.
Nº 20, de Vicente Juez Sarmiento	19.000 rs.	15.409 rs. 28 mrs.
De la VOT de San Francisco que administraba Antonio Montes	11.000 rs.	8.692 rs. 25 mrs.
Nº 12, de Lucas Mesura, apoderado de la Congregación de San Atanasio de los Cocineros	3.000 rs.	2.370 rs. 25 mrs.
Nº 11, del Convento de la Carbonera, que administraba Agustín de Vizcaya	3.854 rs.	3.045 rs. 18 mrs.
Nº 10, de Martín de Cenete	3.500 rs.	2.765 rs. 29 mrs.
Nº 8, de Pedro Pablo Folch	6.800 rs.	5.373 rs. 17 mrs.
Nº 9 de Felipe Anselmo, mayordomo del Convento de San Martín.	2.573 rs.	1.985 r. 22 mrs.
TOTAL	189.317 rs.	150.000 rs.

(rs. = reales de vellón; mrs. = maravedís de vellón).

El 21 de junio de 1768 la Junta aprobó este prorratio y se acordó tener en cuenta a los futuros propietarios que quisieran introducir sus aguas en la alcantarilla, satisfaciendo la parte que les correspondiese: *“El pensamiento de la construcción de la citada alcantarilla, le contempla la Junta utilísimo, para que se vayan agregando, y incorporando en ellas, las casas de las calles inmediatas, con descenso allí, y conseguir por este medio la extensión de una providencia, que siempre se ha considerado la única, a proporcionar el fin de la mejor limpieza de la corte, que tanto se apetece”*. Seguidamente, se comisionó al regidor comisario Antonio Moreno Negrete que eligiera a un maestro de obras *“a su satisfacción”* para que comenzaran las obras con la mayor brevedad, aprovechando las bondades climáticas del verano⁸⁴¹. Respecto a los 50.000 reales que Madrid debía sufragar con los fondos de causa pública, correspondientes a la cuarta parte del coste de la alcantarilla, se acordó minorar su desembolso restándole el valor de los adoquines de piedra de la calle Mayor que habían sido sustituidos por los nuevos enlosados. Estos adoquines se emplearían para el solado de la nueva alcantarilla, junto a la piedra que se obtuviese del desmontaje del puentecillo que había sobre la calle del Arenal, inmediato a la Iglesia parroquial de San Ginés⁸⁴². Por último, para hacer efectiva la gestión económica y contable de la obra, se nombró como pagador a Juan Ángel de Salcedo, que ya lo hacía con las obras de reforma del paseo del Prado y los nuevos empedrados, y en su nombre el apoderado Juan Manuel de Dílez, *“para que ocurra con ellos -los dineros- a los gastos que se causan con motivo de la citada alcantarilla”*. Estos nombramientos le fueron comunicados a Fernando de Llano, tesorero general de sisas, para que fuera entregando las cantidades que los dueños de las casas iban pagando a la tesorería, junto a los fondos de causa pública que le correspondían a Madrid⁸⁴³.

⁸⁴¹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 21 de junio de 1768.

⁸⁴² A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 28 de julio de 1768.

⁸⁴³ Entre el 6 y el 20 de septiembre de 1768, se entregaron al apoderado Juan Manuel de Dílez 15.000 y 40.000 reales respectivamente para los gastos de las obras. A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 6 y del 20 de septiembre de 1768.

A mediados de agosto de 1768 las obras de la alcantarilla se sacaron a subasta pública, conforme a los criterios, condiciones y precios que el arquitecto italiano Giovanni Tami había establecido en el pliego técnico de licitación, por encargo del regidor comisario Moreno Negrete. Tami, experimentado arquitecto que había trabajado junto a Sabatini en la construcción del Palacio Real y en el alcantarillado de la calle de Segovia, había proyectado la alcantarilla del Arenal con una profundidad de excavación de 11 pies -3 metros-, quedando sobre su rosca, galápago o bóveda media vara -0,41 metros- para cubrirla con tierra apisonada y el nuevo empedrado de la calle. El trazado de la alcantarilla era un poco más corto que el inicialmente proyectado por Sabatini, pues comenzaría junto a las casas del conde de Oñate, marqués de Montealegre y culminaría enlazando con el sumidero de la antigua alcantarilla de los Caños del Peral. Sin embargo, esta alcantarilla proyectada por Tami pronto se revelaría ineficaz para permitir el desagüe de no pocos pozos de sus alrededores, fundamentalmente por su poca profundidad, lo que no impidió que prácticamente por sus dos vertientes fueran acometer a ella buen número de ramales. Es probable que Tami estuviera condicionado por la profundidad que presentaba la antigua alcantarilla de los Caños del Peral, a la que iba a enlazar la del Arenal.

Con todo, el 13 de septiembre siguiente, la Junta de Policía aprobó la contrata de las obras que ejecutarían los alarifes italianos Francesco Porta, Doménico Bosqueti, Francesco Notatri, Antonio Rossi y el francés Michelle Cremong quienes el 21 de agosto anterior se habían comprometido a rebajar un 18% los precios establecido en el pliego de Tami. De hecho, los asentistas habían manifestado a la Junta que los ladrillos y la cal necesaria para la obra la tenían ajustada con el mayorista Lucas de la Peña a precio de 240 reales el millar de ladrillos, libres del derecho de puertas como era costumbre en las obras públicas, y la cal con José Martínez a 7 reales la fanega⁸⁴⁴. En los siete meses que duró su ejecución se emplearon los ladrillos jaboneros para las cítaras o paredes y para la bóveda o galápago de la alcantarilla, más la piedra del antiguo empedrado de la calle Mayor para su suelo o badén. De su correcta ejecución

⁸⁴⁴ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 13 de septiembre de 1768. A.V.M. Secretaría. 4-295-7.

también se encargaron los tenientes de arquitecto Juan Durán y José de la Ballina, mientras que el sobrestante Juan de Aleer vigiló que se emplearan los materiales adecuados prescritos en el pliego técnico⁸⁴⁵.

El 10 de abril de 1769 el regidor comisario Antonio Moreno Negrete comunicó a la Junta de Policía que los asentistas habían finalizado las obras. Como el mismo regidor se había encargado de hacer las diligencias oportunas para cobrar los prorrateos a los dueños de las casas, informó que el coste total de la alcantarilla había ascendido a 177.278 reales y 2 maravedís de vellón, incluyendo la construcción de un pequeño ramal situado en la entonces llamada calle del Cordero, que se encontraba entre las manzanas 386 y 387, entre las calles del Arenal y Mayor, frente de San Felipe el Real, cuyo coste ascendió a 9.866 reales y 18 maravedís, que forzosamente debía rebajarse del total porque no correspondía pagarlos a los dueños de las casas de la calle del Arenal. De hecho, las tres cuartas partes del coste de ese pequeño ramal lo asumió el marqués de Montealegre (7.424 reales y 31 maravedís), mientras que la cuarta parte restante (2.441 reales y 21 maravedís) se tendrían que costear con los fondos de causa pública. Como la obra estaba valorada en 200.000 reales, Moreno Negrete dio cuenta que se habían ahorrado 32.582 reales y 18 maravedís, de los que correspondían a la cuarta parte de los caudales públicos 8.146 reales y 12 maravedís, más 1.200 ladrillos que habían sobrado de las obras, una porción de cal, los restos de maderas, además de las barandillas de hierro que tenía el puentecillo de San Ginés, que se dismanteló por orden de la junta del 29 de julio de 1768. En consecuencia, a los dueños de las casas, del prorrateo inicial de las tres cuartas partes con que se financiaron las obras, se les tendría que devolver 24.437 reales y 3,5 maravedís. Así mismo, informó que la Parroquia de San Ginés había acometido sus vertidos a la alcantarilla sin contar en la relación inicial de interesados, y, por lo tanto, no había

⁸⁴⁵ Hasta el 9 de noviembre de 1768, es decir, en los dos primeros meses de las obras se recibieron un total de 182.456 ladrillos, de los 153.099 fueron proveídos por el mayorista Lucas de la Peña; 17.357 por José Pérez y los 12.000 restantes se trajeron de las obras del nuevo Palacio Real. A.V.M. Secretaría. 4-295-7.

pagado su parte correspondiente. Según el regidor sus alquileres rentaban anualmente 21.270 reales⁸⁴⁶.

Un día después se vieron en la Junta las observaciones de Moreno Negrete, junto con la contabilidad de las obras presentada por Juan Ángel de Salcedo, de la que resultó haberse gastado los mencionados 177.278 reales y 2 maravedís de vellón informados por Moreno Negrete, en cuyo importe se incluyeron los 8.011 pies de adoquines que se quitaron de la calle Mayor y se pusieron en el piso de la alcantarilla, que tasados en 4 reales cada pie resultaron 32.044 reales, que debían entrar en la Tesorería de Arcas de Sisas para descontarlo del coste que tuvo el nuevo empedrado de la calle Mayor. Con respecto a los pagos que tenían que hacer los propietarios de las casas asignado en el prorrateo, se daba cuenta que algunos habían pagado todo; otros lo iban entregando a cuenta y otros no habían pagado nada, como el Marqués de Salinas o Pedro Pablo Folch que se encontraba en concurso de acreedores, y ser su propia casa uno de los bienes incluidos en la liquidación concursal. Tres cuartos de lo mismo le ocurría al conde de Torrubia, cuya casa administraba Francisco Javier Sornoza, hallándose depositados los 11.221 reales que se le repartió en el oficio de escribano de provincia, que ejercía Juan Díaz de la Cruz, y audiencia del alcalde Juan Acedo Rico a quién había que notificarle lo que haya correspondido pagar a dicha casa, para que lo mandara poner en la Tesorería⁸⁴⁷.

A la luz de todos estos informes la Junta de Policía concluyó que los morosos y deudores asumieran el pago de sus obligaciones, mientras que a los que habían suplido sus prorrateos se les devolviera lo que pagaron de más por el menor coste de la alcantarilla, teniendo en cuenta la parte que habría que aumentar por la introducción de las aguas inmundas de la parroquia de San Ginés. Conforme a las cuentas presentadas se ordenó hacer un nuevo prorrateo y que el regidor Moreno Negrete se encargara de hacer las diligencias oportunas con los propietarios⁸⁴⁸. De este modo, de los 167.417 reales que había costado realmente la alcantarilla, a los

⁸⁴⁶ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 11 de abril de 1769.

⁸⁴⁷ *Ibidem*.

⁸⁴⁸ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 18 de abril de 1769.

dueños de las casas les correspondía pagar 125.563 y a la causa pública 41.854. Teniendo en cuenta la diferencia con el prorrateo inicial se tuvieron que devolver 22.286 reales a diversos particulares, aunque todavía no se hubieran reintegrado en la tesorería los 71.206 reales y 32 maravedís de los morosos que no habían pagado su parte, y de lo que todavía debía abonar la propia causa pública. A su vez, se estipuló que la parroquia de San Ginés pagara 12.682 reales y 19 maravedís por introducir sus aguas en la alcantarilla⁸⁴⁹. De igual modo ocurrió con las casas del Conde de Clavijo, que finalmente se decidió por introducir sus aguas en la alcantarilla a cambio de 4.322 reales y 15 maravedís que le correspondían por prorrateo y que se emplearon en devolver al marqués de Montealegre, conde de Oñate, lo que había pagado de más, deducidos los 610 reales y 8 maravedís y medio de la cuarta parte de la causa pública⁸⁵⁰. Del nuevo prorrateo y la fiscalización de las cuentas de las obras dieron cumplida relación y finiquito en sus correspondientes certificaciones, el pagador Juan Ángel de Salcedo, el tesorero general de propios y sisas, Pedro Nogueira Andrade, y el contador de cuentas de Madrid, Joaquín Cuervo y Figueroa⁸⁵¹.

Pero no había acabado el año 1769, cuando hubo que reformar esta alcantarilla, sobretudo, porque seguía acumulándose demasiada agua sobre la calle del Arenal. De esta circunstancia dio cuenta en repetidas quejas el párroco de San Ginés indicando que desde que quitaron el puentecillo que había sobre la calle no se podía ir con comodidad y urgencia a atender a los feligreses de las casas de la subida a San Martín. La Junta mandó al teniente Juan Durán reconocer las rejillas –sumideros- que

⁸⁴⁹ A la casas de Luis Cerdeño se le devolvieron 426,26 reales; a la de Cayetano Urbaneja y el conde Oñate 2.989 reales y 30 maravedís; a la de fray Miguel de Santa María 969 reales y 33 maravedís; al duque de Arcos 9.158 reales y 17 maravedís; a José de Miranda y Vicente Juez Sarmiento, 2.328 y 471 reales y 28 maravedís, respectivamente; a la casa de la VOT de San Francisco 2.733 reales con 33 maravedís; a la Congregación de Cocineros de San Atanasio 587 reales y 33 maravedís; a las monjas de la Carbonera 747 reales y 19 maravedís; a la de Martín de Loreta 678 reales y 33 maravedís a la del Convento de San Martín, priorato de Silos, 487 reales y 12 maravedís. Por el contrario, además e la parroquia de San Ginés quedaban pendientes de pagar el conde de Torrubia (8.466 reales y 26 maravedís), el marqués de Salinas (4.748 reales y 26 maravedís, Pedro Pablo Folch (4.054 reales y 17 maravedís) y los 41.854 reales del fondo de causa pública que todavía no había pagado Madrid. A.V.M. Secretaría. 4-225-10 (1).

⁸⁵⁰ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 9 y 22 de mayo de 1769.

⁸⁵¹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 6 y del 22 de octubre de 1769. También en A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 6 de octubre de 1769.

se podían poner debajo de los buzones de la alcantarilla para que recogieran las aguas de lluvia y *“sea así menor la que lleva aquel arroyo”*⁸⁵². Con respecto, a las nuevas casas que fueron introduciendo sus pozos en la alcantarilla, no se volvieron a hacer prorrates, sino que simplemente se les estipuló una cantidad que debían satisfacer o se les aplicó directamente lo que les correspondía por la renta de sus alquileres, y sus contribuciones se ingresaron en la Tesorería de Sisas. Este fue el caso del vecino Manuel Lumbreras, que en mayo de 1771 introdujo las aguas de su pozo en la alcantarilla a cambio del pago de 200 ducados o 2.200 reales de vellón⁸⁵³.

10.1.4.1. Los ramales de la bajada de la Iglesia parroquial de Santa Cruz por las calles de Postas y Esparteros, atravesando la calle Mayor.

También conocidos como los ramales de las calles de Postas y Esparteros, tuvieron su origen el 31 de enero de 1769, cuando la Junta de Policía ordenó al regidor comisario del departamento Bajo, Antonio Moreno Negrete, que encargase a Francisco Sabatini, director de policía, y sus tenientes, Juan Durán y José de la Ballina, regular el gasto que tendría la construcción de estos ramales de alcantarilla que desde la Parroquia de Santa Cruz, pasando por la calle de Postas y Esparteros, y atravesando la calle Mayor, fueran a desaguar a la alcantarilla del Arenal. Para hacer el prorrato del coste se tendrían en cuenta las rentas o alquileres de las casas que verterían en los ramales, tal y como ya se había practicado en la alcantarilla del Arenal⁸⁵⁴.

Casi siete meses después, el 21 de julio de 1769, en la Junta de Policía se veía una declaración del teniente Juan Durán de fecha 17 de agosto anterior, en el que daba cuenta de haber medido y tasado las obras. Según el arquitecto, el ramal de la calle de Postas debía comenzar en la intersección con la calle de San Jacinto –actual calle de Zaragoza–; mientras que el de la calle de Esparteros comenzaría frente a la casa principal que pertenecía a la Sacramental de la parroquia de Santa Cruz. Ambos

⁸⁵² A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 20 de noviembre de 1769.

⁸⁵³ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 27 de mayo de 1771.

⁸⁵⁴ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 31 de enero de 1769.

ramales se unirían antes de atravesar la calle Mayor, frente a la puerta principal de la Iglesia del Convento de San Felipe el Real, para atravesando la calle Mayor conectar con el pequeño ramal de la calle del Cordero, que acometía directamente a la alcantarilla del Arenal⁸⁵⁵.

La construcción de estas minas debía hacerse *“considerando la abertura al principio de ellas con 20 pies de profundidad y haciendo centro en donde han de concurrir una y otra, que será al final de la calle de Esparteros y la de Postas, frente de la puerta del referido convento de San Felipe, profundizándose en esta parte hasta que se considere que tiene el desnivel correspondiente para incorporarse a la alcantarilla de la calle del Cordero”*. Si bien, Durán matizaba que *“en la distancia que hay desde la esquina de la calle del Cordero, hasta donde se han de juntar las alcantarillas de las calles de Postas y Esparteros, se harán las alcantarillas de 3 pies de ancho, sentando en su piso losas de piedra berroqueña de cuatro pies de diámetro recibidas y acompañadas con fábrica de mampostería las paredes de la mina, que tendrán de grueso 1,5 pies y de alto 4 pies, y la bóveda 1 pie de dovela; paredes y bóveda de fábrica de cal y ladrillo de la rivera”*. Mientras que las dos alcantarillas de las calles de Postas y Esparteros se harían con un badén de *“losas de 0,5 pies de grueso y 3 de ancho, sentadas de tortada de cal y acompañadas de fábrica de mampostería; tendrán de diámetro 2,5 pies y 4 pies de grueso; sus paredes 1,25 pies de grueso por 4 pies de alto y 1 pie de dovela, acompañando sus enjutas con fábrica de mampostería”*. Además, insistía en la necesidad de establecer *“cada cierta distancia los pocillos de registro que mejor convenga, los que se taparán con losa de piedra berroqueña”, y “se reconocerán con puntualidad los sitios donde se hayan construidos los pozos de las dos calles para determinar las bocas de las tajeas”*.

Por último, *“la tierra que se ponga sobre las bóvedas se pisará con la debida forma, empedrando lo que comprende la abertura del terreno”*. Toda esta obra se presupuestó en 136.000 reales de vellón, incluidos los jornales, materiales de construcción a emplear y la retirada de tierras y escombros al campo, aunque Durán

⁸⁵⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 21 de agosto de 1769.

previno de que no se podía establecerse su justo valor *“porque se desconoce si al iniciarse la construcción se encontraran terrenos defectuosos que ocasionen gastos en acodalados y otras cosas que puedan ocurrir”*. La junta aprobó las obras y el presupuesto, y encargó al regidor comisario Antonio Moreno Negrete las providencias necesarias para proceder a su construcción⁸⁵⁶.

Cinco días después las obras proyectadas por Durán se adjudicaron a los maestros de obras Francesco Porta, Doménico Bosqueti, Francesco Notatri, Antonio Rossi y el francés Michelle Cremong, los mismos profesionales que habían construido la alcantarilla del Arenal, finalizando sus obras el 10 de abril anterior⁸⁵⁷.

10.1.4.2. El ramal de la plaza de Santa Catalina de los Donados y las acometidas desde la calle Mayor.

Este pequeño ramal discurría por prácticamente toda la calle de Santa Catalina de los Donados, hasta alcanzar la calle de la Flor Alta. Fue construido por iniciativa del Colegio de Santa Catalina de los Donados, que se encontraba en la referida calle

⁸⁵⁶ Ibídem. Sobre el presupuesto de estos ramales también hay referencias en A.V.M. Secretaría. 1-87-51.

⁸⁵⁷ A.V.M. Secretaría. 4-225-10 (3). Las condiciones y precios pactadas y aprobadas con los asentistas italianos fueron: 1º. Por cada vara cúbica de excavación en dichas alcantarillas desde la superficie del empedrado hasta la profundidad de 10 pies, sacar la tierra al campo, con la que quedase para terraplenar sobre las bóvedas de dichas alcantarillas hasta enrasar en empedrado y colocar la piedra en las partes más inmediatas fuera de las calles, a 6 reales y medio de vellón. 2º. Si hubiese que profundizar y excavar más se aumentaría el precio a proporción, siendo de cuenta de los asentistas las herramientas necesarias. 3º. Por cada pie cúbico de mampostería para enrasar los adoquines, losas y enjutas de las bóvedas, había que pagar a los asentistas 2 reales. 4º. Por cada pie superficial de losa de medio pie de grueso, sentadas con su tortada de cal, había que pagar a los asentistas 4 reales y un cuartillo. 5º. Por cada pie de adoquín sentado sólo con su tortada de cal, entregándose dichos adoquines por la Villa, se nos debía pagar a los asentistas sólo por el trabajo de sentarlos y macizarlos a un real de vellón. 6º. Por cada pie cúbico de paredes y registros de ladrillo de la Rivera, con su mezcla de dos de arena y una de cal, habría que pagarles dos reales y tres cuartillos. 7º. Por cada pie cúbico de fábrica de ladrillo referido en bóvedas, habría que pagarles tres reales. 8º. Por cada vara de tierra para macizar dichas bóvedas bien apisonadas, 24 maravedís. 9º. Por cada tapia de empedrado, siendo de cuenta de los asentistas las piedras que faltasen, 7 reales. También se matizaba que al estar próxima la época de lluvias, los daños causados por éstas se debían abonar a los asentistas.

ocupando las casas 2 y 3 de la manzana 391, y del matrimonio formado Pedro Pérez Valiente y Jacinta Brost y Barahona, propietarios de las casas 4 y 5 de la misma manzana, con la intención de verter las aguas de sus pozos en la alcantarilla del Arenal. Para llevar a término este propósito, a finales de septiembre de 1777 ambos propietarios concertaron un convenio para pedir a la Junta de Propios y Sisas de Madrid la correspondiente licencia de obras. Entonces la Junta pidió al teniente de arquitecto Ballina que hiciera el reconocimiento pertinente de la zona y valorara la viabilidad de las obras a realizar por los interesados. El 9 de octubre siguiente Ballina comunicó a la Junta su conformidad ya que *“redundaban en beneficio del caudal público”*. El 14 de octubre se concedió la licencia y se procedió a construir el ramal⁸⁵⁸.

Por motivaciones semejantes a la de estos particulares, otros vecinos de la calle Mayor iniciaron los trámites pertinentes con la Junta de Propios y Sisas para acometer los pozos de sus casas a la alcantarilla de la calle del Arenal. Este fue el caso de Teresa Palomino, propietaria de la casa número 9 de la manzana 387, que administraba Pedro Sancho Gómez, quien pidió licencia para evacuar sus aguas mediante la construcción de una tajea, que desde la calle Mayor fuera a conectar con la tajea de la Parroquia de San Ginés y, desde ésta, a la alcantarilla del Arenal. Verificada la viabilidad de estas obras por el teniente Ballina, el 25 de febrero de 1777 se acordó concederle la preceptiva licencia dando cuenta al corregidor⁸⁵⁹.

10.1.4.3. Ramales de las calles de los Tintes, Bonetillo, Mesón de Paños, plaza de Herradores y costanilla de Santiago.

El 13 de mayo de 1783, el regidor comisario del departamento alto, Antonio María Quijada, comunicó a la Junta de Propios y Sisas que algunos vecinos de las calles de los Tintes, Bonetillo y Mesón de Paños le habían comentado *“lo útil que sería en*

⁸⁵⁸ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 14 de octubre de 1777.

⁸⁵⁹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 25 de febrero de 1777.

continuación de la mina de los Caños del Peral –Arenal-, sacar a ella un ramal por las citadas tres calles”. Esta propuesta fue transmitida por el comisario al teniente de arquitecto José de la Ballina, con el fin de que pudiera hacer una primera estimación de su medida, coste de excavación, mano de obra y materiales de construcción que se necesitaría, así como de una relación inicial de los propietarios de las casas que debían contribuir a su construcción mediante los acostumbrados prorrateos. El teniente Ballina informó que el coste inicial de estas obras sería de 97.942 reales y 2 maravedís de vellón, pero le fue imposible calcular el prorrateo inicial porque a esta iniciativa seguían sumándose otros vecinos interesados en estos ramales, como fue el caso de Antonio Molino, tesorero de los Reales Hospitales de Madrid y San Fernando. El 5 de junio siguiente la Junta aprobó la construcción de los ramales, pero ordenó a Ballina que hiciera el prorrateo teniendo en cuenta que los dueños de las casas pagarían la mitad del coste de las obras, y no la tercera parte que se había estipulado para la construcción de la alcantarilla del Barquillo, cuyas obras estaban a punto de concluir⁸⁶⁰. En el ínterin se practicaban las diligencias oportunas de los prorrateos con los dueños de las casas, la Junta mandó que se fuera haciendo acopio de materiales necesarios para esta obra, entre los que se encontraban alrededor de una docena de fanegas de cal y cerca de 400 ladrillos que habían sobrado de la alcantarilla del Barquillo⁸⁶¹.

Sin embargo, los dueños de las casas mostraron un total desacuerdo al prorrateo que realizó Ballina, a pesar de que se habían ampliado los ramales y se habían sumado nuevos propietarios de la costanilla de Santiago, de la plaza de Herradores y de la calle del Mesón de Paños. El 3 de abril de 1784, manifestaron a la Junta que la distribución de los costes era injusta ya que padecerían *“un notorio gravamen y Madrid un crecido ahorro por el menos gasto en la limpia de pozos”*; teniendo en cuenta, además, que los dueños de la alcantarilla del Barquillo sólo pagaron la tercera parte de su coste. Concluían manifestando estar dispuestos a contribuir con la tercera parte del coste de los ramales, sacándose a pública subasta y

⁸⁶⁰ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 5 de junio de 1783.

⁸⁶¹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 24 de septiembre de 1783.

rematándose las obras en el mejor postor con intervención de Juan Nario, Domingo González de Villa y Gabriel de Frutos, representantes de los propietarios de las casas. También costearían las tajeas o acometidas desde sus casas y pozos, y se harían cargo de cualquier reparación que hubiera que hacer. Por último, insistieron que Ballina debía incluir *“en el repartimiento de la tercera parte del total coste de la mina, a todas las casas que tengan vertederos a ella”*. La Junta acordó pasar la reclamación de los interesados al personero del ayuntamiento para que con los antecedentes y el expediente de la alcantarilla del Barquillo se pudiera dar una resolución a este conflicto⁸⁶². Pero el personero dio la razón a los interesados en cuanto a los costes que tenían que asumir y estaba de acuerdo que las obras se sacasen a pública subasta en presencia de sus representantes, quedando supeditado el remate de la puja a los criterios de Sabatini. Con respecto a si faltaban propietarios por incluir en los prorratesos y a los errores que se habían detectado en las rentas que proporcionaban los alquileres de algunas casas, necesarios para calcular los prorratesos, el personero pidió a los interesados que le dieran relación puntual de las que faltaban o eran erróneas. Por su parte, la Junta no acordó ninguna resolución al respecto y prefirió esperar a que el regidor comisario volviera a establecer la relación de todos los propietarios que verterían sus aguas a los ramales⁸⁶³.

Poco se hizo al respecto durante los ocho meses siguientes, hasta que a comienzos de junio de 1785 los representantes de los propietarios de las casas pidieron a la Junta que en lugar de que las obras se sacarán a pública subasta, se hicieran *“por ajuste cerrado o administración en los términos que esta Junta tuviese por conveniente”*⁸⁶⁴. Sabatini, director de policía de la Villa, puso fin a esta controversia cuando a mediados de julio siguiente comunicó a la Junta que para la construcción de estos ramales se usase el mismo procedimiento que se había empleado en la construcción de la alcantarilla del Barquillo, *“dando por asiento a persona conocida y de satisfacción a toda costa su solado de losa, y excavaciones, desempedrado y*

⁸⁶² A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 9 de febrero y 3 de abril de 1784.

⁸⁶³ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 10 de septiembre de 1784.

⁸⁶⁴ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 9 de junio de 1785.

empedrado, y la fábrica de ladrillo fino y cal, sólo de manos, y poniendo dicho ladrillo, cal y arena necesaria por la administración". Además, tendría que haber un aparejador y un sobrestante con el encargo de recibir los materiales, firmar los recibos y controlar las obras. El 14 de julio la Junta de Propios y Sisas acordó que se ejecutasen los ramales como proponía Sabatini, comenzando las obras cuanto antes para aprovechar lo que quedaba de verano. A su vez, se reconoció que los dueños de las casas pagasen tan sólo la tercera parte del coste de las obras, razón por la que se decidió destinar el caudal disponible en las arcas de la Tesorería de Sisas, correspondiente al arbitrio de tabernas, para suplir el gasto de estas obras "por contemplarle la Junta el más urgente, a fin de ir por este medio libertando a los caudales públicos de las sumas considerables a que ascienden ya todos los meses las limpias de pozos"⁸⁶⁵.

Estos ramales, que por las calles del Bonetillo y del Mesón de Paños permitirían verter las aguas de no pocos pozos de la calle Mayor y que, al mismo tiempo, permitirían evacuar las aguas someras de la calle de los Tintes –hoy calle de la Escalinata- fueron proyectados por el teniente de arquitecto José de la Ballina, quien, además, se encargó de vigilar su correcta ejecución. De su construcción, que comenzó a partir del 11 de agosto de 1785, se encargó el maestro de obras Antonio Jordán y en principio, según los cálculos de Ballina, se debían de emplear 118 carros de losas para sus solados o badenes, más 704 carretas de ladrillos finos de la Rivera, más 96 carros de cal y 36 carros de piedras de pedernal, libres de derechos de puertas como era costumbre en las obras públicas⁸⁶⁶. Pero estas obras, pese haber comenzado a buen ritmo toparon con muchas complicaciones. A comienzos de octubre Ballina comunicaba haber topado en las excavaciones de los ramales con multitud de cuevas y sótanos que se extendían desde el subsuelo de las casas hasta más allá de la mitad de las calles, e incluso alcanzando las casas de las aceras contiguas, habiendo por este motivo muchos suelos falsos. Esta situación obligaba a realizar otras actuaciones constructivas complementarias como el macizado o acodalado de cuevas y sótanos, o la construcción de muros o machones de contención, o la apertura de calas previas

⁸⁶⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 14 de julio de 1785.

⁸⁶⁶ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 11 de agosto de 1785.

para comprobar el estado del terreno que, inevitablemente incrementaron los gastos y retrasaron el ritmo de las obras⁸⁶⁷. La Junta decidió comunicárselo a los dueños de las casas para que con un perito de su elección y conjuntamente con los tenientes Ballina y Durán tasaran el incremento de los gastos⁸⁶⁸.

Pero pasaban los días y ni los tenientes de arquitecto, ni los dueños de las casas y sus peritos se ponían de acuerdo en las soluciones técnicas que se debían tomar para salvar las cuevas, los sótanos y la debilidad de los terrenos, y menos todavía en la proporción que debían repartirse los costes originados por estos inconvenientes. De nuevo el parecer de Sabatini fue determinante para desatascar las obras. El flamante arquitecto se oponía a construir cualquier *“pared, pilastras o arcos que hubiese que hacer así en estas minas y calles como en cualquier otras, a causa de las cuevas que los dueños de las casas por donde vayan las minas hayan ejecutado en las calles, atravesándolas, o poniéndose en ellas longitudinalmente con las líneas de cañas de cuevas, serviles (sic) o cualquiera otro hueco que hubiesen hecho para sus comodidades, pues no podían ni debían según las ordenanzas de los arquitectos Ardemans y Torija, por lo que no era de dictamen se pagase del caudal del público las dos terceras partes del importe de los nuevos paredones, pilastras o arcos que hubiese que hacer para la planta de la mina por donde hubiesen las citadas cuevas, pues cuando más (y esto graciosamente) se pagase la cuarta parte en el modo con que lo expresan dichos Ballina y Durán, y las tres cuartas partes restantes cada uno de los dueños de casas que tuviesen semejantes cuevas en las calles”*.

⁸⁶⁷ Según informó Ballina, la obra empezó por la calle de los Tintes, *“tomando un ramal a continuación della, y otro por la calle de Mesón de Paños”*, pero se encontraron casas que tenían cuevas que iban de una acera a otra, atravesando por lo tanto las calles. El principal escollo se encontró en una cueva de la casa del Mesón de Paños, en donde hubo que levantar *“un machón de fábrica desde el principio de dicha cueva hasta la planta de la mina en que debe levantarse su solado de losas, y con un cerramiento de pared vieja en la casa que se sigue, y un gran cañón así mismo de cueva, calle arriba mal macizado de tierra y que al parecer coge parte de su hueco debajo de la fachada de dicha casa”*. De esta manera, *“para seguir la mina fue necesario ir abriendo calas, abrir los apeos necesarios y levantar una pared de 6 pies de grueso y a la altura desde el principio de la cueva hasta la planta de la denominada mina; hacer pilastras y arcos y todo con mucho cuidado para evitar una ruina de los trabajadores”*. A.V.M. Secretaría. 4-295-12 (2).

⁸⁶⁸ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 7 de octubre de 1785.

Por el contrario, por donde la alcantarilla fuera con su planta por terreno regular y firme, los propietarios sólo debían pagar la tercera parte del coste de las obras. Además, coincidía con su teniente Ballina en lo imprudente que sería parar las obras por estas cuestiones, razón por la que pidió a la Junta que apremiase a los dueños de las casas a hacer, con la mayor rapidez, los apeos y acodalados que se precisaran, así como de tomar cuenta separada del paredón, pilastras y arcos que se habían hecho para que a los dueños de dichas casas se les obligase a su pago. La Junta acordó que se cumpliera lo resuelto por Sabatini y que prosiguieran las obras, dando autos, entre otros, a Fernando de los Heros para que hiciera los apeos y acodalados de su casa en la calle del Mesón de Paños⁸⁶⁹.

A finales de 1786, casi un año después, concluyeron las obras de estos ramales. Según el informe realizado por el teniente José de la Ballina el 31 de enero de 1787, el coste total había ascendido a 99.146 reales y 10 maravedís de vellón. A su vez, entregó a la Junta de Propios el prorrateo de la tercera parte del coste que tenían que pagar los dueños de las casas, que ascendía a 33.048 reales y 26 maravedís de vellón, y que buena parte de ellos todavía no lo habían satisfecho⁸⁷⁰. Por esta razón, la Junta nombró a Pablo Rama, agente de Madrid, para que *“con el celo y la actividad que acostumbra cobrar a los dueños y administradores de las casas las cantidades que deben satisfacer del prorrateo hecho por Ballina”*⁸⁷¹. No fue tarea fácil para el agente de cobros. En repetidas ocasiones los dueños de las casas pidieron corregir y revisar los prorrateos de Ballina, por el aumento del número de casas que introducían sus aguas en los ramales⁸⁷². El 19 de agosto de 1788 la Junta de Propios informó de haberse solventado los pagos de los dueños de las casas y de la causa pública por las obras de estos ramales⁸⁷³.

⁸⁶⁹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 11 de noviembre y del 1 y 15 de diciembre de 1785.

⁸⁷⁰ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 9 y 27 de febrero de 1787.

⁸⁷¹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 28 de marzo de 1787.

⁸⁷² A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 27 de junio y 5 de octubre de 1787.

⁸⁷³ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 19 de agosto de 1788.

10.1.4.4. El ramal de la calle de las Hileras.

El 12 de mayo de 1787, a propuesta de Sabatini y previo reconocimiento de los tenientes José de la Ballina y Ramón Durán, la Junta de Propios y Sisas mandó ejecutar los ramales de las calles de las Hileras y de la Zarza para evacuar las aguas mayores y menores de sus casas⁸⁷⁴. Sin embargo, tan sólo se construyó el ramal de la calle de las Hileras, posponiéndose el de la calle de la Zarza hasta 1801.

Este ramal de Hileras fue construido por el maestro de obras Antonio Rodríguez para verter en la alcantarilla del Arenal las aguas de cuatro pozos de las casas pertenecientes al Convento de Santa Catalina de Sena, al patronato de legos de Justo Walter, a Joaquín del Corral y a Juan de la Cruz Verdes Montenegro. Las obras que se prolongaron durante cerca de siete meses, tuvieron un coste total de 11.604 reales y 20 maravedís de vellón, de los que 3.868 reales y 6 maravedís satisficieron los propietarios como pago de la tercera parte del coste que les tocaba asumir, mientras que la Villa de Madrid pagó los 7.736 reales y 13 maravedís restantes y correspondientes a las dos terceras parte del coste que debía asumir la causa pública⁸⁷⁵.

⁸⁷⁴ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 12 de mayo de 1787.

⁸⁷⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 1 y 13 de diciembre de 1787.

10.1.5. La alcantarilla del Duque de Berwick o del Palacio de Liria.

A comienzos del verano de 1771 el duque de Berwick, Liria y Veragua solicitó a la Junta de Propios y Sisas licencia para construir una alcantarilla que le permitiera evacuar las aguas residuales del palacio que se estaba construyendo, entre el Seminario de Nobles y el Cuartel de la Guardia de Corps, así como las sobrantes del riego de su huerta y jardín. Vista la petición por el director de Policía, Francisco Sabatini, quien dispuso la forma y especificaciones técnicas que se debían seguir en su construcción, el 17 de junio de 1771 la Junta otorgó la preceptiva licencia para que se construyera en los términos expresados por Sabatini y financiada por el duque⁸⁷⁶.

Durante los meses siguientes fue construida la alcantarilla por el arquitecto Ventura Rodríguez, que a la sazón dirigía las obras del Palacio de Liria. Su trazado partía desde la plaza delantera del palacio (antigua manzana 546), pasando por debajo de la calle del Arroyo, entre las manzanas 545 y 549, para cruzar la calle de San Joaquín, hoy del Duque de Liria, e introducirse en la posesión del Príncipe Pío de Saboya, donde ya a cielo abierto iban encajonados los vertidos en un arroyuelo que bordeaba a distancia prudencial el contorno de la manzana 557. Antes de su encuentro con la Cuesta de San Vicente el arroyuelo se unía al tramo de la antigua alcantarilla de Leganitos, que también discurría a cielo abierto. Unidas las dos alcantarillas atravesaban la Cuesta de San Vicente en mina, así como en todo su recorrido por el Parque del Palacio, hoy Campo del Moro, donde confluían con la alcantarilla de los Caños del Peral – Arenal, hasta verter todas las aguas juntas en el río Manzanares.

⁸⁷⁶ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 17 de junio de 1771.

10.1.6. La alcantarilla general del Prado o del Paseo de Trajineros y el encauzamiento del arroyo del Prado.

Esta alcantarilla general fue parte de las actuaciones que se llevaron a cabo en el Prado Viejo de San Jerónimo, actual paseo del Prado, con motivo de su reforma integral proyectada en 1767 por el ingeniero José de Hermosilla y Sandoval, y concluida diecisiete años después por el arquitecto Ventura Rodríguez. Esta gran reforma urbanística afectó profundamente a los trazados viarios y a los perfiles de sus edificaciones colindantes, además de al cauce del arroyo del Prado y a los regatos superficiales que discurrían por buena parte de su recorrido. Consistió, fundamentalmente, en hacer una intervención global entre el límite oriental de la ciudad y el Real Sitio del Buen Retiro, mediante la creación de un gran paseo que se extendía entre las puertas de Atocha y de Recoletos, provisto de vistosas alamedas y fuentes. A su vez, el espacio del paseo comprendido entre las calles de Alcalá y la carrera de San Jerónimo, coincidente con el acceso al Palacio del Buen Retiro, se realzó y embelleció con la disposición de una plaza circo-agonal embellecida con fuentes ornamentales. La disposición de este gran paseo implicó rectificar y ensanchar el trazado del Prado Viejo a costa de retranquear no pocas huertas y terrenos pertenecientes al Real Sitio del Buen Retiro, y de otras que se encontraban situadas entre la posesión regia y el paseo que desde la bajada de Atocha comunicaba con el Monasterio dominico de Nuestra Señora de la Asunción, ubicado en el Olivar de Atocha. Pero para que el nuevo trazado del paseo se pudiera realizar con éxito fue necesario emprender el saneamiento general de todo el entorno, o, lo que es lo mismo, evitar la acumulación de las aguas superficiales y de escorrentía, tanto limpias como sucias, que provenían indiscriminadamente de la zona oriental de la ciudad, de los jardines y huertas del Buen Retiro y de otras posesiones limítrofes. La acumulación excesiva de agua en el paseo, junto a las humedades que provocaba el arroyo, daban lugar a la formación de incómodos lodazales que dificultaban el tránsito y afeaban el entorno.

Sin duda, el saneamiento del Prado fue de las tareas más complejas que se tuvieron que afrontar y puso fin a un cúmulo de intervenciones urbanísticas que se habían producido en todo su entrono desde finales del siglo XVI. Para conseguirlo, Hermosilla se centró en dos actuaciones fundamentales: por un lado, el encauzamiento del arroyo del Prado a lo largo de todo su recorrido urbano, entre las puertas de Recoletos y de Atocha, mediante la construcción de un badén con cauce regular y capacidad suficiente para evitar las avenidas y desbordamientos de las aguas; complementado con la disposición inicial de otros dos tramos de badén que servirían para encauzar el arroyuelo que daba comienzo al final de la calle de Alcalá y discurría por el paseo, en paralelo al arroyo del Prado, hasta desembocar en él a la altura de la subida al Buen Retiro. Por otro lado, planteó la necesidad de construir una alcantarilla general de gran envergadura, subterránea, que fuera capaz de recoger todas las aguas que provenían desde las casas y calles situadas en la vertiente oriental del paseo, e igualmente prolongar su trazado entre las puertas de Atocha y de Recoletos⁸⁷⁷.

10.1.6.1. El encauzamiento del arroyo del Prado: del badén a los inicios de su alcantarillado.

Las obras en el paseo comenzaron a finales del mes de mayo de 1767, siendo la construcción del badén o cauce enlosado del arroyo una de las primeras actuaciones que llevó a cabo el ingeniero José de Hermosilla y Sandoval. Se trataba de canalizar el tramo del arroyo que discurría por el paseo entre la puerta de Recoletos y la alcantarilla del carcavón que, próxima a la Puerta de Atocha, se había construido en 1674 para evitar la acumulación de aguas y humedades en la confluencia del paseo con la calle de Atocha y el camino de Vallecas. Hermosilla proyectó el badén con un cauce regular, enlosado y resguardado por fuertes paredes o muros de contención que se remató con barandillas de hierro de forja. Este cauce regular, que correría en paralelo

⁸⁷⁷ Lopezosa Aparicio, C. *El Paseo del Prado de Madrid. Arquitectura y desarrollo urbano en los siglos XVII y XVIII*. Fundación de Apoyo a la Historia del Arte Hispánico. Madrid, 2002. Pp. 210-214.

a la nueva alineación oriental del paseo, requirió de la excavación previa de una zanja a lo largo de su recorrido con el propósito de servir de nuevo lecho o madre del arroyo, salvo en los tramos alcantarillados del paseo, con los que enlazaría el badén. Estos tramos alcantarillados eran los del referido carcavón y el que se encontraba en el paseo entre la carrera de San Jerónimo y la subida al Palacio del Retiro, que se alcantarilló a finales del siglo XVII.

En 1771 se concluyeron las obras del primer tramo del badén, comprendido entre el puente que permitía salvar el antiguo arroyo entre la calle y el camino de Alcalá, y el tramo alcantarillado de la subida al Palacio del Retiro⁸⁷⁸. Apenas un año antes habían comenzado las excavaciones de las zanjas que debían crear el nuevo lecho del cauce del badén entre las alcantarillas de la subida al Palacio del Retiro y del carcavón, y entre el referido puente y la Puerta de Recoletos. El revestimiento o construcción de los muros del canal de estos dos tramos del badén se concluyó, respectivamente, en 1771 y 1772. Creado el canal con fuertes muros de contención se procedió al enlosado de la totalidad de su cauce, quedando concluido a comienzos de octubre de 1772. A lo largo de los años 1773 y 1774 se colocaron las barandillas de protección sobre los muros del cauce⁸⁷⁹.

Pero el badén construido por Hermosilla entre los tramos alcantarillados del carcavón de Atocha y la subida al Retiro fue alterado pocos años después, con motivo de la creación del Real Jardín Botánico. El jardín regio que venía a embellecer el paseo del Prado se proyectó sobre una superficie de 14 hectáreas de superficie delimitando

⁸⁷⁸ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 1 y 25 de septiembre de 1769. El 1 de septiembre de 1769 se vio en la Junta de Propios la contrata hecha por José de Hermosilla, Director de las Obras del Prado, con José López, Facundo Monrroy y otros *“para encargarse de la porción de excavación que resta abrir en el badén de dicho Prado, así hacia la Puerta de Recoletos, como a la de Atocha, a precio de 26 cuartos la vara cúbica, y su transporte por toda la extensión del Prado”*. Se acordó aprobar la referida contrata, y que se pusieran carteles en los parajes habituales por si hubiera interesados de querer hacer mejora. El 25 de septiembre siguiente, se acordó librar los primeros pagos a estos contratistas: 2.141 reales y 6 mrs, que según informe de la Contaduría de Cuentas se les debía pagar por la excavación de 700 varas cúbicas, a razón de 26 cuartos cada una, según lo capitulado, mediante haber constado también por certificación de José de Hermosilla tener ejecutadas 1.400 varas, por cuya razón quedan otras 700 varas cúbicas en calidad de fianza.

⁸⁷⁹ El proceso constructivo del badén del arroyo del Prado se encuentra en Lopezosa Aparicio, C. Ob. cit. Pp. 219-221.

su perímetro occidental con el badén del arroyo. Por lo tanto, como la fachada o cerramiento principal del jardín iba a levantarse en la proximidad del badén se resolvió adelantarla hasta el mismo badén, cubriéndolo con una alcantarilla que se extendiera a lo largo de todo su perímetro y cuya bóveda y muros de contención sirvieran tanto para sostener el cerramiento, como para contrarrestar el empuje de los terrenos descendentes de la vaguada del Prado. Con esta solución ideada por Sabatini el jardín quedaría mejor integrado en el paseo y se realzaría su acceso principal. Sin embargo, la construcción de la alcantarilla, aprobada por el rey el 28 de agosto de 1775, se tuvo que posponer en repetidas ocasiones por la falta de presupuesto. En junio de 1776, el duque de Losada, mayordomo mayor del rey, comunicaba al marqués de Grimaldi que el coste del cerramiento del Botánico y el alcantarillado del badén, que ascendía a cerca de 850.000 reales de vellón, era inasumible por la falta de caudales. Argumentó, además, que la cubrición del arroyo correspondía realmente a la reforma integral del paseo del Prado y no a la construcción del jardín. Como alternativa al proyecto de cerramiento de Sabatini, planteó la necesidad de construir un puente frente al acceso principal que permitiera salvar el badén del arroyo⁸⁸⁰.

El 18 de septiembre siguiente el duque de Losada le comunicó a Grimaldi la resolución que finalmente había adoptado el rey: Sabatini debía hacer el pliego técnico de construcción del jardín para sacar las obras a pública subasta, sin incluir el alcantarillado del badén, esto es, tan sólo debía ejecutarse el muro que debía sostener el cerramiento de su fachada principal para que posteriormente sirviera de sustentación a la futura bóveda de la alcantarilla con la que Madrid debía cubrir el arroyo⁸⁸¹. Esto es, el cerramiento del Jardín cargaría directamente sobre los muros y cimentaciones de la sección oriental del badén. Las obras del cerramiento del jardín finalizaron en mayo de 1778, pero su relación directa con el badén, que corría adosado

⁸⁸⁰ Añón, C. "Noticias sobre los Reales Jardines Botánicos de Migas Calientes y del Prado", en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, T.XXI. Madrid, 1984. Pp. 91-116. P. 107. También en Añón, C. *Real Jardín Botánico de Madrid: sus orígenes, 1755-1781*. Real Jardín Botánico – C.S.I.C. Madrid, 1987. Documento 9. Pp. 86 y 132-133.

⁸⁸¹ Añón, C. "Noticias sobre los Reales Jardines Botánicos de Migas Calientes y del Prado", en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, T.XXI. Madrid, 1984. Pp. 91-116. P. 108. También en Añón, C. *Real Jardín Botánico de Madrid: sus orígenes, 1755-1781*. Real Jardín Botánico – C.S.I.C. Madrid, 1987. Documento 10. Pp. 86 y 86-134.

a su verja, no se consideró la más adecuada, puesto que las aguas del arroyo presentaban un aspecto deplorable, emanaban malos olores y producían incomodidades, sobre todo, durante los meses de calor. De hecho, el 24 de julio de 1779 el regidor comisario de las obras del Prado, Antonio Moreno Negrete, comunicaba a la Junta de Propios y Sisas el comienzo de las obras de canalización de las aguas sucias y residuales del Real Sitio del Buen Retiro y del Monasterio de San Jerónimo el Real hasta desaguar en el badén enfrente de la calle de Huertas⁸⁸². Y es que daba la casualidad que a esta sección del badén ya venían a parar las aguas residuales de la alcantarilla de la Real Fábrica de Porcelana China del Retiro, que apenas un mes después Sabatini tuvo que comenzar a reformar para adaptarla a las nivelaciones del terreno del Jardín Botánico⁸⁸³.

Con este panorama, no es de extrañar que el comisario Moreno Negrete volviera a proponer a la Junta de Propios la necesidad de alcantarillar el badén a lo largo de toda la fachada principal del Botánico, entre el carcavón de Atocha y la calle de Huertas. Este parecer fue compartido tanto por Francisco Sabatini como por Ventura Rodríguez, que desde 1776 había sustituido a Hermosilla en las obras del Prado⁸⁸⁴. De hecho, cuando en 1780 se procedió a la construcción de la puerta principal del Botánico, se quiso alcantarillar toda la sección del badén coincidente con el perímetro de su fachada principal lindante con el paseo, aprovechando parte del muro oriental del badén. Sin embargo, la falta de acuerdo sobre quién debería sufragar la cubrición del badén llevo a la Junta de Propios y Sisas a suspender estas obras y, finalmente, para facilitar el acceso al Jardín Botánico se construyó un puente abovedado que permitía salvar el badén a lo largo de todo el perímetro de la puerta principal⁸⁸⁵. Al menos, cuando se planteara la cubrición del resto del badén colindante

⁸⁸² A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 27 de julio de 1779.

⁸⁸³ Añón, C. *Real Jardín Botánico de Madrid: sus orígenes, 1755-1781*. Real Jardín Botánico – C.S.I.C. Madrid, 1987. Documento 27. Pp. 89 y 159. En marzo de 1780 Sabatini concluyó el nuevo tramo de la alcantarilla de la Real Fábrica de Porcelana China que discurría por el subsuelo del Real Jardín Botánico. El coste de estas obras fue de 22.363 reales de vellón. A.H.N. Fondos Contemporáneos, Ministerio de Hacienda, Lib. 6.457, f. 93 r-v.

⁸⁸⁴ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 7 y 16 de febrero de 1780.

⁸⁸⁵ Lopezosa Aparicio, C. Ob. cit. Pp. 267-268.

a la fachada del Jardín Botánico, la Villa tendría que asumir un coste menor por haberse sustentado los cimientos del cerramiento sobre parte del referido badén.

Pero cuando en 1781 se inauguró el Jardín Botánico su inmediata cercanía seguía provocando malos olores e incomodidades. A las aguas sucias y residuales que se evacuaban a través de su cauce procedentes del Monasterio de San Jerónimo el Real, del Real Sitio del Buen Retiro y de la Real Fábrica de Porcelana China del Retiro, se añadieron a partir de 1782 las del Convento de los agustinos Recoletos y desde 1787 las del Pósito, que estaba situado entre el arranque del camino de Alcalá y el paseo de Recoletos, a través de un ramal de alcantarilla que desaguaría en el badén⁸⁸⁶. Probablemente, la cubrición del badén colindante con el Botánico lo llevó a cabo la Villa de Madrid durante el último año del reinado de Carlos III, como se puede observar con detalle en el *Plan de Madrid et de ses environs* (1788) que se conserva en la Biblioteca Nacional de España⁸⁸⁷. Como veremos en el capítulo siguiente, el resto del badén, entre el Botánico y la Puerta de Recoletos se alcantarilló durante los reinados de Carlos IV y Fernando VII, bien entrado el siglo XIX.

10.1.6.2. La Alcantarilla General del Prado o del nuevo paseo de Trajineros.

Junto al badén que venía a encauzar el arroyo del Prado, Hermosilla había proyectado, en el lado opuesto del paseo, una alcantarilla general entre las puertas de Recoletos y Atocha con el fin de recoger las aguas mayores y menores que provenían de las calles y casas ubicadas en la vertiente oriental del paseo del Prado. Además, permitiría cubrir el arroyuelo de aguas sucias que desde la calle Alcalá discurría por el paseo del Prado hasta desaguar en el arroyo, a la altura de la carrera de San Jerónimo y la subida al Real Sitio del Buen Retiro. Según Hermosilla, esta alcantarilla, con su

⁸⁸⁶ A.V.M. Libros de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 2 de mayo de 1782 y del 12 de mayo de 1787.

⁸⁸⁷ Una copia de este plano está reproducida en Mora Palazón, A. (Coor.) *Los planos de Madrid y su época (1622-1992)*. Museo de la Ciudad – Ayuntamiento de Madrid. Madrid, 1992. Pp. 148-149.

pertinente excavación y fábrica, tendría un coste de 468.256 reales de vellón⁸⁸⁸. Su construcción, que correría en paralelo a las casas que se asomaban al Prado, fue aprobada por el rey y comunicado a la Junta de Propios y Sisas el 6 de julio de 1767⁸⁸⁹. Entonces, se tomó la resolución de que fuera financiada conjuntamente por los dueños de las casas, conforme al sistema establecido de los prorratesos, y por los fondos de causa pública de la Villa. A fin de cuentas los dueños de algunas casas que aún no habían construido sus pozos evitarían este gasto, mientras que para el presupuesto de limpieza de la Villa supondría un ahorro considerable no tener que efectuar la limpieza y vaciado de los numerosos pozos de las casas situadas junto al paseo y sus calles colindantes.

Antes de comenzar la excavación de la alcantarilla hubo que cegar buena parte de todos los conductos que vertían al paseo, dirigiendo sus aguas a los pozos de las casas, además de canalizar ordenadamente las aguas de los albañales de las calles que embocaban al paseo. De este modo, entre 1769 y 1772 hubo que construir bocaminas y vertederos en las bajadas de las calles de Huertas, Alcalá y la Carrera de San Jerónimo, que más tarde acometerían a la alcantarilla general, así como los ramales de alcantarillas particulares del Oratorio de San Fermín de los Navarros y de la casa del marqués de San Nicolás, ambos construidos en 1769, al igual que hubo que redirigir no pocas cañerías de suministro de agua, regatos y albañales, y de aguas sobrantes de riego y usos domésticos⁸⁹⁰. Sin embargo, Hermosilla ocupado fundamentalmente en la construcción del badén y en la nueva traza del paseo no llegaría a construir la alcantarilla. Un año antes de su muerte y con motivo de las lluvias torrenciales y perniciosas avenidas de agua que se registraron en el paseo, entrado el mes de noviembre de 1775, se encargó al arquitecto Ventura Rodríguez que levantase plano

⁸⁸⁸ A.V.M. Secretaría. 1-114-104.

⁸⁸⁹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 6 de julio de 1767.

⁸⁹⁰ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 8 de agosto de 1767. Por una relación del ingeniero José de Hermosilla vista en la Junta, se da cuenta que a los asentistas Juan Bola, Benito Valderas y otros se les adeudaban 67.464 reales y 22 maravedís, de los aumentos hechos en las referidas obras del Prado, por resto del importe en que ajustaron la construcción de las dos alcantarillas para el recogimiento de las aguas de la calle de Alcalá y Carrera de San Jerónimo, incluidos 9.964 reales y 22 maravedís de los aumentos hechos en las referidas obras. Lopezosa Aparicio, C. Ob. cit. Pp. 222.

de todas las obras que faltaban por ejecutar en el Prado, incluida la alcantarilla general, ajustándose a una *“tasa formal de su costo”*. Se sospechaba que parte de las ruinas ocasionadas fueron producidas por el curso de aguas que discurrían por conductos subterráneos atravesando el paseo hasta desaguar en el arroyo; *“estando lleno en la época de avenidas, y no pudiendo romper para incorporarse transversalmente en el arroyo, por el grave peso e impulso de las aguas que llenan entonces toda su concavidad, es preciso que se detengan y que con la fuerza de las que refluyen sobre ellas faciliten el curso y salida, o bien rompiendo los conductos o el mismo desembocadero al arroyo, siendo esto más regular por ser allí donde carga toda la fuerza, y por lo mismo parecía necesario se hiciese nuevo conducto para dichas aguas que fluyen desde Madrid, siguiendo desde la primera alcantarilla por todas las demás en línea paralela con el citado arroyo y por el lado opuesto en que están estas alcantarillas, hasta fuera de la Puerta de Atocha en donde desemboca el mismo arroyo; de cuyo modo siguiendo unas y otras aguas el curso natural recto no harán rompimientos, siempre que sea capaz la Madre –del arroyo–, y conducto que se les disponga, teniendo presente esto mismo para las dos nuevas alcantarillas que se proyectan desde las caballerizas del Retiro al mismo arroyo”*⁸⁹¹. Por una Real provisión del 22 de noviembre siguiente el Consejo de Castilla aprobó la escritura de préstamo entre la Junta de Propios y la Casa de los Cinco Gremios Mayores de Madrid para hacer frente a los pagos que se precisaran en las obras del Prado y el nuevo empedrado del Puente de Segovia⁸⁹².

Ventura Rodríguez empleó los cinco meses siguientes en planificar las obras que quedaban por ejecutar en el paseo y proyectar la alcantarilla general. El 15 de abril de 1776 el Consejo de Castilla aprobó los planos, condiciones técnicas y tasaciones calculadas por Ventura Rodríguez, y ordenó a la Junta de Propios y Sisas que comenzaran las obras dando prioridad a la construcción de la alcantarilla general *“por ser la más urgente a fin de impedir que algún aguacero ocasionase otra ruina como la*

⁸⁹¹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 22 de noviembre de 1775.

⁸⁹² A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 29 de noviembre de 1775.

sucedida en septiembre del año próximo pasado y sin perjuicio de encargarse al mismo tiempo lo perteneciente a escultura para que pueda estar en disposición de colocarla cuando se halle en estado las demás obras". El Consejo también concedió a la Junta *"la correspondiente licencia para tomar el importe de la tasación de la Diputación de los Cinco Gremios Mayores y otorgar la correspondiente escritura de obligación..."*. El 23 de abril siguiente, la junta acordó cumplir lo mandado, dando aviso a la Contaduría, a la Intervención y al escribano Diego Sastre Navas para que hiciera escritura a favor de los Cinco Gremios, mientras que a Ventura Rodríguez le ordenaron preparar las obras y el pliego técnico que debían licitar los interesados en construir la alcantarilla general del Prado⁸⁹³. La nueva alcantarilla proyectada por Ventura Rodríguez se construiría justo por debajo del nuevo paseo de Trajineros, una calle que ya había sido proyectada por Hermosilla como parte de las mejoras viarias introducidas en el paseo del Prado y cuyo trazado se dispondría en paralelo a las fachadas de casas de la vertiente oriental del paseo, entre la calle de Alcalá y la Puerta de Atocha, con el propósito de facilitar el tránsito de carruajes y trajineros y *"evitar el paso por el paseo para su mayor decencia y permanencia"*, de ahí que también fuera conocida como la alcantarilla del paseo de Trajineros⁸⁹⁴.

A comienzos de mayo de 1776 se recibieron las ofertas de los constructores interesados en la excavación de la alcantarilla, siendo finalmente adjudicada a Doménico Brilli, por el precio de 3 reales y tres cuartos la vara cúbica, con una rebaja añadida del 26%; mientras que el suministro de arena necesaria para la composición de su fábrica le fue adjudicado a Manuel Martín, por el precio de 12 maravedís por cada carga de 8 arrobas⁸⁹⁵. Entrado el mes de diciembre ya se habían excavado 8.372 varas cúbicas de la nueva alcantarilla, pero también se tuvieron que excavar otras 5.024 varas cúbicas que se pagaron a 4,5 reales cada una, porque hubo que profundizar más de la cuenta la zanja o caja que alojaría la fábrica de la futura alcantarilla entre la Puerta de Atocha y su desagüe, y por otros imprevistos que se iban

⁸⁹³ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 23 de abril de 1776.

⁸⁹⁴ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 13 de mayo y del 26 de febrero de 1778.

⁸⁹⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 13 de mayo y del 10 de diciembre de 1776. A.V.M. Secretaría. 4-295-9.

ocasionando por lo inestable del terreno, la presencia de escarpes y aguas subterráneas, y los numerosos hundimientos que se producían en el avance de la excavación⁸⁹⁶.

Todos estos contratiempos y otros que aparecerían en el transcurso de las obras afectaron gravemente al presupuesto establecido para sufragar las obras de remodelación integral del Prado. De los 3.825.808 reales de vellón aprobados por el Consejo de Castilla para hacer frente a los gastos, en los que se incluyeron 395.708 de los nuevos empedrados del Puente de Segovia, se habían gastado 2.306.814 reales y 19 maravedís de vellón entre 1767 y mayo de 1777. Con lo que no es de extrañar que el 14 de mayo de 1777 la Junta de Propios y Sisas preguntara a Ventura Rodríguez si con 1.518.993 reales y 5 maravedís de vellón que quedaban del presupuesto se podrían concluir todas las obras pendientes en el Prado. De esta cantidad había que deducir los 45.000 reales que se debían a la viuda y herederos de José de Hermosilla por sus honorarios⁸⁹⁷. Ventura Rodríguez, cauto y consciente de los imprevistos frecuentes que se estaban produciendo prefirió demorar su respuesta, lo que provocó que la Junta ordenara al regidor comisario Antonio Moreno Negrete que vigilara que en adelante *“no permitirá que se hagan en el Paseo del Prado más obras que las proyectadas y aprobadas por el Consejo, ni que en estas se haga aumento alguno”*⁸⁹⁸. Sin embargo, las dificultades y contratiempos se fueron imponiendo.

Ya a finales de mayo hubo que pagar al fontanero Andrés Rodríguez 45.000 reales de vellón por diversas obras fontaneras que venían a minorar las humedades del terreno. A mediados de junio el contratista Doménico Brilli se quejó a la Junta de los numerosos perjuicios que estaba padeciendo en la excavación de la zanja, y se tuvieron que atender las reclamaciones de no pocos vecinos que se vieron afectados por las obras. Y es que la apertura de la zanja de la alcantarilla, que corría en paralelo a las casas, fincas y conventos que lindaban con el Prado, estaba provocando daños de

⁸⁹⁶ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 10 de diciembre de 1776.

⁸⁹⁷ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 14 de mayo de 1777.

⁸⁹⁸ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 19 de junio de 1777.

consideración en cimentaciones y cercados, como fue el caso de la ruina que sufrieron las tapias de las casas del mayorazgo de Diego Pérez Orejón y Dionisia Orcasitas, las del jardín del Duque de Medinaceli y el cercado del Convento de los Trinitarios de Jesús Nazareno. Además, hubo que atender a los gastos provocados por los derribos de las tapias de las tahonas del Prado, que se interponían sobre el trazado de la nueva alcantarilla y del paseo de Trajineros⁸⁹⁹.

El 2 de julio de 1777, Ventura Rodríguez envió un informe a la Junta dando cuenta que se habían gastado otros 712.684 reales en las obras del Prado, sin contar los de la alcantarilla, y que para la conclusión de la misma se debía informar al Consejo de Castilla de la necesidad de incrementar el presupuesto⁹⁰⁰. El 4 de septiembre siguiente volvió a informar que se habían gastado otros 795.880 reales para atender a las obras y reparaciones de *“cosas ocultas e inconvenientes”* que iban apareciendo. A su vez dio cuenta que a Doménico Brilli había que pagarle otros 110.007 reales y 22 maravedís por las 39.646 varas cúbicas de la excavación y fábrica de la alcantarilla que había ejecutado entre los registros de la calle de Atocha y el arca cambiija que estaba junto a las casas del Duque de Medinaceli. Un mes después Brilli terminó la excavación y la Junta, con autorización del Consejo de Castilla, mandó que se le librasen los 55.056 reales que se le debían, más otros 6.667 reales por diversos perjuicios que padeció en el transcurso de las obras⁹⁰¹. Pero para entonces ya se había agotado el presupuesto de las obras del Prado, lo que obligó al Consejo de Castilla a autorizar a la Junta de Propios a pedir un nuevo crédito a la Casa de los Cinco Gremios Mayores de Madrid para terminar la alcantarilla, pavimentar el paseo de Trajineros y costear las fuentes ornamentales del paseo. La Casa de los Cinco Gremios, que no atravesaba por sus mejores momentos por los cuantiosos créditos que había prestado a Madrid, tan sólo pudo prestar un millón de reales, cantidad suficiente para poder concluir las obras⁹⁰².

⁸⁹⁹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 8 de abril, 21 de mayo, 12 y 19 de junio y 17 de julio de 1777.

⁹⁰⁰ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 3 de julio de 1777.

⁹⁰¹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 4 de septiembre y 7 de octubre de 1777.

⁹⁰² A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 21 de octubre y 6 de diciembre de 1777.

Apenas un mes después, entrado diciembre, Ventura Rodríguez informó a la Junta la inminente conclusión de la alcantarilla general para finales del mismo mes⁹⁰³. Sin embargo, Brilli no terminó las obras hasta finales de febrero de 1778, cuando le liquidaron los 20.285 reales y 8 maravedís de las últimas 7.310 varas cúbicas de excavación que ejecutó en las inmediaciones e la calle de Alcalá, junto con los 12.000 reales de fianza de su contrata⁹⁰⁴. Y todavía se le tuvieron que abonar otros 7.489 reales por los trabajos adicionales que tuvo que realizar en la excavación⁹⁰⁵. No obstante, todavía quedaban por abovedar algunos tramos de la alcantarilla, además de macizar las tierras con que fue cubierta para soportar el paseo de Trajineros y la totalidad de su empedrado con paralelepípedos de pedernal⁹⁰⁶. Para proceder a su conclusión, el 26 de febrero de 1778 el comisario Moreno Negrete recomendó a la Junta de Propios hacer acopio de la piedra necesaria para empedrar el paseo de Trajineros durante los meses de verano. Entrado el mes de abril Ventura Rodríguez informó a la Junta *“que de las obras proyectadas en el Prado se le había mandado fuese la primera que se ejecutase la de la Alcantarilla general, como se había verificado, y que estándose concluyendo, restaba se diesen las providencias convenientes para las demás”*⁹⁰⁷.

10.1.6.2.1. El ramal de alcantarilla del Convento de los Capuchinos del Prado.

Cuando en 1778 se concluyeron las obras de la alcantarilla del Prado, además de las bocaminas y vertederos que acometían a ella desde la calle del Gobernador y los arranques de las calles de Alcalá, Huertas y la Carrera de San Jerónimo, acometió también la mineta o alcantarilla procedente del palacio y jardines del Duque de

⁹⁰³ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 6 de diciembre de 1777.

⁹⁰⁴ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 26 de febrero de 1778.

⁹⁰⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 12 y 19 de febrero de 1778.

⁹⁰⁶ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 28 de abril de 1778.

⁹⁰⁷ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 3 y 28 de abril de 1778.

Medinaceli y del Convento de Capuchinos de San Antonio del Prado. Como vimos en el epígrafe 7.2. de este trabajo, la alcantarilla del palacio del Duque de Medinaceli se construyó en 1713 para desaguar las aguas sucias y sobrantes del riego de sus jardines en el arroyuelo que discurría por el paseo del Prado, en paralelo a su arroyo homónimo. Entonces, también vertían a este arroyuelo las aguas residuales del Convento de Capuchinos de San Antonio del Prados a través de los albañales de las calles. Si bien, desde comienzos de la década de 1760 estas aguas residuales desaguaban en el arroyuelo a través de la alcantarilla del duque de Medinaceli y para lo que los monjes habían construido un pequeño ramal de mina que desde la botica de su convento iba a conectar con la de su patrono el duque. Sin embargo, esta pequeña alcantarilla fue cegada en 1769 con motivo de la remodelación integral del paseo del Prado que estaba llevando a cabo José Hermosilla y Sandoval. Pero era tal la cantidad de agua que tenían que evacuar desde el convento que propició que, el 6 de septiembre de 1769, el marqués de Grimaldi ordenara a la Junta de Policía resolver el problema y agilizar la construcción de una nueva alcantarilla, que acometería mas tarde a la general de Prado, conforme a lo que determinara Francisco Sabatini, director de policía y arquitecto mayor de las obras del rey. Tres días después la Junta de Policía encargó a Sabatini el proyecto de la alcantarilla con sus especificaciones técnicas y su coste, debiendo indicar los pozos de las casas que debían desaguar en ella para calcular el prorrateo de los gastos que debían asumir sus propietarios⁹⁰⁸.

En el ínterin que Sabatini realizaba este proyecto, que no llegaría a materializarse, hubo que tomar algunas medidas excepcionales para poder evacuar las aguas del convento. Según informó a la Junta de Policía el teniente de arquitecto Juan Durán, en el convento había un lavadero, remojadero de pescado para la comunidad, enfermería, cocina y huerta que precisaban mucha agua, tanto que desde que se cegó la mina de su desagüe se tenían que gastar 40 reales diarios del presupuesto municipal para su limpieza y desalojo. Para minorar estos gastos Durán propuso a la Junta evacuar las aguas por la calle de San Agustín, las hediondas y sucias procedentes de la cocina, lavadero, enfermería y remojadero del pescado por las noches, y las limpias,

⁹⁰⁸ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 9 de septiembre de 1769.

sobrantes de riego de su huerta y llovedizas por el día, a través del mismo conducto. El 20 de noviembre de 1769, la Junta autorizó el vertido de las aguas a la calle y ordenó a Durán que ejecutara la nueva canalización y desagüe en la calle de San Agustín⁹⁰⁹. Las obras de reconducción de las aguas hacia la calle de San Agustín concluyeron 15 días después y tuvieron un coste de 1.712 reales y 8 maravedís que se sufragaron con los fondos de causa pública⁹¹⁰. Sin embargo, un año después las aguas procedentes del convento y del palacio del duque de Medinaceli anegaban la calle de San Agustín, provocando bastantes perjuicios a los vecinos de sus alrededores, lo que obligaba a la Junta de Policía a evacuar las aguas mediante cubas y carros. Así, en tan sólo seis noches del mes de enero de 1771 se habían tenido que sacar 204 cubas de aguas residuales con un coste para el erario municipal de 1.404 reales. Esta fue la tónica general de la calle de San Agustín durante los años que tardó en construirse la alcantarilla general del Prado, pues según los tenientes de arquitecto de Sabatini, no había otra solución más que dejarlas correr por la calle o evacuarlas con cubas⁹¹¹.

10.1.7. La mina o alcantarilla Real del Barquillo y sus ramales.

Junto a la alcantarilla general del Prado, la del Barquillo fue de las más grandes y complejas construidas en Madrid durante el reinado de Carlos III y tuvo su origen en las numerosas quejas que, a comienzos de enero de 1782, expusieron los vecinos de la calle al Conde de Floridablanca por *“el perjuicio que les causaba el perenne manantial de inmundicias que desde el Hospicio, Saladero, Cuartel de Guardas y tres lavaderos, desaguaba en dicha calle, saliendo a la de Alcalá, hasta entrar en la Alcantarilla del Prado”*⁹¹². No era la primera vez que se quejaban, ya el 10 de octubre del año anterior el presidente del Consejo de Castilla, Manuel Ventura Figueroa, había comunicado al

⁹⁰⁹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 20 de noviembre de 1769.

⁹¹⁰ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 4 de diciembre de 1769 y del 8 de enero de 1770.

⁹¹¹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 28 de enero y del 18 de febrero de 1771. A.V.M. Secretaría 4-295-8.

⁹¹² A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 10 de enero de 1782.

corregidor los perjuicios que padecían en sus casas y sótanos los vecinos de la calle de San Benito, por la dejación de la limpieza de los pozos del Real Hospicio de San Fernando y el continuo rebosamiento de aguas a esta calle. Entonces, se le encargó al corregidor que hiciera las diligencias oportunas para evitar estos daños y que se tuviera en cuenta la propuesta de los vecinos de construir una alcantarilla con el propósito de recoger y evacuar las aguas. El 20 de febrero de 1782, en la Junta de Propios y Sisas se decidió poner el asunto en manos de los regidores comisarios de ambos departamentos, Antonio Moreno Negrete y Manuel de Pinedo, y del arquitecto mayor del rey, Francisco Sabatini⁹¹³.

Para el arquitecto siciliano no era desconocida la necesidad de construir una gran alcantarilla que desde el Real Hospicio llegará hasta la calle de Alcalá, recorriendo toda la calle del Barquillo. De hecho, su teniente Juan Durán, que había fallecido recientemente, ya había comenzado a trabajar sobre su proyecto. Además, el presidente del Consejo de Castilla le había ordenado terminar el proyecto, levantar su plano y tasar el coste de sus obras. El mismo 20 de febrero la Junta de Propios y Sisas vio el proyecto de la alcantarilla realizado por Sabatini. Su trazado se extendía *“desde la calle de Alcalá, y seguir, por la del Barquillo, hasta la Huerta de Santa María (digo) Teresa, y atravesando las calles de Hortaleza y San Mateo, hasta llegar hasta la esquina que hacía la fachada principal del Hospicio a la de Fuencarral, para recoger las aguas mayores y menores de los Cuarteles de Guardias Españolas, y Walonas, las de las Casas del Exmo. Duque de Frías, y las de las que se está ejecutando para el Excmo. Duque de Alba –Palacio de Buenavista-, Convento de Carmelitas Descalzos, y otras diferentes más reducidas de las expresadas calles con algunas de las de sus embocaduras”*. Sabatini estimó que el coste ascendería aproximadamente a 484.894 reales de vellón, una cantidad considerable que hizo que aconsejara a la Junta de Propios que fuera financiada la mitad por la Villa y la otra mitad por los dueños de las casas, cuarteles y comunidades, *“atendiendo a los crecidos gastos que habían sufrido para ejecutar los pozos como se les mandó y a los que se les había de ocasionar*

⁹¹³ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 20 de febrero de 1782.

*nuevamente para hacer las minetas, tajeas y demás obras necesarias para introducirse en la expresada mina, prorrateándose la cantidad que a cada uno correspondiese según la magnitud de las casas, alquileres y número de familias que las habitasen*⁹¹⁴.

La Junta de Propios y Sisas valoró positivamente el proyecto de Sabatini porque proporcionaría un ahorro muy notable en la limpieza de los pozos. Sin embargo, al tratarse de un coste tan elevado, de casi medio millón de reales, cuyo anticipo tendría que hacerlo Madrid por la consabida morosidad y lentitud con la que pagaban los propietarios de las casas, imposibilitaba su ejecución porque el presupuesto *“no alcanza a cubrir los gastos con que se halla”*. No quedaba otra salida que tomar a crédito entre 250.000 y 300.000 reales de vellón para financiar las obras. En consecuencia, la Junta pidió permiso al Conde de Floridablanca y al Consejo de Castilla para poder hipotecar el *“arbitrio del segundo cuartillo de real en arroba de vino, así porque es el que se halla más desembargado, como porque actualmente se está recaudando del pueblo, y su producto ascenderá a 124.000 reales al año”*⁹¹⁵. El 19 de junio de 1782, en la Junta se vio una Real Orden del 10 de junio anterior autorizando que se *“construya la Alcantarilla proyectada desde la Real Casa Hospicio por la Calle Real del Barquillo, hasta la de Alcalá, con arreglo al Plan formado para ello por el mismo ingeniero-Sabatini”*.

En la misma orden, se aprobaba que Madrid sufragara la mitad de los gastos y los dueños de las casas que debían vaciar sus pozos la otra mitad, y para lo que se les concedía hipotecar el arbitrio propuesto, con la prevención que los fondos que se tuviesen en el momento de ese arbitrio se emplearan exclusivamente en la alcantarilla, mientras que el resto o la mitad con que debía contribuir Madrid se tomara a censo o interés al menor rédito que pueda convenir sobre el mismo ramo o arbitrio, *“cuyo desempeño se podrá conseguir en el plazo de dos años”*⁹¹⁶. La Junta acordó comisionar a los regidores comisarios Antonio Moreno y Manuel de Pinedo, a los diputados del común Antonio Bustamante y Felipe Cisneros, y al procurador personero Juan

⁹¹⁴ Ibídem.

⁹¹⁵ Ibídem.

⁹¹⁶ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 19 de junio de 1782.

Bernardino Feijoo para que se encargasen de comenzar las obras a la mayor brevedad y averiguar el número de propietarios que debían introducir las aguas de sus pozos en la alcantarilla y contribuir a la financiación de sus gastos, conforme a los prorrateos que habría que hacer en función de la renta de sus alquileres y el número de habitantes de sus casas⁹¹⁷.

Para la construcción de la alcantarilla Sabatini sugirió que *“se dieran por ajustes –precios- los desempedrados, excavaciones y fábricas de manos en punto a la albañilería, como también los terraplenes y volver a empedrar, quedando a cargo del que lo tomase toda la herramienta mayor y menor, apeos, acodalados, espuestas, cubos, lias –sic- y palenques, y dándoles todos los memoriales necesarios, y por lo tocante a la cantería de losas y demás que se ofreciese a toda costa, y sentada en su lugar, sólo si dándole la cal y arena necesaria para su asiento, lo que ya tenía tratado con ajustes equitativos”*. También sugirió a la Junta que al precisar las obras de mucha agua para el remojo de los ladrillos y la compostura del cemento se mandara a los dueños de las casas y a los maestros de fuentes proporcionar el agua que se precisase; y, como era costumbre, que se franquease la entrada a la Villa de todos los materiales que se necesitaran para su construcción⁹¹⁸.

El 10 de julio siguiente la Junta acordó ejecutar lo propuesto por Sabatini y apenas catorce días después se vieron las primeras ofertas presentadas por el profesor de arquitectura Francesco Porta para hacerse cargo de las obras, y del mayorista Joaquín Torrecilla para suministrar ladrillos finos de la Rivera del Manzanares⁹¹⁹. Entrado agosto Sabatini desestimó las ofertas presentadas por Porta y Torrecilla, y las obras comenzaron con la apertura de las zanjas y la rotura del subsuelo para disponer la caja de alcantarilla, bajo la dirección del teniente de arquitecto José de la Ballina, quien también se fue encargando de administrar los primeros 40.000 reales de vellón que autorizó la Junta para el acopio de materiales y el pago de jornales⁹²⁰. El 5 de

⁹¹⁷ Ibídem.

⁹¹⁸ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 10 de julio de 1782.

⁹¹⁹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 24 de julio de 1782.

⁹²⁰ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 23 de agosto de

noviembre, las obras habían avanzado notablemente y la Junta autorizó a Ballina a disponer de otros 60.000 reales para suplir los gastos⁹²¹. El 23 de diciembre siguiente Sabatini ratificaba los progresos de la alcantarilla y para evitar más perjuicios a los vecinos, viandantes y carruajes propuso a la Junta ir empedrando los tramos de la alcantarilla que ya se habían construido, si bien, sugería que el empedrado se hiciera con piedra de morrillo y con mayor declinación para que en la época de lluvias el agua no penetrara en casas y sótanos⁹²². De este modo se fueron ejecutando los empedrados de las calles sobre los tramos de alcantarilla construidos, siendo ejecutados por los maestros empedradores José Serrano y Antonio Pérez, al precio de 11 reales la tapia de empedrado – una tapia equivalía a cincuenta pies cuadrados de superficie-⁹²³.

Entretanto, Ballina iba continuando a buen ritmo la construcción de la alcantarilla en dirección a la calle de Alcalá y a comienzos de febrero de 1783 se le autorizó a disponer de otros 60.000 reales para hacer frente a los gastos⁹²⁴. Además de las obras, a partir del 18 de febrero de 1783 a José de la Ballina se le encargó elaborar la relación de los propietarios y administradores de las casas que debían verter las aguas de los pozos a la alcantarilla, y, por lo tanto, contribuir con la mitad de los costes, una vez que se fijaran los prorrateos que cada uno de ellos debía satisfacer en función de lo que rentaban los alquileres de sus casas. Para verificarlo, el 11 de marzo siguiente se le dio autorización para poder visitar las casas, los cuarteles y el Real Hospicio que iban a introducir sus pozos en la alcantarilla, al tiempo que se notificaba a los propietarios de las casas que debían entregar los recibos de los alquileres de sus

1782.

⁹²¹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 5 de noviembre de 1782.

⁹²² A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 10 de enero de 1783.

⁹²³ Sobre os empedrados que se ejecutaron en las calles sobre la alcantarilla A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 18 de febrero, 11 de marzo, 9 de mayo, 22 de julio y 28 de agosto de 1783.

⁹²⁴ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 4 de febrero de 1783.

casas. Al convento de los carmelitas descalzos de San Hermenegildo, de la calle de Alcalá, se les pidió que dijeran el número de monjes que lo habitaban⁹²⁵.

A comienzos de junio se había construido casi toda la alcantarilla, desde el Real Hospicio hasta prácticamente toda la calle del Barquillo y ya entonces el abultado tráfico de carruajes que transitaban por esta calle puso a prueba su resistencia. El 5 de junio Sabatini informó a la Junta de Propios y Sisas que los grandes carruajes que acarreaban los materiales de construcción del Palacio de Buenavista, trajinaban con regularidad por la calle del Barquillo y la alcantarilla *“no había padecido cosa alguna”*⁹²⁶. Un mes después fue necesario proporcionar a Ballina otros 60.000 reales para continuar la alcantarilla desde la calle del Barquillo hasta su enlace, rebasada la calle de Alcalá, con la alcantarilla general del Prado que, como vimos en el epígrafe anterior, con un proyecto de Ventura Rodríguez fue construida entre 1775 y 1778⁹²⁷. El 9 de agosto de 1783 se concluyeron los empedrados de la calle del Barquillo a lo largo del recorrido de la alcantarilla, que unidos a los de las calles de la Florida y de San Benito –actual de la Beneficencia- y los que faltaban por hacer en la calle de Alcalá y la embocadura del paseo del Prado equivalían a 69.905 pies superficiales y 7/8, o, lo que es lo mismo, 1.398 tapias de empedrado –una tapia equivalía a cincuenta pies cuadrados de superficie-. Al precio de 11 reales la tapia sólo los empedrados que cubrían la alcantarilla ascendían a un coste de 15.379 reales de vellón, correspondiendo exclusivamente a la calle del Barquillo un coste de 4.489 reales y 25 maravedís de vellón por las 480 tapias que comprendía toda la superficie de la calle, conforme a la anchura de 8 pies de la alcantarilla⁹²⁸. El 28 de agosto siguiente, la Junta de Propios mandó librar otros 5.471 reales y 25 maravedís y medio de los nuevos empedrados que se iban ejecutando sobre la alcantarilla⁹²⁹.

⁹²⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 18 de febrero y del 11 de marzo de 1783.

⁹²⁶ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 5 de junio de 1783.

⁹²⁷ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 11 de julio de 1783.

⁹²⁸ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 28 de agosto de 1783.

⁹²⁹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 22 de julio y del 28 de agosto de 1783. El 22 de julio anterior los empedradores ya habían percibido otros 5.417 reales y 17 maravedís por los empedrados ejecutados en la calle de San Benito y de la Florida, así como de diversos desmontes y nivelaciones que tuvieron que realizar.

El 23 de septiembre de 1783 Sabatini informó a la Junta de Propios de la conclusión de las obras de la alcantarilla Real del Barquillo en lo tocante a excavaciones, solado de losas de piedra berroqueña en badén, fábrica de mampostería y ladrillo en paredes y bóvedas, faltando sólo por ejecutar unos pocos tramos de empedrados en la superficie de la alcantarilla⁹³⁰. Daba cuenta que eran necesarios otros 50.000 reales de vellón para terminar los referidos empedrados, sacar al campo las porciones de tierra que se habían excavado, además de acabar y recomponer algunos empedrados defectuosos en las calles de San Benito y Barquillo. También, pidió que se custodiaran para futuras obras las 14 fanegas de cal y los 400 ladrillos finos que habían sobrado⁹³¹.

Entrado septiembre de 1784, cuando se concluyeron los empedrados que faltaban por ejecutar a lo largo de toda la línea de la alcantarilla, la Junta de Propios y Sisas ordenó al teniente de arquitecto Ballina que diera la relación de todos los propietarios de inmuebles que debían verter sus pozos a la alcantarilla, con el fin de poder regular lo que a cada uno de ellos le tocaba pagar, de la mitad del coste total de las obras⁹³². Antes de concluir el año, Ballina dio cuenta puntual de todas las casas que debían introducir sus pozos⁹³³. En el ínterin que Ballina hacía los prorrateos la Junta ordenó que los dueños de las casas construyeran las atajeas necesarias para que desde sus pozos se pudieran verter sus aguas sucias a la alcantarilla. Sin embargo, el 15 de marzo de 1785 se tuvo que apremiar a los propietarios a construir sus atajeas *“para de este modo libertar al caudal de causa pública del violento e injusto gasto de sus limpias, estando la obra concluida –de la alcantarilla–”*⁹³⁴. Pero no hay que olvidar que

⁹³⁰ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 24 de septiembre de 1783.

⁹³¹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 24 de septiembre y del 24 de diciembre de 1783.

⁹³² A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 10 de septiembre de 1784.

⁹³³ Esta primera relación de las casas que debían introducir los pozos en la alcantarilla del Barquillo se encuentra en A.V.M. Secretaría. 4-295-11. Además de las casas de particulares, se introducirían los vertidos de los Conventos de San Hermenegildo, de Santa Bárbara, de Santa Teresa y de las Salesas Reales; el Cuartel de Infantería Española, el Saladero de Tocinos, los numerosos lavaderos de la zona alta de la calle del Barquillo y los grandes palacios de los Duques de Alba y Duques de Frías. El palacio del Marqués de Alcañices finalmente se le permitió acometer a la alcantarilla general del Prado.

⁹³⁴ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 16 de marzo de 1785.

los propietarios ya habían hecho demasiados esfuerzos para cumplir lo exigido en la *“Instrucción de Sabatini”*, en lo tocante a pozos, canalones, sumideros y empedrados; con lo que se antojaba bastante oneroso hacer frente a un nuevo desembolso para contribuir al pago de la mitad del coste de la alcantarilla y la totalidad de las atajeas de sus pozos. La cantidad que debían satisfacer, prorrateada en función de lo que rentaban los alquileres de sus casas, ascendía a 163.886 reales de vellón, la mitad de los 327.772 reales de vellón que en total había costado la alcantarilla del Barquillo. De nuevo a mediados de abril la Junta de Propios y Sisas pidió al corregidor que apremiase a los dueños de las casas que todavía no habían introducido sus vertidos en la alcantarilla *“en perjuicio de los caudales públicos”*⁹³⁵. No obstante, se daban otros inconvenientes, como la imposibilidad de Ballina de averiguar el valor de los alquileres de algunas casas, por lo que de nuevo se tuvo que recurrir al corregidor para que mandara averiguarlo al escribano Félix López y a los inquilinos de las casas que residían en régimen de alquiler a que mostraran los recibos de su coste, dando relación también de las casas que habitaban los propietarios⁹³⁶. No debió ser tarea fácil para el referido escribano. El 30 de junio siguiente se pidió al corregidor que diera providencias *“más eficaces y oportunas a fin de que se incorporen todas las casas que correspondan y deban hacerlo en la citada mina”*⁹³⁷.

No cabe duda que los dueños de las casas se resistían a satisfacer sus correspondientes pagos por los medios más dispares, como por ejemplo, las protestas que elevaron a la Junta no poco administradores y propietarios al sentirse disconformes con los prorrateos que les habían asignado⁹³⁸. Más aún, a comienzos de agosto de 1785 solicitaron al Conde de Floridablanca la exención de sus pagos por los enormes desembolsos que ya habían realizado para mejorar la limpieza de la Villa.

⁹³⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 14 de abril de 1785.

⁹³⁶ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 19 de mayo de 1785.

⁹³⁷ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 30 de junio de 1785.

⁹³⁸ Entre los memoriales enviados por la Junta de Propios por los administradores y propietarios de las casas, disconformes con los prorrateos, se encontraban los de José Imberz y Alegre, administrador de un casa de la calle de San Mateo propia del teniente general Manuel Amat; el de Cayetana Yáñez Saavedra, propietaria de una casa en la calle de San Lucas, y el de Mateo Miguel de Ugarte, propietario de una casa en la calle de San Mateo. A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 14 y 21 de julio de 1785.

Además, buena parte de los establecimientos dependientes del gobierno ni siquiera habían acometido sus pozos a la alcantarilla, como era el caso de los Cuarteles de la Infantería Española y de la Guardia Valona. Hasta el momento, tan sólo el Real Hospicio de San Fernando había introducido sus aguas residuales, al igual que los remanentes de agua procedentes de la fuente pública de la calle del Soldado, con cargo a las caudales de causa pública, y que tantos perjuicios y humedades había ocasionado al Real Hospital de San Andrés de los Flamencos⁹³⁹. A comienzos de septiembre se elevó a consulta del rey la petición de los vecinos de exonerarles del pago de la alcantarilla, al tiempo que se ordenaba a los referidos cuarteles que sin dilación introdujeran sus vertidos en la alcantarilla⁹⁴⁰.

El 19 de octubre de 1785, en la Junta de Propios y Sisas se vio una Real Orden comunicada el 15 anterior por el Conde de Floridablanca, en la que se daba cuenta que el rey *“se había conformado con su dictamen, mandando que los vecinos paguen sólo la tercera parte del costo de la obra”*. Se acordó dar cuenta al corregidor para que se cumpliera y se ordenó a Sabatini y sus tenientes que hicieran el nuevo prorrateo de la tercera parte del coste con la que debían contribuir los propietarios de las casas, de forma *“que no tengan motivo legítimo para excusarse a ello”*. A su vez, se pidió a los comisarios de ambos departamentos que apremiaran a los propietarios a construir sus acometidas o atajeas desde sus pozos a la alcantarilla y *“si hubiese alguno moroso y se llenase el pozo en el intermedio, no se le limpie por motivo alguno a no ser de su costa, dando cuenta de ello para tomar la correspondiente providencia”*⁹⁴¹. Por lo tanto, de los 327.882 reales de vellón y 30 maravedís del coste total de la alcantarilla, una vez que la Contaduría hizo la liquidación preceptiva de su contabilidad, a los dueños de las casas les correspondió pagar tan sólo 109.294 reales de vellón⁹⁴². Queda claro que con

⁹³⁹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 3 de agosto de 1785. Sobre la introducción de las aguas sobrantes de la calle del Soldado en la alcantarilla del Barquillo, cuya acometida tasó Ventura Rodríguez en 9.910 reales de vellón, A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 16 de marzo y 21 de abril de 1785.

⁹⁴⁰ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 10 de septiembre de 1785.

⁹⁴¹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 19 de octubre de 1785.

⁹⁴² A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 24 de marzo de 1787.

esta Real Orden se reconocían los grandes esfuerzos que habían hecho los vecinos de Madrid y, más aún, desde entonces los dueños de las casas tan sólo tuvieron que contribuir con la tercera parte del coste de cualquier alcantarilla que se construyera en la ciudad, correspondiéndole a Madrid las dos terceras partes restantes. De este modo se financiaron todas las alcantarillas que se construyeron durante lo que restaba del Antiguo Régimen e incluso de buena parte de las construidas en la segunda mitad del siglo XIX⁹⁴³.

Con respecto a los cuarteles, desde comienzos de noviembre de 1785 el arquitecto de cuarteles Juan Fernando de Ocaña en colaboración del comisario de cuarteles Juan Tribiño se encargaban de la construcción de la acometida del Cuartel de Infantería Española, mientras que las aguas del de la Valona se prefirió que no se introdujeran por encontrarse el cuartel distante de la alcantarilla puesto que implicaba *“hacer el gran gasto de construir dilatadas líneas de minas de las que en lo sucesivo debían servir al público, una en la calle de Santa María del Arco, atravesando la huerta y casa del Duque de Frías; y otra en el tramo de la calle de San Francisco, dando vuelta a la casa y plazuela del mismo Duque, cuyo costo no correspondía al fondo de cuarteles”*⁹⁴⁴.

10.1.7.1. Los ramales de la costanilla de Santa Teresa y del Cuartel de la Guardia Valona.

Ya vimos como a comienzos de noviembre de 1785 se había desestimado hacer un ramal de mina que permitiera verter las aguas del Cuartel de la Guardia Valona en la alcantarilla del Barquillo, por lo distante que quedaba de ésta y el coste tan elevado que alcanzaría construir un ramal tan prolongado. Pero en agosto de 1787 se retomó

⁹⁴³ Pinto Crespo, V., Gili Ruiz, R., Velasco Medina, F. *Historia del Saneamiento de Madrid*. Fundación Canal de Isabel II. Madrid, 2014.

⁹⁴⁴ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 19 de octubre de 1785.

el asunto, a raíz de las quejas de fray Julián de Jesús y María, prior de los mercedarios calzados del Convento de Santa Bárbara. Al parecer, no se incluyeron en los prorrates de la alcantarilla del Barquillo la contribución de los pozos del vecino Convento de Santa Teresa. La Junta de Propios y Sisas ordenó abrir expediente y de estar en lo cierto el prior, que lo estaba, obligar al Convento de Santa Teresa a introducir sus pozos y asumir el pago que le correspondiese⁹⁴⁵. Sin embargo, a mediados de marzo de 1788 ambos conventos todavía no habían introducido los vertidos de sus pozos por las dificultades que implicaba hacer acometidas tan distantes. A cambio, se mostraban inclinados a introducirlos *“siempre que se hiciese un ramal de mina por la nominada Costanilla –de Santa Teresa- a introducir a la principal”*, con lo que pidieron a la Junta que el teniente Ballina presupuestase las obras para poder introducir los tres pozos de ambos cenobios y, de paso, preguntaron si la Villa debía contribuir a su financiación. La Junta no desestimó la propuesta a sabiendas que podría solucionar también el problema de los vertidos del Cuartel de la Guardia Valona, y ahorrarse la limpieza de sus pozos, que ascendían a 9.795 reales al año. Así, se acordó encargar a Ballina que presupuestase los ramales en los que se verterían las aguas de los conventos y del cuartel⁹⁴⁶.

A comienzos de abril de 1788, Ballina informó a la Junta que el coste del ramal de la costanilla ascendería a 7.508 reales de vellón, pero no del ramal de la Valona, ya que para poder tasarlo y construirlo se debía contar previamente con la autorización del duque de Uceda, puesto que se proyectaría por debajo del jardín de su casa, así como con el dictamen del arquitecto del cuartel, Juan Fernando de Ocaña, quien debía de indicar el lugar por donde comenzaría la mina a la que irían a verter todos sus pozos. La Junta autorizó la construcción del ramal de la costanilla de Santa Teresa y con respecto a la de la Guardia Valona autorizó a los comisarios Moreno Negrete y Quijada a que pidieran el preceptivo permiso al duque de Uceda *“mediante el beneficio que resulta al común”*⁹⁴⁷. El 22 de julio siguiente los comisarios informaron a

⁹⁴⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 14 de agosto de 1787.

⁹⁴⁶ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 12 de marzo de 1788.

⁹⁴⁷ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 5 de abril de 1788.

la Junta que habían obtenido el permiso del duque, a cambio de que Madrid se hiciera cargo de los perjuicios que le pudieran ocasionar en su casa, tapias y jardines. Solventados los inconvenientes Juan Fernando de Ocaña y Ballina procedieron a la construcción del ramal de la Valona, mientras que el de la costanilla de Santa Teresa lo construyó, entre los meses de agosto y octubre de 1788, el maestro fontanero Andrés Rodríguez, con un coste de 8.126 reales de vellón y 26 maravedís, mayor del inicialmente presupuestado por la ampliación de la longitud del ramal⁹⁴⁸.

10.1.7.2. La concatenación de los ramales de las calles del Caballero de Gracia, de las Torres, Infantas, Reina, Clavel, San Bartolomé y San Jorge.

Tres años después de concluida la alcantarilla del Barquillo, se pusieron en marcha las obras de los ramales de las calles del Caballero de Gracia, de las Torres, Infantas, Reina, Clavel y San Bartolomé, por iniciativa del marqués de Buscayolo y de otros vecinos que se quejaban de los excesos de humedad que padecían sus casas, al parecer por una mina cegada que se encontraba en la calle del Clavel y servía para recoger las aguas de no pocos pozos de la zona y los remanentes de la fuente de la calle de las Infantas. Sabatini había tasado la obra de estos ramales, que verterían en la alcantarilla del Barquillo, a su paso por la calle de Alcalá, en 247.583 reales y 17 maravedís de vellón, una cantidad elevada *“por las cuevas y pozos que había que cegar”*⁹⁴⁹. Sin embargo, la delicada situación presupuestaria que atravesaba el ramo y la dificultad que suponía cobrar la parte correspondiente que tenían que sufragar los propietarios de las casas, tal y como estaba sucediendo con la cobranza de los ramales de la calle de los Tintes, Bonetillo y Mesón de Paños, concluidos apenas un año antes, aconsejaron posponer las obras, y en el caso de poder hacerse sacarlas a subasta pública.

⁹⁴⁸ A.V.M. Secretaría 4-295-2 y A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 14 de agosto y 30 de octubre de 1788.

⁹⁴⁹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 27 de febrero de 1787.

Un año después, a comienzos de abril de 1788, los comisarios de ambos departamentos, Moreno Negrete y Quijada, volvieron a proponer a la Junta de Propios y Sisas la necesidad de ejecutar las obras, acompañando la propuesta que les había presentado el fontanero Antonio Rodríguez, el 30 de marzo anterior, para ejecutarlas conforme a las condiciones y precios estipulados por Sabatini, comprometiéndose a no percibir retribución alguna hasta superar el valor de los 50.000 reales de fianza, que se descontarían de los primeros trabajos realizados y materiales empleados. La Junta, a través del diputado del común, Manuel Simón Puerta, y del personero síndico, Alejandro Vallejo, decidió estudiar la propuesta de Rodríguez⁹⁵⁰. Finalmente, por acuerdo del 23 de abril la Junta mandó que se ejecutaran las obras y a comienzos del mes de junio siguiente Antonio Rodríguez empezó la excavación de los ramales. Ahora bien, la complejidad de las obras, puesto que estos ramales enlazaban unos con otros en diferentes tramos de las calles mencionadas, hizo que por iniciativa de Sabatini se nombrara a un sobrestante, capataz o aparejador facultativo con el propósito de controlar su correcta ejecución⁹⁵¹. Sabatini también propuso a la Junta la necesidad de construir un pequeño ramal por la calle de San Jorge para minorar los costes que supondría excavar algunos tramos de los ramales, puesto que por *“la callejuela que llaman de San Jorge, que es muy corta, hacen concurso en ella las dos caídas o declinaciones de las aguas de la calle de las Infantas”*⁹⁵². Hubo que esperar a comienzos de diciembre de 1788 para que la Junta autorizase la construcción del ramal de la calle de San Jorge, con un presupuesto estimado en 18.000 reales de vellón, cuando las obras de los ramales de las calles de San Miguel y de la Reina ya estaban muy adelantadas. Con la construcción de este pequeño ramal Madrid evitaría tener que limpiar y vaciar el pozo y lavadero de la casa del Duque de Arión y de otros 8 pozos de otras casas de la calle⁹⁵³.

⁹⁵⁰ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 7 de abril de 1788.

⁹⁵¹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 23 de abril y del 4 de junio de 1788.

⁹⁵² A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 4 de junio de 1788.

⁹⁵³ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 6 de noviembre y del 5 de diciembre de 1788.

El 17 de diciembre de 1788 se dio cuenta en la Junta que Antonio Rodríguez prácticamente había concluido las obras de excavación y la construcción de algunos tramos de alcantarilla, habiéndose invertido hasta el momento 193.798 reales y 20 maravedís y medio de vellón, conforme a las certificaciones emitidas por el teniente de arquitecto Ballina⁹⁵⁴. Las obras concluyeron ya entrado el año 1789, cuando reinaba Carlos IV, habiendo tenido un coste total de 378.108 reales y 20 maravedís de vellón. La tercera parte de este coste la comenzaron a pagar los propietarios de las casas ya entrada la década de 1790, mientras que las dos terceras partes restantes fue sufragada por Madrid con cargo al arbitrio de tabernas⁹⁵⁵.

Los ramales proyectados por Sabatini y construidos por el fontanero Antonio Rodríguez se ejecutaron de la siguiente forma:

- En la calle del Caballero de Gracia, desde su intersección con la calle Angosta de los Peligros y hasta acometer en la calle de Alcalá con la alcantarilla del Barquillo.
- En la calle de las Torres, actual del Marqués de Valdeiglesias, en el tramo comprendido entre la calle de Alcalá y la calle de la Reina. Vertía en el ramal que bajaba por la calle del Caballero de Gracia hasta Alcalá.
- En la calle de la Reina, en el tramo comprendido entre la calle de las Torres, actual del Marqués de Valdeiglesias, y la calle de San Jorge, actual de Víctor Hugo. Vertía en el ramal de la calle de las Torres.
- En la calle de San Jorge, actual de Víctor Hugo, en el tramo comprendido entre las calles de San Miguel, que desapareció del callejero con la apertura de la Gran Vía, y de la Reina. Vertía en el ramal de la calle de la Reina.

⁹⁵⁴ A.V.M. Secretaría. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 17 de diciembre de 1788.

⁹⁵⁵ A.V.M. Secretaría. 1-87-51.

- En la calle de las Infantas en el tramo comprendido entre la calle de San Jorge, actual de Víctor Hugo, y la calle de San Bartolomé, actual plaza de Pedro Zerolo. Vertía en el ramal de la calle de San Jorge, actual de Víctor Hugo.
- En la calle de San Bartolomé, en el tramo comprendido entre las calles de San Marcos y de las Infantas. Vertía en el ramal de la calle de las Infantas.
- En la calle del Clavel, en el tramo comprendido entre las calles de las Infantas y la antigua de San Miguel. Vertía en el ramal de la calle de las Infantas.

10.1.8. La alcantarilla de las Cuatro Calles a la Puerta del Sol y a la del Arenal.

Esta alcantarilla general vino a continuar la construida a lo largo de la calle del Arenal entre 1767 y 1769, prolongándose desde la referida calle por la plaza de la Puerta del Sol y la Carrera de San Jerónimo hasta alcanzar la plazuela de las Cuatro Calles, hoy de Canalejas. Tuvo su origen por iniciativa del padre corrector del Convento de Nuestra Señora de la Victoria, situado en la actual calle de la Victoria, próximo a la Puerta del Sol, quien, a mediados de mayo de 1785, expuso a la Junta de Propios y Sisas *“lo útil y conveniente que se sería construir por aquel paraje una alcantarilla para recoger las aguas mayores y menores de las casas”*, comprometiéndose a pagar la parte que les correspondiese, así como la construcción de su atajea. Si bien, algunos fontaneros a cargo de los viajes de agua municipales que discurrían por debajo de estas calles, como Domingo García y Antonio Rodríguez, ya habían informado a la Junta sobre la necesidad de construirla *“si se ejecuta con las precauciones convenientes”*. Unos meses antes los tres pozos del convento habían provocado filtraciones a los viajes de aguas potables, y las dificultades y enormes desembolsos que conllevó su reiterada limpieza, hicieron valorar a los miembros de la Junta la

conveniencia de construir la alcantarilla. Pero además, al tratarse de una zona surcada por las galerías subterráneas de tres de los cuatro grandes viajes municipales que abastecían la ciudad, es decir, los de la Fuente Castellana y del Alto y Bajo Abroñigal, los fontaneros justificaron la conveniencia de construir un ramal que desde esta nueva alcantarilla recorriera toda la calle de Carretas hasta alcanzar la plazuela del Ángel. El precio de la nueva alcantarilla y su ramal fue tasado por los fontaneros en 292.759 reales y 29 maravedís de vellón, una cifra considerable que en esos momentos el estado del presupuesto municipal “no permite emprenderla”, aunque *“sería muy útil para minorar en esta parte el crecido gasto de limpieza de pozos”*. A la precariedad presupuestaria se añadía la escasa voluntad y resistencia de los propietarios de las casas a contribuir a sufragarla, como estaba ocurriendo con la construcción de la alcantarilla del Barquillo⁹⁵⁶.

La Junta decidió entonces iniciar los trámites para la construcción de la alcantarilla, que a priori precisaron conocer el número de propietarios y edificios representativos que debían introducir sus pozos, como la Real Casa del Correo y la Inclusa, y así contribuir a sufragar las obras. De este modo, desde comienzos del verano de 1785 el escribano del ramo, Félix López, con un mandato del corregidor, comenzó a hacer las averiguaciones sobre lo que rentaban los alquileres de las casas, para poder realizar el preceptivo prorrateo de los costes con que tendrían que contribuir los propietarios⁹⁵⁷. El 23 de septiembre de 1785, tras haber visto la Junta el proyecto de la alcantarilla realizado por Sabatini, que entregó el 22 de julio anterior, y las diligencias practicadas por el escribano Félix López, se volvió a tratar el asunto y se acordó pedir informe a la Contaduría para verificar que se podían emprender las obras⁹⁵⁸.

Hubo que esperar casi un año más para poder emprender las obras, que pasó a dirigir el propio Sabatini con sus tenientes Ballina y Durán. De la ejecución de las obras

⁹⁵⁶ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 19 de mayo de 1785. A.V.M. Secretaría. 4-295-12 (1).

⁹⁵⁷ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 5 de agosto de 1785.

⁹⁵⁸ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 19 y 23 de septiembre de 1785.

se encargó, a partir del 15 de julio de 1786, el fontanero Antonio Rodríguez, bajo las condiciones técnicas estipuladas por Sabatini, que fueron las mismas que se emplearon para la construcción de la alcantarilla del Barquillo, y la mejora de un 6% sobre el presupuesto inicial⁹⁵⁹. En la nueva alcantarilla se introducirían todos los pozos de las casas que se encontraban entre la calle de la Zarza, que embocaba a la del Arenal, y las Cuatro Calles. Las obras se hicieron con rapidez, e mediados de mayo de 1787 los comisarios regidores de ambos departamentos informaban a la Junta que quedaría concluida en el referido mes y daban cuenta puntual de los pozos que se habían introducido y de los que estaban pendientes de introducir en la alcantarilla. Así, ya se habían introducido todos los pozos de la manzana 381, que hacía esquina desde la calle de la Zarza hasta la calle de los Preciados, excepto los ubicados en la manzana 380 por estar a cierta distancia en la calle de Preciados. También habían introducido sus pozos el Convento de la Victoria y otras casas de su propiedad en el tramo de alcantarilla de la Puerta del Sol.

Quedaban pendientes no pocos pozos de particulares, vecinos al convento, así como los de la Inclusa y de las casas que se extendían entre la llamada *Fontana de Oro* y la *Lotería*, que se encontraba haciendo esquina a las Cuatro Calles, además de los de la acera de enfrente hasta la Iglesia del Buen Suceso⁹⁶⁰. No obstante, los trabajos se prolongaron hasta el mes de julio y los empedrados sobre la alcantarilla hasta diciembre de 1787. El coste total de la alcantarilla había ascendido a 144.608 reales y 1 maravedí de vellón, menos de la mitad de lo presupuestado inicialmente porque no se construyó el ramal de la calle de Carretas⁹⁶¹. Con todo, los pagos al fontanero Rodríguez por su trabajo y materiales empleados en las obras se demoraron hasta septiembre de 1787, y, más aún, las acometidas de los pozos de algunas casas⁹⁶². El 21 de diciembre de 1787 los comisarios Moreno Negrete y Quijada manifestaron a la Junta que les estaba costando mucho que los dueños de las casas introdujeran sus

⁹⁵⁹ A.V.M. Secretaría. 4-420-75.

⁹⁶⁰ A.V.M. Secretaría. 4-295-32.

⁹⁶¹ A.V.M. Secretaría. 1-87-51.

⁹⁶² A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 17 de julio y 25 de septiembre de 1787.

pozos⁹⁶³. La Junta acordó obligar a los remisos a pagar sus prorrates, pero de nuevo, a mediados de marzo de 1788, informaron que a pesar de las medidas adoptadas por el corregidor con los morosos y rezagados todavía quedaban por introducir los pozos de la Inclusa, la Iglesia del Buen Suceso, la Fontana de la Soledad, la Platería y otros casas situadas en la misma Puerta del Sol, *“de lo que se seguían crecidos gastos a la causa pública por sus continuas limpias si no se remedia con una seria providencia”*. Se acordó hacerlo⁹⁶⁴.

10.1.9. La alcantarilla de la calle del Rosario o de la casa que servía de cuartel al Regimiento de Sevilla.

Eran tan crecidos los gastos de la limpieza de los pozos de aguas mayores y menores de este caserón, que había servido de acuartelamiento a la antigua guardia Chamberga y entonces ocupaba el Regimiento de Sevilla, que motivo que la Junta de Propios y Sisas encargara al teniente de arquitecto Ramón Durán la construcción de una alcantarilla, que desde el citado caserón, ubicado en la calle del Rosario, inmediato al Convento de San Francisco el Grande, pudiera verter sus aguas en el campo inmediato traspasando la cerca fiscal o resguardo. Durán proyectó la alcantarilla con un presupuesto estimado entre 24.000 y 25.000 reales de vellón. El 31 de enero de 1787, la Junta acordó que los comisarios de la limpieza de pozos llegaran a un acuerdo con el propietario del caserón para que concurriera a la construcción de dicha alcantarilla, pagando la tercera parte de su coste según estaba estipulado, y que *“desde luego se construyera por los beneficios tan grandes a la causa pública”*⁹⁶⁵.

Las obras de esta alcantarilla fueron ejecutadas hasta su conclusión a mediados de agosto de 1787, por el fontanero Antonio Rodríguez, con un coste total de 24.000

⁹⁶³ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 21 de diciembre de 1787.

⁹⁶⁴ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 12 de marzo de 1788.

⁹⁶⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 31 de enero de 1787.

reales de vellón. Ya entonces el fontanero había percibido los 8.000 reales de la tercera parte del coste con la que tuvo que contribuir el propietario del caserón, y los comisarios de ambos departamentos de la Villa, Antonio Moreno Negrete y Antonio María Quijada certificaron la correcta ejecución de las obras para que la Junta ordenase el pago de los 16.000 reales que le quedaban por percibir, de las dos terceras partes del coste que tenía que sufragar la Villa. El 14 de agosto de 1787 la Junta autorizó el pago al fontanero Rodríguez, a la vez que se encargó al arquitecto Durán que informara sobre el número de pozos de la calle del Rosario que se podrían introducir en la alcantarilla⁹⁶⁶. El 6 de septiembre siguiente la Junta vio el informe de Durán en el que se daba cuenta de la imposibilidad de introducir otros pozos, por la distancia que existía entre el caserón y las otras casas de la calle. La Junta acordó “quedar enterada”⁹⁶⁷. Al menos solucionaron el problema de los cuantiosos vertidos y limpiezas de los pozos del cuartel.

10.2. Mantenimiento y ampliación del alcantarillado antiguo y sus nuevos ramales (1762-1788).

El mantenimiento y ampliación del alcantarillado antiguo también fue una de las prioridades de la monarquía carlotercista conducentes a preservar las medidas de higiene y salubridad que se habían establecido en la ciudad. Las intervenciones que se produjeron en las viejas alcantarillas de los Caños del Peral, Leganitos, Cava Baja de San Francisco y de la Huerta del Convento de San Francisco el Grande se limitaron, en un primer momento, a reparar los frecuentes desperfectos y hundimientos que se producían en sus infraestructuras, tal y como se había hecho en el periodo precedente. Pero la ampliación o prolongación de estas alcantarillas junto con la construcción de sus nuevos ramales incrementaron notablemente el volumen de residuos que a duras

⁹⁶⁶ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 14 de agosto de 1787. A.V.M. Secretaría. 4-295-32.

⁹⁶⁷ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 6 de septiembre de 1787.

penas pudieron desaguar sus minas y vertederos, con lo que a la postre no hubo más remedio que reconstruirlas casi en su totalidad. En esta empresa la Villa de Madrid empleó alrededor de medio millón de reales, cifra bastante elevada que nos ilustra sobre la complejidad, los problemas de funcionamiento que padecían estas alcantarillas y del volumen de residuos que recibían de los pozos negros y calles de sus alrededores.

10.2.1. La reconstrucción de la antigua alcantarilla de los Caños del Peral, la prolongación de su embocadura hasta el puentecillo de la calle del Arenal, y su nuevo ramal de la costanilla de los Caños.

A comienzos de agosto de 1764, Francisco Sabatini trabajaba en el proyecto de construcción de un ramal de alcantarilla en la antigua Bajada o Costanilla de los Caños del Peral, así como de un pequeño ramal en la embocadura de la antigua calle de los Tintes, actual de la Escalinata, que permitieran verter las aguas mayores y menores de las casas de estas calles en la antigua alcantarilla de los Caños del Peral. Trataba de evitar la extraordinaria dificultad que implicaría construir los pozos en las referidas casas, *“a causa de hallarse las aguas –del subsuelo- muy someras”*. Las obras de sendos ramales fueron tasadas por Sabatini en 70.304 reales de vellón. El 22 de agosto siguiente, visto el proyecto y condiciones técnicas por el obispo gobernador del Consejo de Castilla, se ordenó que las obras se sacasen a pública subasta, anunciándolo en los parajes acostumbrados de la Villa con pregones y carteles⁹⁶⁸.

El 3 de septiembre siguiente las obras se remataron en el maestro pocero Manuel Pérez, con un precio total de 57.000 reales de vellón, 10.304 menos que los tasados por Sabatini, y el compromiso de tener las obras concluidas el último día del mes de octubre de 1764. Como fianza, al pocero Pérez se le permitió ofrecer las obras hechas hasta cubrir la tercera parte del coste total y, como era costumbre, los

⁹⁶⁸ A.H.N. Consejos. Legajo 9427. *“Diversos expedientes sobre la alcantarilla de la calle de los Tintes y de la Costanilla de los Caños del Peral”*.

materiales que emplearía en su construcción quedarían libres de los derechos de puertas de la Villa. El 11 de septiembre siguiente el marqués de Esquilache comunicó al obispo gobernador que *“el Rey se ha servido aprobar el remate celebrado en Manuel Pérez, maestro pocero, para la construcción de las minas, que según el plan formado por D. Francisco Sabatini, se debe ejecutar en la calle de los Tintes y Costanilla de los Caños del Peral, en lugar de los pozos de limpieza, costeándose por los dueños de las casas a que corresponde”*. A su vez, conforme al prorrateo efectuado por Sabatini, se mandó que los 4.989 reales y 17 maravedís que correspondían a la causa pública, de los 57.000 reales en que se había rematado la obra, se pagasen con cargo a los caudales de limpieza. Las obras se concluyeron en el plazo fijado⁹⁶⁹.

Un año y medio después, la proximidad del pequeño ramal que se había construido en la embocadura de la calle de los Tintes, muy próximo al vertedero de la alcantarilla de los Caños del Peral, obligó a prolongar la propia alcantarilla por la calle del Arenal, entre su vertedero, situado en la plaza de los Caños del Peral y el puentecillo que desde 1587 estaba situado sobre de la referida calle del Arenal, a la altura de las calles de las Fuentes y Santa Catalina de los Donados. Concluidas las obras el corregidor ordenó al asentista de la limpieza de pozos, Francisco Arana, que limpiara toda la alcantarilla⁹⁷⁰. Sin embargo, de poco sirvieron las limpiezas. Tal y como ocurriera en las décadas precedentes, los atascos de la alcantarilla fueron frecuentes por el gran volumen de residuos que se vertían en su interior, acrecentados con los provenientes de sus nuevos ramales. A finales de abril de 1770 fue necesario dotar la alcantarilla con un nuevo registro y rejilla para aprovechar mejor las aguas de lluvia y conseguir que los vertidos tuvieran *“mejor curso y se eviten las frecuentes limpiezas”*⁹⁷¹. Pero la eficacia de estos remedios fue bastante efímera y no eliminó todos los inconvenientes que provocaba la alcantarilla. El 6 de octubre de 1773 el marqués de Grimaldi dio cuenta a la Junta de Policía de las quejas de la priora del Convento de Santo Domingo el Real, avaladas por los médicos de las monjas⁹⁷².

⁹⁶⁹ Ibídem.

⁹⁷⁰ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 15 y 22 de abril de 1766.

⁹⁷¹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 23 de abril y 6 de junio de 1770.

⁹⁷² A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 6 de octubre de 1773.

El hedor que desprendía el vertedero y los registros de la alcantarilla debía ser nauseabundo. No obstante, la Junta de Policía y el propio Sabatini se tomaron el asunto con calma, a sabiendas que se contaba con pocos remedios para evitarlo. De hecho, el 29 de abril de 1774 Sabatini informó a la Junta de Policía que estos perjuicios se debían *“a la mucha basura que del vertido se detenía en ella, particularmente cuando pasaba mucho tiempo sin llover, a causa de que solía atascarse y con precisión había que limpiarla sacando todo lo grueso que se dejaban allí a secar para sacarlo al campo”*. Pidió a la Junta que con urgencia se sacasen los gruesos de la alcantarilla para evitar los malos olores. La Junta volvió a ordenar limpiar la alcantarilla y encarecidamente se le exigió al asentista de la limpieza de pozos que, en adelante, los mozos de su cargo no dejaran basuras e inmundicias en el vertedero o boca de la alcantarilla. Más aún, se le prohibió hacer vertidos cuando la alcantarilla no tragase, obligándole a trasladarlos al campo⁹⁷³.

Los excesos de los vertidos, los malos olores y los atascos no eran los únicos problemas, sino también, las consecuencias que estos provocaban a la propia alcantarilla. En el informe anterior de Sabatini también se puso de relieve lo deteriorada que se encontraba en buena parte de su recorrido, especialmente en la sección que se localizaba junto a los paredones que el mismo había construido en la Cuesta de San Vicente, donde fueron visibles algunos hundimientos de su bóveda y la ruina que amenazaba buena parte de su fábrica. La Junta acordó que sin pérdida de tiempo pasase a reconocerla el teniente de arquitecto José de la Ballina⁹⁷⁴. Entrado el mes de mayo se repararon los desperfectos y se volvió a limpiar toda la alcantarilla. Pero poco duraron estos remedios. En agosto se volvieron a quejar los vecinos de los malos olores que desprendían el vertedero y los registros, y la Junta pidió a Sabatini que buscara una solución alternativa al uso del vertedero que se encontraba en la plaza de los Caños del Peral. En el ínterin que se adoptaba una solución, de nuevo en octubre se tuvo que volver a limpiar la alcantarilla y, peor aún, volver a reconstruir

⁹⁷³ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 30 de abril de 1774. La limpieza de la alcantarilla tuvo un coste de 1.553 reales y 8 maravedís de vellón. A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas. Acuerdo del 14 de septiembre de 1774.

⁹⁷⁴ Ibidem.

parte de la fábrica de la alcantarilla que se había hundido, lo que obligó a Ballina a pedir permiso para desmontar parte del suelo del Coliseo de los Caños del Peral, con el fin de poder acceder a su interior⁹⁷⁵.

Las limpiezas de la alcantarilla se fueron repitieron con regularidad al igual que las reparaciones por los continuos deterioros y hundimientos en su fábrica. Así, en diciembre de 1781 se autorizó disponer de 28.876 reales de vellón para atender con urgencia sus desperfectos y a finales de septiembre de 1784 se volvieron a autorizar otros 32.460 reales para los mismos fines, conforme a la inspección que realizó Ventura Rodríguez, Maestro Mayor de Obras de la Villa⁹⁷⁶. Sin embargo, iniciados los trabajos de reparación, Ventura Rodríguez se dio cuenta de que más que reparar la mina había que reconstruirla en un trecho considerable de su línea, razón por la que el 11 de mayo de 1785 informó a la Junta de Propios y Sisas que se tendría que asumir un coste estimado en 112.000 reales de vellón si se quería reparar con eficacia la vieja alcantarilla⁹⁷⁷. La Junta al no tener capacidad ejecutiva para disponer de semejante dinero, elevó el asunto al Consejo de Castilla para su aprobación. El 24 de mayo siguiente la Junta recibió finalmente la autorización del Consejo para *“construir de nuevo con la solidez y cabida suficiente la citada alcantarilla, desde el pozo sumidero inclusive, hasta salir fuera del sitio del Coliseo de donde se encamina por la alcantarilla que transita por bajo del Jardín de Palacio a salir al río por un lado del camino de la Puerta de San Vicente”*. A su vez, se ordenó que la obra se ejecutase por administración directa de la Junta aprovechando la estación seca del verano, bajo la supervisión de Ventura Rodríguez, debiendo contabilizarse todos los gastos de jornales y materiales, y permitiendo sufragar sus costes contra los fondos de causa pública⁹⁷⁸. A finales de octubre de 1785, las obras habían avanzado notablemente bajo la

⁹⁷⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdos del 31 de agosto, 21 de octubre y 9 de noviembre de 1774. Sobre el acceso a la alcantarilla desde el Coliseo de los Caños del Peral en A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas. Acuerdo del 7 de septiembre de 1774.

⁹⁷⁶ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas. Acuerdo del 15 de marzo de 1775. A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas. Acuerdo del 29 de noviembre y del 13 de diciembre de 1781. A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas. Acuerdos del 10 y 28 de septiembre de 1784.

⁹⁷⁷ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas. Acuerdo del 12 de mayo de 1785.

⁹⁷⁸ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas. Acuerdo del 24 de mayo de 1785.

supervisión directa de Manuel Martín Rodríguez, sobrino del ya difunto Ventura Rodríguez, y estaban prontas a su conclusión⁹⁷⁹.

10.2.2. La prolongación de la alcantarilla de Leganitos por la calle de los Reyes y el nuevo ramal de las Capuchinas.

El 15 de junio de 1764, el alcalde del departamento Alto Manuel Ramos informó al obispo de Cartagena, gobernador del Consejo de Castilla, que el día anterior Sabatini le había pasado el proyecto de la construcción de una alcantarilla en la calle de los Reyes, *“respecto a que en ella no se pueden construir los pozos por encontrarse las aguas muy someras, según lo certifica uno de los maestros –fontaneros- que han intentado abrirlos”*, junto con las solicitudes de algunos propietarios de casas que habían pedido construirla. Sabatini pretendía prolongar la antigua alcantarilla de Leganitos por toda la calle de los Reyes, hasta embocar en la de calle de San Bernardo. El proyecto, tasado en 58.230 reales de vellón, incluía el prorrateo de los costes que proporcionalmente debían satisfacer los propietarios de las casas. Tres días después el gobernador del Consejo ordenaba al alcalde Manuel Ramos que se ejecutase la alcantarilla en los términos expresados por Sabatini, mediante subasta pública de las obras⁹⁸⁰.

El 11 de julio siguiente se celebró el remate de la subasta pública de las obras, con presencia de los alcaldes de ambos departamentos y del teniente de arquitecto José de la Ballina, quedando finalmente rematada en los arquitectos Francisco Ubago, Juan Manuel Villacelero y José Román, por un precio de 43.500 reales de vellón, 14.730 menos que lo presupuestado. Los nuevos asentistas también se comprometieron a concluir las obras en un plazo de 80 días y depositar una fianza de 15.000 reales de vellón. Como era costumbre se les libero de pagar los derechos de puertas de la Villa de todos los materiales que empleasen en su construcción. Dos días

⁹⁷⁹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas. Acuerdo del 19 de octubre de 1785.

⁹⁸⁰ A.H.N. Consejos. Legajo 9427. *“Diversos expedientes sobre la construcción de la alcantarilla de la calle de los Reyes”*.

después, cumplimentada la adjudicación de las obras mediante la pertinente escritura pública, Sabatini y su teniente Ballina recibieron el encargo de realizar el nuevo prorrateo de los costes que debían satisfacer los propietarios de las casas, conforme al precio ofertado por los asentistas. A su vez, se nombró a un sobrestante o capataz cualificado, José Benavides, para que siguiera con puntualidad los avances de las obras⁹⁸¹.

Pero apenas dos meses después las obras toparon con extraordinarias dificultades. La excavación de la caja de la alcantarilla estaba afectando a los cimientos de no pocas casas de la calle de los Reyes. El 27 de septiembre se ordenó hacer un reconocimiento de los cimientos y la fábrica de algunas casas, para que con urgencia se pusiera el remedio necesario antes de que provocase su ruina. Al parecer, por lo informado al día siguiente por el alcalde Manuel Ramos, los problemas los habían provocado las lluvias que se filtraban en los cimientos de las casas. El obispo gobernador mandó entonces al teniente de arquitecto Ballina que pidiera a los asentistas que contrataran carpinteros externos para acodalar las casas que podían peligrar y que el mismo les debía señalar. En caso de que los asentistas se negaran se facultó a Ballina a tomar las decisiones que creyera más oportunas y urgentes. Como era de esperar, los asentistas no se opusieron pero a cambio pidieron “algunos socorros”. No hubo concesiones y no tuvieron más remedio que acodalar las casas afectadas, *“disponiéndose lo conveniente a la seguridad”*. Sin embargo, estas intervenciones retrasaron notablemente el ritmo de las obras. A comienzos del otoño, en plena época de lluvias, las obras todavía no se habían concluido a pesar de que el alcalde Ramos no cejaba en *“estrechar por cuantos medios son posibles a los asentistas para la final conclusión de la obra, y porque para el cumplimiento de ella, y su asiento, no tienen más fianza que la de 15.000 reales en obra y haber percibido algún dinero, también he mandado embargarles sus bienes”*. El embargo de sus bienes lo justificaba el alcalde por el incumplimiento de una de las condiciones capituladas en el asiento: *“si por algún acontecimiento se necesitase en alguna de las posesiones el poner algunos apeos esto ha de ser a cuenta de los mismos dueños de las casas que peligran,*

⁹⁸¹ Ibídem.

para que con la mayor brevedad den las providencias conducentes a su seguridad, y los asentistas acodalen luego y sin pérdida de tiempo la zanja, con apercibimiento que de no se darán las providencias a su costa y serán responsables a los daños que de su omisión se causaren y de proceder a lo demás que haya lugar". A mediados de noviembre de 1764 se concluyeron las obras y los asentistas se quedaron sin percibir los 1.500 reales de gastos extraordinarios que tuvieron que asumir para apuntalar las casas⁹⁸².

La ampliación de la alcantarilla de Leganitos permitió desaguar buena parte de las aguas de los pozos de la calle de los Reyes y de sus calles aledañas, pero diez años después el notable volumen de residuos que recibía provocó un importante deterioro en la infraestructura y no pocas molestias a los vecinos. Ante las reiteradas quejas de los vecinos, propiciadas por los olores nauseabundos que provocaba su vertedero situado en la plaza de Leganitos, el 12 de marzo de 1774 la Junta de Policía ordenó a los tenientes de Sabatini inspeccionar la alcantarilla y su vertedero⁹⁸³. El informe de los arquitectos, en el que intervino el propio Sabatini, fue esclarecedor. Además de mudar el vertedero hasta las cercanías de la *Fuente de los Cuatro Caños*, al arranque de la Cuesta de San Vicente, había que recomponer buena parte de la alcantarilla, con un coste estimado en 75.000 reales de vellón⁹⁸⁴. Al tratarse de una cantidad bastante elevada, la Junta elevó el asunto al Consejo de Castilla para su aprobación. Como no podía ser de otra forma, el 13 de mayo de 1774 el Consejo ordenó la ejecución de las obras con cargo al presupuesto de causa pública y bajo la supervisión directa de Sabatini y de su teniente Ballina, *"para asegurar la firmeza y mayor duración de las obras"*⁹⁸⁵. Fue realmente José de la Ballina quién dirigió las obras hasta su conclusión a finales del año de 1774, alcanzando un coste total de 72.559 reales y 11 maravedís de vellón⁹⁸⁶.

⁹⁸² *Ibidem*.

⁹⁸³ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 12 de marzo de 1774.

⁹⁸⁴ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 30 de abril de 1774.

⁹⁸⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 14 de mayo de 1774; y A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas. Acuerdo del 18 de mayo de 1774.

⁹⁸⁶ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas. Acuerdo del 17 de junio de 1774. A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas. Acuerdo del 5 de septiembre de 1780.

Las intervenciones en la vieja alcantarilla de Leganitos culminaron con la construcción del nuevo ramal que, desde la plaza de los Afligidos –actual de Cristino Martos-, iba por la calle de San Joaquín –actual de San Bernardino- y por la plaza del Convento de las Capuchinas –actual del Conde de Toreno- hasta verter en la alcantarilla, en la calle de los Reyes. El proyecto de este ramal había sido presentado por Sabatini a la Junta de Propios y Sisas el 16 de septiembre de 1786, pero cuando el 5 de octubre siguiente la Junta debatió la conveniencia de ejecutarlo, teniendo presente la falta de liquidez presupuestaria, acordó acortar el trazado del ramal. De este modo, principiaría en la misma calle de San Joaquín –San Bernardino- a la altura de la calle de los Dos Amigos, por ser el lugar donde se encontraba la enfermería del Convento de las Capuchinas, cuyas monjas habían mostrado un notable interés por el ramal⁹⁸⁷. El 12 de julio de 1787 la Junta autorizó la ejecución del ramal al teniente de arquitecto José de la Ballina, quien en compañía del fontanero Antonio Rodríguez lo concluyó a finales de marzo de 1788, con un coste de 24.631 reales y 7 maravedís de vellón. De esta cantidad las monjas pagaron 8.210 reales y 13 maravedís de vellón correspondientes a la tercera parte del coste, mientras que Madrid sufragó las dos terceras partes restantes⁹⁸⁸.

10.2.3. El mantenimiento de la alcantarilla de la Cava Baja de San Francisco.

Al igual que ocurriera entre los años de 1743 y 1757, que hubo que recomponer en repetidas ocasiones la alcantarilla y vertedero de la Cava Baja de San Francisco, durante el reinado de Carlos III también hubo que dedicar no pocos recursos para su mantenimiento. En octubre de 1768 el personero del común de la Villa de Madrid, Jerónimo Soriano, solicitó su definitiva clausura y volvió a retomar la idea de dotarla de un trazado alternativo que fuera menos perjudicial para los vecinos de sus alrededores. Más aún, fue partidario de que el afamado Diego de Villanueva, director de la rama de arquitectura de la Real Academia de las Nobles Artes de San Fernando, pasara a

⁹⁸⁷ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas. Acuerdo del 12 de julio de 1787.

⁹⁸⁸ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas. Acuerdo del 1 de abril de 1788.

inspeccionar la alcantarilla y propusiera los remedios más adecuados para sus vertidos⁹⁸⁹. Esta propuesta ya la había planteado Sachetti en abril de 1756, y al igual que la del personero fue desestimada por su elevado coste. En adelante, se seguirían reparando los desperfectos que se produjeran en la infraestructura, como los hundimientos que en septiembre del año siguiente tuvo que efectuar el fontanero Andrés Rodríguez, con un coste de 1.789 reales de vellón⁹⁹⁰.

Desde entonces hubo que hacer frente a no pocas reparaciones en la alcantarilla, como la recomposición, durante el verano de 1786, del desagüe de la Cuesta de los Ciegos en su encuentro con la calle de Segovia, que ascendió a un coste de casi 60.000 reales de vellón. Pero apenas 6 meses después, entrado febrero de 1787, y al igual que había ocurrido con las alcantarillas de los Caños del Peral y de Leganitos, la vieja alcantarilla de la Cava Baja tuvo que ser reconstruida prácticamente en su totalidad. De su estado ruinoso dieron cuenta el regidor comisario del cuartel de San Miguel, Nicolás Verdugo, y el arquitecto de la Villa, Juan de Villanueva, quien, a su vez, argumentó que entrañaba mucha dificultad establecer un presupuesto aproximado para su reparación y *“casi imposible pues no se podían prever los motivos y obras que en ella podrían ocurrir a su remoción para ejecutar lo principal”*. Por esta razón, solicitó a la Junta de Propios y Sisas que le señalasen una cantidad semanal para hacer frente a los gastos de su reparación. Villanueva, además, propuso prolongar el desagüe de la alcantarilla por la Cuesta de los Ciegos hasta su encuentro con la alcantarilla meridional de la calle de Segovia, que había proyectado y construido Sabatini dos décadas antes, *“pues en el día bajaban por aquella –desagüe de la Cuesta de los Ciegos- las aguas al descubierto y el feto y el corrompimiento de las inmundicias perjudicaría a aquella parte de la población, en lo que parecía contravenirse al arreglo y órdenes superiores sobre este particular”*. La Junta decidió elevar al Consejo de Castilla la petición de Juan de Villanueva para su aprobación⁹⁹¹.

⁹⁸⁹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 25 de octubre de 1768.

⁹⁹⁰ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas. Acuerdo del 20 de diciembre de 1769.

⁹⁹¹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas. Acuerdo del 9 de febrero de 1787.

El 12 de mayo siguiente, en la Junta de Propios y Sisas se vio la resolución adoptada por el Consejo de Castilla, el 30 de abril anterior, que venía a aprobar la propuesta de Villanueva y autorizaba a la Junta a emplear los sobrantes de las sisas que se empleaban para el presupuesto de causa pública. A su vez, se pedía a Villanueva que tuviera *“especial cuidado en dar el desnivel correspondiente a las atajeas de los pozos que debían verter en la alcantarilla para que no se detuviesen los gruesos en su curso”*⁹⁹². Las obras comenzaron antes de finalizar el mes de mayo bajo la supervisión del propio Villanueva y el pagador comisionado por la Junta, Benito Arenillas, para atender los pagos semanales de jornales y materiales⁹⁹³. Las obras de reconstrucción de la alcantarilla se prolongaron hasta bien entrado el mes de julio de 1788 y tuvieron un gasto nada despreciable de 214.000 reales de vellón, que unidos a los 60.000 que previamente se habían empleado en arreglar su desagüe, ascendieron a un total de 270.000 reales de vellón⁹⁹⁴.

10.2.4. La ampliación de la alcantarilla vertedero de la Huerta del Convento de San Francisco el Grande.

En noviembre de 1768 se produjo un hundimiento en parte de la Carrera de San Francisco, lo que dio lugar a que Ventura Rodríguez, Maestro Mayor de Obras de la Villa, en compañía del arquitecto Juan Antonio de Castro y el fontanero Andrés Rodríguez, pasaran a inspeccionarlo para valorar los daños y determinar las causas que lo habían provocado. Todos coincidieron en responsabilizar de lo ocurrido a la existencia de una mina en el subsuelo de la Carrera de San Francisco, al parecer propiedad del Convento de San Francisco el Grande. La mina, que llegaba hasta una noria inmediata a la huerta del convento, había sido construida por los franciscanos con el propósito de conducir el agua procedente de un viaje de aguas gordas que discurría hacia la calle de Segovia por la Morería Vieja. Concluyeron que la reparación

⁹⁹² A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas. Acuerdo del 12 de mayo de 1787.

⁹⁹³ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas. Acuerdos del 20 de octubre, 8 de noviembre y 21 de diciembre de 1787.

⁹⁹⁴ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas. Acuerdo del 5 de julio de 1788.

de la carrera debía efectuarse por cuenta del convento, pero como esta mina ya no la empleaban los franciscanos para el riego de su huerta, el 18 de abril de 1769 la Junta de Policía ofreció a las franciscanos exonerarles de los gastos de la reparación a cambio de que cedieran a Madrid la referida mina, puesto que serviría para prolongar por toda la carrera la antigua alcantarilla vertedero de la Huerta del Convento de San Francisco, que funcionaba desde comienzos de la centuria, y permitiría desaguar buena parte de los pozos de las casas de aquella barriada. Del ofrecimiento de esta permuta se encargó directamente el corregidor, quien debía prevenir al prior de los franciscanos, fray Francisco Freyle, que de no estar de acuerdo y no asumir el coste de la reparación de la carrera *“se servirá Madrid de ella dándole el destino que tenga por conveniente”*⁹⁹⁵.

A comienzos de mayo siguiente, el prior respondió que la *“mina nunca había sido considerada por la comunidad como propia”*. En consecuencia, el 9 de mayo la Junta de Policía ordenó al regidor comisario José Clemente y al teniente de arquitecto Juan Durán la reparación del hundimiento de la carrera, así como la desconexión de la mina con la noria de la huerta, para en su lugar llevarla hasta el encuentro de la embocadura de la antigua alcantarilla vertedero, que se encontraba en la calle de San Buenaventura⁹⁹⁶. El 23 de agosto Durán informó a la Junta de la conclusión de las obras, habiendo alcanzado un modesto coste de 385 reales y 11 maravedís de vellón, entre jornales y materiales⁹⁹⁷. Al igual que el resto de las alcantarillas de la Villa, la heredada de los franciscanos también hubo que repararla con frecuencia. Así, en octubre de 1776 el fontanero Andrés Rodríguez tuvo que recomponer la alcantarilla por un nuevo hundimiento de la carrera de San Francisco, con un coste de 215 reales y 30 maravedís de vellón⁹⁹⁸.

⁹⁹⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 18 de abril de 1769.

⁹⁹⁶ A.V.M. Libro de acuerdos de la Nueva Junta Policía. Acuerdo del 9 de mayo de 1769.

⁹⁹⁷ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas. Acuerdo del 23 de agosto de 1769.

⁹⁹⁸ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas. Acuerdo del 29 de octubre de 1776.

CAPÍTULO 11. LA CULMINACIÓN DE LA RED DEL ALCANTARILLADO DEL ANTIGUO RÉGIMEN: LA EVIDENCIA DE UN FRACASO (1789-1833).

Al comenzar la década de 1790, la construcción de alcantarillas y buena parte de las reformas higiénicas puestas en marcha durante el reinado de Carlos III continuaron bajo la dirección de Francisco Sabatini y, después, del célebre arquitecto Juan de Villanueva, bajo la tutela y administración de la Junta de Propios y Sisas, y del Consejo de Castilla. La continuidad de estas obras no se justificaba sólo por las necesidades higiénicas y salubres que las habían puesto en marcha, sino también, por la urgencia de minorar la onerosa carga que seguía soportando el erario municipal, al ver incrementadas de forma considerable las partidas que tenían que destinarse a la limpieza de los pozos negros, responsables de que otros negociados municipales a menudo quedaran sin atender.

Si ya durante el reinado de Carlos III la ejecución del alcantarillado se había convertido en una prioridad, en lo que restaba del Antiguo Régimen se redoblaron los esfuerzos con el propósito de evacuar el mayor volumen posible de aguas negras de la urbe, acabar con la problemática de los pozos negros y la contaminación del subsuelo; además de evitar la infección de las aguas potables y minorar los malos olores. Tanto es así que la construcción de alcantarillas apenas se interrumpió durante los 40 años siguientes, aunque el ritmo de las obras siempre estuvo supeditado a la disponibilidad de fondos e incluso, en épocas de dificultad o de coyunturas económicas desfavorables, a no pocos malabarismos financieros que puso en marcha el Consejo de Castilla y la Junta de Propios y Sisas, para poder atender los pagos. Con todo, tuvo un desarrollo muy notable durante la primera parte del reinado de Carlos IV, continuó después de forma más lenta por las adversidades que trajo la crisis de comienzos del siglo XIX y la Guerra de la Independencia, y culminó a finales del reinado de Fernando VII con la concreción de una primera red de alcantarillado, con vocación de completarse en unos pocos años más bajo la instauración del nuevo régimen liberal. Al

concluir el Antiguo Régimen Madrid, como otras ciudades de Europa, estaba provista de su primera red de alcantarillado.

Sin embargo, todavía quedarían algunas zonas de la ciudad desprovistas de alcantarillas, sobre todo, los barrios del norte que se extendían entre las calles de San Bernardo y de Fuencarral y, por lo tanto, los pozos negros y los sistemas de limpieza tradicionales, como los carros, las cubas y las mareas, continuaron ocasionando graves perjuicios para los vecinos y el erario municipal. Peor todavía fue constatar que buena parte de las alcantarillas construidas no dieron los resultados esperados. Fueron varios los motivos, algunos sabidos desde el siglo XVII, como la falta de agua para favorecer sus corrientes interiores y poder arrastrar los residuos, lo que a menudo provocó hundimientos y atascos en no pocas alcantarillas. Otros radicaron en los defectos y falta de proyección de futuro en su construcción inicial, entre los que se encontraban haber dispuesto no pocas minas generales a escasa profundidad y, en consecuencia, no sirvieron para evacuar eficazmente los legamos de los acometimientos más profundos provenientes de otros ramales de alcantarillas o de los pozos negros de las casas.

Esta realidad se mostró con toda su controversia a comienzos de la década de 1830 y sirvió como punto de inflexión en el desarrollo del alcantarillado de la Villa, al reconocerse que buena parte de la red que se había construido hasta el momento era inviable e ineficiente técnicamente, esto es, que no servía para el propósito para el que se había construido. Se reveló con toda crudeza un defecto fundamental, cual era haber carecido de un desarrollo inicial de conjunto, esto es, una autentica red integral bien planificada, en la que se hubieran tenido en cuenta las condiciones orográficas de todo el solar de la Villa, las vertientes de sus cuencas hidrográficas, las nivelaciones de las calles y, sobre todo, el aprovechamiento óptimo de los escasos recursos hídricos que entonces había, y que precisamente no sobraban en la Villa para estos menesteres, lo que en la práctica complicó, todavía más, el funcionamiento del

alcantarillado. Se empezaba a tomar conciencia de que el funcionamiento de la red de alcantarillas en el solar de la Villa necesitaba de un desarrollo de abastecimiento de agua suficiente y simultáneo, que fue, en definitiva, lo que hizo el Canal de Isabel II rebasada la década de 1850.

Antonio López Aguado, maestro mayor de obras del rey y de la Villa, discípulo que fue del célebre Juan de Villanueva, fue el primero en cuestionar públicamente lo que se había hecho hasta el momento, responsabilizando en gran medida a Francisco Sabatini de la provisionalidad y falta de futuro de las reformas y medidas que se habían emprendido. Pero si por algo destacó este arquitecto fue por su incansable insistencia, sobre todo durante su madurez, de la necesidad de establecer un Plan General de Alcantarillado para Madrid, si es que el gobierno de la monarquía y la Villa querían solucionar de una vez por todas la problemática de los pozos negros y contar con una red de evacuación que diera mejores resultados.

11.1. Del gran impulso del alcantarillado de la década de 1790 a la práctica paralización de la primera década del siglo XIX.

Cuando en 1789 comenzó el reinado de Carlos IV, Francisco Sabatini continuó hasta su muerte, pocos años después, desempeñando el cargo de Arquitecto Mayor de las Obras Reales y también de director general de Policía Urbana de la ciudad, lo que se interpretaba como una clara continuidad con las políticas de limpieza, higiene y ornato del periodo precedente. Junto a Sabatini continuaron trabajando los comisarios regidores de limpieza y los tenientes de arquitecto Ramón Durán y los hermanos Manuel y José de la Ballina. A pie de calle, y cada uno en su departamento respectivo, se encargaron con celo de verificar la limpieza de los pozos negros y de continuar la construcción de nuevas alcantarillas y ramales.

Para este propósito el ramo de limpieza contaba con un presupuesto de 1.128.681 reales de vellón y 28 maravedís al año, como así había establecido el Consejo de Castilla por orden del 7 de junio de 1774, y que se había mantenido invariable hasta 1790 que fue necesario aumentar por *“lo mucho que se gastaba en la limpieza de pozos, que esto procedía de que luego que se construyeron se tardaba en limpiar cada uno diez o doce años, porque las aguas se iban trasporando e introduciendo por la tierra; pero que no admitiendo ésta más humedad, se llenan inmediatamente ahora, siendo por consiguiente mucho mayor el gasto anual de operarios y ganado, por lo que no alcanzaba ningún año la consignación señalada para estos fines; no hallándose otro medio de evitarle que el activar en lo posible la construcción de alcantarillas, lo que estaba practicando la Junta según lo permitía la cortedad de caudales señalados por S.M. para ello”*⁹⁹⁹.

Esta observación hecha por José Fernández de Villegas, contador de intervención de las arcas de sisas municipales, a requerimiento de Francisco Antonio de Elizondo, fiscal del Consejo de Castilla, ponía de relieve que apenas se contaban con fondos públicos para la construcción de alcantarillas, pues buena parte de ellos se tenían que emplear en la limpieza de pozos negros. Enterado el fiscal de la situación pidió a Juan de Membiela, contador general de Propios y Arbitrios del Reino que le informara de *“la consignación que estaba hecha para la obra de las minas o alcantarillas generales, y de que fondos, y si había algunos de que echar mano, u otro medio o arbitrio competente para adelantar y abreviar su ejecución”*¹⁰⁰⁰. Pero el informe fue de lo más desalentador. No se disponía de fondos para construir alcantarillas, ni consiguiéndolo a un interés del 3 %, ni del crédito que ya había suscrito la municipalidad con la Casa de los Cinco Gremios Mayores de Madrid, por importe de 800.000 reales para acabar y reparar los empedrados. Apenas habían sobrado 130.000 reales, que a todas luces resultaban insuficientes para la continuación de las obras del alcantarillado. A los contadores se les ocurrió como posible solución volver a arrendar

⁹⁹⁹ A.V.M. Secretaría 1-29-29.

¹⁰⁰⁰ *Ibíd.*

el ramo de limpiezas para conseguir dinero al 4%, un beneficio que para el Consejo de Castilla y la Junta de Propios y Sisas no lo era tanto, a tenor de los malos resultados que habían dado los asientos o contratas que se formalizaron en el reinado de Carlos III, y que obligó de nuevo a la municipalidad a hacerse cargo, por administración directa, del ramo de limpieza.

La decisión final, motivada por la perentoria necesidad de construir nuevas alcantarillas y minorar los excesivos costes que suponía limpiar los pozos negros, fue acudir al crédito. En Junta de Propios y Sisas celebrada el 20 de septiembre de 1791 se dio cuenta de una propuesta hecha por los contadores de cuentas, que consistió en pedir un crédito o tomar a censo redimible 4.333.333 reales de vellón y un tercio de otro que se estimaban necesarios para la continuación de las alcantarillas generales *“que tanto interesan a la salud pública”*, lo que se le transmitió al fiscal para que pidiera el correspondiente permiso al Consejo de Castilla. En la Junta de Propios, celebrada el 7 de febrero de 1792, se dio orden al agente de Madrid para que en la escribanía de cámara se solicitara con brevedad la tramitación de este censo.

Mientras llegaba el tan ansiado dinero, se habían conseguido poner en marcha las obras de nuevos ramales de alcantarillas como los de la calle de la Paz, plazuela de la Leña -hoy calle de la Bolsa- y calle del Correo a verter a la general del Arenal (1789-1790); la alcantarilla de la calle de San Juan a verter a la general del Prado (1789-1791); el ramal de la calle de Bordadores a verter en la del Arenal (1790); el ramal de la calle de Coloreros que enlazaba con el Callejón del Infierno -plaza Mayor- atravesando la calle Mayor a verter en el ramal de la calle de Bordadores, construido por el célebre fontanero Antonio Rodríguez, responsable de la ejecución de buena parte de las alcantarillas del periodo precedente, con un coste de 95.996,27 reales; la alcantarilla de la calle de Embajadores, para dar salida a las aguas de la Real Fábrica de Aguardientes, Naipes, Papel Sellado y Efectos Plomizos, a verter al campo a cielo abierto en las proximidades de la cerca (1791-1792), y el ramal de la plazuela de

Herradores que se prolongaba por parte de la calle de las Aguas hasta la calle Mayor, a verter en la general del Arenal, a través del ramal de la calle de las Hileras (1792-1793)¹⁰⁰¹.

Especial importancia tuvo la construcción del ramal de alcantarilla de la calle del Ave María, para evitar la contaminación de las aguas potables del viaje del Bajo Abroñigal y de los pozos de algunas casas particulares. Para este propósito a comienzos del año 1791 la Junta de Propios y Sisas ya había ordenado a Sabatini que ejecutase lo necesario, quien a su vez delegó en sus tenientes José de la Ballina y Ramón Durán, quienes con la asistencia del fontanero Antonio Rodríguez, a cuyo cargo también estaba el mantenimiento del viaje de agua del Bajo Abroñigal. Determinaron la construcción de una alcantarilla que se prolongaba por toda la calle del Ave María, desde su encuentro con la calle de la Magdalena hasta verter a la general de Lavapiés, con un presupuesto total de 214.672, 13 reales de vellón y varios años de trabajo por delante, sin perjuicio de los accidentes, terrenos falsos, pozos y hundimientos que se pudieran producir. Por motivaciones semejantes y con el fin de evitar la contaminación de las aguas potables de pozos particulares y viajes de agua, el mismo año se aprobó la construcción del ramal de la calle de San Pedro que iría a verter a la general de la Ribera de Curtidores, también obra del fontanero Antonio Rodríguez, siendo promovido por los dueños de las casas colindantes (1791); y el ramal de la calle de Alcalá desde su arranque en la calle del Turco para dar salida a las aguas residuales de las casas de la Duquesa de Medinaceli, a verter a la general del Prado, con un coste estimado por José de la Ballina en 69.311 reales¹⁰⁰².

Para sufragar los costes de todas estas alcantarillas se emplearon buena parte de los dineros del crédito suscrito por Madrid, e incluso se pudieron afrontar otros retos de envergadura como los 207.320,31 reales de vellón de la prolongación de la

¹⁰⁰¹ A.V.M. Secretaría 1-86-38; 1-87-52; 4-295-1 y 4-295-34.

¹⁰⁰² A.V.M. Secretaría. 4-295-33.

alcantarilla general de la calle de Segovia desde la Iglesia de San Pedro el Real hasta la plaza de la Puerta Cerrada y, desde aquí, construir sendos ramales por las calles de Caldereros y de la Cava de San Miguel hasta los portales de Guadalajara de la calle Mayor. Incluso se proyectó la construcción de un ramal por Latoneros con un coste adicional de 26.410 reales de vellón, que atravesaría la calle de Toledo y que un año después se mandaría prolongar 370 pies por la calle Imperial hasta la calle de Ángel Moro, y dar servicio a otro ramal que por la calle de la Lechuga permitiera desaguar las aguas residuales de la Cárcel de Corte. El elevado coste de esta alcantarilla, según los arquitectos Manuel de la Ballina y Ramón Durán, obedeció a tener que construirse un zampeado para asentar firmemente su planta puesto que se trataba de un *“terreno falso”* y la alternativa era construir a mayor profundidad incrementando todavía más el presupuesto¹⁰⁰³. No hay que olvidar que la Cava de San Miguel había sido el foso defensivo de la muralla del siglo XII y, por lo tanto, se había rellenado con escombros, piedra y tierra apisonada cuando se urbanizó. Al mismo tiempo se empezó a estudiar y valorar la necesidad de construir nuevas alcantarillas en las calles de San Leonardo, San Bernardino, Afligidos y bajada de la Cuesta de Leganitos.

Para comprobar que todas estas obras iban dando los resultados esperados, sobre todo, la verificación de conectar a la mayor brevedad los pozos negros con las alcantarillas y minorar los costes de su limpieza, el 20 de noviembre de 1792 se ordenó a José de la Ballina y Ramón Durán, respectivamente tenientes de arquitectos de los departamento Alto y Bajo, que dieran cuenta de los pies cúbicos de cabida de los pozos. El 5 de febrero de 1793 de la Ballina informó que la cabida de los pozos del departamento Alto ascendía a 822.226 y 3/8 de pies cúbicos, pero dio cuenta que la cifra no se correspondía con lo que se había limpiado porque en muchos de ellos *“han hecho más que escabazarlos y sacarles las aguas líquidas por la urgencia y solicitud de los dueños, administradores e inquilinos de casas; otros habían limpiado como la mitad y algunos casi hasta el fondo y todo lo que han podido sacar de lo liquido, pero de las minas de dichos pozos las menos porque les acontece a los poceros no poderlos*

¹⁰⁰³ A.V.M. Secretaría 1-86-28 y 1-86-29.

concluir particularmente en el verano por el mucho tufo que suelen tener parte de ellos y otras veces por haber abundancia de memoriales y no poder dar abasto los carros y cubas a las limpiezas; y unos se salen sus aguas inmundas por las calles y otros por los patios y para evitar los malos olores de las mismas casas y el vecindario en tales urgencias limpian lo que pueden para ir de uno a otro”. En consecuencia, el arquitecto aseveró que no se podía dar una medida exacta de los residuos sólidos de cada pozo ni del total, es decir, que resultaba extremadamente complejo tasar lo limpiado. Por esta razón, se tenía como medida la que se empleó cuando la limpieza estuvo en manos de asentistas y los limpiaban enteramente, porque de lo contrario no se les daba certificación para el cobro. En esta misma línea informó el mismo día Ramón Durán, dando como cifra 1.550.994 y $\frac{3}{4}$ de pies cúbicos la cabida de los pozos del departamento Bajo. En este momento en la Villa había un total de 3.998 pozos negros sin acometer a las alcantarillas, 1.579 en el departamento Alto y 2.419 en el departamento Bajo¹⁰⁰⁴.

No cabe duda que se había realizado una importante labor, pues se había logrado acometer al alcantarillado un buen número de pozos y minorar de forma importante los costes de la limpieza. Sin embargo, continuar con esta empresa y evitar la paralización de las obras o la construcción de nuevas alcantarillas por falta de fondos, precisó redoblar los esfuerzos de la municipalidad para conseguir recaudar en el menor tiempo posible la tercera parte del coste de las alcantarillas, que debían satisfacer los vecinos en función de los prorrateos establecidos por los arquitectos del ramo y la Contaduría. De hecho, en 1790 una orden de la Junta de Propios y Sisas ya apremiaba a José de la Ballina y Ramón Durán a dar cuenta de los prorrateos de las alcantarillas construidas, algunas en el reinado de Carlos III, como la de la Carrera de San Jerónimo y la Puerta del Sol que tuvo un coste de 144.608 reales y 1 maravedí; la de las calles de las Torres, Infantas, Reina, Clavel y San Bartolomé de 378.108 reales y

¹⁰⁰⁴ A.V.M. Secretaría. 4-296-38. Ya antes, entre el 9 y 10 de noviembre de 1792, Ballina y Durán dieron razón puntual de todas las alcantarillas y ramales de minas ejecutados en sus respectivos departamentos, las calles donde se encontraban, las casas que habían acometido sus pozos y las que todavía no se habían introducido. A.V.M. Secretaría 4-295-34 (2).

20 maravedís; la de la calle de la Paz de 153.988 reales; y la de la calle de San Juan de 151.086 reales y 24 maravedís; por no haber percibido la municipalidad la tercera parte que le correspondía y que ascendía a 275.930 reales. La situación no mejoró mucho y, al concluir el año 1792, tan sólo se habían cobrado a los dueños de las casas los prorrateos de cuatro alcantarillas que se habían construido diez años antes. Para paliar esta situación, además del apremio a los arquitectos, el 21 de noviembre de 1793 se decidió nombrar como recaudador de los prorrateos a Francisco San Martín, propuesto por la Junta de Propios y Sisas, y permitiéndosele una comisión del 2% de lo que cobrase a los vecinos. Para que la recaudación tuviera la eficacia requerida, los días 10 y 25 de enero del año siguiente el Consejo de Castilla ordenó a la Junta y al corregidor que los prorrateos y los pagos de los dueños y administradores de las casas se hicieran a la mayor brevedad posible¹⁰⁰⁵.

Todas estas disposiciones dieron buenos resultados, así, por ejemplo, de nueve prorrateos realizados por los tenientes de arquitecto hasta el 12 de diciembre de 1802 se consiguieron 350.000 reales para las arcas municipales¹⁰⁰⁶. Y es que la recaudación de los prorrateos fue crucial para poder continuar con las obras del alcantarillado hasta comienzos del siglo XIX, además del escaso margen económico que permitía la asignación del presupuesto municipal y los pocos dineros que todavía quedaban del crédito. De este modo, se pusieron en marcha las obras del ramal de la calle de San Ildefonso y de Santa Inés para salir a la calle de Atocha con un coste de 52.000 reales de vellón (1793); los ramales de las calles de Boteros y Amargura (1793); se procedió a la construcción del ramal desde la calle de Latoneros a la de Ángel Moro -El Salvador-, que Sabatini y sus tenientes habían proyectado dos años antes como parte de la alcantarilla que desde los portales de la antigua Puerta de Guadalajara iba a desaguar a la de la calle de Segovia. También, se prolongó el ramal de la calle de las Infantas desde la plazuela de los Capuchinos de la Paciencia -hoy de Pedro Zerolo- hasta comunicarlo con la nueva casa de la comunidad de Agonizantes de la calle de Fuencarral, siendo

¹⁰⁰⁵ A.V.M. Secretaría 1-87-51.

¹⁰⁰⁶ *Ibíd.*

sufragadas las obras por la referida comunidad aunque con el compromiso de Madrid de reintegrarles lo gastado, descontándoles la tercera parte del coste (1794). También, se construyó el ramal que desde la alcantarilla general de la calle Segovia conectaba con la calle de Ángel Moro -El Salvador- por la calle de la Lechuga, junto con una atarjea para dar salida por la calle Imperial a las aguas mayores de los pozos del Repeso Mayor y de la Casa de la Carnicería (1794). Igualmente, se prolongó la alcantarilla de la calle de Embajadores hasta el Colegio de Niñas de la Paz (1794); se construyó un ramal por la antigua calle de la Cuadra -luego Abada y Castro- hasta enlazar con la de los Dos Amigos y verter los pozos de todas las casas colindantes a la alcantarilla general de los Reyes-Leganitos (1796); se construyó el ramal de la Costanilla de los Capuchinos de la Paciencia a instancia del vecino Francisco de Bringas (1796); y se ejecutó un ramal desde las Escuelas Pías de San Antón de la calle de Hortaleza hasta la general de la calle del Barquillo, atravesando el Convento de Santa María Magdalena (1797). A instancia del vecino Francisco de Bringas se hizo el pequeño ramal de la calle de la Amargura que penetraba en la plaza Mayor y atravesaba su calle homónima para desaguar en la general del Arenal por el ramal de la calle de Bordadores (1799). Por último, se inició la construcción del ramal de la calle de Carretas para conectar con los pozos de la Imprenta Real y de la Real Casa de Postas con vertiente a la alcantarilla general de la Puerta del Sol-Arenal, prolongándose al poco tiempo hasta la plazuela del Ángel (1799); y se construyeron dos ramales pequeños por la calle de la Zarza y Preciados para recoger las aguas de sus calles colindantes y algunas de la calle del Carmen (1801)¹⁰⁰⁷.

Poco más se pudo hacer, rebasado el siglo XVIII se acabaron los dineros para proseguir las obras y empezaron a hacerse cada vez más palpables algunas limitaciones de esta red de alcantarillado que había surgido sin una planificación integral o de conjunto. Entre 1801 y 1804 apenas se consiguió hacer un pequeño ramalito para conectar los pozos del Monasterio de Nuestra Señora de la Visitación con el ramal de

¹⁰⁰⁷ Las referencias de estas alcantarillas se encuentran en A.V.M. Secretaría 4-295-3, 4-295-34 y 1-86-38. Sobre el coste final de los ramales de las calles de San Ildefonso y Santa Inés en A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdos del 3 de marzo de 1803.

la calle de Bordadores; y parte del ramal de la antigua calle del Turco para conectar con los pozos de la antigua Fábrica de Cristales -hoy Real Academia de Jurisprudencia y Legislación-, en el ramal de la calle de Alcalá con vertiente a la general del Prado que había promovido la Duquesa de Medinaceli¹⁰⁰⁸. El coste de este ramal, que ascendió a 56.344 reales y 22 maravedís, fue financiado por la Fábrica de Cristales con el compromiso de que las dos terceras partes del mismo le fueran devueltas por Madrid cuando mejorara su situación presupuestaria¹⁰⁰⁹.

Con respecto a los problemas que planteaba la red, ya había sido necesario recomponer en diferentes ocasiones la vieja alcantarilla de la Cava Baja y su entorno inmediato de la Cuesta de los Ciegos (1794). También, necesitaron reformas los hundimientos sufridos en la alcantarilla general de la Ribera de Curtidores o reparos en las rejillas y sumideros en las alcantarillas generales del Arenal y de los Reyes-Leganitos (1793)¹⁰¹⁰. Idéntica situación se registró en la alcantarilla de la calle de San Bernardino, que en 1801 hubo que reparar con no pocas dificultades la rejilla, el sumidero y los socavones que había junto a las casas del embajador de Nápoles, por el exceso de agua que allí se acumulaba, provocado por encontrarse construida la alcantarilla en las proximidades de la Real posesión del Príncipe Pío o de la Florida, y cuyas tapias y sumideros no tenían las aberturas necesarias *“por evitar la salida de la caza”*¹⁰¹¹.

El mismo año la Junta tuvo que hacer frente a los graves perjuicios y malos olores que provocaban las aguas residuales del remojadero del pescado del mercado de la plaza Mayor, una situación que no era exclusiva de los lugares de mercado, ya que, por ejemplo, en 1795 hubo que prevenir a los presos de la Cárcel de Villa sobre los daños que les podían ocasionar los gases y humedades de las cloacas. Los problemas de higiene y salubridad en el gran mercado de la plaza Mayor fueron una

¹⁰⁰⁸ *Ibidem*.

¹⁰⁰⁹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 11 de mayo de 1804.

¹⁰¹⁰ A.V.M. Secretaría 1-86-38 y 4-295-34.

¹⁰¹¹ A.V.M. Secretaría 4-295-5.

constante en el Madrid del Antiguo Régimen, pero sobre todo desde finales del siglo XVIII que presentaba una densidad tan extremada que incluso dificultó su control fiscal, poniendo de relieve la incapacidad para evitar la reventa y el comercio paralelo¹⁰¹². Tanto es así, que en agosto de 1790 por tercera vez se quemó la plaza con un balance desastroso para buena parte de las casas aledañas. Aun así, a los pocos años continuaron las mercaderías en la plaza, porque en otras zonas de la ciudad se carecía de espacios abiertos amplios para destinarlos a mercados públicos. Para hacernos una idea del volumen de las mercaderías y transacciones comerciales que se efectuaban en la plaza Mayor basta con tener presente que en 1801 la venta de pescado estaba a cargo de una treintena de vendedores¹⁰¹³. Para mantenerlo fresco había que remojarlo con frecuencia, aunque no necesariamente con agua clara y limpia cada vez, sino con la misma agua, de tal forma que al acabar la jornada los pescaderos vaciaban el agua de los cajones del remojo del pescado en la garita de aguas inmundas o griega que tenía el Peso Real, *“siendo estas de un fetor tan subido y pestilencial que además de ser intolerable su sufrimiento, de su continuación se originarán precisamente muchos perjuicios en la salud de los dependientes y asistentes de esta casa, como en los géneros comestibles que en ella se custodian, por el mal olor que estos perciben especialmente en tiempos de calor, a lo que se agrega que lo vierten sin reflexión ni cuidado, la mayor parte en el suelo y se hace balsa con motivo de atascarse los agujeros de la losa con la broza y pedazos de abadejo podrido que suele tener en las aguas, y con la continuación de la vertiente se repasa la fábrica de dicha garita, se pudren los comestibles y se verificaría un hundimiento”*.

¹⁰¹² Bernardos Sanz, J. U. “Mercado y abastecimiento, 1561-1850”, en Pinto Crespo, V. y Madrazo Madrazo, S. (dir), *Madrid, Atlas Histórico de la Ciudad, siglos IX-XIX*. Lunwerg Editores. Madrid, 1995. Pp. 232-243.

¹⁰¹³ A.V.M. Secretaría 1-32-25. Los vendedores de pescado eran: Sebastián Morán, José Paredes, Juan Goyanes, Juan Suárez, Manuel López, Teresa Lagos, Eugenia Enríquez, José García, José Millán, Joaquín Verdara, Francisco Soler, Juan Caballero, José Nater, Manuela Zorrita, Vicente Zoraya, Antonia Maurín, Luisa Flores, Juana Méndez, Vicente Rodríguez, Juan de Sonia, Francisco Doce, Benito Rico, Paula Botija, Antonia Huerta, María Soto, Gregoria Cantarero, Antonia Cano, Francisco Ramos, Juliana Fernández y Felisa Rubia.

Ante esta situación el 21 de marzo de 1801 el administrador del Peso Real pidió a las autoridades de la Villa que se prohibiera esta práctica y que los pescaderos de la plaza vertieran las aguas del remojo en el sumidero o pozo que había en el callejón del Infierno, que acometía a la alcantarilla que bajaba atravesando la calle Mayor a conectar con el ramal de la calle Bordadores y, por ésta, iba a verter a la alcantarilla general del Arenal. Cinco días después el corregidor Juan García Lamas ordenó a los pescaderos que así lo hicieran, pero de nuevo esta práctica iba a provocar la protesta de los vecinos del callejón, especialmente, de Gerónimo Antonio de Sevilla que tenía su casa junto a la escalera en cuya parte interior se encontraba el sumidero. Entonces, el corregidor ordenó que los pescaderos llevaran a la plaza el pescado previamente remojado, prohibiéndoles que lo hicieran en los cajones y disponiendo para ello de varias cubas y una vasija para refrescarlo, *“lo que no causaría fetor”*. Después, las aguas sucias se verterían directamente a la alcantarilla general del Arenal. Mientras tanto, se comenzó a valorar la posibilidad de construir un vertedero para estos fines dentro de la plaza Mayor con conducción directa a alguna de las alcantarillas de las proximidades, sin que ocasionara perjuicios. Y así se hizo. Con carácter temporal desde el 20 de abril de 1801 los pescaderos tuvieron que cumplir con la orden del corregidor, a pesar de hacer notorias sus quejas por la disminución de la venta de pescado. El 6 de mayo siguiente se informaba a la Junta sobre la conveniencia de construir un sumidero o pozo específico y proporcionado que sirviera de recipiente, con su correspondiente losa aplicada, y ubicado frente al arco que daba entrada a la Real Casa de la Panadería, por el llamado Callejón del Infierno, a la parte del arroyo de la Plaza. Por este sumidero verterían las aguas sucias a la alcantarilla propia de la Casa de la Panadería, desde ésta pasarían por el ramal de la calle Mayor y finalmente acabarían desaguando en la general del Arenal - Caños del Peral¹⁰¹⁴. La construcción del pozo sumidero se autorizó el 7 de junio de 1801 al teniente director de Policía para que este ordenase lo pertinente al arquitecto mayor, habiéndose presupuestado la obra en 1.500 reales de vellón, una cantidad poco considerable pero importante para la maltrecha económica del ramo.

¹⁰¹⁴ *Ibíd.*

Huelga decir que el gran reto del momento pasaba por obtener por todos los medios posibles los fondos necesarios para continuar las obras, una tarea llena de dificultades al tener que hacer frente, además, a los continuos requerimientos de la Casa de los Cinco Gremios Mayores de Madrid, que, privada de la gestión de los abastos de los mercados de la Villa al ser sustituida por la Real Dirección de Abastos, desde el 4 de febrero de 1804 reclamaba insistentemente la devolución de los anticipos que habían dado a Madrid para la construcción de empedrados y alcantarillas¹⁰¹⁵. La hacienda municipal, resentida por las enormes deudas que arrastraba de la centuria anterior, vio agravada su situación financiera con motivo de la gran crisis de subsistencia y los no pocos episodios epidémicos que se dieron en toda Castilla entre los años de 1803 a 1805. De hecho, fue la peor crisis que se dio en todo el Antiguo Régimen¹⁰¹⁶. Con esta situación, en la que hubo un incremento notable de la pobreza y la población marginal, una parte considerable de los ingresos municipales se tuvieron que destinar forzosamente a la provisión de granos en los mercados, a precios elevados. A esta mala coyuntura económica no contribuyó la situación financiera del Estado, caracterizada por un incremento notable de la deuda pública y el déficit de la hacienda real, provocado por las continuas guerras contra Francia e Inglaterra y por el bloqueo de las rutas comerciales españolas con sus colonias. De poco servirían los procesos desamortizadores de los bienes fundos que sostenían una red benéfico asistencial de por sí frágil y limitada.

Esta coyuntura tan compleja obligó al Consejo de Castilla y a la Junta de Propios y Sisas a tomar algunas medidas adicionales tendentes a optimizar al máximo todos los recursos disponibles. El 7 de febrero de 1804 el Consejo autorizó a la Junta disponer de entre 2.000 y 3.000 reales de vellón semanalmente de los sobrantes del arbitrio de

¹⁰¹⁵ A.V.M. Secretaría 1-86-38. Bernardos Sanz, J. U. Ob. cit.

¹⁰¹⁶ Llopis Agelán, E. y Sánchez Salazar, F. "La crisis de 1803-1805 en las dos Castillas: subsistencias, mortalidad y colapso institucional" en XI Encuentro de Didáctica de la Historia Económica. Departamento de Historia e Instituciones Económicas de la Universidad de Santiago de Compostela y Asociación Española de Historia Económica. Santiago de Compostela, 26 y 27 de junio de 2014. Pp. 1-36.

faroles, serenos y tabernas, para la continuación de las obras del alcantarillado¹⁰¹⁷. Un día después se produjo el nombramiento del nuevo comisario del ramo de alcantarillas, que recayó en Santiago Guzmán y Villoria, con el encargo de racionalizar los recursos económicos y materiales disponibles, y apresurar los prorrateos y cobros de las alcantarillas pendientes¹⁰¹⁸. Junto al nuevo comisario, los regidores comisarios de policía Nicolás de los Heros y Juan de Castañedo pasaron a controlar, respectivamente, todo lo concerniente a alcantarillado y presidios de los departamentos Bajo y Alto de la Villa. Para atender sus funciones a Guzmán y Villoria se le dotó de amplias competencias y una especial jurisdicción ejecutiva a la que se subordinaron, no sin resistencia, las contadurías de la Villa. En más de una ocasión la Junta de propios tuvo que obligar a las contadurías a que dieran al nuevo comisario las relaciones de gastos e ingresos del ramo cuando lo solicitase, así como *“las razones que pida y las amplias facultades que la misma Junta tiene en el ramo de alcantarillas en todas sus partes, obras, cobranzas y demás”*¹⁰¹⁹. No cabe duda que Guzmán y Villoria estuvo muy bien considerado por el Consejo y la Junta, ya que también tuvo a su cargo la Dirección de Presidios, Caminos Imperiales y del Pardo, y la demolición de las casas de la plaza Mayor que resultaron dañadas tras el último incendio de 1790. Como la situación lo requería, también se fue extremando el celo presupuestario pues ya entonces para hacer frente a lo más perentorio hubo que hacer verdaderos remiendos económicos y redoblar, más todavía, el control administrativo de las libranzas de dinero que se pagaban a operarios, contratistas y fontaneros, siguiendo un riguroso procedimiento¹⁰²⁰.

Cuando en la primavera del mismo año se presupuestaron las obras de la alcantarilla de la calle de San Ildefonso, entre las de Atocha y Santa Isabel, costeada por la causa pública, se justificaba en la prioridad de obligar a los propietarios de todas

¹⁰¹⁷ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 9 de febrero de 1804.

¹⁰¹⁸ A.V.M. Secretaría 1-86-37.

¹⁰¹⁹ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 6 de junio de 1804.

¹⁰²⁰ Este riguroso protocolo para efectuar las libranzas se puede ver en el expediente sobre los reparos en la reja de la vieja alcantarilla de Leganitos en septiembre de 1804, en A.V.M. Secretaría 1-86-30.

las casas de su recorrido, incluidas las accesorias de las calles limítrofes, a conectar los pozos negros existentes mediante la construcción de atarjeas que debían costear a su cargo¹⁰²¹. Para poder sufragar las obras el 12 de junio siguiente el Consejo autorizó a la Junta a disponer de *“la mitad del valor de las yerbas que deben pagar a Madrid como de sus Propios los abastos y aquellas otras consignaciones que estos mismos tienen correspondientes a los fondos públicos, e igualmente el valor que a pública subasta produzcan todos los cajones no sólo de la plaza Mayor, sino de todas las plazuelas donde los debe haber y productos de los puestos”*. A lo que se añadieron todas las deudas que hasta la fecha los particulares tenían con Madrid¹⁰²². Queda claro que la construcción de alcantarillas era urgente y perentoria, aunque para materializarlo se tuviera que echar mano de cualquier liquidez existente en la Tesorería de Sisas y evitar los voluminosos gastos de los numerosos pozos que todavía no habían introducido sus aguas en las alcantarillas. Con todo, a Guzman y Villoria no le resultó fácil reunir los fondos para la prosecución de las obras y tuvo que negociar con el responsable del abasto de hierbas el pago que había ordenado el Consejo, que finalmente concertaron en 15.000 reales de vellón semanales hasta completar la mitad del arbitrio autorizado¹⁰²³.

La disponibilidad de estos fondos permitió a la Junta de Propios y Sisas autorizar, el 27 de agosto siguiente, las obras de los nuevos ramales de alcantarillas de las calles de Nuncio y de la Reina, con el fin de no seguir pagando los 17.445 reales de vellón que costaba anualmente la limpieza de los pozos de sus casas¹⁰²⁴. Pero cuando en el mismo mes se presupuestaron las obras de otros nueve ramales de alcantarillas con la justificación de las limpiezas frecuentes de los pozos de sus casas aledañas, la cruda realidad se volvió a imponer.

¹⁰²¹ A.V.M. Secretaría 4-295-13.

¹⁰²² A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 14 de junio de 1804.

¹⁰²³ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 27 de agosto de 1804.

¹⁰²⁴ *Ibíd.*

Tabla 10. Presupuesto para la construcción de 9 ramales de alcantarilla y ahorro de la limpieza de los pozos que verterían en ellos (agosto de 1804).

RAMALES DE ALCANTARILLA	NÚMERO DE POZOS	COSTE ANUAL DE SU LIMPIEZA	PIES LINEALES DEL RAMAL	COSTE DEL RAMAL DE ALCANTARILLA
Calle del Nuncio, desde las casas 48 y 49, manzana 151, hasta el sumidero frente de la casa de Maceda que une con otra alcantarilla antigua.	8	3.860 rs.	250	25.000 rs.
Calle del Pozo, desde la de la Cruz y parte de la de la Victoria, hasta unirla con la de la Carrera de San Jerónimo.	10	4.696 rs.	320	32.000 rs.
Parte de Esparteros o bajada de Santa Cruz, desde la parroquia de Santa Cruz hasta la mina de la calle del Arenal.	22	10.971 rs.	590	59.000 rs.
Calle de Boteros, desde la plaza Mayor hasta la mina de la calle Mayor que baja por la de Coloreros.	10	5.762 rs.	173	17.300 rs.
Calle de Majaderitos angosta, desde la de la Cruz hasta incorporarla en la de la calle de Carretas.	14	8.596 rs.	500	50.000 rs.
Calle de Majaderitos ancha, desde la dicha de la Cruz hasta unir con la angosta de Majaderitos.	12	6.279 rs.	390	39.000 rs.
Calle del Caballero de Gracia desde la esquina de la Red de San Luis hasta el punto de la calle angosta de Peligros, donde quedó la mina ya ejecutada.	24	14.548 rs.	680	68.000 rs.
Calle de San Miguel, desde el registro de la alcantarilla, frente a la de las Torres, hasta la de Hortaleza.	10	5.376 rs.	1.290	129.000 rs.
Calle de la Reina, desde la mina hecha hasta la de San Jorge, siguiendo hasta la de Hortaleza.	18	13.985 rs.	890	89.000 rs.
TOTALES	128	73.673 rs.	5.083	508.300 rs.

(rs. = reales de vellón).

Elaboración propia a partir de A.V.M. Secretaría 4-295-13. NOTA. El precio por cada pie de longitud de mina era de 100 reales de vellón.

Las limitaciones presupuestarias apenas dejaban margen para emprender obras de envergadura. No obstante, la pericia y los esfuerzos de la Junta, del comisario Guzman y Villoria, y de los tenientes de arquitecto fueron determinantes para convencer al Consejo de Castilla de lo necesario y urgente que era construir estos nueve ramales y liberar a Madrid de la extraordinaria carga que suponía limpiar los pozos. En la tabla anterior se muestran los rendimientos económicos que tendrían estos ramales para el presupuesto y el número de pozos que se introducirían en ellos, pese a que había que afrontar una inversión elevada para sufragar las obras. Como se puede observar, la limpieza de estos 128 pozos ocasionaban un gasto anual de 73.673 reales de vellón, mientras que el coste de construcción de estos ramales ascendía a más de medio millón, sin tener en cuenta otros imprevistos o hundimientos. Pero lejos de lo que pudiera parecer, tan abultada cifra era considerada como una inversión a largo plazo y una fuente de ahorro para el municipio. Así, para convencer a las instancias superiores ponían como ejemplo la construcción del ramal de la calle del Nuncio, *“que la villa necesita de 6 años y 5 meses y 9 días para reintegrarse de los 25.000 reales que de una vez gasta en la alcantarilla en cuestión, pero después de este tiempo debe considerar que el caudal que expendió en dicha mina le produce un premio ventajosísimo, o lo que es lo mismo le ahorra un 15 % con 11/25, que es de harta consideración”.... “la regla general para sacar el tanto por ciento de ahorro en los demás casos parecidos al anterior consistía en dividir el coste anual que tenía la limpieza de pozos por el total que importa la construcción de la alcantarilla, rebajándole o quitándole las dos últimas cifras, normalmente ceros. El cociente que salga de esta división dirá el tanto por ciento a que corresponde en el total coste de la alcantarilla, el anual que se gastaba en los pozos el cual es un verdadero ahorro para la villa”.*

Aplicando esta fórmula resulta que $3.860 : 25.000$, pero quitando las dos últimas cifras del dividendo, queda $3.860 : 250$, que es igual a un ahorro anual del 15 % con $11/25$ (15,448%). Para más precisión añadían que cuando los dos números que se rebajaban eran dos ceros, como en el caso propuesto, el tanto por ciento salía con toda exactitud; mientras que de no ser ceros el tanto por ciento podría calcularse por aproximación o sacar también exacto valiéndose de decimales o quebrados¹⁰²⁵. Este razonamiento contable que priorizaba la inversión-ahorro dio sus frutos y convenció a los responsables del Consejo y la Junta. Pero, como no había dinero para continuar las obras, se tuvo que hacer un gran esfuerzo para averiguar de qué partidas y negociados se podía disponer para costearlas, como así se desprende de las órdenes que dio el Consejo entre el 7 de febrero y 12 de junio de 1804, y cuyas partidas presupuestarias finalmente se desglosaron de la siguiente manera:

- La tercera parte con que debían contribuir los dueños de las casas que incorporaban sus aguas en dichas alcantarillas.
- El sobrante del arbitrio de faroles, serenos y tabernas.
- La mitad del valor de las hierbas que debían pagar a Madrid los abastos.
- El sobrante del ahorro del medio por ciento.
- Los alquileres del Coliseo de los Caños del Peral.
- El valor que a pública subasta produjeran los cajones de la plaza y plazuelas.
- El producto de los puestos de agua de cebada.
- La existencia de sisas que resultaran en fin de cada año, después de cubiertas todas sus cargas.

¹⁰²⁵ A.V.M. Secretaría 4-295-13. En A.V.M. Secretaría 4-324-20 figura que finalmente la construcción del ramal de la calle del Nuncio tuvo un coste de 24.088 reales con 18 maravedís, cuando el 11 de mayo de 1810 se dio certificación para hacer el prorrateo entre los dueños de las casas.

- Todas y cualquier cantidad que resultaran hasta el día 12 de junio de 1804 por deudas a favor de los fondos públicos.

Estas órdenes y el detalle de las fuentes de ingresos que se iban a emplear para financiar las obras denotan las dificultades que suponía continuar el desarrollo de la red, y pese a su extremada complejidad contable, en adelante fue frecuente utilizarlas *“dada la urgente necesidad de la construcción de las obras de las alcantarillas o minas maestras”*, porque, sobre todo, permitían una mayor liquidez para pagar los gastos, como era el caso de otros recursos que también se comenzaron a utilizar, como fue el de las subastas de puestos y cajones en los mercados o plazas públicas que realizaba semanalmente la Junta. Más aún, se habilitaron tejares de titularidad municipal en el Soto de Salmedina para proveer de ladrillos de calidad a las obras y minorar costes, e incluso cualquier otro recurso del que se pudiera echar mano, por peregrino que pudiera ser, también se empleó para sufragar las obras. Este fue el caso de la venta del hierro que se consiguió recuperar del incendio del Coliseo del Príncipe -hoy Teatro Español-, y del que se obtuvieron nada menos que 18.720 reales de vellón, de los que parte se emplearon para pagar varias semanas a los obreros del alcantarillado. Todas estas disposiciones y recursos le fueron comunicadas el 14 de junio de 1804 al comisario Santiago Guzmán y Villoria, a las contadurías, al mayordomo de propios, al agente de pleitos, a los recaudadores y cobradores de cualquier ramo y demás encargados afectos; apremiándose al mismo Villoria a que se realizase cuanto antes lo mandado¹⁰²⁶. Como ayuda adicional, el mismo 12 de junio el Consejo de Castilla había dispuesto que los 3 vales reales, por valor de 300 pesos cada uno, que habían sido entregados a Madrid por la comunidad de clérigos menores del Espíritu Santo, por restitución de las sisas, se destinaran al ramo de alcantarillas¹⁰²⁷. Ni que decir tiene que al corregidor de la Villa, mediante diversos bandos dados a partir del 18 de abril de 1804, le toco apremiar a los vecinos para que cumplieran con su obligación de conectar con las alcantarillas no sólo los pozos negros, sino también, las aguas

¹⁰²⁶ A.V.M. Secretaría 1-87-4.

¹⁰²⁷ A.V.M. Secretaría 1-86-36.

“meaderas” y residuales de cualquier tipo, recordándoles que tenían un plazo de 15 días para hacerlo y cuyas obras debían ser sufragadas por los dueños o administradores de las casas¹⁰²⁸.

Otra de las funciones encomendadas al nuevo comisario fue la de evitar en lo posible cualquier problema relacionado con el funcionamiento de la red. En este contexto, a comienzos de septiembre del mismo año el oficial de policía Ignacio de Rica dio cuenta al nuevo comisario que la alcantarilla que había en la calle de la Alameda se llenaba de cieno y basura siempre que llovía. Por este motivo Madrid la había estado limpiando constantemente cuando debía haberlo hecho la viuda del maestro platero Martínez, puesto que los atascos apuntaban a la mala construcción de la vecina Real Fábrica de Platería. En consecuencia, se solicitó al arquitecto mayor Juan de Villanueva que averiguara los motivos de dichos atascos y si había responsabilidad que imputar a la Real Platería. Pero el 19 de octubre siguiente Villanueva informó que el problema no tenía su origen en la Platería, *“sino en el exceso de arrastre de broza y el cegamiento que causaron en la reja tragadero colocada en el encuentro de las aguas propias de Madrid”*, y propuso como solución agrandar el espacio de los hierros de la reja sin necesidad de mudar el sumidero. Pero como todavía en 1807 persistía la situación, el arquitecto volvió a insistir en la misma solución, pero sugirió que se podían mejorar las servidumbres de la alcantarilla trasladando el sumidero de la calle del Gobernador a la de la Verónica, principal causante de este problema, y así mejorar el trasiego de los carros que se dirigían al Prado¹⁰²⁹. Queda claro que con la primera solución el célebre arquitecto pretendía minorar los costes de su reparación.

Las nuevas disposiciones del Consejo para la financiación y continuación de las obras, la austeridad presupuestaria y la eficacia recaudatoria de los prorrates que debían satisfacer los vecinos permitieron la puesta en marcha de las obras de las

¹⁰²⁸ A.V.M. Secretaría 4-295-13.

¹⁰²⁹ A.V.M. Secretaría 1-86-35.

alcantarillas de la Red de San Luis y de las calles de la Montera, Angosta de San Bernardo -hoy de la Aduana-, Jardines, Jacometrezo, Flor, Leones y Fuencarral (1805-1806), junto con la reanudación de la alcantarilla del Ave María hasta la calle del Olmo¹⁰³⁰. Además, se pudo hacer frente a los perjuicios que sufrían algunos vecinos por los atascos del ramal de la calle de la Lechuga, *“llena y atascada de inmundicia hasta la mitad de su altura y que resultaba haberse cegado casi enteramente las salidas de las tarjeas particulares”*, ya que esta alcantarilla *“a causa de lo mucho grueso que y poco líquido que reciben particularmente en la servidumbre de la carnicería mayor”*. Esta situación se repitió con bastante frecuencia en otras casas y establecimientos de la Corte; reflejaba la falta de corrientes de agua necesarias para permitir la movilidad de los residuos de la red, como, por ejemplo, en la atarjea del Cuerpo de Guardia de la plaza de la Puerta Cerrada donde *“son demasiado frecuentes los atascos que origina la tropa, sin duda, por su desaseo y mal uso”*¹⁰³¹.

El 24 de junio de 1805 Guzmán y Villoria había dado cuenta a la Junta de la tercera parte que debían satisfacer los vecinos, así como lo recaudado por Francisco Martín de las alcantarillas de Lavapiés, del Convento de Capuchinos de la Paciencia, de la calle de las Infantas sufragada por la Comunidad de Padres Agonizantes, de la calle de Carretas, de la Cabeza, e incluso de las tiendas de cotillería y lotería de la calle de Bordadores¹⁰³². Según informe del comisario, entre el 11 de mayo de 1804 y el 5 de junio de 1805, se habían recaudado 330.874 reales y 25 maravedís de vellón de los prorrateos que los dueños de las casas pagaron de la tercera parte del coste de las alcantarillas, habiéndose invertido en la construcción de estas, en el mismo periodo,

¹⁰³⁰ A.V.M. Secretaría 1-86-39 y 1-86-41. En la primavera de 1805 en la Junta de Propios y Sisas se vieron diversas órdenes del Consejo de Castilla conducentes a que por *“ningún motivo se dilaten las obras”*, proyectadas por Juna de Villanueva. A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 3 de mayo de 1805. Sobre los apremios a los propietarios que debían pagar sus prorrateos A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas. Acuerdo del 2 de septiembre de 1805. La reanudación de la alcantarilla de la calle del Ave María fue autorizada por el Consejo de Castilla el 21 de julio de 1806. A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 28 de julio de 1806.

¹⁰³¹ A.V.M. Secretaría 4-295-14.

¹⁰³² A.V.M. Secretaría 1-86-38.

255.843 reales y 23 maravedís¹⁰³³. El 16 de diciembre el mayordomo de propios entregó 6.000 reales a la Tesorería de Sisas del producto de cajones de los mercados, junto con otros 6.000 de bienes de propios y otros 10.000 de negociaciones de vales reales –deuda pública- que se emplearon en la compra del Corralón del Prado, y por acuerdo de la misma Junta se destinaron para financiar las obras, previniéndose al arquitecto mayor, Juna de Villanueva, de que *“sin perjuicio de que se libraría todo lo posible sin demora, viese si pagando las dos terceras partes que se debían por la construcción de alcantarillas, continuase con la otra tercera parte activando su obra”*. El 29 de diciembre, el mismo Villanueva dio cuenta al corregidor de que se estaban terminando las obras del ramal de la calle Angosta de los Mancebos -hoy de la Aduana- último de los que vertían a la principal de la calle de la Montera, con una nota de las casas que debían conectar sus pozos para que una vez que se indagaran sus alquileres y verificado el prorrateo se pudiese, con este auxilio, continuar con otras obras del alcantarillado. Ya entrado el año 1806 se habían efectuado con toda rapidez las averiguaciones de los alquileres de las casas de la calle de la Reina por el escribano Gallego y realizado el prorrateo por Juna de Villanueva, lo que motivo que la Junta, por orden del 28 de enero comisionara al mayordomo de propios Abella para que cobrara con la mayor eficacia posible los 30.617 reales y 6 maravedís, que correspondían a la tercera parte del coste de la referida alcantarilla que debían satisfacer los dueños de las casas¹⁰³⁴. Un día antes, la Junta había recibido autorización del Consejo para destinar a la continuación de las obras los 104.000 reales existentes en la Tesorería de Sisas del sobrante del arbitrio de tabernas¹⁰³⁵.

Todos estos ingresos no fueron suficientes para continuar con la ejecución del alcantarillado y tampoco los propietarios de las casas se aprontaron a construir las atarjeas de sus pozos para conectarlos con las alcantarillas. Hubo entonces que recurrir a los apremios coactivos, lo que suscitó un aluvión de protestas y peticiones de los inquilinos de las casas para que los dueños o administradores de las mismas

¹⁰³³ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 26 de junio de 1805.

¹⁰³⁴ A.V.M. Secretaría 1-87-51.

¹⁰³⁵ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 27 de enero de 1806.

cumplieran con la referida obligación de conectar los pozos con las alcantarillas¹⁰³⁶. Siendo conscientes de la mala situación económica, el 12 de septiembre de 1806 el Consejo de Castilla cursó una orden a la Junta de Propios y Sisas, en la que se insistía en la necesidad que había de continuar por todos los medios con la construcción de alcantarillas, y, en consecuencia, se le daba facultad para que acordase lo necesario con tal de que se efectuara la *“pronta y exacta cobranza de aquellos -prorrrateos-”*, se sacaran a pública subasta los suministros de ladrillo, la cal, la realización de los desmontes y excavaciones de las minas, y que de nuevo se apremiara a los dueños de las casas para que construyeran las atarjeas para conectar sus pozos con las alcantarillas. Al mismo tiempo, se pidió al comisario Santiago Guzmán y Villoria que les hiciera llegar el informe que había realizado para conocer con detalle de donde se podían obtener nuevos ingresos para continuar las obras, y de paso, para evitar *“el estancamiento de las inmundicias en las minas y atarjeas y los gravísimos inconvenientes que podrían resultar con el transcurso del tiempo”* pidieron al arquitecto mayor, Juan de Villanueva, que emitiera su dictamen sobre la idoneidad de los sumideros que se habían construido en las primeras alcantarillas¹⁰³⁷.

El esperado informe del comisario Guzmán y Villoria, concluido el 4 de septiembre y visto por el Consejo veintiún días después, no dejaba lugar a dudas; si el Ayuntamiento de Madrid quería continuar con la construcción de una red de alcantarillado en condiciones óptimas, sin interrupciones ni perjuicios de otra índole, se debía destinar el 5% de todos los ingresos que se sacaban de las sisas que recaudaba. Ni que decir tiene que el informe cogió por sorpresa a los miembros del Consejo, tanto que incluso se pensó en apartarle del cargo, aunque se le permitió continuar con ciertas limitaciones a expensas de las deliberaciones que al respecto debían emitir los contadores de cuentas de sisas, propios y demás rentas municipales. Dichas deliberaciones le fueron comunicadas al Consejo el 17 de octubre siguiente, siendo no solamente contrarias a lo que había propuesto el comisario, sino que

¹⁰³⁶ A.V.M. Secretaría 4-295-14 y 4-295-15.

¹⁰³⁷ A.V.M. Secretaría 4-295-15.

recomendaron que los dineros de los arbitrios que se habían destinado desde 1804 debían cesar por el bien de las arcas municipales¹⁰³⁸. El mismo día el Consejo le comunicó al comisario que *“la suspensión de pagos era omnímoda para poder cumplir lo más pronto posible que supiere la soberana resolución del rey”*, y entre tanto le permitieron que gastase los 2.000 reales que quedaban del presupuesto para satisfacer los pagos más atrasados. Ante esta situación, el 6 de noviembre siguiente la Junta vio un nuevo informe de Guzmán y Villoria donde daba cuenta puntual de los pagos pendientes por falta de caudales *“quedando libre con la reiterada reclamación de las consecuencias que pudieran verificarse por no hacerse los pagos”*¹⁰³⁹. La situación económica que atravesaba el consistorio fue tan dramática que finalmente se paralizaron unas obras que, de hecho, ya se encontraban prácticamente paradas desde el año anterior.

Pero el Consejo de Castilla pareció no darle importancia a tan mala situación. El 19 de diciembre de 1806 ordenó continuar las obras de las alcantarillas de la calle del Ave María y del arranque de la calle de Preciados a verter a la general de la Puerta del Sol, así como del resto de alcantarillas del departamento Alto que habían quedado paralizadas. La prolongación de la referida alcantarilla de la calle del Ave María ya había sido propuesta por el regidor comisario del departamento Alto, Nicolás de los Heros, con una longitud de 315 pies hasta alcanzar la calle del Olmo, y con el propósito de evitar los 80.000 reales anuales de la limpieza de los pozos de sus casas colindantes, especialmente los del Hospital de San Juan de Dios, que con frecuencia rebosaban a la calle, dejándola intransitable¹⁰⁴⁰. Para que pudieran reemprenderse propusieron nombrar a tres individuos designados por la Junta de Propios con el encargo de cobrar a la mayor brevedad posible los prorrates que debían satisfacer los dueños de las

¹⁰³⁸ A.V.M. Secretaría 1-86-43 y 1-86-45. Una de las limitaciones impuestas al comisario Guzman y Villoria la autorizó el Consejo de Castilla por auto del 12 de agosto de 1806, por el que en adelante se le apartaba del encargo de recaudar la tercera parte del coste de las alcantarillas que debían satisfacer los propietarios de las casas, así como de *“cualquier otro manejo directo de caudales pertenecientes a esta empresa”*, revirtiendo esta competencia a la Junta de Propios y Sisas. A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 27 de septiembre de 1806.

¹⁰³⁹ A.V.M. Secretaría 2-324-19.

¹⁰⁴⁰ A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 21 de junio de 1806.

casas por la tercera parte del coste de las alcantarillas construidas, además de los costes de construcción de las atarjeas de sus pozos¹⁰⁴¹. Sin embargo, estas obras, por pequeñas que fueran, junto a la falta evidente de presupuesto, no debieron emprenderse en las mejores condiciones de trabajo. En la alcantarilla del Ave María pereció el operario Andrés Vidal por el *“tufo de un pozo que se encontró en ella”*. Al menos a su viuda Dominga Arias le quedó el consuelo de cobrar durante cinco años los 3 reales diarios de limosna que le concedió el Consejo de Castilla¹⁰⁴².

Dos años después la situación económica apenas había cambiado y buena parte de los medios disponibles se dedicaron, más que a la construcción de nuevas alcantarillas, a reducir, todavía más, los costes de la limpieza de los pozos negros y evitar en lo posible los atascos en las alcantarillas. Para conseguirlo incluso se obligó a los dueños de las casas que no podían conectar sus pozos directamente con las alcantarillas, a que lo hicieran a las atarjeas de sus pozos colindantes. De nuevo la improvisación trajo consigo nuevas complicaciones, pues los pozos colindantes atascaban con frecuencia estas atarjeas, haciendo rebosar las aguas sucias de los propios pozos, ocasionando notables perjuicios y onerosos gastos de limpieza que, ante la urgente necesidad de remediarlos, tuvieron que desembolsar sus propietarios. Este fue el caso del vecino Joaquín Canet, que había conectado el pozo de su casa con la alcantarilla de la calle de Jardines, y a cuya atarjea acometían los pozos de las casas colindantes; o el del dueño de las casas 14, 15 y 16 de la manzana 382 de la calle de Peregrinos y de otros propietarios de la calle de las Infantas¹⁰⁴³. Por motivaciones semejantes, se procedió al arreglo de la embocadura de la alcantarilla general de la Cava Baja por *“el embarazo que ofrecen sus pretilas y acogidas de indebidamente e indecentes usos”*, junto con la sustitución de algunos sumideros y losas de registro de las alcantarillas de las calles del Arenal, Barquillo, Paseo del Prado –Trajineros- Reyes,

¹⁰⁴¹ A.V.M. Secretaría 1-87-5.

¹⁰⁴² A.V.M. Secretaría 1-86-48.

¹⁰⁴³ A.V.M. Secretaría 4-295-35.

Rastro (Ribera de Curtidores), Santa Inés, Fuencarral, San Ildefonso, Caballero de Gracia, Velas y Leones con un coste total de 1.803 reales y 10 maravedís¹⁰⁴⁴.

11.2. Los discretos avances de la red durante la Guerra de la Independencia (1808-1813).

En 1808, año que se produjo el estallido de la Guerra de la Independencia, con epicentro en los conocidos sucesos del 2 de mayo madrileño, apenas hubo actividad relacionada con las alcantarillas. Habría que esperar a la primera retirada de José I y las tropas francesas a Miranda de Ebro y al Norte Peninsular, tras la derrota de Dupont en Bailén y de Junot en Portugal, para que poco a poco se volviera a la normalidad, y ya en el mes de octubre, estando Madrid gobernada por una Junta Patriótica de Defensa, lo más destacado fue descubrir la pequeña alcantarilla clandestina que conectaba el arbitrio de los Pozos de la Nieve con su puerta homónima. Ahora bien, también hubo interés por conocer la situación del ramo y a petición de la Junta de Propios los comisarios regidores de alcantarillado de ambos departamentos de la Villa, Francisco García Tahona Prats y Nicolás de los Heros, dieron cuenta, en un informe realizado el 11 de noviembre, que no se debía nada de las obras realizadas, ni de jornales ni materiales desde que el 22 de febrero del mismo pasaron a ocupar sus cargos¹⁰⁴⁵. Como era de suponer a lo largo de todos estos meses tan convulsos no se había hecho nada.

Esta situación se mantuvo prácticamente igual hasta el verano de 1809, después de que Napoleón en persona viniera con su ejército a conquistar la ciudad a comienzos de diciembre de 1808, de que su hermano José ocupara de nuevo el trono

¹⁰⁴⁴ A.V.M. Secretaría 1-35-61 y 1-35-10.

¹⁰⁴⁵ A.V.M. Secretaría 1-35-6 y 1-35-61.

de España y de que el general Augustin Daniel Belliard asumiera el gobierno militar y el control de la ciudad. En adelante, el propio Ayuntamiento pasaría a desempeñar un papel más activo y ejecutivo en la administración de los diversos ramos y negociados municipales, sacudiéndose la tutela y el control del Consejo de Castilla, que precisamente había sido suprimido por Napoleón en sus célebres decretos, dados en Chamartín el 4 de diciembre del año anterior. No obstante, toda deliberación y decisión del consistorio pasaría todavía por el control de la Junta de Propios y Sisas, y por la aprobación del gobernador civil de Madrid, a su vez dependiente de la nueva Diputación de Madrid y de los diferentes ministros del gobierno¹⁰⁴⁶.

El ramo de alcantarillas retomó entonces sus funciones habituales, contando en estos momentos con un administrador general de limpiezas llamado Francisco Caleras, con el comisario Dámaso Hermoso y, entre otros, con Lorenzo Arias, nuevo recaudador de la tercera parte con la que debían contribuir los dueños de las casas para sufragar las obras del alcantarillado, y por lo que tenía señalado una comisión del 3%¹⁰⁴⁷. Pedro de la Puente y Juan Antonio Cuervo continuaron en su cargo de tenientes de arquitecto al frente, respectivamente, de los departamentos Alto y Bajo de la ciudad, controlando el proceso constructivo del alcantarillado, la limpieza de pozos y atendiendo otros negociados afines a su profesión.

De este modo, en el mes de julio de 1809 se procedió a terminar de cubrir la alcantarilla general del Paseo del Prado que había sido prolongada hasta el encuentro del nuevo ramal de la calle del Almirante, evitándose la acumulación de lodos y malos olores, y acercándose cada vez más al encuentro de la Puerta de Recoletos, donde se completaría la alcantarilla sobre todo el lecho de la cuenca del viejo arroyo de la

¹⁰⁴⁶ Sobre la situación de la ciudad durante la Guerra de la Independencia se puede consultar nuestro libro editado con motivo del Bicentenario de 1808: Pinto Crespo, V. (dir). *Madrid en 1808. La ciudad durante la Guerra de la Independencia*. Madrid, Lunweg, 2008.

¹⁰⁴⁷ Sobre el nombramiento y pago de la fianza de Lorenzo Arias A.V.M. Secretaría 1-86-53, 1-36-8 y 4-324-21.

Fuente Castellana¹⁰⁴⁸. A su vez, los tenientes de arquitecto continuaron los prorrateos de las alcantarillas de Hortaleza y San Antón, porque todavía estaba pendiente el cobro de la tercera parte que correspondía a los dueños de las casas, y para el mismo propósito reclamaron a la Contaduría las certificaciones del coste total de las alcantarillas del Ave María y sus ramales de las calles de la Esperanza, la Magdalena, Santa Isabel y de la Rosa, además de las del Nuncio y Coloreros¹⁰⁴⁹. Por otra parte, el 25 de octubre siguiente el corregidor ordenó al Ayuntamiento de Madrid que cubriera el trozo de alcantarilla que a cielo abierto iba a desaguar al río Manzanares y pasaba inmediata a la escalerilla que había frente a la Puerta de San Vicente, entre los lavaderos cubiertos y el camino que daba acceso a la Real Casa de Campo. Al parecer el rey José se quejó al ministro del interior de los malos olores que soportaba cuando se desplazaba a la real posesión. El 1 de noviembre siguiente el Diario de Madrid anunció la pública subasta de la obra, consistente en una alcantarilla de 330 pies de longitud, con una sección de 12 pies de alto por 6 de luz que sería una prolongación de la existente. El 8 de noviembre en la Casa de la Villa se celebró la puja por la obra, siendo adjudicada al arquitecto Pedro Regalado de Soto por un precio de 110.400 reales, lo que verificó el futuro arquitecto del rey Silvestre Pérez¹⁰⁵⁰.

A todas luces se trataba de la culminación de obras inacabadas o pequeñas mejoras que estaban lejos de contribuir al propósito de reducir el coste de la limpieza de pozos, porque la precaria situación económica heredada del periodo precedente, agravada todavía más por la guerra, apenas dejó margen para poner en marcha otras actuaciones. Ni siquiera había presupuesto suficiente para acometer una limpieza adecuada de los pozos, razón por la que el 20 de diciembre se ordenó reducir

¹⁰⁴⁸ A.V.M. Secretaría 4-324-21. Para cubrir la alcantarilla del Prado fue preciso emplear muchos materiales que obligaron a la Junta de Propios y Sisas a ordenar a las guardias de la Puerta de Alcalá que no impidieran ni entorpecieran su paso.

¹⁰⁴⁹ A.V.M. Secretaría 4-324-20. Un año después se daba cuenta que el coste del ramal de la calle del Nuncio había ascendido a 24.088 reales y 18 maravedís.

¹⁰⁵⁰ A.V.M. Secretaría 1-86-55. De estas pequeñas obras y del inicio de la construcción de la alcantarilla de la calle de la Concepción Jerónima también dio cuenta el corregidor de Madrid, Dámaso Gutiérrez de la Torre en un memorial fechado el 13 de febrero de 1810 que se encuentra en A.V.M. Secretaría 4-123-15.

prácticamente a la mitad la partida semanal que se empleaba para pagar los jornales de los operarios de la limpieza¹⁰⁵¹. Esta medida fue muy perjudicial y en adelante generó una situación tan complicada que incluso el Ayuntamiento mandó crear una comisión, compuesta por los responsables de los ramos de limpieza, alcantarillado e iluminación, supervisada por el administrador general Francisco Calera, con el propósito de que informaran de cuantas cuestiones estimaban convenientes sobre el estado de la limpieza y el alcantarillado de la Villa.

El 20 de enero de 1810 se dio a conocer al Ayuntamiento el informe exhaustivo que había concluido la comisión y redactado el comisario Dámaso Hermoso. En dicho informe detallaban lo suscrito por los tenientes de arquitectos Pedro de la Puente y Juan Antonio Cuervo, que aseguraban que en Madrid se habían construido hasta el 17 de diciembre de 1809, 69 alcantarillas principales y laterales, con diferentes longitudes, encontrándose 42 en el departamento Bajo y 27 en el Alto. Su utilidad estaba más que probada tras haberse conseguido suprimir 1.551 pozos, 801 del departamento Bajo y 750 del Alto. También, hacían saber que en los seis años que iban desde 1804 hasta finales de noviembre de 1809, en las operaciones de limpieza de los pozos se habían extraído 12.730.703 pies cúbicos de aguas inmundas con un coste para las arcas municipales, según el contador Pedro Monfort, de 5.415.907 reales y 1 maravedí, o lo que es lo mismo a un coste de 14 maravedís el pie cúbico. Prorrateado, resultaban 2.121.783,8 pies cúbicos anuales a un coste cercano al millón de reales de vellón al año, tal y como se reflejan en los gráficos adjuntos.

¹⁰⁵¹ A.V.M. Secretaría 1-36-26.

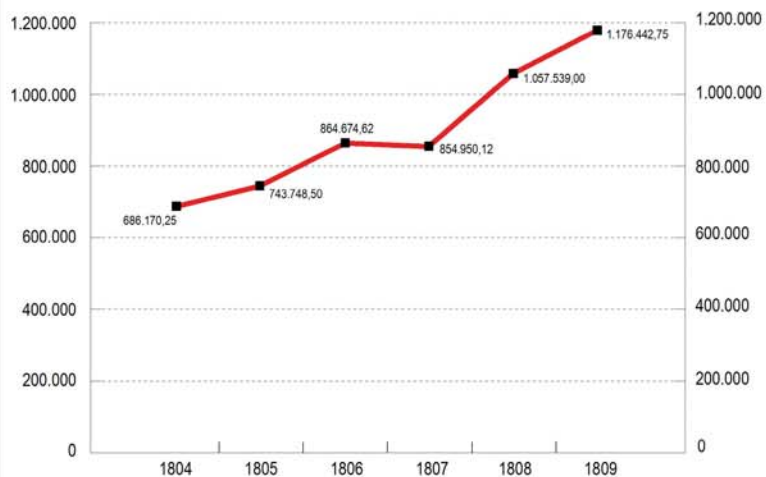


Gráfico 4. AGUAS EXTRAIDAS DE LOS POZOS NEGROS DEL DEPARTAMENTO ALTO (1804-1809). En pies cúbicos.



Gráfico 5. AGUAS EXTRAIDAS DE LOS POZOS NEGROS DEL DEPARTAMENTO BAJO (1804-1809). En pies cúbicos.

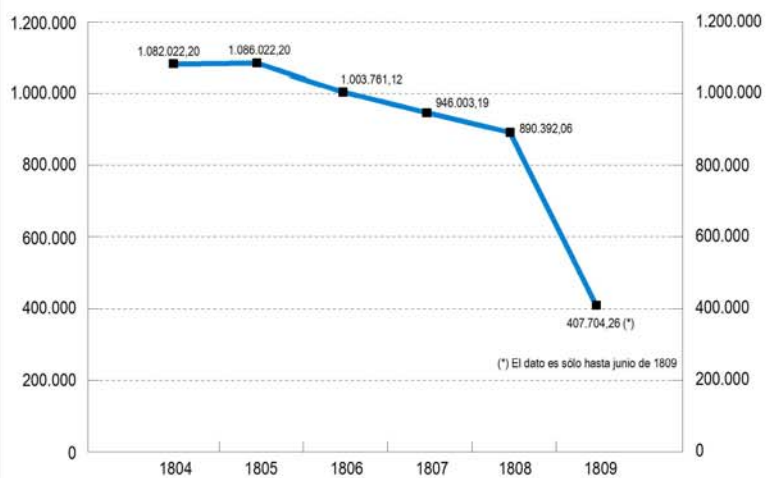


Gráfico 6. GASTOS DE LA LIMPIEZA DE LOS POZOS NEGROS DE AMBOS DEPARTAMENTOS (1804-1809). En reales de vellón.
(*) Hasta finales de junio de 1809

Estos pozos, continuaban los arquitectos, se limpiaban a partir de la media noche o ya al amanecer, prolongándose la labor durante la mañana del día siguiente, pero avisaban que tras su limpieza se volvían a llenar con aguas procedentes de filtraciones, de conductos de obras fontaneras, por las copiosas aguas llovedizas del invierno y porque la limpieza de los mismos en verano era tan breve que tan sólo se evacuaban las aguas superficiales y no las gruesas, con lo que el trabajo lucía muy poco. Consideraban que realmente se podía haber sacado más agua de la cantidad anteriormente expresada pero que era difícil de cuantificar, tal y como ya venía ocurriendo desde el reinado de Carlos III, lo que entonces provocó reiteradas quejas de los asentistas hasta que, finalmente, el servicio fue asumido por la municipalidad. Con respecto a los pozos suprimidos que vertían a las alcantarillas, hicieron su cálculo en base a que cada casa contaba con un único pozo, pero advertían que no había casa en la corte sin pozo y que algunas tenían muchos¹⁰⁵². En el APÉNDICE X se detalla la relación puntual del informe realizado por los arquitectos de la Puente y Cuervo.

Teniendo en cuenta lo detallado por de la Puente y Cuervo, la comisión sostuvo que la construcción de alcantarillas había perseguido minorar los gastos de limpieza de los pozos, pero que no se podía conseguir ahorro alguno, en primer lugar, porque no se habían logrado limpiar todos los pozos de la ciudad al tener que acudir con mayor frecuencia a otros que tenían humedecida la fábrica y el terreno circundante y, en segundo lugar, con frecuencia había que desatascar y hacer funcionar las alcantarillas. Sugirieron, además, que los datos se interpretarán de otra forma, como valorar si los 1.151 pozos suprimidos en las 69 alcantarillas que comentaban los arquitectos, con independencia de su tamaño y ubicación, equivaldrían a los que se ejecutaban nuevos o a los que reiteradamente había que limpiar, para concluir que tampoco hay grandes ahorros, amén de constatarse un aumento del volumen de las aguas inmundas por la numerosa soldadesca francesa acantonada en la ciudad. Otras observaciones que realizó la comisión se centraron en justificar el desacertado recorte del dinero destinado a la limpieza de los pozos, reducido a 8.000 reales semanales desde el 20 de

¹⁰⁵² Ibidem.

diciembre anterior, y que obligaría a los pocos operarios que quedaban a limpiarlos superficialmente, dejando en ellos los “gruesos”, con la imposibilidad de evitar derrames, efectos nocivos sobre la salud pública y “*multitud de quejas justísimas*”. Advirtieron a la municipalidad que no podría eludir sus responsabilidades ni echarlas sobre el administrador general, ya que éste tan sólo debía atender sus obligaciones en función de los dineros disponibles. Concluía el informe aconsejando continuar la construcción de alcantarillas en las calles de la urbe que concentraran mayor número de pozos y que se encontraran a mayor distancia de los vertederos¹⁰⁵³.

Las expectativas de la comisión quedaron frustradas ante una municipalidad que no se dio por enterada de la situación, y que incluso ordenó, el 28 de marzo siguiente, que se redujera el pienso de cebada que se daba a las mulas del servicio de limpieza, a cinco cuartillos. Se desconoce si esta situación provocó la enfermedad del administrador general del ramo, pero el caso es que pidió que le jubilaran y que fuera sustituido por su ayudante el también administrador Juan de la Puente. Es probable que el Ayuntamiento tratara de ganar tiempo con el que buscar una mejor solución a la difícil situación financiera, ya que el 7 de abril volvió a ordenar que se reuniera la comisión para que diera cuenta de la situación del ramo y que procedieran a inventariar y registrar el ganado, efectos y enseres que estaban a su cargo. La buena noticia fue que se había ordenado subir a un cuartillo de cebada el pienso de las mulas.

El 29 de abril la comisión se reunió de nuevo en la casa principal del ramo que se encontraba en la calle de la Cabeza y redactó un nuevo informe el 31 de mayo siguiente. Dicho informe comenzaba dando a conocer una contradicción que convenía aclarar y que surgió tras contabilizarse los pozos negros, a raíz de que los contaran de nuevo los celadores de los diez cuarteles en que estaba dividida la Villa para las funciones de limpieza. Según los celadores había en total 6.440 pozos negros, de los que 4.868 tenían necesidad de limpiarse y 1.568 estaban limpios porque desaguaban

¹⁰⁵³ Ibídem.

en las alcantarillas, coincidiendo más o menos en este extremo con lo que habían apuntado los tenientes de arquitecto de la Puente y Cuervo, en su dictamen de diciembre del año anterior. Esta cifra estaba muy por debajo de los 9.890 pozos que dieron en 1766 los alcaldes Nicolás Blanco y Manuel Ramos, revelándose un déficit de unos 3.400 pozos que probablemente no tenía contabilizados el ayuntamiento porque sólo estaban registrados los que limpiaba el Ayuntamiento de Madrid¹⁰⁵⁴.

Seguidamente, la comisión pasó a describir, sin tapujos, los impedimentos que a su criterio padecía el ramo para realizar sus funciones con eficacia, como, por ejemplo, tener que destinar sus carros, mulas y operarios, y emplear parte de su presupuesto en limpiar el Real Sitio del Buen Retiro y los cuarteles, extraer tierras del campo para diversos menesteres, acarrear materiales para obras públicas e infinidad de ocupaciones. Pero sin duda, la bajada a 8.000 reales semanales para cubrir los gastos de limpieza fue sobre lo que más llamó la atención la comisión. Así, dieron cuenta que hasta entonces el mismo servicio se había cubierto con entre 16.000 y 18.000 reales, que daban trabajo a 23 cuadrillas de operarios y que atendían prácticamente todas las limpiezas de pozos. Sin embargo, en el momento de hacer este informe se había echado a la mitad de los operarios, había 194 pozos sin limpiar y aseguraban que un mes después serían 400. De no evitarlo sus aguas correrían por las calles *“como ya sucede con muchos, en medio del verano, cuando las miasmas metíficas cargando el aire pueden hacerlo malsano”*. Además, con tan poco presupuesto informaron que los pozos no se podían limpiar del todo y, en consecuencia, tampoco se podía medir y tasar con exactitud lo que se limpiaba. Concluyeron pidiendo que se volviera a subir la asignación económica a los niveles que había estado antes del 20 de diciembre del año anterior y sugerían que, para garantizar el ahorro, debían limpiarse los pozos *“hasta las heces”*¹⁰⁵⁵.

¹⁰⁵⁴ *Ibíd.*

¹⁰⁵⁵ *Ibíd.* La comisión daba cuenta de cómo se empleaban los 8.000 reales semanales a que había quedado reducida la asignación: 3.000 se gastaban en la limpieza de día, 360 en salarios a los mozos que velan de noche por si ocurren incendios, y 950 para los demás mozos y empleados, quedando 3.700 reales para la limpieza de noche, con lo que apenas quedaba nada para limpiar los pozos

Este informe de la comisión fue respaldado por otro que envió el administrador Juan de la Puente al corregidor tres días antes, en los mismos términos pero añadiendo que desde que se redujo la asignación no se habían podido comprar maderas, herrajes y otros enseres indispensables para este ramo y para la extinción de incendios, habiéndose apurado ya todo lo que quedaba en los almacenes.

En esta ocasión la comisión y el administrador vieron cumplidas sus expectativas. El 1 de junio de 1810 la junta municipal derogó la rebaja de la asignación establecida el 20 de diciembre anterior, ordenó una limpieza absoluta de todos los pozos que lo requerían y autorizó la compra del género y los enseres que se precisaban para el servicio, pero economizando al máximo los costes. Huelga decir, que un año después Francisco Calera, que fue el administrador general del ramo y pidió su jubilación por enfermedad justo cuando comenzaron las restricciones en diciembre de 1809, volvió a reincorporarse a su cargo pese a llevar 36 años de servicio.

En este contexto se realizaron los escasos avances que se hicieron durante la invasión francesa, algunos con resultados muy controvertidos, como la construcción de las alcantarillas de la calle de la Concepción Jerónima y de la calle de Huertas.

La construcción de la alcantarilla de la Concepción Jerónima había comenzado en 1809 y apenas un año después, sin haberse concluido las obras, la municipalidad encargó al teniente de arquitecto Juan Antonio Cuervo el prorrateo que debían satisfacer los dueños de las casas¹⁰⁵⁶. Esta alcantarilla, que tenía su origen en la calle de Atocha, vendría a prolongar la alcantarilla general de la calle de Segovia, a través de la calle de los Tintes y de la plaza de la Puerta Cerrada, y, en adelante, a ella verterían los pozos negros de sus calles colindantes y de establecimientos como la Cárcel de Corte, y del Colegio y Convento de Santo Tomás, de la mencionada calle de Atocha. Sin

completamente.

¹⁰⁵⁶ A.V.M. Secretaría 1-86-64

duda, la consabida falta de recursos hizo que se fueran adelantando los trámites para conseguir recaudar en el menor tiempo posible la tercera parte del coste que debían sufragar los dueños de las casas, y, como la situación lo requería, la municipalidad, previa autorización del corregidor, facultó a Lorenzo Arias, responsable de cobrar los prorrates, de poder retener el dinero de los alquileres que los inquilinos debían satisfacer a los dueños de las casas, en el caso de que éstos no cumplieran con la obligación de costear las alcantarillas¹⁰⁵⁷. Esta medida se hizo extensiva para el cobro de los prorrates que estaban pendientes de otras alcantarillas construidas con anterioridad e implicó no sólo el embargo de los alquileres de diversas casas, con su correspondiente instrucción judicial contra los propietarios, sino también, en algunos casos, el embargo de algunas de sus propiedades y rentas. Este fue el caso de Juan Antonio de los Arcos, propietario de la casa número 12, manzana 343 de la Red de San Luis; de Vicente Aguilar, dueño de la casa número 1, manzana 27 de la calle de la Torrecilla del Leal; de la marquesa de San Vicente que tenía sus casas junto a la plaza de la Paja y Costanilla de San Pedro; o del Duque de Medinaceli, que tras ser confiscados sus bienes por ser considerado enemigo de Napoleón, la Comisión Imperial de Secuestros atendió al pago con parte de sus rentas de lo que le tocaba satisfacer de gastos de alcantarillas de su casa llamada de Cogolludo, que estaba situada en la calle de la Magdalena¹⁰⁵⁸.

La confiscación de los alquileres no sólo era reflejo de la mala situación económica del consistorio, sino la de los madrileños en general, que también acusaron las perniciosas consecuencias que había traído consigo la guerra. Así se deduce de los numerosos expedientes que se conservan de propietarios de casas que pedían a la municipalidad minorar, prorrogar, aplazar y fraccionar los pagos de los prorrates; algunos de ellos esgrimiendo que se habían excedido en el cupo que les habían asignado; otros informaban que sus inquilinos no pagaban o se retrasaban en la satisfacción de los alquileres y en consecuencia no podían asumir los pagos; otros

¹⁰⁵⁷ A.V.M. Secretaría 1-86-63.

¹⁰⁵⁸ A.V.M. Secretaría 1-86-60; 1-86-62; 1-87-3; 1-87-49

porque habían gastado parte de lo poco que poseían en sufragar los costes de las atarjeas de sus pozos y no carecían de liquidez para afrontar más pagos. Incluso funcionarios de rango medio y superior no pudieron atender los pagos de los prorrateos, como fue el caso del vecino Cipriano José Salinero ya que *“aunque por su empleo de oficial de uno de los Ministerios goza de competente sueldo, este no le ha cobrado desde el mes de diciembre -de 1809- por las urgencias y precisas atenciones del Real Erario”*¹⁰⁵⁹. Y es que de los pagos de los prorrateos no se libraban ni las instituciones benéficas más frágiles como la Inclusa, que le tocó satisfacer 5.204 reales correspondientes al prorrateo del coste de la alcantarilla de la calle de Preciados. Paradójicamente, después de conocerse el pago de la Inclusa el ayuntamiento acordó que los establecimientos benéficos municipales quedarán exentos de estas cargas¹⁰⁶⁰.

Fue tanta la pobreza y marginalidad del momento que fueron frecuentes los robos de rejjas y sumideros de las alcantarillas, como fue el caso de las que se encontraban inmediatas a las Puertas de Recoletos y Atocha, incluso estando vigiladas, curiosamente, por los guardas de las puertas¹⁰⁶¹.

La otra cara de la moneda estaba representada por algunos acreedores que reclamaban al municipio los dineros que habían adelantado para la construcción de alcantarillas, como fue el caso de Francisco Antonio Amandi y de Juan Esteban Rábara que, en 1802, con permiso de la Junta de Propios y Sisas, sufragaron los 25.520 reales y 11 maravedís de vellón que costó el ramal de la calle de la Zarza, desde la general del

¹⁰⁵⁹ A.V.M. Secretaría 1-87-8 y 4-324-20.

¹⁰⁶⁰ A.V.M. Secretaría 1-87-10. La relación de los primeros pagos de la Inclusa por la tercera parte del coste de la alcantarilla data de 1810 y se encuentra en A.R.M. Diputación. 8.392/0001. Todavía entre 1813 y 1815 la Inclusa y el Colegio de Niñas de la Paz, para la atención de huérfanos de ambos sexos, seguían tratando con la municipalidad de estos pagos y como estas instituciones habían adelantado dinero del servicio de serenos y alumbrados pedían que se les compensase con el que debían de alcantarillas, lo que tras varios expedientes finalmente aceptó la municipalidad el 23 de febrero de 1815. A.V.M. Secretaría 1-78-36. Sobre la alcantarilla particular que se construyó a partir de 1815 para verter a la general de Embajadores desde el Colegio de Niñas de la Paz, atravesando la Inclusa –contiene plano del proyecto-, ver A.R.M. Diputación. 8.882/05.

¹⁰⁶¹ A.V.M. Secretaria 1-86-61 y 4-324-21.

Arenal hasta la calle de Preciados. El 8 de marzo de 1804 la Junta de Propios y Sisas acordó devolverles las dos terceras partes del coste que debía sufragar la Villa, pero entrado el año 1810 tan sólo se les había reembolsado algo más de 8.500 reales y descontando la tercera parte que les correspondía por el acometimiento de los pozos de sus casas, con lo que el Ayuntamiento de Madrid les seguía debiendo cerca de 17.300 reales de vellón, situación que se prolongó hasta agosto de 1814, cuando la Junta ordenó que se les despachara la correspondiente libranza¹⁰⁶².

Pero la alcantarilla de la Concepción Jerónima que había supuesto tanto esfuerzo y desazón para los vecinos no se había construido en las condiciones que cabría esperar, y no sólo por los impagos que soportaron algunos de sus proveedores, como Dionisio Pérez Guerra que todavía en 1811 reclamaba 10.981 reales con 3 maravedís por las fanegas de cal y baldosas que había servido, sino porque su proyecto y ejecución no tuvieron en cuenta las dificultades que implicaba su construcción en la proximidad del viaje de agua del Bajo Abroñigal¹⁰⁶³. En efecto, en septiembre de 1812, a las pocas semanas de haber sido liberada la ciudad por el Duque de Wellington, el arquitecto Antonio López Aguado hizo un reconocimiento exhaustivo de la alcantarilla. La sorpresa fue mayúscula al comprobarse que había riesgo importante de producirse filtraciones de aguas sucias y gruesas a las potables del viaje del Bajo Abroñigal. En su informe señaló que la alcantarilla iba escasamente por debajo del viaje de agua en las inmediaciones de la calle de Barrionuevo, y que se encontraba a la misma altura del referido viaje en las inmediaciones de la calle de Atocha, donde concluía la alcantarilla. Por las calas que se habían practicado se comprobó que se tocaban las paredes de ambas minas y en otras secciones se alejaban muy poco, dándose ya algunos “*trasporos*” porque la alcantarilla carecía de la pendiente suficiente, sobre todo desde la calle de Barrionuevo hacia la de los Tintes, con lo que se favorecía la acumulación de

¹⁰⁶² A.V.M. Secretaría 1-87-16. La petición de los particulares que exigían a Madrid las dos terceras partes del coste de la alcantarilla de la calle de la Zarza en A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 3 de marzo de 1803. La orden que no se cumplió para reintegrarles el dinero en A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid. Acuerdo del 8 de marzo de 1804.

¹⁰⁶³ Sobre las reclamaciones de Dionisio Pérez A.V.M. Secretaría 4-324-21.

gruesos, los continuos atrancos, y la obstrucción de ramales y atarjeas. Peor panorama describió de la sección que iba por encima de la mina del viaje de agua, en la que irremediablemente se producirían filtraciones que contaminarán las aguas potables¹⁰⁶⁴. Sin embargo, hubo que esperar varios años más para solucionar los defectos de construcción que presentaba esta alcantarilla.

La otra gran alcantarilla construida durante estos años fue la de la calle de las Huertas, precisamente, con el propósito de evitar la contaminación de las aguas del viaje del Bajo Abroñigal, aunque con resultados similares a la anterior. Así, en 1811 con motivo de conocerse las filtraciones de aguas inmundas en el viaje desde los pozos negros de las casas de las calles de la Cruz y Ancha de Peligros, el teniente de arquitecto del departamento Alto, Pedro de la Puente, mermado en sus facultades por su grave enfermedad, y a cuyo cargo estaba también el referido viaje de agua, se vio en la necesidad de extraer las aguas inmundas y embalsarlas en unos pocillos que se abrieron en la misma zona sobre lechos arenosos. Como la situación persistía fue necesario repetir la operación en diversas ocasiones, hasta que Juan Antonio Cuervo, teniente de arquitecto del departamento Bajo, tras la muerte de su compañero de la Puente, se hizo cargo del problema y sugirió, como solución más ventajosa, la construcción de un “*tajeón*” costado por los dueños de los pozos, que sirviera para canalizar y verter las aguas inmundas a la alcantarilla que se encontraba en las Cuatro Calles, hoy plaza de Canalejas. Esta alcantarilla formaba parte de la general que enlazaba con la Puerta del Sol-Arenal-Caños del Peral. Sin embargo, el nombramiento de Silvestre Pérez como nuevo responsable del viaje de agua del Bajo Abroñigal, y a la sazón arquitecto del rey José Bonaparte, con apoyo del comisario de fuentes Francisco Iturmendi, propusieron como solución la construcción de una nueva alcantarilla, lo suficientemente profunda como para evitar las temidas filtraciones¹⁰⁶⁵.

¹⁰⁶⁴ A.V.M. Secretaría. 1-87-9.

¹⁰⁶⁵ A.V.M. Secretaría 1-87-26.

Esta alcantarilla, con una longitud de 4.660 pies lineales y un coste de 372.800 reales, comenzaría en la alcantarilla general del Paseo del Prado, cubriría toda la longitud de la calle de Huertas hasta alcanzar la plazuela del Ángel y desde aquí pasaría a las calles de la Cruz y Ancha de Peligros, hasta finalizar en el encuentro de la calle de Alcalá.

En septiembre de 1812, liberada de nuevo la ciudad del gobierno intruso, el sobrestante de las obras de la alcantarilla de Huertas, Pablo Pané, comunicó al procurador síndico del ayuntamiento que tanto Silvestre Pérez como el contratista de las obras, Manuel Maroto, habían huido a Valencia y apenas quedaban dineros para continuar las obras, advirtiéndole de los graves inconvenientes que traería dejar inacabada la alcantarilla. En efecto, buena parte de la calle de Huertas estaba inutilizada por la acumulación de tierras; en su línea y hasta el encuentro con la calle de San Sebastián se encontraban 13 pozos abiertos, cubiertos con maderos y arena, y, peor todavía, había 300 pies cuadrados de minas sin acabar.

Rápidamente se pidió un informe detallado del estado de la alcantarilla a Juan Antonio Cuervo, quien, tras efectuar su examen preceptivo, verificó lo suscrito por el sobrestante dando cuenta que la sección de la alcantarilla que faltaba concluir tenía una anchura de cerca de cuatro pies y que su fábrica se había realizado con mampostería de cal en paredes y bóvedas. Pero Cuervo fue más lejos en su dictamen, quizá animado por su conocida rivalidad con Silvestre Pérez, y puso en conocimiento de la municipalidad que la alcantarilla del Paseo de Prado con la que enlazaba, era mucho más antigua que ésta y se había construido mejor. Peor aún, daba a conocer que los muros, citaras y bóvedas o galápagos de la alcantarilla se hicieron con los ladrillos que se habían obtenido del desescombro de la iglesia de San Martín y de los Conventos de Santa Ana y de Santa Catalina de Sena, tras su desamortización y derribo por el gobierno intruso: *“se prefirió el ladrillo viejo de diferentes marcos, y esto hace que se filtren las aguas que corren por la superficie, y, además, al estar hecha la*

bóveda de medio cañón con este ladrillo tosco puede originar, de un momento a otro, hundimientos considerables que pueden dañar las casas de una y otra acera". Por último, no le faltó razón al apuntar que debía haberse proyectado con más pendiente para evitar con mayor seguridad las filtraciones al viaje de aguas potables, ya que tan sólo tenía un pie de desnivel por cada 70 pies lineales, pudiendo haberse repartido en toda la longitud de la alcantarilla 20 pies más de desnivel. De este modo, se hubieran salvado las canalizaciones de agua potable, favorecido la acometida a los pozos de aguas inmundas y la evacuación de las aguas de lluvia, a través de los sumideros de las calles. Como se puede observar, se empezaban a tener muy en cuenta las nivelaciones y pendientes de las calles y el subsuelo, cuestiones que no tuvieron la consideración necesaria cuando comenzó la construcción de la red. En definitiva, tan sólo se habían construido 431 varas lineales de la alcantarilla y quedaban pendientes 967, amén de subsanar todos estos inconvenientes, de ahí que Cuervo urgiera a tratar con la mayor diligencia este asunto¹⁰⁶⁶.

Apenas un año después la situación se mantenía, con el agravante de haberse producido cinco hundimientos en la calle que fue necesario macizar, y que propició que, de nuevo, los comisarios Agustín de Goicoechea, José de Arrieta y Santiago Gutiérrez de Arintero informaran sobre el asunto. A todo punto coincidieron con el veredicto que había suscrito un año antes Juan Antonio Cuervo, pero como novedad tildaban la obra de *"caprichosa y desatinada ejecución"* y arrojaron una intencionada sospecha sobre el anterior corregidor Gutiérrez de Prada y el arquitecto Silvestre Pérez, al considerar que habían concertado una contrata perjudicial para los intereses de Madrid con el desaparecido asentista Manuel Maroto. Ante esta situación, el 15 de diciembre de 1813 el ayuntamiento en pleno decidió abrir expedientes contra el antiguo corregidor, el arquitecto Pérez y el contratista para exigirles la debida indemnización por los perjuicios causados. A estas alturas el Ayuntamiento de Madrid ya les había librado 168.000 reales por los trabajos que realizaron y ya se habían hecho los correspondientes estudios de los alquileres para establecer los prorrateos entre los

¹⁰⁶⁶ A.V.M. Secretaria 1-87-11.

dueños de las casas. Por lo menos, con los últimos 38.926 reales que no se les llegó a librar se pudo concluir el tramo de la alcantarilla de Huertas hasta su encuentro con la calle del León¹⁰⁶⁷.

En este estado quedó la alcantarilla de la calle de Huertas hasta que por una orden de la Junta de Propios y Sisas, dada el 25 de noviembre de 1816, se terminarían las obras con un coste adicional de 187.700,26 reales de vellón¹⁰⁶⁸. Con respecto al pleito iniciado por el Ayuntamiento contra los responsables, no hubo un veredicto final hasta el año 1824, cuando se le pidió a Silvestre Pérez, que entonces era director de las obras de la ciudad de San Sebastián, que celebrase un juicio de conciliación con el consistorio. Y es que desde 1818 estando en su exilio francés, Pérez comenzó una férrea defensa de su honor y no sólo negó que tuviera que indemnizar al Ayuntamiento de Madrid por algún error que hubiera cometido en la construcción de la alcantarilla, sino que reclamó los honorarios que Madrid todavía le debía por este concepto. En 1821, aprovechando la instauración del régimen liberal que trajo el pronunciamiento de Riego, regresó a Madrid para dar a conocer nuevos datos sobre el asunto e hizo saber que no conocía bien si había sido la envidia o la ociosidad del arquitecto Juan Antonio Cuervo la que le llevó a hacer creer al Ayuntamiento que la alcantarilla se había hecho con materiales viejos, en mal estado y con un coste mayor de lo normal. En consecuencia, pidió no sólo la absolución de las acusaciones que vertían sobre él, sino también, que se le pagaran los 38.926 reales que todavía le adeudaban, más el importe de una partida de cal que dejó preparada en la plaza de Matute y que el Ayuntamiento utilizó en otras obras. Algo de razón debía de tener Pérez cuando, en septiembre de 1823, el ayuntamiento comenzó a pactar con él una solución al conflicto, que llegó, finalmente, el 14 de enero de 1824 acordándose que Madrid indemnizaría a Pérez con la mitad de los honorarios que les exigía, esto es, con 20.000 reales de vellón, que le fueron librados al arquitecto el 24 de abril siguiente¹⁰⁶⁹.

¹⁰⁶⁷ A.V.M. Secretaría 4-1-49.

¹⁰⁶⁸ A.V.M. Secretaría 1-87-25.

¹⁰⁶⁹ A.V.M. Secretaría 1-87-32 y 1-87-71.

11.3. La culminación de la red del alcantarillado en el Madrid del Antiguo Régimen (1814-1833).

Durante los escasos 20 años que faltaban para concluir el Antiguo Régimen, coincidentes con el reinado de Fernando VII, el panorama económico y constructivo del alcantarillado no varió sustancialmente con respecto al periodo precedente. Pero teniendo en cuenta que ya se habían, o se estaban construyendo, prácticamente todas las alcantarillas generales en los talwegs de las cuencas hidrográficas del casco viejo, las actuaciones se centraron, preferentemente, en dos ámbitos de actuación. Por un lado, en ir completando la red del interior de la ciudad con algunos ramales nuevos, con la finalidad de evitar la contaminación de viajes de agua y de continuar minorando los perjuicios que ocasionaban los pozos negros. Por otro lado, en la remodelación de viejas alcantarillas, con motivo de haberse puesto en marcha las grandes obras públicas que afectaron a los entonos de las plazas de Oriente y futura de Isabel II, junto con la reconstrucción forzosa que hubo que afrontar de otras alcantarillas que presentaban importantes defectos constructivos, reiterados hundimientos y atascos.

El desarrollo de la red que se produjo en estos momentos en el interior de la ciudad estuvo caracterizado, sobre todo, por la construcción de pequeños ramales, como, por ejemplo, las 10 varas del ramal de la calle del Almendro (1815); la conclusión del ramal de la calle de San Bruno y su pequeño ramalito de la Cava Alta de 180 pies de longitud, vertientes al ramal de la calle del Nuncio y a la general de la calle de Segovia (1816); y el ramal de la calle de las Velas con conexión al de la calle Imperial, financiado en primera instancia por los propios vecinos porque, a menudo, se inundaban los sótanos y dependencias de sus viviendas por el desbordamiento frecuente de los pozos negros (1819). Un año después se construyó el ramal de la Cuesta de Santo Domingo, desde la general de la calle del Arenal, con una fábrica reforzada para minorar los efectos de la presión de su pendiente, consistente en paredes de 2 pies de grosor, citaras y bóvedas de ladrillo de la rivera, pavimento de

losa barroqueña con badén, a lo largo de sus 370 pies, y a un coste total de 59.295,11 reales, según certificó el arquitecto Antonio López Aguado. También, se construyó un pequeño ramal en la calle de la Ventosa, con vertiente al vertedero que a cielo abierto desaguaba por la calle del Águila, para minorar los efectos nocivos de los vertidos de sus inquilinos, dedicados al oficio de mondongueros y elaboración de aguardientes, y, de paso, canalizar por sumideros las aguas llovedizas y sobrantes de la calle de la Paloma (1827-1828). Aprovechando el hundimiento de parte del ramal de la calle de Rodas, que vertía en la general de la Ribera de Curtidores, además de proceder a su reparación se prolongó el referido ramal hasta la calle de Embajadores, en una longitud de 342 pies (1823)¹⁰⁷⁰.

Mayor envergadura tuvieron las obras de prolongación de la alcantarilla general de la calle de Huertas, que tantas complicaciones había dado durante la Guerra de la Independencia. La obra, con permiso de la Junta de Propios y Sisas y una asignación semanal de entre 3.000 y 4.000 reales, dio comienzo el 1 de junio de 1824. De lo que se trataba era de prolongarla desde la fuente del cementerio de la Parroquia de San Sebastián hasta el encuentro con la calle de Atocha, atravesando en su recorrido las plazuelas del Ángel y del Beso. Al mismo tiempo, se ordenó ejecutar un ramal que desde ésta, atravesando la plaza de Santa Ana, discurriera por la calle de la Gorguera hasta subir por la de la Cruz, y, de este modo, recoger todas las aguas de la multitud de pozos que había en la zona y ocasionaban notables perjuicios al viaje de agua del Bajo Abroñigal¹⁰⁷¹.

También fueron de consideración las obras de los nuevos ramales de las calles de Esparteros, Postas, Carretas y un tramo de la nueva alcantarilla de la calle de Alcalá, que se pusieron en marcha en 1825 y tuvieron un coste total de 646.995 reales con 5 maravedís, según dada a conocer el contador de S.M., Manuel Cancio, en un

¹⁰⁷⁰ A.V.M. Secretaría 1-87-19; 1-87-27; 1-87-55; 4-295-17; 4-324-21; 1-87-86; 1-86-19.

¹⁰⁷¹ A.V.M. Secretaría 1-87-66.

certificación del 23 de mayo de 1828¹⁰⁷². Efectivamente, los ramales de Esparteros y Postas que recorrían la longitud de sus calles iban a verter a la general del Arenal, atravesando las calles Mayor y de la Duda, recogiendo las aguas de los numerosos pozos que había no sólo en sus casas limítrofes, sino también, en las aledañas de las calles del Vicario Viejo, la plazuela de Santa Cruz y de los Pájaros, de San Cristóbal y San Jacinto. Pero además, según el arquitecto Juan Antonio Cuervo, como en la dirección que iba la alcantarilla se encontraban “sótanos perdidos” hubo que construirla con suficiente seguridad, esto es, a “*canal descubierto*” y provista de un solado con losas de piedra berroqueña, de medio pie de grosor con su correspondiente badén. De forma similar se ejecutó el ramal de la calle de Carretas con conexión a la alcantarilla general de la Puerta del Sol-Arenal, y, de paso, se aprovechó para minorar los costes de limpieza de los pozos de sus calles colindantes, con la construcción de los ramales secundarios de las calles de Majaderitos Ancha y Angosta. La de la calle de Alcalá, con un coste de 134.220 reales y una longitud de 366 varas lineales, vino a evacuar los pozos de las casas del tramo de la calle que se extendía entre el Convento de las Vallecas, que se encontraba esquina a la calle de Peligros, y el ramal de la calle de la Montera que conectaba con la general de la Puerta del Sol – Arenal.

El ritmo de ejecución de las alcantarillas continuó con cierta normalidad hasta comienzos de la década de 1830, con el acicate de seguir minorando las inundaciones continuas de casas y sótanos, de evitar los atascos en las alcantarillas y los excesos de brozas en algunas calles. A los ramales ya contruidos se sumaron el nuevo de la calle de San Bartolomé, desde la plazuela de Santa Clara y la calle del Espejo hasta verter en la general del Arenal (1925); al tiempo que se prolongaba 493 varas lineales la alcantarilla general de la calle de Atocha, hasta el encuentro de la Fuente de la plaza de Antón Martín, lo que se aprovechó para hacer el ramal de la calle del Tinte (1826). A estas le siguieron un pequeño ramal por la calle de Santa Isabel, desde la calle del Olmo a la embocadura de la mencionada calle del Tinte (1827); y el ramal o alcantarilla

¹⁰⁷² A.V.M. Secretaría 1-88-3.

aislada de la calle de la Hoz Baja -Embajadores- entre el barranco que daba al campo, donde desaguaba, y las Escuelas Pías de San Fernando (1827)¹⁰⁷³.

Más azarosa fue la prolongación del ramal de la calle de la Magdalena y de la construcción de los ramales de las calles de Jesús y María, y de la Flora, que habiéndose iniciado sus obras, respectivamente, en 1829 y 1830, se tuvieron que suspender en agosto de 1831 por falta de fondos. De nuevo la situación presupuestaria se tornaba extremadamente compleja, teniendo en cuenta, además, que estas obras eran de escasa consideración. Así, el ramalito de la Magdalena hasta su vertiente en el ramal de la calle del Ave María era de tan sólo 100 pies de longitud -apenas unos 30 metros- y tuvo un coste final de 162.927 reales de vellón. El de la calle de Jesús y María de 170 pies -algo más de 50 metros- con el propósito de evacuar los residuos de 28 pozos y un coste de 145.769 reales con 23 maravedís. El de la calle de la Flora era mucho mayor, pero fue preciso hacerlo para reparar la alcantarilla general del Arenal y posibilitar el vertido de los pozos de las casas que había en su recorrido, en una longitud de 470 pies, principiando en el callejón que había al final de la referida calle de la Flora. Finalmente, y no sin grandes esfuerzos, a lo largo del mes de noviembre de 1831 se pudieron concluir las tres obras¹⁰⁷⁴. De hecho, el último ramalito que se construyó en el Madrid del Antiguo Régimen, el de la calle de Peregrinos a la de la Zarza, y de ésta a la general del Arenal, fue construido por el arquitecto Pedro Zengotita –o Zengotitabengoa- en 1833 con un coste de apenas 1.862 reales de vellón que sufragó Juan Antonio Cobián, dueño de una casa de la referida calle de Peregrinos. Un año después, ya bajo el nuevo régimen liberal, Madrid, como era lo habitual, le devolvió las dos terceras partes del coste¹⁰⁷⁵.

Hay que reseñar que durante estos años buena parte de los recursos económicos del ramo se destinaron, más que a la construcción de nuevos ramales o

¹⁰⁷³ A.V.M. Secretaría 1-87-80; 1-87-88; 1-87-94; 1-65-34;

¹⁰⁷⁴ A.V.M. Secretaría 1-166-4; 1-166-5; 1-166-6; 1-166-9; 1-166-12; 1-166-15; 3-361-59

¹⁰⁷⁵ A.V.M. Secretaría 1-232-14

alcantarillas, a reconstruir los hundimientos y a las continuas limpiezas de las alcantarillas que, más a menudo de lo que era deseable, acumulaban considerables volúmenes de sedimentos y brozas, por la falta de corrientes de agua necesarias para su arrastre¹⁰⁷⁶. Tanto es así, que cuando se valoró la posibilidad de prolongar el ramal de la Cava de San Miguel, de construir un nuevo absorvedero para la alcantarilla general del Barquillo o de ejecutar el ramal de la calle del Príncipe con vertiente a la general de Huertas, se decidió postergarlos para tiempos más oportunos.

Queda claro, entonces, que las prioridades eran otras, y junto al desarrollo constructivo esbozado anteriormente, hubo que hacer frente a otras obras de gran envergadura que no podían esperar. Este fue el caso de la construcción de la plaza de Oriente, que había tenido su origen durante el reinado de José I con los derribos programados por el arquitecto Silvestre Pérez de las manzanas y casas fronterizas a la fachada oriental del Palacio Real, y cuyas obras se prolongarían hasta entrada la década de 1840¹⁰⁷⁷. Los movimientos de tierras, nivelaciones y nuevas edificaciones de la plaza obligaron a reemplazar la vieja alcantarilla de los Caños del Peral que discurría por su solar desde la segunda mitad del siglo XVI, así como de sus nuevas acometidas, como fue el caso del nuevo ramal de la Cuesta de Santo Domingo, y preparar las futuras acometidas de las calles de la Bola y la Encarnación. Especial dificultad entrañó la conexión de la nueva alcantarilla con la que hasta ese momento había sido prolongación de la de los Caños del Peral, esto es, con la antigua alcantarilla general del Arenal-Puerta del Sol-Cuatro Calles. Y fue precisamente en el punto de unión entre

¹⁰⁷⁶ Valgan para ilustrar las continuas limpiezas y reparos de alcantarillas los siguientes ejemplos: construcción de dos pozos de registros en la general de la Carrera de San Jerónimo en el año 1815 A.V.M. Secretaría 1-87-24. Reventón de la alcantarilla de la calle de Preciados en 1815, A.V.M. Secretaría 1-87-20. Sobre el nuevo absorvedero de la alcantarilla general de Leganitos y evitar así la crecida de las aguas (1821), A.V.M. Secretaría 1-87-61. Limpieza de la alcantarilla de la plazuela de la Leña, calle de la Paz hasta las Casa del Correo (1822), A.V.M. Secretaría 4-295-19. Limpieza de la alcantarilla de la calle de San Juan (1822), A.V.M. Secretaría 4-295-19; Limpieza de la alcantarilla de San Francisco por su riesgo de derrumbe (1823), A.V.M. Secretaría, 4-295-20. Reparos en la alcantarilla que baja de Leganitos al Lavadero de la tropa (1825), A.V.M. Secretaría 3-27-35. Reconstrucción de la alcantarilla de San Francisco por la calle de San Buenaventura (1831), A.V.M. Secretaría 1-166-18.

¹⁰⁷⁷ Sobre las obras de la Plaza de Oriente se puede consultar Ruiz Palomeque, E. *Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX*. Madrid, Instituto de Estudios Madrileños – CSIC, 1976.

estas alcantarillas donde hubo que solventar importantes cuestiones técnicas, sobre todo, porque la construcción de la plaza llevó aparejada la edificación del nuevo Teatro Real, con lo que fue necesario levantar un nuevo espacio, con sus correspondientes terraplenes, sobre la vieja plazuela de los Caños Viejos, para sostener los cimientos del referido teatro. Dicho de otra manera, el arquitecto Antonio López Aguado tuvo que construir la actual plaza de Isabel II, entre 1818 y entrada la década de 1830, por encima del nivel original del talweg del Arenal, lo que alteró profundamente la antigua morfología urbana de la zona, dando como resultado la creación de un espacio cuadrangular con fachadas uniformes en su encuentro. En esta tesitura, López Aguado tuvo que adaptar la alcantarilla general del Arenal no sólo a su encuentro con la nueva que discurría por la plaza de Oriente, sino también, con las nuevas acometidas que hubo que hacer de sus viejos ramales de las calles de las Fuentes y de los Tintes¹⁰⁷⁸.

Otra de las actuaciones que fue preciso realizar consistió en la reforma integral de la antigua alcantarilla que canalizaba las llamadas aguas limpias o del arroyo de la Fuente Castellana o del Prado, y su prolongación hasta la Puerta de Recoletos. No hay que confundir esta canalización con la alcantarilla general del Prado -Paseo del Prado- o del Paseo de Trajineros (1775-1777). Las dos fueron construidas como parte del proyecto de reforma integral del Prado de San Jerónimo, pero esta última tenía por objeto la recogida de las aguas inmundas de las minas generales y ramales que vertían por levante a la cuenca hidrográfica del Paseo del Prado. Entonces su trazado comenzaba en la intersección de la calle de Alcalá y por debajo del Paseo de Trajineros iba a desaguar a cielo abierto al campo, junto a la Puerta de Atocha. En estos momentos su trazado se prolongaría hasta la calle del Almirante. En consecuencia, la alcantarilla que hubo que reparar y prolongar fue la denominada “*cloaca máxima*” que canalizaba el arroyo del Prado y servía para recoger las aguas sobrantes del riego de los plantíos del Real Jardín Botánico y el Real Sitio del Buen Retiro, así como de las aguas de escorrentía y los excesos de humedad del paseo¹⁰⁷⁹. Así, en 1817 hubo que

¹⁰⁷⁸ A.V.M. Secretaría 1-166-3 y 1-87-54.

¹⁰⁷⁹ Sobre la construcción de esta cloaca máxima ver la obra de Lopezosa Aparicio, C. *El Paseo del Prado*

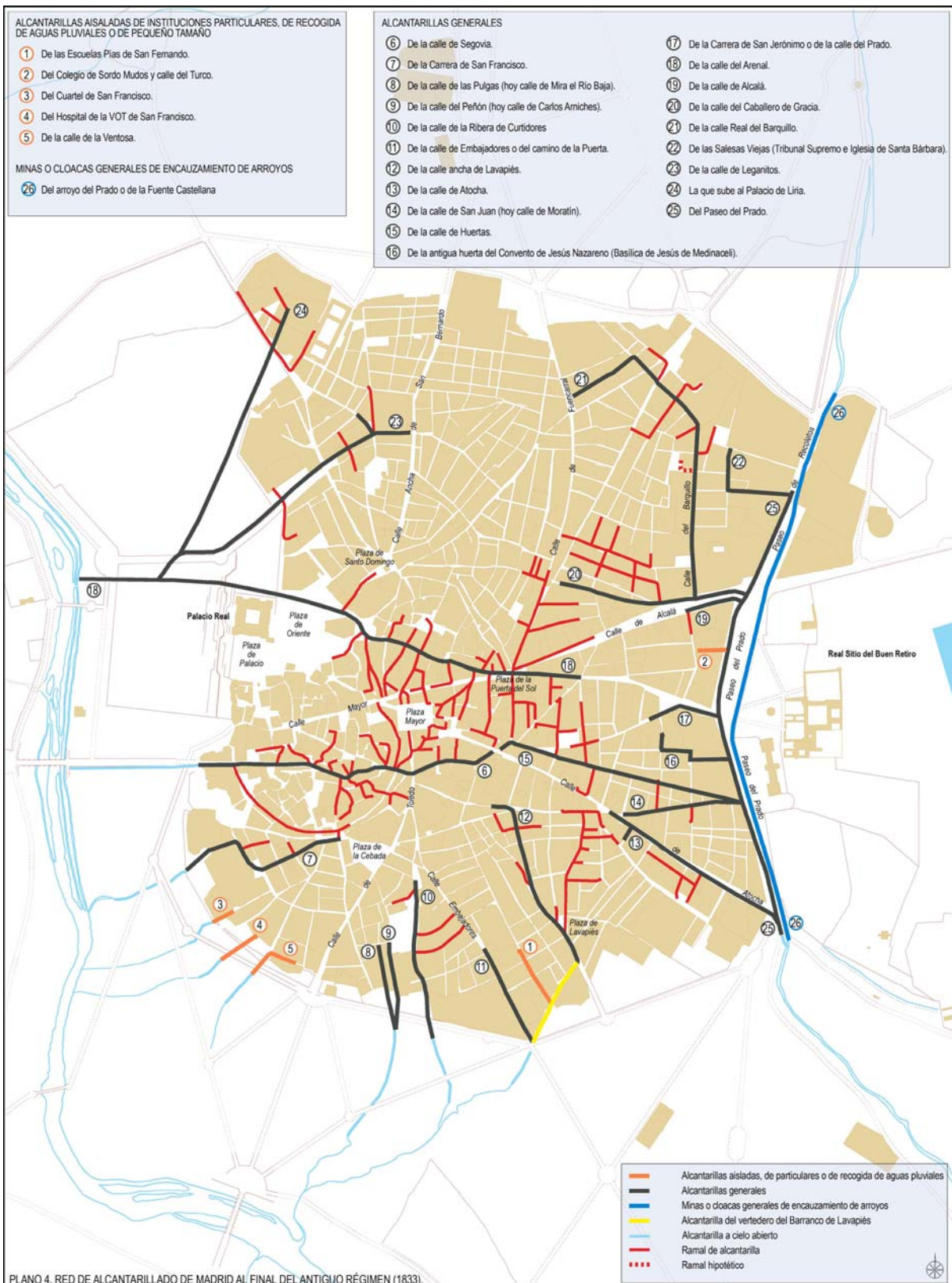
reconstruir 109 pies de cimientos socavados de la mina que se encontraban frente al Botánico, con un coste de 22.000 reales; y en 1821, tras los fallidos intentos que trajo la falta de liquidez de los años 1815 y 1816, finalmente, se pudo prolongar la construcción de la alcantarilla o cubrición del arroyo entre la Fuente de la Cibeles y el Paseo de Recoletos¹⁰⁸⁰.

Desde entonces todo el tramo del arroyo que discurría por suelo urbano lo haría canalizado por el subsuelo, *“desde la Puerta de Atocha por el lado del Botánico, Museo y hasta la Puerta de Recoletos”*. Pero debió ser tal el caudal que circulaba por esta alcantarilla que de nuevo en 1825 la planta de la alcantarilla *“se halla en el paso de las aguas con varios trozos de su empedrado totalmente destruidos y socavados los terrenos y que, por causa de su flojedad, han penetrado hasta el punto de remover los empedrados, levantándolos con pérdida del material que los forma, dando motivo a la detención de las aguas que se hallan en los trozos socavados con notable perjuicio de los cimientos de las paredes laterales de la alcantarilla”*. En consecuencia, hubo que hacer frente a la reparación urgente de 197 tapias de empedrados, de 90 pies superficiales cada una, más 24.570 pies cúbicos de socavones que se tuvieron que rehenchir y macizar, además de hacer el nuevo emparrillado de madera de 75,5 tapias de superficie para sustentar las cimentaciones¹⁰⁸¹.

de Madrid. *Arquitectura y desarrollo urbano en los siglos XVII y XVIII*. Madrid, Fundación de Apoyo a la Historia del Arte Hispánico, 2005.

¹⁰⁸⁰ A.V.M. Secretaría 1-119-89 y 1-87-59.

¹⁰⁸¹ A.V.M. Secretaría 1-118-39. Para tener una idea de las dimensiones que tenía esta alcantarilla es ilustrativo detallar los desperfectos que tenía: la falta de empedrados en un trozo de la alcantarilla que había frente a la subida a San Jerónimo que le faltaban de empedrados 129 pies de largo por 11 de ancho; seguido a éste en dos trozos que tienen 96 pies de longitud y 12 de ancho; a continuación, y frente al Museo un trozo de 51 pies de línea por 8 de ancho, y continua con otros 51 pies de largo o línea por 13 de ancho. Señalaban también que al principio del Jardín Botánico había un trozo que presentaba la planta de la mina socavada en una longitud de 75 pies de largo por 13 de ancho y 7 de profundidad; a lo que le seguían 2 trozos que habían perdido los empedrados por un total de 126 pies de línea por 13 de ancho; a continuación otro trozo socavado de 195 pies de longitud por 13 de ancho y 7 de profundidad. Además de todo lo referido se hallaba el emparrillado de madera, pies y cuartos que sujetaban los cajones de empedrado totalmente destruido en la mayor parte de las maderas hasta la salida de las aguas al arroyo, en línea de 291 pies por 13 de ancho.



El coste total alcanzaría la nada despreciable suma de 95.000 reales, cuyo pago tuvo que elevar la Junta de Propios y Sisas a Niceto de Larreta, director general de Propios y Arbitros del Reino, quien finalmente lo autorizó, previa consulta a la Contaduría de Sisas. Y si la situación financiera de por sí ya era compleja, el hundimiento de la alcantarilla de la calle del Nuncio y de sus ramales colindantes de las calles del Pretil, de la Palma y del Almendro, empeoró más todavía la situación pues en 1828 tuvieron que reconstruirse prácticamente en su totalidad, con un coste demoledor para el erario municipal de 201.994 reales de unas obras que se prolongaron durante casi dos años¹⁰⁸².

Con todo, al concluir el reinado de Fernando VII, en 1833, se había conseguido construir una primera red de alcantarillado compuesta por 20 minas o colectores generales a los que acometían 68 ramales y pequeños ramalitos, y se había conseguido encauzar en mina todo el tramo urbano que recorría el arroyo del Prado o de la Fuente Castellana. En el APÉNDICE XI se detallan todas las alcantarillas que constituyeron la red general del alcantarillado de finales del Antiguo Régimen.

11.4. La incidencia del alcantarillado en la periferia de la urbe.

Una de las grandes aportaciones de este periodo al desarrollo de la red de alcantarillado estuvo motivada por la creciente preocupación del Consejo de Castilla, la Junta de Propios y Sisas, y el Ayuntamiento por las cuestiones higiénicas y los efectos nocivos que provocaban en el entorno circundante de la ciudad y en el río Manzanares, los vertidos de las arroyadas que, a cielo abierto, trasladaban las aguas inmundas de las alcantarillas¹⁰⁸³. Para mitigar espectáculo tan insalubre se trataron de

¹⁰⁸² A.V.M. Secretaría 1-165-35.

¹⁰⁸³ La creciente inquietud por las cuestiones higiénicas se pueden ver en la obra de Llanos, B. *Memoria* 647

cubrir, canalizar y controlar buena parte de estos vertederos, aunque con diferentes motivaciones y resultados. No fue ajeno a la voluntad de las autoridades el aumento del furtivismo y el contrabando que había traído la escasez de la posguerra, y que encontró en las alcantarillas un medio eficaz para burlar la vigilancia y la fiscalidad.

Buena parte de las alcantarillas de Madrid desaguaban a cielo abierto a través de canales, llamados vertederos, en su campo circundante y en el río Manzanares. Esta circunstancia es constatable en los numerosos planos históricos que se conservan de los siglos XVII, XVIII y XIX. No se deben confundir estos vertederos con riachuelos o arroyos de aguas limpias. Algunos de estos vertederos comenzaban en las mismas rejillas de las alcantarillas que había junto a las puertas o en las inmediaciones de la cerca, antes de penetrar por el subsuelo de la urbe. Es más, es posible conocer con precisión donde se encontraban estas rejillas y vertederos porque se conserva un valiosísimo testimonio histórico que permite localizarlos de forma inequívoca. Se trata de la maqueta de Madrid que realizó el teniente coronel de artillería León Gil de Palacios en 1830 y que se conserva en el Museo Historia de Madrid, de la calle Fuencarral.

Esta maqueta, considerada por los expertos como una imagen fiel de lo que entonces fue la morfología urbana de la Villa, también permite conocer que las aguas inmundas de las alcantarillas generales del Arenal y de Leganitos tenían su rejilla o acceso visitable en el paseo bajo de la Virgen del Puerto, en las cercanías de la Puerta de San Vicente, desde donde bajaban sus aguas sucias canalizadas en paralelo al río hasta el estribo del puente de Segovia, para evitar la contaminación de esta parte del río y la fetidez en los entornos próximos al Campo del Moro y la Casa de Campo. En el Puente de Segovia sus aguas se unían a las de la alcantarilla general de la calle de

sobre los medios de mejorar el Clima de Madrid, restablecer su Salubridad y Fertilidad, etc., por Blas Llanos. Madrid, 1825. Imprenta que fue de Fuentenebro. También en Martorell Linares, M.A. "El debate higienista (R.S.E. Matritense. Segunda Mitad del S. XIX", en Torre de los Lujanes. Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País. Madrid, 1 trimestre de 1992. Nº. 19. Pp. 65-91.

Segovia, que bajaban alcantarilladas hasta el referido puente por la margen izquierda de su camino homónimo. Tampoco vertían directamente al río, sino que eran conducidas por otro canal paralelo, que hicieron junto a la orilla, con el fin de alejarlo lo suficiente de las numerosas huertas y lavaderos que había en la ribera. Mucho antes de alcanzar el Puente de Toledo las aguas inmundas vertían directamente al río. Esta maqueta refleja claramente la creciente inquietud que existía entonces por adecuar el entorno circundante de la Villa, y evitar los perjuicios sanitarios y los malos olores que provocaban la ingente cantidad de vertidos originados por una población que superaba los 200.000 habitantes.

Durante la Guerra de la Independencia el rey José Bonaparte para evitar los malos olores de las alcantarillas del Arenal y Leganitos, que desaguaban unidas junto al Parque del Palacio -Campo del Moro-, mandó prolongarla a las afueras de la Puerta de San Vicente, cerca del río. En 1818, los malos olores y los perjuicios que provocaban en el barranco y paseo de Ronda, las arroyadas y vertidos de las alcantarillas de la Ribera de Curtidores y de la calle del Peñón llevaron al arquitecto mayor Antonio López Aguado a proponer su prolongación desde su vertedero hasta el río. Pero en este momento todo lo que se hizo fue salvar el paseo de la Ronda y minorar los malos olores del barranco y de su entorno urbano inmediato¹⁰⁸⁴. Ahora bien, lo que para unos era perjudicial para otros era una interesante fuente de ingresos, y ya entonces algunos hortelanos del entorno inmediato al vertedero del Barranco de Lavapiés, que se encontraba junto al portillo de Valencia, solicitaron canalizar parte de estas aguas inmundas para fertilizar sus huertas¹⁰⁸⁵.

Por motivaciones semejantes a las que habían llevado a alcantarillar el vertedero inmediato a la Puerta de San Vicente durante el reinado de Bonaparte, el rey Fernando VII en 1819 mandó cubrir el vertedero o riachuelo de aguas inmundas

¹⁰⁸⁴ A.V.M. Secretaría 1-87-46.

¹⁰⁸⁵ A.V.M. Secretaría 1-87-31.

que discurría en dirección al río, en el tramo que se encontraba entre la rampa del Puente de Toledo y el embarcadero del Canal del Manzanares. Este riachuelo de aguas inmundas no era cualquier cosa, sus caudales de aguas inmundas provenían de buena parte de las alcantarillas del sur de la ciudad, como las generales de Lavapiés y Ribera de Curtidores y las aisladas de las calles de Mira el Río, el Peñón y Embajadores¹⁰⁸⁶. Dos años después López Aguado continuó las actuaciones en la periferia, primero en el entorno del Palacio Real con la construcción de una pequeña alcantarilla de 50 varas de longitud en la Cuesta de la Vega, junto al puentecillo que se dirigía al Parque (Campo del Moro); y ya en 1823 con motivo de abrirse el nuevo camino y arbolado entre las Puertas de Toledo y Segovia fue necesario prolongar, lo justo, los vertederos y alcantarillas de la calle de las Águilas y del Hospital de la V.O.T. de San Francisco de Asís, para salvar el referido paseo¹⁰⁸⁷. Similar situación fue preciso realizar entre 1826 y 1827 en la plaza que hacía de partidor de los caminos de Gilimón e Imperial, y para evacuar las aguas que allí se embalsaban fue necesario hacer una pequeña alcantarilla de 66 pies de longitud, y dos atarjeas de 10 y 26 pies lineales, para que vertieran las aguas junto al paseo de los Melancólicos, con un coste total de apenas 6.800 reales¹⁰⁸⁸.

Estas actuaciones no tenían por objeto alcantarillar los vertidos de aguas inmundas del campo circundante de la urbe, sino alejarlos en la medida que permitiera el maltrecho presupuesto municipal. De hecho, la situación se tornó inabordable cuando se planteó la necesidad de realizar intervenciones mucho más complejas y necesarias, como los vertidos del Barranco de Lavapiés donde desaguaban las alcantarillas generales de Lavapiés y de la calle de Embajadores. Ya en 1822, durante el Trienio Liberal se trató de clausurar sin éxito el vertedero del barranco, mediante la construcción de una alcantarilla que comunicará el portillo de Valencia, en cuyas inmediaciones desaguaba la alcantarilla general de Lavapiés, y el portillo de Embajadores, que es por donde desaguaba la alcantarilla de la referida calle que se había construido con motivo de la edificación de la Real Fábrica de Tabacos. De nuevo,

¹⁰⁸⁶ A.V.M. Secretaría 1-87-56.

¹⁰⁸⁷ A.V.M. Secretaría 4-324-21.

¹⁰⁸⁸ A.V.M. Secretaría 1-126-20.

en 1827, a instancias de la vecina María Núñez que pretendía ubicar un alfar en las inmediaciones del barranco, solicitó alcantarillar el vertedero advirtiéndolo, además, de las malas condiciones que presentaba el muro de la vecina Real Posesión del Salitre y de los peligros que podía ocasionar a los niños que jugaban por allí y a la mucha gente que acudía a hacer sus necesidades. Tras verificar el teniente de arquitecto Juan Antonio Cuervo lo que decía la vecina, se presupuestó la alcantarilla en 140.000 reales, cifra que la Junta de Propios consideró tan elevada que decidió posponer su ejecución para mejor ocasión. Finalmente, la Junta de Sanidad de Madrid, que había sido creada por Real Orden de 19 de abril de 1832, impulsó de forma decidida la ejecución de dicha alcantarilla, y una vez elaborado el pliego técnico por Francisco Javier Mariátegui, nuevo arquitecto mayor, comenzaron las obras a finales del mes de junio de 1832, siendo el contratista José Pobedano, vecino de Hortaleza, y a un precio final de 539 y dos cuartillos de reales la vara de alcantarilla¹⁰⁸⁹.

Peor resultado tuvo el intento de construir una alcantarilla en el paseo de la Ronda junto al Casino de la Reina, para que los reyes y cortesanos no tuvieran que soportar la fetidez de la vecina alcantarilla de la Ribera de Curtidores y de otros muladares cercanos. Al parecer, hasta los herrajes del mobiliario y coches de caballos se oxidaban y enmohecían con las humedades tan perniciosas de las cercanas alcantarillas. El teniente de arquitecto Custodio Moreno reconoció el terreno y sugirió que para evitar los perjuicios habría que construir en las afueras de la ciudad una alcantarilla de 1.600 pies de longitud, para canalizar los vertidos de la Ribera de Curtidores y de otras próximas al Casino, además de cubrir el vertedero del Barranco de Lavapiés, antes mencionado. Las obras alcanzarían un presupuesto nada despreciable de dos millones de reales, que obligó al consistorio a pedir un informe exhaustivo de la situación financiera de la Contaduría, habida cuenta que en el mismo momento López Aguado estaba construyendo el alcantarillado de los vertidos a cielo abierto de las alcantarillas de Segovia y San Vicente (Arenal-Leganitos) en dirección al río. Finalmente, el 6 de noviembre de 1830 se accedió a ejecutar tan sólo la caja de la

¹⁰⁸⁹ A.V.M. Secretaría 1-41-80; 1-87-74; 1-166-9 y 1-166-21.

alcantarilla por valor de medio millón de reales, aprovechando los meses del invierno y con el objetivo de minorar el alto grado de desempleo que en esos momentos padecían numerosos vecinos de la Corte¹⁰⁹⁰.

Cuando el 6 de diciembre siguiente comenzaron las obras, tan sólo se había podido contratar a 300 operarios. Pero fue tal la demanda de trabajadores que incluso se registraron altercados en las alcantarillas que estaba cubriendo Juan Antonio Cuervo en las inmediaciones del portillo del Conde Duque. Tanto es así que para minorar el descontento de los desempleados se destinaron algunos trabajadores más a las obras de la boca de la alcantarilla de la Puerta de Atocha, que, precisamente, en estos momentos estaban uniendo los desagües de la alcantarilla de aguas limpias del arroyo del Prado, con la de aguas inmundas que bajaba por el paseo de Trajineros, y de paso facilitar la salida de las brozas de la alcantarilla de la calle de Atocha y del Hospital General. Apenas un mes después el sobrestante mayor Francisco Pérez informó que había aumentado el número de jornaleros a 364, y se esperaban otros 120 para la semana siguiente, ascendiendo hasta un número cercano a los 500. Además, se contaba con otras 239 solicitudes de vecinos de Madrid e incluso de 144 voluntarios del Estado. Advertía que *“no podrá darse consuelo a todos por ser en tanto número los infelices que piden por no haber en mi concepto tajo para tantos”*. Pero cuando el 8 de febrero Custodio Teodoro Moreno informó que se habían acabado las obras, esperando que le dieran autorización para construir la alcantarilla, la Junta de Propios y Sisas ordenó suspender las obras, considerando que con la apertura de las cajas era suficiente, y aún a riesgo de que se pudieran derrumbar. Poco después se ordenó despedir al personal¹⁰⁹¹. Y es que ni siquiera había dinero para satisfacer los caprichos del rey, como así puso de relieve la negativa a emprender las obras de otra alcantarilla inmediata al nuevo Puente del Rey¹⁰⁹².

¹⁰⁹⁰ A.V.M. Secretaría 1-166-11.

¹⁰⁹¹ *Ibíd.*

¹⁰⁹² A.V.M. Secretaría 1-166-25.

Con esta situación económica y laboral tan desfavorable, junto con la gravosa fiscalidad que soportaba el mercado y las actividades comerciales, no es de extrañar que por muchos medios los madrileños trataran de evadir y esquivar las obligaciones tributarias y adquirir productos más baratos en los llamados puestos de baratillos, en las reventas y, también, a través del contrabando. De hecho, entre los años 1817 y 1827 las rejas de buena parte de los vertederos de las alcantarillas que se encontraban en el campo y algunos pozos de registro, fueron usados con frecuencia para introducir en la ciudad mercancías y objetos de forma clandestina. Para este fin los contrabandistas, conocidos como los matuteros, solían forzar los candados y apalancar los hierros de las rejas de las alcantarillas que quedaban lejos de la vigilancia de las casetas de los guardas, que solían estar en el campo junto a las puertas de la Villa. Este fue el caso de las alcantarillas de las calles del Peñón, Mira el Río o de la Ribera de Curtidores, por las que incluso llegaron a introducir importantes cantidades de cacao y hasta corderos¹⁰⁹³.

Para tratar de evitarlo, las autoridades continuamente recomponían los herrajes y ponían nuevos candados, pero duraban tan poco que optaron por habilitar otras rejas en el interior de las alcantarillas y en la confluencia de sus ramales, al tiempo que las mandaron hacer más consistentes y sus enrejados más estrechos. La idea de espesar las rejas no dio buen resultado. Cuando en 1820 se produjeron copiosas lluvias torrenciales las alcantarillas se colapsaron por la dificultad que tenían las brozas de filtrarse por los nuevos enrejados¹⁰⁹⁴. En consecuencia, la Villa y la Real Hacienda no tuvieron más remedio que aumentar la vigilancia y el celo en la reparación de los hundimientos y desperfectos que se producían en las alcantarillas exteriores, como así ocurrió en 1827 con la alcantarilla inmediata a la de la Puerta de Recoletos, o en 1829 con el vertedero de la alcantarilla de la Cava de San Francisco, que se encontraba junto a la Puerta de Carros, *“por ser sitio muy frecuentado por los*

¹⁰⁹³ A.V.M. Secretaría 1-87-28 y 3-292-13.

¹⁰⁹⁴ A.V.M. Secretaría 1-87-52.

*matuteros*¹⁰⁹⁵. Y debían ser tan frecuentadas las alcantarillas que hasta servían a los liberales para pasar “*efectos sospechosos*” tendentes a alterar el gobierno de la monarquía absolutista, como botones y otros objetos de la Milicia Nacional¹⁰⁹⁶.

11.5. El malogrado Plan General del Alcantarillado de Madrid

A comienzos del año 1828 el Ayuntamiento trató de poner en marcha un Plan General de Alcantarillado para verificar que todos los pozos de las casas estaban vertiendo a las alcantarillas que se construían. La realización de este plan había sido sugerida tiempo atrás por el arquitecto mayor Antonio López Aguado, pero cuando el 8 de abril recibió la orden para redactarlo ni siquiera sabía que había sido aprobada su realización y apenas le dieron dos meses de plazo para su conclusión. La premura de la municipalidad por conocer las alcantarillas que se habían construido y las que se estaban construyendo radicaba en evitar perjuicios a “*los caudales invertidos en ellas, sin continuar otras obras en las ya principiadas que aquellas que sean arregladas al plan, estado que se debe formar para que las cantidades que en ellas se inviertan no sean infructuosas, todo bajo su responsabilidad*”¹⁰⁹⁷.

Pero debió ser mucha la responsabilidad que se le exigió a López Aguado, al tratarse de una red con muchos problemas y en la que buena parte ni siquiera había intervenido. Entonces, las relaciones entre el arquitecto y el consistorio no atravesaban por su mejor momento. Y es que López Aguada compaginaba el cargo de arquitecto mayor de la Villa con el de arquitecto del rey, y con motivo de haberse puesto en marcha importantes obras reales en la ciudad, pronto chocaron las pretensiones de la Corona con la realidad económica del erario municipal. Así ocurrió

¹⁰⁹⁵ A.V.M. Secretaría 1-119-14 y 1-88-11.

¹⁰⁹⁶ A.V.M. Secretaría 4-296-4.

¹⁰⁹⁷ A.V.M. Secretaría 1-88-1.

con la construcción del Teatro Real, que implicó necesariamente levantar la plaza de Isabel II como terraplén o sustento de los cimientos del coliseo, con un coste elevado para la hacienda municipal. También, hubo desencuentros por el elevado coste de otras obras de la Corona, como el cerramiento de las alcantarillas y vertederos próximos al Casino de la Reina, junto a la ronda de Toledo, y algunas disputas relacionadas con la limpieza de los pozos negros de la Real Aduana, de la que, coincidentemente, López Aguado era su arquitecto de rentas.

Precisamente, la problemática que presentaban las continuas limpiezas de los pozos de la Real Aduana, respaldaron todavía más la necesidad que tenía Madrid de dotarse de un buen Plan General de Alcantarillado, porque habían sido proyectados por Sabatini en el patio principal del edificio a tal profundidad, que por encima de ellos, todavía antes de llegar a la rasante de la calle de Alcalá, había que salvar dos niveles de sótanos, cada uno de 5 metros de altura, que se empleaban como almacenes de los productos o rentas estancas de la Corona. Esta situación se tornó más grave porque apenas un año antes se había construido un ramal de alcantarilla por la referida calle hasta el Monasterio de las Vallecas, lindante con la calle de Peligros, con el fin de desaguar los pozos de sus casas colindantes en dirección al ramal de la calle de la Montera. Sin embargo, no sirvió para poder acometer los pozos de la Aduana, porque se había construido con tan sólo 14 pies de profundidad, o, lo que es lo mismo, a menos de 5 metros, mientras que los brocales de los pozos se encontraban a unos 10 metros de profundidad. Como solución se barajaron otras posibles alternativas que tampoco fueron realizables, como tratar de acometerlos a la alcantarilla de la calle de los Jardines o incluso a la que habría que proyectar por la de la Greda. El mismo López Aguado sugirió que la única solución pasaba por hacer una nueva alcantarilla desde la general del Paseo del Prado hasta la Real Aduana, a la profundidad conveniente y con el fin de que también pudieran desaguar en ella los otros pozos de las manzanas colindantes. Sin embargo, el coste podría ser tan elevado que ni siquiera se calculó, y en su lugar se prefirió continuar con la limpieza regular de los pozos con cargo al presupuesto municipal. A pesar de todo, este caso sirvió para

respaldar, más todavía, la opinión del consistorio favorable a la elaboración del plan general que evitaría todos estos inconvenientes.

El 10 de abril López Aguado comunicó al Ayuntamiento su satisfacción por la puesta en marcha del Plan, porque era una gran oportunidad *“para corregir los defectos que desde su origen traen las que existen, pudiendo quedar sin embargo servibles en el Plan General y haciendo que por él sean proporcionalmente menos costosas a los fondos públicos las que se establezcan”*. Recordó que el hecho de no disponer de tal Plan había permitido cometer muchos abusos *“que ya desde Sabatini, que fue el inventor de los pozos y sucesivamente de las alcantarillas, ningún arquitecto se determinó a formarle, no tanto por lo grandioso de su empresa, como por la complicación de causas opuestas”*. También advirtió a la municipalidad que no se podría hacer en tan sólo dos meses por la dificultad y labor que conllevaba su realización, mucho menos si no disponía de personal capacitado para ayudarle, y sin tener en cuenta, además, tres fundamentos previos, a los que dio mucha importancia. Estos tres fundamentos se centraban en la salubridad pública, la seguridad y el interés público y particular¹⁰⁹⁸.

La municipalidad quedó un tanto contrariada, quizá porque no calibraba adecuadamente el alcance técnico del plan que quería realizar el arquitecto, y en su lugar le apremió para que cumpliera con lo que se le había ordenado. Pero López Aguado, sabedor de lo que se tenía entre las manos, contestó dos días después *“que sin que recaiga la decisión de los tres puntos que como esenciales propuse en mi citado oficio de 10 del corriente, no puede ejecutarse el Plan, por lo menos no debo encargarme de él, como no lo hará ningún profesor de honor, porque siendo la base sobre la que ha de fundarse, se exponía después de emplear un trabajo ímprobo y costoso, a causar daños irreparables y a perder con él su opinión y buen concepto”*. Por lo tanto, no podía prescindir de adoptar estos principios *“como que son el verdadero*

¹⁰⁹⁸ *Ibíd.*

cimiento donde ha de estribarse el acierto del Plan que ha decretado la utilidad de su ejecución, y el honor que ha de resultarle de haber proporcionado a este heroico vecindario uno de los mejores bienes de que puede ser susceptible, siendo por el contrario lo más extraño y ridículo que estando formado el Plan sin estos fundamentos, se tropezase con que al ejecutarse se ocasionaba la insalubridad, se amenazaba la seguridad pública y se producían perjuicios generales y particulares acaso de mayor gravedad que la utilidad propuesta con las alcantarillas, quedando así S.E. como yo, envueltos en el compromiso de anular y borrar lo obrado, o de comprometer al público y particulares”. Más aún, insistió en la necesidad de valorar bien todo para luego decidir “si convertidas todas las calles de Madrid en depósitos generales subterráneos de inmundicia habrá o no salubridad; si taladradas o minadas en todas direcciones que requiere su irregular situación, a más de los minados particulares y generales de fontanería, cuevas, sótanos y demás; como los aires infectos encarcelados en ellas con las diversas combinaciones y complicaciones que pueden adquirir, producirán efectos funestos; y si precisando el desnivel a llevar con más profundidad las alcantarillas que la que tiene la planta de los muchos pozos de aguas de esta población, quedarán estos enjutos como es de temer; y en este caso mediante la notoria escasez de agua, cual sea más útil, si las alcantarillas o los pozos; resolviéndose además el derecho con que se prive a los propietarios del uso de estos que han construido a tanta costa y de la privación de las aguas a que suplen en defecto de la de la fontanería, como también el mayor aumento de los gastos que tendrán que hacer muchos para las introducciones o acometimientos....” Con estas palabras tan acertadas López Aguado describió la problemática real del alcantarillado madrileño, que conocía muy bien, y por eso consideraba necesario que se tomaran en consideración los tres puntos o fundamentos que había sugerido, para, después, elaborar con minuciosidad el plan, lo que conllevaría salvar muchas dificultades. Concluyó justificando que no era un trabajo de hacer en dos meses y ni siquiera en dos años¹⁰⁹⁹.

¹⁰⁹⁹ *Ibídem.*

Dos días después, 15 de abril, el Ayuntamiento le preguntó si convenía seguir con las obras de las alcantarillas que se estaban construyendo o si por las razones que expresaba era oportuno suspender las obras hasta que se examinen por quien corresponda los tres puntos sugeridos. Al día siguiente López Aguado contestó que en su opinión *“son de tal gravedad las causas referidas que creo es más racional y prudente suspender las alcantarillas que continuarlas, hasta que examinadas aquellas se decida lo que deba hacerse”*.

El 18 de abril se interrumpieron temporalmente las obras de las alcantarillas en construcción de las calles del Príncipe, de la Victoria y de Santa Isabel¹¹⁰⁰. Cuatro días después el consistorio pidió informe a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando sobre los controvertidos tres puntos de López Aguado. El referido informe se dio a conocer el 20 de mayo siguiente, firmado por el académico Martín Fernández de Navarrete, poniendo de relieve que a la Academia *“no cree que le corresponde calificar el primero relativo a la salubridad, y sólo advierte podrá tenerse presente que además de los registros y tragaderos de aguas que llevan las alcantarillas generales, todos los acometimientos o alcantarillas particulares llevan también consigo tantos ventiladores como bajadas y sumideros introducen en ellas sus aguas. 2º que los peligros que pudiera ofrecer el rompimiento de una alcantarilla, respecto el punto de seguridad, están sujetos generalmente a la pericia artística al tiempo de su ejecución, y que después de construidas aquellas obras con inteligencia y con la solidez respectiva, no ofrecen ya otra mayor contingencia que comprometa a la seguridad pública. 3º que sobre ser difícil que las alcantarillas maestras vayan a igual o mayor profundidad que la de los pozos de aguas claras (que es a lo que se dirige el tercer punto) la buena construcción de las minas en planta y fábrica de su vertido debe en aquellos casos precaver la contingencia de filtraciones”*¹¹⁰¹.

¹¹⁰⁰ A.V.M. Secretaría 1-88-9.

¹¹⁰¹ A.V.M. Secretaría 1-88-1.

Al día siguiente López Aguado recibió la orden de realizar el Plan General. Sin embargo, a lo que no estaba dispuesto era a asumir tanta responsabilidad y el 26 de mayo siguiente hacía saber a los regidores *“que si el Excmo. Ayunto. se ha persuadido que la Real Academia ha desvanecido las indicadas dudas, yo no estoy en el caso de inculcarme en las discusiones fundadas que me asisten para convencer que en su informe si algo decide es clara y terminantemente el haber declarado muy fundadas mis observaciones, el tiempo que se necesita para la conclusión de esta empresa, manos auxiliares que reclamo para ella y puntos cuya solución forman el más principal interés”*. Les reconoció que, con bastante insistencia, había sugerido la necesidad de hacer el plan, pero sujeto a las resoluciones de los mejores expertos en cada uno de los puntos que le afectaban; *“y la responsabilidad con que S.E. me amenazó al encargarme el levantamiento del Plan General quedó salvada y sin efecto, aún cuando llevado a su ejecución resulten los daños que arrastre tras si la irresolución, imputable únicamente a quien la produzca; y por consecuencia sin que sea visto cooperar, ni consentir en lo que no esté de mi parte, y una vez que S.E. en el estado en el que se halla el asiento apetece de formar el plan general de alcantarillas procederé a él, con sujeción a estos principios y excepciones, ciñéndome a lo material de las líneas y construcción conforme a las reglas del arte, descuidado por lo que queda expresado, de su interés o perjuicio, en todo lo que no sea ese pequeño círculo”*. Aprovechó para pedir que pusiesen a su servicio dos arquitectos, dos delineantes, un aparejador y tres peones de su entera confianza, *“quedando de mi cuenta no levantar mano hasta que se concluya, sin determinación de tiempo ni época”*. Por último, pidió que le facilitasen la entrada en todos los terrenos, pozos, sótanos y propiedades para las operaciones y reconocimientos que fuera preciso realizar¹¹⁰².

El tono y la franqueza de López Aguado no gustaron a los regidores, así que le recordaron que por Real Orden de 29 de diciembre de 1788, Madrid podía encargar cualquier obra a su arquitecto mayor, y cuando este no pueda a uno de sus tenientes, pues el personal que reclamaba implicaba un desembolso importante para el erario

¹¹⁰² Ibídem.

municipal. Peor aún, los regidores consideraron que ya no había lugar para los inconvenientes y las sutilezas del arquitecto. El 2 de junio siguiente le llegaron a amenazar *“en la inteligencia de que si le pareciese que el salario y emolumentos que goza no son proporcionada recompensa a los cargos del destino de arquitecto mayor - de la Villa que también lo era-, podrá solicitar la exoneración, así como usará S.E. de sus facultades si se desentendiese de cumplir lo que le tiene prevenido con fechas 8, 11 de abril y 21 de mayo, con la exactitud y presteza que corresponde y exige el servicio”*¹¹⁰³.

Al parecer López Aguado no tuvo más remedio que resignarse, pero no debió tomarse los trabajos del plan con demasiada urgencia, como se deduce de un apremio del ayuntamiento del 23 de septiembre siguiente, motivado por el inicio del expediente de construcción de la alcantarilla de la calle de la Ventosa. De nuevo, el 28 de noviembre se le volvió a apremiar con motivo de la solicitud de construcción de un tramo de la alcantarilla de la calle del Príncipe a instancia de Juan Antonio Cobián, y de otro expediente causado a instancia del celador de policía urbana del cuartel de Lavapiés donde se proponía hacer una alcantarilla en la calle de San José. Pero López Aguado sí que estaba trabajando en el futuro plan, sobre todo, en el punto tocante a la Salud Pública que no había atendido la Academia de San Fernando porque no era de su competencia. El 30 de diciembre dio a conocer a la Junta de Obras Públicas la petición de dictamen que iba a hacer a la Junta de Sanidad, sobre la salubridad de las alcantarillas de Madrid, en dos cuestiones fundamentales; en primer lugar, si eran útiles y no perjudiciales para la salud pública las alcantarillas que ya estaban construidas y si era preceptivo su continuación; en segundo lugar, cuando se estimase que es perjudicial una alcantarilla se sirvieran de designar los medios necesarios para que se hiciera la limpieza, o que no se detuvieran las aguas gruesas.

¹¹⁰³ Ibídem.

El 24 de enero de 1829 la Junta de Obras Públicas le autorizó y el 16 de marzo siguiente la Junta Suprema de Sanidad dio su dictamen, concluyendo, previo examen de las alcantarillas, que *“no dudan un momento en afirmar que debe proseguirse la obra de las alcantarillas; que es muy ventajosa a la salud pública; que es muy económica por costosa que parezca, y que si el Excmo. Ayuntamiento la concluye podrá ser contado con más razón que la Divinidad Gentilicia Mefitis como un genio bienhechor y tutelar de esta población”*. Aunque según el dictamen de los médicos de cámara Rivas del Castillo y Martín Martínez *“deberían construirse menos rejillas; que estas se abran en las calles más anchas y en los puntos de menos tránsito, y dispuestas de tal manera que sea fácil habilitar conductos que faciliten tanto recoger las exhalaciones hasta los tejados de los edificios y recibir el agua de estos en las lluvias para contribuir a su limpieza; que en el depósito de las inmundicias que se empapan en el Manzanares entre el puente de San Isidro y el de Toledo, y podrían convertir el canal en un albañal fétido y hediondo, se hagan igualmente obras que alejen su influjo más pernicioso aún allí para las lavanderas por la reunión de las inmundicias, que cuando estaban diseminadas en sus calles”*¹¹⁰⁴.

Visto este dictamen por la Junta de Obras se pasó al Ayuntamiento para que López Aguado continuara con el plan. Pero éste volvió a retrasar su ejecución y como arquitecto que era del rey buscó el amparo del Consejo de Castilla, quien finalmente, contraviniendo a la municipalidad, le autorizó a contar con la ayuda de dos arquitectos de mérito de la Real Academia de San Fernando, Juan de Inclán Valdés y Juan Gómez, así como de los delineantes José María Gualart y Juan Morán Laborda, del aparejador Antonio del Castillo y de tres peones acostumbrados a bajar a alcantarillas y pozos, con salarios de 24 reales diarios los primeros, de 16 reales los delineantes, de 14 el aparejador y de 7 cada peón. El Ayuntamiento no tuvo más remedio que asumir la imposición del Consejo, aunque el 22 de enero de 1830 comunicó a López Aguado que por la falta de fondos públicos no podría disponer de los arquitectos, debiendo de conformarse con el resto de personal solicitado y con sus tres tenientes de

¹¹⁰⁴ Ibídem.

arquitecto¹¹⁰⁵. Poco más se hizo. El 23 de julio del mismo año, con motivo de un hundimiento en la alcantarilla de la calle de Jesús y María, se le recordó la formación del plan que le estaba encomendado. Pero el arquitecto, sintiéndose mayor y enfermo, dilató en la medida de lo posible su elaboración, pese a la presión a la que estaba sometido. Desde luego, las condiciones técnicas y los recursos humanos de que disponía no debían ser los más adecuados para encarar los trabajos, como tampoco el corto periodo de tiempo que le permitían para su elaboración, y, sobre todo el exceso de responsabilidad que de forma desmedida se le exigía.

López Aguado nunca llegó a elaborar el Plan General de Alcantarillas, poco tiempo después moría cuando apenas habían dado comienzo los preparativos previos. Aún así, el Ayuntamiento no se dio por vencido y en una nota enviada el 13 de diciembre de 1831 al teniente de arquitecto, Juan Antonio Cuervo, se le preguntó por el paradero del plan, a lo que respondió que desconocía donde se encontraba. En estos mismos términos se pronunciaron el también alarife Martín López Aguado, sobrino del arquitecto mayor, y el delineante Juan Coronel, que a la sazón fueron los testamentarios del difunto. Tan sólo apuntaron como posibilidad remota que los trabajos del plan pudieran haberse mezclado con los papeles y las mediciones de los terrenos de la nueva Plaza de Oriente, en la que también había estado trabajando López Aguado. Entrado el nuevo año se le pidió información sobre el paradero del plan al nuevo arquitecto mayor Francisco Javier de Mariátegui, discípulo de López Aguado, y se obtuvo la misma respuesta.

Como los regidores no se dieron por vencidos, pusieron una reclamación a la testamentaria de López Aguado. Dicha reclamación tuvo como efecto una declaración de la hija del arquitecto, María del Pilar Laso de Aguado, realizada el 5 de abril de 1832, por la que hacía saber *“que el plan que se pide no llegó el caso de darse principio a su formación y por consiguiente ni existe, ni puede existir”*. Además, para evitar

¹¹⁰⁵ Ibídem.

dudas informó que los papeles tocantes a las mediciones de los terrenos de la plaza de Oriente estaban en poder del delineante Juan Coronel, y adjuntaba una relación de todos los trabajos hechos por su padre y sus tres tenientes entre septiembre de 1827 y octubre de 1830, para que se comprobara que, efectivamente, no se habían iniciado los trabajos de ningún plan¹¹⁰⁶. En adelante, en el consistorio no se volvió a hablar de tan frustrado Plan.

¹¹⁰⁶ A.V.M. Secretaría 1-44-44.

CUARTA PARTE. CONCLUSIONES

A lo largo de este trabajo, hemos podido constatar cómo se fueron articulando y desarrollando los sistemas de limpieza y de evacuación de residuos urbanos que se fueron estableciendo en la ciudad de Madrid durante el Antiguo Régimen. Estos sistemas de limpieza e infraestructuras de saneamiento fueron el reflejo de la complejidad y la problemática que suponía para una ciudad cortesana, densamente poblada y carente de planificación urbanística previa, lograr unos niveles óptimos de limpieza e higiene en las calles y espacios públicos. Pero también, fueron reflejo del importante papel institucional que desempeñó Madrid como corte de la monarquía; al igual que otros negociados municipales, como el abastecimiento de los bienes de primera necesidad y los recursos hídricos para calmar el hambre y la sed de la población, la limpieza también fue objeto de un creciente intervencionismo gubernamental hasta el punto de convertirse, ya entrada la segunda mitad del siglo XVI, en una cuestión de Estado. No sólo se trataba de procurar el ornato y la debida decencia pública, sino de evitar las molestas y nefastas consecuencias de ambientes insalubres que afectaban a la generalidad de la población.

En los once capítulos que componen este estudio se ha dado cuenta detallada no sólo de los medios técnicos y humanos que se emplearon en cada momento determinado, de las estrategias urbanas, algunas fallidas, que se pusieron en marcha para combatir la suciedad de la urbe, y del despliegue jurídico e institucional que se fue creando y desarrollando para gestionar, administrar y hacer efectiva la limpieza. También, de otros aspectos importantes y poco estudiados como fueron las llamadas *obligaciones* o contratas de la limpieza y los empedrados; los mecanismos coactivos y sancionadores que trataron de preservar la higiene y cambiar los hábitos poco saludables de los vecinos de la villa; y de los mecanismos de control y verificación de la propia limpieza y del personal del ramo. A su vez, de las limitaciones que hubo que superar, soslayar o simplemente asimilar, a nivel técnico, administrativo y económico. En esta parte final, recapituló lo analizado y estudiado en estos capítulos para verificar las principales conclusiones de este trabajo.

En efecto, se ha podido comprobar que los sistemas y medios técnicos empleados en la limpieza, implantados ya en época bajomedieval, evolucionaron a lo largo de la Edad Moderna adaptándose a las necesidades y dimensiones de la realidad urbana y demográfica de la Villa, y especialmente a su función cortesana. Fue, de hecho, la específica atribución cortesana de la Villa lo que iba a provocar el creciente intervencionismo del gobierno de la monarquía en los asuntos higiénicos, claramente visible desde el establecimiento de la Corte en 1561, y de manera muy acentuada entre la primera década del seiscientos y la conclusión del régimen absolutista, tras rebasarse el primer tercio del siglo XIX.

De este modo, en las últimas décadas del siglo XV, bajo administración concejil y el preceptivo control del corregidor, se habían desarrollado tres líneas principales de actuación para efectuar la limpieza de la Villa. La primera afectaba a la propia limpieza de la urbe e implicó empedrar las calles de la Villa vieja y de los arrabales para facilitar la recogida de basuras, légamos y despojos de todo tipo, así como para contrarrestar los perniciosos efectos de las humedades y la acumulación de aguas sucias, de lluvia y sobrantes de los usos domésticos, por medio de los albañales que se dispusieron en las mismas calles. Junto a los empedrados, el Concejo también fue normalizando las primeras contratas u *obligaciones de la limpieza* de las calles, desempeñada por asentistas particulares por medio de carros tirados por mulas y cuadrillas de mangueros o barrenderos. Cuando había una notable acumulación de lodos y barros se recurría a los *rodadillos*, precedente de las *mareas* que se emplearon durante toda la Edad Moderna para favorecer el arrastre de la porquería por las calles, hasta su evacuación fuera de la ciudad.

La segunda línea de actuación se centró en ir desplazando hacia el exterior de la ciudad los basureros y muladares públicos, próximos a los caminos que comunicaban con las puertas de las murallas y la cerca del arrabal, quedando bien localizados e identificados mediante la colocación de grandes estacones de madera. A su vez, se

estrechó la vigilancia para evitar la formación de basureros clandestinos en corrales y solares del interior de la Villa, y de otros parajes circundantes no autorizados. Ya entonces fueron frecuentes las limpiezas generales de estos basureros por el extraordinario volumen de residuos que se depositaba en ellos, y porque se consideraban focos permanentes de insalubridad y pestilencia.

La tercera línea de actuación se centró en ir desarrollando el marco regulador, normativo y jurídico que afectaba a las tareas de limpieza, lo que se tradujo en una implementación creciente de las ordenanzas de policía urbana que vinieron a regular los usos urbanos de las vías públicas con el propósito de mejorar la limpieza de las calles, modificar los comportamientos incívicos y poco saludables de los vecinos, restringir la realización de actividades productivas o comerciales molestas o nocivas, procurar el libre tránsito por las calles y evitar la contaminación de alimentos y fuentes públicas. Otras normas y bandos municipales vinieron a obligar a los vecinos a barrer las delanteras de sus casas y a sufragar parte de los costes de la limpieza y los empedrados. Buena parte de estas normas se concibieron como un amenazante mecanismo de “domesticación” y disuasión para los vecinos “descuidados” o “desaseados”, ya que su incumplimiento podía acarrear al infractor no sólo el pago de elevadas multas, sino también, de penas de prisión, el destierro e incluso castigos físicos o corporales. En esta misma línea, se fueron regulando las contratas de los asentistas, cuyas capitulaciones, en el caso de incumplirse, también estipulaban fuertes sanciones económicas, penas de prisión y el embargo de bienes. A la par de la creciente regulación, se fue produciendo la especialización del personal técnico del ramo de limpieza, desempeñado por los llamados porteros y alguaciles, con la función y capacidad jurídica de vigilar, denunciar y en su caso sancionar tanto las labores que realizaban los contratistas como el cumplimiento de las ordenanzas por parte del vecindario.

Durante la primera mitad del siglo XVI prevalecieron las mismas líneas de actuación que en el periodo bajomedieval, implementándose los empedrados y los medios humanos y técnicos para la recoger las basuras y limpiar las calles. Sin embargo, fueron a todas luces insuficientes, llegaron normalmente con retraso y poca efectividad a una ciudad que entonces estaba experimentando un notable crecimiento urbano y demográfico, y que requirió de otras actuaciones complementarias que venían a racionalizar un poco mas los usos urbanos, como el ir trasladando de la Villa vieja al arrabal buena parte de las actividades productivas y comerciales. Más aún, la ampliación del viejo Alcázar medieval y su postrera transformación en una residencia palaciega de notables dimensiones implicó la regularización y el saneamiento de algunos entornos urbanos de sus alrededores, como el sector inmediato a la antigua puerta de Valnadú donde se suprimieron las labores de tenerías, curtidos y pescaderías, al tiempo que se alcantarillaron algunas secciones de los dos brazos del arroyo del Arenal, que flanqueaban el referido Alcázar.

Desde 1561, momento en el que se estableció la Corte de los Habsburgo en Madrid, las labores de limpieza y evacuación de residuos fueron cada vez más complejas al tiempo que más visibles las limitaciones administrativas y económicas del Concejo para realizar con éxito estos menesteres. De hecho, será el gobierno de la monarquía quién vaya tutelando y controlando directamente estas funciones eminentemente municipales, en primer lugar, bajo la jurisdicción de un miembro del Consejo de Castilla, y ya, en la última década del siglo XVI, a través de la Junta de Policía y Ornato, un organismo teóricamente más específico y cualificado. Sin embargo, Los sistemas y medios tradicionales empleados para la limpieza tan sólo se reforzaron sensiblemente con respecto al periodo precedente y se antojaron insuficientes para hacer frente a una nueva escala de ciudad que apenas cuarenta años después cuadruplicó su superficie urbana y acabó la centuria con una población cercana a los 100.000 habitantes. En este sentido, sin mucho éxito se trató de acelerar la pavimentación de las nuevas calles y desalojar un volumen de residuos, fangos y humedades exponencial al de la población de la urbe, al tiempo que se redoblaron los

esfuerzos de la municipalidad por hacer cumplir las ordenanzas de limpieza y policía urbana. En esta tesitura, fue necesario incrementar las dotaciones presupuestarias con el fin de implementar el número de obligaciones o contratas de limpieza, proceder a dividir el espacio urbano de la villa en 8 cuarteles o distritos urbanos de limpieza y de reubicar regularmente los basureros y muladares del espacio circundante a la Villa.

No bastó, de ahí que para suplir los déficits existentes y en coherencia con los fundamentos socioeconómicos del régimen feudal, ya en esta primera etapa cortesana se practicara una limpieza selectiva y cortesana, centrada en aliviar las necesidades de los privilegiados, y focalizada urbanísticamente en los entornos inmediatos al Alcázar y parajes que frecuentaba la realeza, así como en las calles donde tenían sus residencias los principales funcionarios y servidores de la monarquía. Por el contrario, amplias zonas de la urbe, en permanente crecimiento urbano y demográfico, apenas se asearon con regularidad, lo que constata no sólo las grandes limitaciones administrativas y presupuestarias del Concejo para hacer frente a la situación, sino también, una clara percepción de los bajos niveles o estándares de higiene con los que se conformaba el gobierno de la monarquía para procurar la limpieza de la Villa. Todo ello, a pesar de recurrir a las frecuentes limpiezas generales y extraordinarias, muy onerosas para la municipalidad y para los labradores y hortelanos de los pueblos limítrofes que estaban obligados a realizarlas; a los procedimientos coactivos sobre los contratistas de la limpieza y los empedrados, a quienes se les exigía cada vez más por menos contraprestaciones, debiendo, además, soportar frecuentes sanciones por la dejación o incapacidad de hacer frente a sus funciones. Tal y como había ocurrido en el periodo bajomedieval, a los vecinos de la Villa también les impusieron nuevas obligaciones, prohibiciones, restricciones y la reiterada observancia de una retahíla de ordenanzas cuyo incumplimiento acarreaba fuertes multas, penas y embargos. A finales del siglo XVI el estado de las calles de la Villa era deplorable y su higiene dejaba mucho que desear, tanto que incluso se la responsabilizó de algunos brotes epidémicos que se produjeron en la década de 1590. De poco sirvieron las actuaciones y disposiciones que trató de poner en marcha la Junta de Policía y Ornato.

El traslado de la Corte a Valladolid, en 1601, no sólo se debió a los intereses particulares que tradicionalmente se le han atribuido al Duque de Lerma, gran valido de Felipe III, sino también, a la situación real que tenía la ciudad a finales del reinado de Felipe II, cuando debieron ser dramáticamente evidentes las limitaciones del solar de la Villa, de su caótico e irregular crecimiento urbano y de los escasos medios administrativos, técnicos y humanos de que disponía el Concejo para procurar el abastecimiento eficaz de mercados y recursos hídricos, y procurar unos niveles aceptables de limpieza e higiene en las calles. Llegados a este punto se concluye que a finales del siglo XVI la ciudad estaba extraordinariamente sucia y con toda su crudeza se mostraba la ineficacia y la incapacidad del gobierno de la monarquía para remediarlo.

Fue después del retorno de la corte de Valladolid, a partir de 1606, cuando se produjo un intervencionismo mucho más decidido del gobierno de la monarquía sobre las competencias municipales del ramo de limpieza, a la par que de forma integral se pusieron en marcha numerosas iniciativas que permitieron desarrollar y consolidar los sistemas de limpieza, empedrados y evacuación de residuos, que estuvieron vigentes hasta prácticamente el segundo tercio del siglo XVIII. Así, bajo la jurisdicción de la Superintendencia o Comisaría General de Limpieza de la Villa, creada en 1607 y dependiente directamente de la Sala de Gobierno del Consejo de Castilla, se sistematizaron los medios que se empleaban para la limpieza y la evacuación de residuos, incluidos los que afectaban a los empedrados de las calles. Paralelamente, se produjo un desarrollo jurídico sin precedentes en lo tocante a las ordenanzas de policía urbana, comportamientos higiénicos de los vecinos, procedimientos sancionadores y contratas de limpieza y empedrados. Este desarrollo normativo y jurídico permitió establecer un cuerpo técnico especializado en estas funciones, que se mantuvo con apenas modificaciones significativas durante toda la Edad Moderna. De igual modo, se fueron estableciendo diferentes estrategias urbanísticas que persiguieron acometer el aseo de las calles de la Villa con eficacia, unas, cambiantes a lo largo del siglo XVII, orientadas a compartimentar o zonificar el espacio de la urbe como distritos urbanos o

cuarteles de limpieza, en los que desempeñaron sus funciones los obligados o contratistas de la limpieza y el empedrado; y, otras, puramente cortesanas, al establecerse un gradiente jerárquico sobre las calles de los referidos cuarteles, en función de su localización espacial, de su mayor volumen peatonal o comercial, ó de encontrarse en ellas residencias de personajes pertenecientes a la élite social de la ciudad.

Todo este proceso culminó en 1659, cuando la Superintendencia fue reemplazada por la Junta de Limpieza de Madrid, igualmente dependiente y tutelada por el Consejo de Castilla. Sin embargo, lo que restaba del siglo XVII estuvo caracterizado por una coyuntura económica adversa, claramente visible en el extraordinario endeudamiento que soportó la hacienda municipal y en las constantes minoraciones del presupuesto del ramo. Esta situación se tradujo en un endurecimiento de las contratas de limpieza y del empedrado, lo que contribuyó a precarizar, más todavía, a los asentistas que las desempeñaban, y a una pauperización creciente de los medios humanos y técnicos que se empleaban. El resultado no pudo ser más previsible, los niveles de higiene se redujeron sensiblemente en la Villa durante el último tercio de la centuria.

Para paliar esta situación, durante la primera mitad del siglo XVIII se trataron de poner en marcha numerosos proyectos integrales de limpieza, incluso de saneamiento general de la urbe. Todos fracasaron, como también algunas medidas que se incorporaron a las nuevas ordenanzas municipales de 1717, y no tanto porque no se valoraran adecuadamente sus beneficios, sino porque existían numerosas trabas e inconvenientes para poder realizarlos. En lo que atañe a la administración pública, algunos de los proyectos no contaron con el respaldo económico ni la firmeza necesaria para intentar aplicarlos, ni siquiera de forma experimental. Otros proyectos simplemente se consideraron peligrosos o irrealizables por las condiciones del solar de la Villa y la existencia en el subsuelo de infraestructuras hidráulicas, pozos de aguas

potables y sótanos. Otros porque derivaban en onerosas imposiciones fiscales para los propietarios de las casas y, en consecuencia, podrían incrementar el descontento social en una sociedad de por sí pauperizada.

La razón primordial que hizo fracasar estas iniciativas fue la tibieza que mostró la autoridad competente, que no quiso o careció de una intención clara y decidida para cambiar la situación. El ejemplo más notorio de esta evidencia fue el intento de imponer en la ciudad un gobierno político y militar que trató de desempeñar sin éxito el Conde de Maceda en 1746. En la práctica las cosas siguieron funcionando igual. Otras causas que alimentaron estos fracasos se debieron, en primer lugar, a la incapacidad manifiesta de actuar de forma simultánea en varios frentes a la vez, esto es, de forma integral, para solucionar los múltiples problemas que afectaban a la limpieza de la Villa. En segundo lugar, porque no interesó dar al pueblo la educación e instrucción necesaria para entender estas reformas y mejoras, como fue la tónica habitual del llamado despotismo ilustrado. En tercer lugar, porque implicaba desembolsar fuertes sumas de dinero y encarar costosas inversiones, lo que llevaría aparejado el incremento de la presión fiscal y el consecuente malestar de la población. En suma, a mediados del siglo XVIII la situación higiénica y sanitaria de Madrid apenas había mejorado con respecto a los años finales del siglo XVII y esta realidad es claramente perceptible en el escaso desarrollo que tuvieron los sistemas que se empleaban en la limpieza y, consecuentemente, en el presupuesto municipal del ramo para poder encarar con eficacia sus funciones.

Esto no quiere decir que a lo largo de las cinco primeras décadas del siglo XVIII no hubiera una preocupación constante y creciente por el estado de la limpieza y la evacuación de los residuos, ni que se hubieran producido avances en la materia, como puso de relieve la cada vez más decidida intervención del gobierno en los problemas del municipio, o la importancia del debate generado por la viabilidad de las propuestas que realizaron científicos, ingenieros y arquitectos para mejorar la situación, o las

continuas intervenciones que se realizaron con el propósito de mejorar el aspecto de las calles. Todas estas inquietudes, debates y propuestas fueron muy positivas y constituyeron un importante precedente para acometer de forma más decidida las reformas que en materia de higiene y salubridad se emprendieron durante el reinado de Carlos III.

En efecto, la *Instrucción* de Sabatini de 1761 es el claro reflejo de esta realidad, pues ciertamente no aportaba novedad normativa o técnica alguna que no se hubiera discutido con anterioridad, pero, sin embargo, abordaba de forma decidida y sistemática la problemática de la limpieza, de la evacuación de basuras y aguas mayores y menores, esto es, interpretando la ciudad como un todo, analizando todas las cuestiones que afectaban a la falta de higiene, y, sobre todo, la fuerza y el carácter resolutivo con que se ejecutaron sus disposiciones para que fueran cumplidas por todos los vecinos, con independencia de su condición social o situación privilegiada.

No cabe duda, que para la plasmación de todas estas reformas se contó con el apoyo decidido del rey y de principales secretarios, como el marqués de Esquilache, pero más importante todavía fue la labor, hasta ahora desconocida, de la Comisión de Limpieza de Madrid, que se creó precisamente en este momento para llevar a cabo y sin trabas de ningún tipo las actuaciones contenidas en la *Instrucción*. Prueba de su importancia es que estuvo presidida por el gobernador del Consejo de Castilla, quien a su vez estuvo asistido por dos alcaldes de la Sala de Alcaldes con la función de controlar y velar, a pie de calle, del estricto cumplimiento de las actuaciones que se desarrollaron. Esta Comisión estuvo vigente hasta agosto de 1765, cuando ya estaban muy adelantados los trabajos de la *Instrucción*, momento a partir del cual el control de la higiene de la Villa recayó en el secretario de estado Grimaldi, y de la nueva Junta de Policía de Madrid, bajo cuya jurisdicción prosiguieron las mejoras higiénicas de la Villa durante lo que restaba del reinado de Carlos III.

La construcción del alcantarillado también tuvo un desarrollo considerable durante el reinado de Carlos III e igualmente su impulso decidido se debió tanto a la Comisión de Limpieza como a la posterior Junta de Policía de Madrid. Hasta entonces, el alcantarillado de la Villa fue muy marginal, se había limitado a unas pocas infraestructuras que se localizaban en los alrededores del Alcázar. Ya en la primera mitad del siglo XVI fueron alcantarilladas algunas secciones de los dos ramales del arroyo del Arenal con motivo de las obras de ampliación del referido Alcázar y la reinterpretación de antiguos espacios periurbanos de época medieval, como el entorno cercano a la puerta de Valnadú de la muralla del siglo XII. En esta misma línea continuó Felipe II después del establecimiento de la corte en Madrid, cuando a raíz de la creación de los Jardines de la Huerta de la Priora, frente a la fachada oriental del Alcázar, fue necesario alcantarillar el ramal septentrional del arroyo del Arenal, dando lugar a la aparición de la alcantarilla de los Caños del Peral. Esta alcantarilla surgió más que por razones higiénicas y sanitarias, por la necesidad de permitir a la Corona dotar su residencia de hermosos jardines. Y es que entonces, y prácticamente hasta el primer tercio del siglo XVIII, cuando el ingeniero Alonso de Arce trató de impulsar una red integral de saneamiento en la Villa, no se tuvo el convencimiento suficiente de las ventajas sanitarias que podrían reportar estas infraestructuras. Es más, su funcionamiento y mantenimiento fue considerado siempre costoso y complejo. Prueba de ello es que durante el siglo XVII tan solo se construyeron dos nuevas alcantarillas, la de la Cava Baja de San Francisco y la de Leganitos, con el propósito de solucionar problemas insalubres y excesos de humedades en puntos concretos de la ciudad, así como facilitar la evacuación, por sus vertederos, de los lodos que se arrastraban cuando se realizaban las mareas. A estas pocas alcantarillas, entrado el siglo XVIII se sumó la alcantarilla vertedero de la Huerta del Convento de San Francisco el Grande, que se empleó fundamentalmente para la evacuación de las mareas.

Este panorama cambió a partir de 1761, cuando a tenor de la *Instrucción* de Sabatini, se impulsó más decididamente la construcción de nuevas alcantarillas para minorar las humedades y los vertidos de las aguas residuales en las calles, los malos

olores y los efectos nocivos para la salud pública. Por esta razón, se trató de dotar a la urbe de colectores generales con vocación de futuro, que situados en los cauces de los arroyos de las principales cuencas hidrográficas del casco urbano, facilitarían la evacuación de un mayor volumen de residuos con la construcción de nuevos ramales y minas. Esto es relevante, porque la construcción de estas alcantarillas no se ceñía a un plan integral o general de evacuación de residuos, ni a la concreción de una red general de alcantarillas bien diseñada y planificada. Aún así, tampoco deben ser consideradas como actuaciones dispersas o inconexas, porque se consiguió establecer alcantarillas generales en casi todas las cuencas hidrográficas de la Villa, e incluso se asistió a la creación de grandes colectores por medio de la concatenación de varias minas, que sirvieron para evacuar los residuos de zonas céntricas, densamente pobladas y más alejadas del Manzanares y del Paseo del Prado.

El acicate para construir estas alcantarillas lo provocó el abultado número de pozos negros que se habían ejecutado en los cinco años posteriores a la *Instrucción*, unos 10.000, aunque su ejecución no se aceleró hasta la última década del reinado de Carlos III, cuando se hizo una distribución más equitativa de los costes de financiación de las obras entre el Ayuntamiento y los dueños de las casas. Probablemente, se podrían haber construido muchas más alcantarillas a lo largo de estos veinte años, pero también hubo que solventar las adversidades impuestas por la falta de presupuesto. Y es que fueron tan abultados los gastos que tuvo que soportar el ramo de limpieza y alcantarillado en la limpieza de los pozos negros, que afectó a otras competencias y partidas como la construcción de alcantarillas.

A pesar de todo, durante el reinado de Carlos III se consiguieron construir 7 minas generales, dos alcantarillas aisladas y cerca de una treintena de ramales que contribuyeron de forma notable a mejorar las condiciones higiénicas sanitarias y el aspecto general de la Villa. El balance del intervencionismo carlotercista fue positivo si se le compara con la situación, no ya de la centuria anterior, sino con la de la primera

mitad del mismo siglo XVIII, en la que apenas funcionaban cuatro alcantarillas y ni siquiera se contaba con pozos negros o letrinas suficientes para la evacuación de las aguas mayores, que, en consecuencia, iban a parar a las calles. A la minoración de las humedades y lodos en las vías públicas también contribuyeron los nuevos embaldosados y canalizaciones de aguas sobrantes, “*meaderas*” y pluviales, lo que conllevó una reducción paulatina del número de carros y mulas que se empleaban en la recogida de basuras y limpieza de las calles, e incluso la fusión, para reducir todavía más los costes, de los sistemas de limpieza que se empleaban de día y de noche. Lo más controvertido fue el impacto económico que soportaron los propietarios de las casas y los vecinos de la Villa, que tuvieron que costear buena parte de estas mejoras, lo que se tradujo en un aumento de la conflictividad social del periodo, como puso de relieve el motín contra Esquilache, y, sobre todo, el erario municipal, desbordado por las costosas y reiteradas limpiezas que desde entonces hubo que hacer para minorar los efectos nocivos de las aguas mayores depositadas en los pozos, con sus consecuentes efectos colaterales en términos de insalubridad, contaminación del subsuelo y propagación de enfermedades.

De hecho, mientras que los sistemas de limpieza establecidos para la limpieza de las calles permanecieron funcionando con normalidad y sin grandes cambios durante lo que restaba del Antiguo Régimen, por el contrario, la problemática de los pozos negros se convirtió en el principal revulsivo para continuar la construcción de la red de alcantarillado de la Villa, a la vez que se paliaban los déficits higiénicos que seguían soportando otras zonas de la ciudad. Si ya durante el reinado de Carlos III la ejecución del alcantarillado se había convertido en una prioridad, en adelante se redoblaron los esfuerzos con el propósito de evacuar el mayor volumen posible de aguas negras de la urbe, acabar con la problemática de los pozos negros, la contaminación del subsuelo, evitar la infección de las aguas potables y minorar los malos olores. La construcción de alcantarillas apenas se interrumpió durante los 40 años siguientes, aunque el ritmo de las obras siempre estuvo supeditado a la disponibilidad de fondos e incluso, en épocas de dificultad o de coyunturas

económicas desfavorables (crisis de comienzos del XIX, Guerra de la Independencia, etc.), a no pocos malabarismos financieros que puso en marcha el Consejo de Castilla y la Junta de Propios y Sisas, para poder atender los pagos. A finales del reinado de Fernando VII, y al igual que otras grandes ciudades europeas, Madrid tenía una importante red de alcantarillado, con vocación de completarse en unos pocos años más bajo la instauración del nuevo régimen liberal. Esta red estuvo compuesta por 20 colectores generales a los que acometían 68 ramales y pequeños ramalitos, y a la que se sumaba el encauzamiento en mina del arroyo del Prado o de la Fuente Castellana a lo largo de su recorrido urbano.

Sin embargo, analizada la disposición espacial de esta red se puede concluir que quedaron algunas zonas de la ciudad desprovistas de alcantarillas y de un saneamiento adecuado, sobre todo, en los barrios del norte que se extendían entre las calles de San Bernardo y de Fuencarral y, por lo tanto, los pozos negros y los sistemas de limpieza tradicionales continuaron ocasionando graves perjuicios a los vecinos y al erario municipal. Peor todavía ha sido constatar que buena parte de las alcantarillas construidas no funcionaron y no dieron los resultados esperados. Fueron varios los motivos, algunos sabidos desde el siglo XVII, como la falta de agua para favorecer sus corrientes interiores y poder arrastrar los residuos, lo que a menudo provocó hundimientos y atascos en no pocas alcantarillas. Otros defectos radicaron en la falta de proyección de futuro en su construcción inicial, puesto que no pocas minas se ejecutaron a escasa profundidad y, en consecuencia, no sirvieron para evacuar eficazmente los legamos de los acometimientos más profundos provenientes de otros ramales de alcantarillas o de los pozos negros de las casas. Esta realidad se mostró con toda su controversia a comienzos de la década de 1830 y sirvió como punto de inflexión en el desarrollo futuro del alcantarillado de la Villa, al reconocerse que buena parte de la red que se había construido hasta el momento era inviable e ineficiente técnicamente, esto es, que no servía para el propósito para el que se había construido, con tanto sacrificio presupuestario. Con toda crudeza se hizo patente un defecto fundamental: haber carecido de un desarrollo inicial de conjunto, esto es, del diseño y

planificación de una autentica red integral, en la que se tuvieran en cuenta las condiciones orográficas del solar de la Villa, las vertientes de sus cuencas hidrográficas, las nivelaciones de las calles y, sobre todo, el aprovechamiento óptimo de los escasos recursos hídricos que entonces había, y que precisamente no sobraban en la Villa para estos menesteres, lo que en la práctica había complicó, todavía más, el funcionamiento del viejo alcantarillado. Entrada la década de 1830 por primera vez y abiertamente se empezó a reconocer el fracaso de esta red y de la necesidad de contar con un sistema de abastecimiento de agua suficiente y simultáneo para hacerla funcionar con eficacia, que fue, en definitiva, lo que ejecutó el Canal de Isabel II pero ya rebasada la década de 1850.

BIBLIOGRAFÍA

ABIADE TIERRA, P., "Las aguas residuales y la infraestructura de saneamiento de Madrid", *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, nº 3(1983) pp. 163-173.

Addición a la Ordenanza de seis de Octubre de mil setecientos cincuenta y uno, sobre Providencias para asegurar el cuydado de la pública salud en todo el Reyno, principalmente en la Corte. Mallorca, impresa en la Oficina de la viuda de Frau, 1752.

ALONSO DE ARCE, J. *Dificultades vencidas y curso natural en que se dan reglas especulativas y prácticas para la limpieza y aseo de las calles de esta corte.* Francisco Abad, Madrid, 1735.

ALVAR EZQUERRA, A. (dir). "Clima, técnica y poderes. Madrid 1561-1598", en *Revista de Historia Moderna*". C.S.I.C., Madrid, 2005.

ALVAR EZQUERRA, A., *Los traslados de Corte de 1601 y 1606*, Madrid, 2006.

ÁLVAREZ SIERRA, J. *Historia de la medicina madrileña.* Madrid, 1968.

AMEZUA Y MAYO, A. DE. "Las primeras ordenanzas municipales de la Villa y Corte de Madrid". *R.B.A.M.*, n. 12 (1926), pp. 401-429.

AMEZUA Y MAYO, A. DE. "El bando de policía de 1591 y el pregón general de 1613 para la Villa de Madrid". *R.B.A.M.*, n. 38 (1933), pp. 141-179.

ANDRÉS UCENDO, J.I. "Fiscalidad real y fiscalidad municipal en Castilla durante el siglo XVII: el caso de Madrid", en *Investigaciones de Historia Económica*, 5 (2006).

AÑÓN, C. "Noticias sobre los Reales Jardines Botánicos de Migas Calientes y del

Prado”, en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, T.XXI. Madrid, 1984. Pp. 91-116. P. 107. También en Añón, C. *Real Jardín Botánico de Madrid: sus orígenes, 1755-1781*. Real Jardín Botánico – C.S.I.C. Madrid, 1987.

AÑÓN, C. *Real Jardín Botánico de Madrid: sus orígenes, 1755-1781*. Real Jardín Botánico – C.S.I.C. Madrid, 1987.

ARAGÓN RAMÍREZ, C. Y PRIETO PALOMO, T. “La limpieza de una ciudad en la época preindustrial: Madrid (1561-1600)”, en *Torre de los Lujanes. Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País*. Madrid, 3º y 4º Trimestre, 1996. Pp. 175-188.

ARDEMANS, T. “Discurso político que Su Majestad -que Dios guarde- mando hacer a su Maestro Mayor de sus Reales Obras, sobre dar providencia en observar la limpieza de las calles de Madrid, lo que importa para la salud de sus habitantes y el modo de conseguir esta nueva disposición”, en su obra *Fluencias de la tierra y curso subterráneo de las aguas*. Imprenta de Francisco del Hierro, Madrid, 1724. Pp. 143-278.

ARDEMANS, T. *Declaración y extensión, sobre las Ordenanzas que escribió Juan de Torija, Aparejador de Obras Reales...* Imprenta de Francisco Hierro, Madrid, 1719.

ARROYO ILERA, F. “Arbitrismo, población e higiene en el abastecimiento hídrico de Madrid en el siglo XVIII”, en *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, n. 37, 2004, pp. 257-278

ASENSI ARTIGA, V. *Murcia: sanidad municipal (1474-1504)*. Universidad de Murcia, 1992.

BARBEITO, J.M. *El Alcázar de Madrid*. Madrid, 1992.

BERNARDOS SANZ, J. U. "Mercado y abastecimiento, 1561-1850", en Pinto Crespo, V. y Madrazo Madrazo, S. (dir), *Madrid, Atlas Histórico de la Ciudad, siglos IX-XIX*. Lunwerg Editores. Madrid, 1995. Pp. 232-243.

BIDON, A. "L'eau et l'hygiène" en Y. Esquieu, J. y Peséz, M (dir.). *Cent maisons médiévales en France (du XII au milieu du XVI). Un corpus et une esquisse*. París, 1998.

BLASCO ESQUIVIAS, B. *Arquitectura y urbanismo en las ordenanzas de Teodoro Ardemans para Madrid*. Madrid, 1992.

BLASCO ESQUIVIAS, B. *¡Agua va! La higiene urbana en Madrid (1561-1761)*. Madrid, 1998.

BONET CORREA, A. *Morfología y ciudad. Urbanismo y arquitectura durante el Antiguo Régimen en España*. Barcelona, 1978.

BURGUETE ORS, L. Y LORENZO ARRIBAS, J. "Limpieza y contaminación en la Villa de Madrid durante la Edad Media: casas de baño y tenerías", en Segura Graíño, C. (dir), *Agua y Sistemas Hidráulicos en la Edad Media Hispana*. Asociación Cultural Al-Mudayna. Madrid, 2003. Pp. 87-109.

CABRERA DE CÓRDOBA, L. *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614*. Madrid, J. Martín Alegría, 1857.

CAMBRONERO MARTÍNEZ, C. *Revista contemporánea (Madrid)*. "Policía Urbana del siglo XV", 10/1891, nº 84, pp. 518-527.

CAPEL SÁEZ, H. Y OTROS. *Los ingenieros militares en España, Siglo VIII*. Publicaciones y Ediciones de la Universidad. Barcelona, 1983.

CARBAJO ISLA, M. F., *La población de la villa de Madrid desde finales del siglo XVI hasta mediados del siglo XIX*, Madrid, 1987.

CASTROVIEJO SALAS, A. “Las revueltas populares en Madrid en la segunda mitad del siglo XVII”, en *Revista Historia Autónoma*, 3 (2013), pp. 47-62.

CERVERA VERA, L. “Francisco Sabatini y sus normas para el saneamiento de Madrid”, en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*. CSIC. Madrid, 1975. Pp. 137-189.

CERVERA VERA, L. “Obras en el Alcázar Madrileño de Carlos V”, en Checa, F. *El Real Alcázar de Madrid*. Comunidad Autónoma de Madrid y Editorial Nerea. Madrid, 1994. Pp. 44-59.

CHUECA GOITIA, F. *Madrid ciudad con vocación de capital*, Santiago de Compostela, 1974

CHUECA GOITIA, F. “Madrid y las reformas de Carlos III”, en *Urbanismo e historia urbana en el mundo hispánico*. Tomo II, 1985. Pp. 927-938.

CIPOLLA, C. M. *Public Health & the Medical Profession in the Renaissance*. London, Cambridge University Press, 1976.

COLLANTES DE TERÁN SÁNCHEZ, A. *Sevilla en la Baja Edad Media. La ciudad y sus hombres*. Sevilla, 1977.

CORBIN, A. *El perfume o el miasma. El olfato y lo imaginario social. Siglos XVIII y XIX*. México, 1987.

CÓRDOBA DE LA LLAVE, R. *Las calles de Córdoba en el siglo XV: condiciones de circulación e higiene*, en “Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval”, 10. Pp. 125-167.

CORRAL RAYA, J. DEL. *La vida cotidiana en el Madrid del siglo XVI*. Madrid, 2002.

CORRAL RAYA, J. DEL. “Teodoro Ardemans, maestro mayor de las obras de la villa de Madrid y su fontanero mayor”, en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, Tomo X. CSIC. Madrid, 1974, pp. 171-197.

DELEITO PIÑUELA, J. *Sólo Madrid es Corte. La capital de dos mundos bajo Felipe IV*. Espasa Calpe. Madrid, 1942.

DOMÍNGUEZ ORTIZ, A. “Una visión crítica del siglo XVIII”, en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*. Tomo VI. CSIC. Madrid, 1970. Pp. 299-317.

DOMÍNGUEZ ORTIZ, A. *Sociedad y Estado en el siglo XVIII español*. Barcelona, 1988.

DUART GAITERO, C. “La Villa de Madrid en época de los primeros Trastámaras (1366-1406)”, en *R.B.A.M.A.M.*, 1980, nº6.

EGIDO, T. “El motín madrileño de 1699”, en *Investigaciones Históricas*, 2 (1980). Pp. 255-294.

EGUÍA, F. *Papel Phisico Político* (circa 1750).

EQUIPO MADRID. *Carlos III, Madrid y la Ilustración*. Siglo XXI, Madrid, 1988.

FARALDO, F. Y ULLRICH, A. *Corregidores y alcaldes de Madrid (1219-1906)*. Madrid, 1906.

FAVREAU, R. "Les rues de Poitiers au Moyen Âge", en *Bulletim de la Societé d'Antiquaries de l'Ouest*, n. 15. 1979.

FERNÁN NÚÑEZ, CONDE DE. *Vida de Carlos III* (2 vols.). Librería de los Bibliófilos Fernando Fe, Madrid, 1898.

FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P. "Monarquía ilustrada y haciendas locales en la segunda mitad del siglo XVIII", en *Fragmentos de monarquía*. Madrid, 1992. Pp. 455-468.

FERNÁNDEZ HIDALGO, A.M. "Una medida innovadora en el Madrid de Fernando VI: el Gobernador Político y Militar (1746-1747)", en *Cuadernos de Investigación Histórica*, n. 11. Madrid, 1987. Pp. 171-200.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO, G. *Quincuagenas de la Nobleza de España*. Ed. Facsimilar. Real Academia de la Historia. Madrid, 1880.

FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, A., *Guía de Madrid. Manuel del madrileño y del forastero*. Madrid, 1876.

FERNÁNDEZ TALAYA, M.T., *El Real Sitio de la Florida y la Moncloa*, Madrid, 1999.

FRANCHETTI PARDO, V. *Arezzo (Le citta nella storia d'Italia)*, Laterza, 1986.

FUERO DE MADRID. Edición facsimilar realizada por Ediciones La Librería y el Ayuntamiento de Madrid, Madrid, 2002. Las transcripciones fueron realizadas por Agustín Miralles Carlo y las traducciones por Agustín Gómez Iglesias.

GARCÍA MERCADAL, J. *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. Tomo I. Madrid, 1962.

GARCÍA PÉREZ, R. “Descripción Topográfica de Madrid en el siglo XVI”, en *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo*. Año XIX, año VI, número 13 (1927). Pp. .

GERARD, V. *De castillo a palacio. El Alcázar de Madrid en el siglo XVI*. Xarait Ediciones. Madrid, 1984.

GILI RUIZ, R. “El Madrid del siglo XVIII, la nueva realidad urbana”, en Pinto Crespo, V. (dir.), *El Madrid Militar. I. Ejército y Ciudad (850-1815)*. Secretaría General Técnica del Ministerio de Defensa y Ediciones del Umbral. Madrid, 2004, pp. 241-268.

GÓMEZ IGLESIAS, A. “Madrid, Villa medieval”, *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo*. Año XXIII, julio de 1954, número 68. Pp. 417-443.

GÓMEZ MENDOZA, J. “El gobierno de la Naturaleza en la ciudad. Ornato y ambientalismo en el Madrid decimonónico”. *Discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia. Contestación del Sr. D. Miguel Artola Gallegos*. RAH. Madrid, 2003.

GONZÁLEZ DE AMEZÚA Y MAYO, A. “Las primeras ordenanzas municipales de la Villa y Corte de Madrid”. *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo*. Año III, octubre de 1926, número 12.

GONZÁLEZ DÁVILA, G. *Teatro de las Grandezas de la Villa de Madrid, Corte de los Reyes Católicos de España*. Madrid. Tomas lunti. 1623.

GONZÁLEZ GARCÍA, J.L., “De ornato y policía en Madrid: Casas principales y ordenación viaria en el Renacimiento”, en *Anales de Historia del Arte*, nº7, 1997, pp.99-122.

GREGORY BOURKE, J. Escatología y civilización: los excrementos y su presencia en las costumbres, usos y creencias de los pueblos. Círculo Latino S.L. Editorial. Barcelona, 2005.

GUERRERO MAYLLO, A. *El gobierno municipal de Madrid (1560-1606)*. Madrid, 1993.

HAUSSER, P. *Madrid desde un punto de vista médico social* (2 tomos). Ed. Fac. de la de 1902, Madrid, 1979.

HERNÁN ELVIRA, J.L. “El preludio de la capitalidad”, en Pinto Crespo, V. (dir.). *El Madrid militar. I. Ejército y ciudad (850-1815)*. Ministerio de Defensa. Madrid, 2005.

HERNÁNDEZ BENÍTEZ, M. *El poder difuso: estudio de una oligarquía urbana (Madrid, 1606-1808)*. Tesis doctoral dirigida por el Dr. Santos Madrazo Madrazo y leída en la Facultad de Filosofía y Letras, de la Universidad Autónoma de Madrid. Madrid, 1991.

HERNÁNDEZ BENÍTEZ, M. *A la sombra de la Corona. Poder local y oligarquía urbana (Madrid, 1606-1808)*. Madrid, 1995.

HERNÁNDEZ BENÍTEZ, M. Y MONTURIOL GONZÁLEZ, M.A. “El Ayuntamiento de Madrid”, en Pinto Crespo, V. y Madrazo Madrazo, S. (dir). *Madrid, Atlas Histórico de la Ciudad, siglos IX-XIX*. Lunweg Editores. Madrid, 1995. Pp. 268-275.

HERNANDO ORTEGO, J. “La gestión financiera de las haciendas municipales en la Edad Moderna. EL caso de los bienes de propios de Madrid”, en *Economic History, Working Paper Series*. Universidad Autónoma de Madrid. Departamento de Análisis económico: Teoría económica en Historia económica. Working Paper 03/2010. Pp. 1-28.

HIGOUNET-NADAL, A. “Hygiène, salubrité, pollutions au Moyen Âge. L'exemple de Périgueux” en *Annales de Démographie Historique*, 1975.

IBAÑEZ E IBAÑEZ DE IBERO, C. *Plano parcelario de Madrid*. Madrid, 1871-1873.

IÑIGUEZ ALMECH, F. “Juan de Herrera y las reformas en el Madrid de Felipe II”, en *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo*. Año XIX, año 1950, número 59 y 60. Pp. 3-108.

JIMÉNEZ RAYADO, E. *El agua en el origen y desarrollo de Madrid en la Edad Media*. Madrid, Asociación Cultural Al-Mudayna, 2011.

JIMÉNEZ RAYADO, E. Y SÁNCHEZ AYUSO, I. *La suciedad en las calles del Madrid medieval*, en Jiménez Rayado, E. y Sánchez Ayuso, I. (Eds.). “El paisaje madrileño. De Muhammad I a Felipe II”. Madrid, Asociación Cultural Al-Mudayna, 2013.

JORI, G. *Salud pública e higiene urbana en España durante el siglo XVIII. Una perspectiva geográfica*. Tesis doctoral dirigida por el Dr. Horacio Capel Sáez, y leída en la facultad de Geografía e Historia, de la Universidad de Barcelona. Barcelona, 2012.

JUANINI, J.B. *Discurso político, y phísico, que muestra los movimientos, y efectos, que produce la fermentación, y materias nitrosas en los cuerpos sublunares, y benignas influencias, que goza el ambiente de esta Imperial Villa de Madrid, de que resultan las frecuentes muertes repentinas, breves y agudas enfermedades, que se han declarado en esta Corte de cincuenta años a esta parte*. Madrid, Antonio González de Reyes, 1679. La traducción francesa se publicó en Toulouse, 1685, y la segunda edición castellana en Madrid, en la Imprenta Real por Mateo Llanos Guzmán, en 1689.

JULIA, S., REINGROSE, D., Y SEGURA, C. *Madrid. Historia de una capital*. Madrid, 1994.

LADERO QUESADA, M.A. *La dimensión urbana: paisajes e imágenes medievales. Algunos ejemplos y reflexiones*, en “Mercado inmobiliario y paisajes urbanos en el Occidente Europeo (siglos XI-XIV). Pamplona, 2007, Pp. 23-63.

LAFUENTE, A. *Guía del Madrid científico. Ciencia y Corte*. Consejería de Educación y Cultura de la CAM. CSIC y Doce Calles. Madrid, 1998.

LLAMAS MADURGA, R. “La utilización de las aguas subterráneas en Madrid”, en *Estudios Geológicos* n. 32. Pp. 121-132. Madrid, 1976.

LLANOS, B. *Memoria sobre los medios de mejorar el Clima de Madrid, restablecer su Salubridad y Fertilidad, etc., por Blas Llanos*. Madrid, 1825. Imprenta que fue de Fuentenebro.

LANDA GOÑI, J. *El agua en la higiene del Madrid de los Austrias*. Madrid, Canal de Isabel II, 1986.

LAPORTE, D. *History of shit*. Cambridge (Massachusetts), 2002.

LAVEDAN, P. Y HUGUENEY, J. *L'Urbanisme au Moyen Âge*. Ginebra, 1974.

LEGUAY, J.P. *L'eau dans la ville au Moyen Âge*. París, 2002

LEGUAY, J.P. *La rue au Moyen Âge*. Rennes, 2003.

LLOPIS AGELÁN, E. Y SÁNCHEZ SALAZAR, F. “La crisis de 1803-1805 en las dos Castillas: subsistencias, mortalidad y colapso institucional” en XI Encuentro de Didáctica de la Historia Económica. Departamento de Historia e Instituciones Económicas de la Universidad de Santiago de Compostela y Asociación Española de Historia Económica. Santiago de Compostela, 26 y 27 de junio de 2014. Pp. 1-36.

LÓPEZ GARCÍA J. M. (dir.). *El impacto de la Corte en Castilla. Madrid y su territorio en la Época Moderna. Siglo veintiuno de España Editores*. Madrid, 1998.

LÓPEZ GARCÍA, J.M. *El motín contra Esquilache*. Alianza Editorial. Madrid, 2006.

LÓPEZ GÓMEZ, A. "Madrid a mediados del siglo XVIII", en *Planimetría General de Madrid*. Editorial Tabapress. Pp. 17-40.

LÓPEZ DE HOYOS, J. *Real aparato, y sumptuoso recebimiento con que Madrid (como casa y morada de su Majestad) rescibió a la Sereníssima reyna Ana de Austria*. Madrid, 1572.

LOPEZOSA APARICIO, C. *El Paseo del Prado de Madrid. Arquitectura y desarrollo urbano en los siglos XVII y XVIII*. Fundación de Apoyo a la Historia del Arte Hispánico. Madrid, 2002.

LOZA Y COLLADO, E. *El Servicio del Agua en Madrid, estudiado en su aspecto higiénico-sanitario*. Madrid, Establecimiento Tipográfico de A. Marzo, 1903.

MACÍAS, J.M. Y SEGURA, C., (Coords.), *Historia del abastecimiento y usos del agua en la Villa de Madrid*, Madrid, 2000.

MADOZ, P. *Madrid, Audiencia, Provincia, Intendencia, Vicaría, Partido y Villa*. Madrid, 1848.

MADRAZO, S., Y PINTO, V. (Eds.). *Madrid en la época moderna: espacio, sociedad y cultura*. Madrid, 1991.

MADRAZO MADRAZO, S. "Los servicios urbanos: agua y alcantarillado", en Pinto Crespo, V. y Madrazo Madrazo, S. (dir.), *Madrid, atlas histórico de la ciudad, siglos IX-XIX*. Lunwerg Editores, Madrid, 1995, pp. 250-259.

MARÍN PERELLÓN, F. "Planimetría General de Madrid y Regalía de Aposento", en *Planimetría General de Madrid, 2 vols*. Madrid, 1988. I, pp. 81-111.

MARÍN PERELLÓN, F. “El Madrid medieval, desde el siglo IX hasta 1535”, en Pinto Crespo, V. y Madrazo Madrazo, S. (dir). *Madrid, Atlas Histórico de la Ciudad, siglos IX-XIX*. Lunweg Editores. Madrid, 1995. Pp. 15-31.

MARÍN PERELLÓN, F. “La configuración de centro y periferia”, en Pinto Crespo, V. y Madrazo Madrazo, S. (dir). *Madrid, Atlas Histórico de la Ciudad, siglos IX-XIX*. Lunweg Editores. Madrid, 1995.

MARTÍ, A. *Proyecto que D. Andrés Marti Capitán de Galeota, pone a los Reales Pies de vuestra magestad, sobre la limpieza de las calles de Madrid, construcciones de jardines...* Imprenta de Manuel Fernández. Madrid, 1738.

MARTI, A. *Empeño y desempeño Español, ilustre defensorio que hace a su proyecto Don Andrés Marti... en que con razones divinas y humanas satisface las endebles objeciones que contra él hacen D. Joseph de Arce y D. Vicente Alonso Torralva*. Imprenta de Manuel Moya. Madrid, 1738.

MARTÍNEZ NEIRA, M. *Una reforma ilustrada para Madrid. El Reglamento del Consejo Real de 16 de marzo de 1766*. Madrid, 1994.

MARTÍNEZ RUIZ, E. *Ilustración, ciencia y técnica en el siglo XVIII español*. Universidad de Valencia. Valencia, 2008.

MARTORELL LINARES, M.A. “El debate higienista (R.S.E. Matritense. Segunda Mitad del S. XIX)”, en *Torre de los Lujanes*. Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País. Madrid, 1 trimestre de 1992. Nº. 19. Pp. 65-91.

MEDINA, P. DE. *Libro de grandezas y cosas memorables de España. Agora nuevo fecho y recopilado por el Maestro Pedro de Medina vezino de Sevilla*. Sevilla, Dominico de

Robertis, 1548. Ed. Facsímil del Instituto de España, Madrid, 1994.

MENÉNDEZ PIDAL, G. *La España del siglo XIII. Leída en imágenes*. Madrid, 1986.

MESONERO ROMANOS, R. DE. *Manual de Madrid. Descripción de la corte y de la Villa*. Madrid, 1833.

MILLARES CARLO, A. *Contribuciones documentales a la historia de Madrid*. Instituto de Estudios Madrileños-CSIC. Madrid, 1971.

MILLEY, J. *La vie parisienne à travers les agès. Tome 1: Des origenes-1600*. Societe Continentale d Editions Modernes Illustrees. París, 1965.

MOLINA CAMPUZANO, M. *Planos de Madrid de los siglos XVII y XVIII*. Ed. Facsímil de la publicada en 1960 por el Instituto de Estudios de Administración Local. Ministerio de Administración Pública e Instituto Nacional de Administración Pública. Madrid, 2002.

MONLAU, P.F., *Elementos de higiene pública*, Madrid, 1847.

MONTERO VALLEJO, M. *El Madrid Medieval*. Ediciones La Librería. Madrid, 2003.

MORA PALAZÓN, A. (Coor.) *Los planos de Madrid y su época (1622-1992)*. Museo de la Ciudad – Ayuntamiento de Madrid. Madrid, 1992.

MUÑOZ JIMÉNEZ, J. M. “Nuevos documentos sobre saneamiento y alumbrado de Madrid en el siglo XVIII: “las reglas para construir cloacas” de Francisco Sabatini y las “Instrucciones” para el servicio de iluminación”, en tirada aparte de los *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*. Tomo XXII. Raycar Impresores. Madrid, 1966.

NAVASCUES, P. *Arquitectura y arquitectos madrileños del siglo XIX*. Madrid, 1973.

NIETO SÁNCHEZ, J.A. ““El vulgo mal contentadizo”: sobre la conflictividad social en el Madrid Moderno”, en *Veinticinco años después. Avances en la Historia Social y Económica de Madrid, 1988-2013*. Grupo Taller de Historia Social. UAM Ediciones, Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Madrid. Madrid, 2014, pp. 361-377.

NÚÑEZ DE CASTRO, A. *Sólo Madrid es Corte* (1675). Roque Rico de Miranda. Ed. Facsímil. Valencia. Librerías París-Valencia. 1996.

ORTEGA VIDAL, J. “Los inicios de la transformación borbónica, 1725-1765”, en *Madrid, Atlas Histórico de la Ciudad, siglos IX-XIX*. Lunwerg Editores. Madrid, 1995. Pp. 56-63.

PABLO GAFAS, J. L. DE. *Justicia, gobierno y policía en la Corte de Madrid: la Sala de Alcaldes de Casa y Corte (1583-1834)*. Tesis doctoral dirigida por el Dr. José Miguel López García y leída en la Facultad de Filosofía y Letras, de la Universidad Autónoma de Madrid. Madrid, 1999.

PAZ MAROTO, J., “Alcantarillado de Madrid”, en *Revista de Obras Públicas*, 1945, Tomo I, pp. 37-47.

PENEDO COBO, E. (dir.). *La plazuela de los Caños del Peral. Investigaciones arqueológicas en la estación de Ópera*. Metro de Madrid, Madrid, 2011.

PEREDA, F. DE. *Libro intitulado la Patrona de Madrid y venidas de Nuestra Señora a España*. Valladolid, Sebastián de Cañas, 1604.

PÉREZ DE HERRERA, C. “A la Católica Real Magestad del Rey don Felipe III nuestro

señor: Cerca de la forma y troças como parece podrían remediarse algunos pecados, excesos y desórdenes en los tratos, vastimentos y otras cosas, de que esta villa de Madrid al presente tiene falta, y de que suerte se podrían restaurar y reparar las necesidades de Castilla la Vieja, en caso que su magestad fuese servido de no hazer mudança con su corte a la ciudad de Valladolid". B.N.E. Mss.n. 18.205, fols. 18-21.

PÉREZ DE CASTRO, F. "Extracto de los "Libros de Acuerdos" del Ayuntamiento de Madrid a partir del año 1601", en *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo*. Año XIX, año 1950, número 59 y 60.

PINTO CRESPO, V. *Ferias y mercados de la Comunidad de Madrid. Comprar y vender: reminiscencias históricas*. Madrid, Lunweg, 2000.

PINTO CRESPO, V. (dir). *Madrid en 1808. La ciudad durante la Guerra de la Independencia*. Madrid, Lunweg, 2008.

PINTO CRESPO, V., GILI RUIZ, R., VELASCO MEDINA, F. *Los viajes de agua de Madrid durante el Antiguo Régimen*. Madrid, Fundación Canal de Isabel II. Madrid, 2010.

PINTO CRESPO, V., GILI RUIZ, R., VELASCO MEDINA, F. *Historia del Saneamiento de Madrid*. Fundación Canal de Isabel II. Madrid, 2014.

PLANIMETRÍA GENERAL DE MADRID (1762-1774). Archivo General de Simancas, Patronato Real, n. 7.886.

PUÑAL FERNÁNDEZ, T. *Registro de la documentación notarial del Concejo de la Villa y tierra de Madrid 1449-1462*. Comunidad de Madrid. Consejería de Cultura y Deportes. Dirección General de Archivos, Museos y Bibliotecas. Madrid, 2005.

QUINTANA, J. DE LA. *A la muy Antigua, Noble y Coronada Villa de Madrid. Historia de su antigüedad, nobleza y grandeza. Madrid, 1629.*

REKLAITYTE, Y. “Las condiciones higiénico-sanitarias en las ciudades europeas: introducción al análisis”, en *Revista Salduie*, nº 4., pp. 229-245, 2004.

RETUERCE VELASCO, M. “El agua en el Madrid Andalusí”, en Macías, José M^a; y Segura, Cristina (Coords.), *Historia del abastecimiento y usos del agua en la Villa de Madrid*, Madrid, 2000

RETUERCE VELASCO, M. “Testimonios materiales del Madrid andalusí”, en *Testimonios del Madrid medieval. El Madrid musulmán*. Museo de San Isidro, Madrid 2004. Pp. 81-116.

REVERTE COMAS, J.M. “Condiciones sanitarias del Madrid Medieval”, en www.gorgas.gob.pa/museoafc/loscriminales/paleopatologia/medicinamadrid.html

REYES LEOZ, J. L. DE LOS. “Evolución de la población”, en Pinto Crespo, V. y Madrazo Madrazo, S. (dir). *Madrid, Atlas Histórico de la Ciudad, siglos IX-XIX*. Lunwerg Editores. Madrid, 1995.

RICO-AVELLÓ Y RICO, C. *Madrid en el siglo XVII. Algunos datos sobre higiene urbana*. Gráficas Rodríguez. Madrid, 1948.

RODRÍGUEZ RUIZ, D. (dir.). *Francisco Sabatini (1721-1797). La arquitectura como metáfora del poder*. Electa, Madrid, 1997.

ROSELL CAMPOS, F. *Historia del saneamiento de Valladolid*. Ayuntamiento de Valladolid. Valladolid, 2009.

RUIZ PALOMEQUE, E. *Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX*. Madrid, Instituto de Estudios Madrileños – CSIC, 1976.

SABINE, E.L. “Latrines and Cesspools of Mediaeval London”, en *Speculum IX*. Londres, 1934.

SABINE, E.L. “City cleaning in Medieval London” en *Speculum XII*. Londres, 1937.

SALUSBURY-JONES, G. *Street life in medieval England*. Londres, 1975.

SAMBRICIO, C. “Francisco Sabatini, arquitecto madrileño”. *Arquitectura*, n. 216 (1979), pp. 54-57.

SAMBRICIO, C. *Territorio y ciudad en la España de la Ilustración*. Ministerio de Obras Públicas. Instituto del Territorio y Urbanismo. Madrid, 1991. Pp. 205 y 206.

SANZ SANJOSÉ, M. G. Y MERINO NAVARRO, J. P. “Saneamiento y limpieza en Madrid, siglo XVIII”, en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*. CSIC. Madrid, 1976.

SICA, P. *Historia del Urbanismo. El siglo XVIII*. Instituto de Estudios de Administración Local. Madrid, 1982.

SUAREZ ÁLVAREZ, M. J. *La villa de Talavera y su tierra durante la Edad Media, 1369-1504*. Universidad de Oviedo. Departamento de Historia Medieval. 1982.

THOMAS, H. *Madrid, una antología para el viajero*. Grijalbo, Madrid, 1988.

TORIJA, J. *Tratado breve sobre las Ordenanzas de la Villa de Madrid y Policía de ella*. Madrid, Pablo del Val, 1661.

TORRALVA, V.A. *Empeño español que hace patente el modo de limpiar las calles de Madrid con modo no practicado en España. Propone algunos reparos acerca de la limpieza a el proyecto de Antonio Martí y hace patente el modo practicado de la conducción del río Xarama*. Madrid, 1738.

TOVAR MARTÍN, V. *La arquitectura madrileña del siglo XVII (1600-1700)*. CSIC. Madrid, 1984.

URGORRI CASADO, F. "El ensanche de Madrid en tiempos de Enrique IV y Juan II. La urbanización de las Cavas". *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo*. Año XXIII, enero de 1954, número 67. Pp. 3-63.

VERDÚ RUIZ, M. "Limpieza y empedrado en el Madrid anterior a Carlos III", en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*. Tomo XXIV. CSIC, Madrid, 1987.

Voyage d'Espagne, Curieux, Historique el Politique, fait en l'Année 1655. París, 1665.

VRIES, J. DE. *La urbanización de Europa, 1500-1800*. Barcelona, 1987.

VV.AA. *Carlos III, Alcalde de Madrid*. Ayuntamiento de Madrid, Madrid, 1988.

VV.AA. *Carlos III y la Ilustración*. Ministerio de Cultura, Madrid, 1988.

VV.AA. *Las murallas de Madrid, arqueología medieval urbana*. Madrid, Comunidad de Madrid, Dirección General de Patrimonio, 1998.

FUENTES DOCUMENTALES

ARCHIVO GENERAL DE SIMANCAS (A.G.S.)

Consejo de Castilla

- Legajo 742. Expediente 6.

Registro General del Sello

- Legajo. 149.411. Expediente 301.
- Legajo 149.410. Expediente 14.
- Legajo 149.503. Expediente 25.
- Legajo 149.505. Expediente 13.
- Legajo 149.507. Expediente 20.
- Legajo 149.605. Expediente 12.
- Legajo 149607. Expediente 18.
- Legajo 149.703. Expediente 58.
- Legajo 149.812. Expediente 7.
- Legajo 149.901. Expediente 6.
- Legajo 150.001. Expediente 325.
- Legajo 150.105. Expediente 324.

ARCHIVO GENERAL DEL PALACIO REAL (A.G.P.R.).

Administrativa

Obras. Leg. 712 bis, exp. 29 y Leg. 5.207, diversos expedientes.

ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL (A.H.N.).

Consejos

- Legajo 9.424.
- Legajo 9.425.
- Legajo 9.426.
- Legajo 9.427.
- Legajo 9.428.
- Legajo 9.429.
- Legajo 9.430.
- Legajo 9.496.
- Legajo 9.497.

Consejos

- Libro de Gobierno de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, 1.227, fol. 563 y siguientes.
- Libro de Gobierno de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, 1.312, fols 197-200 y 205-206.
- Libro de Gobierno de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, 1.333, fol. 459-463.
- Libro de Gobierno de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, 1.334, fol. 375-379.
- Libro de Gobierno de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, 1.335, fol. 463.
- Libro de Gobierno de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, 1.348, fols. 415-422 y 448-452.
- Libro de Gobierno de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, 1.395, fols. 205-215.

Nobleza

- Bornos, C. 185, D.1.

ARCHIVO HISTÓRICO DE PROTOCOLOS DE MADRID (A.H.P.M.)

- Protocolo 2.020 f. 37r-v. y ff. 38r-39r.
- Tomo 192, f. 74 r.-v.; ff. 184 r. – 185 r.; ff. 186 r. – 193 r.

ARCHIVO DE LA REAL CHANCILLERÍA DE VALLADOLID (A.R.C.V.)

Registro de ejecutorias

- Caja 420. Expediente 6.
- Caja 564. Expediente 4.
- Caja 871. Expediente 25.
- Caja 893. Expediente 17.
- Caja 1.105. Expediente 61.
- Caja 1.127. Expediente 37.
- Caja 1.223. Expediente 6.
- Caja 1.251. Expediente 7.
- Caja 1.265. Expediente 18.
- Caja 1.314. Expediente 28.
- Caja 1.334. Expediente 11.
- Caja 1.340. Expediente 23.
- Caja 1.452. Expediente 18.
- Caja 1.524. Expediente 3.
- Caja 1.526. Expediente 42.
- Caja 1.664. Expediente 25.
- Caja 1.712. Expediente 35.
- Caja 1.938. Expediente 76.

ARCHIVO REGIONAL DE MADRID (A.R.M.)

Fondos de la Diputación Provincial.

- Caja 8.392. Expediente 01.
- Caja 8.882. Expediente 05.

ARCHIVO DE LA VILLA DE MADRID (A.V.M.)

Libros de Acuerdos del Concejo

- Libros de Acuerdos del Concejo Madrileño. Tomo I. 1464-1485. Artes Gráficas Municipales. Madrid, 1932.
- Libros de Acuerdos del Concejo Madrileño. Tomo II. 1486-1492. Artes Gráficas Municipales. Madrid, 1970.
- Libros de Acuerdos del Concejo Madrileño. Tomo III. 1493-1497. Raycar S.A. Impresores. Madrid, 1979.
- Libros de Acuerdos del Concejo Madrileño. Tomo IV. 1498-1501. Raycar S.A. Impresores. Madrid, 1982.
- Libros de Acuerdos del Concejo Madrileño. Tomo V. 1502-1515. Raycar S.A. Impresores. Madrid, 1987.

Libros de Acuerdos de la Junta de Limpieza

- Libro de Acuerdos I, desde 16 de junio de 1659 a 12 de abril de 1672
- Libro de Acuerdos II, desde 12 de enero de 1677 a 17 de junio de 1687.
- Libro de Acuerdos III, desde 10 de enero de 1688 a 20 de enero de 1714.
- Libro de Acuerdos IV, desde 29 de abril de 1715 a 4 de mayo de 1746.
- Libro de Acuerdos V, desde 13 de septiembre de 1747 a 6 de agosto de 1756.

- Libro de Acuerdos VI, desde 3 de julio de 1754 a 2 de abril de 1755.
- Libro de Acuerdos VII, desde 23 de agosto de 1756 a 9 de octubre de 1766.

Libros de Acuerdos de la Junta de Fuentes

- Libro de Acuerdos de la Junta de Fuentes. Tomo III.
- Libro de Acuerdos de la Junta de Fuentes. Tomo IV.
- Libro de Acuerdos de la Junta de Fuentes. Tomo VII.
- Libro de Acuerdos de la Junta de Fuentes. Tomo IX.

Libros de Acuerdos de la Nueva Junta de Policía

- Libro de Acuerdos de la Nueva Junta de Policía. Desde 16 de agosto de 1765 a 18 de junio de 1781.

Libros de Acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid.

- Libro de Acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid del año 1769.
- Libro de Acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid del año 1774.
- Libro de Acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid del año 1775.
- Libro de Acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid del año 1776.
- Libro de Acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid del año 1777.
- Libro de Acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid del año 1778.
- Libro de Acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid del año 1779.
- Libro de Acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid del año 1780.
- Libro de Acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid del año 1781.
- Libro de Acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid del año 1782.
- Libro de Acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid del año 1783.

- Libro de Acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid del año 1784.
- Libro de Acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid del año 1785.
- Libro de Acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid del año 1786.
- Libro de Acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid del año 1787.
- Libro de Acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid del año 1788.
- Libro de Acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid del año 1802.
- Libro de Acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid del año 1803.
- Libro de Acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid del año 1804.
- Libro de Acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid del año 1805.
- Libro de Acuerdos de la Junta de Propios y Sisas de Madrid del año 1806.

Secretaría. Expedientes:

1-1-18. 1-1-62. 1-1-63. 1-1-68. 1-1-74. 1-1-75. 1-1-85. 1-1-87. 1-10-11. 1-10-21. 1-11-52. 1-11-60. 1-13-78. 1-13-84. 1-14-6. 1-14-17. 1-14-19. 1-15-35. 1-15-71. 1-16-93. 1-17-17. 1-17-18. 1-19-4. 1-19-6. 1-19-13. 1-114-96. 1-118-39. 1-119-14. 1-119-89. 1-126-20. 1-131-1. 1-131-2. 1-134-39. 1-134-47. 1-134-54. 1-135-1. 1-135-18. 1-135-27. 1-135-45. 1-136-4. 1-136-9. 1-161-42. 1-165-35. 1-166-3. 1-166-9. 1-166-11. 1-166-18. 1-166-21. 1-166-25. 1-169-13. 1-169-14. 1-2-2. 1-2-5. 1-2-7. 1-2-9. 1-2-10. 1-2-24. 1-2-25. 1-2-29. 1-2-37. 1-22-40. 1-25-13. 1-28-19. 1-29-4. 1-29-29. 1-232-14. 1-32-25. 1-35-6. 1-35-10. 1-35-33. 1-35-61. 1-36-8. 1-36-26. 1-4-1. 1-4-16. 1-4-251. 1-41-80. 1-44-44. 1-47-107. 1-5-1. 1-5-4. 1-5-5. 1-5-42. 1-6-16. 1-6-54. 1-65-34. 1-66-4. 1-66-5. 1-66-6. 1-66-9. 1-66-12. 1-66-15. 1-69-2. 1-73-30. 1-78-36. 1-85-58. 1-85-59. 1-85-60. 1-85-63. 1-85-64. 1-85-65. 1-85-75. 1-86-2. 1-86-3. 1-86-5. 1-86-8. 1-86-9. 1-86-12. 1-86-13. 1-86-14. 1-86-16. 1-86-17. 1-86-19. 1-86-22. 1-86-28. 1-86-29. 1-86-30. 1-86-35. 1-86-36. 1-86-37. 1-86-38. 1-86-39. 1-86-41. 1-86-43. 1-86-45. 1-86-48. 1-86-53. 1-86-55. 1-86-60. 1-86-61. 1-86-62. 1-86-63. 1-86-64. 1-87-3. 1-87-4. 1-87-5. 1-87-8. 1-87-9. 1-87-10. 1-87-11. 1-87-16. 1-87-19. 1-87-20. 1-87-24. 1-87-25. 1-87-26. 1-87-27. 1-87-28. 1-87-31. 1-87-32. 1-87-37. 1-87-46. 1-87-49. 1-87-51. 1-87-52. 1-87-54. 1-87-55. 1-87-56. 1-87-59. 1-87-61. 1-87-66. 1-87-71. 1-87-74. 1-87-80. 1-87-86. 1-87-88. 1-87-94. 1-88-1.

1-88-3. 1-88-9. 1-88-11. 1-90-9. 1-94-61.

2-173-10. 2-173-27. 2-324-19.

3-27-35. 3-292-13. 3-361-59. 3-465-75. 3-493-2. 3-493-14. 3-493-15. 3-493-19.

4-1-49. 4-123-15. 4-225-10. 4-295-1. 4-295-2. 4-295-3. 4-295-5. 4-295-7. 4-295-8. 4-295-9. 4-295-11. 4-295-12. 4-295-13. 4-295-14. 4-295-15. 4-295-17. 4-295-19. 4-295-20. 4-295-32. 4-295-33. 4-295-34. 4-295-35. 4-295-36. 4-296-4. 4-296-38. 4-324-20. 4-324-21. 4-420-75.

10-236-8.

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA (B.N.E.).

Manuscritos

- Mss. 909.
- Mss. 7.049.
- Mss. 18.205 (h.141-150).

ÍNDICE DE GRÁFICOS

Gráfico 1. Organización de la Superintendencia o Comisaría General de Limpieza de Madrid (1607-1649). Pág. 142.

Gráfico 2. Organización de la Comisión de Limpieza de Madrid, encargada de llevar a término la *Instrucción* de Francisco Sabatini (14 de mayo de 1761-13 de agosto de 1765). Pág. 355.

Gráfico 3. Primer cuerpo técnico – operativo creado para la limpieza de los pozos negros y de aguas dulces contaminadas, conforme a la instrucción que regulaba la referida limpieza, aprobada por Real Orden de 24 de enero de 1766. Pág. 457.

Gráfico 4. Aguas extraídas de los pozos negros del Departamento Alto (1804-1809). Pág. 625.

Gráfico 5. Aguas extraídas de los pozos negros del Departamento Bajo (1804-1809). Pág. 625.

Gráfico 6. Gastos de limpieza de los pozos negros de ambos departamentos (1804-1809). Pág. 625.

ÍNDICE DE TABLAS.

Tabla 1. Relación de sanciones punibles por contravenir las ordenanzas de la limpieza (1638). Pág. 148.

Tabla 2. Variación del presupuesto del ramo de limpieza entre los sexenios de 1632-1638 y 1638-1644. Pág. 175.

Tabla 3. Variaciones en el presupuesto del ramo de limpieza entre 1691 y 1694. Pág. 227.

Tabla 4. Distribución de los gastos de la limpieza y empedrado de la Villa, entre enero y noviembre de 1712. Pág. 262.

Tabla 5. Costes presupuestados para cubrir los gastos de limpieza entre 1714 y 1717. Pág. 268.

Tabla 6. Costes presupuestados para cubrir los gastos de empedrado entre 1715 y 1720. Pág. 270.

Tabla 7. Distribución del presupuesto de limpieza y empedrado, conforme al Reglamento de 1715. Pág. 271.

Tabla 8. Costes de la limpieza general efectuada en febrero de 1745. Pág. 290.

Tabla 9. Prorrateso inicial del coste de la alcantarilla del Arenal (21 de junio de 1769). Pág. 535.

Tabla 10. Presupuesto para la construcción de 9 ramales de alcantarilla y ahorro de la limpieza de los pozos que verterían en ellos (agosto de 1804). Pág. 611.

ÍNDICE DE PLANOS.

Plano 1. División de Madrid en trece cuarteles de limpieza y empedrados, del año 1662. Pág. 196.

Plano 2. Partición de los cuarteles de Santo Domingo y San Jerónimo para hacer más efectivas las contratas del empedrado, y señalamiento de otras zonas específicas a empedrar (1700-1726). Pág. 258.

Plano 3. Desarrollo de la red de alcantarillado durante el reinado de Carlos III (1759-1788). Pág. 499.

Plano 4. Red de alcantarillado de Madrid al final del Antiguo Régimen (1833). Pág. 645.

ÍNDICE DE IMÁGENES Y FOTOGRAFÍAS.

Fotografía 1. Restos arqueológicos de la alcantarilla de los Caños del Peral (Metro Ópera). Pág. 244.

Fotografía 2. Sección de la alcantarilla de la Cava Baja de San Francisco, en el antiguo Palacio del Marqués de Villafranca (calle de Don Pedro). Pág. 247.

Imagen 1. Detalle de la alcantarilla de Leganitos en el Plano de Witt o Marcelli, fechado en 1622, donde se percibe que la mayor parte de su trazado discurría a cielo abierto. Pág. 250.

Imagen 2. Plano y perfil de una letrina, con los conductos que acometen a ésta desde los cuartos de un edificio, por Jaime Bort. Archivo General de Simancas (AGS), Gracia y Justicia, legajo 998. Pág. 306.

Imagen 3. Detalle del vertedero y arroyo formado por la alcantarilla de la Huerta del Convento de San Francisco el Grande, a desaguar en el río Manzanares. Plano Topográfico de la Villa y Corte de Madrid, dibujado y grabado por Espinosa de los Monteros. Madrid, 1769. Pág. 332.

Imagen 4. Detalle del Parque del Palacio –Campo del Moro- en la maqueta que recrea el estado de Madrid en 1656, ubicada en el Museo Municipal de Historia de Madrid. Pág. 338.

Imagen 5. Sección de la alcantarilla Real del Barquillo proyectada en 1782 por el Arquitecto Mayor de Obras del Rey y director de Policía de Madrid, Francisco Sabatini, y construida durante los dos años siguientes. Pág. 503.

APÉNDICES DOCUMENTALES

APÉNDICE I. VISITA GENERAL DE LIMPIEZA Y EMPEDRADOS REALIZADA EN EL CUARTEL DE LA MERCED EN DICIEMBRE DE 1615, QUE SE ENCONTRABA BAJO LA OBLIGACIÓN DE JUAN DE PASTRANA, Y TRAS CUYO RESULTADO SE LE SANCIONÓ CON 600 REALES.

Transcrita de A.V.M. Secretaría. 1-131-1.

- La calle de Atocha, más abajo de los Desamparados, por no quitar cuatro terreros de broza de los empedrados, habiéndoselo notificado varias veces al obligado, 30 reales de sanción.
- La calle de San Eugenio, que atraviesa de Atocha a Santa Isabel, por estar muy sucia, de lo que repetidamente se quejaron los vecinos y porque hacía más de 20 días que no se limpiaba, 6 reales de sanción.
- La calle de Santa Isabel, porque hacía más de un mes que tenía la basura amontonada y no se recogía, y se quejaron los vecinos de que pasaba muy tarde y esporádicamente el carro de la basura, 18 reales.
- La calle de los Peces, que iba desde la de Leal a Santa Isabel, por encontrarse llena de muladares –basureros- y haberse quejado los vecinos que el carro pasaba cada quince días, 12 reales.
- La calle de la Torrecilla del Leal por estar llena de “*baturrillo*” y muladares, 8 reales.
- La calle de San Eugenio, que va a dar a la del Ave María, por estar llena de “*bacinadas*” y haberse quejado más de seis vecinos que hacía más de dos meses que no la habían limpiado, sino sólo la esquina sin pasar por la dicha calle, 20 reales.

- Habiendo pasado por todas las callejuelas colaterales que atraviesan la de Santa Isabel y del Ave María y comprobar que estaban muy sucias, 30 reales.
- La calle del Olmo, por no haberse barrido ni recogida la basura, ni un terrero de broza que le habían notificado los empedrados, 8 reales.
- La calle del Ave María por estar llena de terreros de broza de los empedrados y mucha cantidad de *“baturrillo”* disperso entre la calle de la Magdalena y Atocha, y haberse quejado los vecinos de no poder pasar por ella por el lodo que se había acumulado, 30 reales.
- La calle detrás de la Magdalena por encontrarse un perro muerto, 2 reales.
- La calle del Calvario, por estar muy sucia y llena de lodo, y llevar más de quince días sin recoger ni pedir la basura a los vecinos, 16 reales.
- La calle del Olivar por encontrarse un gato muerto y estar muy sucia, 8 reales.
- La calle de San Carlos por encontrarse muy sucia, pues desde el verano en que se empedró nunca se había limpiado, y de ello se quejaron los vecinos, 12 reales.
- La calle de los Ministriles por estar muy sucia y por encontrarse un perro muerto en la callejuela que la atraviesa, 10 reales.
- La calle de la Cabeza por estar muy sucia, llevar muchos días sin limpiarse, y quejarse los vecinos de que no se les pide la basura, 16 reales.
- La calle de Lavapiés por estar amontonada la basura sin recoger, 8 reales.

- La calle de las Picaras, por estar amontonada la basura junto a una pared durante 21 días y encontrarse un perro muerto sin recoger, 10 reales.
- La calle de San Pedro Mártir por estar llena de muladares, así como la callejuela de enfrente, 6 reales.
- La calle de detrás de la Merced estaba llena de “baturrillo” y llevaba quince días sin recoger, 20 reales.
- La calle de la Espada por estar muy sucia y llena de muladares, 12 reales.
- La calle que atraviesa a la otra de la Espada por estar muy sucia, 8 reales.
- A la otra calle de la Espada que también se encontró muy sucia y llevar 15 días sin recogerse la basura, 8 reales.
- La calle de la Comadre de Granada por estar muy sucia y quejarse los vecinos de no recogerse la basura durante más de veinte días, 30 reales.
- La calle de la Cruz de Caravaca por estar muy sucia y no poderse transitar, a pesar de habersele notificado al obligado en repetidas ocasiones, 22 reales.
- La calle del Mesón de Paredes por encontrarse de arriba abajo llena de muladares y quejarse muchos vecinos de que no se les pedía la basura, que el carro pasaba cada tres días, 4 ducados o 44 reales.
- La calle de los Cabestreros era reincidente, pues señala que hacía tres visitas no habían recogido la basura ni la pedían, 22 reales.

- Además se le añadieron calle 8 reales por el exceso de inmundicias que había en la misma.
- La calle del Oso por estar muy llena de muladares o basureros, que no se habían recogido desde hacía tres visitas, 48 reales.
- La calle de los Abades por no pedir ni recoger la basura, 20 reales.
- En la calle de los Embajadores por encontrarse un perro muerto, 2 reales.
- La calle de Dos Hermanas por estar muy sucia, 12 reales.
- La plazuela del Rastro, muy sucia, 16 reales.
- Los alrededores del Rastro por estar muy sucios y llenos de muladares, 14 reales.
- La calle de Miraelrío por estar muy sucia, llena de muladares y no pedir la basura, 12 reales.
- La calle de la *Acemilería de Su Majestad* por encontrarse muy sucia y llevar muchos días que no se pedía la basura, 6 reales.
- Toda la calle de Santa Ana hasta la de Toledo, junto a las casas de Cubas, por estar muy sucia y no pedir la basura, 20 reales.
- La calle del Rastro, desde los Teatinos hasta la plazuela del Rastro, por encontrarse muy sucia y llena de Muladares, 30 reales.

- La calle del Duque de Alba, por no haberse terminado de recoger la basura, 8 reales.
- La plazuela del Duque de Veragua, por hallarse mucho *baturrillo*, 8 reales.
- La calle de la Concepción Jerónima, por no haber terminado de recoger la basura, 10 reales.

APÉNDICE II. ORDENANZAS DE POLICÍA URBANA DE MADRID DE 1641.

Transcritas de A.H.N. Consejos. Libro de Gobierno de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, 1.227, fol. 563 y siguientes.

En la Villa de Madrid a 13 de agosto de 1641, los Srs. del Consejo Supremo de S.M., de la Sala del Gobierno, habiendo visto el desorden que hay en esta Villa sobre lo tocante al ornato y policía de ella, poniendo en ella el remedio que conviene, mandaron:

1.- *“Que de aquí adelante se guarde y cumpla”*... los límites que están hechos y señalados y que esta Villa ha de tener para que no se labre fuera de ellos ni extienda más su población, ninguna persona de cualquier estado o calidad y condición que sea no pueda edificar, labrar, ni dar a censo para edificar ni labrar ningunas tierras ni solares que estuvieren fuera de los dichos límites, aunque sean juntos a las casas y población, pena que las dichas ventas y censos y enajenaciones serán. Y desde luego se dan por ningunas y de ningún valor ni efecto. Y los edificios que se hicieren se mandarán derribar y deshacer a costa de los dueños de ellos, y además de lo dicho incurran en pena de 10.000 maravedís por cada posesión, sitio o solar que se vendiere a edificarse contra la dicha orden. Y sola dicha pena no labren ni edifiquen de nuevo dentro de la población de esta villa ninguna casa ni solar sin pedir licencia del ayuntamiento de ella y presentar la planta y traza para que se les de la orden que han de guardar sin que se perjudique al ornato y policía.

2.- Que todas las personas que labren, edificaron e hicieren cualquier obra en cualquier casa de esta Villa no echen en las plazas ni calles públicas la tierra, cascotes, ni otras inmundicias, ni broza que sacaren y sobrasen de las dichas obras sin licencia del Superintendente de la limpieza, sino que desde sus casas lo hagan sacar y llevar luego al campo pena de 6 ducados, la mitad al dueño de la casa y la otra mitad al maestro que hiciese la dicha obra y reparo, y que a su costa los alguaciles que hicieren la denuncia los hagan quitar y buscar y concertar quien los lleve, citando al dueño

de la obra para el dicho concierto, el cual para el mismo perjuicio que si él lo hiciere y precediendo la dicha citación el aguacil o portero le puedan sacar y vender bienes para pagarlo lo que montase sacarlos los dichos herreros.

3.- Que ninguna persona de la calidad que sea pueda tener en su casa y usar y use ningún albañal o vaciadero, si no fuese a raíz de la tierra o por lo menos a una tercia levantado del suelo y no más alto, aunque sea para aguas limpias y llovedizas, ni para otro ningún efecto.

4.- Y los que los tuvieren hechos contra el tenor de este capítulo las cierren y quiten dentro de seis días primeros, pena de seiscientos maravedís. Y sola dicha pena no puedan tener las lumbreras de las cuevas descubiertas si no que las tengan con sus rejas y arrimadas a las paredes y a plomo y nivel, sin que estén tendidas en la calle salvo el que las tuviese en sitio suyo propio.

5.- Queda prohibido a los maestros de coches y carros hacerlos en las calles y plazas públicas así como dejar los materiales que necesitan para ellos en las mismas, incluido a los que los alquilan para que no ocupen las plazas, calles, ni a las puertas de sus casas, si no fuese durante el tiempo que pusiesen las mulas y caballos para usarlos, so pena de 600 maravedís.

6.- A los carpinteros, silleros, ensambladores, entalladores, herreros y otros de cualquier oficio, les queda prohibido tener materiales y enseres en las calles y plazas, así como herramientas, bancos de trabajo, etc., salvo en sus talleres y tiendas, so pena de 600 maravedís.

7.- Que todos los oficiales de los oficios que trabajan y tienen sus tiendas y oficios en los postes y portales de la calle Mayor, plaza Mayor, calles de Toledo y atocha, no puedan salir de sus tiendas a trabajar en los dichos portales, ninguna mesa ni banco ni otra cosa con que los ocupen ni embaracen el paso, ni cuelguen cosas de su oficio o mercaderías, sino que las tengan dentro de sus tiendas; y los que las tienen en los

postes no puedan embarazar los portales, calles y plazas con mesas, bancos y asientos, arcas, ni cosas de sus oficios y salir a ellas más que una tercia hacia el portal y media vara hacia la plaza o calle donde estuvieren, pena de 600 maravedís cada uno, cada vez que lo contraviniere.

8.- Que todos que sacasen a vender cualquier obra de madera, hierro, cobre y acero, u otro cualquier género de madera o metal, viejo o nuevo, o hiciesen almonedas o vendieren o tengan bienes por oficios de herradores lo hagan en sus casas o tiendas sin salir con ello a las vías públicas, salvo en tiempos de feria, pena de 600 maravedís por cada vez que hiciere lo contrario. Y se permite puedan hacer almonedas y vender ropa vieja que cada uno tuviera en la plazuela de Herradores y en la que está delante de la Pasión y en la Puerta y plaza de Santo Domingo, vendiéndolo las mismas personas dueñas de la ropa o sus criados, sin que lo puedan vender regatones, y haya de tener licencia del corregidor y escribano mayor del ayuntamiento a que tocara, y no se pueda vender en otra ninguna plaza ni calle no den licencia para ello.

9.- Que todos los vecinos de esta villa o forasteros que vendieren carbón, leña o paja en cargas, carretas o carros lo traigan derechamente a vender a la plazuela de la Cebada, o calle de Alcalá desde el Monasterio de las Vallecas abajo, o en la plazuela de Santo Domingo. Igualmente que no se detenga, paren y obstaculicen las vías públicas ningún chirrionero o cabalgadura de carga, so pena de 300 maravedís por cada carro y 200 maravedís por cada carga, y la misma pena para los que trajeren a vender piedra, cal o yeso, lo vendan desde la calle que hay desde la puerta del Hospital de Antón Martín hasta el Monasterio de Santa Isabel, y no en otra plaza ni calle.

10.- Que todos los bodegoneros y personas que guisan de comer y vender fruta verde y seca, ya sean hombres o mujeres, no guisen ni tengan braseros, tiendas ni enseres de su oficio en las plazas o calles aunque sea con consentimiento de los dueños de las casas donde arrimaren o tuvieren tiendas, sino que dejen las plazas y calles públicas libres y desembarazadas. Y que los bodegoneros los pongan y tengan en las plazas de Antón Martín, Santo Domingo, Red de San Luis, para lo que han de tener licencia del

corregidor y escribano mayor del ayuntamiento, pena de tener perdidos los mantenimientos que vendieren y de 600 maravedís. Lo mismo se aplicará para los sastres, calceteros, ropavejeros, zapateros, cerrajeros y otros oficios afines que tienen tiendas en la calle, así como a los vendedores de pan y otro cualquier mantenimiento.

11.- Que los que tienen cajones en la plaza Mayor, Antón Martín, Puerta del Sol, Red de San Luis y plaza de Santo Domingo, deberán tener licencia dada por el corregidor y tenerlos en el sitio que este les indica, bien proveídos para vender en ellos sus mantenimientos, sin poder vender fuera de dichos cajones ni salir con los bastimentos más de vara y media desde la tabla y cajón de ellos, ni ocupar las dichas plazas con garabitas ni encerados, pena de 600 maravedís cada vez que lo incumpliera, y si no los tuvieren proveídos se les quitará el cajón y se le dará a otro, así como no podrán vender los oficios de los dichos cajones ni alquilarlos pena de perderlos, y en precio a que los vendieren y alquilaran de 10 ducados.... Que esto también se entienda para las mesas y bancos de las verduleras y gallineros.

12.- Que ningún frutero, hortelano y gallinero salga y se quite de su puesto, ni con mozos ni muchachos ni en otra manera vendan fuera de ellos, ni a las puertas de las carnicerías, y dejen libres los pasos pena de 600 maravedís por cada vez que lo incumplan.

13.- Que ninguna persona de cualquier calidad que sea, ni den lugar que ningún criado o criada, ni de día ni de noche no echen a ninguna hora ni vacíen ningún género de inmundicia, ni agua sucia ni limpia por las ventanas ni azoteas de sus casas, si no que lo echen y vacíen por las puertas principales o falsas de ella en mitad de la calle y no en otra ninguna parte. Las inmundicias no se podrán echar más que en verano, desde primero de abril hasta fin de septiembre, después de las 11 de la noche; y en invierno, desde primero de octubre hasta fin de marzo desde las 10 de la noche, so pena de 600 maravedís. Las penas se cobrarán de los amos, facultándose a éstos a deducírselo de su salario si lo arrojase uno de sus criados. Bajo la misma pena se prohíbe a cualquier persona echar en las calles cualquier género de estiércol de caballeriza u otra cosa. Y

cuando se quisieran limpiar las casas y caballerizas deberán tener a las puertas de su casa carros o chirriones o bestias con serones con que lo quiten. Las penas que se cobrasen se aplicaran en tres partes: juez, denunciador y obras públicas.

14.- Para hacer cumplir este auto el corregidor nombrará a 12 porteros de policía, los cuales estarán facultados para denunciar a todos los que *“contravinieren a este auto y no otros ningunos, y las causas que se han de pasar y pasen ante el corregidor privativamente con inhibición de la Sala de Alcaldes y de otros cualesquiera jueces y justicias reservados como se reservan las apelaciones de lo que dicho corregidor hiciere y sentenciar al Consejo y Sala de Gobierno y ante el escribano mayor del Ayuntamiento de esta Villa a quien toca la dicha policía y no ante otro ninguno”*.

15.- Que para sentenciar las causas bastará solo con la denuncia del portero, que dará relación jurada, así como se le notificará al denunciado, como siempre se ha hecho.

16.- Que no pueda llevar ni lleve derechos de cada causa más de real y medio para el escribano del ayuntamiento y l que anduviere con el alguacil.

17.- Que ninguna persona pueda tener cerrados los balcones de sus casas con tabiques ni tablas, ni en otra forma, ni salir a la calle con cerramientos, pena de 4 ducados, y se daba un plazo de cuatro días para los que así hubiere los descubrieran.

18.- Que ningún tratante de pescado o confitero pueda echar a la calle el agua con que remojan el pescado ni la que resulta de tener las frutas porque dan muy mal olor, sino que n cubas y cubetas la saquen al campo fuera de esta Villa, pena por cada vez de 10 ducados y 4 días de cárcel.

19.- Que no anden puercos por las calles y sin un día después de pregonarse este auto cualquier persona encontrase un cerdo en la calle se lo podrá quedar para su aprovechamiento sin tener por ello pena ninguna, mientras que al propietario, además

de perdido el ganado, se le pondrá una pena de 600 maravedís, y el corregidor de esta Villa tendrá especial cuidado en hacerlo cumplir.

20.- Que ninguna mesa, banco o enseres, ocupe las entradas de los soportales desde las boca calles, así como ni estar trabando, debiendo quedar libres para el paso de la gente so pena de 600 maravedís y que se le obligue a desembarazarlos. Lo mismo se aplicará a los que tienen tiendas en los portales de la calle y plaza Mayor, de Toledo, Atocha, y los de la calle nueva de la Puerta de Guadalajara y otras calles correspondientes a la plaza, plazuela de los Herradores y plaza de Santa Cruz, bajo la misma pena.

21.- Que los esparteros no puedan sacar a los portales, calles y plazuelas, ni el esparto, ni esteras u otros géneros, ni ocupen el paso, pena de 600 maravedís.

22.- Que todas las condenaciones que se hicieren sobre lo tocante a policía y ornato se apliquen por tercias partes, la una para el dicho corregidor como juez, la otra para el denunciador, y la otra para ayuda de los gastos de la limpieza de la corte.

23.- Para que en todo haya cuenta y razón que convenga para dar a cada uno la parte que le tocare y tomar la cuenta a los porteros se haya de tener y tenga por el dicho escribano del ayuntamiento donde se asienten todas las condenaciones por pequeñas que sean, declarando a quien se condenó, y en cuanto y por qué causa, y vaya tomando la cuenta a los dichos porteros, y haciendo pago al juez y portero de sus partes, y lo demás lo pague a quien el dicho corregidor lo librare y mandare pagar siendo lo tocante a la dicha limpieza, sin que se convierta en otra cosa.

24.- Que para lo contenido en este auto se guarde y cumpla y venga a noticia de todos y ninguno pretenda ignorancia se pregone y públicamente en las plazas y calles públicas.

APÉNDICE III. INSPECCIÓN EFECTUADA A LOS OBLIGADOS DE LA LIMPIEZA DE LOS CUARTELES DE LA VILLA EL 9 DE MARZO DE 1664.

Transcritas de A.V.M. Libros de la Junta de Limpieza y Empedrados I. Acuerdo del 9 de marzo de 1664.

A las tres de la tarde del referido día se juntaron en la plazuela del Salvador el Corregidor Alonso de Navarra y Haro, el secretario Diego de la Torre y los regidores comisarios Pedro Coalli, Rodrigo de Rocas, Gonzalo de los Ríos, Alonso González y Juan de Madrigal, para hacer revista y ver cómo estaban los carros de los obligados, resultando que el obligado:

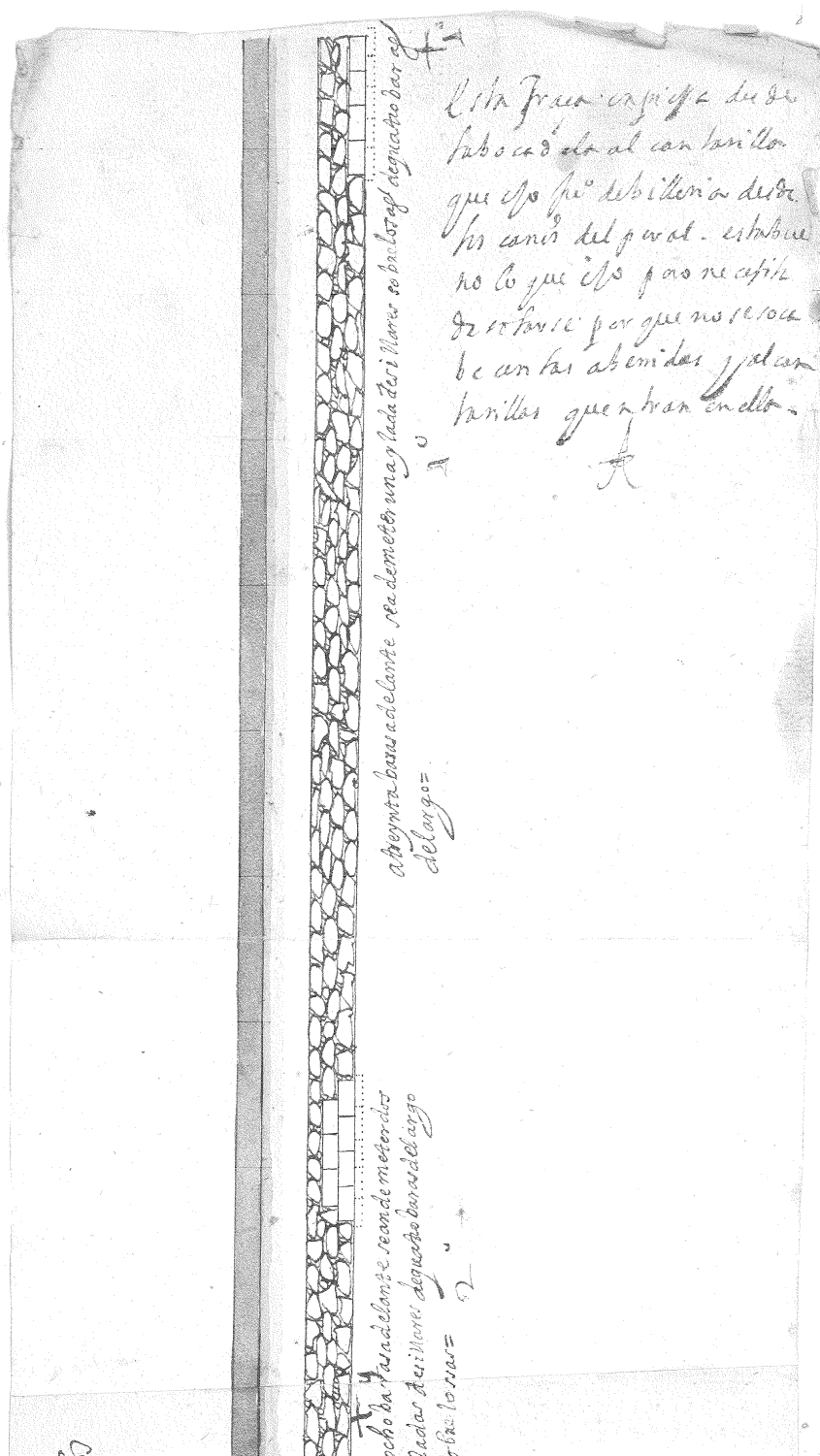
- Martín Bernal, del Cuartel de San Miguel, tiene un carro con una mula sucia y otra mohína; otro con dos mulas castañas; otro con una mula castaña y otra negra; otro con una mula sucia y otra castaña, y el último con una parda y una castaña.
- Juan Sánchez Cabezas, del Cuartel de Santa María, tienen un carro con una mula negra y otra sucia; otro con una negra y otra castaña, ambas muy malas; otro con dos negras; otro con una parda y otra castaña muy malas; y otro con una sucia y otra castaña muy malas también.
- Agustín de Fuentes, de la Plaza Mayor, un carro con una mula sucia y otra castaña; otro con una castaña y una parda; y el último un carro largo con cinco mulas.
- Domingo Cirujano, del Cuartel de la Merced, un carro con dos mulas pardas oscuras; otro con una sucia y otra castaña; otro con dos castañas; otro con una roja y otra castaña; otro con una castaña buena y una sucia muy mala; otro con un macho sucio y una mula castaña.

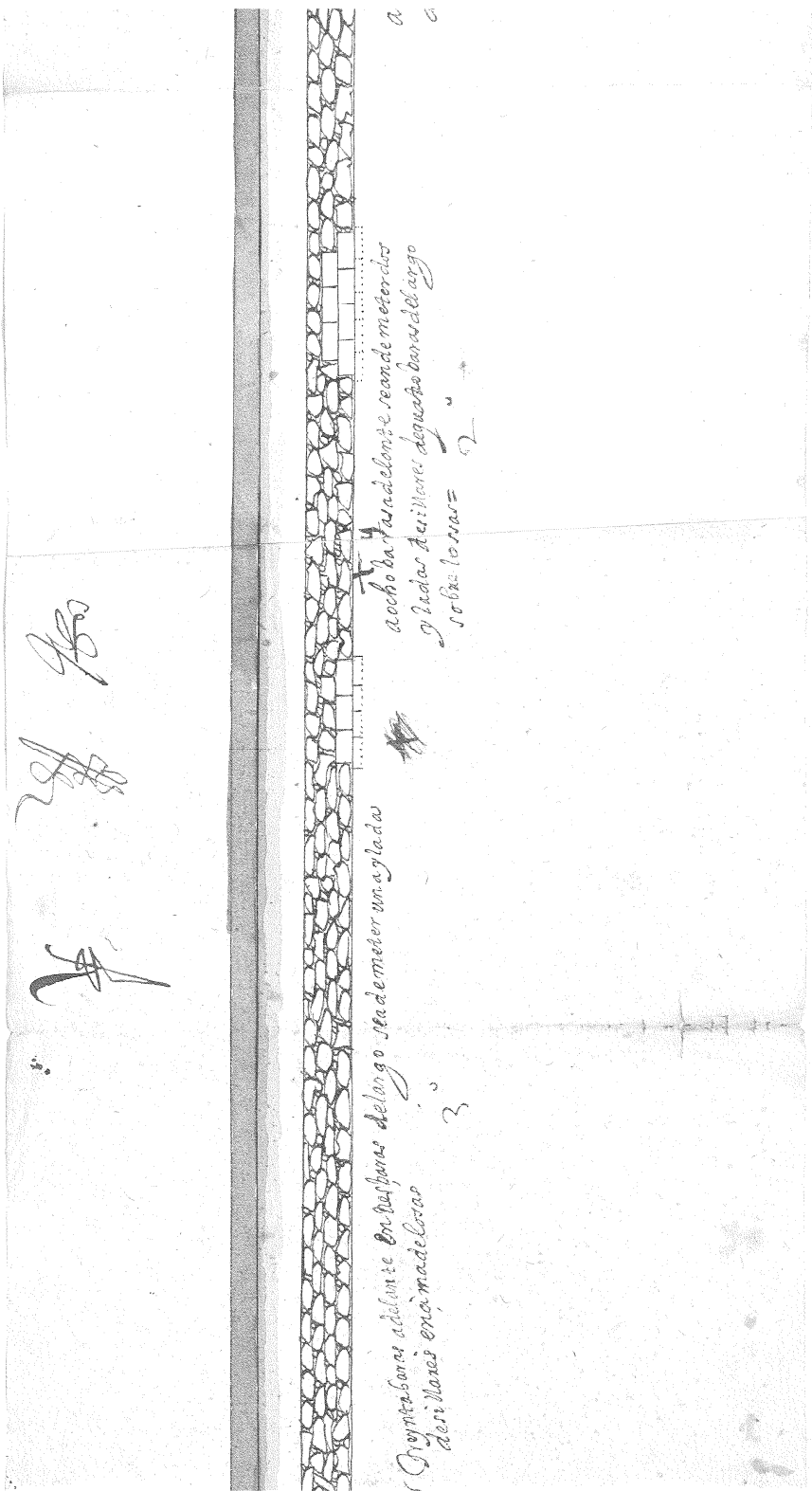
- Francisco Bellorito, del Cuartel de Santa Cruz, un carro con una mula sucia y otra castaña; otro con dos mulas pardas; otro con dos machos, uno sucio y otro castaño; otro con dos mulas castañas muy malas; otro con un macho pardo y una mula sucia; otro con un macho y una mula pardos; un carro largo de traer piedra con cinco mulas.
- Isidro de Fuenlabrada, del Cuartel de San Jerónimo, con dos mulas, una negra y otra parda; otro con dos mulas negras; otro con dos mulas pardas; otro con una castaña muy mala y otra parda; otro con una mula parda clara y otra oscura.
- Diego Aguado, del Cuartel de San Luis, un carro con una mula sucia y otra parda; otro con una mula parda y otra oscura; otro con una parda clara y otra castaña oscura; otro con dos negras; un carro largo de traer piedra con dos mulas, una sucia y otra negra.
- Juan de Lope el mayor y el menor, respectivamente de los Cuarteles de Santo Domingo y de San Ildefonso, un carro con una mula castaña clara y otra oscura; otro con una mula negra y otra castaña clara; otro con una castaña clara y otra oscura; otro con dos mulas iguales al anterior; otro con dos castañas oscuras; otro con una negra y otra castaña oscura; otro con dos castañas oscuras; otro con una mula y un macho castaño; otro con dos castañas oscuras; un carro de piedra con dos mulas crecidas castañas; y otro carro largo con dos castañas y dos reatas.
- Gabriel Sanz, del Cuartel del Carmen, un carro con dos machos negros; otro con una sucia y otra castaña; otro con dos castañas; otro con otras dos mulas del mismo color.
- Alonso Rubio, del Cuartel de San Hermenegildo, un carro con una mula sucia y otra castaña; otro con dos castañas muy malas; otro con una sucia y una castaña, muy malas; otro con dos castañas muy malas.

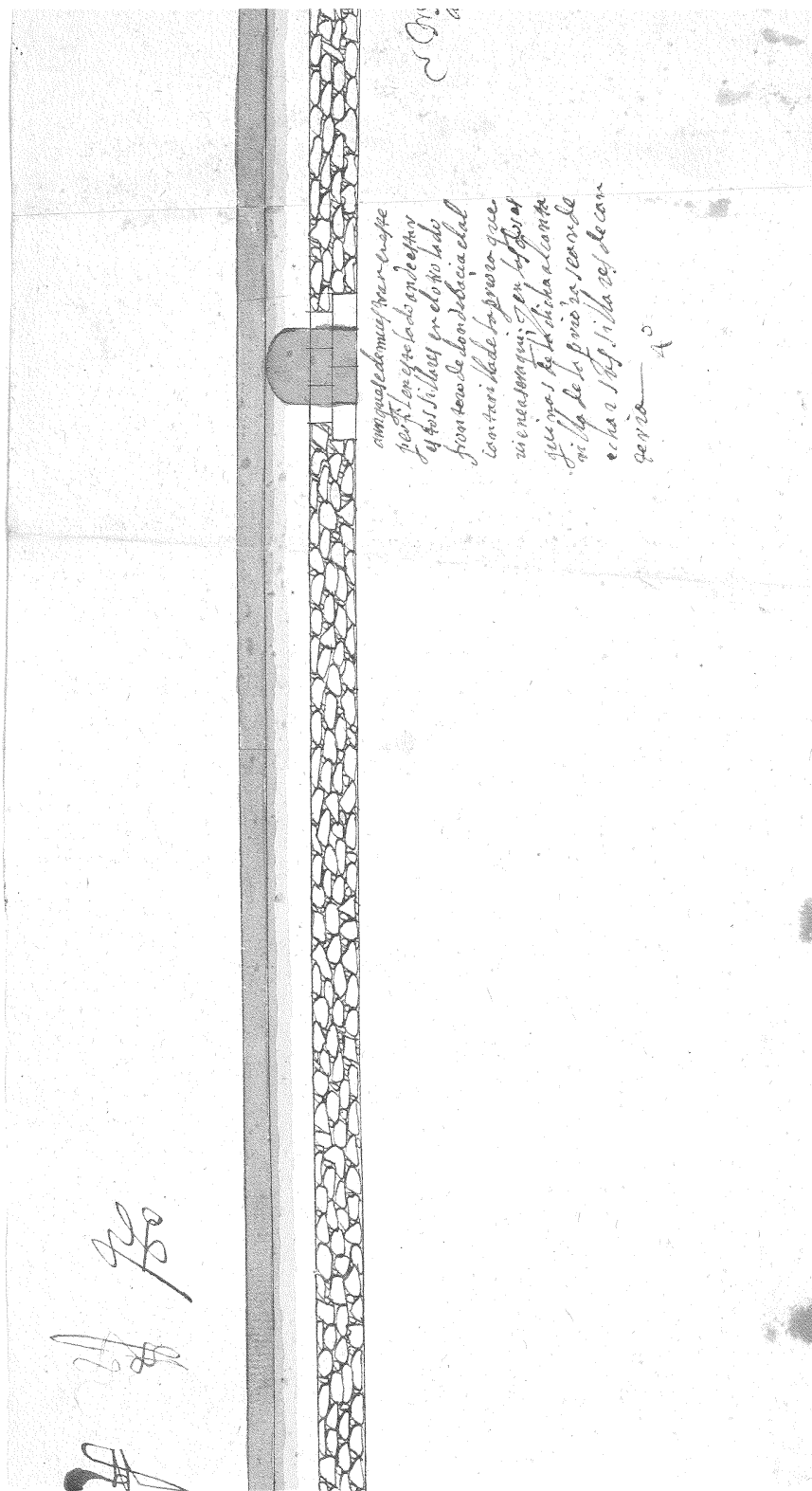
- Luis Martín, del Cuartel de San Sebastián, un carro con dos mulas castañas claras, otro con una negra y otra castaña; otro con dos castañas.

**APÉNDICE IV. PLANO DE LA SECCIÓN DE LA ALCANTARILLA DE LOS CAÑOS DEL PERAL,
TRAZADO PARA SU REFORMA INTEGRAL EN 1637.**

Se conserva el original en A.V.M. Secretaría. 1-85-63.

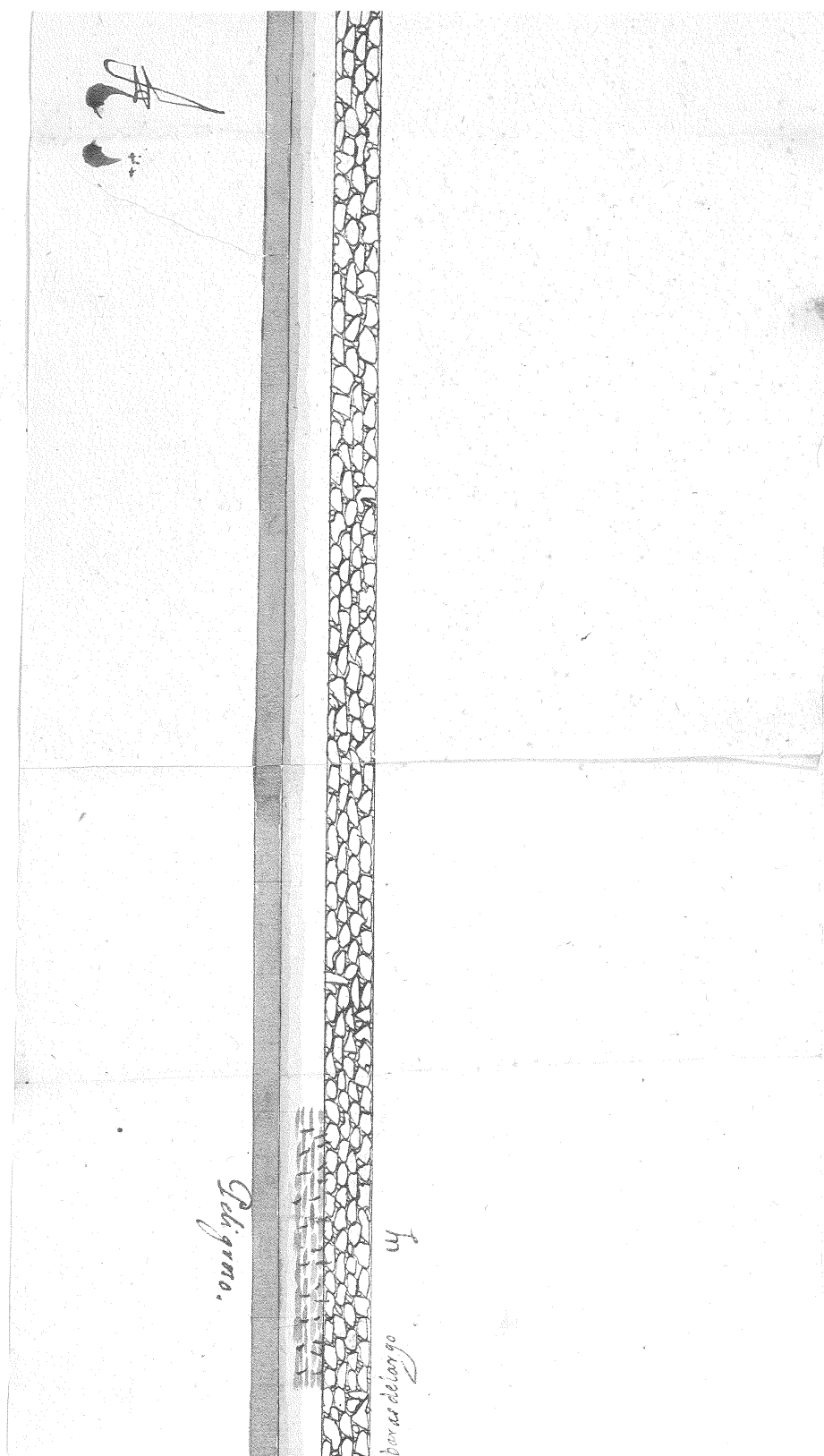






Handwritten notes on the left side of the drawing, including a large 'H' and the number '750'.

Handwritten text on the right side of the drawing, oriented vertically, describing architectural details and materials.



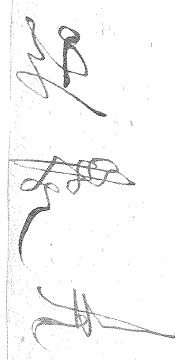
151
Pergil

101

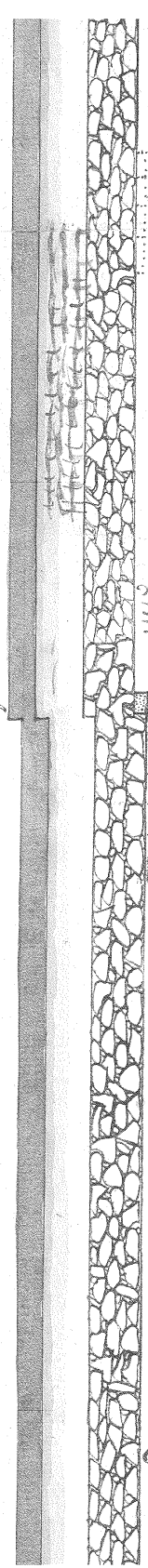
bacen

a 46 bayas idel ante se badeen ynpedac de alcantara i na de och por as de largo

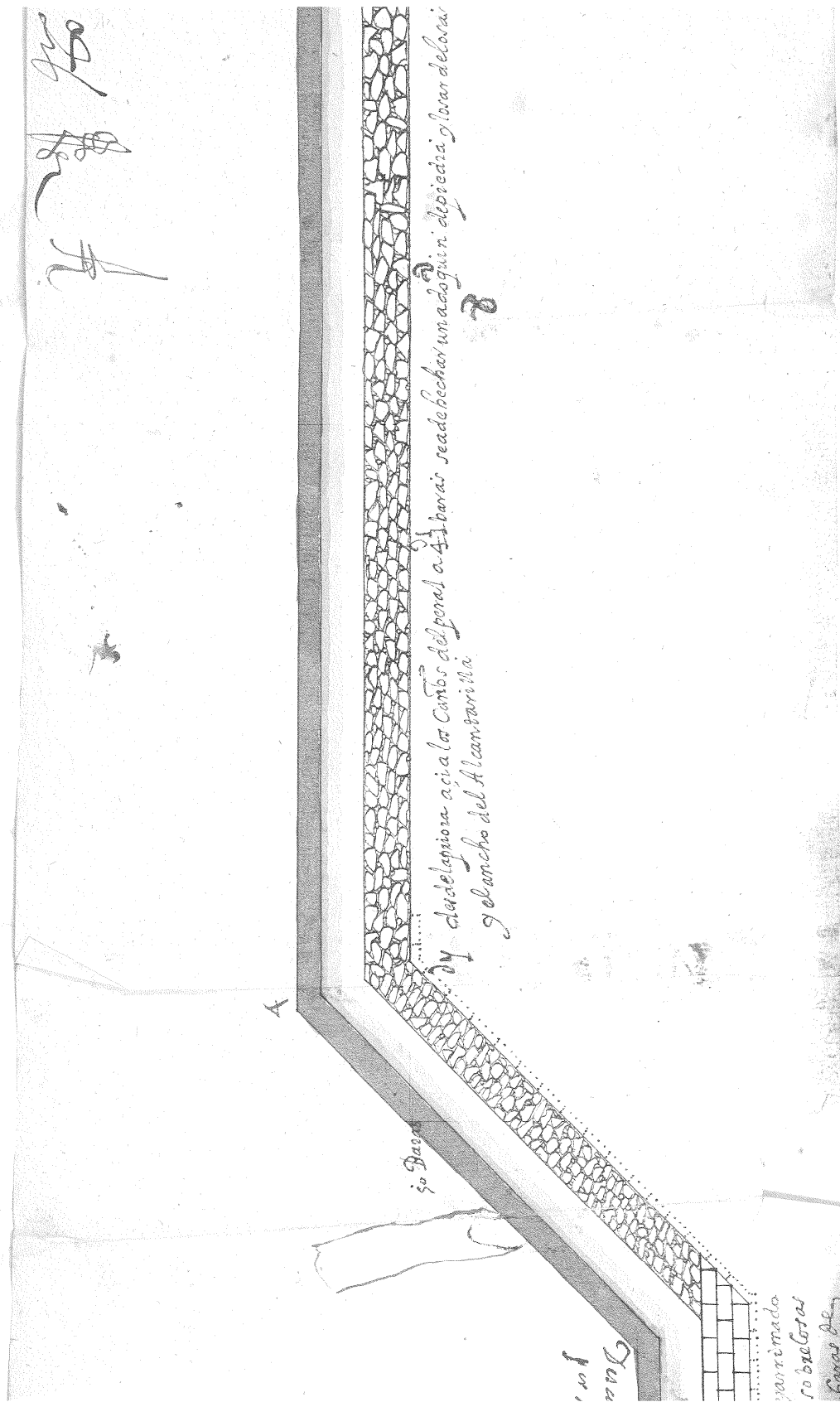
5



golpeado



en un adquin de piedra: gl'ar de los: cantidad de los y de largo
 8
 7
 6
 5
 4
 3
 2
 1
 0



Three examples of cursive handwriting in Chinese ink on a light background. The first example at the top is a complex, multi-stroke character with a large, dark, circular loop. The second example in the middle is a more fluid, elongated character with a prominent horizontal stroke. The third example at the bottom is a character with a long, sweeping horizontal stroke and a vertical stroke that curves back.

Quadrado y peligroso
por su muchedumbre.

adieu pour ne de jante on n'est pas grand par le monde
me n'andeechior par l'usage de l'illuere so deechior
cuculade acornant de el l'arrete de gomas de
l'arrete = gomas de l'arrete de l'arrete =

adiego bano adelante o tras el patio
sea de cho' may lado der. llaves
y el color de la bano del arzo =

adig bonas delinte o no Rastro de dehecor
de d'os bonos delargo una lada de i l'arreson
s'ul l'os delargo = 11

Quando l'indipugue la calca-taila.

~ Lasabida de la al cartilla
seade de auer el por den quese
cho de nullo y quel de ansecho
un ho bono y el mto por un ho
de que

APÉNDICE V. REALACIÓN DE CONVENTOS, ASILOS, COLEGIOS Y HOSPITALES QUE VERTÍAN LAS AGUAS FECALES A LAS CALLES DESDE SUS SECRETAS O POZOS NEGROS, EN EL AÑO 1721.

Transcrita de A.V.M. Secretaría. 1-15-35.

Del Cuartel de San Jerónimo:

- Convento de Santa Ana, vertía a la calle de la Lechuga.
- Monjas de Pinto, vertía a la calle del Baño o Barco.
- El de Santa Catalina, vertía a la plazuela del Espíritu Santo.

Del Cuartel de San Luis:

- Agonizantes de la calle de Fuencarral vertían a la de Hortaleza.
- Capuchinos de la Paciencia, a la de Infantas.
- Caballero de Gracia, a la de San Miguel.
- Niñas de Leganés, a la calle de la Reina.

Del Cuartel de San Sebastián:

- Hospital de Antón Martín, a la calle del Ave María.

Del Cuartel de San Ildefonso:

- Convento de los Basiliós, vertía a la calle del Barco.
- Monjas de Don Juan de Alarcón, a la misma calle.
- Niñas del Refugio, a la de la Ballesta.
- Monjas de San Plácido, a la calle de la Madera Baja.
- Maravillas, a la calle de San José.

Del Cuartel del Carmen:

- Convento del Carmen a la calle del Carmen, más debajo de las gradas.

Del Cuartel de San Hermenegildo:

- Carmelitas de la calle de Alcalá vertía a la calle real del Barquillo y van a la de Alcalá.
- Mercenarias Descalzas de la plazuela del Duque de Osuna, salen a la calle de San Francisco y Válgame Dios y van por las espaldas del cuartel de los Walones y se meten en el jardín del Duque de Osuna, y las recibe la calle del Barquillo.

Del Cuartel de Santo Domingo:

- Del convento del Rosario salen a la calle de la Flor Baja y se meten en la de Leganitos.

Del Cuartel de Palacio:

- Convento de Santa Clara, sale a la callejuela Angosta.
- Convento de los Ángeles, salen a la calle de la Encina

Del Cuartel de la Trinidad Calzada:

- La Trinidad, vierte a la calle de N^a S^a de los Remedios.
- Colegio de Atocha, salen a la calle de la Concepción.
- Merced Calzada, salen a la calle de San Pedro Martín.

Del Cuartel de Trinitarios Descalzos:

- Trinitarias, salen a la calle de Huertas.
- Niños Desamparados, salen a la calle de los Trinitarios.
- Capuchinos de San Antonio. Salen a la calle de San Agustín.

Del Cuartel de la Merced:

- De la Cárcel de Corte, salen a la calle de la Concepción
- Colegio Imperial, a la calle del Estudio.
- Convento de San Cayetano, a la de Embajadores.
- Hospedería de Santo Tomás, sale a la calle que llaman de dicha hospedería.

Del Cuartel de San Miguel:

- Convento del Sacramento, a la calle Segovia
- Monjas del Corpus Christi, salen a la calle del Conde de los Arcos
- Convento de la Concepción Francisca, salen a la Cava Alta.
- De la Cárcel de la Villa, salen a la calle del Sacramento.

Del Cuartel de los Afligidos:

- Padres de la Compañía del Noviciado, salen por una reja y vierten a la calle de Monterrey.
- Las niñas que están en dicha casa de Monterrey, sale el alcantarillado por dicha calle y vierten frente de las Capuchinas.
- Comendadoras de Santiago, vierten a las espaldas del convento en la última calle de Madrid.

APÉNDICE VI. REGLAS QUE SE DEBÍAN SEGUIR PARA LA ADMINISTRACIÓN DE LA LIMPIEZA, QUE POR ORDEN DE LA JUNTA DE LIMPIEZA DEL 29 DE JULIO DE 1754 ELABORÓ LA CONTADURÍA, CON EL PROPÓSITO DE ALIVIAR EL GASTO Y FORMALIDADES QUE SE DEBÍAN SEGUIR PARA LLEVAR LA CUENTA Y RAZÓN DE LOS GASTOS. FUERON APROBADAS EL 10 DE SEPTIEMBRE DE 1754.

Transcrita de A.V.M. Libro de acuerdos de la Junta de Limpieza de Madrid (VI), desde 3 de julio de 1754 a 2 de abril de 1755. Acuerdo del 10 de septiembre de 1754.

1.- El administrador que se destine en cada casa cuartel para el cuidado de los carros y mulas deberá preceder a todo lo que sea de su inspección bajo las órdenes del director del mismo cuartel, debiendo llevar cuenta puntual con separación de cada clase de gasto de los que ocasione la administración que esté a su cuidado.

2.- El administrador será responsable que cada género que se compre al por mayor entre en la casa cuartel (paja, cebada, madera, hierro, unto y demás), haciendo cargo separado.

3.- Para este fin deberá tener un libro foliado, rubricadas sus hojas por la contaduría, en el que con toda forma y con la debida separación se asienten los gastos y compras, y tener comprobación de los mismos y anualmente.

4.- Para que este fin se consiga se deberán hacer los pagos con toda brevedad ha de dar el administrador una certificación jurada de cada género que se ha comprado y entre en su poder, haciendo constar la cantidad (fanegas, arrobas o libras) y precios; lo que visto por el director se remitirá a la contaduría para su reconocimiento.

5.- En virtud de lo que resulte la Junta acordará que se despache el libramiento correspondiente, con el desglose de cada gasto, dando cuenta de ello en detallada certificación para que la tesorería haga los pagos a los administradores, dando los

administradores recibo de los mayoristas que le vendieron el género, vistos por el director.

6.- El administrador también dará certificación mensual jurada, visada por el director de su casa cuartel, de los gastos de salarios fijos, como su salario, el de los celadores, carreteros, mozos, con expresión de sus nombres y cantidades que les corresponde mensualmente a cada uno, para que la junta les mande su libramiento, a favor del mismo administrador, de lo que dará recibo, y tomar de los interesados el respectivo recibí, que ha de visar el director.

7.- Para los gastos menores y diarios que se tengan que asumir como herraduras, composturas de carros, cubas, rodillos, en el caso de que estén comprendidos en la clase de salarios o géneros comprados al por mayor; luces para las caballerías, medicinas para las mulas y demás cosas necesarias, hará otra certificación el administrador similar a la del capítulo anterior y la junta obrará de la misma forma.

8.- Para que la contaduría pueda llevar la cuenta del por mayor y por menor, a cada uno de los administradores se les dará noticia puntual por la secretaria de la Junta de la cantidad de paja, cebada, salvado, aceite para luces, y demás consumos que diariamente se reglase y considerase, número de ganado y su distribución.

9.- El visitador general de la limpieza en virtud de lo que S.M. tiene resuelto y se hace anualmente en lo que corresponde a la limpieza y empedrado, en que se distribuye la dotación, para que se pueda hacer en la superioridad como hasta ahora, y enterada la Junta dará certificación separada; y respecto a la administración de carros que han de visar los directores, además de la general, mensualmente darán cuenta a la contaduría de los carros que sirven diariamente, sus destinos y las faltas, indicando si procede indagar los motivos de las faltas.

10.- Todos los libramientos que se despachen deberá firmarlos el corregidor y uno de los directores, a fin de que intervenidos por la contaduría y puesto el páguese por el

corregidor se satisfagan los importes sin detención por la tesorería, como ha si esta prevenido por S.M.

Por su parte la contaduría informaba de llevar cuenta y razón de todo cuanto anteriormente suscribía, a menos que reciba otras órdenes de la Junta. Estas reglas fueron hechas el 1 de agosto de 1754.

APÉNDICE VII. INSTRUCCIÓN QUE CONTIENE LAS REGLAS PARA LA NUEVA LIMPIEZA DE LOS POZOS, APROBADA POR REAL ORDEN DE CARLOS III, FECHADA EN EL REAL SITIO DEL PARDO EL 24 DE ENERO DE 1766.

Transcrita de A.V.M. Libro de acuerdos de la nueva Junta de Policía de Madrid. Acuerdo del 28 de enero de 1766.

1.- Que el corregidor de Madrid y la Junta de Policía que ya está formada celen en que el asentista cumpla en todo lo capitulado.

2.- Madrid se dividirá en dos departamentos, denominados alto y bajo.

3.- El departamento alto comprende desde el Palacio del Retiro, Casa de Atri, y siguiendo los *Italianos*, Carrera de San Jerónimo, Puerta del Sol, calle Mayor, Platería, Plazuela de la Villa, Santa María, callejuela de Malpica hasta la Puerta de la Vega, y en él se comprenderán todas las calles que están a su derecha hasta los extremos de Madrid.

4.- El departamento bajo se extenderá desde el mismo Retiro, casa de Medinaceli, Monjas de Santa Catalina, Carrera de San Jerónimo, Puerta del Sol, San Felipe el Real, plazuela de la Villa, Consejos, casa de Malpica hasta la Puerta de la Vega, y lo comprenderán todas las calles a su izquierda hasta los extremos de Madrid.

5.- De cada uno de estos departamentos cuidará un regidor de los que se compone la Junta de Policía y uno de los dos tenientes de Sabatini con un celador que nombra la junta a su satisfacción.

6.- El público hará presente por medio de un papel o memorial a los dos regidores de los departamentos la necesidad que tiene de que se limpie un pozo de su casa, y éste sin dilación con su decreto, por medio de un celador, al teniente de arquitecto, para que después de reconocido y verificado de que debe limpiarse lo curse al asentista por

el mismo celador para que lo ejecute. En caso de que el teniente no tenga por conveniente su limpieza, lo justificará al regidor con sus motivos.

7.- Los dos tenientes reconocerán los pozos de cada departamento antes de su limpieza, *“para rebajar de la medida aquella corta parte que les falte para estar llenos”*, y hecha la limpieza tomarán las dimensiones de cada uno por pies cúbicos para las certificaciones mensuales que deben pasarse a la junta y al asentista para su abono. En el mismo acto reconocerán la obra de reparación que pueda necesitar el pozo dando cuenta de ello al regidor de su departamento con indicación del tiempo que se empleará para su arreglo, a fin de que el regidor prevenga al dueño que la deberá ejecutar.

8.- Teniendo capitulado el asentista que hay que pagarle a precio inferior la extracción de las aguas de los pozos de aguas dulces infestadas por las infiltraciones de las sucias o por otro motivo, será competencia del teniente arquitecto reducir a pies cúbicos la cabida de las cubas que se llenasen de estas aguas, y dará al asentista la certificación correspondiente para que se le abone el importe, y se informará a la junta de las causas de haberse infestado, a fin de que si fuese por culpa de los inquilinos o dueños de la casa se les obligue a pagarlo.

9.- Cada uno de los dos tenientes de arquitecto contará además del celador del departamento un oficial albañil y dos peones.

10.- Será obligación de los oficiales de albañil bajar a los pozos después de limpios para reconocer su estado y hacer todo lo que les ordene el teniente; y de los peones ayudar a llevar y traer los pertrechos necesarios, y de los celadores comunicar los avisos que se les diga.

11.- Los celadores estarán siempre atentos a lo que se les quiera mandar o comunicar el regidor de cada departamento y cuidarán de que los mozos de la limpieza no viertan las inmundicias por las calles, ni en las puertas de las casas en las que se limpien pozos,

y que estén siempre limpios los vertederos, particularmente los de las alcantarillas del interior de la población. Cuando se de la limpieza de aguas de servidumbre que estén *trasporadas* llevarán cuenta de las cubas y verificarán que las saca llenas el asentista, y así darán cuenta a los tenientes para que estos den las certificaciones.

12.- Es obligación del asentista sentar las losas de los pozos después de haberlos limpiado con tortada de cal y arena, y en los que están en la calle o patios acompañar su empedrado con cal para que no puedan introducirse en ellos las aguas llovedizas. Se encargará muy particularmente a los tenientes y celadores de que se haga así.

13.- Los dos regidores darán cuenta de todo lo que ocurra en estos asuntos en la junta, que ha de celebrarse los martes de cada semana por convocatoria del secretario, para así dar las providencias necesarias.

14.- El director Sabatini reconocerá las certificaciones de las medidas hechas y firmadas por sus tenientes, para que con su visto bueno las recoja y presente el asentista a la junta, y por ella se le satisfaga el importe. En caso de que el director ponga algún reparo lo comunicará a sus tenientes y consultarán en los casos que se les ofrezca.

15.- Para que el público esté enterado de la división de los dos departamentos y de sus dos regidores a quienes deben acudir, dando cuenta de la calle y casa en la que viven se pondrán carteles.

16.- Con el fin de prevenir las desgracias que pudieran suceder por no tener las bocas de los pozos que están en las calles todo el resguardo posible, se pondrá en cada uno dos losas de grueso correspondientes, mediando algún hueco entre ellas.

APÉNDICE VIII. PLIEGO CON LAS CONDICIONES DEL ASEINTO DE LA LIMPIEZA DE LOS POZOS DE LA VILLA, ELABORADO POR FRANCISCO SABATINI EL 13 DE OCTUBRE DE 1768.

Transcrito de A.V.M. Libro de acuerdos de la nueva Junta de Policía de Madrid. Acuerdo del 25 de octubre de 1768.

1.- Este asiento se debe entender midiendo los pozos de aguas mayores y menores a pies cúbicos de su cabida; se entiende del material tanto en los parajes lejos de los vertederos como en los más inmediatos, y en los pozos que se encuentran en sótanos, patios interiores, calles, todo uno con otro. El asentista dirá el precio del pie cúbico tanto de las aguas como de lo grueso. No solicitará interés ninguno por las aguas que se vierten en los pozos durante los días de su limpia, ni tampoco por las noches que vayan las cubas a sacar las aguas de las casas en que haya que hacer reparos en los pozos, no excediendo de aquellos días que señalen sus tenientes para hacer las obras; en caso de que se pasen de estos días se les deberá pagar por los dueños de las casas, 3 reales por cada noche, como se ha hecho hasta aquí.

2.- Ha de ser de cuenta del asentista el tomar a su cargo todos los pertrechos de carros, cubas y demás enseres que tiene el servicio público para este fin, pagándolo por su justo valor, para lo que se nombrará de orden de la junta persona que los tase, y lo mismo podrá hacer el asentista por su parte.

3.- Que ha de tener no sólo las cubas y carretones que ahora existen y son necesarios, sino que siempre ha de tener 2 ó 3 más de cada clase para que si se ofreciese no haya detención ni atraso en las limpias. En adelante los irá aumentando según sean necesarios, de modo que siempre haya 2 ó 3 más para que de ningún modo se retrasen y el público este bien servido.

4.- Ha de ser de su cargo la cuadrilla o cuadrillas de oficiales y peones con las herramientas necesarias, para que apenas se le dé aviso vayan a levantar la losa o

losas de los pozos con la persona que diputase la junta para que comprueben que están enteramente llenos o a la altura que llegan sus vertidos por si es atasco de una tajea para rebajar de la medida el resto de dicha altura.

5.- Ha de ser de su cargo poner todas las herramientas y pertrechos y luces para las limpias, con la gente inteligente y precisa para evitar percances, de modo que por la causa pública no se ha de pagar más que la cantidad de pies cúbicos de vertidos que se sacan del pozo.

6.- Ha de ser de su cargo el llevar a las casas el polvo, basura o ceniza que fuese necesario para llevar y sacar lo grueso en los carretones para evitar salpicaduras y ensuciar las calles.

7.- Ha de tener gran cuidado en tener a punto los carretones y cubas, de modo que nada se vierta. Si se ve que se rompiese una cuba o carretón por la calle vertiéndose en ella parte o todo, inmediatamente lo ha de recoger y dejarlo barrido.

8.- En los meses de abril, mayo, junio, julio, agosto, septiembre y octubre se han de empezar las limpias a las 24:00 h. trabajando hasta las 5:00 de la madrugada. De noviembre a marzo desde las 23:00 hasta las 6:00 de la madrugada.

9.- Lo grueso lo han de llevar a verter al paraje que se le indique del barranco del Prado, o si conviniese en las inmediaciones de la Puerta de Atocha, a fuera en lo más inmediato del barranco, y en igual forma en el de Lavapiés o inmediación a él, al portillo más próximo, observando lo mismo en la alcantarilla de San Francisco, poniendo un hombre el asentista para que con pala o azadón lo eche en su interior, no dejándolo sobre los vertederos, y que las aguas llovedizas no se lleven y eviten los malos olores. En cuanto a lo líquido lo llevará a los mismos sitios relacionados, y para aquellas calles y barrios que se encuentren lejos de ellos se le destinarán sitios a propósito con la cercanía posible a las puertas y cercas, separándose de los caminos reales y paseos públicos.

10.- Al instante que concluya la limpieza o limpiezas de cualquier pozo a de avisar a la persona que diputase la junta para que haga la medida de ellos para la satisfacción de su importe a su tiempo.

11.- Ha de ser de su obligación que al instante que se hagan las medidas, volverá a sentar las losas de los pozos con su tortada de mezcla de cal y arena, y en las que estén en las calles o patios, acompañar su empedrado con cal para que no puedan introducirse las aguas llovedizas, ya que de lo contrario será de cuenta del asentista su limpieza.

12.- Que en los pozos que se limpien por *trasporo*, aunque paguen los interesados o dueños de las casas, su importe ha de ser bajo el mismo contrato, condiciones y medida, y ha de ser de su cargo el cobro que se lo deberán pagar con certificación que lleve el mismo que diputase la junta.

13.- En las limpiezas de los *trasporos* de aguas dulces, mediante no poderse medir porque siguen llevándoles el agua los manantiales, teniéndose cuidado por los celadores que los asentistas llevan las cubas bien llenas y la cuenta de la cantidad de las que se saquen, se reducirá a medida, cubicando el hueco de la cuba o cubas por si fueran desiguales en sus dimensiones, que para estos casos mejor será que sean cubas iguales, y tengan alguna marca o señal para que en ello no pueda haber engaño, y respecto que no se necesita tanta gente para estas limpiezas el asentista dará precio distinto al que tiene fijado para las aguas y lo grueso de los pozos negros.

14.- El asentista ha de tener mucho cuidado en la tarea de cargar los carretones y llenar las cubas para no ensuciar las calles, y aunque este lloviendo no deben tirar nada a la calle, ya que de no hacerlo la junta lo multará severamente.

15.- Que a las casas que precisen hacer obras en los pozos, acudirá por las noches y a las mismas horas, relacionadas arriba, con las cubas, y si no se llenase alguna de ellas

en una casa, irá a la más inmediata que haya y si ocurre lo mismo al pozo que estén limpiando más cercano.

16.- Que por semanas o meses se le harán sus pagos, sin demora.

17.- Que respecto según resulta de la novena condición, que en los principios de este asiento, y con el primer asentista en la mayor parte no se señalaban vertederos fijos, sólo si algunos, y que se dice en ellas había de ir a verter de puertas afuera, ha de quedar el asentista obligado a ir a verter a los parajes que se le destinen puertas afuera, en inteligencia que se procurarán señalar lo más inmediato a ellas que sea posible y sin que por este motivo pueda solicitar aumento alguno, ni tampoco por otro pretexto originado sobre este asunto.

18.- Ha de hacer el asiento por el tiempo que determinasen la junta.

19.- Se ha de sujetar a las instrucciones o reglas que le dará la Junta.

20. Tendrá que dar las fianzas correspondientes a satisfacción de la Junta.

La Junta de Policía aprobó este pliego el 25 de octubre de 1768.

APÉNDICE IX. MÉTODO PARA LA ADMINISTRACIÓN DE LOS RAMOS DE LA LIMPIEZA DE NOCHE Y DE DÍA QUE EMPEZARÁN A CORRER UNIDOS BAJO LA DIRECCIÓN DE MADRID, DESDE EL DÍA 19 DE AGOSTO DE 1783.

Transcrito de A.V.M. Secretaría. Expediente 1-29-4.

- Primeramente se señala que conviene que exista un solo administrador general de las dos limpiezas, tanto para usar mejor el ganado y darle el trabajo soportable y alternativo para su mejor conservación, como por la mejor distribución de los operarios. Tendrá a su cargo un segundo que le ayude en sus tareas, y en caso de enfermedad o ausencia suplirle. Bajo la dirección de ambos quedaran los administradores particulares y demás subalternos.
- En cada uno de los cuarteles, que por ahora son cinco, con el de noche haya un administrador que cuide de todo el gobierno económico y el que tendrá a su organización en el mismo cuartel a tres mozos de continua asistencia que se encargaran de dar pienso y limpiar al ganado, sacar las basuras a los muladares propios de Madrid y no a otra parte, componer los aperos de los carros y cubas, untarlas, regarla en tiempo seco, asistir con la mayor vigilancia y prontitud a los incendios y ejecutar los demás trabajos útiles que les encomienden.
- Saldrán al partido 30 carros diarios, pues además de que por este medio no habrá atrasos, convendrá también porque no destinando más que una mula por carro será menor el trabajo de estas y concluyéndose los partidos a la una del día; o poco más se hallan útiles para el trabajo del riego, incendios o para los pozos, siempre que por ser muchos los que hay que limpiar obligue a echar mano de las mulas que han trabajado de día siendo precisa circunstancia que por ningún caso se adelanten los partidos, además de la confusión y el desorden que ocasiona.
- Los celadores de día, de noche y los sobrestantes de los carros deberán cuidar que el vecindario barra con más esmero y a ser posible con escoba más suave, apremiando a

los morosos y exigiendo las multas prevenidas por el bando, para lo que tendrán facultad, dando cuenta al corregidor o comisarios; advirtiéndolo a los capataces de las cuadrillas de mozos barrenderos limpien todos los anchos de las plazuelas, frentes de las casas desalquiladas, saquen con esmero los basureros no dejando nada en ellos, carguen los carros con la debida proporción de forma que no viertan las basuras, recojan lo que quedase en la calle al tiempo de vaciar las espuestas en los carros y extraerlas de las casas; y en tiempo de polvo no lo echen con las palas en los carros sino cargando las espuestas con ellas y luego las vacíen en los carros con cuidado.

- El número de carros por cuadrilla será según el número de calles, pues el capataz que tenga 20 calles le corresponderán más carros que sólo al que le toquen 16; y para los viernes, sábados y domingos que se vierte en los muladares de la Ronda Alta se pondrán las mulas de gancho o cuerda que sean precisas para los repechos.
- Como se ha notado que los mozos carreteros recogen por su interés entre las basuras, trapos, papeles y otras cosas, que en tiempo de desestero ponen las esteras en la tapa del carro haciendo un gran contrapeso al ganado, por lo que queda prohibido, como también transportar caballerías muertas, materiales de obras y otras maulas a las que están acostumbrados.
- Los carros para la limpieza de día y las cubas para la de noche se pondrán promiscuamente en las Casas Cuarteles para evitar el trastorno de mulas y calces, y para que este todo listo para las horas que se precisan; pues para los partidos de día saldrán de los cuarteles en aquellas que el vecindario haya barrido, ni más o menos tarde, según el partido pueda concluirse a una hora regular.
- Para la limpia diaria de la plaza Mayor se pondrá un carro grande que entregó Madrid al asentista, pues yendo a verter cuesta abajo se podrá muy bien hacer el servicio con un par de mulas, y en menos viajes se lograría el mayor aseo.

- Respecto que el asentista ha estado luchando un cuarto diario en cada puesto (como consta a Madrid), lo que se regula en 600 ducados al año o poco menos, se podrá continuar en los mismos términos por hallarse establecido, pero convendrá destinar sujeto activo, legal y de toda confianza para esta recaudación dando destino a este caudal por meses o año según la junta estime conveniente, aumentando en la plaza si fuese Navidad, o tiempo de Frutas algún carro más que ayude al diario.
- Como de las dos limpias se hace un globo, se podrá también servir por unos mismos trabajadores, pues estamos viendo no impide a los de noche ocuparse de día en desaguar pozos, trabajar en los empedrados, salitre y otras obras, pero esta regulación de mozos y jornaleas para los dos servicios, la irá manifestando la práctica que el Visitador General de Policía, teniente y administradores se cuidarán de tenerlo en cuenta e ir mejorando la economía, sin perjudicar la dependencia de los servicios.
- En todo tiempo y más en invierno conviene que los muladares estén a corta distancia, por lo que pudieran mudarse algunos con dictamen de la junta en los sitios siguientes: el muladar que está fuera de la Puerta de Toledo, contiguo al Portillo de Gilimón, en el sitio de Madrid, dentro de la cerca del Matadero de las Vacas. El del Portillo de Valencia detrás de las casas de “*Almagacen*” del Pescado, en un sitio erial que media entre ella y una tenería, levantando una tapia de tierra y poniendo una puerta capaz para los carros. Los muladares de las puertas de Santa Bárbara, Pozos y Conde Duque, el primero detrás de la cabaña de los guardas en sitio oculto y más próximo a Madrid que donde se encuentra; el de los Pozos en terreno de que Madrid ha tomado posesión, pasada la Casa de la Artillería, en una hoyada poco visible; mientras que el de Conde Duque no se encuentra en mala disposición pero se alterará u situación siempre que se encuentre más oportuna.
- El riego diario del Paseo del Prado se ejecutará como hasta ahora con la ampliación de la calle de Trajineros, y en los tiempos que lo exija la urgencia, pero para esto es necesario 30 cubas, pues aunque se puede hacer con menos conviene que siempre haya alguna en los cuarteles por si se produce un incendio, además de perder menos

agua, hacer un riego más efectivo y no agotar tanto a los mulas. Mientras dure la temporada de riego se quedarán en el Cuartel de la calle del Sordo 14 cubas y en los otros 4 en cada uno, debiendo estar llenas a cualquier hora del día y de noche, y cuando no sea temporada de riego se repartirán proporcionalmente entre todos los cuarteles.

- La asistencia a los incendios *“es el punto de más consideración y que en el pronto arribo de los útiles consiste el mayor o menor progreso de las llamas”*. En cada cuartel deberá haber tres mozos para esta función, y nada más oír las campanas que tocan a incendio salgan de cada casa –cuartel- dos cubas y un carro con herramientas, y del cuartel de la calle del Sordo un carro, una cuba y la bomba grande; en los carros deberán ir también las bombas chicas y aún las medinas que quepan; además los trabajos del partido dejarán todo y acudirán inmediatamente a sofocar el incendio según el repartimiento que se les haga, unos por cubas, otros al manejo de las bombas en que se les instruirá tantos a la fuente más inmediata a llenar las cubas que lleguen vacías y los demás a echar agua en la casa incendiada. Si el incendio es de noche, además acudirán a sofocarlo los trabajadores de pozos y otros vecinos por razón de su empleo u oficio como maestros de obras, el mayor de Madrid –maestro-, el alguacil mayor, el visitador y teniente de policía. Concluido el incendio se recogerá con la mayor exactitud toda la herramienta y colocada en los cuarteles harán certificación los administradores, por si se han perdido, deteriorado, al visitador general de policía, para su pronto reemplazo y composición de bombas. Extinguido el incendio y si queda tiempo se volverá al trabajo de la limpieza de día o de noche.
- Como punto general se encargará a todos los celadores de día y de noche, administradores, operarios y demás dependientes de Madrid que avisen a los cuarteles en caso de incendio, ruina de casa o inundación, o cualquier aflicción pública, notificándolo al visitador, teniente, maestro mayor o maestros de obras de la villa, que por oficio deben concurrir para el más pronto auxilio; celando también los dependientes para que quiten los animales muertos de las calles avisando para ello a las cuadrillas de empedrados, mozos de la limpieza o cuarteles; procurando igualmente

dar memoriales para la limpieza de los pozos que corran por las calles avisando a este fin al administrador general, revisando el asiento de las losas de los pozos –tapas- y demás puntos de policía que les asigne el visitador; algo que se extiende a todo vecino que se precie de buena vecindad.

Madrid, 31 de julio de 1783. Firmado por José Domingo de Molina y Juan García de Lama.

APÉNDICE X. RAZÓN INDIVIDUAL DE LAS ALCANTARILLAS MAESTRAS Y SUS RAMALES CONSTRUIDAS POR LA VILLA EN LOS DEPARTAMENTOS ALTO Y BAJO, NÚMERO DE CASAS QUE HAN INTRODUCIDO SUS AGUAS INMUNDAS Y LLOVEDIZAS A LAS REFERIDAS ALCANTARILLAS. 17 DE DICIEMBRE DE 1809.

Transcrito de A.V.M. Secretaría. Expediente 4-295-36.

DEPARTAMENTO ALTO.

Dada por el teniente de arquitecto Pedro de la Puente.

1.- Alcantarilla grande o maestra del Prado, dirigiéndose por la calle de Alcalá a la del Caballero de Gracia, y por ésta a la de Hotaleza. 49 pozos desaguan en ella además de los ramales siguientes:

- Ramal de mina de la calle de las Torres hasta la de la Reina, 5 pozos.
- Ramal de mina de la calle de la Reina desde la de las Torres hasta a la de San Jorge, y de esta a la de Hortaleza, 23 pozos.
- Otro de la calle de San Jorge, desde la de San Miguel a la de las Infantas, 2 pozos.
- Otro desde la calle de las Infantas, desde la de Fuencarral a la de la Libertad, 29 pozos.
- Otro de la calle del Clavel, desde la de San Miguel a la de las Infantas, 7 pozos.
- Otro de la calle de San Bartolomé, desde la de San Marcos a la de las Infantas, 10 pozos.
- Otro de la costanilla de Capuchinos, y descarga en la referida de las Infantas, 8 pozos.

2.- Alcantarilla maestra de la calle Real del Barquillo, desde la de Alcalá, callejón del Duque de Abrantes, Florida, San Benito, hasta la de Fuencarral, 44 pozos, además de los de los siguientes ramales:

- Ramal que vierte a la de la costanilla de Santa Teresa, 4 pozos.
- Otro desde esta de la calle real, por la de San Antón hasta las accesorias de las Recogidas, atravesando por debajo de las casas nº 6 y 44 de la manzana 316, a salir a la de Hortaleza, por la que continua atravesando hasta las Escuelas Pías, 32 pozos.

3.- Alcantarilla maestra del Prado, por la acera opuesta de la calle de Alcalá, hasta la Real Fábrica de Cristales y un trozo chico de la calle del Turco, y desagua en dicha de la calle de Alcalá, 9 pozos.

4.- Alcantarilla maestra desde los Caños del Peral, subida a la calle del Arenal, continua toda esta atravesando la Puerta del Sol y sigue por la Carrera de San Jerónimo hasta las Cuatro Calles, [Desde la Puerta del Sol sube un ramal por la calle de Carretas hasta la imprenta real, de la que sale un ramal que coge las calles de majaderitos ancha y angosta hasta la de la Cruz] 101 pozos, además de los de los siguientes ramales:

- Ramal que desagua en esta que sube por la calle de las Hileras, plazuela de Herradores, costado de la iglesia de San Felipe Neri, continuando por las accesorias de la calle Mayor a las cabeceras de las dos callejuelitas de la entrada a dicha plazuela por la referida calle Mayor, 16 pozos.
- Ramal de la calle de Bordadores, desde la del Arenal, atravesando la Mayor hasta el callejón del Infierno, y calle de la Amargura hasta la plaza real, 17 pozos.
- Otro desde el registro de la calle de Bordadores en frente de San Ginés y sigue por la plazuela de este nombre, calle de Coloreros, calle Mayor hasta el callejón del Infierno, y sigue por la calle de Boteros hasta la plaza Mayor al nº 2 de la manzana 195, 41 pozos.
- Otro desde la calle del Arenal por la de la Zarza hasta la de Preciados, 11 pozos.
- Otro desde la calle de la Zarza, calle de Preciados a desaguar en la de la Puerta del Sol, 8 pozos.

- Otro desde los Caños del Peral, y sube por la calle de los Tintes, Mesón de Paños, hasta la costanilla de Santiago, 40 pozos.

5.- Alcantarilla maestra, desde la de Leganitos, por la calle de los Reyes a la plazuela de Capuchinos y se vuelve un trozo por la calle de San Bernardino hasta la superior del Convento de las Capuchinas, 25 pozos, además de los de los siguientes ramales:

- Un ramal que desagua a la mina de la calle de los Reyes, por la de Abadía y de Castro, a la de los amigos hasta su cabecera por la derecha, y otro ramal por la izquierda, 10 pozos.
- Otro ramal (cortado por el Colegio de niñas de Monterrey), desde dicho Colegio, calle de Amanuel, a desaguar en la referida de los Reyes, 13 pozos.
- Otro que desagua en la alcantarilla de la calle del Arenal toda la subida de San Martín, 4 pozos.

6.- Alcantarilla maestra. Desde la Puerta del Sol, calle de la Montera, Red de San Luís, entrando a la calle de Fuencarral, hasta en frente de la segunda puerta principal de la Casa de Astrarena (sic), 55 pozos, además de los de los siguientes ramales:

- Un ramal que desagua en esta calle de Jacometrezo hasta la de la Salud, 11 pozos.
- Dos ramales que desaguan en dicha calle de Jacometrezo, calle de los Leones y de la Flor, 23 pozos.
- Otro por la Red de San Luis, desde frente de la calle de los Jardines hasta la casa nº 23, almacén de aceite, 6 pozos.
- Otro desde la Red de San Luis, calle de los Jardines, hasta los Baños que llaman del cura, 13 pozos.
- Otro que desagua en la general de la calle de la Montera, calle angosta de San Bernardo hasta la medianería del Convento de las Vallecas, 23 pozos.

Los pozos suprimidos –incorporados- en este departamento suman 639, a los que hay que aumentar otros 111, de los que se han encontrado más de uno en las casas grandes, conventos, colegios y demás, por lo que ascienden a un total de 750 pozos.

Razón de las aguas extraídas de los pozos del departamento alto, en pies cúbicos, desde 1 de enero de 1804 hasta fin de noviembre de 1809:

1804	686.170 con $\frac{1}{4}$.
1805	743.748 con $\frac{1}{2}$.
1806	864.674 con $\frac{5}{8}$.
1807	854.950 con $\frac{1}{8}$.
1808	1.057.539
1809	1.176.442 con $\frac{3}{4}$.
TOTAL 5.350.192 CON $\frac{1}{4}$.	

DEPARTAMENTO BAJO.

Dada por el teniente de arquitecto Juan Antonio Cuervo.

1.- Alcantarilla maestra de la calle Real de Lavapiés, desde la puerta de carros del convento de la Trinidad y sigue por dicha calle real hasta verter en el barranco. 169 pozos incluidos los de sus ramales siguientes:

- Ramal de mina que comienza a la esquina de la calle del Olivar en la Plazuela de Lavapiés.
- Otro que viene desde la Sombrerería del Rey, calle de Jesús y María.
- Otro que desde las cocheras del Marqués de Perales baja por la calle de la Cabeza.
- También vierten en ella (Lavapiés) la de la calle del Ave María que sigue por la calle de la Magdalena a la plazuela de Antón Martín y desde esta por la calle de Santa Isabel hasta las cocinas del Convento de San Juan de Dios.

- Dos ramales que viajan desde la Torrecilla del Leal a la calle del Ave María, uno por la de la Esperanza y el otro por la de la Rosa.

2.- A la derecha del Prado (calle), una mina que principia en la Platería de Martínez, toda la calle de las Huertas hasta la plaza del Ángel y baja por la calle de las Carretas hasta la casa de Ormazas o Ormeras, sigue por la plaza del Ángel hasta la calle de Atocha. 64 pozos incluidos los de los siguientes ramales:

- Ramal de la calle de San Ildefonso que comienza al frente de la de San Eugenio, baja por la de Santa Inés a la de Atocha, y por esta se dirige a la principal del Prado, y recibe dos ramales que bajan uno de la fuente de Santa Isabel a la calle de San Ildefonso por la calle de la Esperancilla, y el otro desde la calle de Santa Isabel por la de Santa Inés hasta la esquina de la de San Ildefonso.

3.- La de la calle de San Juan se dirige por dicha calle desde la plazuela de Antón Martín hasta verter en la general del Prado, 63 pozos incluidos las del ramal siguiente:

- Ramal que comienza en las Trinitarias y se baja por la calle de San José.

4.- La de la calle de San Agustín, empieza en la puerta de carros del Convento de Capuchinos, baja por la calle de Francos y desagua en la huerta del Convento de Jesús, 16 pozos.

5.- La de la Carrera de San Jerónimo, principia en las cuatro esquinas y vierte en la de la calle del Arenal, después de haber desaguado en ella la de la calle de las Carretas, que principiando en las casas de la Imprenta Real baja y se une con otra que desde la misma casa por la calle de la Paz se dirige por la de San Ricardo y juntas vierten en la anterior⁴. A la de Carretas también vierten las de las dos calles de Majaderitos hasta la de la Cruz, 44 pozos.

6.- La de la plazuela de la Leña, comienza en el costado de la Parroquia de Santa Cruz, se junta con un ramal que desde la esquina de la casa de los Gremios, en la de Atocha, baja a unirse con ella, y por las calles de la Paz y el Correo, se dirige a la calle del Arenal en la que vierten, 41 pozos.

7.- Las de la calle Mayor que principian en el callejón del Infierno y vierten en las de las calles de Coloreros y Bordadores, e igualmente un ramalito que desde esta sube hasta la calle de la Amargura; otro que sube por la de Boteros hasta el medio de la plaza Mayor y este trozo se comunica parte del que viene a los portales de San Isidro hasta la manzana 195. 24 pozos incluidos los del siguiente ramal:

- El trozo de la calle Mayor desde esta de Coloreros hasta las covachuelas está dividido en dos trozos; el uno sale desde la calle del Arenal por el antiguo callejón de las casas de Oñate y desde parte de ellas; el otro sale por el otro callejón contiguo a la dicha casa de Oñate, recibe el resto de la calle Mayor, sube por la bajada de Santa Cruz y vierten a él las calles de Postas, San Cristóbal, Vicario Viejo, Zapatería de Viejo y plaza de Santa Cruz, por manera que en todas aquellas no quedan más pozos que los números de la manzana 195 que están por la plaza Mayor.

8.- La de la calle de Segovia que vierte en el campo, sube por dicha calle hasta Puerta Cerrada y desagua, 285 pozos en los que se incluyen los de los siguientes ramales:

- El que desde el pretil de la Cava Baja va por debajo de la Casa del Duque de Alba y por la Cuesta de los Ciegos desagua en la principal.
- El de la calle del Rollo que vuelve por la calle de Madrid hasta la de Nájera.
- La que desde el principio de la calle del Nuncio se dirige por toda ella hasta la principal.
- La de la calle del Almendro que principia en la Bodega y baja delante de la puerta de Santiesteban.
- La de la calle de la Pasa que principia desde el arco del Conde de Miranda.

- La de la plazuela y calle del Conde de Barajas.
- La de la calle de Cuchilleros y cava de San Miguel que principia desde la casa del Sr. Bringas.
- La de la calle de Latoneros que sube por la calle Imperial hasta la Cárcel de Corte, vertiendo en ella dos ramales; uno de la calle de la Lechuga y el otro de las Carnicerías.
- El de la calle de Ángel Moro que principia en la plaza y sigue por la Vidriería hasta la de las Velas, incluida esta.
- Desde Puerta Cerrada sigue la Alcantarilla por la calle de los Tintes y de la Concepción Jerónima, hasta la de Atocha vertiendo.
- La de la calle de los Azotados vierte en la de los Tintes.
- La del Salvador, que comienza en los comunes de la Cárcel de Corte, en la de la Concepción Jerónima, y en la misma la de la calle de Santo Tomás que comienza en la Botillería.

9.- La de la plazuela del Rastro que empieza en la calle de las Amazonas, llega a la de la Ruda y sigue por la Ribera de Curtidores al Campo, desaguan en ella dos ramales; uno que baja por la calle de Rodas y comprende toda esta calle; la otra desde la calle de Embajadores por la de San Pedro, 58 pozos.

10. También vierten en el campo:

- La de la calle de las Pulgas, que comienza en la calle del Carnero, 7 pozos.
- La de la calle del Peñón empieza en la del Carnero al campo, 8 pozos.
- La de la calle de Embajadores empieza en las Niñas de la Paz y sigue a verter al campo, 22 pozos.

En total vierten en estas alcantarillas y ramales 801 pozos.

Razón de las aguas extraídas de los pozos del departamento bajo, en pies cúbicos, desde 1 de enero de 1804 hasta fin de noviembre de 1809:

1804	1.585.264
1805	1.267.343
1806	1.282.152
1807	1.281.824
1808	952.335
1809	1.012.593
TOTAL 7.380.511	

Juan Antonio Cuervo añadía que no se puede asegurar que se ha hecho la extracción total de los pozos por no permitirlo en algunos años la falta de ganado y otros contratiempos, sobre todo en las zonas más bajas del departamento, donde los terrenos están *“enaguachados reponiéndose en ellos imprevistamente muchas aguas y otras extrañas”* razón por la que son más continuadas las limpias, y no puede calcularse el ahorro que desea saber la municipalidad, pero es indudable que a mayor número de alcantarilla estos decrecen.

**APÉNDICE XI. RELACIÓN DE LAS ALCANTARILLAS EXISTENTES EN MADRID EN 1833
(VER PLANO ALCANTARILLADO DE MADRID EN 1833)**

A) Alcantarillas aisladas que no tienen la consideración de alcantarillas generales, bien porque canalizan los vertidos de instituciones o establecimientos particulares, o bien, porque recogen aguas pluviales o son de pequeño tamaño.

- Alcantarilla que principia en el antiguo barranco de Lavapiés, situado entre los portillos de Valencia y de Embajadores, y sube por la calle del Mesón de Paredes -antigua calle de la Hoz Baja- y llega hasta el Convento de Escolapios de las Escuela Pías de San Fernando, para recibir las aguas de este edificio.
- Pequeña alcantarilla o ramal que vierte en la general del Paseo del Prado, atraviesa la casa del Colegio de Sordo Mudos -hoy sede de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación-, para recibir las aguas llovidas en la calle del Turco –hoy del Marqués de Cubas-.
- Alcantarilla del Cuartel de San Francisco situado en la calle del Rosario. Recoge los vertidos de éste establecimiento y desagua en el campo a cielo abierto antes de llegar al Río Manzanares.
- Alcantarilla del Hospital de la VOT de San Francisco situado en la calle de San Bernabé. Recoge los vertidos de éste establecimiento y desagua en el campo a cielo abierto en la vertiente que desciende al Río Manzanares.
- Alcantarilla de la calle de la Ventosa que desagua en el vertedero a cielo abierto próximo a la embocadura del final de la calle de las Aguas.

B) Alcantarillas generales:

1.- **Alcantarilla general de la calle de Segovia:** Comienza fuera de la puerta de este nombre, sube por dicha calle hasta la plaza de Puerta Cerrada; la atraviesa hasta alcanzar la calle de los Tintes, continúa por la de la Concepción Jerónima y termina en la plazuela del Ángel.

Tiene 15 Ramales:

- 1- Ramal que sale de la calle de Segovia, va por la antigua y desaparecida calle de la Ventanilla y sube hasta el Pretel de los Consejos. En este ramal se introduce otro pequeño ramal que conecta con la casa del Conde Duque de Benavente, que está próxima a la Puerta de la Vega.
- 2- Ramal que sale de la misma calle de Segovia, entra por la calle del Estudio de los Consejos –hoy de la Villa- y sube hasta los mismos Consejos.
- 3- Ramal que sale desde dicha calle de Segovia, sube por la calle de los Azotados –hoy del Cordón- hasta cerca de la plazuela del Cordón.
- 4- Ramal pequeño, que desde la misma calle de Segovia sube por la calle del Tentetieso –hoy calle del Doctor Letamendi-.
- 5- Ramal que comienza en la calle de Segovia, sube por la calle del Conde hasta la plazuela de San Javier.
- 6- Ramal que comienza en la misma calle de Segovia, sube por la calle del Rollo y vuelve por la calle de Madrid, hasta la calle de Nájera. Se introducen en este ramal los vertidos de las Casas del Ayuntamiento y de la Real Cárcel de Villa.
- 7- Ramal que principia desde más arriba de la fuente de la plaza de la Puerta Cerrada, se dirige por la calle de la Pasa hasta el arco del Conde de Miranda

y su plazuela, y calle de San Justo. A este ramal vierte otro pequeño ramal que conecta con la plaza del Conde de Barajas.

- 8- Ramal que comienza en la plaza de la Puerta Cerrada, sube por la calle de Cuchilleros, Cava de San Miguel hasta llegar a la casa de Bringas, próxima a la plaza de San Miguel.
- 9- Ramal que comienza en la plaza de la Puerta Cerrada, va por la calle de Latoneros, calle Imperial hasta la Cárcel de Corte –hoy Ministerio de Asuntos Exteriores- y vierten en ella la calle de la Lechuga y la casa que fue Carnicerías, situada en la plaza Mayor. A la misma calle Imperial vierte un ramal que entra por la antigua calle de Ángel Moro o de Botoneras a la Plaza Mayor, y continúa por la antigua calle de la Vidriería –hoy calle de Gerona- a recoger ésta y la de la calle de las Velas –hoy calle de la Fresa-. Otro ramal sale desde la altura de la calle de Latoneros y va por la calle de Toledo hasta el Arco de Toledo de la plaza Mayor.
- 10- Ramal que principia en la calle de la Concepción Jerónima y va por la calle del Salvador.
- 11- Ramal que principia en la calle de la Concepción Jerónima y va por la calle de Santo Tomás.
- 12- Ramal que comienza en la calle de Segovia, sube por la cuesta de los Ciegos, por debajo de la casa llamada del “Pedrete”, donde hace un gran resalto y sigue hasta el pretil de la Cava Baja o entrada por San Andrés, atravesando las antiguas manzanas 139, 141, 126 y 125, hoy delimitadas, por un lado, por las calles Angosta de los Mancebos, Mancebos y plaza de San Andrés, y, por otro lado, por las calles de Yeseros, Don Pedro y plaza de la Puerta de Moros. Este ramal es o se corresponde con la antigua alcantarilla general de la Cava Baja de San Francisco.
- 13- Ramal que comienza en la calle de Segovia, sube por la antigua calle del Codo bordeando la cabecera de la antigua Iglesia parroquial de San Pedro el Real, hoy Iglesia de San Pedro el Viejo, sigue por la calle del Nuncio hasta la actual Travesía del Almendro, desde donde se dirige por debajo de la casa del antiguo Pósito luego reemplazada por la Posada del Dragón. Desde este

punto continúa la alcantarilla atravesando la Cava Baja hasta alcanzar las calles de la Cava Alta, calle de San Bruno y la calle del Grafago –hoy del Grafal-. Otro pequeño ramal sube desde la calle del Nuncio hasta la calle del Almendro por el llamado callejón Travieso –hoy medianería del antiguo Palacio de la Nunciatura-. Desde este punto, donde se encuentra el referido palacio de la Nunciatura sale otro pequeño ramal que va por la calle del Almendro a la llamada casa del Pasadizo, frontera con la Cava Baja, antiguos nº 15 y 16 de la manzana 153. Este callejón y las casas aludidas desaparecieron con la prolongación de la calle del Almendro hasta el encuentro con la Cava Baja.

14- Ramal que comienza en la calle de Segovia, sube por frente a los pies de la Iglesia de San Pedro el Viejo hasta la antigua bodega de la calle del Almendro (antiguo nº 32 de la manzana 150), que estaba próxima a la intersección con la Costanilla de San Pedro.

15- Ramal que comienza en la calle de Segovia, sube por frente a los pies de la Iglesia de San Pedro el Viejo y continúa por toda la calle de la Paloma –hoy Costanilla de San Pedro- hasta el antiguo nº 1 de la manzana 129 – hoy Museo de los Orígenes o de San Isidro.

2.- Alcantarilla general de la Carrera de San Francisco: Comienza en el campo en un vertedero a cielo abierto antes de llegar al Río Manzanares, sube por la medianería – hoy calle de Jerte- que separa el jardín del Duque del Infantado y el antiguo Convento franciscano de Jesús y María - hoy Basílica de San Francisco el Grande-, continúa por la calle de San Buenaventura, por toda la carrera de San Francisco hasta llegar a las inmediaciones del desaparecido Oratorio de Nuestra Señora de Gracia, que se encontraba entre las calles del Humilladero y la plaza de la Cebada.

Tiene 3 ramales:

- 1- Ramal que junto a la embocadura de la Cava Baja conecta con el ramal número 12 de la alcantarilla anterior, que fue la llamada alcantarilla general de la Cava Baja de San Francisco, con el propósito de contribuir a la evacuación de sus vertidos.
- 2- Ramal que comienza en la calle de San Buenaventura, próximo al Convento de San Francisco el Grande, pero que en lugar de continuar por dicha calle atraviesa la antigua casa nº 7 de la manzana 123, delimitada por la misma calle y la de la Flor, para continuar atravesando las antiguas casas de la manzana 122, delimitada por la referida calle de la Flor y la calle de San Isidro, con el propósito de recibir las aguas de buena parte de ellas.
- 3- Ramal que comienza en la Carrera de San Francisco y se introduce por la calle de las Aguas hasta el antiguo nº 2 de la manzana 120, próximo a la calle de Don Pedro.

3.- Alcantarilla general de la antigua calle de las Pulgas –hoy calle de Mira el Río Baja-
: Comienza en el campo en un vertedero a cielo abierto muy distante del Río Manzanares, sube por la actual plaza del Campillo del Mundo Nuevo y por la referida calle de las Pulgas –Mira el Río Baja-, hasta la calle del Carnero.

Tiene 1 ramal:

- 1- Desde el registro donde entra esta alcantarilla en la ciudad, inmediato a la tapia o cerca de la ronda, en el Campillo del Mundo Nuevo, sale un ramal o alcantarilla que se dirige al Matadero de la Puerta de Toledo y coge las aguas de éste. (No sabemos muy bien si se trata efectivamente de un ramal o de una simple mineta o atarjea grande).

4.- Alcantarilla general de la antigua calle del Peñón –hoy calle de Carlos Arniches-:

Comienza en el campo en un vertedero a cielo abierto muy distante del Río Manzanares, sube por el flanco oriental de la actual plaza del Campillo del Mundo Nuevo por la referida calle del Peñón hasta la calle del Carnero.

No tiene ramales.

5.- Alcantarilla general de la calle de la Ribera de Curtidores: Comienza en el campo en un vertedero a cielo abierto muy distante del Río Manzanares, sube por la referida calle de la Ribera de Curtidores, plaza de Cascorro, hasta la embocadura de la calle de la Ruda.

Tiene 3 ramales:

- 1- Ramal que comienza en la calle de la Ribera de Curtidores y va por toda la calle de Rodas hasta alcanzar la calle de Embajadores.
- 2- Ramal que comienza en la calle de la Ribera de Curtidores y va la antigua calle de San Pedro – hoy calle de Fray Ceferino González- hasta alcanzar la calle de Embajadores.
- 3- Ramal que comienza en la antigua plaza del Rastro –hoy plaza de Cascorro- para introducirse en la antigua calle de las Amazonas –hoy plaza del General Vara de Rey- hasta el antiguo Matadero de Cerdos –hoy edificio de la antigua Tenencia de Alcaldía del Distrito de la Inclusa-.

6.- Alcantarilla general de la calle de Embajadores o del antiguo camino de la Puerta:

Comienza en el campo en un vertedero a cielo abierto donde también vierten las alcantarillas de la calle de Lavapiés y de la calle de la Hoz Baja -hoy calle del Mesón de Paredes-, y sube por la referida calle de Embajadores hasta el desaparecido Colegio de Niñas de la Paz, cuyo solar estaba frente a la embocadura de la calle de Mira el Sol.

No tiene ramales.

7.- Alcantarilla general de la calle ancha de Lavapiés: Comienza en la misma calle de Lavapiés, en el vertedero del barranco de Lavapiés, que alcantarillado en 1827 recogía también las aguas negras de las alcantarillas de la calle de la Hoz Baja –hoy calle del Mesón de Paredes- y de la calle de Embajadores-; sube por la referida calle de Lavapiés, atraviesa su plaza homónima, y continua hasta la antigua fuente de Relatores, que se encontraba más o menos donde hoy comienza la calle de la Magdalena, para introducirse en la antigua calle de los Remedios – hoy plaza de Tirso de Molina- y alcanzar la puerta de carros del desaparecido Convento de la Santísima Trinidad.

Tiene 5 ramales:

- 1- Ramal que comienza en la calle de Lavapiés y va por la calle de la Cabeza hasta las cocinas del Palacio del Marqués de Perales del Río, actual sede del archivo de la Filmoteca Nacional.
- 2- Ramal que comienza en la calle de Lavapiés y va por el otro lado de la referida calle de la Cabeza a introducirse en la calle de San Pedro Mártir y

alcanzar el desaparecido Convento de la Merced, cuyo solar hoy ocupa la plaza de Tirso de Molina.

- 3- Ramal que comienza en el llamado “ancho” de la calle de Lavapiés, zona de la calle donde se encuentra la embocadura de la calle de Jesús y María, y sube precisamente por ésta calle hasta el antiguo nº 2 de la manzana 50, que se encuentra antes de alcanzar la antigua calle de la Esperancilla –hoy Travesía de la Comadre.
- 4- Ramal que comienza en la plaza de Lavapiés y se introduce en la calle del Olivar.
- 5- Ramal que desde la referida calle de Lavapiés sube por la calle del Ave María hasta la calle de la Magdalena, y por está tocando la esquina de la plazuela de Antón Martín, se introduce por la calle de Santa Isabel hasta las cocinas del antiguo Hospital de San Juan de Dios, hoy Mercado de Antón Martín o de Santa Isabel. En este ramal vierten 5 ramales secundarios: uno que principia en la calle del Ave María y va por la calle de la Rosa; otro muy corto que principia en la misma calle del Ave María que aboca en la calle de San Simón; otro, también muy corto, que principia en la misma calle del Ave María que aboca en la calle de los Tres Peces; otro que principia en la calle del Ave María y atraviesa toda la calle de la Esperanza hasta alcanzar la calle de la Torrecilla del Leal; y el último, sube por la calle del Olmo desde la del Ave María para atravesar la calle de Santa Isabel y culminar en el desaparecido Hospital de San Juan de Dios.

8.- Alcantarilla general de la calle de Atocha: Desagua en el vertedero que hay junto a la puerta de este nombre y sube por dicha calle de Atocha hasta la calle del Tinte –hoy calle del Duque de Fernán Núñez- por la que se introduce en dirección a la calle de Santa Isabel pero sin llegar a hasta ella.

Tiene 2 ramales:

- 1- Ramal que comienza en la calle de Atocha, se introduce por la calle de Santa Inés hasta la calle de San Ildefonso, por la que sube hasta alcanzar la calle de San Eugenio. A este ramal vierten dos ramales secundarios: uno procedente de la fuente de Santa Isabel que por la calle de la Esperancilla – hoy calle del Marqués de Toca- va a verter a la calle de San Ildefonso (a este ramal vierten el Convento y Colegio de Santa Isabel); y el otro desde la misma calle de Santa Isabel se dirige por la calle de Santa Inés hasta verter en la esquina de calle de San Ildefonso. Vierte al ramal que sube a la fuente Ramal que viene a continuar la alcantarilla general por la calle de Atocha entre la calle de los Tintes – hoy calle del Duque de Fernán Núñez- y la plaza de Antón Martín

9.- Alcantarilla general de la antigua calle de San Juan –hoy calle de Moratín:- Comienza en la alcantarilla general del Paseo del Prado, bordeando el edificio de la antigua Platería de Martínez, hoy plaza homónima, continúa por toda la calle de San Juan –hoy calle de Moratín- hasta la plazuela de Antón Martín.

Tiene 2 ramales:

- 1- Ramal que comienza en la antigua calle de San Juan y se introduce por la calle de San José hasta alcanzar el Monasterio de Trinitarias de San Ildefonso, situado entre las calles de Huertas y de Lope de Vega.

- 2- Ramal que comienza en la antigua calle de San Juan, sigue por la calle de Fúcar hasta cerca del corralón de los Desamparados, actual nº 8 de la calle de Fúcar.

10.- Alcantarilla general de la calle de las Huertas: Comienza en la alcantarilla general del Paseo del Prado, bordeando el edificio de la antigua Platería de Martínez, hoy plaza homónima, sube por la calle de las Huertas hasta la plazuela del Ángel y la atraviesa hasta embocar a la calle de Atocha.

Tiene 3 ramales:

- 1- Ramal que comienza en la calle de las Huertas en su encuentro con la plaza del Ángel, continua por la antigua calle de la Gorguera –hoy calle de Núñez de Arce- hasta la calle de la Cruz por la que apenas penetra. A este ramal vierte un ramal secundario que se dirige por la calle del Gato hasta el lugar donde estuvo el Teatro de la Cruz y recibe las aguas de éste. Otro ramal secundario se encuentra en la calle de la Cruz entre la calle de la Victoria y el ramal de la calle de la Gorguera en el que vierte. Otro ramal secundario vierte a ésta y recoge las aguas de la calle de la Lechuga –hoy plaza de Santa Ana-, excepto las últimas casas que tienen sus números por la calle del Príncipe y vierten a aquel ramal.
- 2- Ramal que comienza en la calle de las Huertas, se dirige por la calle del Príncipe y continúa hasta pasada la antigua calle de la Visitación –hoy calle de Manuel Fernández y González. A esta ramal vierten dos secundarios; uno que sube por la calle del Prado hasta el encuentro con la calle del Lobo – hoy calle de Echegaray-; y, el otro, por el otro lado de la calle del Prado – hoy plaza de Santa Ana-.

- 3- Ramal que comienza en la calle de las Huertas y se introduce por la plaza de Matute hasta la calle de Atocha, por la que se introduce hasta el antiguo nº 4 de la manzana 235 –hoy a la altura de los números 49 y 51 de la calle de Atocha-.

11.- Alcantarilla general que entra en la huerta de Jesús –antiguo Convento de Jesús Nazareno de Trinitarios Descalzos –hoy Basílica de Jesús de Medinaceli-: Comienza en la referida huerta, sale a la plaza de Jesús, continua por la antigua calle de Francos – hoy calle de Cervantes-toma la de San Agustín y va hasta la puerta de carros del desaparecido Convento San Antonio de Capuchinos, donde termina. Este antiguo convento estuvo situado entre las calles de Cervantes, San Agustín y la plaza de las Cortes.

No tiene ramales.

12.- Alcantarilla general de la Carrera de San Jerónimo o de la calle del Prado: Comienza en la alcantarilla del Paseo del Prado y sube por lo que fue el antiguo lecho del arroyo del Prado, hoy plaza de las Cortes y calle del Prado- hasta la casa nueva edificada sobre parte del solar del Convento de Santa Catalina de Sena. Hoy este edificio está delimitado por las calles del Prado, Santa Catalina, la Carrera de San Jerónimo y la plaza de las Cortes.

No tienes ramales.

13.- Alcantarilla general de la calle del Arenal: Esta alcantarilla desagua por debajo de las Reales Caballerizas –hoy Jardines de Sabatini-, en el campo, sube por los Caños del Peral – hoy plazas de Oriente y plaza de Isabel II, continúa por toda la calle del Arenal, atraviesa la plaza de la Puerta del Sol, continúa por la Carrera de San Jerónimo y termina en la plaza de las Cuatro Calles –hoy plaza de Canalejas-.

Tiene 17 ramales.

- 1- Ramal que comienza en los Caños del Peral –hoy plaza de Isabel II-, sube por la antigua calle de los Tintes –hoy calle de la Escalinata-, continúa por la calle del Mesón de Paños y concluye embocando la Costanilla de Santiago por su dos lados.
- 2- Ramal que comienza en la calle del Arenal, sube por la calle de las Hileras, sigue por la plaza de Herradores, por el costado de la desaparecida Iglesia de San Felipe Neri o Casa Profesa, y continúa por dicha plazuela bifurcándose en las dos callejuelitas que salen a la calle Mayor –hoy llamadas calle de San Felipe Neri y plaza del Comandante las Moreras.
- 3- Ramal que comienza en la calle del Arenal, sube por toda la calle de Bordadores y atraviesa la calle Mayor, donde se bifurca para introducirse en el antiguo callejón del Infierno –hoy calle del Arco del Triunfo- y en la antigua calle de la Amargura –hoy calle del 7 de julio- para recoger parte de los vertidos de la plaza Mayor. A este ramal vierte otro secundario que se introduce por la plaza de San Ginés, continúa por la calle de Coloreros, atraviesa la calle Mayor, se introduce en la plaza Mayor por la calle de Boteros hasta casi alcanzar el encuentro con la calle de la Sal.
- 4- Ramal que comienza en la calle del Arenal se dirige por la calle de la Zarza – desaparecida durante la reforma de la plaza de la Puerta del Sol (1852 a 1862)-, hasta la de Preciados.

- 5- Ramal que comienza en la plaza de la Puerta del Sol y se introduce por la calle del Cofre Zarza –desaparecida durante la reforma de la plaza de la Puerta del Sol (1852 a 1862)-.
- 6- Ramal que comienza en la plaza de la Puerta del Sol y se introduce por la calle de Preciados hasta el encuentro con la desaparecida calle de la Zarza.
- 7- Ramal que comienza en la calle del Arenal, se introduce en el callejón cerrado de San Cristóbal, contiguo a la Casa Palacio de los Conde de Oñate –hoy Travesía del Arenal- hasta llegar a la calle Mayor por donde continúa hasta las inmediaciones de la calle de Coloreros.
- 8- Ramal que comienza en la calle del Arenal, se dirige por la calle de la Duda – desaparecida durante la reforma de la plaza de la Puerta del Sol (1852 a 1862)-, atraviesa la calle Mayor, sigue por toda la calle de Esparteros hasta la desaparecida Iglesia parroquial de Santa Cruz –hoy parte de la plaza de Santa Cruz y calle de la Bolsa-. Al ramal de la calle de Esparteros vierte otro ramal que va por toda la calle de Postas. A estos dos ramales anteriores vierten los ramales secundarios de las calles de San Cristóbal, del Vicario Viejo –hoy calle del Marqués Viudo de Pontejos-Zapatería de Viejo o San Jacinto -hoy calle de Zaragoza-, de la Sal y de la plaza de Santa Cruz.
- 9- Ramal que comienza en la plaza de la Puerta del Sol, sube por las callas del Correo y de la Paz hasta llegar a la plazuela de la Leña –hoy calle de la Bolsa-, donde se bifurca a derecha e izquierda, el uno hasta la antigua Iglesia parroquial de Santa Cruz –hoy plaza homónima- y el otro hasta el esquinazo de la antigua Casa de los Cinco Gremios de la antigua plazuela de la Aduana –hoy plaza de Jacinto Benavente-.
- 10- Ramal que comienza en la calle del Arenal y continúa por la Subida a San Martín -hoy calle de San Martín- hasta su plaza homónima.
- 11- Ramal que comienza en la calle del Arenal y continúa por la calle de la Bodega de San Martín –hoy calle de Hileras- hasta la calle de la Flor Alta – hoy calle de la Flora.
- 12- Ramal que comienza en la plaza de la Puerta del Sol y continúa por toda la calle de Carretas hasta casi embocar con la plaza del Ángel. A este ramal

vierten dos ramales secundarios; uno que entra por la calle de San Ricardo y, el otro, que recibe los vertidos de las dos calles de Majaderitos hasta su confluencia con la calle de la Cruz –hoy calles de Cádiz, de Barcelona y de Espoz y Mina.

- 13- Ramal que comienza en la plaza de la Puerta del Sol, sube por toda la calle de la Montera y acaba introduciéndose en la calle de Fuencarral a la altura de sus primeras casas. A este ramal vierte un ramal secundario que va por la calle de Jacometrezo hasta la calle de la Salud, y al que vierten dos pequeños ramales de las calles de los Leones y de la Flor –estos ramales, sus calles y casas desaparecieron con la apertura del segundo tramo de la Gran Vía (1922-1924)-. Al ramal de la calle de la Montera desagua otro ramal secundario de la calle de Jardines que llegaba hasta los baños que llaman del Cura –nº 16 al 20 de la actual calle de Jardines-. Desde el ramal de la calle de la Montera, otro ramal secundario entraba por la calle Angosta de San Bernardo –hoy calle de la Aduana- hasta la medianería del desaparecido Convento de las Vallecas –situada más o menos a la altura del nº 12 de la calle de la Aduana-. Otro ramal secundario que desagua en el de la Montera se encontraba en la calle de San Alberto. Por último, otro ramal secundario que comenzaba en el de la calle Montera subía por la calle de Alcalá hasta el Convento de las Vallecas, que estaba situado en dicha calle esquina a la calle de la Virgen de los Peligros.
- 14- Ramal que comienza en la Carrera de San Jerónimo sube por la calle de la Victoria hasta la de la cruz. A este ramal vierte uno secundario de la calle del Pozo.
- 15- Ramal que comienza en la calle del Arenal, se introduce por la calle de Santa Catalina de los Donados –hoy calle de los Donados-, gira por la calle de la Flor Alta –hoy calle de la Flora- y se introduce en el callejón del Clavel que se encontraba en el actual nº 6 de la calle de la Flora.
- 16- Ramal que comienza en la en las inmediaciones de la plaza de los Caños del Peral –hoy calle de Arrieta- continúa por la subida de la Cuesta de Santo Domingo hasta llegar a la calle de la Puebla –hoy calle de Fomento-.

- 17- Ramal que comienza en la calle del Arenal y continúa por la calle de San Bartolomé – desaparecida con los derribos de José Bonaparte de 1809-1812 que dieron lugar a la plaza de Oriente y su entrono- hasta la calle de Santa Clara.

14.- Alcantarilla general de la calle de Alcalá: Comienza en la alcantarilla del Paseo del Prado, sigue por la calle de Alcalá por la inmediación de la casa palacio de los Marqueses de Alcañices –hoy Banco de España-, y llega hasta la Real Fábrica de Cristales que estaba esquina de la antigua calle del Turco –hoy calle del Marqués de Cubas-.

Tiene 1 ramal:

- 1- Ramal que comienza en la calle de Alcalá y se introduce en la calle del Turco –hoy calle del Marqués de Cubas-, sin llegar a la intersección con la calle de la Greda –hoy calle de los Madrazo-.

15.- Alcantarilla general de la calle del Caballero de Gracia: Comienza en la alcantarilla del Paseo del Prado, se dirige por la calle de Alcalá y continúa por la calle del Caballero de Gracia hasta llegar cerca de la intersección con la calle de Hortaleza.

Tiene 4 ramales:

- 1- Ramal que principia en la calle de Alcalá en su encuentro con la del Caballero de Gracia que se introduce por la calle de las Torres, para continuar por la calle de la Reina hasta su encuentro con la calle de Hortaleza.
- 2- Ramal que principia en la calle de la Reina y se introduce por ambos lados de la calle de San Jorge, es decir, por un lado hasta la intersección de la calle de las Infantas; y, por el otro, hasta la calle de San Miguel.
- 3- Ramal de la calle de las Infantas, que principia en la calle de Fuencarral y va a verter al ramal de la calle de San Jorge. Un ramal secundario se introduce apenas por las primeras casas de la calle de la Libertad y vierte en el referido ramal de la calle de las Infantas. Otro ramal secundario se introduce desde el ramal de la calle de las Infantas por la calle de San Bartolomé –hoy plaza de Vázquez de Mella- hasta su encuentro con la calle de San Marcos. Otro ramal secundario que vierte en el ramal de las Infantas se introduce por toda la Costanilla de los Capuchinos de la Paciencia –hoy plaza de Vázquez de Mella-.
- 4- Ramal de la calle del Clavel, que se encuentra entre las calles de San Miguel y de las Infantas y que vierte sus aguas tanto en el ramal de esta calle de las Infantas como en el ramal de la calle de la Reina.

16.- **Alcantarilla general por la calle Real del Barquillo:** Vierte sus aguas en la alcantarilla anterior del Caballero de Gracia y a su vez ambas en la alcantarilla del Paseo del Prado. Principia en la referida alcantarilla del Caballero de Gracia donde se cruzan las calles de Alcalá y la Real del Barquillo, por donde sube por toda esta última calle hasta llegar a la de Hortaleza, y continuar por las calles de la Florida y San Benito –hoy calle de la Beneficencia-, hasta alcanzar el Real Hospicio de San Fernando de la calle de Fuencarral, del que recibe sus aguas.

Tiene 5 ramales:

- 1- Ramal que principia en la calle del Barquillo y se introduce por la calle de San Antón –hoy calle de Campoamor- y continúa por la costanilla de Santa Teresa y su plazuela –hoy calle de Santa Teresa-.
- 2- Ramal que principia en la calle del Barquillo y se introduce por la de San Antón –hoy calle de Pelayo- hasta las casas accesorias de la casa de las Recogidas –casas traseras del antiguo Convento de Santa María Magdalena –hoy sede del sindicato UGT- atravesándolas por debajo (antiguas casas nº 6 y 44 de la manzana 316), para salir a la calle de Hortaleza, y atravesando también ésta, concluir en las antiguas Escuelas Pías de San Antón –hoy sede del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid.
- 3- Ramal que comienza en la alcantarilla del Barquillo a su paso por la calle de Hortaleza, por la que sube hasta la plaza de Santa Bárbara desde donde se introduce en el antiguo callejón del Duque de Abrantes –hoy calle de Serrano Anguita- hasta llegar a las llamadas casas de Bringas.
- 4- Ramal que principia en la calle del Barquillo y entra por la calle de Belén hasta la travesía de Belén.
- 5- Ramal que principia en la calle del Barquillo, entra por la calle de San Lucas y toma la de de Santo Tomé hasta cerca de la plazuela de las Salesas.

Hubo otro ramal que principiaba en la calle del Barquillo y se introducía en la calle del Piamonte, que mencionan los documentos consultados pero que no llegó a construirse.

17.- Alcantarilla general de las Salesas Viejas –Real Monasterio de Nuestra Señora de la Visitación de San Francisco de Sales (Salesas Reales): Comienza en la alcantarilla del paseo del Prado, en su prolongación por el paseo de Recoletos, donde vierte sus aguas; sube por la calle del Almirante hasta la fachada principal de dicho convento – Iglesia de Santa Bárbara- que alcanza por la antigua calle de los Reyes o de las Salesas – hoy calle del Conde de Xiquena-.

No tiene ramales.

18.- Alcantarilla general de la calle de Leganitos: Comienza en el Parque del Palacio – hoy Campo del Moro- donde vierte sus aguas en la alcantarilla del Arenal; sube por la antigua bajada a la Florida –hoy Cuesta de San Vicente y Plaza de España- para atravesar la calle de Leganitos y su antigua plazuela, continuar por la calle de los Reyes y concluir en las proximidades de la intersección con la calle de San Bernardo. Esta alcantarilla se bifurca en la plaza de las Capuchinas –hoy lugar donde coinciden las calles de Amanuel, Reyes, Álamo y San Bernardino- y se introduce por la calle de San Joaquín –hoy calle de San Bernardino – hasta concluir frente al desaparecido Convento de las Capuchinas.

Tiene 3 ramales:

- 1- Ramal que comienza en la calle de los Reyes y se dirige por un lado por toda la calle de Abadía y Castro –desaparecida con la apertura del tercer tramo de la Gran Vía entre 1926 y 1931-, y por el otro lado por la calle de la Cuadra –hoy calle del Maestro Guerrero- hasta el encuentro con la calle de los Dos Amigos.

- 2- Ramal que principia en la calle de los Reyes y sube por la calle de Amanuel hasta concluir en el antiguo Colegio de Niñas de Monterrey, que estuvo situado entre la calle de Amanuel y la travesía del Conde Duque.
- 3- Ramal que principia en la plazuela del Cuartel de San Gil –hoy plaza de España-, sigue por la calle nueva –prolongación de la calle de Bailén entre las plazas de la Marina Española y de España-, entra por la casa palacio que fue del Príncipe de la Paz o de Godoy–hoy Centro de Estudios Políticos y Constitucionales-, y sigue hasta el Convento de Doña María de Aragón –hoy Senado-. Desde la misma plaza de San Gil sale un pequeño que se dirige a recibir las aguas del que fuera Convento y Cuartel de San Gil –hoy plaza de España-.

19.- **Alcantarilla general que sube al Palacio de Liria:** principia en la alcantarilla de Leganitos, antes de introducirse en el Parque del Palacio –Campo del Moro- sube por la antigua Montaña del Príncipe Pío- hoy barrio de Argüelles-, atraviesa la calle del Duque de Liria o también llamada de San Bernardino –hoy calle de la Princesa- y por la antigua calle del Arroyo –hoy parte de los jardines del Palacio de Liria- concluye en el Palacio del Duque de Liria.

Tiene 4 ramales:

- 1- Ramal que principia en la calle del Duque de Liria o de San Bernardino –hoy calle de la Princesa- y va al Cuartel de las Reales Guardias de Corps –hoy Centro Cultural Conde Duque- por la calle del Conde Duque.
- 2- Ramal que principia en la calle del Duque de Liria o de San Bernardino, y se dirige por esta hasta el Seminario de Nobles y alcanza hasta la casa llamada del Duende –hoy Centro Comercial El Corte Inglés de Princesa-.

- 3- Ramal que comienza debajo de las cocheras del Palacio de Liria, atraviesa la plazuela que media desde dichas cocheras hasta el Seminario de Nobles y llega hasta la fachada principal de éste.
- 4- Ramal que comienza desde la alcantarilla en las inmediaciones de la huerta del Palacio de Liria, y por fuera de sus tapias se dirige a recibir las aguas de las cocinas del Seminario de Nobles que están en la parte oriental de este edificio.

20.- Alcantarilla general del Paseo del Prado: Comienza en el paseo de Recoletos frente a la embocadura de la calle del Almirante, baja hasta el Prado por el camino de Trajineros –hoy zona occidental del Paseo del Prado, hasta desaguar en su vertedero que se encuentra a las afueras de la Puerta de Atocha, en el llamado Carcabón – Estación de Atocha-.

No tiene ramales. A esta alcantarilla general van a desaguar todas las alcantarillas generales de la vertiente oriental de la ciudad.

C) Minas o cloacas generales de encauzamiento de arroyos:

1.- Mina o cloaca de encauzamiento del Arroyo del Prado o de la Fuente Castellana: Comienza a las afueras de la Puerta de Recoletos –hoy Plaza de Colón en su intersección con el paseo de la Castellana-, baja por el paseo de Recoletos, continúa por el Paseo del Prado arrimada al Museo del Prado y a las tapias del Real Jardín Botánico, hasta desaguar en su vertedero que se encuentra a las afueras de la Puerta de Atocha, en el llamado Carcabón –Estación de Atocha-.